

Charles Dickens

**Vida y aventuras de Martin  
Chuzzlewit**

Esta historia  
está dedicada  
con el afecto sincero y verdadero del autor  
a  
la señorita Burdett Coutts

## Prólogo

Adjunto unas pocas palabras preliminares a la *Vida y aventuras de Martin Chuzzlewit*, más porque me resisto a renunciar a una costumbre que ha prevalecido entre mis lectores y yo en otras ocasiones parecidas que porque tenga algo que decir en particular.

Igual que el invitado molesto que se demora en el vestíbulo después de haberse despedido, no puedo evitar demorarme en el umbral de mi libro, aunque la palabra FIN anticipada a lo largo de veinte meses y tristemente escrita ahora me contempla, en letras mayúsculas, desde la página impresa.

Emprendí este viaje que ahora concluye con el designio de exponer, en varios aspectos, el más común de todos los vicios. Casi es innecesario decir que cuanto más común es la locura o el crimen que un autor intenta ilustrar, mayor es el riesgo que corre de que lo acusen de exagerar; pues, igual que nadie admite una imitación de sí mismo, nadie admitirá lo acertado de un esbozo en el que se delinea su propio carácter, por muy bien que se haga.

Pero, aunque el señor Pecksniff nunca me concedería que su retrato está logrado, me consuela comprobar lo mucho que aprecia el de la señora Gamp. Y aunque la señora Gamp considere que su propio retrato no le hace justicia y está mal dibujado, me compensa de la severidad de su crítica que prodigue halagos ilimitados al retrato de la señora Prig.

He procurado, a medida que avanzaba con esta historia, resistirme a la tentación de pensar sólo en el número mensual, y tener más en cuenta el propósito y el plan generales. Tener presente tal objetivo me ha obligado a contenerme más de una vez en muchos sitios; espero que haya sido por el bien de la narración.

En cualquier caso, si mis lectores obtienen leyéndola la mitad del placer y el interés que me ha proporcionado a mí escribirla, tendré sobradas razones para alegrarme. Y, si se separan de cualquiera de mis visionarios amigos con una mínima parte del pesar y la desazón que siento yo al despedirme de ellos, sin duda mi éxito habrá sido completo.

Londres, 25 de junio de 1844

## **Capítulo I. Introductorio, a propósito del linaje de la familia Chuzzlewit**

Puesto que es imposible que ninguna dama ni caballero bien nacidos puedan congeniar con la familia Chuzzlewit si antes no se les garantiza la extrema antigüedad de su estirpe, es una gran satisfacción saber que sin duda descendían por línea directa de Adán y Eva; y que desde el alborear de los tiempos tuvieron intereses agrícolas. Y, si personas malvadas y rencorosas afirman alguna vez que un Chuzzlewit, en determinado momento de la historia, hizo gala de un orgullo familiar desmesurado, sin duda dicha flaqueza se considerará no sólo comprensible sino encomiable, si se tiene en cuenta la inmensa superioridad de su linaje, en lo que a antigüedad se refiere, respecto al resto de la humanidad.

Es curioso que, igual que en la primera familia de la que se tiene noticia hubo un asesino y un vagabundo, encontremos siempre, en los anales de todas las familias antiguas, innumerables repeticiones de la misma fase de carácter. De hecho, puede exponerse como principio general que cuanto más antiguo sea el linaje mayor será la cantidad de violencia y vagabundeo; pues en la antigüedad ambos pasatiempos, que combinaban una sana emoción con un medio prometedor de restaurar fortunas deshechas, constituían al mismo tiempo el elevado fin y la saludable diversión de los nobles de este país.

En consecuencia es un motivo de inefables consuelo y felicidad descubrir que, en varios períodos de nuestra historia, los Chuzzlewit estuvieron activamente involucrados en cruentas conspiraciones y disputas sangrientas. También se cuenta de ellos que en muchas ocasiones, enfundados de pies a cabeza en gruesas armaduras de acero, condujeron a sus soldados vestidos con jubones de cuero a la muerte con un valor invencible, y luego regresaron muy altaneros con sus parientes y amigos.

No cabe duda de que al menos un Chuzzlewit vino con Guillermo el Conquistador. Pero por lo visto ese antepasado ilustre no le sacó nada, por decirlo en términos vulgares, al monarca en ningún período subsiguiente, pues la familia no parece haber sido distinguida nunca con la posesión de tierras. Y es bien conocido que, en cuanto a donar propiedades a sus favoritos, la generosidad y gratitud del normando eran tan notables como suelen serlo dichas virtudes en los grandes hombres a la hora de regalar lo que no es suyo.

Tal vez en este momento pueda interrumpirse la historia para congratularnos de las enormes cantidades de valor, sabiduría, elocuencia, virtud, alta cuna y verdadera nobleza que parecen haber llegado a Inglaterra con la invasión normanda: una cantidad que la

genealogía de cualquier familia antigua contribuye a incrementar, y que sin duda alguna habría sido igual de grande, y tan prolífica a la hora de engendrar largos linajes de caballerosos descendientes, orgullosos de su origen, si Guillermo el Conquistador hubiese sido Guillermo el Conquistado; un cambio de circunstancias que es bastante seguro que no habría cambiado nada en ese aspecto.

Es indiscutible que hubo un Chuzzlewit implicado en la Conspiración de la Pólvora<sup>[1]</sup>, y eso si el traidor por antonomasia, el propio Fawkes, no fue también un vástago de esa notable rama; como podría haber ocurrido si algún Chuzzlewit hubiese emigrado a España la generación anterior y se hubiera casado con una dama española con la que hubiese tenido un hijo de tez cetrina. Esta probable conjetura se ve reforzada, si no absolutamente confirmada, por un hecho que no puede dejar de interesar a quienes sientan la curiosidad de seguir el progreso de los gustos hereditarios en la vida de sus descendientes. Es una circunstancia notable que en estos últimos tiempos, muchos Chuzzlewit, tras fracasar en otros fines, se han establecido, sin ninguna razón imaginable y sin tener la menor esperanza racional de enriquecerse, como mercaderes de carbón y se han dedicado a contemplar con aire sombrío un mes tras otro su pequeña provisión de combustible sin encontrar un solo comprador. El notable parecido entre dicho proceder y el adoptado por su gran antepasado en los sótanos del Parlamento de Westminster<sup>[2]</sup> es demasiado evidente, y demasiado interesante, para que requiera ningún comentario.

También está claramente demostrado, por la tradición oral de la familia, que existió, en algún período de su historia que no se ha establecido con claridad, una dama de honor de principios destructivos, y tan familiarizada con el uso y la preparación de artefactos incendiarios y combustibles, que la llamaban «la Cerillera<sup>[3]</sup>», apodo o sobrenombre con el que se la conoce hasta el día de hoy en las leyendas familiares. Sin duda, es seguro que se trataba de la dama española: la madre de Chuzzlewit Fawkes.

Pero hay un detalle más que alude a su estrecha conexión con tan memorable suceso de la historia inglesa y que debería convencer incluso a cualquier inteligencia (si es que la hay) a la que no hayan convencido estas presuntas pruebas.

Hubo hace unos años en posesión de un intachable miembro de la familia Chuzzlewit respetabilísimo y creíble en todos los sentidos (tanto que su más acerbo enemigo sólo osó insinuar de él que era un hombre acaudalado), un farol negro de indiscutible antigüedad, cuyo interés era aún mayor por su forma y su fábrica muy parecidos a los de los que se usan en nuestros días. Dicho caballero, ya fallecido, siempre estuvo dispuesto a jurar, y así lo hizo una y otra vez, que en numerosas ocasiones había oído decir a su abuela al contemplar esa reliquia venerable: «¡Sí, sí! Esto lo llevó mi cuarto hijo el 5 de noviembre, era Guy Fawkes<sup>[4]</sup>». Estas notables palabras causaron una profunda

impresión en él (y no es de extrañar), y tenía por costumbre repetir las a menudo. La justa interpretación de lo que significan y la conclusión a la que conducen son evidentes e indiscutibles. La anciana señora, obstinada por naturaleza, era no obstante frágil y senil y sufría esa confusión de ideas, o, por decirlo suavemente, del habla, a la que son propensas la edad y la charlatanería. La leve, levísima, confusión aparente en dichas expresiones es manifiesta y ridículamente fácil de enmendar. «Sí, sí», decía, y como puede verse estas dos observaciones iniciales no hace falta corregirlas, «¡Sí, sí! Este farol lo llevó mi antepasado —no mi cuarto hijo, lo cual sería absurdo— el 5 de noviembre. Y él era Guy Fawkes». He aquí una observación, coherente, clara, natural y en estricta concordancia con la personalidad de quien habla. De hecho, es tan probable que la frase tenga ese significado y no otro que apenas vale la pena reproducirla en su estado original, si no es como prueba de lo que puede hacer (y a menudo hace), no sólo en la prosa histórica sino en la poesía imaginativa, un poco de ingenio por parte del comentarista.

Se ha dicho que no hay ningún ejemplo en los tiempos modernos de un Chuzzlewit que gozara de la confianza de los grandes. Pero aquí una vez más los desdeñosos detractores que tejen míseras calumnias en su malvado cerebro, deben enmudecer ante la evidencia. Pues aún hay cartas en posesión de varias ramas de la familia que demuestran con claridad, y así lo expresan con detalle, que un tal Diggory Chuzzlewit tenía por costumbre cenar siempre con el duque de Pasahambre. Tanto frecuentó la mesa de dicho aristócrata, y hasta tal punto se vio obligado a aceptar su hospitalidad y compañía, que lo vemos inquieto y lleno de reparos y reticencias, escribiendo a sus amigos que, a menos que hagan tal o cual cosa, no le quedará otro remedio que volver a cenar con el duque de Pasahambre, y expresándose de forma clara y extraordinaria como quien está cansado de frecuentar la alta sociedad y las compañías selectas.

Se ha rumoreado, y es innecesario decir que el rumor lo originaron los mismos viles personajes, que cierto Chuzzlewit, cuyo nacimiento hay que admitir que está envuelto en cierta oscuridad, era de orígenes muy bajos y humildes. ¿Qué pruebas hay? Cuando el hijo de ese individuo, a quien es de suponer que se le comunicó el secreto del nacimiento de su padre en vida de este, se hallaba en su lecho de muerte le plantearon esta pregunta de manera clara, solemne y formal: «Toby Chuzzlewit, ¿quién fue tu abuelo?». A lo que, con su último aliento, respondió con no menos claridad, solemnidad y formalidad: «Lord No Zu», y sus palabras se anotaron con todo detalle acompañadas de la firma de seis testigos, cada uno con su nombre y dirección completos. Podría decirse —y se ha dicho, pues la maldad humana no conoce límites— que no hay ningún señor con ese nombre y que entre los títulos que se han extinguido no se ha descubierto ninguno que se parezca, siquiera en su pronunciación, a este. Pero ¿cuál es la conclusión inevitable? Si rechazamos la teoría propuesta por algunas personas, bienintencionadas pero confundidas, de que el abuelo del tal Toby Chuzzlewit, a juzgar por su nombre, tuvo que ser casi seguro un mandarín (lo cual no se sostiene, porque no hay prueba alguna de que la abuela saliera jamás del país, ni de que ningún

mandarín entrase en él unos años antes del nacimiento de su padre: con la única excepción de los de madera que hay en las casas de té, y ni por un momento puede pensarse que esos tengan nada que ver con el asunto), ¿acaso no es evidente que o bien el señor Toby Chuzzlewit recibió de manera imperfecta el nombre de su padre, o lo olvidó o lo pronunció mal, y que, en el período en cuestión, los Chuzzlewit estaban relacionados por una inclinación siniestra, o una barra heráldica hacia la izquierda<sup>[5]</sup>, con un noble desconocido y una casa ilustre?

Las pruebas documentales conservadas por la familia dejan claro que en los tiempos comparativamente modernos del Diggory Chuzzlewit citado antes, uno de sus miembros había acumulado gran riqueza e influencia. En los fragmentos que han escapado a los estragos de las polillas (que, en vista de su ingente absorción de documentos y contratos, bien pueden considerarse los registradores generales del mundo de los insectos), lo encontramos haciendo referencias constantes a un tío, con respecto al cual parece haberse forjado grandes ilusiones, pues procuraba ganarse o propiciar su favor regalándole vajillas, joyas, libros, relojes y otros objetos de valor. Así escribe en una ocasión a un hermano hablándole de un cucharón de salsa, propiedad de este, que al parecer él (Diggory) había tomado prestado o del que se había apropiado de algún modo: «No te enfades. Se lo he dado... a mi tío». En otra ocasión se expresa de manera parecida a propósito de una taza de niño que le habían confiado para que la llevase a reparar. En otra dice: «He entregado cuanto poseo a mi irresistible tío». Y que tenía la costumbre de hacerle largas y constantes visitas a dicho caballero en su mansión, si es que no vivía allí, queda de manifiesto en la frase siguiente: «Con la excepción de lo que llevo puesto, toda mi ropa está ahora en casa de mi tío». La protección e influencia de dicho caballero debieron de ser muy grandes, pues su sobrino escribe: «Su interés es demasiado elevado...», «Es demasiado...», «Es tremendo...». Y otras cosas por el estilo. No obstante no parece (y es raro) que le haya procurado ningún puesto lucrativo en la corte ni en ninguna otra parte, ni que le haya concedido otra distinción que la que debía suponer por fuerza el trato con un hombre tan poderoso, y que le invitara a ciertos entretenimientos, tan espléndidos y suntuosos que los llama «bailes dorados<sup>[6]</sup>».

No hace falta multiplicar los ejemplos de la elevada y noble posición y de la enorme importancia de los Chuzzlewit en distintos momentos de la historia. Si entrase dentro de lo probable que hiciera falta aportar más pruebas, podrían acumularse hasta formar una montaña de testimonios tan alta como los Alpes, bajo la cual hasta el más descarado escepticismo quedaría aplastado y demolido. Como ya hemos levantado un considerable túmulo sobre la tumba familiar, podemos dejar aquí este capítulo: añadiendo tan solo, a modo de última palada, que ha quedado demostrado hasta la saciedad, gracias a las cartas escritas por sus propias madres, que muchos Chuzzlewit, tanto hombres como mujeres, tenían narices cinceladas, barbillas prominentes y formas que podrían haber servido de modelo al escultor, miembros exquisitamente torneados, y frentes finas de textura tan transparente que las venas

azules se veían dividiéndose en varias direcciones, como otros tantos caminos en un mapa etéreo. Este hecho en sí mismo, aunque hubiese sido el único, habría bastado para zanjar la cuestión; pues es bien conocido, por la autoridad de todos los libros que tratan de estos asuntos, que cada uno de estos fenómenos, pero sobre todo el del cincelado<sup>[7]</sup> son características invariables y sólo se ponen en evidencia en las personas de condición elevada.

Una vez probado de manera concluyente (y para total satisfacción de los lectores) que los Chuzzlewit tuvieron un origen y una importancia, en uno u otro momento, que no puede sino hacerlos aceptables y recomendables para cualquiera que esté en su sano juicio, esta historia puede abordar su verdadero propósito. Y, ya que hemos demostrado que, por mor de su antigua cuna, han debido contribuir en mucho a la fundación y el incremento de la familia humana, algún día habrá que decir que muchos de sus miembros, como los que irán apareciendo en estas páginas, siguen teniendo equivalentes y prototipos en el ancho mundo que nos rodea. De momento, baste con destacar, de forma general, lo siguiente: en primer lugar, que puede afirmarse sin que eso suponga una participación directa en la doctrina de Monboddó<sup>[8]</sup> sobre la posibilidad de que la raza humana estuviese una vez formada por monos, que los hombres hacen trucos muy extraños y asombrosos. Y en segundo, y sin necesidad de atrincherarse en la teoría de Blumenbach<sup>[9]</sup> que sostiene que los descendientes de Adán tenían muchas cualidades más propias de los cerdos que de cualquier otro animal de la creación, que sin duda hay hombres extraordinariamente habilidosos a la hora de cuidar de sí mismos.



## **Capítulo II. En el que se presenta al lector a ciertas personas a quienes, si le place, puede conocer mejor**

El otoño estaba bastante avanzado cuando el sol poniente, abriéndose paso entre la niebla que lo había oscurecido todo el día, contempló luminoso un pueblecito de Wiltshire, a más de una jornada de la bella y antigua ciudad de Salisbury.

Iluminó la escena como un repentino destello de la memoria o del espíritu en la imaginación de un anciano, y su lozanía y juventud ya lejanas parecieron cobrar nueva vida. La hierba húmeda brilló bajo la luz; las pocas manchas de verdor de los setos —donde unas cuantas ramas verdes se apiñaban resistiendo hasta el final la tiranía de los vientos hirientes y las primeras heladas— se encendieron y alborozaron; el arroyo, que había estado sombrío y gris todo el día, esbozó una alegre sonrisa; los pájaros empezaron a trinar y gorjear en las ramas desnudas, como si las esperanzadas criaturas pensasen que el invierno había pasado y había llegado la primavera. La veleta que había sobre el puntiagudo campanario de la vieja iglesia centelleó desde su elevada posición en concordancia con la alegría general; y desde las ventanas ensombrecidas por la hiedra se reflejaron tales rayos de luz hacia el cielo resplandeciente que dio la impresión de que el silencioso edificio fuese el almacén de veinte veranos, y de que todo su calor y luminosidad se atesoraran en su interior.

Incluso los indicios de la estación que susurraban enérgicamente la proximidad del invierno bendijeron el paisaje y, de momento, no tiñeron sus rasgos más animados con un opresivo aire de tristeza. Las hojas caídas que cubrían el suelo despedían una agradable fragancia y amortiguaban el áspero sonido de las pisadas y las ruedas en la lejanía, y crearon un reposo en amable unísono con el campesino que esparcía con liviandad las semillas y con el paso silencioso del arado que volteaba la tierra rica y parda y marcaba elegantes trazos en los campos cubiertos de rastrojo. En algunos árboles las bayas otoñales pendían de las ramas inmóviles como racimos de cuentas de coral, igual que en esos jardines fabulosos donde las frutas eran joyas; otros, despojados de sus adornos, se alzaban, cada uno en el centro de un montoncito de brillantes hojas rojas, contemplando su lenta decadencia; y otros que aún lucían las suyas las tenían arrugadas y agrietadas, como si se hubiesen quemado; en torno a los troncos de algunos de ellos se acumulaban, en rojizos montículos, las manzanas de la cosecha de ese año; mientras otros (endurecidos árboles de hoja perenne) parecían sombríos y severos a pesar de su vigor, como bajo el peso de la admonición de la naturaleza de que no es a sus favoritos más sensibles y alegres a quienes concede la vida más duradera. Aun así, los rayos de sol trazaban caminos de oro puro entre sus ramas oscuras; y la luz

rojiza, envolviendo las ramas negruzcas, las empleaba como espadas para subrayar su luminosidad y aumentar el brillo del día agonizante.

Un instante, y desapareció aquel esplendor. El sol se ocultó detrás de las largas y oscuras líneas de las colinas y de las nubes que habían levantado una airosa ciudad en el oeste, muralla sobre muralla, y baluarte sobre baluarte; la luz se retiró; la iglesia reluciente se volvió oscura y fría; el arroyo olvidó sonreír; los pájaros callaron y la oscuridad del invierno se abatió sobre todo.

También se levantó un viento vespertino y las ramas más finas crujieron y rechinaron al moverse, en esqueléticos bailes, al son quejoso de su música. Las hojas marchitas interrumpieron su silencio y corrieron de aquí para allá en busca de refugio de su gélido perseguidor; el campesino desunció los caballos y, con la cabeza gacha, se apresuró para volver a casa con ellos; en las ventanas de las casas las luces empezaron a contemplar parpadeantes los campos cada vez más oscuros.

Luego la forja del pueblo destacó con brillante importancia. Los fuelles rugieron anhelantes, «¡Ja, ja, ja!», al fuego límpido, que rugió a su vez e hizo que las chispas brillantes bailaran alegremente al ritmo alegre de los martillos en el yunque. El hierro reluciente chispeó también, en emulación de ellas, y lanzó profusamente sus gemas al rojo por todas partes. El fuerte herrero y sus hombres propinaban tales golpes que incluso la noche melancólica se alegró; y prestó cierto brillo a su rostro oscuro mientras se demoraba en la puerta y las ventanas, asomándose curiosa, por encima del hombro de una docena de ociosos. En cuanto a los integrantes de aquel grupito, se quedaron como hechizados por el paisaje y miraban de vez en cuando la oscuridad que tenían a su espalda, apoyaban el codo en el alféizar para ponerse más cómodos y parecían tan dispuestos a marcharse de allí como si hubiesen nacido para apelotonarse cerca del hogar como grillos.

¡Fuera el viento soplaba enfurecido! Sus suspiros empezaron a bramar en torno a la alegre forja, golpeando los postigos y gruñendo en la chimenea, como si quisiera intimidar a los alegres fuelles por avenirse a seguir órdenes. Y qué impotencia la de aquel fanfarrón a pesar de tanto ruido; pues la única influencia que ejerció sobre su ronco compañero fue hacerle entonar con más fuerza su alegre canción, y en consecuencia que el fuego ardiera con más brillo, y las chispas danzaran si cabe con más alegría: al final silbaban y daban vueltas de forma tan enloquecida que el hosco viento no pudo resistirlo y se marchó con un aullido, dándole tal empujón al cartel de la taberna que El Dragón Azul quedó más rampante que nunca y, de hecho, antes de Navidad, se arrancó de su absurdo marco.

Para un viento respetable era una tiranía indigna de él que la pagara con unas criaturas tan indefensas como las hojas caídas, pero el caso es que se topó con un gran montón justo después de desahogar su ira con el dragón insultado y las dispersó y desperdigó de tal modo que salieron

huyendo revueltas, unas para aquí, otras para allá, chocando entre sí, girando y girando sobre sus bordes finos, elevándose frenéticas en el aire y haciendo toda suerte de absurdas cabriolas ante tan extremado sufrimiento. No bastó con eso para aplacar su furia malvada, pues, no contento con espantarlas, arremetió contra las que estaban en pequeños grupos y las persiguió hasta el aserradero, se coló entre los tablones y las maderas del patio y, esparciendo el serrín por el aire, las buscó debajo y cuando dio con ellas, ¡uf! ¡Cómo corrió tras sus talones!

Las hojas asustadas volaron aún más deprisa: y fue una persecución un tanto atolondrada, pues se metieron en sitios insólitos y sin salida, donde su perseguidor les hizo dar vueltas y vueltas a voluntad; se ocultaron debajo de los aleros de las casas, y se pegaron a los pajares, como murciélagos; se colaron por las ventanas abiertas y se ocultaron debajo de los setos; y en definitiva huyeron en busca de seguridad. Pero su proeza más extraña fue aprovechar que de pronto se abriera la puerta principal de la casa del señor Pecksniff para colarse en el pasillo, hasta donde las siguió de cerca el viento, el cual, al encontrar la puerta trasera abierta, apagó sin poder contenerse la bujía encendida que sostenía la señorita Pecksniff y cerró con gran violencia la puerta principal en las narices del señor Pecksniff, que se disponía a entrar en ese momento y que en un abrir y cerrar de ojos se vio tumbado de espaldas el pie de las escaleras. Cansado ya de esas frivolidades, el tempestuoso vagabundo se alejó a toda prisa, alegrándose, rugiendo en el páramo y el prado, el monte y el llano hasta llegar al mar, donde se encontró con otros vientos de humor parecido y se lo pasó en grande.

Entretanto el señor Pecksniff, después de recibir, en el ángulo del penúltimo escalón, uno de esos golpes en la cabeza que encienden, para distracción del paciente, una iluminación imaginaria de velas muy brillantes, siguió plácidamente tendido mientras contemplaba la puerta de la calle. Cualquiera habría dicho que era más evocadora que las puertas normales, pues se quedó allí tumbado un rato absurdamente largo, sin preguntarse siquiera si se había hecho daño; tampoco respondió cuando la señorita Pecksniff preguntó a través del ojo de la cerradura con una voz tan chillona como la de un viento adolescente: «¿Quién es?»; y tampoco dijo nada ni insinuó el menor deseo de que le ayudasen a levantarse cuando la señorita Pecksniff abrió la puerta, se asomó, protegiendo la vela con la mano, y miró irritantemente atrás, delante, a un lado y a todas partes menos adonde él estaba.

—Te he visto —gritó la señorita Pecksniff al imaginario y huido desvergonzado que había golpeado la puerta—. ¡Tendrás tu merecido!

El señor Pecksniff, tal vez porque ya tuviese su merecido, siguió sin decir nada.

—Has doblado la esquina —gritó la señorita Pecksniff. Lo dijo por decir algo, pero no le faltaba fundamento; pues el señor Pecksniff, a medida que apagaba con rapidez las velas antes citadas y reducía el número de pomos de la puerta de cuatrocientos o quinientos (que antes habían

estado dando vueltas por su cuenta ante sus ojos de un modo inusitado) a una docena más o menos, podía decirse que estaba llegando a la esquina y se hallaba a punto de doblarla.

Con una seca advertencia a propósito de la cárcel y el alguacil, los cepos y las galeras, la señorita Pecksniff se dispuso a cerrar la puerta, cuando el señor Pecksniff (que seguía al pie de los escalones) se incorporó apoyándose en el codo y estornudó.

—¡Esa voz! —gritó la señorita Pecksniff—. ¡Ay, mi padre!

Al oír esta exclamación, otra señorita Pecksniff salió del salón y las dos señoritas Pecksniff, con muchas expresiones incoherentes, tiraron del señor Pecksniff para devolverlo a la posición erguida.

—¡Pa! —gritaron al unísono—. ¡Pa! ¡Habla, pa! ¡No nos mires así, queridísimo pa!

Pero, como en esos casos la manera en la que mira un caballero no depende de él, el señor Pecksniff siguió con la boca y los ojos muy abiertos, y con la mandíbula inferior caída, como un cascanueces de juguete; y, como se le había caído el sombrero, tenía el rostro lívido, el cabello de punta y el abrigo sucio de barro, el espectáculo que ofrecía era tan triste que ninguna de las señoritas Pecksniff pudo reprimir un grito involuntario.

—Ya está —dijo el señor Pecksniff—. Me encuentro mejor.

—¡Ha vuelto en sí! —gritó la señorita Pecksniff más joven.

—¡Ha recobrado el habla! —exclamó la mayor.

Y con tan alegres palabras besaron al señor Pecksniff en las mejillas y lo ayudaron a entrar en casa. Acto seguido, la más joven volvió a salir a por el sombrero, el paquete envuelto en papel de estraza, el paraguas, los guantes y otros objetos de menor tamaño, y, una vez hecho eso y después de cerrar la puerta, las dos señoritas se aplicaron a curar las heridas del señor Pecksniff en la salita trasera.

No eran de naturaleza demasiado grave y se limitaban a abrasiones en lo que la mayor de las señoritas Pecksniff llamó las «partes huesudas» de la anatomía de su progenitor, como las rodillas y los codos, y al desarrollo de un órgano totalmente nuevo, desconocido por los frenólogos, en la parte posterior de la cabeza. Después de calmar por fuera dichas heridas con trozos de papel de estraza empapado en vinagre y de que el señor Pecksniff se calmara por dentro, con un poco de *brandy* con agua, la mayor de las Pecksniff se sentó a preparar el té, que ya estaba listo. Entretanto, la joven señorita Pecksniff trajo de la cocina un humeante plato de huevos con jamón, lo colocó delante de su

padre, y se instaló a su lado en un taburete bajo con los ojos a la altura de la bandeja del té.

No debe deducirse de su humilde postura, que la joven señorita Pecksniff fuese tan joven para, por así decirlo, tener que sentarse en un taburete por la cortedad de sus piernas. La señorita Pecksniff se sentó en un taburete porque su inocencia y sencillez eran muy, muy grandes. La señorita Pecksniff se sentó en un taburete porque era todo optimismo infantil, juguetón e indomable como el de un gatito. Era la criatura más astuta y al mismo tiempo más inocente, la viva imagen de la juventud. En eso radicaba su enorme encanto. La señorita Pecksniff era demasiado espontánea y candorosa, demasiado vivaz para llevar partidores en el cabello, recogerse, rizarse o trenzarse. Lo llevaba corto y suelto, con tantos rizos que la parte de arriba era un único rizo. Tenía bastante pecho y su silueta era muy femenina; aunque a veces —sí, a veces— se ponía incluso un pichi; y ¡qué encantadora estaba entonces! ¡Oh, sí, no hay duda de que la joven señorita Pecksniff era «borboteante» (como había observado en verso un joven caballero en la sección de poesía de un periódico de provincias)!

El señor Pecksniff era un hombre recto, un hombre serio, un hombre de nobles sentimientos y palabras, y la había bautizado Mercy. ¡Mercy! ¡Oh, qué nombre tan encantador para un ser de alma tan pura como la joven señorita Pecksniff! Su hermana se llamaba Charity. ¡Qué buena idea! ¡Mercy y Charity<sup>[10]</sup>! Y Charity, con su fino sentido común y su suave, aunque nada displicente seriedad, hacía idéntico honor a su nombre, e ilustraba y se contraponía a su hermana. ¡Qué placentero era contemplar el contraste que ofrecían: ver cómo se querían y comprendían, lo entregadas que estaban y lo mucho que se apoyaban, y aun así se corregían, y se vigilaban como si la una fuese el antídoto de la otra! ¡Contemplar a ambas damiselas en plena admiración mutua, pero atendiendo sus asuntos según principios enteramente diferentes, anunciando que no había relación entre ellas, y que si la calidad de la mercancía no te gustaba quedabas respetuosamente invitado a interesarte por la otra! Y ¡el colofón de tan delicioso catálogo era que ambas hermosas criaturas eran totalmente inconscientes de todo! No tenían ni idea. No pensaban ni soñaban más en ello que el señor Pecksniff. La naturaleza las había hecho diferentes: las señoritas Pecksniff no tenían la culpa.

Ha quedado dicho que el señor Pecksniff era un hombre recto. Y lo era. Tal vez nadie lo fuese más que él: sobre todo en su conversación y correspondencia. Uno de sus admiradores dijo prosaicamente de él que tenía una bolsa de Fortunato<sup>[11]</sup> de buenos sentimientos en su interior. En ese aspecto era como la joven del cuento de hadas, sólo que lo que caía de sus labios no eran verdaderos diamantes, sino cristales muy brillantes que relucían de manera prodigiosa. Era un hombre ejemplar: más lleno de buenos preceptos que el cuaderno de un escolar. Había quien lo comparaba con un poste indicador, que siempre señala el camino hacia algún sitio y nunca se mueve; pero esos eran sus enemigos, las sombras que arrojaba su resplandor, nada más. Hasta su

garganta era recta. Asomaba mucho. Se veía la valla baja de una corbata blanca (de la que nadie había visto nunca el nudo, pues se la ataba por detrás), y ahí estaba, un valle entre las dos puntas del cuello de la camisa, serena y lampiña ante tus ojos. Parecía decir, por parte del señor Pecksniff: «No hay engaño, damas y caballeros, todo es paz, una calma santa me invade». Lo mismo ocurría con su pelo, levemente teñido de gris metálico, que se apartaba de la frente y se alzaba muy tieso o un poco caído a imagen de sus gruesos párpados. Y lo mismo su figura, que era rolliza, pero sin corpulencia. Y sus modales, que eran suaves y untuosos. En una palabra, hasta su sencillo traje negro, su condición de viudo y los quevedos que llevaba colgando contribuían al mismo propósito y proclamaban a gritos: «¡Contemplad al recto Pecksniff!».

La placa de latón de la puerta (que tratándose del señor Pecksniff no podía mentir) ostentaba esta inscripción: «PECKSNIFF, ARQUITECTO», a lo cual el señor Pecksniff añadía en sus tarjetas de visita: «Y AGRIMENSOR». En un sentido, y sólo en ese, puede decirse que era un agrimensor a gran escala, pues ante las ventanas de su casa se extendía un vasto paisaje. Respecto a sus obras arquitectónicas no se sabía nada con claridad, sólo que nunca había dibujado ni construido nada, aunque todo el mundo daba por sentado que su conocimiento de esa ciencia era de una profundidad casi espantosa.

Los compromisos profesionales del señor Pecksniff, de hecho, se reducían casi, si no del todo, a dar clases particulares, pues cobrar alquileres, ocupación con la que en ocasiones aliviaba sus trabajos más arduos, no puede considerarse propiamente una labor arquitectónica. Su genio consistía en enredar a padres y tutores, y embolsarse sus emolumentos. Una vez un joven caballero pagaba sus emolumentos y acudía a su casa, el señor Pecksniff tomaba prestado su maletín de instrumentos matemáticos (si eran de plata o valiosos por algún otro motivo), lo invitaba a considerarse miembro de la familia, alababa a sus padres o tutores, según el caso, y lo hacía pasar a una sala espaciosa, donde en compañía de ciertas pizarras, reglas, compases de patas rígidas y dos o tal vez tres caballeros más, pasaba dos o tres años mejorando sus conocimientos, según sus indicaciones, dibujaba el alzado de la catedral de Salisbury, desde todo punto de vista imaginable, y construía en el aire una gran cantidad de castillos, parlamentos y otros edificios públicos. Tal vez en ningún sitio hubiese tantos edificios de ese tipo como los construidos bajo los auspicios del señor Pecksniff; y, si los comisionados parlamentarios aceptaran financiar la veinteava parte de las iglesias que se construyeron en aquel salón, con una u otra de las señoritas Pecksniff en el altar desposando al arquitecto, no harían falta más iglesias en al menos cinco siglos.

—Incluso de los alimentos terrenales que acabamos de ingerir —dijo el señor Pecksniff contemplando la mesa al acabar—, incluso de la leche, del azúcar, del té, de las tostadas, del jamón...

—Y de los huevos —apuntó Charity en voz baja.

—Y de los huevos —dijo el señor Pecksniff—, incluso de ellos puede extraerse una moraleja. ¡Ved cómo vienen y van! Todos los placeres son transitorios. Ni siquiera podemos comer demasiado. Si nos permitimos beber líquidos inofensivos, contraemos hidropesía; si optamos por los excitantes, nos emborrachamos. ¡Qué reflexión tan tranquilizadora!

—No digas que nos emborrachamos, pa —le instó la mayor de las señoritas Pecksniff.

—Cuando digo «nos», cariño —respondió su padre—, me refiero a la humanidad en general; a la raza humana considerada en su conjunto, y no como individuos. La moraleja no tiene nada de personal, cariño. Incluso esto —dijo el señor Pecksniff, apoyando el dedo índice de la mano izquierda en el emplasto de papel de estraza que tenía en la coronilla—, aunque se trate sólo de una leve calvicie accidental, nos recuerda que no somos más que —estuvo a punto de decir «gusanos», pero al recordar que los gusanos no son muy conocidos por su cabellera, lo substituyó por «carne y sangre»—. Lo cual —añadió tras una pausa, en la que pareció buscar otra moraleja sin demasiado éxito — resulta también muy tranquilizador. Mercy, cariño, aviva el fuego y tira la ceniza.

La joven señorita obedeció y, a continuación, volvió a su taburete, apoyó un brazo en la rodilla de su padre y puso encima la arrebolada mejilla. La señorita Charity acercó la silla al fuego, como quien se dispone a tener una conversación, y miró a su padre.

—Sí —dijo el señor Pecksniff, después de una breve pausa, en la que había sonreído en silencio y movido la cabeza delante del fuego—. He vuelto a tener suerte en mi propósito. Muy pronto tendremos un nuevo alumno entre nosotros.

—¿Es joven, papá? —preguntó Charity.

—Sí...í, joven —respondió el señor Pecksniff—. Aprovechará la oportunidad que se le ofrece para unir las ventajas de la mejor formación arquitectónica práctica con la comodidad de un hogar y la constante relación con alguien que (por humilde que sea su condición y por limitadas que sean sus capacidades) no descuida sus responsabilidades morales.

—¡Oh, papá! —gritó Mercy levantando el dedo con pillería—. ¡Véase el anuncio!

—Mi pajarillo bromista —respondió el señor Pecksniff. Conviene observar a propósito de lo de «pajarillo» que su hija no sabía cantar, pero que el señor Pecksniff tenía la costumbre de decir cualquier palabra cuyo sonido le agradara, sin preocuparse demasiado por su significado, con tal de que le permitiera rematar la frase. Y lo hacía con

tanta osadía y en un tono tan imponente que a veces desconcertaba con su elocuencia a las personas más sabias y las dejaba boquiabiertas.

Sus enemigos afirmaban, dicho sea de paso, que esa gran confianza en las formas y los sonidos era la clave de la personalidad del señor Pecksniff.

—¿Es guapo, papá? —preguntó la hija menor.

—¡No seas boba, Merry! —dijo la mayor. «Merry<sup>[12]</sup> » era la abreviatura cariñosa de Mercy—. ¿Cuánto te va a pagar, papá? Cuéntanos.

—¡Por Dios, Cherry<sup>[13]</sup> ! —exclamó la señorita Mercy, levantando las manos con la risa más cautivadora del mundo—. ¡Vaya una interesada que estás hecha! ¡Menuda pícara, calculadora y precavida!

Ver a las dos señoritas Pecksniff darse palmaditas y fundirse en un abrazo que expresaba sus distintas disposiciones fue delicioso y parecía propio de épocas más bucólicas.

—Es apuesto —dijo el señor Pecksniff con lentitud y claridad—, bastante apuesto. Y, de momento, no cuento con que me pague nada.

Al oír sus palabras, y a pesar de su diferente naturaleza, tanto Charity como Mercy coincidieron en abrir mucho los ojos y en quedarse tan en blanco como si su pensamiento pudiese influir directamente en la ganancia.

—Pero ¡qué más da! —dijo el señor Pecksniff sin dejar de sonreír al fuego—. Espero que siga habiendo en el mundo gente a quien no mueve sólo el interés. No todos estamos alineados en dos bandos, los que atacan y los que se defienden. Hay quien se queda en medio y ayuda a los necesitados sin tomar partido por nadie, ¿no? —Algo en aquellas migajas de filantropía tranquilizó a las hermanas. Intercambiaron una mirada y se animaron mucho—. ¡Oh, no seamos siempre tan previsores y calculadores, y dejemos de angustiarnos por el futuro! —dijo el señor Pecksniff cada vez más sonriente y contemplando el fuego como si acabase de contarle un chiste—: Estoy cansado de tantas artimañas. Si nuestras inclinaciones son buenas y sinceras, satisfagámoslas sin dudarlas, aunque nos causen una pérdida en lugar de una ganancia. ¿Verdad, Charity? —Miró a sus hijas por primera vez desde que iniciara estas reflexiones, y, al ver que ambas sonreían, las contempló un instante de manera tan jocosa (aunque todavía con una especie de socarronería santurróna) que la menor se conmovió y se sentó en sus rodillas, le pasó los bellos brazos alrededor del cuello y lo besó veinte veces, sin dejar de reír mientras duraba aquella expresión de afecto, un hilarante exceso en el que participó también la reservada Cherry—. Vamos, vamos —dijo el señor Pecksniff, apartando a la menor de sus hijas, y pasándose los dedos por el pelo mientras recobraba su expresión plácida—. ¿Qué locura es esta? No nos riamos sin medida, no



vaya a ser que acabemos llorando. ¿Tenemos alguna novedad doméstica? John Westlock se habrá ido ya, ¿no?

—Pues no —respondió Charity.

—Y ¿por qué no? —replicó su padre—. El plazo expiró ayer. Y me consta que su baúl estaba preparado, porque lo he visto esta mañana en el vestíbulo.

—Anoche durmió en la taberna del Dragón —repuso la joven— e invitó a cenar al señor Pinch. Pasaron la velada juntos, y el señor Pinch no volvió hasta muy tarde.

—Y esta mañana, cuando lo he visto en las escaleras, pa —dijo Mercy con su energía de costumbre—, parecía, ¡oh, Dios mío, un monstruo!, tenía la cara de todos los colores, y los ojos tan apagados como si se los hubiesen cocido y le doliera mucho la cabeza, a juzgar por su apariencia, y por el olor de su ropa, ¡ay!, es imposible describir cómo olía a... —la joven se estremeció— ¡a tabaco y a ponche!

—En mi opinión —apuntó el señor Pecksniff con su acostumbrada amabilidad, aunque aún con el aire de quien sufre un insulto sin protestar—, el señor Pinch podría habérselo pensado mejor antes de escoger como amigo a alguien que, al final de una larga relación, se las ha arreglado, como él bien sabe, para herir mis sentimientos. Y no estoy muy seguro de que el señor Pinch haya demostrado mucha delicadeza. No estoy seguro de que haya sido muy amable por su parte. No diré más, pero ni siquiera estoy seguro de que haya sido muy agradecido.

—Y ¡qué se puede esperar del señor Pinch! —exclamó Charity, recalcando el nombre con desprecio, como si darle un buen pellizco en la pantorrilla<sup>[14]</sup> pudiera proporcionarle un placer indescriptible.

—Sí, sí —respondió su padre alzando un poco la mano—, está muy bien preguntarse qué se puede esperar del señor Pinch, pero el señor Pinch es nuestro prójimo, cariño; el señor Pinch es un renglón más en la inmensa suma de la humanidad, mi vida; y tenemos el derecho y el deber de esperar que el señor Pinch desarrolle las cualidades cuya posesión nos inspira un humilde respeto por nosotros mismos. No —continuó el señor Pecksniff—. ¡No! El cielo me impida decir que no puede esperarse nada del señor Pinch, o de ninguna otra persona (incluso de las más degeneradas, cosa que ciertamente no es el señor Pinch); pero el señor Pinch me ha decepcionado; me ha herido, por lo que mi opinión de él ha empeorado un poco, pero no la que tengo de la naturaleza humana. ¡Oh, no, no!

—¡Escuchad! —exclamó la señorita Charity levantando un dedo, al oír un golpe suave en la puerta de la calle—. ¡Ahí lo tenemos! Mirad lo que os digo: ha vuelto con John Westlock a por su baúl, y le va ayudar a

llevarlo a la diligencia. ¡Mirad lo que os digo, y a ver si no es esa su intención!

Mientras hablaba, dio la impresión de que alguien estaba sacando el baúl de la casa pero, después de unas preguntas y respuestas murmuradas, volvieron a dejarlo en el suelo y llamaron a la puerta del salón.

—¡Adelante! —gritó el señor Pecksniff, sin severidad, pero virtuosamente—. ¡Adelante!

Un hombre de aspecto extraño y desgarrado, muy corto de vista y prematuramente calvo, aprovechó aquel permiso; y, al ver que el señor Pecksniff estaba de espaldas a él contemplando el fuego, se quedó dudando, con la mano apoyada en el pomo de la puerta. Desde luego no era nada apuesto; y llevaba un traje de color pardo, cortado con muy poca maña, que había encogido por el uso y estaba retorcido y torturado hasta formar toda suerte de formas extrañas; pero, a pesar de su atuendo y de su torpe figura, muy encorvada de hombros, amén de la ridícula costumbre, que no lograba abandonar, de echar la cabeza hacia delante, nadie (a no ser que el señor Pecksniff dijera lo contrario) se habría sentido tentado de considerarlo ni mucho menos una mala persona. Debía de rondar los treinta años, pero podría haber tenido casi cualquier edad entre los dieciséis y los sesenta, pues era una de esas extrañas criaturas que no declinan con la edad, sino que parecen ya viejos cuando son muy jóvenes y resuelven así la cuestión de la vejez de un plumazo.

Sin apartar la mano del pomo de la puerta, miró varias veces del señor Pecksniff a Mercy, de Mercy a Charity, y de Charity otra vez al señor Pecksniff; pero, como ambas señoritas estaban tan concentradas en contemplar el fuego como su padre, y ninguno de los tres pareció reparar en su presencia, se vio obligado a hablar por fin.

—¡Oh!, le ruego que me disculpe, señor Pecksniff; le ruego que me perdone por interrumpir, pero...

—No nos interrumpe, señor Pinch —dijo dicho caballero con mucha dulzura, pero sin volverse—. Por favor, siéntese, señor Pinch. Tenga la bondad de cerrar la puerta, señor Pinch.

—Desde luego, señor —dijo Pinch, aunque lo que hizo fue abrirla más que antes y llamar con un gesto nervioso a alguien que había fuera—. El señor Westlock, señor, al enterarse de que había vuelto usted a casa...

—¡Señor Pinch, señor Pinch! —dijo Pecksniff, girando la silla y mirándolo con una profunda melancolía—. No esperaba esto de usted. ¡No merezco esto de usted!

—No, pero palabra, señor, que... —insistió Pinch.

—Cuanto menos diga, señor Pinch —le interrumpió el otro—, tanto mejor. No me quejaré. No me defenderé.

—No, pero tenga la bondad, señor —exclamó muy serio Pinch—. El señor Westlock, señor, está a punto de marcharse para siempre, y sólo quiere dejar amigos tras de sí. El señor Westlock y usted, señor, tuvieron una pequeña diferencia el otro día; han tenido muchas pequeñas diferencias.

—¡Pequeñas diferencias! —exclamó Charity.

—¡Pequeñas diferencias! —repitió Mercy.

—¡Hijas mías! —dijo el señor Pecksniff, alzando la mano con serenidad—. ¡Queridas! —Después de una solemne pausa, se inclinó mansamente hacia el señor Pinch, como quien dice: «Continúe», pero el señor Pinch estaba tan desconcertado y miró con tanta impotencia a las dos señoritas Pecksniff que probablemente la conversación habría terminado allí si un joven apuesto, recién alcanzada la edad viril, no hubiese cruzado el umbral y hubiese retomado el hilo de la conversación.

—Vamos, señor Pecksniff —dijo con una sonrisa—, que no haya mala sangre entre nosotros. Siento que hayamos discutido, y lamento mucho haberle ofendido. No me guarde rencor al despedirnos, señor.

—No guardo rencor —respondió el señor Pecksniff con suavidad— a ningún hombre de la tierra.

—Ya se lo dije —apuntó el señor Pinch en voz baja—. Lo sabía. Es lo que dice siempre.

—Entonces ¿estrechará usted mi mano, señor? —exclamó Westlock, dando uno o dos pasos y reclamando con una mirada la atenta observación del señor Pinch.

—¡Ejem! —dijo el señor Pecksniff en tono victorioso.

—¿Estrechará usted mi mano, señor?

—No, John —dijo el señor Pecksniff, con una calma casi etérea—; no, no te estrecharé la mano, John. Te he perdonado. Te había perdonado ya, incluso antes de que dejaras de insultarme y hacerme reproches. Te he abrazado en espíritu, John, y eso es mejor que estrecharte la mano.

—Pinch —dijo el joven, volviéndose hacia él con una evidente aversión por su antiguo maestro—, ¿qué te había dicho?

El pobre Pinch miró incómodo al señor Pecksniff, cuya mirada seguía fija en él igual que al principio, volvió a mirar al techo y no respondió.

—No quiero su perdón en tales condiciones, señor Pecksniff —dijo el joven—. Prefiero que no me perdone.

—¿Que

no te perdone, John? —replicó el señor Pecksniff con una sonrisa—. No puedes evitarlo. El perdón es una cualidad elevada, una virtud exaltada; está muy por encima de tu control o tu influencia, John. Te perdono. No conseguirás que recuerde ningún agravio que me hayas causado, John.

—¡Agravio! —exclamó Westlock, con el acaloramamiento y la impetuosidad de su edad—. ¡Menudo tipo! ¡Agravio! ¡Que le he causado un agravio! ¡No se acuerda de las quinientas libras que me sacó con falsos pretextos; ni de las setenta al año por un alojamiento y una comida que habrían sido caros por siete! ¡He ahí un mártir!

—El dinero, John —dijo el señor Pecksniff—, es la raíz de todo mal. Siento ver que ya ha dado en ti su perverso fruto. Pero no quiero acordarme de su existencia. Ni siquiera recordaré el comportamiento de esa persona confundida —y aquí, aunque habló como alguien en paz con el mundo entero, manifestó cierto retintín que claramente significaba: «Ya tengo calado a este sinvergüenza»— que te ha traído aquí esta noche, con la intención de perturbar (me alegra decir que en vano) la paz y el reposo de espíritu de alguien que habría derramado su sangre por ayudarle. —La voz del señor Pecksniff tembló mientras hablaba, y se oyó sollozar a sus hijas. En el aire flotaban sonidos como si dos voces espirituales hubiesen exclamado «¡Animal!» la una y «¡Bruto!» la otra—. El perdón —continuó el señor Pecksniff—, el perdón puro y total no es incompatible con un corazón herido; tal vez cuando el corazón está herido, sea una virtud aún mayor. Con el pecho todavía encogido y atravesado por la ingratitud de esa persona, me alegra y me enorgullece decir que le perdono. ¡No! —dijo alzando la voz, al ver que Pinch iba a decir algo—, espero que ese individuo no diga nada, me alegrará sinceramente que no diga una palabra. No estoy seguro de poder soportar esa prueba. Dentro de muy poco tiempo confío en tener la suficiente entereza para conversar con él como si esto no hubiese sucedido. Pero ahora no —concluyó el señor Pecksniff volviendo a girarse hacia el fuego y moviendo la mano en dirección a la puerta.

—¡Bah! —exclamó John Westlock, con todo el asco y el desprecio que puede expresar ese monosílabo—. Señoritas, buenas noches. Vamos, Pinch, no vale la pena pensarlo. Yo tenía razón y tú te equivocabas. Da igual, así aprenderás para la próxima vez.

Y, diciendo estas palabras, le dio una palmada a su abatido compañero en el hombro, giró sobre sus talones y salió al pasillo en compañía del pobre señor Pinch, que antes pareció dudar unos segundos con la más honda tristeza y el desconsuelo pintados en el semblante. Cogieron el baúl entre los dos y salieron a buscar la diligencia.

Aquel veloz carruaje pasaba, todas las noches, por la esquina de una calle no muy lejana, hacia donde encaminaron sus pasos. Anduvieron en

silencio unos minutos, hasta que por fin el joven Westlock prorrumpió en carcajadas una vez y otra vez. No obstante, siguió sin tener respuesta de su compañero.

—¡Te diré una cosa, Pinch! —dijo abruptamente, después de otro prolongado silencio—. No tienes ni la mitad de maldad que deberías tener. ¡Ni la mitad! Nada.

—Bueno —respondió Pinch con un suspiro—. No sé. Es un halago que lo digas. Supongo que es mejor no tenerla.

—¡Mejor! —repitió con descaro su amigo—. Mucho peor, querrás decir.

—Y, sin embargo —dijo Pinch, siguiendo con el hilo de sus pensamientos y sin atender a la última observación hecha por su amigo—, algo de eso que llamas maldad tendré o no habría podido incomodar tanto a Pecksniff. No le habría causado tanta angustia, no te rías, por favor, ni a cambio de una mina de oro; y Dios sabe lo bien que me vendría tener una, John. ¡Qué disgustado estaba!

—¡Disgustado! —replicó Westlock.

—¿Es que no te has fijado en que casi se le saltaban las lágrimas de los ojos? —exclamó Pinch—. Por mi alma, ¿acaso no significa nada ver a un hombre tan conmovido y saber que la culpa es mía? Y ¿no le has oído decir que habría derramado su sangre por mí?

—¿Quieres que alguien derrame sangre por ti? —replicó su amigo con considerable irritación—. ¿Te ha dado algo que quisieras? ¿Trabajo, instrucción o dinero de bolsillo? ¿Te ha ofrecido pierna de cordero con verdura y patatas?

—Me temo —dijo Pinch, volviendo a suspirar— que soy muy comilón; no puedo negarlo. Tú lo sabes, John.

—¿Comilón? —respondió su compañero, no menos indignado que antes—. ¿Por qué lo dices?

La pregunta debió de poner el dedo en la llaga, pues el señor Pinch se limitó a repetir en voz baja que tenía muchas dudas y que temía serlo:

—Además, que lo sea o no —añadió— poco o nada tiene que ver con que me considere un desagradecido. John, para mí no hay pecado peor en el mundo que la ingratitud; y, si alguien me acusa y me cree culpable de serlo, me siento triste y desdichado.

—Y ¿crees que él no lo sabe? —replicó su amigo con desprecio—. Veamos, Pinch, antes de decir más, repasemos las razones que tienes para estarle agradecido, ¿quieres?, pero antes cambia de mano, que el baúl pesa mucho. Así. Vamos, empieza.

—En primer lugar —dijo Pinch—, me aceptó como alumno por mucho menos de lo que pedía.

—Bueno —replicó su amigo, nada conmovido por ese ejemplo de generosidad—. Y ¿en segundo?

—¡Y en segundo! —exclamó Pinch, presa de una especie de desesperación—. Pues en segundo lugar todo. Mi pobre abuela murió feliz de saber que me dejaba en manos de un hombre tan excelente. He crecido en su casa, gozo de su confianza, soy su ayudante, me paga un salario y cuando el negocio mejore mejorarán también mis perspectivas. Todo eso y mucho más en segundo lugar. Y como prólogo y prefacio de lo primero, John, tienes que considerar algo que nadie sabe mejor que yo: que nací para ser más pobre y sencillo, que no se me da bien este oficio y que no tengo talento más que para cosas que a nadie sirven ni interesan.

Lo dijo con tanta seriedad y en un tono tan conmovido que su compañero cambió instintivamente de actitud y se sentó en el pescante (a estas alturas habían llegado al poste indicador que había al final de la calle); le indicó con un gesto que se sentara a su lado y le puso la mano en el hombro.

—Tom Pinch, creo que eres una de las mejores personas del mundo —dijo.

—Nada de eso —replicó Pinch—. Si conocieras a Pecksniff tan bien como yo, podrías decir eso de él con total sinceridad.

—Diré de él lo que quieras —respondió Westlock— y ni una sola palabra que lo desacredite.

—Me temo que lo haces por mí y no por él —dijo Pinch, moviendo preocupado la cabeza.

—Por quien tú quieras, Tom, con tal de complacerte. ¡Oh! ¡Es un tipo excelente! Nunca arañó ni clavó sus garras en el dinero de tu abuela, que tanto le había costado ahorrar... Era ama de llaves, ¿no, Tom?

—Sí —dijo el señor Pinch, tocándose una de sus gruesas rodillas y asintiendo con la cabeza—, el ama de llaves de un caballero.

—¡Nunca arañó ni clavó las garras en el dinero que tanto le había costado ahorrar, deslumbrándola con la esperanza de tu felicidad y tu progreso, aun sabiendo (y nadie podía saberlo mejor que él) que nunca llegaría a cumplirse! Nunca especuló ni mercadeó con el orgullo que ella sentía por ti y por darte una educación, ni con sus deseos de que tú al menos vivieses como un caballero. ¡Qué va, Tom!

—No —dijo Tom, mirando a su amigo a la cara, como si dudase un poco del significado de sus palabras—, por supuesto que no.

—Eso digo —replicó el joven—, por supuesto que no. No aceptó menos de lo que pedía, porque ella no tenía más, ni porque fuese más de lo que él esperaba conseguir; ¡qué va, Tom! No te utiliza como ayudante porque le resultas muy útil, ni porque tu increíble fe en sus falsedades es un servicio inestimable en sus mezquinas disputas; ni porque tu honradez le da una pátina de honradez a él; ni porque, cuando pasas tu tiempo libre en su casa leyendo libros antiguos y extranjeros, se corre la voz y llega a saberse en Salisbury y eso lo convierte a él, Pecksniff el maestro, en un hombre erudito y de gran importancia. No saca nada de ti, Tom, qué va.

—Pues claro que no —dijo Pinch, mirando a su amigo aún con más preocupación que antes—. ¡Pecksniff sacar algo de mí! ¡Vaya una idea!

—¿No te digo que es ridículo —insistió Westlock— pensar siquiera en algo así?

—Caramba, como que es una auténtica locura —dijo Tom.

—¡Una locura! —replicó el joven Westlock—. Pues claro que es una locura. ¿Quién sino un loco creería que a él le importa un comino que los domingos se diga que el voluntario que toca el órgano en la iglesia, y que ensaya en la oscuridad las noches de verano, es el joven discípulo del señor Pecksniff? ¿Eh, Tom? ¿Quién sino un loco creería que le beneficia que su nombre esté en boca de todos en relación con las miles de cosas que haces (y que, por supuesto, te ha enseñado), eh, Tom? ¿Quién sino un loco pensaría que le haces más publicidad y más barata que unos carteles en la pared, eh, Tom? Ya puestos, uno podría pensar que no te abre su corazón y su alma, que no te paga un sueldo generoso y, por decir algo más descabellado y monstruoso, si es posible, uno podría imaginar —y le dio una palmadita en el pecho con cada palabra— que Pecksniff se ha aprovechado de tu forma de ser, de que seas tímido y tengas poca confianza en ti mismo y de que te fíes siempre de lo demás, pero sobre todo de él, que es quien menos lo merece. ¡Eso sí que sería una locura, John!

El señor Pinch había escuchado todo aquello con una perplejidad que parecía en parte causada por las palabras de su amigo, y en parte por sus gestos rápidos y vehementes. Ahora que había concluido, soltó un larguísimo suspiro, lo miró melancólico a la cara, como si fuese incapaz de decidir qué quería expresar con su gesto y deseara obtener en la oscuridad la clave de su verdadero significado, y estaba a punto de responder cuando el clarín del cochero llegó alegre a sus oídos y puso fin a su conversación; para enorme satisfacción del más joven de los dos, que subió con agilidad y le tendió la mano a su compañero.

—Las dos manos, Tom. ¡Recuerda que te escribiré desde Londres!



—Sí —dijo Pinch—. Sí. Hazlo, por favor. Adiós. Adiós. No puedo creer que te vayas. Parece que fue ayer cuando llegaste. ¡Adiós, mi querido y viejo amigo!

John Westlock devolvió sus palabras de despedida con idéntica cordialidad, y subió a su asiento en el techo de la diligencia, que partió al trote por la carretera oscura: los faroles brillaban alegres y el clarín despertaba todos los ecos, a lo lejos.

—¡Sigue tu camino! —dijo Pinch, refiriéndose a la diligencia—. Me cuesta convencerme de que no estés viva y no seas una especie de monstruo terrible que viene por aquí de vez en cuando para llevarse a mis amigos al gran mundo. Esta noche pareces más exultante y complacida de lo normal, bien puedes enorgullecerte de tu botín, pues es un buen muchacho, un joven ingenuo, que sólo tiene un defecto que yo sepa: su intención no es mala, pero ¡es muy cruel e injusto con Pecksniff!

### **Capítulo III. En el que se presenta a otras personas, de la misma forma que en el capítulo anterior**

Se ha aludido ya más de una vez a cierto Dragón que se balanceaba y chirriaba quejoso en la fachada de la taberna del pueblo. Era un dragón viejo y descolorido; y muchas tormentas invernales de lluvia, nieve, aguanieve y granizo habían trocado su color de un alegre azul a un gris pálido y sin lustre. Pero ahí estaba: alzándose en un estado de monstruosa imbecilidad sobre las patas traseras, volviéndose, con cada mes que pasaba, más tenue e informe hasta el punto de que al mirarlo por un lado daba la impresión de estar filtrándose poco a poco hasta salir por el otro lado del cartel.

Era un dragón cortés y considerado; o lo había sido en sus días más claros, pues, en mitad de su rampante debilidad, alzaba una de las garras delanteras cerca de la nariz, como diciendo: «No os asustéis... lo hago sólo por divertirme», mientras alargaba la otra, en educada y amable súplica. De hecho hay que conceder a toda la raza de dragones de los tiempos modernos que ha avanzado mucho en civilización y refinamiento. Ya no exigen desayunarse a un virgen hermosa cada mañana, con la misma regularidad con que un caballero soltero espera su bollo caliente, sino que descansan complacidos en compañía de solteros ociosos y casados errantes: y hoy son más conocidos por rehuir al sexo débil y desanimarlo a visitarles (sobre todo los sábados por la noche) que por insistir groseramente en su compañía sin preguntar por sus inclinaciones, como es sabido que hacían antaño.

Este tributo a tan amansados animales no es una incursión tan extensa en el reino de la historia natural como podría parecer a primera vista; pues el principal asunto de estas páginas es el dragón que se había refugiado en la vecindad del señor Pecksniff y, como tan cortés animal ha sido presentado ya, nada nos impide hablar de él sin más preámbulos.

Llevaba muchos años balanceándose, chirriando y dando golpetazos, delante de las dos ventanas del mejor cuarto de esa casa y fonda a la que prestaba su nombre; pero nunca aquellos balanceos, chirridos y golpetazos habían sido testigos de tanta agitación en sus sucios límites como la noche que siguió a los incidentes detallados en el último capítulo, cuando se vio tanto apresuramiento de pies que iban arriba y abajo, tanto encender luces, tanto susurrar, tanto humo y chisporroteo de madera recién encendida en una chimenea húmeda, tanto ventilar sábanas, tanto olor a chamuscado de los calentadores de camas, tanto ajetreo y revuelo, en suma, como nunca dragón, grifo, unicornio o cualquier otro animal de esa especie presencié jamás, desde que empezaron a interesarse por los asuntos domésticos.

Un anciano caballero y una joven señorita que viajaban, sin criados, en un coche viejo y herrumbroso con caballos de posta, llegados de donde nadie sabía y camino de donde nadie parecía saber, se desviaron del camino real y se dirigieron inesperadamente a El Dragón Azul; y allí el anciano caballero, que había dado ese paso después de enfermar de repente en el coche, sufrió los calambres y espasmos más horribles y aun así no paró de repetir que no quería que mandasen a buscar al médico y que no tomaría otro remedio que los que le proporcionaba la joven señorita de un pequeño cofre con medicinas, y se negó, en una palabra, a hacer nada que no fuese aterrorizar a la pobre patrona y rechazó todas las sugerencias que le hacían.

De las quinientas propuestas para aliviarle que hizo la buena mujer en menos de media hora, sólo consintió en una. En irse a acostar. Y hacerle la cama y preparar la habitación fue lo que causó toda la agitación en la alcoba de detrás del Dragón.

Estaba, sin duda alguna, muy enfermo, y sufría mucho; tanto más, tal vez, porque era un anciano fuerte y vigoroso, con una voluntad de hierro, y una voz broncínea. Pero ni la preocupación que claramente tenía en ocasiones por su vida, ni el gran dolor que padecía, modificaron un ápice su decisión. Se negó a que fuesen a llamar a nadie. Cuanto peor se ponía, más rígido e inflexible se volvía en su determinación. Si enviaban a buscar a alguien, hombre, mujer, o niño, para atenderle, se marcharía en el acto de la casa (eso dijo), aunque tuviese que irse a pie y muriera nada más cruzar la puerta.

Como en el pueblo no vivía ningún médico, sino sólo un pobre boticario, que era además verdulero y comerciante, la patrona, bajo su propia responsabilidad, había enviado a buscarlo al comienzo de aquel desastre. Por supuesto resultó, como consecuencia necesaria, que no estaba en casa. Había ido a varios kilómetros de allí y no se esperaba que volviese hasta última hora de la noche; así que la patrona, que a estas alturas estaba bastante desquiciada, envió al mismo mensajero a buscar a toda prisa al señor Pecksniff, como hombre letrado que podía compartir la responsabilidad, y como hombre recto capaz de ofrecer un enorme consuelo a un alma perturbada. Que su huésped estaba necesitado de lo último era evidente por las expresiones inquietas, reveladoras, no obstante, de una preocupación más mundana que espiritual, que no dejaba de formular.

De ese último encargo secreto el mensajero regresó con noticias no mucho mejores que del primero: el señor Pecksniff no estaba en casa. Así que metieron al paciente en la cama sin su ayuda y al cabo de dos horas mejoró tanto que los momentos de sufrimiento se fueron espaciando mucho más que al principio. Poco a poco, dejó de sufrir casi del todo, aunque su agotamiento parecía a veces tan grande que resultaba tan preocupante como los dolores que había padecido.

Fue en uno de esos intervalos de reposo, cuando mirando a su alrededor con gran cautela y sacando con dificultad el brazo de entre las

almohadas, se las arregló para hacer uso, con un extraño secretismo y desconfianza, del material de escritorio que había pedido que le dejaran en una mesita que había a su lado y a la que se habían sentado la joven y la dueña de El Dragón Azul delante del fuego.

La dueña de El Dragón Azul tenía la apariencia que debe tener una patrona: gruesa, pechugona, amable y agraciada, de rostro blanco y rubicundo, el cual, por su expresión cordial, enseguida daba fe de su animada participación en las cosas buenas de la despensa y la bodega y en sus propicias y saludables influencias. Era viuda, pero hacía años que había pasado el luto, luego había vuelto a florecer y había estado en flor desde entonces, y en flor estaba ahora: con rosas en la falda, rosas en el corpiño, rosas en la cofia, rosas en las mejillas, sí, y rosas que también valía la pena recolectar en los labios, dicho sea de paso. Todavía tenía los ojos negros y brillantes y el pelo negro azabache; era atractiva, con hoyuelos, rolliza y lozana como una uva espina; y, aunque no era exactamente lo que se dice joven, uno podría declarar, con plena confianza, ante cualquier alcalde o magistrado de la Cristiandad, que hay en el mundo muchas jóvenes señoritas (¡benditas sean todas ellas!) que no le gustarían ni la mitad, o a las que no admiraría ni la mitad, que a la radiante patrona de El Dragón Azul.

Dicha bella matrona, sentada al lado del fuego, contemplaba de vez en cuando, con orgullo de propietaria, la habitación, que era un apartamento bastante grande, de esos que se ven en las tabernas de pueblo, con el techo bajo y el suelo hundido, inclinado desde la puerta y con dos escalones tan exquisitamente inesperados que los forasteros, a pesar de las más elaboradas advertencias, por lo general entraban de cabeza como quien se zambulle en el agua. No era uno de esos dormitorios frívolos y absurdamente luminosos, donde no hay quien pueda pegar ojo con recato o con una decorosa consideración por la asociación de ideas, sino un sitio cómodo, soso, plumizo y soporífero, en el que todo el mobiliario te recordaba que habías ido allí a dormir y que lo que se esperaba de ti era que durmieras. Nada de reflejos del fuego que impidiesen conciliar el sueño, como en las habitaciones modernas en las que aún en las noches más oscuras se tiene conciencia del brillo del barniz francés y de la vieja caoba española que te guiña el ojo de vez en cuando, como harían un gato o un perro medio adormilados. El tamaño y la forma mismos, y la total imposibilidad de mover la cama, el armario, y en menor grado incluso las sillas y las mesas, inducían al sueño, eran claramente apopléticos y propiciaban los ronquidos. No había retratos de ojos fijos que te reprocharan tu pereza, ni pájaros de ojos redondos en las cortinas, desagradablemente despiertos y entrometidos. Las gruesas colgaduras, las persianas echadas y el voluminoso montón de sábanas estaban concebidos para retener el sueño y actuar como no conductores del día ni del momento de levantarse. Hasta el viejo zorro disecado de encima del armario carecía de cualquier chispa de vigilancia, pues se le había caído el ojo de cristal y dormitaba en su sitio.

La atención de la patrona del Dragón vagó entre esos objetos dos o tres veces, y luego los miró sólo muy de vez en cuando. Pronto los abandonó por completo igual que abandonó la cama lejana con su extraña carga, y se fijó en la joven que, con la mirada baja fija en el fuego, seguía sumida en una meditación silenciosa.

Era muy joven y no aparentaba más de diecisiete años; de modales tímidos y cohibidos, tenía aun así un dominio de sí misma y un control de sus emociones que por lo general son típicos de un momento más avanzado de la vida de las mujeres. Lo había demostrado ahora en abundancia por cómo había cuidado del caballero enfermo. Era baja de estatura y su figura era menuda como correspondía a sus años, pero el encanto de la juventud y la doncellez la resaltaba e iluminaba su rostro agraciado. Su tez estaba muy pálida, en parte, sin duda, por toda la agitación reciente. Su cabello castaño oscuro, despeinado por el mismo motivo, se había soltado negligentemente de sus lazos, y colgaba alrededor del cuello; aunque ningún observador masculino habría tenido el valor de reprochárselo.

Su atuendo era el de una dama, aunque extremadamente sencilla; y en su actitud, incluso estando tan quieta, había algo que parecía emparentado con su ropa escrupulosamente nada pretenciosa. Al principio se había sentado mirando a la cama; pero, al ver que el paciente estaba tranquilo y ocupado escribiendo, había desplazado sin ruido la silla hasta el lugar que ocupaba ahora; en parte, al parecer, porque intuía que no quería que lo observasen; y en parte para poder dar rienda suelta sin que la viese a los sentimientos que había reprimido hasta entonces.

La sonrosada patrona de El Dragón Azul tomó buena nota de eso y de mucho más, como sólo puede hacerlo una mujer al fijarse en otra. Y por fin dijo, en voz demasiado baja para que la oyesen desde la cama:

—¿Había visto antes al caballero en ese estado, señorita? ¿Suele sufrir esos ataques?

—Lo había visto muy enfermo otras veces, pero no tan mal como esta noche.

—¡Ha sido providencial —exclamó la propietaria del Dragón— que llevase consigo las recetas y las medicinas, señorita!

—Están pensadas para estas emergencias. Nunca viajamos sin ellas.

«¡Ah! —pensó la patrona—, así que viajan a menudo, y juntos».

Notó hasta tal punto que su rostro la delataba que, justo después, siendo como era una hospedera muy honrada, se quedó bastante confundida cuando cruzó una mirada con la joven.

—La insistencia de su abuelo —continuó, después de una breve pausa— en rechazar cualquier asistencia debe de asustarla a usted mucho, ¿no, señorita?

—Esta noche me he asustado mucho. Él... no es mi abuelo.

—Quería decir su padre —respondió la patrona, consciente de haber cometido una torpeza.

—Ni mi padre —dijo la joven—. Ni tampoco —añadió, con una leve sonrisa al intuir lo que iba a decir la patrona— mi tío. No estamos emparentados.

—¡Ay, de mí! —exclamó la patrona, aún más azorada que antes—. ¿Cómo he podido confundirme tanto, sabiendo, como sabe cualquiera con un poco de sentido común, que cuando un caballero enferma parece mayor de lo que es, y que debería haberla llamado señora y no señorita? —Pero entonces miró sin querer el tercer dedo de la mano izquierda de la joven y volvió a titubear, pues no vio ningún anillo en él.

—Cuando digo que no estamos emparentados —respondió con amabilidad, pero no sin cierta confusión por su parte— quiero decir que no lo estamos de ningún modo. Ni siquiera por matrimonio. ¿Me has llamado, Martin?

—¿Que si te he llamado? —exclamó el anciano, alzando la vista, y ocultando a toda prisa debajo de la colcha el papel en el que había estado escribiendo—. No. —Ella dio uno o dos pasos en dirección a la cama, pero se detuvo enseguida, y se quedó donde estaba—. No —repitió con notable petulancia—. ¿Por qué me lo preguntas? Si te hubiese llamado, ¿qué necesidad habría de preguntarlo?

—Creo que ha sido el chirrido del cartel de fuera, señor —observó la patrona: sugerencia, dicho sea de paso (y así lo comprendió nada más hacerla), muy poco halagadora para la voz del anciano caballero.

—Da igual lo que haya sido, señora —replicó él—, no he sido yo. ¿Por qué te quedas ahí, como si tuviese la peste, Mary? Todo el mundo me teme —añadió, apoyándose impotente en la almohada—. ¡Ella también! Estoy maldito. ¿Qué otra cosa puedo esperar?

—Ay, Dios mío, no. No, seguro que no —dijo la afable patrona, levantándose y yendo hacia él—. Anímese, señor. No son más que imaginaciones de enfermo.

—¿Imaginaciones de enfermo? —replicó—. ¿Qué sabrá usted de imaginaciones? ¿Quién ha dicho nada de imaginaciones? ¡Lo mismo de siempre! ¡Imaginaciones!

—Pues ¡ya ve usted cómo se lo toma! —dijo la patrona del Dragón Azul con su buen humor intacto—. Por el amor de Dios, la palabra no tiene nada de malo, señor. La gente sana también tiene imaginaciones, y muy raras, todos los días.

Por inofensivas que parecieran sus palabras, actuaron sobre la desconfianza del viajero, como aceite en el fuego. Alzó la cabeza y mirándola con unos ojos cuyo brillo exageraba la lividez de las mejillas hundidas, que a su vez, al igual que los mechones despeinados de pelo gris, parecían más pálidas por el gorro de terciopelo negro que llevaba, observó con intensidad su rostro.

—¡Ay, sí que empieza usted pronto! —dijo en voz tan baja como si en vez de dirigirse a ella estuviese pensándolo—. No pierde usted el tiempo. Hace lo que le han encargado y cobra su dinero. ¿Quién la ha contratado? —La patrona miró perpleja a la joven a quien él había llamado Mary y, al no encontrar apoyo en su cara triste, volvió a mirarle a él. Al principio se había apartado involuntariamente, pensando que estaba perturbado, pero la severa compostura de su rostro, la decisión de sus rasgos marcados y sobre todo sus labios apretados le impidieron seguir suponiéndolo—. Vamos —insistió—, dígame. ¿Quién? Ya imaginaré que estando aquí no me cuesta mucho adivinarlo.

—Martin —intervino la joven poniéndole la mano en el brazo—, recuerda que hace muy poco que hemos llegado y que ni siquiera saben cómo te llamas.

—A no ser —dijo él— que tú... —Evidentemente estuvo tentado de expresar sus sospechas de que ella hubiese faltado a su confianza con la patrona, pero, fuese porque recordó la dulzura de sus cuidados, o porque se conmovió al contemplar su rostro, se contuvo, cambió de postura en la cama y guardó silencio.

—¡Vamos! —dijo la señora Lupin, pues ese era el nombre con el que estaba registrada la licencia para ofrecer entretenimiento a hombres y animales—. Se repondrá usted enseguida, señor. Ha olvidado usted que aquí está entre amigos.

—¡Ay! —exclamó el anciano gimiendo impaciente, mientras apoyaba el brazo en la colcha—. ¿Por qué me habla de amigos? ¿Acaso puede usted o quien sea decirme quiénes son mis amigos y quiénes mis enemigos?

—Al menos —le instó la patrona— esta joven es su amiga, de eso estoy segura.

—No la han tentado a lo contrario —gritó el anciano, como si no le quedaran esperanzas ni confianza—. Supongo que lo es. Sabe Dios. Vamos, déjeme dormir. Deje la vela donde está.

Cuando se apartaron de la cama, sacó el papel que tanto tiempo le había costado escribir y poniéndolo sobre la llama lo redujo a cenizas. Acto seguido, apagó la vela, apartó la cara con un profundo suspiro, se tapó la cabeza con la colcha y se quedó quieto.



La destrucción de aquel documento, tanto por ser extrañamente incoherente con el esfuerzo que le había dedicado como por el considerable peligro de incendio para el Dragón, causó gran consternación a la señora Lupin, pero la joven señorita no manifestó sorpresa, curiosidad ni alarma y le susurró, muy agradecida por su interés y compañía, que se quedaría un rato más y le rogó que no la acompañara, pues estaba acostumbrada a estar sola y pasaría el rato leyendo.

La señora Lupin tenía todas las acciones y dividendos del gran capital de curiosidad heredado por su sexo, y en otro momento habría sido difícil que aceptara. Pero ahora, perpleja y confundida por tantos misterios, se retiró sin más, fue directa a su saloncito en el piso de abajo y se sentó en su sillón con extraña compostura. En ese momento de crisis, se oyeron unos pasos en la entrada y el señor Pecksniff miró por encima de la media puerta del bar, contempló la respetable intimidad del interior y murmuró:

—¡Buenas noches, señora Lupin!

—¡Dios mío, señor! —gritó corriendo a su encuentro—. Cuánto me alegra que esté aquí.

—Y yo me alegro de haber venido —dijo el señor Pecksniff—, si puedo serle de ayuda. Me alegro mucho de haber venido. ¿Qué sucede, señora Lupin?

—Un caballero que enfermó por el camino ha estado malísimo ahí arriba —dijo entre lágrimas la hospedera.

—Un caballero que enfermó por el camino ha estado malísimo ahí arriba, ¿eh? —No podía decirse que hubiese nada de original en esa observación, ni que contuviese ningún sabio precepto hasta entonces desconocido para la humanidad, ni que revelara un motivo de consuelo oculto hasta ese momento, pero los modales del señor Pecksniff eran tan agradables, y movió la cabeza de manera tan pausada y demostró en todo un sentido tan afable de su propia excelencia que, como le sucedió a la señora Lupin, cualquiera se habría sentido reconfortado por la voz y la presencia de un hombre así; y, aunque se hubiese limitado a decir: «El verbo debe concordar con el caso nominativo en número y persona, mi querida amiga», u «Ocho por ocho son sesenta y cuatro, buena mujer», se habría sentido profundamente agradecido por su sabiduría y humanidad—. Y ¿qué tal está ahora? —preguntó el señor Pecksniff, quitándose los guantes y calentándose las manos delante del fuego, con tanta benevolencia como si no fuesen suyas.

—Está mejor y bastante tranquilo —respondió la señora Lupin.

—Está mejor, y bastante tranquilo —dijo el señor Pecksniff—. ¡Muy bien, muy bien!

Una vez más, aunque la frase la había dicho la señora Lupin y no el señor Pecksniff, el señor Pecksniff la hizo suya y la consoló con ella. Cuando la dijo la señora Lupin no pareció gran cosa, pero cuando la repitió el señor Pecksniff fue como un libro entero. Fue como si dijese: «Observo, y, a través de mí, la moral a grandes rasgos afirma que está mejor y bastante tranquilo».

—Pero hay algo que le angustia —dijo la hospedera moviendo la cabeza—, pues habla de la manera más rara imaginable. Sus pensamientos no tienen nada de tranquilos y necesita algún consejo de alguien cuya bondad haga que valga la pena escucharlos.

—En ese caso —dijo el señor Pecksniff— es el cliente que más me conviene. —Pero, aunque lo dijo en el lenguaje más sencillo, no pronunció una palabra. Se limitó a mover la cabeza despreciándose a sí mismo.

—Me temo, señor —continuó la patrona, después de mirar a su alrededor para cerciorarse de que nadie la oía, y fijando la vista en el suelo—, mucho me temo que le remuerde la conciencia por... por no estar emparentado... ni casado siquiera con... una señorita muy joven...

—¡Señora Lupin! —exclamó el señor Pecksniff, con un ademán que, en un hombre tan afable, rozaba casi la severidad—. ¡Una persona, una persona joven!

—Una persona muy joven —dijo la señora Lupin, ruborizándose y haciendo una reverencia—, le ruego que me perdone, pero esta noche ha sido muy agitada y ya no sé lo que me digo, que está con él ahora.

—Que está con él ahora —rumió el señor Pecksniff, calentándose la espalda (igual que se había calentado las manos), como si fuese la espalda de una viuda, o de un huérfano, o de un enemigo, o una espalda que cualquier hombre menos excelente que él habría dejado que siguiera fría—. ¡Ay, Dios mío!

—Al mismo tiempo tengo que decir, y lo digo de todo corazón —observó muy seria la hospedera—, que la actitud y la apariencia de ella casi refutan cualquier sospecha.

—Sus sospechas, señora Lupin —dijo solemne el señor Pecksniff—, son muy naturales. —A propósito de esta observación, conviene dejar constancia por escrito, para así mejor confundirlos, que los enemigos de este gran hombre afirmaban sin pudor que siempre decía, de lo que era muy malo, que era muy natural; y que inconscientemente traicionaba así su propia naturaleza—. Sus sospechas, señora Lupin —repitió—, son muy naturales, y no me cabe duda de que están justificadas. Presentaré mis respetos a esos viajeros.

Con estas palabras se quitó el sobretodo y, después de pasarse las manos por el cabello, se metió una mano en el chaleco y le pidió humildemente que lo guiara.

—¿Llamo? —preguntó la señora Lupin, al llegar a la habitación.

—No —respondió el señor Pecksniff—, pase, por favor. —Entraron de puntillas; o más bien la hospedera tomó esa precaución, pues el señor Pecksniff siempre andaba sin hacer ruido.

El anciano caballero seguía dormido, y su joven compañera aún estaba leyendo al lado del fuego

—Me temo —dijo el señor Pecksniff, deteniéndose en la puerta y moviendo melancólico la cabeza—, que esto parece taimado. ¡Me temo, señora Lupin, que esto parece muy taimado! —Después de susurrar tales palabras, avanzó por delante de la hospedera; y en ese momento la joven, al oír pasos, se puso en pie. El señor Pecksniff miró el título del libro que estaba leyendo y volvió a susurrarle a la señora Lupin, con mayor desaliento si cabe—. Sí, señora —dijo—, es un buen libro. Ya me lo temía. ¡Tengo para mí que este es un asunto muy serio!

—¿Quién es este caballero? —preguntó el objeto de sus virtuosas dudas.

—¡Chis!, no se moleste, señora —dijo el señor Pecksniff al ver que la patrona estaba a punto de responder—. Esta joven... —a pesar de sí mismo dudó cuando la palabra «persona» acudió a sus labios y la substituyó por otra—: esta joven desconocida me disculpará por responder sucintamente que vivo en este pueblo, donde tengo cierta reputación, tal vez inmerecida, y que me ha mandado llamar usted. He venido, como voy a todas partes, o eso espero, por compasión con los enfermos y los desdichados.

Con estas impresionantes palabras, el señor Pecksniff se acercó a la cabecera de la cama, donde después de dar una o dos palmaditas en el cabezal con gesto solemne, como si de ese modo pudiera comprender claramente la dolencia del enfermo, se sentó en un enorme sillón y, en actitud pensativa y cómoda, esperó a que despertase. Las objeciones que le hizo la joven a la señora Lupin cayeron en saco roto, pues nadie le dijo nada más al señor Pecksniff y el señor Pecksniff tampoco le dijo nada a nadie.

El anciano no se movió hasta pasada más de media hora, pero por fin se dio la vuelta en la cama, y, aunque no se despertó del todo, se notó que el sueño estaba llegando a su fin. Poco a poco se quitó las sábanas de encima de la cabeza y dio unas cuantas vueltas más hacia el lado donde se encontraba el señor Pecksniff. Al cabo de un rato abrió los ojos y se quedó un momento como hace a veces la gente al despertarse, mirando con indolencia a su visitante, sin reparar del todo en su presencia.

No hubo nada destacable en esa manera de actuar, excepto la influencia que tuvo en el señor Pecksniff, que difícilmente podría haber sido mayor ante el más maravilloso fenómeno natural. Poco a poco fue apretando las manos en los brazos del sillón, sus ojos se dilataron por la sorpresa, abrió la boca, el pelo se le erizó aún más sobre la frente, hasta que por fin, cuando el anciano se incorporó en la cama y lo miró con casi tanta emoción como él, se disiparon sus dudas y exclamó en voz alta:

—¡Usted es Martin Chuzzlewit!

Tan genuina fue su sorpresa y su consternación que el anciano, a pesar de su evidente disposición a creerla fingida, se convenció de su sinceridad.

—Soy Martin Chuzzlewit —dijo con amargura— y Martin Chuzzlewit preferiría que le hubiesen ahorcado antes que verlo a usted aquí perturbando su sueño. Pero ¡si he soñado con este individuo —dijo volviendo a tumbarse y apartando la cara— sin saber que lo tenía tan cerca!

—Mi querido primo... —dijo el señor Pecksniff.

—¡Ya estamos! ¡En sus primeras palabras! —gritó el anciano, moviendo la cabeza gris sobre la almohada y alzando los brazos—. ¡En sus primeras palabras ya hace valer su parentesco! Sabía que lo haría: ¡todos hacen lo mismo! Cercanos o lejanos, sangre o agua, tanto da. ¡Bah! ¡Qué sarta de engaños, mentiras y falsos testimonios despliega ante mí al oír cualquier palabra que aluda al parentesco!

—Le ruego que no se precipite, señor Chuzzlewit —dijo Pecksniff en un tono que era a la vez sublimemente compasivo y desapasionado, pues se había recuperado ya de su sorpresa y volvía a ser dueño de su virtuoso ser—. De lo contrario se arrepentirá. Lo sé.

—¡Que lo sabe! —dijo Martin con desprecio.

—Sí —respondió el señor Pecksniff—. Sí, sí, señor Chuzzlewit; y no piense que pretendo halagarle o adularle, pues nada hay más lejos de mi intención. Y tampoco, señor, debe temer que vuelva a decir esa palabra odiosa que tanto le ha ofendido. ¿Para qué? ¿Qué espero o necesito de usted? Nada tiene que yo sepa, señor Chuzzlewit, que deba ambicionar por la felicidad que le procura.

—Eso es muy cierto —murmuró el anciano.

—Aparte de tal consideración —añadió el señor Pecksniff, observando el efecto que causaban sus palabras—, a estas alturas ya habrá comprendido usted (no me cabe ninguna duda) que, si mi propósito hubiese sido causarle buena impresión, me habría guardado mucho de dirigirme a usted como pariente, pues conozco su humor y sabía de

antemano que no podría haber peor carta de presentación. —Martin no dio ninguna respuesta verbal, pero, aunque fuese sólo por cómo movió las piernas debajo de las sábanas, dio a entender tan bien como si lo hubiese dicho en otros términos que tenía razón y que no podía negarlo—. No —continuó el señor Pecksniff, sin sacar la mano del chaleco, como si estuviese dispuesto, si se lo pedía, a arrancarse el corazón para que Martin Chuzzlewit pudiera examinarlo—, he venido a ofrecerle mis servicios a un desconocido. No se los ofrezco porque sé que desconfiaría si lo hiciese. Pero, tumbado en esa cama, señor, le considero un desconocido, y despierta en mí el mismo interés que cualquier desconocido en sus circunstancias. Aparte de eso, me inspira usted tanta indiferencia, señor Chuzzlewit, como yo a usted.

Dicho lo cual, el señor Pecksniff volvió a repantigarse en el sillón, irradiando tanta ingenuidad y honradez que la señora Lupin casi dudó de si no estaría viendo una aureola, como las de los santos en las vidrieras de la iglesia, brillando alrededor de su cabeza.

Siguió una larga pausa. El anciano, cada vez más inquieto, cambió varias veces de postura. La señora Lupin y la joven contemplaron en silencio el cabezal. El señor Pecksniff jugueteó abstraído con su monóculo y cerró los ojos para pensar mejor.

—¿Eh? —dijo por fin, abriéndolos de pronto y mirando hacia la cama—. Le ruego que me perdone, señora Lupin, pensé que había dicho alguna cosa —luego prosiguió poniéndose despacio en pie—. No creo que pueda serle de mucha ayuda. El caballero se encuentra mejor y usted es una excelente enfermera, ¿eh? —Esta última pregunta aludía a otro cambio de postura por parte del anciano, que volvió la cara hacia el señor Pecksniff por primera vez desde que la apartara—. Si desea hablar conmigo antes de que me vaya, señor —continuó, después de otra pausa—, estoy a su disposición; pero, para ser justo conmigo mismo, debo pedirle que lo haga como a un desconocido, estrictamente como a un desconocido.

Si el señor Pecksniff supo, por algo que el señor Chuzzlewit había expresado en sus gestos, que deseaba hablar con él, debió ser por un principio como el de los melodramas, en virtud del cual el anciano labriego con un hijo simpático siempre sabe lo que quiere decir la joven sordomuda cuando se refugia en su jardín, y relata la historia de dicha joven con una pantomima incomprensible. Pero, sin detenernos a hacer más averiguaciones, Martin Chuzzlewit señaló por gestos a su joven compañera que se retirase, cosa que ella hizo enseguida en compañía de la patrona, dejando solos al señor Pecksniff y a él. Por un rato se miraron en silencio; o más bien el anciano miró al señor Pecksniff, y el señor Pecksniff, volviendo a apartar la mirada de los objetos exteriores, examinó los sentimientos que albergaba en su pecho. La expresión de su rostro dejó bien claro que eso había compensado sus preocupaciones y le había ofrecido una deliciosa y encantadora perspectiva.

—Me pide que le hable como a un completo desconocido —dijo el anciano—, ¿no es así?

El señor Pecksniff respondió, con un encogimiento de hombros, y aparentemente moviendo los ojos en las órbitas sin abrirlos, que se veía obligado por necesidad a albergar ese deseo.

—Le complaceré —dijo Martin—. Señor, soy rico. Tal vez no tanto como piensan algunos, pero sí un hombre acaudalado. No soy un avaro, señor, aunque he oído decir que también de eso se me acusa, y que hay quien lo cree. Acumular dinero no me resulta placentero. Ni tenerlo tampoco. El demonio al que conocemos por ese nombre no puede ofrecerme más que desdichas. —Emplear la frase común y decir que la boca se le hizo agua no sería una buena descripción de la suavidad de los modales del señor Pecksniff. Fue más bien como si todo él se hiciese agua, después de recoger la amabilidad que manaba a chorros de su corazón—. Por la misma razón que no acumulo dinero —prosiguió el anciano—, no me regodeo en tenerlo. Hay quien encuentra gratificación en acumularlo; y otros en desprenderse de él; pero a mí no me complace ni lo uno ni lo otro. Lo único que podría procurarme es dolor y amargura. Lo detesto. Es un espectro que precede mis pasos por el mundo, y que convierte en repulsivo cualquier placer social. —Al señor Pecksniff debió de ocurrírsele alguna cosa que se reflejó al instante en su rostro de lo contrario Martin Chuzzlewit no habría seguido hablando tan deprisa y con tanta seriedad—: Podría usted recomendarme que recobrase la paz de espíritu deshaciéndome de esa fuente de desdichas y donándoselo a alguien que pudiese soportar mejor esa carga. Incluso usted podría tal vez liberarme de ese peso que tanto me hace sufrir. Pero, amable desconocido —dijo el anciano, cuyos rasgos se iban ensombreciendo a medida que hablaba—, buen desconocido cristiano, esa es una parte de mi problema. En otras manos he sabido que el dinero hacía bien; en otras manos he sabido que triunfaba y se jactaba con razón de ser la llave maestra de las puertas que cierran el camino al honor mundano, la fortuna y el disfrute. ¿A qué hombre o mujer, a qué persona honrada e incorruptible, debería confiar semejante talismán ahora o en el momento de mi muerte? ¿Acaso conozco a alguien así? Sus virtudes son, por supuesto, inestimables, pero ¿conoce a alguna otra criatura viviente que pueda soportar la prueba del contacto conmigo?

—Del contacto con usted, señor —repitió el señor Pecksniff.

—Sí —replicó el anciano—, la prueba del contacto conmigo... conmigo. Habrá oído hablar de aquel hombre cuya desdicha (el premio de su locura) fue convertir en oro todo lo que tocaba. La maldición de mi existencia, y la materialización de mi propio y absurdo deseo, es que estoy condenado a probar el metal de los demás hombres con el patrón oro que llevo conmigo y a descubrir que es falso y huero.

El señor Pecksniff movió la cabeza y dijo.

—Eso cree usted.

—¡Oh, sí! —exclamó el anciano—. ¡Lo creo!, y cuando responde que eso es lo que creo, reconozco el verdadero y desinteresado sonido del metal del que está hecho. Le digo, señor —añadió con creciente amargura—, que desde que soy rico he tratado con personas de todo tipo: parientes, amigos y desconocidos; personas en quienes, cuando era pobre, confiaba, y con razón, pues nunca me habían engañado, ni hasta donde supe, se habían agraviado unas a otras. Pero nunca he encontrado a nadie, no, a nadie, en quien, siendo rico y solitario, no haya detectado la corrupción latente que yacía en su interior, esperando a que alguien como yo la sacara a la luz. La traición, el engaño y los planes viles; el odio a quienes, de manera real o imaginada, competían por mi favor; la mezquindad, la falsedad, la bajeza, el servilismo o —y al decir esto miró fijamente a los ojos de su primo— o el fingimiento de una honrada independencia, que es casi peor que lo demás: esas son las maravillas que mi riqueza ha sacado a la luz. Hermanos contra hermanos, hijos contra padres, amigos que pisoteaban la cara de otros amigos: esa es la compañía que me esperaba en el camino. Se cuentan historias de hombres ricos (sean falsas o verdaderas) que disfrazándose de pobres han encontrado la virtud y la han recompensado. Eran necios e idiotas por tomarse ese trabajo. Tendrían que haber buscado en sí mismos. Tendrían que haber dejado claro que se les podía robar y expoliar, que cualquiera dispuesto a escupir en su ataúd cuando murieran engañados podía adularles y conspirar contra ellos; y su búsqueda habría concluido como ha concluido la mía, y serían lo que yo soy.

El señor Pecksniff, como no tenía ni idea de lo que más le convenía decir, en la pausa momentánea que siguió a estas palabras, hizo como si se dispusiera a decir algo de lo más oracular, confiado en que el anciano le interrumpiría antes de que dijese una palabra. No se equivocó, pues después de tomar aliento Martin Chuzzlewit continuó diciendo:

—Escúcheme hasta el final, juzgue qué provecho podría sacar de la repetición de esta visita y váyase. He corrompido y cambiado tanto la naturaleza de quienes me han acompañado inspirándoles planes y esperanzas avariciosos, engendrando disputas y desacuerdos domésticos entre los miembros de mi propia familia, actuando como una antorcha encendida en hogares pacíficos e incendiando gases y vapores perjudiciales de su atmósfera moral, que, de no haber sido por mí, habrían podido ser inofensivos; podría decirse que he huido de todos mis conocidos y me he refugiado en sitios ocultos: en los últimos tiempos he vivido como un perseguido. La joven a quien acaba de ver... ¡cómo! ¡Sus ojos brillan cuando hablo de ella! ¡La odia ya! ¿Verdad?

—¡Palabra, señor, que...! —dijo Pecksniff, poniéndose la mano en el pecho y bajando los párpados.

—Lo olvidaba —exclamó el anciano, mirándolo con tanta intensidad que su primo pareció notar lo, aunque no alzó la mirada para comprobarlo—. Le pido perdón. Olvidaba que era usted un desconocido. Por un

momento me ha recordado usted a un tal Pecksniff que es primo mío. Como le decía: la joven que acaba de ver es una huérfana a quien he criado y educado, o, si prefiere la palabra, adoptado, con un propósito muy claro. Desde hace un año o más ha sido mi única acompañante. He hecho, y ella lo sabe, la promesa solemne de no dejarle ni un céntimo cuando muera, pero mientras viva le pago una pensión anual, no exorbitada, pero tampoco escasa. Hemos convenido no dedicarnos palabras ni halagos cariñosos el uno al otro, sino que me llame siempre por mi nombre de pila y yo a ella por el suyo. En vida está unida a mí por los lazos del interés, y al perderlos cuando yo muera es posible que llegue a llorarme porque no verá defraudadas sus expectativas, aunque eso me importa poco. Es el único tipo de amistad que tengo o tendré. Juzgue usted mismo, a partir de esas premisas, qué provecho habrá sacado de venir aquí, y márchese para no volver.

Con estas palabras, el anciano volvió a recostarse despacio en la almohada. El señor Pecksniff se levantó con la misma lentitud y con un «ejem» introductorio empezó a decir:

—Señor Chuzzlewit...

—Basta, ¡váyase! —le interrumpió el otro—. Ya es suficiente. Estoy harto de usted.

—Lo lamento, señor —replicó el señor Pecksniff—, porque tengo un deber que cumplir y puede estar seguro de que no me acobardaré. No, señor, no me acobardaré.

Es lamentable que, mientras el señor Pecksniff se plantaba muy erguido al lado de la cama, con la dignidad de la bondad personificada y le dirigía tales palabras, el anciano mirase airado la palmatoria, como dominado por el impulso de lanzársela a la cabeza. Pero se contuvo y, señalando hacia la puerta, le informó de que ahí estaba su camino.

—Gracias —dijo el señor Pecksniff—, lo sé; me voy. Pero antes, le pido permiso para hablar, y lo que es más, señor Chuzzlewit, tengo el deber y la obligación, sí, así es, el deber y la obligación, de hacerme escuchar. No me sorprende, señor, nada de lo que me ha contado esta noche. Es natural, muy natural, y la mayor parte ya lo sabía. No diré —continuó sacando el pañuelo del bolsillo y guiñando los dos ojos al mismo tiempo, como si lo hiciera contra su voluntad—, no diré que se haya confundido usted conmigo. Mientras su estado de ánimo sea este, no se me ocurriría por nada del mundo. Lo cierto es que casi me gustaría tener otra naturaleza y poder reprimir esta leve confesión de debilidad, que no puedo ocultarle y me parece tan humillante, pero que espero que tendrá la bondad de disculpar. Diremos, si le parece bien —añadió el señor Pecksniff, con mucha amabilidad—, que se debe a un enfriamiento, o al rapé, o a las sales de baño, o a las cebollas o a cualquier cosa que no sea la verdadera causa. —Hizo una pausa un instante y ocultó su rostro detrás del pañuelo. Luego, con una sonrisa desmayada y agarrándose a la cama con una mano, prosiguió—: Pero, señor Chuzzlewit, aunque me



olvide de mí mismo, mi obligación conmigo y con mi carácter, sí, señor, tengo un carácter que aprecio mucho, y que será la mejor herencia que dejaré a mis hijas, es decirle, por el bien de otros, que su forma de comportarse es errónea, antinatural, indefendible y monstruosa. Y le diré, señor —dijo, alzándose de puntillas entre las cortinas, como si se alzara literalmente sobre todas las consideraciones mundanas, y le costara un gran esfuerzo no salir despedido hacia el cielo como un cohete—, le diré, sin miedo ni favoritismo, que no está bien que olvide usted a su nieto, el joven Martin, que tiene un firme derecho natural con respecto a usted. No está bien, señor —repitió el señor Pecksniff, moviendo la cabeza—. Usted puede pensar que sí, pero no lo está. Debe usted garantizar el porvenir de ese joven y estoy seguro de que así lo hará. Creo —añadió el señor Pecksniff mirando el tintero y la pluma— que ya lo ha hecho usted en secreto. Bendito sea. Bendito sea, señor. Bendito sea por odiarme. Y ¡buenas noches!

Con estas palabras, el señor Pecksniff agitó la mano derecha con mucha solemnidad, volvió a meterse la mano en el chaleco y se marchó. Su actitud parecía emocionada, pero su paso era firme. Sometido a la debilidad humana, lo sostuvo la conciencia.

Martin se quedó tendido un rato con una expresión de silenciosa sorpresa, no desprovista de rabia, pintada en el semblante; después murmuró en un susurro:

—¿Qué significa esto? ¿Habrá utilizado ese muchacho de corazón falso como herramienta a ese individuo que acaba de salir? ¡Por qué no! Ha conspirado contra mí igual que los demás y todos son aves del mismo plumaje. ¡Otra conspiración, otra conspiración! ¡Ay, el yo, el yo, el yo! ¡A cada paso, nada más que el yo! —Mientras hablaba se puso a toquetear las cenizas del papel que había quemado. Al principio lo hizo abstraído, pero luego se convirtió en el objeto de su pensamiento—. ¡Otro testamento redactado y destruido —dijo—, no hay nada decidido, ni hecho, y podría haber muerto esta noche! Veo con claridad qué sucio uso acabará teniendo este dinero —gritó, casi retorciéndose en la cama—: después de cubrirme de trabajos y preocupaciones toda la vida, perpetuaré la discordia y las bajas pasiones cuando haya muerto. Así ocurre siempre. ¡Cuántos pleitos nacen a diario de la tumba de los ricos; siembran el perjurio, el odio y las mentiras entre parientes allí donde sólo debería haber amor! Que el cielo nos ayude, ¡tenemos tantas cosas de las que dar cuenta! ¡Oh, el yo, el yo! ¡Todo el mundo cuida de sí mismo y nadie de mí!

¡El yo universal! ¿No se cierne en parte su sombra sobre estas reflexiones y sobre la historia de Martin Chuzzlewit, tal como la acaba de exponer?

#### **Capítulo IV. En el que se verá que, si la unión hace la fuerza y el afecto familiar es digno de admiración, los Chuzzlewit eran la familia más fuerte y admirable del mundo**

Después de despedirse de su primo con las solemnes palabras descritas en el capítulo anterior, ese hombre excelente, el señor Pecksniff, volvió a su casa, y pasó allí tres días enteros, sin salir siquiera a pasear por el jardín, no fuesen a llamarlo a toda prisa al lecho de su contrito y arrepentido pariente, a quien, en su enorme benevolencia, había decidido perdonar incondicionalmente, y amar en cualquier circunstancia. Pero tanta era la obstinación y tal la amarga naturaleza de ese severo anciano que no llegó ninguna llamada arrepentida; y el cuarto día halló al señor Pecksniff mucho más lejos de su cristiano propósito que el primero.

En ese período de tiempo, frecuentó el Dragón a todas horas y momentos del día y de la noche y, pagando el mal con el bien, mostró el más profundo interés por el estado del obcecado enfermo; su preocupación desinteresada (pues a menudo le hizo ver que haría lo mismo por cualquier pobre o desconocido en la misma situación) conmovió tanto a la señora Lupin que vertió muchas lágrimas de admiración y deleite.

Entretanto, el viejo Martin Chuzzlewit siguió encerrado en su cuarto y no vio a nadie más que a su joven compañera, si exceptuamos a la hospedera del Dragón, a quien de vez en cuando admitió en su presencia. Aunque siempre que entraba en la habitación fingía quedarse dormido. Únicamente cuando estaba a solas con la joven señorita, se dignaba hablar aunque fuese en respuesta a la pregunta más simple; no obstante, el señor Pecksniff reparó, escuchando detrás de la puerta, en que, si se les dejaba a solas, era bastante hablador.

La cuarta noche sucedió que al entrar, como de costumbre, en el bar del Dragón, el señor Pecksniff no vio a la señora Lupin y subió sin más las escaleras con la intención de aplicar una vez más, en el fervor de su afectuosa preocupación, el oído a la puerta y tranquilizar su espíritu comprobando por sí mismo que el endurecido paciente estaba mejorando. Sucedió que, cuando el señor Pecksniff avanzó sin hacer ruido por el oscuro pasillo en el que normalmente se veía un rayo de luz que se colaba por el ojo de la cerradura, se sorprendió al no ver dicho rayo de luz; y sucedió que, cuando se abrió paso a tientas hasta la puerta de la habitación y se agachó para comprobar mediante una inspección personal si el anciano en su desconfianza había mandado tapar el ojo de la cerradura desde dentro, se dio un violento golpe contra otra cabeza y no pudo reprimir en voz audible el monosílabo «¡Ay!» que, por así decirlo, le arrancó la pura preocupación. Sucedió después, y finalmente, que al señor Pecksniff lo agarró por las solapas

algo que olía a una mezcla de paraguas mojado, tonel de cerveza, barril de *brandy* con agua caliente y humo de tabaco rancio, y lo arrastró por las escaleras hasta el bar por donde había entrado, donde se encontró en manos de un desconocido de aspecto muy extraño, que, con la mano que tenía libre, se frotó la cabeza con fuerza y lo miró con gesto torvo.

El caballero en cuestión tenía esa apariencia que normalmente se tilda de «andrajoso-elegante», aunque a juzgar por su ropa era evidente que estaba pasando apuros, pues los dedos asomaban por los guantes y las plantas de los pies se hallaban a una incómoda distancia de la parte exterior de las suelas. Sus prendas inferiores eran de color gris azulado —de colores llamativos en otra época, pero matizadas ahora por el tiempo y la suciedad— y tan tensas por el conflicto entre los tirantes y las ligas que daba la impresión de que iban a subírsele de pronto hasta las rodillas. Su abrigo, azul y de corte militar, estaba abotonado y apretado hasta la barbilla. La corbata era del mismo color y estampado que esas telas en las que los barberos envuelven a sus clientes mientras celebran sus misterios profesionales. El sombrero había llegado a un punto en el que habría sido difícil determinar si originalmente era blanco o negro. Llevaba un bigote tirando a hirsuto, no de estilo humilde y compasivo, sino más bien agresivo y desdeñoso —casi satánico— y tenía una enorme mata de pelo sin peinar. Iba muy sucio y era muy vivaz, muy osado y muy infame; muy jactancioso y muy escurridizo: parecía un hombre que podría haber sido algo mejor e indescriptiblemente merecía ser algo peor.

—¡Estaba usted escuchando detrás de la puerta, sinvergüenza! —dijo este caballero.

El señor Pecksniff lo apartó, como san Jorge habría repudiado al dragón en los últimos momentos de vida del animal, y replicó:

—¿Dónde está la señora Lupin? Dudo que esa buena mujer sepa que hay una persona que...

—¡Basta! —respondió el caballero—. Espere un momento. Lo sabe. ¿Y bien?

—¿Y bien, señor? —exclamó el señor Pecksniff—. ¿Y bien? ¿Sabe usted, señor, que soy amigo y pariente de ese caballero enfermo? ¿Que soy su protector, su guardián y su...?

—No es el marido de su sobrina —le interrumpió el desconocido—, lo sé porque ha venido antes que usted.

—¿Qué quiere decir? —dijo el señor Pecksniff con indignada sorpresa—. ¿Qué está diciendo?

—¡Espere un momento! —gritó el otro—. ¿No será usted un primo... el primo que vive en este pueblo?

—Soy el primo que vive en este pueblo —replicó aquel hombre de valía.

—¿Se llama usted Pecksniff? —preguntó el caballero.

—Sí.

—Me enorgullece conocerle, y le pido que me perdone —dijo el caballero llevándose la mano al sombrero, y buscando detrás de su corbata un cuello de camisa que no logró sacar a la superficie—. Tiene usted delante a alguien que también se interesa por ese caballero de ahí arriba. Espere un instante. —Mientras hablaba se tocó la punta de la nariz, dando a entender al señor Pecksniff que le iba a hacer partícipe de un secreto; y, quitándose el sombrero, empezó a buscar en la ropa entre un amasijo de documentos arrugados y varios trozos de cigarrillos rotos, hasta que dio con un sobre viejo, sucio y con olor a tabaco—. Lea esto —gritó, dándosela al señor Pecksniff.

—Está dirigido al señor Chevy Slyme —dijo dicho caballero.

—Conoce al señor Chevy Slyme, ¿no? —respondió el desconocido. El señor Pecksniff se encogió de hombros como queriendo decir: «Conozco la existencia de esa persona, y lo lamento»—. Muy bien —observó el caballero—. Eso es lo que me ha traído aquí. —Y con estas palabras volvió a hurgar en el cuello de la camisa y sacó un cordel.

—Esto es muy desagradable, amigo mío —dijo el señor Pecksniff, moviendo la cabeza y sonriendo muy serio—. Es muy desagradable tener que decirle que no es usted la persona que dice ser. Conozco al señor Slyme, amigo mío: esto no sirve de nada, la honradez es la mejor política, no tendría que haber hecho esto, no, señor.

—¡Alto! —exclamó el caballero alargando el brazo derecho, tan embutido en la manga deshilachada como una salchicha—. ¡Espere un instante! —Hizo una pausa para colocarse de espaldas al fuego. Luego recogió el faldón del abrigo con el brazo izquierdo, se atusó el bigote con el índice y el pulgar derechos y prosiguió—: Entiendo su error y no me ofendo. ¿Por qué? Porque lo considero un cumplido. Cree usted que intento hacerme pasar por Chevy Slyme. Señor, si hay alguien en la tierra por quien cualquier caballero se enorgullecería que lo tomasen, ese es mi amigo Slyme. Se trata, sin duda, del hombre menos valorado, más noble, independiente, original, espiritual, clásico, inteligente y shakespeariano, si no miltoniano, que conozco. Pero, señor, no tengo la vanidad de intentar hacerme pasar por Slyme. Puedo compararme con cualquier otro hombre en este mundo; pero Slyme queda, lo confieso francamente, muy por encima de mí. Así que se equivoca usted.

—He juzgado por esta carta... —dijo el señor Pecksniff, sujetando el sobre.

—No me cabe duda —replicó el caballero—. Pero, señor Pecksniff, todo es cuestión de las peculiaridades del genio. Cualquier hombre de

verdadero genio tiene su peculiaridad. La peculiaridad, señor, de mi amigo Slyme es que siempre espera a la vuelta de la esquina. Siempre está a la vuelta de la esquina, señor. Lo está en este mismo instante. Pues bien —prosiguió, agitando el dedo índice delante de la nariz y abriendo mucho las piernas mientras observaba atentamente el rostro del señor Pecksniff—, es un rasgo muy curioso e interesante de la personalidad de Slyme, del que habrá que dar cumplida cuenta si alguna vez se escribe su biografía, o se estará en deuda con la sociedad. —El señor Pecksniff tosió—. El biógrafo de Slyme, señor, sea quien sea —continuó el caballero— tendrá que venir a preguntarme a mí; o, si me he ido a como se llame ese sitio de donde no vuelve ningún fulano<sup>[15]</sup>, tendrá que pedir permiso a mis albaceas para buscar entre mis papeles. He tomado algunas notas, a mi humilde manera, de la forma de actuar de ese hombre, mi hermano adoptivo, señor, que le sorprenderían sobremanera. El día 15 del mes pasado, sin ir más lejos, señor, recurrió a una expresión, cuando no pudo pagar una factura y la otra parte se negó a prolongar el plazo, que habría sido digna de Napoleón Bonaparte cuando arengaba al ejército francés...

—Y, por favor... —preguntó claramente incómodo el señor Pecksniff—, ¿qué tiene que ver con esto el señor Slyme, si me permite preguntarlo, ya que mi carácter me impulsa a desdeñar cualquier interés en su forma de proceder?

—En primer lugar —replicó el caballero—, permítame que objete a esas palabras y que las rechace con firmeza e indignación en nombre de mi amigo Slyme. En segundo, permítame que me presente. Me llamo Tigg. Tal vez el nombre de Montague Tigg le sea familiar en relación con los notables acontecimientos de la Guerra de la Independencia en España. —El señor Pecksniff negó amablemente con la cabeza—. Da igual —dijo el caballero—. Ese hombre fue mi padre, yo llevo su nombre y me siento tan orgulloso como Lucifer. Disculpe un momento, querría que mi amigo Slyme estuviese presente en lo que queda de conversación.

Con estas palabras, se apresuró a ir a la puerta del Dragón Azul y muy poco después regresó con un compañero más bajo que él, envuelto en un abrigo de camelote, con el dobladillo escarlata descolorido. Su rasgos pronunciados estaban contraídos por la larga espera a la intemperie, y las patillas pelirrojas y el pelo descuidado, y más despeinado de lo normal por esa misma causa, le daban un aspecto antes incómodo y enfermizo que shakespeariano o miltoniano.

—En fin —dijo el señor Tigg, dándole una palmada en el hombro a su simpático amigo con una mano y solicitando la atención del señor Pecksniff con la otra—, ustedes dos están emparentados; y los parientes nunca han estado de acuerdo ni lo estarán, lo cual es una medida sabia e inevitable, o nos pasaríamos el día celebrando fiestas familiares y todos nos moriríamos de aburrimiento. Si se llevasen ustedes bien, me parecerían un dúo endiabladamente atípico, pero tal como son las cosas me parecen dos individuos inteligentes con quienes se puede razonar.

En ese momento, el señor Chevy Slyme, cuyas grandes habilidades parecían señalar todas hacia la parte más escurridiza de la brújula moral, le dio furtivamente un codazo a su amigo y le susurró algo al oído.

—Chiv —dijo el señor Tigg en voz alta, en el tono de quien no está dispuesto a dejarse sobornar—. Ahora hablaré de eso. Obraré de acuerdo con mi responsabilidad o no obraré. Confío plenamente en que el señor Pecksniff no vacilará en prestar una insignificante corona a un hombre de tu talento.

Y al ver, llegados a ese punto, que la expresión del rostro del señor Pecksniff no daba a entender que compartiera dicha certeza, el señor Tigg volvió a llevarse el dedo a la nariz de un modo que incumbía solo y en particular a sí mismo, instándole así a reparar en que la solicitud de pequeñas cantidades en préstamo era otro ejemplo de las peculiaridades del genio de su amigo Slyme; y que él las pasaba por alto, por el enorme interés metafísico de dichas debilidades; y que, respecto a su propia mediación en dichos pequeños anticipos, se limitaba a consultar el estado de ánimo de su amigo, sin considerar lo más mínimo sus propias ventajas o necesidades.

—¡Ay, Chiv, Chiv! —añadió el señor Tigg contemplando a su hermano adoptivo con un aire de profunda contemplación al concluir aquella pantomima—. Por mi vida, que eres un extraño ejemplo de las pequeñas fragilidades que afligen a un intelecto poderoso. ¡Si no hubiese un solo telescopio en el mundo, me bastaría con observarte para estar seguro de que hay manchas en el sol, Chiv! ¡Que me muera ahora mismo si no es este el estado más extraño de la existencia, sin saber por qué o para qué, señor Pecksniff! ¡En fin, da igual! Por mucho que moralicemos, el mundo sigue adelante. Como dice Hamlet, Hércules puede dar palos de ciego con su maza en todas las direcciones posibles, pero no impedir que los gatos organicen un bullicio insoportable en los tejados de las casas, o que disparen a los perros en verano, si van por la calle sin bozal<sup>[16]</sup>. La vida es un acertijo: un acertijo infernalmente difícil de adivinar, señor Pecksniff. Mi propia opinión es que, como la célebre adivinanza, «¿en qué se distingue un hombre en la cárcel de un hombre fuera de la cárcel?», no tiene respuesta. Por mi alma y mi cuerpo que es algo rarísimo... pero no sirve de nada hablar de ello, ¡ja, ja, ja! —Y con tan consoladora conclusión a partir de las tristes premisas enumeradas, el señor Tigg se recompuso con gran esfuerzo, y prosiguió en el mismo tono—. En fin, iré al grano. A mí manera soy un hombre de corazón blando, y no puedo ver impasible cómo se degüellan ustedes cuando nada van a ganar de este modo. Señor Pecksniff, es usted el primo del testador de ahí arriba y nosotros somos el sobrino, y, cuando digo «nosotros», me refiero a Chiv. Tal vez en lo esencial su parentesco sea más estrecho que el nuestro. Muy bien. Si es así, que así sea. Pero el caso es que no puede llegar a él y nosotros tampoco. Le doy mi más sincera palabra, señor, de que llevo espiándole por el agujero de la cerradura, con breves momentos de descanso, desde las nueve de la mañana, con la esperanza de recibir una respuesta a una de las

solicitudes de una pequeña ayuda temporal, tan sólo quince libras y mi garantía, más moderadas y caballerosas que pueda concebir la imaginación humana. Todo ese rato, señor, lo ha pasado encerrado y tan sólo ha volcado su confianza en una extraña. Pues bien, deje que le diga sin tapujos que ese estado de cosas no está bien, que no funcionará, que no puede ser, y que no debemos permitir que continúe.

—Cualquiera —dijo el señor Pecksniff— tiene el derecho, el derecho indiscutible (y no seré yo quien lo cuestione por razón alguna, ¡oh, no!), de organizar sus asuntos según lo que más le agrada o desagrada, siempre que no se trate de algo inmoral o impío. Yo mismo intuyo que el señor Chuzzlewit no siente por mí, digamos que hablamos de mí, ese amor cristiano que todos deberíamos profesarnos; es posible que me sienta agraviado o dolido por dicha circunstancia; pero no por eso me precipito a concluir que la frialdad del señor Chuzzlewit no esté del todo justificada. ¡El cielo lo impida! Además, señor Tigg —prosiguió Pecksniff en un tono aún más solemne e impresionante que hasta entonces—, ¿cómo podría impedirse que el señor Chuzzlewit hiciese esas peculiares y extraordinarias confianzas a las que alude, cuya existencia reconozco y que, por su propio bien, no puedo sino deplorar? Considere, señor mío —y el señor Pecksniff lo miró melancólico—, hasta qué punto está usted hablando sin pensar.

—Desde luego —replicó Tigg—, no hay duda de que es una cuestión difícil de resolver.

—Pues claro que es una cuestión difícil de resolver —respondió el señor Pecksniff; y, mientras hablaba, se volvió más distante y pareció reparar de pronto en el abismo moral que lo separaba de la criatura a quien se dirigía—. Pues claro que es una cuestión muy difícil de resolver. Y no estoy muy seguro de que estemos autorizados a discutirlo, que tengan muy buenas noches.

—¿Supongo que ignora usted que han venido los Spottletoe? —dijo el señor Tigg.

—¿Qué quiere decir, señor? ¿Quiénes son los Spottletoe? —preguntó Pecksniff, deteniéndose bruscamente camino de la puerta.

—El señor y la señora Spottletoe —dijo el caballero Chevy Slyme, hablando por primera vez en voz alta y en tono muy hosco, mientras arrastraba los pies—. Spottletoe se casó con la hija del hermano de mi padre, ¿no? Y la señora Spottletoe es la sobrina de Chuzzlewit, ¿no? Una vez fue su preferida. Ya puede usted preguntar quiénes son los Spottletoe.

—¡Por mi palabra más sagrada! —exclamó Pecksniff alzando la vista al cielo—. Qué cosa tan horrible. ¡La rapacidad de esta gente no puede ser más espantosa!

—Y no sólo son los Spottletoe, Tigg —añadió Slyme, mirando a dicho caballero y hablándole al señor Pecksniff—. Anthony Chuzzlewit y su hijo también se han enterado y han venido esta tarde. Los he visto no hace ni cinco minutos, mientras esperaba a la vuelta de la esquina.

—¡Oh, Mammon, Mammon<sup>[17]</sup>! —exclamó el señor Pecksniff, dándose una palmada en la frente.

—Así que —dijo Slyme, a pesar de la interrupción— ahí tiene usted ya al hermano del señor Chuzzlewit y a otro sobrino.

—Esa es la cuestión, señor —dijo el señor Tigg—, he ahí el punto y el propósito al que me proponía llegar poco a poco, cuando mi amigo Slyme, aquí presente, con seis palabras ha ido directo al grano. Señor Pecksniff, ahora que ha venido su primo (y el tío de Chiv), es preciso dar algunos pasos para impedir que vuelva a desaparecer; y, de ser posible, contrarrestar la influencia que ejerce ahora mismo sobre él esa intrigante favorita. Todos los interesados se han dado cuenta, señor. La familia entera ha acudido a esta posada. Ha llegado el momento de olvidar por un tiempo los intereses y los celos particulares y unirse contra el enemigo común. Cuando el enemigo común haya sido derrotado, cada cual podrá velar por sus propios intereses; todas las damas y caballeros que tengan algo en juego lanzaran su pelota como mejor puedan al terreno del testador; y nadie estará en peor posición que antes. Piénselo. No se comprometa ahora. Nos encontrará en La Media Luna y Las Siete Estrellas en este pueblo, a cualquier hora y dispuestos a escuchar cualquier propuesta razonable. ¡Ejem! Chiv, querido amigo, sal a ver qué noche hace.

El señor Slyme no tardó en desaparecer y es de presumir que en doblar la esquina. El señor Tigg se plantó con las piernas tan separadas como sería de esperar en el más optimista de los hombres, movió la cabeza mirando al señor Pecksniff y sonrió.

—No debemos ser demasiado estrictos —dijo— con las pequeñas excentricidades de nuestro amigo Slyme. ¿Ha visto cuando me susurró? —El señor Pecksniff lo había visto—. Y ¿ha oído usted mi respuesta? —El señor Pecksniff lo había oído—. Cinco chelines, ¿eh? —dijo pensativo el señor Tigg—. ¡Ay, qué hombre tan extraordinario! ¡Y muy moderado! —El señor Pecksniff no respondió—. ¡Cinco chelines! —prosiguió pensativo el señor Tigg—: y que devolverá puntualmente la semana que viene; eso es lo mejor. ¿Lo ha oído? —El señor Pecksniff no lo había oído—. ¡No! ¡Me sorprende usted! —exclamó Tigg—. Es la guinda del pastel, señor. Que yo sepa, ese hombre jamás ha dejado de cumplir una promesa. No necesita usted cambio, ¿verdad, señor?

—No —respondió el señor Pecksniff—, se lo agradezco, pero no.

—Estupendo —replicó el señor Tigg—. Si le hace falta, yo tengo. —Y con estas palabras empezó a silbar; pero no habían pasado ni doce segundos



cuando se paró en seco y, mirando muy serio al señor Pecksniff, dijo—: ¿O acaso preferiría no prestarle cinco chelines al señor Slyme?

—Preferiría con mucho no hacerlo —replicó el señor Pecksniff.

—¡Vaya! —exclamó Tigg, moviendo solemne la cabeza como si en ese momento se le hubiese ocurrido por vez primera un motivo que lo justificara—, es muy posible que tenga usted razón. ¿Le parecería igual de objetable prestarme a mí los cinco chelines?

—Sí, de hecho no podría —respondió el señor Pecksniff.

—¿Ni siquiera media corona? —le insistió el señor Tigg.

—Ni siquiera media corona.

—En ese caso nos tendremos que contentar con la ridícula cantidad de dieciocho peniques. ¡Ja, ja, ja!

—Que seguiría siendo igual de objetable...

Al recibir tal confirmación, el señor Tigg le estrechó cordialmente las dos manos y le insistió muy serio en que era uno de los hombres más notables y coherentes que había conocido, y que deseaba tener el honor de conocerle mejor. Observó, además, que su amigo Slyme tenía muchos detalles insignificantes que, como hombre de honor estricto, no podían parecerle bien, pero que estaba dispuesto a perdonarle esos defectillos, y mucho más, en consideración al gran placer que había supuesto para él gozar del trato social con el señor Pecksniff, que le había supuesto un disfrute mucho mayor y más duradero que el que podría haberle procurado nunca la negociación fructuosa de un pequeño préstamo para su amigo. Dicho lo cual, le pidió permiso para despedirse y le deseó al señor Pecksniff muy buenas tardes. Y así se marchó, tan poco avergonzado por su reciente fracaso como podría desear cualquier caballero.

Las cavilaciones del señor Pecksniff esa tarde en el bar del Dragón, y por la noche en su propia casa, no pudieron ser más graves y solemnes; sobre todo porque la información que había recibido de los señores Tigg y Slyme sobre la llegada de otros miembros de la familia, quedó totalmente confirmada después de hacer averiguaciones más concretas. Y es que los Spottletoe habían ido directos al Dragón, donde estaban alojados en ese momento montando guardia, y donde su aparición había causado tanta sensación que la señora Lupin, intuyendo sus intenciones antes de que llevasen media hora bajo su techo, llevó la noticia en persona con el mayor secreto posible a casa del señor Pecksniff; de hecho, fueron sus grandes precauciones la causa de que no coincidiera con dicho caballero que entró por la puerta principal del Dragón, justo cuando ella salía por la trasera. Además, el señor Anthony Chuzzlewit y su hijo Jonas estaban modestamente alojados en La Media Luna y Las Siete Estrellas, que era una humilde cervecería; y en la siguiente

diligencia que llegó al escenario de los acontecimientos viajaban tantos afectuosos miembros de la familia (para distracción del cochero, no habían parado de discutir en todo el trayecto) que, en menos de veinticuatro horas, las escasas habitaciones de la taberna se alquilaron con recargo y los alojamientos privados, que consistían en cuatro camas y un sofá, aumentaron su valor un ciento por ciento.

En una palabra, la situación llegó a ser tal que casi toda la familia se plantó delante de El Dragón Azul y le puso cerco formalmente; por lo que Martin Chuzzlewit se encontró en estado de sitio. No obstante, se resistió con valentía: se negó a recibir cartas, recados y paquetes, declinó el trato con nadie y no ofreció esperanzas ni promesas de capitulación. Entretanto, las fuerzas familiares no paraban de encontrarse en las cercanías de la taberna; y, como ninguna rama del árbol familiar de los Chuzzlewit se había llevado bien con otra desde que los hombres tienen memoria, se produjeron más escaramuzas, desacatos y quebraderos de cabeza, en el sentido metafórico de la expresión, más insultos e intercambios verbales, más fruncimientos de ceños y arrugamientos de narices, más sepelios de buenos sentimientos y violentas resurrecciones de viejos agravios, de las que se habían conocido en ese lugar tan tranquilo desde los primeros registros de su existencia civilizada. Por fin, movidos por el desánimo y la pura desesperación, algunos beligerantes empezaron a dirigirse la palabra, aunque fuese sólo en forma de agravio mutuo; y casi todos hablaron con un tolerable decoro al señor Pecksniff, en reconocimiento de su elevada personalidad e influyente posición. De ese modo, poco a poco, hicieron causa común contra la obstinación de Martin Chuzzlewit, hasta que se acordó —si es que puede utilizarse esa palabra al hablar de los Chuzzlewit— celebrar un consejo y conferencia general a las doce de la mañana de cierto día en casa del señor Pecksniff, y se invitó y animó solemnemente a todos los miembros de la familia que estaban al alcance de la convocatoria.

Si alguna vez el señor Pecksniff exhibió un gesto apostólico fue ese día memorable. Si alguna vez su inmutable sonrisa proclamó las palabras «¡Soy el mensajero de la paz!» tal fue entonces su misión. Si alguna vez un hombre combinó en su interior las mansas cualidades del cordero con un considerable toque de paloma, sin un ápice de cocodrilo, ni la más leve insinuación del suave condimento de la serpiente, ese hombre fue él. Y, ¡oh, las dos señoritas Pecksniff! ¡Oh, la expresión de serenidad en el rostro de Charity, que parecía decir: «Sé que mi familia me ha ofendido de un modo irreparable, pero les perdono porque es mi deber»! Y, ¡oh, la alegre sencillez de Mercy, tan encantadora, inocente e infantil, que, si hubiese andado sola, y la estación no hubiese estado tan avanzada, los petirrojos la habrían cubierto de hojas a su pesar, tomándola por uno de los niños del bosque que hubiese salido de él y hubiera regresado ahora a buscar moras con el corazón joven y fresco! ¿Qué palabras podrían describir a los Pecksniff en esa hora difícil? Ninguna: pues las palabras llevan consigo malas compañías, y los Pecksniff eran todo bondad.

Pero cuando llegaron los visitantes... ¡Ese fue el momento en que el señor Pecksniff, levantándose de su sitio en la cabecera de la mesa, con una hija a cada lado, recibió a los invitados en su mejor salón y les indicó que tomaran asiento, con los ojos tan llorosos y el rostro tan húmedo por una elegante sudoración que podía decirse que estaba sumido en una especie de húmeda mansedumbre! ¡Y los visitantes, los celosos, inflexibles y desconfiados visitantes, estaban encerrados en sí mismos y no confiaban en nadie, no se creían nada y estaban tan dispuestos a dejarse ablandar o adormecer por los Pecksniff como si fueran erizos o puercoespines!

En primer lugar, estaba el señor Spottletoe, que era tan calvo y tenía unas patillas tan pobladas que era como si hubiese detenido la caída del pelo mediante la aplicación de un poderoso remedio que las hubiera adherido irremediabilmente a su rostro. Luego estaba la señora Spottletoe, que, por ser muy delgada para sus años y tener inclinaciones poéticas, acostumbraba a decir a sus amigas íntimas que las citadas patillas eran «la estrella polar de su existencia», y que ahora, debido al enorme afecto que sentía por su tío Chuzzlewit, y por la sorpresa de sus aparentes planes testamentarios, no podía hacer otra cosa que llorar y gemir. Después estaban Anthony Chuzzlewit y su hijo Jonas: el rostro del anciano tan aguzado por la fatiga y astucia de su vida, que pareció abrirle paso en la sala abarrotada, mientras iba a ocupar las sillas del fondo, mientras que el hijo había aprovechado tan bien los preceptos y el ejemplo del padre que, allí plantados, uno al lado del otro, cerrando los ojos enrojecidos y susurrándose mutuamente en voz baja, parecía uno o dos años mayor que él. Luego estaba la viuda del difunto hermano del señor Martin Chuzzlewit, que, por ser casi sobrenaturalmente desagradable y tener un rostro espantoso, una figura huesuda y una voz masculina, era lo que, en virtud de tales cualidades, suele llamarse una señora de carácter fuerte; y, si hubiese podido, habría reclamado tal título y demostrado ser, mentalmente hablando, un auténtico Sansón y habría hecho encerrar a su cuñado en un manicomio hasta que probara su cordura queriéndola mucho. Al lado tenía a sus hijas solteronas, tres en total, y de aspecto masculino, que se habían mortificado tanto con apretados corsés que su genio era aún más corto que su cintura, y lo apretado de los lazos se notaba en sus narices. Después había un joven caballero, sobrino nieto del señor Martin Chuzzlewit, muy moreno y velludo, y nacido sólo para ahorrarle a los espejos el esfuerzo de reflejar más que el primer esbozo de un rostro que no había llegado a completarse. A continuación venía una prima solitaria de quien sólo cabe reseñar que era sorda, que vivía sola y que siempre le dolían las muelas. Luego estaba George Chuzzlewit, un alegre primo soltero, que decía ser joven, pero había sido más joven; que tenía tendencia a la corpulencia y comía más de la cuenta, hasta el punto que los ojos se le hundían en las órbitas, como dominados por una sorpresa constante; y que tenía tal propensión a las espinillas que los llamativos lunares de su corbata, el vivo estampado de su chaleco e incluso sus relucientes bisuterías parecían haber brotado encima de él y no haber cobrado existencia con comodidad. Por último, estaban presentes el señor Chevy Slyme y su amigo Tigg. Y vale la pena destacar que, aunque todos los

presentes sentían aversión por los demás porque todos eran parte de la familia, todos coincidían en odiar al señor Tigg porque no lo era.

He ahí el agradable círculo familiar reunido en el mejor salón del señor Pecksniff y felizmente dispuesto a vérselas con el señor Pecksniff o con cualquier otro que osara decir algo a propósito de cualquier cosa.

—Esto —dijo el señor Pecksniff poniéndose en pie y mirándolos a todos con las manos entrelazadas— me congratula. Mis hijas se congratulan. Les agradecemos que hayan venido. Se lo agradecemos de todo

corazón. Es una bendición que nos hayan distinguido así, y créanme — es imposible concebir cómo sonrió en ese momento— que no lo olvidaremos fácilmente.

—Siento interrumpirle Pecksniff —observó el señor Spottletoe con las patillas en un estado portentoso—, pero da demasiadas cosas por sentadas. ¿Quién cree usted que pretende distinguirlo a usted, señor? — Un murmullo generalizado repitió aquel comentario y lo aplaudió—. Si piensa usted seguir por ese camino, señor —prosiguió el señor Spottletoe muy acalorado y golpeando la mesa con los nudillos—, cuanto antes ceje en su intento y antes se disuelva esta asamblea tanto mejor. Conozco su absurdo deseo de que le consideremos el jefe de esta familia, pero puedo decirle, señor que...

¡Oh, sí, claro! ¡Él puede decirle! ¡Él! ¡Qué! ¡El jefe es él, eh! Desde la señora de carácter fuerte hasta el último de los presentes, todos arremetieron en ese instante contra el señor Spottletoe, el cual, después de intentar en vano hacerse oír, tuvo que volver a sentarse, cruzando los brazos, moviendo colérico la cabeza y dándole a entender a la señora Spottletoe por gestos que ese sinvergüenza de Pecksniff podía proseguir de momento, pero que muy pronto intervendría para aniquilarlo.

—No lamento —dijo el señor Pecksniff, reanudando su discurso—, en realidad no lamento que haya sucedido este pequeño incidente. Es bueno saber que estamos aquí sin disimulos. Es bueno saber que no nos andamos con tapujos y que hemos venido aquí libremente tal como somos.

En ese momento, la hija mayor de la señora de carácter fuerte se levantó un poco del asiento y, temblando violentamente de pies a cabeza, al parecer más por apasionamiento que por timidez, expresó la esperanza general de que ciertas personas se mostrasen tal como eran, aunque sólo fuese por la novedad; y que, cuando tales personas (aquellas a las que había aludido antes) hablasen de sus parientes, tuviesen cuidado de asegurarse de quién estaba presente, pues de lo contrario podría llegar a oídos de dichos parientes de manera inesperada; y en cuanto a tener la nariz roja (observó) aún estaba por ver que tener la nariz roja fuese una deshonra, puesto que la gente no se coloreaba la nariz a propósito, sino que ese rasgo se le concedía sin consultarle; aunque ella albergaba grandes dudas de que algunas narices no fuesen más rojas que otras, o la mitad de rojas que otras. Esta observación fue recibida con una aguda risita por parte de las dos hermanas de la oradora, y la señorita Charity Pecksniff rogó con mucha educación que la informasen de si alguno de esos viles comentarios iban dirigidos a ella, y, como no recibió otra respuesta que la implícita en el adagio «El que se pica ajos come», enseguida empezó una réplica bastante mordaz y personal, apoyada y alentada por su hermana Mercy, que se rió mucho al oírla expresarse con más naturalidad que la vida misma. Y, dado que es imposible que se produzca una diferencia de opinión entre mujeres sin que participe en ella cualquier otra fémina presente, la señora de carácter fuerte y las otras dos hijas, y la señora

Spottletoe, y la prima sorda (que no se creyó deslegitimada para intervenir en la disputa por el hecho de desconocer por completo los motivos de esta), se zambulleron sin más todas a una en la discusión.

Las dos señoritas Pecksniff eran un enemigo a la altura de las tres señoritas Chuzzlewit y como las cinco señoritas tenían, por decirlo en el lenguaje figurativo de la época, mucho vapor que soltar, la disputa habría sido muy larga de no haber sido por el valor y el coraje de la señora de carácter fuerte, la cual haciendo honor a la reputación de su capacidad para el sarcasmo, aporreó y apaleó de tal manera a la señora Spottletoe con palabras insultantes que la pobre señora, antes de que transcurriesen dos minutos, no encontró otro refugio que las lágrimas. Las vertió en abundancia y causó tanta turbación y congoja al señor Spottletoe que dicho caballero, después de colocar el puño cerrado a poca distancia de los ojos del señor Pecksniff, como si hubiese en él alguna curiosidad natural de cuya inspección detallada pudiese obtener una enorme gratificación y mejora, y después de ofrecerse (sin ninguna razón particular que nadie pudiera descubrir) a dar de puntapiés al señor George Chuzzlewit, por, y en consideración de, la insignificante suma de seis peniques, abrazó a su esposa y se retiró indignado. Este interludio, al distraer la atención de los combatientes, puso fin a la disputa, que, después de reiniciarse dos o tres veces en varios estallidos y explosiones intrascendentes, se extinguió en silencio.

Fue entonces cuando el señor Pecksniff volvió a levantarse de la silla. Fue entonces cuando las dos señoritas Pecksniff recobraron la compostura como si no existiese —no allí, sino en el mundo entero— nadie como las tres señoritas Chuzzlewit; mientras las tres señoritas Chuzzlewit pasaban por alto igualmente la existencia de las dos señoritas Pecksniff.

—Debemos lamentar —dijo el señor Pecksniff, con un piadoso recuerdo del puño del señor Spottletoe— que nuestro amigo haya tenido que marcharse tan deprisa, aunque tengamos motivos para congratularnos también de eso, puesto que no cabe duda de que no desconfía de nada de lo que podamos decir o hacer en su ausencia. Es un consuelo, ¿no creen?

—Pecksniff —dijo Anthony, que llevaba observando al grupo con peculiar agudeza desde el principio—, no sea hipócrita.

—¿Que no sea qué, señor mío? —preguntó el señor Pecksniff.

—Hipócrita.

—Charity, cariño —dijo el señor Pecksniff—, cuando encienda esta noche la palmatoria de mi cuarto, recuérdame que rece por el señor Anthony Chuzzlewit, que ha sido injusto conmigo. —Lo dijo en un tono muy afable y en un aparte, como si se dirigiese sólo a su hija. Con una alegría de la conciencia que casi revelaba una conducta enérgica prosiguió—: Todos nuestros pensamientos se centran en nuestro querido pero cruel

pariente, y como por así decirlo está fuera de nuestro alcance, nos hemos reunido aquí hoy como en un funeral, excepto que, y bendita sea la excepción, no hay nadie de cuerpo presente. —La señora de carácter fuerte no estaba nada segura de que fuese una excepción bendita. Más bien lo contrario—. ¡Bueno, mi querida señora! —dijo el señor Pecksniff—. Sea como fuere, el caso es que aquí estamos; y, ya que estamos aquí, debemos considerar si es posible encontrar algún medio justificable...

—Caramba, sabe usted tan bien como yo —dijo la señora de carácter fuerte— que en un caso así cualquier medio resulta justificable, ¿o no?

—Muy bien, mi querida señora, muy bien... si es posible encontrar cualquier medio, diremos cualquier medio, para que nuestro apreciado pariente abra los ojos y comprenda su actual error. Si es posible hacerle entender por cualquier medio que el verdadero carácter y propósito de esa joven, cuya extraña, extrañísima, situación con respecto a él —aquí el señor Pecksniff bajó la voz hasta convertirla en un impresionante susurro— arroja en verdad una sombra de vergüenza y de deshonra sobre esta familia, y que nos consta —y aquí volvió a alzar la voz—, ¿de lo contrario por qué iba a querer acompañarle?, que oculta las más viles intenciones respecto a su debilidad y sus bienes.

Tenían una opinión tan clara sobre este punto que, a pesar de ser incapaces de ponerse de acuerdo en ninguna otra cosa, todos coincidieron en él. ¡Tener planes ocultos sobre sus bienes, hasta ahí podíamos llegar! La señora de carácter fuerte abogó por el veneno, sus tres hijas por la cárcel de Bridewell y por ponerla a pan y agua, la prima del dolor de muelas por enviarla a Botany Bay<sup>[18]</sup> y las dos señoritas Pecksniff propusieron azotarla. Sólo el señor Tigg, a quien, a pesar de su aspecto andrajoso, todos seguían considerando una especie de amigo de las damas, en virtud de su labio superior y su carraspera, dudó de lo justificado de dichas medidas, aunque se limitó a comerse con los ojos a las tres señoritas Chuzzlewit, sin la menor dosis de guasa en su admiración, como si dijera: «Son ustedes demasiado duras con ella, mis dulces criaturas, ¡por mi alma que sí!».

—En fin —continuó el señor Pecksniff, cruzando los dos dedos índices con un gesto al mismo tiempo conciliador y argumentativo—, por un lado, no iré tan lejos como para decir que merezca todos los castigos que han sugerido de forma tan clara e hilarante —una de sus frases ornamentales—, pero, por otro, no comprometeré mi sentido común afirmando que no los merece. Lo que sí diré es que creo que debemos idear alguna manera práctica de influir en nuestro respetado, ¿debería decir reverenciado...?

—¡No! —le interrumpió la señora de carácter fuerte en voz alta.

—Entonces no lo diré —respondió el señor Peck—. Tiene usted mucha razón, mi querida señora, y agradezco y valoro su preclara objeción... a

nuestro respetado pariente, para que atienda a los lazos de la sangre y no a...

—¡Sigue, pa! —exclamó Mercy.

—Bueno, la verdad, cariño, es —dijo el señor Pecksniff sonriendo a sus parientes— que no sé qué palabra decir. He olvidado por completo el nombre de esos animales fabulosos (lamento decir que paganos) que cantaban en el agua.

El señor George Chuzzlewit sugirió:

—Cisnes.

—No —respondió el señor Pecksniff—. Cisnes, no. Aunque muy parecidos. Gracias.

El sobrino del rostro bosquejado, hablando por primera y última vez ese día, propuso:

—Ostras.

—No —dijo el señor Pecksniff, con su peculiar educación—, ostras tampoco. Pero no eran tan distintas; es una idea excelente; gracias, mi querido señor, muchas gracias. ¡Esperen! Sirenas. ¡Qué cabeza la mía! Sirenas, claro que sí. Debemos idear alguna manera para que nuestro respetado pariente esté dispuesto a atender a los lazos de la sangre y no a esos artificiosos cantos de sirena. Tampoco debemos perder de vista el hecho de que nuestro estimado pariente tiene un nieto, al que, hasta hace poco, ha estado muy unido, y a quien me habría gustado ver aquí hoy, pues siento por él un aprecio profundo y sincero. Un joven muy, muy agradable. Quisiera preguntarles si no podríamos vencer la desconfianza que nos tiene el señor Chuzzlewit y demostrarle nuestro desinterés mediante...

—Si el señor George Chuzzlewit tiene algo que decirme —le interrumpió la señora de carácter fuerte con severidad—, le ruego que hable en voz alta como un hombre y no mirándonos a mí y a mis hijas como si quisiera devorarnos.

—A propósito de las miradas, señora Ned, he oído decir —respondió enfadado el señor George— que un gato puede mirar a un rey; así que espero tener derecho, ya que he nacido en el seno de esta familia, a mirar a una persona que sólo ha entrado en ella por matrimonio. Y, en cuanto a lo de devorarla, le aseguro que, por mucha amargura que puedan inspirarle sus celos y sus expectativas defraudadas, no soy ningún caníbal, señora.

—¡No estoy tan segura! —exclamó la señora de carácter fuerte.



—En cualquier caso, si lo fuese —dijo el señor Chuzzlewit acicateado por su respuesta—, pensaría que una mujer que ha sobrevivido a tres maridos y ha sufrido tan poco con su pérdida debe tener la carne muy dura. —La señora de carácter fuerte se puso en pie—. Y añadiré además —dijo el señor George Chuzzlewit, asintiendo violentamente con la cabeza a cada segunda sílaba—, sin decir nombres, y sin herir por tanto a nadie más que a quien su conciencia le haga darse por aludido, que creo que sería mucho más digno y decoroso que quienes se han enganchado y aferrado a esta familia aprovechándose de la ceguera de algunos de sus miembros antes del matrimonio, y matándolos después gritándoles en voz tan alta que prefirieron morir, se abstuviesen de representar el papel de buitres por respeto a los miembros de la familia que siguen con vida. Creo que también sería correcto, si no mejor, que dichos individuos se quedaran en casa y se contentaran con lo que (por suerte para ellos) ya tienen, en vez de dar vueltas y meter los dedos en el pastel familiar, que ya han saboreado demasiado cuando están a setenta kilómetros de distancia.

—¡Tendría que haberlo imaginado! —exclamó la señora de carácter fuerte, mirando a su alrededor con una sonrisa desdeñosa mientras iba hacia la puerta, seguida de sus tres hijas— y lo había imaginado desde el principio. ¡Qué se podía esperar de un ambiente así!

—No me mire con esos ojos de militar retirado, señora, haga el favor —replicó la señorita Charity—, porque no pienso tolerarlo.

Fue un inteligente alfilerazo a propósito de la pensión de la que disfrutó la señora de carácter fuerte en su segunda viudedad y antes de su último matrimonio. No pudo ser más elocuente.

—Renuncié al recuerdo de un país agradecido, miserable descarada —dijo la señora Ned—; y ahora comprendo, aunque no caí entonces, que me lo tengo merecido y que perdí mis derechos sobre el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda cuando me degradé de ese modo. Hijas mías, si estáis dispuestas y habéis aprendido lo suficiente del ejemplo de estas dos jóvenes, creo que podemos marcharnos. Señor Pecksniff, le estamos muy agradecidas, de verdad. Vinimos a que nos entretuvieran, pero ha superado con mucho nuestras expectativas con la diversión que ha organizado. Gracias. ¡Adiós!

Estas palabras de despedida de la señora de carácter fuerte paralizaron las energías pecksniffianas; y así salió de la sala y de la casa, acompañada por sus hijas, que, como de común acuerdo, alzaron la nariz en el aire y soltaron una risita despectiva. Al pasar por la calle por delante de la ventana del salón fingieron una extasiada alegría y con este último golpe, y para gran desánimo de los que seguían dentro, desaparecieron.

Antes de que el señor Pecksniff o cualquiera de los visitantes que quedaban pudiera hacer una observación, otra figura pasó a toda prisa por delante de esa ventana, aunque en dirección contraria; y justo

después, el señor Spottletoe irrumpió en la sala. Comparado con su actual estado de acaloramiento, cuando se fue era un hombre de nieve o hielo. Su cabeza destilaba un aceite sobre las patillas y parecían apelmazadas por gotas untuosas; su rostro estaba encendido, le temblaban los labios y jadeaba sin aliento.

—¡Señor mío! —exclamó el señor Pecksniff.

—¡Oh, sí! —replicó él—. ¡Oh, sí, claro! ¡Cómo no! ¡Por supuesto! ¿Lo oyen? ¿Lo oyen? ¡Todos!

—¿Qué sucede? —gritaron varias voces.

—¡Oh, nada! —chilló Spottletoe, sin dejar de jadear—. ¡Nada! ¡No tiene importancia! ¡Pregúntenle a él! ¡Él se lo dirá!

—No entiendo a nuestro amigo —dijo el señor Pecksniff, mirándolo con total perplejidad—. Les aseguro que me resulta ininteligible.

—¡Ininteligible, señor! —exclamó el otro—. ¡Ininteligible! ¡Pretende decir, señor, que desconoce lo que ha sucedido! ¡Que no nos ha engatusado para venir aquí y urdido una trama para engañarnos! ¿Tendrá la desfachatez de decir que ignoraba que el señor Chuzzlewit iba a marcharse, señor, y que no sabe que se ha ido?

—¡Que se ha ido! —gritaron todos.

—Se ha ido —repitió el señor Spottletoe—. Se ha ido mientras estábamos aquí sentados. Se ha ido. Nadie sabe adónde. ¡Claro que no! Nadie sabía que se marchaba. ¡Claro que no! La patrona pensó hasta el último momento que habían salido a dar un paseo y no sospechó nada. ¡Claro que no! No está al servicio de este sujeto. ¡Claro que no!

Añadió a estas exclamaciones una especie de aullido irónico y miró un breve instante a los demás; luego el irritado caballero se marchó en silencio dando las mismas zancadas portentosas y desapareció.

De nada sirvió que el señor Pecksniff les asegurase que esta nueva y oportuna evasión de la familia suponía un golpe y una sorpresa para él como para los demás. De todos los abusos y reproches que jamás se acumularan sobre la cabeza más desdichada, ninguno podría superar en energía y entusiasmo los que le dedicaron sus demás parientes, uno por uno, antes de despedirse.

La postura moral adoptada por el señor Tigg fue muy tremebunda y la prima sorda, que tenía la agravante de ver todo lo que sucedía sin oír otra cosa que la catástrofe, se frotó los zapatos en el limpiabarros, y después dejó huellas en las escaleras, como prueba de que se sacudía el polvo de los pies antes de marcharse de aquella casa falsa y pérvida<sup>[19]</sup>.

Al señor Pecksniff no le quedó, en suma, más que un consuelo: el de saber que todos aquellos amigos y parientes le odiaban más que nunca; y que él por su parte no había repartido entre ellos más amor del que, dado su considerable capital en ese sentido, podía permitirse. Esta manera de ver las cosas supuso para él un gran consuelo, y vale la pena subrayarlo pues demuestra con qué facilidad puede consolarse un buen hombre en circunstancias de fracaso y decepción.

## **Capítulo V. Con el relato completo de la llegada del nuevo alumno del señor Pecksniff al seno de la familia Pecksniff y todas las festividades que se celebraron con motivo de la ocasión y la gran alegría del señor Pinch**

El mejor de los arquitectos y agrimensores tenía un caballo, en el que los enemigos a quienes hemos aludido más de una vez en estas páginas creían ver un curioso parecido con su dueño. No en su apariencia externa, pues era un penco huesudo, mucho peor alimentado que el señor Pecksniff, sino en su carácter moral, que, según decían, era muy prometedor, pero nunca cumplía con las expectativas. Tenía, por así decirlo, arrancada de caballo y parada de mulo. Cuando trotaba muy despacio, echaba a veces las patas por alto y hacía tal exhibición de fuerza que era difícil creer que fuese a menos de veinte kilómetros por hora; y se le veía tan contento, y tan seguro al compararse con otros corceles más veloces, que la ilusión aún era más difícil de evitar. Era de esos animales que infunden en el pecho de los desconocidos una viva sensación de esperanza y llenan a quienes lo conocen de una lúgubre desesperanza. En qué aspecto —teniendo esos rasgos de carácter— podía comparárselo imparcialmente a su amo, sólo pueden explicarlo quienes se dedican a calumniar a ese buen hombre. Pero que lo comparaban es una triste verdad y un ejemplo deplorable de lo poco caritativo que es este mundo.

En ese caballo y en el vehículo cerrado, sea cual sea su nombre, al que normalmente lo enganchaban —era más una calesa con una tumoración que otra cosa— se concentraban todos los deseos y aspiraciones del señor Pinch una luminosa y gélida mañana; pues con tan garboso carruaje se disponía a viajar solo a Salisbury para recoger al nuevo alumno y llevarlo a casa en triunfo.

Bendito sea tu humilde corazón, Tom Pinch, con qué orgullo te abotonas el corto abrigo, tantos años llamado erróneamente «sobretudo»; y con qué meticulosidad y alegría adviertes a Sam, el mozo de cuadra, de que «no lo suelte todavía»: ¡crees que ese cuadrúpedo quiere ir a algún sitio, y que iría si pudiera evitarlo! ¡Quién podría reprimir una sonrisa — cariñosa, y no a tus expensas, pues el cielo sabe que ya eres bastante pobre— al pensar que, en un día festivo como el que tienes por delante, debería despertar el rápido movimiento, y el apresuramiento de espíritu, con que vuelves a dejar en el alféizar de la ventana de la cocina, casi sin tocarla, la enorme taza blanca (que tú mismo dejaste allí anoche, para no entretenerte con el desayuno), y colocas un mendrugo en el asiento a tu lado, para comértelo por el camino, cuando estés más tranquilo en tu gran regocijo! ¡Quién, al verte alejarte tan feliz y saludar con la cabeza con agradecido cariño a Pecksniff asomado con su gorro de dormir a la ventana de su habitación, no gritaría: «Ve con Dios, Tom, y ojalá te

fueses para siempre a algún lugar tranquilo, donde pudieras vivir en paz y sin sufrir pesar alguno»!

¡Qué mejor momento para viajar en calesa, a caballo o a pie, para moverse por el aire por cualquier medio, que una mañana fresca y gélida, cuando la esperanza corre alegremente por las venas empujada por la sangre vivaz y produce un cosquilleo de pies a cabeza! Era el feliz inicio de un tonificante día de principios de invierno de esos que harían ruborizar al lánguido verano (del que siempre se habla así cuando no puede tenerse), y avergonzaría a la primavera por ser fresca sólo a medias. Las esquilas de las ovejas sonaban con tanta claridad en el aire vigoroso como si fuesen criaturas vivas y percibieran su influencia saludable; los árboles cubrían el suelo, no de hojas ni de flores, sino de una fría escarcha que centelleaba al caer igual que polvo de diamantes, o eso le parecía a Tom. En las chimeneas de las casas el humo se alzaba y alzaba, como si la tierra hubiese perdido su grosería, al ser tan hermosa, y no debiera verse oprimida por densos vapores. La capa de hielo en el burbujeante arroyo era tan transparente y de textura tan delgada que el agua podría, por voluntad propia, haberse detenido —en la alegre imaginación de Tom lo había hecho— para contemplar la hermosa mañana. Y para que el sol no quebrase aquel hechizo de manera demasiado brusca, entre él y el suelo se movía una niebla como la que cubre la luna las noches de estío —para Tom era idéntica— y que lo animaba a deshacerla con cuidado.

Tom Pinch siguió su camino; no muy rápido, pero con la sensación de moverse deprisa, que venía a ser lo mismo; y, a medida que avanzaba, se le ocurrían un sinfín de cosas que le alegraban. Cuando divisó la barrera del portazgo —¡oh, muy a lo lejos!—, vio a la mujer del empleado, que acababa de parar una carreta, volver corriendo como loca a la casita, para avisar (él lo sabía) de la llegada del señor Pinch. Y tenía razón, pues al llegar a la barrera, sus hijos salieron gritando como un minúsculo coro «¡Señor Pinch!», para inmenso deleite de Tom. El empleado en persona salió a cobrarle y a desearle buenos días, aunque por lo general era un tipo desagradable cuyo trato rehuía casi todo el mundo; y gracias a eso, y a que vislumbró el desayuno familiar en una mesita al lado del fuego, el mendrugo que Tom Pinch había llevado consigo adquirió un sabor tan delicioso como si fuese pan de las hadas.

Pero había más. No sólo la pareja casada y los niños le dieron la bienvenida al pasar. No, no. Muchos ojos brillantes y níveos pechos se asomaron precipitadamente a las ventanas a su paso y le devolvieron el saludo, y varias veces multiplicado. Todos se alegraban. Todos se reían. Y las más pícaras incluso le enviaron besos cuando se dio la vuelta. Pues ¡quién podía tener nada contra el pobre señor Pinch! No hacía daño a nadie.

Y luego la mañana se volvió más hermosa, y todo pareció estar tan alegre y despierto que el sol parecía decir —a Tom no le cupo ninguna duda de que lo dijo—: «No lo aguanto más, tengo que echar un vistazo», y asomó con toda su radiante majestad. La neblina, demasiado tímida y

amable para tan exuberante compañía, huyó asustada al verlo; y, cuando se marchó, las montañas, las colinas y los pastos lejanos cubiertos de plácidas ovejas y ruidosos cuervos asomaron tan brillantes como si se desplegaran por primera vez para la ocasión. Para celebrar semejante descubrimiento, el arroyo no se quedó quieto, sino que corrió a toda prisa para llevar la noticia a la aceña que había a cinco kilómetros de allí.

El señor Pinch siguió trotando, pletórico de agradables pensamientos y alegres influencias, cuando vio en el camino, delante de él, a un viajero que iba a pie en su misma dirección y que andaba a paso vivo cantando a voz en grito, pero no sin musicalidad. Era un hombre joven, de unos veinticinco o veintiséis años tal vez, e iba vestido de manera tan libre y desabotonada que las largas puntas del pañuelo rojo que llevaba al cuello aleteaban con frecuencia a su espalda, y el ramito de bayas invernales que llevaba en el ojal de abrigo de terciopelo, era tan visible desde atrás como si se hubiese puesto dicha prenda al revés. Cantaba con tanta energía que no oyó el ruido de las ruedas hasta que estuvo muy cerca de él, momento en que volvió hacia el señor Pinch un rostro perplejo y un par de alegres ojos azules y lo miró a la cara.

—¡Caramba, Mark! —exclamó Tom Pinch, deteniéndose—. ¿Quién habría pensado en verte aquí? ¡Vaya, menuda sorpresa!

Mark se llevó la mano al sombrero, y respondió, con una repentina disminución de su vivacidad, que se dirigía a Salisbury.

—¡Y además vas hecho un pincel! —dijo el señor Pinch, observándolo muy complacido—. ¡La verdad es que nunca pensé que fueses ni la mitad de apuesto, Mark!

—Gracias, señor Pinch. No me quejo. No es culpa mía, ¿sabe? Y en cuanto a lo de ir tan atildado... pues ahí está. —Y pareció especialmente abatido.

—Ahí está ¿qué? —preguntó el señor Pinch.

—Pues lo malo. Cualquiera puede estar animado y de buen humor cuando va bien vestido. No tiene ningún mérito. Si fuese andrajoso y estuviese contento, entonces pensaría que había ganado algo, señor Pinch.

—Así que cantabas para consolarte, por así decirlo, de ir bien vestido, ¿eh, Mark? —dijo Pinch.

—Su conversación siempre ha sido como si fuera letra impresa, señor —replicó Mark con una amplia sonrisa—. Eso es.

—¡Vaya! —exclamó Pinch—, eres el joven más raro que he conocido, Mark. Siempre lo había pensado; pero ahora estoy seguro. Yo también voy a Salisbury. ¿No quieres subir? Me alegraré disfrutar de tu

compañía. —El joven se lo agradeció, aceptó la oferta, subió de un salto al carruaje y se sentó al borde mismo del asiento, para dar a entender que estaba ahí a su pesar y por la amabilidad del señor Pinch. Cuando reanudaron el viaje, la conversación siguió de esta manera—: Al verte tan elegante —dijo Pinch— casi he pensado que ibas a casarte, Mark.

—Bueno, señor, yo también lo he pensado —replicó él—. Algo de bueno tendría ser feliz con una esposa, sobre todo si los niños tienen el sarampión y demás, y están de mal humor. Pero casi me da miedo intentarlo. No acabo de verlo claro.

—¿Entonces no le tienes afecto a nadie?

—No en particular, señor; creo.

—Pero, según tu forma de ver las cosas, Mark —apuntó el señor Pinch—, lo que tendrías que hacer es casarte con alguien que no te gustase y que fuese muy desagradable.

—Cierto, señor, pero eso sería llevar un principio demasiado lejos, ¿no cree?

—Tal vez tengas razón —respondió el señor Pinch. Y los dos se rieron alegremente.

—Dios le bendiga, señor —dijo Mark—, aunque no me conoce usted. No creo que haya nacido un hombre que pudiese salir tan fortalecido como yo de unas circunstancias que harían desdichado a otros, si tuviese ocasión de demostrarlo. Pero no lo consigo. En mi opinión nadie sabrá jamás lo que guardo en mi interior, a no ser que ocurra algo muy inesperado. Y no veo que eso vaya a suceder. Me voy del Dragón, señor.

—¡Que te vas del Dragón! —exclamó el señor Pinch mirándolo con perplejidad—. ¡Caramba, Mark, me dejas boquiabierto!

—Sí, señor —replicó, mirando hacia delante y a lo lejos, como hace a veces la gente cuando medita profundamente—. ¿Para qué voy a quedarme? No es ni mucho menos sitio para mí. Cuando me fui de Londres (aunque nací en Kent) y acepté este empleo, decidí que era el rincón más aburrido y apartado de Inglaterra, y que estar alegre en esas circunstancias tendría algún mérito. Pero ¡Dios mío, el Dragón no tiene nada de aburrido! Se juega a los bolos, a los aros, se cantan canciones cómicas a coro, todas las noches de invierno hay gente alrededor de la chimenea... cualquiera puede estar alegre en el Dragón. No tiene ningún mérito.

—Pero, si por una vez lo que se rumorea es cierto, Mark, como creo poder confirmar por lo que sé —repuso el señor Pinch—, la causa de la mitad de esa diversión y quien la puso en marcha eres tú.

—Puede que también haya algo de cierto en eso, señor —respondió Mark—, pero saberlo no me consuela.

—¡Vaya! —dijo el señor Pinch, después de un breve silencio, con su voz normalmente baja más baja que nunca—. No sé qué pensar. ¿Qué será de la señora Lupin, Mark? —Mark miró más fijamente y aún más lejos, como respondiendo que no creía que a ella fuese a importarle. Había muchos jóvenes inteligentes que estarían encantados de ocupar su puesto. Él mismo conocía a una docena—. Es muy probable —dijo el señor Pinch—, pero no estoy muy seguro de que a la señora Lupin vayan a gustarle. Caramba, siempre pensé que la señora Lupin y tú hacíais muy buena pareja; y, por lo que sé, no era el único en pensarlo.

—Nunca —replicó confundido Mark— he dicho nada para cortejarla, y ella a mí tampoco. Aunque no sé qué podría hacer en una de esas raras ocasiones, ni lo que ella podría decir en respuesta. En fin, señor, no sería apropiado.

—¿Ser el dueño del Dragón, Mark? —exclamó el señor Pinch.

—No, señor, desde luego que no —respondió Mark, dejando de mirar al horizonte y volviéndose hacia su compañero de viaje—. Caray, para un hombre como yo sería la ruina: sentarme cómodamente de por vida y que nadie me encuentre jamás. ¿Qué mérito tendría que el dueño del Dragón estuviese alegre? No podría evitarlo ni aun queriendo.

—¿Sabe la señora Lupin que te vas? —preguntó el señor Pinch.

—No se lo he dicho aún, señor, pero debo hacerlo. Esta mañana voy a buscar algo nuevo y que me convenga —dijo señalando con la cabeza en dirección a la ciudad.

—¿De qué se trata? —quiso saber el señor Pinch.

—Estaba pensando —replicó Mark— en el oficio de enterrador.

—¡Dios mío, Mark! —exclamó el señor Pinch.

—Es un trabajo húmedo y con gusanos, señor —dijo Mark moviendo la cabeza mientras argumentaba—, y de ese modo sí que tendría cierto mérito estar alegre con la imaginación ocupada en ese asunto, a no ser que los enterradores sean alegres por naturaleza, lo cual sería una desventaja. No sabrá usted nada de eso, ¿verdad, señor?

—No —respondió el señor Pinch—, desde luego que no. Nunca me he parado a pensarlo.

—Y, en caso de que las cosas no salgan tan bien como quisiera —dijo Mark, volviendo a ponerse meditabundo—, hay otros oficios. Empleado de pompas fúnebres. Eso sí que es deprimente. Ahí podría hacer



méritos. Prestamista en un barrio pobre no estaría mal. Los carceleros ven muchas desdichas. El ayudante de un médico participa en el asesinato. El de alguacil no es un oficio muy animado. Incluso un recaudador de impuestos tiene que ver sus sentimientos puestos a prueba de vez en cuando. Hay muchos oficios en los que podría tener alguna oportunidad, ¿no cree?

El señor Pinch se quedó tan abrumado por tales observaciones que no pudo hacer más que intercambiar una o dos palabras sobre algún que otro asunto irrelevante, y mirar de reojo el rostro luminoso de su extraño amigo (que no pareció reparar en que lo estaba observando), hasta que llegaron a cierto desvío del camino, cerca de las afueras de la ciudad, donde Mark dijo que prefería apearse, si él no tenía inconveniente.

—Por mi alma, Mark —dijo el señor Pinch, que en el curso de su observación acababa de descubrir que su amigo llevaba sólo la camisa, como si estuviesen en pleno verano, y que se agitaba al aire con cada racha de viento—, ¿cómo es que no llevas chaleco?

—Y ¿para qué lo quiero, señor? —preguntó Mark.

—¿Para qué? —dijo el señor Pinch—. Pues para calentarte el pecho.

—¡Por el amor de Dios, señor! —exclamó Mark—. Usted no me conoce. Mi pecho no necesita que lo calienten. Y, si lo hiciera, ¿qué me pasaría por no llevar chaleco? ¿Contraería tal vez una inflamación de los pulmones? Bueno, seguir alegre con una inflamación de los pulmones tendría su mérito.

Como la única respuesta del señor Pinch fue contener el aliento, abrir mucho los ojos, y mover mucho la cabeza, Mark le agradeció que lo hubiese llevado, se apeó de un salto para que no tuviera que tomarse la molestia de parar y se alejó por el desvío, con el pañuelo rojo al cuello y el abrigo abierto, volviéndose de vez en cuando para saludar, como si fuese el hombre con menos preocupaciones, más alegre y cómico del mundo. Su compañero prosiguió el viaje a Salisbury con el rostro pensativo.

El señor Pinch tenía la perspicaz idea de que Salisbury era un sitio espantoso, una ciudad extremadamente violenta y disipada; y, después de frenar el caballo y decirle al mozo de cuadra que volvería al cabo de un par de horas para comprobar que le daba de comer, salió a pasear por las calles con la vaga, y en cierto modo placentera, idea de que bullían de misterios y peligros. Para un hombre de costumbres tan tranquilas como las suyas ese pequeño espejismo se vio reforzado en gran parte por la circunstancia de que era día de mercado y las calles alrededor de la plaza estaban abarrotadas de carros, caballos, burros, cestas, carretas, verduras, carne, callos, empanadas, pollos y buhoneros de todo tipo. Luego estaban los jóvenes granjeros y los granjeros viejos, con guardapolvos, sobretodos marrones, abrigos de paño, bufandas de

estambre rojo, polainas de cuero, sombreros de las formas más extraordinarias, fustas de caza y toscos bastones, de pie en corrillos, o charlando ruidosamente en las escaleras de la taberna, o pagando y cobrando enormes cantidades de grasiento dinero, que guardaban en unas carteras tan abultadas que, cuando estaban en el bolsillo, sacarlas casi costaba una apoplejía y una vez fuera causaba espasmos volver a meterlas. También estaban las mujeres de los granjeros con sus cofias de piel de castor y sus capas rojas, a lomos de caballos greñudos y purgados de todas las pasiones terrenales que iban a todas partes sin preguntar y que, si se lo hubiesen pedido, se habrían quedado totalmente inmóviles en una cacharrería sin romper nada. Además había muchos perros, muy interesados por el estado del mercado y los negocios de sus amos; y una gran confusión de lenguas, tanto humanas como de animales.

El señor Pinch contempló con gran placer todo lo que había expuesto a la venta, y se quedó muy impresionado con la cuchillería ambulante, que le pareció de gran calidad, hasta el punto de que compró un cortaplumas con siete hojas y (tal como descubrió después) ni una sola cuchilla. Después de agotar el mercado y cuando los granjeros se fueron a comer, regresó para preguntar por el caballo. Se aseguró de que comía lo suficiente y salió de nuevo, dispuesto a vagar por la ciudad y a contemplar los escaparates de las tiendas, aunque antes se paró a mirar el banco, se preguntó en qué dirección se extenderían bajo tierra los túneles donde guardaban el dinero y se volvió al ver pasar a un par de jóvenes, que sabía que trabajaban de pasantes y que tenían una especie de brillo temible en la mirada como el de quien ha visto un par de cosas y las calla con gesto tremebundo.

Y las tiendas... En primer lugar, estaban las joyerías, con todos los tesoros de la tierra expuestos en su interior y unos relojes de plata tan enormes colgados en las vitrinas que si no eran de primera calidad no sería por falta de sitio para meter el mecanismo. Lo cierto es que eran bastante grandes y, como suele decirse, lo bastante feos para ser muy precisos; no obstante, al señor Pinch le parecieron más pequeños que los de Ginebra, y cuando vio un reloj muy abultado del que se decía que era de repetición y estaba dotado con la rara capacidad de anunciar cada cuarto de hora en el bolsillo de su feliz propietario, casi deseó ser lo bastante rico para comprarlo.

Pero ¿qué eran el oro y la plata, las piedras preciosas y los mecanismos de relojería comparados con las librerías de las que salía el agradable aroma del papel recién prensado, que despertó el recuerdo de una gramática que había tenido en la escuela, hacía mucho tiempo, con las palabras «Señor Pinch, Academia Grove House» escritas con impecable caligrafía en las guardas? Y ese olorcillo a cuero de Rusia, y todas esas hileras e hileras de volúmenes, pulcramente ordenados, ¡cuánta felicidad evocaban! ¡En el escaparate estaban las obras nuevas llegadas de Londres, con la portada y a veces incluso la primera página del primer capítulo abiertas, para tentar a los incautos a empezar a leer el libro y luego, ante la imposibilidad de pasar la página, entrar

ciegamente a comprarlo! También había delicados frontispicios y elegantes viñetas apuntando, como los postes de carretera de las afueras de las grandes ciudades, al variado surtido de incidentes del interior; y decenas de libros con serios retratos y nombres honrados por el tiempo, cuyas páginas conocía muy bien y que habría dado cualquier cosa por tener, en cualquier forma, en el estrecho estante al lado de su cama en casa del señor Pecksniff. ¡Qué tienda tan conmovedora!

Había otra; no tan interesante al principio, pero capaz de poner a prueba a cualquiera, en la que vendían libros para niños, y donde el pobre Robinson Crusoe aparecía solo, con su perro y su hacha, un sombrero de piel de cabra y varios fusiles: observando con calma a Philip Quarll<sup>[20]</sup> y a la hueste de imitadores que le rodeaban, y pidiéndole al señor Pinch que diera fe de que de toda aquella turbamulta era él quien dejaba una huella solitaria en la orilla del recuerdo infantil, de donde las pisadas de las generaciones posteriores no moverían ni un solo grano de arena. Y los *Cuentos persas*<sup>[21]</sup>, con sus cofres voladores y sus estudiosos de libros encantados encerrados durante años en cavernas; y también estaba Abudah, el mercader, con la horrible vieja asomando del baúl de su habitación<sup>[22]</sup>; y el poderoso talismán —las raras *Mil y una noches*— con Cassim Baba<sup>[23]</sup> descuartizado, como el fantasma de una suma espantosa, y colgando ensangrentado en la cueva de los ladrones. Maravillas inigualables que acudieron a la memoria del señor Pinch y frotaron la lámpara maravillosa que había en su interior de tal manera que, cuando se volvió hacia la ajetreada calle, le esperaba una muchedumbre de fantasmas y vivió una vez más, con renovado deleite, los días felices antes de la era Pecksniff.

Las boticas no le interesaron tanto, con sus frascos relucientes (y sus tapones aún más relucientes), y su agradable equilibrio entre la medicina y la perfumería, en forma de deliciosas pastillas y miel virgen. Tampoco manifestó mucho interés (nunca lo había tenido) por las sastrerías, donde colgaban los nuevos estampados metropolitanos para los chalecos, que por alguna extraña transformación siempre parecían maravillosos allí y nunca destacaban igual en ningún otro sitio. Pero se detuvo a leer los carteles del teatro, y contempló la puerta de entrada con una especie de temor, que no disminuyó cuando salió un caballero de tez cetrina con el pelo largo y le pidió a un muchacho que corriera a su apartamento y le trajera su espada. El señor Pinch se quedó allí clavado al oírlo y podía haberse quedado hasta después de anochecer, pero la vieja campana de la catedral empezó a anunciar el servicio de vísperas, y se obligó a sí mismo a marcharse.

Pues bien, el ayudante del organista era amigo del señor Pinch, lo cual era bueno, porque también él era un hombre amable y tranquilo, y había sido, como él, una especie de niño-viejo en el colegio, aunque los alumnos más ruidosos también lo apreciaban. Quiso la buena suerte (Tom siempre decía que tenía muy buena suerte) que esa tarde el ayudante tuviera que trabajar y que en la polvorienta galería del órgano no estuviese más que Tom, de modo que mientras tocaba, Tom le ayudó

con los registros; y por fin, cuando estaba a punto de terminar la misa, el propio Tom se sentó al órgano. Estaba anocheciendo, y la luz amarillenta que se colaba por las antiguas vidrieras del coro se mezclaba con un rojo turbio. Cuando los majestuosos tonos resonaron en la iglesia, Tom tuvo la sensación de que encontraban tanto eco en la profundidad de las tumbas como en el profundo misterio de su propio corazón. Grandes pensamientos y esperanzas se agolparon en su alma mientras la música flotaba en el aire, y no obstante siguieron mezclándose —un poco más serias y solemnes en su propósito— con las imágenes de ese día, incluso con los más leves recuerdos de infancia. La sensación que despertaba la música, mientras se prolongaba, parecía incluir toda su vida y su ser; y a medida que las realidades de piedra, cristal y madera que lo rodeaban se fueron desdibujando en la oscuridad, esas visiones se volvieron tan luminosas que Tom habría olvidado al nuevo alumno y a su expectante maestro y se habría quedado allí dando rienda suelta a su agradecido corazón hasta pasada la medianoche, de no haber sido por un anciano y muy terrenal sacristán que insistió en cerrar con llave la catedral. Así pues, se despidió de su amigo, dándole las gracias, salió a tientas como pudo hasta la calle iluminada por las farolas y fue corriendo a cenar.

A estas alturas todos los granjeros estaban de camino a casa, no había nadie en el salón de la taberna donde había dejado el caballo; así que pidió que le acercaran una mesita al fuego y empezó a dar cuenta de un filete bien hecho y unas humeantes patatas asadas, apreciando mucho su excelencia y disfrutándolas intensamente. Al lado había además una jarra de estupenda cerveza de Wiltshire; y el efecto del conjunto fue tan trascendente que de vez en cuando tuvo que dejar el cuchillo y el tenedor, frotarse las manos y pararse a pensarlo. Cuando llegaron el queso y el apio, el señor Pinch había sacado un libro del bolsillo y se permitió hacer melindres a aquellos manjares; comiendo un poco, bebiendo otro poco, leyendo un rato y deteniéndose de vez en cuando a pensar en qué clase de joven sería el nuevo alumno. Había dejado de pensar en eso y volvía a estar concentrado en su libro, cuando se abrió la puerta y entró otro huésped, llevando consigo tanto aire frío que al principio pareció que había apagado el fuego de la chimenea.

—Hace una noche muy fría, señor —dijo el recién llegado, agradeciendo con cortesía que el señor Pinch apartara su mesita para dejarle sitio—. No se moleste, se lo ruego. —Aunque lo dijo con mucha consideración por la comodidad del señor Pinch, arrastró uno de los grandes sillones de asiento de cuero, lo puso enfrente mismo del hogar y se sentó delante del fuego con un pie a cada lado de la rejilla—. Casi no noto los pies. ¡Hace un frío espantoso, desde luego!

—Deduzco que ha pasado un tiempo considerable a la intemperie —dijo el señor Pinch.

—Todo el día. Y también he viajado fuera en un carruaje.

«Por eso ha enfriado así la sala —pensó el señor Pinch—. ¡Pobre hombre! ¡Debe de estar aterido!»

El desconocido también se quedó pensativo, y estuvo cinco o diez minutos contemplando el fuego en silencio. Por fin se levantó, se quitó el chal y el sobretodo, que (a diferencia del que llevaba el señor Pinch) era grueso y abrigado; pero no se volvió más locuaz sin el sobretodo que con él, pues continuó sentado en el mismo sitio y con la misma actitud, se recostó en el asiento y empezó a morderse las uñas. Era joven —tal vez unos veintiuno— y apuesto, con ojos profundos negros y una vivacidad en la mirada y en la manera de moverse que obligó a Tom a reparar en lo mucho que contrastaba con su propia manera de ser, por lo que se sintió aún más tímido que de costumbre.

Había un reloj en la sala y el desconocido se volvía a menudo para mirarlo. Tom también lo miraba con frecuencia, en parte por simpatía nerviosa con su taciturno compañero y en parte porque el nuevo alumno tenía que preguntar por él a las seis y media y las manecillas se estaban acercando a esa hora. Cada vez que el desconocido lo sorprendía mirando el reloj, Tom sentía que le embargaba una especie de confusión, como si lo hubiesen descubierto haciendo algo malo; y fue la percepción de ese desasosiego lo que impulsó al joven a decir, tal vez con una sonrisa:

—Los dos parecemos muy interesados en saber la hora. Lo cierto es que me he citado aquí con un caballero.

—Yo también —dijo el señor Pinch.

—A las seis y media —dijo el desconocido.

—A las seis y media —dijo el señor Pinch casi al instante, lo que hizo que el joven lo mirase un tanto sorprendido—. El joven caballero a quien estoy esperando —observó con timidez— tenía que preguntar a esa hora por una persona llamada Pinch.

—¡Vaya, hombre! —gritó el desconocido levantándose de un salto—. Y ¡yo que lo he apartado del fuego! No tenía ni idea de que fuese usted el señor Pinch. Soy el Martin por quien debía usted preguntar. Le ruego que me excuse. ¿Cómo está usted? ¡Por favor, acérquese al fuego, se lo ruego!

—Gracias —dijo Tom—, gracias, no tengo frío y usted sí, y todavía tenemos un frío viaje por delante. Si usted quiere. Me... me alegro mucho —dijo Tom sonriendo con una franqueza avergonzada que era típica de él, y que era una confesión tan llana de sus propias imperfecciones y una llamada a la bondad de la persona a la que se dirigía como si hubiese escrito: «Me alegro de que haya resultado ser usted la persona a la que esperaba. No hace ni un minuto que había pensado que me gustaría que lo fuese».

—Me alegro de oírlo —respondió Martin, estrechándole otra vez la mano—. Le aseguro que estaba pensando que ojalá tuviese la suerte de que el señor Pinch resultase ser un hombre como usted.

—¡No! —dijo Tom muy complacido—. ¿Lo dice en serio?

—Palabra que sí —replicó su nuevo conocido—. Sé que usted y yo vamos a llevarnos muy bien; lo cual es un gran alivio para mí, pues, para serle sincero, no soy de esas personas que se llevan bien con cualquiera, y eso era lo que más dudas me inspiraba. Pero ahora ya casi se han disipado. Hágame el favor de tocar la campanilla, ¿quiere? —El señor Pinch se puso en pie e hizo lo que le pedía con gran diligencia, aunque el cordel estaba justo encima de la cabeza de Martin, y escuchó con gran diligencia lo que siguió diciéndole su amigo—: Si le gusta el ponche, permita que pida un vaso para cada uno, lo más caliente posible, para empezar nuestra amistad de una manera apropiada. Le confiaré un secreto, señor Pinch, nunca en mi vida he necesitado tanto algo caliente y que me anime un poco; pero no quería correr el riesgo de que me encontrara bebiéndolo sin saber qué clase de persona era usted; ya sabe usted que las primeras impresiones a menudo llegan lejos y son duraderas.

El señor Pinch aceptó y pidieron el ponche. Al cabo de un rato se lo sirvieron caliente y cargado. Después de beber cada uno a la salud del otro la humeante mezcla, se hicieron algunas confidencias.

—No sé si sabe que soy una especie de pariente de los Pecksniff —dijo el joven.

—¿De verdad? —exclamó el señor Pinch.

—Sí. Mi abuelo es primo suyo, así que en cierto sentido somos parientes y amigos, si es que eso tiene sentido. Para mí no lo tiene.

—¿Entonces Martin es su nombre de pila? —dijo pensativo el señor Pinch—. ¡Ah!

—Pues claro —respondió su amigo—. Ojalá fuese mi apellido, porque el mío no es muy bonito y firmar me cuesta mucho trabajo. Me llamo Chuzzlewit.

—¡Dios mío! —gritó el señor Pinch con un involuntario respingo.

—No le habrá sorprendido que tenga nombre y apellido, ¿no? —replicó el joven—. La mayoría de la gente los tiene.

—¡Oh, no! —dijo el señor Pinch—, qué va. ¡Oh, no! —Y, al recordar que el señor Pecksniff le había advertido en privado de que no dijese nada a propósito del anciano caballero del mismo nombre que se había alojado en el Dragón, y que guardara para sí cualquier alusión a dicha persona,

no se le ocurrió mejor manera de disimular su azoramiento que llevarse el vaso a la boca. Los dos se miraron unos segundos por encima del borde del vaso y luego los vaciaron—. Hace diez minutos que he avisado en el establo de que tuviesen todo preparado —dijo el señor Pinch, volviendo a mirar el reloj—. ¿Nos vamos?

—Cuando guste —replicó el joven.

—¿Preferiría conducir usted? —preguntó el señor Pinch, con el rostro radiante por lo espléndido de su ofrecimiento—. Puede hacerlo si quiere.

—Bueno, eso depende, señor Pinch —dijo Martin riendo—, de cómo sea el caballo. Porque, si es malo, preferiría llevar las manos cómodamente metidas en los bolsillos del sobretodo.

Tan seguro pareció de que era un chiste muy bueno que el señor Pinch se dijo que debía serlo. Así que se rió y se convenció de que le había parecido graciosísimo. Luego pagó la cuenta y el señor Chuzzlewit pagó el ponche; y después de abrigarse, cada cual según sus medios, salieron a la puerta principal, donde la posesión del señor Pecksniff bloqueaba el paso.

—No conduciré, gracias, señor Pinch —dijo Martin, instalándose en el sitio del acompañante—. A propósito, he traído conmigo un baúl. ¿Podríamos subirlo?

—Desde luego —dijo Tom—. ¡Súbelo, Dick, en cualquier parte!

No era precisamente de un tamaño apropiado para meterlo en cualquier rincón, pero Dick, el mozo de cuadra, se las arregló para subirlo ayudado por el señor Chuzzlewit. Quedó del lado del señor Pinch, y el señor Chuzzlewit dijo que se temía que pudiera molestarle; a lo cual Tom respondió: «Ni mucho menos», aunque lo obligaba a estar en una postura tan incómoda que le costaba ver cualquier cosa que no fuesen sus rodillas. Pero el viento que no sopla para bien de nadie es un mal viento; y la sabiduría del dicho quedó demostrada en este caso, pues el aire frío llegaba del lado del señor Pinch, y, al interponer entre él y el



nuevo alumno la pared del baúl y su propio cuerpo, protegió eficazmente a dicho joven, lo cual resultó un gran consuelo.

Hacía una noche despejada con una luna brillante. El paisaje estaba plateado por su luz y por la escarcha; y todo parecía tener una belleza exquisita. Al principio, la gran serenidad y paz en que viajaban les predispuso a guardar silencio; pero al cabo de muy poco tiempo el ponche que habían bebido y aquel aire tan salutarífico los volvió locuaces y hablaron sin parar. Cuando llegaron a mitad de camino y se detuvieron a dar de beber al caballo, Martin (que era muy generoso con su dinero) pidió otro vaso de ponche, que bebieron entre los dos, y que no tuvo el efecto de volverlos menos elocuentes. El principal asunto de su conversación fueron, como es natural, el señor Pecksniff y su familia; de quienes, y de los muchos favores que le habían hecho, Tom Pinch, con lágrimas en los ojos, pintó tal cuadro que cualquiera se habría sentido inclinado casi a reverenciarlos; y de lo cual el señor Pecksniff no tenía la menor idea, pues de otro modo (siendo como era tan humilde) no habría enviado a Tom Pinch a buscar a su nuevo alumno. Así anduvieron y anduvieron —como se dice en los libros de cuentos— hasta que las luces del pueblo aparecieron delante de ellos, y el campanario de la iglesia arrojó una larga sombra sobre la hierba del cementerio, como si fuese un gnomon (¡ay, el más fiable del mundo!) que señalara, con la luz del cielo, el transcurrir de los días, las semanas y los años, con una sombra nueva sobre aquel terreno solemne.

—¡Bonita iglesia! —dijo Martin, al notar que su compañero aminoraba el paso del caballo al acercarse.

—¿A que sí? —exclamó Tom, con gran orgullo—. Tiene el órgano más dulce que haya oído jamás. Yo lo toco para ellos.

—¿De verdad? —preguntó Martin—. No sé si el esfuerzo merece la pena. ¿Qué saca con eso?

—Nada —respondió Tom.

—¡Vaya —replicó su amigo—, es usted un tipo muy raro!

Un breve silencio siguió a aquella observación.

—Cuando digo nada —observó alegremente el señor Pinch—, me equivoco y no digo lo que pienso, porque me dispensa un gran placer y la oportunidad de pasar algunas de las horas más felices que conozco. El otro día, gracias a eso... pero supongo que no le interesará.

—¡Oh, sí, claro que me interesa! ¿Qué?

—Gracias a eso pude contemplar —dijo Tom, en voz más baja— uno de los rostros más bellos y encantadores que pueda usted imaginar.

—Y eso que soy capaz de imaginar uno muy bello —dijo pensativo su amigo— o debería serlo, mientras me quede algo de memoria.

—La primera vez —continuó Tom poniéndole la mano en el brazo— se presentó muy temprano por la mañana, cuando apenas había despuntado el día; y cuando la vi, por encima del hombro, allí justo en la puerta, me quedé helado y casi pensé que era un fantasma. Por suerte me bastó con reflexionar un poco para desengañarme y no dejé de tocar.

—¿Por qué por suerte?

—¿Que por qué? Pues porque ella se quedó ahí en la puerta, escuchando. Yo llevaba puestas las gafas y la vi por las rendijas de la cortina con tanta claridad como lo veo a usted; y era bellísima. Al cabo de un rato se marchó y yo seguí tocando hasta que estuvo demasiado lejos para oír la música.

—¿Por qué?

—¿No lo entiende? —respondió Tom—. Para que pensase que no la había visto y pudiera volver.

—Y ¿lo hizo?

—Desde luego. A la mañana siguiente y también por la tarde; pero siempre cuando no había nadie, y siempre sola. Me levanté más temprano y me quedé hasta más tarde, para que siempre que fuese encontrara la puerta de la iglesia abierta y oyese el órgano y no se decepcionara. Fue varios días y siempre se paraba a escuchar. Pero ahora se ha ido, y de todas las cosas improbables de este mundo, tal vez la más improbable es que vuelva a contemplar su rostro algún día.

—¿No sabe nada más de ella?

—No.

—Y ¿nunca la siguió, cuando se marchó?

—¿Por qué iba a turbarla haciendo algo así? —dijo Tom Pinch—. ¿Le parece probable que deseara disfrutar de mi compañía? Fue allí para oír el órgano, no para verme a mí; y ¿querría usted que la hubiese hecho huir, asustada, de un sitio que parecía gustarle tanto? ¡Bendita sea! —exclamó—, con tal de procurarle un minuto de placer al día, yo habría seguido tocando el órgano a esas mismas horas hasta que fuese un anciano; me habría contentado con que ella pensara a veces que un pobre hombre como yo formaba parte de la música y para mí habría sido sobrada recompensa que me relacionara con algo que le gustaba tanto.

Era evidente que el nuevo alumno estaba pasmado ante la debilidad del señor Pinch, y probablemente se lo habría hecho saber, y le habría dado algún buen consejo, de no haber sido por su oportuna llegada a la puerta del señor Pecksniff: en esta ocasión la puerta principal, dado que la ocasión requería cierto ceremonial y regocijo. El mismo hombre a quien el señor Pinch había advertido de que no cediese a su impetuoso deseo de partir esperaba para recibir al caballo; y, después de dejar el animal a su cuidado, y de implorarle al señor Chuzzlewit con un susurro que jamás revelase ni una palabra de lo que acababa de contarle de todo corazón, Tom llevó al alumno dentro para presentarlo cuanto antes.

Quedó claro que el señor Pecksniff no los esperaba hasta varias horas más tarde, pues estaba rodeado de libros abiertos e iba de un volumen a otro, con un lápiz en la boca, un par de compases en la mano y una gran cantidad de diagramas matemáticos, de formas tan extraordinarias que parecían representar unos fuegos artificiales. Tampoco los esperaba la señorita Charity, pues estaba ocupada, detrás de una enorme cesta de mimbre, tejiendo imposibles gorros de dormir para los pobres. Y tampoco los esperaba la señorita Mercy, pues se hallaba sentada en su taburete, poniéndole, oh, Dios mío, unas enaguas a una enorme muñeca a la que estaba vistiendo para la hija de un vecino: en realidad era una muñeca bastante crecida, lo que volvía la situación aún más embarazosa, y había atado la cofia con una cinta a uno de sus rizos rubios, para no perderla o sentarse encima. Sería difícil, si no imposible, imaginar una familia tan completamente sorprendida como los Pecksniff en aquella ocasión.

—¡Por mi vida! —dijo el señor Pecksniff, alzando la vista y sustituyendo poco a poco su expresión abstraída por otra de alegre reconocimiento—. ¡Ya estás aquí! ¡Martin, mi querido muchacho, no sabes cuánto me alegra darte la bienvenida a mi humilde casa! —Con aquel amable saludo, el señor Pecksniff lo abrazó y le dio varias palmadas en la espalda con la mano derecha, como para darle a entender que sus sentimientos eran excesivos para expresarlos con palabras—. Pero aquí —dijo recuperándose— están mis hijas, Martin; mis dos únicos retoños, a quienes (si es que llegaste a conocerlas) no habías vuelto a ver, ¡ay, estas tristes disensiones familiares!, desde que erais unos niños. No, hijas mías, ¿por qué ruborizarse por que os hayan sorprendido en vuestros quehaceres cotidianos? Nuestra intención era recibirte como a un invitado, Martin, en nuestro modesto cuarto de estar —dijo con una sonrisa el señor Pecksniff—, pero prefiero que haya sido así... ¡prefiero que haya sido así!

¡Oh bendita estrella de la Inocencia!, dondequiera que te encuentres, ¡cómo brillaste en tu mansión etérea, cuando las dos señoritas Pecksniff extendieron sus manos de lirio y se la dieron a Martin con las mejillas arreboladas! ¡Cómo parpadeaste, igual que si aletearas con simpatía, cuando Mercy, al recordar la cofia que le colgaba del pelo, apartó su

hermoso rostro y volvió la cabeza, mientras su hermana se la arrancaba y le daba un golpecito con fraternal reproche en el hombro rollizo!

—Y ¿qué tal te ha tratado nuestro amigo, Martin? —preguntó el señor Pecksniff, volviéndose después de contemplar aquellos intercambios.

—Muy bien, señor, le aseguro que nos llevamos de maravilla.

—¡El bueno de Tom Pinch! —dijo el señor Pecksniff, mirándolo con una tristeza afectuosa—. ¡Parece que fue ayer cuando Thomas era un niño recién llegado de la escuela! Pero ¡me temo que han pasado muchos años desde que Thomas Pinch y yo anduvimos juntos por el mundo por primera vez! —El señor Pinch no supo qué decir. Estaba demasiado conmovido. Pero apretó la mano de su maestro e intentó expresarle su agradecimiento—. Y ¡Thomas Pinch y yo —continuó el señor Pecksniff en un tono más profundo— seguiremos recorriéndolo y profesándonos lealtad y amistad! Y, ¡si llegase a suceder que a alguno de los dos nos atropellasen en uno de esos cruces tan ajetreados que dividen las calles de la vida, el otro lo llevará al hospital con esperanza y se sentará junto a su lecho como recompensa! ¡Bueno, bueno, bueno! —añadió en tono más alegre, mientras le apretaba con fuerza el codo al señor Pinch—. ¡Ya es suficiente! Martin, mi querido amigo, deja que te enseñe cómo y dónde vivimos para que puedas sentirte como en casa entre estas cuatro paredes. ¡Vamos! —Y, con estas palabras, cogiendo una vela encendida, y, acompañado por su joven pariente, se dispuso a salir de la habitación. Al llegar a la puerta, se detuvo—. ¿Nos acompaña, Tom Pinch?

Pues ¡claro que sí, Tom Pinch lo habría seguido alegremente, aunque hubiese sido a la muerte, encantado de dar su vida por un hombre como él!

—Este —dijo el señor Pecksniff, abriendo la puerta de un salón que había enfrente— es el modesto cuarto de estar del que te he hablado antes. ¡Mis hijas están orgullosísimas de él, Martin! Este —añadió abriendo otra puerta— es el estudio en el que he concebido (cosas sin importancia en el mejor de los casos) mis obras. Un retrato que me pintó Spiller. Un busto de Spoker. Dicen que este último guarda un gran parecido. Yo mismo creo reconocer algo en la parte izquierda de la nariz.

Martin opinó que el parecido era notable aunque no muy intelectual. El señor Pecksniff observó que ya se lo habían dicho en otras ocasiones. Era extraordinario que también lo hubiese notado su joven pariente. Se alegraba de ver que tenía buen ojo para el arte.

—¡Muchos libros, como verás —dijo el señor Pecksniff, haciendo un gesto en dirección a la pared—, relacionados con nuestro propósito! Yo mismo he escrito algunas cosas, pero todavía no las he publicado. Cuidado con las escaleras. Este —dijo abriendo otra puerta— es mi despacho. Es donde vengo a leer cuando mi familia cree que me he retirado a descansar. A veces perjudico mi salud más de lo justificable,

pero el arte es largo y la vida breve. Ya ves que aquí también hay con qué hacer esbozos. —Esas últimas palabras las corroboró señalando a una mesita sobre la que había una lámpara, varias hojas de papel, un trozo de caucho y una caja de utensilios preparados por si al señor Pecksniff se le ocurría alguna idea arquitectónica en mitad de la noche, en cuyo caso podía levantarse en el acto de la cama y plasmarla para siempre. Abrió luego otra puerta en el mismo piso y volvió a cerrarla enseguida como si fuese una habitación azul<sup>[24]</sup>. Pero antes de cerrarla del todo, sonrió y dijo—: ¿Por qué no? —Martin no supo decirlo, porque no tenía ni idea de qué se trataba. Así que el señor Pecksniff respondió abriendo la puerta de par en par y añadiendo—: la habitación de mis hijas. Para nosotros la humilde primera planta pero para ellas un emparrado. Muy pulcro. Muy aireado. Ya ves que hay plantas: jacintos; y libros; y pájaros. —Los pájaros, dicho sea de paso, se reducían a un viejo y tambaleante gorrión sin cola, que habían subido a propósito de la cocina—. Los pequeños detalles que tanto gustan a las mujeres. Nada más. Quienes busquen inanes esplendores los buscarán aquí en vano. —Y, con estas palabras, los acompañó al piso de arriba—. Esta —dijo el señor Pecksniff abriendo de par en par la puerta de la sala memorable del segundo piso— es una estancia donde, a mi entender, se ha perfeccionado bastante talento. Aquí se me ocurrió una idea para un campanario que algún día tal vez dé a conocer al mundo. Aquí es donde trabajamos, mi querido Martin. Bastantes arquitectos han salido de esta sala, muchos, diría yo, ¿verdad, señor Pinch? —Tom asintió con la cabeza; y lo que es más, lo creyó—. Ahí puedes ver —dijo el señor Pecksniff, pasando la vela a toda prisa de un rollo de papel a otro— algunas muestras de nuestra labor. La catedral de Salisbury desde el norte. Desde el sur. Desde el este. Desde el oeste. Desde el sureste. Desde el noroeste. Un puente. Un hospicio. Una cárcel. Una iglesia. Un almacén de pólvora. Una bodega. Un pórtico. Un cenador. Una casa de hielo. Planos, alzados, secciones, de todo. Y esta —añadió al llegar a otra gran habitación en el mismo piso con cuatro camas pequeñas— es tu habitación, que compartirás con el taciturno señor Pinch. Orientación sur; una vista encantadora; habrás visto ya la pequeña biblioteca del señor Pinch; todo muy agradable y decoroso. Si hay alguna otra comodidad que desees tener en cualquier momento, te ruego que lo digas. Ni con los desconocidos, ni por supuesto contigo, mi querido Martin, hay restricción alguna en ese particular. —Era sin duda cierto, y puede afirmarse aquí, a modo de confirmación de las palabras del señor Pecksniff, que todos los alumnos tenían permiso para decir lo que se les antojase sobre el particular. Había jóvenes que se habían pasado hasta cinco años diciendo lo mismo sin que nadie se lo impidiera—. El servicio doméstico —añadió— duerme arriba, y ya está.

Tras lo cual, mientras escuchaba complacido los encomios de su joven amigo sobre lo bien que estaba dispuesto todo, volvió a acompañarlos al cuarto de estar. Allí se había obrado un gran cambio, pues se habían completado ya los preparativos a gran escala para la celebración, y las dos señoritas Pecksniff esperaban con gesto hospitalario su regreso. Había dos botellas de vino de arándanos, blanco y tinto; una bandeja de sándwiches (finos y alargados); otra de manzanas; otra de galletitas

muy delgadas (que siempre son una comida blanda y alegre); una bandeja de naranjas cortadas en trozos muy pequeños, y espolvoreadas con azúcar; y un pastel casero muy geológico. La magnitud de tales preparativos dejó a Tom Pinch casi sin aliento, pues, aunque por lo general a los nuevos alumnos se les iba desengañando, por así decirlo, poco a poco, sobre todo en lo que al vino se refiere, en vista de que declinaba en tantas etapas sucesivas que a veces un joven caballero tardaba quince días en llegar a la fuente, aquello seguía siendo un festín, una especie de celebración del lord Mayor<sup>[25]</sup>, pero privada, algo sobre lo que pensar y reflexionar. El señor Pecksniff animó a todos a dar cuenta de aquel banquete, del que, aparte de sus méritos intrínsecos, hay que decir que estaba con concordancia con la noche que era fresca y ligera.

—Martin —dijo— se sentará entre vosotras dos, hijas mías, y el señor Pinch se sentará a mi lado. ¡Bebamos a la salud de nuestro nuevo huésped, ojalá seamos felices juntos! ¡Martin, mi querido amigo, a tu salud! Señor Pinch, si no se acaba la botella me enfadaré. —Y procurando, para no herir los sentimientos de los demás, disimular que el vino estaba ácido y le hacía guiñar los ojos, el señor Pecksniff hizo honor a su propio brindis—. Esto —dijo, en alusión a la fiesta y no al vino— le compensa a uno de tantos desengaños y vejaciones. Alegrémonos. —Cogió una galletita—. Desdichado corazón el que nunca se alegra, ¿acaso son desdichados nuestros corazones? ¡No!

Y, con semejante estímulo para la alegría, pasó el tiempo e hizo los honores de la mesa, mientras el señor Pinch, tal vez para asegurarse de que lo que veía y oía era real, y no un sueño, comió de todo, y en particular los finos sándwiches, con un apetito sorprendente. Tampoco escatimó el vino, sino que, por el contrario, recordó el discurso del señor Pecksniff y atacó la botella con tal energía que, cada vez que se llenaba la copa, la señorita Charity, a pesar de su amable resolución, no pudo reprimir una mirada fija y glacial, como si estuviera viendo un fantasma. El señor Pecksniff también se puso pensativo en esos momentos, por no decir melancólico; pero, como conocía la calidad de la añada, es muy posible que estuviese especulando sobre el probable estado del señor Pinch al día siguiente y considerando para sus adentros los mejores remedios para un cólico. Martin y las dos jóvenes señoritas se habían hecho ya excelentes amigos y comparaban los recuerdos de su infancia para mutua diversión y regocijo. La señorita Mercy se rió mucho de todo lo que decían; y a veces, al mirar el rostro complacido del señor Pinch, la acometieron tales ataques de risa que la llevaron al borde mismo de la histeria. Pero su hermana, que tenía más sentido común, le reprochó semejantes demostraciones de alegría, y observó con un airado susurro que no era cosa de risa, y que esa criatura había acabado con su paciencia; aunque por lo general terminaba riéndose también, aunque de forma más moderada, y admitiendo que era demasiado ridículo e intolerable ponerse serio. Por fin llegó el momento de recordar la primera frase del gran descubrimiento hecho por el antiguo filósofo para garantizar la salud, la riqueza y la sabiduría<sup>[26]</sup>; y cuya infalibilidad ha quedado demostrada a lo largo de las generaciones

por las enormes fortunas amasadas por los deshollinadores y otras personas que se levantan y acuestan temprano. Las jóvenes señoritas se levantaron por tanto de la mesa, se despidieron con mucha dulzura del señor Chuzzlewit, con mucha consideración de su padre y con mucha condescendencia del señor Pecksniff y se retiraron a su emparrado. El señor Pecksniff insistió en acompañar arriba a su joven amigo, para comprobar personalmente que estaba cómodo; y, cogiéndolo del brazo, volvió a llevarlo a su habitación, seguido del señor Pinch, que llevaba la luz.

—Señor Pinch —dijo, sentándose con los brazos cruzados en una de las camas vacías—, no veo ningún matacandelas. ¿Me haría el favor de bajar a pedir un par? —El señor Pinch, encantado de ser de utilidad, se marchó a toda prisa—. Tendrás que disculpar la falta de refinamiento del señor Pinch, Martin —dijo el señor Pecksniff con una sonrisa compasiva y paternalista, en cuanto salió de la habitación—. Su intención es buena.

—Es muy buena persona, señor.

—¡Oh, sí! —coincidió el señor Pecksniff—. Sí. Thomas Pinch tiene muy buenas intenciones. Es muy agradecido. Nunca me he arrepentido de su amistad.

—Me atrevo a decir que no lo haré, señor.

—No —dijo el señor Pecksniff—. No, espero que no. Pobre hombre, siempre está dispuesto a esforzarse; pero no tiene talento. Será útil para ti, Martin. Si Thomas tiene un defecto es que a veces olvida cuál es su sitio. Pero es fácil recordárselo. ¡Pobre hombre! Comprobarás que es fácil de manejar. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor.

Para entonces, el señor Pinch había vuelto con los matacandelas.

—Y buenas noches también a usted, señor Pinch —dijo Pecksniff—. Que duerman bien. ¡Dios los bendiga! ¡Dios los bendiga!

Invocando con gran fervor esa bendición sobre la cabeza de sus jóvenes amigos, se retiró a su cuarto; mientras ellos, cansados, caían dormidos casi enseguida. Si Martin soñó alguna cosa, la clave de sus visiones tal vez pueda encontrarse en las páginas de esta historia. Las de Thomas Pinch fueron de días de fiesta, órganos de iglesia y seráficos Pecksniffs. Aún pasó un rato antes de que el señor Pecksniff soñara o apoyase la cabeza en la almohada, pues se quedó dos largas horas sentado delante del fuego en su cuarto, contemplando las brasas y pensando muy concentrado. Pero él también acabó yéndose a dormir y soñó, pues, en las silenciosas horas de la noche, una casa encierra tantas incoherentes e incongruentes fantasías como la cabeza de un loco.

## **Capítulo VI. Que comprende, entre otras importantes cuestiones, pecksniffianas y arquitectónicas, una relación exacta de los progresos hechos por el señor Pinch para ganarse la confianza y la amistad del nuevo alumno**

Era por la mañana, y la hermosa Aurora, de quien tanto se ha escrito, dicho y cantado, pinchó y pellizcó con sus dedos rosados la nariz de la señorita Pecksniff. Era una caprichosa costumbre de la diosa en su relación con la bella Cherry; o, por decirlo de forma más prosaica, la punta de dicho órgano del dulce rostro de la joven siempre estaba muy colorada a la hora del desayuno. Lo cierto es que en ese momento del día parecía rascada y escarchada, como si se la hubiesen raspado, mientras que un fenómeno similar afectaba a su humor, que adquiría entonces una cualidad ácida y amarga, como si alguien hubiera exprimido (en sentido figurado) un limón de más en el néctar de su temperamento y hubiese echado en parte a perder su sabor.

Esa acritud añadida en aquella bella joven tenía, en las ocasiones normales, leves consecuencias como la exagerada dilución del té del señor Pinch, la excesiva reducción de su porción de mantequilla u otros efectos similares. Pero, a la mañana siguiente del banquete de bienvenida, lo dejó vagar libre y sin restricciones entre las bebidas y los comestibles, para total sorpresa y confusión del señor Pinch, que, como el desdichado cautivo que recobró la libertad a una edad avanzada, no sabía qué hacer con tantas larguezas, y se sumió en una especie de agitación ante la falta de una mano amable que le escatimara el pan, le impidiese servirse más de un terrón de azúcar y le dedicase esas otras pequeñas atenciones a las que estaba tan acostumbrado. Había además algo casi espantoso en el dominio de sí mismo que tenía el nuevo alumno, que «incomodaba» al señor Pecksniff para que le pasara el pan y se servía una loncha del beicon personal y particular de dicho caballero con la mayor tranquilidad del mundo. Incluso parecía pensar que estaba haciendo lo normal y contar con que el señor Pinch seguiría su ejemplo, pues aprovechó la ocasión para hacerle notar a este último que «no se había servido nada», una frase tan tremenda que Tom bajó involuntariamente la mirada y se sintió como si él mismo hubiese cometido algún hecho terrible y hubiera traicionado la confianza del señor Pecksniff. De hecho, que le hiciese una observación tan indiscreta en presencia de toda la familia fue una agonía que le amargó el desayuno y, sin más reflexiones, habría bastado para saciar el apetito del señor Pinch aunque hubiese estado más hambriento que nunca.

No obstante, las dos señoritas, y el señor Pecksniff, siguieron de un humor excelente a pesar de tan severas pruebas, como si hubiese una especie de misterioso entendimiento entre ellos. Cuando el desayuno



estaba casi terminado el señor Pecksniff anunció sonriente el motivo por el que estaban tan contentos.

—No sucede a menudo, Martin —dijo—, que mis hijas y yo dejemos nuestro tranquilo hogar en busca de la vertiginosa ronda de placeres que gira ahí fuera. Pero hoy nos disponemos a hacerlo.

—¡De veras, señor! —exclamó el nuevo alumno.

—Sí —respondió el señor Pecksniff, dándose golpecitos en la mano izquierda con una carta que tenía en la derecha—. Me han pedido que viaje a Londres, mi querido Martin, por motivos estrictamente profesionales; y hace mucho tiempo que prometí a mis hijas que, cuando eso volviera a suceder, vendrían conmigo. Partiremos esta noche en la diligencia, como la paloma de otro tiempo, mi querido Martin, y hasta dentro de una semana no volveremos a depositar nuestras ramas de olivo en la entrada. Y cuando digo ramas de olivo —observó a modo de explicación— me refiero a nuestro escaso equipaje.

—Espero que las señoritas disfruten del viaje —dijo Martin.

—¡Oh, seguro que sí! —exclamó Mercy, dando una palmadita—. ¡Ay, Cherry, imagínate, Londres!

—¡Mi vehemente niña! —dijo el señor Pecksniff mirándola con aire soñoliento—. ¡Y no obstante hay cierta melancólica dulzura en esas esperanzas de juventud! Es agradable saber que nunca se materializarán. Recuerdo que yo pensaba, en los días de mi infancia, que las cebollas crecían en los árboles y que los elefantes nacían con un castillo inexpugnable a la espalda<sup>[27]</sup>. Luego he descubierto que no era así, todo lo contrario, pero esas imágenes me han consolado en momentos difíciles. Incluso cuando he sufrido la angustia de descubrir que había criado un avestruz en mi pecho y no un discípulo humano... incluso en esos momentos de agonía, me han servido de consuelo. —Al oír esta terrible alusión a John Westlock, el señor Pinch se atragantó con el té; pues esa misma mañana había recibido carta suya, como el señor Pecksniff sabía muy bien—. Tú te encargarás, mi querido Martin —dijo el señor Pecksniff, recobrando su anterior alegría— de que la casa no desaparezca en nuestra ausencia. Te dejamos a cargo de todo. No hay ningún secreto; todo está abierto y accesible. A diferencia del joven del cuento oriental de quien se dice que era un almanaque tuerto, ¿me equivoco, señor Pinch?

—Creo que era un derviche tuerto, señor —balbució Tom<sup>[28]</sup>.

—Tengo entendido que son casi la misma cosa —dijo el señor Pecksniff con una sonrisa compasiva—. Al menos en mis tiempos lo eran. A diferencia de ese joven, mi querido Martin, tú no tienes prohibida la entrada en ningún rincón de esta casa; por el contrario te pido que te sientas en ella como en tu propio hogar. ¡Alégrate, mi querido Martin, y sacrifica si quieres el ternero cebado! —Sin duda no había objeción a

que el joven sacrificara y se apropiara de cualquier ternero cebado o flaco que encontrase en la casa; pero, como no había ninguno pastando en el hogar del señor Pecksniff, esa petición debía considerarse más un cumplido que una verdadera muestra de hospitalidad. Fue el adorno final de la conversación, pues nada más decirlo el señor Pecksniff se levantó y encabezó la marcha hacia ese vivero de genios arquitectónicos, la sala del segundo piso—. Veamos —dijo rebuscando entre los papeles—, cómo puedes entretenerme en mi ausencia, Martin. Imagina que tuvieses que darme una idea para erigir un monumento para un lord Mayor de Londres; o para la tumba de un alguacil; o para construir una vaquería en las tierras de un aristócrata. ¿Sabes — preguntó entrelazando las manos y mirando a su joven pariente con un aire de meditativo interés— que me gustaría mucho ver qué idea tienes tú de una vaquería? —Sin embargo, a Martin no pareció gustarle nada la idea—. Una fuente —dijo el señor Pecksniff— es una práctica muy sencilla. He descubierto que una farola está calculada para refinar el espíritu y darle una tendencia clásica. Una barrera de portazgo ornamental ejerce un notable efecto sobre la imaginación. ¿Qué te parecería empezar con una barrera ornamental?

—Como usted quiera, señor Pecksniff —dijo dubitativo Martin.

—¡Espera! —dijo el caballero—. Vamos, como eres ambicioso y un buen dibujante, pondrás a prueba tu mano, ¡ja, ja, ja!, con estas propuestas para una escuela, ajustando los planos, claro, a los detalles impresos. Palabra —dijo alegremente el señor Pecksniff— que tengo curiosidad por ver qué se te ocurre para la escuela. Quién sabe si un joven con tu gusto no podría idear algo irrealizable e improbable en sí mismo, a lo que yo podría dar forma. Pues lo cierto, mi querido Martin, es que es en los toques finales en lo que se notan el estudio y la experiencia en estos asuntos. ¡Ja, ja, ja! Desde luego —continuó con su extraño sentido del humor dándole una palmada a su joven amigo en la espalda— me divertirá ver qué haces con la escuela.

Martin aceptó enseguida el encargo, y el señor Pecksniff procedió a confiarle los materiales necesarios para su ejecución, y se extendió sobre el efecto mágico de unos cuantos retoques finales de la mano de un maestro, que, desde luego, como decían algunos (¡una vez más esos viejos enemigos!) era sin duda sorprendente y casi milagroso; pues se conocían casos en los que la magistral adición de una ventana, una puerta, media docena de escalones, o incluso un grifo, había convertido el proyecto de un alumno en una obra del señor Pecksniff, y le había proporcionado considerables beneficios a dicho caballero. Pero en eso consiste la magia del genio, ¡en que transforma en oro todo lo que toca!

—Si tu imaginación necesita distraerse con un cambio de ocupación — dijo el señor Pecksniff—, Thomas Pinch te enseñará a medir el jardín trasero, a calcular la pendiente del camino entre la casa y el poste indicador, o cualquier otra ocupación práctica y entretenida. En el patio trasero hay una carretada de ladrillos y una veintena o dos de macetas viejas. Si pudieras apilarlas, querido Martin, para darles cualquier

forma que me recuerde a mi regreso a, digamos San Pedro en Roma o la mezquita de Santa Sofía en Constantinopla, sería a la vez instructivo para ti y agradable para mí. Y ahora —dijo, a modo de conclusión—, por dejar, de momento, las cuestiones profesionales y hablar de asuntos privados, estaré encantado de seguir charlando contigo en mi habitación, mientras meto las cosas en el baúl.

Martin le acompañó, dejaron sólo al señor Pinch y pasaron una hora o más conferenciando en secreto. Cuando el joven regresó, estaba muy serio y taciturno y siguió así todo el día; de manera que Tom, después de intentar darle conversación una o dos veces, no quiso, por delicadeza, distraerle de sus pensamientos y no dijo nada más.

No habría tenido ocasión de decir mucho ni aunque su nuevo amigo hubiese estado más locuaz, pues primero el señor Pecksniff lo llamó para que se pusiera de pie encima del baúl y adoptase diversas poses de estatua clásica hasta que se aviniera a cerrarse; luego la señorita Charity lo llamó para que atara con una cuerda su propio baúl; luego la señorita Merry lo mandó llamar para que le arreglase el suyo; después escribió todas las etiquetas del equipaje; tras lo cual se ofreció a llevarlo al piso de abajo, y a asegurarse de que lo transportaban de forma segura en un par de carretas hasta el viejo poste indicador al final de la calle; y por fin a cuidar de él hasta que llegase la diligencia. En suma, que habría sido un día de trabajo muy fatigoso para un mozo de cuerda, aunque tanta era su buena fe que a él no le importó y, cuando se sentó sobre el equipaje y se dispuso a esperar a que los Pecksniff, acompañados por el nuevo alumno, salieran a la calle, su corazón se hinchó con la esperanza de haber agradado a su benefactor.

«Casi había llegado a temer —se dijo Tom, sacando una carta del bolsillo y secándose el sudor de la frente, pues estaba acalorado después de tanto ajetreo a pesar de que el día era frío— que no me diera tiempo a escribirla —y habría sido una verdadera lástima, pues el franqueo a un sitio tan lejano no es nada despreciable, cuando no se es rico—. Le alegrará ver mi letra, pobre chica, y saber que Pecksniff sigue siendo tan bueno conmigo como siempre. Le habría pedido a John Westlock que fuese a verla y se lo contara todo de palabra, pero temí que pudiese hablarle mal de Pecksniff y que la preocupara. Además, vive en una casa particular y se habría visto en una situación incómoda si hubiera recibido una visita de un joven como John. ¡Pobre Ruth!»

Por medio minuto, Tom Pinch pareció un poco proclive a dejarse arrastrar por la melancolía, pero muy pronto encontró consuelo y continuó con sus meditaciones: «Soy una buena persona, no quiero, como decía John (John era un tipo alegre y amable, ojalá se hubiese llevado mejor con Pecksniff), entristecerme por la distancia que nos separa, cuando debería alegrarme por mi extraordinaria buena suerte al haber llegado aquí. Estoy seguro de que debí nacer de pie, o nunca habría conocido a Pecksniff. Y, una vez más, ¡he vuelto a tener suerte con el nuevo alumno! Nunca había conocido a un tipo tan afable, generoso y desenvuelto como él. Pero ¡si nos hemos hecho amigos

enseguida, y además es pariente de los Pecksniff, y un joven apuesto e inteligente que podría abrirse paso en la vida con suma facilidad! Y, hablando del rey de Roma... —se dijo Tom— ahí llega, andando como si la calle fuese suya».

Y así era: el nuevo alumno, nada desconcertado por el honor de llevar a la señorita Mercy Pecksniff del brazo, ni por la afectuosa despedida de dicha señorita, se acercó a Pinch, seguido de la señorita Charity y del señor Pecksniff. Como la diligencia apareció justo en ese instante, Tom se apresuró a rogarle a este último caballero que entregase su carta.

—¡Ah! —dijo el señor Pecksniff, mirando las señas—. Para su hermana, Thomas. Sí, oh sí, la entregaré, señor Pinch. No se preocupe. La recibirá sin falta, señor Pinch.

Hizo la promesa con tanta condescendencia y paternalismo que Tom tuvo la sensación de haberle pedido demasiado (no se le había ocurrido pensarlo) y se lo agradeció sinceramente. Las señoritas Pecksniff, según su costumbre, se divertieron más de lo que puede decirse con palabras, al oír hablar de la hermana del señor Pinch. ¡Oh, qué espanto! ¡Sólo imaginar que hubiese una señorita Pinch! ¡Cielo santo!

Tom se alegró mucho de verlas tan alegres, pues lo tomó por una muestra de su favor y buen humor. Así que se rió también, se frotó las manos, les deseó un viaje agradable y un regreso seguro y se mostró muy animado. Incluso cuando la diligencia se alejó con las ramas de olivo en el portamaletas y la familia de palomas en el interior, siguió saludando con la mano y haciendo reverencias, tan complacido por la nada habitual cortesía de las dos señoritas, que por un instante casi se olvidó de Martin Chuzzlewit, que se había apoyado pensativo en el poste indicador, y que después de librarse de su hermosa carga apenas había levantado la vista del suelo.

El silencio que se hizo después del ajetreo de la partida de la diligencia, unido al aire frío de la tarde invernal, contribuyó a despertarlos al mismo tiempo. Se dieron la vuelta, como de mutuo acuerdo, y se alejaron cogidos del brazo.

—¡Qué melancólico está! —dijo Tom—. ¿Qué le pasa?

—Nada de lo que valga la pena hablar —respondió Martin—. Muy poco más de lo que me pasaba ayer, y mucho más, espero, de lo que me pasará mañana. Estoy desanimado, Pinch.

—Vaya —exclamó Pinch—, ¿sabía que yo estoy de muy buen humor y que nunca he tenido más ganas de disfrutar de una buena compañía? Su predecesor ha sido muy amable al escribirme, ¿no cree?

—Pues sí —respondió despreocupado Martin—. Yo habría dicho que tendría muchos modos de divertirse sin acordarse de usted, Pinch.

—Eso mismo creía yo —coincidió Tom—, pero no, cumple con su palabra, y dice «Mi querido Pinch: pienso a menudo en ti» y muchas cosas amables y consideradas por el estilo.

—Debe ser un tipo muy amable —dijo Martin, un tanto malhumorado—, porque es imposible que sea sincero.

—No, ¿verdad? —dijo Tom, mirando con tristeza el rostro de su compañero—. ¿Cree que lo dice para agradarme?

—Bueno, ¿le parece probable —replicó Martin, con un aire más serio— que un joven que acaba de escapar de un agujero como este, y que empieza a disfrutar del placer de ser dueño de sus actos en Londres, encuentre mucho solaz o distracción en pensar bien de algo o alguien que haya dejado atrás aquí? Piénselo bien, Pinch, ¿le parece normal?

Después de una breve reflexión, el señor Pinch replicó en voz un poco más baja que lo cierto es que era ilógico esperar algo así, y que no tenía la menor duda de que Martin sabía lo que se decía.

—Pues claro que sí —observó Martin.

—Sí, eso me parece —admitió con docilidad el señor Pinch—. Eso mismo opino yo.

Y, nada más pronunciar estas palabras, los dos volvieron a sumirse en un silencio que duró hasta que llegaron a casa al anochecer.

La señorita Charity Pecksniff, debido a lo incómodo que habría sido llevárselos consigo en la diligencia y a la imposibilidad de conservarlos por medios artificiales hasta su regreso, había colocado, en un par de platos, los restos del festín de la noche anterior. Gracias a tan generosa disposición, Martin y el señor Pinch tuvieron la alegría de encontrar, esperándoles en el salón, dos caóticos montoncitos con las sobras de la cena, entre las que había varias rodajas de naranja muy finas, unos sándwiches momificados, algunos trozos desmenuzados del pastel geológico y varias galletitas. No podía faltar un licor escogido con el que regar esas exquisiteces, y se había vertido en una sola botella el vino de arándanos que había sobrado, tapado con un papel enrollado, así que disponían de todo lo necesario para cenar a lo grande.

Martin Chuzzlewit contempló estos alegres preparativos con un desprecio infinito, y avivando las llamas del fuego (con gran destrucción de los carbones del señor Pecksniff) se sentó pensativo a contemplarlas en la silla más cómoda que encontró. Para caber lo mejor posible en el rincón que le quedaba, el señor Pinch ocupó el taburete de la señorita Mercy Pecksniff y, dejando la copa sobre la alfombra del hogar y poniéndose el plato sobre las rodillas, empezó a disfrutar de la cena.

Si Diógenes, volviendo a la vida, hubiese podido rodar, con el barril y todo, hasta el salón del señor Pecksniff, y hubiese visto a Tom Pinch sentado en el taburete de Mercy Pecksniff con su plato y su copa delante, no lo habría resistido y, por muy huraño que se sintiese, habría sonreído con afabilidad. La total y absoluta satisfacción de Tom, su insuperable apreciación de los sándwiches endurecidos, que se

desmigajaban como serrín en su boca; el indescriptible deleite con que bebía gota a gota el vino aguado y se secaba los labios, como si fuese tan delicioso que perder un átomo de su afrutado sabor fuese un pecado; el aire con que se detenía a veces, con la copa en la mano, proponiendo en silencio un brindis para sus adentros; y la sombra de preocupación que embargaba su rostro complacido cuando, después de contemplar el salón, regocijándose en su comodidad, su mirada tropezaba con el ceño fruncido de su compañero, no los habría resistido ningún cínico del mundo, aunque fuese un verdadero grifo en su odio a los hombres.

Hay hombres que le habrían dado una palmada en la espalda, que habrían brindado con el vino de arándanos, aunque hubiese sido vinagre puro, y además les habría gustado el sabor; otros habrían estrechado su mano honrada y le habrían dado las gracias por la lección que les había enseñado su humilde forma de ser. Otros se habrían reído con él y otros de él, y entre estos últimos se encontraba Martin Chuzzlewit, que, incapaz de contenerse, se rió en voz alta un buen rato.

—Eso es —dijo Tom, moviendo la cabeza con aprobación—. ¡Alégrese! ¡Es estupendo!

Al oír aquellos ánimos el joven Martin volvió a reírse; y dijo en cuanto recuperó el aliento y la seriedad:

—Nunca había conocido a nadie como usted, Pinch.

—¿Ah, no? —respondió Tom—. Bueno, es probable que me encuentre extraño, porque apenas he visto mundo, y tengo para mí que usted ha visto mucho.

—Bastante para mi edad —replicó Martin, acercando aún más su silla al fuego y apoyando los pies en la rejilla de la chimenea—. Al diablo, tengo que hablar con alguien. Así que seré sincero con usted, Pinch.

—¡Hágalo! —dijo Tom—. Me parecerá una muestra de amistad por su parte.

—No le tapo, ¿verdad? —preguntó Martin, mirando de reojo al señor Pinch, que estaba contemplando el fuego por encima de su pierna.

—¡Ni mucho menos! —exclamó Tom.

—Pues, en resumidas cuentas, debe usted saber —dijo Martin, como si la revelación no le resultara agradable y le costara un gran esfuerzo— que desde la infancia me han educado dándome muchas esperanzas, y que siempre me han hecho creer que un día sería muy rico. Y lo habría sido, de no haber sido por ciertas razones que me dispongo a contarle y que han llevado a que me hayan desheredado.

—¿Su padre? —preguntó el señor Pinch con los ojos muy abiertos.

—Mi abuelo. Hace mucho que no tengo padres. Apenas los recuerdo.

—Yo tampoco —dijo Tom, tocando la mano del joven y apartándola tímidamente enseguida—. ¡Ay de mí!

—Entonces sabrá usted, Pinch —prosiguió el joven, volviendo a atizar el fuego y hablando con rapidez y despreocupación—, que está muy bien querer a los padres si los tienes, y recordarlos cuando han muerto, si es que llegaste a conocerlos. Pero, como nunca supe nada personalmente de los míos, no se me puede pedir que los recuerde con mucho cariño. Y la verdad es que no lo hago.

El señor Pinch estaba mirando pensativo la rejilla. Pero, cuando su compañero hizo una pausa, se sobresaltó y dijo:

—¡Oh, claro! —Y se dispuso a seguir escuchando.

—En una palabra —dijo Martin—, me ha criado y educado ese abuelo del que acabo de hablar. Tiene muchas virtudes, de eso no hay duda; no se lo ocultaré a usted; pero tiene dos grandes defectos que constituyen la parte esencial de su carácter. En primer lugar, es el hombre más obstinado que se haya visto jamás. En segundo, es abominablemente egoísta.

—¿Ah, sí? —exclamó Tom.

—En esos dos aspectos —replicó el otro— no hay hombre como él. A menudo he oído contar a gente que lo conoce que esos han sido desde siempre los defectos de la familia; y me parece que razón no les falta. Pero no puedo hablar por mí. Lo único que puedo hacer es dar gracias de no haberlos heredado y tener mucho cuidado de no contagiarme.

—Desde luego —dijo el señor Pinch—. Muy buena idea.

—En fin, señor —prosiguió Martin, atizando otra vez el fuego y acercando la silla aún más—, su egoísmo hace que sea muy exigente; y su obstinación hace que sea muy decidido en sus exigencias. La consecuencia es que siempre me ha exigido mucho respeto, sumisión y abnegación en lo que se refiere a sus deseos y demás. He soportado mucho porque me sentía obligado (suponiendo que uno pueda sentirse obligado con su abuelo) y porque le tenía verdadero afecto, pero también hemos discutido mucho, pues con frecuencia yo no podía adaptarme a sus designios, no por mí, ya me entiende, sino porque... —balbució y pareció quedarse en blanco. El señor Pinch era la peor persona del mundo para ayudar a salir a alguien de una dificultad así y no dijo nada—. ¡En fin!, usted ya me entiende —prosiguió enseguida Martin—, así que no necesito buscar la expresión exacta. Bueno, estoy llegando al meollo del asunto y al motivo por el que me encuentro aquí.



Estoy enamorado, Pinch. —El señor Pinch lo miró a la cara con renovado interés—. Como le digo, estoy enamorado. Estoy enamorado de una de las jóvenes más hermosas que jamás ha visto el sol. Pero se halla totalmente a merced de la voluntad de mi abuelo; y, si él llegase a enterarse de que me corresponde, perdería su hogar y todo lo que tiene en el mundo. No hay nada egoísta en ese amor, ¿no?

—¡Egoísta! —exclamó Tom—. Ha actuado usted con nobleza. Amarla, como estoy seguro que hace, y no hacérselo saber, en consideración a esa dependencia de la que habla...

—¿Qué está diciendo, Pinch? —dijo malhumorado Martin—. ¡No sea ridículo, amigo mío! ¿A qué viene eso de no hacérselo saber?

—Le ruego que me perdone —respondió Tom—. Pensé que era a eso a lo que se refería, de lo contrario me habría callado.

—Si no le dijese que la amo, ¿de qué me serviría estar enamorado? —exclamó Martin—. ¡Sólo para vivir en un constante estado de disgusto y preocupación!

—Es cierto —respondió Tom—. ¡En fin! Adivino lo que ella dijo cuando se lo contó —añadió, mirando el apuesto rostro de Martin.

—Bueno, no exactamente, Pinch —replicó con el ceño levemente fruncido—, porque tiene ciertas ideas femeninas sobre el deber, la gratitud y demás monsergas, que son difíciles de entender; pero en general tiene usted razón. Descubrí que su corazón me pertenece.

—¡Justo lo que imaginaba! —dijo Tom—. ¡Nada más natural! —Y, muy complacido, dio un largo trago de su copa de vino.

—Aunque desde el principio me comporté con la mayor circunspección —prosiguió Martin—. No manejé el asunto lo bastante bien para que mi abuelo, que está dominado por los celos y la desconfianza, no sospechara que la amaba. No le dijo nada a ella, pero me atacó directamente en privado, y me acusó de planear corromper la fidelidad (ahí podrá apreciar usted su egoísmo), de una joven criatura a quien ha formado y educado para ser su única compañera fiel y desinteresada, cuando lo que tendría que haber hecho es haberme dado su bendición para casarme con ella. Entonces estallé y le respondí que me casaría sin su permiso y que no me dejaría atropellar por él ni me vendería al mejor postor. —El señor Pinch abrió aún más los ojos y contempló el fuego con más intensidad que hasta entonces—. Ya imaginará —dijo Martin— que eso le irritó, y que se volvió cualquier cosa menos amable conmigo. Una conversación siguió a otra; unas palabras dieron lugar a otras, como ocurre siempre; y el resultado fue que me exigió que renunciase a ella o él renunciaría a mí. Debe tener en cuenta, Pinch, que no sólo la quiero con locura (pues, aunque es pobre, su belleza y su inteligencia honrarían a cualquiera, sean cuales sean sus pretensiones, que se casara con ella), pero el principal motivo de mi decisión es una clara y decidida...

—Obstinación —sugirió Tom de buena fe. Pero su sugerencia no fue tan bien recibida como había imaginado, pues el joven enseguida replicó con irritación.

—¡Menudo tipo es usted, Pinch!

—Le ruego que me perdone —dijo Tom—, pensé que no daba usted con la palabra.

—No buscaba esa palabra —replicó—. Le he dicho que la obstinación no forma parte de mi carácter, ¿no es cierto? Iba a decir, si usted me hubiese dejado, que el principal motivo de mi decisión es una clara y decidida firmeza.

—¡Ah! —exclamó Tom frunciendo la boca y asintiendo—. Sí, sí, ¡entiendo!

—Y, siendo firme —prosiguió Martin—, por supuesto no iba a rendirme ni a ceder la milésima parte de un centímetro.

—No, no —dijo Tom.

—Al contrario; cuanto más insistía, más crecía mi determinación de oponerme a él.

—¡Por supuesto! —dijo Tom.

—¡Muy bien! —replicó Martin, recostándose en la silla con un despreocupado gesto de ambas manos, como si la cuestión estuviese ya zanjada, y no valiese la pena decir más—. ¡El caso es que se acabó y aquí estoy!

El señor Pinch se quedó mirando el fuego unos minutos con aire perplejo, como si le hubiesen planteado una adivinanza especialmente difícil, que le resultara imposible resolver. Por fin dijo:

—Y, claro, a Pecksniff ya lo conocía usted de antes...

—Sólo de nombre. No, no lo había visto en mi vida, mi abuelo no sólo guardaba las distancias con sus parientes sino que me tenía apartado de todos ellos. Pero nos separamos en una ciudad del condado vecino. Desde allí fui a Salisbury, y allí vi el anuncio de Pecksniff, al que respondí, porque siempre he tenido un gusto natural por las cuestiones a las que se refería y pensé que podía encajar conmigo. En cuanto vi que era suyo, se duplicó mi interés por venir con él, dado que es...

—... un hombre tan excelente —le interrumpió Tom, frotándose las manos—: y lo es. Estaba usted en lo cierto.

—No tanto por eso, si quiere que le diga la verdad —replicó Martin—, como porque mi abuelo le profesa una inveterada antipatía, y después de que me tratase de forma tan arbitraria sentí el natural deseo de oponerme lo más posible a todas sus opiniones. ¡En fin!, como he dicho antes, aquí estoy. Mi compromiso con la señorita de la que le he hablado es probable que sea bastante largo, pues ni sus perspectivas ni las mías son muy brillantes; y por supuesto no se me ocurriría casarme con ella hasta que pueda permitírmelo. No tendría sentido sumirme en la indigencia, la pobreza y el amor en un cuartito al final de tres pares de escaleras y demás.

—Por no hablar de ella —observó Tom Pinch en voz baja.

—Exacto —replicó Martin, levantándose para calentarse la espalda y apoyándose en la chimenea—. Por no hablar de ella. Al mismo tiempo, claro, no le resulta demasiado difícil ceder a las circunstancias del caso. En primer lugar, porque está muy enamorada de mí; y en segundo, porque he sacrificado mucho por su causa, y las cosas podrían haberme ido muchísimo mejor.

Pasó mucho tiempo antes de que Tom dijese «Desde luego», tanto que podría haber descabezado un sueñecito, pero el caso es que acabó diciéndolo.

—En fin, hay una extraña coincidencia conectada con esta historia de amor —dijo Martin— que le pone fin. ¿Recuerda lo que me dijo anoche, por el camino, sobre su guapa visitante en la iglesia?

—Pues claro —dijo Tom, levantándose del taburete, y sentándose en la silla de la que se había levantado el otro, para poder verle la cara—. Por supuesto.

—Pues era ella.

—¡Sabía lo que iba a decir! —exclamó Tom, mirándolo admirado y hablando en voz muy baja—. ¿De verdad?

—Era ella —repitió el joven—. Después de lo que me ha contado Pecksniff, no me cabe duda de que vino y se marchó con mi abuelo. No beba tanto de ese vino agrio o le va a dar un cólico, Pinch.

—Me temo que no es muy saludable —dijo Tom, dejando la copa vacía que llevaba un rato sujetando—. Así que era ella, ¿eh?

Martin asintió con la cabeza y, después de añadir con inquieta impaciencia que si hubiese llegado unos días antes la habría visto, y que ahora podía hallarse, por lo que él sabía, a cientos de kilómetros de distancia; se desplomó, después de dar varias vueltas por la sala, en una silla y se enfurruñó como un niño malcriado.

Tom Pinch tenía el corazón tierno, y no podía soportar ver sufrir a nadie por mucha indiferencia que sintiera por él; y menos aún si ese alguien había despertado su interés y lo había tratado (ya fuese cierto o imaginaciones suyas) con amabilidad y con un espíritu benévolo y constructivo. Fuesen los que fuesen sus pensamientos unos momentos antes —y a juzgar por su rostro debieron ser muy serios—, los descartó al instante y ofreció a su joven amigo el mejor consuelo y consejo que se le ocurrió.

—Todo acabará bien con el tiempo —dijo Tom—, no me cabe duda, los obstáculos y las adversidades servirán sólo para unirles más en días mejores. Siempre he leído que así es y, en mi interior, algo me dice que lo justo y lo natural es que así sea. Lo que nunca ha ido bien —dijo Tom con una sonrisa que, a pesar de la sencillez de su rostro, era más agradable de ver que muchas miradas de bellezas deslumbrantes— no podemos esperar que cambie sólo para complacernos; así que debemos aceptarlo tal como es y darle la mejor forma posible, por medio de la paciencia y el buen humor. No puedo hacer nada, no hace falta que se lo diga, pero soy muy voluntarioso, y si pudiese serle de utilidad de algún modo nada me complacería más.

—Gracias —dijo Martin, estrechándole la mano—. Es usted un buen tipo y sus palabras han sido muy amables. Por supuesto —dijo, después de una pausa, mientras volvía a acercarse a su silla al fuego—, no dudaría en recurrir a sus servicios si pudiesen serme de ayuda; pero ¡qué se le va a hacer! —Se pasó con impaciencia la mano por el pelo, y miró a Tom como si le molestase que no fuese otra persona—. Me es usted tan útil como un tenedor o una sartén, Pinch.

—Excepto por la intención —dijo con amabilidad Tom.

—¡Oh!, por supuesto, es lo que quería decir. Si la intención sirviese de algo, no necesitaría ayuda. Le diré lo que puede hacer, si quiere... incluso ahora.

—¿De qué se trata? —preguntó Tom.

—Léame algo.

—Me encantará —exclamó Tom cogiendo con entusiasmo la palmatoria—. Perdona que le deje un momento sin luz e iré a buscar un libro. ¿Qué le gustaría? ¿Shakespeare?

—¡Sí! —replicó su amigo, bostezando y desperezándose—. No está mal. Estoy cansado de tanto ajetreo y tantas novedades, y en un caso así no hay lujo mayor en el mundo, en mi opinión, que le lean a uno antes de dormir. ¿No le importará que me quede dormido si puedo?

—¡Ni mucho menos! —exclamó Tom.

—Pues empiece usted cuando quiera. No hace falta que se marche cuando vea que empiezo a quedarme amodorrado (a no ser que esté usted cansado), pues es muy agradable despertarse poco a poco al oír ruido. ¿No lo ha probado nunca?

—No, nunca —dijo Tom.

—¡Bueno! Pues puede hacerlo, ya me entiende, uno de estos días, cuando los dos estemos de humor. No se preocupe por dejarme a oscuras. ¡No tarde! —El señor Pinch no perdió el tiempo; y al cabo de uno o dos minutos regresó con uno de los preciosos volúmenes del estante de al lado de su cama. Martin, entretanto, se había puesto tan cómodo como lo permitían las circunstancias, construyéndose un sofá delante del fuego con tres sillas y el taburete de Mercy como almohada y tumbándose cuan largo era—. ¡No hable demasiado alto, por favor! —le dijo a Pinch.

—No, no —respondió Tom.

—¿Seguro que no tiene frío?

—¡Ni lo más mínimo!

—En ese caso estoy dispuesto.

Así que el señor Pinch, después de pasar las páginas de su libro con tanto cuidado como si fuesen criaturas vivas a las que tuviera mucho aprecio, hizo su propia selección y empezó a leer. Antes de que terminara cincuenta líneas, su amigo estaba roncando.

—¡Pobre hombre! —dijo Tom en voz baja, mientras alargaba la cabeza para contemplarlo por encima de los respaldos de las sillas—. Es muy joven para tener tantos problemas. ¡Qué generoso y leal por su parte demostrarme tanta confianza! Así que era ella...

Pero, recordando de pronto su acuerdo, continuó el poema donde lo había dejado y continuó leyendo sin despabilar la vela, cuya mecha cada vez estaba más corta. Poco a poco fue aumentando su interés y olvidó también avivar el fuego; y sólo lo recordó cuando Martin Chuzzlewit se despertó con un sobresalto al cabo de una hora y exclamó con un escalofrío:

—¡Vaya, casi se ha apagado! No me extraña haber soñado que me congelaba. Vaya a buscar unos carbones. ¡Cómo es usted, Pinch!

## Capítulo VII. En el que el señor Chevy Slyme demuestra su independencia de espíritu; y El Dragón Azul pierde una pata

Martin empezó a trabajar en los bocetos de la escuela a la mañana siguiente, de forma tan enérgica y expeditiva que el señor Pinch tuvo nuevos motivos para reconocer las dotes naturales de dicho joven caballero y de admitir su infinita superioridad. El nuevo alumno recibió con elegancia los elogios de Tom; y, como a estas alturas sentía ya, a su manera particular, un verdadero afecto por él, predijo que siempre serían buenos amigos y que estaba seguro de que ninguno de los dos (pero sobre todo Tom) tendría motivos para lamentar el día en que se conocieron. Al señor Pinch le encantó oírle decir eso y se sintió tan halagado por sus amables garantías de amistad y protección que no supo cómo expresar el placer que le procuraban. De hecho, tal como era, podría afirmarse de dicha amistad que se fundaba en materiales más duraderos que muchas hermandades conjuradas y abundantes en promesas; pues, como a una parte le gustaba mostrarse condescendiente y a la otra que la trataran con condescendencia (lo cual constituía además la esencia misma de sus respectivas personalidades), de todas las posibilidades la menos probable era que los dos demonios gemelos, la Envidia y el Orgullo, se alzasen entre ellos. Así, en muchos casos de amistad, o de lo que se entiende por ella, el viejo axioma se invierte, y lo parecido se aferra a lo distinto y no a lo que se le parece.

La tarde siguiente a la partida de la familia los dos estuvieron muy ocupados: Martin con la escuela y Tom cuadrando varios recibos de alquileres y deduciendo de ellos la comisión del señor Pecksniff, abstrusa ocupación de la que le distraía no poco la costumbre de su nuevo amigo de silbar muy alto; por eso les sobresaltó mucho la inesperada aparición, en aquel santuario del genio, de una cabeza humana despeinada y de apariencia más bien alarmante, que les sonrió desde el umbral de una manera al mismo tiempo burlona, conciliadora y expresiva de beneplácito.

—Yo no soy industrioso, caballeros —dijo la cabeza—, pero sé apreciar esa cualidad en los demás. Así me vuelva feo y gris si no se trata, en mi opinión, junto al genio, de una de las cualidades más encantadoras del intelecto humano. Por mi alma que le estoy agradecido a mi amigo Pecksniff por haberme dado la oportunidad de contemplar una imagen tan deliciosa como la que ofrecen ustedes. Me recuerdan a Whittington<sup>[29]</sup>, que fue tres veces lord Mayor de Londres. Les doy mi palabra de honor de que me recuerdan mucho a ese personaje histórico. Son ustedes un par de Whittingtons, caballeros, pero sin el gato; lo cual supone una agradable y bendita excepción para mí, pues no siento mucho afecto por la especie felina. Me llamo Tigg; ¿cómo están? — Martin miró al señor Pinch en busca de una explicación; y Tom, que

jamás había visto al señor Tigg, contempló a su vez a dicho caballero—. ¿Chevy Slyme? —dijo el señor Tigg en tono interrogativo besándose la mano izquierda como prueba de amistad—. ¿Me entenderían mejor si les dijese que soy el representante acreditado de Chevy Slyme... el embajador de la corte de Chiv? ¡Ja, ja, ja!

—¡Caramba! —exclamó Martin sobresaltándose al oír un nombre conocido—. Y, dígame, ¿qué quiere de mí?

—Si se llama usted Pinch... —empezó el señor Tigg.

—No —respondió Martin, conteniéndose—. El señor Pinch es este.

—Si este es el señor Pinch —exclamó Tigg, volviendo a besarse la mano mientras su cuerpo empezaba a seguir a la cabeza hacia el interior de la sala—, permítame decirle que aprecio y respeto mucho su carácter, que ha alabado mucho mi amigo Pecksniff, y que aprecio profundamente su talento para el órgano, a pesar de lo cual no soy de los que, si se me permite la expresión, le dan muchas vueltas a la manivela. Si este es el señor Pinch, me aventuraré a expresar la esperanza de que se encuentre bien de salud y no le esté incomodando el viento del este.

—Gracias —respondió Tom—. Estoy muy bien.

—Es un alivio —replicó el señor Tigg—. En fin —añadió, cubriéndose los labios con la palma de la mano y acercándose al oído al señor Pinch—, he venido a por la carta.

—¿A por la carta? —repitió Tom en voz alta—. ¿Qué carta?

—La carta —susurró Tigg con la misma cautela que antes— que le ha dejado a usted mi amigo Pecksniff dirigida a Chevy Slyme.

—A mí no me ha dejado ninguna carta —dijo Tom.

—¡Chis! —gritó el otro—. Viene a ser lo mismo, aunque mi amigo Pecksniff no lo haya hecho con tanta delicadeza como me habría gustado: el dinero.

—¡El dinero! —exclamó Tom, muy asustado.

—Exacto —dijo el señor Tigg.

Al mismo tiempo le dio dos o tres golpes en el pecho y movió la cabeza como si quisiera decir que ya había notado que se entendían, que era innecesario aludir a dicha circunstancia en presencia de una tercera persona y que si Tom le deslizaba la cantidad en la mano del modo más discreto posible se lo tomaría como un favor personal. No obstante, el señor Pinch estaba tan atónito por ese (para él) inexplicable comportamiento, que repitió una vez más que debía tratarse de algún error, y que no le habían confiado ningún encargo referido al señor Tigg

o a su amigo. El señor Tigg recibió esas palabras con la solemne petición de que el señor Pinch tuviese la bondad de volver a pronunciarlas; y cuando Tom las repitió de manera aún más clara e inequívoca, las escuchó, moviendo la cabeza al final de cada frase. Cuando concluyó por segunda vez, el señor Tigg se sentó en una silla y se dirigió así a los jóvenes:

—Entonces les diré lo que sucede, caballeros. En este preciso instante, en este mismo lugar, hay una perfecta constelación de genio y talento, que se ha visto implicada, por lo que no puedo designar de otra manera que la negligencia culpable de mi amigo Pecksniff, en la situación más tremenda, tal vez, que puede admitirse en las relaciones sociales en el siglo XIX. Hay, de hecho, en El Dragón Azul, una cervecería de este pueblo, y fíjense en que digo una cervecería vulgar, miserable, mezquina, llena de patanes fumando en pipa, un individuo del que podría decirse con las palabras del poeta<sup>[30]</sup> que sólo él mismo puede estar a su altura, y que está retenido allí por el pago de la cuenta. ¡Ja, ja, ja! Por el pago de la cuenta. Lo repito: por la cuenta. Ahora bien —dijo el señor Tigg—, todos hemos oído hablar del *Libro de los Mártires* de Fox, del Tribunal de Peticiones y de la Cámara Estrellada<sup>[31]</sup>, pero no temo que nadie vivo ni muerto me contradiga si afirmo que el hecho de que mi amigo Chevy Slyme esté retenido por el pago de una cuenta supera cualquier pelea de gallos de la que se tenga noticia. —Martin y el señor Pinch se miraron al principio el uno al otro, y luego al señor Tigg, quien, con los brazos cruzados sobre el pecho, los observó con una mezcla de desaliento y amargura—. No me entiendan mal, caballeros —dijo extendiendo la mano derecha—. Si se hubiese tratado sólo de una cuenta, yo podría soportarlo, podría seguir mirando a la humanidad con cierto respeto; pero, cuando retienen a un hombre de la valía de mi amigo Slyme por unas monedas, una cantidad mísera, un error de suma en una pizarra, o tal vez garabateada con tiza detrás de una puerta, intuyo que en alguna parte hay un tornillo suelto de tamaño magnitud que toda la estructura de la sociedad se estremece y que ya no puede uno fiarse de los principios más elementales. En suma, caballeros —dijo el señor Tigg con un apasionado gesto de las manos y la cabeza—, cuando retienen a un hombre como Slyme por el pago de una cuenta, rechazo las supersticiones de los siglos y no creo en nada. Ni siquiera creo que no creo, ¡maldito sea si miento!

—Le aseguro que lo lamento —dijo Tom, después de una pausa—, pero el señor Pecksniff no ha dejado dicho nada, y no puedo actuar sin sus instrucciones. ¿No sería mejor, señor, que volviera usted a dondequiera que viva y le remita el dinero a su amigo?

—Y ¿cómo he de hacerlo si a mí también me retienen —objetó el señor Tigg— y cuando además, debido a la sorprendente y, tengo que decirlo, culpable negligencia de mi amigo Pecksniff, no tengo dinero para pagar un coche?

Tom pensó en recordarle al caballero (que, sin duda, lo había olvidado con tanta agitación) que había una Oficina de Correos en el pueblo; y



que tal vez, si escribiese a algún amigo o representante para que se lo enviase, no se extraviaría por el camino; o que en todo caso valía la pena correr el riesgo por muy alto que fuese. Pero su buen natural le sugirió ciertas razones para abstenerse, volvió a hacer una pausa y luego preguntó:

—¿Ha dicho, señor, que a usted también lo retienen?

—Venga aquí —dijo levantándose el señor Tigg—. ¿Tiene alguna objeción a que abra la ventana un momento?

—Desde luego que no —respondió Tom.

—Muy bien —dijo el señor Tigg levantando la hoja de la ventana—. ¿Ve usted a ese sujeto de allí con un pañuelo rojo al cuello y sin chaleco?

—Pues claro —exclamó Tom—. Es Mark Tapley.

—¿Se llama Mark Tapley? —preguntó el caballero—. Pues Mark Tapley no sólo ha tenido la amabilidad de seguirme hasta esta casa sino que ahora espera para acompañarme de vuelta. Y, en vista de tantas atenciones, señores —añadió el señor Tigg, atusándose el bigote—, permitan que les diga que más habría valido que la señora Tapley lo hubiese alimentado en la infancia hasta atragantarlo y no lo hubiera preservado hasta nuestros días.

El señor Pinch no se sintió tan sobrecogido por esta terrible amenaza como para que no le quedara voz suficiente para pedirle a Mark que entrara y subiese; petición a la que él accedió con tanta rapidez que, apenas Tom y el señor Tigg metieron la cabeza y volvieron a cerrar la ventana, su invitado apareció ante ellos.

—¡Acércate, Mark! —dijo el señor Pinch—. ¡Dios mío! ¿Qué pasa con la señora Lupin y este caballero?

—¿Qué caballero, señor? —preguntó Mark—. No veo a ningún caballero, sólo a usted y al nuevo caballero —a quien dedicó una tosca reverencia—, y estoy seguro de que entre ustedes dos y la señora Lupin no pasa nada, señor Pinch.

—¡Tonterías, Mark! —exclamó Tom—. Ves al señor...

—Tigg —le interrumpió dicho caballero—. Espere un poco, no tardaré en aplastarlo. ¡Todo a su tiempo!

—¡Ah, él! —replicó Mark, con aire despreocupado y desafiante—. Sí, lo veo. Y lo vería un poco mejor si se afeitara y se cortara el pelo. —El señor Tigg movió la cabeza con gesto fiero y se dio un puñetazo en el pecho—. No vale la pena —dijo Mark—. Por muchos golpes que se dé

ahí, no obtendrá respuesta. Lo sé muy bien. Ahí no hay más que relleno y además grasiento.

—No, Mark —le urgió el señor Pinch, interponiéndose para impedir posibles hostilidades—, responde a lo que te he preguntado. ¿No estarás enfadado?

—¡Enfadado, señor! —exclamó Mark, con una sonrisa—; pues no, señor. Algo de mérito hay, aunque no mucho, en seguir de buen humor cuando tipos como él andan sueltos por ahí rugiendo como leones, suponiendo que haya alguna raza de león que sea todo rugido y melena. ¿Quiere saber qué pasa con él y la señora Lupin, señor? Pues que hay una cuenta sin saldar entre él y la señora Lupin. Y a mi entender la señora Lupin se está mostrando muy generosa con su amigo y con él por no cobrarles el doble por ser una deshonra para el Dragón. Esa es mi opinión. Yo no dejaría entrar a un Peter el niño salvaje<sup>[32]</sup> como ese en mi casa, señor, ni aunque estuviese dispuesto a pagar la tarifa de la semana de las carreras. Es suficiente para agriar la cerveza en los toneles, vaya una pinta, señor. Si la cerveza tuviese juicio se agriaría.

—No has respondido a mi pregunta, Mark —observó el señor Pinch.

—Bueno, señor —dijo Mark—, no creo que haya mucho más que responder. Su amigo y él se han alojado en La Luna y Las Estrellas y se han ido sin pagar la cuenta, y luego se han alojado con nosotros y han hecho lo mismo. No pagar la cuenta es bastante frecuente, señor Pinch; no es eso lo que nos molesta, sino los modales de este individuo. Nada es lo bastante bueno para él, cree que todas las mujeres se mueren por él y que si les guiña un ojo pueden darse por contentas; y que todos los hombres se crearon para obedecer sus órdenes. Y, por si eso fuese poco, esta mañana me dice con su zalamería habitual, señor: «Nos iremos esta noche, buen hombre». «¿Ah, sí, señor?», le respondo, «¿Quiere que le preparen la cuenta, señor?» «¡Oh, no, buen hombre —dice—, no es necesario! He dado instrucciones a Pecksniff de que se ocupe de eso». A lo cual el Dragón responde: «Gracias, señor, es muy amable por honrarnos de este modo pero, como no tenemos referencias tuyas, viaja usted sin equipaje y el señor Pecksniff no está en casa (circunstancia que tal vez desconozca, señor), preferiríamos algo más convincente». Y en esas estamos. Y yo pido —dijo el señor Tapley señalando al señor Tigg con el sombrero a modo de conclusión— a cualquier caballero que esté en sus cabales ¡que me diga si este individuo tiene o no una pinta desagradable!

—Permítame preguntar —dijo Martin, interponiéndose entre aquel ingenuo discurso y la formulación de algún terrible anatema por parte del señor Tigg— a cuánto asciende la deuda.

—En dinero, señor, a muy poco —respondió Mark—. Apenas a tres libras, pero no se trata de eso; es el...

—Sí, sí, ya nos lo ha dicho —dijo Martin—. Pinch, quisiera hablar un momento con usted.

—¿De qué se trata? —preguntó Tom, apartándose con él a un rincón de la sala.

—Pues sencillamente de que me avergüenza decir que este señor Slyme es un pariente mío de quien nunca he oído hablar bien; no quiero que esté por aquí, y se me ocurre que tres o cuatro libras serían una manera barata de librarme de él. No tendrá usted dinero suficiente para pagar la cuenta, ¿verdad? —Tom negó con la cabeza de forma tan elocuente que no dejó lugar a dudas sobre su absoluta sinceridad—. Qué mala suerte, porque yo también soy pobre; y si lo hubiese tenido usted se lo habría pedido prestado. Pero, si le dijésemos a la patrona que nosotros le pagaremos, supongo que aceptaría igual.

—¡Dios mío, sí! —dijo Tom—. ¡Me conoce de sobra!

—Pues vayamos ahora mismo a decírselo, pues, cuanto antes nos libremos de estos dos, mejor. Ya que ha sido usted quien ha hablado con ese caballero, tal vez sea mejor que le diga usted lo que nos proponemos, ¿le parece bien?

El señor Pinch aceptó y enseguida se lo explicó al señor Tigg, que le estrechó calurosamente la mano y afirmó que había recuperado la fe en todo y en cualquier cosa. No lo valoraba tanto, dijo, por el alivio temporal que suponía su contribución, como porque confirmaba el elevado principio de que los grandes intelectos se reconocían entre sí, y de que la verdadera grandeza del alma simpatizaba con la verdadera grandeza del alma en cualquier lugar del mundo. Demostraba, añadió, que, al igual que él, admiraban el genio, incluso cuando se mezclaba con la aleación que a veces se hacía visible en el metal de su amigo Slyme; y en nombre de su amigo les dio las gracias tan cordial y calurosamente como si fuese su propia causa. Como sus palabras se interrumpieron cuando todos se encaminaron hacia las escaleras, sujetó al llegar a la puerta de la calle al señor Pinch por la solapa del abrigo, para asegurarse de que no volvían a molestarles, y obsequió a dicho caballero con un edificante discurso hasta que llegaron al Dragón, seguidos de cerca por Mark y el nuevo alumno.

La sonrosada patrona apenas necesitó la palabra del señor Pinch como preliminar para liberar a sus dos huéspedes, de quienes se alegraba de librarse en cualesquiera condiciones; de hecho, su breve detención la había causado sobre todo el señor Tapley, que sentía una antipatía visceral por los caballeros de codos raídos que vivían con falsas pretensiones, y había experimentado una particular aversión por el señor Tigg y su amigo, por ser ejemplares selectos de su especie. Una vez resuelto el asunto, el señor Pinch y Martin se habrían ido sin más, de no haber sido por los ruegos insistentes del señor Tigg de que le permitieran tener el honor de presentarles a su amigo Slyme, que fueron tan difíciles de resistir que, cediendo en parte a su persuasión y en parte

a su propia curiosidad, dejaron que los llevara la presencia de tan distinguido caballero.

Lo encontraron meditando tristemente ante los restos de la botella de *brandy* del día anterior, y ocupado en la contemplativa ocupación de hacer sobre la mesa una cadena de círculos con el vaso. Por muy desdichado y melancólico que pareciese, el señor Slyme había sido, a su manera, en otro tiempo un auténtico petulante, y se las había dado, con la mayor osadía, de hombre de gusto infinito y prometedoras cualidades. El requisito fundamental para iniciar a un aficionado en este negocio es muy sencillo de conseguir: pues basta con levantar la nariz y fruncir el labio para componer una aceptable sonrisa desdeñosa y cumplir sobradamente con lo necesario. Pero, en una hora aciaga, aquel vástago del tronco de los Chuzzlewit, demasiado perezoso y mal preparado para cualquier ocupación normal, después de malgastar todo lo que tenía, había decidido ganarse la vida como árbitro del buen gusto; y, al descubrir, demasiado tarde, que hacía falta algo más que esas cualidades para seguir semejante vocación, había caído rápidamente hasta el nivel actual, cuando lo único que conservaba de su antiguo ser eran la jactancia y el mal genio, y parecía no tener existencia separada de su amigo Tigg. Y se había vuelto tan penoso y abyecto —al mismo tiempo llorón, insolente, harapiento y jactancioso— que incluso su amigo y parásito, de pie a su lado, parecía por contraste un hombre.

—Chiv —dijo el señor Tigg, dándole una palmada en la espalda—, mi amigo Pecksniff no estaba en casa y he resuelto nuestra insignificante dificultad con el señor Pinch y su amigo. El señor Pinch y su amigo, el señor Slyme... ¡Chiv, el señor Pinch y su amigo!

—Qué circunstancias tan agradables para presentarme a unos desconocidos —dijo Chevy Slyme volviendo sus ojos enrojecidos hacia Tom Pinch—. ¡Me tengo por el hombre más desdichado del mundo! —Tom le rogó que no se preocupase; y, al verlo en aquel estado, hizo ademán de retirarse después de una incómoda pausa, seguido por Martin. Pero el señor Tigg les apremió con tanta insistencia con toses y gestos para que se quedaran en la puerta que los dos se detuvieron—. Palabra —exclamó el señor Slyme dando un torpe puñetazo en la mesa, y apoyando después débilmente la cabeza en la mano mientras unas gotas alcoholizadas rezumaban de sus ojos— que soy la criatura más desdichada jamás vista. La sociedad se ha conjurado en mi contra. Soy el mayor literato vivo. Rebose genio y erudición; rebose preparación y opiniones novedosas sobre cualquier cosa; pero ¡vean en qué situación me encuentro! Y ¡ahora estoy en deuda con dos desconocidos por una cuenta en una taberna! —El señor Tigg volvió a llenar el vaso de su amigo, se lo puso en la mano e indicó con un gesto a los visitantes que enseguida lo verían con mejor aspecto—. En deuda con dos desconocidos por una cuenta en una taberna ¿eh? —repitió el señor Slyme, después de apurar malhumorado el vaso—. ¡Qué bonito! Y, entretanto, legiones de impostores se hacen famosos; hombres que no están más a mi nivel que... Tigg, son ustedes testigos de que soy el perro

más perseguido de la faz de la tierra. —Con un gañido no muy diferente del lamento del animal al que acababa de aludir cuando se lo humilla, volvió a llevarse el vaso a la boca. Debió de encontrar en él algún extraño consuelo, pues se rió con desprecio al dejarlo sobre la mesa. En vista de lo cual el señor Tigg volvió a indicar por gestos a sus visitantes con mucha elocuencia que había llegado el momento en que verían a Slyme en toda su grandeza—. ¡Ja, ja, ja! —se rió el señor Slyme—. ¡En deuda con dos desconocidos por una cuenta en una taberna! Y eso que tengo un tío rico, Tigg, que podría comprar a los tíos de cincuenta desconocidos. ¿Es cierto o no? ¿Soy o no de buena familia? ¿Sí o no? No me tengo por un hombre normal y corriente. ¿Lo soy o no?

—Eres el aloe americano de la raza humana, mi querido Chiv —dijo el señor Tigg—, ¡que sólo florece una vez cada cien años!

—¡Ja, ja, ja! —volvió a reírse el señor Slyme—. ¡En deuda con dos desconocidos por una cuenta en una taberna! ¡Yo! ¡En deuda con dos aprendices de arquitecto... unos tipos que miden la tierra con cadenas de hierro y construyen casas como albañiles! ¿Cómo se llaman esos dos aprendices? ¿Cómo se atreven a convertirme en su deudor? —El señor Tigg estaba extasiado en su admiración por ese noble rasgo del carácter de su amigo, y se lo dio a entender al señor Pinch con una pequeña danza improvisada espontáneamente—. Les haré saber a ellos y a todo el mundo —gritó Chevy Slyme— que no soy uno de esos personajes mansos y quejosos con los que están acostumbrados a tratar. Tengo un espíritu independiente. Tengo un corazón que se me hincha en el pecho. Tengo un alma que se eleva por encima de las consideraciones vulgares.

—¡Oh, Chiv, Chiv —murmuró el señor Tigg—, la tuya es una naturaleza noble e independiente, Chiv!

—Ve y cumple con tu deber —dijo enfadado el señor Slyme—, pide dinero prestado para seguir el viaje; y a quienquiera que te lo preste hazle saber que tengo un espíritu altivo y orgulloso, y que mi naturaleza tiene cuerdas endiabladamente sensibles que no toleran la condescendencia. ¿Me has oído? Diles que les odio, y que ese es el modo en que conservo el respeto por mí mismo; ¡y diles que nadie ha sentido jamás más respeto por sí mismo que yo!

Podría haber añadido que odiaba a dos tipos de personas: a quienes le hacían favores y a quienes les iba mejor que a él; pues en ambos casos su situación era un insulto para un hombre de sus méritos. Pero no lo hizo, pues con esas palabras tan apropiadas, el señor Slyme, demasiado arrogante para trabajar, mendigar, pedir prestado o robar; pero lo bastante mezquino para dejar que otro trabajara, pidiera prestado, mendigara o robara por él; demasiado insolente para lamer la mano que lo alimentaba, pero lo bastante canalla para morderla y arañarla en la oscuridad, con esas palabras tan apropiadas, el señor Slyme apoyó la cabeza sobre la mesa y se sumió en un sueño alcoholizado.

—¿Alguna vez ha habido —exclamó el señor Tigg, yendo hacia los jóvenes que esperaban en la puerta y cerrándola con cuidado a sus espaldas— un espíritu tan independiente como el de esta extraordinaria criatura? ¿Hubo alguna vez un romano como nuestro amigo Chiv? ¿Ha habido alguna vez un hombre con unas ideas tan puramente clásicas y con una naturaleza tan sencilla como una toga? ¿Ha habido alguna vez alguien con una elocuencia tan fluida? ¿No podría, caballeros, haberse sentado en un trípode<sup>[33]</sup> en la antigüedad para hacer profecías sin límite, siempre que la gente le sufragara previamente la ginebra?

El señor Pinch se disponía a responder con su acostumbrada humildad, cuando, al ver que su amigo ya había bajado las escaleras, se dispuso a seguirle.

—¿No irá a marcharse usted, señor Pinch? —dijo Tigg.

—Gracias —respondió Tom—. Sí. No hace falta que baje usted.

—¿Sabe que me gustaría hablar un momento con usted en privado? —dijo, siguiéndole, el señor Tigg—. Un minuto de su compañía en el campo de bolos sería un gran alivio para mi imaginación. ¿Puedo pedirle ese favor?

—¡Oh!, desde luego —replicó Tom—, si de verdad lo desea. —Y acompañó al señor Tigg al lugar en cuestión, donde dicho caballero sacó del sombrero lo que parecían ser los restos fósiles de un antediluviano pañuelo de bolsillo y se enjugó los ojos con él.

—Hoy no me ha visto usted —dijo el señor Tigg— bajo una luz favorable.

—No se preocupe por eso —dijo Tom—, se lo ruego.

—Pero así es —exclamó Tigg—. Debo insistir en esa opinión. Si me hubiese visto al mando de mi regimiento en la costa de África, cargando en formación de cuadro, con las mujeres, los niños y la vajilla del regimiento en el centro, no me habría tomado por la misma persona. Me habría respetado usted, señor. —Tom tenía su propia opinión sobre la gloria; así que no le conmovió tanto esa imagen como habría deseado el señor Tigg—. ¡Aunque tanto da! —dijo dicho caballero—. El colegial que escribió a casa a sus padres quejándose de la leche aguada dijo: «¡Qué cosa más floja!». Repito su aserción en referencia a mí mismo en este momento, y le pido perdón. Señor, ¿ha visto a mi amigo Slyme?

—Desde luego —respondió el señor Pinch.

—Señor, ¿le ha impresionado mi amigo Slyme?

—Me temo que no de forma muy agradable —respondió Tom, después de un breve momento de duda.

—Lamento, aunque no me sorprende —exclamó el señor Tigg, sujetándolo de las solapas—, saber que ha llegado usted a esa conclusión, pues coincide con la mía. Pero, señor Pinch, aunque soy un hombre rudo y desconsiderado, sé honrar el intelecto. Y al seguir a mi amigo honro el intelecto. Y a usted de entre todos los hombres, señor Pinch, puedo apelarle en nombre del intelecto, cuando no sabe cómo abrirse paso en el mundo. Y por eso, señor, no por mí, que nada puedo pedirle, sino en nombre de mi sensible, arruinado e independiente amigo, que sí está en su derecho de hacerlo, le ruego que nos preste tres medias coronas. Le ruego sin ruborizarme que nos preste tres medias coronas. Se lo ruego casi como un derecho. Y, cuando añado que se las devolveremos esta misma semana en coche de posta, tengo la sensación de que me reprochará tan sórdidas estipulaciones.

El señor Pinch sacó del bolsillo un anticuado monedero de cuero rojo con el cierre de acero, que probablemente perteneciese a su difunta abuela. En él había sólo medio soberano. La única riqueza de Tom en este mundo hasta el próximo día de paga del trimestre.

—¡Alto ahí! —exclamó el señor Tigg, que había observado con atención todos sus movimientos—. Estaba a punto de decir que sería más fácil enviárselo si fuese oro. Gracias. Supongo que bastará con escribir en las señas: «Señor Pinch, en casa del señor Pecksniff».

—Bastará —dijo Tom—. Pero, si no le importa, es mejor que añada «caballero» al nombre del señor Pecksniff. Dirigido a mí, en casa del caballero Seth Pecksniff.

—El caballero Seth Pecksniff —repitió el señor Tigg, tomando nota con mucho detalle con un trozo de lápiz—, hemos dicho esta semana, ¿no?

—Sí, o si no el lunes —observó Tom.

—No, no, le ruego que me perdone. El lunes no puede ser —dijo el señor Tigg—. Si hemos estipulado esta semana, el último día de plazo es el sábado. ¿Hemos estipulado esta semana o no?

—Ya que se pone usted tan puntilloso —dijo Tom—, creo que así es.

El señor Tigg añadió esa condición a su memorando; leyó la entrada para sus adentros con el ceño fruncido; y para que la transacción fuese más correcta y formal, añadió sus iniciales al final. Una vez hecho eso, aseguró al señor Pinch que todo estaba arreglado y, tras estrecharle la mano con gran fervor, se marchó.

Tom tenía la sospecha de que Martin se tomaría a burla esa conversación, y prefirió evitar por el momento la compañía del joven caballero. Así que dio unas vueltas por el campo de bolos y no regresó a la casa hasta que el señor Tigg y su amigo se marcharon y el nuevo alumno y Mark los vieron alejarse desde una de las ventanas.

—Justo estaba diciendo, señor, que podría ganarme la vida así —observó Mark señalando a sus antiguos huéspedes—, ese sí que es un trabajo para mí. Tratar con individuos así sería mejor que cavar tumbas, señor.

—Y quedarse aquí sería mejor que cualquiera de esas dos cosas —replicó Tom—. Conque sigue mi consejo y continúa nadando a favor de la corriente.

—Ya es demasiado tarde, señor —respondió Mark—. Ya se lo he dicho a ella. Me voy mañana por la mañana.

—¡Que te vas! —exclamó Pinch—, ¿adónde?

—A Londres, señor.

—¿Para trabajar de qué? —preguntó el señor Pinch.

—¡Bueno! Aun no lo sé, señor. El día que le hablé de mis planes no surgió nada que encajara conmigo. Todos los trabajos que se me habían ocurrido me parecieron demasiado alegres; no tenía ningún mérito dedicarse a ellos. Supongo que tendré que ponerme a servir, señor. Tal vez salga lo mejor que hay en mí si trabajo para una familia evangélica.

—Tal vez lo mejor que hay en ti no sea del agrado de una familia evangélica, Mark.

—Es posible, señor. Si pudiera trabajar para una familia malvada, podría hacerme justicia a mí mismo; pero es difícil estar seguro, porque uno no puede ir diciendo por ahí que quiere un empleo y un salario y que le da igual que sea con unos malvados, ¿verdad, señor?

—Pues no —respondió el señor Pinch—, no creo que pueda.

—Una familia envidiosa —prosiguió pensativo Mark—, o pependciera, o perversa, o incluso mezquina sin más, me abriría un campo de acción en el que podría hacer alguna cosa. Quien me habría venido como anillo al dedo es ese anciano caballero que enfermó aquí: era un huésped muy difícil. En cualquier caso, tendré que esperar y ver qué es lo que se presenta, señor; espero que sea lo peor.

—Entonces ¿estás decidido a marcharte? —preguntó el señor Pinch.

—Ya he enviado el baúl, en carreta, y mañana iré a pie y subiré a la diligencia cuando me dé alcance. Así que me despido, señor Pinch... y de usted también, señor, ¡les deseo mucha suerte y felicidad!

Los dos le devolvieron el saludo entre risas, y regresaron a casa cogidos del brazo, mientras el señor Pinch informaba a su nuevo amigo de los curiosos detalles de las inquietudes de Mark Tapley que el lector ya conoce.



Entretanto Mark, que intuía que su patrona estaba muy desanimada y que él no podría responder de las consecuencias de un *tête à tête* en el bar, se ocultó de ella toda la tarde y toda la noche. En eso le fue de gran ayuda el gran número de parroquianos que acudió a la taberna, pues la noticia de su partida se había extendido y toda la noche hubo mucha gente, muchos brindis a su salud y mucho entrechocar de jarras. Por fin la casa cerró y ya no tuvo ninguna excusa. Mark puso a mal tiempo buena cara y fue decidido a la puerta del bar.

«Si la miro —pensó para sus adentros—, estoy acabado. Más vale que me vaya cuanto antes».

—Por fin has venido —dijo la señora Lupin.

—Sí —respondió Mark. Ahí la tenía.

—Y estás decidido a dejarnos, Mark —exclamó la señora Lupin.

—Pues sí —dijo Mark, sin apartar la vista del suelo.

—Yo pensaba —prosiguió la patrona, con una coqueta vacilación— que te habías... encariñado con el Dragón.

—Y así es —dijo Mark.

—Entonces —continuó la patrona, y lo cierto es que era una pregunta muy natural—, ¿por qué te vas?

Pero, como él no respondió a su pregunta, ni siquiera cuando se la repitió, la señora Lupin le puso su dinero en la mano, y le preguntó —sin aspereza, más bien al contrario— qué se iba a llevar.

Es proverbial que hay ciertas cosas que la carne y la sangre no pueden soportar. Una pregunta como esa, formulada de ese modo, en ese momento y por esa persona, resultó ser (al menos en lo que a la carne y la sangre de Mark se refiere) una de ellas. A pesar de sí mismo alzó la vista y la miró; y, después de mirarla, no pudo volver a mirar al suelo, pues de todas las patronas recias, regordetas, pechugonas, de ojos brillantes y con hoyuelos en la cara que hay en este mundo, tuvo ante sus ojos un auténtico pináculo<sup>[34]</sup>.

—Bueno, se lo diré —dijo Mark, abandonando todos sus remilgos en un instante, y abrazando a la patrona por la cintura, lo cual no la alarmó porque sabía que era muy buen muchacho—: si me llevase lo que más quiero, me la llevaría a usted. Si pensara sólo en lo que más me conviene, me la llevaría a usted. Si me llevara lo que escogerían y se llevarían a cualquier precio diecinueve de cada veinte hombres, me la llevaría a usted. Sí, así es —exclamó el señor Tapley, moviendo la cabeza con expresividad, y mirando (en un estado de arrebatado pasajero) los gruesos labios de la patrona—, y ¡a ningún hombre le extrañaría que lo

hiciese! —La señora Lupin respondió que la había dejado pasmada. Estaba perpleja de oírle decir esas cosas. Nunca lo habría pensado de él—. ¡Caramba, yo tampoco lo habría pensado de mí hasta hoy! —dijo Mark arqueando las cejas, con un gesto de alegre sorpresa—. Siempre creí que nos despediríamos sin más explicaciones; es lo que pensaba hacer cuando he entrado aquí; pero tiene usted algo que hace que uno se vuelva sensato. Así que hablemos, pero antes permita que le deje claro —lo dijo en tono más serio para evitar cualquier posible confusión— que no es mi intención cortejarla.

Una sombra —aunque ni mucho menos oscura— cruzó por un instante el ceño de la patrona. Pero se disipó enseguida con una risa surgida del fondo mismo de su corazón.

—¡Ah, muy bien —exclamó—, pues si no vas a cortejarme, más vale que apartes el brazo!

—¡Por Dios! ¿Por qué? —gritó Mark—. Es muy inocente.

—Pues claro que lo es —replicó la patrona— de lo contrario no te lo permitiría.

—Bueno —dijo Mark—. Pues entonces déjelo ahí.

Su argumento era tan razonable que la patrona volvió a reírse, le permitió que lo dejara y le animó a que le dijese lo que tuviera que decir, pero deprisa. Y luego añadió que era un descarado.

—¡Ja, ja, ja! ¡Casi lo pienso yo mismo! —exclamó Mark—. Aunque nunca lo había pensado. ¡Caramba, esta noche puedo decir cualquier cosa!

—Si no te importa, di lo que ibas a decir y deprisa —replicó la patrona—, porque quiero irme a acostar.

—Bueno, mi querida y amable señora —dijo Mark—, y nunca hubo mujer más amable que usted, muéstreme al hombre que diga lo contrario... ¿cuál sería la probable consecuencia de que los dos nos...?

—¡Oh, tonterías! —exclamó la señora Lupin—. No sigas hablando de eso.

—No, no, no son tonterías —dijo Mark—, y le pido que me escuche. ¿Cuál sería la probable consecuencia de que nos casáramos? Si ahora no estoy a gusto y feliz en este animado Dragón, ¿es de esperar que lo estuviese entonces? No. Pues bien, usted, pese a todo su buen humor, estaría siempre angustiada y preocupada, siempre incómoda, siempre pensando que se estaba haciendo demasiado vieja para mi gusto, siempre imaginándome encadenado a la puerta del Dragón y deseando escapar. No sé si sería así —dijo Mark—, pero tampoco sé si no lo sería. Soy un tipo inquieto, lo sé. Me gustan los cambios. No hago más que

pensar que con mi buena salud y mi ánimo sería más meritorio ser feliz en algún sitio capaz de hacerme desdichado. Tal vez sea un defecto mío, pero la única manera de corregirlo es ponerlo a prueba. ¿No es entonces mejor que me vaya, sobre todo ahora que su desenvoltura me ha ayudado a decirle todo esto y podemos despedirnos como buenos amigos, como hemos sido siempre desde que entré por primera vez en este noble Dragón para el que —añadió a modo de conclusión— sólo tendré buenas palabras y aún mejores deseos hasta el día de mi muerte?

La patrona guardó silencio un instante, pero enseguida puso las manos en las de Mark y las estrechó con cordialidad.

—Pues sí que eres un buen hombre —dijo mirándolo a la cara con una sonrisa, que era bastante seria para tratarse de ella—. Y creo que esta noche has sido el mejor amigo que he tenido en mi vida.

—¡Oh!, eso —dijo Mark— es una tontería. Pero ¡por mi alma —añadió, mirándola en una especie de éxtasis—, si tal es su disposición, a cuantos posibles maridos no podrá usted enamorar!

Ella volvió a reírse al oír el cumplido; y una vez más le estrechó ambas manos, luego le pidió que se acordara de ella si alguna vez necesitaba un amigo, y se marchó apresuradamente del bar por las escaleras del Dragón.

—Se va tarareando una canción —dijo Mark escuchándola—, para que no piense que está triste y no me desanime. ¡Bueno, por fin tiene algún mérito estar alegre!

Y con ese parco consuelo, pronunciado con gran tristeza, se fue a la cama sintiéndose cualquier cosa menos alegre.

Se despertó temprano a la mañana siguiente y se puso en marcha antes de que amaneciera. Pero de nada sirvió; el pueblo entero se levantó para despedir a Mark Tapley: los muchachos, los perros, los niños, los viejos, los trabajadores y los ociosos, todos estaban allí, todos decían: «Adiós, Mark» a su manera, y todos lamentaban que se fuese. De algún modo intuyó que su antigua patrona lo estaba mirando desde la ventana de su cuarto, pero no tuvo valor para volver la vista atrás.

—¡Adiós, adiós a todos y a cada uno de vosotros! —gritó Mark ondeando el sombrero en la punta de su bastón, mientras avanzaba a grandes zancadas por la calle—. ¡Qué campechanos son los carreteros! ¡Hurra! ¡Ahí va el perro del carnicero que sale del jardín... quieto, amigo! Y el señor Pinch, que va a tocar el órgano... ¡Adiós, señor! Y la *terrier* de la casa de enfrente, ¡vamos, chica, deprisa! Y niños suficientes para que la raza humana perdure hasta la posteridad más postrera... ¡Adiós, niños y niñas! Esto sí que tiene mérito. Por fin estoy demostrando mi estoicismo. Estas circunstancias pondrían a prueba a cualquiera; pero estoy alegre; no tanto como me gustaría, pero casi. ¡Adiós! ¡Adiós!

## Capítulo VIII. Que acompaña al señor Pecksniff y a sus encantadoras hijas a la ciudad de Londres; y relata lo que ocurrió por el camino

Cuando el señor Pecksniff y las dos señoritas subieron a la lenta diligencia al final de la calle, la encontraron vacía, lo que resultó un gran consuelo; sobre todo porque los asientos de fuera estaban todos ocupados y los pasajeros parecían bastante congelados. Y es que, como observó con justicia el señor Pecksniff después de que él y sus hijas hundiesen los pies en la paja, se embozaran hasta la barbilla y subieran las dos ventanillas, siempre es agradable saber, cuando hace mal tiempo, que hay muchas personas que no están tan calientes como tú. Y eso, afirmó, era muy natural, y una afortunada disposición, que no se limitaba sólo a las diligencias, sino que se extendía a numerosas ramificaciones sociales. «Pues —observó—, si todo el mundo estuviese caliente y bien alimentado, eso nos privaría del placer de admirar el estoicismo con que ciertas personas soportan el frío y el hambre. Y, si no fuésemos más acaudalados que nadie, qué sería de nuestro sentido de la gratitud, que —dijo el señor Pecksniff con lágrimas en los ojos, mientras amenazaba con el puño a un mendigo que quería subir atrás— es uno de los sentimientos más sagrados de nuestra común naturaleza».

Sus hijas escucharon con la apropiada reverencia esos preceptos morales de su padre, y expresaron su aquiescencia con sonrisas. Para poder cuidar y alimentar mejor esa llama sagrada de la gratitud en su pecho, el señor Pecksniff observó que, aunque estuviesen todavía en las primeras etapas del viaje, iba a molestar a su hija mayor pidiéndole la botella de *brandy*. Y bebió un copioso trago del estrecho cuello de dicho recipiente de porcelana.

—¿Qué somos —dijo el señor Pecksniff— sino diligencias? Algunos somos diligencias lentas...

—¡Por Dios, papá! —exclamó Charity.

—Algunos, digo —continuó su padre aún con mayor énfasis—, somos diligencias lentas; otros somos diligencias veloces. Nuestras pasiones son los caballos, ¡unos animales muy desenfrenados...!

—¡De verdad, papá! —exclamaron al unísono sus dos hijas—. ¡Qué desagradable!

—¡Unos animales muy desenfrenados...! —insistió el señor Pecksniff, con tanta determinación que podría haberse dicho que en ese momento él mismo hacía gala de cierto desenfreno moral—, y la virtud es la carga.

Partimos de Los Brazos de la Madre y corremos hacia La Palada de Tierra<sup>[35]</sup> .

Dicho esto, el señor Pecksniff se sintió exhausto y bebió un poco más. Hecho lo cual, volvió a poner el tapón en la botella, con el aire de quien ha zanjado una cuestión y se quedó dormido las siguientes tres postas.

La tendencia de la humanidad cuando se queda dormida en una diligencia es a despertarse de malhumor, a descubrir que las piernas chocan con otras piernas y que le duelen los callos. Y, como el señor Pecksniff no estaba exento del destino común de la humanidad, descubrió al despertar de su cabezada que era víctima de todas esas molestias y sintió la irresistible inclinación de descargarlas en sus hijas, algo que había empezado a hacer dando patadas caprichosamente y haciendo otros movimientos inesperados con los pies, cuando la diligencia se detuvo, y después de una breve demora, la puerta se abrió.

—Veamos —dijo una voz aguda en la oscuridad—, mi hijo y yo nos sentaremos dentro porque no queda sitio en el techo, pero pagaremos sólo el precio de un asiento de fuera. Está entendido que no vamos a pagar más, ¿verdad?

—Sí, señor —replicó el guardia.

—¿Hay alguien dentro ahora? —preguntó la voz.

—Tres pasajeros —respondió el guardia.

—Pues le pido a los tres pasajeros que, si no es molestia, sean testigos de nuestro acuerdo —dijo la voz—. Hijo mío, creo que podemos subir sin contratiempos. —Y, en cumplimiento de tal opinión, dos personas ocuparon sus asientos en el vehículo, que estaba solemnemente autorizado por una Ley del Parlamento a transportar a cualesquiera seis personas que pudieran pasar por la puerta—. ¡Hemos tenido suerte! —susurró el anciano, cuando volvieron a ponerse en camino—. Y tú has sido muy diplomático al sugerirlo. ¡Je, je, je! Como para viajar fuera. Me habría muerto de reumatismo.

No está claro si al hijo respetuoso se le ocurrió que se había extralimitado al contribuir a prolongar la vida de su padre, o si el frío le había puesto de malhumor. Pero el caso es que le dio tal codazo a su padre a modo de respuesta que a dicho anciano caballero le asaltó un ataque de tos que le duró más de cinco minutos sin interrupción y causó tal irritación en el señor Pecksniff que dijo por fin, y de manera inesperada:

—¡No hay sitio! ¡Lo cierto es que no hay sitio en esta diligencia para un caballero con semejante resfriado de nariz!

—El mío —dijo el anciano, después de una pausa— es de pecho, Pecksniff.

La voz y el tono con que habló, su compostura, la presencia de su hijo y que conociera al señor Pecksniff suministró una pista sobre su identidad que fue imposible confundir.

—¡Ejem! Pensé —dijo el señor Pecksniff, volviendo a recuperar su placidez habitual— que me dirigía a un desconocido. Ahora veo que me dirijo a un pariente. El señor Anthony Chuzzlewit y su hijo, el señor Jonas, pues ellos son, mis queridas hijas, nuestros compañeros de viaje, me disculparán por mi aparentemente desabrida observación. No pretendo herir los sentimientos de ninguna persona con quien me unan lazos familiares. Seré hipócrita —dijo en tono cortante el señor Pecksniff—, pero no grosero.

—¡Bah, bah! —dijo el anciano—. ¿Qué significa esa palabra, Pecksniff? ¡Hipócrita! Todos somos hipócritas. Y todos lo fuimos el otro día. Estoy convencido de que en eso estuvimos de acuerdo, o no le habría acusado a usted de serlo. Si no hubiésemos sido unos hipócritas no habríamos ido allí. La única diferencia entre usted y los demás es... ¿quiere que le diga la diferencia entre usted y los demás, Pecksniff?

—Si tiene la bondad, señor mío, si tiene la bondad.

—Pues su cualidad más irritante es —dijo el anciano— que nunca pacta ni se asocia con nadie para llevar a cabo sus manejos; pretende engañar a todo el mundo, incluso a quienes practican sus mismas mañas; y se comporta como si, ¡je, je, je!, como si de verdad creyera lo que dice. Apostaría cualquier cosa —dijo el anciano—, si apostara, cosa que no hago ni he hecho jamás, a que mantiene usted las apariencias por un entendimiento tácito incluso delante de sus propias hijas aquí presentes. En cambio yo, cuando planeo alguna cosa, se lo cuento a Jonas y lo hablamos sin tapujos. ¿No se habrá ofendido, señor Pecksniff?

—¡Ofendido, señor mío! —exclamó el caballero, como si le hubiesen hecho el mayor halago que pudiera formularse en inglés.

—¿Viaja usted a Londres, señor Pecksniff? —preguntó el hijo.

—Sí, señor Jonas, vamos a Londres. Imagino que tendremos el placer de disfrutar todo el viaje de su compañía, ¿no?

—¡Dios!, será mejor que se lo pregunte a mi padre —dijo Jonas—. Yo no pienso comprometerme.

Esta respuesta dio mucho que pensar al señor Pecksniff. Cuando dejó de reírse, el señor Jonas le dio a entender que su padre y él iban de hecho a su hogar en la metrópolis, y que, desde el día memorable de la gran

reunión familiar, se habían demorado en esa parte del país, velando por la venta de ciertas inversiones atractivas a las que les habían echado el ojo como accionistas a su llegada; pues, si podían, prefería —dijo el señor Jonas— matar dos pájaros de un tiro y no tirar sardinas al mar si no era como cebo para ballenas. Después de comunicarle al señor Pecksniff esta sucinta información, añadió que «Si no le importaba, lo dejaría conversando con su padre y tendría una charla con las chicas», y a fin de poner en práctica su educado propósito, se levantó del asiento contiguo al de dicho caballero y se instaló en el rincón de enfrente, al lado de la bella señorita Mercy.

La educación del señor Jonas se había basado desde la cuna en los más estrictos principios del beneficio propio. La primera palabra que aprendió a deletrear fue «ganancia» y la segunda (cuando aprendió a juntar sílabas) «dinero». Pero, excepto por dos efectos que tal vez no supo prever al principio su vigilante padre, podría decirse que su formación fue irreprochable. Uno de esos defectos era que, como su padre le había enseñado siempre a extralimitarse con los demás, llegó a adquirir imperceptiblemente la afición de extralimitarse también con su venerable progenitor. Y el otro que, a raíz de la costumbre adquirida de niño de considerar todo una cuestión de propiedad, poco a poco había llegado a considerar, con impaciencia, a su padre como cierta cantidad de bienes personales que no tenían derecho a andar por ahí sueltos, sino que debían ser custodiados en esa peculiar caja fuerte llamada ataúd que se guarda en la tumba.

—¡Bueno, prima! —dijo el señor Jonas—. Porque somos primos, aunque un poco lejanos... ¿Conque a Londres? —La señorita Mercy respondió afirmativamente, pellizcó al mismo tiempo el brazo de su hermana y soltó una risita exagerada—. En Londres hay muchos galanes —dijo Jonas, moviendo imperceptiblemente el codo.

—¡Desde luego, señor! —exclamó la señorita—. Pero no creo que eso nos haga ningún daño, señor. —Y, después de pronunciar tan recatada respuesta, su propia broma le hizo tanta gracia que tuvo que acallar sus risas en el chal de su hermana.

—Merry —exclamó esa prudente damisela—, de verdad que me avergüenzas. ¿Cómo puedes hablar así? ¡Qué vehemente eres!

Al oír lo cual la señorita Merry se rió aún más, claro.

—El otro día noté vehemencia en su mirada —dijo el señor Jonas dirigiéndose a Charity—. En cambio, ¡tú estuviste muy solemne! ¡La verdad es que me pareciste un poco estirada, prima!

—¡Oh, qué hombre tan anticuado! —dijo Merry con un susurro—. Cherry, cariño, palabra que vale más que te sientes tú a su lado. Si sigue hablándome así me muero, ¡de verdad te lo digo!

Y, para evitar tan fatal consecuencia, la alegre criatura se levantó del asiento y empujó a su hermana para que ocupara el sitio que acababa de dejar libre.

—No te preocupes si me apretujas —exclamó el señor Jonas—. Me gusta que me apretujen las chicas. Acércate más, prima.

—No, gracias, señor —dijo Charity.

—Ya está la otra riéndose otra vez —observó el señor Jonas—, seguro que está burlándose de mi padre. Como se ponga el viejo gorro de dormir de franela, ¡no sé lo que hará! ¿Es mi padre quien ronca, señor Pecksniff?

—Sí, señor Jonas.

—¿Tendría la bondad de pisarle un pie? —dijo el joven caballero—. El que tiene usted a su lado es el gotoso. —Como el señor Pecksniff dudó si prestarle tan amistoso servicio, el señor Jonas lo hizo él mismo y gritó al mismo tiempo—: Vamos, papá, despierta, o acabarás teniendo pesadillas y poniéndote a chillar, lo sé... ¿Alguna vez tienes pesadillas, prima? —le preguntó a su vecina, volviendo a bajar la voz con característica galantería.

—A veces —respondió Charity—. No muy a menudo.

—Y la otra —dijo el señor Jonas, después de una pausa— ¿tiene pesadillas?

—No lo sé —replicó Charity—. Será mejor que se lo pregunte a ella.

—Se ríe tanto que no hay manera de hablar con ella —dijo Jonas—. ¡Mírala ahora! ¡Aquí la única sensata eres tú, prima!

—¡Bah! —exclamó Charity.

—Pero ¡lo eres! ¡Lo sabes de sobra!

—Merry es un poco alocada —dijo la señorita Charity—. Pero ya se calmará con el tiempo.

—Mucho tiempo tendrá que pasar —replicó su primo—. Ponte más cómoda.

—No quisiera apretujarle —dijo Charity. Aun así se acomodó; y, después de una o dos observaciones a propósito de la extremada lentitud de la diligencia y del gran número de paradas que hacía, se sumieron en un silencio que no rompió nadie hasta la hora de la cena.



Aunque el señor Jonas acompañó a Charity al hotel y se sentó a su lado a la mesa, estaba muy claro que también pensaba en «la otra», pues miraba a menudo a Mercy, y parecía estar haciendo comparaciones entre la apariencia personal de ambas, de las que salía mejor librada la mayor redondez de la hermana pequeña. No obstante, no dedicó mucho tiempo a ese tipo de observaciones, pues estaba muy ocupado con la cena, que tal como le susurró al oído su bella compañera era una especie de negocio en el que cuanto más comieses mayor era la ganancia. Su padre y el señor Pecksniff, probablemente movidos por el mismo sabio principio, trituraron todo lo que había a su alcance, y de ese modo adquirieron una grasienta expresión en el semblante, que indicaba una dicha, si no una saciedad, muy agradables de contemplar.

Cuando no pudieron comer más, el señor Pecksniff y el señor Jonas pidieron dos copas de seis peniques de *brandy* caliente con agua cada uno, pues a este último caballero eso le pareció más razonable que pedir la de un chelín, pues de ese modo podían sacarle más licor al hospedero que con una sola copa. Después de haber tragado su parte del estimulante fluido, el señor Pecksniff, con la excusa de ir a ver si la diligencia estaba lista, fue discretamente al bar y pidió que le rellenasen su botella, para poder reconfortarse a voluntad en la oscuridad de la diligencia, sin que le vieses.

Concluidos dichos preparativos, y dispuesta la diligencia, volvieron a ocupar sus asientos, y una vez más se pusieron en marcha. Pero, antes de prepararse para echar una cabezada, el señor Pecksniff pronunció una especie de bendición de sobremesa con estas palabras:

—El proceso de la digestión, según me han contado amigos anatomistas, es una de las funciones más maravillosas de la naturaleza. No sé a los demás, pero para mí es una enorme satisfacción saber, cuando disfruto de un frugal refrigerio, que estoy poniendo en marcha la más bella maquinaria de la que se tiene conocimiento. En esas ocasiones me siento como si estuviese prestando un servicio público. Cuando me he dado cuerda, si se me permite utilizar esa expresión —dijo el señor Pecksniff con exquisita ternura— y sé que estoy andando, ¡tengo la sensación de que, gracias a la lección que imparte lo que sucede en mi interior, soy un benefactor de la humanidad!

Como no había nada que añadir, nadie dijo nada; y el señor Pecksniff, es de suponer que exultante por su utilidad moral, volvió a quedarse dormido.

El resto de la noche transcurrió como de costumbre. El señor Pecksniff y el viejo Anthony siguieron chocando entre sí y despertándose aterrorizados; o aplastaron la cabeza en sus respectivos rincones de la diligencia y se tatuaron —Dios sabrá cómo— de manera muy extraña la superficie del rostro mientras dormían. La diligencia se detuvo y siguió su camino, siguió su camino y se detuvo en innumerables ocasiones. Unos pasajeros subieron y otros se apearon, engancharon y desengancharon los caballos de refresco sin que apenas pasara tiempo

entre un tiro y otro, según les pareció a los que dormitaban, y con intervalos de casi una noche entera, según les pareció a quienes estaban despiertos. Por fin empezaron a traquetear y a dar saltos sobre unos adoquines muy irregulares, y el señor Pecksniff se asomó a la ventana, anunció que era por la mañana y que habían llegado.

Muy poco después la diligencia se detuvo en la oficina de la ciudad<sup>[36]</sup> ; y la calle en la que estaba situada estaba tan ajetreada que confirmó plenamente la afirmación del señor Pecksniff de que ya era por la mañana, aunque por los indicios que aparecían en el cielo lo mismo podría haber sido medianoche. Había además una densa niebla, como si estuviesen en una ciudad en las nubes, a la que hubiesen viajado toda la noche por el tallo de una mata de habichuelas mágicas, y una gruesa corteza en la acera que parecía torta de linaza; de la que uno de los pasajeros que viajaban fuera (un loco, sin duda) le dijo a otro (su guardián, por supuesto) que era nieve.

Después de despedirse confusamente de Anthony y de su hijo, y de dejar su equipaje y el de sus hijas en la oficina para ir a recogerlo después, el señor Pecksniff, con una señorita enganchada de cada brazo, cruzó una calle, y luego otras calles y subió por extrañas plazuelas y bajó por raros callejones y pasó por debajo de estrechos arcos, en una especie de frenesí, esquivando aquí una perrera, corriendo para esquivar un coche de caballos, pensando que se había extraviado, creyendo después que había vuelto a encontrar el camino, ora en un estado de extremada confianza, ora profundamente desanimado, pero siempre muy agitado y sudoroso, hasta que por fin se detuvieron en una especie de plazuela empavesada cercana al Monumento<sup>[37]</sup> . Es decir, eso dijo el señor Pecksniff, porque, a juzgar por lo que se veía del Monumento, o de cualquier otra cosa que no fuesen los edificios cercanos, lo mismo podrían haber estado jugando a la gallina ciega en Salisbury.

El señor Pecksniff miró a su alrededor, y luego llamó a la puerta de un edificio muy sucio, incluso comparado con la selecta selección de edificios sucios que tenían a mano, en cuya fachada había un pequeño cartel ovalado, como una bandeja de té, con esta inscripción: PENSIÓN COMERCIAL. SR. TODGERS.

Al parecer el señor Todgers no se había levantado todavía, pues el señor Pecksniff llamó dos veces a la puerta y tiró tres veces de la campanilla sin causar ninguna impresión a nadie, sólo a un perro que había al otro lado de la calle. Por fin quitaron una cadena y recorrieron varios cerrojos con un ruido herrumbroso, como si el tiempo hubiese enronquecido a los mismísimos cierres, y apareció un niño pequeño de cabezota pelirroja y casi sin nariz, con una bota de agua muy sucia en el brazo izquierdo; y (sorprendido) se frotó la citada nariz con la parte de atrás de un cepillo para los zapatos y no dijo nada.

—¿Todavía en la cama, muchacho? —preguntó el señor Pecksniff.

—¡Todavía en la cama! —replicó el crío—. Ojalá siguieran en la cama. Lo que hacen es meter mucho ruido desde la cama pidiendo todos las botas al mismo tiempo. Pensé que traía usted el periódico, y me extrañaba que no lo metiera por la rejilla como siempre. ¿Qué es lo que quiere?

Teniendo en cuenta su edad, que era escasa, podría decirse que el joven hizo aquella pregunta muy serio, y en un tono más bien desafiante. Pero el señor Pecksniff, sin ofenderse por su actitud, le puso una tarjeta de visita en la mano, le pidió que la llevase arriba y que entretanto los hiciese pasar a algún cuarto donde hubiese fuego.

—O si está encendido el del comedor —dijo el señor Pecksniff—, ya sé ir solo.

Y, sin más preámbulos, condujo a sus hijas a una sala en la planta baja, donde habían extendido ya el mantel (más bien pequeño para la mesa que cubría) del desayuno, que consistía en un gran plato de ternera hervida y sonrosada, una muestra de esa barra de pan que las patronas llaman pan de cuarto poco cocido, una abundante provisión de tazas y platillos y los demás utensilios habituales.

Al otro lado de la rejilla de la chimenea había media docena de botas y zapatos de varios tamaños, recién limpiados y con las suelas hacia arriba para que se secaran, y unas polainas negras, en una de las cuales algún caballero, con la excusa de bajar a adecentarse, había escrito con tiza antes de regresar a su habitación: «Propiedad de Jinkins» mientras que en la otra había un boceto de perfil que pretendía ser un retrato del propio Jinkins.

La pensión comercial del señor Todgers era una de esas casas que tienden a ser oscuras a cualquier hora del día, pero esa mañana lo era especialmente. En el pasillo se notaba un olor especial, como si la esencia concentrada de todas las comidas que se habían preparado en la cocina desde que se construyó la casa, se hubiese conservado en lo alto de las escaleras hasta ese momento y, al igual que el monje negro en *Don Juan*<sup>[38]</sup>, «se resistiera a marcharse». En particular se notaba cierto olor a col; como si todas las verduras que se hubiesen hervido allí fuesen perennes y florecieran con un vigor imperecedero. El salón tenía un zócalo que hacía pensar a los desconocidos en ratas y ratones de manera magnética e instintiva. La escalera era muy oscura y muy ancha, con balaustradas tan gruesas y sólidas que habrían servido para sostener un puente. En un oscuro rincón del primer rellano había un antiguo y gigantesco reloj de pared absurdamente coronado por tres bolas de latón, que muy pocos habían visto —nadie lo miraba nunca— y que parecía continuar con su lento tictac sólo para advertir a los despistados de que no chocasen con él por accidente. La pensión Todgers no había sido pintada ni empapelada desde que el hombre tiene memoria. Las paredes estaban muy negras, sucias y mohosas. Y en lo alto de la escalera, había un viejo, destartado y cochambroso tragaluz, reparado y parchado de mil maneras, que miraba con

desconfianza todo lo que sucedía debajo, y cubría toda la pensión como si fuese una especie de invernadero para pepinillos y sólo se cultivaran en ella personas con un crecimiento particular.

El señor Pecksniff y sus hermosas hijas llevaban apenas diez minutos calentándose delante del fuego cuando oyeron unos pasos en las escaleras, y la deidad que presidía la pensión apareció apresuradamente.

El señor Todgers era una señora —una señora más bien huesuda y de rasgos severos— con unos ricitos en el flequillo con forma de barriles de cerveza y coronada con algo hecho de redecilla —no podía llamarse exactamente una cofia— que parecía una telaraña negra. Llevaba una cestita del brazo y dentro de ella un manojito de llaves que tintinearón cuando entró. En la otra mano sujetaba una vela de sebo encendida, que, después de contemplar al señor Pecksniff un instante bajo su luz, dejó sobre la mesa, con el objeto de recibirle con la mayor cordialidad.

—¡Señor Pecksniff —exclamó la señora Todgers—, bienvenido a Londres! ¡Quién habría imaginado una visita así, después de, Dios mío, tantísimos años! ¿Cómo está usted, señor Pecksniff?

—Tan bien y tan contento de verla como siempre —respondió el señor Pecksniff—. ¡Caramba, pero si está usted más joven que nunca!

—¡Usted sí que parece más joven! —dijo la señora Todgers—. No ha cambiado nada.

—¿Qué me dice de esto? —exclamó el señor Pecksniff, alargando el brazo hacia las dos señoritas—. ¿No me hace más viejo?

—¡No me diga que son sus hijas! —exclamó la señora levantando las manos y entrelazándolas— ¡Oh, no señor Pecksniff! Son su segunda esposa y su dama de honor.

El señor Pecksniff sonrió complacido; movió la cabeza y dijo:

—Mis hijas, señora Todgers, mis hijas nada más.

—¡Ah! —suspiró la buena señora—. Tendré que creerle, pues ahora que las veo me da la impresión de que las habría reconocido en cualquier parte. ¡Mis queridas señoritas, no saben la alegría que me ha dado su padre!

Las abrazó a las dos; y, dejándose dominar por sus sentimientos o por el tiempo inclemente de aquella mañana, sacó un pañuelito de la cesta y se lo llevó a la cara.

—Y ahora, mi querida señora —dijo el señor Pecksniff—, conozco las normas de su pensión y sé que sólo aloja usted a caballeros. Pero al

salir de casa pensé que tal vez haría una excepción con mis hijas y les daría alojamiento.

—¿Tal vez? —exclamó extasiada la señora Todgers—. ¿Tal vez?

—Quizá debería haber dicho que estaba seguro de que lo haría usted —dijo el señor Pecksniff—. Sé que tiene usted un cuartito propio, y que pueden acomodarse allí y no comer en la mesa general.

—¡Mis queridas niñas! —dijo la señora Todgers—. Debo tomarme otra vez esa libertad. —La señora Todgers quería decir con eso que tenía que volver a abrazarlas, y así lo hizo con mucho fervor. Pero lo cierto era que, como la casa estaba llena excepto por una cama que ocuparía el señor Pecksniff, necesitó tiempo para pensarlo; y tanto tiempo (pues lo de instalarlas era un asunto peliagudo) que, incluso cuando concluyó ese segundo abrazo, se quedó un momento mirando a las dos hermanas con el afecto brillándole en un ojo y el cálculo resplandeciendo en el otro—. Creo que ya sé cómo arreglarlo —dijo por fin la señora Todgers—. Hay un sofá cama en el tercer cuartito que da a mi salón. ¡Oh, mis queridas niñas!

Tras lo cual volvió a abrazarlas, afirmando que no sabía cuál de las dos se parecía más a su pobre madre (y era muy probable, pues nunca había visto a dicha señora), pero que creía que era la pequeña; y luego añadió que, como los caballeros no tardarían en bajar, y las señoritas estarían cansadas del viaje, tal vez querrían ir cuanto antes a su habitación.

Estaba en el mismo piso; y era, de hecho, el salón trasero; tenía, como dijo la señora Todgers, la gran ventaja (en Londres) de no tener enfrente, como comprobarían en cuanto se despejase la niebla, ningún edificio. Y no lo decía por presumir, pues lo único que se veía era una pared marrón a menos de medio metro, con un depósito de agua encima. Al dormitorio de las dos señoritas se llegaba desde dicho salón por una cómoda puertecita que sólo se abría cuando la empujaba alguien muy fuerte. Daba a otro ángulo de la pared y a otro lado del depósito de agua.

—No es la parte más húmeda —dijo la señora Todgers—. Esa es la del señor Jinkins.

En el primero de aquellos santuarios encendió enseguida un fuego un joven mozo de cuerda que silbaba cuando no lo veía la señora Todgers (por no hablar del modo en que dibujaba figuras en su pantalón de pana con la madera quemada) y a quien dicha señora echó de allí con un pescozón en cuanto lo descubrió. Después de preparar el desayuno de las señoritas con sus propias manos, se retiró a la otra habitación, donde parecía continuar de forma ruidosa la broma a expensas del señor Jinkins.

—No os preguntaré, queridas hijas —dijo el señor Pecksniff, asomándose por la puerta—, si os gusta Londres.

—¡No hemos visto casi nada, papá! —exclamó Merry.

—Nada, diría yo —dijo Cherry. (Las dos muy apesadumbradas).

—Cierto —reconoció el señor Pecksniff—, es cierto. Pero, además de a los placeres, debemos atender a nuestras obligaciones. Todo a su tiempo. ¡Todo a su debido tiempo!

Si el motivo que había llevado al señor Pecksniff a Londres era o no estrictamente profesional como le había dado a entender a su nuevo discípulo, lo veremos, por utilizar la fraseología de ese hombre tan valioso, «a su debido tiempo».

## Capítulo IX. La ciudad y la pensión Todgers

Sin duda no hubo nunca, en ningún otro distrito, ciudad, o villorrio del mundo, un sitio tan singular como la pensión Todgers. Y sin duda Londres, a juzgar por esa parte de la ciudad que rodeaba la pensión y la empujaba y aplastaba, que clavaba en ella sus codos de cemento y ladrillo, que impedía que le llegara el aire y que se interponía entre ella y la luz, era digna de Todgers, y estaba cualificada para trabar una estrecha relación y alianza con los cientos y miles de miembros de esa extraña familia a la que pertenecía Todgers.

Pasear por el barrio de Todgers como si paseases por cualquier otro barrio era sencillamente imposible. Podías abrirte paso una hora a tientas por callejones y travesías, por plazuelas y pasadizos sin llegar ni una sola vez a ningún sitio que pudiera llamarse razonablemente una calle. Al forastero le embargaba una especie de aturdimiento resignado mientras recorría esos tortuosos laberintos, y, creyéndose extraviado, entraba, salía, daba una vuelta completa y regresaba tranquilamente cuando llegaba a un callejón sin salida o le cortaba el paso una reja de hierro, con la sensación de que tarde o temprano daría con los medios para escapar, pero que intentar adelantar ese momento era inútil. Se conocían casos de personas a quienes habían invitado a comer en Todgers y que habían dado vueltas y vueltas mucho tiempo, teniendo sus chimeneas a la vista, y que, convencidas por fin de que era imposible llegar, se habían vuelto a casa dominadas por una plácida sensación de melancolía. Nadie había encontrado jamás Todgers gracias a una indicación verbal, ni siquiera dada a un minuto a pie de la pensión. Se sabía de ciertos cautos emigrantes de Escocia o del norte de Inglaterra que habían llegado sin dificultad, convenciendo a un niño criado en la beneficencia y oriundo de la ciudad de que los acompañara, o siguiendo muy de cerca al cartero; pero eran raras excepciones que sólo servían para demostrar que Todgers se hallaba en un laberinto, cuyo secreto sólo conocían unos cuantos elegidos.

Varios vendedores ambulantes de fruta tenían sus puestos cerca de Todgers; y una de las primeras impresiones que se llevaba el forastero era la de las naranjas, naranjas estropeadas, con manchas azules y verdosas, pudriéndose en cajas o enmoheciéndose en sótanos. Todo el día, un torrente de mozos de los muelles fluviales, cada cual con un cajón de naranjas a la espalda, se filtraba lentamente por los estrechos callejones; mientras, debajo del arco que había al lado de la taberna, las almohadillas que protegían los hombros de quienes descansaban y se regocijaban en el interior se amontonaban de la mañana a la noche. Cerca de Todgers había extrañas y solitarias tomas de agua, que en su mayor parte se ocultaban en callejones sin salida y hacían compañía a las escaleras de incendios. También había decenas de iglesias, con pequeños y fantasmales cementerios, cubiertos de esa vegetación descuidada que crece espontáneamente en las zonas húmedas, en las

tumbas y en la basura. En algunos de esos sombríos camposantos, que guardaban el mismo parecido con un cementerio de iglesia que los tiestos de reseda y alhelíes que los contemplaban desde las ventanas con los jardines del campo, había árboles; arboles muy altos, que todavía echaban hojas cada año, con un lánguido recuerdo para los de su especie (eso imaginaba uno al ver sus ramas enfermizas), similar al que tienen los pájaros enjaulados de los de la suya. Viejos guardas entumecidos vigilaban los cuerpos de los muertos de noche, año tras año, hasta que por fin ingresaban también en esa solemne hermandad; y, si no fuera porque bajo tierra dormían un sueño más profundo del que nunca habían conocido encima de ella, y porque estaban encerrados en otro tipo de caja, su situación apenas se podía decir que hubiese sufrido ningún cambio material cuando a su vez eran ellos los vigilados.

Entre los estrechos callejones cercanos quedaba aquí y allá alguna antigua puerta de roble tallado, de donde antaño salían rumores de festejos y banquetes; pero ahora esas mansiones, utilizadas sólo como almacenes, eran oscuras y aburridas, y repletas como estaban de lana, algodón y otras mercancías que amortiguan el ruido y estrangulan hasta el más mínimo eco, tenían una apariencia falta de vida tan palpable que añadida a su silencio y desolación, las volvía muy lúgubres. Del mismo modo, había sombrías plazuelas en aquel vecindario, a las que sólo iban a parar algunos paseantes extraviados, y en las que colgaban de altas grúas, eternamente suspendidos entre el cielo y la tierra, y sin que nadie supiese si iban a subirlos o a bajarlos, enormes sacos y paquetes de mercancías. Había más carros cerca de Todgers que los que cualquiera consideraría necesarios para toda una ciudad; no eran carros activos, sino una raza vagabunda, siempre haraganeando en las estrechas callejas a la puerta de la casa de sus dueños y entorpeciendo el paso, por lo que, cuando algún coche de alquiler extraviado o alguna pesada carreta pasaba por allí, causaban tanto alboroto que se animaba todo el vecindario, y conseguían que las mismísimas campanas de la iglesia más cercana volviesen a vibrar. En las gargantas y en las fauces de oscuros callejones sin salida vinateros y verduleros al por mayor habían construido pueblos en miniatura; y en las profundidades de los cimientos de estos edificios, el suelo estaba minado y perforado por establos donde los domingos se oía el repiqueteo de los roncales de los caballos de tiro a los que molestaban las ratas, igual que en los cuentos de casas encantadas se oyen las cadenas de los espíritus perturbados.

Hablar de la mitad de las extrañas y antiguas tabernas que vivían una secreta y soñolienta existencia cerca de Todgers bastaría para llenar un libro muy grueso; y podría dedicarse un segundo tratado no menos voluminoso a describir a los extraños y viejos parroquianos que frecuentaban sus salones mal iluminados. Eran, en general, los antiguos habitantes de esa región, nacidos y criados allí, y hacía mucho que se habían vuelto asmáticos, sibilantes y jadeantes, excepto cuando se trataba de contar historias, para lo que aún les quedaba aire de sobra. Esos caballeros se oponían al uso del vapor y a los nuevos inventos, consideraban que la ascensión en globo era pecaminosa y deploraban la degeneración de la época, que el miembro concreto de cada pequeño



club encargado de custodiar las llaves de la iglesia más cercana atribuía siempre profesionalmente al predominio de la disensión y la irreligiosidad; aunque la mayoría se inclinaba a creer que la virtud había desaparecido junto con los polvos para el pelo, y que la grandeza de la vieja Inglaterra había decaído a la vez que los barberos.

En cuanto a la propia Todgers, considerada sólo como un edificio más del vecindario, y sin aludir a sus méritos como pensión comercial, merecía estar allí donde estaba. Había una ventana en la escalera de un lado de la casa, en la planta baja, que, según la tradición, no se había abierto al menos en cien años y que, como daba a una calleja que siempre estaba sucia, estaba tan mugrienta y cubierta del barro de un siglo, que ni uno sólo de sus cristales se habría caído, ni aunque se hubiesen rajado y roto todos veinte veces. Pero el mayor misterio de Todgers era la bodega, a la que se accedía sólo por una pequeña puerta trasera y una reja herrumbrosa, y que desde que el hombre tiene memoria no había estado unida a la casa, sino que siempre había sido propiedad de otros, y de la que se decía que estaba repleta de tesoros: aunque en qué forma —plata, cobre, oro, botas de vino o barriles de pólvora— inspiraba una profunda incertidumbre y una suprema indiferencia a Todgers y todos sus huéspedes.

La parte superior de la casa tenía su interés. Había una especie de terraza en el tejado con unos palos y varios fragmentos de cuerdas podridas pensadas en otro tiempo para tender la ropa; y había también dos o tres cajas de té llenas de tierra con unas cuantas plantas olvidadas que se erguían como bastones. Quien trepaba a ese observatorio se sorprendía al principio al golpearse la cabeza al salir, y luego se ahogaba un momento al verse obligado a asomarse a la chimenea de la cocina; pero, superados estos dos obstáculos, había cosas que valía la pena ver desde lo alto de Todgers. En primer lugar se apreciaba por encima de los tejados y extendiéndose a lo lejos, un largo sendero oscuro: la sombra del Monumento y, al darse la vuelta, el elevado original con todos los cabellos erizados sobre la dorada cabeza, como si le espantara lo que sucedía en la ciudad<sup>[39]</sup>. Después estaban las agujas, las torres, los campanarios, las brillantes veletas y los mástiles de los barcos: un auténtico bosque. Aguilones, tejados, ventanas de buhardillas, una selva encima de otra selva. Humo y ruido suficientes para el mundo entero.

Después de la primera mirada, había leves rasgos en mitad de aquella multitud de objetos que se alzaban de la masa sin motivos, por así decirlo, y captaban la atención tanto si el espectador quería como si no.

Así, las chimeneas giratorias de un grupo de edificios parecían dar vueltas muy serias sobre sí mismas de vez en cuando y susurrarse lo que habían visto abajo. Otras, de forma torcida, parecían estar inclinadas para tapar la vista de la pensión. El hombre que estaba reparando un palomar en lo alto de un edificio cobraba una inusitada importancia en la escena y dejaba un hueco ridículamente desproporcionado en su extensión al retirarse. El aleteo de un trozo de tela sobre el poste del

tintorero tenía más interés en ese momento que todos los cambiantes movimientos de la muchedumbre. Sin embargo, el espectador se impacientaba sin saber por qué, el tumulto se convertía en un rugido, la hueste de objetos parecía agregarse y expandirse cien veces; y, después de mirar asustado a su alrededor, volvía a entrar en la pensión mucho más deprisa que había salido, y casi todos le decían luego a la señora Todgers que, de no haberlo hecho así, habría vuelto a la calle por el camino más corto, es decir, de cabeza.

Eso afirmaron las dos señoritas Pecksniff cuando se retiraron con la señora Todgers de aquel observatorio, dejando que el joven mozo cerrara la puerta y las siguiera por las escaleras, pues era de temperamento frívolo y apreciaba con un deleite peculiar de su sexo y de su edad cualquier ocasión de acabar hecho pedazos, por lo que se demoró un rato paseando por el parapeto.

Era ya el segundo día de su estancia en Londres, y las señoritas Pecksniff y la señora Todgers se habían hecho muchas confidencias, en tanto en cuanto dicha señora les había contado los detalles de tres desengaños de tierna naturaleza y había hecho a sus jóvenes amigas un resumen general de la vida, el comportamiento y la personalidad del señor Todgers; el cual, al parecer, había interrumpido de raíz su carrera matrimonial al huir ilegalmente de su felicidad y establecerse en el extranjero como soltero.

—Su padre, señoritas, me distinguió una vez con sus atenciones —dijo la señora Todgers—, pero ser su madre fue una felicidad excesiva que se me negó. No sabrán para quién se hizo esto, ¿verdad?

Les hizo reparar en una miniatura ovalada, como una ampollita, que estaba pegada al mango del hervidor de agua y en la que había un soñoliento retrato de su propio rostro.

—Pero ¡si parece que va a hablar! —exclamaron las dos señoritas Pecksniff.

—Así se pensó en su momento —dijo la señora Todgers calentándose como haría un caballero delante del fuego—, pero no creí que me reconociesen, queridas. —La habrían reconocido en cualquier parte. Si se hubiesen cruzado con ella por la calle, o la hubiesen visto en un escaparate, habrían exclamado: «¡Dios mío, es la señora Todgers!»—. Dirigir un establecimiento como este causa estragos en las facciones, mis queridas señoritas Pecksniff —añadió—. Sólo la salsa de carne basta para echarle a cualquiera veinte años encima, se lo aseguro.

—¡Dios mío! —gritaron las dos señoritas Pecksniff.

—La preocupación por ese condimento, queridas —dijo la señora Todgers—, siempre la tiene a una angustiada. No hay pasión en la naturaleza humana como la pasión por la salsa de carne en el mundo del comercio. No exagero al decir que una pierna no basta, no bastaría

con el animal entero, para preparar la cantidad de salsa que los huéspedes quieren en cada comida. ¡Nadie creería lo que he sufrido en consecuencia! —exclamó la señora Todgers levantando la vista y moviendo la cabeza.

—¡Igualito que el señor Pinch, Merry! —dijo Charity—. ¿Recuerdas que lo habíamos notado?

—Sí, cariño —se rió Merry—, pero nunca se la hemos dado.

—Ustedes, queridas, tienen que tratar con los alumnos de su padre, que no pueden defenderse, y pueden salirse con la suya —dijo la señora Todgers—, pero en una pensión comercial, donde cualquier caballero puede decir, un sábado por la tarde: «Señora Todgers, la semana que viene nos iremos por culpa del queso», no es tan fácil llegar a un acuerdo que satisfaga a ambas partes. Su padre ha sido muy amable —añadió la buena señora— al invitarme a acompañarlas hoy; creo que ha dicho que íbamos a visitar a una tal señorita Pinch. ¿Es alguna pariente del caballero del que hablaba antes, señorita Pecksniff?

—Por el amor de Dios, señora Todgers —la interrumpió la animosa Merry—, no le llame usted así. Dios mío, Cherry, ¡Pinch, un caballero! ¡Vaya una idea!

—¡Qué joven tan pícara es usted! —exclamó la señora Todgers, abrazándola con cariño—. ¡Es una caja de sorpresas! Mi querida señorita Pecksniff, ¡qué alegría debe ser tener una hermana tan vivaz para su padre y para usted!

—Es la criatura con ojos saltones más horrorosa que existe, señora Todgers —prosiguió Merry—, un auténtico ogro. El individuo más feo, torpe y espantoso que puede imaginar. Estamos hablando de su hermana, así que ya puede imaginar cómo será. No podré contener la risa, ¡lo sé! —exclamó la encantadora muchacha—. No podré contenerme. La idea de que pueda existir una señorita Pinch ya es lo bastante desternillante, pero verla... ¡Dios mío!

La señora Todgers se rió mucho del humor de la señorita, y afirmó que le daba miedo, sí, señor. Era muy severa.

—¿Quién es severa? —gritó una voz desde la puerta—. ¡Espero que no exista la severidad en nuestra familia! —Y luego el señor Pecksniff se asomó sonriente en la habitación y preguntó—: ¿Puedo pasar, señora Todgers?

La señora Todgers estuvo a punto de chillar, pues, como la puerta que comunicaba esa habitación y la otra estaba abierta de par en par, el sofá cama quedaba expuesto sin el menor decoro. Sin embargo, tuvo la presencia de ánimo de cerrar dicha puerta en una fracción de segundo, y acto seguido dijo, aunque no sin cierto azoramiento:

—¡Oh!, sí, señor Pecksniff, pase por favor.

—¿Cómo está usted? —preguntó jocosamente el señor Pecksniff—. ¿Qué planes tenemos? ¿Dispuestas a ir a visitar a la hermana de Tom Pinch? ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre Thomas Pinch!

—¿Estamos dispuestas —replicó la señora Todgers, moviendo la cabeza con un misterioso sobreentendido— a enviar una respuesta favorable a la petición firmada por todos los huéspedes a iniciativa del señor Jinkins? Esa es la primera pregunta que debemos responder, señor Pecksniff.

—¿Qué le hace a usted pensar que la iniciativa haya podido partir del señor Jinkins, mi querida señora? —preguntó el señor Pecksniff, pasándole un brazo por la cintura a Merry y otro a la señora Todgers, a quien, en la confusión del momento, pareció haber confundido con Charity—. ¿Por qué del señor Jinkins?

—Porque fue él quien empezó, y porque siempre lleva la voz cantante en esta casa —respondió retozona la señora Todgers—. Por eso, señor.

—Jinkins es un hombre con un talento superior —observó el señor Pecksniff—. He llegado a apreciarle mucho. E interpreto su deseo de tener una amable atención con mis hijas, como una prueba más de la amistad que me profesa, señora Todgers.

—Muy bien —contestó ella—, pues, ya que ha dicho usted tanto, tendrá que decir lo demás, señor Pecksniff: cuénteselo todo a estas queridas señoritas.

Con estas palabras se zafó delicadamente del brazo del señor Pecksniff, y abrazó a su vez a la señorita Charity; aunque si lo hizo sólo por el incontenible afecto que había llegado a sentir por esta señorita o por la expresión ceñuda, por no decir claramente rencorosa, que asomó unos instantes a su semblante no ha llegado a saberse con seguridad. Sea como fuere, el señor Pecksniff informó a sus hijas de que el propósito de la petición aludida era, en suma, que los integrantes del mundo del comercio que contribuían a componer la suma y la sustancia de ese plural colectivo llamado Todgers deseaban tener el honor de contar con su presencia en la mesa, mientras estuviesen en la casa, y les rogaban que bendijeran la mesa al día siguiente, que era domingo. Añadió que, puesto que la señora Todgers había consentido, él estaba dispuesto a aceptar la invitación; así que las dejó para ir a escribir su generosa respuesta, mientras ellas se ponían su mejor cofia para proceder a la total derrota y humillación de la señorita Pinch.

La hermana de Tom Pinch era institutriz en una familia, una familia de buena posición, tal vez la más acaudalada familia de fundidores de cobre y bronce que jamás haya conocido la humanidad. Vivían en Camberwell; en una casa tan grande e imponente que el exterior, como la fachada del castillo de un gigante, inspiraba terror en las

inteligencias vulgares y estremecía a los más valientes. Tenía una enorme reja, con una campana muy grande, cuya asa era en sí misma una nota de distinción; y una enorme portería, que estaba tan cerca de la casa que estropeaba sin duda la vista desde la mansión, pero hacía que la entrada resultase impresionante. Un corpulento portero ejercía una constante vigilancia y tutela; y, cuando autorizaba a pasar al visitante, tocaba una segunda campana no menos grande que la primera, en respuesta a cuyo tañido aparecía a su debido tiempo en la puerta de entrada un corpulento lacayo, con entorchados tan grandes en los hombros de la librea que siempre estaba enredándose y enganándose con las sillas y las mesas, por lo que llevaba una existencia que no habría podido ser más atormentada si hubiese sido un moscardón atrapado en una telaraña.

El señor Pecksniff viajó a esa mansión, en compañía de sus hijas y la señora Todgers, en un coche tirado por un solo caballo. Una vez cumplidas las citadas ceremonias, les hicieron pasar a la casa; y, después de diversas etapas, llegaron por fin a un saloncito con libros, donde la hermana del señor Pinch estaba instruyendo a su alumna de mayor edad: esto es, una mujercita prematura de trece años, que tenía ya tal talla y educación que no le quedaba nada de infantil, lo cual era un motivo de enorme regocijo para todos sus parientes y amigos.

—¡Una visita para la señorita Pinch! —dijo el lacayo. Debía de ser un joven despierto, pues lo dijo con mucha inteligencia y una notable discriminación entre el frío respeto con que habría anunciado una visita para la familia y el cálido interés personal con el que habría anunciado una visita para la cocinera—. ¡Una visita para la señorita Pinch!

La señorita Pinch se puso en pie enseguida, dando tales muestras de agitación que quedó claro que no acostumbraba a recibir visitas. Al mismo tiempo, su alumna se puso alarmantemente rígida, y se dispuso a tomar notas mentales de todo lo que pudiera hacerse o decirse, pues la señora de la casa sentía curiosidad por conocer la historia natural y las costumbres del animal llamado institutriz, y animaba a sus hijas a que la tuviesen al corriente si tenían ocasión; lo cual era muy loable y conveniente para todas las partes implicadas.

Es una triste realidad, pero debemos decir que la hermana del señor Pinch no era nada fea. Al contrario, tenía un rostro muy agradable, una cara dulce y atractiva, y una bella figura, menuda y esbelta, pero notable por su pulcritud. Se parecía a su hermano —mucho de hecho— en la amabilidad de sus modales y en su aire de tímida confianza; pero distaba tanto de ser un espanto, una desaliñada, un horror, o ninguna otra cosa de las que habían predicho las dos señoritas Pecksniff que las dos la miraron indignadas, con la sensación de que eso no era ni mucho menos lo que habían ido a ver.

La señorita Mercy, que tenía mayores reservas de alegría, fue quien soportó mejor esta decepción y la sobrellevó, al menos en apariencia, con una risita; pero su hermana, que no se molestó en ocultar su desprecio, lo exhibió abiertamente en su mirada. En cuanto a la señora Todgers, se apoyó en el brazo del señor Pecksniff y observó una educada seriedad, válida para cualquier estado de ánimo y que abarcaba cualquier opinión posible.

—No se alarme, señorita Pinch —dijo el señor Pecksniff, tomando con condescendencia su mano en una de las suyas y dándole palmaditas con la otra—. He venido a verla para cumplir la promesa que le hice a su hermano, Thomas Pinch. Me llamo, domínese, señorita Pinch, Pecksniff.

El buen hombre pronunció estas palabras igual que habría dicho: «Tiene ante usted, jovencita, al benefactor de su familia, al mecenas de su casa, el protector de su hermano, que se alimenta a diario del maná de mi mesa, por lo que hay registrado un balance considerable a mi favor en los libros del cielo. Pero ¡no me enorgullezco, porque puedo permitirme renunciar a él!».

La pobre chica le escuchó como si oyese el Evangelio. ¡Su hermano le había contado tantas veces lo mismo y mucho más con toda la sencillez de su corazón! Cuando el señor Pecksniff terminó de hablar, ella bajó la cabeza y se enjugó una lágrima con la mano.

«¡Muy bonito, señorita Pinch! —pensó su alumna—, ¡llorando delante de desconocidos, como si la situación no fuese de su agrado!»

—Thomas se encuentra bien —dijo el señor Pecksniff— y le envía su cariño y esta carta. No puedo decir, pobre hombre, que alguna vez vaya a destacar en nuestra profesión; pero voluntad no le falta y eso siempre es bueno cuando falta el talento, así que tendremos que seguir lidiando con él, ¿verdad?

—Sé que es voluntarioso, señor —dijo la hermana de Tom Pinch—, y también lo mucho que usted le anima, y ni él ni yo podremos agradecerse nunca lo suficiente, como nos decimos a menudo por carta. Y a las señoritas tampoco —añadió mirando agradecida a sus dos hijas—, sé lo mucho que les debemos.

—Hijas mías —dijo el señor Pecksniff volviéndose hacia ellas con una sonrisa—, la hermana de Thomas ha dicho algo que creo que os alegrará oír.

—¡Nosotras no tenemos ningún mérito, papá! —exclamó Cherry, mientras ambas le daban a entender a la hermana de Tom Pinch, con una reverencia, que le agradecerían mucho que guardara las distancias—. Si el señor Pinch está tan bien atendido se lo debe sólo a ti, y lo único que podemos decir es lo mucho que nos alegra saber que está tan agradecido como le corresponde.

«¡Muy bonito, señorita Pinch! —volvió a pensar su alumna—. Tener un hermano agradecido que vive de la caridad de otras personas».

—Ha sido muy amable —dijo la hermana de Tom Pinch, con la misma sencillez y la misma sonrisa que él— al venir, mucho; no imagina el favor que me ha hecho al permitirme verle y darle las gracias en persona, a usted que tiene en tan poco los beneficios conferidos.

—Muy agradecida, muy agradable y muy correcta —murmuró el señor Pecksniff.

—También me alegra —dijo Ruth Pinch, que, una vez superada la primera sorpresa, se sentía alegre y parlanchina y deseaba ver el lado bueno de todas las cosas, lo cual era la viva imagen y la forma de ser de Tom— pensar que podrá usted decirle lo bien instalada que estoy aquí, y que no es necesario que se preocupe por que tenga que ganarme la vida. ¡Dios mío! Mientras yo sepa que está bien y él sepa que yo lo estoy —añadió— creo que ambos podríamos soportar, sin quejas ni impaciencia, mucho más de lo que hemos tenido que soportar nunca.

Y si alguna vez se ha dicho la verdad en este a menudo falso mundo, la hermana de Tom la dijo al pronunciar estas palabras.

—¡Ah! —exclamó el señor Pecksniff, cuya mirada había vagado entretanto hacia la alumna—, desde luego. Y ¿qué tal te va a ti, mi interesantísima niña?

—Muy bien, gracias, señor —respondió aquella gélida inocente.

—¡Qué rostro tan dulce, hijas mías! —dijo el señor Pecksniff, volviéndose hacia sus hijas—. ¡Unos modales encantadores!

Las dos señoritas se habían quedado extasiadas desde el primer momento con el retoño (que parecía ser el camino más corto hasta sus padres) de una casa acaudalada. La señora Todgers afirmó que nunca había visto a nadie ni la mitad de angelical.

—Sólo le faltan un par de alas —dijo esa buena mujer— para ser un sirope —queriendo decir, probablemente, una sílfide o un serafín.

—Si tienes la bondad de darle esto a tus distinguidos padres, mi querida y encantadora amiguita —dijo el señor Pecksniff, sacando una de sus tarjetas de visita—, y de decirles que mis hijas y yo...

—Y la señora Todgers, papá —dijo Merry.

—Y la señora Todgers, de Londres —añadió el señor Pecksniff—, que la señora Todgers, de Londres, mis hijas y yo no hemos querido molestarles porque el único objeto de nuestra visita era traerle unas noticias a la señorita Pinch, cuyo hermano es un joven empleado mío;



pero que no hemos podido dejar esta sobria mansión, sin rendir mi humilde tributo, como arquitecto, a la corrección y elegancia del gusto de su propietario, y a su conocimiento del hermoso arte al que he dedicado mi vida y por cuya promoción, gloria y progreso he sacrificado una... una fortuna, te quedaré muy agradecido.

—La señora envía saludos a la señorita Pinch —dijo el lacayo, que apareció de pronto y habló exactamente en el mismo tono que antes— y ruega saber qué está aprendiendo ahora la señorita.

—¡Ah! —dijo el señor Pecksniff—, aquí está el joven. Él llevará la tarjeta. Con mis respetos, si no le importa, joven. Hijas mías, estamos interrumpiendo la clase. Vayámonos.

Por un momento se produjo cierta confusión cuando la señora Todgers desató su cestita y se apresuró a confiarle al «joven» una de sus propias tarjetas, que, además de cierta información detallada sobre las condiciones de su establecimiento, llevaba una nota al pie en la que M. T. aprovechaba la ocasión para dar gracias a los caballeros que la habían honrado con sus favores, y les rogaba que tuviesen la bondad, si habían disfrutado de su mesa, de recomendarla a sus amigos. Pero el señor Pecksniff, con una presencia de ánimo admirable, recuperó este documento y se lo guardó en el bolsillo.

Luego le dijo a la señorita Pinch con mayor condescendencia y amabilidad que nunca, pues era deseable que el lacayo entendiera expresamente que no eran sus amigos sino sus benefactores:

—Buenos días. Adiós. ¡Que Dios la bendiga! Puede confiar en que seguiré cuidando de su hermano Thomas. ¡Esté usted tranquila, señorita Pinch!

—Gracias —dijo con cordialidad la hermana de Tom—, mil gracias.

—De nada —respondió él, dándole unas palmaditas en la cabeza—. No diga más. O me enfadaré con usted. Mi dulce niña —añadió dirigiéndose a la alumna—, ¡adiós! Esta angelical criatura —dijo, mirando pensativo al lacayo, como si se refiriese a él— ha arrojado en mi camino una imagen refulgente y muy difícil de olvidar. ¿Estáis listas, hijas?

No lo estaban, pues seguían haciéndole monerías a la alumna. Pero por fin se apartaron de ella y, pasando por delante de la señorita Pinch con una altiva inclinación de cabeza y una reverencia abortada en su nacimiento, salieron haciendo aspavientos por el pasillo.

Al joven le costó mucho trabajo acompañarlos a la calle; pues el placer que le causó al señor Pecksniff admirar el buen gusto de la mansión fue tan grande que no pudo evitar detenerse de vez en cuando (en particular cuando pasaron cerca de la puerta del salón) y expresarla en voz alta y términos eruditos. De hecho, ofreció, entre el despacho y el vestíbulo, una exposición de toda la ciencia de la arquitectura aplicada a las

viviendas humanas, y aún estaba haciendo gala de su elocuencia cuando llegaron al jardín.

—Si miráis —dijo el señor Pecksniff, retrocediendo en las escaleras con la cabeza ladeada y los ojos entornados para distinguir mejor las proporciones de la fachada—, si miráis, queridas hijas, la cornisa que sustenta el tejado, y os fijáis en la ligereza de su construcción, sobre todo en el ángulo sur del edificio, coincidiréis conmigo en que... ¿Cómo está, señor? ¡Espero que se encuentre usted bien! —interrumpiéndose con estas palabras, hizo una educada reverencia a un caballero de mediana edad que había aparecido detrás de una de las ventanas de arriba, y a quien habló no porque el caballero pudiera oírle (pues era evidente que no podía), sino por ser un acompañamiento apropiado a su saludo—. No me cabe duda, hijas mías —dijo el señor Pecksniff, fingiendo señalar otras bellezas con la mano— de que ese es el propietario. Me gustaría conocerlo. Podría llevar a algo. ¿Está mirando hacia aquí, Charity?

—¡Está abriendo la ventana, papá!

—¡Ja, ja, ja! —dijo en voz baja el señor Pecksniff—. ¡Muy bien! Ha reparado en que soy un profesional. Me ha oído cuando estábamos dentro, no me cabe duda. ¡No miréis! Y por lo que se refiere a las columnas estriadas del pórtico, hijas mías...

—¡Eh! —gritó el caballero.

—¡Servidor de usted, señor! —dijo el señor Pecksniff, quitándose el sombrero—. Me alegro de conocerle.

—¡Salgan del césped! —rugió el caballero.

—Le ruego que me perdone, señor —dijo el señor Pecksniff, sin saber si había oído bien—. ¿Ha dicho que...?

—¡Salgan del césped! —repitió acalorado el caballero.

—No queríamos molestar, señor... —empezó el señor Pecksniff con una sonrisa.

—Pues están molestando —replicó el caballero—, y mucho, y además han entrado sin permiso. Ve ese sendero de grava, ¿no? ¿Para qué cree usted que está? ¡Abran la reja! ¡Echen a esa gente de aquí!

Con estas palabras, volvió a cerrar la ventana y desapareció.

El señor Pecksniff se puso el sombrero y fue hacia el coche con mucha lentitud y en profundo silencio, contemplando las nubes con gran interés. Después de ayudar a sus hijas y a la señora Todgers a subir al vehículo, se quedó mirándolo un instante, como si no estuviese del todo seguro de si se trataba de un coche o de un templo; pero, después de

decidirse, subió a su sitio, se puso las manos sobre las rodillas y sonrió a las tres espectadoras.

Pero sus hijas, menos ecuanímenes, estallaron en un torrente de indignación. Eso era lo que pasaba, dijeron, por tratar bien a criaturas como los Pinch. Eso era lo que pasaba por rebajarse a su nivel. Eso era lo que pasaba por ponerse en la humillante situación de fingir conocer a muchachas tan descaradas, insolentes, astutas y horrosas como esa. Se lo habían imaginado. Se lo habían vaticinado esa misma mañana a la señora Todgers, tal como ella misma (Todgers) podía corroborar. A eso añadieron que el propietario de la casa había actuado, en su opinión, con mucha corrección, pues los había tomado por amigos de la señorita Pinch y había hecho lo único que podía esperarse razonablemente en tales circunstancias. A lo cual añadieron (con una ligera incoherencia) que era un animal y un ogro; y luego se sumieron en un mar de lágrimas, que barrió todos aquellos vagos epítetos.

Tal vez la señorita Pinch no fuese tan culpable como el serafín, que, justo después de retirarse los visitantes, se había apresurado a informar al cuartel general y a contar con todo detalle que habían tenido el descaro de encargarle que les llevara un mensaje que luego le habían entregado al lacayo, ultraje que sumado a los prolijos comentarios del señor Pecksniff sobre la casa, tal vez tuviese algo que ver con el modo en que los habían echado. No obstante, la pobre señorita Pinch tuvo que soportar lo peor de ambas partes, pues se llevó una reprimenda tan severa de la madre del serafín por tener conocidos tan vulgares que acabó retirándose a su cuarto entre lágrimas, que al principio su humildad y su jovialidad naturales, unidas al deleite de haber visto al señor Pecksniff y de haber recibido carta de su hermano, no pudieron reprimir.

En cuanto al señor Pecksniff, les dijo en el coche que una buena acción era una recompensa en sí misma; y casi les dio a entender que habría preferido que lo hubiesen echado a patadas. Pero eso no sirvió de consuelo a las señoritas, que discutieron todo el camino de regreso e incluso exhibieron, en más de una ocasión, una clara inclinación a atacar a la señora Todgers en cuya apariencia personal, pero sobre todo en cuyas ofensivas cesta y tarjeta de visita, se sentían secretamente inclinadas a descargar gran parte de la culpa de su fracaso.

La pensión Todgers estaba muy ajetreada esa noche, en parte por algunas preparaciones domésticas para el día siguiente, y en parte por la emoción siempre inseparable en esa casa del sábado por la noche, cuando la ropa limpia de todos los caballeros llegaba a distintas horas en un pequeño hatillo con la cuenta sujeta con un imperdible. Los sábados también había mucho ruido de chanclos en el piso de abajo hasta medianoche; además de numerosas luces misteriosas, mucho trabajo en la bomba del agua y un constante tintineo del asa del hierro del cubo. De vez en cuando se producían ruidosas discusiones entre la señora Todgers y mujeres desconocidas en el fondo de cocinas lejanas; y a veces se oían ruidos que indicaban que habían arrojado al muchacho

pequeños objetos de quincallería y ferretería. Los sábados este joven tenía la costumbre de remangarse la camisa hasta los hombros y pulular por toda la casa con un mandil de bayeta verde; además, se sentía mucho más tentado que otros días a hacer incursiones relámpago a los callejones cercanos al ir a abrir la puerta, y a jugar a pídola y otros deportes con otros chicos vagabundos, hasta que iban a buscarlo y lo devolvían sujeto de los pelos o de la oreja, por lo que era de las cosas más llamativas del penúltimo día de la semana en la pensión.

Aún lo fue más esa noche de sábado concreta, y honró a las señoritas Pecksniff con numerosas atenciones: apenas pasó una sola vez por delante de la puerta del saloncito personal de la señora Todgers (donde ambas estaban sentadas al amor de la lumbre haciendo su labor a la luz de una vela) sin asomar la cabeza y saludarlas con algún cumplido como: «¡Ya están ahí otra vez! ¡Qué bien!» y otros cómicos comentarios por el estilo.

—A propósito —susurró, deteniéndose en uno de sus viajes de ida y vuelta—, señoritas, mañana hay sopa. Ahora mismo la está preparando. ¿Qué creen, que está aguada? ¡Oh, no qué va!

Al ir a hacer otro recado, volvió a asomar la cabeza.

—Y digo yo, mañana hay pollo. Pero no raquíico, ¿eh?

Luego dijo a través de la puerta.

—Mañana hay pescado. ¡Ni se les ocurra probarlo! —y con tan espectral advertencia volvió a desaparecer.

Al cabo de un rato, volvió a poner el mantel de la cena; pues la señora Todgers y las señoritas habían acordado compartir una exclusiva chuleta de ternera en la intimidad del saloncito. En esa ocasión las entretuvo introduciéndose la vela encendida en la boca, y mostrando su rostro en estado de transparencia; después de tal proeza continuó con sus obligaciones profesionales, abillantando los cuchillos, echándoles el aliento y secándolos con el mandil antes citado. Una vez concluidos los preparativos, sonrió a las hermanas y expresó su convencimiento de que la siguiente colación sería «más bien picante».

—¿Falta mucho para que esté lista, Bailey? —preguntó Mercy.

—No —dijo Bailey—. Ya está. Al subir la he visto cortando las partes más tiernas y comiéndoselas con un tenedor.

Pero, apenas había pronunciado esas palabras, recibió un halago manual en la cabeza que lo envió tambaleante contra la pared; y la señora Todgers, bandeja en mano, se plantó indignada delante de él.

—¡Sinvergüenza! —dijo—. ¡Habrase visto crío más malo y mentiroso!

—No más que usted —replicó Bailey, protegiéndose la cabeza según los principios ideados por el señor Thomas Cribb<sup>[40]</sup>—. ¡Vamos, inténtelo otra vez si se atreve!

—Es el muchacho más horrible que he visto —dijo la señora Todgers, dejando el plato en la mesa—. Los caballeros lo malcrían de tal manera y le enseñan tales cosas que me temo que lo único que le hará bien es el patíbulo.

—¿Ah, sí? —exclamó Bailey—. ¡Ah, sí! Porque usted no les echa agua en la cerveza ni mina mi salud, ¿verdad?

—Ve abajo ahora mismo, maleducado —dijo la señora Todgers, abriendo la puerta—. ¿Me has oído? ¡Largo de aquí!

Después de dos o tres hábiles fintas, se marchó y esa noche no se volvió a ver más que en una ocasión, cuando subió unos vasos de agua caliente e incomodó a las dos señoritas Pecksniff al ponerse horriblemente bizco detrás de la señora Todgers sin que ella se diese cuenta. Después de hacer justicia a sus sentimientos heridos, se retiró bajo tierra; donde, en compañía de un enjambre de escarabajos negros y una vela de la cocina, se entretuvo limpiando botas y cepillando ropa hasta altas horas de la noche.

El verdadero nombre de aquel joven empleado era Benjamin, pero se le conocía por una gran variedad de nombres. Por ejemplo, Benjamin se había convertido en tío Ben, y eso se había corrompido en Tío, que por una fácil transición, había vuelto a convertirse en Barnwell<sup>[41]</sup>, en recuerdo del famoso pariente con ese parentesco a quien asesinó su sobrino George, mientras meditaba en su jardín en Camberwell. Los caballeros de Todgers tenían también la alegre costumbre de atribuirle por un tiempo el nombre de cualquier ministro o malhechor famoso; y en ocasiones, cuando la actualidad no daba mucho de sí, incluso recurrían a las páginas de la Historia y lo llamaban señor Pitt, joven Brownrigg<sup>[42]</sup>, y otras cosas por el estilo. En la época de la que hablamos, se le conocía entre los caballeros como «Bailey hijo», tal vez por contraposición a Old Bailey<sup>[43]</sup>, y posiblemente por el recuerdo de una desdichada señora<sup>[44]</sup> del mismo nombre que falleció por propia mano a edad muy temprana y ha sido inmortalizada en una balada.

La hora habitual de la comida en Todgers los domingos eran las dos en punto y se consideraba una hora buena para todos, para la señora Todgers, por el horno<sup>[45]</sup>, y para los caballeros, por sus citas vespertinas. Pero el domingo en que las dos señoritas Pecksniff iban a presentarse en sociedad en Todgers, la comida se pospuso hasta las cinco, para que todo pudiese ser tan refinado como requería la ocasión.

Cuando se acercó la hora, Bailey hijo se presentó, presa de una gran excitación, con un traje completo de prendas desechadas que le

quedaban demasiado grandes, y en concreto con una camisa limpia de magnitudes tan extraordinarias que uno de los caballeros (notable por su ingenio) lo llamó «cuellos» nada más verlo. A las cinco menos cuarto, una delegación, integrada por el señor Jinkins y otro caballero llamado Gander, llamó a la puerta de la señora Todgers, y después de que su padre, que estaba esperándoles, le presentara formalmente a las dos señoritas Pecksniff, tuvieron el honor de acompañarlas arriba.

El salón de Todgers se apartaba tanto del estilo habitual que difícilmente podía tomarse por tal cosa si no te lo decía alguien que estuviese en el secreto. El suelo estaba alfombrado y el techo, incluida la enorme viga del centro, estaba empapelado. Además de las tres ventanitas con sillas que dominaban el arco de enfrente, había otra ventana que daba directamente, sin el menor pudor, al dormitorio de Jinkins; y a lo largo de una de las paredes había una doble tira de cristales que daban luz a la escalera. Había extrañísimos armaritos, con pequeños marcos como relojes de ocho días, acechando escalonados en el zócalo; y la propia puerta (que estaba pintada de negro) tenía dos mirillas de cristal, con una inquisitiva pupila verde en el centro de cada una de ellas.

Todos los caballeros estaban esperando en él. Se oyeron gritos de «¡Bravo, bravo!» y «¡Muy bien, Jink!» cuando el señor Jinkins apareció con Charity cogida del brazo, que se volvieron estruendosos cuando llegaron el señor Gander acompañado de Mercy, y el señor Pecksniff cerrando la marcha con la señora Todgers.

Luego hubo las presentaciones. Entre ellas la de un caballero aficionado al deporte, que hacía preguntas sobre *jockeys* a los directores de los periódicos dominicales, que sus amigos consideraban difícilísimas de responder; la de un caballero aficionado al teatro, que en otro tiempo había considerado seriamente la idea de dedicarse a las tablas, aunque se lo había impedido la maldad de la naturaleza humana; la de un caballero aficionado a discutir, cuyo fuerte era la redacción de discursos; y la de un caballero aficionado a la literatura, que escribía agudezas sobre los demás y conocía los puntos flacos de todo el mundo menos los suyos. Había un caballero aficionado al canto, y un caballero aficionado al tabaco, y un caballero aficionado a dar conversación, y una gran proporción de caballeros aficionados a jugar al *whist*, y una grandísima proporción de caballeros muy aficionados al billar y a las apuestas. Todos, es de presumir, eran aficionados a los negocios, pues trabajaban de un modo u otro en el mundo del comercio; y cada cual a su manera tenía afición a dar puntapiés. El señor Jinkins era aficionado a la moda, frecuentaba los parques los domingos y reconocía muchos carruajes a simple vista. Hablaba de manera misteriosa de mujeres espléndidas y se sospechaba que una vez había estado prometido con una condesa. El señor Gander era aficionado a decir frases ingeniosas, y era de hecho el caballero al que se le había ocurrido la broma de «cuellos», que ahora iba alegremente de boca en boca, como «la última de Gander» y era recibida en todos los rincones del comedor entre grandes aplausos. El señor Jinkins, podemos añadir, era el de más edad del grupo, pues trabajaba como tenedor de libros de un pescadero y

tenía cuarenta años. Era también el huésped más antiguo; y en honor a esa doble antigüedad llevaba la voz cantante en la casa, como bien había dicho la señora Todgers.

Tardaron mucho en preparar la cena, y la pobre señora Todgers, ante los reproches disimulados de Jinkins, entró y salió al menos veinte veces para ver qué ocurría, y siempre volvió como si nada la preocupara y ni siquiera hubiese salido del salón. A pesar de todo, la conversación no se vio entorpecida; pues un caballero que se dedicaba a la perfumería exhibió una interesante pastilla de jabón de afeitar, que había encontrado en Alemania; y el caballero aficionado a la literatura recitó (cuando se lo pidieron) unas estrofas sarcásticas que había escrito no hacía mucho, cuando se congeló el depósito de agua que había detrás de la casa. Estas diversiones, con la conversación miscelánea que inspiraron, ayudaron a pasar el tiempo hasta que Bailey hijo anunció la cena con estas palabras.

—¡Ya está listo el rancho!

Al oírlo, todos bajaron enseguida a la sala de banquetes, los más chistosos en la retaguardia acompañando a otros caballeros como si fuesen damas, a imitación de los afortunados portadores de las señoritas Pecksniff.

El señor Pecksniff bendijo la mesa, con una oración breve y piadosa que invocó el apetito de los presentes y dejó a quienes no tenían nada que comer al cuidado de la Providencia, cuya misión (eso dijo en su oración) era cuidar de ellos. Hecho lo cual todos empezaron a comer con menos ceremonias que apetito; la mesa crujía bajo el peso no sólo de las exquisiteces que las señoritas Pecksniff habían saboreado ya, sino de la carne hervida, la ternera asada, el beicon, las empanadas y todas esas verduras tan indigestas como apreciadas por las patronas de las pensiones por sus propiedades saciantes. Además de lo cual había botellas de cerveza negra, botellas de vino, botellas de cerveza rubia; y muchas otras bebidas fuertes, autóctonas y extranjeras.

Todo eso resultó muy agradable para las dos señoritas Pecksniff, que estaban solicitadísimas, sentadas a ambos lados del señor Jinkins al fondo de la mesa, y a quienes a cada minuto un nuevo admirador invitaba a beber un poco de vino. En toda su vida se habían sentido tan a gusto y tan locuaces; Mercy, en particular, estuvo muy brillante, y soltó réplicas tan agudas y animadas que todos coincidieron en que era prodigiosa. En suma —como dijo ella misma—, tuvieron, por primera vez, la sensación de hallarse en Londres.

Su joven amigo Bailey compartió en todo sus sentimientos, y sin rebajar lo más mínimo su condescendencia, las animó cuanto pudo, divirtiéndolas, cuando nadie lo miraba, con movimientos de cabeza, guiños y otras muestras de reconocimiento y tocándose de vez en cuando la nariz con un sacacorchos, como para subrayar el carácter de bacanal que tenía aquel banquete. Lo cierto es que incluso la energía de

las dos señoritas Pecksniff y la insaciable vigilancia de la señora Todgers fueron menos dignos de mención que la forma de actuar de aquel notable muchacho, a quien nada desconcertaba ni aturdí. Si una pieza de la vajilla —un plato, o cualquier otra cosa— se le resbalaba de entre las manos (como ocurrió una o dos veces), lo soltaba sin inmutarse, y nunca se sumaba a las quejas emociones del grupo ni manifestaba el menor pesar. Tampoco perturbó la paz de los comensales con apresuradas idas y venidas, como hacen a menudo los criados; al contrario, ante la certidumbre de que era imposible atender a tanta gente, dejó que los caballeros se sirviesen ellos mismos lo que quisieran, y apenas se movió de detrás de la silla del señor Jinkins, donde, con las manos en los bolsillos y las piernas muy separadas, fue el primero en reírse y en disfrutar de la conversación.

El postre fue espléndido. Tampoco se molestó en servirlo. Habían lavado los platos del pudín en un barreño mientras servían el queso y, aunque húmedos y calientes por la fricción, ahí estaban, cumpliendo con su función y a su debido tiempo. Cuencos de almendras, docenas de naranjas, kilos de uvas pasas, pilas de manzanas asadas, platos soperos llenos de nueces. ¡Oh, en Todgers sabían hacer bien las cosas cuando se lo proponían! De eso no cabe duda.

Luego sirvieron más vinos; tintos y blancos; y un enorme cuenco de porcelana lleno de ponche, preparado por el caballero aficionado a dar conversación, que suplicó a las señoritas Pecksniff que no se desanimaran por sus dimensiones, pues había en la casa ingredientes para preparar media docena más del mismo tamaño. ¡Dios mío, cuánto se rieron! ¡Cuánto tosieron al probarlo, por lo cargado que estaba, y cuánto volvieron a reírse cuando alguien afirmó que, de no haber sido por el color, podrían haberlo confundido con leche recién ordeñada en vista de sus inocuas cualidades! ¡Qué grito de «¡No!» soltaron los caballeros cuando las dos señoritas Pecksniff pidieron conmovedoramente al señor Jinkins que les permitiera rebajarlo con agua caliente! ¡Y con qué azoramiento apuraron ambas poco a poco su copa hasta las heces!

Y ahora llega el momento más delicado. El sol, como dice el señor Jinkins (¡qué criatura tan caballerosa es el tal Jinkins, siempre con algo que decir!), está a punto de dejar el firmamento.

—¡Señorita Pecksniff! —pregunta en voz baja la señora Todgers—, ¿quiere...?

—Dios mío, no más, señora Todgers.

La señora Todgers se levanta; las dos señoritas Pecksniff se levantan; todos se levantan. La señorita Mercy Pecksniff mira al suelo buscando su pañuelo. ¿Dónde está? ¡Dios mío!, ¿dónde he podido dejarlo? Dulce niña, lo lleva puesto, no en torno a su hermoso cuello, sino suelto sobre su desenvuelta figura. Una docena de manos la ayudan. Ella es toda confusión. El caballero más joven del grupo ansía asesinar a Jinkins. La



joven da un saltito y va a la puerta con su hermana. Su hermana ha rodeado con el brazo la cintura de la señora Todgers. Ella rodea a su hermana con el brazo. ¡Diana, qué imagen<sup>[46]</sup> ! Lo último que se ve es una silueta y otro saltito. «¡Caballeros, brindemos por las damas!»

El entusiasmo es tremendo. El caballero aficionado a discutir se pone en pie y da rienda suelta a una oleada de elocuencia que lo aplasta todo a su paso. Se le recuerda que tiene que proponer un brindis, un brindis al que responderán todos. Hay un individuo presente, lo tiene delante, con el que han contraído una deuda de gratitud. Lo repite: una deuda de gratitud. Sus rudas naturalezas se han ablandado y han mejorado gracias a la compañía de mujeres adorables. Hay un caballero en la sala a quien dos mujeres encantadoras miran con veneración por ser la fuente de su existencia. Sí, cuando las dos señoritas Pecksniff balbucían en un lenguaje apenas inteligible, llamaban a ese individuo «¡Padre!» Se produce un gran aplauso. Él concluye: «¡A la salud del señor Pecksniff y que Dios le bendiga!» Todos le estrechan la mano al señor Pecksniff y beben a su salud. El caballero más joven del grupo lo hace con un estremecimiento; pues nota que una misteriosa influencia invade al hombre que reclama como hija a aquel ser del pañuelo rosado.

¿Qué dijo a modo de respuesta el señor Pecksniff?, o más bien deberíamos preguntar: ¿qué no dijo? Nada. Piden más ponche, lo sirven y lo beben. El entusiasmo aumenta aún más. Todo el mundo se muestra tal como es. El caballero aficionado al teatro recita. El caballero aficionado al canto les obsequia con una canción. Gander deja muchas leguas atrás al Gander de todas las fiestas anteriores. Se pone en pie para proponer un brindis. Es por el padre de Todgers. Por su amigo común Jink, por el bueno de Jink, si le permiten llamarlo por ese apelativo familiar y cariñoso. El caballero más joven del grupo expresa una frenética negativa. No lo aceptará, no puede soportarlo, es imposible. Pero la profundidad de sus sentimientos se malinterpreta. Todos creen que se está mostrando un poco sublime, y nadie lo secunda.

El señor Jinkins les da las gracias de todo corazón. Es, con mucho, el día más honroso de su humilde carrera. Cuando mira a su alrededor en la ocasión actual, siente que le faltan las palabras para expresar su gratitud. Una cosa quiere decir. Espera que haya quedado claro que Todgers sabe ser fiel a sí misma; y que, si se presenta la ocasión, puede estar a la altura de sus vecinos, e incluso superarlos. Les recuerda, entre atronadores signos de aprobación, que han oído hablar de un establecimiento similar en Cannon Street; y que hay quien lo elogia mucho. No quiere hacer comparaciones injustas; sería el último en hacerlo, pero cuando ese establecimiento de Cannon Street sea capaz de ofrecer semejante combinación de ingenio y belleza como la que ha adornado la mesa ese día, y pueda servir una comida semejante, entonces hablaremos. Hasta entonces, caballeros, él se quedará en Todgers.

Más ponche, más entusiasmo, más discursos. Se bebe a la salud de todo el mundo, excepto a la del caballero más joven del grupo, que se sienta

aparte, con el codo apoyado en el respaldo de una silla vacía, y mira con desprecio a Jinkins. Gander, en un convulso discurso, brinda a la salud de Bailey hijo; se oyen hipos y un vaso se rompe. El señor Jinkins decide que es hora de ir a acompañar a las damas. Propone, a modo de conclusión, brindar por la señora Todgers. Merece un homenaje aparte. ¡Sí, sí! No cabe duda de que así es. Todos le encuentran defectos en otras ocasiones, pero ahora tienen la sensación de que podrían dar la vida en su defensa.

Van al piso de arriba, donde no se les espera tan pronto, pues la señora Todgers duerme, la señorita Charity se está arreglando el pelo y Mercy, que ha convertido en sofá una de las sillas de la ventana, está recostada con elegancia. Se levanta a toda prisa cuando el señor Jinkins le implora, por lo que más quiera, que no se mueva; es demasiado grácil y encantadora —añade— para molestarla. Ella se ríe y cede, y se abanica, y se le cae el abanico, y se produce una desbandada para recogerlo. Convertida, por unanimidad, en la más bella de la fiesta, se vuelve cruel y caprichosa, y envía a unos caballeros con recados para otros, y se olvida de ellos antes de que puedan volver con la respuesta, e inventa mil torturas para romperles el corazón en mil pedazos. Bailey les lleva té y café. Hay un grupito de admiradores en torno a Charity, pero son sólo los que no pueden acercarse a su hermana. El caballero más joven del grupo está pálido, pero tranquilo, y todavía se sienta aparte, pues su espíritu prefiere estar en comunión consigo mismo y su alma rehúye a los ruidosos juerguistas. Ella repara en su presencia y en su adoración. Él ve que a veces lo mira por el rabillo del ojo. ¡Cuidado, Jinkins, no vayas a empujar a un hombre desesperado a cometer una locura!

El señor Pecksniff había seguido a sus jóvenes amigos al piso de arriba y había ocupado una silla al lado de la señora Todgers. También se había derramado café sobre las piernas sin que pareciera haberse dado cuenta, como tampoco parecía ser consciente de que tenía un trozo de madalena en la rodilla.

—¿Qué tal le han tratado abajo, señor? —preguntó la anfitriona.

—Su comportamiento ha sido tal, mi querida señora —respondió el señor Pecksniff—, que nunca podré recordarlo sin emocionarme y sin verter una lágrima. ¡Ay, señora Todgers!

—¡Dios mío! —exclamó esa señora—. ¡Qué melancólico está usted, señor!

—Soy un hombre, mi querida señora —dijo el señor Pecksniff, vertiendo lágrimas y hablando con una articulación imperfecta—, pero también soy padre. Y viudo. Mis sentimientos, señora Todgers, no consienten que se les asfixie como a los niños en la Torre. Han crecido, y cuanto más aprieto la almohada, más asoman por un lado. —De pronto reparó en el trozo de madalena y se puso a mirarlo admirado, moviendo la cabeza con un gesto estúpido y triste, como si contemplara a su genio maléfico y se lo reprochase con amabilidad—. Era muy hermosa, señora Todgers

—dijo volviendo su mirada vidriosa hacia ella sin previo aviso—. Tenía una pequeña propiedad.

—Es lo que he oído decir —exclamó la señora Todgers muy compasiva.

—Esas son sus hijas —dijo el señor Pecksniff, señalando a las señoritas con emoción desbordada. La señora Todgers no lo dudaba—. Charity y Mercy. Dos nombres muy piadosos ¿no le parece?

—¡Señor Pecksniff! —gritó la señora Todgers—. ¡Qué sonrisa tan tétrica! ¿Está usted enfermo, señor?

Él le apretó el brazo con la mano, y respondió en tono solemne y con voz desmayada:

—Es crónico.

—¿Cólico? —gritó asustada la señora Todgers.

—Cró-ni-co —repitió él con cierta dificultad—. Cró-ni-co. Sufro una dolencia crónica. He sido su víctima desde la infancia. Me lleva a la tumba.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó la señora Todgers.

—Pues sí —dijo el señor Pecksniff con el atrevimiento de la desesperación—. Aunque por un lado me alegro. Usted se le parece mucho, señora Todgers.

—No me apriete tanto, se lo ruego, señor Pecksniff. Si alguno de los caballeros se diera cuenta...

—Por ella —dijo el señor Pecksniff—, en honor a su recuerdo. En honor a una voz que sale de la tumba. ¡Se le parece usted mucho, señora Todgers! ¡Qué mundo este!

—¡Ya puede usted decirlo! —coincidió la señora Todgers.

—Me temo que es un mundo vano e insensato —dijo Pecksniff, rezumando desaliento—. Estos jóvenes. ¡Ay!, ¿qué sentido tienen de la responsabilidad? Ninguno. Deme la otra mano, señora Todgers. —Dicha señora dudó y respondió que no quería—. ¿Es que no la conmueve una voz de ultratumba? —dijo el señor Pecksniff con una lúgubre ternura—. ¡Qué falta de religiosidad, mi querida criatura!

—¡Chis! —lo instó la señora Todgers—. No debe usted...

—No soy yo —respondió el señor Pecksniff—. No crea que soy yo; es la voz, es su voz. —La difunta señora Pecksniff debió tener una voz particularmente áspera y ronca para tratarse de una dama, y muy balbuceante, y para ser francos más bien ebria, si alguna vez guardó

algún parecido con la del señor Pecksniff en aquel momento. Aunque tal vez él se engañara—. Ha sido un día de celebración, señora Todgers, pero también de tortura, pues me ha recordado mi soledad. ¿Qué soy en este mundo?

—Un caballero excelente, señor Pecksniff —respondió la señora Todgers.

—En eso también encuentro consuelo —exclamó el señor Pecksniff—. ¿Lo soy?

—No lo hay mejor que usted —dijo la señora Todgers—. Estoy segura.

El señor Pecksniff sonrió entre las lágrimas y movió un poco la cabeza.

—Es usted muy buena —dijo—, gracias. Para mí es una gran alegría, señora Todgers, hacer felices a los jóvenes. Los adoro. Y ellos me adoran a mí... a veces.

—Siempre —dijo la señora Todgers.

—Cuando dicen que no han aprendido nada, señora —susurró el señor Pecksniff, mirándola con aire de profundo misterio e indicándole con un gesto que acercara el oído a su boca—, cuando dicen que no han aprendido nada y que mi tarifa es demasiado cara, ¡mienten! No quisiera que esto se supiera, ya me entiende; pero se lo digo como a una antigua amiga: mienten.

—¡Seguro que son un hatajo de sinvergüenzas! —dijo la señora Todgers.

—Señora —replicó el señor Pecksniff—, tiene usted razón. La respeto a usted por hacer esa observación. Deje que le diga algo al oído. Los padres y los tutores... ¿puedo hablarle en confianza, señora Todgers?

—¡En la más estricta, por supuesto! —exclamó dicha señora.

—Los padres y los tutores —repitió el señor Pecksniff— tienen ahora una excelente oportunidad que une las ventajas de la mejor formación práctica en arquitectura con las comodidades de un hogar, y la constante compañía de personas que, por muy humilde que sea su círculo y muy limitadas que sean sus capacidades, fíjese en lo que le digo, no descuidan sus responsabilidades morales.

La señora Todgers pareció un poco perpleja, como si no entendiera muy bien lo que le decía, y no es raro; pues se trataba, como tal vez recuerde el lector, del modo en que se anunciaba el señor Pecksniff cuando quería conseguir algún alumno; y en aquel momento parecía no hacer referencia a nada en particular. Sin embargo, el señor Pecksniff levantó el dedo para advertirla de que no lo interrumpiera.

—¿Conoce, señora Todgers, a algún padre o tutor que quiera aprovechar esa oportunidad para un joven caballero? —prosiguió—.

Sería preferible un huérfano. ¿Sabe de algún huérfano con tres o cuatrocientas libras?

La señora Todgers reflexionó y negó con la cabeza.

—Si se entera de algún huérfano que tenga tres o cuatrocientas libras —dijo el señor Pecksniff—, dígale a los amigos de ese querido huérfano que escriban a S. P. Oficina de Correos, Salisbury. No sé quién es exactamente. No se alarme, señora Todgers —añadió, recostándose sobre ella—, ¡crónico, crónico! Bebamos alguna cosa.

—¡Dios mío, señoritas Pecksniff —exclamó en voz alta la señora Todgers—, a su querido padre algo le ha sentado mal!

El señor Pecksniff se incorporó con un esfuerzo sorprendente, al ver que todos se volvían hacia él, y, poniéndose en pie, contempló al grupo con un aire de inefable sabiduría. Poco a poco, dio paso a una sonrisa, una sonrisa débil, desvalida y triste, tan insípida que casi resultaba enfermiza.

—¡No se aflijan, amigos míos! —dijo con ternura—. No lloren por mí. Es crónico.

Y con estas palabras, después de hacer un inútil intento por quitarse los zapatos, se desplomó en la chimenea.

El caballero más joven del grupo lo sacó en menos de un segundo. Sí, antes de que se chamuscara un solo pelo de su cabeza, lo puso sobre la alfombra de la chimenea... ¡al padre de ella!

Ella estaba casi fuera de sí. Igual que su hermana. Jinkins las consoló a las dos. Todos las consolaron. Todo el mundo tenía algo que decir, menos el caballero más joven del grupo, que hizo el trabajo más sucio con devoción, y sostuvo la cabeza del señor Pecksniff sin que nadie se diera cuenta. Por fin resolvieron llevarlo arriba a la cama. ¡El caballero más joven del grupo se llevó una reprimenda de Jinkins por desgarrarle el abrigo al señor Pecksniff! ¡Ja, ja, ja! Pero da igual.

Lo llevaron arriba, y aplastaron al caballero más joven del grupo a cada paso. Su cuarto estaba en el piso más alto y era un camino muy largo, pero con el tiempo consiguieron llevarlo allí. Por el camino les pidió varias veces que le diesen algo de beber. Era una especie de rasgo idiosincrático. El caballero más joven del grupo propuso un trago de agua. El señor Pecksniff le dedicó varios epítetos oprobiosos por sugerirlo.

Jinkins y Gander se encargaron de lo demás, y lo instalaron lo más cómodamente posible encima de la cama; y cuando vieron que se quedaba adormilado lo dejaron. Pero, antes de llegar al pie de la escalera, se vio revolotear en el rellano de arriba una visión del señor

Pecksniff con un extraño atuendo. Por lo visto, deseaba conocer su opinión sobre la naturaleza de la vida humana.

—Amigos míos —gritó el señor Pecksniff, asomándose por encima del pasamanos—, mejoremos nuestro espíritu mediante la investigación y la discusión. Seamos morales. Contemplemos la existencia. ¿Dónde está Jinkins?

—Aquí —gritó este caballero—. ¡Vuélvase a la cama!

—¡A la cama! —dijo el señor Pecksniff—. ¡La cama! He aquí la voz del gandul, lo oigo quejarse: me has despertado demasiado pronto, necesito dormir un poco más. Si algún joven huérfano quiere recitar el resto de esa sencilla pieza del doctor Watts, ahora es la ocasión<sup>[47]</sup>. —Nadie se ofreció voluntario—. Esto es muy cómodo —dijo el señor Pecksniff, después de una pausa—. Mucho. ¡Fresco y cómodo, sobre todo para las piernas! Las piernas del sujeto humano, amigos míos, son una obra muy hermosa. Compárenlas con las piernas de madera y observen la diferencia entre la anatomía de la naturaleza y la anatomía del arte. ¿Saben —dijo el señor Pecksniff, asomándose por encima del pasamanos, con una extraña reminiscencia del modo en que se dirigía a sus nuevos alumnos—, que me gustaría mucho saber qué idea tiene la señora Todgers de una pierna de madera? ¡Siempre y cuando a ella no le importe!

Como parecía imposible albergar ninguna esperanza razonable sobre su comportamiento después de aquel discurso, el señor Jinkins y el señor Gander volvieron a subir las escaleras y, una vez más, lo metieron en la cama. Pero aún no habían llegado al segundo piso cuando volvió a salir; y, cuando repitieron el proceso, apenas habían llegado al primer piso y volvió a salir de nuevo. En suma, cada vez que lo encerraban en su cuarto, salía disparado impulsado por un nuevo sentimiento moral, que repetía continuamente por encima del pasamanos con extraordinario placer, y por un deseo irreprimible de mejorar al prójimo que nada podía contener.

Dadas las circunstancias, después de acostarlo por decimotercera vez, el señor Jinkins lo sujetó, mientras su compañero iba abajo en busca de Bailey hijo, con quien regresó enseguida. Cuando informaron al joven de lo que necesitaban, se animó muchísimo y fue a buscar un taburete, una vela y la cena, a fin de poder montar guardia ante la puerta del dormitorio con un mínimo de comodidad.

Ultimados los preparativos, encerraron al señor Pecksniff y dejaron la llave fuera, después de encargarle al joven paje que estuviese atento por si oía síntomas de naturaleza apopléjica, en cuyo caso debía avisarles sin demora; a lo que el señor Bailey respondió modestamente que en general él se las sabía todas y que no en balde firmaba todas sus cartas a sus amigos desde Todgers.

## **Capítulo X. Que incluye extrañas cuestiones, de las que, para bien o para mal, pueden depender en gran medida muchos de los acontecimientos de esta historia**

Pero el señor Pecksniff había ido a la ciudad por negocios. ¿Acaso lo había olvidado? ¿Se pasaba el día charlando a voluntad con la alegre familia de Todgers y descuidaba las graves exigencias, fuesen cuales fuesen, que debía someter a su tranquila consideración? No.

El tiempo y la marea no esperan a nadie, dice el refrán. Pero todo el mundo tiene que esperar al tiempo y a la marea. Esa marea que en la pleamar conduciría a Seth Pecksniff a la fortuna estaba subrayada en la tabla de mareas y a punto de subir. Pecksniff no se demoró ocioso tierra adentro sin observar los cambios de la crecida, sino que se quedó al borde del agua que le cubría ya los zapatos, dispuesto a meterse en el fango para que fluyera hacia donde él tenía esperanzas.

La confianza de sus dos hermosas hijas era ciertamente hermosa. Su firme en la naturaleza de su padre, les había enseñado a no dudar de que, hiciese lo que hiciese, nunca perdía de vista su propósito. Igual que sabían que su noble fin y su objetivo eran él mismo, lo que casi por necesidad las incluía a ellas. La devoción de las dos doncellas era perfecta.

Su confianza filial era aún más conmovedora, porque no conocían el verdadero designio de su padre en aquel caso. Lo único que sabían era que todas las mañanas, después de desayunar a primera hora, iba a la Oficina de Correos a preguntar si había carta para él. Cumplida esa tarea, los asuntos del día concluían y volvía a relajarse, hasta que volviera a salir el sol proclamando un nuevo advenimiento del correo.

Así continuó cuatro o cinco días. Por fin una mañana el señor Pecksniff volvió casi sin aliento, cosa rara en él por lo general tan sosegado, y, deseoso de hablar cuanto antes con sus hijas, se encerró a conferenciar con ellas en privado dos horas enteras. De lo que ocurrió en ese rato, sólo se conocen las siguientes palabras del señor Pecksniff.

—Por qué ha cambiado tanto (si resultase, como así lo espero, que lo ha hecho) no hace falta averiguarlo. Hijas mías, tengo mi propia opinión, pero no la diré. Baste con decir que no seremos orgullosos, resentidos ni implacables. Si quiere nuestra amistad, la tendrá. ¡Espero que sepamos cuál es nuestra obligación!

Ese mismo día, a las doce, un anciano caballero se apeó de un coche delante de la Oficina de Correos, dio su nombre y preguntó si había una carta esperando a que pasara a recogerla. Hacía varios días que estaba

allí. El sobre tenía la letra del señor Pecksniff y el sello era el sello del señor Pecksniff.

La carta era muy breve y apenas contenía más que una dirección «con el respetuoso y (a pesar de lo sucedido) sincero afecto del señor Pecksniff». El anciano caballero sacó la nota con las señas, rasgó el sobre y esparció los pedazos al viento, y se las entregó al cochero y le pidió que lo llevara lo más cerca posible de aquel lugar. En cumplimiento de estas instrucciones lo dejó al pie del Monumento, donde el caballero volvió a apearse, despidió al cochero y siguió andando hasta Todgers.

Aunque el rostro, la figura y los andares de aquel anciano, e incluso el modo en que sujetaba el grueso bastón en el que se apoyaba, expresaban una resolución difícil de conmover, y una determinación (poco importa ahora si justa o injusta) que en otro tiempo podría haber sobrevivido al potro de tortura y hallado la mayor fortaleza para vivir en la mayor debilidad de la muerte, había semillas de duda en su espíritu que le empujaron a evitar la casa que buscaba y a demorarse yendo de aquí para allá bajo un rayo de sol que iluminaba el pequeño cementerio de la iglesia de al lado. Tal vez hubiese algo en la presencia de esos túmulos de tierra en mitad del bullicio de la vida que aumentara sus dudas; pero siguió andando y despertando los ecos mientras iba y venía, hasta que el reloj de la iglesia dio los cuartos por segunda vez desde que llegara allí y lo arrancó de sus reflexiones. Sacudiéndose la incertidumbre de encima mientras el aire se estremecía con el son de las campanas, se dirigió rápidamente a la casa y llamó a la puerta.

El señor Pecksniff estaba sentado en la salita de la patrona, y el visitante lo encontró leyendo, por casualidad, se disculpó él, una excelente obra teológica. Había pastel y vino encima de la mesita, también por otra casualidad, por la que también se disculpó. De hecho afirmó que había pensado que ya no vendría y estaba a punto de compartir aquel sencillo refrigerio con sus hijas cuando él llamó a la puerta.

—¿Sus hijas están bien? —preguntó el viejo Martin, dejando a un lado el sombrero y el bastón.

El señor Pecksniff se las arregló para ocultar su preocupación de padre al responder que sí que lo estaban. Añadió que eran buenas chicas, muy buenas. No se atrevió a recomendarle al señor Chuzzlewit que se sentara en la butaca o que evitase la corriente de aire que entraba por la puerta. Temió que si hacía alguna de esas sugerencias se expondría a las más injustas sospechas. Así que tuvo que contentarse con observar que había una butaca en la sala, y que la puerta no cerraba del todo bien. Imperfección que, se aventuró a añadir, no era rara en las casas antiguas.

El anciano se sentó en la butaca, y al cabo de unos momentos de silencio dijo:



—En primer lugar, deje que le agradezca que haya venido a Londres tan pronto, en respuesta a mi casi inexplicada petición. No hace falta decir que los gastos corren de mi cuenta.

—¡De su cuenta, señor mío! —exclamó el señor Pecksniff en tono de sorpresa.

—No acostumbro —dijo Martin haciendo un gesto de impaciencia con la mano— a hacer incurrir en gastos... ¡en fin!, a mis parientes por satisfacer mis caprichos.

—¡Caprichos, señor mío! —exclamó el señor Pecksniff.

—No es la palabra indicada en este caso —admitió el anciano—. No. Tiene razón. —El señor Pecksniff se sintió muy aliviado al oírlo, aunque no supo muy bien por qué—. Tiene razón —repitió Martín—. No se trata de un capricho. Está basado en la razón, las pruebas y una fría comparación. Y los caprichos nunca lo están. Además, no soy un hombre caprichoso. Nunca lo he sido.

—Desde luego que no —coincidió el señor Pecksniff.

—¿Cómo lo sabe? —replicó el anciano—. Ahora empezará a saberlo. Tendrá que comprobarlo y demostrarlo, en el tiempo venidero. Usted y los suyos descubrirán que soy hombre constante y que no dejo que me aparten de mi objetivo. ¿Me oye?

—Perfectamente —dijo el señor Pecksniff.

—Lamento mucho —prosiguió Martin, mirándole con intensidad, y hablando en tono lento y moderado— que usted y yo tuviésemos la conversación que tuvimos la última vez. Lamento haberle dejado tan claro lo que pensaba entonces de usted. Las intenciones que tengo ahora con usted son diferentes; y, abandonado por todos aquellos en los que había confiado, engañado y acosado por todos aquellos que deberían ayudarme y apoyarme, he recurrido a usted como refugio. Confío en que sea mi aliado y en que lo unan a mí los lazos del interés y la expectativa —subrayó mucho las dos palabras, aunque el señor Pecksniff le rogó especialmente que no aludiera a ellas—, así como que me ayude a castigar las consecuencias de la peor especie de maldad, disimulo y sutileza en las personas indicadas.

—¡Mi noble señor! —exclamó el señor Pecksniff cogiéndole la mano tendida—. ¡Y lamenta usted haber pensado mal de mí! ¡Usted que peina esas canas!

—Las lamentaciones —dijo Martin— son la propiedad natural de las canas; y comparto con muchos otros hombres al menos mi parte de esa herencia. Ya basta. Lamento haberme distanciado de usted tanto tiempo.

Si lo hubiese conocido a usted antes, y lo hubiese tratado como se merece, tal vez habría sido un hombre más feliz.

El señor Pecksniff alzó la mirada al techo y entrelazó extasiado las manos.

—Sus hijas... —dijo Martin, después de un breve silencio—. No las conozco. ¿Se parecen a usted?

—La nariz de la mayor y la barbilla de la pequeña, señor Chuzzlewit —respondió el viudo— son la viva imagen de su sagrado progenitor: no me refiero a mí, sino a su madre.

—No digo en el físico —replicó el anciano—. Moralmente... moralmente.

—No me corresponde a mí decirlo —respondió el señor Pecksniff con una amable sonrisa—. Lo he hecho lo mejor que he podido, señor.

—Es posible que quiera verlas —dijo Martin—, ¿están por aquí?

De hecho estaban allí mismo, pues llevaban escuchando detrás de la puerta desde el principio de la conversación hasta ese momento, en que se retiraron apresuradamente. Después de enjugarse los indicios de debilidad de los ojos, y de darles tiempo de volver al piso de arriba, el señor Pecksniff abrió la puerta y las llamó desde el pasillo.

—¿Dónde estáis, hijas mías?

—¡Aquí, papá! —replicó la lejana voz de Charity.

—Baja al saloncito de atrás, por favor, hija —dijo el señor Pecksniff—, y tráete a tu hermana.

—Sí, papá —grito Cherry; y las dos bajaron enseguida (pues eran todo obediencia) canturreando por el camino.

Nada pudo superar la sorpresa de las dos señoritas Pecksniff cuando encontraron a un desconocido con su padre. Nada pudo superar su mudo asombro cuando les dijo: «¡Hijas mías, el señor Chuzzlewit!». Aunque, cuando les anunció que el señor Chuzzlewit y él eran amigos, y que el señor Chuzzlewit había dicho palabras tan tiernas y amables que le habían atravesado el corazón, las dos señoritas Pecksniff exclamaron al unísono: «¡Gracias a Dios!», y las dos se echaron al cuello del anciano. Y, después de abrazarlo con tanto fervor y afecto que es imposible describirlo con palabras, se arremolinaron alrededor de su silla, como si no les ocurriera mayor placer que atender a sus necesidades y demostrarle en lo que les quedaba de vida todo el amor que le habrían profesado desde la infancia si el muy cabezota se hubiese avenido antes a recibir tan preciosa ofrenda.

El anciano miró con atención varias veces a una y a otra y luego al señor Pecksniff.

—¿Cómo se llaman? —le preguntó cuando consiguió captar su mirada en su descenso, pues hasta ese momento había estado piadosamente elevada con un no sé qué de esa expresión que los poetas de todos los

tiempos han atribuido a un ave doméstica cuando suspira entre los estragos de una tormenta eléctrica<sup>[48]</sup> .

El señor Pecksniff se lo dijo y añadió, con cierta precipitación —quienes lo calumnian habrían dicho que con vistas a cualquier posible idea testamentaria que pudiera pasársele por la imaginación al viejo Martin —:

—Tal vez, hijas mías, sería mejor que se los escribieseis. Vuestros humildes autógrafos no tienen valor en sí mismos, pero el afecto podría concedérselo.

—El afecto —dijo el anciano— se lo demostraré a los originales vivos. No se molesten, hijas mías. No olvidaré tan fácilmente a Charity y a Mercy como para necesitar que me den nada en prenda.

—¡Señor! —exclamó el señor Pecksniff con presteza.

—¿Nunca se sienta usted?

—Pues... sí... alguna vez, señor —respondió el señor Pecksniff, que llevaba todo el tiempo de pie.

—¿Le importaría sentarse ahora?

—Sabe que puede pedirme —observó el señor Pecksniff ocupando en el acto una silla— cualquier cosa que se le antoje.

—Habla usted en confianza —dijo Martin—, y su intención es buena; pero me temo que desconoce usted los caprichos de un viejo. No sabe lo que es tener que halagar sus gustos y disgustos, adaptarse a sus prejuicios, hacer lo que desee, sea lo que sea, soportar sus celos y su desconfianza, y atenderle siempre con el mayor celo. Cuando recuerdo lo numerosos que son mis defectos y juzgo su ocasional enormidad por los pensamientos injuriosos que tenía antes de usted, me cuesta considerarlo a usted mi amigo.

—Señor mío —repuso su pariente—, ¡cómo puede usted hablar de esa forma tan triste! ¿Qué puede ser más natural que el que cometiera usted un pequeño error, cuando en todos los demás aspectos estaba usted en lo cierto y tenía tanta razón, tanta triste e innegable razón, al juzgar bajo la peor luz a todos los que le rodeaban?

—Cierto —replicó Martin—. Es usted muy comprensivo conmigo.

—Mis hijas y yo hemos dicho siempre —exclamó el señor Pecksniff cada vez con más obsequiosidad— que, por mucho que lamentásemos nuestro triste infortunio al vernos confundidos con personas tan mezquinas y mercenarias, aun así no nos extrañaba. ¿Lo recordáis, hijas?

¡Oh, con viveza! ¡Mil veces!

—Nunca nos quejamos —añadió—. A veces teníamos la presunción de consolarnos pensando que al final prevalecería la Verdad y la Virtud se alzaría triunfante, pero no siempre. ¿Os acordáis, hijas mías?

¡Que si se acordaban! ¿Cómo podía dudarlo? ¡Papá, qué preguntas tan raras e innecesarias!

—Y cuando lo vi a usted —prosiguió el señor Pecksniff, aún con mayor deferencia— en el modesto y pequeño pueblecito donde nos tomamos la libertad de vivir, le dije tan sólo que se confundía conmigo, mi querido amigo, nada más, ¿no es cierto?

—No... no es verdad —objetó Martin, que llevaba un buen rato con la mano apoyada en la frente y ahora volvió a alzar la mirada—, dijo usted mucho más, lo cual, añadido a otras circunstancias que he llegado a saber, me ha abierto los ojos. Me habló usted desinteresadamente, en nombre de... no hace falta que lo diga. Ya sabe a quién me refiero.

El rostro del señor Pecksniff expresó su turbación cuando apretó las manos y respondió con humildad:

—Le aseguro, señor, que fue de forma desinteresada.

—Lo sé —dijo el viejo Martin, sin inmutarse—. Me consta. Es lo que he dicho. Como fue desinteresado por su parte librarme de aquel enjambre de arpías y convertirse así en su víctima; cualquier otro hombre habría dejado que mostrasen su rapacidad y habría tratado de ganarse mi afecto por comparación. Usted se compadeció de mí y las alejó, por lo que le estoy muy agradecido. Ya ve que, aunque me fuese, sé lo que ocurrió.

—¡Me deja usted boquiabierto, señor! —exclamó el señor Pecksniff, lo cual era cierto.

—No es eso lo único que sé —dijo el anciano—. Tiene usted un nuevo alumno en su casa.

—Sí, señor —replicó el arquitecto—, así es.

—Debe marcharse —dijo Martin.

—¿Para... irse con usted? —preguntó el señor Pecksniff, con temblorosa blandura.

—Para ir donde le venga en gana —respondió el anciano—. Le ha engañado a usted.

—Espero que no —dijo con apasionamiento el señor Pecksniff—. Confío en que no. He depositado muchas esperanzas en ese joven. Espero que no pueda usted demostrar que ha perdido el derecho a disfrutar de mi protección. El engaño, el engaño, mi querido señor Chuzzlewit, sería fatal. De probarse el engaño, me sentiría obligado a renunciar a él al instante.

El anciano miró a sus dos bellas partidarias, pero sobre todo a la señorita Mercy, a quien, de hecho, miró directamente a la cara, con mayor interés del que habían manifestado hasta entonces sus facciones. Volvió a mirar al señor Pecksniff y preguntó con serenidad:

—Por supuesto sabrá usted que ha hecho su elección matrimonial.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Pecksniff pasándose la mano por el pelo, que quedó más erizado que nunca, y mirando desencajado a sus hijas—. ¡Esto es cada vez más grave!

—¿Lo sabía? —repitió Martin.

—¡No habrá sido sin el consentimiento y la aprobación de su abuelo! —exclamó el señor Pecksniff—. No me diga eso. ¡Por el honor de la naturaleza humana, diga que no es eso lo que va a decirme!

—¡Ya imaginaba que se lo habría ocultado! —dijo el anciano.

La indignación que sintió el señor Pecksniff ante tan espantosa revelación sólo la igualó la rabia iracunda de sus hijas. ¡Qué! ¡Habían acogido en su casa y en su hogar a una serpiente secretamente enroscada; a un cocodrilo, que había ofrecido furtivamente su mano; a una carga para la sociedad; a un soltero arruinado, sin oficio ni beneficio, que comerciaba en el mundo de las solteras con falsas pretensiones! Y pensar que había desobedecido y engañado a ese dulce y venerable caballero de su mismo nombre, ese amable y tierno tutor, que era más que un padre y una madre para él... ¡Era espantoso, espantoso! Echarlo con ignominia sería demasiado bueno para él. ¿No podía hacerse nada más? ¿No habría incurrido en algún delito penal? ¿Sería posible que las leyes del país fuesen tan blandas que no estableciesen un castigo para semejante comportamiento? ¡Cómo les había engañado ese monstruo!

—Me alegra descubrir que cuento con un apoyo tan caluroso —dijo el anciano, alzando la mano para contener el torrente de su ira—. No negaré que es un placer para mí ver tanto celo. Consideremos zanjado el asunto.

—No, señor —exclamó el señor Pecksniff—, no estará zanjado hasta que haya librado mi casa de esa pestilencia.

—Eso será —dijo el anciano— a su debido tiempo. Cuento con ello.

—Es usted muy bueno —respondió el señor Pecksniff, estrechándole la mano—. Me honra usted. Puede darlo por hecho, se lo aseguro.

—Hay otro asunto —dijo Martin— en el que espero que me ayude. ¿Recuerda usted a Mary, primo?

—Es la joven de la que os hablé, hijas mías, y que tanto me interesó —observó el señor Pecksniff—. Perdone que le haya interrumpido, señor.

—Le conté a usted su historia —dijo el anciano.

—Que, como recordaréis, también os conté, hijas —exclamó el señor Pecksniff—. ¡Qué jóvenes tan tontas, señor Chuzzlewit...! No imagina cuánto les conmovió.

—¡Vaya! —dijo Martin, evidentemente complacido—. Temí que tendría que convencerle a usted de que la viera con buenos ojos. Pero ¡compruebo que no es usted celoso! Bueno, tampoco tiene usted motivos, claro. Ella no va a sacarme nada, y lo sabe.

Las dos señoritas Pecksniff murmuraron su beneplácito a tan sabia medida y la compasión que les inspiraba la joven.

—Si hubiese podido prever lo que ha llegado a suceder entre nosotros cuatro... —dijo pensativo el anciano—, pero es demasiado tarde para eso. ¿Estarían dispuestas a recibirla con cortesía, señoritas, y a ser amables con ella si fuese necesario?

¡Cómo iba a haber una huérfana a la que las dos señoritas Pecksniff no quisieran acoger en su fraternal seno! Y, si quien la encomendaba a su cuidado era alguien de quien manaba un amor reprimido durante años, ¡qué inagotables reservas de afecto puro no anhelarían prodigarle!

Siguió un rato en el que el señor Chuzzlewit se quedó mirando al suelo, con aire ausente, sin decir una palabra; y, como estaba claro que no quería que lo interrumpieran en sus meditaciones, el señor Pecksniff y sus hijas guardaron también un profundo silencio. A lo largo de la conversación, había representado su papel con una solicitud fría y desapasionada, como si lo hubiese aprendido y ensayado penosamente un centenar de veces. Incluso cuando sus expresiones eran más intensas y su lenguaje más alentador, había observado la misma actitud, sin ceder un instante. Pero ahora su mirada pareció más brillante y su voz más expresiva cuando dijo, al despertar de aquel estado de ánimo soñoliento:

—¿Sabe lo que se dirá de esto? ¿Se ha parado a pensarlo?

—Lo que se dirá ¿de qué, señor mío? —preguntó el señor Pecksniff.

—De nuestro nuevo acuerdo.

El señor Pecksniff pareció sagaz y benévolo y al mismo tiempo muy por encima de cualquier malentendido cuando movió la cabeza y observó que sin duda daría mucho que hablar.

—Mucho —prosiguió el anciano—. Algunos dirán que chocheo, que la enfermedad me ha hecho perder el seso y que me he vuelto pueril. ¿Podrá usted soportarlo?

El señor Pecksniff respondió que sería muy difícil, pero que se creía capaz, si hacía un gran esfuerzo.

—Otros dirán, y hablo de los más decepcionados y enfadados, que ha mentado usted, que me ha lisonjeado y que ha utilizado medios arteros para ganarse mi favor, mediante concesiones, hechos, bajezas y vilezas sin cuento que no podrían pagarse ni con todo el oro del mundo. ¿Podrá soportarlo?

El señor Pecksniff replicó que eso también sería muy difícil, pues cuestionaba, en cierto modo, el discernimiento del señor Chuzzlewit. Aun así tenía la modesta confianza de poder sobrellevar la calumnia, con la ayuda de una conciencia limpia y de la amistad de dicho caballero.

—Preveo —afirmó el viejo Martin recostándose en su silla— que la mayoría de los calumniadores dirá lo siguiente: que para subrayar mi desdén por la chusma a la que tanto desprecio, he escogido de entre todos ellos al peor, le he obligado a hacer mi voluntad, le he mimado y le he enriquecido a costa de los demás. Que, después de buscar el castigo que más escociera en el pecho a esos halcones y que más bilis les hiciese segregar, he concebido este plan en el momento en que se rompió brutalmente el último eslabón de la cadena del deber agradecido y el amor que me mantenía unido a la raza humana; brutalmente, porque siempre le quise bien; brutalmente, porque siempre le había ofrecido mi afecto y mi confianza; brutalmente, porque lo rompió cuando yo más lo quería, ¡que Dios me ayude!, y porque me apartó de su lado sin pestañear cuando yo me aferraba a su corazón. Y ahora —añadió el anciano, olvidando aquel enérgico estallido con tanta rapidez como se había dejado llevar por él—, ¿está también dispuesto a soportar eso? Piense que tendrá que soportarlo solo y no cuente con que yo le saque las castañas del fuego.

—Mi querido señor Chuzzlewit —exclamó extasiado Pecksniff—, ¡por un hombre como el que ha demostrado ser usted hoy; por un hombre tan maltratado y al mismo tiempo tan humano; por un hombre tan... no se me ocurre qué palabra decir, y al mismo tiempo tan... no sé cómo expresar lo que siento; por un hombre como el que acabo de describir, espero que no sea presuntuoso por mi parte decir que yo, y estoy seguro de que mis hijas también (hijas mías, estamos de acuerdo, ¿no es cierto?), estaría dispuesto a soportar cualquier cosa!



—¡Basta! —dijo Martin—. No podrá culparme a mí de las consecuencias. ¿Cuándo volverá usted a casa?

—Cuando usted quiera, señor mío. Esta noche, si así lo desea.

—No deseo nada —replicó el anciano— que no sea razonable. Y esa petición no lo sería. ¿Estarán listos para partir a finales de la semana?

Era justo el momento que el señor Pecksniff habría sugerido si le hubiesen dejado elegir a él. En cuanto a sus hijas... las palabras «Volvamos a casa el sábado, papá» afloraron de hecho a sus labios.

—Los gastos, primo —dijo Martin, sacando una hojita de papel doblada de la cartera—, probablemente superen esta cantidad. De ser así, ya me dirá cuánto le debo cuando nos veamos la próxima vez. Sería inútil que le dijese dónde vivo ahora; de hecho, no tengo domicilio fijo. Cuando lo tenga, se lo haré saber. Usted y sus hijas pueden estar seguros de que volverán a verme pronto; entretanto, no hace falta que le diga que es mejor que esto quede entre nosotros. Ya sabemos lo que hará usted cuando regrese. No me lo diga, ni vuelva a hablarme nunca del asunto. Se lo pido como un favor. Por lo general soy hombre de pocas palabras, primo; y creo que todo lo que hacía falta decir ha quedado dicho ya.

—¿Una copa de vino... un pedazo de este humilde pastel? —exclamó el señor Pecksniff, aventurándose a agasajarle—. ¡Hijas...! —Las dos hermanas corrieron a servirle—. ¡Pobres hijas mías! —dijo el señor Pecksniff—. Tendrá que disculpar su nerviosismo. Son muy sentimentales. ¡Mala cosa para ir por el mundo, señor Chuzzlewit! La pequeña es casi una mujer como la mayor, ¿no cree, señor?

—¿Cuál es la pequeña? —preguntó el anciano.

—Mercy es cinco años menor —dijo el señor Pecksniff—. A veces nos atrevemos a pensar que tiene muy buena figura, señor. Desde el punto de vista artístico, tal vez se me permita sugerir que su perfil es correcto y elegante. Como es natural —añadió, secándose las manos en el pañuelo, y mirando preocupado el rostro de su primo a cada instante—, me enorgullece, si se me permite la expresión, tener una hija hecha según el mejor modelo.

—Parece muy vivaracha —observó Martin.

—¡Dios mío! —dijo el señor Pecksniff—, es increíble. Ha definido usted su carácter, señor mío, como si la conociera desde la cuna. Es muy vivaracha. Le aseguro, señor mío, que en nuestro humilde hogar su alegría es una delicia.

—No me cabe duda —replicó el anciano.

—Charity, por otro lado —dijo el señor Pecksniff—, es notable por su sentido común y por la profundidad de sus sentimientos, si disculpa usted mi parcialidad paterna. ¡Las dos se profesan un maravilloso afecto, señor! Permítame beber a su salud. ¡Bendito sea!

—Quién me iba a decir hace un mes —replicó Martin— que íbamos a hacer buenas migas y a compartir una copa de vino. A su salud.

Nada desanimado por la extraordinaria brusquedad con que pronunció esas palabras, el señor Pecksniff le dio las gracias devotamente.

—Y ahora permita que me vaya —dijo Martin, dejando el vino sin mojarse apenas los labios—. ¡Señoritas, buenos días!

Pero esa distante forma de despedida no fue lo bastante tierna para los anhelos de las dos señoritas, que una vez más lo abrazaron de todo corazón, o al menos con todos sus brazos, despedida a la que su recién encontrado amigo se sometió de mejor grado de lo que habría sido de esperar en un hombre que un momento antes había hablado a su padre de manera tan brusca. Terminadas las demostraciones de cariño, se apresuró a despedirse del señor Pecksniff y se fue, aunque el padre y las hijas lo acompañaron a la puerta y se quedaron allí, besándole las manos y radiantes de afecto, hasta que desapareció, aunque, dicho sea de paso, no se volvió una sola vez después de cruzar el umbral.

Cuando volvieron a la casa y estuvieron otra vez solos en el cuarto de la señora Todgers, las dos señoritas hicieron gala de una rara alegría, dieron palmas, se rieron y miraron con gesto travieso y bromista a su querido padre. Su reacción era tan inexplicable que el señor Pecksniff (que era muy serio) no pudo sino preguntarles a qué venía eso; y las regañó con amabilidad por dejarse llevar por tan frívolas emociones.

—Si fuese posible adivinar alguna causa para esta alegría, por remota que fuese —dijo—, no os lo reprocharía. Pero puesto que no hay ninguna... ¡la verdad...! ¡La verdad...!

Esta admonición surtió tan poco efecto en Mercy que tuvo que llevarse el pañuelo a los rosados labios y repantigarse en su silla con los síntomas de una gran diversión; su falta de obediencia molestó tanto al señor Pecksniff que la regañó con palabras más severas y le dio el consejo paterno de corregirse en soledad y contemplación. Pero en ese momento los molestaron unas voces que discutían; y, como procedían de la habitación de al lado, el asunto objeto del altercado llegó a sus oídos enseguida.

—No me importa ni esto, señora Todgers —dijo el joven caballero, que había sido el caballero más joven del grupo el día de la cena—. Ni esto me importa a mí Jinkins, señora —repitió chasqueando los dedos.

—Estoy segura, señor —replicó la señora Todgers—. Me consta que tiene usted un espíritu demasiado independiente para doblegarse ante

nadie. Y hace bien. No hay motivo para que tenga usted que ceder ante otro caballero. Todo el mundo lo sabe.

—Me importaría tan poco que ese sujeto no volviese a ver la luz del sol —añadió en tono desesperado el caballero más joven— como si se tratase de un bulldog.

La señora Todgers no se detuvo a preguntar por qué había alguna razón para privar de la luz del sol a un bulldog, pero pareció retorcerse las manos y gemir.

—Más le vale ir con cuidado, ya se lo he advertido —dijo el caballero más joven—. Nadie se interpondrá entre el objeto de mi venganza y yo. Conozco a un tipo —en su agitación utilizó esa palabra familiar, pero luego se corrigió y añadió—: es decir, a un caballero que tiene un par de pistolas. Si me veo empujado a pedírselas prestadas y a enviar a un testigo a visitar a Jinkins los periódicos publicarán una tragedia. No digo más.

Una vez más la señora Todgers gimió.

—He soportado esto demasiado tiempo —dijo el caballero más joven—, pero ahora mi alma se rebela y no lo aguantaré más. Me fui de casa porque no quería dejarme dominar por mi hermana; ¿acaso cree que voy a rebajarme ante él? No.

—Está muy mal por parte del señor Jinkins; y si lo hace a propósito estoy de acuerdo en que es totalmente inexcusable —observó la señora Todgers.

—¡A propósito! —exclamó el caballero más joven—. ¿Acaso no me interrumpes y me contradices siempre? ¿Hay alguna vez que no se interponga entre cualquier cosa o persona que me interese y yo? ¿No finge olvidarme siempre que sirve cerveza? ¿No hace petulantes observaciones sobre sus cuchillas de afeitar e insultantes alusiones a la gente que sólo tiene que afeitarse una vez por semana? Pero que vaya con cuidado o muy pronto se va a encontrar con un afeitado muy apurado, ¡advertido está! —El joven caballero se equivocaba en esa última frase, pues nunca se lo había dicho a Jinkins, sino sólo a la señora Todgers—. Sea como fuere —añadió— estas cuestiones no son apropiadas para los oídos de una señora. Lo único que tengo que decirle, señora Todgers, es que le doy un preaviso de una semana a partir del sábado. Esta casa no puede seguir albergándonos a ese sinvergüenza y a mí por más tiempo. Si llegamos a ese día sin derramamiento de sangre, puede usted considerarse muy afortunada. Yo no lo considero probable.

—¡Dios mío, Dios mío —gritó la señora Todgers—, qué no daría por evitar esto! Perderle a usted, señor, sería como perder la mano derecha de esta casa. Es usted tan popular entre los caballeros... ¡se le admira y aprecia tanto! Espero que lo reconsidere, aunque sólo sea por mí.

—Tiene usted a Jinkins —dijo con hosquedad el caballero más joven—. Su favorito. Él la consolará a usted y a los caballeros de la pérdida de otros veinte como yo. En esta casa nadie me entiende. Nadie me ha entendido nunca.

—¡No se marche con esa opinión, señor! —exclamó la señora Todgers con una exhibición de sincera indignación—. No haga acusaciones así contra este establecimiento, se lo ruego. No es para tanto. Diga lo que quiera de los caballeros o de mí; pero no que en esta casa no se le entiende.

—No me tratan como si me entendieran —respondió el caballero más joven.

—En eso está usted muy equivocado, señor —replicó la señora Todgers en el mismo tono—. Como muchos de los caballeros y yo misma hemos dicho a menudo, es usted demasiado sensible. Sí, señor. Es usted susceptible por naturaleza, lo lleva en la sangre.

El joven caballero carraspeó.

—Y, por lo que se refiere al señor Jinkins —prosiguió la señora Todgers —, debo rogarle si es que hemos de despedirnos que comprenda que no soy ni mucho menos cómplice del señor Jinkins. Nada más lejos. Ojalá el señor Jinkins se diera menos tono en este establecimiento y no se dedicara a crear diferencias entre caballeros a quienes aprecio más que a él y a mí misma. Le aseguro, señor, que no es uno de esos huéspedes ante los que cede cualquier consideración de afecto y respeto. Al contrario, se lo aseguro.

El joven caballero se conmovió tanto por estos y otros alegatos similares de la señora Todgers que ambos fueron cambiando poco a poco de parecer, de modo que ella se convirtió en la parte agraviada y él en quien la perjudicaba, aunque en un sentido halagüeño y no ofensivo, pues su conducta cruel se atribuyó únicamente a su naturaleza exaltada. Así pues, al final el joven caballero retiró el preaviso, confirmó a la señora Todgers su aprecio inalterable y volvió a sus negocios.

—¡Dios mío, señoritas Pecksniff —exclamó dicha señora, al volver al saloncito y sentarse fatigada con la cesta en las rodillas y las manos entrelazadas—, cuánta paciencia hace falta para regentar una casa como esta! Habrán oído ustedes lo que ha pasado. ¿Habían oído alguna vez algo así?

—¡Jamás! —dijeron las dos señoritas Pecksniff.

—De todos los jóvenes ridículos con los que he tenido que tratar —prosiguió la señora Todgers—, este es el más ridículo y el menos razonable. A veces el señor Jinkins se mete con él, pero ni la mitad de lo que se merece. Aludir a ese caballero en la misma frase que al señor

Jinkins es inimaginable, pero le tiene tantos celos que cree poder compararse con él.

A las señoritas les pareció muy entretenido el relato de la señora Todgers, al igual que ciertas anécdotas ilustrativas del carácter del caballero más joven que les contó después. Pero el señor Pecksniff parecía muy serio y enfadado y, cuando terminó, dijo con voz solemne:

—Disculpe, señora Todgers, ¿puedo preguntarle en cuánto contribuye ese joven caballero al mantenimiento de este lugar?

—Bueno, señor, a cambio de lo que recibe paga dieciocho chelines a la semana —dijo la señora Todgers.

—¡Dieciocho chelines a la semana! —repitió el señor Pecksniff.

—Entre una semana y otra viene a ser eso más o menos —dijo la señora Todgers.

El señor Pecksniff se levantó de la silla, se cruzó de brazos, la miró y movió la cabeza.

—Y ¿va a decirme, señora... será posible señora Todgers, que por la mísera suma de dieciocho chelines a la semana una mujer de su discernimiento esté dispuesta a rebajarse y mostrar duplicidad aunque sólo sea por un instante?

—Me veo obligada a cuadrar las cuentas, señor —titubeó la señora Todgers—. Debo preservar la paz entre ellos y hacer que mi negocio funcione si es posible, señor Pecksniff. El margen de beneficios es muy pequeño.

—¡El margen de beneficios! —exclamó el caballero subrayando mucho la expresión—. ¡El margen de beneficios, señora Todgers! ¡Me deja usted atónito! —Lo dijo con tanta severidad que a la señora Todgers se le escaparon unas lágrimas—. ¡El margen de beneficios! —repitió el señor Pecksniff—. ¡El margen de beneficios del disimulo! De adorar al becerro de oro de Baal por dieciocho chelines a la semana.

—No sea, en su bondad, demasiado duro conmigo —exclamó la señora Todgers, sacando el pañuelo.

—¡Oh, becerro, becerro! —gritó pesaroso el señor Pecksniff—. ¡Oh, Baal, Baal! ¡Oh, señora Todgers, amiga mía! ¡Malvender la preciosa joya de su amor propio y rebajarse ante otro mortal por dieciocho chelines a la semana!

Estaba tan dominado y agitado por esa reflexión que cogió su sombrero de la percha en el pasillo y salió a dar un paseo, para sosegarlo. Cualquiera que se hubiese cruzado con él por la calle habría reparado nada más verlo en que era una buena persona, pues todo su cuerpo

rebosaba la conciencia de la homilía moral que le había soltado a la señora Todgers.

¡Dieciocho chelines a la semana! ¡Qué justa, qué sumamente justa tu censura, honrado Pecksniff! Si hubiese sido a cambio de una condecoración, una estrella, una jarretera o unas mangas de linón; de la sonrisa de un gran hombre; de un escaño en el Parlamento; del espaldarazo de una espada cortesana; de un puesto, un partido o una sinecura, o de dieciocho mil libras, o incluso de mil ochocientas; pero ¡adorar al becerro de oro por dieciocho chelines a la semana! ¡Qué lamentable, qué lamentable!

## **Capítulo XI. En el que cierto caballero dedica sus atenciones a cierta dama; y arrojan su sombra varios acontecimientos inminentes**

Faltaban dos o tres días para la partida de Todgers de la familia, y los caballeros de la pensión comercial estaban todos igual de abatidos e inconsolables ante la inminente despedida, cuando Bailey hijo se presentó a la jocunda hora del mediodía ante la señorita Charity Pecksniff, que estaba sentada con su hermana en el salón comedor bordando seis pañuelos de bolsillo para el señor Jenkins; y, después de expresar la esperanza preliminar y piadosa de que lo bendijese, le dio a entender, con su gracia habitual, que un visitante esperaba para presentarle sus respetos, y estaba en ese momento esperándola en el salón. Tal vez este último anuncio demostrara, con una perspectiva más clara de lo que habrían podido hacer muchos prolijos discursos, la fe y la confianza de la naturaleza de Bailey, pues de hecho había visto al visitante en la puerta de la casa, donde, después de indicarle que sería mejor que subiera por las escaleras, lo había dejado al albur y la guía de su propia sagacidad. Había, pues, al menos una posibilidad de que su visitante estuviese en ese mismo momento deambulando por el tejado de la casa, o intentando en vano salir del laberinto de las habitaciones; pues Todgers era de esos establecimientos en los que un desconocido sin un guía tiene muchas posibilidades de acabar donde menos se lo espera y donde menos desea estar.

—¡Que un caballero pregunta por mí! —exclamó Charity, interrumpiendo su trabajo—. ¡Mi querido Bailey!

—¡Ah! —dijo Bailey—. Así que querido, ¿eh? ¡No lo sería tampoco, si no fuese él!

La observación resultó un tanto oscura, debido (como habrá notado el lector) a un exceso de negaciones; pero fue acompañada de una imitación tan elocuente de una pareja fiel marchando del brazo hacia la iglesia parroquial e intercambiando miradas enamoradas que mostró con claridad la convicción del joven de que la intención del visitante era amorosa. La señorita Charity fingió reprocharle tales libertades, pero no pudo reprimir una sonrisa. Desde luego, era un chico muy raro. Siempre había cierta probabilidad y posibilidad mezcladas con su absurdo comportamiento. ¡Eso era lo mejor!

—Pero no conozco a ningún caballero, Bailey —dijo la señorita Pecksniff—. Creo que debes de haberte equivocado.

El señor Bailey sonrió ante lo absurdo de semejante suposición y contempló a las señoritas con una afabilidad inigualable.

—Merry, cariño —dijo Charity—, ¿quién puede ser? ¿No te parece raro? Estoy tentada de no recibirle. ¡Es muy extraño!

La hermana pequeña consideró claramente que la pregunta tenía su origen en el orgullo de que fuesen a visitarla y preguntaran por ella; y que estaba pensada para subrayar su superioridad y a modo de desquite por haber cautivado de ese modo a los huéspedes de la pensión comercial. Así que respondió, con mucho afecto y educación, que sin duda era muy extraño y que no tenía ni idea de qué podía pretender ese ridículo desconocido.

—¡Es imposible adivinarlo! —dijo Charity con cierta brusquedad—, pero tampoco hace falta que te enfades, querida.

—Gracias —replicó Merry canturreando mientras seguía con su labor—, lo sé, cariño.

—Me temo que te has alterado, tontita —dijo Cherry.

—¿Sabes, cariño —dijo Merry con una ingenuidad cautivadora—, que yo también me lo estaba temiendo? Tanta bobada y tanta tontería basta para alterar a cualquiera. ¡Qué alivio debe ser para ti no tener que preocuparte y que no te molesten esos hombres tan odiosos! ¿Cómo lo haces, Cherry?

Esta ingenua pregunta podría haber conducido a resultados turbulentos de no haber sido por las claras expresiones de deleite manifestada por Bailey hijo, cuyo placer ante el cariz que estaba tomando la conversación se había vuelto tan evidente que se sintió obligado a interpretar un baile, normalmente denominado «la danza de la rana» y de naturaleza tan dificultosa que sólo es posible ejecutarlo en momentos de éxtasis. Esta manifestación tan vivaz recordó enseguida a las dos hermanas el gran precepto virtuoso «Hagas lo que hagas, guarda las formas», en el que ambas habían sido educadas. Ambas se contuvieron, e informaron al señor Bailey de que, si pensaba seguir ejecutando ese baile en su presencia, informarían en el acto a la señora Todgers y exigirían a la señora que le impusiera un castigo merecido. El joven caballero, después de expresar la amargura de su arrepentimiento fingiendo que se enjugaba las lágrimas ardientes con el mandil y simulando extraer una gran cantidad de agua de dicha prenda retorciéndola, abrió la puerta para que saliera la señorita Charity; de esta forma, la damisela subió majestuosamente las escaleras para ir a recibir a su misterioso adorador.

Por alguna extraña concurrencia de circunstancias favorables, él había encontrado el salón y esperaba sentado a solas.



—¡Ah, prima! —dijo—. Aquí estoy, ya lo ves. Seguro que pensabas que me había perdido. ¡Bueno! ¿Qué tal estás?

La señorita Charity respondió que estaba bastante bien; y le dio la mano al señor Jonas Chuzzlewit.

—Eso está bien —dijo el señor Jonas—, ya te has quitado de encima el cansancio del viaje, ¿no? Oye, ¿y qué tal la otra?

—Creo que mi hermana está muy bien —replicó la señorita—. No la he oído quejarse de ninguna indisposición, señor. ¿Quiere verla y preguntarle usted mismo?

—¡No, no, prima! —dijo el señor Jonas, sentándose a su lado en la silla de la ventana—. No tengas tanta prisa. Ahora no es el momento. ¡Qué cruel eres!

—Es imposible que sepa usted si lo soy o no —dijo Cherry.

—Bueno, tal vez —dijo el señor Jonas—. Oye, ¿pensabas que me había perdido? No me has contestado.

—No he pensado en eso ni un minuto —respondió Cherry.

—¿Ah no? —dijo Jonas, meditando esa extraña respuesta—. ¿Y la otra?

—Nada me resulta más imposible que decir lo que mi hermana haya podido pensar o no sobre semejante asunto —exclamó Cherry—. Jamás me ha comentado nada, ni en un sentido ni en el otro.

—¿No se rió? —preguntó Jonas.

—No. Ni siquiera se rió —respondió Charity.

—Se ríe mucho, ¿verdad? —dijo Jonas, bajando la voz.

—Es muy jovial —dijo Cherry.

—La jovialidad está muy bien... siempre que no cueste dinero, ¿no te parece? —preguntó el señor Jonas.

—Desde luego —dijo Cherry, con un recato que imprimió un gran desinterés a su respuesta.

—Me refiero a una jovialidad como la tuya —observó el señor Jones, dándole un codazo—. Tendría que haber venido a verte antes, pero no sabía dónde estabas. ¡Con qué prisa te fuiste la otra mañana!

—Me limité a seguir las instrucciones de mi padre —dijo la señorita Charity.

—Ojalá las hubiese oído —replicó su primo—, así te habría encontrado antes. Caramba, no te habría encontrado ni siquiera hoy si no me lo hubiese encontrado esta mañana por la calle. ¡Qué hombre tan escurridizo y astuto! Es furtivo como un gato, ¿no te parece?

—Le ruego que tenga la bondad de hablar con más respeto de mi padre, señor Jonas —dijo Charity—; no puedo permitir ese tono, ni siquiera en broma.

—¡Dios!, pues tú puedes decir lo que quieras del mío, tienes mi permiso —respondió Jonas—. Estoy convencido de que por sus venas no corre sangre, sino rabia líquida. ¿Qué años dirías que tiene mi padre, prima?

—Muchos, sin duda —replicó la señorita Charity—, pero es un anciano y noble caballero.

—¡Un anciano y noble caballero! —repitió Jonas, golpeando enfadado la copa del sombrero—. ¡Ah! Ya va siendo hora de que haga lo que se espera de los ancianos. ¡Ochenta tiene!

—¿Tantos? —preguntó la joven.

—Y, ¡Dios! —exclamó Jonas—, si no se ha rendido hasta ahora, no sé cómo voy a impedir que llegue a los noventa; no, ni siquiera a los cien. Caramba, cualquier hombre sensible debería avergonzarse de tener ochenta años... y no digamos más. Quisiera saber dónde está su religiosidad si desafía de ese modo a la Biblia. Los días de nuestra edad son setenta años<sup>[49]</sup>; y nadie que tenga conciencia y que sepa lo que se espera de él tiene por qué vivir más tiempo.

¿A alguien le sorprende que el señor Jonas haga semejante referencia con semejante propósito? ¿Duda alguien del viejo proverbio de que el demonio (por ser lego) cita las Escrituras según le conviene? Si se toma la molestia de mirar a su alrededor descubrirá en un solo día más ejemplos que lo confirman que balas por minuto puede disparar una ametralladora.

—Pero basta de hablar de mi padre —dijo Jonas—; no tiene sentido perder el tiempo hablando de él. He venido a pedirte que vengas a pasear conmigo, prima, veamos algunos de los sitios más interesantes y luego vayamos a casa a comer alguna cosa. Probablemente Pecksniff pasará por allí por la tarde y puedes volver con él. Mira, aquí lo tienes de su puño y letra, le pedí que lo escribiera, por si no me creías, cuando me contó que no estaría cuando yo viniera. No hay nada como una prueba por escrito, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja! ¡Oye, y tráete también a la otra!

La señorita Charity miró la nota de su padre, que decía únicamente: «Id, hijas mías con vuestro primo. Que haya unión entre nosotros siempre que sea posible»; y, después de dudar lo suficiente para dar un valor apropiado a su consentimiento, se retiró para prepararse con su hermana para la excursión. Volvió enseguida acompañada de la señorita Mercy, que no estaba nada contenta de cambiar sus éxitos en Todgers por la compañía del señor Jonas y su respetado padre.

—Ajá —exclamó Jonas—. Ya estás aquí, ¿eh?

—Sí, espantajo —dijo Merry—, aquí estoy, y le aseguro que preferiría estar en cualquier otro sitio.

—No lo dices en serio —exclamó el señor Jonas—. No puede ser. Es imposible.

—Puede usted tener la opinión que le plazca, espantajo —replicó Mercy—. Yo tengo la mía, y la mía es que es usted una persona muy antipática, odiosa y desagradable. —Soltó una risa jovial y pareció divertirse mucho.

—¡Oh, qué chica tan aguda! —dijo el señor Jonas—. Una auténtica deslenguada, ¿verdad, prima?

La señorita Charity respondió que desconocía las costumbres y tendencias de un auténtica deslenguada, y que incluso si tuviese esa información no sería apropiado por su parte admitir la existencia de alguien en su familia a quien pudiese aplicarse un apelativo tan poco refinado; y menos aún si esa persona fuese su querida hermana, «sea cual sea —añadió con una mirada airada— su verdadera naturaleza».

—¡Bueno, querida! —dijo Merry—, la única observación que tengo que hacer es que, si no nos vamos ahora mismo, volveré a quitarme la cofia y me quedaré en casa.

Esta amenaza causó el efecto deseado de impedir cualquier ulterior altercado, pues el señor Jonas propuso una tregua que fue aceptada por unanimidad y los tres salieron enseguida de la casa. Una vez en el umbral, el señor Jonas ofreció un brazo a cada prima, acto de galantería que, al ser observado por Bailey hijo, desde la ventana de la buhardilla, causó en él un violento ataque de tos, paroxismo del cual aún era víctima cuando doblaron la esquina.

El señor Jonas preguntó acto seguido si eran aficionadas a andar y, cuando le respondieron que sí, sometió su capacidad a una prueba bastante dura; pues les enseñó tantos lugares de interés, en forma de puentes, iglesias, calles, fachadas de teatros y otros espectáculos gratuitos, esa mañana, como la mayor parte de la gente ve a lo largo de un año. Era notable el insuperable disgusto del caballero por el interior de los edificios, y que estuviese totalmente familiarizado con los espectáculos por los que había que pagar entrada, que al parecer eran

todos detestables y desprovistos de mérito alguno. Tan convencido estaba que, cuando la señorita Charity aludió a la circunstancia de que habían ido dos o tres veces al teatro en compañía del señor Jinkins y los demás caballeros, preguntó: «¿Quién compró las entradas?», y, cuando le dijeron que las habían pagado el señor Jinkins y los demás caballeros, le pareció graciosísimo y observó: «Menuda pandilla de aburridos deben de estar hechos»; y varias veces en el curso del paseo prorrumpió de nuevo en convulsas carcajadas ante la insuperable estupidez de aquellos caballeros y (sin duda) de su mucha mayor prudencia.

Cuando llevaban fuera varias horas y estaban bastante fatigadas, y siendo como era la hora del crepúsculo, el señor Jonas anunció que iba a enseñarles una de las cosas más divertidas que conocía. Era una broma pesada, y la gracia consistía en aprovechar un coche de alquiler cuanto lo permitiese un chelín. Por suerte, los llevó hasta la casa del señor Jonas; de lo contrario, a las señoritas se les habría escapado la parte más graciosa de la broma.

La antigua empresa de Anthony Chuzzlewit e Hijo, Especialidad en Telas de Algodón etc., tenía su sede en una calle muy estrecha detrás de la Oficina de Correos<sup>[50]</sup>, donde todas las casas en las mañanas más luminosas de verano eran muy oscuras; donde los días de canícula los porteros regaban la acera, delante de las oficinas de su patrón, y trazaban fantásticos diseños; y donde los días calurosos siempre había pulcros caballeros con las manos en los bolsillos de pantalones simétricos cuyo mayor trabajo parecía ser contemplarse las botas a la puerta de polvorientos almacenes, aunque de vez en cuando cargaban con un lápiz detrás de la oreja. Era una casa tan vieja, sucia, lóbrega, tiznada de humo y deteriorada como quepa imaginar, pero en ella llevaba a cabo la empresa de Anthony Chuzzlewit e Hijo todos sus negocios y transacciones y también sus placeres, pues ni el joven ni el viejo tenían otra residencia, ni preocupación o pensamiento alguno más allá de sus estrechos límites.

Los negocios, como enseguida puede suponerse, eran el principal objeto de este establecimiento; puesto que expulsaban fuera cualquier comodidad y arrinconaban los asuntos domésticos a cada paso. Así en los míseros dormitorios había archivadores apoyados contra las paredes y repletos de cartas comidas por las polillas; y rodillos de tela, y fragmentos de estampados pasados de moda, y materiales estropeados, tirados por el suelo; mientras los austeros armazones de las camas, las mesitas con palanganas y alfombras se amontonaban en los rincones como objetos apenas dignos de interés, en los que sólo se pensaba como necesidades desagradables que no proporcionaban ningún beneficio y que entorpecían lo único importante de la vida. El salón era, por el mismo principio, un caos de cajas y papeles viejos, y tenía más taburetes de contaduría que sillas, por no hablar del escritorio monstruoso que había en el centro o de la caja de caudales que había empotrada en la pared sobre la chimenea. La solitaria mesita para el propósito de la refección y el disfrute social guardaba la misma proporción con el escritorio y los demás muebles de oficina que las gracias y relajaciones

de la vida habían tenido en las personas del anciano y su hijo con su persecución de la riqueza. Estaba preparada de manera muy austera para cenar; y en una silla delante del fuego se encontraba el propio Anthony, que se levantó para saludar a su hijo y a sus bellas primas cuando entraron.

Un antiguo proverbio nos advierte de que no debemos esperar ver cabezas ancianas en hombros jóvenes, a lo cual podemos añadir que rara vez encontramos esa poco natural combinación sin sentir un fuerte deseo de arrancarlas de un golpe, aunque sólo sea por nuestro amor innato a ver las cosas en su sitio. No es improbable que muchos hombres, que no fuesen coléricos por naturaleza, hubiesen sentido alzarse ese impulso en su interior cuando les presentaron al señor Jonas; pero, si lo hubieran conocido en la intimidad en su propia casa, y se hubiesen sentado a su mesa, sin duda el impulso habría superado con mucho cualquier otra consideración.

—¡Bueno, espectro! —dijo el señor Jonas, dirigiéndose respetuosamente a su padre—. ¿Está lista la cena?

—Yo diría que sí —replicó el anciano.

—¿De qué me sirve eso? —replicó el hijo—. Yo también lo diría. Lo que quiero es saberlo con seguridad.

—¡Ah, no lo sé con certeza! —dijo Anthony.

—No lo sabes con certeza —replicó su hijo en voz más baja—. No. Nunca sabes nada con certeza. Anda, dame la vela. La necesito para las chicas.

Anthony le dio una vieja palmatoria de oficina, con la que el señor Jonas acompañó a las señoritas al dormitorio más cercano, donde las dejó para que se quitaran el gorro y el chal; y volvió para abrir una botella de vino, afilar el cuchillo de trinchar y murmurar halagos a su padre, hasta que ellas llegaron a la vez que la cena. El refrigerio consistió en una pierna caliente de cordero con patatas y verduras; una vieja desaliñada sirvió los platos y los dejó para que cada cual los disfrutara a su manera.

—Residencia de Solteros, ya me entiendes, prima —le dijo el señor Jonas a Charity—. Oye, la otra se reirá mucho de esto cuando vuelva a casa, ¿no crees? Ven, siéntate a mi derecha y ella que se ponga a la izquierda. Otra, ¿quieres sentarte aquí?

—Es usted tan espantajo —replicó Mercy— que sé que se me va a quitar el apetito si me siento tan cerca; pero supongo que no tengo otro remedio.

—Es verdad que es jovial, ¿eh? —le susurró el señor Jonas a la hermana mayor, llamando su atención de su manera favorita: el codazo.

—¡Oh, en realidad no lo sé! —replicó con impertinencia la señorita Pecksniff—. Estoy harta de preguntas ridículas.

—Y ¿qué mosca le ha picado ahora a mi querido y viejo padre? —dijo el señor Jonas, al ver que su progenitor estaba yendo y viniendo por el salón en vez de ocupar su sitio en la mesa—. ¿Qué estás buscando?

—He perdido mis gafas, Jonas —dijo el viejo Anthony.

—¿Es que no puedes sentarte sin ellas? —replicó el hijo—. No te hacen falta para comer ni para beber; y ¿dónde se ha metido ese viejo dormilón de Chuffey? ¡Eh, estúpido! ¿Es que has olvidado tu nombre?

Debía de haberlo olvidado, pues no acudió hasta que lo llamó el padre. Cuando este habló, la puerta de un pequeño cubículo que habían separado del salón se abrió muy despacio, y un hombrecillo anticuado de ojos legañosos y rostro enjuto salió arrastrando los pies. Parecía tan vetusto y tan polvoriento como el resto del mobiliario; llevaba un raído traje negro, con pantalones adornados en las rodillas con cintas manchadas de herrumbre, tan viejas como los cordones de los zapatos; y en la parte inferior de las piernas delgaduchas unas sucias medias de estambre del mismo color. Era como si lo hubiesen encerrado hacía medio siglo y alguien acabara de encontrarlo en la leñera.

De esta guisa fue arrastrándose hacia la mesa, hasta que por fin trepó a la silla vacía, desde donde, cuando sus enturbiadas facultades repararon en la presencia de desconocidos, y en que dichos desconocidos eran unas señoritas, volvió a levantarse, al parecer con la intención de hacer una reverencia. Pero volvió a sentarse sin hacerla, y soplándose en las manos marchitas para calentárselas se quedó con la nariz azulada sobre el plato, sin mirar a ninguna parte, con ojos que nada veían y una expresión que nada significaba. En aquel estado era la personificación de la nada. Nada más.

—Nuestro contable —dijo el señor Jonas, en su calidad de anfitrión y maestro de ceremonias—, el viejo Chuffey.

—¿Es sordo? —preguntó una de las señoritas.

—No, que yo sepa. No es sordo, ¿verdad, papá?

—Nunca me ha dicho que lo sea —replicó el anciano.

—¿Ciego? —quisieron saber las señoritas.

—No... Nunca me ha dado a entender que fuese ciego —dijo Jonas, con despreocupación—. A ti no te lo parece, ¿verdad, papá?

—Desde luego que no —replicó Anthony.

—Entonces ¿qué es?

—Pues os lo diré —respondió el señor Jonas, en un aparte a las dos señoritas—: en primer lugar es viejísimo; y no puedo decir que eso me guste, pues creo que se lo ha contagiado a mi padre. En segundo lugar es un viejo muy extraño —añadió alzando la voz— y apenas entiende a nadie más que a él. —Señaló a su honrado padre con el tenedor de trinchar para que supieran a quién se refería.

—¡Qué raro! —exclamaron las hermanas.

—Bueno —dijo el señor Jonas—, lleva toda la vida pudriéndose el cerebro con los números y la teneduría de libros; y hará unos veinte años contrajo unas fiebres. Estuvo todo el tiempo (duró unas tres semanas) fuera de sí y no paró de sumar; al final llegó a tantos millones que no creo que haya vuelto a estar bien desde entonces. De todos modos ahora no hacemos muchos negocios y no es un mal contable.

—Muy bueno —dijo Anthony.

—¡En fin! En cualquier caso no es caro —observó Jonás—, y se gana el pan, lo cual es suficiente para nuestras expectativas. Ya os he dicho que apenas entiende a nadie más que a mi padre, pero a él lo entiende y se despierta de un modo extraordinario. ¡Hace tanto que está acostumbrado a su forma de ser...! Caramba, si le he visto jugar al *whist* con mi padre de compañero, y partidas muy buenas, aunque no tenía ni idea de contra quién estaba jugando.

—¿No tiene apetito? —preguntó Merry.

—¡Oh, sí! —dijo Jonas empleando con rapidez su propio cuchillo y tenedor—. Aunque hay que ayudarle. Pero le da igual esperar un minuto o una hora, siempre que esté mi padre. Así que cuando tengo hambre, como hoy, me ocupo de él después de haber saciado un poco el apetito. Bueno, Chuffey, estúpido, ¿tienes hambre?

Chuffey siguió impasible.

—Siempre ha sido un viejo retorcido —dijo el señor Jonas, sirviéndose tranquilamente otra tajada—. Pregúntale tú, papá.

—¿Le apetece cenar, Chuffey? —preguntó el anciano.

—Sí, sí —dijo Chuffey, iluminándose y transformándose un ser humano sensible en cuanto oyó su voz, de un modo que al mismo tiempo resultó extraño y conmovedor—. Sí, sí. Ya estoy, ya estoy, señor Chuzzlewit, ya estoy. —Dicho lo cual, se interrumpió sonriente y esperó; pero, como el

señor Chuzzlewit no le dijo nada más, la luz fue abandonando poco a poco su rostro, hasta que volvió a no ser nada.

—Aunque os advierto de que es muy desagradable —dijo Jonas, dirigiéndose a sus primas mientras le daba la ración del viejo a su padre—. Con lo único con lo que no se atraganta es con el caldo. ¡Miradlo ahora! ¿Habéis visto alguna vez un caballo con unos ojos tan apagados? Si no fuese por lo gracioso que resulta, no le habría dejado venir hoy, pero he pensado que os divertiría.

El desdichado objeto de aquel discurso tan humano era, por suerte para él, tan inconsciente de su sentido como el de la mayoría de las observaciones que se hicieron en su presencia. Pero, como el cordero estaba duro y tenía débiles las encías, no tardó en confirmar la afirmación relativa a su propensión al atragantamiento, y lo pasó tan mal en sus intentos por cenar que el señor Jonas se divirtió infinitamente y afirmó que en toda su vida no había sido mejor compañero de mesa, y que bastaba con verlo para partirse de risa. De hecho, llegó a decirles a las hermanas que, desde ese punto de vista, Chuffey era aún más gracioso que su propio padre, lo cual, añadió con elocuencia, era mucho decir.

Era raro que Anthony Chuzzlewit, siendo también un hombre de edad avanzada, se divirtiera con las bromas de su estimable hijo a expensas de la pobre sombra que había sentada a su mesa. Pero no hay duda de que así era, aunque no tanto —si hemos de hacerle justicia— por su antiguo contable como por la exaltación que le producían las pullas de Jonas. Por la misma razón, las bruscas alusiones de este joven, incluso a sí mismo, lo llenaban de una alegría furtiva y hacían que se frotara las manos y se riera para sus adentros, como si dijese: «Yo le enseñé, yo lo entrené. He aquí el producto de la educación que le he dado. Astuto, ladino y codicioso, no malgastará mi dinero. Por esto he trabajado; esta era mi esperanza; ha sido el fin y el propósito de mi vida».

¡Qué fin y propósito tan nobles eran contemplar aquel resultado, desde luego! Hay quienes crean ídolos a su imagen y semejanza y luego no los adoran cuando están formados, y culpan de su deformidad a la naturaleza ultrajada. Pero Anthony era mejor que ellos.

Chuffey pasó tanto tiempo boquiabierto delante del plato que el señor Jonas, perdiendo la paciencia, se lo quitó con sus propias manos, y le pidió a su padre que le diese a entender a esa persona venerable que más valía que «comiera migas de pan», y así lo hizo Anthony.

—¡Sí, sí! —exclamó el anciano, iluminándose como antes, cuando se lo comunicó la misma voz—; cierto, cierto. ¡Es su hijo, señor Chuzzlewit! ¡Bendito sea ese chico tan listo! ¡Bendito sea, bendito sea!

Al señor Jonas eso le pareció tan infantil —tal vez con razón— que volvió a desternillarse de risa y les dijo a sus primas que se temía que uno de



esos días Chuffey acabaría con él. Retiraron el mantel, pusieron sobre la mesa la botella de vino y el señor Jonas llenó las copas de las señoritas animándolas a no escatimarle, pues podían tener la seguridad de que había muchas más. Aunque luego añadió con precipitación que era una broma y que estaba seguro de que no se lo habían tomado en serio.

—Beberé —dijo Anthony— a la salud de Pecksniff. Por su padre, queridas. Un hombre inteligente. ¡Un hombre cauto! Aunque un poco hipócrita, ¿eh? ¡Un hipócrita, eh, chicas! ¡Ja, ja, ja! En fin, es lo que es, dicho sea entre nosotros. Pero no se lo reprocho, sólo cuando exagera. Todo se puede exagerar, queridas mías. Incluso la hipocresía. ¡Pregúntenle a Jonas!

—¡A la hora de cuidarse nunca se exagera! —observó este esperanzado caballero con la boca llena.

—¿Lo habéis oído, queridas? —exclamó Anthony, extasiado—. ¡Sabiduría, sabiduría! Buena excepción, Jonas. No, en eso no es fácil exagerar.

—Excepto —le susurró el señor Jonas a su prima favorita—, excepto cuando vive uno demasiado. ¡Ja, ja, ja! ¡Cuéntale a la otra lo que he dicho!

—¡Dios mío! —exclamó Cherry con petulancia—. Puede contárselo usted, si quiere.

—Tengo la impresión de que se burla de mí.

—Entonces ¿por qué se preocupa por ella? —respondió Charity—. Estoy convencida de que ella no se preocupa por usted.

—¿Ah, no? —preguntó Jonas.

—¡Dios mío!, ¿es que tengo que repetírselo? —replicó la señorita.

El señor Jonas no respondió de forma verbal, pero miró a Mercy con una extraña expresión y afirmó que podía confiar en que eso no le rompería el corazón. Después miró a Charity aun con más aprecio que antes, y le rogó, con su acostumbrada buena educación, que «se sentara un poquito más cerca».

—Hay otra cosa que no es fácil exagerar, papá —observó Jonas, después de un breve silencio.

—¿De qué se trata? —preguntó el padre, sonriendo con anticipación.

—De un buen negocio —respondió el hijo—. He aquí la norma principal para los negocios: «Estafa a los demás, porque ellos te estafarán a ti». Ese es el verdadero precepto para los negocios. Todos los demás son falsos.

El padre aplaudió encantado aquella opinión; y tanto le gustó que se esforzó por comunicárselo a su vetusto contable, que se frotó las manos, movió la cabeza paralítica, parpadeó con los ojos acuosos y gritó en tono sibilante: «¡Bien, bien! ¡Un hijo digno de usted, señor Chuzzlewit!», acompañándolo de una débil demostración de regocijo. Pero el entusiasmo del anciano tenía la cualidad redentora de percibirse en concordancia con la única criatura a la que estaba unida por vínculos de una larga asociación y por su indefensión actual. Y, si hubiera habido alguien allí que se hubiese parado a pensarlo, tal vez habría entrevisto algunos sedimentos de una naturaleza mejor todavía por despertar, en el líquido, por melancólico que fuese, que quedaba aún en el fondo de ese barril gastado llamado Chuffey.

El caso es que nadie pensó ni dijo nada sobre el particular, así que Chuffey volvió al rincón oscuro a un lado de la chimenea, donde siempre pasaba las noches, y no se le volvió a ver ni a oír esa noche, más que una vez, cuando le ofrecieron una taza de té, en la que mojó mecánicamente una tostada. No había motivos para pensar que a esas horas se quedara dormido, o que oyese, viera, sintiese o pensara. Se quedaba como si estuviese congelado, suponiendo que pudiera aplicársele un término referido a un proceso tan vigoroso, hasta que volviera a descongelarlo el roce o la voz de Anthony.

La señorita Charity preparó el té por deseo del señor Jonas, y hasta tal punto pareció y se sintió la dueña de la casa que experimentó la mayor confusión imaginable; y tanto más porque el señor Jonas se sentó a su lado y le susurró diversas expresiones admiradas al oído. La señorita Mercy, por su parte, intuyó que el disfrute de aquella noche era tan clara y exclusivamente de ellos dos que deploró en silencio que los caballeros del mundo del comercio estuviesen sin duda en ese momento anhelando su regreso y hojeó bostezando el periódico del día anterior. En cuanto a Anthony, se quedó dormido casi en el acto, por lo que Jonas y Cherry tuvieron el terreno despejado todo el tiempo que quisieron.

Cuando se llevaron por fin la bandeja del té, el señor Jonas sacó una baraja mugrienta y entretuvo a las hermanas con varias demostraciones de habilidad cuyo principal propósito era engañar a alguien para que apostara contigo a que no podrías hacerlo y embolsarte así su dinero. El señor Jonas las informó de que tales prácticas estaban muy de moda en los círculos más intelectuales y de que grandes cantidades cambiaban constantemente de manos de ese modo. Y podemos añadir que lo creía sinceramente, pues hay una simplicidad de la astucia igual que hay una simplicidad de la inocencia; y, en cualquier asunto que requiriese una intensa fe en la mezquindad y la bellaquería, el señor Jonas era el más

crédulo de los hombres. Su ignorancia, que era abismal, puede tomarse en consideración aparte, si el lector lo desea.

Este amable joven tenía muchas cualidades para ser un disoluto de primer orden, y sólo le faltaba un rasgo del catálogo habitual de vicios degenerados —el despilfarro— para ser un notable sinvergüenza. Pero su sordidez y su racanería se entrometían e, igual que a veces un veneno neutraliza a otro cuando no funcionan otros remedios más saludables, una mala pasión le impedía apurar al máximo su maldad, allí donde la virtud lo habría intentado en vano.

Cuando terminó todos los trucos de cartas que sabía, se había hecho tarde y el señor Pecksniff seguía sin aparecer, así que las señoritas expresaron su deseo de volver a casa. Pero el señor Jonas, en su galantería, no quiso en ningún modo permitirlo hasta que hubiesen tomado un poco de pan y queso con cerveza; e incluso entonces se mostró muy reacio a dejarlas marchar; y a menudo imploró a la señorita Charity que se acercara un poco más, o que se quedase más tiempo e hizo muchas otras halagadoras peticiones del mismo tenor, con su educación y seriedad de siempre. Cuando todos los esfuerzos para retenerlas se revelaron inútiles, se puso el sombrero y el sobretodo para acompañarlas a Todgers, observando que sabía que preferirían ir andando que en coche y que por su parte él era de la misma opinión.

—Buenas noches —dijo Anthony—. Buenas noches; denle recuerdos de mi parte a, ¡ja, ja, ja!, Pecksniff. Tengan cuidado con su primo, señoritas; mucho cuidado con Jonas, es un tipo peligroso. ¡No vayan a pelearse por él!

—¡Oh, vaya una idea pelearse por ese animal! —exclamó Mercy—. Por mí puedes quedártelo, Cherry, todo para ti. Te regalo mi parte.

—¿Están verdes las uvas, eh, prima<sup>[51]</sup> ?

A la señorita Charity aquella réplica le pareció más graciosa de lo que habría parecido probable, teniendo en cuenta su carácter antiguo y sencillo. Pero el amor fraterno la impulsó a regañar al señor Jonas por abusar de una persona más débil, y le advirtió de que no debía ser tan cruel con la pobre Merry o ella (Charity) se vería obligada a odiarle. Merry, que ciertamente tenía grandes reservas de buen humor, se limitó a responder con una risa; y en consecuencia volvieron andando a casa sin cruzar más palabras desagradables. El señor Jonas iba en el centro y, como llevaba a una prima en cada brazo, a veces se equivocaba de prima al apretarla con fuerza suficiente para incomodarla; pero, como se pasó el rato susurrándole a Charity y prestándole mucha atención, no cabe duda de que fue una circunstancia accidental. Cuando llegaron a Todgers y se abrió la puerta, Merry se soltó apresuradamente y corrió al piso de arriba; pero Charity y Jonas se quedaron hablando más de cinco minutos en las escaleras; de modo que, como le dijo la señora Todgers a la mañana siguiente a una tercera persona, «estaba muy claro lo que estaba pasando, y se alegraba, pues ya iba siendo hora de

que la señorita Pecksniff pensara en sentar la cabeza». Y ahora se estaba acercando el día en que esa brillante visión que había estallado tan repentinamente en Todgers e iluminado el sombrío pecho de Jinkins no volvería a verse más: ¡el día en que la empaquetarían como un paquetito en papel de estraza, una cesta de pescado, un barril de ostras, un caballero corpulento o cualquier otra prosaica realidad de la vida, en una diligencia para llevársela al campo!

—Nunca, mis queridas señoritas Pecksniff —dijo la señora Todgers, cuando se retiraron a descansar la última noche de su estancia—, nunca he visto un establecimiento tan desolado como el mío en este momento. No creo que los caballeros vuelvan a ser los que eran, ni nada parecido, no, no, hasta que pasen muchas semanas. Ustedes dos tienen gran parte de la culpa.

Ellas desmintieron modestamente haber hecho premeditadamente nada que hubiese contribuido a causar este desastroso estado de cosas y lo lamentaron mucho.

—¡Y su piadoso padre también! —continuó la señora Todgers—. ¡Qué gran pérdida! Mis queridas señoritas Pecksniff, su padre es un perfecto misionero de la paz y el amor.

Las dos señoritas no estaban muy seguras de qué tipo de amor preconizaba la misión de su padre y recibieron aquel cumplido con bastante frialdad.

—Si me atreviese —dijo la señora Todgers, al notarlo— a traicionar la confianza que han depositado en mí, y a decirles por qué debo rogarles que esta noche dejen abierta la puertecita que hay entre su habitación y la mía, creo que les interesaría. Pero no debo, pues he prometido fielmente al señor Jinkins que sería muda como una tumba.

—¡Querida señora Todgers! ¿Qué quiere decir?

—Bueno, mis queridas señoritas Pecksniff —dijo la señora de la casa—; mis niñas, si me permiten el privilegio de tomarme esa libertad en la víspera de nuestra despedida, el señor Jinkins y los caballeros han formado una pequeña orquesta, y piensan interpretar una serenata en plena noche en las escaleras al otro lado de la puerta. Admito que habría preferido —dijo la señora Todgers con su habitual previsión— que la hubiesen fijado una o dos horas más pronto, porque cuando los caballeros se quedan despiertos hasta tarde beben, y cuando beben es posible que no sean tan musicales como cuando no beben. Pero eso es lo que han acordado, y sé, mis queridas señoritas Pecksniff, que les gustará recibir esa prueba de sus atenciones.

Al principio las señoritas se emocionaron tanto con la noticia que juraron que no se les pasaría por la cabeza acostarse antes de que hubiese concluido la serenata. Pero media hora de fría espera alteró tanto su opinión que no sólo se fueron a la cama sino que se quedaron

dormidas; y, lo que es más, no se sintieron extáticamente conmovidas cuando un rato después las despertaron unos dulces acordes que interrumpieron la silenciosa vigilia de la noche.

Fue muy conmovedor, mucho. Ni el gusto más exigente habría podido pedir algo más tétrico. El caballero aficionado al canto dio el tono, como plañidero principal; Jinkins tocaba el contrabajo y los demás lo que pudieron encontrar. El caballero más joven soplaba su melancolía en una flauta: no consiguió soplar mucha, pero tal vez fuese mejor así. Si las dos señoritas Pecksniff y la señora Todgers hubiesen muerto por combustión espontánea y la serenata se hubiese celebrado en honor a sus cenizas, habría sido imposible superar la indescriptible aflicción expresada en el coro «Ve donde te espera la gloria<sup>[52]</sup> ». Fue un réquiem, una endecha, un gemido, un aullido, un llanto, un lamento, una abstracción de cuanto hay de triste y horrible en el sonido. La flauta del caballero más joven sonaba desenfadada y espasmódica. Iba y venía a rachas como el viento. Por un buen rato pareció que había dejado de tocar y, cuando la señora Todgers y las señoritas se convencieron de que, abrumado por sus sentimientos, se había marchado entre lágrimas, volvió a aparecer inesperadamente en plena melodía y casi sin aliento. Era un intérprete impresionante. Era imposible saber por dónde iba a salir: justo cuando parecía que no hacía nada, hacía algo sorprendente.

Interpretaron varias de estas piezas de concierto, tal vez dos o tres más de la cuenta, aunque, como dijo la señora Todgers, eso era equivocarse acertando. Pero incluso entonces, incluso en ese momento solemne en que es de suponer que los emocionantes sonidos penetraron hasta las profundidades de su naturaleza, si es que las tenía, Jinkins fue incapaz de dejar tranquilo al caballero más joven. Le pidió claramente, antes de empezar la segunda tonada —y como favor personal, hace falta ser canalla—, que no tocara. Sí, eso le dijo: que no tocara. La respiración del caballero más joven se oyó por el ojo de la cerradura de la puerta. No tocó. ¿Qué alivio era una flauta para las pasiones que se hinchaban en su pecho? Un trombón no habría bastado.

La serenata se acercaba a su fin. El momento crucial estaba próximo. El caballero con aficiones literarias había escrito una canción sobre la partida de las señoritas y la había adaptado a una antigua balada. Todos participaron, menos el caballero más joven del grupo que, por las razones antes aludidas, guardó un silencio ominoso. La canción (que era de tono clásico) invocaba al oráculo de Apolo, y exigía saber qué sería de Todgers cuando desterrasen a CHARITY y a MERCY de sus muros<sup>[53]</sup>. El oráculo, siguiendo una práctica nada infrecuente en los oráculos desde las épocas más antiguas hasta nuestros días, no expresó ninguna opinión que valga la pena recordar. A falta de una aclaración, la música lo abandonó y prosiguió para mostrar que las señoritas Pecksniff estaban emparentadas de cerca con el *Rule Britannia* y que, si Gran Bretaña no hubiese sido una isla, no habría podido haber señoritas Pecksniff. Y ya que estaban con la vena náutica concluyó con estos versos:

¡Saludad al bajel de Pecksniff el capitán!

¡Que soplen vientos de renombre

y orgullosos los tritones nadarán y admirarán

al arquitecto, al artista y al hombre!

Después de ofrecer tan bello cuadro a la imaginación, los caballeros se fueron yendo poco a poco a la cama para proporcionar a la música el efecto de la distancia; y así se acalló y Todgers descansó.

El señor Bailey reservó su ofrenda vocal hasta la mañana siguiente, cuando asomó la cabeza a la habitación donde las señoritas estaban arrodilladas delante de sus baúles, haciendo el equipaje, y las obsequió con la imitación de un cachorrillo en circunstancias difíciles, cuando las personas con mucha imaginación creen que da rienda suelta a sus sentimientos pidiendo pluma y papel<sup>[54]</sup>.

—Bueno, señoritas —dijo el joven—, así que vuelven a casa, ¿eh? ¡Mala suerte!

—Sí, Bailey, volvemos a casa —respondió Mercy.

—Y ¿no van a dejarle a nadie un mechón de sus cabellos? —preguntó el joven—. Son auténticos, ¿no?

Ellas se rieron y respondieron que por supuesto.

—Así que por supuesto, ¿eh? —Bailey—. A mí me van a contar. Los de ella no lo son. Un día los vi colgados de un clavo al lado de la ventana. Además, me he puesto detrás de ella a la hora de la cena y se los he estirado sin que se diese cuenta. ¿Saben, señoritas?, me marchó. No pienso dejar que siga insultándome.

La señorita Mercy le preguntó qué planes tenía para el futuro; en respuesta a lo cual, el señor Bailey respondió que pensaba dedicarse a servir o alistarse en el ejército.

—¡En el ejército! —exclamaron las dos jóvenes, con una risa.

—¡Ah! —dijo Bailey—, ¿por qué no? Hay muchos tamborileros en la Torre. Los conozco. Pero ¡no crean que el país los tiene en mucho! ¡De eso nada!

—Te matarán, ya lo estoy viendo —observó Mercy.

—¡Bueno! —exclamó el señor Bailey—, ¿y qué? De algo hay que morir, ¿no? Prefiero morir de un cañonazo que de un golpe de rodillo de amasar, y, cuando los caballeros tienen apetito, siempre me está

lanzando cosas. ¿Y qué —dijo el señor Bailey al recordar aquellos ultrajes— si acaban con las provisiones? No es culpa mía, ¿no?

—Nadie lo ha dicho —dijo Mercy.

—¿Ah, no? —replicó el joven—. No. Sí. ¡Ah! ¡Oh! Nadie puede decirlo; pero hay quien opina que sí. Pero no pienso dejar que me culpen cada vez que suban los precios. Ni dejar que me maten por que el mercado esté caro. No me detendré. Así que —añadió el señor Bailey, esbozando una sonrisa— será mejor que me den ahora lo que tuviesen pensado darme, porque si vuelven alguna vez ya no estaré aquí; y sé muy bien que el nuevo no merecerá nada.

Las señoritas, en nombre del señor Pecksniff y de ellas mismas, siguieron tan sustancioso consejo; y, en consideración a su amistad, dieron al señor Bailey una propina tan generosa que no supo cómo demostrar una gratitud que sólo acertó a expresar de forma imperfecta el resto del día, dándose disimulados golpecitos en el bolsillo y haciendo otras ingeniosas pantomimas. Y no se limitó tan sólo a esas ebulliciones, pues además de aplastar una sombrerera con una cofia dentro, estropeó gravemente el equipaje del señor Pecksniff al arrastrarlo desde el piso de arriba; y, en suma, puso de manifiesto, por todos los medios a su alcance, la profunda impresión que le habían causado los favores recibidos de ese caballero y su familia.

El señor Pecksniff y el señor Jinkins llegaron a casa a cenar cogidos del brazo; pues este último caballero se había tomado medio día de vacaciones y había obtenido así una enorme ventaja sobre el caballero más joven y los demás, cuyo tiempo estaba ocupado hasta la noche. La botella de vino corrió a cargo del señor Pecksniff y estuvieron muy locuaces, aunque no dejaron de lamentarse por tener que despedirse. Cuando estaban en plena diversión, anunciaron al viejo Anthony y a su hijo; lo cual sorprendió mucho al señor Pecksniff y contrarió bastante al señor Jinkins.

—Venimos a despedirnos, ya sabe —le dijo Anthony en voz baja al señor Pecksniff, mientras ocupaban sus asientos un poco apartados en la mesa y los otros conversaban entre ellos—. ¿Qué sentido tiene que usted y yo estemos divididos? Separados somos como las dos mitades de unas tijeras, Pecksniff; pero juntos es otra cosa, ¿eh?

—La unanimidad, señor mío —replicó el señor Pecksniff—, siempre resulta deliciosa.

—No estoy tan seguro —dijo el anciano—, hay personas con quienes prefiero discrepar que coincidir. Pero ya conoce usted mi opinión sobre usted.

El señor Pecksniff, que todavía tenía lo de «hipócrita» en la cabeza, se limitó a responder con un movimiento de cabeza, que fue una mezcla de inclinación afirmativa y gesto de negación.



—Elogiosa —dijo Anthony—. Elogiosa, le doy mi palabra. Fue un tributo involuntario a sus habilidades, incluso entonces cuando no era momento de andarse con cumplidos. Pero en la diligencia acordamos que nos entendemos el uno al otro.

—¡Desde luego! —coincidió el señor Pecksniff, en un tono que daba a entender que a él se le malinterpretaba de la manera más cruel, pero que no se quejaría.

Anthony miró a su hijo cuando se sentó al lado de la señorita Charity y luego al señor Pecksniff, y luego otra vez a su hijo, muchas veces. Dio la casualidad de que las miradas del señor Pecksniff fueron en la misma dirección, pero cuando se dio cuenta primero miró al suelo y luego cerró los ojos, como decidido a que el anciano no pudiera ver nada en ellos.

—Jonas es un chico avisado —dijo el anciano.

—Lo parece —replicó el señor Pecksniff afectando una gran ingenuidad.

—Y precavido.

—Y precavido, no me cabe duda —respondió el señor Pecksniff.

—¡Oiga! —le dijo Anthony al oído—. Creo que le gusta su hija.

—Bobadas, señor mío —dijo el señor Pecksniff con los ojos aún cerrados—; son jóvenes, jóvenes, casi primos, es lo único que hay.

—Pues, según nuestra propia experiencia, no es mucho —replicó Anthony—. ¿No cree que hay algo más?

—Es imposible decirlo —replicó el señor Pecksniff—. ¡Imposible! Me sorprende usted.

—Sí, lo sé —dijo con aspereza el anciano—. Pero el caso es que podría durar, lo que hay entre ellos, no la sorpresa, o podría desaparecer. Y, suponiendo que durase, tal vez (ya que usted ha forrado muy bien su nido, y yo he hecho lo mismo) podríamos tener un interés común en el asunto.

El señor Pecksniff, sonrió amable y se disponía a decir algo, pero Anthony le interrumpió.

—Ya sé lo que va a decir. No hace falta que lo diga. Que no se había parado a pensarlo y que, tratándose de algo que afecta a la felicidad de su querida hija, no podría, como padre afectuoso que es, expresar una opinión y demás... Todo eso está muy bien. ¡Y es muy propio de usted! Pero a mí me da la impresión, mi querido Pecksniff —añadió poniéndole

la mano en la manga—, de que, si usted o yo continuamos fingiendo que no vemos lo que está pasando, uno de los dos podría acabar en una posición de desventaja; y, como ese no tengo la intención de ser yo, me excusaré que me tome la libertad de exponer tan pronto la cuestión para no dejar lugar a dudas, y que quede claro que los dos lo hemos visto y lo sabemos. Gracias por atenderme. Ahora estamos de igual a igual, lo cual es mejor para ambos, estoy seguro.

Se levantó mientras hablaba; y, haciendo un gesto cómplice al señor Pecksniff, fue hacia donde estaban los jóvenes y dejó a ese buen señor un tanto incómodo y desconcertado por su franqueza y con la sensación de que le habían derrotado en el manejo de sus propias armas.

Pero la diligencia nocturna era puntual, y llegó la hora de ir a su encuentro a la estación, que estaba tan cerca que habían enviado ya el equipaje y acordado que irían dando un paseo. El grupo entero se encaminó allí, sin más demora que lo que tardaron en arreglarse las señoritas Pecksniff y la señora Todgers. Encontraron la diligencia en el punto de partida con los caballos ya preparados, y también a la mayor parte de los caballeros del comercio, entre ellos el más joven, que estaba visiblemente agitado y en un estado de profundo abatimiento mental.

Sólo la gran emoción con que dijo adiós al señor Pecksniff habría podido igualar la tristeza de la señora Todgers al despedirse de las señoritas. Es probable que nadie sacara tantas veces del ridículo un pañuelito como la señora Todgers, mientras, sostenida por un caballero del comercio a cada lado, esperaba en la acera delante de la portezuela de la diligencia y vislumbraba, a la luz de sus faroles, tantas breves visiones del rostro del buen hombre como se lo permitía la constante interposición del señor Jenkins. Pues Jenkins, hasta el último momento un incordio en la vida del caballero más joven, se plantó en el estribo a charlar con las señoritas. En el otro estribo estaba el señor Jonas haciendo valer su derecho de primo; mientras que el caballero más joven, que había sido el primero en llegar, quedó relegado al fondo de la oficina de reservas entre los letreros negros y rojos y los carteles que retrataban las diligencias, donde los mozos de cuerda lo incomodaban de forma ignominiosa y tenía que asomarse entre los pesados baúles. Esta posición tan incómoda, combinada con su nerviosismo, supuso la consumación y la catástrofe de todas sus desdichas, pues cuando, en el momento de la partida, lanzó una flor —una flor de invernadero que le había costado su dinero— a las bellas manos de Mercy, fue a parar al cochero en el pescante, que le dio amablemente las gracias y se la puso en el ojal.

Partieron; y Todgers volvió a quedarse sola. Las dos señoritas se recostaron cada cual en su rincón y se sumieron en sus tristes pensamientos. En cambio el señor Pecksniff, descartando cualquier consideración efímera de los placeres sociales, se concentró en el virtuoso propósito que tenía por delante de echar a la calle a aquel

impostor ingrato cuya presencia mancillaba aún su hogar y era un sacrilegio contra el altar de sus dioses domésticos.

**Capítulo XII. En el que se verán implicados, si no a corto sí a largo plazo, el señor Pinch y otras personas. El señor Pecksniff afirma la dignidad de la virtud ofendida y el joven Martin toma una decisión desesperada**

El señor Pinch y Martin, sin soñar siquiera con la tormenta que se cernía sobre ellos, se habían instalado a sus anchas en los salones pecksniffianos y la amistad que los unía había crecido día a día. La facilidad de Martin para la invención y la ejecución era notable y la escuela avanzaba con gran vigor; y Tom declaró repetidas veces que, si había alguna certeza en los asuntos humanos o alguna imparcialidad en los jueces, un proyecto tan nuevo y meritorio se llevaría sin duda el primer premio cuando llegara el momento de la competición. Sin ser tan optimista, Martin también tenía sus esperanzas, que le sirvieron para dedicarse con más ánimo e impaciencia a su tarea.

—Si alguna vez llego a ser un gran arquitecto, Tom —dijo un día el nuevo alumno, mientras contemplaba complacido desde cierta distancia sus planos—, te diré cuál sería una de las cosas que construiría.

—¡Sí! —exclamó Tom—. ¿Qué?

—Pues ¡tu fortuna!

—¡No! —dijo Tom Pinch, tan encantado como si la cosa estuviese ya hecha—. ¿Eso harías? Qué amable por tu parte al decirlo.

—La construiría, Tom —replicó Martin—, con unos cimientos tan sólidos que duraría toda tu vida, sí, y la de tus hijos, y la de sus hijos. Sería tu benefactor, Tom. Te pondría bajo mi protección. ¡Y que me enseñen al hombre capaz de volverle la espalda a cualquiera a quien yo haya decidido apoyar y proteger cuando esté en lo más alto, Tom!

—No creo —dijo el señor Pinch— que nunca nada me haya alegrado más, palabra que no. De verdad.

—¡Oh! Hablo en serio —respondió Martin, con una condescendencia, por no decir una compasión, tan natural y desenfadada como si fuese ya el principal arquitecto de todas las testas coronadas de Europa—. Lo haría... te mantendría.

—Me temo —dijo Tom, moviendo la cabeza— que yo sería una persona muy rara a la que mantener.

—¡Bah, bah! —replicó Martin—. No te preocupes por eso. Si me diese por decir: «Pinch es un tipo inteligente, y me parece bien lo que hace»,

me gustaría ver quién se atreve a oponérseme. Además, que diablos, Tom, hay cien maneras en las que podrías serme de utilidad.

—Si no lo fuese al menos en una o dos, no sería por no intentarlo —respondió Tom.

—Por ejemplo —prosiguió Martin, después de un breve momento de reflexión—, serías un tipo estupendo para, no sé, asegurarte de que mis ideas se plasman con acierto, y para supervisar las obras hasta que estén lo bastante avanzadas para que tengan interés para mí; y para hacerte cargo de todo el trabajo rutinario. También serías el tipo ideal para enseñarle a la gente mi estudio y para hablarles de arte, cuando yo no pueda hacerlo, y todas esas cosas. Sería muy prestigioso para mí, Tom (te prometo que hablo en serio), tener un hombre tan ilustrado como tú en lugar de cualquier zoquete. ¡Oh, yo me encargaría de ti! ¡Puedes estar seguro de que me serías de utilidad!

Decir que Tom no sabía tocar el primer violín en la orquesta social y que se contentaba con ser más o menos el centésimo quincuagésimo violín de la banda equivale a expresar su modestia de forma muy inexacta. Así que se sintió feliz al oír estas observaciones.

—Para entonces ya me habré casado con ella, claro —dijo Martin. ¿Qué fue lo que contuvo entonces la marea del regocijo de Tom Pinch y llevó el rubor a sus honradas mejillas y una sensación de remordimiento a su honrado corazón, como si no estuviese a la altura de la consideración de su amigo?—. Para entonces ya me habré casado con ella —dijo Martin, mirando hacia la luz con una sonrisa—, y espero que tengamos niños. Te querrán mucho, Tom.

Pero el señor Pinch no dijo ni una palabra. Las palabras que habría dicho expiraron en sus labios, y encontraron una vida más espiritual en pensamientos que se negaban a sí mismos.

—Los niños del vecindario te adoran, Tom, y los míos te querrán también —prosiguió Martin—. Tal vez le ponga tu nombre a alguno. Tom, ¿eh? No sé. Tom no es un mal nombre. Tom Pinch Chuzzlewit. T. P. C. Bordado en su ropita, no veo por qué no. —Tom se aclaró la garganta y sonrió—. Estoy seguro de que ella también te tendrá aprecio, Tom —dijo Martin.

—¿Sí? —exclamó Tom Pinch, con voz desmayada.

—No sé decirte con exactitud qué es lo que pensará de ti —dijo Martin, apoyando la barbilla en la mano, y mirando por el cristal de la ventana como si estuviese leyendo lo que decía—. La conozco muy bien. Al principio, sonreirá cuando le hables, y también cuando te mire, pero a ti te dará igual. ¡Nunca habrás visto una sonrisa tan luminosa!

—No, no —respondió Tom—. No me importará.

—Será tan amable contigo, Tom —prosiguió Martin—, como si tú también fueses un niño. Y lo eres en algunas cosas, ¿no crees, Tom? —El señor Pinch movió la cabeza para expresar su total asentimiento—. Siempre será amable contigo y se alegrará de verte —añadió Martin—, y cuando descubra exactamente cómo eres (lo cual sucederá muy pronto) fingirá pedirte pequeños favores y hacerte encargos sabiendo que estarás deseando hacerlos, de modo que, cuanto más te guste, más se esforzará ella en hacerte creer que le gustas. Te tomará mucho afecto, Tom, y te entenderá con mucha más delicadeza que yo, y sé que dirá con frecuencia que eres un buen tipo, inofensivo, amable y bienintencionado.

¡Qué callado estaba Tom Pinch!

—En honor a los viejos tiempos —dijo Martin—, y ya que te oyó tocar el órgano en la húmeda iglesuela del pueblo, mandaré instalar uno en la casa. Construiré una sala de música arquitectónica, según mi propio proyecto, y quedará muy bien en un hueco en el fondo. Allí podrás, Tom, tocar hasta que te canses; y, como te gusta tocar a oscuras, será una sala oscura; y muchas noches de verano ella y yo nos sentaremos a escucharte, Tom; ¡de eso puedes estar seguro!

Habría hecho falta un esfuerzo mayor por parte de Tom Pinch para levantarse del asiento y estrechar las manos de su amigo, sin otra cosa pintada en el rostro que serenidad y gratitud; habría hecho falta un esfuerzo mucho mayor para llevar a cabo ese acto tan sencillo con el corazón puro que para realizar muchas de las hazañas que la dudosa trompeta de la Fama ha celebrado alegremente. Dudosa, porque de tanto contemplar escenas de violencia, el humo y el hálito de la muerte han taponado las válvulas de ese valiente instrumento; y no siempre sus notas suenan sinceras o afinadas.

—Es una prueba de la bondad de la naturaleza humana —dijo Tom, quitándose de en medio de una manera muy típica en él— que todos los que llegan aquí como tú sean más considerados y afectuosos conmigo de lo que tendría derecho a esperar, si fuese la persona más optimista del mundo, o de lo que podría expresar, si fuese la más elocuente. La verdad es que me abruma. Pero créeme —dijo Tom— que no soy ingrato... que nunca olvido y que, si alguna vez tengo ocasión de probar la sinceridad de mis palabras, lo haré.

—Muy bien —observó Martin recostándose en el asiento con una mano en cada bolsillo y bostezando aburrido—. Así se habla, Tom; pero no olvido que estoy en casa de Pecksniff, y tal vez a uno o dos kilómetros de mi fortuna. De modo que esta mañana has vuelto a tener noticias de ese como se llame, ¿eh?

—¿A quién te refieres? —preguntó Tom, a modo de tibia protesta en nombre de la dignidad de una persona ausente.

—Ya sabes. ¿Cómo se llama? ¿Northkey?

—Westlock —respondió Tom en voz un poco más alta de lo habitual.

—¡Ah, claro! —dijo Martin—. Westlock. Sabía que era algo de un punto cardinal y una puerta<sup>[55]</sup>. ¡Bueno! Y ¿qué se cuenta Westlock?

—¡Oh, ya se ha hecho cargo de su herencia! —respondió Tom, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—Vaya un tipo con suerte —dijo Martin—. Quién la pillara. ¿Ese era el misterio del que querías hablarme?

—No —dijo Tom—, no todo.

—Y ¿qué es lo demás? —preguntó Martin.

—En realidad —dijo Tom—, no es ningún misterio, y no te parecerá gran cosa; pero para mí es muy agradable. Cuando vivía aquí, John siempre decía: «¡Fíjate en lo que te digo, Pinch! Cuando los albaceas de mi padre hagan caja»... A veces empleaba expresiones un poco raras, pero era su manera de hablar.

—Hacer caja es una expresión muy correcta —observó Martin—, siempre que otras personas no te la apliquen a ti. ¡En fin! ¡Qué lento eres a veces, Pinch!

—Sí, lo sé —dijo Tom—, pero si lo dices me pongo más nervioso. Me temo que me has desconcertado un poco, porque ahora no sé lo que iba a decir.

—Que cuando los albaceas del padre de John hiciesen caja... —dijo Martin con impaciencia.

—¡Ah, sí, claro! —exclamó Tom—; sí: «Entonces —decía John— te invitaré a cenar, Pinch, y vendré a Salisbury a propósito». Pues bien, cuando John me escribió el otro día, la mañana en que se marchó Pecksniff, me dijo que los trámites estaban casi concluidos y que, como estaba a punto de cobrar, eligiese un día para que nos viésemos en Salisbury. Le escribí y le dije que cualquier día de esta semana me iba bien; y le conté también que teníamos un nuevo alumno, y lo simpático que eres y que nos hemos hecho amigos. Y John me ha enviado esta carta —Tom se la enseñó—, fijando el día para mañana; te envía saludos y ruega que los tres tengamos el placer de cenar juntos, no en la taberna donde nos conocimos, sino en el mejor hotel de la ciudad. Puedes leerlo.

—Muy bien —dijo Martin, hojeando la carta con su frialdad acostumbrada—, le estoy agradecido. Acepto.

A Tom le hubiese gustado verlo un poco más sorprendido, un poco más complacido o, de un modo u otro, un poco más interesado en un acontecimiento tan importante. Pero Martin se mostró imperturbable y, ocupándose con su entretenimiento habitual de silbar, dio unos retoques a la escuela como si no hubiese pasado nada.

El caballo del señor Pecksniff se consideraba un animal sagrado que sólo él, el sacerdote del templo, o una persona designada por él para tan alta empresa, podían conducir así que los dos jóvenes decidieron ir a pie a Salisbury; y, llegado el momento, echaron a andar, que al fin y al cabo era una forma mejor de viajar que la calesa, pues hacía un tiempo muy frío y muy seco.

¡Mejor! ¿Una rara, vigorosa y saludable caminata, a cinco kilómetros por hora, preferible a esa vieja calesa ruidosa, destartada, incómoda, desvencijada y espantosa? En fin, no son cosas comparables. Es un insulto para la caminata ponerlos uno al lado del otro. ¿Cuándo se ha visto una calesa que pusiera la sangre a circular cuando, al ver peligrar el cuello, despertaba, en las venas de los oídos y en toda la columna vertebral, un cosquilleante calorcillo mucho más peculiar que agradable? ¿Cuándo se ha visto una calesa que aguzara el juicio y las energías sino en aquella ocasión en que el caballo se desbocó y echó a correr cuesta abajo hacia una pared de piedra y las desesperadas circunstancias inspiraron al único caballero que quedaba dentro un modo inédito y novedoso de apearse? ¡Mejor que la calesa!

El aire era frío, Tom; lo era, no se puede negar; pero ¿habría sido mejor en la calesa? El fuego del herrero ardía muy brillante y se alzaba como si buscara hombres a los que calentar; pero ¿habría sido menos tentador visto desde los pegajosos cojines de una calesa? El viento soplaba punzante y mordisqueaba las facciones de la curtida criatura que se abría paso por el camino, cegándolo con su propio pelo si lo tenía y con polvo invernal si no lo tenía, cortándole el aliento como si lo hubiesen metido en un baño frío, arrancándole la ropa y silbándole en la mismísima médula de los huesos, pero en la calesa lo habría hecho con mucha más ferocidad, ¿o no? ¡Al diablo con las calesas!

¡Mejor que la calesa! ¿Cuándo se vieron viajeros sobre cascotes y ruedas con unas mejillas tan acaloradas como las de estos? ¿Cuándo hicieron gala de tanto buen humor y alegría? ¿Cuándo sonó su risa en el aire, cada vez que se daban la vuelta al ver llegar las rachas más fuertes y miraban otra vez al frente cuando pasaban, para seguir su camino con un brillo de salud enrojecida que sólo podía superar el animoso espíritu que engendraba? ¡Mejor que la calesa! Caramba, aquí tenemos a un hombre en una calesa que sigue su mismo camino. Ved cómo se pasa el látigo a la mano izquierda y se frota los dedos entumecidos de la derecha contra la pierna granítica, y cómo pateo con los pies convertidos en mármol contra el pescante. ¡Ja, ja, ja! ¿Quién cambiaría esta precipitación de la sangre por esa miseria estancada aunque vaya a treinta kilómetros por hora?



¡Mejor que la calesa! Nadie en una calesa se interesaría tanto por los hitos del camino. Nadie en una calesa podría ver, sentir o pensar como quien anda alegremente con las piernas. ¡Cómo sigue el vuelo del viento, a medida que barre los valles tempestuosos y traza oscuras ondas sobre la hierba y sombras en las colinas! ¡Mira en torno a ti en esta llanura desolada y contempla lo bellas que son incluso aquí las sombras! ¡Ay! Es su naturaleza. ¡Las cosas más bellas de la vida, Tom, no son más que sombras<sup>[56]</sup>; y vienen y van y cambian y se desvanecen tan deprisa como estas!

Otro kilómetro y empieza a caer la nieve, que convierte al cuervo, que vuela tan cerca del suelo para evitar el viento, en un manchurrón de tinta en el paisaje. Pero aunque cae y sopla contra ellos mientras andan y se endurece en los faldones de su ropa y se les congela en las pestañas, no querrían que cayese menos, no, ni un solo copo, aunque les quedasen por andar treinta kilómetros. Y, ¡mira!, las torres de la vieja catedral se alzan ya ante ellos, y poco después llegan a las calles cubiertas de arcos, extrañamente silenciosas por esa alfombra blanca, y a la hostería adonde se dirigen, y donde se presentan con el rostro tan ardiente y colorado ante el frío camarero, y tan desbordantes de vigor, que casi se siente agredido por su presencia; y, como no tiene nada con lo que oponerse al ataque (pues acaba de llegar, medio alelado, del fuego de la sala del café), se queda pálido y desconcertado.

¡Una hostería famosa! El vestíbulo es un bosque de animales de caza y piernas de cordero; y en un rincón hay una ilustre despensa con puertas de cristal, donde se conservan aves frías y deliciosos asados, y tartas en cuyo interior se oculta, tímida, como debe ser, la mermelada de frambuesa detrás de una celosía de hojaldre. Y contemplad en el primer piso, en la parte más elegante de la casa, en una sala con las cortinas echadas, un fuego que parece salirse de la chimenea, platos calentándose, velas de cera que brillan por doquier, y una mesa para tres con plata y cristal suficientes para treinta: John Westlock ya no es el mismo John que vivía en casa de Pecksniff, sino un verdadero caballero que parece otra persona más majestuosa, consciente de ser dueña de sí misma y de tener dinero en el banco, aunque en algunos detalles sigue el John de siempre, pues tomó a Pinch de las manos en cuanto lo vio y lo abrazó dándole una cordial bienvenida.

—Y este —dijo John— es el señor Chuzzlewit. ¡Me alegro mucho de conocerlo! —John era muy desenfadado, así que se estrecharon la mano calurosamente y no tardaron en tratarse con cordialidad—. Aparta un momento, Tom —gritó el antiguo alumno, poniéndole las manos en los hombros y manteniéndolo apartado—. ¡Deja que te vea! ¡Estás igual que siempre! ¡No has cambiado nada!

—Bueno, tampoco ha pasado tanto tiempo —respondió Tom Pinch.

—A mí me parecen siglos —gritó John—, y a ti también debería pareértelo, amigo. —Y luego lo empujó al sillón y le dio una palmada en la espalda con tanta fuerza, igual que hacía cuando estaban en su

antiguo dormitorio en casa del viejo Pecksniff, que Tom Pinch no supo si reír o llorar. La risa venció y los tres se rieron juntos—. He encargado para cenar todo lo que decíamos que comeríamos, Tom —observó John Westlock.

—¡No! —exclamó Tom Pinch—. ¿De verdad?

—Todo. No te rías, si puedes, delante de los camareros. Yo no pude evitarlo. Es como un sueño.

En eso John se equivocaba porque nadie soñó jamás con una sopa como la que les pusieron en la mesa justo después, o con un pescado así, ni con una guarnición como esa, con esos entrantes, y esas aves y esos dulces, o, en suma, nada que se acercara a la realidad de esa diversión a diez chelines y seis peniques por cabeza sin contar el vino. Y, por lo que a esto último se refiere, quien pueda soñar con ese champán helado, con ese burdeos, ese oporto y ese jerez, más vale que se vaya a la cama y se quede allí.

Pero tal vez lo mejor del banquete fuese que nadie estaba tan sorprendido de todo como el propio John, que, en su regocijo, no paraba de reír y luego adoptaba un gesto solemne y sobrenatural para que los camareros no pensarán que no estaba acostumbrado a comer así. Algunas de las cosas que le dieron a trinchar fueron bromas tan pesadas que fue imposible resistirse; y, cuando Tom Pinch insistió, a pesar del respetuoso consejo de un camarero, no sólo en romper la corteza externa de una empanada con una cuchara, sino en intentar comérsela después, John perdió toda dignidad y se sentó detrás del lustroso cubreplatos a la cabecera de la mesa desternillándose de tal modo que lo oyeron hasta en la cocina. Tampoco tenía objeción ninguna a reírse de sí mismo, como demostró cuando los tres se reunieron alrededor del fuego y les llevaron el postre a la mesa, momento en el cual el camarero jefe preguntó con solicitud respetuosa si el oporto, un vino ligero y tostado, era de su gusto, o si prefería probar otro más afrutado y con más cuerpo. John respondió muy serio que estaba satisfecho con el que tenía, y que le parecía, por así decirlo, de una cosecha muy aceptable, por lo que el camarero le dio las gracias y se marchó. Y luego John les contó a sus amigos con una amplia sonrisa que suponía que era bueno, pero que no tenía ni idea y soltó una ruidosa carcajada.

Pasaron el rato muy alegres y contentos, pero la parte más agradable de la cena fue cuando los tres se sentaron en torno al fuego a cascar nueces, beber vino y charlar animadamente. Resultó que Tom Pinch tenía que hablar con su amigo el ayudante del organista, así que se levantó unos minutos de su cálido rincón, por miedo a que pudiera hacersele tarde, y dejó a los otros dos.

Bebieron a su salud en su ausencia, claro; y John Westlock aprovechó la ocasión para decir que nunca le había dicho ni una palabra enojada a Tom en todo el tiempo que se prolongó su estancia en la casa del señor

Pecksniff. Como es lógico, eso le llevó a hablar del carácter de Tom y a insinuar que el señor Pecksniff lo conocía muy bien. Sólo lo insinuó de pasada, pues sabía que a Tom Pinch le dolía que criticasen a ese caballero, y pensó que más valía dejar que el nuevo alumno descubriese las cosas por su cuenta.

—Sí —dijo Martin—. Nadie le tiene más aprecio, ni hace más justicia a sus buenas cualidades que yo. Es el tipo más servicial que he conocido.

—Demasiado —apuntó John—. Es casi un defecto en él.

—Sí —coincidió Martin—. Es cierto. Hará menos de una semana hubo un sujeto, un tal señor Tigg, que le pidió prestado todo el dinero que tenía, con la promesa de devolvérselo al cabo de unos días. Fue sólo medio soberano, pero menos mal que no fue más, porque no volverá a verlo.

—¡Pobre hombre! —dijo John, que había escuchado con suma atención estas últimas palabras—. Tal vez no haya tenido usted ocasión de reparar en que, en sus propias transacciones pecuniarias, Tom es muy orgulloso.

—¡Qué me dice! No, no lo había notado. ¿Qué insinúa? ¿Acaso se niega a pedir prestado? —John Westlock asintió con la cabeza—. Qué raro —dijo Martin, dejando el vaso en la mesa—. Es una mezcla muy rara, desde luego.

—Y, en cuanto a aceptar dinero como regalo —continuó John Westlock—, creo que antes preferiría morir.

—Es pura candidez —dijo Martin—. Sírvase.

—En cambio usted —prosiguió John, llenando su propia copa y mirando a su compañero con curiosidad—, que es mayor que casi todos los demás ayudantes del señor Pecksniff, y evidentemente tiene más experiencia, lo comprende, no me cabe duda, y ha visto cómo se deja dominar por los demás.

—Desde luego —dijo Martin, estirando las piernas y alzando el vino entre su ojo y la luz—. El señor Pecksniff y sus hijas también lo han visto, ¿eh? —John Westlock sonrió, pero no respondió—. A propósito —dijo Martin—, eso me recuerda una cosa. ¿Qué opinión le merece a usted Pecksniff? ¿Qué trabajo le encargó? ¿Qué piensa de él ahora? Con frialdad, ya me entiende, ahora que todo ha terminado.

—Pregúntele a Pinch —replicó el antiguo alumno—. Él sabe lo que opino. Y mis sentimientos no han cambiado, se lo aseguro.

—No, no —dijo Martin—, preferiría oírlos de sus labios.

—Pero Pinch opina que son injustos —insistió John con una sonrisa.

—¡Ah, bueno! Entonces ya sé por dónde van —dijo Martin—, así que puede dejarse de remilgos y hablar con claridad. No se preocupe por mí, se lo ruego. Le diré con franqueza que no me gusta. Estoy con él porque me conviene, debido a unas circunstancias muy concretas. Creo tener cierta habilidad en ese campo, y el compromiso, si es que lo hay, es más probable que le afecte a él que a mí. En el peor de los casos, la balanza estará equilibrada y no habrá obligación alguna. Así que puede hablarme como si no hubiese ninguna relación entre los dos.

—Ya que insiste, mi opinión... —replicó John Westlock.

—Sí, insisto —dijo Martin—. Me hará usted un favor.

—Yo diría —continuó el otro— que es el peor sinvergüenza que hay sobre la faz de la tierra.

—¡Ah! —dijo Martin con la misma frialdad de siempre—. Eso es mucho decir.

—No más de lo que se merece —replicó John— y, si él me pidiera que le dijese mi opinión a la cara, lo haría con estas mismas palabras, sin ningún miramiento. Su forma de tratar a Pinch basta en sí misma para justificarlas; pero, cuando pienso en los cinco años que pasé en esa casa, y recuerdo la hipocresía, la bellaquería, las mezquindades, las falsedades, la labia de ese individuo y cómo se dedica con fingida santurronería a las peores realidades, cuando recuerdo cuántas veces presencié todo eso que a menudo me convirtió en una especie de cómplice, sólo por el hecho de estar allí y tenerlo de profesor, le juro que casi me desprecio a mí mismo. —Martin apuró la copa y contempló el fuego—. No quiero decir con eso que sea un sentimiento admirable —prosiguió John Westlock—, porque no fue culpa mía y entiendo muy bien que usted, por ejemplo, lo tenga calado, pero se vea obligado por las circunstancias a quedarse. Me limito a decirle lo que siento; e incluso ahora, que, como usted dice, todo ha terminado, y tengo la sensación de saber que siempre me odió y que siempre discutimos y que siempre le dije lo que pensaba, incluso ahora, lamento no haberme dejado llevar por el impulso que tuve a menudo de muchacho de escapar de él y huir al extranjero.

—¿Por qué al extranjero? —preguntó Martin, volviendo la vista hacia el que hablaba.

—En busca —respondió John Westlock, encogiéndose de hombros— del sustento que no podría haberme ganado aquí. Habría sido un acto de cierta valentía. Pero vamos... llénese la copa y olvidémonos de él.

—Cuando quiera —dijo Martin—. Respecto a mí y a mi relación con él, sólo tengo que repetir lo que he dicho antes. He llegado hasta aquí con él, y pretendo continuar, incluso más que nunca, porque el hecho es que,

para serle sincero, creo que me necesita para suplir sus defectos y no podría pasarse sin mí. Es lo primero que pensé al ir a verle. ¡A su salud!

—Gracias —replicó el joven Westlock—. A la suya. ¡Y que el nuevo alumno sea tan bueno como pueda usted desear!

—¿Qué nuevo alumno?

—El joven afortunado, nacido bajo una buena estrella —replicó riéndose John Westlock—, cuyos padres o tutores estén destinados a dejarse camelar por el anuncio. ¡Cómo! ¿No sabe que ha vuelto a poner el anuncio?

—No.

—Pues sí. Lo leí anoche mismo antes de la cena, en un periódico atrasado. Sé que es suyo, pues recuerdo muy bien el estilo. ¡Chitón! Viene Pinch. Es raro, ¿no le parece?, que, cuanto más aprecio siente Tom por Pecksniff (suponiendo que pueda tenerle aún más), más razones encontremos para tenerle afecto a él. Ni una palabra más, o le fastidiaremos la cena.

Justo cuando terminó de pronunciar estas palabras, entró Tom con una sonrisa radiante pintada en el rostro; y frotándose las manos, más por una sensación de alegría que porque tuviese frío (porque había andado a toda prisa), volvió a sentarse en su cálido rincón y se sintió tan feliz como... como sólo podría estarlo Tom Pinch. No hay otro símil capaz de expresar su estado de ánimo.

—Así que —dijo, después de mirar un rato complacido a su amigo— por fin eres un caballero, John. ¡Vaya, vaya!

—Lo intento, Tom; lo intento —replicó con buen humor—. Vete tú a saber lo que seré con el tiempo.

—Supongo que ahora no cargarías con tu baúl hasta la parada de la diligencia —dijo Tom Pinch, con una sonrisa—, aunque lo perdieras por no llevarlo.

—¿Ah, no? —replicó John—. Qué sabrás tú, Pinch. Tendría que ser un baúl muy grande para que no cargase con él con tal de escapar de Pecksniff.

—¡Ya estamos! —exclamó Pinch, volviéndose hacia Martin—. Te lo dije. El gran defecto de su carácter es lo injusto que es con Pecksniff. No tienes que hacer ni caso de lo que diga. Sus prejuicios son extraordinarios.

—La total falta de prejuicios por parte de Tom —dijo John Westlock, con una risa cordial, mientras ponía la mano en el hombro del señor Pinch— es asombrosa. Si alguna vez un hombre conoció profundamente a otro y

lo vio bajo una luz verdadera con sus propios colores, ese es Tom con el señor Pecksniff.

—Pues ¡claro que sí! —exclamó Tom—. Eso es exactamente lo que te he dicho a menudo. Si lo conocieras tan bien como yo, y daría cualquier cosa por que así fuese, lo admirarías, respetarías y reverenciarías. No podrías evitarlo. ¡No sabes cómo heriste sus sentimientos al marcharte!

—De haber sabido cuáles eran sus sentimientos —contestó el joven Westlock—, habría hecho cuanto hubiese estado en mi mano, puedes estar seguro. Pero, como no pude herir lo que no tiene, ni aquello de lo que nada sabe, excepto en su habilidad para herir en lo vivo a los demás, me temo que no soy merecedor de tu cumplido. —El señor Pinch no quiso prolongar una discusión que podía perjudicar a Martin y se contuvo para no responder; pero John Westlock, a quien sólo habría podido silenciar una mordaza de hierro cuando salían a reducir los méritos del señor Pecksniff, prosiguió—: ¡Sus sentimientos! ¡Oh, qué hombre tan tierno! ¡Sus sentimientos! ¡Un sinvergüenza tan considerado, concienzudo, introspectivo e íntegro! ¡Sus sentimientos! ¡Vaya...! ¿Qué te pasa, Tom?

El señor Pinch estaba de pie sobre la alfombra de la chimenea, abotonándose el abrigo con mucha energía.

—No lo soporto —dijo Tom, moviendo la cabeza—. No. No puedo. Tienes que perdonarme, John. Te tengo mucho afecto y eres mi amigo; te aprecio y me ha alegrado mucho ver que sigues igual que antes, pero no puedo seguir oyendo esto.

—Pero si es lo mismo que decía entonces, Tom; y acabas de afirmar que te alegras de ver que sigo igual que antes.

—No en este particular —dijo Tom Pinch—. Tienes que disculparme, John. No puedo, de verdad, y no lo haré. Está mal, tendrías que ser más cauto con lo que dices. Ya estaba mal cuando tú y yo compartíamos habitación, pero en estas circunstancias no puedo soportarlo, de verdad. No, no puedo.

—¡Tienes razón! ¡Tienes razón! —exclamó su amigo, cruzando una mirada con Martin—, me he equivocado, Tom. No sé cómo diablos hemos acabado hablando de un asunto tan desafortunado. Te ruego de todo corazón que me perdones.

—Me consta que el tuyo es un temperamento libre y viril —respondió Pinch—; por eso me duele aún más que seas tan poco generoso en este asunto concreto. No tienes que pedirme perdón, John. No has hecho más que agasajarme.

—¡Bueno! Pues se lo pediré a Pecksniff —dijo el joven Westlock—. Lo que quieras y a quien quieras, Tom. ¿Te parece bien a Pecksniff? ¡Vamos, bebamos a su salud!

—Gracias —exclamó Tom, estrechándole la mano y llenando un vaso—. Gracias, brindaré por él de todo corazón, John. ¡A la salud y prosperidad de Pecksniff!

John Westlock repitió el brindis, o casi; pues bebió a la salud y no sé qué más del señor Pecksniff, pero ese no sé qué no fue muy audible. Una vez restaurada la unanimidad, acercaron las sillas al fuego, y conversaron en perfecta armonía y con gran cordialidad hasta la hora de acostarse.

Tal vez ninguna circunstancia trivial habría ilustrado mejor las diferencias de carácter entre John Westlock y Martin Chuzzlewit que el modo en que cada uno de ellos contempló a Tom Pinch, después de la pequeña desavenencia que acabamos de describir. No hay duda de que había cierta jocosidad en la mirada de ambos, pero ahí terminaba cualquier parecido. El antiguo alumno se desvivía por demostrarle a Tom el afecto que le tenía y su mirada amistosa parecía más seria y pensativa que antes. El nuevo, por su parte, no sentía otra inclinación que la risa al recordar el absurdo comportamiento de Tom, y, mezclado con ese regocijo había cierto desprecio y desdén que parecían indicar que, en su opinión, el señor Pinch había llevado demasiado lejos su candidez para ser admitido como amigo, en auténticas condiciones de igualdad, de cualquier persona razonable.

John Westlock, que nunca hacía las cosas a medias si podía evitarlo, había reservado habitación en el hotel para sus dos invitados; y, después de una velada muy feliz, se retiraron a descansar. El señor Pinch estaba sentado al borde de su cama sin la corbata y los zapatos, pensando en las múltiples buenas cualidades de su viejo amigo, cuando le interrumpieron unos golpes en la puerta y la voz del propio John.

—Aún no estás dormido, ¿verdad, Tom?

—¡No! Dios mío, qué va. Estaba pensando en ti —replicó Tom, abriendo la puerta—. Pasa.

—No te entretendré mucho —dijo John—; pero he olvidado un pequeño encargo que me habían hecho; y temo volver a olvidarme, si no lo hago de inmediato. Conoces a un tal señor Tigg, ¿no, Tom?

—¡Tigg! —exclamó Tom—. ¡Tigg! ¿El caballero a quien le presté dinero?

—Exacto —dijo John Westlock—. Me pidió que te presentara sus respetos y te lo devolviera con su agradecimiento. Aquí lo tienes. Supongo que está bien, pero es un individuo poco recomendable, Tom.

El señor Pinch aceptó la moneda de oro con un rostro tan luminoso que podría haber avergonzado al metal; y dijo que eso no le preocupaba. Añadió que le alegraba comprobar que el señor Tigg era honrado y cumplía sus promesas.

—Bueno, para serte sincero, Tom —replicó su amigo—. No siempre lo es. Sigue mi consejo y procura evitar su trato si vuelves a encontrártelo. Y en ningún caso, Tom, por favor tenlo presente porque hablo muy en serio, vuelvas a prestarle dinero.

—¡Sí, sí! —dijo Tom con los ojos muy abiertos.

—No es ni mucho menos de fiar —añadió el joven Westlock y cuanto antes se lo des a entender, mejor para ti, Tom.

—Oye, John —dijo el señor Pinch, con el rostro pesaroso y moviendo la cabeza con desánimo—. Espero que no estés frecuentando malas compañías.

—No, no —contestó él riéndose—. No te preocupes por eso.

—¡Oh!, pues claro que me preocupo —dijo Tom Pinch—. No puedo evitarlo, al oírte hablar así. Si el señor Tigg es como lo has descrito, no sé por qué lo conoces, John. Puedes reírte, pero te aseguro que no me parece gracioso.

—No, no —replicó su amigo, conteniendo la risa—. Tienes razón. No lo es.

—¿Sabes, John? —dijo el señor Pinch—, tu naturaleza amable y tu bondad te vuelven irreflexivo; y nunca se es lo bastante precavido con estas cosas. Te aseguro que si creyera que estabas frecuentando malas compañías me sentiría muy desdichado, pues sé lo difícil que es librarse de ellas. Preferiría haber perdido el dinero, John, a haberlo recuperado de este modo.

—Te aseguro, mi querido y buen amigo —exclamó Westlock sacudiéndolo de un lado a otro con las manos y sonriendo de un modo tan franco y alegre que habría disipado las sospechas de personas mucho más suspicaces que Tom—, que no corro ningún peligro.

—¡Bueno! —exclamó Tom—. Me alegra oírlo; me alegra muchísimo oírlo. Si lo dices así, me quedo más tranquilo. No te habrás tomado a mal lo que acabo de decirte, ¿verdad Tom?

—¡A mal! —dijo Westlock estrechándole la mano con cordialidad—. ¿De qué pasta crees que estoy hecho? Te aseguro solemnemente que mi relación con el señor Tigg no tiene por qué preocuparte, Tom. ¿Estás más tranquilo ahora?

—Sí —dijo Tom

—Pues ¡otra vez buenas noches!



—¡Buenas noches! —exclamó Tom—, y que tengas los sueños placenteros que se merece la mejor persona del mundo.

—Sin contar a Pecksniff —dijo su amigo, deteniéndose en la puerta y volviendo alegremente la vista atrás.

—Sin contar a Pecksniff —respondió muy serio Tom—, por supuesto.

Y así se despidieron esa noche; John Westlock alegre y de buen humor, y el pobre Tom Pinch contento, aunque, al darse la vuelta en la cama, se dijo para sus adentros: «¡De todos modos, preferiría que no conociese al señor Tigg!».

A la mañana siguiente desayunaron muy temprano, pues los dos jóvenes querían volver pronto; y John Westlock tenía que regresar a Londres ese mismo día en diligencia.

Como tenía varias horas disponibles, les acompañó a pie cinco o seis kilómetros y sólo se despidió de ellos cuando no le quedó otro remedio. La despedida fue muy cordial, no sólo entre él y Tom Pinch, sino también por parte de Martin, que había comprobado que el antiguo alumno era una persona muy diferente del timorato que había esperado encontrar.

Después de recorrer un trecho el joven Westlock se detuvo en un altozano y volvió la vista atrás. Estaban andando a buen paso y Tom parecía estar hablando muy serio. Ya no hacía tanto viento y Martin se había quitado el sobretodo y lo llevaba del brazo. Entonces John vio que Tom se lo quitaba, después de que Martin ofreciera una leve resistencia, se lo echaba encima del suyo y cargaba con los dos. Aquel incidente trivial impresionó mucho al antiguo alumno, que se quedó allí mirándolos, hasta que los perdió de vista; luego movió la cabeza, como si algo le preocupase y desanduvo pensativo sus pasos hasta volver a Salisbury.

Entretanto, Martin y Tom siguieron su camino hasta que llegaron, sanos y salvos, a casa del señor Pecksniff, donde una breve epístola de ese noble caballero dirigida al señor Pinch les anunció el regreso de la familia en la diligencia nocturna. Como doblaría la esquina a las seis en punto de la mañana, el señor Pecksniff pedía que la calesa y un carro para el equipaje estuviesen esperándoles al lado del poste indicador. Y, a fin de poder recibirlo con todos los honores, los jóvenes acordaron levantarse temprano e ir también ellos.

Fue el día menos alegre que habían pasado juntos hasta entonces. Martin estaba desanimado y de mal humor, y aprovechaba cualquier excusa para comparar su situación y su futuro con los del joven Westlock, que siempre le parecían más ventajosos. Esta actitud deprimió a Tom; y ni la despedida de la mañana, ni la cena del día anterior, ayudó

a mejorar las cosas. Así que las horas pasaron despacio y se alegraron de acostarse temprano.

No les alegró tanto tener que levantarse a las cuatro y media, con la estremecida incomodidad de una oscura mañana de invierno; pero se levantaron puntualmente y llegaron al poste indicador media hora antes de lo acordado. No hacía ni mucho menos una mañana agradable, pues el cielo estaba negro y encapotado y llovía mucho; pero Martin afirmó que le complacía ver mojarse a aquel penco (con eso se refería al corcel árabe del señor Pecksniff) y que, por su parte, se regocijaba de que lloviese tanto. De eso puede deducirse que su ánimo no había mejorado, y así era; estuvieron un rato esperando debajo de un seto, contemplando la lluvia, la calesa, el carro y su humeante conductor, y Martin no hizo más que refunfuñar; y, si no hubiera sido porque dos no se pelean si uno no quiere, sin duda habría discutido con Tom.

Por fin se oyó a lo lejos el leve ruido de las ruedas y poco después llegó la diligencia salpicando a través del barro y el fango, con un único y desdichado pasajero en los asientos de fuera, acurrucado entre la paja húmeda y debajo de un paraguas empapado; y el cochero, el guarda y los caballos, hermanados en su goteante desdicha. En cuanto se detuvo, el señor Pecksniff bajó el cristal de la ventanilla y saludó al señor Pinch.

—¡Dios mío, señor Pinch! ¿Será posible que haya salido usted con lo malo que hace esta mañana?

—Sí, señor —grito Tom, adelantándose con turbación—. El señor Chuzzlewit y yo, señor...

—¡Ah! —dijo el señor Pecksniff, contemplando no tanto a Martin como el lugar donde se hallaba—. ¡Ah, sí! Hágame el favor de encargarse de los baúles, señor Pinch.

Luego el señor Pecksniff bajó y ayudó a apearse a sus hijas, pero ni él ni las señoritas prestaron la menor atención a Martin y, cuando se adelantó para asistirles, el señor Pecksniff se lo impidió plantándose justo delante y dándole la espalda. Del mismo modo, y en un profundo silencio, el señor Pecksniff ayudó a sus hijas a subir a la calesa, luego subió él mismo, tomó las riendas y se marchó a su casa.

Perplejo, Martin se quedó mirando la diligencia y, cuando la diligencia se marchó, al señor Pinch y el equipaje; hasta que el carro también se puso en movimiento y le preguntó a Tom.

—¿Tendrías la bondad de decirme a qué obedece esto?

—¿Qué? —preguntó Tom.

—Pues el comportamiento de ese individuo... del señor Pecksniff, digo. ¿Lo has visto?

—Pues no —gritó Tom—. Estaba ocupado con los baúles.

—Da igual —dijo Martin—. ¡Vamos! Démonos prisa en volver. —Y, sin una palabra más, echó a andar a un paso tan vivo que Tom sólo pudo seguirlo con dificultad.

No se fijaba por dónde iba, y pisaba los montones de barro y los charcos con la mayor indiferencia; mirando hacia delante y riéndose de vez en cuando para sus adentros de un modo muy extraño. Tom intuyó que cualquier cosa que pudiese decirle serviría tan sólo para que se empecinara aún más, y por tanto confió en que cuando llegasen a la casa el señor Pecksniff disipase la errónea impresión que sin duda parecía tener el nuevo alumno. Pero aún le dejó más confundido que, cuando llegaron y entraron en el salón donde estaba el señor Pecksniff delante del fuego bebiendo un té caliente, en lugar de saludar a su pariente y dejar a un lado al señor Pinch, hiciese exactamente lo contrario, y le dedicara tantas atenciones a él que Tom no supo qué decir.

—Tome un poco de té, señor Pinch... Tome un poco de té —dijo Pecksniff avivando el fuego—. Debe de estar usted empapado y muerto de frío. Por favor, tome un poco de té y acérquese al fuego.

Tom vio que Martin miraba al señor Pecksniff como si también tuviese ganas de invitarlo a ir a un sitio muy caliente, pero siguió callado, se plantó delante de ese caballero y lo miró con atención.

—Siéntese, señor Pinch —dijo Pecksniff—. Siéntese, por favor. ¿Qué tal han ido las cosas en nuestra ausencia, señor Pinch?

—Le va a encantar la escuela, señor —dijo Tom—. Casi está terminada.

—Si tiene usted la bondad, señor Pinch —dijo Pecksniff, moviendo la mano y sonriendo—, prefiero no hablar de eso en este momento. ¿Qué ha estado haciendo, eh, Thomas?

El señor Pinch miró del maestro al alumno y del alumno al maestro, y se quedó tan perplejo y confuso que necesitó mucha presencia de ánimo para responder a su pregunta. En ese extraño intervalo, el señor Pecksniff (que era perfectamente consciente de que Martin lo estaba observando, aunque no lo miró ni una sola vez) atizó el fuego y, cuando no pudo seguir haciéndolo, bebió varias tazas de té.

—Bueno, señor Pecksniff —dijo por fin Martin en voz muy baja—, si ya ha descansado y se ha recuperado lo bastante, me encantará saber a qué viene esta manera de tratarme.

—Y ¿qué ha estado usted haciendo —dijo el señor Pecksniff mirando a Tom Pinch incluso con más placidez y gentileza que antes—, eh Thomas?

Después de repetir la pregunta, contempló las paredes de la sala, como si sintiera curiosidad por saber si alguien había olvidado algún clavo en ellas.

Tom no supo qué decir, e hizo un gesto como para indicarle al señor Pecksniff que un caballero le había hablado, pero Martin le ahorró el mal trago, haciéndolo él mismo.

—Señor Pecksniff —dijo, dando dos o tres veces unos golpecitos sobre la mesa y acercándose uno o dos pasos hasta que casi pudo tocarlo con la mano—, ya ha oído lo que he dicho. Le pido que haga el favor de responder —alzó un poco la voz—, ¿qué pretende con esto?

—Hablaré con usted, señor —dijo el señor Pecksniff con voz severa, mientras lo miraba por primera vez—, dentro de un rato.

—Es muy amable —replicó Martin—, dentro de un rato no es suficiente. Tengo que insistir en que me lo diga ahora. —El señor Pecksniff fingió estar interesadísimo en su cartera, aunque las manos le temblaban—. Ahora —insistió Martin, volviendo a golpear la mesa—. Ahora. Dentro de un rato no me sirve. ¡Ahora!

—¿Me está amenazando usted, señor? —gritó Pecksniff. Martin lo miró y no respondió, pero un observador atento podría haber detectado un ominoso rictus en su boca y tal vez una involuntaria atracción de su mano derecha hacia la corbata del señor Pecksniff—. Siento verme obligado a decir, señor —prosiguió Pecksniff—, que amenazarme sería acorde con su naturaleza. Me ha engañado usted. Ha abusado de una persona que sabía confiada e incauta. Ha conseguido —dijo el señor Pecksniff— que se le admitiese en esta casa con afirmaciones torcidas y falsas pretensiones.

—Continúe —dijo Martin con una sonrisa desdeñosa—. Ahora lo entiendo. ¿Qué más?

—Mucho más, señor —gritó el señor Pecksniff, temblando de pies a cabeza, e intentando frotarse las manos como si aún siguiesen frías—. Mucho más, ya que me obliga usted a hacer pública su vergüenza ante una tercera persona, cosa que habría preferido no hacer. Este humilde techo, señor, no debe verse contaminado con la presencia de alguien que ha engañado, y además con crueldad, a un caballero honrado, querido, venerado y venerable; alguien que ocultó astutamente ese engaño para ganarse mi favor y mi protección, sabiendo que, por muy humilde que sea, soy un hombre honrado, que procura cumplir con su obligación en este universo carnal y enfrentarse a cualquier vicio y traición. Lloro por su depravación, señor —exclamó Pecksniff—, lamento su corrupción, siento que se haya apartado del sendero florido de la paz interior —llegado ese punto, se dio una palmada en el pecho o en su jardín moral—, pero no puedo dar asilo a un leproso y una serpiente. ¡Márchese! —

dijo el señor Pecksniff, extendiendo el brazo—. ¡Márchese, joven! ¡Como todos los que lo conocen, renuncio a usted!

Es imposible saber con qué intención Martin dio un paso adelante al oír estas palabras. Baste con saber que Pinch lo sujetó por los brazos, y que en ese mismo instante el señor Pecksniff retrocedió tan deprisa que tropezó con una silla y cayó sentado en el suelo, donde se quedó sin hacer ademán de levantarse, con la cabeza apoyada en el rincón, tal vez porque lo considerase el sitio más seguro.

—¡Déjame, Pinch! —exclamó Martin, apartándolo—. ¿Por qué me sujetas? ¿Es que crees que un golpe haría de él una criatura más abyecta de lo que es? ¿Crees que si le escupiera podría degradarle a un nivel inferior al suyo? ¡Míralo. Míralo, Pinch!

El señor Pinch así lo hizo involuntariamente. El señor Pecksniff sentado, como hemos dicho ya, en la alfombra, con la cabeza en un ángulo agudo de la pared, y con todo el cansancio de un viaje incómodo reflejado en su semblante, desde luego no era exactamente un modelo de lo que es digno y atractivo en un hombre. Aun así era Pecksniff, y era imposible privarlo de esa única y primordial característica para Tom. Le devolvió la mirada como si dijese: «¡Sí, señor Pinch, míreme! ¡Aquí estoy! ¡Ya sabe lo que dice el poeta del hombre honrado<sup>[57]</sup> ; y un hombre honrado es una de las pocas grandes obras que pueden contemplarse gratis! ¡Míreme!».

—Te aseguro —dijo Martin— que tal como está ahí, deshonrado, vendido, usado, convertido en un trapo para limpiarse las manos o en una esterilla para limpiarse los pies, en un perro servil, falso y adulator, es la peor alimaña del mundo. Y óyeme, Pinch. Llegará el día, y él lo sabe, ¡lo lleva escrito en el rostro ahora mismo!, en que incluso tú lo descubrirás y lo conocerás como lo conozco yo, y como él sabe que lo conozco. ¡Renunciar él a mí! ¡Míralo cómo renuncia, Pinch, y recuerda mis palabras!

Lo señaló mientras hablaba, con un desprecio inexpresable, y poniéndose el sombrero se marchó de la sala y de la casa. Fue tan deprisa que casi había salido del pueblo cuando oyó a Tom Pinch que lo llamaba sin aliento desde lejos.

—¿Y bien? —dijo cuando llegó Tom—. ¿Qué quieres ahora?

—¡Dios mío! —gritó Tom—. ¿Te vas?

—¡Que si me voy! —repitió—. ¡Que si me voy!

—No quería decir eso, sólo que si piensas irte ahora, con este mal tiempo, a pie, sin tu ropa, sin dinero —exclamó Tom.

—Sí —respondió muy serio—, me voy.

—¿Y adónde? —gritó Tom—. ¿Adónde irás?

—No lo sé —dijo él—. Sí. ¡Me iré a Estados Unidos!

—No, no —gritó Tom con una especie de agonía—. No vayas allí. ¡Te lo ruego! Piénsalo mejor. No seas tan imprudente. ¡No vayas a Estados Unidos!

—Mi decisión está tomada —dijo—. Tu amigo tenía razón. Me iré a Estados Unidos. ¡Que Dios te bendiga, Pinch!

—¡Toma! —gritó Tom, dándole muy nervioso un libro—. Tengo que darme prisa en volver, y no puedo decir lo que querría. Que Dios te acompañe. Mira la página que he doblado. ¡Adiós, adiós!

Aquel hombre sencillo le estrechó la mano con las lágrimas corriéndole por las mejillas; y se despidieron a toda prisa para seguir cada uno su propio camino.

### **Capítulo XIII. Que muestra lo que fue de Martin y de su decisión desesperada después de dejar la casa del señor Pecksniff, a qué personas conoció, las preocupaciones que sufrió y las novedades de las que se enteró**

Cargando, casi sin darse cuenta, con el libro de Tom Pinch, y sin abotonarse siquiera el abrigo como protección contra la copiosa lluvia, Martin continuó andando a toda prisa hasta pasar el poste indicador y llegar a la carretera de Londres. Ni siquiera entonces aminoró mucho el paso, aunque empezó a pensar y a mirar por toda partes, y a librar sus sentidos de la maraña de airadas pasiones que los habían tenido prisioneros. Hay que confesar que en ese momento no estaba dando un uso demasiado agradable a sus percepciones morales o físicas. El día empezaba a alborear en una mancha de luz acuosa por el este, precedida por unas nubes ceñudas de las que caía la lluvia formando una niebla húmeda y espesa. Chorreaba de todas las ramas y zarzas de los setos, trazaba pequeños barrancos en los caminos, corría por cien canales por la carretera y excavaba innumerables agujeros en el rostro de todos los charcos y arroyos. Caía con un ruido fangoso y pegajoso entre la hierba, y convertía los surcos de los campos arados en perreras embarradas. No se veía ni un solo ser viviente. La perspectiva difícilmente habría podido ser más triste si la naturaleza animada se hubiese disuelto en el agua y hubiese vuelto a verterse sobre la tierra en esa forma.

El campo de visión en el interior de aquel viajero solitario era tan desconsolado como la escena de fuera. Sin amigos y sin dinero; enfadadísimo; profundamente herido en su orgullo y en el aprecio que sentía por sí mismo; rebosante de planes diversos y sin medios para ponerlos en práctica; el peor de sus enemigos se habría regocijado viendo el tamaño de sus dificultades. Y por añadidura, empezó a notar que estaba empapado y helado hasta la médula de los huesos.

En ese estado deplorable, recordó el libro del señor Pinch; más porque era una pesadez transportarlo que porque tuviese esperanzas de que aquel regalo de despedida pudiera consolarlo. Miró las letras sucias del lomo, vio que era un volumen suelto de *El bachiller de Salamanca*<sup>[58]</sup>, en francés, y maldijo veinte veces la locura de Tom Pinch. Malhumorado y enfadado, estuvo a punto de tirarlo, cuando recordó que Tom le había hablado de una página doblada; lo abrió por ese sitio convencido de que tendría razones adicionales para maldecirlo por imaginar que un fragmento de la sabiduría del bachiller podría alegrarlo en esa situación; descubrió...

¡Vaya, vaya!, no mucho, pero sí todo lo que tenía Tom. El medio soberano. Lo había envuelto a toda prisa en un trozo de papel, y lo



había enganchado a la hoja. Dentro había escrito a lápiz estas palabras: «No lo quiero, no sabría qué hacer con él».

Hay mentiras, Tom, en las que los hombres se elevan, como con alas brillantes, hacia el cielo. Hay verdades, verdades, frías, amargas e insultantes, que enuncian puntualmente los eruditos mundanos, y que atan a los hombres al suelo con cadenas de plomo. ¿Quién no preferiría que lo abanicara llegada la última hora, la ligera pluma de una mentira como la tuya, y no las púas arrancadas del erizado puercoespín con la verdad acusadora desde el principio de los tiempos?

Martin sentía mucha lástima por sí mismo, y apreció mucho esa buena obra de Tom. Al cabo de unos minutos tuvo el efecto de elevar su espíritu y de recordarle que no estaba en la más absoluta indigencia, puesto que había dejado bastante ropa en casa del señor Pecksniff y llevaba un reloj de caza de oro en el bolsillo. Encontró una curiosa satisfacción en pensar que debía ser un tipo irresistible para haber causado esa impresión en Tom, en decirse que era muy superior a él y que tenía muchas más posibilidades de abrirse camino en el mundo. Animado por estos pensamientos y fortalecido en su decisión de probar a hacer fortuna en otro país, decidió ir a Londres cuanto antes y utilizarlo como punto de partida.

Se hallaba a quince kilómetros del pueblo famoso por ser el lugar de residencia del señor Pecksniff cuando se detuvo a desayunar en una pequeña cervecería que había al lado de la carretera; y, apoyado en un banco de respaldo alto que había delante del fuego, se quitó el abrigo y lo colgó delante de las alegres llamas para que se secase. Era un sitio muy distinto de la última hospedería en la que había comido y apenas tenía más espacio para instalarse que el que ofrecía el suelo de ladrillo de la cocina, pero el espíritu se acomoda tan pronto a las necesidades del cuerpo que aquella fonda para carreteros, que el día anterior habría despreciado, se convirtió en un hotel escogido; y su plato de huevos con beicon y su jarra de cerveza no le parecieron ni mucho menos una comida tan pobre como había imaginado, sino que hicieron justicia a la inscripción que había en los postigos y que proclamaba que dichas viandas eran «Buenas raciones para los viajeros».

Apartó el plato vacío, y con una segunda jarra sobre la repisa del hogar que tenía delante, estuvo mirando pensativo el fuego hasta que le dolieron los ojos. Luego observó las estampas religiosas coloreadas que colgaban en las paredes, con pequeños marcos negros como los de los espejos que se usan para afeitarse, y vio cómo los tres Reyes Magos (con un marcado aire de familia) adoraban un pesebre sonrosado; y cómo el Hijo Pródigo regresaba cubierto de harapos rojos a casa de un padre purpúreo y disfrutaba ya en la imaginación de un cordero de color verde mar. A continuación, se asomó a la ventana y estuvo contemplando la lluvia que caía de lado sobre el poste indicador y la casa y desbordaba el abrevadero de los caballos; y luego volvió a mirar el fuego y creyó distinguir un Londres aún más distante, que se alejaba entre los fragmentos de madera ardiente.

Había repetido muchas veces ese proceso en el mismo orden, como si fuese algo necesario, cuando el ruido de ruedas lo empujó a interrumpir su circuito y a asomarse a la ventana; entonces vio una especie de carreta ligera tirada por cuatro caballos y cargada, por lo que pudo ver (pues estaba cubierta), de trigo y paja. El carretero, que viajaba solo, se detuvo en la puerta para abreviar los caballos, y enseguida entró, dando patadas en el suelo y sacudiéndose el agua del sombrero y el abrigo, en la sala donde estaba Martin.

Era un joven fornido y rubicundo, distinguido a su manera, y de rostro afable. Al acercarse al fuego, se tocó la frente brillante con el dedo índice de su rígido guante de cuero, a modo de saludo; y dijo (de forma más bien innecesaria) que era un día muy lluvioso.

—Mucho —coincidió Martin.

—No recuerdo haber visto llover tanto.

—Ni yo —dijo Martin.

El carretero miró la ropa sucia de Martin, las mangas húmedas de su camisa y el abrigo colgado a secar; y dijo, después de una pausa, mientras se calentaba las manos:

—¿Le ha pillado el aguacero, señor?

—Sí —fue la breve respuesta.

—¿Cabalgando, tal vez? —dijo el carretero.

—Sí, si hubiese tenido un caballo, pero no lo tengo —replicó Martin.

—Mal asunto —dijo el carretero.

—Y puede ser peor —replicó Martin.

En fin, el carretero había dicho: «Mal asunto» no tanto porque Martin no tuviese caballo, como porque dijo que no lo tenía con la desesperación imprudente de su estado de ánimo y de sus circunstancias y así dejó entrever mucho. Martin se metió las manos en los bolsillos y se puso a silbar después de contestarle al carretero, dándole así a entender que la suerte le traía sin cuidado, que no se rebajaría a fingir que le sonreía cuando no era así, y que podían irse al diablo ella, el carretero y todos los demás.

El carretero lo miró de reojo un minuto y silbó también en las pausas mientras se calentaba. Por fin preguntó señalando con el pulgar hacia la carretera.

—¿Arriba o abajo?

—¿Adónde es arriba? —preguntó Martin.

—A Londres, claro —respondió el carretero.

—Pues entonces arriba —dijo Martin. Luego movió la cabeza con despreocupación como si quisiera añadir: «Ahora ya lo sabe usted todo»; se metió aún más profundamente las manos en los bolsillos, cambió de canción y silbó un poco más alto.

—Yo voy arriba —observó el carretero—. A Hounslow, a unos quince kilómetros de Londres.

—¿Ah, sí? —exclamó Martin, deteniéndose y mirándolo. El carretero salpicó el fuego con el agua del sombrero hasta que volvió a chisporrotear y respondió que por supuesto—. En ese caso —dijo— será claro. Por mi forma de vestir, tal vez se le haya ocurrido pensar que tengo dinero. No lo tengo. Lo único que puedo permitirme pagarle es una corona, porque sólo tengo dos. Si puede llevarme por ese dinero, y mi chaleco, o por este pañuelo de seda, estupendo. Si no, dejémoslo estar.

—Más claro que el agua.

—Quiere más, ¿eh? —dijo Martin—. Pues no tengo, y tampoco puedo ganarlo, así que no hay más que hablar.

Dicho lo cual empezó a silbar de nuevo.

—No he dicho que quisiera más, ¿verdad? —preguntó el carretero, casi con indignación.

—No ha dicho que mi oferta fuese suficiente —replicó Martin.

—Y ¿cómo quiere que lo haga si no me ha dado usted ocasión? En cuanto a lo del chaleco, por nada del mundo se me ocurriría dejar a un hombre sin su chaleco, y menos aún a un caballero; pero lo del pañuelo de seda es otro cantar; y, si está usted contento cuando lleguemos a Hounslow, no pondré objeciones si me lo regala.

—Entonces ¿trato hecho? —dijo Martin.

—Sí —respondió el carretero.

—Pues termínese esta cerveza —dijo Martin, dándole la jarra y poniéndose muy de prisa el abrigo— y partamos cuanto antes.

Dos minutos después había pagado la cuenta, que ascendía a un chelín, y estaba tumbado cuan largo era en un haz de paja seco en la carreta, con el toldo entreabierto para poder hablar con su nuevo amigo, y

avanzando en dirección a Londres con una animosa y agradable rapidez.

El nombre del carretero, tal como le dijo enseguida a Martin, era William Simmons, más conocido por Bill; y su aspecto pulcro se explicaba por su relación con una gran compañía de diligencias con sede en Hounslow, adonde iba a llevar su carga desde una granja propiedad de dicha empresa en Wiltshire. Según explicó, recorría a menudo esa carretera con otros encargos parecidos, y para cuidar de los caballos enfermos y de refresco, animales de los que tenía tanto que contar que pasó un buen rato hablando de ellos. Aspiraba a la dignidad de un puesto fijo como conductor y esperaba que lo ascendieran en cuanto hubiese una vacante. Además era aficionado a la música y tenía una trompeta de bolsillo con la que, cada vez que la conversación decaía, interpretaba la primera parte de muchas melodías y se interrumpía siempre en la segunda.

—¡Ah! —dijo Bill con un suspiro, mientras se pasaba el dorso de la mano por los labios y se guardaba el instrumento en el bolsillo, después de quitar la boquilla para secarla; «Lummy Ned», del Ligerero de Salisbury, él sí que tenía talento para la música. Era un guarda. Podría decirse que Ned era un ángel de la guarda.

—¿Ha muerto? —preguntó Martin.

—¡Muerto! —replicó el cochero con desdeñoso énfasis—. Qué va. No es fácil matar a Ned. No, no. Ya se preocupa él de eso.

—Ha hablado de él en pasado —observó Martin—, así que pensé que ya no estaba entre nosotros.

—Ya no está en Inglaterra. Se marchó a Es...tados Unidos.

—¿Ah, sí? —preguntó Martin, con repentino interés—. ¿Cuándo?

—Hará unos cinco años, más o menos —dijo Bill—. Estaba en la cosa pública, pero no pudo hacer frente a sus compromisos, y un día se largó a Liverpool sin decir nada a nadie y se embarcó para Es...tados Unidos.

—¿Y bien?

—¡Y bien! Cuando desembarcó allí sin un penique, por supuesto se alegraron mucho de verlo en Es...tados Unidos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Martin, con cierto desprecio.

—¿Qué quiero decir? —respondió Bill—. Pues eso. Que en Es...tados Unidos todos los hombres son iguales, ¿no? Da igual que uno tenga mil libras o nada, dicen que sobre todo en Nueva York, que es donde desembarcó Ned.

—Así que Nueva York, ¿eh? —preguntó pensativo Martin.

—Sí —respondió Bill—. Nueva York. Lo sé porque escribió a casa diciendo que si le recordaba a la vieja York era porque no se le parecía en nada. Ignoro a qué negocio se dedicó Ned cuando llegó, pero escribió a casa diciendo que él y sus amigos se pasaban el día cantando *Viva Columbia*<sup>[59]</sup> y jaleando al presidente, así que supongo que también sería algo en la cosa pública y sin muchas complicaciones. El caso es que hizo una fortuna.

—¡No! —exclamó Martin.

—Sí —dijo Bill—. Lo sé, porque lo perdió todo al día siguiente cuando quebraron veintiséis bancos. Le endosó los pagarés a su padre, cuando quedó claro que no había nada que hacer y se los envió con una carta muy respetuosa. Lo sé porque me los enseñaron a beneficio del viejo, para que pudiera pagarse un poco de tabaco.

—Fue un estúpido por no cuidar de su dinero cuando lo tenía —dijo indignado Martin.

—En eso tiene usted razón —dijo Bill—, sobre todo porque estaba todo en billetes, y podría haberlo guardado con mucha facilidad, doblándolo en un paquetito.

Martin no dijo nada, pero enseguida se quedó dormido y siguió así una hora o más. Cuando despertó, vio que había dejado de llover, se sentó al lado del carretero y le hizo varias preguntas, como cuánto tiempo había tardado el afortunado guarda del Ligerero de Salisbury en cruzar el Atlántico; en qué época del año se había embarcado; cómo se llamaba el barco en que había hecho la travesía; cuánto había pagado por el pasaje, si se había mareado mucho y otras cosas por el estilo. Pero a propósito de estos detalles su amigo tenía poca o ninguna información y, o bien respondió al tuntún o admitió que no lo sabía o que lo había olvidado; así que, por más que insistió, no pudo averiguar mucho.

Siguieron viajando todo el día, y se detuvieron tan a menudo, ora para descansar, ora para cambiar los caballos, ora para desenganchar o quitar un arnés, ora por un negocio y ora por otro relacionado con las diligencias, que cuando llegaron a Hounslow era medianoche. Poco antes de llegar a los establos adonde se dirigía la carreta, Martin se apeó, pagó la corona y obligó a su honrado amigo a quedarse con el pañuelo de seda, a pesar de sus protestas de que no quería privarlo de él y con las que intentó desmentir lo que decían sus ojos. Hecho lo cual, se despidieron y cuando la carreta entró en el establo y se cerraron las puertas, Martin se quedó en la calle oscura con una acusada sensación de haberse quedado fuera, sólo en el espantoso mundo y sin llaves.

Pero en ese momento de desánimo, y a menudo en otros después, el recuerdo del señor Pecksniff funcionó como un vigorizante y despertó en

su pecho una indignación muy saludable, pues le dio fuerzas para resistirse con obstinación. Bajo la influencia de tan poderoso licor, se puso en camino hacia Londres sin más dilación y llegó allí en mitad de la noche, y como no sabía dónde encontrar una taberna abierta, se dedicó a pasear por las calles y los mercados hasta la mañana siguiente.

Una hora antes de amanecer se encontró en las humildes regiones del Adelphi<sup>[60]</sup>; y, acercándose a un hombre con un gorro de piel que estaba cerrando los postigos de una oscura taberna, le informó de que era un forastero y le preguntó si podían darle una cama. Resultó, por buena suerte, que sí podía. Aunque no era muy atractiva, estaba tolerablemente limpia y Martin se sintió muy alegre y agradecido al meterse en ella, en busca de calor, descanso y olvido.

Estaba avanzada la tarde cuando despertó, y después de lavarse, vestirse y comer alguna cosa, otra vez estaba oscureciendo. Tanto mejor, pues ahora era totalmente necesario que le vendiera el reloj a algún amable prestamista; y para hacerlo habría esperado hasta que oscureciera, aunque hubiese sido el día más largo del año y no hubiese desayunado.

Pasó más Bolas Doradas<sup>[61]</sup> de las que han utilizado en sus actuaciones todos los malabaristas de Europa, antes de decidirse por una casa concreta que exhibiese dicho símbolo. Al final, volvió a una de las primeras que había visto, entró por una puerta lateral a un patio donde se repetían con fantasmal transparencia las tres bolas con la inscripción «Se presta dinero», y pasó a uno de los reservados dispuestos para acomodar a los clientes más tímidos o bisoños. Hizo acopio de valor, sacó el reloj y lo dejó sobre el mostrador.

—¡Por mi vida y por mi alma! —dijo alguien en voz baja en el reservado de al lado—. ¡Tienen que darme más, un poco más! Tendrán que perder un cuarto de onza al pesar su libra de carne, amigos míos y llegar a dos chelines y seis peniques.

Martin se apartó involuntariamente, pues reconoció enseguida aquella voz.

—Siempre con bromas —respondió el prestamista, enrollando con profesionalidad la mercancía (que parecía una camisa) y mordisqueando la pluma en el mostrador.

—Nunca obtendré lo que deseo —dijo el señor Tigg— mientras siga viniendo aquí. ¡Ja, ja, ja! ¡No está mal! Que sean dos chelines y seis peniques, mi querido amigo, sólo por esta vez. Media corona es una moneda preciosa. ¡Dos chelines y seis peniques a la una! ¡Dos chelines y seis peniques a las dos! ¡Dos chelines y seis peniques por última vez!

—No habrá última vez hasta que la haya gastado del todo —replicó el prestamista—. Así ya está amarilla.

—Es su dueño quien se ha quedado amarillo, amigo mío —dijo el señor Tigg—, en el servicio patriótico a un país desagradecido. Hemos quedado en dos chelines y seis peniques, ¿no?

—Hemos quedado —replicó el prestamista— en lo mismo que antes: dos chelines. ¿Pongo el mismo nombre de siempre?

—El mismo —dijo el señor Tigg—. Mi reclamación al título todavía no ha sido resuelta por la Cámara de los Lores.

—¿Y la misma dirección?

—No —dijo el señor Tigg—. He cambiado mi alojamiento de la ciudad del treinta y ocho de Mayfair, al número mil quinientos cuarenta y dos de Park Lane.

—Vamos, sabe muy bien que no voy a poner eso —dijo el prestamista con una sonrisa.

—Puede usted poner lo que quiera, amigo mío —respondió el señor Tigg—. El hecho sigue siendo el mismo. En el treinta y ocho de Mayfair las habitaciones del mayordomo y el quinto lacayo son muy sucias y vulgares y no he tenido más remedio, por consideración a los sentimientos que tanto les honran, que alquilar, por siete, catorce, o veintiún años, renovables a voluntad del inquilino, la elegante y cómoda mansión familiar del número mil quinientos cuarenta y dos de Park Lane, ¡venga a visitarme!

El prestamista se divirtió tanto con aquella exhibición humorística que el señor Tigg, por su parte, no pudo reprimir cierta exultación. La desahogó en parte, comprobando cómo se tomaba sus bromas el ocupante del reservado contiguo, y para ello miró al otro lado del mamparo e inmediatamente, a la luz de la lámpara de gas, reconoció a Martin.

—¡Así me muera ahora mismo! —exclamó el señor Tigg estirando tanto el cuerpo que su cabeza llegó a estar tanto en el reservado de Martin como la del propio Martin—. Pero ¡este es uno de los encuentros más extraordinarios de la historia moderna y antigua! ¿Cómo está usted? ¿Qué noticias trae de los distritos agrícolas? ¿Cómo están nuestros amigos los P.? ¡Ja, ja, ja! David, atiende enseguida a este caballero, es amigo mío, se lo ruego.

—¡Tome! Por favor, deme cuanto pueda por esto —dijo Martin, entregándole el reloj al prestamista—, necesito mucho dinero.

—¡Necesita mucho dinero! —exclamó el señor Tigg con una compasión exagerada—. David, tenga la bondad de estirarse por mi amigo, que necesita mucho dinero. Trátelo como si fuese yo mismo. Un reloj de caza de oro, David, mecánico, con tapa y cuatro joyas, con movimiento de

escape, palanca horizontal y funcionamiento garantizado por mi reputación personal, pues lo he observado de cerca muchos años en las circunstancias más extremas... —le guiñó un ojo a Martin para dejarle claro que esa recomendación causaría un enorme efecto en el prestamista—: ¿Qué dice, David, amigo mío? Tenga muy presente mi recomendación, David.

—Si quiere, puedo darle tres libras —le dijo el prestamista a Martin en tono confidencial—. Está muy anticuado. No puedo ofrecerle más.

—Y es muy elegante —exclamó el señor Tigg—. Dos libras, doce chelines y seis peniques por el reloj, y siete chelines y seis peniques por estimación personal. Le estoy agradecido; puede que sea debilidad, pero se lo estoy. Tres libras está bien. Aceptamos. Mi amigo se llama Smivey: Chicken Smivey de Holborn, veinte seis y medio B, inquilino.



Volvió a guiñarle el ojo a Martin, para darle a entender que había cumplido con todas las formalidades y ceremonias prescritas por la ley y no quedaba más que cobrar el dinero. De hecho, así fue, pues Martin, que no tuvo más remedio que aceptar lo que le ofrecían, indicó su aquiescencia con un gesto y salió de allí con el dinero en el bolsillo. En la puerta encontró al señor Tigg, que le felicitó calurosamente por el éxito de la negociación, mientras lo cogía del brazo y lo acompañaba a la calle.

—Y en cuanto a mi intervención —dijo el señor Tigg—, ni lo mencione. No me lo agradezca, porque no puedo permitirlo.

—Le aseguro que no tengo esa intención —replicó Martin, soltándose el brazo y deteniéndose.

—Me halaga usted —dijo el señor Tigg—. Gracias.

—Mire, señor —observó Martin, mordiéndose el labio—, esta es una ciudad muy grande y podemos seguir fácilmente caminos distintos. Si me dice por dónde va a ir, yo iré por otro sitio. —El señor Tigg iba a decir algo, pero Martin le interrumpió—: No hace falta que le diga, después de lo que ha visto, que no tengo nada que darle a su amigo el señor Slyme. Y tampoco es necesario que añada que no deseo disfrutar del honor de su compañía.

—¡Alto! —exclamó el señor Tigg alzando la mano—. ¡Alto! Hay un patriarcal proverbio, de largas barbas y encabezamiento más bien largo, que afirma que el deber de un hombre es ser justo, antes que generoso. Sea justo ahora, y podrá ser generoso después. No me confunda con ese Slyme. No lo distinga con mi amistad, pues no disfruta de ella. Me he visto forzado, señor, a abandonar, la compañía de ese a quien llama Slyme. Soy, señor —dijo, golpeándose en el pecho—, una flor de invernadero, de crecimiento y cultivo muy diferentes a los de esa col de Slyme, señor.

—Me importa muy poco —dijo Martin con frialdad— si ha decidido vagabundear por su cuenta, o si sigue trapicheando para el señor Slyme. No quiero tener ninguna relación con usted. Diablos, hombre —dijo Martin, casi incapaz a pesar de su enfado de contener una sonrisa, al ver al señor Tigg con la espalda apoyada contra la persiana de un escaparate, y colocándose el pelo con mucha compostura— ¿va a ir por un sitio o por el otro?

—¿Me permite recordarle, señor —dijo el señor Tigg con súbita dignidad— que ha sido usted, y no yo, usted, quiero subrayarlo, usted quien ha reducido nuestra relación de esta noche a un frío asunto comercial, cuando mi intención era que transcurriese amistosamente? Y, puesto que se ha convertido en una relación comercial, señor, debo decirle que espero recibir una cantidad mínima (que donaré a la caridad) en concepto de comisión sobre el préstamo pecuniario en el que le he ofrecido mis humildes servicios. Teniendo en cuenta el modo en que se ha dirigido usted a mí, señor —concluyó el señor Tigg—, no me ofenderá si me ofrece más de media corona.

Martin sacó esa moneda del bolsillo y se la lanzó. El señor Tigg la cogió, la miró como para asegurarse de que no era falsa, la lanzó al aire como hacen los pasteleros<sup>[62]</sup>, y se la guardó en el bolsillo. Por fin levantó tres o cuatro centímetros el sombrero, con aire militar, y, después de

detenerse un momento muy serio, como para decidir en qué dirección ir, y a qué conde o marqués entre sus amistades honrar con su siguiente visita, se metió las manos en los bolsillos y desapareció jactancioso a la vuelta de la esquina. Martin siguió el camino contrario; y así, con gran alegría por su parte, se despidieron.

Una y otra vez maldijo con una amarga y humillante sensación la mala suerte de haberse encontrado con aquel hombre en la casa de empeño. El único consuelo que encontró al recordarlo fue que el propio señor Tigg había admitido que se había separado de Slyme, y eso impediría al menos que sus circunstancias (eso se dijo Martin) llegasen a oídos de ningún miembro de la familia, posibilidad que lo llenaba de vergüenza y orgullo herido. En teoría había tal vez más razones para dar por sentado que cualquier afirmación del señor Tigg era falsa que para prestarle la más mínima credibilidad; pero, teniendo en cuenta las condiciones en que se había basado la relación de ese caballero con su amigo del alma, y la clara probabilidad de que el señor Tigg se hubiese establecido por su cuenta, había una probabilidad razonable; en cualquier caso, eso esperaba Martin y ya era mucho.

Lo primero que hizo, ahora que tenía dinero para cubrir sus necesidades, fue reservar su habitación en la taberna hasta próximo aviso, y escribirle a Tom Pinch una nota formal (pues sabía que Pecksniff la leería) pidiéndole que le enviase su ropa a Londres en diligencia, con instrucciones de que la dejaran en la oficina hasta que él pasase a recogerla. Una vez tomadas estas medidas, pasó el tiempo que tardó en llegar el baúl —tres días— haciendo averiguaciones sobre los barcos que viajaban a Estados Unidos, en las oficinas de varios consignatarios y matando el tiempo en los muelles y los embarcaderos, con la vaga esperanza de dar con algún trabajo para el viaje, como empleado, sobrecargo o guardián, o con algo o alguien que le permitiera conseguir un pasaje gratis. Pero pronto descubrió que no era probable que se presentara un empleo así y, temiendo las consecuencias de la tardanza, redactó un breve anuncio detallando lo que quería y lo insertó en los principales periódicos. Mientras esperaba las veinte o treinta respuestas que contaba con recibir, redujo su guardarropa a los más estrechos límites compatibles con el decoro y la responsabilidad y llevó el sobrante en diferentes ocasiones a la casa de empeño para convertirlo en dinero.

Y fue raro, muy raro, incluso para él, cómo en pasos rápidos pero casi imperceptibles perdió la delicadeza y el respeto por sí mismo, y poco a poco llegó a hacer como si nada, y sin el menor remordimiento, lo que unos días antes le había repugnado en lo más vivo. El primer día que fue a la casa de empeño, tuvo la impresión de que toda la gente con la que se cruzaba sospechaba adónde se dirigía; y, a su regreso, se sintió como si aquella marea humana supiese muy bien dónde había estado. ¡Qué poco le importaba ahora que lo supieran! En sus primeros vagabundeos arriba y abajo por las calles fatigosas, imitaba los andares de quien sabe muy bien adónde va, pero muy pronto adquirió el paso lento y descuidado de la apática holgazanería, empezó a demorarse en las

esquinas, a arrancar y mordisquear trocitos de paja, a ir y venir por el mismo sitio y a pararse delante de los mismos escaparates con triste indiferencia cincuenta veces al día. Al principio salía de su alojamiento con la incómoda sensación de ser observado —incluso por los que pasaban por allí por casualidad, a quienes nunca había visto y a los que probablemente no volvería a ver jamás— mientras salía por la mañana de una taberna; pero ahora no le importaba entretenerse en la puerta en sus idas y venidas o quedarse tomando el sol abstraído al lado de la viga de madera, cubierta de clavos de donde colgaban las jarras de cerveza como ramas de un árbol de peltre. ¡Y sólo tardó cinco semanas en llegar al escalón más bajo de esa alta escalera!

¡Oh, moralistas, que habláis de la felicidad y del respeto por uno mismo, innatos en todas las esferas de la vida, e ilumináis todos los granos de polvo de los caminos del Señor, tan lisos para las ruedas de vuestros carruajes y tan ásperos para el pie desnudo, recordad al contemplar el rápido descenso de los hombres que una vez sintieron respeto por sí mismos que hay cientos de miles que jadean cansados por un trabajo fatigoso y que nunca lo han sentido, ni han tenido oportunidad de vivir! ¡Id vosotros, que os apoyáis tan plácidamente sobre el Bardo sagrado<sup>[63]</sup> que fue joven y era viejo cuando tañó su lira, y nunca había visto desamparados a los justos, o a su descendencia mendigando el pan; id, maestros del contentamiento y el orgullo sincero, a la mina, al molino, a la forja, a las míseras profundidades de la ignorancia más profunda y a los abismos más hondos del abandono humano, y decid si alguna planta puede crecer en un aire tan viciado que apaga la brillante llama del alma humana en cuanto se enciende! ¡Y, oh, vosotros, fariseos del año mil novecientos de la era cristiana, que apeláis ruidosamente a la naturaleza humana, aseguraos antes de que sea humana! ¡Aseguraos de que no se haya transformado mientras dormitabais y soñaban las generaciones en la naturaleza de las bestias!

¡Cinco semanas! ¡De las veinte o treinta respuestas, no había llegado ni una sola! Su dinero, incluso el que había conseguido al deshacerse de la ropa sobrante (que no era mucho, pues la ropa, aunque cara al comprarla es barata al empeñarla) estaba disminuyendo a toda prisa. Pero ¿qué podía hacer? A veces lo dominaba una agonía que lo impulsaba a salir a toda prisa, aunque acabase de volver a casa, y a regresar a algún sitio donde había estado veinte veces, para hacer un nuevo intento de conseguir su objetivo, pero siempre sin éxito. Era demasiado viejo para ser grumete y demasiado inexperto para que lo aceptaran como marinero. Además, su ropa y sus modales militaban fatalmente en contra de esa última propuesta; y sin embargo no le quedaba otra opción, pues aunque hubiese considerado la posibilidad de instalarse en Estados Unidos sin un céntimo, ahora no le quedaba suficiente para costearse el pasaje en cubierta y las mínimas provisiones para la travesía. Es ilustrativo de una tendencia muy común del espíritu humano que en todo ese tiempo no dudara ni una sola vez de la certeza de que estaba llamado a hacer grandes cosas en el Nuevo Mundo, si es que conseguía llegar allí. Cuanto más lo desanimaban sus circunstancias y más se alejaban los medios de viajar, más se convencía

de que Estados Unidos era el único lugar donde podía tener esperanzas de conseguir un fin elevado, y se angustiaba pensando que entretanto los que iban allí podían adelantársele en la consecución de esos fines tan apreciados por su corazón. A menudo pensaba en John Westlock y, además de buscarlo en todo momento, estuvo tres días paseando por Londres con el expreso propósito de encontrárselo. Pero, aunque no lo logró, aunque no habría tenido escrúpulos en pedirle dinero y aunque estaba seguro de que John se lo habría prestado, no pudo decidirse a escribir a Pinch y preguntarle dónde podría encontrarlo. Pues aunque, como hemos visto, a su manera le tenía cariño a Tom, no podía soportar la idea (ya que se sentía muy superior a él) de convertirlo en el escalón de su fortuna, de ser otra cosa para él que un mecenas, y su orgullo se revolvía tanto contra eso que se lo impidió incluso entonces.

No obstante, podría haber cedido, y sin duda lo habría hecho de no haber sido por un acontecimiento muy extraño e inesperado.

Las cinco semanas habían concluido y se hallaba en una situación ciertamente desesperada cuando una noche, justo al volver a su alojamiento, y cuando estaba encendiendo la bujía en la lámpara de gas del bar antes de subir malhumorado a su habitación, el tabernero lo llamó por su nombre. En fin, como él nunca se lo había dicho, sino que lo había ocultado escrupulosamente, le sorprendió mucho, y demostró con tanta claridad su agitación que el tabernero, para tranquilizarlo, le dijo que era «sólo una carta».

—¡Una carta! —exclamó Martin.

—Para el señor Martin Chuzzlewit —dijo el tabernero, leyendo las señas del sobre que tenía en la mano—. Mediodía. Oficina Central. Pagado.

Martin la cogió, le dio las gracias y subió al piso de arriba. El sobre no estaba lacrado sino tan sólo pegado; la letra no le sonaba. Lo abrió y dentro encontró, sin nombre, dirección ni ninguna otra nota o explicación, un billete del Banco de Inglaterra por valor de veinte libras.

Decir que se quedó totalmente abrumado por la alegría y la perplejidad, que miró una y otra vez el billete y el sobre, que corrió al piso de abajo para asegurarse de que el billete era bueno; y luego subió corriendo las escaleras por quincuagésima vez para cerciorarse de que no se había olvidado ningún trozo de papel en el sobre; que se agotó haciendo conjeturas y que lo único que pudo concluir fue que el billete estaba ahí y que se había enriquecido de pronto, sería relatar otras tantas cosas evidentes y sin ningún propósito. El resultado final fue que decidió tomar una cena frugal en su habitación, y después de encender el fuego salió a comprarla.

Compró un poco de fiambre de ternera, jamón, pan y mantequilla y volvió con los bolsillos llenos. Le contrarió encontrar su habitación llena de humo debido a dos causas distintas: en primer lugar que el tiro no funcionaba y lo ahumaba todo, y en segundo que al encender el fuego

habían olvidado retirar uno o dos sacos que habían metido en la chimenea para que no se colara por ella el agua de lluvia. No obstante, ya habían remediado aquel descuido y habían sujetado el cristal de la ventana con un trozo de leña para que no se cerrara, de modo que, aunque irritaba los ojos y asfixiaba los pulmones, la habitación estaba bastante cómoda.

Martin no se habría molestado en discutir por eso, aunque la hubiese encontrado en peores condiciones, sobre todo cuando le pusieron en la mesa una reluciente pinta de cerveza negra y la criada se marchó con las instrucciones de llevarle algo caliente cuando tocase la campanilla. El fiambre estaba envuelto en un cartel de teatro, así que Martin extendió el mantel al desplegar dicho documento sobre la mesita redonda con la parte impresa hacia abajo, y puso encima la comida. El pie de la cama, que estaba muy cerca del fuego, le sirvió de mesa auxiliar y, una vez completados estos preparativos, empujó un viejo sillón hasta el rincón más caliente de la habitación y se sentó a disfrutar.

Había empezado a comer con mucho apetito, contemplando al mismo tiempo la habitación y anticipando de manera triunfal el momento de dejarla por la mañana, cuando oyó unos pasos furtivos en la escalera y unos golpes en la puerta que, aunque fueron bastante leves, causaron tal sobresalto al trozo de leña que saltó por la ventana y se precipitó a la calle.

—Supongo que deben de traer más carbón —se dijo Martin—. ¡Adelante!

—No me estoy tomando ninguna libertad, señor, aunque lo parezca —replicó la voz del hombre—. Servidor de usted, señor. Espero que esté usted muy bien, señor. —Martin miró el rostro que hacía reverencias en la puerta, recordando con exactitud su expresión y sus facciones, pero sin recordar a quién pertenecían—. Tapley, señor —dijo su visitante—. El que vivía en el Dragón, señor, y tuvo que dejarlo a raíz de una falta de jovialidad, señor.

—¡Claro! —exclamó Martin—. Pero ¿cómo has llegado aquí?

—Por el pasillo y las escaleras, señor —respondió Mark.

—Digo que cómo me has encontrado —preguntó Martin.

—Pues, señor —dijo Mark—, si no me equivoco, me he cruzado con usted una o dos veces por la calle; y ahora, cuando me he asomado a la charcutería con un hambre que haría alegrarse a cualquiera, señor, le he visto comprando eso...

Martin se ruborizó cuando señaló a la mesa y dijo con cierta precipitación:

—¡Bueno! ¿Y luego?

—Pues luego, señor —dijo Mark—, me atreví a seguirle; y, cuando he dicho abajo que usted me esperaba, me han dejado pasar.

—¿Les has dicho eso porque me traes algún recado? —preguntó Martin.

—No, señor —dijo Mark—. Fue lo que podría llamarse una mentira piadosa, señor.

Martin le echó una mirada enfadada; pero había algo en el rostro alegre de aquel hombre, y en sus modales —que, con toda su jovialidad, distaban mucho de ser entrometidos o demasiado familiares—, que lo desarmó. Él también había llevado una vida solitaria muchas semanas, y le resultó agradable oír su voz.

—Tapley —dijo—, seré franco. Por lo que puedo juzgar, y por lo que me ha contado Pinch, no creo que seas de los que vendrían a verme movidos por una curiosidad impertinente o cualquier otro motivo desagradable. Siéntate. Me alegro de verte.

—Gracias, señor —dijo Mark—. Prefiero quedarme de pie.

—Si no te sientas —replicó Martin—, no hablaré contigo.

—Muy bien, señor —observó Mark—. Sus deseos son órdenes, señor. Me sentaré. —Y tomó asiento en la cama.

—Sírvelte —dijo Martin, dándole su único cuchillo.

—Gracias, señor —respondió Mark—. Después de usted.

—O comes ahora, o no tendrás nada —insistió Martin.

—Muy bien, señor —replicó Mark—. Si eso es lo que quiere... comeré ahora. —Y, diciendo estas palabras, se sirvió muy serio y empezó a comer.

Martin hizo lo mismo, guardó silencio un rato y luego preguntó de repente:

—¿Qué estás haciendo en Londres?

—Nada, señor —respondió Mark.

—¿Y eso? —preguntó Martin.

—Busco empleo —dijo Mark.

—Lo siento por ti —replicó Martin.

—... Para servir a un caballero soltero —prosiguió Mark—. De ser posible en el campo. Preferiría un puesto provisional. El sueldo no me preocupa.

Lo dijo con tanta insistencia que Martin dejó de comer y dijo:

—Si lo dices por mí...

—Sí, señor —le interrumpió Mark.

—Entonces puedes juzgar por mi forma de vida los medios de que dispongo para tener un sirviente. Además, voy a partir enseguida a Estados Unidos.

—¡Bueno, señor —replicó Mark, sin inmutarse por la noticia—, por lo que he oído decir, yo diría que Estados Unidos es un sitio donde es más que probable que pudiese sentirme alegre! —Una vez más, Martin lo miró enfadado; y una vez más su enfado se disipó a pesar de sí mismo—. ¡Dios lo bendiga, señor! —dijo Mark—, ¿de qué sirve andarse con rodeos y evasivas si podemos ir al grano con seis palabras? Estos últimos quince días no le he quitado ojo. Está claro que sus negocios no van como deben. La primera vez que lo vi en el Dragón, supe que antes o después ocurriría esto. En fin, señor, aquí estoy, sin trabajo, sin necesidad de cobrar un salario en un año, porque en el Dragón he ahorrado (no quería, pero no pude evitarlo), y heme aquí con cierta inclinación por lo invernal y por usted, y con el deseo de fortalecerme en circunstancias que acobardarían a otros: ¿me acepta usted o no?

—Y ¿cómo quieres que te acepte? —exclamó Martin.

—Cuando pregunto que si me acepta —replicó Mark— me refiero a si va a dejarme ir, y, cuando digo que si va a dejarme ir, me refiero a si va a dejarme ir con usted, pues de un modo u otro estoy decidido a ir. Ahora que ha hablado usted de Estados Unidos, he comprendido con claridad que es el lugar donde podré alegrarme. Si no pago mi pasaje en el barco en el que vaya usted, lo pagaré en otro. Y, fíjese en lo que le digo, si me voy solo, me embarcaré, para ser fiel a mis principios, en la bañera más podrida, absurda y agujereada que pueda encontrar. Así que, si muero por el camino, señor, tendrá un ahogado sobre su conciencia, que no dejará de remorderle, ¡de eso puede estar seguro!

—Esto es absurdo —dijo Martin.

—Muy bien, señor —replicó Mark—. Me alegro de oírlo, porque, si no quiere usted dejarme ir, tal vez se sienta mejor al pensarlo. Por tanto no contradigo a ningún caballero. Lo único que digo es que si, en ese caso, no emigro a Estados Unidos en la cáscara de nuez más vieja que encuentre en el puerto que me...

—Estoy seguro de que no hablas en serio —dijo Martin.



—Desde luego que sí —exclamó Mark.

—No me lo creo —replicó Martin.

—Muy bien, señor —respondió Mark con el mismo aire de total tranquilidad—. Dejémoslo estar de momento, señor, y ya veremos lo que pasa. Por mi alma que la única duda que albergo es si tiene algún mérito viajar con un caballero como usted, que seguro que se abrirá camino allí como una barrena de mano en la madera blanda.

De este modo tocó el punto débil de Martin y lo dejó en franca desventaja. El joven no pudo sino reparar en lo decidido que era aquel Mark y en el cambio que había introducido ya en el ambiente de aquel triste cuartito.

—Bueno, desde luego, Mark —dijo—, tengo la esperanza de que las cosas me vayan bien; de lo contrario no iría. Y hasta es posible que tenga las cualidades necesarias.

—Desde luego que sí, señor —replicó Mark Tapley—. Todo el mundo lo sabe.

—Verás —dijo Martin, apoyándose la barbilla en la mano y contemplando el fuego—, seguro que en ese país hay una gran demanda de arquitectura ornamental aplicada a los fines domésticos, pues la gente cambia constantemente de residencia y cada vez va más lejos, y está claro que necesitarán casas donde vivir.

—Yo diría, señor —observó Mark—, que es una situación que abre las mejores perspectivas para la arquitectura doméstica de la que nunca he oído hablar.

Martin le echó una mirada rápida, pensando que esta observación tal vez encerraba una duda sobre el éxito de sus planes. Pero el señor Tapley se estaba comiendo el fiambre de ternera y el pan con tal sencillez y buena fe reflejados en el semblante que no pudo sino descartar sus sospechas. Sacó el sobre donde había estado el billete y, clavando la mirada en Mark mientras la ponía en sus manos, dijo:

—Bueno, dime la verdad. ¿Sabes algo de esto? —Mark le dio vueltas y vueltas, se lo acercó a los ojos, lo alejó con las señas hacia arriba y con las señas hacia abajo, y movió la cabeza con una expresión de perplejidad tan sincera ante aquella pregunta que Martin dijo mientras volvía a cogerla—: No, ya veo que no. ¡Cómo ibas a saberlo! Aunque, desde luego, que lo supieras no sería mucho más extraordinario que el hecho de haberlo recibido. Vamos, Tapley —añadió, después de pensarlo un momento—, te contaré mi historia tal como es, y así verás, con mayor claridad, a qué suerte estarías vinculándote si vinieses conmigo.

—Le pido perdón, señor —dijo Mark—, pero, antes de entrar en la cuestión, ¿me aceptará si escojo ir con usted? ¿Rechazará a Mark Tapley, antiguo empleado del Dragón Azul, recomendado por el señor Pinch, y que necesita un caballero de su presencia de ánimo? ¿O permitirá que le siga a una respetuosa distancia cuando suba la escalera que sin duda ha de llevarle a lo más alto? Ya sé, señor —dijo Mark—, que para usted no tiene apenas importancia, ahí radica la dificultad, pero para mí es muy importante, ¿tendrá usted la bondad de considerarlo?

Si lo dijo para apelar por segunda vez al punto flaco de Martin, basándose en su observación del efecto conseguido la primera, es que el señor Tapley era un observador hábil y perspicaz. Pero tanto si fue un disparo intencionado como accidental acertó de lleno en el blanco, pues el joven, ablandándose cada vez más, dijo con una condescendencia que le resultó inefablemente agradable, después de sus últimas humillaciones:

—Ya veremos, Tapley. Ya me dirás mañana cómo estás de ánimo.

—Entonces, señor —dijo Mark frotándose las manos—, esto está hecho. Prosiga, señor, se lo ruego. Soy todo oídos.

Repantigándose en el sillón y mirando de vez en cuando el fuego, mientras echaba alguna que otra mirada a Mark, que de vez en cuando movía la cabeza para expresar sus profundos interés y atención, Martin repasó los puntos principales de su historia, tal como se los había contado, semanas antes, al señor Pinch. Pero los adaptó, como juzgó más conveniente, para que los entendiera el señor Tapley; y con este propósito restó toda la importancia que pudo a su amorío, y lo despachó en muy pocas palabras. Pero no contaba con su invitado, pues esa parte de su relato fue la que más interesó a Mark y lo impulsó a plantearle varias preguntas, por las que se disculpó como si en cierto modo tuviese derecho a hacerlas por haber visto (tal como le explicó Martin) a la señorita en El Dragón Azul.

—Y era una joven de la que cualquier caballero se enorgullecería de estar enamorado —dijo enérgico Mark—: no se la oyó ni respirar.

—¡Sí! Y tú la viste cuando era infeliz —dijo Martin, volviendo a contemplar el fuego—. Si la hubieses visto antes, desde luego...

—Bueno, sin duda parecía un poco desanimada, señor, y más pálida de lo que habría sido de desear —dijo Mark—, pero no por eso estaba menos guapa. Creo que estaba mejor, señor, después de venir a Londres. —Martin apartó los ojos del fuego; miró con intensidad a Mark como si se hubiera vuelto loco de repente; y le preguntó qué quería decir—. Sin ánimo de ofender, señor —respondió Mark—. No pretendía insinuar que pareciese más feliz sin usted, señor; sólo que me dio la impresión de que tenía mejor aspecto, señor.

—¿Quieres decir que ha estado en Londres? —preguntó Martin poniéndose en pie y apartando la silla.

—Pues claro —dijo Mark, levantándose también muy sorprendido de la cama.

—¿Quieres decir que está en Londres ahora?

—Es muy probable, señor. Al menos hace una semana lo estaba.

—Y ¿sabes dónde?

—¡Sí! —exclamó Mark—. ¡Cómo! ¿Usted no?

—¡Mi buen amigo! —exclamó Martin, cogiéndolo por los brazos—. No he vuelto a verla desde que me fui de casa de mi abuelo.

—¡Caramba! —gritó Mark, asestándole tal golpe a la mesita con el puño cerrado que las lonchas de ternera y jamón bailaron encima, al tiempo que sus facciones parecían animarse para ya nunca volver a entristecerse—, si no he nacido para ser su sirviente, contratado por el destino, es que no existe en la naturaleza un Dragón Azul. ¿O acaso no vi a su abuelo, cuando fui a pasear por un viejo cementerio de la ciudad para alegrarme un poco, a su abuelo yendo vacilante de aquí para allá casi una hora? ¿O no lo vi entrar en la pensión comercial Todgers y lo vi salir y lo seguí a su hotel, y entré y le ofrecí entrar a trabajar a su servicio, como había hecho ya antes de irme del Dragón? Y ¿no estaba la joven sentada con él y no se echó a reír de un modo encantador? Y ¿no me dijo su abuelo: «Vuelva la semana que viene», y no volví y me dijo que no podía decidirse a confiar en nadie más y que por tanto no contrataría mis servicios, pero al mismo tiempo me ofreció algo de beber? ¡Caramba! —exclamó el señor Tapley, con una cómica mezcla de alegría y tristeza—, ¿qué mérito tiene alegrarse en estas circunstancias? ¡Quién podría evitarlo cuando salen así las cosas!

Por un instante, Martin se quedó mirándolo, como si de verdad dudara de sus sentidos, y no pudiera creer que tenía ahí a Mark delante de él. Por fin le preguntó si, en el caso de que la señorita aún estuviera en Londres, creía que podría hacerle llegar una carta en secreto.

—¿Que si creo que puedo? —gritó Mark—. ¡Que si creo que puedo! Vamos, siéntese, señor. ¡Escríbala, señor!

Con estas palabras, despejó la mesa por el procedimiento sumario de inclinarla para que todo cayera en la chimenea, cogió material de escritura de la repisa, le acercó una silla a Martin, lo obligó a sentarse, mojó una pluma en el tintero y se la puso en la mano.

—¡Vamos, señor! —exclamó—. No tenga remilgos. No se pare en barras, señor. ¿Que si lo creo? Yo diría que sí lo creo. ¡Manos a la obra, señor!

Martin no necesitó más ánimos y se puso a trabajar a toda prisa; mientras el señor Tapley, ejerciendo sin más formalidades las funciones de sirviente y ayuda de cámara, se quitaba el abrigo y se disponía a limpiar la chimenea y ordenar el cuarto, sin dejar de hablar para sus adentros:

—¡Qué quartito tan alegre —dijo, frotándose la nariz con el mango del atizador y contemplando la mísera habitación—, qué comodidad! Y además la lluvia se ha colado por el tejado. No está mal. Una cama muy bonita, seguro que la pueblan infinidad de vampiros. ¡Vamos, ya voy recobrando el ánimo! Este gorro de dormir está hecho jirones. Muy buen indicio. ¡Aún saldremos de esta! ¡Jane, querida —dijo gritando a los del piso de abajo—, haz el favor de subir esa bebida caliente que estabas preparando cuando llegué! Eso es, señor —añadió dirigiéndose a Martin—. Escriba lo que tenía pensado. Sea muy delicado, señor, se lo ruego. ¡No se pare en barras!

#### **Capítulo XIV. En el que Martin se despide de su enamorada; y honra a un oscuro individuo cuya fortuna pretende hacer encomendándola a su protección**

Una vez debidamente firmada y sellada la carta, escribió las señas y se la dio a Mark Tapley para su entrega inmediata, de ser posible. Y tanto tuvo éxito en su embajada que pudo volver esa misma noche, justo cuando estaban cerrando la taberna, con la feliz noticia de que se la había hecho llegar a la joven al piso de arriba, envuelta en un breve manuscrito de su puño y letra, que supuestamente incluía una nueva petición para ser admitido al servicio del señor Chuzzlewit; y que ella misma había bajado y le había dicho con mucha agitación y nerviosismo que vería al caballero al día siguiente a las ocho de la mañana en el parque de Saint James. El nuevo amo y el nuevo criado acordaron entonces que Mark esperaría a esa hora en las cercanías del hotel para acompañar a la joven hasta el lugar de la cita; y, cuando se despidieron para ir a dormir, Martin volvió a coger la pluma y antes de acostarse escribió otra carta de la que pronto diremos más.

Se levantó antes del alba, y llegó al parque al despuntar la mañana, que llegó con el menos favorecedor de los trescientos sesenta y cinco días de su ropero. Una mañana cruda, húmeda, oscura y triste; las nubes parecían tan embarradas como el suelo; y la breve perspectiva de cada calle y avenida estaba envuelta en niebla como por una cortina sucia.

«¡Un tiempo excelente —soliloquió amargamente Martin— para ir de aquí para allá como un ladrón! ¡Un tiempo excelente para una cita de enamorados al aire libre y en un paseo público! ¡Tengo que partir cuanto antes, ya no soporto esto más!»

Tal vez podría haber pensado también que, de todas las mañanas del año, tampoco era la mejor para que una joven saliese a semejante recado. Pero se detuvo en el camino a esa reflexión, si es que sus pensamientos lo dirigían hacia allí, por la aparición de la joven, que hizo que él corriera a su encuentro. Su escudero, el señor Tapley, se quedó en todo momento discretamente apartado, contemplando la niebla con atento interés.

—¡Mi querido Martin! —dijo Mary.

—Mi querida Mary —respondió Martin; y los enamorados son gente tan rara que no dijeron más, aunque Martin la cogió del brazo y de la mano y estuvieron paseando arriba y abajo media docena de veces por uno de los senderos menos expuestos a las miradas ajenas—. ¡Si en algo has cambiado, amor mío, desde el día en que nos despedimos —dijo por fin

Martin, mientras la contemplaba orgulloso y complacido— ha sido para estar más guapa que nunca!

Si la hubiesen forjado con el mismo metal que las jóvenes acostumbradas a los devaneos, ella lo habría negado haciéndose la interesante, y le habría dicho que sabía que estaba hecha un adefesio, o que se había consumido con los llantos y las preocupaciones, o que iba de camino a la tumba antes de tiempo, o que sus sufrimientos eran inexpresables, o le habría proporcionado, con lágrimas o palabras, o con una mezcla de ambas, alguna otra información parecida y lo habría hecho lo más desdichado posible. Pero se había formado en una escuela más severa que la mayoría de las jóvenes; las manos de la resistencia y la necesidad habían fortalecido su naturaleza, y había salido de tan prematuras pruebas constante, abnegada, seria y devota; había adquirido en su doncellez —preguntar si felizmente en último extremo para él o para ella escapa a nuestro propósito actual— algo de esa cualidad más noble de los corazones amables que a menudo se desarrolla gracias a las penas y las luchas de la edad madura, pero sólo mediante esas lecciones. Sin resabiar, nada consentida en sus alegrías o sus tristezas, sentía un pleno, franco y profundo afecto por el objeto de su primer amor, veía en él a alguien a quien habían privado de su casa y su fortuna por su culpa, y no pensaba más que en ofrecerle ese amor con palabras alegres y alentadoras, impregnadas de agradecimiento y de elevadas esperanzas antes que ser indigna de él, con algún pensamiento o acto, por muchas tentaciones rastreras que pudiera brindarle el mundo.

—¿En qué has cambiado tú, Martin? —replicó—. Esto me interesa mucho más. Pareces más pensativo y preocupado que antes.

—Amor mío —dijo Martin, pasándole el brazo por la cintura, después de asegurarse de que no había nadie cerca y de que el señor Tapley estaba más interesado que nunca por la niebla—, lo raro sería lo contrario, pues, sobre todo en los últimos tiempos, he llevado una vida muy dura.

—Lo sé —respondió ella—. ¿Crees que no lo he tenido siempre presente o que en algún momento he dejado de pensar en ti?

—Espero que no muy a menudo —dijo Martin—. Me consta que así es. Tengo cierto derecho a esperarlo, Mary; he sufrido muchas privaciones y vejaciones y, como es natural, aspiro a esa recompensa.

—Una muy magra recompensa —respondió ella con una sonrisa más débil—. Pero la tienes, y siempre la tendrás. Has pagado un precio muy alto por un pobre corazón, Martin; pero al menos es tuyo, y es sincero.

—Por supuesto, estoy seguro —dijo Martin— o no me habría puesto en esta situación. Y no digas que el tuyo es un corazón pobre, Mary, porque para mí es muy rico. Ahora voy a hacerte partícipe de unos planes que al principio te sorprenderán, pero que sólo pongo en práctica por ti. Me

voy —añadió despacio mientras contemplaba las atónitas profundidades de sus ojos brillantes negros— al extranjero.

—¡Al extranjero, Martin!

—Sólo a Estados Unidos. Mira, ¡ya ves cómo te desanimas de repente!

—Si lo hago o, espero poder decir, si lo he hecho —respondió, alzando la cabeza después de un breve silencio y volviendo a mirarlo a la cara— ha sido de lástima al pensar en lo que estás dispuesto a hacer por mí. No me atreveré a disuadirte, Martin; pero es un lugar muy, muy lejano y hay que cruzar un gran océano; la enfermedad y las calamidades campan en todas partes, pero en el extranjero son mucho más difíciles de soportar. ¿Lo has pensado?

—¡Que si lo he pensado! —exclamó Martin sin disminuir un ápice su impetuosidad a pesar del gran cariño que sentía por ella—. ¿Qué voy a hacer? Está muy bien preguntar si lo he pensado, amor mío; pero tendrías que preguntarme también si he pensado en morirme de hambre en casa, si he pensado en trabajar como mozo de carga para ganarme la vida o si he pensado en sujetar las riendas de los caballos en las calles para ganarme el pan. Vamos, vamos —añadió en tono más amable—, no te desanimes, cariño, necesito los ánimos que sólo tu dulce rostro puede darme. ¡Eso está bien! ¡Ahora vuelves a ser valiente!

—Lo intento —respondió ella, sonriendo a través de las lágrimas.

—En tu caso, intentar algo bueno y serlo es la misma cosa. ¿Crees que no lo sé desde hace tiempo? —exclamó alegremente Martin—. ¡Vaya! ¡Esta sí que es buena! Ahora puedo contarte mis planes tan alegremente como si fueses ya mi mujercita, Mary. —Ella se aferró con más fuerza a su brazo, lo miró a la cara y le pidió que siguiera hablando—. Ya ves que mis intentos por prosperar en mi país se han frustrado. No diré por culpa de quién, Mary, pues sería doloroso para ambos. Pero así es. ¿Has oído hablar en los últimos tiempos de un pariente mío o suyo llamado Pecksniff? Dime sólo eso.

—He oído, para mi sorpresa, que es mejor persona de lo que parecía.

—Ya me lo imaginaba —la interrumpió Martin.

—Y que es probable que lleguemos a conocerlo, a visitarlo o incluso a vivir con él y creo que con sus hijas. Tiene hijas, ¿no, amor mío?

—Un par —respondió Martin—. ¡Y vaya par! ¡Dos joyas de primera!

—¡Ah, bromeas!

—Hay bromas muy serias y que encierran cosas muy desagradables —dijo Martin—. Hablo así del señor Pecksniff, en cuya casa he estado viviendo como su ayudante y de cuyas manos he recibido insultos e



injurias. Pase lo que pase, o por muy íntimamente que llegues a relacionarte con esa familia, nunca lo olvides, Mary. Y nunca, ni por un instante, por mucho que las circunstancias parezcan contradecirme, pierdas de vista esto: Pecksniff es un canalla.

—¡De verdad!

—De pensamiento, de palabra y de todo lo demás. Un canalla desde el último pelo de su cabeza hasta el más ínfimo átomo de sus talones. De sus hijas sólo diré que, por lo que sé y creo, son dos jóvenes obedientes, y se parecen mucho a su padre. Esta es una digresión de mi propósito principal, y, sin embargo, me lleva adonde quería llegar. —Se detuvo para mirarla otra vez a los ojos y, al ver con una mirada precipitada por encima del hombro que no había nadie cerca y que Mark seguía contemplando absorto la niebla, no sólo le miró los labios sino que, ya puestos, se los besó—. Verás, me voy a Estados Unidos con grandes perspectivas de que me vayan bien las cosas, y de volver a casa muy pronto; tal vez sea para llevarte allí unos años, pero, en cualquier caso, para tomarte como esposa; y, después de tales pruebas, lo haré sin miedo de que sigas pensando que tu deber es aferrarte a quien no soporta que yo viva (es la verdad), si puede evitarlo, en mi propio país. Por supuesto, no sé con seguridad cuánto tiempo pasaré fuera; pero no será mucho. Puedes confiar en mí.

—Entretanto, mi querido Martin...

—A eso quería llegar. Entretanto, tendrás constantemente noticias de mis andanzas. Así. —Hizo una pausa para sacar del bolsillo la carta que le había escrito la noche anterior, y luego prosiguió—: Al servicio de ese individuo, y viviendo en su casa (y con lo de «ese individuo» me refiero, claro, al señor Pecksniff), hay cierta persona llamada Pinch, no lo olvides, Mary: es un pobre tipo, raro y sencillo, pero honrado y sincero a carta cabal, es muy solícito y siente una cordial consideración por mí, que pienso devolverle algún día estableciéndolo de un modo u otro para que pueda ganarse la vida.

—¡Tú siempre tan compasivo, Martin!

—¡Oh! —respondió Martin—, no vale la pena hablar de eso, cariño. Es muy agradecido y tiene muchas ganas de ayudarme; y con eso me basta y me sobra. El caso es que una noche le conté mi historia al tal Pinch, y le hablé de ti y de mí; y te aseguro que le interesó mucho, porque te conoce. Sí, puedes sorprenderte, y cuanto más mejor, porque te favorece mucho, pero lo has oído tocar el órgano en la iglesia de aquel pueblo; ¡y él te ha visto escuchando su música, y se ha inspirado en ti!

—¿Era el organista? —exclamó Mary—. Se lo agradezco de corazón.

—Sí —dijo Martin—, y lo sigue siendo, aunque no le pagan ni un penique. ¡Nunca he conocido a nadie tan simple! ¡Es como un niño! Pero muy buena persona. Te lo aseguro.

—Estoy convencida —dijo muy seria—. ¡Tiene que serlo!

—¡Oh, sí, de eso no hay duda! —replicó Martin con su habitual despreocupación—. Lo es. ¡Bueno! Se me ha ocurrido... pero espera, si te leo lo que le he escrito y tengo intención de enviarle por correo esta noche, se explicará por sí mismo: «Mi querido Tom Pinch...», tal vez sea demasiado familiar —dijo Martin, recordando de pronto que la última vez que se habían visto se había mostrado orgulloso—, pero le llamo así porque le gusta y le alegra.

—Muy justo y muy amable —dijo Mary.

—¡Exacto! —exclamó Martin—. Está bien ser amable, si es posible; y, como te he dicho, es una persona excelente. «Mi querido Tom Pinch: Envío esto a la señora Lupin, de El Dragón Azul, con una breve nota donde le ruego que te lo entregue sin decírselo a nadie; y que haga lo mismo con todas las cartas mías que pueda recibir en el futuro. El motivo te parecerá sin duda evidente...», lo cierto es que no sé si se lo parecerá —dijo Martin interrumpiéndose— porque el pobre es un poco corto de entendederas, pero acabará entendiéndolo. La razón es sencillamente que no quiero que nadie más lea mis cartas, sobre todo ese canalla a quien él tiene por un ángel.

—¿El señor Pecksniff? —preguntó Mary.

—El mismo —dijo Martin—: «... te parecerá sin duda evidente. He completado los preparativos para viajar a Estados Unidos, y sin duda te sorprenderá saber que va a acompañarme Mark Tapley, con quien me he encontrado de manera muy extraña en Londres, y que insiste en ponerse bajo mi protección... Estoy hablando, amor mío —dijo Martin volviendo a interrumpirse—, de nuestro amigo de ahí detrás.

Ella se alegró al oírle, y echó una amable mirada a Mark, que apartó los ojos de la niebla para recibirla con inmenso placer. La joven también dijo, de manera que él pudiera oírlo, que era una buena persona y una persona muy alegre, y que estaba segura de que le sería fiel; elogios de los que el señor Tapley resolvió ser merecedor, viniendo de tales labios, aunque le fuese la vida en ello.

—«El caso, mi querido Pinch... —prosiguió Martin, disponiéndose a seguir con la carta— es que voy a depositar una gran confianza en ti, sabedor de que puedo hacerlo por tu honor y tu discreción, y también de que no puedo fiarme de nadie más...»

—Creo que yo no diría eso, Martin.

—¿No? ¡Bueno! Lo quitaré. No obstante, no puede ser más cierto.

—Pero podría parecer descortés.

—¡Oh!, Pinch no me preocupa —dijo Martin—. Con él no hay que andarse con ceremonias. De todos modos, si quieres lo quitaré y dejaré el punto y aparte en «discreción». ¡Muy bien! «No sólo...», sigo con la carta.

—Entiendo.

—«No sólo te encomiendo mis cartas a la joven de quien te he hablado, para que se las haga llegar cuando ella te las pida; sino que encomiendo también a la propia joven a tu cuidado y protección, en caso de que la veas en mi ausencia. Tengo motivos para pensar que la probabilidad de que os veáis, tal vez con frecuencia, no es ni escasa ni remota; y, aunque en tu situación no puedes hacer gran cosa por aliviar sus preocupaciones, sé implícitamente que lo harás, y que serás así merecedor de la confianza que deposito en ti». Ya ves, mi querida Mary —dijo Martin— que para ti será un gran consuelo poder contar con alguien, por muy simple que sea, con quien poder hablar de MÍ; y, en cuanto hables con Pinch, notarás que no tienes más motivos para sentirte cohibida o dubitativa que si fuese una señora anciana.

—Sea como sea —respondió ella sonriendo—, es tu amigo, y con eso me basta.

—¡Oh, sí!, es mi amigo —dijo Martin—, desde luego. De hecho, le he dicho en otras palabras que siempre cuidaremos de él y lo protegeremos; y uno de los mejores rasgos de su carácter es que es muy agradecido. Te gustará, amor mío, lo sé. Verás que tiene muchas cosas cómicas y anticuadas, pero no tengas reparo en reírte, porque a él no le importa. ¡De hecho, le gusta!

—Creo que no lo pondré a prueba, Martin.

—No si puedes evitarlo, claro —dijo—, aunque me temo que no podrás. De todos modos, eso ahora da igual, y desde luego no tiene que ver con la carta, que termina así: «Sé que no necesito insistir más en la naturaleza y el alcance de la confianza que he depositado en ti, pues me consta que lo sabes, así que sólo añadiré, al despedirme y expresar mis deseos de que volvamos a vernos pronto, que desde este momento me encargaré, gracias a los cambios para bien que puedan producirse, de tu progreso y felicidad. Y siempre puedes contar, mi querido Tom Pinch, con la lealtad de tu amigo, Martin Chuzzlewit. P.D. Te adjunto la cantidad que tuviste la amabilidad de...». ¡Oh! —dijo Martin, conteniéndose, y doblando la carta—, ¡da igual!

En ese momento, Mark Tapley intervino con una disculpa para observar que el reloj de los Horse Guards<sup>[64]</sup> estaba dando las nueve.

—No se lo habría hecho notar, señor —añadió Mark—, si la señorita no me hubiese rogado que la avisara.

—Cierto —dijo Mary—. Gracias. Tiene razón. Tengo que volver dentro de un minuto. Tenemos tiempo para muy pocas palabras más, querido Martin, y aunque tenía mucho que decirte tendré que esperar hasta la feliz hora de nuestro próximo encuentro. ¡Quiera el cielo que sea pronto y para bien! Aunque eso no me asusta.

—¡Asustarte! —exclamó Martin—. Y ¿por qué iba a asustarte? ¿Qué son unos pocos meses? ¿Qué es un año? Cuando vuelva después de haberme labrado felizmente camino en la vida, entonces sí que mirando atrás esta despedida podría parecerme triste. Pero ¡ahora! Juro que no querría que se diera bajo auspicios más favorables, si pudiese; pues, en ese caso, me sentiría menos inclinado a partir y sería menos consciente de la necesidad de hacerlo.

—Sí, sí. Yo opino lo mismo. ¿Cuándo te irás?

—Esta noche. Salimos hacia Liverpool esta misma noche. Tengo entendido que hay un barco que zarpa de ese puerto dentro de tres días. En un mes, o menos, estaremos allí. ¡Y qué es un mes! ¡Cuántos meses han pasado desde la última vez que nos vimos!

—¡Fueron largos si los recordamos —dijo Mary, haciéndose eco de su tono alegre—, pero nada mientras pasaban!

—¡Nada! —exclamó Martin—. ¡Un cambio de aires y de lugar, un cambio de personas, un cambio de costumbres, un cambio de cuidados y esperanzas! ¡El tiempo tendrá alas! Puedo soportar cualquier cosa, con tal de pasar a la acción cuanto antes, Mary.

¿Estaba pensando sólo en el cariño que le profesaba la joven cuando prestó tan poca atención a la parte que le tocaba a ella de la separación, a su resistencia callada y monótona y a su constante preocupación día tras día? ¿No hubo nada discordante o disonante en el tono valeroso, en el que constantemente se hizo audible la nota «yo» por muy altos que sonaran los acordes? No a oídos de ella. Tal vez habría sido mejor, pero no fue así. Oyó el mismo espíritu osado que había despreciado toda ganancia y beneficio por ella, y que había despreciado el peligro y las privaciones para que pudiera estar tranquila y feliz, y nada más. El corazón donde el yo no ha encontrado sitio ni ha erigido un trono tarda en reconocer su fea presencia cuando lo ve. Igual que antes se creía que sólo los poseídos por un espíritu maligno eran conscientes de los demonios que acechaban en el pecho de otros hombres, los vicios afines se reconocen unos a otros en sus escondrijos a diario, cuando la virtud es incrédula y ciega.

—¡Ya ha pasado un cuarto de hora! —exclamó el señor Tapley en tono admonitorio.

—Estaré lista enseguida —dijo ella—. Tengo que decirte una cosa, mi querido Martin. Hace unos minutos me suplicaste que te respondiera a una pregunta, pero deberías y debes saber, de lo contrario no me

quedaré tranquila, que desde que se produjo la separación de la que tuve la desdicha de ser responsable, él no ha pronunciado tu nombre ni una sola vez, no ha hecho ni la menor alusión a un reproche, y no ha disminuido un ápice su amabilidad conmigo.

—Le agradezco lo último —dijo Martin— y nada más. Aunque, pensándolo bien, también puedo agradecerle lo otro, pues no espero ni deseo que vuelva a pronunciar mi nombre. Tal vez pueda hacerme un último reproche... en su testamento. ¡Que lo haga, si quiere! Cuando llegue a mis oídos, él estará en su tumba: una sátira de su propia cólera, ¡que Dios lo ayude!

—¡Martin! Si alguna vez, en un momento de paz; al lado del fuego en invierno; en verano, cuando oigas una música agradable, o pienses en la muerte, o en tu hogar o en tu infancia; si en un momento así decides pensar, aunque sea una vez al mes, o siquiera al año, en él, o en cualquiera de los que te han ofendido, le perdonarías de todo corazón. ¡Lo sé!

—Si creyera que eso es cierto, Mary —replicó él—, procuraría no pensar en él para ahorrarme la vergüenza de semejante debilidad. No nací para ser el juguete ni la marioneta de nadie, y mucho menos de él, a cuyo placer y capricho he sacrificado toda mi juventud a cambio de cualquier bien que haya podido hacerme. Entre los dos se estableció un intercambio justo, un trueque, y nada más; y no hay un debe tan grande a su favor para que yo tenga que añadir un perdón sensiblero para equilibrar la balanza. Te ha prohibido pronunciar mi nombre, lo sé —añadió a toda prisa—. ¡Vamos! ¿Es cierto o no?

—Fue hace mucho —replicó ella—, justo después de la ruptura, antes de que te fueras de la casa. No lo ha vuelto a hacer.

—No lo ha vuelto a hacer porque no ha encontrado ocasión —dijo Martin—, pero eso tiene poca importancia, en uno u otro sentido. Renunciemos a pronunciar el suyo de ahora en adelante. Y por tanto, amor mío —la acercó a su lado, pues había llegado el momento de despedirse—, en la primera carta que me envíes, a través de la Oficina de Correos, dirigida a Nueva York, y en todas las demás que me envíes por mediación de Pinch, recuerda que no existe, y que para nosotros es como si hubiese muerto. ¡Vamos, que Dios te bendiga! Este es un sitio muy extraño para vernos y para despedirnos; pero nuestro próximo encuentro será en un sitio mejor, y nuestra próxima y última despedida en uno peor.

—Una pregunta más, Martin, tengo que preguntártelo. ¿Tienes dinero para el viaje?

—¿Que si lo tengo? —exclamó Martin, tal vez por orgullo, tal vez por tranquilizarla—. ¡Bonita pregunta para la mujer de un emigrante! ¿Cómo podría viajar por tierra o por mar sin él, mi vida?

—Quiero decir suficiente.

—¡Suficiente! Más que suficiente. Veinte veces más que suficiente. Los bolsillos llenos. Mark y yo somos tan ricos, en lo que a necesidades básicas se refiere, como si llevásemos una bolsa de Fortunato en el equipaje.

—¡Ha pasado ya media hora! —exclamó el señor Tapley.

—¡Cien veces adiós! —exclamó Mary con la voz temblorosa.

Pero ¡qué frío es el consuelo del adiós! Mark Tapley lo sabía muy bien. Puede que lo supiera por experiencia o por intuición. Es imposible decirlo; pero fuese como fuese lo sabía y eso le sugirió el modo de proceder más sensato que alguien habría podido adoptar dadas las circunstancias. Le acometió un violento ataque de estornudos y tuvo que apartar la cabeza. Y así tapó a los enamorados en un rincón para que estuviesen a solas.

Se produjo una breve pausa, pero Mark tuvo la inefable sensación de que era buena a su manera. Luego Mary, con el velo bajado, pasó por delante de él a toda prisa, y le indicó con un gesto que la siguiera. La joven se detuvo una vez más antes de apartarse de aquel rincón y saludó con la mano a Martin. Él se adelantó como si tuviese más palabras de despedida que decirle; pero ella anduvo aún más deprisa y el señor Tapley la siguió como si no tuviese otro remedio.

Cuando volvió con Martin en su propia habitación, encontró a ese caballero sentado pensativo delante de la polvorienta rejilla de la chimenea, con los dos pies apoyados en ella, los codos en las rodillas y la barbilla hincada, de un modo no muy estético en las palmas de las manos.

—¿Y bien, Mark?

—Bueno, señor —dijo Mark, tomando aliento profundamente—. He acompañado a la señorita a casa, y después me he sentido muy bien. Le envía muchas palabras amables, señor, y esto —añadió— como regalo de despedida.

—¡Un anillo de diamantes! —dijo Martin besándolo, hagámosle justicia, lo hizo por ella y no por las piedras, y poniéndoselo en el dedo meñique—. Unos diamantes espléndidos. Mi abuelo es un personaje peculiar, Mark. Ha debido de regalárselo él.

Mark Tapley sabía que lo había comprado la joven, para que quien hablaba de forma tan inconsciente llevase encima algún objeto de valor en caso de necesidad, y lo sabía con tanta certeza como que era de día y no de noche. Aunque no disponía de más información que el propio Martin sobre la historia de la reluciente baratija que acababa de

ponerse en el dedo extendido, estaba tan seguro de que para adquirirla ella había gastado todos sus ahorros, como si la hubiese visto pagarla moneda a moneda. Mark entendió enseguida la verdadera causa y raíz de la extraña cerrazón del enamorado respecto a aquel pequeño incidente, y desde ese momento tuvo una clara y completa comprensión del principal rasgo de carácter de Martin.

—Mary vale todos los sacrificios que he hecho —dijo el joven cruzando los brazos y mirando las cenizas de la chimenea, como si retomara sus pensamientos donde los había dejado—. Los vale con creces. Ninguna riqueza —añadió, frotándose pensativo la barbilla— habría podido compensar la pérdida de alguien como ella. Por no decir que, al ganarme su afecto, he seguido mis propios deseos, y hecho frente a quienes no tenían derecho a imponerme los suyos. Vale con creces todos los sacrificios que he hecho. Sí. No hay duda.

Es posible o no que Mark Tapley oyese aquellas meditaciones, pues no iban ni mucho menos dirigidas a él y se pronunciaron en voz muy baja. En cualquier caso, se quedó allí, observando a Martin con una expresión concentrada e indescriptible pintada en el semblante, hasta que el joven salió de su ensimismamiento y lo miró, momento en que se dio la vuelta, como ocupado con ciertos preparativos del viaje, y, sin emitir ningún sonido articulado, esbozó una sonrisa sorprendentemente horrible, y pareció soltar con un movimiento de los labios y una contracción de las facciones esta palabra:

—¡Estupendo!

## Capítulo XV. Cuyo asunto principal es ¡Viva Columbia !

Una noche oscura y deprimente; la gente se acurruca en la cama o, ya tarde, se reúne en torno al fuego; la Necesidad, más fría que la Caridad, tiritita en las esquinas de las calles; los campanarios de las iglesias tararean la leve vibración de sus lenguas, pero enseguida descansan del fantasmal sermón: «¡La una!». La tierra se cubre con la negra mortaja del entierro del día anterior; los grupos de árboles oscuros, con sus gigantescos penachos de plumas fúnebres, ondean tristemente de aquí para allá: no se oye un ruido, reinan el silencio y un profundo descanso, con la salvedad de las rápidas nubes que pasan por delante de la luna y el cauto viento que, como si las persiguiera, se detiene a escuchar, sigue adelante entre susurros, vuelve a detenerse y avanza igual que un salvaje siguiendo un rastro.

¿Adónde irán las nubes y el viento con tanta prisa? Si acuden como espíritus culpables a alguna espantosa confabulación con otras potencias similares, ¿en qué región se reúne el consejo de los elementos o dónde descansan entre tremendas diversiones?

¡Aquí! Libres de esa abarrotada prisión llamada tierra firme, y sobre la extensión de las aguas. Aquí, rugiendo, bramando, gritando, aullando toda la noche. Aquí vienen las sonoras voces de las cavernas de la costa de esa pequeña isla, que duerme tranquilamente a mil millas de distancia en mitad de las olas airadas; y allí corren a su encuentro los vendavales de lugares desiertos y desconocidos del mundo. Aquí, en la furia de su libertad desatada, vociferan y se abofetean el uno al otro, hasta que el mar, llevado por una pasión como la suya, salta con desvaríos aún más poderosos y toda la escena se convierte en un demencial torbellino.

Adelante, adelante, adelante sobre las incontables millas de espacio desquiciado avanzan las largas e hinchadas olas. Aquí hay y no hay montañas y cavernas, pues lo que es ahora una cosa es ahora otra y luego todo se convierte en un burbujeante montón de agua. La persecución, la huida, el loco regreso de una ola contra otra y la lucha salvaje que termina en un roción de espuma que blanquea la negra noche; un incesante cambio de lugar, forma y color; no hay constancia en nada, sólo una lucha eterna; adelante, adelante, adelante avanzan y la noche se vuelve más oscura y los vientos aúllan con más fuerza y los millones de voces marinas se vuelven más feroces y clamorosas cuando se oye el grito absurdo en mitad de la tormenta: «¡Barco a la vista!».

Ahí va, en valeroso combate con los elementos, con los altos mástiles temblorosos y las cuadernas vibrando por la tensión; va, sobre la curvada cresta de la ola o en los valles marinos, como si se ocultara



momentáneamente de su furia; y todas las voces de la tormenta gritan aún con más fuerza en el aire y el agua: «¡Barco a la vista!».

Ahí va, luchando, y, al oír el grito, las olas airadas se apoyan unas en otras para contemplar su audacia; hasta donde los marineros de cubierta pueden ver en la oscuridad, asoman las cabezas canosas y se agolpan en torno al barco, empujándose, levantándose y corriendo a su encuentro desde lejos con una terrible curiosidad. Rompen por encima de él y rugen y se alzan a su alrededor; dejan sitio a otras, se alejan a regañadientes y se hacen pedazos en su furia frustrada: aun así el barco sigue avanzando con valentía. Y, aunque la ansiosa multitud se agolpa en torno a él toda la noche y el amanecer encuentra al incansable séquito siguiendo al barco en una eternidad de aguas turbulentas, él sigue avanzando con unas luces tenues ardiendo en su casco, y la gente duerme en su interior como si ningún mortífero elemento se asomara por cada grieta y cada costura y como si la tumba de un marino ahogado, cubierta sólo con una tabla, no se abriera en las insondables profundidades.

Entre los viajeros durmientes estaban Martin y Mark Tapley, que, anestesiados por el desacostumbrado movimiento, eran tan insensibles al aire viciado que respiraban como al alboroto de fuera. Era pleno día cuando este último despertó con la vaga idea de estar soñando que se había dormido en una cama con dosel a la que le habían dado la vuelta en el curso de la noche. Y eso parecía más sensato que asar la manteca; pues lo primero que reconoció Tapley fueron sus propios talones, mirándole, como pudo comprobar después, desde una elevación casi perpendicular.

—¡Bueno! —dijo Mark sentándose, después de varios intentos infructuosos por culpa del balanceo del barco—. Es la primera vez que paso una noche cabeza abajo.

—No debería acostarse en el suelo con la cabeza a sotavento —gruñó un hombre desde una de las literas.

—¿Con la cabeza a qué? —preguntó Mark. El hombre repitió su opinión anterior—. No, la próxima vez no lo haré —dijo Mark—, cuando sepa en qué parte del mapa está ese país. Entretanto, puedo darle un consejo mejor. No vuelva a acostarse usted, ni ningún otro amigo mío, con la cabeza en un barco. —El hombre soltó un gruñido de aquiescencia, se dio la vuelta en la litera y se tapó la cabeza con la manta—. Pues — continuó soliloquiando el señor Tapley en voz baja— el mar es lo más absurdo que he visto nunca. No sabe qué hacer consigo mismo. Ignora en qué ocupar su inteligencia y siempre está como abstraído. Igual que los osos polares en las casas de fieras no paran de mover la cabeza a un lado y al otro, él también es incapaz de estarse quieto. Lo cual se debe sólo a su insólita estupidez.

—¿Eres tú, Mark? —preguntó una voz débil desde otra litera.

—Lo que queda de mí, señor, después de quince días sometido a estos trabajos —replicó el señor Tapley—. Pues, entre que desde que subí a bordo he llevado la vida de una mosca y no he hecho más que estar patas arriba agarrándome a un sitio y a otro, y que he metido muy poco en el cuerpo y he sacado mucho de él de diversas maneras, no puede decirse que haya quedado mucho. ¿Cómo se encuentra usted esta mañana, señor?

—Muy mal —dijo Martin, con un quejido malhumorado—. ¡Uf! Esto es horrible, la verdad.

—Tiene su mérito —murmuró Mark, apretándose con la mano la cabeza dolorida y mirando a su alrededor con una triste sonrisa—. Conservar la presencia de ánimo aquí tiene su mérito. La virtud es su propia recompensa. Igual que la alegría.

Mark tenía mucha razón: sin duda, cualquiera que conservara la alegría en la sección de tercera de aquel noble y veloz paquebote de línea, el Tornillo, se lo debía sólo a sus propios recursos, y embarcaba su buen humor, como su equipaje, sin contribución ni ayuda ninguna de los armadores. Una cabina oscura, baja y asfixiante, rodeada de literas abarrotadas de hombres, mujeres y niños en diversos grados de enfermedad y sufrimiento, no es un lugar de reunión muy animado en ningún momento; pero, cuando está tan abarrotado (como lo estaba la cabina de tercera del Tornillo después de vender todos los pasajes) que los colchones y las camas se amontonan en el suelo hasta acabar con cualquier cosa parecida a la comodidad, la limpieza y el decoro, es probable que opere no sólo como una sólida barrera contra la amabilidad y la templanza, sino como un claro aliciente del egoísmo y el mal humor. Mark lo notó al mirar a su alrededor, y sus ánimos crecieron proporcionalmente.

Había ingleses, irlandeses, galeses y escoceses; todos con su pequeña reserva de comida y ropa sucia; y casi todos con familia e hijos. Había niños de todas las edades, desde niños de teta hasta jóvenes desaliñadas casi tan crecidas como sus madres. Todos los padecimientos domésticos causados por la pobreza, la enfermedad, el destierro, el pesar y una larga travesía con mal tiempo se agolpaban en aquel sitio tan pequeño; y, no obstante, había infinitamente menos quejas y protestas e infinitamente más ayuda mutua y bondad generalizadas en aquella arca insalubre que en muchos esplendorosos salones de baile.

Mark miró melancólico a su alrededor y su rostro se iluminó ante lo que vio. Aquí una abuela anciana le cantaba a un niño enfermo y lo acunaba en unos brazos casi tan delgados como los de la desdichada criatura; allá una pobre mujer, con un bebé en brazos, remendaba la ropa de otro crío y calmaba a otro que gateaba desde la cama hasta el suelo. Aquí había ancianos torpemente entretenidos con pequeñas ocupaciones domésticas, que habrían parecido ridículas de no haber sido por su buena intención y su amable propósito; y allá había unos tipos atezados —gigantes a su manera— que eran tan tiernos con los demás como si

fuesen enanos de buen corazón. Hasta el pobre retrasado del rincón que se pasaba el día mirando las musarañas, imitaba lo que veía y chascaba los dedos para distraer a un niño que lloraba.

—Bueno —le dijo Mark con un gesto a una señora que estaba vistiendo a sus tres niños a su lado, y a estas alturas su sonrisa se extendía de oreja a oreja—, pásame a uno de esos críos como siempre.

—Preferiría que preparases el desayuno, Mark, en vez de atender a unos desconocidos —observó con petulancia Martin.

—Muy bien —respondió Mark—. Ella lo hará. Es un reparto del trabajo muy justo, señor. Yo vestiré a los críos, y ella preparará el té. Yo no sabría prepararlo, pero cualquiera sabe vestir a un niño.

La mujer, que estaba enferma y delicada, comprendió su amabilidad, y no es raro, pues se había tapado todas las noches con su sobretodo, mientras él dormía en el suelo tapado con una alfombra. Pero Martin, que rara vez se levantaba o miraba a su alrededor, se molestó con lo absurdo de sus palabras y expresó su descontento con un quejido de impaciencia.

—Desde luego que sí —dijo Mark, cepillándole el pelo al niño con tanta profesionalidad como si hubiese nacido para ser barbero.

—¿Se puede saber de qué hablas? —preguntó Martin.

—De lo que acaba de decir —replicó Mark—, o de lo que ha querido dar a entender al expresar así sus sentimientos. Coincido con usted, señor. Es muy difícil para ella.

—¿El qué?

—Hacer el viaje sola con estos tres jóvenes estorbos, y tener que recorrer tanta distancia en esta época del año para ver a su marido. Si no quieres acabar llorando con jabón en el ojo, jovencito —le advirtió el señor Tapley al segundo crío, que sostenía al lado de la palangana—, más vale que lo cierres.

—¿Dónde la espera su marido? —preguntó Martin con un bostezo.

—Pues mucho me temo —respondió el señor Tapley en voz baja— que no lo sabe. Espero que acabe encontrándolo. Ella le escribió una carta de su puño y letra, pero no está claro que él la haya recibido, y como no lo vea ondeando un pañuelo en la orilla, igual que en las estampas de un cancionero, tengo para mí que se le partirá el alma.

—Pero, por Dios, ¿cómo se le ha ocurrido a esa mujer embarcarse en una aventura tan descabellada? —exclamó Martin.

El señor Tapley lo miró un momento postrado en su litera, y luego respondió con mucha calma.

—¡Ah! ¡Buena pregunta! ¡No tengo ni idea! Llevan separados dos años; ella ha vivido muy sola y sin dinero en su patria, y siempre ha querido volver a estar con él. Es muy raro que haya venido. ¡Sorprendente! ¡Un poco absurdo tal vez! No se me ocurre otra manera de explicarlo.

Martin estaba demasiado dominado por la lasitud del mareo para responder a estas palabras o siquiera para escucharlas con atención cuando se pronunciaron. Y la llegada del objeto de su conversación con un poco de té caliente impidió al señor Tapley volver sobre el asunto, por lo que, terminada la colación, y después de arreglar la litera de Martin, subió a cubierta a lavar el servicio del desayuno, que consistía en dos tazas de media pinta de hojalata y una jofaina del mismo metal.

Para hacer justicia a Mark Tapley es preciso indicar que estaba tan mareado como cualquier hombre, mujer o niño a bordo; y que tenía la peculiar habilidad de darse golpes a la menor ocasión y de perder pie con cada movimiento del barco. Pero, decidido, como decía siempre, a «salir fortalecido» de unas circunstancias desventajosas, era el alma y la vida del pasaje de tercera clase, y no le importaba tener que interrumpir una divertida conversación para hacer frente a las náuseas por su cuenta y volver a retomarla muy alegre y animado, como si eso fuese lo más normal del mundo.

No puede decirse que cuando se le pasaba el malestar su alegría y su buen corazón aumentasen, porque eso era imposible, aunque su utilidad entre los miembros más débiles del grupo sí era mucho mayor; y se esforzaba en ponerla en práctica en todo momento. Si asomaba un rayo de sol a través del cielo encapotado, Mark bajaba dando tumbos a la cabina y volvía a subir con una mujer en brazos, media docena de niños, un hombre, una cama, una sartén, una cesta o algo animado o inanimado, a lo que en su opinión le vendría bien tomar el aire. Si una hora o dos de buen tiempo en mitad del día tentaban a aquellos que rara vez subían a cubierta a arrastrarse dentro del bote salvavidas, o a tumbarse sobre las vergas de repuesto e intentar comer alguna cosa, en el centro del grupo siempre estaba el señor Tapley repartiendo fiambre de ternera y galletas de barco o sorbos de grog, cortando la comida de los niños con su navaja para facilitarles la tarea, leyendo en voz alta algún periódico venerable, cantando a todo pulmón una vieja canción a un grupo escogido, redactando el encabezamiento de las cartas a los amigos de quienes no sabían escribir, haciendo bromas con la tripulación, a punto de caerse por la borda por el viento, emergiendo casi ahogado de un roción de espuma o echando una mano aquí y allá, pero siempre haciendo algo para la distracción general. De noche, cuando se encendía el fuego de la cocina en cubierta, y las chispas que volaban entre el aparejo y la nube de las velas parecían amenazar al barco con la aniquilación por el fuego, en caso de que el aire y el agua no pudieran impedir su destrucción, ahí estaba otra vez el señor Tapley, sin su abrigo y arremangado hasta el codo, haciendo todo tipo de

labores culinarias, preparando los platos más extraños, reconocido por todos como una autoridad establecida, y ayudando a todo el mundo a conseguir cosas que no habrían podido conseguir por su propio pie y que ni siquiera se habrían atrevido a soñar. En suma, nunca hubo una persona más popular de lo que llegó a ser Mark Tapley a bordo de aquel noble y veloz paquebote de línea, el Tornillo; y la admiración de que disfrutaba llegó a ser tan generalizada que empezó a albergar grandes dudas sobre si estar alegre en esas emocionantes circunstancias podía considerarse meritorio.

—Si esto durase mucho —dijo— no habría muchas diferencias entre el Tornillo y el Dragón. Creo que nunca conseguiré hacer nada meritorio. Es como si el Destino estuviese decidido a ponerme la vida fácil.

—Bueno, Mark —dijo Martin, cerca de cuya litera había hecho esas reflexiones—. ¿Cuándo acabará esto?

—Dicen que es muy probable que la semana que viene lleguemos a puerto, señor —replicó Mark—. Ahora el barco está navegando tan bien como cualquier otro, señor; aunque no es que eso sea decir mucho.

—Desde luego que no —gimió Martin.

—Se sentiría usted mejor, señor, si saliera a cubierta —observó Mark.

—Y que las damas y caballeros de la cubierta de popa —replicó Martin subrayando con desdén sus palabras— me viesan alternando con el hatajo de mendigos que han estibado en este sucio agujero. ¡Seguro que me sentiría mucho mejor!

—Me alegra no saber por experiencia propia lo que piensa un caballero —dijo Mark—, pero yo habría dicho, señor, que un caballero estaría mucho más incómodo aquí que arriba al aire libre, sobre todo cuando las damas y caballeros de la cubierta de popa saben tanto de él, como él de ellos, y es posible que se interesen por él en la misma proporción. Es lo que yo habría dicho, señor.

—Y yo te respondo —replicó Martin— que estarías equivocado, y que aún lo estás.

—Es muy probable, señor —dijo Mark con imperturbable buen humor—. A menudo lo estoy.

—En cuanto a lo de estar aquí tumbado —gritó Martin apoyándose en el hombro, y mirando enfadado a su criado—, ¿crees que para mí es un placer estar aquí?

—Ni en todos los manicomios del mundo —dijo el señor Tapley— podría encontrarse a alguien tan loco como para pensar eso.

—¿Entonces por qué no paras de pincharme y de insistir en que me levante? —preguntó Martin—. Si me quedo aquí es para que ningún fatuo ciudadano me reconozca en los días mejores que aspiro a vivir como el hombre que llegó con él al país entre los pasajeros de tercera. Me quedo aquí porque quiero ocultarme y porque quiero ocultar mis circunstancias, y no llegar al nuevo mundo con el baldón y la insignia de la pobreza más ignominiosa. Si hubiese podido permitirme pagar un camarote de popa, habría llevado la cabeza tan alta como los demás. Como no he podido, la oculto. ¿Lo entiendes?

—Lo lamento mucho, señor —dijo Mark—. No sabía que se lo tomase usted tan a pecho.

—Pues claro que no lo sabías —replicó su señor—. ¿Cómo ibas a saberlo sin que te lo dijera? Para ti no es ninguna prueba poner a mal tiempo buena cara y pulular por ahí. Para ti es tan natural, dadas las circunstancias, como para mí no hacerlo. ¿Acaso crees que hay algún ser viviente en este barco que haya sufrido a bordo la mitad de lo que he sufrido yo? ¿Lo crees? —preguntó, incorporándose en la litera y mirando a Mark con una expresión muy seria no desprovista de sorpresa. Mark frunció mucho el ceño, y consideró la pregunta con la cabeza muy ladeada, como si le pareciese difícilísima de responder. El propio Martin lo sacó de su embarazo al añadir, mientras volvía a tumbarse de espaldas y cogía el libro que estaba leyendo—: Pero ¿de qué sirve explicarte mi caso, cuando la esencia misma de lo que he estado diciendo es que es imposible que lo entiendas? Sé un buen chico y prepárame un poco de *brandy* con agua, frío y muy poco cargado, dame una galleta de barco y dile a tu amiga de ahí al lado que le agradecería que esta noche intentase que sus críos hiciesen un poco menos de ruido.

El señor Tapley se dispuso a obedecer sus órdenes con prontitud, y mientras las ejecutaba es de presumir que recobrase un poco los ánimos, pues tuvo ocasión de decirse varias veces que, en dotes para prestar mérito a la alegría, el Tornillo, sin duda, tenía incuestionables ventajas sobre el Dragón. También se dijo que para él era una gran recompensa saber que se llevaría consigo a tierra a su principal excelencia y que la tendría constantemente a su lado; aunque no aclaró a qué se refería con esos pensamientos de consuelo.

Luego empezó a prevalecer a bordo una emoción generalizada; y la gente empezó a hacer diversas predicciones sobre el día concreto, e incluso la hora exacta, en que arribarían a Nueva York. Había infinitamente más gente que antes agolpada en la cubierta y asomándose por la borda; y se extendió la manía de hacer el equipaje cada mañana, lo que obligaba a deshacerlo por la noche. Quienes tenían cartas que entregar, o amigos a los que ver, o planes de ir a alguna parte o hacer alguna cosa, hablaban de sus proyectos cien veces al día; y, como el número de esos pasajeros era muy reducido y el de los que no tenían ningún proyecto era muy grande, había muchos que escuchaban y muy pocos que hablaban. Los enfermos sanaban y los sanos mejoraban. Un caballero estadounidense que viajaba en uno de los

camarotes de popa y que había pasado toda la travesía envuelto en pieles e impermeables apareció inesperadamente con un sombrero de copa muy negro y brillante y revisaba sin parar una maletita de cuero pálido, que contenía su ropa, sus calzoncillos, sus peines, los útiles de afeitar, unos libros, baratijas y otras cosas. Metía las manos en los bolsillos y paseaba por cubierta con las ventanas de la nariz dilatadas, como si inhalara ya el aire de la Libertad que lleva la muerte a todos los tiranos y nunca (en ninguna circunstancia que valga la pena reseñar) pueden respirar los esclavos. Un caballero inglés, de quien se sospechaba que había huido de un banco con algo más que la llave de la caja fuerte en su poder, se volvió muy locuaz sobre la cuestión de los derechos del hombre, y tarareaba sin parar *La marsellesa*. En una palabra, una intensa sensación invadió el barco, y el suelo de Estados Unidos estaba tan cerca al fin que una noche estrellada subió un práctico a bordo y, al cabo de unas horas, la embarcación se detuvo hasta la mañana, para esperar la llegada del vapor que trasladaría a los viajeros a la orilla.

Llegó nada más despuntar el día, estuvo al lado del barco casi una hora —durante la cual hasta los fogoneros fueron objeto de tanto interés como si hubiesen sido ángeles buenos o malos— y trasladó a bordo toda la carga viviente. Y también a Mark, que todavía tenía a su amiga y a sus tres hijos bajo su atenta protección, y a Martin, que había vuelto a vestirse como siempre, aunque se echó una capa sucia y vieja por encima hasta que llegase el momento de separarse para siempre de sus compañeros de viaje.

El vapor, que con la maquinaria en cubierta parecía, cuando sus largas y finas patas se pusieron en funcionamiento, un insecto muy aumentado o un monstruo antediluviano, se dirigió a toda velocidad hacia una hermosa bahía; y poco después avistaron algunas elevaciones e islas y una ciudad alargada, plana y extendida.

—Así que esta —dijo el señor Tapley, mirando a lo lejos— es la Tierra de la Libertad, ¿no? Muy bien. Nada que objetar. ¡Después de tanta agua, cualquier tierra me parece bien!

## Capítulo XVI. Martin desembarca de ese noble y veloz paquebote de línea, el Tornillo, en el puerto de Nueva York, en Estados Unidos de América. Conoce a algunas personas y cena en una pensión. Detalle de dichas transacciones

En la orilla y márgenes de la tierra de la libertad prevalecía cierta frívola agitación, pues el día anterior habían elegido a un concejal y, como es natural, los sentimientos de partido estaban bastante exaltados con motivo de tan emocionante ocasión; los amigos del candidato perdedor habían creído necesario afirmar los grandes principios de las elecciones limpias y la libertad de expresión rompiendo unos cuantos brazos y piernas, y persiguiendo además a cierto odioso caballero por las calles con el designio de cortarle la nariz. Esos simpáticos estallidos de imaginación popular no fueron lo bastante notables en sí mismos para crear mucho revuelo después de toda una noche, pero cobraron nueva vida y notoriedad en la voz de los repartidores de periódicos, que no sólo los proclamaron con voz chillona por todas las calles y callejones de la ciudad, en los muelles y en los barcos, sino también en la cubierta y en los camarotes del vapor; que, antes de llegar a la orilla, fue abordado e invadido por una legión de esos jóvenes ciudadanos.

—¡Tengo *El Albañal de Nueva York* de esta mañana! —gritaba uno—  
¡Tengo *El Apuñalador de Nueva York* de esta mañana! ¡Tengo *El Espía Familiar de Nueva York* ! ¡Tengo *El Fisgón de Nueva York* ! ¡Tengo *El Mirón de Nueva York* ! ¡Tengo *El Saqueador de Nueva York* ! ¡*El Reportero del Ojo de la Cerradura de Nueva York* ! ¡*El Diario Sensacionalista de Nueva York* ! ¡Todos los periódicos de Nueva York!  
Todos los detalles sobre el movimiento patriótico locofoco<sup>[65]</sup> de ayer, en el que los conservadores quedaron como un guiñapo; y el último caso alucinante de Alabama; y el interesante duelo a cuchillo de Arkansas; y todas las noticias políticas, comerciales y a la moda. ¡Aquí están! ¡Aquí están! ¡Los periódicos, aquí están los periódicos!

—¡*El Albañal* ! —gritaba otro—. ¡Tengo *El Albañal de Nueva York* !  
¡Tengo algunos ejemplares del número doce mil de *El Albañal* , con los mejores informes de los mercados, las noticias comerciales y cuatro columnas completas de correspondencia nacional y un relato completo del baile que ofreció anoche la señora White, donde se dio cita toda la belleza y la moda de Nueva York, con los detalles de *El Albañal* sobre la vida de todas las señoras que asistieron! ¡Tengo *El Albañal* ! ¡La denuncia de *El Albañal* de la pandilla de Wall Street, la denuncia de *El Albañal* de la pandilla de Washington y los pormenores de *El Albañal* de un flagrante acto deshonesto cometido por el secretario de Estado cuando tenía ocho años revelado ahora, a gran coste, por su propia nodriza! ¡Tengo *El Albañal* ! ¡Tengo el número doce mil de *El Albañal* , con una columna entera de neoyorquinos desenmascarados con



nombres y apellidos! ¡El artículo de *El Albañal* sobre el juez que lo juzgó anteayer por libelo, y el tributo de *El Albañal* al jurado independiente que le absolvió, y el relato de *El Albañal* de lo que podría haber ocurrido en caso contrario! ¡Tengo *El Albañal* , tengo *El Albañal* ! ¡Tengo *El Albañal* , siempre alerta; el principal periódico de Estados Unidos, ya por el número doce mil y aún en la imprenta...! ¡Tengo *El Albañal* de Nueva York!

—De este modo tan ilustrado —dijo una voz casi al lado del oído de Martin— encuentran expresión las burbujeantes pasiones de mi país.

Martin se volvió involuntariamente, y vio a su lado a un caballero cetrino, con las mejillas hundidas, el pelo negro, los ojos chispeantes y una singular expresión en esa parte de su cara, que no era ni ceñuda, ni desdeñosa, aunque a primera vista podría haberse confundido con ambas cosas. De hecho, incluso conociéndolo mejor, habría sido difícil describirla de manera más exacta que diciendo que era una mezcla de astucia vulgar y engreimiento. Este caballero llevaba un sombrero de ala ancha que le daba un aspecto más sabio y cruzaba los brazos de tal modo que su actitud parecía más impresionante. Iba más bien desaliñado con un sobretodo azul que le llegaba casi a los tobillos, unos pantalones anchos del mismo color que le quedaban cortos, y un chaleco de ante desteñido, por el que asomaba un frunce de camisa descolorido que se esforzaba en llamar la atención, como si reivindicara la igualdad de derechos civiles ante las otras prendas de su vestimenta y defendiera por su cuenta una Declaración de Independencia. Tenía los pies, que eran de proporciones excepcionalmente grandes, cruzados con desgana mientras se apoyaba o sentaba contra el costado del vapor; y su grueso bastón, calzado con una sólida contera en un extremo y armado por el otro con un grueso pomo metálico, colgaba de su muñeca sujeto por una cinta con borlas. Ataviado de ese modo, y con un gesto muy profundo, el caballero frunció la comisura derecha de la boca al tiempo que guiñaba el ojo derecho y volvió a decir:

—De este modo tan ilustrado encuentran expresión las burbujeantes pasiones de mi país.

Como lo dijo mirando a Martin y no había allí nadie más, este inclinó la cabeza y dijo:

—Se refiere usted...

—Al baluarte de la libertad racional aquí, señor, y al temor a la opresión extranjera en otros países —replicó el caballero, mientras señalaba con el bastón a un repartidor de periódicos tuerto y muy sucio—. A la envidia del mundo, señor, y a los líderes de la civilización humana. Deje que le pregunte, señor —añadió, golpeando con fuerza la contera del bastón contra la cubierta del barco con el aire de un hombre con quien más vale no confundirse—, ¿qué le parece mi país?

—No estoy muy preparado para responder a esta pregunta —dijo Martin—, puesto que ni siquiera he desembarcado todavía.

—Bueno, supongo que tampoco estaba usted preparado, señor —dijo el caballero—, para contemplar indicios de prosperidad así.

Señaló a los barcos amarrados en los muelles, y luego blandió vagamente el bastón, como si pretendiera incluir el aire y el agua en su observación.

—La verdad —dijo Martin—, no lo sé. Sí, creo que lo estaba.

El caballero lo miró con un gesto de complicidad, y dijo que le gustaba su actitud. Era natural, dijo, y le complacía como filósofo observar los prejuicios de la naturaleza humana.

—Veo que ha traído, señor —dijo, volviéndose hacia Martin y apoyando la barbilla en lo alto del bastón—, la acostumbrada cantidad de miseria, pobreza, crimen e ignorancia para acomodarla en el seno de nuestra gran república. ¡Bueno, señor!, que vengan barcos de la vieja patria: se dice que cuando una embarcación está a punto de hundirse las ratas son las primeras en abandonarla. Creo que hay mucho de cierto en esa afirmación.

—Es probable que el viejo barco siga a flote algunos años —dijo Martin con una sonrisa, en parte motivada por las palabras del caballero y en parte por el modo en que las había pronunciado, que era bastante raro, pues subrayaba las palabras más cortas y las sílabas de su discurso, y dejaba las otras a su aire, como si pensara que las partes más largas podían cuidar de sí mismas mientras que las más cortas requerían una atención constante.

—La Esperanza, dice el poeta —observó el caballero—, es la nodriza del Joven Deseo<sup>[66]</sup>. —Martin respondió que había oído decir que la virtud cardinal en cuestión tenía a veces esa función doméstica—. Ya verá usted cómo en este caso no criará a su bebé —observó el caballero.

—El tiempo lo dirá —dijo Martin.

El caballero asintió solemne con la cabeza, y preguntó:

—¿Cómo se llama usted, señor? —Martin se lo dijo—. Y ¿qué edad tiene? —Martin se lo dijo—. Y ¿a qué se dedica? —Martin le dijo eso también—. Y ¿adónde se dirige, señor? —preguntó el caballero.

—La verdad —respondió Martin, riéndose—, no puedo responderle porque ni yo mismo lo sé.

—¿Sí? —dijo el caballero.

—No —dijo Martin.

El caballero se puso el bastón debajo del brazo izquierdo, y observó a Martin con más atención y detalle que hasta entonces. Concluido su examen, extendió la mano derecha, estrechó la mano de Martin y dijo:

—Soy el coronel Diver<sup>[67]</sup>, director de *El Diario Sensacionalista de Nueva York*. —Martin oyó esta información con el grado de respeto que parecía merecer un anuncio semejante—. Supongo que sabrá, señor —prosiguió el coronel—, que *El Diario Sensacionalista de Nueva York* es el órgano de expresión de la aristocracia de esta ciudad.

—¡Ah! ¿Así que hay una aristocracia? —dijo Martin—. Y ¿de qué está compuesta?

—De inteligencia, señor —replicó el coronel—; de inteligencia y de virtud. Y de su consecuencia necesaria en esta república: de dólares, señor.

A Martin le alegró oír eso, pues estaba convencido de que si la inteligencia y la virtud llevaban por fuerza a la adquisición de dólares, él no tardaría en convertirse en un gran capitalista. Estaba a punto de expresar lo mucho que le complacía saberlo cuando le interrumpió el capitán del transbordador, que se acercó a estrecharle la mano al coronel y, al ver a un desconocido bien vestido en cubierta (pues Martin se había quitado la capa), le estrechó también la mano a él. Esto supuso un indecible alivio para Martin, que, a pesar de la reconocida supremacía de la inteligencia y la virtud en aquel país arcádico, se habría sentido humillado si el coronel Diver lo hubiese visto con la apariencia de un pasajero de tercera.

—¡Caramba, capitán! —dijo el coronel.

—¡Caramba, coronel! —exclamó el capitán—. Tiene usted muy buen aspecto, señor. La verdad es que casi no lo reconozco.

—¿Han tenido buena travesía, capitán? —preguntó el coronel, llevándose aparte.

—¡Bueno! Ha sido bastante rápida —dijo, o más bien canturreó el capitán, que era un auténtico nativo de Nueva Inglaterra—, teniendo en cuenta el tiempo.

—¿Ah, sí? —preguntó el coronel.

—Pues sí, señor —respondió el capitán—. Acabo de enviar a un muchacho a su oficina con la lista de pasajeros, coronel.

—No habrá otro muchacho disponible, ¿verdad capitán?, —preguntó el coronel en un tono casi severo.

—Supongo que, si los necesita, habrá una docena —respondió el capitán.

—Uno medianamente grande tal vez pueda cargar con una docena de botellas de champán hasta mi oficina —observó pensativo el coronel—. Dice que ha sido una travesía muy rápida, ¿no?

—¡Eso es! —fue su respuesta.

—Es muy cerca de aquí, ya sabe —observó el coronel—. Me alegro de que fuese rápida, capitán. No se preocupe por las botellas, si no tiene usted muchas. El chico puede hacer dos viajes y llevar veinticuatro de medio litro. Así que una travesía muy rápida, ¿eh?

—Rapidísima —dijo el capitán.

—Admiro su buena suerte, capitán. También puede prestarme un sacacorchos y media docena de copas, si quiere. ¡Por mucho que los elementos se confabulen contra el noble paquebote de mi país, el Tornillo —dijo el coronel, volviéndose hacia Martin y blandiendo el bastón sobre la cubierta—, la travesía en un sentido o en el otro siempre será rápida!

El capitán, que tenía a *El Albañal* zampándose un caro almuerzo en un camarote, mientras el amable *Apuñalador* se emborrachaba hasta las cejas en otro, se despidió con cordialidad de su amigo el coronel, y corrió a enviar el champán, sabedor (como quedó claro después) de que, si no complacía al director del *Sensacionalista*, ese potentado los denunciaría a él y a su barco en grandes titulares antes de que acabara el día, y, ya puestos, también al recuerdo de su madre, que apenas llevaba muerta unos veinte años. El coronel volvió a quedarse solo con Martin, lo miró al marcharse y se ofreció, ya que era inglés, a enseñarle la ciudad y llevarlo, si así lo deseaba, a una pensión elegante. Pero antes (dijo) le rogaba que le concediese el honor de acompañarlo a las oficinas del *Sensacionalista* para compartir una botella de champán que importaba él mismo.

Tanta amabilidad y hospitalidad hicieron que Martin, a pesar de ser tan temprano, aceptara enseguida. Así que le dio instrucciones a Mark, que estaba muy ocupado con su amiga y sus tres niños, de que cuando terminase de ayudarles y pasara el equipaje por la aduana, esperase nuevas órdenes en las oficinas de *El Diario Sensacionalista*, y acompañó a su nuevo amigo a tierra.

Se abrieron paso como pudieron entre la triste multitud de emigrantes del muelle —que, agrupados en torno a sus camas y baúles, con la tierra desnuda bajo sus pies y el cielo desnudo en lo alto, lo mismo podrían haber caído de otro planeta a juzgar por lo que sabían del país— y

anduvieron un rato por una calle muy ajetreada que daba a un lado a los muelles y a los barcos y al otro a una larga hilera de almacenes y oficinas de ladrillo rojo, decorados con más letreros negros con letras blancas, y más letreros blancos con letras negras de los que Martin había visto jamás, ni en un espacio cincuenta veces mayor. Luego siguieron por una calle estrecha, y después por otras calles estrechas, hasta detenerse delante de una casa donde habían pintado con letras muy grandes: DIARIO SENSACIONALISTA.

El coronel, que había andado todo el rato con una mano en el pecho, moviendo de vez en cuando la cabeza y con el sombrero echado hacia atrás cubriéndole las orejas, como si le incomodara ser consciente de su propia grandeza, abrió la marcha por un oscuro y sucio tramo de escaleras hasta llegar a una salita de características parecidas, desordenada y cubierta de recortes de periódico y otros fragmentos arrugados de papel, tanto de galeradas como de manuscritos. Detrás de un viejo y mugriento escritorio había una figura con una pluma en la boca y un enorme par de tijeras en la mano derecha, cortando y recortando un montón de *Diarios Sensacionalistas*; y era una figura tan risible que Martin tuvo dificultades para conservar la seriedad, a pesar de ser consciente de que el coronel Diver lo estaba observando de cerca.

El individuo que estaba cortando y recortando como hemos dicho los *Diarios Sensacionalistas*, era un caballero de apariencia muy juvenil y de rostro pálido y enfermizo; en parte, tal vez, por pensar demasiado; pero en parte, sin duda, por el abuso del tabaco, que en aquel momento estaba mascando con vigor. Llevaba el cuello de la camisa doblado sobre una cinta negra, y su cabello lacio —una cosecha frágil— no sólo estaba alisado y repeinado para que no se perdiera lo más mínimo la poesía de su aspecto, sino que aquí y allá había sido arrancado de raíz, lo que explicaba que hubiese zonas algo granujientas. Tenía una de esas narices que la envidia de la humanidad ha tildado de «chatas», y estaba muy torcida en la punta, como con desdén altanero. Sobre el labio superior de este joven caballero, había rastros de una pelusa amarillenta, tan, tan suave y escasa que, por mucha voluntad que le echara uno, recordaba más un rastro reciente de pan de jengibre que la justa promesa de un bigote; y esa conjetura parecía reforzada por su aparente tierna edad. Estaba concentrado en su trabajo; y, cada vez que cerraba las enormes tijeras, hacía un movimiento similar con las mandíbulas, lo que le daba un aspecto temible.

Martin no tardó en concluir que debía ser el hijo del coronel Diver, la esperanza de la familia y el futuro resorte principal de *El Diario Sensacionalista*. De hecho, había empezado a decir que suponía que debía ser el retoño del coronel, y que era muy agradable verlo jugar a ser director con el candor de la niñez; cuando el coronel lo interrumpió orgulloso y dijo:

—Mi corresponsal de guerra, ¡el señor Jefferson Brick!

Martin no pudo contener un sobresalto ante un anuncio tan inesperado, y ante la sensación de haber estado a punto de cometer un error imperdonable. El señor Brick pareció alegrarse de la impresión que había causado en el desconocido, y le estrechó la mano con un aire de paternalismo pensado para tranquilizarle y darle a entender que no tenía por qué asustarse porque no le haría daño.

—Ya veo que ha oído hablar de Jefferson Brick —dijo el coronel con una sonrisa—. Inglaterra ha oído hablar de Jefferson Brick. Europa ha oído hablar de Jefferson Brick. Veamos. ¿Cuándo partió usted de Inglaterra, señor?

—Hace cinco semanas —dijo Martin.

—Cinco semanas —repitió pensativo el coronel, mientras tomaba asiento sobre la mesa y balanceaba las piernas—. Ahora deje que le pregunte cuál de los artículos del señor Brick había sido más molesto hasta entonces para el Parlamento británico y la corte de Saint James.

—Palabra que... —empezó Martin.

—Tengo motivos para saber, señor —le interrumpió el coronel—, que los círculos aristocráticos de su país tiemblan al oír el nombre de Jefferson Brick. Me gustaría saber, señor, de sus propios labios, cuál de sus ideas ha asestado el golpe mortal...

—... a las cien cabezas de la hidra de corrupción que ahora se arrastra en el polvo bajo la lanza de la razón y escupe sus vísceras sanguinolentas hacia el arco universal —dijo el señor Brick, poniéndose una gorrita de tela con la visera brillante y citando su último artículo.

—La libación de la libertad, Brick... —sugirió el coronel.

—... a veces debe hacerse con sangre, coronel —gritó Brick. Y, al decir «sangre» hizo chasquear las tijeras, como si ellas también lo dijeren y fueran de su misma opinión.

Dicho lo cual, los dos miraron a Martin, e hicieron una pausa esperando una respuesta.

—Caramba —dijo Martin, que para entonces ya había recobrado su habitual compostura—, no puedo darles ninguna información fiable, porque lo cierto es que...

—¡Alto! —gritó el coronel, mirando muy serio a su corresponsal de guerra y moviendo muy serio la cabeza después de cada frase—. Lo

cierto es que nunca había oído hablar de Jefferson Brick, señor. Que nunca ha leído a Jefferson Brick, señor. Que jamás había visto *El Diario Sensacionalista*, señor. Que desconocía, señor, su poderosa influencia en los gobiernos de Europa... ¿es eso?

—Desde luego, es lo que estaba a punto de decir —admitió Martin.

—¡Tranquilo, Jefferson! —dijo muy serio el coronel—. ¡No pierdas los nervios! ¡Ay, los europeos! ¡Bebamos una copa de vino! —Y con estas palabras, bajó de la mesa, y sacó de una cesta que había detrás de la puerta, una botella de champán y tres copas—. El señor Jefferson Brick, señor —dijo el coronel llenando la copa de Martin y la suya, y dándole la botella a ese caballero—, propondrá un brindis.

—¡Bueno, señor! —exclamó el corresponsal de guerra—. Ya que me lo pide, lo haré. Brindaré por *El Diario Sensacionalista* y sus hermanos; el pozo de la verdad, cuyas aguas son negras porque están hechas de tinta de imprenta, pero aun así son lo bastante claras para que mi país contemple reflejada en ellas la sombra de su destino.

—¡Así se habla! —exclamó muy complacido el coronel—. ¿No le parece florido, señor, el estilo de mi amigo?

—Mucho, desde luego —dijo Martin.

—Ahí tiene el *Sensacionalista* de hoy, señor —observó el coronel pasándole un periódico—. Encontrará a Jefferson Brick en su puesto, a la vanguardia de la civilización humana y la pureza moral.

El coronel había vuelto a sentarse en la mesa. El señor Brick también tomó asiento en dicho mueble; y empezaron a beber mucho. Mientras Martin leía el periódico los dos lo miraron a menudo y también se miraron el uno al otro; y cuando terminó, después de que ellos apurasen una segunda botella, el coronel le preguntó qué le parecía.

—Pues muy ofensivo —dijo Martin.

El coronel pareció muy halagado por esta observación; y afirmó que esperaba que así fuese.

—Aquí somos independientes —dijo el señor Jefferson Brick—. Hacemos lo que queremos.

—A juzgar por lo que dice este ejemplar —replicó Martin—, debe haber varios miles que son lo contrario de independientes, que hacen lo que no quieren.

—¡Bueno! Se pliegan a la inteligencia superior del Instructor Popular, señor —dijo el coronel—. A veces pueden estallar, pero en general



controlamos a nuestros ciudadanos tanto en la vida privada como en la vida pública, que en este país es una institución tan noble como...

—Como la esclavitud de los negros —sugirió el señor Brick.

—Exacto —subrayó el coronel.

—Y, por favor —dijo Martin, después de algunas dudas—, ¿puedo atreverme a preguntar si, por lo que he visto en su periódico, el Instructor Popular se dedica a menudo, no sé cómo expresarlo sin ser ofensivo, a la falsificación? ¿A vender cartas falsificadas, por ejemplo —continuó, al ver que el coronel seguía tranquilo e impertérrito— supuestamente escritas hace poco por personas vivas?

—¡Bueno, señor! —replicó el coronel—. Lo hace, de vez en cuando.

—Y ¿qué hacen los popularmente instruidos? —preguntó Martin.

—Comprarlas —respondió el coronel. El señor Jefferson Brick expectoró y se rió; lo primero copiosamente y lo segundo con aprobación—. Las compran a miles —prosiguió el coronel—. Somos un pueblo inteligente y apreciamos la inteligencia.

—¿Es así como llaman aquí a la falsificación? —preguntó Martin.

—¡Bueno! —dijo el coronel—, supongo que llamamos así a muchas cosas buenas que ustedes llaman de otro modo. Pero ustedes en Europa no tienen otro remedio. Nosotros sí.

—Y a veces, también, se las arreglan con muy pocas ceremonias —observó Martin.

—Por supuesto, lo llamemos como queramos llamarlo —dijo el coronel, inclinándose para echar a rodar la tercera botella vacía hasta un rincón con las otras dos—, no irá a decirme que el arte de la falsificación se inventó aquí, ¿verdad, señor?

—Supongo que no —replicó Martin.

—Ni ningún otro tipo de astucia, supongo.

—¡Inventado! No, no creo.

—¡Bueno! —dijo el coronel—, en ese caso lo hemos tomado de nuestra antigua patria, y ella es la culpable y no la nueva. Así queda zanjada la cuestión. Y ahora, si el señor Jefferson Brick y usted tienen la bondad de salir, yo me marcharé el último y cerraré la puerta con llave.

Interpretando correctamente estas palabras como la señal para marcharse, Martin bajó las escaleras detrás del corresponsal de guerra, que le precedió muy majestuoso. El coronel les siguió, salieron de las

oficinas de *El Diario Sensacionalista* y llegaron a la calle. Martin dudaba si dar de patadas al coronel por haberse tomado la confianza de hablar con él, o si entraba dentro de lo posible que él y su establecimiento pudiesen estar entre los cacareados usos de esa tierra regenerada.

Estaba claro que al coronel Diver, desde la seguridad de su sólida situación y su perfecta comprensión del sentir del público, le importaba muy poco lo que Martin o cualquier otra persona pudieran pensar de él. Sus muy condimentados productos estaban concebidos para vender, y se vendían; y, desde un punto de vista racional, sus miles de lectores tenían tanto derecho a culparlo por que les gustase su inmundicia como un glotón a echar sobre los hombros de su cocinero la responsabilidad de sus excesos. Nada habría alegrado más al coronel que oír cómo le decían que ningún hombre como él podría alardear de su éxito en las calles de ningún otro país del mundo, pues le habría parecido la confirmación lógica de lo acertado de la adaptación de su trabajo al gusto predominante, y de que él era estricta y concretamente un rasgo nacional de Estados Unidos.

Anduvieron un kilómetro y medio o más por una calle muy elegante que el coronel dijo que se llamaba Broadway, y que el señor Jefferson Brick afirmó que «azotaba el universo». Después se desviaron por una de las numerosas calles que salían de aquella avenida principal, y por fin se detuvieron delante de una casa bastante cochambrosa con persianas de celosía. Un tramo de escalones llevaba a una puerta de entrada de color verde, con dos adornos blancos y brillantes como una piña petrificada a ambos lados de la barandilla y una plaquita oblonga del mismo material sobre la aldaba, donde estaba grabado el nombre «Pawkins»; dio la casualidad de que había también cuatro cerdos husmeando por la zona.

El coronel llamó a la casa como si viviera en ella; y una joven irlandesa asomó la cabeza por una de las ventanas de arriba, para ver quién era. Mientras bajaba las escaleras, los cerdos se juntaron con otros dos o tres amigos de la calle de al lado, en compañía de los cuales se alejaron tan contentos por el arroyo.

—¿Está en casa el comandante? —preguntó el coronel al entrar.

—¿Se refiere usted al amo? —preguntó la joven con una vacilación que parecía dar a entender que en aquella casa había comandantes de sobra.

—¡El amo! —exclamó el coronel interrumpiéndose y volviéndose hacia su corresponsal de guerra.

—¡Ah! ¡Las deprimentes instituciones del Imperio británico, coronel! —dijo Jefferson Brick—. ¡El amo!

—¿Qué tiene de malo esa palabra? —preguntó Martin.

—Que desearía que no se oyese nunca en nuestro país, ni más ni menos —respondió Jefferson Brick—, excepto cuando la utiliza algún auxiliar degradado que desconoce tanto como esta joven los benditos hallazgos de nuestra nueva forma de gobierno. En este país no hay amos.

—Son todos propietarios, ¿no? —dijo Martin.

El señor Jefferson Brick siguió los pasos de *El Diario Sensacionalista* sin dar ninguna respuesta. Martin lo siguió, pensando por el camino que tal vez los ciudadanos libres e independientes que en su elevación moral reconocían al coronel como amo podían rendir mejor homenaje en sus sueños nocturnos a la diosa Libertad sobre el horno de un siervo ruso.

El coronel los llevó a una sala en la parte trasera de la planta baja de la casa, luminosa y de dimensiones aceptables, pero exquisitamente incómoda, pues no había nada más que las cuatro frías paredes blancas y un techo, una alfombra raquítica, los horribles restos de una mesa de comedor que iba de un extremo al otro, y una sorprendente colección de sillas con el asiento de paja. En la parte más alejada de esta sala de banquetes, había una estufa adornada a ambos lados con grandes escupideras de latón como tres barriletes de hierro con una rejilla, unidos por el principio de los gemelos siameses. Delante, balanceándose en una mecedora, descansaba un corpulento caballero con el sombrero puesto, que se divertía escupiendo alternativamente en la escupidera que había a la derecha de la estufa y en la escupidera de la izquierda, y luego volvía a empezar en el mismo orden. Un negro con una mugrienta chaqueta blanca estaba muy atareado en poner sobre la mesa dos largas hileras de cuchillos y tenedores, separados de vez en cuando por jarras de agua; y al pasar al lado de tan alegre tablero alisaba con las manos sucias el todavía más sucio mantel, que estaba torcido y nadie había quitado después del desayuno. El ambiente de la sala era muy caluroso y sofocante por culpa de la estufa, pero, aromatizado con un repulsivo olor a sopa que salía de la cocina, y por el remoto tufillo a tabaco que emanaba de los receptáculos de latón a los que hemos aludido antes, resultaba casi insoportable para los sentidos de cualquier recién llegado.

Como el caballero de la mecedora estaba de espaldas y se hallaba muy concentrado en su intelectual pasatiempo, no reparó en su presencia hasta que el coronel fue hasta la estufa y contribuyó con su óbolo al mantenimiento de la escupidera de la izquierda, justo cuando el comandante —pues del comandante se trataba— apuntaba hacia ella. Así que el comandante Pawkins contuvo el fuego y, mirando hacia arriba, con un aire de calmada fatiga, como el de quien lleva toda la noche despierto, un aire que Martin había observado ya tanto en el coronel como el señor Jefferson Brick, dijo:

—¡Caramba, coronel!

—Comandante —replicó el coronel—, le traigo a un caballero de Inglaterra que ha decidido instalarse aquí si el precio le conviene.

—Me alegro de verle, señor —observó el comandante, estrechando la mano de Martin sin mover un músculo de la cara—. Espero que esté usted animado.

—Nunca he estado mejor —dijo Martin.

—Ni lo estará —replicó el comandante—. Aquí verá usted brillar el sol.

—Creo que recuerdo haberlo visto brillar a veces en mi país —respondió Martin con una sonrisa.

—No lo creo —repuso el comandante. Lo dijo con una estoica indiferencia, pero también con un tono de firmeza que no admitía más discusión. Una vez zanjado el asunto, se ladeó un poco el sombrero para poder rascarse mejor la cabeza, y saludó al señor Jefferson Brick con un gesto indolente.

El comandante Pawkins (un caballero oriundo de Pensilvania) se caracterizaba por tener un cráneo muy grande y una enorme frente amarillenta: debido a tales particularidades, en los bares y otros lugares de esparcimiento parecidos, se daba por sentado que era un hombre de gran sagacidad. También se le conocía por sus ojos caídos y sus gestos lentos y cansinos; y por ser de esas personas que —intelectualmente hablando— necesitan mucho espacio para moverse. Pero, al vender su sabiduría, se guiaba invariablemente por el principio de poner todas las mercancías que tenía (y más) en el escaparate; y eso tenía mucho éxito en su circunscripción de admiradores. Tal vez también funcionase con el señor Jefferson Brick, que aprovechó la ocasión para susurrarle a Martin al oído:

—¡Uno de los hombres más notables del país, señor!

Que nadie piense, no obstante, que la perpetua exhibición de las mercancías que tenía a la venta o en alquiler era el único motivo de las grandes simpatías y apoyos que suscitaba el comandante. Era un gran político; y el único artículo de su credo, en lo que respecta a las obligaciones públicas relativas a la buena fe y a la integridad de su país, era: «Borrón y cuenta nueva». Eso lo convertía en un patriota. En sus asuntos comerciales era un osado especulador. En palabras más sencillas era un genio distinguidísimo para la estafa, y era capaz de fundar un banco, negociar un préstamo o constituir una empresa de venta de tierras (atrayendo la ruina, la pestilencia y la muerte sobre cientos de familias) con cualquier persona dotada de la Unión. Esto lo convertía en un admirable hombre de negocios. Podía pasar doce horas seguidas en un bar discutiendo los asuntos de la nación; y en ese tiempo era capaz de soportar más aburrimiento, mascar más tabaco, fumar más tabaco, beber más ron con agua caliente y azúcar, julepe de menta, ginebra con tónica y cócteles que ningún otro caballero conocido suyo.

Eso lo convertía en orador y hombre del pueblo. En una palabra, el comandante era un hombre muy prometedor y popular e iba camino de que el partido popular lo enviara a la Cámara de Representantes de Nueva York, si no al propio Washington. Pero, como la prosperidad personal no siempre va a la par que la devoción patriótica por los asuntos públicos, y como las transacciones fraudulentas tienen sus altibajos, el comandante tenía a veces malos momentos. De ahí que regentara una pensión y que haraganease más que de costumbre.

—Ha decidido usted visitar nuestro país, señor, en un momento de profunda depresión comercial —dijo el comandante.

—Una crisis alarmante —coincidió el coronel.

—Un período de estancamiento sin precedentes —apuntó el señor Jefferson Brick.

—Lo lamento —replicó Martin—. Probablemente no dure mucho, ¿no? —Martin lo ignoraba todo de Estados Unidos; de lo contrario habría sabido que, de creer a sus ciudadanos, el país siempre está deprimido, siempre está estancado y siempre sufre una crisis alarmante, y siempre ha sido así; aunque estén dispuestos a jurar todos a una en nombre de todos los evangelistas, y en cualquier momento del día o de la noche, que es el país más próspero y floreciente del mundo habitado—. Probablemente no dure mucho, ¿no? —repitió Martin.

—¡Bueno! —respondió el comandante—. Confío en que al final saldremos de esta de un modo u otro.

—Este es un país dúctil —dijo *El Diario Sensacionalista* .

—Somos un joven león —dijo el señor Jefferson Brick

—Tenemos principios vivificantes y vigorosos en nuestro interior —observó el comandante—. ¿Le apetece un vermú, coronel?

El coronel aceptó la propuesta con la mayor prontitud, y el comandante Pawkins propuso ir a un bar que había cerca, y que, según dijo, estaba «en la manzana de al lado». Luego le indicó a Martin que hablase con la señora Pawkins de los detalles relativos al precio del alojamiento y la comida, y le informó de que tendría el placer de ver a esa señora en el almuerzo, que se serviría muy pronto, pues comían a las dos y apenas faltaba un cuarto de hora. Eso le recordó que, si querían tomar el vermú, no tenían tiempo que perder; así que se marchó sin más ceremonias y dejó que lo siguieran si lo creían conveniente.

Cuando el comandante se levantó de la mecedora de delante de la estufa y movió el aire caliente y el tufo a sopa que les abanicaba la frente, el olor a tabaco rancio se volvió tan decididamente dominante que no quedó ninguna duda de que procedía de la ropa de ese caballero. De hecho, mientras Martin lo seguía hasta el bar, no pudo sino pensar que

el corpulento comandante, con toda su languidez y apatía, se parecía mucho a una hierba mustia, de las que se siegan en los jardines públicos para beneficio de la vegetación de los parterres, y se tiran a cualquier simpático estercolero.

Encontraron más malas hierbas en el bar, algunas de las cuales (por ser almas tan sedientas como sucias) estaban muy mustias en un sentido y muy frescas en el otro. Entre ellas había un caballero que, por lo que Martin entendió de la conversación mientras tomaban el vermú, iba a partir esa tarde hacia el Lejano Oeste en un viaje de negocios de tres meses, y, como ropa y equipaje para el viaje, tenía un sombrero reluciente y una maleta de color claro, como los del caballero que había llegado de Inglaterra en el Tornillo.

Volvían muy animados, Martin del brazo del señor Jefferson Brick, y el comandante y el coronel delante de ellos, cuando, al llegar a una o dos casas de la residencia del comandante, oyeron una campana que sonaba con fuerza. En cuanto aquel tañido llegó a sus oídos, el coronel y el comandante salieron disparados, subieron a toda prisa las escaleras y entraron por la puerta (que estaba abierta) como dos locos, mientras el señor Jefferson Brick, soltándose del brazo de Martin, se precipitaba en la misma dirección y desaparecía a su vez.

«¡Dios mío! —pensó Martin—, ¡la casa se quema! ¡Es una campana de alarma!»

Pero no se veía humo ni llamas, ni olía a quemado. Mientras Martin titubeaba en la acera, otros tres caballeros con el horror y la agitación pintados en el semblante doblaron la esquina, subieron empujándose los escalones, forcejearon un momento y desaparecieron en el interior de la casa convertidos en un confuso montón de brazos y piernas. Incapaz de soportarlo más, Martin los siguió. A pesar de lo deprisa que andaba, lo alcanzaron, empujaron a un lado y adelantaron otros dos caballeros, presa de una feroz excitación.

—¿Dónde está? —le gritó Martin sin aliento a un negro al que encontró en el pasillo.

—En el comedor, señor. El coronel le está guardando un sitio a su lado, señor.

—¡Un sitio! —exclamó Martin.

—¡Para comer, señor!

Martin lo miró un momento, y estalló en una cordial carcajada; a lo cual el negro, de buen humor y deseoso de complacerlo, respondió de tal modo que sus dientes brillaron como un rayo de luz.

—Es usted el tipo más simpático que he visto hasta ahora —dijo Martin, dándole una palmada en la espalda—, y me ha abierto el apetito mucho más que el vermú.

Con esta sensación entró en el comedor y se sentó en una silla al lado del coronel, que ese caballero (que a estas alturas casi había terminado de comer) había puesto con el respaldo hacia la mesa para reservarle el asiento.

Era un grupo numeroso, puede que de unas dieciocho o veinte personas, de las cuales cinco o seis eran señoras, que estaban sentadas apretujadas unas contra otras formando una pequeña falange apartada. Todos los cuchillos y tenedores estaban trabajando a una velocidad ciertamente alarmante; apenas nadie decía nada; y todo el mundo parecía comer cuanto podía en defensa propia, como si fuese a estallar una hambruna al día siguiente por la mañana antes del desayuno y hubiese llegado el momento de poner en práctica la primera ley de la naturaleza. Las aves, que tal vez pudiera decirse que eran la parte principal de la comida —pues había un pavo encima de todo, un par de patos debajo, y dos gallinas en el centro—, desaparecieron tan deprisa como si, haciendo uso de sus alas, hubieran volado desesperadas por una garganta humana. Las ostras, estofadas y aliñadas, saltaron de sus amplios receptáculos y se deslizaron por las decenas de bocas de los asistentes. Los encurtidos más picantes se volatilizaron, pepinillos enteros, como si fuesen ciruelas dulces; y nadie parpadeó siquiera. Grandes cantidades de materia indigerible se deshicieron como hielo el sol. Fue un espectáculo solemne y terrible. Individuos dispépticos engullían cuñas de comida, alimentando, no su cuerpo, sino sus pesadillas siempre hambrientas. Hombres austeros de mejillas flacas y tensas quedaron insatisfechos por la destrucción de platos tan pesados y miraron con ojos atentos los pasteles. Lo que sentía la señora Pawkins a diario a la hora de la comida es un misterio para el conocimiento humano. Pero tenía un consuelo. Duraba muy poco.

Cuando el coronel terminó de comer, lo cual ocurrió mientras Martin, que había pedido que le sirviesen un poco de pavo, esperaba para empezar, le preguntó qué pensaba de los comensales, que procedían de todos los confines de la Unión, y si deseaba saber detalles de alguno de ellos.

—Por favor —dijo Martin—, ¿quién es esa niña de ahí enfrente, con aire enfermizo, y los ojos redondos? No veo a nadie por aquí que parezca su madre, o que se ocupe de ella.

—¿Se refiere a esa matrona vestida de azul, señor? —preguntó el coronel, muy animado—. Es la señora de Jefferson Brick.

—No, no —insistió Martin—, digo la niñita, que parece una muñeca... la que está justo enfrente.

—¡Caramba, señor! —exclamó el coronel—. Esa es la señora de Jefferson Brick.

Martin miró al coronel a la cara, pero estaba muy serio.

—¡Por mi alma! Entonces supongo que cualquiera de estos días habrá un joven Brick —dijo Martin.

—Ya hay dos jóvenes Brick, señor —replicó el coronel.

La matrona parecía hasta tal punto una niña, que Martin no pudo sino hacérselo notar.

—Sí, señor —respondió el coronel—, pero hay instituciones que desarrollan la naturaleza humana y otras que la retrasan. ¡Jefferson Brick —observó, después de un breve silencio, como para elogiar a su corresponsal— es uno de los hombres más notables de nuestro país, señor!

Lo dijo casi entre susurros, pues el distinguido caballero al que acababa de aludir estaba sentado al otro lado de Martin.

—Dígame, señor Brick —dijo Martin, volviéndose hacia él y preguntándole más por entablar conversación que porque le interesase el asunto—, ¿quién es ese —estuvo a punto de decir «joven», pero juzgó más prudente tragarse la palabra—, ese caballero tan bajito con la nariz colorada?

—Es el profesor Mullit, señor —replicó Jefferson.

—¿Puedo preguntar de qué es profesor? —quiso saber Martin.

—De educación, señor —dijo Jefferson Brick.

—¿Una especie de maestro de escuela, tal vez? —se aventuró a observar Martin.

—Es un hombre de finos elementos morales, señor, y con dotes muy poco comunes —respondió el corresponsal de guerra—. En las últimas elecciones presidenciales creyó necesario repudiar y denunciar a su padre por haber votado al hombre que no debía votar. Desde entonces ha escrito algunos panfletos muy enérgicos con el seudónimo de Oturb, o Bruto al revés. Es uno de los hombres más notables del país, señor.

«Está visto que hay muchos», pensó Martin.

Siguiendo con sus averiguaciones, Martin descubrió que había presentes no menos de cuatro comandantes, dos coroneles, un general y un capitán, por lo que no pudo sino pensar que en la milicia estadounidense debían de proliferar los oficiales y preguntarse si se darían órdenes los



unos a los otros, o, en caso contrario, dónde diablos estaban los soldados rasos. No parecía haber ni un solo hombre sin título; los que no habían conseguido honores militares eran o doctores o profesores o reverendos. Tres caballeros muy secos y desagradables estaban allí comisionados por estados vecinos; uno por asuntos monetarios, otro políticos y el tercero por motivos religiosos. Entre las damas, estaba la señora Pawkins, que era muy recta, huesuda y callada; y una anciana damisela de rostro nervudo que tenía opiniones muy radicales sobre los derechos de la mujer y las había expuesto en diversas conferencias; pero las demás estaban extrañamente desprovistas de rasgos de carácter particulares, en la medida en que cualquiera podría haber intercambiado su opinión por la de las otras, y nadie se habría dado cuenta. Ellas, dicho sea de paso, eran los únicos comensales que no parecían contarse entre los hombres más notables del país.

Algunos caballeros se levantaron, uno por uno, y se marcharon mientras tragaban el último bocado; aunque casi todos se detuvieron delante de la estufa un minuto o dos para aliviarse delante de las escupideras de latón. No obstante, unos cuantos personajes sedentarios se quedaron en la mesa un cuarto de hora y no se levantaron hasta que lo hicieron las señoras, momento en que todos se pusieron en pie.

—¿Adónde van? —le preguntó Martin al señor Jefferson Brick al oído.

—A sus habitaciones, señor.

—¿Sin postre ni sobremesa? —preguntó Martin, que tenía ganas de distraerse después de tan largo viaje.

—Somos un pueblo ocupado, señor, y no tenemos tiempo para eso —fue la respuesta.

Así que las señoras salieron en fila india; el señor Jefferson Brick y los otros caballeros casados saludaron a su media naranja con un movimiento de cabeza; y se acabó. A Martin le pareció una costumbre muy incómoda, pero se guardó de momento su opinión, pues estaba deseando informarse y oír la conversación de los ocupados caballeros que remoloneaban alrededor de la estufa, como si al retirarse las damas les hubiesen quitado un gran peso de encima, y hacían uso abundante de las escupideras y los mondadientes.

A decir verdad, carecía de interés; y la mayor parte puede resumirse en una palabra: dólares. Todas sus esperanzas, cuidados, alegrías, afectos, virtudes y asociaciones parecían fundirse en dólares. Fuesen cuales fuesen las contribuciones casuales que cayeran en el lento caldero de su conversación, espesaban las gachas con dólares<sup>[68]</sup>. Los hombres se valoraban en dólares, las medidas se calculaban en dólares, la vida se subastaba, se apreciaba, se establecía y se derribaba por sus dólares. Lo más respetable después de los dólares era cualquier empresa cuyo fin fuese conseguirlos. Cuanto más lastre inútil —honor y tratos justos— echara uno por la borda del barco de su buen nombre y de sus buenas

intenciones más sitio tenía para acumular dólares. Convierte el comercio en un robo y una mentira gigantescos, mancilla la bandera de la nación como si fuese un trapo viejo, ensúciala estrella a estrella, y córtala barra a barra como del brazo de un soldado degradado. ¡Haz cualquier cosa por los dólares! ¡Qué es una bandera comparada con ellos!

Quien monta en pos de un zorro poniendo su vida y sus miembros en peligro preferirá montar peligrosamente las más de las veces. Así ocurría con esos caballeros. Para ellos el mayor patriota era el que más gritaba y el que menos se preocupaba por el decoro. Su paladín era el que en la furia brutal de sus fines no podía estigmatizar a los demás por la bajeza de los suyos. Así Martin aprendió, en los cinco minutos de conversación alrededor de la estufa, que llevar pistolas a las asambleas legislativas, y palos y espadas, y otros objetos igual de pacíficos; que agarrar a los oponentes por el cuello, como harían las ratas o los perros; que fanfarronear, amedrentar y apabullar con ataques personales, se consideraban logros relucientes. No golpes y puñaladas a la Libertad, que la herían más profundamente que la cimitarra de cualquier sultán, sino raro incienso en sus altares, cuyo aroma agradecían las narices patrióticas y que se alzaba formando volutas hasta el séptimo cielo de la Fama.

Una o dos veces, cuando se produjo una pausa, Martin preguntó lo que se le ocurrió desde el punto de vista de un extranjero sobre los poetas nacionales, el teatro, la literatura y las artes. Pero la información que aquellos caballeros pudieron darle sobre tales asuntos no fue más allá del elogio de genios de la época como el coronel Diver, el señor Jefferson Brick y algunos más; conocidos, al parecer, por la excelencia en el logro de un peculiar estilo de andanada llamado «titular periodístico».

—Somos un pueblo ocupado, señor —dijo uno de los capitanes, que era del Oeste—, y no tenemos tiempo para leer sólo ideas. No nos molesta encontrárnoslas en los periódicos mezcladas con otras cosas más fuertes, pero al diablo con los libros.

En ese momento el general, que parecía confundido de pensar en leer cualquier cosa que no fuese mercantil o política y no apareciese en un periódico, preguntó si a algún caballero le apetecía «beber una copa». La mayoría lo consideró una idea muy acertada y oportuna y salieron despacio, de uno en uno, al bar de la manzana de al lado. De ahí probablemente fuesen a sus almacenes y contadurías, luego otra vez al bar, a hablar otra vez de dólares y a expandir su intelecto leyendo y discutiendo titulares periodísticos; y de ahí cada cual a roncar en el seno de su propia familia.

—Que parece —dijo Martin, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos— ser la principal diversión con la que disfrutaban todos.

Con estas palabras volvió a quedarse ensimismado, pensando en dólares, demagogos y bares, debatiendo para sus adentros si en

realidad estaban tan ocupados como decían o tan sólo padecían una incapacidad para los placeres sociales y domésticos.

Era una cuestión difícil de resolver; y el hecho de que se la plantease con tanta claridad por todo lo que había visto y oído no le inspiró muchos ánimos. Se quedó sentado ante la mesa vacía, y cada vez más desalentado al pensar en la incertidumbre y las dificultades de su precaria situación, soltó un profundo suspiro.

El caso es que en la comida un hombre de edad mediana de ojos oscuros y rostro bronceado había atraído la atención de Martin porque sus facciones tenían un no sé qué de honrado y atractivo; pero de quien no pudo averiguar nada por sus vecinos de mesa, que por lo visto no lo consideraban digno de interés. No había participado en la conversación alrededor de la estufa, ni había salido con los demás; y ahora, cuando oyó suspirar a Martin por tercera o cuarta vez, hizo una observación casual, como si deseara alegrarle y darle conversación, pero sin entrometerse en los problemas de un desconocido. Sus motivos eran tan evidentes, y al mismo tiempo los expresó con tanta delicadeza, que Martin se sintió verdaderamente agradecido, y así se lo demostró en su forma de responder.

—No le preguntaré —dijo el caballero con una sonrisa, mientras se levantaba e iba hacia él— qué le parece mi país, pues ya me supongo cuáles son sus verdaderos sentimientos. Pero, como soy estadounidense, y por tanto estoy obligado a empezar con una pregunta, me gustaría saber qué opina del coronel.

—Es usted tan franco —replicó Martin— que no dudaré en decirle que no me gusta un pelo. Aunque debo añadir que estoy en deuda con él por su amabilidad al traerme aquí, y disponer mi alojamiento, en condiciones bastante razonables, dicho sea de paso —añadió, recordando que el coronel se las había comunicado entre susurros antes de salir.

—No está usted tan en deuda —dijo con sequedad el desconocido—. He oído contar que el coronel sube de vez en cuando a bordo de los paquebotes para espigar las últimas noticias para su periódico; y que, a menudo, trae a los extranjeros a alojarse aquí, a cambio, según tengo entendido, de un pequeño porcentaje por sus buenos oficios que la casera le deduce de su cuenta semanal. Espero no haberle ofendido —añadió, al ver que Martin se había puesto colorado.

—Mi querido señor —replicó Martin, mientras se daban la mano—, ¡cómo es posible!, para serle sincero, estoy...

—¿Sí? —dijo el caballero, sentándose a su lado.

—Estoy bastante extrañado, ya que debo hablar con claridad —dijo Martin, dominando sus dudas—, de que nadie le haya dado una buena paliza a este coronel.

—¡Bueno! Alguna que otra sí le han dado —observó el caballero en voz baja—. Es de esos hombres en quienes nuestro propio Franklin<sup>[69]</sup>, diez años antes de que concluyera el siglo pasado, vio nuestro mayor peligro y nuestra deshonra. ¿Sabía que Franklin hizo pública, con palabras muy severas, la opinión de que quienes eran difamados por tipos como este coronel, puesto que no podían contar con el apoyo suficiente de la administración de las leyes del país, ni con los sentimientos justos y decorosos de la gente, estaban justificados a recurrir a un buen bastón?

—No lo sabía —dijo Martin—, pero me alegra saberlo y me parece digno de su recuerdo; sobre todo... —volvió a vacilar.

—Continúe —lo animó, sonriendo como si supiese por qué se le había hecho un nudo en la garganta.

—Sobre todo —prosiguió Martin— porque ya me he dado cuenta de que debía de hacer falta mucho valor, incluso en su época, para escribir libremente sobre cualquier cuestión que no fuese partidista en este país tan libre.

—Desde luego —respondió su nuevo amigo—. ¿Cree que haría falta para hacerlo hoy?

—Sin duda, y mucho... —dijo Martin.

—Tiene razón. Tanta que no creo que ningún satírico pudiese prosperar en este ambiente. Si mañana surgiera otro Juvenal u otro Swift entre nosotros lo echarían de aquí. Si está usted familiarizado con nuestra literatura y puede darme el nombre de cualquier hombre, nacido y criado en Estados Unidos, que haya analizado nuestras locuras como pueblo, y no como este o aquel partido, y se haya librado de la difamación más sucia y brutal, del odio más inveterado y de la persecución más intolerante, créame que yo no lo conozco. Hay casos que podría contarle, en los que un escritor local se ha atrevido a exponer nuestros vicios o defectos de forma inocente y simpática, y se ha considerado necesario anunciar que en una segunda edición el pasaje ha sido expurgado, modificado, explicado o convertido en halagos.

—Y ¿cómo se ha llegado a esta situación? —preguntó desanimado Martin.

—Piense en lo que ha visto y oído usted hoy, empezando por el coronel —dijo su amigo— y pregúnteselo. Otra cuestión es cómo puede haber gente así. Quiera Dios que no se conviertan en ejemplos de la inteligencia y la virtud en Estados Unidos, pero ocupan las posiciones más altas, son muy numerosos y con demasiada frecuencia nos representan. ¿Le apetece dar un paseo?

Había una ingenuidad y una cordialidad en sus modales, y una atractiva confianza en que no abusarían de él, un comportamiento tan viril por su parte y una certeza en la buena fe de un desconocido, que Martin no había visto nunca. Cogió del brazo al caballero estadounidense y los dos salieron juntos.

Debió ser a hombres como su nuevo amigo a quienes apeló un viajero de honroso nombre<sup>[70]</sup>, que recorrió estas orillas hace ahora casi cuarenta años y despertó, como tantos otros después de él, para ver tiznadas y sucias sus elevadas pretensiones, en las que no había reparado en el esplendor de sus sueños lejanos, con estas palabras:

¡Ay, de no ser por ellos, Columbia tendría los días contados;

hinchidos pero no maduros, granados sin sol,

verdes por fuera, podridos por dentro,

sus frutos caerían al suelo antes de culminar la primavera!

**Capítulo XVII. Martin amplía su círculo de conocidos, aumenta su sabiduría y tiene una excelente ocasión de comparar sus vivencias con las de Lummy Ned, del Ligerero de Salisbury, tal como se las relató su amigo, el señor William Simmons**

Era típico de Martin que todo ese tiempo o bien se olvidara de Mark Tapley de manera tan completa como si no hubiese existido jamás, o que, si por un momento se le pasase por la imaginación la figura de ese caballero, la descartara como algo ni mucho menos apremiante, de lo que podría ocuparse más adelante y que podía esperar. Pero al llegar a la calle se le ocurrió que entraba dentro de lo posible que el señor Tapley, después de tanto tiempo, empezara a cansarse de esperar a la puerta de las oficinas de *El Diario Sensacionalista*, así que le comunicó a su nuevo amigo que, si no era molestia andar en esa dirección, se alegraría de poder quitarse ese asunto de la cabeza.

—Y, a propósito —dijo Martin—, ¿puedo preguntar, para no ser menos, si lo que le trae por aquí son los negocios o, como yo, está usted de visita?

—Estoy de visita —replicó su amigo—. Me crié en el estado de Massachusetts, y todavía resido allí. Mi hogar está en un tranquilo pueblo en el campo. No vengo a menudo por estos sitios tan ajetreados; y le aseguro que mi inclinación a visitarlos no aumenta cuanto más los conozco.

—¿Ha estado en el extranjero? —preguntó Martin.

—¡Oh, sí!

—Y, como la mayoría de los viajeros, eso lo ha unido más que nunca a su hogar y a su país natal —dijo Martin mirándolo con curiosidad.

—A mi hogar... sí —replicó su amigo—. A mí país natal como mi hogar... también.

—Noto cierta reticencia —observó Martin.

—Bueno —respondió su nuevo amigo—, si me pregunta si volví apreciando más los defectos de mi país, sintiendo más aprecio por quienes afirman (a cambio de tantos dólares al día) ser sus amigos, o más indiferencia por el cultivo de ciertos principios sobre los asuntos públicos y los asuntos privados de hombre a hombre cuya defensa, más allá de la turbia atmósfera de un juicio criminal, deshonraría a sus propios abogados de Old Bailey, entonces respondo sin más que no.

—¡Ah! —exclamó Martin en un tono tan parecido al «no» de su amigo que sonó como un eco.

—Si me pregunta —prosiguió su compañero— si volví más satisfecho con un estado de cosas que divide a la sociedad en dos clases, de manera que una, la gran masa, afirma una falsa independencia, que depende penosamente para su mezquina existencia del desprecio de las convenciones civilizadoras de los modales y las costumbres sociales, hasta el punto de que cuanto más grosero es un hombre más de su gusto le parece; mientras la otra, asqueada, se ve obligada a adaptarse y se refugia en los refinamientos y placeres que puede encontrar en la vida privada, y deja el bienestar público al albur de la prensa y de las pendencias generalizadas... entonces tengo que volver a responder que no.

Y, una vez más Martin dijo «¡Ah!» del mismo modo extraño que antes, preocupado y desconcertado, no tanto, a decir verdad, por el bien general, como por sus proyectos de arquitectura doméstica.

—En una palabra —concluyó su amigo—. No creo, y me niego a creer que seamos un modelo de sabiduría, y un ejemplo para el mundo y la perfección de la razón humana, y muchas otras cosas parecidas que oirá usted decir todo el día, sólo porque empezáramos nuestra vida política con dos ventajas inestimables.

—¿Cuáles?

—Una que nuestra historia comenzó en una época tan avanzada como para escapar a las eras de derramamiento de sangre y crueldad por las que han pasado otras naciones, y que por tanto tuvo toda la luz de su experiencia y nada de su oscuridad. La otra es que disponemos de un territorio enorme y, al menos por el momento, no hay demasiada gente en él. Si se tienen en cuenta ambas cosas, creo que hemos hecho muy poco.

—¿Y la educación? —sugirió Martin en voz baja.

—No está mal —respondió su amigo, encogiéndose de hombros—, pero tampoco es nada de lo que debemos jactarnos, pues otros países, incluso despóticos, han hecho lo mismo, si no más, y no se dan tantos humos. Destacamos en comparación con Inglaterra, sin duda, pero ese es un caso muy extremo. Recuerde que ha alabado usted mi franqueza —añadió, entre risas.

—¡Oh!, no me sorprende lo más mínimo que hable usted con tanta claridad de mi país —replicó Martin— lo que me pasma es que hable así del suyo.

—Verá que, aparte de los coroneles Diver, los Jefferson Brick y los comandantes Pawkins, no soy el único, se lo aseguro, aunque a los

mejores nos pasa como al hombre de la comedia de Goldsmith<sup>[71]</sup>, que no permitía que nadie más que él insultara a su señor. ¡Vamos! —añadió—, hablemos de otra cosa. Estoy seguro de que ha venido usted aquí con el propósito de mejorar su fortuna, y no querría descorazonarlo. Además, tengo algunos años más que usted, y tal vez pueda aconsejarle en algunas cosas sin importancia.

No había la menor curiosidad o impertinencia en aquella oferta franca, sin disimulos y bien intencionada. Como era casi imposible que una actitud tan abierta y amable no despertara su confianza, Martin le contó sin más lo que le había llevado a aquellas tierras, e incluso hizo la difícil confesión de que era pobre. No dijo hasta qué punto, hay que reconocerlo, y se limitó a insinuarlo como quien da a entender que tenía dinero suficiente para seis meses y no para seis semanas; aunque admitió que era pobre y que agradecería los consejos que pudiera darle su amigo.

Cualquiera habría podido notarlo, pero para Martin, cuya percepción estaba agudizada por las circunstancias, fue especialmente fácil darse cuenta de que el desconocido fue torciendo el gesto a medida que le explicaba sus proyectos de arquitectura doméstica. Tampoco pudo evitar, por más que se esforzó en animarlo lo más posible, mover la cabeza una vez, como si esta dijese por su cuenta en lengua vulgar: «¡No, por Dios!». Pero le habló en tono alegre y, aunque le dijo que en esa ciudad no había muy buenas perspectivas para ese trabajo, averiguaría si era posible que las hubiese, y luego le dijo a Martin su nombre, Bevan, su profesión, médico, aunque apenas ejercía, y otras circunstancias relacionadas con él y su familia, que ocuparon el rato hasta que llegaron a las oficinas de *El Diario Sensacionalista*.

Al parecer, el señor Tapley se encontraba a sus anchas en el rellano del primer piso, pues los sones de un caballero que silbaba *Rule Britannia* a todo pulmón llegaron a sus oídos antes de entrar en la casa. Al subir al lugar de donde procedía la música, lo encontraron tumbado en mitad de una fortaleza improvisada con las maletas e interpretando en apariencia su himno nacional para deleite de un negro de pelo gris que estaba sentado en una de las dependencias de la fortaleza (un baúl) y miraba con intensidad a Mark mientras él, con la cabeza apoyada en la mano, le devolvía el halago con aire pensativo y sin dejar de silbar. Parecía haber comido hacía poco, pues tenía la navaja, una botella, y algunos fiambres sobre un pañuelo a su lado. Había pasado parte del tiempo decorando la puerta del *Sensacionalista*, donde sus iniciales aparecían en caracteres de casi treinta centímetros de largo, junto con el día del mes en letra más pequeña; todo estaba rodeado por un borde ornamental y parecía recién hecho.

—¡Casi temía que se hubiese perdido, señor...! —exclamó Mark, levantándose e interrumpiéndose en ese punto en el que los británicos por lo general se supone que deben declarar que «nunca, nunca, nunca»... —. Espero que no haya pasado nada malo, señor.



—No, Mark. ¿Qué ha sido de tu amiga?

—¿La loca, señor? —dijo el señor Tapley—. ¡Oh, está bien, señor!

—¿Ha encontrado a su marido?

—Sí, señor. Al menos lo que quedaba de él —dijo Mark, corrigiéndose.

—Espero que no haya muerto.

—No del todo, señor —replicó Mark—, pero ha padecido tantas fiebres y enfermedades que no sé cómo sigue con vida. Cuando no lo vio esperándola, ¡pensé que se moría ella también!

—¿No estaba?

—No. Había una débil sombra que llegó arrastrándose y que se parecía tanto a su sustancia cuando lo conoció como se parece a uno su propia sombra cuando el sol la estira y alarga. Pero era lo que quedaba de él, de eso no cabe duda. ¡Ella, pobrecilla, se alegró tanto de verlo como si lo hubiese encontrado entero!

—¿Había comprado tierras? —preguntó el señor Bevan.

—¡Ah! Había comprado tierras —dijo Mark, moviendo la cabeza—, y las había pagado. El que se las vendió le dijo que tenían todo tipo de ventajas naturales; y sin duda tenía una de forma ilimitada. ¡Había agua de sobra!

—Sin agua de nada le habrían servido —observó irritado Martin.

—Desde luego que no, señor. El grifo siempre abierto y sin coste alguno. Aparte de los tres o cuatro ríos fangosos que había cerca, en la granja el nivel del agua oscilaba entre un metro y medio y dos metros en la estación seca. En la época de lluvias nunca llegó a saberlo, porque nunca encontró nada lo bastante largo para medirlo.

—¿Es cierto? —le preguntó Martin a su compañero.

—Es muy probable —respondió—. Alguna parcela en el Mississippi o el Missouri, casi seguro.

—Sea como sea —prosiguió Mark— llegó de no sé dónde a Nueva York a buscar a su mujer y a sus hijos, y esta tarde volvieron a marcharse en un vapor, tan felices de estar juntos como si fueran al paraíso. Y, a juzgar por el aspecto del pobre hombre, no me extrañaría que así fuera.

—Y ¿puedo preguntar —dijo Martin mirando sin desagrado al negro— quién es este caballero? ¿Otro amigo tuyo?

—Caramba, señor —replicó Mark, apartándolo a un lado y hablándole al oído en tono confidencial—, es un hombre de color.

—¿Me tomas por ciego? —preguntó Martin con cierta impaciencia—. ¿Crees necesario decirme eso cuando su rostro es lo más negro que he visto?

—No, no; cuando digo un hombre de color —respondió Mark—, me refiero a que ha sido uno de esos cuyo retrato se ve en los escaparates. Un hombre y un hermano<sup>[72]</sup>, ya me entiende, señor —dijo el señor Tapley, obsequiando a su señor con una elocuente alusión a la figura que a menudo aparecía representada en folletos y estampas baratas.

—¡Un esclavo! —exclamó Martin, en un susurro.

—¡Ah! —dijo Mark en el mismo tono—. Ni más ni menos. Un esclavo. Caramba, cuando este hombre era joven (no lo mire mientras se lo cuento), le dispararon en la pierna; le apuñalaron el brazo, lo marcaron como a un cerdo, le dieron de palos, le pusieron un collar de hierro y grilletes en las muñecas y los tobillos. Todavía hoy conserva las marcas. Hace un momento, mientras comía, se quitó la chaqueta y se me fue el apetito.

—¿Es cierto? —le preguntó Martin a su amigo, que seguía a su lado.

—No tengo motivos para dudarlo —respondió bajando la mirada y moviendo la cabeza—. Con mucha frecuencia lo es.

—Bendito sea —dijo Mark—, después de oír toda su historia sé que lo es. Su amo murió, igual que su segundo amo, a quien otro esclavo, que luego se echó al agua y se ahogó, le abrió la cabeza con un hacha; después tuvo a uno mejor, año tras año ahorró un poco de dinero y compró su libertad, que al final le salió muy barata porque apenas tenía ya fuerzas y estaba enfermo. Luego vino aquí. Ahora está ahorrando para regalarse un capricho antes de morir, nada importante, sólo su propia hija, nada más —exclamó exaltándose el señor Tapley—. ¡Viva la libertad! ¡Hurra!

—¡Chis! —exclamó Martin, tapándole la boca con la mano—. No seas idiota. ¿Qué está haciendo aquí?

—Esperando para subir nuestro equipaje a una carreta —dijo Mark—. Habría venido después, pero lo contraté a un precio muy razonable, y de mi propio bolsillo, para que se sentase conmigo y me alegrase, y me ha alegrado, y, si fuese lo bastante rico para contratarlo una vez al día, estaría siempre alegre. —Tal vez sea desmentir solemnemente la veracidad de Mark, pero cabe reconocer que en ese momento había algo en su expresión y en sus modales que no casaba bien con su enfática declaración sobre su estado de ánimo—. Que el Señor lo proteja —añadió—, en esta parte del mundo aprecian tanto la libertad

que la compran, la venden y se la llevan al mercado. Tienen tal pasión por la libertad que no pueden evitar tomarse libertades con ella. De eso se trata.

—Muy bien —dijo Martin, queriendo cambiar de tema—. Después de llegar a esta conclusión, tal vez quieras escucharme. Las señas donde hay que llevar el equipaje están impresas en esta tarjeta. La pensión de la señora Pawkins.

—La pensión de la señora Pawkins —repitió Mark—. Vamos, Cicerón.

—¿Así se llama?

—Así se llama, señor —replicó Mark.

Y, sonriendo desde debajo de un baúl de piel, comparado con el cual su rostro era varios tonos más oscuro, el negro asintió y bajó cojeando las escaleras con una porción de sus bienes terrenales, pues Mark Tapley ya había bajado la otra.

Martin y su amigo los siguieron hasta la puerta de abajo, y se disponían a seguir su paseo, cuando el último se detuvo y preguntó, con ciertas dudas, si aquel joven era de fiar.

—¡Mark! ¡Desde luego! Me fío de él en todo.

—No me entiende... Creo que es mejor que venga con nosotros. Es un tipo honrado y dice lo que piensa con mucha franqueza.

—La verdad —dijo Martin con una sonrisa— es que lo tiene por costumbre porque no está habituado a vivir en una república libre.

—Creo que es mejor que venga con nosotros —replicó su nuevo amigo—. De lo contrario podría meterse en algún lío. Este no es un estado esclavista, pero me avergüenza decir que el espíritu de tolerancia no es tan común en estas latitudes como se dice. No somos conocidos por ser muy moderados cuando discrepamos, pero ¡con los extranjeros!, creo que es mejor que venga con nosotros.

Martin lo llamó para que los acompañara; así que Cicerón se fue por un lado con la carreta y ellos tres por otro.

Estuvieron paseando dos o tres horas por la ciudad, contemplándola desde las mejores perspectivas, deteniéndose en las calles principales y en los edificios públicos que les enseñó el señor Bevan. Luego empezó a anochecer y Martin propuso que fuesen al establecimiento de la señora Pawkins a tomar un café, pero su nuevo conocido se opuso, pues parecía habersele metido entre ceja y ceja llevarlo, aunque fuese sólo una hora, a casa de un amigo que vivía cerca. Pensando (a pesar de que no le apetecía porque estaba cansado) que sería de mal gusto y poco elegante objetar que no les habían presentado después de que se ofreciera a apadrinarlo, Martin —por una vez en la vida— sacrificó su voluntad y su gusto a los deseos de otro y consintió de buen grado. De modo que el viaje ya le había hecho ese bien.

El señor Bevan llamó a la puerta de una casa de tamaño medio y muy bien cuidada, en cuyo salón brillaban las luces que iluminaban la calle ya oscura. La abrió enseguida un hombre con un rostro tan decididamente irlandés que pareció como si por derecho y por principio debiese ir vestido con harapos y no tuviera motivos para mirar alegremente a nadie con su traje de tres piezas.

Dejando a Mark al cuidado de aquel fenómeno, pues eso fue lo que le pareció a Martin, el señor Bevan se dirigió a la sala que había vertido su alegría en la calle y a cuyos ocupantes presentó al señor Chuzzlewit como un caballero de Inglaterra a quien había tenido el placer de conocer hacía poco. Le dieron la bienvenida con mucha cortesía y educación; y en menos de cinco minutos se encontró sentado muy a gusto al lado de la chimenea y charlando agradablemente con toda la familia.

Había dos señoritas —una de dieciocho años y la otra de veinte— muy esbeltas y guapas; su madre, que a Martin le pareció mucho mayor y más ajada de lo que debería ser; y la abuela, una anciana de ojos vivos, que parecía haber pasado la vejez y haber vuelto a rejuvenecer. Además estaban el padre y el hermano de las señoritas; el primero se dedicaba a asuntos mercantiles y el segundo estudiaba en una universidad y ambos

eran tan cordiales como su amigo y hasta guardaban con él cierto parecido, lo cual no era de extrañar, porque pronto supo que eran parientes cercanos. Martin no pudo sino trazar el linaje familiar de las dos jóvenes, que enseguida ocuparon el primer plano de sus pensamientos, no sólo por ser, como se ha dicho, muy guapas, sino porque calzaban unos zapatos milagrosamente pequeños y llevaban las medias más finas que cabe imaginar y las mecedoras lo subrayaban hasta extremos enloquecedores.

No hay duda de que era una circunstancia agradabilísima estar en un salón cómodo y bien amueblado, caldeado por una alegre chimenea y repleto de cosas hermosas, entre ellas cuatro zapatitos e idéntica cantidad de medias de seda, y —sí, ¿por qué no?— los pies y las piernas que tanto enaltecían. Y tampoco hay duda de que Martin estaba más que dispuesto a considerar así su situación, después de sus recientes vivencias en el Tornillo y la pensión de la señora Pawkins. La consecuencia fue que estuvo amabilísimo y, cuando llegaron el té y el café (seguidos de dulces conservas y exquisitas pastitas), estaba muy animado y se había ganado el afecto de toda la familia.

Antes de beber la primera taza de té se produjo otra deliciosa circunstancia. Toda la familia había estado en Inglaterra. ¡Eso sí que era agradable! Martin no se alegró tanto cuando descubrió que conocían a todos los grandes duques, lores, vizcondes, marquesas, duquesas, caballeros y *baronets* y estaban interesadísimos por cualquier detalle relacionado con ellos. De todos modos, cuando preguntaban por el portador de este o aquel título y decían: «¿Se encuentra bien?», Martin respondía: «Sí, oh, sí. Nunca ha estado mejor»; y cuando decían: «Y la marquesa, la madre de su excelencia, ¿está muy cambiada?», Martin respondía: «Oh, no, qué va, la reconocerían en cualquier sitio si la vieses», y así se las arregló para salir bien librado. Del mismo modo, cuando las jóvenes señoritas le preguntaron por el pez dorado de la fuente griega del invernadero de tal y tal aristócrata, y si había tantos como antes, él respondió, después de mucho meditarlo, que debía de haber al menos el doble; y, en cuanto a los peces exóticos, «¡Oh! ¡Vaya!, no vale la pena ni decirlo; hay que verlos para creerlos», una mejora que recordó a la familia el esplendor de aquel brillante festival (al que asistió toda la aristocracia británica) y al que los invitaron especialmente, y que de hecho se había ofrecido en parte en su honor; y el recuerdo de lo que el señor Norris, padre, le había dicho al marqués, y lo que la señora Norris, madre, le había dicho a la marquesa, y lo que habían respondido tanto el marqués como la marquesa, que coincidieron en que, por su honor, deseaban que el señor Norris, padre, la señora Norris, madre, las señoritas Norris, y el señor Norris, hijo, se instalaran permanentemente en Inglaterra, y les permitiesen disfrutar de su amistad eterna les entretuvo mucho rato.

A Martin le pareció bastante raro, y en cierto sentido incoherente, que en el curso de aquellas narraciones, y en mitad de su disfrute de ellas, tanto el señor Norris, padre, como el señor Norris, hijo (que se escribía a diario con cuatro miembros de la Cámara de los Lores), se

extendieran sobre las ventajas inestimables de no tener tan arbitrarias distinciones en esa tierra ilustrada, donde no había más nobleza que la de espíritu y toda la sociedad se basaba en una amplia base de amor fraternal e igualdad natural. De hecho el señor Norris, padre, estaba extendiéndose en una frase sobre este asunto tan rimbombante y volviéndose un poco tedioso cuando el señor Bevan distrajo su atención preguntándole, como si tal cosa, por el ocupante de la casa de al lado; en respuesta a lo cual el señor Norris, padre, observó que esa persona profesaba opiniones religiosas que él no podía tolerar, por lo que no había tenido el honor de conocerla. La señora Norris, madre, añadió otra razón de cosecha propia que en realidad era la misma formulada con otras palabras: a saber, que creía que no estaban mal, pero no eran gentiles.

Salió a relucir otro detalle que impresionó mucho a Martin. El señor Bevan les habló de Mark y el negro, y luego resultó que todos los Norris eran abolicionistas. Fue un gran alivio oírlo, y Martin se alegró tanto de estar en semejante compañía que expresó su compasión por los negros desdichados y oprimidos. Pues bien, a una de las señoritas —la más guapa y delicada— le divirtió mucho la seriedad con la que habló y cuando le preguntó por qué, ella no pudo parar de reír. Cuando por fin lo consiguió, le dijo que los negros eran muy graciosos, y tenían unos modales y una apariencia tan ridículos que a quienes los conocían les resultaba imposible tomarse en serio a esa absurda parte de la creación. El señor Norris, padre, la señora Norris, madre, la señorita Norris, hermana, y el señor Norris, hijo, e incluso la señora Norris, abuela, fueron todos de la misma opinión, y la consideraron totalmente indiscutible, ¡como si el sufrimiento y la sordidez de la esclavitud fuesen incapaces de prestar cierta solemnidad a cualquier animal humano, así fuese tan ridículo físicamente como el más grotesco de los simios; o, moralmente, como el más manso Nemrod entre los republicanos cazadores de cabelleras!

—En suma —dijo el señor Norris, padre, zanjando cómodamente la cuestión—, que hay una antipatía natural entre las razas.

—Que incluye —dijo el amigo de Martin, en voz baja— la más cruel de las torturas y la venta de generaciones no nacidas.

El señor Norris, hijo, no dijo nada, pero hizo una mueca, se limpió las manos, igual que debió de hacer Hamlet, después del librarse del cráneo de Yorick, como si hubiese tocado a algún negro en ese momento y le hubiese tiznado las manos.

Para que la conversación volviese a su agradable curso anterior, Martin cambió de tema, con la astuta sospecha de que en el mejor de los casos sería una cuestión peligrosa, y volvió a dirigirse a las señoritas, que iban magníficamente vestidas con preciosos colores y con prendas a la misma escala que sus zapatitos y sus finas medias de seda. Eso le dio a entender que eran grandes entendidas en la moda francesa, tal como pudo comprobar más tarde, pues, aunque su información no estaba muy

actualizada, sí era muy amplia: y la hermana mayor en particular, que se distinguía por su talento para la metafísica, las leyes de la presión hidráulica y los derechos de la humanidad, tenía un modo novedoso de combinar tales dotes y de introducirlas en cualquier asunto, desde los sombreros hasta el cambio de siglo, ambos incluidos; lo cual era al mismo tiempo notable e instructivo, tanto, en suma, que a menudo sumía a los desconocidos en un estado de locura transitoria en menos de cinco minutos.

Martin notó que empezaba a perder la cordura y, para salvarse, le pidió a la otra hermana (al ver un piano en la sala) que cantara. Ella aceptó encantada y enseguida empezó un concierto improvisado a cargo de las dos señoritas Norris. Cantaron en todos los idiomas menos en el suyo. En alemán, en francés, en italiano, en español, en portugués y en suizo, pero nada autóctono, no hay nada tan bajo como lo autóctono. Pues en eso los idiomas son como los viajeros, ordinarios y vulgares en casa, pero especialmente refinados en el extranjero.

No cabe duda de que, a su debido tiempo, las señoritas Norris habrían cantado en hebreo, si no las hubiese interrumpido un anuncio del irlandés, que abrió la puerta de par en par y exclamó:

—¡El general Fladdock!

—¡Caramba! —exclamaron las dos hermanas, interrumpiéndose de pronto—. ¡El general ha vuelto!

Mientras hacían esa exclamación, el general, con uniforme de gala para un baile, entró con tanta precipitación que se enganchó una bota en la alfombra, tropezó con su espada, y cayó de bruces mostrando una curiosa calva en la coronilla a la asombrada concurrencia. Y no fue eso lo peor, pues, como era bastante rígido y corpulento, una vez en el suelo, el general no pudo levantarse, y se quedó retorciéndose y haciendo con las botas cosas de las que no hay antecedentes en la historia militar.

Por supuesto, todos se precipitaron a ayudarlo; y el general volvió a ponerse en pie enseguida. No obstante, aunque su uniforme estaba tan maravillosa y temiblemente confeccionado que cuando logró incorporarse no tenía ni una arruga, igual que un payaso muerto, no recobró el dominio de sí mismo hasta que lo dejaron sobre la suela de sus zapatos: entonces se animó como por milagro y, moviéndose de lado, para caber mejor y correr menos peligro de deshilar sus galones dorados al rozarlos con algo, se adelantó sonriente para saludar a la señora de la casa.

¡Desde luego, habría sido imposible que la familia testimoniase mayor alegría y deleite que ante aquella aparición tan inesperada del general Fladdock! Lo recibieron con tanta cordialidad como si Nueva York estuviese en estado de sitio y no hubiese ningún otro general disponible. Les estrechó tres veces las manos a los Norris y luego pasó revista desde cierta distancia, igual que habría podido hacer un valeroso jefe



militar, con la capa echada hacia delante en el hombro derecho y hacia atrás en el izquierdo para mostrar su pecho varonil.

—¡Heme aquí —exclamó el general— una vez más ante los espíritus más escogidos de mi país!

—Sí —respondió el señor Norris, padre—. Aquí estamos, general.

Luego todos los Norris rodearon al general y le preguntaron cómo y dónde había estado desde la fecha de su última carta, qué tal lo había pasado en el extranjero, y, sobre todo, y por encima de cualquier otra cosa, hasta qué punto había conocido a los grandes duques, lores, vizcondes, marqueses, duques, caballeros y *baronets*, en los que tanto regocijo encuentra el pueblo de esos benditos países.

—No me hablen —respondió el general, levantando la mano—. Me he pasado el día con ellos, y he traído periódicos en mi baúl con mi nombre impreso —bajó la voz y habló en tono impresionante— en los ecos de sociedad. Pero ¡ay, cuántos convencionalismos en esa sorprendente Europa!

—¡Ah! —gritó el señor Norris, padre, moviendo la cabeza con melancolía, y mirando hacia Martin como si dijese: «No puedo negarlo, señor. Lo haría si pudiera».

—¡Qué poco difundido está el sentido moral en ese país! —exclamó el general—. ¡Qué falta de dignidad moral en el hombre!

—¡Ah! —suspiraron todos los Norris, abrumados por el desaliento.

—No podría haberlo comprendido —prosiguió el general— sin haber ido. Norris, la suya es una imaginación poderosa, pero yo no habría sido capaz de entenderlo si no hubiese ido.

—Jamás —admitió el señor Norris.

—Cuánta exclusividad, cuánto orgullo, cuántos formalismos, cuántas ceremonias —exclamó el general subrayando cada repetición—. ¡Cuántas barreras artificiales entre el hombre y el hombre; cuántas divisiones de la raza humana en todos los palos de la baraja: espadas, copas, bastos... todo menos corazones!

—¡Ah! —gritó la familia al unísono—. ¡Cuánta razón tiene, general!

—Pero ¡espere! —exclamó el señor Norris, padre, cogiéndolo del brazo—. Sin duda, ¿habrá venido usted en el Tornillo, general?

—¡Caramba, pues sí! —fue su respuesta.

—¡Será posible! —exclamaron las dos jóvenes—. ¡Qué casualidad!

El general pareció no comprender por qué llegar a casa en el Tornillo había causado tanta sensación, y tampoco pareció entenderlo mejor cuando el señor Norris le presentó a Martin y dijo:

—Es uno de sus compañeros de travesía, ¿no?

—¡Mío! —exclamó el general—. ¡No!

No había visto nunca a Martin, pero Martin sí lo había visto a él y lo reconoció, al verlo frente a frente, como el caballero que se había metido las manos en los bolsillos hacia el final del viaje y había paseado por cubierta con las ventanas de la nariz dilatadas.

Todos miraron a Martin. No había remedio. La verdad tenía que salir a la luz.

—He venido en el mismo barco que el general —dijo Martin—, pero no en los mismos camarotes. Tenía que hacer economías, así que compré un billete de tercera.

Si hubiesen metido al general en un cañón cargado y le hubiesen pedido que encendiera él mismo la mecha, no habría mostrado más consternación que después de oír estas palabras. ¡Habían pensado que él, Fladdock —Fladdock con el uniforme de gala de la milicia, Fladdock el general, Fladdock mimado por la aristocracia extranjera—, conocería a un sujeto que había viajado en un camarote de tercera de un paquebote de línea, por cuatro libras y diez chelines, y que lo saludaría en el mismísimo santuario de la moda neoyorquina y en el seno de la aristocracia neoyorquina! A punto estuvo de echar mano a la espada.

Se hizo un silencio sepulcral entre los Norris. Si esa historia llegaba a saberse, su pariente del campo los habría deshonrado para siempre con su imprudencia. Eran las estrellas de una elevada esfera neoyorquina. Había otras esferas elegantes por encima y otras esferas elegantes por debajo, y ninguna de las estrellas de cualquiera de esas esferas tenía nada que decir a las estrellas de cualquiera de las otras esferas. Pero en todas las esferas se correría la voz de que los Norris, engañados por una apariencia y unos modales caballerescos, se habían rebajado a «recibir» a un desconocido que no tenía ni un centavo. ¡Oh, águila guardiana de la pura república, tener que vivir para ver eso!

—Permitan —dijo Martin, después de un terrible silencio— que me marche. Tengo la sensación de ser la causa de al menos tanta vergüenza como la que he atraído sobre mí. Pero antes de marcharme, debo exonerar a este caballero, que, al presentarme, ignoraba por completo mi falta de méritos, se lo aseguro.

Con estas palabras, hizo una reverencia a los Norris y dejó la sala como un hombre de nieve, muy frío por fuera, pero muy acalorado por dentro.

—Vamos, vamos —dijo el señor Norris, padre, mirando muy pálido a los presentes cuando Martin cerró la puerta—, esta noche ese joven ha contemplado un refinamiento en las formas sociales y una elegante magnificencia en el decoro social que desconoce en su país. Esperemos que eso pueda despertar un sentimiento moral en su interior.

Si el sentido moral, ese peculiar bien transatlántico —pues, si hemos de creer a los hombres de Estado, escritores de panfletos y oradores autóctonos, los Estados Unidos monopolizan dicha mercancía—, si ese peculiar bien transatlántico se supone que incluye un amor benevolente por toda la humanidad, sin duda Martin habría necesitado que lo despertasen mucho, pues mientras avanzaba a grandes zancadas por la calle, con Mark pisándole los talones, sus sentimientos inmorales estaban funcionando activamente, animándolo a proferir ciertas observaciones sanguinarias, que fue mejor para él que no oyese nadie. No obstante, se había enfriado ya lo bastante para empezar a reírse al recordar estos incidentes, cuando oyó unos pasos y al volverse vio a su amigo Bevan casi sin aliento.

Cogió a Martin del brazo, le rogó que anduviera más despacio y guardó silencio unos minutos. Por fin dijo:

—Espero que pueda exonerarme en otro sentido.

—¿A qué se refiere? —preguntó Martin.

—A que espero que me crea si le digo que no pensaba ni esperaba que su visita terminase así. Pero me parece que no es necesario decírselo.

—No lo es —respondió Martin—. Estoy todavía más en deuda con usted por su amabilidad, después de ver de qué están hechos aquí los buenos ciudadanos.

—Supongo —replicó su amigo— que de la misma pasta que en cualquier sitio, aunque no quieran reconocerlo y lo disimulen con falsas pretensiones.

—En buena fe, tiene usted razón —admitió Martin.

—Tengo para mí —prosiguió su amigo— que podría presenciar una escena igual en una comedia inglesa y no le parecería burdo, improbable ni anómalo, ¿me equivoco?

—¡Por supuesto que no!

—Sin duda es más ridículo aquí que en ningún otro sitio —dijo su compañero—, pero la culpa la tienen nuestras profesiones. En lo que a mí se refiere, puedo añadir que sabía perfectamente que había viajado usted en tercera, pues no vi su nombre en la lista de pasajeros.

—Me siento aún más en deuda con usted —dijo Martin.

—Norris es muy buena persona a su manera —observó el señor Bevan.

—¿Ah, sí? —preguntó lacónico Martin.

—¡Oh, sí!, tiene un millar de cosas buenas. Si usted o cualquier otro apelasen a él no como su igual sino *in forma pauperis*<sup>[73]</sup>, sería todo bondad y consideración.

—No necesitaba recorrer tres mil millas para conocer a una persona así —dijo Martin. Ni él ni su amigo dijeron nada más en el camino de vuelta, y los dos parecieron encontrar ocupación suficiente en sus propios pensamientos.

El té, la cena, o como quiera que llamasen a la colación nocturna, había terminado cuando llegaron a casa del comandante, pero el mantel, adornado con unas cuantas manchas más, continuaba sobre la mesa. En un extremo de esta, la señora de Jefferson Brick y otras dos señoras estaban bebiendo té, fuera de horario, sin duda, pues llevaban puestos el sombrero y el chal y parecían recién llegadas. A la luz de tres velas llameantes de distintas longitudes, en palmatorias de diversas formas, la sala daba casi tan mala impresión como en pleno día.

Estas mujeres estaban hablando en voz muy alta cuando entraron Martin y su amigo; pero, al ver a los caballeros, callaron en el acto y se volvieron muy formales, por no decir gélidas. Mientras intercambiaban unas cuantas observaciones entre susurros, hasta el agua de la tetera pareció descender varios grados ante su heladora frialdad.

—¿Ha ido a una reunión, señora Brick? —preguntó el amigo de Martin con cierta pillería en la mirada.

—A una conferencia, señor.

—Le ruego que me perdone. Lo olvidaba. No va usted a reuniones, ¿verdad?

En ese momento la señora que estaba a la derecha de la señora Brick soltó una tos piadosa como para decir: «¡Yo sí!», como de hecho hacía casi todas las noches de la semana.

—¿Un buen sermón, señora? —preguntó el señor Bevan dirigiéndose a la dama.

La señora alzó los ojos con gesto piadoso y respondió que sí. Se había sentido muy reconfortada gracias a una buena, seria y condimentada doctrina, que había abarcado a todos sus amigos y conocidos y justificado su forma de actuar. Además su sombrero había destacado

por encima de todos los sombreros de la congregación, así que estaba tranquila en todos los sentidos.

—¿A qué ciclos de conferencias asiste usted, señora? —preguntó el amigo de Martin, volviéndose otra vez hacia la señora Brick.

—Los miércoles, la filosofía del alma.

—¿Y los lunes?

—La filosofía del crimen.

—¿Y los viernes?

—La filosofía de las verduras.

—Ha olvidado usted la filosofía del gobierno los jueves, querida —observó la tercera señora.

—No —dijo la señora Brick—. Esas son los martes.

—¡Caramba! ¡Tiene razón! —exclamó la señora—. Los jueves es la filosofía de la materia, claro.

—Ya ve, señor Chuzzlewit, que las señoras están muy ocupadas —dijo Bevan.

—Desde luego, bien puede decirlo —respondió Martin—. Entre esos asuntos tan graves fuera de casa y las obligaciones familiares, su tiempo debe de estar muy ocupado.

Martin se interrumpió al notar que las señoras lo miraban sin demasiado agrado, aunque no habría sabido adivinar qué había hecho para merecer la expresión de desprecio que apareció en su rostro. No obstante, cuando subieron a sus habitaciones —muy poco después—, el señor Bevan le informó de que las ocupaciones domésticas estaban muy por debajo de los elevados intereses de aquellas filósofas, y que la probabilidad de que cualquiera de las tres supiese hacer la labor más sencilla, o de confeccionar la prenda más simple para uno de sus hijos, era de uno contra cien.

—Otra cosa es si no sería mejor que se entretuvieran con instrumentos tan romos como las agujas de hacer calceta que con esas armas tan afiladas —dijo—; pero sí puedo decirle una cosa: casi nunca se cortan ellas mismas. Su devoción y sus conferencias son para ellas como para nosotros los bailes y los conciertos. Van a esos lugares de esparcimiento para escapar de la monotonía, comparan la vestimenta de unas y de otras y se vuelven a casa.

—¿Con lo de «casa» se refiere usted a este sitio?

—Muy a menudo. Pero veo que está usted agotado, así que le daré las buenas noches. Por la mañana hablaremos de sus proyectos. No puede usted decirse tan pronto que es inútil seguir aquí y abandonar la esperanza de realizarlos. Tiene que seguir adelante.

—¿Para empeorar? —dijo Martin, completando el antiguo proverbio.

—Espero que no. Pero basta por hoy... ¡Buenas noches!

Se estrecharon la mano con cordialidad y se despidieron. En cuanto Martin se quedó solo, desapareció la agitación de la novedad y del cambio que lo había ayudado a soportar las fatigas del día; y se sintió tan exhausto y desanimado que incluso le faltaron fuerzas para subir las escaleras para ir a acostarse.

En doce o quince horas ¡qué cambio tan enorme habían sufrido sus planes! Por nuevos y extraños que fuesen el terreno que pisaba y el aire que respiraba, no podía —al recordar todo lo sucedido en un día— sino tener la clara impresión de que su empresa estaba condenada. Por precipitada y mal planeada que le hubiese parecido a menudo a bordo, en tierra nunca se lo había parecido, y ahora tenía un aspecto desalentador que le asustaba. Todos los pensamientos que llamaba en su auxilio adoptaban formas deprimentes y poco prometedoras y no le aportaban el menor alivio. Incluso los diamantes de su dedo relucían con el fulgor de las lágrimas y no tenían ningún rayo de esperanza en su brillo.

Siguió sentado sumido en sus sombríos pensamientos al lado de la estufa sin prestar atención a los inquilinos que iban llegando, uno tras otro, de sus almacenes y contadurías, o de los bares cercanos, y, después de beber largos tragos de agua de una enorme jarra blanca que había sobre un aparador y de demorarse con una especie de horrible fascinación cerca de las escupideras de latón, subían lentamente a la cama, hasta que por fin Mark Tapley lo sacudió del brazo pensando que se había quedado dormido.

—¡Mark! —gritó, sobresaltado.

—Muy bien, señor —dijo su alegre partidario, apagando con los dedos la vela que llevaba en la mano—. La suya no es una cama muy grande, señor. Y alguien que no tuviese mucha sed podría beberse, antes del desayuno, el agua que le han puesto para averse, y luego comerse la toalla. Pero esta noche dormiré sin balanceos.

—Tengo la sensación de que la casa está en el agua —observó Martin, tambaleándose al levantarse—; y estoy muy desanimado.

—Yo estoy feliz como una perdiz, señor —dijo Mark—. Pero ¡por Dios!, motivos no me faltan. Si quiere saber mi opinión, tendría que haber nacido aquí. Tenga cuidado al subir —estaban subiendo las escaleras—.

¿Recuerda usted al caballero a bordo del Tornillo que tenía un baúl muy pequeño, señor?

—¿El de la maleta? Sí.

—Pues bien, señor, acaban de repartir la ropa limpia esta noche, y la han dejado a la puerta de las habitaciones. Si se fija al subir en qué pocas camisas hay y cuantas pecheras, comprenderá el misterio de su equipaje.

Pero Martin estaba demasiado cansado y desanimado para fijarse en nada, así que no se interesó por su descubrimiento. El señor Tapley, lejos de dejarse abatir por su indiferencia, lo llevó a la parte de arriba de la casa y a la habitación que le habían asignado, que era muy pequeña y estrecha y tenía sólo media ventana, una cama como un baúl sin tapa, dos sillas, un trozo de alfombra de las que se usan en Inglaterra para limpiarse los zapatos, un espejito clavado contra la pared y una jarra y un lavabo que podrían haberse confundido con una jarrita de leche y un cuenco para los posos del té.

—Supongo que en este país se sacan brillo con un trapo seco —dijo Mark—. No hay duda de que tienen un principio de fobia, señor.

—Te agradecería que me quitases las botas —dijo Martin, desplomándose en una de las sillas—. Estoy exhausto... muerto de cansancio, Mark.

—No dirá eso mañana por la mañana, señor —respondió el señor Tapley—, ni siquiera esta noche, señor, cuando pruebe esto.

Con estas palabras sacó un vaso muy grande, lleno hasta arriba de trozos de hielo limpio y transparente, entre los cuales dos finas rodajas de limón y un líquido dorado de aspecto delicioso atraían la mirada deleitada del espectador.

—¿Qué es eso? —preguntó Martin.

Pero el señor Tapley no respondió: se limitó a sumergir en la mezcla una pajita que causó una agradable conmoción entre los trocitos de hielo y le indicó con un gesto expresivo que el bebedor extasiado debía succionarlo por ese medio.

Martin cogió el vaso con una mirada de perplejidad, se llevó la pajita a los labios y alzó la mirada maravillado. No volvió a detenerse hasta vaciar el vaso hasta la última gota.

—¡Eso es, señor! —dijo Mark, quitándoselo con un gesto triunfante—. Si alguna vez vuelve a estar usted muerto de cansancio, y yo no estoy

cerca, lo único que necesita es pedirle a quien tenga más cerca que vaya a buscarle un *cobbler* .

—¡Que vaya a buscarme un *cobbler*<sup>[74]</sup> ! —repitió Martin.

—Este maravilloso invento, señor —dijo Mark, dando unos tiernos golpecitos en el vaso vacío—, se llama un *cobbler*. *Sherry cobbler* es el nombre completo; *cobbler* para los amigos. Ahora ya puedo quitarle las botas, porque es, en todos los detalles importantes, un hombre nuevo.

Después de aquel solemne prefacio, cogió el sacabotas.

—¡No me entiendas mal! No voy a desanimarme, Mark —dijo Martin—; pero ¡por Dios que como acabemos en alguna parte sin civilizar de este país sin bienes ni dinero...!

—¡Bueno, señor! —replicó el imperturbable Tapley—, por lo que llevo visto, no sé si en esas circunstancias no nos iría mejor en un lugar sin civilizar que en uno civilizado.

—¡Ay, Tom Pinch, Tom Pinch! —dijo Martin, en tono pensativo—. ¡Qué no daría por estar otra vez a tu lado y oír tu voz, aunque fuese en nuestra vieja habitación en casa de Pecksniff!

—¡Oh, Dragón, Dragón! —se hizo eco alegremente Mark—, si no hubiese un océano entre nosotros y volver no fuera una muestra de debilidad, no sé si no diría yo lo mismo. Pero heme aquí, Dragón, en Nueva York, en Norteamérica; y hete allí en Wiltshire, en Europa; y hay una fortuna por hacer, y una joven hermosa por quien hacerla, y cuando uno va a ver el Monumento, Dragón, ¡no debe rendirse en los escalones de la puerta, o nunca llegará arriba!

—Bien dicho, Mark —exclamó Martin—. Debemos mirar hacia delante.

—En todos los cuentos que he leído, señor, los que miraban atrás acababan convertidos en piedra —replicó Mark—, y siempre he sido de la opinión de que se lo habían buscado y se lo tenían bien merecido. ¡Le deseo buenas noches, señor, y dulces sueños!

—Entonces tendré que soñar con casa —dijo Martin, mientras se acostaba.

—Lo mismo digo —susurró Mark Tapley, cuando llegó a su propio cuarto donde no podía oírle—, pues, si antes de salir de esta, no llega un momento en el que seguir alegre sea un poco más meritorio, ¡es que soy estadounidense!

Dejémoslos mezclar y fundir en sus sueños las sombras de los objetos lejanos, mientras adoptan formas fantásticas en la pared a la luz tenue del pensamiento descontrolado, y que el papel de nuestra sucinta



crónica —un sueño dentro de un sueño— sea cambiar rápidamente de escenario y cruzar el océano hasta tierras inglesas.

## Capítulo XVIII. Que trata de la casa de Anthony Chuzzlewit e Hijo, de la que uno de los socios se retira de forma inesperada

El cambio engendra el cambio. Nada se propaga tan deprisa. Si un hombre habituado a un estrecho círculo de cuidados y placeres, de los que rara vez se aparta, saliese de él, aunque fuera por un breve instante, su partida del monótono escenario en el que ha sido un actor de importancia parecería la señal para una confusión inmediata. Igual que si clavasen hasta el fondo la cuña del cambio en el hueco que dejara y convirtieran en fragmentos lo que era un bloque sólido; cosas cimentadas y sostenidas por las costumbres de años se rompen en pedazos en otras tantas semanas. La mina que el Tiempo ha excavado poco a poco debajo de los objetos familiares se derrumba en un instante; y lo que antes era roca se convierte en puros polvo y arena.

La mayoría de los hombres han comprobado esto en alguna medida. En estas páginas expondremos fielmente hasta qué punto las leyes naturales del cambio ejercieron su supremacía en esa limitada esfera de acción que Martin había abandonado.

—¡Qué primavera más fría! —lloriqueó el viejo Anthony, acercándose al fuego—. ¡Estoy seguro de que cuando era joven era más cálida!

—Lo fuese o no, no tienes por qué chamuscarte y hacerte agujeros en la ropa —observó el amable Jonas, alzando la vista del periódico del día anterior—. La tela de paño no es barata.

—¡Un buen muchacho! —gritó el padre, echándose el aliento en las manos para calentarlas y frotándolas débilmente una contra otra—. ¡Un muchacho prudente! Nunca se ha dejado llevar por la vanidad en el vestir. ¡No, no!

—Te advierto de que no sé si lo haría si fuese gratis —dijo su hijo, mientras volvía a leer el periódico.

—¡Ah! —se rió el viejo—. ¡Si lo fuese, claro! Pero hace mucho frío.

—Deja el fuego en paz —exclamó el señor Jonas deteniendo la honrada mano de su padre que sostenía el atizador—. ¿Es que quieres hundirte en la miseria en tu vejez y te ha dado por despilfarrar?

—No hay tiempo para eso, Jonas —dijo el anciano.

—No hay tiempo ¿para qué? —chilló su heredero.

—Para que me hunda en la miseria. ¡Ojalá lo hubiese!

—Siempre has sido un egoísta redomado —dijo Jonas en voz baja para que no lo oyera y mirándolo ceñudo—. Muy propio de ti. No te importaría, ¿verdad? Seguro que no. Y tampoco te importaría un bledo que se hundieran en ella los de tu misma sangre. ¡Tienes el corazón de pedernal!

Después de este discurso tan respetuoso, le cogió la taza de té que llevaba en la mano, pues el padre, el hijo y Chuffey estaban a mitad de esa colación. Luego, mirando fijamente a su padre y deteniéndose de vez en cuando para llevarle una cucharita a los labios, continuó en el mismo tono diciendo:

—¡En la miseria! Bonita conversación para un viejo a esta hora del día. ¿Ahora te ha dado por hablar de la miseria? ¡Muy bien! Así que ¿no hay tiempo? No, espero que no. Aunque, si pudieras, vivirías doscientos años y aún así seguirías quejándote. ¡Te conozco! —El anciano suspiró y siguió acurrucado delante del fuego. El señor Jonas blandió su cucharita de metal Britannia y adoptando una posición más altiva siguió discutiendo la cuestión con elevados fundamentos morales—. Si piensas así —gruñó, aunque sin alzar la voz—, ¿por qué no me transfieres tus propiedades? Fíjate una renta anual, y haz tu vida más interesante para ti y para quienes están pendientes de ti. Pero no, eso no te convence. Esa sería la forma más natural de comportarte con tu propio hijo, pero te gusta ser antinatural y privarlo de sus derechos. Yo en tu lugar sentiría vergüenza y me alegraría de ocultar la cabeza en... llámalo como quieras.

Es posible que esa definición general se refiriese al lugar de enterramiento, la tumba, el sepulcro, el cementerio, el mausoleo, o cualquier otra palabra parecida que la ternura filial del señor Jonas le impedía pronunciar por pura delicadeza. No siguió hablando del asunto, pues Chuffey, al reparar de algún modo desde su viejo rincón al lado de la chimenea en que Anthony estaba escuchando y Jonas daba la impresión de estar hablando, gritó de pronto, como inspirado:

—¡Es su hijo, señor Chuzzlewit! ¡Su propio hijo, señor!

El viejo Chuffey apenas sospechó cuán profundamente comprometedoras eran sus palabras, ni que, en la amarga sátira que entrañaban, habrían podido calar hasta el alma misma del anciano, de haber sabido las palabras que su hijo había estado a punto de pronunciar o que le habían pasado por la imaginación. Pero la voz desvió el curso de las reflexiones de Anthony, y lo animó.

—Sí, sí, Chuffey, Jonas es una astilla del viejo tronco. Y ahora es ya un tronco muy viejo, Chuffey —dijo el anciano, con un extraño gesto de desconcierto.

—Mucho —coincidió Jonas.

—No, no, no —dijo Chuffey—. No, señor Chuzzlewit. Ni mucho menos, señor.

—¡Oh! Está peor que nunca —gritó Jonas, asqueado—. Palabra, padre, que cada vez está peor. ¡Cierra el pico, haz el favor!

—¡Dice que no tiene usted razón! —le gritó Anthony a su viejo contable.

—¡Bobadas! —fue la respuesta de Chuffey—. Si lo sabré yo. Él sí que no tiene razón. No es más que un muchacho. Eso es. Y usted también, señor Chuzzlewit... una especie de muchacho. ¡Ja, ja, ja! Para muchos que he conocido es usted un muchacho; para mí lo es; lo es para cientos de nosotros. ¡No le haga usted caso!

Y con este extraordinario discurso —pues tratándose de Chuffey era un estallido de elocuencia sin parangón— la pobre y anciana sombra pasó la mano de su amo por su brazo paralítico y la dejó allí, con la suya encima como si quisiera defenderlo.

—Cada día estoy más sordo, Chuff —dijo Anthony con los modales más dulces o, por describirlo de forma más correcta, con la menor dureza que fue capaz de expresar.

—No, no —exclamó Chuffey—. No es verdad. Y ¿qué si lo está? Hace veinte años que estoy sordo.

—También estoy cada día más ciego —dijo el anciano, moviendo la cabeza.

—¡Buen síntoma! —exclamó Chuffey—. ¡Ja, ja, ja! ¡El mejor del mundo! Antes veía usted demasiado bien.

Le dio unas palmaditas a Anthony en la mano igual que si consolara a un niño, pasó aún más el brazo del anciano por el suyo, señaló con los dedos temblorosos hacia Jonas, como si quisiera echarlo de la sala. Pero, al ver que Anthony seguía callado e inmóvil, lo fue soltando poco a poco y volvió a su sitio de siempre en el rincón, limitándose a alargar el brazo de vez en cuando y tocar a su antiguo patrón en el abrigo, como para comprobar si todavía seguía allí.

El señor Jonas se quedó tan perplejo con su proceder que sólo acertó a mirar a los dos ancianos, y no dio rienda suelta a sus emociones hasta que Chuffey se quedó adormilado cuando se le acercó e hizo el gesto, por decirlo en palabras vulgares, de «atizarle en la cabeza».

«Llevan así —pensó Jonas sumido en sus sombríos pensamientos— dos o tres semanas. Nunca he visto a mi padre prestarle tanta atención como ahora. ¡Vaya! Así que intentando quedarse con mi herencia, ¿eh, señor Chuff?»

Pero Chuffey fue tan poco consciente de lo que pensaba como de la cercanía física del puño cerrado del señor Jonas que se demoraba cariñosamente cerca de su oreja. Después de mirarlo con todo el desdén de su corazón, Jonas cogió la palmatoria de la mesa, entró en su despacho acristalado y sacó un manojito de llaves del bolsillo. Abrió un cajón secreto del escritorio con una de ellas y miró hacia fuera con gesto huidizo para asegurarse de que los dos ancianos seguían inmóviles delante del fuego.

—Todo está igual que siempre —dijo, sujetando la tapa del escritorio con la frente y desplegando un papel—. Aquí está el testamento, señor Chuff. Treinta libras al año para pagar su mantenimiento, viejo, y todo lo demás para su único hijo, Jonas. No vale la pena que se moleste en ser demasiado afectuoso. Así no conseguirá nada. ¿Qué pasa?

Fue ciertamente sorprendente. Un rostro se había asomado con curiosidad al otro lado del cristal, y no lo miraba a él sino el papel que tenía en la mano, pues sus ojos estaban fijos en el escrito y se alzaron de pronto al oírlo gritar. Luego se cruzaron con los suyos y vio que eran como los del señor Pecksniff.

Soltó la tapa del escritorio con estruendo y, sin olvidarse de cerrarla incluso en esas circunstancias, Jonas, pálido y sin aliento, observó a aquel fantasma, que se movió, abrió la puerta y entró.

—¿Qué ocurre? —exclamó Jonas, retrocediendo—. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué es lo que quiere?

—¡Qué ocurre! —gritó la voz del señor Pecksniff, mientras el señor Pecksniff en persona le sonreía con amabilidad—. ¡Qué ocurre, señor Jonas!

—¿Qué hace figando y husmeando por aquí? —preguntó enfadado Jonas—. ¿Qué pretende viniendo así a la ciudad y sorprendiendo a la gente de este modo? ¿Es que no puede uno leer... el periódico en su despacho sin que alguien lo sobresalte entrando sin llamar? ¿Por qué no ha llamado a la puerta?

—He llamado, señor Jonas —respondió Pecksniff—, pero no ha respondido nadie. Tenía curiosidad por saber qué parte del periódico le interesaba tanto; pero el cristal estaba demasiado sucio y turbio.

Jonas miró a toda prisa hacia el cristal. Bueno. No estaba muy limpio. En eso no mentía.

—¿Era la sección de poesía? —preguntó el señor Pecksniff, moviendo el dedo índice de la mano derecha como si bromeara—. ¿O la de política? ¿O era el valor de las acciones? Es lo más probable, señor Jonas, sospecho que es lo más probable.

—No va muy descaminado —respondió Jonas recuperando la compostura y apagando la vela—. Pero ¿qué diablos le ha traído de vuelta a Londres? ¡Dios!, cualquiera se habría sobresaltado al ver mirándole a alguien a quien hacía a noventa o cien kilómetros de aquí.

—Cierto —reconoció el señor Pecksniff—. No cabe duda, mi querido señor Jonas. Pues mientras el intelecto humano esté constituido como está...

—¡Oh, déjese de intelecto humano! —le interrumpió con impaciencia Jonas—, ¿a qué ha venido?

—Un pequeño asunto de negocios —dijo el señor Pecksniff— que ha surgido de manera inesperada.

—¡Ah! —exclamó Jonas—, ¿sólo eso? ¡Bueno! Mi padre está en la sala de al lado. Hola, padre, ¡ha venido Pecksniff! Cada día que pasa se vuelve más estúpido —murmuró Jonas sacudiendo a su honrado padre—. ¿No me has oído que ha venido Pecksniff, atontado?

El efecto combinado de la sacudida y este cariñoso comentario despertó enseguida al anciano, que ofreció al señor Pecksniff una risueña bienvenida, atribuible en parte a su alegría al ver a dicho caballero, y en parte al placer de recordar que le había llamado hipócrita. Como el señor Pecksniff todavía no había tomado el té (de hecho, apenas hacía una hora que había llegado a Londres), le sirvieron los restos de la última comida con una loncha de beicon; y, como el señor Jonas tenía una cita de negocios en la calle de al lado, se adelantó y prometió regresar antes de que el señor Pecksniff acabara de comer.

—Y ahora, señor mío —le dijo el señor Pecksniff a Anthony—, ahora que estamos solos, le ruego que me diga qué puedo hacer por usted. Digo que estamos solos, porque creo que nuestro amigo el señor Chuffey es, metafísicamente hablando, ¿un pasmarote? —preguntó el señor Pecksniff con la más dulce de las sonrisas, y la cabeza muy ladeada.

—Ni nos ve —replicó Anthony— ni nos oye.

—Pues entonces —dijo el señor Pecksniff— me atreveré a decir, con la mayor compasión por sus achaques, y mi enorme admiración por esas excelentes cualidades que hacen tanto honor a su cabeza como a su corazón, que es lo que suele llamarse con cariño un pasmarote. Iba usted a decir, querido señor...

—No iba a decir nada, que yo sepa —replicó el anciano.

—Yo sí —dijo tibiamente el señor Pecksniff.

—¿Ah, sí? Y ¿qué era?

—Que nunca —dijo el señor Pecksniff, levantándose para comprobar que la puerta estaba cerrada, y colocando la silla al volver para que nadie pudiera abrirla sin que él reparase en el acto en esa circunstancia—, que nunca en mi vida me había sorprendido tanto como cuando recibí ayer su carta. Me deja perplejo que me haga el honor de pedirme consejo, pero que quiera hacerlo sin que lo sepa siquiera el señor Jonas demuestra confianza en una persona a quien ofendió de palabra, ofensa verbal que se apresuró usted a reparar, y eso me complace, me conmueve y me asombra.

Siempre había tenido mucha labia, pero pronunció este breve discurso aún con más elocuencia de lo habitual, a pesar de la dificultad con que se lo había preparado al bajar de la diligencia.

Aunque hizo una pausa para darle tiempo a responder, y aunque declaró sinceramente que estaba allí a petición del anciano, este se quedó mirándolo sumido en un profundo silencio y con un gesto totalmente inexpresivo. Tampoco pareció tener el menor deseo o impulso de continuar con la conversación, aunque el señor Pecksniff miró hacia la puerta, sacó el reloj y le dio a entender de muchas otras formas que no tenían mucho tiempo y que, si Jonas cumplía su palabra, no tardaría en volver. Pero lo más raro de su extraño proceder fue que, de pronto —en un instante, con tanta celeridad que fue imposible discernir cómo o reparar en el proceso del cambio— sus rasgos recobraron su antigua expresión y gritó golpeando la mesa con apasionamiento, como si no hubiese pasado ningún tiempo:

—¿Le importaría hacer el favor de callarse, señor, y dejarme hablar?

El señor Pecksniff accedió con una reverencia sumisa; y dijo para sus adentros: «Sabía que ya no tenía la misma mano y que su letra se había vuelto vacilante. Lo dije ayer mismo. ¡Ejem! ¡Ay de mí!».

—Jonas se ha encariñado mucho de su hija, Pecksniff —observó el anciano en su tono de siempre.

—Si lo recuerda, señor, ya hablamos de esto en la pensión de la señora Todgers —replicó el cortés arquitecto.

—No tiene por qué hablar tan alto —replicó Anthony—. No estoy tan sordo.

El señor Pecksniff ciertamente había alzado la voz: no tanto porque pensara que Anthony estuviese sordo como porque estaba convencido de que había perdido facultades, pero ese reproche por su comportamiento considerado lo desconcertó mucho, y, sin saber qué rumbo tomar, volvió a inclinar la cabeza, de modo aún más sumiso que la vez anterior.

—Digo —repitió el anciano—, que Jonas se ha encariñado mucho de su hija.

—Es una joven encantadora —murmuró el señor Pecksniff, al ver que esperaba una respuesta—. Una joven preciosa, señor Chuzzlewit, aunque no sea yo quien debe decirlo.

—Sabe usted muy bien que no es así —gritó el anciano, adelantando su rostro marchito al menos un metro y dando un saltito en la silla—. Otra vez asoma el hipócrita, ¿eh?

—Caballero... —empezó el señor Pecksniff.

—No me llame caballero —replicó Anthony—, y no finja serlo usted. Si su hija fuese lo que quiere hacerme creer, no me parecería un buen partido para Jonas. Tal como es, creo que puede serlo. Una mujer podría engañarlo. Podría rebelarse, contraer deudas y desplumarlo. Cuando yo muera... —Su rostro se contrajo de un modo tan horrible al decirlo que el señor Pecksniff tuvo que mirar hacia otro lado—. Será peor para mí saberlo que si estuviese vivo, pues, después de haber sufrido tanto para conseguir todo esto y de haber padecido tanto para adquirirlo, sería una tortura insoportable ver cómo se lo echan a los perros. No —dijo el anciano con aspereza—, que al menos eso se salve, que haya algo ganado y conservado, cuando se haya perdido tanto.

—Mi querido señor Chuzzlewit —dijo Pecksniff—, estas son fantasías perjudiciales, totalmente innecesarias y que no vienen a cuento, señor. ¡La verdad, mi querido señor, es que no se encuentra usted bien!

—¡Aún no me he muerto! —exclamó Anthony con el gruñido de un animal salvaje—. ¡Aún no! Todavía me quedan años de vida. Caramba, mírelo a él —añadió, señalando a su decrépito contable—. La muerte no tiene derecho a segarme a mí y dejarlo con vida a él.

El señor Pecksniff tenía tanto miedo al anciano, y estaba tan abatido por el estado en que lo había encontrado, que ni siquiera tuvo presencia de ánimo suficiente para recurrir a las grandes reservas de moralidad que acumulaba en su pecho. Así que balbució que sin duda, por decoro y por justicia, al señor Chuffey le había llegado la hora de expirar; y que, por lo que había oído contar del señor Chuffey, y lo poco que conocía a dicho caballero personalmente, estaba convencido de que comprendería que lo mejor sería fallecer lo antes posible.

—Venga aquí —dijo el anciano, indicándole con un gesto que se acercara—. Jonas será mi heredero, será rico y un buen partido para usted. Ya sabe que Jonas se ha encariñado mucho con su hija.

«¿Cómo no voy a saberlo —pensó el señor Pecksniff—, si no hace más que repetirlo?»



—Sin su hija podría ganar más dinero —dijo el anciano—, pero ella le ayudará a conservar lo que tengan. No es demasiado joven ni alocada, y viene de buena raza ahorradora. Pero no se complique. Lo tiene cogido de un hilo y si lo tensa demasiado (conozco su genio) se romperá. Átelo cuando esté de humor, Pecksniff, átelo. No sea demasiado sutil. Si intenta marearlo, no lo entenderá. ¡Bah! Es usted demasiado untuoso, o ¿se cree que no me he dado cuenta de cómo lo ha engatusado desde el principio?

«Vete a saber —pensó el señor Pecksniff mirándolo con gesto melancólico— si será eso lo único que tiene que decir».

El viejo Anthony se frotó las manos y murmuró para sus adentros, volvió a quejarse de que hacía frío, acercó su silla al fuego y, con la barbilla clavada en el pecho y de espaldas al señor Pecksniff, en menos de un minuto se olvidó de su presencia.

Por burda y desagradable que hubiese sido esa breve conversación, le había proporcionado al señor Pecksniff una pista que, si no añadía nada más, compensaba el viaje de ida y vuelta. Pues el buen caballero nunca (a falta de una oportunidad) había podido sondear las profundidades de la naturaleza del señor Jonas; y cualquier receta para pescar un yerno como él (y más una escrita en una página del libro de su propio padre) valía la pena. A fin de no desperdiciar ninguna ocasión de mejorar una oportunidad tan buena dejando que Anthony se quedara dormido antes de que dijese todo lo que tenía que decir, el señor Pecksniff, mientras daba cuenta de la comida que había sobre la mesa —labor a la que se aplicó con esmero—, recurrió a muchos trucos ingeniosos para atraer su atención, como toser, estornudar, entrechocar las tazas, afilar los cuchillos, tirar el pan al suelo y demás. Pero fue en vano, pues el señor Jonas volvió antes de que Anthony hubiese dicho nada más.

—¡Cómo! ¿Mi padre ha vuelto a quedarse dormido? —gritó mientras colgaba el sombrero y lo miraba—. ¡Ah! Y roncando. ¡Como para no oírlo!

—Ronca muy fuerte —dijo el señor Pecksniff.

—¿Muy fuerte? —repitió Jonas—. Sí, en eso es único. Es capaz de roncar por seis como él en cualquier momento.

—¿Sabe, señor Jonas —dijo Pecksniff—, que, no quisiera alarmarle, creo que su padre empieza a... decaer?

—¿Ah, sí? —replicó Jonas, con gesto que expresó el interés de su observación—. ¡Dios!, no imagina lo duro de pelar que es. Aún le queda mucho.

—Me ha parecido verlo cambiado, tanto de apariencia como de actitud —dijo el señor Pecksniff.

—Es sólo una impresión suya —respondió Jonas, tomando asiento con aire melancólico—. Nunca ha estado mejor. ¿Qué tal en casa? ¿Cómo está Charity?

—De maravilla, señor Jonas, de maravilla.

—Y la otra ¿qué tal está?

—¡Una frívola volandera! —dijo el señor Pecksniff pensativo y cariñoso—. Está bien... está bien. ¡Va del salón al dormitorio, señor Jonas, como una abeja, revolotea de flor en flor como las mariposas y mete su joven pico en nuestro vino de arándanos como el colibrí! ¡Ay, ojalá no fuese tan alocada y tuviese las inapreciables cualidades de Cherry, mi joven amigo!

—¿Tan alocada es? —preguntó Jonas.

—¡Bueno, bueno! —dijo el señor Pecksniff, con mucho sentimiento—, no me haga hablar mal de mi niña. Al lado de su hermana, parece tan... ¡Que ruido tan raro, señor Jonas!

—Se debe de haber estropeado el reloj —dijo Jonas mirándolo—. Así que la otra no es su favorita, ¿eh?

El cariñoso padre estaba a punto de responder, y había adoptado ya una expresión de tensa susceptibilidad, cuando se repitió el ruido que había oído antes.

—¡Caramba, señor Jonas, qué reloj tan raro! —dijo Pecksniff.

Lo habría sido, si hubiese producido el ruido que les había sobresaltado, pero otro tipo de reloj se estaba quedando sin cuerda, y de ahí procedía el ruido. Un grito de Chuffey, que sonó cien veces más alto y espantoso por sus costumbres silenciosas, hizo que la casa resonara desde el tejado hasta el sótano; y, al darse la vuelta, vieron a Anthony Chuzzlewit tendido en el suelo y al viejo contable hincado de rodillas a su lado.

Se había caído de la silla presa de un ataque y yacía en el suelo, debatiéndose por cada bocanada de aire con todas las venas y tendones marchitos marcados, como decididos a dar fe de su edad y a razonar muy en serio con la naturaleza en contra de su recuperación. Asustaba ver cómo el principio de la vida, encerrado en esa carcasa ajada, peleaba como si un fuerte diablo, loco por liberarse, destrozase su antigua casa convertida en prisión. Ver a un joven en la plenitud de su vigor, luchando con tanta desesperación, habría sido horrible, pero un cuerpo viejísimo y encogido dotado de un poder sobrenatural, y desmintiendo con todos los movimientos de sus miembros y articulaciones su apariencia debilitada, era ciertamente espantoso.

Lo incorporaron y llamaron precipitadamente a un médico, que sangró al paciente y le aplicó varios remedios; pero los ataques se prolongaron tanto tiempo que era ya medianoche cuando, tranquilo, pero exhausto e inconsciente, lo metieron en la cama.

—No se vaya —dijo Jonas, acercando sus labios cenicientos al oído del señor Pecksniff y susurrándole desde el otro lado de la cama—. Ha sido una suerte que haya estado usted presente cuando ha enfermado. Alguien podría haber dicho que había sido cosa mía.

—¡Cosa suya! —exclamó el señor Pecksniff.

—No lo sé, pero podría ser —replicó, secándose la humedad de su rostro pálido—. La gente habla. ¿Qué tal está ahora? —El señor Pecksniff movió la cabeza—. Ya sabe, yo hacía bromas —dijo Jonas—, pero nunca le he deseado la muerte. ¿Cree que está muy mal?

—El médico ha dicho que sí. Usted también lo ha oído —fue la respuesta del señor Pecksniff.

—¡Ah!, tal vez lo haya dicho para cobrarnos más, si se recupera —dijo Jonas—. No debe usted marcharse, Pecksniff. Llegados a este punto, no me quedaría sin un testigo ni a cambio de mil libras.

Chuffey no dijo ni oyó una palabra. Se había sentado en una silla al lado de la cama, y allí se quedó inmóvil; aunque de vez en cuando inclinaba la cabeza hacia la almohada y parecía quedarse escuchando. En ningún momento cambió esa forma de proceder. Aunque hubo una ocasión en esa noche tan deprimente en que el señor Pecksniff se quedó adormilado y despertó con la confusa impresión de haberlo oído rezar y mezclar extrañamente cifras —no palabras, sino números— con sus oraciones entrecortadas.

Jonas también pasó toda la noche allí sentado, no donde su padre pudiera verlo si recobraba la conciencia, sino escondido, como quien dice, detrás de él, e interpretando cuál era su estado sólo por las miradas del señor Pecksniff. ¡Él, el grosero presuntuoso que había reinado en la casa tanto tiempo, ese cobarde canalla que tenía miedo de moverse y que temblaba de tal modo que su sombra se estremecía en la pared!

Había amanecido ya un día claro y bullicioso cuando, dejándolo al cuidado del viejo contable, bajaron a desayunar. La gente iba apresurada calle arriba y abajo; se abrían las ventanas y las puertas; los ladrones y los mendigos ocupaban sus sitios de costumbre; los obreros se ponían en movimiento, los comerciantes abrían sus tiendas; los guardias y alguaciles vigilaban; todas las criaturas humanas se esforzaban, cada cual a su manera, por vivir, igual que el enfermo que luchaba por cada grano de arena del bulbo que tan deprisa se vaciaba como si fuese un imperio.

—Si sucede algo, Pecksniff —dijo Jonas—, tiene que prometerme que se quedará hasta que todo haya terminado. Usted verá que hago lo que se debe hacer.

—Sé que lo hará, señor Jonas —respondió Pecksniff.

—Sí, sí, pero no quiero dudas. Nadie podrá decir ni una palabra contra mí —replicó—. Sé que la gente hablará. Como si no fuese un anciano, o como si yo tuviese el secreto para mantenerlo con vida.

El señor Pecksniff le prometió que se quedaría, si las circunstancias lo hacían deseable en opinión de su estimado amigo; y estaban terminando el desayuno en silencio cuando de pronto se plantó ante ellos una aparición tan espantosa que Jonas soltó un grito y los dos se apartaron horrorizados.

El viejo Anthony, vestido con la ropa de costumbre, estaba en el comedor al lado de la mesa. Se apoyaba en el hombro de su solitario amigo y, escrita por un dedo eterno en su rostro lívido, en sus manos callosas y en sus ojos vidriosos, con las mismísimas gotas de sudor de su frente, había una palabra: Muerte.

Les habló, con algo que recordaba a su voz, aunque más aguda y hueca, como el rostro de un muerto. Dios sabe qué quiso decirles. Parecía pronunciar palabras, pero nunca hombre alguno las había oído. Y eso fue lo más espantoso de todo, verlo allí de pie farfullando una lengua incomprensible.

—Está mejor —dijo Chuffey—. Mucho mejor. Dejen que se siente en su silla de siempre y se recuperará. Le he dicho que no se preocupe. Ya se lo dije ayer.

Lo sentaron en su sillón, y lo instalaron cerca de la ventana; luego abrieron la puerta y lo expusieron a la corriente de aire matutino. Pero ni todo el aire que existe, ni los vientos que han soplado jamás entre el cielo y la tierra habrían podido insuflarle nueva vida. Si lo hubiesen enterrado hasta el cuello en monedas de oro, sus dedos cansados no habrían cogido siquiera una.

## **Capítulo XIX. El lector entra en contacto con ciertos profesionales y vierte una lágrima por la compasión filial del bueno del señor Jonas**

El señor Pecksniff se hallaba en un coche de alquiler, porque Jonas Chuzzlewit le había dicho: «No repare en gastos». La humanidad es malvada en sus pensamientos y en sus infames interpretaciones y Jonas estaba decidido a no dejarle ni un centímetro para maniobrar en su contra. Nunca le reprocharían al hijo de su padre que había lamentado gastar dinero en el funeral de su progenitor. De ahí que, hasta que concluyesen las exequias, hubiese adoptado como lema «¡Gastar y no escatimar!».

El señor Pecksniff había estado con el empresario de pompas fúnebres, y ahora se dirigía a ver a otro funcionario del luto, una funcionaria a quien ese caballero le había recomendado, una enfermera, cuidadora, y experta en indecibles oficios en las personas de los muertos. Se llamaba, por lo que el señor Pecksniff acertó a distinguir en el trozo de papel que llevaba en la mano, Gamp; su residencia estaba en Kingsgate Street, en High Holborn. Así que el señor Pecksniff traqueteaba, en un coche de alquiler, por los adoquines de Holborn en busca de la señora Gamp.

Esta señora vivía en una casa donde había una pajarería, pared por medio de la famosa tienda de pasteles de cordero, y justo enfrente del almacén original de comida para gatos, establecimientos cuya fama se anunciaba debidamente en sus respectivas fachadas. Era una casa pequeña, lo cual resultaba muy cómodo, pues la señora Gamp, en el rango más alto de su profesión, trabajaba como enfermera por horas, o, como decía con audacia el cartel, «comadrona», y que viviera en el primer piso de la parte delantera de la casa, permitía asaltarla fácilmente de noche con piedrecitas, bastones y trocitos de tabaco para pipa, mucho más eficaces que la aldaba fabricada de tal modo que podía despertar con facilidad a toda la manzana, e incluso extender la alarma de incendio por todo Holborn, sin que en la casa se oyese lo más mínimo.

En esta ocasión concreta resultó que la señora Gamp se había pasado despierta toda la noche atendiendo a una ceremonia a la que los cotilleos han dado un nombre que expresa, en dos sílabas, la maldición pronunciada contra Adán<sup>[75]</sup>. Resultó que a la señora Gamp no la habían contratado de forma normal, sino que la habían llamado ante una crisis, a raíz de su gran reputación, para ayudar a otra profesional con sus consejos; y así sucedió que, concluidos los puntos de interés del asunto, la señora Gamp había vuelto a la pajarería y se había ido la cama. Así pues, cuando el señor Pecksniff llegó en su coche de alquiler,

las cortinas de la señora Gamp estaban echadas, y la señora Gamp dormía profundamente tras ellas.

Si el dueño de la pajarería hubiese estado en casa, como era su obligación, no habría pasado nada; pero había salido y la tienda estaba cerrada. Las persianas estaban echadas y en todos los cristales había al menos un pajarito en una jaula minúscula, piando y bailando su pequeña danza de desesperación y golpeándose la cabeza contra el techo; mientras un desdichado jilguero que vivía en una casa roja con su nombre en la puerta, sacaba su propia agua y pedía en silencio a alguna buena persona que vertiera un poco de veneno en ella. No obstante, la puerta estaba cerrada. El señor Pecksniff probó el pestillo y lo sacudió tocando una campana rajada que sonó de forma lastimera, pero nadie salió a abrirle. El dueño de la pajarería era también barbero y peluquero de moda; y tal vez lo hubiesen mandado llamar de la corte, para cortar el pelo a un lord o rizarle los cabellos a una dama; pero, sea como fuere, no estaba en casa, ni había otro indicio para asistir a cualquier interesado que un dibujo profesional o emblema de su profesión (muy popular en el oficio) que representaba a un peluquero muy desenvuelto que le rizaba el pelo a una señora muy distinguida, en presencia de un piano vertical lacado.

Al reparar en tales circunstancias, el señor Pecksniff, con toda la inocencia de su corazón, probó suerte con la aldaba pero, al primer par de golpes, todas las ventanas de la calle se animaron con cabezas femeninas; y, antes de que pudiera repetir, un batallón de señoras casadas (algunas a punto de requerir personalmente muy pronto los cuidados de la señora Gamp), llegaron y se arremolinaron en las escaleras, gritando al unísono y con inusitado interés:

—Llame a la ventana, señor, llame a la ventana. No pierda más tiempo, por Dios... ¡llame a la ventana!

Siguiendo este consejo, y pidiendo prestado el látigo del cochero con ese propósito, el señor Pecksniff no tardó en causar una gran conmoción entre las macetas del primer piso, y despertó a la señora Gamp, a quien —con gran alegría de las matronas— oyeron decir:

—Ya voy.

—Está más blanco que la pared —dijo una señora, en alusión al señor Pecksniff.

—Es como debe estar, si tiene sentimientos —observó otra.

Una tercera (con los brazos cruzados) añadió que ojalá hubiese elegido otro momento para ir a buscar a la señora Gamp, pero que siempre pasaba lo mismo.

Al señor Pecksniff le causó mucha incomodidad descubrir, por esos comentarios, que pensaban que había ido a buscar a la señora Gamp



por una cuestión relativa, no al final de la vida sino al otro extremo. La propia señora Gamp tuvo la misma impresión, pues abrió la ventana y gritó desde detrás de las cortinas mientras se vestía:

—¿Es la señora Perkins?

—¡No! —replicó secamente el señor Pecksniff—, ni mucho menos.

—¡Cómo! ¿Es usted el señor Whilks? —exclamó la señora Gamp—. No me diga que es usted, señor Whilks; la pobre señora Whilks no tiene preparado ni un alfiletero. ¡No me diga que es usted, señor Whilks!

—No soy el señor Whilks —dijo Pecksniff—. No conozco a ese hombre. No tengo nada que ver con él. Un caballero ha muerto; y se necesita una persona en la casa: la ha recomendado a usted el señor Mould, el empresario de pompas fúnebres.

Como a esas alturas ya estaba presentable, la señora Gamp, que tenía un rostro para cada ocasión, se asomó a la ventana con su expresión de luto, y dijo que bajaría enseguida. Pero las matronas se tomaron a mal que la misión del señor Pecksniff tuviese tan poca importancia, y la señora de los brazos cruzados se lo reprochó sin tapujos diciendo que le gustaría saber qué pretendía al aterrorizar a unas mujeres delicadas «con sus cadáveres» y opinando que con lo feo que era no le hacía falta. Las demás señoras no se quedaron atrás a la hora de expresar sentimientos parecidos; y los niños, que se habían juntado por decenas, abuchearon y afrentaron al señor Pecksniff bastante groseramente. Así que, cuando apareció la señora Gamp, el inofensivo caballero se alegró de subirla a empujones al coche con muy pocas ceremonias y de partir abrumado por la execración popular.

La señora Gamp llevaba un enorme hato consigo, un par de zuecos, y una especie de paraguas; este último objeto era de color hoja mustia, excepto en la parte superior, donde tenía un parche de vivo color azul. Estaba muy agitada por las prisas que se había dado y tenía una opinión muy equivocada de los coches de alquiler, que parecía confundir con las diligencias o las sillas de posta, pues el primer kilómetro intentó varias veces sacar su equipaje por la ventanilla delantera y le gritó al cochero que «lo dejara en el portaequipajes». Cuando le quitaron la idea de la cabeza todo su ser se volcó en una absorbente preocupación por sus zuecos, con los que jugó varias partidas de aros<sup>[76]</sup> contra las piernas del señor Pecksniff. Hasta que no llegaron cerca de la casa no recobró la suficiente compostura para preguntar:

—¡Así que el caballero ha muerto, señor! ¡Ay, qué lástima! —Ni siquiera sabía su nombre—. Pero todos tenemos que pasar por eso. Tan seguro como nacer, excepto que no podemos hacer nuestros cálculos con tanta exactitud. ¡Ay! ¡Pobre hombre!

La señora Gamp era una anciana gorda, con voz ronca y ojos llorosos, que era capaz de poner en blanco de una manera ciertamente notable.

Como apenas tenía cuello le costaba trabajo mirar por encima del hombro, si puede decirse así, a sus interlocutores. Llevaba un vestido negro muy raído y muy sucio de rapé, y un chal y una cofia a juego. Con esas mismas prendas gastadas se había ataviado por principios desde tiempos inmemoriales en ocasiones semejantes, pues al mismo tiempo expresaban una decorosa veneración por los difuntos, e invitaban a los parientes a regalarle un atuendo fúnebre más nuevo; y tanto éxito tenía esa sugerencia que la aparición y el fantasma de la señora Gamp, con gorro y todo, puede verse colgando, en cualquier momento del día, en al menos una docena de casas de empeño en los alrededores de Holborn. El rostro de la señora Gamp —y en particular la nariz— estaba un tanto hinchado y rubicundo, y era difícil disfrutar de su compañía sin notar cierto aroma a alcohol. Como la mayoría de las personas que han alcanzado una gran preeminencia en su oficio, se volcaba en el suyo con mucha dedicación, y, dejando aparte sus predilecciones naturales como mujer, asistía a partos o a defunciones con idénticos gusto y entusiasmo.

—¡Ay! —repitió la señora Gamp, pues siempre era una exclamación segura en caso de luto—. ¡Ay, Dios! Cuando Gamp fue llamado a su última *mirada*, y lo vi allí tumbado en el hospital Guy's, con una moneda de un penique en cada ojo y la pata de palo debajo del brazo izquierdo, creí que me desmayaba. Pero lo resistí.

Si los rumores que circulan en los corrillos de Kingsgate Street tienen algo de cierto, lo resistió de una manera sorprendente e hizo gala de tanta entereza que donó a la ciencia los restos del señor Gamp. Pero para ser justos habría que añadir que eso había sido veinte años antes; y que el señor y la señora Gamp llevaban mucho tiempo separados por su incompatibilidad de caracteres en la bebida.

—Supongo que ahora le será indiferente —dijo el señor Pecksniff—. La costumbre es una segunda naturaleza, señora Gamp.

—Ya puede usted decirlo, señor —replicó la señora—. Lo primero que hace una es descubrir que esas cosas son una prueba para los sentimientos, y que se convierten en una costumbre duradera. Si no fuese por el valor que me da un sorbito de licor (nunca he podido más que probarlo) no soportaría lo que tengo que hacer a veces. «Señora Harris», digo, en el último caso en que he intervenido, que era una persona joven; «Señora Harris —digo— deje la botella en la repisa de la chimenea y no me diga que no beba, déjeme llevármela a los labios cuando me apetezca, y así haré lo que tengo que hacer utilizando al máximo mis habilidades». «Señora Gamp —dice ella en respuesta—, si alguna vez ha habido una criatura sobria por dieciocho peniques al día para los trabajadores y treinta y seis para los ricos, y un suplemento por las noches, usted es esa persona tan valiosa». «Señora Harris —respondí—, no diga lo del suplemento, pues, si pudiera permitirme cuidar de mis congéneres gratis, lo haría encantada, tanto es el amor que les *proceso*. Pero lo que siempre les digo, respecto a cómo organizar las cosas, señora Harris —y miró a los ojos al señor Pecksniff — ya sean señoras o caballeros, es que no me pregunten si voy a beber

o no, sino que dejen la botella en la repisa de la chimenea, y dejen que me la lleve a los labios cuando me apetezca».

El final de aquella emocionada narración coincidió con su llegada a la casa. En el pasillo encontraron al señor Mould, el empresario de pompas fúnebres, un caballero menudo y anciano, calvo, con traje negro y un cuadernito en la mano, una gruesa leontina de oro colgando del chaleco y un rostro en el que un extraño esfuerzo por expresar melancolía se debatía con una sonrisa de satisfacción, como si fuera alguien que en el mismo instante en que se moja los labios con un vino añejo y escogido intentara hacer creer que es una medicina.

—Vaya, señora Gamp, ¿cómo está usted? —dijo este caballero, con una voz tan suave como sus pasos.

—Muy bien, gracias, señor —respondió ella con una reverencia.

—Va a tener que esmerarse mucho, señora Gamp. Este no es un caso cualquiera, señora Gamp. Asegúrese de que todo transcurra bien y limpiamente, señora Gamp, haga el favor —dijo el empresario de pompas fúnebres, moviendo la cabeza con gesto solemne.

—Así lo haré, señor —replicó ella con otra reverencia—. Ya me conoce, señor, o eso espero.

—Yo también lo espero —dijo el empresario de pompas fúnebres— y me consta. —La señora Gamp hizo otra reverencia—. Este es uno de los casos más impresionantes, señor —continuó, dirigiéndose al señor Pecksniff—, que he visto en el curso de mi experiencia profesional.

—¡No me diga, señor Mould! —exclamó ese caballero.

—Nunca, señor, he visto tanto afecto y pesar. No hay límites... ni un solo límite —abrió los ojos de par en par y se puso de puntillas— en lo que a gastos se refiere. Tengo órdenes, señor, de traer a todos los dolientes contratados de mi establecimiento; y los dolientes son muy caros, señor Pecksniff, por no hablar de lo que beben. Y órdenes de suministrar asas chapadas en plata adornadas con cabezas de ángeles de las formas más caras. De que abunden las plumas. En suma, señor, de ofrecer algo totalmente espléndido.

—Mi amigo, el señor Jonas, es un hombre excelente —dijo el señor Pecksniff.

—A lo largo de mi vida he visto mucha devoción filial —replicó Mould— y también lo contrario. Es nuestro destino. Llegamos a conocer esos secretos. Pero una devoción filial como esta, tan honorable para la naturaleza humana; tan calculada para reconciliarnos con el mundo en que vivimos, no la había visto nunca. Tan sólo demuestra, señor, lo que

con tanta fuerza observó el llorado dramaturgo enterrado en Stratford: que hay algo bueno en todo<sup>[77]</sup> .

—Es muy bonito oírsele decir, señor Mould —observó Pecksniff.

—Es usted muy amable, señor. ¡Y qué gran hombre era el señor Chuzzlewit! ¡Ay, qué gran hombre! Me pueden hablar de su lord Mayor —dijo Mould, con un gesto hacia el público en general—, de sus alguaciles, de sus concejales y de todo su oropel, pero que me enseñen a un hombre en esta ciudad merecedor de ponerse en los zapatos del difunto señor Chuzzlewit. No, no —gritó Mould, con amargo sarcasmo—. Guárdenlos, pónganles medias suelas y tacones nuevos y déjenlos preparados para su hijo, para cuando sea lo bastante mayor para calzárselos, pero no intenten ponérselos ustedes porque no les valdrán. Nosotros lo conocimos —dijo Mould, en la misma vena conmovedora, mientras se guardaba el cuadernito—; lo conocimos y no dejaremos que nos engañen, señor Pecksniff, buenos días.

El señor Pecksniff le devolvió el cumplido y Mould, consciente de haberse distinguido, se dispuso a marcharse con una sonrisa; de pronto, recordó el motivo de su visita, volvió a deprimirse enseguida, suspiró, miró la copa del sombrero en busca de consuelo, se lo puso sin hallarlo y se marchó andando despacio.

La señora Gamp y el señor Pecksniff subieron las escaleras; y la primera, después de que le indicaran la habitación donde yacían cubiertos los restos de Anthony Chuzzlewit, con un solo corazón afectuoso que lo llorase al que tampoco le quedaba mucho para pararse, dejó que el segundo fuese a la oscura habitación de abajo con el señor Jonas, a quien no había visto desde hacía casi dos horas.

Encontró a aquel ejemplo para los hijos afligidos y dechado de virtudes, en opinión de todos los organizadores de funerales, meditando ante un trozo de papel que había sobre el escritorio, y garabateando números en él con la pluma. Habían quitado el sillón, el sombrero y el bastón del anciano de su sitio acostumbrado y los habían guardado donde no se viesan; las persianas de las ventanas, amarillas como una niebla de noviembre, estaban echadas; el propio Jonas estaba tan apagado que apenas se le oía hablar y sólo se le vio cruzar la sala.

—Pecksniff —dijo con un susurro—, tenga en cuenta que usted se encargará de todo. Podrá decir a los que murmuren que todo se hizo con corrección y generosidad. No habrá nadie a quien quiera invitar al funeral, ¿verdad?

—No, señor Jonas, no lo creo.

—Porque si lo hay —dijo Jonas— puede hacerlo. No es ningún secreto.

—No —repitió el señor Pecksniff, después de pensarlo un poco—. Le agradezco su generosidad, señor Jonas, pero la verdad es que no.

—Muy bien —dijo Jonas—, entonces Chuffey, usted, el médico y yo cabremos en un coche. Llevaremos al médico, Pecksniff, porque sabe de lo que padecía y que no pudo evitarse.

—¿Dónde está nuestro querido amigo el señor Chuffey? —preguntó Pecksniff, mirando a su alrededor y parpadeando abrumado por sus sentimientos.

Pero entonces lo interrumpió la señora Gamp, que, desprovista de la cofia y el chal, entró furtiva y ofendida en la habitación; y con cierta aspereza, pidió hablar fuera con el señor Pecksniff.

—Puede decir aquí lo que quiera, señora Gamp —dijo este caballero, moviendo la cabeza con expresión melancólica.

—No es que tenga mucho que decir, cuando hay gente llorando a los muertos —dijo la señora Gamp—, pero lo que tengo que decir viene a cuento y, sin ánimo de ofender a nadie, hay que tenerlo en cuenta. En mi vida he estado en muchos sitios, caballeros, y creo saber cuáles son mis obligaciones y cómo cumplir con ellas; claro que, si no lo hiciese, sería muy raro, y estaría muy mal por parte de un caballero como el señor Mould, que ha enterrado a las más nobles familias del país del modo más grato, que me recomendara como lo hace. Yo misma he atravesado muchas *visitudes* —dijo la señora Gamp, subrayando cada vez más sus palabras— y comparto su sufrimiento, pero no soy ni rusa ni *pursiana*, y no tolero que envíen espías a vigilarme. —Antes de que pudieran responder, la señora Gamp, con el rostro cada vez más encendido, continuó diciendo—: No es fácil, caballeros, vivir cuando te dejan viuda, sobre todo cuando los sentimientos nos empujan a actuar en unas condiciones que suponen una pérdida que nunca recuperaremos. Pero, se gane una el pan de un modo o de otro, hay que tener normas y reglas que no pueden incumplirse. Hay gente —dijo la señora Gamp, refugiándose una vez más en su argumento principal, como si fuese imposible rebatirlo por medio del ingenio humano—, sean rusos o *pursianos*, que han nacido así y no les importa. Pero quienes tenemos otra naturaleza no opinamos igual.

—Si he entendido a esta buena mujer —dijo el señor Pecksniff, volviéndose hacia Jonas—, el señor Chuffey la está molestando. ¿Lo mando venir?

—Hágalo —dijo Jonas—. Iba a decirle que estaba arriba, cuando ella entró. Iría yo mismo a buscarlo, pero... prefiero que vaya usted, si no le importa.

El señor Pecksniff se marchó, seguido de la señora Gamp, que se ablandó mucho al verlo coger una botella y un vaso de la alacena y llevárselos consigo.

—Estoy segura —dijo— de que, si no fuese por su propia felicidad, me importaría menos que estuviese presente, pobre hombre, que si fuese una mosca. Pero quienes no están acostumbrados a estas cosas se impresionan tanto que es mejor no complacerles. E incluso —añadió, probablemente en alusión a ciertas flores retóricas que había vertido ya sobre el señor Chuffey—, cuando se les insulta, es sólo para animarlos.

Fuesen cuales fueran los epítetos que hubiese dedicado al viejo contable, no lo habían animado. Seguía al lado de la cama, en la silla que había ocupado toda la noche, con las manos cruzadas y la cabeza inclinada; y ni alzó la vista a su llegada, ni ofreció ningún otro indicio de conciencia, hasta que se levantó cohibido cuando el señor Pecksniff lo cogió del brazo.

—Tres por veinte más diez —dijo Chuffey— siete y cero. Hay hombres tan fuertes que viven hasta cuatro por veinte... cuatro por cero es cero, cuatro por dos son ocho... ochenta. ¡Oh! ¿Por qué no ha vivido hasta cuatro por cero es cero y cuatro por dos son ocho... ochenta?

—¡Ay, cuánto pesar! —exclamó la señora Gamp, agarrando el vaso y la botella.

—¿Por qué ha muerto antes que su pobre, viejo y loco criado? —dijo Chuffey, retorciéndose las manos y alzando angustiado la mirada—. Quítenmelo y ¿qué me queda?

—El señor Jonas —replicó Pecksniff—. El señor Jonas, amigo mío.

—Yo le quería —gritó llorando el anciano—. Era bueno conmigo. Aprendimos a calcular la tara y la merma en la escuela. Una vez les gané a él y a otros cinco chicos en clase de aritmética. ¡Que Dios me perdone! ¡Tener el valor de ganarle!

—Vamos, señor Chuffey —dijo Pecksniff—, venga conmigo. Necesita usted suma entereza, señor Chuffey.

—Sí —replicó el viejo contable—. Sí. Suma... sumaré cuarenta... ¿Cuántas veces cuarenta? ¡Oh, Chuzzlewit e Hijo...! Su propio hijo, señor Chuzzlewit, ¡su propio hijo, señor!

Cedió a la mano que lo guiaba, mientras repetía aquella expresión familiar, y dejó que se lo llevaran. La señora Gamp, con la botella en una rodilla, y el vaso en la otra, se sentó en un taburete y estuvo moviendo la cabeza un buen rato, hasta que, en un momento de abstracción, se sirvió un trago de licor y se lo llevó a los labios. Lo siguió un segundo y un tercero, y luego —fuese por la tristeza de sus

reflexiones sobre la vida y la muerte, o por admiración de la calidad del licor— puso los ojos en blanco hasta que desaparecieron. Pero siguió moviendo la cabeza.

Llevaron al pobre Chuffey a su rincón de costumbre y allí se quedó, callado y silencioso, excepto en largos períodos en los que se levantaba y paseaba por la sala y se retorció las manos, o soltaba un grito extraño y repentino. Durante una semana los tres estuvieron sentados en torno a la chimenea y no pusieron un pie en la calle. El señor Pecksniff habría querido salir a pasear por la noche, pero Jonas se oponía con tanta fuerza a que se ausentara siquiera un minuto que descartó la idea, y así, de la mañana a la noche, meditaron juntos en la habitación oscura, sin consuelo ni ocupación.

El peso de lo que yacía rígido y severo en la terrible cámara mortuoria de arriba oprimía y aplastaba tanto a Jonas que se encorvó con su carga. Esos siete largos días y noches, estuvo siempre oprimido y obsesionado por la espantosa sensación de su presencia en la casa. Si la puerta se movía, miraba hacia ella con el rostro lívido y la mirada sobresaltada como si estuviese totalmente convencido de que unos dedos fantasmales se aferraban al pomo. Si el fuego chisporroteaba con una corriente de aire, miraba por encima del hombro, casi como si temiese contemplar una figura amortajada abanicándolo con su horrible vestido. El menor ruido lo sobresaltaba; y una vez, de noche, al oír unos pasos arriba, gritó que el muerto estaba andando —pum, pum, pum— en su ataúd.

Por la noche se tumbaba en un colchón en el suelo de salón, pues le había cedido su habitación a la señora Gamp; y el señor Pecksniff estaba acomodado de forma similar. El aullido de un perro delante de la casa lo embargó de un terror que no pudo disimular. Evitaba el reflejo de la luz en las ventanas de enfrente, como si fuese un ojo enfurecido. A menudo, por las noches, se despertaba de su sueño inquieto y esperaba ansioso el amanecer; y dejó en manos del señor Pecksniff todas las instrucciones y preparativos, entre ellos la organización de las comidas diarias. Este excelente caballero, al ver que el doliente necesitaba consuelo, y que una buena alimentación sería para él una excelente ayuda, aprovechó la ocasión para asegurarse de que en esos tristes días hubiese cada noche en la mesa mollejas, riñones guisados, ostras y otras viandas ligeras, amén de varias jarras de ponche caliente, mientras ofrecía reflexiones morales y consuelo espiritual capaces de convertir a un pagano, sobre todo a uno que tuviera un conocimiento imperfecto de la lengua inglesa.

Pero el señor Pecksniff no fue el único en entregarse a las comodidades materiales en esa época luctuosa. La señora Gamp se reveló muy escogida en la comida, y rechazaba con desprecio el picadillo de cordero. También era puntillosa y especial con la bebida, y requería una pinta de cerveza suave en el almuerzo, una pinta en la comida, media pinta a modo de tentempié entre la comida y la hora del té, y una pinta de esa cerveza famosa y asombrosa, la Real Old Brighton Tipper, en la cena; además de la botella de la repisa de la chimenea, y de cualquier

invitación inesperada a beber una copa de vino que, movidos por la buena educación, quisieran hacerle quienes la habían contratado. Del mismo modo, los empleados del señor Mould creían necesario ahogar sus penas como a un gatito en el primer día de su existencia, por lo que en general se emborrachaban antes de empezar a hacer nada, no fuese a ser que el pesar los embargase. En suma, esa extraña semana fue una ronda de sombría jovialidad y triste delectación; y, exceptuando al pobre Chuffey, todos los que estaban bajo la sombra de la tumba de Anthony Chuzzlewit comieron como demonios.

Por fin llegó el día del funeral, ceremonia auténtica y piadosa. El señor Mould, colocando una copa de generoso oporto entre su ojo y la luz, se inclinó contra el escritorio del despacho acristalado con el reloj de oro en la mano que tenía libre y conversó con la señora Gamp; había dos dolientes contratados en la puerta de la casa, de apariencia tan compungida como podía esperarse razonablemente de dos hombres con un empleo tan bien pagado; todo el establecimiento del señor Mould estaba trabajando dentro o fuera de la casa; las plumas se movían, los caballos bufaban, las sedas y los terciopelos aleteaban al viento; en una palabra, como dijo enfáticamente el señor Mould, «se ha hecho todo lo que el dinero puede hacer».

—Y ¿qué hay más poderoso, señora Gamp? —exclamó el empresario de pompas fúnebres, mientras vaciaba la copa y se relamía los labios.

—Nada en el mundo, señor.

—Nada en el mundo —repitió el señor Mould—. Cuánta razón tiene, señora Gamp. ¿Por qué la gente gasta más dinero —volvió a llenarse la copa— con ocasión de una muerte, señora Gamp, que de un nacimiento? Vamos, ese es su negocio; debería saberlo. ¿Cómo lo explica?

—Tal vez porque las tarifas de las *bombas* fúnebres son más caras que las de las comadronas, señor —dijo la señora Gamp, con una risita y alisándose el vestido negro nuevo con las manos.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el señor Mould—. Esta mañana ha desayunado usted a expensas de alguien, señora Gamp.

Pero, al ver que parecía alegre en un espejito que tenía enfrente, modificó la expresión de sus rasgos y volvió a entristecerse.

—Son muchas las veces que no he desayunado a mis *despensas* gracias a su amable recomendación, señor; y espero hacer lo mismo en el futuro muchas más —dijo la señora Gamp disculpándose con una reverencia.

—Así será —replicó el señor Mould— si lo quiere la Providencia. No, señora Gamp, le diré por qué es. Porque pagar dinero a un establecimiento bien dirigido, donde todo se hace como es debido, sana el corazón roto y vierte bálsamo sobre los espíritus heridos. Los



corazones quieren sanar y los espíritus bálsamo cuando alguien muere, no cuando la gente nace. Mire a ese caballero hoy; mírelo.

—¡Un manirroto! —exclamó con entusiasmo la señora Gamp.

—No, no —respondió el empresario de pompas fúnebres—. No es un manirroto en general, ni mucho menos. En eso se confunde; es un caballero afligido, un caballero afectuoso que sabe lo que el dinero puede hacer para aliviar su dolor y dar fe de su amor y veneración por el difunto. Puede darle —dijo el señor Mould, haciendo girar la cadena del reloj lentamente, para que describiera un círculo con cada cosa— cuatro caballos por carruaje; puede darle jaeces de terciopelo; puede darle cocheros con abrigos de paño y botas altas; puede darle el plumaje del avestruz teñido de negro; puede darle ayudantes a pie, vestidos a la última moda fúnebre y con bastones de empuñadura de latón; puede darle una tumba magnífica; puede darle incluso un hueco en la abadía de Westminster, si quisiera invertir en esa compra. ¡Oh!, no digamos que el dinero es escoria, cuando puede comprar cosas así, señora Gamp.

—Pero qué gran suerte, señor —dijo la señora Gamp—, que haya gente como usted, dispuesta a vender o alquilar.

—Sí, señora Gamp, tiene usted razón —replicó el empresario de pompas fúnebres—. La nuestra debería ser una vocación honrosa. Hacemos el bien con discreción<sup>[78]</sup> y nos ruborizamos al verlo reflejado en nuestras facturas. ¡Cuánto consuelo no habré dispensado —exclamó el señor Mould— a mis congéneres gracias a mis cuatro caballos de cola larga, que nunca he enjaezado por menos de diez libras con diez chelines!

La señora Gamp había empezado a dar una respuesta oportuna, cuando la interrumpió la aparición de uno de los ayudantes del señor Mould — de hecho su doliente principal—, un hombre obeso, con el chaleco más cerca de las rodillas de lo que puede reconciliarse con las ideas establecidas de la elegancia, ese rasgo que se llama en lenguaje figurado «nariz de elefante» y el rostro cubierto de granos. En otro tiempo había sido un pimpollo, pero de tanto respirar la atmósfera cargada de los funerales había dado en grana.

—Y bien, Tacker —dijo el señor Mould—, ¿está todo preparado abajo?

—Un espectáculo impresionante, señor —replicó Tacker—. Los caballos están más lozanos y briosos que nunca, y mueven la cabeza como si supiesen lo mucho que cuestan las plumas. Una, dos, tres y cuatro —añadió el señor Tacker, metiéndose otras tantas capas negras debajo del brazo izquierdo.

—¿Ha llegado Tom con el pastel y el vino? —preguntó el señor Mould.

—Listo para entrar al momento, señor —dijo Tacker.

—En ese caso —replicó el señor Mould sacando su reloj y mirándose en el espejito para asegurarse de que su rostro tenía la expresión que tocaba— creo que podemos empezar. Deme el paquete de los guantes, Tacker. ¡Ay, qué gran hombre era! ¡Ay, Tacker, Tacker, qué gran hombre!

El señor Tacker, que, gracias a su gran experiencia en la celebración de funerales, habría sido un excelente actor de pantomimas, le guiñó un ojo a la señora Gamp sin perder lo más mínimo la solemnidad de su expresión, y siguió a su patrón a la salita de al lado.

El señor Mould, por una cuestión de tacto profesional, siempre fingía no conocer al médico, aunque en realidad eran vecinos cercanos, y muy a menudo, como en este caso, trabajaban juntos. Así que se adelantó para ponerse los guantes negros de cabritilla como si no lo hubiese visto en su vida, mientras por su parte el médico parecía tan distante y despreocupado como si hubiese leído y oído hablar de los empleados de pompas fúnebres, y pasado por delante de sus negocios, pero nunca hubiese tratado a ninguno.

—Guantes, ¿eh? —dijo el médico—. Señor Pecksniff, después de usted.

—De ninguna manera —replicó el señor Pecksniff.

—Es usted muy amable —dijo el médico cogiendo un par—. En fin, señor, como le estaba diciendo, me llamaron para atender ese caso en torno a la una y media. Pastel y vino, ¿eh? ¿Cuál es el oporto? Gracias. —El señor Pecksniff bebió también un poco—. A eso de la una y media, señor —prosiguió el médico—, me llamaron para atender ese caso. En cuanto sonó la campanilla, abrí la ventana y asomé la cabeza... Capa, ¿eh? No la anude demasiado fuerte. Así está bien. —Después de que invitasen al señor Pecksniff a ponerse la misma prenda el médico continuó—: Y asomé la cabeza... Sombrero, ¿eh? Mi buen amigo, este no es el mío. Señor Pecksniff, le ruego que me perdone, pero creo que nos los hemos cambiado sin querer. Gracias. Bueno, señor, iba a decirle que...

—Estamos listos —le interrumpió Mould en voz baja.

—Listos, ¿eh? —dijo el médico—. Muy bien, señor Pecksniff, aprovecharé la oportunidad para contarle lo demás en el coche. Es muy curioso. Listos, ¿eh? Espero que no esté lloviendo.

—Hace bastante bueno, señor —respondió Mould.

—Temía que el suelo estuviese mojado —dijo el médico—, porque mi barómetro bajó ayer. Podemos dar gracias por nuestra buena suerte.

Pero, al ver que el señor Jonas y Chuffey salían por la puerta, se llevó un pañuelo de bolsillo blanco a la cara como si le embargase de pronto un enorme pesar y bajó las escaleras al lado del señor Pecksniff. El señor

Mould y sus hombres no habían exagerado la majestuosidad de los preparativos. Eran espléndidos. Sobre todo los cuatro caballos fúnebres que brincaban y se encabritaban y se movían nerviosos como si supieran que había muerto un hombre y estuviesen celebrándolo. «Nos doman, cabalgan y uncen, nos maltratan y mutilan a su placer, pero mueren, ¡hurra, mueren!»

Y así el cortejo fúnebre de Anthony Chuzzlewit recorrió las calles estrechas y los sinuosos vericuetos de la ciudad: el señor Jonas se asomaba de vez en cuando discretamente por la ventanilla para observar su efecto en la muchedumbre; el señor Mould escuchaba con orgullo contenido las exclamaciones de los transeúntes mientras andaba a su lado; el médico le susurraba su historia al señor Pecksniff sin visos de ir a terminarla nunca; y el pobre Chuffey sollozaba inadvertido en un rincón. Pero escandalizó mucho al señor Mould al principio de la ceremonia al meterse el pañuelo en el sombrero de un modo muy informal y secarse los ojos con los nudillos. Y, como había dicho ya el propio señor Mould, su comportamiento era indecoroso e indigno de semejante ocasión, y no debería estar allí.

Pero estuvo, y en el cementerio también, comportándose de forma no menos indecorosa y apoyándose en Tacker, quien dijo que sólo servía para un funeral a pie. Pero Chuffey, ¡que el cielo le asista!, no oía más que los ecos, en su propio corazón, de una voz que había callado para siempre.

—Yo le quería —exclamó el anciano, desplomándose sobre la tumba cuando acabó todo—. Era muy bueno conmigo. ¡Oh, mi buen amigo y amo!

—Vamos, vamos, señor Chuffey —dijo el médico—, no se ponga así; el suelo es muy arcilloso, señor Chuffey. De verdad, no puede ponerse así.

—Aunque hubiese sido el funeral más sencillo que ofrecemos y el señor Chuffey hubiese cargado con el ataúd, caballeros —dijo Mould, echándoles una mirada implorante, mientras lo ayudaba a levantarse—, no habría podido portarse peor.

—Pórtese como un hombre, señor Chuffey —dijo Pecksniff.

—Pórtese como un caballero, señor Chuffey —dijo Mould.

—Palabra, amigo mío —murmuró el médico, en un tono de imponente reproche, mientras avanzaba para ponerse al lado del anciano—, esto es peor que la debilidad. Está mal, es egoísta, está muy mal, señor Chuffey. Debería tomar ejemplo de los demás, señor mío. Olvida que no tenía usted vínculos de sangre con nuestro difunto amigo, y que este tenía un pariente muy próximo y cercano, señor Chuffey.

—¡Sí, su propio hijo! —exclamó el anciano, retorciéndose las manos con apasionamiento—. ¡Su propio y único hijo!

—No está bien de la cabeza —dijo Jonas, palideciendo—. No hagan caso de lo que diga. No me extrañaría que empezara a decir tonterías. Pero no le hagan caso. Yo no se lo hago. Mi padre lo dejó a mi cuidado y, haga lo que haga o diga lo que diga, con eso me basta. Yo cuidaré de él.

Al oír esta nueva muestra de magnanimidad y bondad por parte de Jonas se alzó un murmullo de admiración entre los dolientes (entre ellos el señor Mould y sus empleados). Pero Chuffey no volvió a ponerlo a prueba. Lo dejaron un rato a solas y, sin decir ni una palabra más, subió al coche.

Hemos dicho que el señor Jonas palidecía cuando el comportamiento del anciano contable llamaba la atención de los demás; su falta de compostura, no obstante, era sólo momentánea y se recuperaba enseguida. Pero no fueron los únicos cambios que manifestó ese día. Los curiosos ojos del señor Pecksniff notaron que en cuanto salieron de la casa con su luctuosa misión empezó a recuperarse, y que a medida que transcurrían las ceremonias fue recobrando su anterior condición, su antigua apariencia, su porte y sus agradables peculiaridades del habla y la actitud, hasta volver a ser, en todos los aspectos, tan simpático como antes. Y ahora que estaban sentados en el coche de regreso a casa, y aún más cuando llegaron y encontraron las ventanas abiertas para dejar pasar el aire y la luz, y todos los indicios del reciente acontecimiento desaparecieron, tanto se convenció de que Jonas volvía a ser el Jonas de una semana antes, y no el de ese breve paréntesis, que renunció voluntariamente al poder que había adquirido, no hizo ni un solo intento de ejercerlo y enseguida volvió a su antiguo papel de huésped tranquilo y deferente.

La señora Gamp regresó a la pajarería, y esa misma noche llamaron a su ventana por el nacimiento de unos gemelos; el señor Mould cenó alegremente con su familia y pasó la noche divirtiéndose en su club; el coche fúnebre, después de pasar un buen rato a la puerta de una ruidosa taberna, fue devuelto a los establos con las plumas dentro y doce empleados de pompas fúnebres en el techo, cada uno de ellos sujeto a una pinza mugrienta donde en las ocasiones solemnes se enganchaba una pluma ondulante. Los diversos jaeces luctuosos se recogieron y se apilaron para la siguiente ocasión; los briosos corceles bebieron y se amansaron en sus pesebres; el médico se achispó con el vino en una boda, y olvidó la mitad de la historia sin final; el desfile de unas horas antes no quedó registrado más que en los libros del empresario de pompas fúnebres.

¿Tampoco en el cementerio? No, ni siquiera allí. Las puertas estaban cerradas, la noche era oscura y húmeda y la lluvia caía en silencio entre las anquilosadas ortigas y las malas hierbas. Había un montículo que no estaba la noche anterior. El tiempo, excavando como un topo debajo del suelo, había dejado huella de su paso echando otro montón de tierra. Y nada más.

## Capítulo XX. Que es un capítulo amoroso

—Pecksniff —dijo Jonas quitándose el sombrero, para cerciorarse de que la cinta de crespón estaba en su sitio; y volviendo a ponérselo complacido al ver que así era—, ¿qué dote piensa darles a sus hijas cuando se casen?

—Mi querido señor Jonas —exclamó el padre afectuoso con una sonrisa ingenua—, ¡qué pregunta tan singular!

—No se preocupe por si es singular o plural —replicó Jonas, mirando al señor Pecksniff sin demasiado aprecio— y responda, o déjelo correr. O lo uno o lo otro.

—¡Ejem! Su pregunta, mi querido amigo —dijo el señor Pecksniff, poniendo con ternura la mano sobre la rodilla de su pariente—, conlleva muchas consideraciones. ¿Quiere saber qué les daría? ¿Eh?

—¡Ajá! ¿Qué les daría?

—Pues eso —respondió el señor Pecksniff— dependería en gran medida, como es natural, de a quién escogiesen por marido, mi querido y joven amigo.

El señor Jonas se quedó evidentemente desconcertado y sin saber cómo seguir. Era una buena respuesta. Parecía muy profunda, pero ¡en eso radica la sabiduría de la sencillez!

—Los méritos que requeriría de un yerno —dijo el señor Pecksniff, después de un breve silencio— son muy elevados. Tendrá usted que disculparme, mi querido señor Jonas —añadió, muy conmovido—, si le digo que me ha consentido usted y ha hecho que esos requerimientos se vuelvan más imaginativos y estén prismáticamente teñidos, si se me permite decirlo así.

—¿Qué quiere decir con eso? —gruñó Jonas, mirándolo cada vez con más desagrado.

—De hecho, mi querido amigo —dijo el señor Pecksniff— hace bien en preguntar. El corazón no es siempre una Real Casa de la Moneda con maquinaria patentada para convertir el metal en moneda corriente. A veces produce formas extrañas en las que es difícil reconocer una moneda. Pero es oro de ley y tiene al menos ese mérito. Es oro de ley.

—¿Lo es? —gruñó Jonas, moviendo dubitativo la cabeza.

—¡Sí! —dijo el señor Pecksniff, acalorándose al hablar del asunto—, lo es. Para hablarle con claridad, señor Jonas. Si pudiera encontrar dos yernos como el que será usted algún día para un hombre que lo merezca, capaz de apreciar una naturaleza como la suya, me olvidaría de mí mismo y les daría a mis hijas una dote que llegaría a los mismísimos límites de mis posibilidades.

Eran palabras mayores y las pronunció con mucha seriedad. Pero ¿a quién puede extrañarle que un hombre como el señor Pecksniff, después de todo lo que había visto y oído del señor Jonas, hablase con gravedad de un asunto que untaba con la miel de la elocuencia hasta los labios mundanos de los empresarios de pompas fúnebres?

El señor Jonas guardó silencio y miró pensativo el paisaje. Pues iban en los asientos de fuera, en la parte de atrás de la diligencia, y se dirigían al campo. Acompañaba a su casa al señor Pecksniff para cambiar de aires y de sitio unos días después de sus recientes sinsabores.

—Bueno —dijo, por fin con una brusquedad cautivadora—, suponga que uno de esos yernos fuese yo, ¿qué haría entonces?

El señor Pecksniff lo miró al principio con una sorpresa inexpresable, luego, sumiéndose poco a poco en una especie de vivacidad abatida, dijo:

—¡Bueno, en ese caso sé de quién sería el marido!

—¿De quién? —preguntó secamente Jonas.

—De mi hija mayor, señor Jonas —replicó Pecksniff, con los ojos húmedos—. Mi querida Cherry, mi báculo, mi fianza, mi tesoro, señor Jonas. Será una lucha difícil para mí, pero ¡es la naturaleza de las cosas! Un día tendré que dejarla en brazos de su esposo. Lo sé, mi querido amigo. Estoy preparado.

—¡Dios! ¡Yo diría que hace mucho que está usted preparado! —dijo Jonas.

—Muchos han querido llevársela de mi lado —dijo el señor Pecksniff—. Todos han fracasado. Nunca concederé mi mano a nadie, papá —esas fueron sus palabras— si no se gana mi corazón. En los últimos tiempos no ha sido tan feliz como acostumbraba. Ignoro por qué.

Una vez más, el señor Jonas contempló el paisaje, luego miró al cochero, después el equipaje del techo y por fin al señor Pecksniff.

—Supongo que tendrá que separarse de la otra algún día —observó, mientras miraba a ese caballero a los ojos.

—Es probable —dijo el padre—. Los años amansarán a mi alocado pajarillo y la enjaularán. Pero Cherry, señor Jonas, Cherry...

—¡Oh, ah! —le interrumpió Jonas—. Los años la han dejado bastante bien. Eso nadie lo duda. Pero no ha respondido usted a mi pregunta. Por supuesto, no tiene usted por qué, si no quiere. Usted es el mejor juez.

Había una hosquedad en su forma de hablar que advirtió al señor Pecksniff de que no debía enredar y marear a su querido amigo, que debía o bien darle una respuesta clara a su pregunta o darle a entender sin más que declinaba aclararle la cuestión que le había planteado. Recordando en este dilema la advertencia que le había hecho el viejo Anthony casi con su último aliento, resolvió ir al grano y le dijo al señor Jonas (extendiéndose sobre el asunto como prueba de su gran afecto y confianza) que en el caso que le había planteado, es decir, ante la eventualidad de que un hombre como él pidiese la mano de su hija, le daría una dote de cuatro mil libras.

—Tendría que privarme de muchas cosas —fue su paternal observación—, pero lo consideraría mi deber, y mi conciencia me recompensaría. Para mí mi conciencia es mi banco. Tengo muy poco invertido en él... apenas nada, señor Jonas, pero lo valoro como si fuese una fortuna.

Los enemigos de este buen hombre se habrían dividido en dos bandos en tal asunto. Unos habrían dicho sin escrúpulos que, si la conciencia del señor Pecksniff era su banco, y tenía en él una cuenta corriente, la había desvalijado hasta extremos que ningún mortal podía computar. Los otros habrían afirmado que era sólo un formulario ficticio, un libro en blanco, o uno en el que las entradas se apuntaban con una tinta invisible especial que se volvería legible sólo en un momento indeterminado, y que jamás lo utilizaba.

—Tendría que privarme de muchas cosas, mi querido amigo —repitió el señor Pecksniff—, pero la Providencia... tal vez se me permita decir una Providencia especial... ha bendecido mis esfuerzos y estoy en condiciones de garantizar el sacrificio.

Se plantea aquí una cuestión filosófica sobre si el señor Pecksniff tenía o no buenas razones para decir que estaba especialmente favorecido y animado en sus proyectos. Toda su vida la había pasado yendo y viniendo por caminos estrechos y lugares apartados, arañando por las buenas o por las malas todo tipo de cosas para echárselas a la bolsa. Ahora bien, igual que hay una Providencia especial en la caída de un gorrión<sup>[79]</sup>, también puede pensarse (y tal vez es lo que pensara el señor Pecksniff) que debía haber una Providencia especial en el aterrizaje de la piedra, el palo o cualquier otra cosa con la que se apunte al gorrión. Y, como el señor Pecksniff, por las buenas o por las malas, siempre le acertaba al gorrión en la cabeza, tal vez había llegado a considerarse especialmente autorizado a meterse gorriones en la bolsa, y a creerse dueño y señor de todos los pájaros que había

conseguido. Todo el mundo tiene que tener claro que hay muchas empresas, nacionales e individuales —pero sobre todo las primeras—, a las que se tiene por gloriosas y fructuosas, y que nunca habrían podido considerarse tal cosa mediante ningún otro razonamiento. Por tanto los precedentes parecen demostrar que el señor Pecksniff tenía buenos argumentos para respaldar lo que decía, y podía permitírsele que lo dijera, pues no lo decía con presunción, vanidad o arrogancia, sino movido por un espíritu de elevada fe y por una gran sabiduría merecedora de todo tipo de halagos.

El señor Jonas no estaba muy acostumbrado a complicarse con teorías de esta naturaleza y no expresó ninguna opinión. Tampoco respondió al anuncio de su compañero con una sola palabra, ya fuese buena, mala o indiferente. Siguió taciturno al menos un cuarto de hora y durante todo ese tiempo pareció concentrado en aplicar a cierta cantidad todas las reglas numéricas conocidas: sumándola, restándola, multiplicándola, reduciéndola mediante la división larga y la corta, calculándola por la regla de tres directa e inversa, intercambio o trueque, práctica, interés simple, interés compuesto y demás cálculos aritméticos. El efecto de estos esfuerzos pareció complacerle, pues, cuando interrumpió su silencio, fue como si hubiese llegado a un resultado concreto y se hubiese librado de un estado de inquietante incertidumbre.

—¡Vamos, viejo Pecksniff —tal fue el modo jocoso de dirigirse a él, mientras le daba una palmadita en la espalda—, bebamos alguna cosa!

—De mil amores —dijo el señor Pecksniff.

—Invitemos al cochero —exclamó Jonas.

—Si cree que no se ofenderá ni se sentirá descontento con su situación... desde luego —balbució el señor Pecksniff.

Jonas se limitó a reírse y, apeándose del techo de la diligencia con mucha agilidad, ejecutó una difícilísima cabriola en el camino. Tras lo cual, entró en la taberna y pidió tal cantidad de bebidas alcohólicas que el señor Pecksniff empezó a tener dudas de su cordura, hasta que Jonas las disipó al decir, cuando la diligencia no pudo esperar más:

—Llevo más de una semana pagando yo y obsequiándole con todos los manjares de la temporada. Esto lo paga usted, Pecksniff. —Y no lo decía en broma, como pensó al principio el señor Pecksniff, pues subió a la diligencia sin más ceremonias y dejó que su respetada víctima pagase la cuenta.

Pero el señor Pecksniff era un hombre de humilde entereza, y el señor Jonas era su amigo. Además, su consideración por ese caballero se fundaba, como sabemos, en el puro aprecio y en el conocimiento de la excelencia de su carácter. Salió sonriente de la taberna, e incluso llegó al extremo de repetir la operación, a menor escala, en la siguiente cervecería. Había cierto desenfreno en el ánimo del señor Jonas (que



por lo general no formaba parte de su carácter) que no se aplacó precisamente por esos medios, y el resto del viaje estuvo tan boyante —podría decirse, bullicioso— que el señor Pecksniff tuvo ciertas dificultades para seguirle el ritmo.

No los esperaban, ¡no, por Dios!: el señor Pecksniff había propuesto en Londres darles una sorpresa a las chicas, y añadió que no les escribiría para avisarlas, a fin de pillarlas desprevenidas y así poder ver a qué se dedicaban cuando pensaban que su papaíto estaba a kilómetros y kilómetros de distancia. Gracias a esta graciosa estratagema, no había nadie para recibirlos junto al poste indicador, pero eso no tuvo importancia, pues habían tomado la diligencia de día, y el señor Pecksniff llevaba sólo una maleta de tela y el señor Jonas sólo un baúl. Cogieron el baúl entre los dos, pusieron la maleta encima, y se alejaron por la calle sin mayor dilación: el señor Pecksniff iba ya de puntillas, como si, sin esa precaución, sus queridas hijas, que estaban a varios kilómetros, fuesen a intuir filialmente su cercanía.

Hacía una tarde muy agradable, de primavera, y, en la blanda quietud del crepúsculo, todo era bello y silencioso. Había hecho un día bueno y cálido, pero al caer la noche refrescó y a lo lejos el humo se alzaba de las chimeneas de las casas. Miles de olores placenteros de las hojas verdes y los capullos en flor se mezclaban por doquier, el cuco llevaba cantando todo el día, pero acababa de callarse, el olor a tierra recién volteada —el primer aliento de esperanza del primer campesino, después de que se marchitara su huerto— aromaba la brisa nocturna. Era un momento del día en el que casi todos los hombres acarician buenas resoluciones y lamentan el pasado malgastado, un momento en el que casi todos los hombres, al ver caer las sombras, piensan en la noche que debe caer para todos, y en el mañana que no va seguido de ningún otro.

—¡Vaya un sitio aburrido! —dijo el señor Jonas mirando a su alrededor—. Es suficiente para volver loco de melancolía a cualquiera.

—Pronto tendremos luz y un buen fuego —observó el señor Pecksniff.

—Nos harán falta cuando lleguemos —dijo Jonas—. ¿Por qué diablos no habla? ¿En qué está pensando?

—Para serle sincero, señor Jonas —dijo Pecksniff con gran solemnidad—, pensaba en nuestro recién fallecido amigo, en su difunto padre.

El señor Jonas soltó de pronto su carga y dijo amenazándole con la mano:

—¡Déjelo, Pecksniff!

El señor Pecksniff, sin saber exactamente si aludía a lo que había dicho o al baúl, miró a su amigo con franca sorpresa.

—¡Le he dicho que lo deje! —gritó iracundo Jonas—. ¿Me oye? Déjelo... de una vez para siempre. ¡Más le vale, se lo advierto!

—Ha sido un error —respondió muy consternado el señor Pecksniff—, admito que ha sido una estupidez. Tendría que haber sabido que tocaba una cuerda sensible.

—No me venga con cuerdas sensibles —dijo Jonas, secándose la frente con el puño del abrigo—. No permitiré que se salga con la suya, porque no me gusta la compañía de los muertos.

El señor Pecksniff acababa de decir: «¡Salirme con la mía, señor Jonas!» cuando el joven, con una expresión sombría en el rostro, volvió a interrumpirle:

—¡Cuidado! —dijo—, ¡no lo toleraré! Le aconsejo que no vuelva a sacar el asunto a colación ni conmigo ni con nadie. A buen entendedor pocas palabras bastan. Ya hemos hablado suficiente. ¡Vamos!

Volviendo a levantar su parte de la carga, después de decir estas palabras, echó a andar tan deprisa que el señor Pecksniff, al otro lado del baúl, se vio arrastrado de un modo muy incómodo y poco elegante, con gran perjuicio de lo que los caballeros a la moda llaman «el pellejo» de las espinillas, que se golpearon de forma nada piadosa contra el duro cuero y las hebillas metálicas. Al cabo de unos minutos, no obstante, el señor Jonas disminuyó el paso, y permitió que su compañero le diera alcance, y así llevaron el baúl en una posición tolerablemente recta.

Estaba clarísimo que lamentaba aquel estallido, y que desconfiaba del efecto que pudiera surtir en el señor Pecksniff, pues cada vez que este caballero miraba al señor Jonas, se encontraba con que el señor Jonas estaba mirándolo a él, lo cual hizo que la situación resultara aún más embarazosa. Fue sólo una idea breve, pues el señor Jonas enseguida se puso a silbar, y el señor Pecksniff, imitando a su amigo, empezó a tararear melodiosamente una canción.

—Ya casi hemos llegado, ¿no? —dijo Jonas, al cabo de un rato.

—Estamos muy cerca, mi querido amigo —replicó el señor Pecksniff.

—¿Qué cree que estarán haciendo? —preguntó Jonas.

—Es imposible decirlo —exclamó el señor Pecksniff—. ¡Son un par de atolondradas! Tal vez ni siquiera estén en casa. Iba a proponerle, ¡je, je, je!, que entrásemos por la puerta trasera y cayésemos sobre ellas con el fragor del trueno, señor Jonas.

No habría sido fácil decidir cuál de las muchas cualidades de Jonas, el señor Pecksniff, la maleta de tela o el baúl podían compararse con el fragor del trueno. Pero el señor Jonas aceptó su sugerencia y se colaron

a hurtadillas en el jardín trasero y se acercaron en silencio a la ventana de la cocina, por la que la luz del fuego y de una vela se colaban en la noche cada vez más oscura.

Desde luego el señor Pecksniff ha tenido una bendita suerte con sus hijas, al menos con una de ellas. La prudente Cherry, báculo, fianza y tesoro de su padre que tanto la adora, ¡está sentada a una mesita, blanca como la nieve recién caída, delante del fuego de la cocina haciendo cuentas! ¡Ved a la pulcra doncella mientras, pluma en mano, mirando calculadora al techo y con un manojo de llaves en una cestita que tiene al lado, revisa los gastos domésticos! Desde la plancha, el cubreplatos y el calentacamas, desde la tetera, el calentador de agua, las pinzas de la chimenea y los negros fogones, miradas luminosas de beneplácito la contemplan. Las mismísimas cebollas que cuelgan de la viga la envuelven y brillan como las mejillas de unos querubines. Parte de la influencia de esas hortalizas cala en la naturaleza del señor Pecksniff. Lloro.

Es sólo un instante, pero se lo oculta a su amigo —con mucho cuidado— mediante un complicado uso del pañuelo, pues de hecho no quisiera revelar su debilidad.

—Placentero —murmuró—, ¡muy placentero para los sentimientos de un padre! ¡Mi querida niña! ¿Dejamos que sepa que estamos aquí, señor Jonas?

—Caramba, no querrá usted pasar la noche en el establo o en la cochera —replicó.

—Desde luego, no es esa la hospitalidad que me gustaría ofrecerle, amigo mío —exclamó el señor Pecksniff, apretándole la mano. Luego tomó aliento y, dando unos golpecitos en el cristal de la ventana, gritó con estentórea suavidad—: ¡Bu!

Cherry soltó la pluma y gritó. Pero la inocencia siempre es valerosa... o debería serlo. Cuando abrieron la puerta, la valiente muchacha exclamó con voz firme y con una presencia de ánimo que no le falló ni siquiera en tales circunstancias:

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren? ¡Hablen o llamo a mi padre!

El señor Pecksniff le tendió los brazos. Ella lo reconoció al instante y corrió a abrazarlo con cariño.

—Ha sido desconsiderado por nuestra parte, señor Jonas, muy desconsiderado —dijo Pecksniff, acariciando el cabello de su hija—. ¡Cariño, ya ves que no he venido solo!

No lo había visto. Hasta ese momento sólo había tenido ojos para su padre. No obstante, entonces vio al señor Jonas, se ruborizó e inclinó la cabeza mientras le daba la bienvenida.

Pero ¿dónde estaba Merry? El señor Pecksniff no lo preguntó en tono de reproche, sino con dulzura teñida de un amable pesar. Estaba arriba, leyendo en el sofá de su habitación. ¡Ah! Las cuestiones domésticas no le interesan.

—Pero dile que baje —dijo el señor Pecksniff, con plácida resignación—. Dile que baje, cariño.

La llamó y bajó, turbada y ruborizada de estar en el sofá, pero nada desfavorecida. No, no, ni mucho menos. En todo caso, favorecida.

—¡Ay, Dios mío! —gritó la traviesa chiquilla, volviéndose hacia su primo, después de besar a su padre en ambas mejillas y de obsequiarle retozona con un beso suplementario en la punta de la nariz—. ¡Usted por aquí, espantajo! ¡Bueno, le agradeceré mucho que no me moleste demasiado!

—Vaya, tan animada como siempre, ¿eh? —dijo Jonas—. ¡Ay, eres muy picarona!

—¡Vamos, váyase! —replicó Merry, apartándolo de un empujón—. No sé lo que haré si lo veo a usted demasiado. ¡Váyase, por el amor de Dios!

En ese momento el señor Pecksniff sugirió que el señor Jonas fuese enseguida al piso de arriba, y él obedeció el ruego de la joven. Pero, aunque llevaba a la bella Cherry del brazo, no pudo evitar mirar a su hermana e intercambiar con ella algunas palabras más de naturaleza igualmente jocosa, mientras los cuatro subían al saloncito donde —pues por suerte a las jóvenes se les había hecho un poco tarde— acababan de dejar el té sobre la mesa.

El señor Pinch no estaba en casa, así que todo fue para ellos y estuvieron muy cómodos y habladores, Jonas sentado entre las dos hermanas y demostrando su galantería de ese modo tan peculiar suyo. Era difícil, afirmó el señor Pecksniff, cuando terminaron de tomar el té y despejaron la mesa, tener que renunciar a una compañía tan agradable, pero tenía que examinar ciertos documentos en sus habitaciones y se veía obligado a excusarse media hora. Con esta disculpa se marchó, cantando despreocupado una tonada. No hacía ni cinco minutos que se había ido cuando Merry, que se había sentado en la ventana, lejos de Jonas y de su hermana, estalló en una risa apenas disimulada y corrió hacia la puerta dando saltitos.

—¡Eh! —exclamó Jonas—. ¡No te vayas!

—¡Vaya! —replicó Merry, mirando hacia atrás—. Parece que no quieres que me vaya, ¿eh, espantajo?

—No —dijo Jonas—. Palabra que no. Quiero hablar contigo. —Y, cuando se fue, pese a todo, de la sala, él corrió tras ella y la trajo de nuevo después de un breve forcejeo en el pasillo que escandalizó mucho a la señorita Cherry.

—¡Palabra, Merry —le instó esa joven—, que me sorprendes! Incluso el absurdo tiene un límite, querida.

—Gracias, cariño —dijo Merry, frunciendo los labios sonrosados—. Te agradezco mucho tu consejo. ¡Oh, déjeme en paz, monstruo!

Esta orden se la arrancó el proceder del señor Jonas, que la obligó a sentarse, sin aliento como estaba, a su lado en el sofá, mientras la señorita Cherry seguía al otro lado.

—Y ahora —dijo Jonas abrazándoles a ambas la cintura— tengo los dos brazos ocupados, ¿eh?

—Uno de ellos estará amoratado mañana, si no me suelta —exclamó la juguetona Merry.

—¡Ah!, tus pellizcos me importan un bledo —dijo Jonas con una sonrisa.

—Pellízcale por mí, Cherry, te lo ruego —dijo Mercy—. ¡Te aseguro que nunca he odiado a nadie tanto como a esta criatura!

—No, no digas eso —la instó Jonas—, y tampoco me pinches, porque quiero hablar en serio, oye, prima Charity...

—¿Y bien? —respondió con sequedad.

—Quiero que hablemos con calma —dijo Jonas—. Prefiero evitar malos entendidos y que todo quede claro. Es lo decoroso y deseable, ¿no?

Ninguna de las hermanas dijo una palabra. El señor Jonas hizo una pausa y se aclaró la garganta, que tenía muy seca.

—No se creará lo que voy a decirle ¿verdad prima? —dijo Jonas dándole un tímido apretoncito a la señorita Charity.

—La verdad, señor Jonas, no puedo saberlo hasta que oiga de qué se trata. ¡Me resulta francamente imposible!

—Pues verás —dijo Jonas—, como siempre está tomándole el pelo a la gente, sé que se reirá, o fingirá reírse... Lo sé de antemano. Pero puedes decirle que hablo en serio, prima, ¿no? Le confesarás que lo sabes, ¿verdad? Estoy seguro de que te portarás honorablemente —añadió en

tono persuasivo. —Ninguna respuesta. La garganta le ardía cada vez más y cada vez le parecía más difícil controlarla—. Verás, prima Charity —dijo Jonas—, sólo tú puedes contarle los esfuerzos que hice por estar con ella cuando estuvisteis en la pensión en la ciudad, porque nadie lo sabe mejor que tú. Nadie más puede decirle lo mucho que intenté conocerte mejor para poder conocerla a ella sin que se notara, ¿verdad? Siempre te he preguntado por ella, y he querido saber adónde había ido, cuándo volvería, lo vivaracha que era y demás, ¿no es cierto, prima? Sé que se lo dirás, si es que no se lo has dicho ya, y me atrevo a decir que se lo has dicho, porque sé que eres una persona honorable. — Todavía ni una palabra. El brazo derecho del señor Jonas (la hermana mayor estaba sentada a su derecha) pudo haber notado ciertas tumultuosas palpitaciones que no eran suyas, pero ninguna otra cosa le dio a entender que sus palabras hubiesen causado el menor efecto—. Y, aunque te lo hayas callado y no se lo hayas dicho —prosiguió Jonas—, es lo de menos, porque ahora prestarás sincero testimonio, ¿verdad? Hemos sido muy buenos amigos desde el principio, ¿no?, y, por supuesto, lo seguiremos siendo en el futuro, y por eso no me molesta decírselo en tu presencia. Prima Mercy, has oído lo que he dicho. Ella lo confirmará, hasta la última palabra, tiene que hacerlo. ¿Me aceptarás como esposo? ¿Eh?

Cuando soltó a Charity para plantear la pregunta con más claridad, ella dio un respingo y corrió a su habitación, soltando a su paso una serie de sonidos emotivos e incoherentes que sólo la ira de una mujer despechada podría inspirar.

—Deje que me vaya. Deje que vaya con ella —dijo Merry, apartándolo y dándole, para ser sinceros, más de una bofetada en el ancho rostro.

—No hasta que me des el sí. No me has respondido. ¿Me aceptarás por esposo?

—No. No le soporto. Se lo he dicho cien veces. Es usted un espantajo. Además, siempre he pensado que prefería a mi hermana. Todos lo pensábamos.

—Pero eso no ha sido culpa mía —dijo Jonas.

—Sí, lo es, y lo sabe.

—En el amor vale todo —dijo Jonas—. Puede que ella haya creído que la prefería, pero tú no.

—¡Sí!

—No es verdad. Es imposible que pensaras que la prefería cuando estabas delante.

—Sobre gustos no hay nada escrito —dijo Merry—, al menos no quería decir eso. No sé lo que quiero decir. Déjeme ir con ella.

—Di «sí» y te dejaré.

—Si alguna vez me obligo a decirlo, será sólo para poder odiarle y molestarle toda la vida.

—Eso —exclamó Jonas— es como si lo hubieses dicho. Trato hecho, prima. Ya somos una pareja como cualquier otra.

Este galante discurso fue seguido del ruido confuso de unos besos y varias bofetadas; y luego la bella, pero un tanto descompuesta, Merry se soltó y corrió tras los pasos de su hermana.

Tanto si el señor Pecksniff había estado escuchando —lo cual parece imposible en una persona de su naturaleza— como si había adivinado lo que pasaba casi por inspiración —lo cual en un hombre de su sagacidad es mucho más probable— o tuvo sin más la buena suerte de encontrarse allí donde debía —lo cual es razonable que sucediera dada la especial tutela que ejercía—, lo que es seguro es que cuando las hermanas estaban en la habitación él apareció en la puerta. Y el contraste fue extraordinario: ellas tan acaloradas, ruidosas y vehementes; él tan tranquilo, dueño de sí mismo, frío y pacífico que no se le movía ni un pelo.

—¡Niñas! —dijo el señor Pecksniff tendiéndoles sorprendido los brazos, aunque no antes de cerrar la puerta y apoyar la espalda en ella—. ¡Niñas! ¡Hijas! ¿Qué es esto?

—¡Ese miserable, ese apóstata, ese villano falso, malvado y odioso se ha declarado a Mercy delante de mis narices! —fue la respuesta de su hija mayor.

—¿Quién se ha declarado a Mercy? —preguntó el señor Pecksniff.

—Él. Esa cosa. Jonas, en el piso de abajo.

—¡Que Jonas se ha declarado a Mercy! —dijo el señor Pecksniff—. ¡Vaya, ya veo!

—¿No vas a decir nada más? —exclamó Charity—. ¿Quieres que me vuelva loca, papá? Se ha declarado a Mercy y no a mí.

—¡Ay, qué vergüenza! —dijo muy solemne el señor Pecksniff—. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo puede el triunfo de una hermana dejarte en este espantoso estado, hija mía? ¡Qué tristeza! Lo siento, me sorprende y me duele verte así. Mercy, hija mía, ¡que Dios te bendiga! Ocúpate de ella. ¡Ay, envidia, envidia, qué pasión eres!

Pronunciando estas palabras en tono pesaroso, el señor Pecksniff salió de la habitación (tomando la precaución de cerrar la puerta a sus espaldas) y bajó al salón. Allí encontró a su futuro yerno y lo cogió de las manos.

—¡Jonas! —exclamó el señor Pecksniff—. ¡Jonas! ¡El deseo que acariciaba mi corazón se ha cumplido!

—Muy bien; me alegra oírlo —dijo Jonas—. Es suficiente. Oiga, como no es su favorita, tendrá que añadir otras mil, Pecksniff. Que sean cinco mil. Es el precio de conservar su tesoro, ya me entiende. Le saldrá barato, y no tendrá que hacer ningún sacrificio.

La sonrisa con la que acompañó estas palabras eclipsó sus otros atractivos hasta tal punto que incluso el señor Pecksniff perdió un instante su presencia de ánimo, y miró al joven como si se hubiera quedado estupefacto de sorpresa y admiración. Pero enseguida recobró la compostura y estaba a punto de cambiar de tema cuando oyeron unos pasos precipitados fuera y Tom Pinch, presa de una gran agitación, irrumpió en la sala.

Al ver a un desconocido, al parecer inmerso en una conversación privada con el señor Pecksniff, Tom se mostró confuso, aunque siguió dando la impresión de que tenía algo muy importante que comunicarle, que serviría de excusa para su intromisión.

—Señor Pinch —dijo Pecksniff—, esto no es muy decoroso. Tendrá que disculpar que le diga que su comportamiento me parece muy poco decoroso.

—Le ruego que me perdone, señor —replicó Tom—, por no llamar a la puerta.

—Mejor ruegue que le perdone este caballero, señor Pinch —dijo Pecksniff—. Yo lo conozco, pero usted no. Mi aprendiz, el señor Jonas.

El futuro yerno inclinó un poco la cabeza, no exactamente con desdén o desprecio, sino de manera más bien pasiva, pues estaba de buen humor.

—¿Podría hablar un momento con usted, señor? —dijo Tom—. Es bastante importante.

—Debe serlo para justificar su extraño comportamiento señor Pinch —replicó su maestro—. Discúlpeme un momento, mi querido amigo. Y ahora, señor, ¿a qué se debe esta grosera intromisión?

—Lo lamento mucho, señor, se lo aseguro —dijo Tom de pie con la gorra en la mano, delante de su patrón en el pasillo—, y sé que debe parecer muy grosero.



—Lo parece, señor Pinch.

—Sí, lo sé, señor; pero lo cierto es que me ha sorprendido mucho verlos, y como sabía que a usted también le sorprendería, he corrido a casa muy deprisa y he perdido tanto el dominio de mí mismo que no sabía muy bien lo que hacía. Estaba en la iglesia hace un momento, señor, tocando el órgano para entretenerme, cuando al darme la vuelta he visto a un caballero y a una dama que escuchaban en el pasillo. Por lo que he podido discernir en la oscuridad, me han parecido forasteros, y he pensado que no los conocía; así que he salido y les he preguntado si querrían subir a la galería del órgano o tomar asiento. Han dicho que no, pero me han dado las gracias por la música que habían oído... De hecho —observó Tom, ruborizándose—, han dicho que era una música deliciosa, al menos ella; y le aseguro que para mí ha sido un placer y un honor mayor que cualquier cumplido que hubiese podido hacerme. Le... le... ruego que me perdone, señor —estaba muy azorado, y se le cayó la gorra por segunda vez—, pero... estoy muy nervioso y me temo que me aparto del asunto.

—Si pudiera usted volver a él, Thomas —dijo el señor Pecksniff con una mirada gélida—, le quedaré muy agradecido.

—Sí, señor —contestó Tom—, por supuesto. Han dicho que tenían una silla de posta en el porche, señor, y que se habían detenido para oír el órgano. Y luego han dicho... bueno, en realidad ella ha dicho: «Tengo entendido que vive usted con el señor Pecksniff, ¿no es así, señor?». Yo he respondido que tenía ese honor y me he tomado la libertad, señor —añadió Tom alzando la vista hacia el rostro de su benefactor—, de decir, como siempre haré, con su permiso, que le debía mucho a usted y que nunca podría expresar hasta qué punto.

—Eso —dijo el señor Pecksniff— ha estado, muy, muy mal. No tenga prisa, señor Pinch.

—Gracias, señor —exclamó Tom—. Luego me han preguntado... bueno, en realidad ella me ha preguntado si no habría algún camino de herradura que llevase a casa del señor Pecksniff sin pasar por el Dragón. —El señor Pecksniff pareció de pronto muy interesado—. Cuando les he dicho que lo había y lo feliz que me haría mostrárselo, han enviado el coche por el camino y han venido conmigo campo a través por el prado. Los he dejado en la cerca para adelantarme y advertirle de su llegada, estarán aquí, señor en... en menos de un minuto, diría yo —añadió Tom, tomando aliento con dificultad.

—¡Quiénes serán...! —dijo pensativo el señor Pecksniff.

—¡Bendita sea mi alma, señor! —exclamó Tom—. Quería decírselo al principio. Pensaba que se lo había dicho. Los conocía... bueno, en realidad a ella... personalmente. Son el caballero que enfermó en el Dragón, señor, el invierno pasado, y la joven que lo cuidaba.

A Tom le castañetearon los dientes y trastabilló de sorpresa al presenciar el efecto extraordinario que produjeron estas sencillas palabras en el señor Pecksniff. El miedo a perder el favor del anciano, justo después de reconciliarse con él, sólo porque el señor Jonas estuviese en la casa; la imposibilidad de echar a Jonas o de encerrarlo atado de pies y manos en el sótano sin ofenderlo; la horrible discordancia que reinaba en la casa, y la imposibilidad de reducirla a una armonía decorosa con Charity en pleno ataque de histeria, Mercy totalmente turbada, Jonas en el salón y Martin Chuzzlewit y su joven pupila en las escaleras de la puerta; la desesperación de no poder disimular o explicar de manera creíble ese estado de confusión rampante; la súbita acumulación sobre su devota cabeza de toda suerte de complicadas perplejidades y enredos —de los que había confiado en librarse con la ayuda del tiempo, la buena suerte, la oportunidad y sus propias maquinaciones— embargaron al atribulado arquitecto de tal modo que, si Tom hubiese podido ser una Gorgona que mirara al señor Pecksniff, y el señor Pecksniff hubiera podido ser una Gorgona que mirase a Tom, no habrían podido horrorizarse más el uno del otro de lo que los aterrorizaron sus propias y desconcertadas personas.

—¡Dios mío! —exclamó Tom—, ¿qué he hecho? Pensé que sería una sorpresa agradable, señor. Pensé que le gustaría saberlo.

Pero en ese momento se oyeron unos golpes en la puerta principal.

**Capítulo XXI. Más vivencias estadounidenses. Martin toma un socio y hace una compra. Una descripción de Edén sobre el papel<sup>[80]</sup> . También del León Británico. También del tipo de solidaridad profesada y ofrecida por la Asociación de Simpatizantes Unidos del Agua con Tostadas<sup>[81]</sup> .**

El golpe en la puerta del señor Pecksniff, aunque ruidoso, no podía compararse al ruido de un ferrocarril estadounidense a toda velocidad. Vale la pena empezar el presente capítulo admitiéndolo con franqueza, no vaya a imaginarse el lector que los ruidos que ahora ensordecen los oídos de esta historia guardan la menor relación con la aldaba de la puerta del señor Pecksniff, cuyo enérgico uso había causado gran agitación, repartida a la par entre ese hombre tan valioso y el señor Pinch.

La casa del señor Pecksniff está a más de mil leguas de distancia, y una vez más esta feliz crónica puede ofrecer Libertad y Sensibilidad Moral a sus ilustres compañeros. Una vez más respira el bendito aire de la Independencia; una vez más considera con piadosa reverencia ese sentido moral que da al César lo que no es del César; otra vez inhala ese ambiente sacrosanto que fue la vida —¡oh, noble patriota con tantísimos seguidores<sup>[82]</sup> !— de quien soñó con la Libertad en brazos de una esclava, y al despertar vendió a su descendencia, que era también suya, en la plaza del mercado.

¡Cómo resuenan y traquetean las ruedas y cómo se estremecen las vías, a medida que el tren avanza a toda prisa! Y cómo chilla la máquina, igual que si la fustigasen y torturasen como a un jornalero vivo que se retorciera en su agonía. Un mal ejemplo, pues el hierro y el acero son infinitamente más apreciados, en esta sociedad, que la carne y la sangre. Apremiada más allá de su capacidad de aguante, la astuta obra del hombre lleva en su seno los elementos de su venganza; mientras que el desdichado mecanismo de la Mano Divina es peligroso porque no tiene esa característica, pero puede manipularse, romperse y aplastarse a voluntad del maquinista. ¡Contemplad esa máquina! ¡Un hombre tendría que pagar más dólares en multas y castigos para satisfacer a la ley ofendida si mutilase con su osadía a esa insensata masa de metal que si acabase con la vida de veinte de sus congéneres! Así las estrellas parpadean sobre las franjas sanguinolentas, la Libertad se cala la gorra sobre los ojos y reconoce que la Opresión, en su aspecto más vil, es su hermana.

Al maquinista del tren cuyo estruendo nos ha despertado en este capítulo sin duda no lo turbaban reflexiones semejantes, y es muy probable que no lo turbase ninguna otra reflexión. Se apoyaba con los brazos y las piernas cruzadas contra un costado de la locomotora,

fumando; y, excepto cuando expresaba, con un gruñido tan corto como su pipa, su beneplácito ante la buena puntería de su colega el fogonero, que se entretenía arrojando troncos de madera del tónder a las muchas vacas que pastaban a lo largo de la vía férrea, observaba una compostura tan inmovible y una despreocupación tan completa que, si la locomotora hubiese sido un cochinito, no habría afectado más indiferencia. A pesar de la tranquilidad de este operario y de su inquebrantable paz de espíritu, el tren avanzaba con aceptable rapidez; y, como los raíles se habían tendido de mala manera, los baches y los saltos que encontraba en su avance no eran ni leves ni escasos.

Arrastraba una caravana de tres grandes vagones. El vagón de las señoras, el de los caballeros y el de los negros; este último pintado de negro, como adecuado cumplido a sus ocupantes. Martin y Mark Tapley viajaban en el primero, que era el más cómodo y que, como no iba ni mucho menos lleno, admitía a caballeros que, como ellos, no tenían la suerte de gozar de la compañía de sus propias señoras. Iban el uno al lado del otro inmersos en una conversación muy seria.

—Entonces, Mark —preguntó Martin, mirándolo con gesto preocupado—, ¿te alegras de haber dejado Nueva York?

—Sí, señor —dijo Mark—. Mucho.

—¿No estabas «alegre» en la ciudad?

—Al contrario, señor —replicó Mark—. La semana más alegre de mi vida ha sido la que hemos pasado en Pawkins.

—¿Qué opinas de nuestras perspectivas? —preguntó Martin, con un aire que dejaba muy claro que llevaba un tiempo evitando la cuestión.

—Que son inmejorables, señor —respondió Mark—. Es imposible encontrar un nombre mejor para un sitio, señor, que el de Valle de Edén. A nadie se le ocurriría un lugar mejor donde instalarse que el Valle de Edén. Y me han dicho —añadió después de una pausa— que hay un montón de serpientes, así que no nos faltará de nada.

Lejos de demorarse con desánimo en tan prometedora información, el rostro de Mark se iluminó al recordarlo, tanto que un desconocido habría dicho que llevaba toda la vida frecuentar la compañía de serpientes y ahora estaba encantado al ver próxima la consumación de su mayor deseo.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó muy serio Martin.

—Un oficial del ejército —respondió Mark.

—¡No seas ridículo! —exclamó Martin riéndose alegremente a pesar de sí mismo—. ¿Qué oficial? Sabes que salen como hongos...

—Igual que los espantapájaros en Inglaterra, señor —le interrumpió Mark—, que son una especie de milicia, con casaca, chaleco y un palo dentro. ¡Ja, ja, ja! No me haga caso, señor, son cosas mías. No puedo evitar alegrarme. Me lo dijo uno de esos conquistadores invasores en Pawkins. «¿Me han informado bien —pregunta con voz quejosa, como si tuviese muy tapada la nariz— al decirme que se dirigen ustedes al Valle de Edén?» «Algo de eso he oído», le respondo. «¡Ah! —dice él—, pues si alguna vez se va usted a la cama en aquellos parajes, ya me entiende, con el tiempo, a medida que avance la civilización, podría llegar a suceder, no olvide llevar consigo un hacha». Yo lo miro fijamente, «¿Hay pulgas?», pregunto. «Y más cosas», dice él. «¿Vampiros?», digo. «Y más cosas», dice él. «¿Mosquitos, tal vez?», digo. «Y más cosas», dice él. «¿Qué más cosas?», pregunto. «Serpientes —responde—. Serpientes de cascabel. No le falta razón, forastero; hay alimañas muy peligrosas, que atacan al hombre; pero no se preocupe por ellas... Le harán compañía. Lo peor son las serpientes; y, si despierta y ve una en el poste de la cama enrollada como un sacacorchos con el asa en la parte de abajo, dele con el hacha porque son venenosas».

—¿Por qué no me lo has contado antes? —exclamó Martin con una expresión que ofrecía un gran contraste con la alegría del rostro de Mark.

—No se me ocurrió, señor —dijo Mark—. Me entró por un oído y me salió por el otro. Pero, que Dios nos proteja, yo diría que era de otra compañía y se inventó la historia para que fuésemos a su Edén y no al de la competencia.

—Cabe esa posibilidad —observó Martin—. Puedo decir honradamente que así lo espero de todo corazón.

—No tengo la menor duda, señor —replicó Mark, que, llevado por la embriagadora influencia que ejercía la anécdota sobre sí mismo, había olvidado por un instante el probable efecto que tendría sobre Martin—: en todo caso, hay que vivir, señor, ya me entiende.

—¡Vivir! —exclamó Martin—. Sí, es fácil decirlo, pero, si no despertamos cuando las serpientes de cascabel estén enroscándose como un sacacorchos en nuestra cama, tal vez no sea tan fácil.

—Nada más cierto —dijo una voz tan cercana que le cosquilleó en el oído—. Es la espantosa y terrible verdad.

Martin se volvió y descubrió que un caballero, en el asiento de atrás, había metido la cabeza entre Mark y él y disfrutaba de la conversación con la barbilla apoyada en el respaldo del asiento. Su apariencia era tan lánguida y apática como la de la mayoría de los caballeros que habían visto; tenía las mejillas tan hundidas que daba la impresión de que estuviese sorbiendo algo; y el sol lo había tostado no de un saludable color moreno o rojizo, sino amarillento sucio. Sus ojos oscuros y brillantes estaban entreabiertos y sólo miraban de soslayo, como

diciendo: «No me pillaréis, vosotros creéis que sí, pero no lo conseguiréis». Los brazos descansaban al desgaire sobre las rodillas; en la palma de la mano izquierda tenía un trozo de tabaco, igual que los campesinos ingleses tienen una loncha de queso; en la derecha llevaba un cortaplumas. Se inmiscuyó en la conversación con tan poco reparo como si le hubiesen invitado días antes a escuchar los argumentos de ambas partes y ofrecer su opinión, y la posibilidad de que no desearan tener el honor de conocerlo o de que se entrometiera en sus asuntos personales le detuvo o preocupó tanto como si hubiese sido un oso o un búfalo.

—Nada más cierto —repitió moviendo la cabeza con condescendencia hacia Martin, como si fuese un bárbaro de las fronteras exteriores—. Es la espantosa verdad. Toda clase de condenadas alimañas.

Martin no pudo evitar fruncir el ceño un momento, como queriendo insinuar que, sin darse cuenta, el caballero se había «condenado» a sí mismo. Pero, al recordar el sabio consejo de hacer donde fueres lo que vieres, sonrió con la expresión más amable que fue capaz de adoptar en tan poco tiempo.

Su nuevo amigo no dijo nada, pues estaba muy ocupado en cortar un trozo de tabaco y en silbar en voz baja. Cuando le dio la forma deseada, se sacó el trozo viejo de la boca y lo dejó en el respaldo, entre Mark y Martin, mientras se metía el nuevo en el hueco de la mejilla, como si fuese una nuez grande o una manzana pequeña. Después de encontrarlo de su agrado, clavó la punta del cuchillo en el trozo viejo, lo observó con atención y dijo con el aire de alguien que no ha vivido en vano, que estaba «bastante usado». Luego lo tiró, se guardó el cortaplumas en un bolsillo y el tabaco en el otro, volvió a apoyar la barbilla en el respaldo y, después de dar su visto bueno al chaleco de Martin, alargó la mano para palpar la textura de la prenda.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó.

—Le doy mi palabra de que lo ignoro —dijo Martin.

—Supongo que debe de costar un dólar o más el metro.

—De verdad, lo desconozco.

—En mi país —dijo el caballero— sabemos lo que cuestan nuestros propios productos.

Martin no lo discutió y se produjo una pausa.

—¡Bueno! —prosiguió su nuevo amigo, después de mirarlos con intensidad mientras duró aquel momento de silencio—, ¿qué tal nuestro viejo progenitor desnaturalizado?

El señor Tapley se habría picado, pensando que era un versión de la pregunta impertinente inglesa «¿Qué tal tu madre?», de no haber intervenido Martin.

—¿Se refiere a la madre patria? —dijo.

—¡Ah! —fue la respuesta—. ¿Qué tal le va? ¿Avanzando hacia atrás, como de costumbre? ¡Bueno! ¿Y la reina Victoria?

—Creo que disfruta de buena salud —dijo Martin.

—La reina Victoria no se moverá en sus reales zapatos cuando oiga hablar del mañana —observó el desconocido—. No.

—No que yo sepa. ¿Por qué iba a moverse?

—Ni se quedará helada cuando sepa lo que ocurre en estos andurriales —dijo el desconocido—. No.

—No —dijo Martin—. Creo que podría comprometer mi palabra.

El caballero desconocido lo miró como compadeciendo su ignorancia o sus prejuicios y observó:

—En fin, señor, deje que le diga una cosa: no hay en todo Estados Unidos una locomotora con la caldera reventada tan quieta, rota y chamuscada, como estará esa joven criatura en su lujosa mansión en la Torre de Londres cuando lea el próximo número doble extraordinario de la *Gaceta del Agua con Tostadas* .

Mientras tenía lugar el anterior diálogo, varios caballeros se habían levantado de su asiento y se habían juntado en torno a ellos. Parecían encantados con aquel discurso. Un caballero muy delgado con una corbata blanca y lacia, un chaleco blanco largo y un sobretodo negro, que parecía gozar de cierta autoridad sobre ellos, se sintió obligado a hacérselo notar.

—¡Ejem! Señor La Fayette Kettle —dijo, quitándose el sombrero. Se oyeron varios solemnes «¡Chis!»—. ¡Señor La Fayette Kettle! ¡Señor!

El señor Kettle hizo una reverencia.

—En el hombre de esta compañía, señor, en el de nuestra patria común y en el de la virtuosa causa solidaria con la que estamos comprometidos, le doy las gracias. Le doy las gracias en nombre de los Simpatizantes del Agua con Tostadas; y le agradezco también en el nombre de la *Gaceta del Agua con Tostadas* , y en el nombre de las barras y estrellas de Estados Unidos, su elocuente y categórica exposición. Y si me permite, señor, concluir con la expresión de un sentimiento —dijo, clavándole a Martin la empuñadura del paraguas

para llamar su atención— a propósito, aunque sea indirectamente, del asunto del que estamos hablando, diré, señor, que ¡ojalá el pico del águila norteamericana arranque las garras del León Británico y ojalá este aprenda a interpretar al arpa irlandesa y al violín escocés la música que resuena en todas las conchas vacías que hay en las costas de la verde Columbia!

Después el caballero delgado volvió a sentarse, entre mucha agitación, y todos adoptaron un gesto muy solemne.

—General Choke —dijo el señor La Fayette Kettle—, alegra usted mi corazón, lo alegra usted, señor. Pero el León Británico está representado aquí, señor; y me gustaría oír su respuesta a sus observaciones.

—Caramba —gritó Martin, riéndose—, ya que me hace el honor de considerarme su representante. Sólo tengo que decir que jamás he oído decir que la reina Victoria leyese la *Gaceta* como se llame, y que me parece muy poco probable que la lea.

El general Choke sonrió a los demás y dijo a modo de paciente y benévola explicación:

—Se le envía, señor. Se le envía. Por correo.

—Pero, si se la envían a la Torre de Londres, es difícil que la haya recibido —replicó Martin— porque no es esa su residencia.

—La reina de Inglaterra, caballeros —observó el señor Tapley, con mucha educación y mirándolos con gesto imperturbable—, normalmente vive en la Casa de la Moneda, para cuidar del dinero. Tiene su alojamiento en Mansion House con el lord Mayor, pero no suele vivir ahí por culpa del humo de la chimenea.

—Mark —dijo Martin—, te agradeceré mucho que tengas la bondad de no interrumpir con frases absurdas, por muy jocosas que te parezcan. Me había limitado a observar, caballeros, aunque se trate de una cuestión sin demasiada importancia, que la reina de Inglaterra no reside en la Torre de Londres.

—¡General! —exclamó el señor La Fayette Kettle—. ¿Ha oído?

—¡General! —se hicieron eco los demás—. ¡General!

—¡Chis! ¡Silencio, por favor! —dijo el general Choke, levantando la mano y hablando con una benevolencia sosegada y complacida muy conmovedora—. Siempre me ha parecido una circunstancia extraordinaria, atribuible a la naturaleza de las instituciones británicas y a su tendencia a suprimir la consulta popular y la información tan difundidas incluso en los bosques vírgenes de este vasto continente del océano occidental, que el conocimiento de los británicos sobre esos



asuntos no se pueda comparar con el de nuestros viajados e inteligentes ciudadanos. Esto es interesante y confirma mi observación. Cuando afirma usted, señor —continuó, dirigiéndose a Martin— que su reina no reside en la Torre de Londres, cae en un error, nada raro entre sus compatriotas, incluso cuando sus capacidades y elementos morales infunden respeto. Pero, señor, se equivoca. Claro que vive allí...

—Cuando está en la corte de Saint James<sup>[83]</sup> —lo interrumpió Kettle.

—Cuando está en la corte de Saint James, por supuesto —replicó el general, en el mismo tono benévolo—, pues si se hallase en el Pabellón de Windsor no podría estar en Londres al mismo tiempo. La Torre de Londres, señor —prosiguió el general, sonriendo amablemente convencido de lo que decía—, es por supuesto la residencia real. Al estar cerca de sus parques, sus avenidas, sus arcos de triunfo, la ópera y el Royal Almacks es el lugar natural para establecer una corte lujosa e inconsciente. Y, en consecuencia —añadió el general—, ahí está la corte.

—¿Ha estado usted en Inglaterra? —preguntó Martin.

—Sólo por escrito, señor —dijo el general—. Somos un pueblo lector. Aquí descubrirá mucha información que le sorprenderá, señor.

—No me cabe la menor duda... —replicó Martin.

Pero entonces le interrumpió el señor La Fayette Kettle, que le susurró al oído:

—¿Conoce al general Choke?

—No —respondió Martin en el mismo tono.

—¿Sabe lo que se le considera?

—¿Uno de los hombres más notables del país? —se aventuró a decir Martin.

—Exacto —replicó Kettle—. ¡Estaba seguro de que habría oído hablar de él!

—Creo —dijo Martin, volviendo a dirigirse al general— que tengo el placer de ser portador de una carta de presentación para usted, señor. Del señor Bevan, de Massachusetts —añadió, entregándosela.

El general la cogió y la leyó con atención, haciendo alguna que otra pausa para observar a los dos desconocidos. Cuando terminó, se acercó a Martin, se sentó a su lado y le estrechó la mano.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Piensa usted establecerse en Edén?

—Depende de su opinión, y del consejo del agente —replicó Martin—. Me han dicho que en las ciudades no hay nada que hacer.

—Puedo presentarle al agente, señor —dijo el general—. De hecho, lo conozco. Yo mismo soy miembro de la Corporación de Edén.

Esta era una noticia sorprendente para Martin, pues su amigo había insistido mucho en que, que él supiera, el general no tenía relación con ninguna empresa de venta de terrenos y por tanto podría ofrecerle un consejo desinteresado. El general explicó que apenas hacía unas semanas que había entrado a formar parte de la Corporación y que no se había comunicado con el señor Bevan desde entonces.

—Tenemos muy poco que invertir —dijo preocupado Martin—, sólo unas pocas libras... pero es lo único que tenemos. ¿Cree que para alguien de mi profesión hay alguna esperanza en este tipo de especulación?

—¡Bueno! —observó muy serio el general—, si no hubiese oportunidad ni esperanza en la especulación, le aseguro que no habría invertido mi dinero.

—No me refiero a los vendedores —dijo Martin—. Sino a los compradores... ¡a los compradores!

—¿A los compradores, señor? —observó el general, en tono muy impresionante—. ¡Vaya! Viene usted de un país viejo; un país, señor, que ha apilado carneros dorados tan altos como una Babel y lleva siglos adorándolos. Nosotros somos un país nuevo; aquí el hombre vive en un estado más primitivo; no tenemos la excusa de haber caído en prácticas degeneradas con el paso del tiempo; no tenemos falsos dioses: aquí el hombre, señor mío, es hombre con toda su dignidad. Si no luchamos por eso, no luchamos por nada. Este soy yo —dijo, colocando su paraguas para representarse a sí mismo, y por cierto que era un paraguas feísimo—, un pobre contrapeso para la reluciente moneda de su benevolencia, este soy yo con el cabello gris y un sentido moral. ¿Invertiría, con todos mis principios, capital en esta especulación si no creyera que está henchida de esperanzas y oportunidades para mi hermano el hombre?

Martin tuvo la impresión de afectar convencimiento, pero pensó en Nueva York y le resultó difícil.

—¿Para qué sirven los grandiosos Estados Unidos, señor —prosiguió el general—, si no es para la regeneración del hombre? Pero es natural que haga usted esa pregunta, pues viene usted de Inglaterra y no conoce mi país.

—¿Entonces cree usted —dijo Martin— que, a pesar de las penalidades que estamos dispuestos a padecer, hay una oportunidad razonable, Dios sabe que no esperamos mucho, en este lugar?

—¡Una esperanza razonable en Edén, señor! Vaya a ver al agente, vea usted al agente, vea los mapas y los planos, señor, y decida si irse o quedarse, según le parezca la ciudad. Edén todavía no ha caído tan bajo como para tener que ir mendigando por ahí, señor —observó el general.

—Desde luego es un sitio espantosamente encantador. ¡Y también horriblemente sano! —dijo el señor Kettle, que había dado por sentado que tenía derecho a participar en la conversación.

Martin tuvo la impresión de que discutir su testimonio, por la sola razón de que tenía reparos secretos sobre el asunto, sería poco caballeroso y faltaría al decoro. Así que agradeció al general su promesa de ponerle en contacto con el agente, y «concluyó» ver a ese funcionario a la mañana siguiente. Luego le rogó al general que le informara de quiénes eran los Simpatizantes del Agua con Tostadas, a los que se había referido al dirigirse al señor La Fayette Kettle, y contra qué agravios ofrecían su solidaridad. A lo que el general respondió, con aire muy serio, que al día siguiente podría ilustrarse sobre esas cuestiones asistiendo a la Gran Reunión que iba a celebrarse en la ciudad a la que se dirigían «y que —añadió el general— mis conciudadanos me han invitado a presidir».

Llegaron a su destino tarde por la noche. Cerca del ferrocarril había un enorme edificio blanco, como un horrendo hospital, en el que estaba pintado: HOTEL NACIONAL. Delante había una galería o veranda de madera, en la que, cuando el tren se detuvo, se llevaron la sorpresa de ver un gran número pares de botas y zapatos, y el humo de muchos cigarros, pero ningún otro indicio de presencia humana. Poco a poco, no obstante, aparecieron varios hombros y cabezas que, al conectar con las botas y los zapatos, llevaron al descubrimiento de que ciertos huéspedes, que tenían la costumbre de apoyar los talones donde los huéspedes de otros países suelen apoyar la cabeza, estaban relajándose a su manera, con el fresco de la noche.

En este hotel había un bar bastante grande y un gran salón en el que estaban poniendo la mesa para cenar. Había interminables escaleras enjalbegadas, largas galerías enjalbegadas en el piso de arriba y en el de abajo, decenas de pequeños dormitorios enjalbegados y una veranda que recorría los cuatro lados en cada piso de la casa, que era un bloque de ladrillo y tenía un incómodo patio en el centro, donde secaban la ropa. Aquí y allá, algunos bostezantes caballeros haraganeaban con las manos en los bolsillos; pero dentro y fuera de la casa, allí donde se juntasen media docena de personas, volvían a repetirse, una y otra vez, en el atuendo, el sentido moral, los modales, las costumbres, el intelecto y la conversación, el señor Jefferson Brick, el coronel Diver, el comandante Pawkins, el general Choke y el señor La Fayette Kettle. Hacían las mismas cosas, decían las mismas cosas y todo lo juzgaban y reducían con el mismo patrón. Al ver cómo vivían y cómo disfrutaban siempre de la encantadora compañía de los demás, Martin incluso

empezó a entender que fuesen tan alegres, sociables, triunfadores y despreocupados.

Al son de un triste gong, este grupo tan agradable bajó en tropel desde todos los rincones de la casa al salón, mientras otros huéspedes llegaban en bandadas desde los almacenes vecinos; pues media ciudad, tanto casados como solteros, residía en el Hotel Nacional. El té, el café, los fiambres, la lengua, el jamón, los salazones, el pastel, las tostadas, las conservas y el pan con mantequilla se engulleron con la devoradora velocidad de costumbre, y luego, igual que antes, el grupo se fue deshaciendo poco a poco y se dirigió al mostrador de recepción o al bar. Las señoras tenían un saloncito propio al que tenían acceso los maridos y los hermanos, y en todos los demás aspectos se entretenían como en Pawkins.

—Bueno, Mark, amigo mío —dijo Martin, cerrando la puerta de su habitación—, tenemos que celebrar un consejo solemne, pues mañana se decidirá nuestro destino. ¿Estás decidido a invertir tus ahorros en un fondo común?

—Si no lo hubiese estado, señor —respondió el señor Tapley—, no habría venido.

—¿Cuánto dices que hay aquí? —preguntó Martin, sosteniendo una bolsita.

—Treinta y siete libras, diez chelines y seis peniques. O eso me dijeron en el banco. No lo he contado. Pero ellos saben lo que se hacen —dijo Mark, indicando con un gesto su confianza ilimitada en la sabiduría y la aritmética de esas instituciones.

—El dinero que trajimos —dijo Martin— se ha reducido a unos pocos chelines menos de ocho libras.

El señor Tapley sonrió y miró a todas partes para que no pareciese que daba a eso la menor importancia.

—Por el anillo... por su anillo, Mark —dijo Martin, mirándose compungido el dedo desnudo.

—¡Ah! —suspiró el señor Tapley—. Le ruego que me perdone, señor.

—Sacamos catorce libras en dinero inglés. Así que, incluso así, tu parte sigue siendo con mucho la mayor de las dos. Verás, Mark —dijo Martin, a la manera de antes, como si hablase con Tom Pinch—, he pensado un modo de compensártelo, más aún, espero, y de elevar materialmente sus perspectivas en la vida.

—¡Oh!, no se preocupe por eso, señor —replicó Mark—, no quiero elevarme, señor. Estoy bien así.

—No, escucha —dijo Martin—, porque es muy importante para ti y una gran satisfacción para mí. Mark, serás mi socio a partes iguales. Yo añadiré, como capital adicional, mi habilidad y mis conocimientos profesionales, y la mitad de los beneficios anuales, cuando se produzcan, serán tuyos.

¡Pobre Martin!, siempre construyendo castillos en el aire. Olvidando siempre, en su egoísmo, todo lo que no son sus propias y múltiples esperanzas y sus planes optimistas. ¡Hinchándose, en ese mismo instante, con la idea de ser condescendiente y de estar recompensando generosamente a Mark!

—No sé, señor —replicó Mark, mucho más triste que de costumbre, aunque por un motivo distinto de lo que suponía Martin—, qué decir para agradecerse. Seguiré a su lado, señor, lo mejor que pueda y hasta el final. Nada más.

—Quede claro entonces —dijo Martin, cada vez con más condescendencia— que ya no somos amo y criado, sino socios y amigos, y que los dos estamos de acuerdo. Si nos decidimos por Edén, el negocio empezará en cuanto lleguemos allí. Bajo el nombre —dijo Martin, que nunca martilleaba una idea que no estuviese al rojo vivo— de Chuzzlewit y Tapley.

—Por Dios, señor —exclamó Mark—, no ponga mi nombre. No sé nada de negocios, señor. Seré Cía. Muchas veces he pensado —añadió en voz baja— que me gustaría conocer a una Cía., pero nunca creí que llegaría a serlo.

—Como quieras, Mark.

—Gracias, señor. Si algún terrateniente rural de los alrededores quiere construir algo parecido a una bolera pública o particular, yo podría encargarme, señor.

—Y podrás competir con cualquier arquitecto de Estados Unidos —dijo Martin—. Ve a buscar un par de *sherry cobblers*, Mark, y brindaremos por el éxito de la empresa.

O bien había olvidado ya (como lo olvidaría a menudo después) que no eran amo y criado, o bien pensó que esa especie de obligación entraba dentro de las funciones legítimas de la Cía. Pero Mark obedeció con su diligencia habitual y, antes de despedirse para pasar la noche, acordaron ir juntos a ver al agente por la mañana, pero que Martin decidiría lo de Edén según su propio criterio. Y Mark no concedió ninguna importancia a esa concesión, ni siquiera para alegrarse, pues sabía perfectamente que de todos modos sería así al final.

El general era uno de los que estaban sentados a la mesa al día siguiente, y después del desayuno propuso que fuesen a ver al agente sin mayor pérdida de tiempo. Ellos lo estaban deseando y accedieron, así

que los tres partieron hacia las oficinas de la ciudad de Edén, que estaba casi a un tiro de escopeta del Hotel Nacional.

Era un sitio pequeño, casi como la caseta de pago del portazgo. Pero en el cubilete de unos dados cabe mucha tierra, y ¿por qué no iba a venderse todo un territorio en un cobertizo? Además eran sólo unas oficinas temporales, pues los edenitas iban a construir un espléndido edificio para sus transacciones comerciales, e incluso habían escogido ya el sitio, lo cual es mucho en Estados Unidos. Las puertas de las oficinas estaban abiertas, y en la puerta estaba el agente, sin duda un tipo efficacísimo, pues no parecía tener trabajo atrasado, sino que estaba balanceándose en una mecedora con una de las piernas apoyada en un poste y la otra doblada debajo de su trasero como si estuviese incubando el pie.

Era un hombre delgado con un enorme sombrero de paja y una chaqueta de paño verde. Como hacía mucho calor no llevaba corbata y se había abierto el cuello de la camisa, de modo que, cada vez que hablaba, algo se movía en su cuello como los martillos de un clavicordio cuando se tocan las notas. Tal vez fuese la verdad que intentaba débilmente aflorar a sus labios. Si lo era nunca lo logró.

Dos ojos grises acechaban hundidos en el cráneo del agente, pero uno era tuerto y no se movía. Daba la impresión de escuchar con ese lado de la cara lo que hacía la otra. Así cada perfil tenía una expresión distinta y, cuando la parte móvil estaba más activa, la parte rígida estaba fría y alerta. Pasar de ver sus rasgos muy animados a contemplar lo concentrados y calculadores que eran era como poner a aquel hombre del revés.

Los negros cabellos de su cabeza estaban tan tiesos como una plomada, pero las cejas estaban muy despeinadas, como si el gallo cuyas huellas estaban marcadas en el rabillo del ojo las hubiese arrancado y picoteado al reconocer en él a un ave de presa.

Tal era el hombre a quien se aproximaron y a quien el general saludó por el nombre de Scadder.

—Caramba, general —replicó él—, ¿qué tal está?

—Ágil y activo, señor, al servicio de mi país y de la causa Solidaria. Dos caballeros han venido a verle por negocios, señor Scadder.

Les estrechó la mano —en Estados Unidos no se hace nada sin un apretón de manos— y continuó balanceándose.

—Creo que sé por qué ha traído aquí a estos forasteros, general.

—Bueno, señor, espero que sí.

—Es usted muy lenguaraz, general. Habla demasiado —dijo Scadder—. Habla usted alarmantemente bien en público, pero no debería ser tan indiscreto en privado. ¡Caramba!

—Que me emplumen si entiendo lo que dice —replicó el general, después de hacer una pausa para pensarlo.

—Sabe que no queríamos vender las parcelas al primer gandul que se interesara por ellas —dijo Scadder— y que habíamos decidido reservarlas para los aristócratas de la Naturaleza. ¡Sí, señor!

—¡Y aquí están, señor mío! —exclamó acalorado el general—. ¡Aquí están!

—Si están aquí —replicó el agente en tono de reproche—, con eso basta. Pero no tiene por qué pagarla usted conmigo, general.

El general le susurró a Martin que Scadder era la persona más honrada del mundo, y que no le ofendería a propósito ni a cambio de diez mil dólares.

—Cumpló con mi deber y a veces saco a mis conciudadanos de sus casillas porque quiero ayudar —dijo Scadder en voz baja, mirando hacia la carretera y sin dejar de balancearse—. Se enfadan porque me niego a vender demasiado barato. ¡En fin! ¡Es la naturaleza humana!

—Señor Scadder —dijo el general adoptando su gesto oratorio—. ¡Señor! Aquí está mi mano y aquí mi corazón, le aprecio, señor, y me disculpo. Estos caballeros son amigos míos o no los habría traído aquí, sabiendo que las parcelas ahora están tan baratas. Pero estos son amigos, señor, amigos muy especiales.

El señor Scadder se quedó tan contento con esta explicación que se levantó de la mecedora para estrecharle la mano al general. Luego invitó a los amigos especiales del general a acompañarle a su oficina. Por su parte, el general observó, con su acostumbrada benevolencia, que siendo miembro de la compañía no interferiría de ningún modo en la transacción, así que se apropió la mecedora y se puso a contemplar el paisaje igual que el buen samaritano esperando a un viajero.

—¡Caramba! —exclamó Martin, al posar la vista en un enorme plano que ocupaba una de las paredes de la oficina. De hecho en la oficina apenas había otra cosa, aparte de algunos especímenes botánicos y geológicos, uno o dos viejos libros de asientos, un cómodo escritorio y un taburete—. ¡Caramba! ¿qué es eso?

—Edén —respondió Scadder hurgándose los dientes con una especie de bayoneta en miniatura que salía de su cuchillo al tocar un resorte.

—Vaya, no tenía ni idea de que fuese una ciudad.

—¿Ah, no? Pues lo es.

¡Y además una ciudad floreciente! ¡Una ciudad arquitectónica! Había bancos, iglesias, catedrales, mercados, fábricas, hoteles, almacenes, mansiones, muelles, una bolsa de comercio, un teatro, toda suerte de edificios públicos, entre ellos las oficinas de *El Aguijón de Edén*, un diario; todo representado en el plano ante sus ojos.



—¡Dios mío! ¡Es una ciudad importantísima! —exclamó Martin dándose la vuelta.

—¡Oh!, es muy importante —observó el agente.

—Pero me temo —dijo Martin, volviendo a mirar los edificios públicos— que no me queda nada por hacer.

—Bueno... no todo está construido —replicó el agente—. Qué va.

Fue un gran alivio.

—¿Está construido el mercado? —preguntó Martin.

—¿El mercado? —dijo el general, metiéndose el palillo en la pluma del sombrero—. Déjeme ver. No, no lo está.

—No es mal trabajo para empezar, ¿eh, Mark? —susurró Martin, dándole un codazo.

Mark, que había estado contemplando con gesto estólido el plano y al agente, replicó tan solo:

—¡Qué raro!

Se produjo un silencio mortal. El señor Scadder, en algunos breves recesos o vacaciones del mondadientes, aprovechó para silbar unos compases de *Yankee Doodle*, y sopló el polvo del tejado del teatro.

—Supongo —dijo Martin, fingiendo mirar más de cerca el plano, pero revelando con su voz trémula lo mucho que le preocupaba la respuesta — que habrá muchos arquitectos...

—Ni uno —replicó Scadder.

—Mark —susurró Martin, tirándole de la manga—, ¿has oído? ¿Entonces quién ha construido todo esto? —preguntó en voz alta.

—Tal vez el suelo es tan fructífero que los edificios públicos crecen espontáneamente —apuntó Mark.

Estaba en el lado oscuro del agente, pero Scadder enseguida se cambió de sitio y lo miró con el ojo bueno.

—Tóqueme las manos, joven —dijo.

—¿Para qué? —preguntó Mark, declinando el honor.

—¿Están sucias o limpias, señor? —preguntó Scadder, extendiéndolas.

Desde el punto de vista físico estaban decididamente sucias. Pero era evidente que el señor Scadder quería que las examinasen en un sentido figurado, como emblemas de su carácter moral, Martin se apresuró a declarar que eran puras como la nieve recién caída.

—Te ruego, Mark —dijo, con cierta irritación—, que no hagas observaciones de esa naturaleza que, aunque inofensivas y bienintencionadas, están fuera de lugar y no pueden ser sino desagradables para los desconocidos. Me sorprendes.

«Ya está la Cía metiendo la pata —pensó Mark—. Está visto que la Cía debe ser un socio durmiente... dormido como un tronco y roncando plácidamente».

El señor Scadder no dijo nada, pero apoyó la espalda contra el plano y clavó el mondadientes en el escritorio unas veinte veces mientras miraba a Mark como si estuviese apuñalándolo en efigie.

—No nos ha dicho quién ha hecho todo esto —se aventuró a observar por fin Martin en tono conciliador.

—Que más le da quién lo haya hecho o dejado de hacerlo —dijo malhumorado el agente—. Da igual cómo ocurriese. A lo mejor se fue sin más con un montón de dólares, puede que no valiese un centavo. Lo mismo era un haragán o un pendenciero. ¡Caramba!

—¡Esto es culpa tuya, Mark! —dijo Martin.

—A lo mejor —prosiguió el agente— no crecen plantas en Edén. ¡No! A lo mejor este escritorio y este taburete no están hechos de madera de Edén. ¡No! Tal vez no se hayan instalado en él incontables emigrantes ilegales. ¡No! Es posible que ni siquiera exista ese sitio en el territorio de Estados Unidos. ¡Oh, no!

—¡Espero que estés contento con el éxito de tu broma, Mark! —dijo Martin.

Pero entonces, en el momento mejor y más oportuno, intervino el general y le gritó a Scadder desde la puerta que proporcionase a sus amigos los detalles de aquella parcelita de cincuenta acres con una casa que antes había pertenecido a la compañía y había vuelto a parar a sus manos.

—Es usted muy generoso, general —fue su respuesta—. Esa parcela tendría que ser mucho más cara. Vaya que sí.

No obstante, abrió refunfuñando los libros y, siempre con el lado activo hacia Mark por incómodo que le resultase, les mostró una página para que la vieran. Martin la leyó con ansia y luego preguntó:

—Y ¿dónde está este sitio en el plano?

—¿En el plano? —dijo Scadder.

—Sí.

Se volvió hacia él y se quedó pensando un instante, como si, picado en su amor propio, estuviera decidido a ser minuciosísimo y no dejar ni la sombra de una duda. Por fin, después de dar vueltas muy despacio en el aire al mondadientes, como si fuese una paloma mensajera, lanzó un cuchillo contra el dibujo y atravesó el centro mismo del muelle principal.

—Ahí —dijo, dejando el cuchillo temblando en la pared; ¡ahí está!

Martin miró con los ojos brillantes a su Cía, y la Cía comprendió que la cosa estaba decidida.

Sin embargo el trato no se cerró con tanta facilidad como habría sido de esperar, pues Scadder era cáustico y estaba de mal humor, y puso todas las pegas posibles: primero les dijo que se lo pensarán y volviesen al cabo de una semana o quince días, luego predijo que no les gustaría, después insistió en que no había ningún compromiso y murmuró varias groseras imprecaciones contra la locura del general. Pero por fin quedó pagada la suma ridículamente baja —sólo ciento cincuenta dólares, poco más de treinta libras del capital aportado por la Cía a la empresa arquitectónica— del precio de venta; y la cabeza de Martin se acercó casi diez centímetros al techo de la pequeña oficina de madera cuando se supo terrateniente de la próspera ciudad de Edén.

—Si resulta no ser lo que esperaban —dijo Scadder, mientras le entregaba a Martin las credenciales necesarias al cobrar el dinero—, no me echen a mí la culpa.

—No, no —replicó él alegremente—. No le culparemos. ¿Se marcha usted, general?

—Estoy a su servicio, caballero; y le deseo —dijo el general, estrechándole la mano con solemne cordialidad— que disfruten de sus propiedades. Ahora es usted, caballero, un ciudadano del país más poderoso y civilizado que jamás haya honrado al mundo; un país, señor mío, donde el hombre está ligado al hombre por un vínculo de amor y sinceridad. ¡Ojalá sea usted digno de su país de adopción!

Martin le dio las gracias y se despidió del señor Scadder, que había vuelto a ocupar su sitio en la mecedora nada más levantarse el general, y estaba balanceándose otra vez como si nadie le hubiera molestado nunca. Mark volvió la vista atrás varias veces mientras iban por la carretera en dirección al Hotel Nacional, pero ahora había vuelto hacia ellos su lado ciego y en él sólo podía leerse una atenta amabilidad. ¡Extrañamente diferente del otro lado! No era un hombre muy dado a

reírse y menos aún a desternillarse, pero hasta la última arruga dejada por la pata del gallo y todas las venillas nervudas de esa parte de su cabeza estaban arrugadas en una sonrisa. La figura de la Muerte y la Doncella<sup>[84]</sup> de la vieja balada no estaba más dividida, ni tenía dos mitades tan monstruosamente diferentes, como los dos perfiles de Zephaniah Scadder.

El general andaba a grandes zancadas, pues el reloj estaba a punto de dar las doce; y justo a esa hora iba a celebrarse, en el salón del Hotel Nacional, la Gran Reunión de los Simpatizantes del Agua con Tostadas. Deseoso de asistir y de averiguar en qué consistía, Martin siguió de cerca al general y, pisándole los talones, al entrar en el vestíbulo llegó a una pequeña tarima con mesas en un extremo, donde habían colocado un sillón para el general, y donde el señor La Fayette Kettle, en calidad de secretario, hojeaba unos folios... sin duda titulares periodísticos.

—¡En fin, caballero! —dijo, mientras le estrechaba la mano a Martin—, he aquí un espectáculo calculado para que el León Británico se vaya aullando de angustia con el rabo entre las piernas. ¡O eso espero!

Martin juzgó posible que el León Británico se sintiese más bien fuera de lugar en aquella arca, pero se guardó su opinión. Se designó presidente al general por votación, a partir de una moción presentada por un muchacho pálido de la escuela de Jefferson Brick, quien luego pronunció un exaltado discurso en el que habló mucho del hogar y las casas y de romper las cadenas de la tiranía.

¡Oh, pero qué argumentos tan irrefutables contra el León Británico! La indignación del acalorado joven no conocía límites. Afirmó que, de haber sido uno de sus propios antepasados, habría acribillado al León y habría sido otro domador con un látigo de hierro, y le habría enseñado una lección difícil de olvidar.

—¡Un León! —gritó el joven—. ¿Dónde está? ¿Quién es? ¿Qué es? Muéstrémelo. Tráiganlo aquí. ¡Aquí! —añadió con gesto agresivo—. ¡A este altar sagrado! ¡Aquí! —exclamó, idealizando la mesa del comedor—, sobre las cenizas ancestrales, mezcladas con la sangre gloriosa derramada como agua en nuestras llanuras natales de Chickabiddy Lick ¡Traedme al León! —dijo el joven—. Y yo me mofaré de él. Le diré que, una vez que la mano de la Libertad lo haya cogido de la melena, rodará muerto a mis pies, y las Águilas de la Gran República se reirán, ¡Ja, ja, ja!

Cuando vieron que el León no aparecía, que el joven seguía allí con los brazos cruzados en toda su gloria solitaria y que, en consecuencia, las Águilas sin duda estaban riéndose a carcajadas en las cumbres de las montañas, se alzaron vítores capaces de estremecer las manecillas del reloj de los Horse Guards, y cambiar la hora de la capital de Inglaterra.

—¿Quién es? —le preguntó Martin brevemente a La Fayette.

El secretario escribió algo con gesto solemne en un trozo de papel, lo retorció e hizo que se lo pasaran de mano en mano: era una variación sobre la vieja idea: «Un hombre tal vez tan notable como cualquiera de este país».

A este joven le sucedió otro, tan elocuente como él, que arrancó una tormenta de aplausos. Pero los dos notables jóvenes, en su gran agitación (pues la verdadera poesía no se humilla ante los detalles), olvidaron decir con quién o con qué se solidarizaban los Simpatizantes del Agua con Tostadas, y también por qué se solidarizaban. Así Martin siguió tan a oscuras como al principio, hasta que por fin un rayo de luz lo iluminó gracias al secretario, que, al leer las actas de las reuniones pasadas, contribuyó a aclarar un poco la cuestión. Supo entonces que la Asociación del Agua con Tostadas se solidarizaba con cierto hombre público en Irlanda<sup>[85]</sup> que estaba enfrentado con Inglaterra por diversas cuestiones y que la razón era que no les gustaba nada Inglaterra y no que amasen mucho a Irlanda, pues desconfiaban de sus habitantes y sólo los toleraban porque eran muy trabajadores y resultaban útiles, pues en esa sencilla república el trabajo se consideraba una indignidad mayor que en ningún otro país de la tierra. Eso despertó la curiosidad de Martin por saber en qué basaba su solidaridad la Asociación del Agua con Tostadas, pero no tardó en verla satisfecha, pues el general se puso en pie para leer una carta dirigida al Hombre Público, que había escrito de su puño y letra.

—Así, amigos y conciudadanos —anunció el general—, dice:

Señor:

Me dirijo a usted en nombre de la Asociación de Simpatizantes Unidos del Agua con Tostadas. Se fundó, señor mío, en la gran república de América, y ahora contiene el aliento, y tiene las venas de la frente a punto de estallar, mientras observa, caballero, con febril intensidad y ardor solidario, sus nobles esfuerzos en la causa de la Libertad. (Al oír la palabra la Libertad, y cada vez que se repitió, todos los Simpatizantes gritaron y vitorearon nueve veces multiplicadas por nueve y nueve veces más). Me dirijo a usted, señor, en nombre de la Libertad, la sacrosanta Libertad. Y en nombre de la Libertad le adjunto una contribución a los fondos de su sociedad. En nombre de la Libertad aludo con asco e indignación a ese animal maldito, con los bigotes manchados de sangre, cuya crueldad y lujuria rampantes han sido siempre una plaga y un tormento para el mundo. Los desnudos visitantes a la isla de Crusoe, señor mío, las mujeres voladoras de Peter Wilkins<sup>[86]</sup>; los niños manchados de fruta de los arbustos; incluso los hombres de gran estatura que vivían en los distritos mineros de Cornualles; todos son testigos de su violenta naturaleza. ¿Dónde, señor mío, recuerda la historia a los glotones, los gigantes y sus vanas amenazas<sup>[87]</sup>? Todos, todos, acaban exterminados por su mano destructora.

Me refiero, caballero, al León Británico.

Consagrados en cuerpo y alma, de corazón y en espíritu a la Libertad, señor, a la Libertad, bendito solaz del caracol a la puerta del sótano, de la ostra en su lecho perlífero, del ácaro en su casa de queso, del mismísimo bigaro de su país en su morada de concha, en su nombre sin mancillar, le ofrecemos nuestra solidaridad. ¡Oh, señor! ¡En nuestro venerado país su llama arde brillante y sin humo! ¡Una vez se encienda en el suyo, asaremos al León!

Quedo, señor, en nombre de la Libertad,

su afectuoso amigo y fiel simpatizante,

Cyrus Choke

General, U.S.M<sup>[88]</sup> .

Sucedió que, justo cuando el general empezaba a leer la carta, llegó el tren con un nuevo correo de Inglaterra, y le entregaron un paquete al secretario, que lo abrió mientras se coreaban los vítores en homenaje a la libertad. Y el caso es que el contenido del paquete lo turbó tanto que, en cuanto el general se sentó, corrió a su lado y le puso en la mano una carta y varios recortes de periódicos ingleses que, en un estado de infinita agitación, le instó a leer.

El general, muy acalorado por su alocución, estaba dispuesto a aceptar cualquier influencia incendiaria, pero nada más hacerse cargo de estos documentos, la expresión de su rostro cambió, y reflejó tanta cólera y pasión que los ruidosos aplausos cesaron al instante por la sorpresa.

—¡Amigos! —gritó el general, poniéndose en pie—; amigos y conciudadanos, nos hemos equivocado con este hombre.

—¿Con qué hombre? —gritaron.

—Con este —jadeó el general, sosteniendo la carta que había leído en voz alta unos minutos antes—. ¡Veo que ha sido, y es, un defensor, y además acérrimo, de la emancipación de los negros!

No hay nada más cierto en el mundo que esos hijos de la Libertad habrían disparado, apuñalado, o matado de algún modo, a ese hombre con manos cobardes y violencia asesina si lo hubiesen tenido delante en ese momento. Los más confiados de sus compatriotas no habrían apostado: no, ni habrían arriesgado ni unos hierbajos del estercolero por la vida de ese hombre en aquel momento. Rasgaron la carta, lanzaron los trozos por el aire, los pisotearon en cuanto cayeron al suelo, y chillaron, abuchearon y silbaron hasta quedarse sin voz.

—Propongo —dijo el general, cuando consiguió hacerse oír— disolver de inmediato la Asociación de Simpatizantes Unidos del Agua con Tostadas. ¡Abajo con ella! ¡Fuera! ¡Qué no quede ni rastro! ¡Quemad los registros! ¡Demoled el salón! ¡Borradla de la memoria humana! Pero, mis queridos compatriotas, la contribución. Tenemos fondos. ¿Qué vamos a hacer con los fondos?

Se decidió a toda prisa regalar una bandeja de plata a cierto juez constitucional, que había sentado jurisprudencia con el noble principio de que era legítimo que cualquier turba de hombres blancos asesinara a cualquier hombre negro; y otra bandeja, de valor similar, a cierto patriota que había declarado, desde su elevado puesto en el Legislativo, que él y sus amigos ahorcarían, sin juicio previo, a cualquier abolicionista que fuese a visitarles. Acordaron dedicar el resto a ayudar a la promoción de esas leyes justas e igualitarias que hacen que sea infinitamente más criminal y peligroso enseñar a un negro a leer y escribir que asarlo vivo en una ciudad pública. Aprobados estos puntos, la reunión se disolvió con gran desorden; y así acabó la solidaridad del Agua con Tostadas.

Al subir a su cuarto, Martin posó la vista en la bandera republicana, que se había alzado en el tejado en honor de la ocasión, y ondeaba delante de una ventana cuando pasó por delante.

—¡Bah! —dijo Martin—. Desde lejos pareces una bandera muy bonita. Pero, si se acerca uno lo bastante para que la luz te atravesase, y ve lo que hay al otro lado, no eres más que un triste trapo.

## **Capítulo XXII. En el que se verá que Martin se convirtió en un león por cuenta propia. Y también el porqué**

En cuanto en el Hotel Nacional se supo que el joven inglés, el señor Chuzzlewit, había comprado «una parcela» en el valle de Edén, y que tenía pensado trasladarse a ese paraíso terrenal en el próximo vapor, se volvió una persona popular. El porqué o el modo en que sucedió fue tan misterioso para Martin como para la señora Gamp de Kingsgate Street, en High Holborn; pero de lo que no hay ninguna duda es de que se convirtió de momento, y por elección popular, en el león de la comunidad del Agua con Tostadas, y de que su compañía se volvió muy solicitada.

La primera notificación que recibió de su cambio de posición, fue la siguiente epístola, escrita con fina caligrafía —y alguna letra o dos más gruesas de la cuenta que hacían que el efecto fuese más sorprendente— en una hoja de papel con renglones azules.

Hotel Nacional

Lunes por la mañana

Mi querido señor:

Cuando anteayer tuve el privilegio de viajar en el mismo vagón que usted, hizo usted algunos comentarios a propósito de la Torre de Londres que (al igual que la mayoría de mis conciudadanos) me gustaría volver a oír en un auditorio público.

Como secretario de la Asociación Juvenil del Agua con Tostadas de esta ciudad me han pedido que le informe de que sería un orgullo para nuestra Asociación oírle pronunciar una conferencia sobre la Torre de Londres en el salón de reuniones, mañana por la tarde a las siete en punto; y, como es de esperar la venta de numerosas entradas por valor de un cuarto de dólar, le agradecería que me confirmase su consentimiento.

Sinceramente suyo,

La Fayette Kettle

Honorable M. Chuzzlewit.

P.D. La Asociación no quisiera que se limitase sólo a la Torre de Londres. Permita que le sugiera que cualquier observación sobre Elementos de Geología o (si le parece más conveniente) sobre los



escritos de su ingenioso y perspicaz compatriota, el honorable señor Miller<sup>[89]</sup> , será bien recibida.

Espantado ante esta invitación, Martin respondió declinando educadamente; y apenas lo había hecho cuando recibió otra misiva.

N.º 47 Bunker Hill Street

Lunes por la mañana

Personal

Señor:

Me crié en esas interminables soledades donde nuestro poderoso Mississippi (o Padre de las Aguas) fluye con aguas turbias.

Soy joven y ardoroso, pues hay poesía en la naturaleza y hasta el último caimán que se solea en el fango lleva una épica en sí mismo. Aspiro a la fama. Es mi anhelo y mi deseo.

¿Conoce, señor, a algún miembro del Congreso, en Inglaterra, que pudiera estar dispuesto a pagarme el viaje a ese país y a cubrir mis gastos los seis primeros meses después de mi llegada?

Hay algo en mi interior que garantiza que tan ilustrado mecenazgo no sería en vano. En la literatura o en el arte, en la abogacía, en el púlpito o en las tablas, en uno o en otro lugar, si no en todos, estoy convencido de triunfar.

Si está demasiado ocupado para escribirle usted mismo, por favor, envíeme una lista con tres o cuatro de los que le parezca que es más probable que respondan, y yo mismo les escribiré por correo. ¿Podría pedirle también que me haga el favor de incluir cualquier observación crítica que haya concebido su intelecto sobre Cain, un misterio del muy honorable lord Byron?

Suyo (perdone si digo inmensamente)

Putnam Smif

P.D. Dirija su respuesta a América Junior, Sres. Hancock y Floby, Almacenes de Artículos de Confección, en la dirección de arriba.

Las dos cartas, junto con la respuesta de Martin a cada una de ellas, se publicaron, merced a una laudable costumbre tendente a favorecer la caballeridad y la confianza social, en el siguiente número de la *Gaceta del Agua con Tostadas* .

Apenas había terminado de despachar esta correspondencia cuando el capitán Kedgick, el propietario del hotel, subió a su habitación para ver qué tal le iba. El capitán se sentó en la cama antes de hablar y, como le pareció más bien dura, se cambió a la almohada.

—¡Bueno, señor! —dijo el capitán ladeándose un poco el sombrero, que le apretaba un poco en la coronilla—. Entiendo que es usted todo un hombre público.

—Eso parece —replicó Martin, que estaba muy cansado.

—Nuestros ciudadanos, señor —prosiguió el capitán—, quieren presentarle sus respetos. Tendrá que celebrar una especie de besamanos.

—¡Por todas las potencias celestiales! —exclamó Martin—. ¡No podría hacer eso, amigo mío!

—Pues me parece que no tendrá otro remedio —dijo el capitán.

—«No tener otro remedio» no es una expresión muy amable, capitán —le exhortó Martin.

—¡Bueno! Yo no inventé la lengua materna y no puedo cambiarla —respondió sin inmutarse el capitán—; de lo contrario la haría más amable. Tiene usted que recibirles. Y no hay más que hablar.

—Pero ¿por qué voy a tener que recibir a unas personas que me importan tan poco como yo a ellas? —preguntó Martin.

—¡Bueno! Porque he mandado poner un documento en el bar —replicó el capitán.

—¿Un qué? —exclamó Martin.

—Un documento —repitió el capitán.

Martin miró perplejo a Mark, que le informó de que el capitán se refería a un aviso impreso de que el señor Chuzzlewit recibiría ese día a partir de las dos a los del Agua con Tostadas, que colgaba, en efecto, en el bar, tal como estaba en disposición de confirmar después de una inspección ocular.

—No querrá usted ser impopular —dijo el capitán limándose las uñas—. Nuestros ciudadanos se sulfuran con facilidad, y nuestra *Gaceta* podría despellejarlo como a un gato montés.

Martin iba a montar en cólera, pero se lo pensó mejor y dijo:

—Por el amor de Dios, pues entonces que vengan.

—Oh, vendrán —respondió el capitán—. He mandado reservar el salón personalmente.

—Pero ¿le importaría decirme —le pidió Martin al ver que el capitán estaba a punto de marcharse— para qué quieren verme? ¿Qué he hecho? Y ¿por qué este súbito interés por mí?

El capitán Kedgick sujetó con el pulgar y tres dedos los dos lados del ala del sombrero, lo levantó un poco, volvió a colocárselo con cuidado, se pasó una mano por la cara, empezando por la frente y terminando en la barbilla, miró a Martin, luego a Mark y luego otra vez a Martin, les guiñó un ojo y se marchó.

—¡Por mi vida! —exclamó Martin, dando una sonora palmada en la mesa—. Jamás había visto un sujeto tan incomprensible, Mark, ¿qué opinas tú?

—Caramba, señor —replicó su socio—, mi opinión es que por fin hemos dado con el hombre MÁS notable del país. Así que espero que ya no haya más, señor.

Aunque eso hizo reír a Martin, no pudo detener el reloj. Puntualmente al dar las dos, el capitán Kedgick regresó para llevarlo al salón de audiencias, y nada más dejarlo en él gritó por el hueco de la escalera a sus conciudadanos que el señor Chuzzlewit estaba «recibiendo».

Subieron en tropel. Abarrotaron el salón y por la puerta abierta se veía que había más gente esperando en las escaleras. Una tras otro, uno tras otro, decena tras decena, veintena tras veintena, más, más y más fueron entrando y estrechándole la mano a Martin. ¡Qué variedad de manos: gruesas, finas, cortas, largas, gordas, flacas, ásperas y suaves; qué diferencia de temperaturas: calientes, frías, secas, húmedas, pegajosas; qué diversidad de apretones: firmes, blandos, breves y largos! La gente seguía subiendo, subiendo y subiendo, más, más, más; y una y otra vez se oía la voz del capitán por encima de la muchedumbre:

—Abajo hay más, abajo hay más. Vamos, caballeros, ahora que les han presentado al señor Chuzzlewit, ya pueden ir saliendo, caballeros. Vayan saliendo. Tengan la bondad de ir saliendo, caballeros, y de dejar sitio a los demás.

Pese a los gritos del capitán, no salían sino que se quedaban inmóviles mirándolo. Dos caballeros relacionados con la *Gaceta del Agua con Tostadas* habían llegado expresamente para escribir un artículo sobre Martin. Habían acordado dividirse el trabajo. Uno de ellos se ocupó de él del chaleco para arriba y el otro del chaleco para abajo. Los dos se plantaron delante de su objetivo con la cabeza ligeramente ladeada observando con atención sus movimientos. Si Martin ponía una bota delante de otra, el caballero de la parte de abajo se le echaba encima; si se rascaba un grano en la nariz, el caballero de la parte de arriba lo anotaba. Si abría la boca para hablar, el mismo caballero se apoyaba en

una rodilla para observarle los dientes con la profunda atención de un dentista. Aficionados a las ciencias fisiognómicas y frenológicas pululaban en torno a él con ojos observantes y dedos cosquilleantes, y a veces alguno, más osado que el resto, lo agarraba enloquecido de la nuca y desaparecía entre la multitud. Lo observaban desde todos los puntos de vista: de frente, de perfil, tres cuartos y por detrás. Los que no eran profesionales o científicos intercambiaban en voz alta opiniones sobre su apariencia. Brillaron nuevas luces respecto a su nariz. Corrieron rumores contradictorios a propósito de su pelo. Y la voz del capitán seguía oyéndose, tan apagada por la concurrencia que parecía hablar desde debajo de un colchón de plumas, diciendo:

—Caballeros, los que hayan sido presentados al señor Chuzzlewit pueden ir saliendo.

Ni siquiera cuando empezaron a salir mejoró la cosa, pues entonces se coló un torrente de caballeros, todos con una señora en cada brazo (exactamente igual que el coro del himno nacional cuando la realeza asiste con gran pompa al teatro), cada grupo más descarado que el anterior y más decidido a quedarse hasta el final. Si le hablaban, cosa que no ocurría a menudo, le hacían siempre las mismas preguntas, en el mismo tono; sin más remordimiento, consideración o delicadeza que si hubiese sido una figura de piedra, comprada y pagada e instalada allí para su deleite. Incluso cuando, con el correr del tiempo, se callaron fue tan malo como antes, o incluso peor, pues entonces los jóvenes se volvieron insolentes, y entraron como un grupo distinto e hicieron lo mismo que habían hecho los adultos. También aparecieron groseros rezagados, hombres de aspecto fantasmal que una vez dentro no sabían salir, hasta tal punto que un silencioso caballero con vidriosos ojos de pescado y un solo botón en el chaleco (que era muy grande y metálico y brillaba de forma prodigiosa) se coló detrás de la puerta y se quedó plantado como un reloj de pared hasta mucho después de que todo el mundo se hubiese ido.

Martin, por pura fatiga, calor y preocupación, pensó que de buena gana se habría desplomado en el suelo y se habría quedado allí con tal de que ellos tuvieran la compasión de dejarlo en paz. Pero, al ver que las cartas y los mensajes que amenazaban con denunciarlo públicamente si no recibía a los remitentes caían sobre él como granizo; al ver que seguían llegando visitantes mientras se tomaba un café; y al comprobar que Mark, pese a toda su diligencia, era incapaz de apartarlos de la puerta, decidió irse a la cama, no porque creyera que la cama pudiese ofrecerle ninguna protección, sino por dar una oportunidad a todas las posibilidades por remotas que pareciesen.

Acababa de comunicarle sus planes a Mark y estaba a punto de emprender la huida cuando la puerta se abrió con gran precipitación, y entró un caballero anciano acompañado de una señora que sin duda no podía considerarse joven, eso era un hecho, y que probablemente tampoco pudiera considerarse bella, aunque eso era opinable. Era muy alta, iba muy erguida y no tenía nada flexible ni en el rostro ni en la

figura. Llevaba en la cabeza un enorme sombrero de paja, con adornos del mismo material, que era como una techumbre hecha por un obrero muy poco habilidoso, y sostenía un gigantesco abanico en la mano.

—El señor Chuzzlewit, ¿no? —dijo el caballero.

—Así me llamo.

—Señor —dijo el caballero—, apenas tengo tiempo. —«¡Gracias a Dios!», pensó Martin—. Vuelvo a casa, señor —prosiguió el caballero—, en el próximo tren, que parte de inmediato. En su país el verbo «partir» no se estila, señor.

—Oh, sí —dijo Martin.

—Se equivoca —replicó el caballero con mucha decisión—, pero dejemos eso aparte porque no quisiera despertar sus prejuicios. Señor, la señora Hominy —Martin hizo una reverencia—. La señora Hominy, señor, es la mujer del comandante Hominy, uno de nuestros espíritus más escogidos; y pertenece a una de nuestras familias más aristocráticas. Tal vez conozca los escritos de la señora Hominy. —Martin no pudo decir que así fuese—. Tiene usted mucho que aprender, señor, y que disfrutar —dijo el caballero—. La señora Hominy piensa quedarse hasta finales de otoño, señor, con su hija casada en la colonia de Las Nuevas Termópilas, a tres días de viaje de este lado de Eden. El comandante y nuestros conciudadanos le agradecerán mucho cualquier atención que pueda dispensar a la señora Hominy en el trayecto. ¡Señora Hominy, le deseo muy buenas noches y un viaje agradable!

Martin apenas pudo creerlo, pero se marchó y la señora Hominy se sirvió un vaso de leche.

—¡Caramba! Estoy casi exhausta —observó—. El traqueteo en los vagones es casi como si en los raíles hubiese tocones y aserradores.

—¿Tocones y aserradores, señora? —dijo Martin.

—Vaya, supongo que no sabe de qué estoy hablando, señor —exclamó la señora Hominy—. ¡Caramba! ¡Imagínese! ¡Si lo contase, no me creerían!

No dio la impresión de que estas expresiones, aunque pareciesen concluir con una apremiante súplica, requiriesen respuesta alguna, pues la señora Hominy, desatándose las cintas del sombrero, observó que iba a quitarse esa prenda y volvería enseguida.

—¡Mark! —dijo Martin—. Tócame, por favor. ¿Estoy despierto?

—Hominy, sí, señor —replicó su socio—. ¡Totalmente despierto! Es de esas mujeres, señor, que están con los ojos abiertos y pensando en el bien de su país a todas horas del día o de la noche.

No tuvieron oportunidad de decir más, pues la señora Hominy volvió a entrar, muy erguida, en prueba de su sangre aristocrática, y con un pañuelito rojo en la mano cerrada, tal vez un regalo de despedida de ese espíritu escogido, el comandante. Se había quitado el sombrero y ahora llevaba una cofia muy clásica y aristocrática atada por debajo de la barbilla, un tocado tan admirablemente adaptado a su rostro que si el difunto señor Grimaldi<sup>[90]</sup> se hubiese puesto una cofia de la señora Siddons<sup>[91]</sup> el efecto no habría podido ser más completo.

Martin la ayudó a sentarse. Antes de que pudiera volver a su propia silla, sus palabras lo impulsaron a detenerse.

—¡Por favor, señor! —dijo la señora Hominy—. ¿De dónde es original?

—Me temo que le pareceré un poco obtuso —respondió Martin— porque estoy muy cansado; pero palabra que no la entiendo.

La señora Hominy movió la cabeza con una sonrisa melancólica que decía de forma nada inexpresiva: «¡En ese viejo país corrompen hasta el lenguaje!» y añadió como si se rebajara varios escalones para estar a la altura de su limitado intelecto:

—¿Dónde se crió?

—¡Ah! —exclamó Martin—. Nací en Kent.

—Y ¿le gusta nuestro país, señor? —preguntó la señora Hominy.

—Muchísimo —dijo Martin, medio dormido—. Al menos... es decir... bastante, señora.

—La mayoría de los extranjeros, y en particular los británicos, se sorprenden mucho de lo que ven en Estados Unidos —observó la señora Hominy.

—Tienen excelentes motivos, señora —dijo Martin—. Nunca en mi vida me había sorprendido tanto.

—¿Nuestras instituciones avivan a la gente? —preguntó la señora Hominy.

—Hasta el más miope podría verlo con el ojo desnudo —dijo Martin.

La señora Hominy era filósofa y escritora, y por tanto era capaz de digerir cualquier cosa, pero esta frase vulgar e indecorosa casi fue demasiado para ella. ¡Que un caballero sentado a solas con una dama — aunque la puerta estuviese abierta— hablase de un ojo desnudo!

Pasó un rato antes de que incluso ella —pese a ser una mujer de impresionante talento masculino— reuniera la presencia de ánimo

necesaria para reanudar la conversación. Pero la señora Hominy era muy viajada. La señora Hominy escribía reseñas y disquisiciones analíticas. La señora Hominy había publicado en un periódico local todas sus cartas desde el extranjero con el encabezamiento «Mi siempre queridísimo \_\_\_\_\_» y firmadas «La madre de los modernos Gracos<sup>[92]</sup>» (con lo cual se refería a la casada señorita Hominy), con la indignación en mayúsculas y el sarcasmo en cursiva. La señora Hominy había observado los países extranjeros con la mirada de una perfecta republicana recién salida del horno modelo y podía hablar o escribir horas y horas sobre ellos. Así que la señora Hominy cayó sobre Martin y, como este estaba profundamente dormido, se desahogó y lo vapuleó a conciencia.

Lo que dijo la señora Hominy no tiene mucha importancia: basta con saber que lo había aprendido de la cantinela de un grupo, y un grupo bastante nutrido, de conciudadanos que en todo lo que dicen de los elevados principios en los que se basó Estados Unidos para surgir como nación, son tan absurdos como cualquier Orson<sup>[93]</sup> de sus cámaras legislativas. Que son tan inconscientes como los cerdos que pululan por sus calles que al someter a su país al desdén de las personas honradas ponen en peligro los derechos de las naciones aún no nacidas y el progreso mismo de la raza humana. Que creen que gritar a otras naciones, viejas en su iniquidad: «¡No somos peores que vosotros!» (¡que no son peores!) es una gran defensa y bastión suficiente para esa república, consagrada ayer mismo a una noble causa, pero hoy tan coja, deforme y cubierta de pústulas y heridas, tan fea a la vista y casi tan incomprensible que sus mejores amigos se apartan asqueados de ella. Que, después de que sus antepasados declarasen y ganasen su independencia porque se negaron, ante determinados vicios públicos y corrupciones, a doblar la rodilla y a derogar la verdad, ahora se dedican al mal y vuelven la espalda al bien, yacen con los malvados y se jactan de que otros templos también son de cristal y de que las piedras que golpean los suyos pueden devolverse; que se muestran, sólo en eso, tan inconmensurablemente por detrás de la importancia de la confianza depositada en ellos, y tan indignos de ella como si los sórdidos trapicheos de sus pequeños gobiernos —cada cual un reino en su pequeña depravación— se amontonasen como prueba contra ellos.

Poco a poco, Martin se fue despertando y notó una terrible opresión en su inteligencia; un sueño incompleto de que había asesinado a un amigo y no podía librarse del cadáver. Cuando abrió los ojos le estaba mirando a la cara. Ahí tenía a la espantosa Hominy, articulando profundas verdades con un melodioso gangueo, y haciendo gala de sus dotes intelectuales hasta tal punto que, al oírla, hasta el más amargo enemigo del comandante lo habría perdonado. Martin podría haber cometido algún acto desesperado si no hubiese sonado el gong de la cena, pero el caso es que sonó muy oportunamente; y, después de sentar a la señora Hominy a un extremo de la mesa, se refugió en el extremo opuesto; desde donde, después de una comida apresurada, se escabulló mientras la señora seguía ocupada con la cecina y un cuenco lleno de salazones.

Sería difícil dar una idea justa del vigor de la señora Hominy al día siguiente, o de la avidez con que se zambulló en la filosofía moral a la hora del desayuno. Tal vez se apreciase en sus rasgos algún grado adicional de aspereza, pero no mayor que el que podían producir los salazones. Todo el día estuvo pegada a Martin. Se sentó a su lado mientras recibía a sus amigos —pues hubo otra recepción, aún más nutrida que la anterior—, propuso teorías y respondió a objeciones imaginarias, por lo que Martin empezó a pensar que debía de estar soñando, y hablando por dos; citó interminables pasajes de ciertos ensayos sobre el gobierno, escritos por ella misma; utilizó el pañuelito de bolsillo del comandante como si su resfriado fuese una enfermedad pasajera, de la que estaba decidida a librarse de un modo u otro; y, en suma, fue una compañera tan notable que Martin decidió, entre él y su conciencia, que en cualquier nueva colonia sería completamente necesario darle a una persona así un golpe en la cabeza para garantizar la paz de la sociedad.

Entretanto, Mark estuvo muy atareado, de la mañana a la noche, subiendo a bordo del vapor las provisiones, herramientas y demás pertrechos que les habían advertido de que convenía llevar. La compra de estas cosas y el pago de la cuenta en el Nacional, redujeron tanto sus finanzas que si el capitán del vapor hubiese retrasado un poco más su partida, habrían estado casi en tan mala situación como los desdichados emigrantes que (seducidos a embarcar por un solemne cartel) habían vivido una semana en la cubierta inferior y habían agotado sus magras provisiones antes de que empezara la travesía. Ahí estaban, amontonados, al lado de las máquinas y las calderas. ¡Granjeros que jamás habían visto un arado, leñadores que nunca habían empleado el hacha, obreros incapaces de construir una caja, expulsados de su país, sin una mano amiga, recién llegados a un mundo nuevo, niños en su impotencia, pero hombres en sus necesidades, con niños más pequeños a la espalda que lo mismo podían vivir que morir!

La mañana llegó, y debían partir al mediodía. El mediodía llegó y debían partir a la noche. Pero nada es eterno en este mundo, ni siquiera la falta de resolución de un capitán estadounidense, y al caer la noche todo estaba dispuesto.

Desanimado y cansado hasta la extenuación, pero más león que nunca (no había hecho nada en toda la tarde más que responder a cartas de desconocidos, la mitad sobre naderías, la otra mitad pidiéndole dinero prestado, y todos exigiéndole una respuesta inmediata), Martin fue andando al muelle entre la muchedumbre, con la señora Hominy cogida del brazo; y subió a bordo. Sin embargo, Mark estaba decidido a resolver si podía el enigma de esa leonitud; así que, aún a riesgo de que lo dejaran atrás, volvió corriendo al hotel.

El capitán Kedgick estaba sentado en la columnata, con un julepe en la rodilla y un cigarro en la boca. Vio la mirada de Mark y dijo:



—Caramba, ¿qué demonios le trae por aquí?

—Se lo diré llanamente, capitán —dijo Mark—. Quiero hacerle una pregunta.

—Todo el mundo está en su derecho de hacer preguntas, claro que sí —replicó Kedgick, dejándole muy claro que todo el mundo estaba en su derecho de no responderlas, como pensaba hacer él.

—¿Por qué le han dado tanta importancia? —preguntó con astucia Mark—. ¡Vamos!

—A nuestro pueblo le gustan las emociones —respondió Kedgick, aspirando el humo del cigarro.

—Pero ¿qué los ha emocionado tanto? —insistió Mark.

El capitán lo miró como si se sintiese inclinado a quitarse de encima el peso de aquella broma tan divertida.

—¿Se van ustedes? —dijo.

—Nos marchamos —exclamó Mark—. Cada momento es precioso.

—A nuestro pueblo le gustan las emociones —dijo el capitán con un susurro—. Él no se parece a los demás emigrantes y eso les ha emocionado —le guiñó el ojo con una carcajada contenida—. Scadder es un hombre inteligente y... y... ¡nadie ha vuelto de Edén con vida!

El muelle estaba cerca, y en ese instante Mark oyó que gritaban su nombre... Incluso oyó a Martin diciéndole que se apresurase o tendrían que separarse. Era demasiado tarde para remediar el asunto, o para hacer otra cosa que no fuese poner a mal tiempo buena cara. Bendijo al capitán al despedirse y salió corriendo como un caballo de carreras.

—¡Mark! ¡Mark! —gritó Martin.

—¡Aquí estoy, señor! —gritó Mark, desde el borde mismo del muelle mientras subía a bordo de un salto—. Nunca he estado tan alegre, señor. ¡Muy bien! ¡Suelten amarras! ¡Zarpemos!

Las cenizas de la leña salieron por las dos chimeneas, como unos fuegos artificiales recién encendidos, y partieron con un rugido sobre el agua oscura.

## **Capítulo XXIII. Martin y su socio toman posesión de sus tierras. La feliz ocasión les proporciona algunos datos más sobre Edén**

Resultó que a bordo del vapor había varios caballeros que estaban hechos de la misma pasta que el señor Bevan, el amigo neoyorquino de Martin; y en su compañía el joven estuvo alegre y feliz. Lo libraron cuanto pudieron de los enredos intelectuales de la señora Hominy y demostraron en todo lo que hicieron y dijeron tanto sentido común y tantos sentimientos elevados que no pudo sino tomarles afecto.

—Si esta fuese una república del intelecto y la valía —dijo—, y no del humo y el desfalco, no les faltarían las palancas para ponerla en movimiento.

—Si tienen buenas herramientas y usan las malas —replicó el señor Tapley—, es que son malos carpinteros, señor, ¿no cree?

Martin asintió con la cabeza.

—Como si su labor estuviese infinitamente por encima de su capacidad y de su propósito, Mark; y por tanto la echaran a perder.

—Lo mejor es —dijo Mark— que, cuando por casualidad hacen algo bien, igual que todos los días de su vida otros trabajadores mejores sin tantas oportunidades y sin darse importancia, ellos empiezan a hacer alharacas. Fíjese en mis palabras, señor. Si alguna vez quienes deben dinero en este país pagan sus deudas porque descubren que no pagarlas no les conviene desde el punto de vista comercial y acarrea malas consecuencias, se darán tanta importancia y pronunciarán discursos tan jactanciosos que alguien podría pensar que es la primera vez desde el origen del mundo que se devuelve dinero prestado. Así es como se engañan unos a otros, señor. Que Dios le bendiga, los conozco. ¡Fíjese en mis palabras!

—¡Pareces estar volviéndote muy sagaz! —exclamó riéndose Martin.

«Vete a saber si será —pensó Mark— porque estoy una jornada más cerca de Edén, y me siento más animado antes de morir. A lo mejor cuando llegemos me habré convertido en una especie de profeta».

No llegó a expresar estos sentimientos, pero a Martin le bastó con la exagerada jovialidad que le inspiraron y con la alegría que prestaron a su rostro radiante. Aunque a veces se burlase de la inagotable alegría de su socio y de vez en cuando, como le había ocurrido a Zephaniah Scadder, sus comentarios le pareciesen demasiado jocosos, su ejemplo siempre lograba infundirle valor y esperanzas. Que estuviese o no de

humor para aprovecharlo era lo de menos: era contagioso y no podía evitar que le afectara.

Al principio se despedían una o dos veces al día de algunos pasajeros y otros subían a bordo para reemplazarlos. Pero, poco a poco, las ciudades por las que pasaban empezaron a estar más alejadas unas de otras, y durante muchas horas no veían más casas que las cabañas de los leñadores donde el vapor se detenía a cargar combustible. Cielo, bosques y agua todo el día, y un calor que abrasaba todo lo que tocaba.

Siguieron avanzando entre inmensas soledades en las que los árboles de las orillas crecían cada vez más juntos y enmarañados, flotaban en la corriente y alzaban los brazos marchitos desde las profundidades del río, o se deslizaban, en parte florecientes, en parte decadentes, hasta el agua fangosa. Avanzaron el fatigoso día y la noche melancólica, debajo del sol ardiente y entre las nieblas y vapores de la tarde; avanzaron hasta que regresar pareció imposible y volver a su casa un sueño desdichado.

Ya sólo quedaba muy poca gente a bordo, y los pocos que había parecían tan aburridos, inexpresivos y anquilosados como la vegetación que les oprimía la vista. No se oía ni un ruido de alegría o esperanza, ninguna conversación agradable ayudaba a pasar aquel tiempo demorado, ningún grupo hacía causa común contra esa escena tan deprimente. De no ser porque cada pocas horas engullían juntos alimentos en un comedero común, el vapor podría haber sido el barco del viejo Caronte, llevando a juicio a unas sombras melancólicas.

Por fin llegaron cerca de Las Nuevas Termópilas, donde esa misma noche desembarcaría la señora Hominy. Un rayo de consuelo iluminó el interior de Martin cuando se lo comunicó. Mark no necesitaba ninguno, pero no se sintió contrariado.

Casi era de noche cuando llegaron al embarcadero, una orilla empinada con un hotel como un granero en lo alto, uno o dos almacenes contruidos con madera y unos cuantos cobertizos dispersos.

—Supongo que pasará aquí la noche y partirá por la mañana, ¿no, señora? —dijo Martin.

—Y ¿adónde quiere que vaya? —exclamó la madre de los modernos Gracos.

—A Las Nuevas Termópilas.

—Pero ¡si es eso de ahí! —gritó la señora Hominy señalando a los cobertizos a los que acabamos de aludir.

—¡Eso! —exclamó Martin.

—¡Ah!, eso; y diga usted lo que quiera: le da cien vueltas a Edén —dijo la señora Hominy moviendo la cabeza con gesto muy expresivo.

La casada señorita Hominy, que había subido a bordo con su marido, dio, al igual que dicho caballero, su apoyo incondicional a tal afirmación. Martin declinó agradecido su invitación a solazarse en su casa la media hora que duraba la escala del barco; y después de acompañar por la pasarela a la señora Hominy y al pañuelito rojo (que seguía en servicio activo) volvió pensativo a observar a los emigrantes mientras desembarcaban sus cosas.

Mark, a su lado, observaba su rostro de soslayo de vez en cuando con ganas de averiguar qué efecto había causado ese dialogo, y nada dispuesto a que sus esperanzas se viesen frustradas antes de llegar a su destino, a fin de que el golpe que se temía no llegase a asestarse. Pero, salvo porque de vez en cuando echaba un rápido vistazo a las pobres edificaciones de la colina, Martin no le dio ningún indicio de lo que le rondaba por la cabeza hasta que volvieron a ponerse en camino.

—Mark —le dijo entonces—, ¿de verdad somos los únicos a bordo de este barco que nos dirigimos a Edén?

—Los únicos, señor. La mayoría, como sabe, ya ha desembarcado, y los pocos que quedan van más allá. ¡Qué más da! Así habrá más sitio para nosotros.

—¡Oh, claro! —dijo Martin—. Pero estaba pensando... —e hizo una pausa.

—¿Sí, señor? —preguntó Mark.

—En lo raro que es que la gente intente hacer fortuna en un agujero como este, por ejemplo, cuando tiene un sitio mucho mejor y muy diferente, por así decirlo, al alcance de la mano.

Lo dijo en un tono tan distinto de su habitual confianza y con un temor tan evidente a la posible respuesta de Mark que el buen hombre sintió mucha lástima.

—Bueno, señor —dijo Mark con la mayor delicadeza posible—, debemos guardarnos de ser demasiado optimistas. Tampoco tenemos por qué, ya que estamos decididos a ver el lado bueno de todo después de ver el peor. ¿No es así, señor? —Martin lo miró, pero no respondió—. Y ya sabe que Edén no está todo construido —dijo Mark.

—En el nombre del cielo, hombre —exclamó enfadado Martin—, no hables de Edén como si pudiera compararse con este lugar. ¿Es que te has vuelto loco? Vaya... ¡Que Dios me perdone! ¡No me culpes por mi mal genio!

Después dio media vuelta y estuvo dos horas yendo y viniendo por la cubierta. Tampoco volvió a hablar, salvo para decir «buenas noches», de ese asunto ni de ningún otro.

A medida que avanzaban y se acercaban más y más al final de su viaje, la monótona desolación del paisaje aumentó hasta tal punto que, pese a cualquier rasgo redentor que pudiera ofrecerse a sus ojos, lo mismo podrían haber estado adentrándose en los lúgubres dominios de una Gigantesca Desesperación. Una ciénaga cubierta de ramas caídas; un pantano al que parecían haber arrojado todas las cosas buenas que crecen en la tierra, para que de sus cenizas descompuestas pudieran germinar cosas viles y feas; donde hasta los mismos árboles tenían el aspecto de enormes hierbajos, engendrados en el cieno del que brotaban por el tórrido sol que los abrasaba, donde las enfermedades mortales salían de noche con formas neblinosas en busca de alguien a quien infectar y arrastrándose sobre el agua te perseguían como espectros hasta el amanecer, donde incluso el sol que brillaba sobre los corrompidos elementos de la enfermedad y la podredumbre era un horror; este era el reino de Esperanza por el que avanzaban.

Por fin se detuvieron. Y en Edén. Las aguas del Diluvio podrían haberse retirado sólo una semana antes, tan anegado de fango y maleza enmarañada estaba el horrible pantano que llevaba ese nombre.

Como no había suficiente calado en la orilla, desembarcaron del barco en el bote, con todos sus bienes. Había unas cuantas casas de troncos visibles entre los árboles; la mejor, un cobertizo de vacas o un establo rudimentario, pero por lo que hace a los muelles, el mercado y los edificios públicos...

—¡Ahí llega un edenita! —dijo Mark—. Él nos ayudará a subir las cosas. No se desanime, señor. ¡Hola!

El hombre avanzó hacia ellos muy despacio en la espesa penumbra y apoyado en un bastón. Cuando estuvo más cerca, repararon en que estaba pálido y consumido y en que sus ojos angustiados estaban muy hundidos. Su ropa azul, tejida en casa, estaba hecha jirones y llevaba los pies y la cabeza desnudos. Se sentó a mitad de camino en el tocón de un árbol y les indicó con un gesto que se aproximaran. Cuando lo hicieron, se llevó dolorido la mano al costado y los miró atónito mientras recobraba el aliento.

—¡Forasteros! —exclamó, en cuanto pudo hablar.

—Eso mismo —dijo Mark—. ¿Cómo está, señor?

—He sufrido un ataque de fiebres muy grave —respondió con voz desmayada—. No he podido levantarme en todas estas semanas. Veo que han traído sus cosas.

—Sí, señor —respondió Mark—. ¿No podría recomendarnos a alguien que nos eche una mano para ayudarnos a subir las a la ciudad?

—Mi hijo mayor lo haría si pudiera —replicó el hombre—, pero hoy tiene escalofríos y está en cama cubierto de mantas. El pequeño murió la semana pasada.

—Lo siento, señor, de todo corazón —dijo Mark, estrechándole la mano—. No se preocupe por nosotros. Venga conmigo y yo le ayudaré. Las cosas están seguras, señor —le dijo a Martin—, no hay mucha gente que pueda llevárselas. ¡Qué gran consuelo!

—No —exclamó el hombre—. Esa gente está aquí —dijo golpeando el suelo con el bastón— o en los bosques del norte. Los hemos enterrado a casi todos. Los demás se han ido. Los que quedan no salen de noche.

—Imagino que el aire nocturno no es muy saludable —apuntó Mark.

—Es un veneno mortal —fue la respuesta del colono.

Mark no mostró más preocupación que si hubiese dicho que era ambrosía; cogió al hombre del brazo y mientras andaban le explicó lo que habían comprado y le preguntó dónde se hallaba. Cerca de su propia cabaña de troncos, respondió él; tanto que habían utilizado la casa para almacenar un poco de cereal. Tendrían que disculparle esa noche, pero intentaría sacarlo por la mañana. Luego les dio a entender, como un cotilleo más, que había enterrado al último propietario con sus propias manos; información que Mark recibió sin que disminuyese un ápice su ecuanimidad.

En una palabra, los llevó a una mísera cabaña toscamente construida con troncos de árbol, cuya puerta hacía mucho que se había caído o que se la habían llevado, y que en consecuencia estaba abierta al paisaje silvestre y a la oscuridad de la noche. A excepción de la escasa reserva de cereal de la que había hablado, no había ni un solo mueble, pero dejaron el baúl en el rellano, y el hombre le dio una tosca antorcha en vez de una vela. Mark plantó esta última adquisición en el hogar y, después de declarar que la mansión «parecía bastante cómoda», empujó fuera a Martin para que le ayudara a meter el baúl. Y todo el rato Mark estuvo hablando sin parar, como para infundir en el pecho de su socio la leve convicción de que habían llegado en las circunstancias más alegres y favorables que cupiera imaginar.

Pero muchos hombres que se habrían plantado en un hogar desmantelado, con gran pasión y sed de venganza han visto superada su firmeza ante el derrumbe de un castillo construido en el aire. Cuando la cabaña de troncos los recibió por segunda vez, Martin se desplomó en el suelo y se echó a llorar.

—¡Por el amor de Dios, señor! —exclamó aterrorizado el señor Tapley—. ¡No haga eso! ¡No haga eso, señor! ¡Todo menos eso! Jamás ha ayudado a ningún hombre, mujer o niño a saltar la valla más baja, señor, y nunca lo hará. Además de no servirle de nada a usted, para mí es peor que inútil, pues cualquiera de esos llantos dará conmigo en tierra. No lo soportaré otra vez, señor. Cualquier cosa menos eso.

No hay duda de que dijo la verdad, pues el extraordinario desasosiego con que, arrodillado para abrir el baúl, miró a Martin mientras decía esas palabras lo confirmó de sobra.

—Te pido mil perdones, mi querido amigo —dijo Martin—. No podría haberlo evitado, ni bajo pena de muerte.

—¡Pedirme perdón! —exclamó Mark, con su acostumbrada alegría, mientras procedía a sacar las cosas del baúl—. El socio principal pidiendo perdón a la Cía, ¿eh? Algo debe ir mal en la empresa si pasa eso. Tendré que revisar los libros y las cuentas cuanto antes. Bueno. Todo está en su sitio. La cecina aquí. Las galletas aquí. Y aquí el *whisky* ... y por como huele debe de ser muy bueno. Aquí está el bote de hojalata. ¡Este bote de hojalata es una pequeña fortuna en sí mismo! Aquí están las mantas. Aquí el hacha. ¿Quién dice que no tenemos un equipo de primera? Me siento como si fuese un cadete destinado a la India, y mi noble padre fuese el presidente de la junta directiva. En fin, en cuanto baje a por un poco de agua del río que pasa por la puerta y prepare el grog, tendremos una cena con todas las exquisiteces de la temporada. Ya está, señor, todo preparado. Por lo que vamos a recibir, etcétera. ¡Que Dios le bendiga, señor, si parece una fiesta gitana!

Era imposible no animarse en compañía de un hombre así. Martin se sentó en el suelo al lado del baúl; sacó la navaja y comió y bebió con apetito.

—Ya lo ve —dijo Mark, cuando terminaron de dar cuenta de una copiosa comida—, con su cuchillo y el mío podemos clavar la manta en la puerta o donde, en un estado de elevada civilización, debería estar la puerta. Y queda de maravilla. Y ahora taparé el hueco de abajo con el baúl. Y también queda de maravilla. Aquí tiene su manta, señor. Y aquí está la mía. ¿Qué puede impedirnos pasar una buena noche?

Pese a su tono despreocupado, tardó mucho en dormirse. Se envolvió en la manta, dejó el hacha a mano y se tumbó atravesado en el umbral: demasiado inquieto y demasiado alerta para cerrar los ojos. La novedad de su deprimente situación, el miedo a algún animal salvaje o a algún enemigo humano, la terrible incertidumbre de sus medios de subsistencia, la aprensión de la muerte, la inmensa distancia y el sinfín de obstáculos que se interponían entre ellos e Inglaterra fueron fructíferas fuentes de desasosiego en el profundo silencio de la noche. Aunque Martin se esforzó en fingir lo contrario, Mark notó que también estaba despierto y que era pasto de las mismas reflexiones. Eso era casi peor, pues, si empezaba a pensar en sus desdichas en lugar de intentar enfrentarse a ellas, sin duda ese estado de ánimo se uniría poderosamente a la influencia de aquel clima pestilente. Nunca sus ojos dieron la bienvenida a la luz del día con tanta alegría como cuando despertó de aquel duermevela. Mark la vio colarse a través de la manta de la puerta.

Salió sin hacer ruido, pues su compañero estaba dormido; y después de refrescarse lavándose en el río que corría delante de la puerta, inspeccionó por encima el poblado. En total no había más de una veintena de cabañas, la mitad parecían desocupadas y todas estaban podridas y derrumbadas. La más estropeada, triste y olvidada de todas se llamaba, con gran propiedad, Banco y Oficina Nacional de Crédito.



Se sostenía sobre unos endeble puntales, pero se estaba hundiendo sin remedio en el fango.

En algunos sitios habían hecho un esfuerzo por desbrozar la tierra y habían roturado un campo donde, entre los tocones y las cenizas de los árboles quemados, crecía una parca cosecha de maíz. En otros habían empezado a colocar una serpenteante o zigzagueante cerca, pero en ningún caso estaba completa; y las tablas caídas se pudrían semienterradas en el suelo. Tres o cuatro perros flacos, consumidos por el hambre, varios cerdos de patas largas que merodeaban por los bosques buscando comida y unos niños que lo miraron casi desnudos desde las cabañas fueron los únicos seres vivos que vio. Un vapor fétido, caliente y repugnante como el aire que sale de un horno se alzaba del suelo y lo impregnaba todo; y cada vez que sus pisadas se hundían en el suelo fangoso un líquido negruzco rezumaba hasta borrarlas.

Sus tierras eran sólo bosque. Los árboles habían crecido tan juntos y espesos que se empujaban unos a otros y los más débiles, obligados a adoptar formas extrañas y distorsionadas, languidecían como si estuvieran tullidos. Los mejores parecían atrofiados por la presión y la falta de espacio y por encima de ellos crecían hierbas altas y lacias, hierbajos malolientes y una maleza enmarañada por la que era imposible abrirse paso; una selva profunda y oscura, sin tierra ni agua en las raíces, sólo un líquido pútrido formado por el pulposo desecho de ambas cosas y de su propia corrupción.

Fue hasta el embarcadero donde habían dejado las cosas la noche anterior; y allí encontró a media docena de hombres de aspecto lánguido y descuidado, pero dispuestos a echar una mano, que le ayudaron a transportarlas hasta la cabaña. Al hablar del poblado movían la cabeza y no pudieron ofrecerle ningún consuelo. Quienes disponían de medios para marcharse se habían ido. Los que se habían quedado habían perdido a sus mujeres, sus hijos, sus amigos o sus hermanos y habían sufrido mucho ellos mismos. La mayoría estaban enfermos y ninguno era el que había sido. Le ofrecieron su ayuda y su consejo y, dejándolo de momento, volvieron tristemente a sus ocupaciones.

Para entonces Martin ya se había despertado, pero había cambiado mucho en una sola noche. Estaba muy pálido y alicaído, se quejaba de debilidad y de dolores en los brazos y las piernas y aseguraba no ver bien y tener la voz muy débil. Haciendo acopio de energías al ver que la situación cada vez era más sombría, Mark arrancó una puerta de una de las casas abandonadas y la colocó en su propia cabaña; luego fue a buscar un banco que había visto y con el que regresó triunfante, y después de colocarlo fuera de la casa, puso el notable bote de hojalata y otros objetos parecidos encima como si fuese una cómoda o un tocador. Muy complacido con esos arreglos, subió rodando el barril de harina hasta la casa y lo colocó en un rincón para que hiciera las veces de mesita. No podían tener mejor mesa que el baúl, que consagró con mucha ceremonia a esa función. Las mantas, la ropa y demás las colgó

de pinzas y clavos. Y por fin sacó un enorme cartel (que Martin, llevado por su exultación, había escrito con sus propias manos en el Hotel Nacional) que decía CHUZZLEWIT Y CÍA. ARQUITECTOS Y AGRIMENSORES y lo colgó en la parte más visible de la casa, con tanta solemnidad como si la próspera ciudad de Edén hubiera tenido existencia real, y esperasen verse desbordados de encargos.

—Estos utensilios —dijo Mark, sacando el instrumental de Martin y colocando los compases de pie como un ramillete delante de la puerta— los dejaremos a la vista para que todo el mundo se percate de que hemos venido bien provistos. Y ahora, si algún caballero quiere construirse una casa, más vale que venga a encargarla antes de que tengamos otros pedidos.

Teniendo en cuenta el intenso calor que hacía, no había sido una mañana desaprovechada, pero, sin detenerse un momento, sudando por todos los poros, Mark volvió a desaparecer en el interior de la casa, y enseguida salió con un hacha, dispuesto a hacer varias cosas imposibles con esa herramienta.

—Hay un árbol muy feo en el camino, señor —observó—, que es mejor talar. Podemos construir el horno por la tarde. Nunca ha habido un sitio con tanto barro como Edén. Será muy cómodo.

Pero Martin no respondió. Había pasado todo el rato con la cabeza entre las manos, contemplando cómo fluía el agua del río, pensando, tal vez, en lo rápido que corría hacia el mar abierto, el recto camino a casa que jamás volvería a ver. Ni siquiera los vigorosos golpes que Mark le dio al árbol lo sacaron de aquella triste meditación. Al ver que sus esfuerzos eran inútiles, Mark interrumpió su trabajo y fue hacia él.

—No se rinda, señor —dijo el señor Tapley.

—¡Ay, Mark! —replicó su amigo—. ¿Qué he hecho en mi vida para merecer este duro destino?

—Bueno, señor —respondió Mark—, todos los que están aquí podrían preguntarse lo mismo, muchos de ellos tal vez con más motivo que usted o yo. Aguante, señor. Haga algo. ¿No se sentiría mejor, digamos, si le escribiera una carta con sus observaciones personales al señor Scadder?

—No —dijo Martin, moviendo tristemente la cabeza—. Ya nada me importa.

—Pues, si ya nada le importa —repuso Mark—, es que está enfermo, y alguien debería atenderle.

—No te preocupes por mí —dijo Martin—. Haz lo que más te convenga. Pronto sólo tendrás que preocuparte de ti. ¡Y luego vuelve enseguida a casa, y perdóname por haberte traído! Estoy destinado a morir aquí. Lo

supe en el momento en que puse el pie en la orilla. Dormido y despierto, Mark, he soñado con eso toda la noche.

—He dicho que debía de estar enfermo —replicó Mark con ternura— y ahora estoy seguro. Un poco de fiebre y de malaria contraída en estos ríos, diría yo; pero, bendito sea, eso no es nada. Servirá para curtirlo; y, de un modo u otro, todos hemos de curtirnos. En eso consiste la religión, sí señor —dijo Mark. Martin se limitó a suspirar y mover la cabeza—. Espere sólo un minuto —añadió alegremente— a que vaya a buscar a uno de los vecinos y le pregunte qué conviene que tome y le pida un poco prestado para usted; y mañana se encontrará igual de fuerte que siempre. No tardaré ni un minuto. ¡Haga lo que haga, no se rinda mientras estoy fuera!

Soltó el hacha y salió enseguida a toda prisa, pero se detuvo al cabo de un rato y volvió la vista atrás, luego echó a correr de nuevo.

«Bueno, señor Tapley —se dijo, dándose un tremendo golpe en el pecho para reanimarse—, más vale que escuche lo que tengo que decirle. La cosa no puede pintar peor, joven. En la vida no volverá a tener una oportunidad como esta para demostrar su alegre disposición, amigo mío. Así que, Tapley, ahora es el momento de ser fuerte. ¡Ahora o nunca!»

## Capítulo XXIV. Narra los progresos en ciertos asuntos domésticos de amor, odio, celos y venganza

—¡Eh, Pecksniff! —exclamó el señor Jonas desde el salón—. ¿Es que nadie va a abrir esa dichosa puerta?

—Enseguida, señor Jonas. Enseguida.

—Dios —murmuró el huérfano—, ya es tarde. Quienquiera que sea ha llamado ya tres veces, y lo bastante fuerte para despertar a los... —la idea de despertar a los muertos le produjo tal repugnancia que se interrumpió antes de que las palabras salieran de su boca y en vez de eso dijo—: a los siete durmientes.

—Enseguida, señor Jonas. Enseguida —repitió Pecksniff—. ¡Thomas Pinch —en su gran agitación no sabía si considerar a Tom un amigo del alma o un villano, así que le amenazó con el puño *pro tem*<sup>[94]</sup> —, suba a la habitación de mis hijas y dígales quién ha venido! Dígales que guarden silencio. ¡Silencio! ¿Me ha oído usted?

—¡Enseguida voy, señor! —exclamó Tom, corriendo muy perplejo a cumplir con su encargo.

—Discúlpeme, señor Jonas, ¡ja, ja, ja!, si cierro la puerta un momento —dijo Pecksniff—. Podría ser una cuestión profesional. De hecho estoy casi seguro de que lo es. Gracias.

Luego el señor Pecksniff, tarareando una cancioncilla rústica, se puso el sombrero de trabajar en el huerto, cogió una pala y abrió la puerta de la calle, asomándose tranquilamente al umbral, como si hubiese estado en el emparrado y le hubiese parecido oír que llamaban discretamente a la puerta pero no estuviese del todo seguro.

—¡Señor Chuzzlewit! ¡No creo lo que ven mis ojos! Mi querido, señor, ¡mi buen señor! ¡Qué alegría y qué sorpresa! Se lo ruego, señor mío, entre. Me pilla usted trabajando en el huerto. Tendrá que disculparme. Lo sé. La jardinería es un oficio muy antiguo. Primitivo, señor mío, pues, si no me equivoco, Adán fue el primero. Mi Eva, lamento decirlo, ya no está, señor; pero —señaló la pala y movió la cabeza, como si le costara un esfuerzo alegrarse— aun así sigo ejerciendo de Adán. —Para entonces los había hecho pasar a su salón más elegante, donde estaban el retrato de Spiller y el busto de Spoker—. Mis hijas —dijo el señor Pecksniff—, se llevarán una alegría. Si eso pudiera aburrirme, hace mucho que me habría hartado, señor mío, de su constante anticipación de esta felicidad y de sus constantes alusiones a nuestro encuentro en casa de la señora Todgers. Y también a su joven amiga —dijo el señor Pecksniff— a quien tanto desean conocer y querer, de hecho conocerla

es quererla, espero que se encuentre bien y que si digo: «¡Bienvenida a mi humilde morada!» encuentre un eco en sus sentimientos. Si las facciones son un reflejo del alma, no me cabe ninguna duda. Es un rostro cautivador, señor Chuzzlewit, señor mío... ¡mucho!

—Mary —dijo el anciano—, el señor Pecksniff te halaga. Pero sus halagos son sinceros. No los prodiga y los dice de corazón. Pensábamos que el señor...

—Pinch —apuntó Mary.

—Que el señor Pinch llegaría antes que nosotros, Pecksniff.

—Y así ha sido, señor mío —replicó Pecksniff, alzando la voz para edificación de Tom en el piso de arriba—, y creo que estaba a punto de advertirme de su llegada cuando le he rogado que primero fuese a la habitación de mis hijas a preguntar por Charity, mi querida niña, que no se encuentra tan bien como me gustaría. No —dijo el señor Pecksniff, respondiendo a sus miradas—. Lamento decirlo, pero no. Es sólo una afección nerviosa, nada más. No estoy preocupado. ¡Señor Pinch! ¡Thomas! —exclamó Pecksniff en un tono amabilísimo—. Por favor, venga. Quiero presentárselo. Debe saber que Thomas es un antiguo amigo, señor Chuzzlewit.

—Gracias, señor —dijo Tom—. Es muy amable al presentarme y me enorgullece que hable de mí de este modo.

—¡El viejo Thomas! —exclamó complacido su maestro—. ¡Que Dios te bendiga!

Tom les informó de que las dos jóvenes bajarían enseguida y de que, bajo su supervisión conjunta, se estaba preparando el mejor refrigerio que podía ofrecer la casa. Mientras hablaba, el anciano lo miró con intensidad, aunque con menos dureza de lo que acostumbraba, y no pareció que el común embarazo de Tom y la joven le pasara desapercibido, fuese cual fuese la causa a la que lo atribuyera.

—Pecksniff —dijo después de una pausa, levantándose y llevándolo hacia la ventana—, me ha conmovido mucho enterarme de la muerte de mi hermano. Estuvimos distanciados muchos años. Mi único consuelo es que debió de vivir mejor y ser mejor persona al no mezclar sus proyectos y esperanzas conmigo. ¡Descanse en paz! Una vez fuimos compañeros de juegos; y habría sido mejor para ambos que hubiésemos muerto entonces.

Al verlo de tan buen humor, el señor Pecksniff empezó a intuir una salida a sus dificultades sin necesidad de arrojar por la borda a Jonas.

—Tendrá que disculpar que dude de que nadie, señor mío, pueda ser más feliz por no conocerle —replicó—. Pero puedo informarle de que el señor Anthony, en el crepúsculo de su vida, disfrutó del afecto de su

excelente hijo, un modelo, señor mío, para cualquiera, y del cuidado de un pariente lejano, que, por humildes que fuesen sus medios para atenderle, no tenía límites en su buena disposición.

—¿Cómo? —dijo el anciano—. ¿No es usted uno de los legatarios?

—Veo que aún no conoce usted mi naturaleza —dijo el señor Pecksniff, apretándole la mano con melancolía—. No, señor, no soy uno de los legatarios. Me enorgullece decirlo. Y me enorgullece decir que tampoco lo es ninguna de mis hijas. Y aun así, señor, estuve con él porque así me lo pidió. Él me conocía un poco mejor, señor. Me escribió y me dijo: «Estoy enfermo. Desfallezco. ¡Venga a verme!». Y fui. Estuve al lado de su cama, y al lado de su tumba. Sí, lo hice aun a riesgo de ofenderlo a usted, señor. Aunque admitirlo pueda conducir a nuestra separación inmediata y cortar los tiernos lazos que hemos anudado hace poco, lo reconozco. Pero no soy uno de los legatarios —añadió, sonriendo con desapasionamiento—, y nunca esperé serlo. ¡Ni se me habría pasado por la cabeza!

—¡Su hijo un modelo! —exclamó el viejo Martin—. ¿Cómo puede decirme eso? Mi hermano obtuvo con su dinero la típica maldición de la riqueza y la raíz de la desdicha. Llevó consigo su corruptora influencia allí donde fue y la extendió a su alrededor, incluso en su hogar. Convirtió a su propio hijo en un codicioso que calculaba cada día y cada hora la distancia cada vez menor que separaba a su padre de la tumba, y maldecía su lento avance por tan triste camino.

—¡No! —exclamó con osadía el señor Pecksniff—. ¡Nada de eso, señor mío!

—Pero si vi a esa sombra en la casa —continuó Martin Chuzzlewit— la última vez que estuve con él y le advertí de su presencia. ¿Cree que no soy capaz de reconocerlo, después de haber convivido con eso todos estos años?

—Lo niego —respondió acalorado el señor Pecksniff—, lo niego todo. Ese joven afligido se encuentra ahora en esta casa, señor, buscando en un cambio de aires la paz de espíritu que ha perdido. ¿Habré de recordar, para hacerle justicia a ese joven, lo mucho que se conmovieron por su conducta incluso los empleados de pompas fúnebres; los halagos de los dolientes y del médico que no supo qué decir ante la efusión de sus sentimientos? Hay una persona llamada Gamp —la señora Gamp—, señor mío, pregúntele a ella. Ella vio al señor Jonas en esos momentos tan difíciles. Pregúntele a ella, señor. Es una mujer respetable, pero nada sentimental, y corroborará mis palabras. Estoy seguro de que si dirige usted unas líneas a la señora Gamp, en la pajarería de Kingsgate Street, High Holborn, en Londres, recibirá toda su atención. Pregúntele a ella, señor mío. Golpee, pero antes escuche; salte, pero antes vea, señor Chuzzlewit. ¡Perdone, señor mío —dijo Pecksniff, cogiéndole las manos—, mi acaloramiento, pero soy una persona honrada y debo decir la verdad!

Para demostrarlo el señor Pecksniff dejó que unas lágrimas de honradez rezumaran de sus ojos.

El anciano lo miró un momento con gesto de sorpresa y repitió para sus adentros: «¡Aquí ahora! ¡En esta casa!». Pero dominó su sorpresa y dijo, después de una pausa:

—Deje que lo vea.

—De forma amistosa, ¿no? —dijo el señor Pecksniff—. Discúlpeme, señor, pero disfruta de mi humilde hospitalidad.

—He dicho —replicó el anciano— que me deje verlo. Si mi ánimo no fuese amistoso, le habría dicho que lo apartara de mí.

—Desde luego, señor mío. Es cierto. Me consta que es usted la franqueza en persona. Iré a comunicarle la feliz noticia —dijo el señor Pecksniff al salir de la sala—, si tiene la bondad.

Allanó con tanto cuidado el camino a la verdad que transcurrió un cuarto de hora hasta que volvió con el señor Jonas. Entretanto las señoritas hicieron su aparición y pusieron la mesa para ofrecer un refrigerio a los viajeros.

No obstante, por muy bien que el señor Pecksniff, en su moralidad, hubiese enseñado a Jonas la lección de que fuese sumiso y respetuoso con su tío, y por muy bien que Jonas la hubiera aprendido con la astucia de su naturaleza, la apariencia de ese joven, cuando se presentó ante el hermano de su padre, era todo menos viril o atractiva. De hecho, es posible que jamás figura humana alguna expresara una mezcla tan singular de adulación y terquedad, de temor y obstinación, de hosquedad y de esfuerzo por mostrarse servil y propicio, como la de Jonas cuando, al alzar la mirada hasta el rostro del señor Chuzzlewit, volvió a bajarla, abrió y cerró incómodo las manos, y empezó a moverse de lado a lado esperando que le hablasen.

—Sobrino —dijo el anciano—, me dicen que has sido un hijo solícito.

—Supongo que como todos los hijos —replicó Jonas, mirando una vez más arriba y abajo—. No pretendo jactarme de ser mejor que otros, pero tampoco he sido peor.

—Un hijo modélico, me han dicho —insistió el anciano, mirando de reojo al señor Pecksniff.

—¡Dios! —dijo Jonas, alzando otra vez la vista un momento y moviendo la cabeza—. He sido tan buen hijo como usted un buen hermano. Si vamos a eso, es lo que le dijo la sartén al cazo.

—Hablas con amargura, por la violencia de tu pesar —dijo Martin, después de una pausa—. Dame la mano.

Jonas se la dio, y casi se sintió cómodo.

—Pecksniff —susurró, a la vez que acercaba la silla en la mesa—, le he dado lo que se merecía, ¿eh? Más le valía ver la viga en su propio ojo que la paja en el ajeno, ¿verdad?

El señor Pecksniff respondió sólo con un codazo que podía interpretarse tanto un gesto indignado como de cordial asentimiento, pero que, en cualquier caso, fue una clara admonición a su futuro yerno de que guardara silencio. Luego procedió a hacer los honores de la casa con sus acostumbradas amabilidad y desenvoltura.

Pero ni siquiera el candoroso regocijo del señor Pecksniff pudo calmar a semejante grupo de personas, o reconciliar materiales tan claramente discordantes y en conflicto como los que tenía que manejar. Los indecibles celos y el odio que la declaración de esa noche habían sembrado en el seno de Charity eran difíciles de reprimir; y más de una vez asomaron con tanta intensidad que dio la impresión de que sería imposible evitar que revelase allí mismo las circunstancias que los habían inspirado. La bella Merry, por su parte, con la gloria de su victoria todavía presente, aguijoneó y avivó tanto la decepción de su hermana con sus aires caprichosos y sus miles de demostraciones del sometimiento del señor Jonas que estuvo a punto de inducirle un ataque de locura y la obligó a levantarse de la mesa en un estallido de pasión, casi tan vehemente como el que había sufrido con el primer tumulto de su cólera. La discreción impuesta a la familia por la presencia de Mary Graham (pues con ese nombre se la había presentado el señor Chuzzlewit) no mejoró las cosas, por muy plácidos y amables que fuesen sus modales. La situación en la que se encontraba el señor Pecksniff era especialmente difícil, pues tenía que mantener la paz entre sus hijas, exhibir una apariencia razonable de afecto y unidad en su casa, contener la creciente desenvoltura y alegría de Jonas, que se expresaba en forma de diversas insolencias contra el señor Pinch y una indefinible grosería con Mary (que eran los dos únicos empleados), por no hablar de que constantemente tenía que apaciguar a su pariente rico y suavizar o explicar algunas de las diez mil malas impresiones o combinaciones de malas impresiones que los rodearon esa desdichada velada, y tenía que hacer todo eso, y sería difícil resumir cuántas cosas más, sin la menor ayuda ni el apoyo de nadie; así que es fácil imaginar que el regocijo del señor Pecksniff se vio mezclado con más elementos de los que normalmente se mezclan con los placeres humanos. Es posible que nunca en su vida sintiese tanto alivio como cuando el viejo Martin miró su reloj y anunció que era hora de marcharse.

—Por el momento, tenemos habitaciones en el Dragón —anunció—. Me apetece pasear. La noche es oscura, tal vez el señor Pinch no tenga inconveniente en acompañarnos con un farol.



—¡Señor mío! —exclamó Pecksniff—. Estaré encantado de acompañarles yo mismo. Merry, hija mía, el farol.

—Trae el farol, niña, haz el favor —dijo Martin—, pero por nada en el mundo se me ocurriría sacar de casa a tu padre esta noche, y, en una palabra, no lo haré. —El señor Pecksniff tenía ya el sombrero en la mano, pero sus palabras fueron tan tajantes que se detuvo—. Iré con el señor Pinch, o solo. ¿Cómo ha de ser?

—Thomas le acompañará, señor —exclamó Pecksniff—, si insiste. Thomas, amigo mío, ve con cuidado, por favor.

Thomas pasó ciertos apuros en esa situación, pues estaba tan nervioso y temblaba tanto que le costó sujetar el farol. Y aún fue peor cuando, a petición del anciano, ella le pasó la mano por el brazo.

—Bueno, señor Pinch —dijo Martin por el camino—, está usted bien instalado aquí, ¿no?

Tom respondió, aún con más entusiasmo que de costumbre, que estaba tan agradecido al señor Pecksniff que la devoción de una vida no bastaría para compensarle.

—¿Cuánto hace que conoce a mi sobrino? —preguntó Pecksniff.

—¡A su sobrino, señor! —balbució Tom.

—Al señor Jonas Chuzzlewit —dijo Mary.

—¡Ah, sí! —exclamó Tom, muy aliviado, pues había pensado que se refería a Martin—. La verdad es que hasta esta noche no había hablado con él, señor.

—Quizás baste con media vida para apreciar su bondad —observó el anciano.

Tom creyó que la pulla iba dedicada a él y no cayó en que era una indirecta contra su patrón. Así que guardó silencio. Mary comprendió que el señor Pinch no destacaba por su presencia de ánimo y que no diría mucho en esas circunstancias. Así que guardó silencio. El anciano, asqueado por lo que en su suspicacia consideró una devoción excesiva al señor Pecksniff, que entraba dentro del sueldo de Tom y en la que estaba dispuesto a perseverar, lo catalogó enseguida de adulator falso, servil y miserable. Así que guardó silencio. Y, aunque todos se sintieron bastante incómodos, hay que reconocer que tal vez fuese Martin el que peor se sintió, pues al principio Tom le había resultado simpático y le había interesado su aparente sencillez.

«Eres como los demás —pensó, mirando a la cara al inconsciente Tom—. Has estado a punto de engañarme, pero de nada han servido tus

esfuerzos. Eres demasiado entusiasta en tus halagos y te has traicionado, señor Pinch».

El resto del paseo nadie dijo una palabra. El encuentro que tanto había esperado Tom con el corazón anhelante fue memorable sólo por su torpeza y confusión. Se despidieron en la puerta del Dragón y, suspirando mientras apagaba la luz del farol, Tom regresó por los campos oscuros.

Mientras iba hacia la escalera para saltar la cerca, que estaba en un lugar apartado y oculto por un bosquecillo de abetos, un hombre lo adelantó. Al llegar a la escalera se volvió y se sentó en ella. Tom se sobresaltó un poco y se detuvo un momento, pero enseguida echó a andar de nuevo y se acercó.

Era Jonas, que lo miró con desdén mientras balanceaba las piernas y mordisqueaba la empuñadura del bastón.

—¡Dios mío —exclamó Tom—, usted por aquí! ¿Es que nos ha seguido?

—Y ¿a ti qué más te da? —dijo Jonas—. ¡Vete al diablo!

—Me parece que no es usted muy educado —observó Tom.

—Soy lo bastante educado para ti —replicó Jonas—. ¿Quién te has creído que eres?

—Alguien que tiene tanto derecho a que lo traten con consideración como cualquiera —dijo Tom, sin levantar la voz.

—Mentira —dijo Jonas—. No tienes ningún derecho a que te traten con consideración. No tienes derecho a nada. Vaya un tipo para hablar de sus derechos. ¡Ja, ja, ja! ¡Sus derechos, nada menos!

—Si sigue usted por ese camino —repuso Tom, ruborizándose—, le agradeceré que me diga qué es lo que he hecho mal. Aunque espero que ponga fin a esta broma.

—Cuando alguien habla en serio de verdad —dijo el señor Jonas—, los canallas como tú siempre fingís que estáis bromeando para quitarle hierro a la cosa. Pero conmigo eso no funciona. Es un truco demasiado viejo. Escucha un momento, Pitch, o Witch, o Stich, o como quiera que te llames.

—Me llamo Pinch —observó Tom—. Así que tenga la bondad de llamarme por mi nombre.

—¡Qué! Ni siquiera mereces que te llamen por tu nombre —gritó Jonas—. Por lo visto los aprendices sin un penique quieren levantar la cabeza. Dios, ¡en la ciudad lidiamos con ellos un poco mejor!

—Me es indiferente lo que hagan en la ciudad —dijo Tom—. ¿Qué tiene que decirme?

—Sólo esto, Pinch —replicó Jonas, acercando tanto su rostro al de Tom que este se vio obligado a retroceder un paso—, que te recomiendo que te guardes tus consejos y te dejes de chismes y no te metas donde no te llaman. He oído hablar de ti, amigo, y de tus modales sumisos, y te aconsejo que los olvides hasta que me haya casado con una de las Pecksniff, y que no intentes ganarte el favor de mis parientes y dejes el camino despejado. Cuando los canallas no se apartan de mi camino, los aparto a bastonazos, así que más te vale seguir mi consejo. ¿Lo has entendido? ¿Eh? ¡Maldita sea! ¿Quién te has creído que eres —exclamó Jonas, cada vez con más desprecio— para acompañarlos a casa a su lado y no detrás de ellos como haría cualquier criado sin librea?

—¡Vamos! —gritó Tom—. Apártese de la escalera y déjeme seguir mi camino. Déjeme pasar, haga el favor.

—¡Ni lo pienses! —dijo Jonas, estirando las piernas—. No hasta que yo quiera. Y ahora no quiero. ¿Qué pasa? Te asusta que ponga fin a tus cotilleos, ¿eh, chismoso?

—Creo temer muy pocas cosas —dijo Tom— y desde luego ninguna que pueda hacer usted. No soy ningún chismoso y desprecio cualquier mezquindad. Se confunde conmigo. ¡Ah! —exclamó indignado—. ¿Le parece valeroso que un hombre de su posición se porte así conmigo? Haga el favor de dejarme pasar. Cuanto menos diga, mejor.

—¡Cuanto menos digas tú! —replicó Jonas balanceando aún más las piernas y sin hacer caso de su petición—. No dices mucho, ¿eh? Dios, me gustaría saber qué os traéis entre manos tú y cierto vagabundo de mi familia. Seguro que tampoco mucho, ¿eh?

—No conozco a ningún vagabundo de su familia —gritó Tom con firmeza.

—¡Claro que sí! —insistió Jonas.

—No —dijo Tom—. El tocayo de su tío, si se refiere usted a él, no es ningún vagabundo. Cualquier comparación entre usted y él —Tom chasqueó los dedos pues su cólera iba en aumento— lo deja a usted en enorme desventaja.

—¡Ah, sí! —se burló Jonas—. Y ¿qué opinas de que haya tenido que marcharse como un mendigo? ¿Eh, Pinch?

—¡No pienso decir una palabra más, ni seguir aquí ni un segundo! —replicó Tom.

—Ya te he dicho que eso es mentira —dijo con frialdad Jonas—. Te quedarás aquí hasta que yo te dé permiso para marcharte. ¡Quédate donde estás!

Blandió el bastón sobre la cabeza de Tom, pero un instante después se movió inofensivo en el aire y el propio Jonas acabó tendido en la cuneta. En la lucha por hacerse con el bastón, Tom había golpeado con él la frente de su adversario, y la sangre manaba profusamente de un profundo corte en la sien. Tom se dio cuenta al ver que se llevaba el pañuelo a la herida y trastabillaba aturdido al levantarse.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó Tom—. Lo siento mucho. Apóyese en mí un momento. No hace falta que me perdone, si es que todavía me guarda rencor. Aunque no sé por qué, pues hasta hoy nunca le había ofendido.

Él no respondió y al principio no pareció comprender lo que le decía o siquiera que estaba herido, pese a que varias veces apartó el pañuelo del corte y miró perplejo la sangre. Después, miró a Tom y entonces sus facciones cambiaron de un modo que dejó muy claro que entendía lo que había sucedido y que lo recordaría.

No dijeron nada más mientras volvían a la casa. Jonas fue un poco por delante y Tom Pinch le siguió tristemente, pensando en el pesar que aquella disputa causaría a su excelente benefactor. Cuando Jonas llamó a la puerta, el corazón de Tom se aceleró; y aún se aceleró más cuando la señorita Mercy abrió y soltó un grito al ver herido a su prometido; y aún se aceleró más cuando los siguió al salón familiar; y se aceleró más que nunca cuando Jonas habló.

—No hagas tantos aspavientos —dijo—. No vale la pena ni hablarlo. No conozco el camino, la noche es muy oscura y justo al encontrarme con el señor Pinch —volvió la cabeza hacia él, pero no los ojos— me choqué con un árbol. No es más que un rasguño.

—¡Trae agua fría, Merry, hija mía! —gritó el señor Pecksniff—. ¡Y papel de estraza! ¡Y tijeras! ¡Y una venda! Charity, querida, prepárale un vendaje. ¡Dios mío, señor Jonas!

—¡Oh, déjese de pamplinas! —replicó su amable yerno—. Haga usted algo útil y si no lárquese.

La señorita Charity, pese a que habían pedido su ayuda, siguió sentada muy erguida en un rincón con una sonrisa en el rostro y no movió un dedo. Aunque Mercy lavó ella misma la herida y el señor Pecksniff sostuvo la cabeza del paciente entre las manos, como si de lo contrario fuese a partirse inevitablemente en dos y Tom Pinch, en su culpable nerviosismo, agitó un frasquito de gotas holandesas<sup>[95]</sup> hasta reducir las a espuma inglesa, mientras en la otra mano blandía un enorme cuchillo de trinchar carne, en realidad para reducir la inflamación, pero en apariencia para infligirle otra herida en cuanto acabaran de curarlo. Charity no ayudó en nada y no dijo una palabra. Pero, cuando le vendaron la cabeza al señor Jonas y se fue a acostar y todo el mundo se

retiró y la casa quedó en silencio, el señor Pinch se sentó muy triste y pensativo en la cama y oyó llamar muy despacio a la puerta; y al abrirla, la vio, para su enorme sorpresa, delante de él con el dedo en los labios.

—Señor Pinch —susurró—. ¡Mi querido señor Pinch! ¡Dígame la verdad! ¿Ha sido usted? ¿Se han peleado y le ha golpeado usted? ¡Estoy segura de que sí! —Era la primera vez en todos los años que habían pasado juntos que hablaba a Tom con amabilidad. Se quedó estupefacto—. ¿Ha sido así o no? —le preguntó impaciente.

—Me provocó él —respondió Tom.

—Entonces ¿es eso lo que ha ocurrido? —gritó Charity con los ojos brillantes.

—Sí. Discutimos en el camino porque no quería dejarme pasar —dijo Tom—. Pero no era mi intención hacerle daño.

—¡No es para tanto! —repitió ella cerrando el puño y dando patadas en el suelo, para perplejidad de Tom—. No diga eso. Ha sido muy valiente por su parte. Le honra a usted. Si alguna vez vuelven a pelearse, no tenga compasión, dele una paliza y pisotéelo cuando lo tenga en el suelo. Ni una palabra a nadie. Mi querido señor Pinch, desde esta noche soy su amiga. Desde este momento soy su amiga.

Volvió el rostro encendido hacia Tom para confirmarle sus palabras con su expresión ardiente; y, tomando su mano derecha, la apretó contra su pecho y la besó. Y no hubo nada personal en eso que resultara embarazoso, pues incluso Tom, cuyo poder de observación no era ni mucho menos notable, supo por la energía con que lo hizo que habría acariciado cualquier mano, por sucia o deforme que estuviese, que le hubiera partido la crisma a Jonas Chuzzlewit.

Tom entró en su habitación y se acostó embargado por incómodos pensamientos. Que se hubiese producido una división tan enorme en la familia, como debía de haberse producido para convertir a Charity Pecksniff en su amiga, por la razón que fuese, pero, por encima de todo, por aquella de la que él era claramente la verdadera causa; que Jonas, que lo había atacado con tanta vulgaridad, hubiese sido lo bastante magnánimo para guardar el secreto de su enfrentamiento; y que determinada sucesión de acontecimientos hubiese conducido a que Thomas Pinch atacara y apaleara a alguien que se tenía por amigo de Seth Pecksniff, eran cuestiones tan profundas y dolorosas, que no podía cerrar los ojos. En particular, su propia violencia remordía tanto la generosa conciencia de Tom, que, unida a las muchas ocasiones en que ya le había causado dolor y preocupaciones al señor Pecksniff (ocasiones que ese caballero le recordaba a menudo), empezó a creerse verdaderamente destinado por un hado misterioso a ser el genio maléfico y el ángel malvado de su patrón. Pero por fin se quedó dormido

y soñó —una nueva fuente de intranquilidad— que traicionaba su confianza y se fugaba con Mary Graham.

Hay que reconocer que, dormido o despierto, la posición de Tom respecto a esta señorita le causaba una gran inquietud. Cuanto más la veía, más admiraba su belleza, su inteligencia y las adorables cualidades que triunfaron incluso en la dividida casa de Pecksniff y, que a los pocos días, parecieron restaurar la armonía y la amabilidad entre las airadas hermanas. Cuando ella hablaba, Tom la escuchaba con tanta atención que contenía el aliento; cuando cantaba, él se sentaba como en trance. Tocó su órgano y, desde ese momento, incluso el viejo compañero de sus horas más felices, a quien había juzgado incapaz de elevarse, empezó una existencia nueva y deificada.

¡Dios bendiga tu paciencia, Tom! ¿Quién, al verte pasar tres semanas de verano escudriñando en el silencio de la noche la resonante anatomía de ese inescrutable y viejo clavecín del salón trasero, habría pasado por alto la entrada al secreto de tu corazón, aunque tú apenas la conocieras? ¿Quién al ver el brillo de sus mejillas cuando, al inclinarte a escuchar, después de horas de trabajo, el sonido de una nota incorregible, descubrías que por fin tenía voz y resonaba de forma parecida a como debía resonar, no habría sabido que no estaba destinada a que la tocara cualquiera sino alguien que pulsara, aunque con la suavidad de la mano de un ángel, el más profundo acorde en tu interior? Y, si una mirada amistosa, sí, incluso tan candorosa como la tuya, querido Tom, hubiese podido atravesar la penumbra de esa tarde cuando con una voz bien entonada, triste, dulce, baja, pero esperanzada cantó por vez primera acompañando a ese instrumento modificado y se maravilló del cambio, y tú, sentado aparte, al lado de la ventana, guardaste un feliz silencio con el corazón henchido, ¿no habría leído esa mirada el inicio de una historia, Tom, que de haber sido por ti nunca habría empezado?

La situación de Tom Pinch no era menos peligrosa o delicada por el hecho de que no cruzaran ninguna palabra acerca de Martin. Haciendo honor a su promesa, Tom le dio toda suerte de ocasiones. A primera hora de la mañana y a última hora de la noche estaba en la iglesia, en sus paseos favoritos, en el pueblo, en el jardín, en los prados y en cualquiera o en todos estos sitios ella podría haber hablado con libertad. Pero no, en esas ocasiones la joven procuraba evitarlo, o iba siempre acompañada. No podía ser que desconfiara o le desagradara, pues lo distinguía de mil maneras delicadas, tan sutiles que sólo él reparaba en ellas, cuando había otros presentes, y era siempre la bondad personificada. ¿Sería que había roto con Martin o que sólo había correspondido a sus afectos en las osadas y exaltadas fantasías de su amigo? Tom se ruborizaba avergonzado antes de descartar la idea.

Todo el tiempo el viejo Martin iba y venía a su extraña manera, o se sentaba entre los demás ensimismado y sin hablar apenas con nadie. Aunque estuviese poco sociable, no era obstinado, ni provocador ni malhumorado; y nunca se sentía mejor que cuando lo dejaban tranquilo

con su libro y seguían con sus ocupaciones libremente. Era imposible discernir por quién se interesaba más, o si le interesaba alguno. Si no le hablaban directamente no parecía ver ni oír nada de lo que ocurría.

Un día la vivaracha Merry, sentada con los ojos bajos a la sombra de un árbol en el cementerio, donde se había retirado después de cansarse poniendo a prueba de diversas maneras la paciencia del señor Jonas, notó que una sombra se interponía entre el sol y ella. Al alzar la mirada pensando que sería su prometido, le sorprendió mucho ver al viejo Martin. Su sorpresa no disminuyó cuando se sentó en la hierba a su lado e inició así la conversación:

—¿Cuándo van a casarse?

—¡Oh, Dios mío, señor Chuzzlewit! Le aseguro que lo desconozco. Espero que no sea pronto.

—¿Eso espera? —dijo el anciano. Lo dijo muy serio, pero ella se lo tomó a broma y soltó una risita exagerada—. ¡Vamos —añadió con atípica ternura—, es usted joven, guapa y creo que tiene buen carácter! Está claro que es usted frívola, y que le gusta serlo; pero debe de tener usted su corazoncito.

—Puedo asegurarle que no lo he entregado todo —dijo Merry, moviendo la cabeza con picardía y arrancando unas hojas de hierba.

—¿Ha entregado parte?

Ella tiró la hierba, miró hacia otra parte y no dijo nada. Martin repitió su pregunta.

—¡Dios, señor Chuzzlewit, tendrá que disculparme, pero es usted muy raro!

—Si le parece raro por mi parte que quiera saber si ama usted al joven con quien tengo entendido que piensa casarse, soy muy raro —dijo Martin—. Pues ese es sin duda mi deseo.

—Es un auténtico monstruo —dijo Merry, haciendo un mohín.

—Entonces ¿no le ama usted? —replicó el anciano—. ¿Es eso lo que quiere decir?

—No sé, mi querido señor Chuzzlewit, debo de decirle que lo odio más de cien veces al día. Usted tiene que haberme oído.

—A menudo —dijo Martin.

—Y así es —gritó Merry—. Lo odio con toda mi alma.



—Y, sin embargo, está prometida con él —observó el anciano.

—Oh, sí —reconoció Merry—, pero ya se lo he advertido a ese miserable, mi querido señor Chuzzlewit; cuando se me declaró, le dije que, si alguna vez me casaba con él, sería sólo para tener ocasión de odiarle y de atormentarlo el resto de mi vida.

Tenía la sospecha de que el anciano no sentía muchas simpatías por Jonas y procuró que esas afirmaciones fuesen lo más cautivadoras posible. No obstante, él no pareció tomárselas así, pues cuando volvió a hablar lo hizo con severidad.

—Mire a su alrededor —dijo señalando a las tumbas— y recuerde que desde la hora de su boda hasta el día en que la entierren a usted como a ellos, y la dejen en ese lecho, no podrá apelar contra él. Piense, hable y actúe, por una vez, como una persona fiable. ¿Acaso controla alguien sus sentimientos? ¿La han obligado a comprometerse? ¿Ha sido mal aconsejada o tentada a comprometerse por culpa de alguien? No le preguntaré de quién se trata, ¿ha sido alguien?

—No —respondió Merry, encogiéndose de hombros—. No que yo sepa.

—¡No que usted sepa! ¿Sí o no?

—No —replicó Merry—. Nadie me ha dicho nunca una palabra. Si alguien hubiese intentado obligarme, jamás lo habría aceptado.

—Tengo entendido que al principio pensaron que estaba enamorado de su hermana —dijo Martin.

—¡Dios mío! Mi querido señor Chuzzlewit, aunque sea un monstruo, sería demasiado cruel culparlo de la vanidad ajena —dijo Merry—. ¡Y la pobre Cherry es muy vanidosa...!

—Entonces ¿la culpa la tuvo ella?

—Espero que sí —gritó Merry—, pero la pobre ha sido tan celosa y malhumorada que le doy mi palabra de que es imposible contentarla, y de que no vale la pena intentarlo.

—Así que no la han obligado, persuadido ni manipulado —dijo pensativo Martin—. Ya veo que es cierto. Todavía hay una posibilidad. Es posible que haya aceptado este compromiso por pura inconsciencia. Podría ser el acto atolondrado de una persona irreflexiva. ¿Es eso?

—Mi querido señor Chuzzlewit —respondió Merry con una sonrisa afectada—, si vamos a eso nunca se vio una cabeza tan a pájaros como la mía. ¡Está llena de aire, se lo aseguro! Lo digo yo, no usted.

Martin esperó en silencio hasta que ella terminó de hablar y luego dijo muy despacio y en voz baja, como si quisiera ganarse su confianza:

—¿Desea usted, o hay algo en su pecho que le dice que podría llegar a desear, si tuviese tiempo para pensarlo, librarse de este compromiso?

Una vez más la señorita Merry hizo un mohín, bajó la mirada, arrancó un poco de hierba y se encogió de hombros. No. No creía que lo hubiese. Estaba segura de que no lo había. Totalmente segura. Podría decirse que le traía «sin cuidado».

—¿Se le ha ocurrido pensar —preguntó Martin— que su vida de casada podría ser desdichada, llena de amargura y muy infeliz?

Merry volvió a bajar la mirada, y esta vez arrancó la hierba de raíz.

—Mi querido señor Chuzzlewit, ¡qué palabras tan sorprendentes! Por supuesto, discutiré con él, como discutiría con cualquier marido. Según creo, la gente casada siempre discute. Pero, en cuanto a lo de ser desdichada y amargada y esas cosas tan horribles, sólo podría suceder si él se saliese siempre con la suya, y mi intención es salirme yo con la mía. Es lo que hago ahora —gritó Merry, moviendo la cabeza entre risitas—, pues lo he convertido en mi esclavo.

—Pues adelante —dijo Martin poniéndose en pie—. ¡Adelante! Quería saber lo que pensaba, querida, y me lo ha mostrado. Le deseo mucha alegría. ¡Alegría! —repitió mirándola de arriba abajo y señalando la puerta de la cerca por la que Jonas estaba entrando en ese momento. Y luego, sin esperar a su sobrino, salió por otro sitio y desapareció.

—¡Oh, qué viejo tan horrible! —exclamó para sus adentros la graciosa Merry—. ¡Qué monstruo tan espantoso, que se pasea por los cementerios a plena luz del día y asusta a la gente! No vengas aquí, grifo, o me iré ahora mismo.

El grifo era el señor Jonas. Se sentó en la hierba a su lado a pesar de su advertencia y preguntó malhumorado:

—¿Qué te decía mi tío?

—Me estaba hablando de ti —replicó Merry—. Dice que no eres lo bastante bueno para mí.

—Sí, ¡seguro! Todos lo sabemos. Quiere hacerte un buen regalo, espero. ¿Ha dicho algo que lo diese a entender?

—Pues ¡no! —gritó Merry con mucha decisión.

—Menudo viejo tacaño está hecho —dijo Jonas—. ¿Y bien?

—¡Grifo! —gritó la señorita Mercy, con fingida sorpresa—. ¿Qué estás haciendo, grifo?

—Sólo te estoy dando un abrazo —respondió desconcertado Jonas—. No tiene nada de malo, ¿no?

—Pues claro que tiene mucho de malo, no me gusta —repuso su prima—. Vete, ¿quieres? ¡Me das calor!

El señor Jonas apartó el brazo, y por un momento la miró más como un asesino que como un enamorado, pero poco a poco dejó de fruncir el ceño y rompió el silencio diciendo:

—¡Oye, Mel!

—¿Qué dices, patán... salvaje rastrero? —gritó su hermosa prometida.

—¿Cuándo va a ser? No hace falta que te diga que no puedo permitirme pasarme la vida haraganeando, y Pecksniff dice que la muerte de mi padre no es un impedimento, pues podemos casarnos aquí tan discretamente como queramos, y los vecinos entenderán que, al quedarme solo, haya tomado esposa tan pronto, y más tratándose de una a quien él conocía. En cuanto a la calavera (me refiero a mi tío), seguro que no nos pondrá muchos palos en las ruedas, hagamos lo que hagamos, pues esta misma mañana le ha dicho a Pecksniff que, si tú estás de acuerdo, él no tiene nada que decir. Conque, Mel —dijo Jonas, aventurándose a abrazarla otra vez—, ¿cuándo será?

—Por mi vida —gritó Merry.

—Por mi alma, si quieres —dijo Jonas—. ¿Qué te parece la semana que viene?

—¡La semana que viene! Si hubieses dicho dentro de cuatro meses, ¡me habría sorprendido tu descaro!

—Pero no he dicho dentro de cuatro meses —replicó Jonas—, sino la semana que viene.

—Entonces, grifo —gritó la señorita Merry, dándole un empujón y poniéndose en pie—, diré que no a la semana que viene. Será cuando yo quiera... ¡y podría no querer hasta que pasen varios meses! ¡Ya lo sabes! —Él la miró desde el suelo, con un gesto casi tan sombrío como el que había dedicado a Tom Pinch, pero no dijo nada—. Ningún grifo ni un espantajo con un parche en el ojo me dará órdenes, ni tendrá nada que decir —dijo Merry—. ¡Así que ya lo sabes! —El señor Jonas siguió sin decir nada—. Como muy pronto será el mes que viene; pero no te diré cuándo hasta mañana; y, si no te gusta, no me casaré —dijo Merry—, y, si continúas siguiéndome por ahí y no me dejas en paz, no me casaré.

¡Ya lo ves! Como no hagas todo lo que te ordeno, no me casaré. Así que deja ya de seguirme. ¡Estás advertido, grifo!

Y, con estas palabras, desapareció dando saltitos entre los árboles.

—¡Dios, cariño! —dijo Jonas, viéndola alejarse y mordisqueando un poco de paja hasta reducirlo a polvo—. ¡Ya te lo haré pagar cuando estemos casados! Ahora todo está muy bien... En cierto modo me tienes a tu merced y lo sabes... pero te lo haré pagar hasta el último penique. Vaya un sitio más siniestro para estar un hombre a solas. Nunca me han gustado los cementerios mohosos. —Cuando llegó al camino, la señorita Merry, que estaba muy lejos, volvió la cabeza—. ¡Ah! —dijo Jonas con una sonrisa sombría y un gesto que no iba dirigido a ella—. Aprovecha mientras puedas. ¡No desperdicies la ocasión y disfruta mientras esté en tu mano, cariño!

## **Capítulo XXV. Que es en parte profesional; y dispensa al lector algunos valiosos consejos sobre cómo atender a un enfermo en su lecho**

El señor Mould se hallaba rodeado de sus dioses familiares. Estaba disfrutando de las delicias del descanso doméstico, y contemplándolos con reposada satisfacción. Como el día era caluroso, la ventana estaba abierta y las piernas del señor Mould descansaban sobre el alféizar y la espalda se reclinaba contra los postigos; había desplegado un pañuelo sobre la reluciente cabeza para protegerse la calva de las moscas. La habitación estaba aromatizada con el olor del ponche, y en una mesita redonda, al alcance del señor Mould, había un vaso de esa agradable bebida, preparada con tanta destreza que mientras su ojo contemplaba la bebida fría y transparente, otro ojo lo miró desde detrás de la crujiente peladura de limón y relució como una estrella.

El establecimiento del señor Mould estaba en el corazón de la ciudad y en el distrito de Cheap. Su harén, o, en otras palabras, el salón de la señora Mould y familia, estaba al fondo de la casa, detrás del despacho que había pasada la tienda, y daba a un cementerio pequeño y umbrío. En esa sala doméstica se encontraba ahora el señor Mould, contemplando con placidez su ponche y su hogar. Si, por un momento, buscaba una más amplia perspectiva de la que pudiera regresar con renovado entusiasmo a estos placeres, su húmeda mirada vagaba como un rayo de sol a través de la pantalla campestre de tapetes rojos sujetos con hilos delante de las ventanas, y contemplaba las tumbas con ojo de artista.

La compañera de su vida y sus dos hijas eran las acompañantes del señor Mould. Cada una de las señoritas Mould era rolliza como una perdiz, y la señora Mould era más rolliza que ellas dos juntas. Tan rechonchas y redondeadas eran sus bellas proporciones que lo mismo podrían haber sido los cuerpos antes pertenecientes a las caras de los ángeles de la tienda de abajo, engordados y con otras cabezas adheridas para hacerlas mortales. Incluso sus mejillas de melocotón estaban hinchadas y distendidas como si por derecho propio debieran estar tocando trompetas celestiales. Los querubines sin cuerpo de la tienda, siempre representados soplando eternamente esos instrumentos sin pulmón alguno, es de presumir que tocasen sólo de oído.

El señor Mould miró con cariño a la señora Mould, que estaba sentada a su lado y lo ayudaba con su ponche como en todas las demás cosas. Las dos seráficas hijas también disfrutaban de su cuota de miradas del padre y le sonreían. Tan abundantes eran las posesiones del señor Mould, y tan variadas sus existencias comerciales que incluso allí, en su santuario doméstico, se alzaba un voluminoso e incómodo armario, cuyo buche de caoba estaba repleto de sudarios, mortajas y otros

artículos funerarios. Pero, aunque las señoritas Mould se habían criado, por así decirlo, bajo sus ojos, no había arrojado ninguna sombra sobre su tímida infancia ni sobre su floreciente juventud. Las señoritas Mould estaban acostumbradas desde la infancia a jugar entre escenas de muerte y enterramientos. Las cintas de sombrero no eran más que tantos metros de seda o crespón, la vestimenta definitiva era sólo cierta cantidad de lino. Las señoritas Mould podían idealizar la ropa de un jugador, o las enaguas de una dama de la corte, o incluso una ley del Parlamento. Pero no les impresionaban los paños mortuorios. A veces los confeccionaban.

El local del señor Mould hacía oídos sordos al bullicio de las calles principales y estaba incrustado en un rincón tranquilo, donde el ajetreo de la ciudad era sólo un zumbido soñoliento, que a veces aumentaba, a veces disminuía y a veces cesaba por completo, lo que sugería a la inteligencia pensativa un atasco en Cheapside. La luz entraba centelleante entre los tapetes rojos como si el cementerio le guiñara un ojo al señor Mould y le dijera: «Nosotros nos entendemos», y desde el taller lejano se oía el agradable son del fabricante de ataúdes que, con su grave y melodioso martilleo, pum, pum, pum, favorecía el sueño y la digestión.

—Es como el zumbido de los insectos —dijo el señor Mould, cerrando los ojos en perfecto disfrute—. Recuerda cómo suena la naturaleza en los distritos agrícolas. Es exactamente igual que el repiqueteo del pájaro carpintero.

—El pájaro carpintero que golpea el olmo hueco —observó la señora Mould adaptando la letra de la popular melodía<sup>[96]</sup> a la madera habitualmente utilizada en el oficio.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el señor Mould—. No está nada mal, cariño. Nos gustará volver a tener noticias tuyas, señora Olmo Hueco, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Muy bueno. He visto cosas peores en los periódicos dominicales, amor mío.

La señora Mould, animada de ese modo, bebió un sorbito más de ponche y se lo pasó a sus hijas, que siguieron obedientes el ejemplo de su madre.

—Así que el olmo hueco, ¿eh? —dijo el señor Mould, moviendo un poco las piernas en su disfrute del chiste—. En la canción es un haya. Olmo, ¿eh? Sí, claro. ¡Ja, ja, ja! ¡Por mi alma que es de lo mejor que he oído! —Tanta gracia le hizo la broma que no se le quitó de la cabeza y la repitió veinte veces—. Olmo, ¿eh? Sí, claro. Olmo, por supuesto. ¡Ja, ja, ja! Por mi vida, tendrías que enviárselo a alguien que pudiera aprovecharlo. Es una de las cosas más inteligentes que se han dicho jamás. El olmo hueco, ¿eh? Pues claro. Muy hueco. ¡Ja, ja, ja!

En ese momento llamaron a la puerta de la sala.

—Es Tacker —dijo la señora Mould—, lo sé por los silbidos. ¡Cualquiera que lo oiga ahora pensaría que no le queda aire en esa cabeza hueca! Adelante, Tacker.

—Le ruego que me perdone, señora —dijo Tacker asomándose un poco—. Pensaba que el patrón estaba aquí.

—¡Y lo está! —gritó Mould.

—¡Ah! No le había visto —dijo Tacker asomándose un poquito más—. No querrá aceptar el encargo de uno a pie para dos, con madera barata y una placa de hojalata, ¿verdad?

—Desde luego que no —replicó el señor Mould—. ¡Qué vulgaridad! No hay más que hablar.

—Les he dicho que era demasiado sencillo —observó el señor Tacker.

—Diles que vayan a otro sitio. Aquí no hacemos esas cosas —dijo el señor Mould—. Menudo descarado venir a preguntar. ¿Quién es?

—Ahí está la cosa —replicó Tacker, después de una pausa—. Es el yerno del pertiguero.

—El yerno del pertiguero, ¿eh? —dijo Mould—. ¡Bueno! Lo haré si el pertiguero va en el cortejo con su sombrero de tres picos. Así parecerá algo oficial, aunque muy barato. Recuerda, ¡con el sombrero de tres picos!

—Yo me encargaré, señor —replicó Tacker—. ¡Ah!, la señora Gamp está abajo y quiere hablar con usted.

—Dígale a la señora Gamp que suba —dijo Mould—. Vaya, señora Gamp, ¿qué noticias nos trae?

La señora en cuestión estaba en el umbral haciendo una reverencia a la señora Mould. Al mismo tiempo la brisa arrastró una peculiar fragancia, como si a un hada le hubiese entrado hipo y previamente se hubiera pasado por la bodega.

La señora Gamp no respondió al señor Mould, pero volvió a hacerle una reverencia a la señora Mould, y alzó las manos y los ojos, como dando gracias devotamente por que tuviera tan buen aspecto. Iba pulcra, pero no alegremente vestida<sup>[97]</sup>, con la misma ropa de luto que había llevado cuando el señor Pecksniff tuvo el placer de conocerla, tal vez un poquito más sucia de rapé.

—Hay algunas personas felices —observó la señora Gamp— para quienes el tiempo transcurre al revés, y usted es una de ellas, señora Mould; y no es que tenga que hacer mucho más que utilizarlo del modo

más audaz en los años venideros; pues es usted joven y lo será siempre. Apenas el otro día, el pasado lunes por la noche de la última quincena de este Viaje del Peregrino, le dije a la señora Harris cuando exclamó: «¡Los años y las *visicitudes* dejan su marca en todos nosotros!», «Si quiere que sigamos siendo amigas no diga eso, señora Harris, pues no es cierto. La señora Mould, pues confieso que me tomé la libertad de citar su nombre —añadió con una reverencia—, es de las que van contra esa observación, y nunca, señora Harris, mientras me quede una gota de aliento, me quedaré de brazos cruzados sin decir nada. Ni lo piense». Y la señora Harris respondió: «Le pido que me perdone, y admito humildemente que tiene razón y que si alguna vez ha habido una mujer que se desviva por sus amigos, esa mujer es Sarah Gamp».

En ese punto se vio obligada a tomar aliento, y podemos aprovechar la circunstancia para explicar que un espantoso misterio envolvía a la tal señora Harris, a quien nadie en el círculo de conocidos de la señora Gamp había visto jamás, como tampoco ser humano alguno conocía su lugar de residencia, aunque la señora Gamp parecía estar en constante comunicación con ella. Corrían rumores contradictorios, pero la opinión predominante era que se trataba de un fantasma fruto de la imaginación de la señora Gamp, igual que los señores Doe y Roe<sup>[98]</sup> son ficciones legales, creado con el expreso propósito de tener diálogos visionarios con ella sobre todo tipo de asuntos, y que de forma invariable concluían con un cumplido sobre su excelente naturaleza.

—Y qué placer es también —dijo la señora Gamp, volviéndose con una lacrimosa sonrisa hacia las hijas— ver a las dos señoritas, a quienes conozco desde antes de que echaran los dientes y a las que he visto muchas veces, ¡ah, dulces criaturitas!, jugando a los entierros en la tienda y siguiendo en *consejo* fúnebre al libro de pedidos hasta su última *mirada* en la caja fuerte. Pero eso ya es cosa del pasado, señor Mould —e iniciando una rutina cuidadosamente regulada para tratar a ese caballero, movió zumbona la cabeza—. Es cosa del pasado, señor, ¿verdad?

—¡Cambios, señora Gamp, cambios! —replicó el empresario de pompas fúnebres.

—Y más que vendrán antes de que acabemos con los cambios, señor —dijo la señora Gamp asintiendo con la cabeza, aún más zumbona que antes—. Con lo guapas que se han puesto las señoritas ya no piensan tanto en entierros, ¿verdad, señor?

—Le aseguro que lo ignoro, señora Gamp —dijo Mould con una risita—. No razona mal la señora Gamp, ¿eh, cariño?

—¡Oh, sí, sí que lo sabe, señor! —dijo la señora Gamp—. Igual que lo sabe la señora Mould, su hermosa compañera, señor, y yo también, aunque se me negase la bendición de tener una hija; aunque, si la hubiese tenido, sin duda Gamp se habría bebido hasta el dinero de sus zapatitos, igual que hizo con nuestro querido hijo, y luego lo envió a



vender su pata de palo para hacer fósforos, a cambio de lo que quisieran darle y a comprar bebida, y no tenía edad para eso, pues hasta el último penique se lo gastó jugando a cara o cruz para comprar empanadas de riñón, y cuando llegó luego a casa para comunicarle la noticia se ofreció a echarse al río, si eso era suficiente satisfacción para sus padres. ¡Oh, sí, lo sabe, señor! —dijo la señora Gamp, secándose los ojos con el chal y retomando el hilo de su discurso—. Hay más cosas aparte de entierros y nacimientos en los periódicos, ¿verdad, señor Mould?

El señor Mould le guiñó un ojo a la señora Mould, a quien le había puesto la mano en la rodilla, y dijo:

—Sin duda. Muchas más cosas. ¡Por mi vida, señora Gamp, que no razona usted nada mal!

—También hay bodas, ¿eh, señor? —dijo la señora Gamp, mientras las dos hijas se ruborizaban y soltaban una risita—. ¡Benditos sean sus corazoncitos, y bien que lo saben! Bueno, en su época también lo supieron usted y la señora Mould. Pero en mi opinión tienen ustedes la misma edad. Porque no me los imagino a usted y a la señora Mould con nietos.

—¡Vamos, vamos! Tonterías, señora Gamp —replicó el empresario de pompas fúnebres—. ¡Aunque está muy bien pensado! ¡Excelente! —eso lo dijo en un susurro—. Cariño —prosiguió de nuevo en voz alta—, creo que la señora Gamp se ha ganado una copa de ron. Siéntese, señora Gamp, siéntese.

La señora Gamp ocupó la silla que había más cerca de la puerta, y mirando al techo fingió no ser consciente de que estuviesen preparándole una copa de ron hasta que se la puso en la mano una de las señoritas, momento en que hizo gala de una gran sorpresa.

—Casi nunca lo pruebo, señora Mould —dijo—, a no ser que me encuentre indisputada por que me haya sentado mal mi media pinta de cerveza. La señora Harris a menudo me dice: «Sarah Gamp, ¡de verdad que me pasmas!». «¿Y por qué, señora Harris? Explíquese, se lo ruego». «Pues para serle sincera, señora, y para vergüenza del innombrable<sup>[99]</sup>, entre usted y yo, hasta que la conocí nunca había visto a ninguna mujer que pudiera atender a enfermos o a parturientas con lo poquito que bebe usted». «Señora Harris, nadie sabe lo que es capaz de hacer hasta que lo intenta, y cuando Gamp y yo vivíamos juntos, yo tampoco lo creía. Pero ahora me contento con mi media pinta de cerveza, siempre, señora Harris, que me la ofrezcan con regularidad y sea suave. Sean enfermos o parturientas, señora, espero cumplir con mi deber, pero soy pobre y tengo que trabajar mucho para ganarme la vida, por eso tengo que admitir que necesito que me la ofrezcan con regularidad y que sea suave».

La relación exacta entre esas observaciones y la copa de ron no quedó clara, pues la señora Gamp propuso como brindis «¡Que tengan mucha suerte!» y la apuró de manera bastante científica sin añadir nada más.

—Y ¿qué noticias nos trae, señora Gamp? —volvió a preguntar Mould, mientras ella se secaba los labios en el chal y mordisqueaba un poco de bizcocho, que parecía llevar en el bolsillo en previsión de que tuviese que tomar una copita—. ¿Qué tal se encuentra el señor Chuffey?

—El señor Chuffey, señor —replicó ella—, está como siempre; ni mejor ni peor. Agradezco mucho al caballero que le escribiera para decirle «que lo cuide la señora Gamp hasta mi regreso», pero todo lo que hace es de agradecer. No hay muchos como él. Si los hubiese no necesitaríamos iglesias.

—¿De qué quería usted hablarme, señora Gamp? —preguntó el señor Mould, yendo directo al grano.

—Sólo de esto —replicó la señora Gamp— y le agradezco que lo pregunte. Hay un caballero, señor, en la taberna El Toro, en Holborn, que ha enfermado y está en cama. Tienen una enfermera de día que les recomendaron en el hospital de Saint Bartholomew y a quien yo conozco bien, señor Mould, se llama señora Prig, y es muy buena persona. Pero esta noche tiene otras obligaciones, y necesitan a alguien que vaya a cuidarlo, así que les ha dicho, porque hace veinte años que me *procesa* una gran amistad: «La persona más *ebria* que existe y una gran suerte en la habitación de un enfermo es la señora Gamp. Envíen a un chico a Kingsgate Street y contrátenla a cualquier precio, pues la señora Gamp vale su peso y más en guineas de oro». Mi casero me ha dado el recado y me ha dicho: «Teniendo un trabajo tan cómodo como el que tiene y, ya que este otro parece tan prometedor, ¿por qué no hace usted los dos?». Y yo le he respondido: «No, señor, ni se me ocurriría sin que lo supiera el señor Mould. Pero iré a verle y le preguntaré».

Entonces miró al empresario de pompas fúnebres y se interrumpió.

—Por la noche, ¿eh? —dijo Mould, rascándose la barbilla.

—De ocho a ocho, señor; no le engañaré —replicó la señora Gamp.

—Y volvería usted después, ¿eh? —dijo Mould.

—Después estaré libre para cuidar del señor Chuffey. Es muy tranquilo y siempre se acuesta temprano. Estará en la cama casi todo el rato. No negaré —dijo con humildad la señora Gamp— que soy pobre y que necesito el dinero, pero no deje que eso le influya, señor Mould. Los ricos podrán ir en camello, pero no les será fácil pasar por el ojo de una aguja. Ese es mi consuelo, y espero tenerlo siempre presente.

—Bueno, señora Gamp —observó Mould—, no se me ocurre ninguna objeción a que se gane usted honradamente unos peniques dadas las circunstancias. Aunque yo de usted sería discreta. No se lo diría al señor Chuzzlewit a su regreso, por ejemplo, a menos que fuese necesario o que se lo preguntara.

—Es justo lo que iba a decirle, señor —replicó la señora Gamp—. Suponiendo que el caballero fallezca, espero que me permita tomarme la libertad de decir que conozco una empresa de *bombas* fúnebres, sin que eso le ofenda a usted, señor.

—Desde luego, señora Gamp —dijo Mould, con mucha condescendencia—. Llegado el caso, puede usted decir como de pasada que hacemos estas cosas con delicadeza y con una gran variedad de estilos, y que por lo general se considera que demostramos una gran delicadeza con los sentimientos de los supervivientes. Pero no se entrometa, no se entrometa. ¡Con delicadeza, con delicadeza! ¿Cariño, puedes darle una o dos tarjetas a la señora Gamp, si tienes la bondad?

La señora Gamp las guardó y al ver que no había más ron en perspectiva (pues habían vuelto a guardar la botella) se levantó para despedirse.

—Deseo toda suerte de felicidad a esta feliz familia —dijo—, de todo corazón. ¡Buenas tardes, señora Mould! Si estuviese en el lugar del señor Mould, tendría celos de usted, señora; y estoy segura de que si estuviese en el suyo los tendría de él.

—¡Bah, bah, tonterías! ¡Márchese, señora Gamp! —gritó encantado el empresario de pompas fúnebres.

—En cuanto a las señoritas —dijo la señora Gamp haciendo una reverencia—, bendita sea su *aciertopelada* apariencia, no entiendo cómo pueden reconciliar sus obligaciones adultas con tener unos padres tan jóvenes.

—Bobadas, bobadas. ¡Váyase, señora Gamp! —exclamó Mould. Pero en el colmo de la satisfacción la pellizó mientras lo decía—. Te diré una cosa, cariño —observó cuando por fin la señora Gamp se marchó y cerró la puerta—, he aquí una mujer muy inteligente. Una mujer cuyo intelecto es inmensamente superior a su posición en la vida. Una mujer que observa y razona de un modo muy poco común. Es de esas mujeres —dijo, volviendo a ponerse el pañuelo de seda encima de la cabeza y disponiéndose a descabezar un sueñecito— a las que estaría dispuesto a enterrar gratis, ¡y de manera muy digna!

La señora Mould y sus hijas coincidieron con sus observaciones, el objeto de las cuales había llegado a la calle, donde el aire le resultó tan molesto que tuvo que esperar un rato debajo de unos soportales para recuperarse. Incluso después de tomar esa precaución, sus andares eran tan vacilantes que atrajeron la mirada compasiva de varios chicos

de buen corazón que se interesaron mucho por su malestar y, en su lenguaje sencillo, le dijeron que no se preocupara porque sólo estaba «un poco cocida».

Tuviese lo que tuviese, o comoquiera que el vocabulario de la ciencia médica hubiese denominado su enfermedad, la señora Gamp conocía de sobra el camino de vuelta y, al llegar a la casa de Anthony Chuzzlewit e Hijo, se tumbó a descansar. Estuvo allí hasta las siete en punto de la tarde, luego convenció al pobre y anciano Chuffey de que se fuese a la cama y partió hacia su otro compromiso. Antes pasó por su alojamiento en Kingsgate Street a buscar un hato de ropa cómoda para la noche y se dirigió a la taberna El Toro de Holborn, donde llegó cuando el reloj estaba dando las ocho. Al llegar a la plazuela, se detuvo, pues el patrón, la patrona y la camarera principal estaban en el umbral hablando muy serios con un joven caballero que parecía recién llegado o a punto de partir. Las primeras palabras que llegaron a oídos de la señora Gamp hacían obviamente referencia al paciente; y, como era un requisito que quienes le atendieran lo supiesen todo del caso en el que tenían que emplear sus habilidades, la señora Gamp escuchó movida por el deber.

—Entonces ¿no ha mejorado? —observó el caballero.

—¡Ha empeorado! —dijo el patrón.

—¡Mucho! —añadió la patrona.

—¡Oh, está mucho peor! —exclamó la camarera desde el fondo, abriendo los ojos como platos y moviendo la cabeza.

—¡Pobre hombre! —dijo el caballero—. Lamento oírlo. Y lo peor es que no tengo ni idea de quiénes pueden ser sus amigos o parientes ni de dónde viven, lo único que sé es que no son de Londres.

El patrón miró a la patrona, la patrona miró al patrón y la camarera apuntó histérica, que de todas las señas vagas que había visto u oído (y trabajando en un hotel no eran pocas) esas eran las más vagas.

—Verán, el caso es que, como les dije ayer cuando enviaron a buscarme —prosiguió el caballero—, en realidad sé muy poco de él. Fuimos compañeros de colegio, pero desde entonces sólo lo he visto dos veces. En ambas ocasiones vine de niño a Londres a pasar las vacaciones (vine de Wilshire a pasar una semana o así), y luego lo perdí de vista. La carta con mi nombre y dirección que encontraron en su mesita y que les empujó a llamarme es una respuesta, como verán, a una que escribió desde esta casa el mismo día en que enfermó para que concertase una cita con él a petición suya. Aquí está la carta, si quieren verla.

El patrón la leyó, mientras la patrona miraba sobre su hombro. La camarera, desde el fondo, leyó lo que pudo e inventó lo demás, y se convenció de que era una prueba evidente.

—¿Dicen que apenas tiene equipaje? —observó el caballero, que no era otro que nuestro viejo amigo, John Westlock.

—Sólo un baúl —dijo el patrón—, y dentro apenas hay nada.

—Pero en la cartera llevaba unas cuantas libras, ¿no?

—Sí. Está sellada y en la caja fuerte. Apunté la cantidad, si quiere usted verla.

—¡En fin! —dijo John—, como ha dicho el médico, la fiebre tiene que seguir su curso, y lo único que se puede hacer es darle las medicinas con regularidad y tenerlo bien atendido, no se me ocurre qué más decir, hasta que esté en condiciones de darnos alguna información. ¿Se les ocurre alguna otra cosa?

—No —replicó el patrón—, excepto...

—Excepto... quién va a pagar, supongo... —dijo John.

—Bueno, sí... —dudó el patrón.

—Exacto —dijo la patrona.

—Sin olvidar a los criados —dijo la camarera con un leve susurro.

—Admito que es muy razonable —dijo John Westlock—. En cualquier caso, tienen a mano el dinero de momento; y el médico y las enfermeras corren de mi cuenta.

—¡Ah! —exclamó la señora Gamp—. ¡Un auténtico caballero!

Su admirado gemido fue tan audible que todos se volvieron. La señora Gamp creyó necesario adelantarse, hato en mano, y presentarse.

—Soy la enfermera de noche —dijo—, de Kingsgate, una buena conocida de la señora Prig, la enfermera de día y excelente persona. ¿Cómo se encuentra esta noche el pobre caballero? Si aún no ha mejorado hay que esperar y estar preparados. No es la primera vez, sino que son ya más de veinte, señora —dijo haciéndole una reverencia a la patrona—, que la señora Prig y yo nos turnamos, primero una y luego la otra, para cuidar a alguien. Nos conocemos muy bien, y a menudo procuramos consuelo allí donde otros fracasan. Nuestros *honoríficos* son muy modestos, señor —la señora Gamp se dirigió ahora a John—, si se tiene en cuenta la naturaleza de nuestro penoso deber. Si de nosotras dependiera, serían aún más baratos.

Pensando que ya había pronunciado su discurso inaugural, la señora Gamp hizo reverencias a todo el mundo y expresó su deseo de que la llevasen al escenario de sus funciones oficiales. La camarera la guió,

por diversos pasillos intrincados, hasta lo alto de la casa y, señalando por fin una puerta solitaria al final de una galería, la informó de que detrás de ella estaba la habitación donde yacía el enfermo. Luego se marchó lo más deprisa que pudo.

La señora Gamp recorrió la galería muy acalorada después de subir tantas escaleras con aquel hato tan voluminoso y llamó a la puerta, que abrió al instante la señora Prig, con el gorro y el chal puestos e impaciente por marcharse. La señora Prig era de la misma constitución que la señora Gamp, pero no tan gorda; y su voz era más profunda y más masculina. También tenía barba.

—¡Empezaba a pensar que no vendrías! —observó un poco molesta la señora Prig.

—Te lo compensaré mañana por la noche —dijo la señora Gamp—, honrosamente. He tenido que ir a buscar mis cosas. —Había empezado a preguntar por señas dónde se encontraba el paciente y si les estaba oyendo, pues había una cortina delante de la puerta, cuando la señora Prig zanjó la cuestión.

—¡Oh! —dijo en voz alta—, está tranquilo, pero inconsciente. Da igual lo que digas.

—¿Tienes algo más que contarme antes de marcharte, querida? —preguntó la señora Gamp, dejando el hato al otro lado de la puerta y mirando con afecto a su colega.

—El salmón en escabeche —replicó la señora Prig— es delicioso. Te lo recomiendo. Del fiambre no tengo nada que decir porque sabe a establo. Las bebidas son todas buenas. —La señora Gamp dijo estar muy complacida—. La medicina y las otras cosas están en los cajones y en la repisa de la chimenea —dijo de pasada la señora Prig—. Se bebió el último trago de esa porquería a las siete. La butaca no es muy cómoda. Es mejor que te pongas su almohada.

La señora Gamp le agradeció estos consejos y, deseándole amistosamente buenas noches, dejó la puerta abierta hasta que desapareció por el otro extremo de la galería. Una vez cumplido el hospitalario deber de verla marcharse, cerró por dentro, cogió su hato, pasó al otro lado de la cortina y ocupó su puesto en la habitación del enfermo.

«Un poco triste, pero no tan mal como podría ser —se dijo la señora Gamp—. Me alegra que haya un *paraquieto*, en caso de incendio, y muchos tejados y chimeneas por los que pasar».

Por esta observación se verá que la señora Gamp se había asomado a la ventana. Después de contemplar la vista, probó la butaca y declaró indignada que era «más dura que un ladrillo». Luego siguió investigando las medicinas, los vasos, las jarras y las tazas de té, y,

después de satisfacer su curiosidad en todos estos asuntos, se soltó las cintas de la cofia y se acercó a la cama para echarle un vistazo al paciente.

Era un hombre joven —moreno y de quien nadie diría que estuviese enfermo— de pelo largo y negro, que parecía tanto más negro por la blancura de las sábanas. Tenía los ojos entreabiertos, y no paraba de mover la cabeza de un lado al otro en la almohada, sin mover apenas el cuerpo. No decía nada, aunque de vez en cuando soltaba alguna expresión de impaciencia o de cansancio, y a veces de sorpresa; pero incluso entonces la cabeza —¡oh, hora tan fatigosa!— seguía moviéndose de un lado al otro sin parar un momento.

La señora Gamp se consoló con una pizca de rapé, y se quedó mirándolo con la cabeza un poco ladeada, como un entendido contemplando una obra de arte que no acabara de convencerlo. Poco a poco, el horrible recuerdo de su otra actividad se fue adueñando de ella y, agachándose, le colocó los brazos en los costados para ver cómo quedaría si estuviese muerto. Por espantoso que parezca, ardía en deseos de colocarle las piernas en esa última y marmórea postura.

«¡Ah —exclamó para sus adentros, apartándose de la cama—, va a ser un cadáver precioso!»

Después procedió a deshacer su hato; encendió una vela con la ayuda de una caja de cerillas que encontró en un cajón; llenó un hervidor de agua, para poder prepararse una taza de té a lo largo de la noche, encendió lo que llamó «un fuegucito» con idéntico propósito filantrópico, y también dispuso una mesita de té para que no le faltase ninguna comodidad. Estos preparativos le ocuparon tanto tiempo que cuando terminó de hacerlos era ya la hora de la cena, así que tiró de la campanilla y pidió que se la subieran.

—Creo, jovencita —le dijo la señora Gamp a la ayudante de la camarera, en un tono que expresaba debilidad—, que me apetece un poquito de salmón en escabeche con una chispita de *enojo* y un pelín de pimienta blanca. Siempre tomo pan recién hecho, querida, con una miajita de mantequilla fresca y un trocito de queso. En caso de que tengan pepinillos en la casa, ten la amabilidad de traérmelos, pues me gustan mucho y sientan muy bien en la habitación de un enfermo. Si sirven cerveza Brighton Tipper, es la que tomo por las noches, cariño; los médicos dicen que ayuda a no dormirse. ¡Y, hagas lo que hagas, jovencita, no traigas más que un chelín de ginebra con agua caliente cuando vuelva a tirar de la campanilla, pues es lo que bebo siempre y nunca pruebo una gotita más!

Después de hacer sus moderadas peticiones, la señora Gamp añadió que se quedaría al lado de la puerta hasta que se lo sirviesen, a fin de no molestar al paciente abriéndola por segunda vez, por lo que agradecería mucho a la muchacha que se «apresurase».

Le llevaron una bandeja con todo lo que había pedido, incluso los pepinillos; y la señora Gamp se sentó a cenar y beber de muy buen humor. El uso que hacía del vinagre y cómo lo sorbía con la hoja del cuchillo es casi inenarrable.

«¡Ay —suspiró, mientras meditaba y bebía su cálida bebida de un chelín —, qué suerte estar contenta cuando se vive en una vorágine! ¡Qué suerte hacer que los enfermos se sientan felices en sus camas y no pensar en una misma con tal de ayudar! ¡No creo que nunca se hayan cultivado unos pepinillos mejores! ¡O al menos yo no los he visto!»

Siguió moralizando en el mismo tono hasta que terminó de vaciar el vaso, y luego le administró la medicina al paciente, por el sencillo procedimiento de apretarle el gáznate hasta que abrió la boca para respirar y echársela en la garganta.

«¡Caramba!, casi me olvido de la almohada —se dijo, tirando de ella—. ¡Ya está! Ahora está más cómodo que nunca. Y yo tengo que procurar hacer lo propio».

Con estas intenciones se dedicó a fabricar una cama improvisada con la butaca añadiéndole otra para apoyar los pies. Después de preparar el mejor canapé que permitían las circunstancias, sacó de su hato un gorro amarillo de dormir, de tamaño prodigioso y que por su forma recordaba a una col, y se lo puso y ató con sumo cuidado, después de despojarse de unos viejos rizos que a duras penas podían llamarse falsos por lo poco que engañaban a nadie. Del mismo envoltorio sacó un capote de sereno, que se ató al cuello y a las mangas, y de este de modo se convirtió en dos personas; y pareció, vista por detrás, como si estuviese abrazando a un vigilante nocturno.

Concluidos tales preparativos, encendió la vela de junco, se acurrucó y se quedó dormida. La habitación se volvió oscura y fantasmal, abarrotada de sombras amenazantes. Los ruidos de la calle fueron callando poco a poco y la casa se quedó tan calmada como un sepulcro; el silencio de la noche estaba amortajado en la ciudad silenciosa.

¡Ay, qué hora tan fatigosa! ¡Oh, demacrada imaginación, tanteando a oscuras en el pasado, incapaz de liberarse del desdichado presente, arrastrando sus pesadas cadenas de cuidados por festines y francachelas imaginarias y escenas de horrible pompa, en busca sólo de un momento de descanso entre los lugares frecuentados en la infancia y los sitios favoritos del ayer y encontrando vagamente miedo y espanto en todas partes! ¡Ay, qué hora tan fatigosa! ¡Qué poco fueron los vagabundeos de Caín comparados con esto!

Sin un momento de descanso, la ardiente cabeza siguió moviéndose de un lado al otro. De vez en cuando la fatiga, la impaciencia, el sufrimiento y la sorpresa encontraron expresión en ese potro de tortura, aunque nunca de forma articulada. Por fin, en la hora solemne de la medianoche, empezó a hablar, esperando espantosamente una respuesta



a veces, como si unos compañeros invisibles rodeasen su cama y respondiera a sus palabras y volviera a preguntarles.

La señora Gamp se despertó y se sentó en la cama del enfermo proyectando sobre la pared la sombra de un gigantesco sereno que luchara con su prisionero.

—¡Vamos! ¡Calle de una vez! —le gritó con un brusco reproche—. Ya está bien de hacer tanto ruido.

No se produjo ningún cambio en su rostro, ni en el incesante movimiento de la cabeza, pero el enfermo siguió hablando desenfrenado.

—¡Ah! —dijo la señora Gamp, levantándose de su asiento con un escalofrío de impaciencia—. ¡Ya decía yo que era demasiado agradable para durar! ¡Qué fría se ha puesto la noche, parece que el diablo ande suelto!

—¡No bebas tanto! —gritó el enfermo—. ¡Nos arruinarás a todos! ¿No ves cómo se hunde la fuente? ¡Mira la marca donde estaba el agua chispeante hace un momento!

—¡Muy chispeante! —dijo la señora Gamp—. Creo que me tomaré una chispeante taza de té. ¡Ojalá pudiera hacerle callar!

Él soltó una carcajada, que, al prolongarse, se convirtió en un triste quejido. Conteniéndose, empezó a contar a toda prisa:

—Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis.

—Uno, dos, a la buena de Dios —dijo la señora Gamp, que estaba de rodillas, encendiendo el fuego—, tres, cuatro, abróchame el zapato... Ojalá cerrase la boca, joven... Cinco, seis ramitas cogeréis. Si tuviese unas cuantas el agua herviría antes.

Mientras esperaba a que se consumase este deseo, se sentó muy cerca de la rejilla de la chimenea (que era muy alta), apoyó en ella la nariz; y, quedándose un rato adormilada, se entretuvo frotándola atrás y adelante contra el bronce sin cambiar de postura. Siguió así haciendo comentarios sobre los desvaríos del joven de la cama.

—En total son quinientos veintiún hombres, todos vestidos igual y con la misma deformidad en la cara, los que han pasado por la ventana y salido por la puerta —exclamaba angustiado—. ¡Mira! Quinientos veintidós... veintitrés... veinticuatro. ¡Ya los ves!

—¡Ah! Los veo —dijo la señora Gamp—, todos numerados como los coches de alquiler... ¿verdad?

—¡Pellízcame! ¡Quiero asegurarme! ¡Pellízcame!

—En cuanto hierva el agua le daré otro trago de medicina —replicó la señora Gamp sin inmutarse— y entonces le pellizcaré. Y le pellizcaré de verdad si no se la toma sin rechistar.

—Quinientos veintiocho, quinientos veintinueve, quinientos treinta... ¡Mira!

—¿Qué pasa ahora? —dijo la señora Gamp.

—Vienen de cuatro en cuatro, cada uno cogiendo del brazo al hombre de al lado y con la mano en el hombro. ¿Qué es eso que llevan en el brazo y en la bandera?

—Serán arañas —dijo la señora Gamp.

—¡Crespón! ¡Crespón negro! ¡Dios mío! ¿Por qué lo llevan por fuera?

—¿Qué quiere, que lleven crespón negro en las entrañas? —replicó la señora Gamp—. ¡Calle de una vez!

A estas alturas el fuego empezaba a desprender un reconfortante calorcillo, y la señora Gamp guardó silencio, fue frotando la nariz cada vez más despacio contra el borde de la rejilla, y se quedó profundamente dormida. Despertó cuando en la habitación resonó (o eso le pareció a ella) un nombre que conocía.

—¡Chuzzlewit!

El sonido fue tan claro y real, y le pareció una súplica tan angustiosa que la señora Gamp dio un respingo de terror y corrió a la puerta. Esperó encontrarse el pasillo lleno de gente que hubiera venido a decirle que la casa de la ciudad se había incendiado. Pero estaba vacío y en él no había un alma. Abrió la ventana y se asomó. Tejados sombríos, sucios y desolados. Al volver a ocupar su asiento, miró al paciente. Seguía igual, pero en silencio. La señora Gamp estaba tan acalorada que se quitó la capa de sereno y se abanicó.

—Me ha parecido que tintineaban los frascos —dijo—. ¿En qué estaría soñando? En ese condenado Chuffey, seguro.

La suposición era bastante probable. En cualquier caso, un pellizco de rapé y el silbido del hervidor volvieron a templar los nervios de la señora Gamp, que no eran precisamente débiles. Se preparó el té, untó una tostada de mantequilla y se sentó a la mesita delante del fuego.

Entonces, una vez más, en un tono aún más terrible que el que había vibrado en sus aletargados oídos, alguien gritó estas palabras:

—¡Chuzzlewit! ¡Jonas! ¡No!

La señora Gamp soltó la taza que estaba a punto de llevarse a los labios y se volvió con un sobresalto que desplazó la mesita de sitio. El grito procedía de la cama.

La siguiente ocasión en que la señora Gamp se asomó a la ventana hacía una mañana luminosa y el sol se alzaba alegremente. El cielo se volvió cada vez más claro y las calles más ruidosas, y en el aire veraniego se alzó el humo de los fuegos recién encendidos, hasta que el bullicioso día despertó del todo.

La señora Prig la relevó puntualmente, después de pasar una buena noche con su otro paciente. El señor Westlock llegó a la misma hora, pero no le dejaron pasar porque la enfermedad era infecciosa. También llegó el médico. El galeno movió la cabeza. Era lo único que podía hacer en esas circunstancias y se empleó a fondo.

—¿Qué tal noche ha pasado, enfermera?

—Inquieta, señor —dijo la señora Gamp.

—¿Ha hablado mucho?

—Regular, señor —dijo la señora Gamp.

—Nada inteligible, supongo.

—Oh, no, bendito sea, señor. Sólo *forfullaba* .

—¡Bueno! —dijo el médico—, conviene dejarlo tranquilo, tengan ventilada la habitación, denle con regularidad la medicina y asegúrense de que está bien atendido. ¡Nada más!

—Mientras la señora Prig y yo nos ocupemos de él, señor, puede usted estar tranquilo —dijo la señora Gamp.

—Supongo —observó la señora Prig, cuando despidieron al médico con una reverencia— que no ha habido novedades.

—Ninguna, querida —dijo la señora Gamp—. Es un poco fatigoso porque no para de inventarse nombres, por lo demás no hay que hacerle mucho caso.

—¡Oh!, no pienso hacerle ninguno —respondió la señora Prig—. Tengo otras cosas en las que pensar.

—Esta noche pagaré mi deuda y vendré antes de tiempo, querida —dijo la señora Gamp—. Pero, Betsey Prig —añadió hablando con mucho

sentimiento y poniéndole la mano en el brazo—, ¡por lo que más quieras, prueba los pepinillos!

## Capítulo XXVI. Un encuentro inesperado, y un panorama prometedor

Las leyes de la simpatía entre barbas y pájaros, y la fuente secreta de esa atracción que con frecuencia empuja a quien rapa las primeras a vender los segundos, son asuntos que habremos de dejar al sutil razonamiento de los científicos, tanto más porque lo previsible es que sus investigaciones no lleven a ninguna parte. Nos basta con saber que el artista que tenía el honor de alojar a la señora Gamp como inquilina en el primer piso desempeñaba tanto la profesión de barbero como la de pajarero; y que no era una idea exclusivamente suya, sino que tenía una hueste de rivales dispersa por los callejones y suburbios de la ciudad.

Ese casero se llamaba Paul Sweedlepipe. Pero sus amigos y vecinos lo llamaban Poll Sweedlepipe y no eran pocos los que creían que era su verdadero nombre.

Con la sola excepción de la escalera y de la habitación de su inquilina, la casa de Poll Sweedlepipe era un enorme nido de pájaros. Unos gallos de pelea residían en la cocina, varios faisanes desperdiciaban el brillo de su plumaje dorado en la buhardilla, unas gallinas dormían en el sótano, los búhos se habían adueñado del dormitorio y ejemplares de toda suerte de pajarillos trinaban y gorjeaban en la tienda. La escalera estaba consagrada a los conejos. Dentro de conejeras de todas formas y tamaños, hechas con viejas cajas de embalar, cajones y latas de té, se multiplicaban a un ritmo prodigioso, y contribuían al complejo aroma que, con imparcialidad, y sin distinción por persona alguna, llegaba a todas las narices que entrasen en la cómoda barbería del señor Sweedlepipe.

Y lo cierto es que muchas narices entraban en ella, sobre todo los domingos por la mañana, antes de la iglesia. Hasta los arzobispos se afeitan, o necesitan que alguien los afeite un domingo, y la barba crece después de las doce de la noche del sábado, aunque sea en la barbilla de toscos obreros manuales que, al no poder contratar ayudas de cámara por cuatrimestres, pagan —¡oh, triste moneda de cobre!— por cada trabajo en sucios peniques. Poll Sweedlepipe, el pecador, afeitaba a todo el mundo por un penique, y le cortaba el pelo a cualquiera por dos; y, como era un hombre soltero y solitario, y tenía algunos contactos en el mundo de los pájaros, a Poll las cosas le iban aceptablemente bien.

Era un hombrecillo entrado en años, con una mano derecha fría y pegajosa, de la que ni siquiera los conejos o los pájaros habían podido quitar el olor a jabón de afeitar. Poll tenía algo de pájaro, no de azor, ni de águila, sino de esos gorriones que construyen su nido en las chimeneas y disfrutan de la compañía de los hombres. No obstante, no era pependenciero, como el gorrión, sino pacífico, como la paloma. Se

contoneaba al andar y en eso tenía cierto parecido con las palomas, así como en su manera aburrida de hablar que podía compararse, en su monotonía, con el arrullo de esas aves. Era muy curioso y, cuando se plantaba a la puerta de la barbería por la tarde y observaba a sus vecinos con la cabeza ladeada y la mirada perdida, tenía un no sé qué de cuervo. No obstante había menos maldad en Poll que en un petirrojo. Por suerte, también, cuando algunas de sus características ornitológicas estaban a punto de ir demasiado lejos, se saciaban, disolvían, fundían y neutralizaban en el barbero que llevaba dentro; igual que su calva —por lo demás igual que la cabeza afeitada de una urraca— se perdía en una peluca de rizados negros, con raya al medio, que empezaba casi en la coronilla, para indicar una inmensa capacidad intelectual.

Poll tenía una vocecilla aguda y temblorosa, que podría haber llevado a los bromistas de Kingsgate Street a insistir en sus características femeninas. También era tierno de corazón; pues, cuando le pedían sesenta o setenta gorriones para un concurso de tiro, observaba en tono compasivo lo singular que era que estos pájaros hubiesen sido creados expresamente para semejante propósito. La cuestión de si los hombres habían sido creados para disparar a los gorriones nunca encontró un hueco en la filosofía de Poll.

Para esos menesteres deportivos, Poll se ponía una chaqueta de terciopelo, largas medias azules, botas hasta el tobillo, un pañuelo de algún color llamativo y un sombrero de copa muy alto. Cuando se dedicaba a la más tranquila ocupación de barbero, por lo general optaba por un delantal no muy limpio, una chaqueta de franela y unas calzas de pana. Con este atuendo, pero con el delantal remangado a la cintura, para indicar que ya no iba a atender a más clientes, cerró la puerta una tarde, unas semanas después de que ocurriesen los sucesos detallados en el último capítulo, se plantó en los escalones de Kingsgate Street y esperó a que la campanilla rajada del interior dejara de sonar. Pues hasta que lo hacía —eso pensaba el señor Sweedlepipe— la casa no parecía lo bastante tranquila para marcharse.

—Es la campanita más ansiosa que he visto en mi vida —dijo Poll—. Pero ya se ha callado.

Se arremangó un poco más el delantal mientras decía estas palabras y se apresuró calle abajo. Justo cuando se disponía a doblar hacia Holborn, se topó con un joven caballero con librea. Este joven era descarado, aunque de corta estatura, y se volvió hacia él con diversas expresiones de disgusto.

—¡Oye, imbécil! —gritó el joven caballero—. ¿Es que no sabes mirar? ¿No ves adónde vas? ¿Para qué crees que sirven los ojos? ¿Eh? ¡Ah! Sí. ¡Oh! ¡Vamos, hombre!

El joven caballero pronunció las dos últimas palabras en tono muy alto con un temible énfasis, como si encerrasen la esencia misma del peor de

los insultos. Pero nada más decirles su enfado dio paso a la sorpresa y gritó en voz más baja.

—¡Caramba! ¡Polly!

—¡No eres tú! —gritó Poll—. ¡No puedes ser tú!

—No. No soy yo —replicó el joven—. Mi hijo; mi hijo mayor. Clavadito al padre, ¿eh, Polly?

Con esta delicada broma, se detuvo en la acera y empezó a dar círculos y círculos para exhibir mejor su figura, para molestia de los transeúntes en general que no compartían su opinión sobre sí mismo.

—Nunca lo habría creído —gritó Poll—. ¡Cómo! ¿Entonces te has ido? ¿No?

—¡Que si me he ido! —replicó su joven amigo, que se había metido las manos en los bolsillos del pantalón de pana blanca, y se pavoneaba al lado del barbero—. ¿Sabes reconocer un par de botas altas al verlas, Polly? ¡Mira estas!

—¡Preciosas! —gritó el señor Sweedlepipe.

—¿Sabes apreciar unos botones de calidad al verlos? —dijo el joven—. De lo contrario no mires los míos, porque estas cabezas de león se fabricaron para gente con gusto, no para esnobs.

—¡Preciosos! —volvió a gritar el barbero—. ¡Y una levita verde hierba, ribeteada de oro!, y una escarapela en el sombrero...

—Pues claro —replicó el joven—. Pero al demonio con la escarapela, porque, aunque no da vueltas, es como el ventilador que había en la ventana de la cocina de la pensión Todgers. No habrás visto el nombre de la señora en la *Gaceta*, ¿verdad?

—No —replicó el barbero—. ¿Se ha arruinado?

—Si no se ha arruinado, se arruinará —replicó Bailey—. Ese negocio no puede funcionar sin mí. ¡Bueno! ¿Qué tal estás?

—¡Oh! ¡Bastante bien! —dijo Poll—. ¿Vives en esta parte de la ciudad, o habías venido a verme? ¿Es eso lo que te ha traído a Holborn?

—No se me ha perdido nada en Holborn —replicó Bailey con cierto disgusto—. Mis asuntos están todos en el West End. Ahora tengo un patrón como Dios manda. Tiene las patillas tan pobladas que no se le ve la cara, y las lleva tan teñidas que tampoco se ven las patillas. Eso es un caballero, ¿no? No te apetecerá dar un paseo en coche de caballos, ¿verdad? No sé si hago bien ofreciéndotelo. Te desmayarías al verme doblar la esquina a trote suave. —Para que se hiciese una ligera idea del

efecto de esa aproximación, el señor Bailey imitó con su propio cuerpo los movimientos de un caballo lanzado al trote, y levantó tanto la cabeza que chocó con una bomba de agua y se le cayó el sombrero—. Caramba, si es tío de Capricornio —dijo Bailey— y hermano de Coliflor. Se coló en dos tiendas de porcelana y lo vendieron por matar a la mujer. Menudo caballo, ¿eh?

—¡Ay! Ahora ya no querrás comprar más pardillos —observó Poll, mirando a su joven amigo con aire melancólico—. Ya no querrás comprar más pardillos para colgarlos encima del fregadero ¿eh?

—No —replicó Bailey—. No lo veo probable. No me interesa ningún pájaro que no sea un pavo real, y hasta ese sería vulgar. Bueno, ¿cómo estás?

—¡Oh! Estoy bastante bien —dijo Poll, respondiendo otra vez a la pregunta, porque el señor Bailey había vuelto a plantearla; y el señor Bailey había vuelto a preguntarla porque, unida al pantalón blanco de pana, al pliegue de las rodillas y los tirones a las botas, era un detalle muy hípico que recordaba a las carreras de caballos.

—Y ¿a qué te dedicas, viejo amigo? —preguntó el señor Bailey con el mismo elegante descaro. Era el hombre de mundo en aquella conversación, mientras que el barbero era el niño.

—Bueno, pues iba a recoger a mi inquilina para acompañarla a casa —dijo Paul.

—¡Una mujer! —gritó el señor Bailey—, por un billete de veinte libras.

El pequeño barbero se apresuró a explicarle que no era una mujer joven, ni guapa, sino una enfermera que llevaba unas semanas trabajando de ama de llaves para un caballero, y esa noche había dejado su puesto pues iba a reemplazarla otra ama de llaves más legítima, a saber, la mujer del caballero.

—Está recién casado, y va a llevar a su joven esposa a casa esta noche —dijo el barbero—. Así que voy a buscar a mi inquilina a casa del señor Chuzzlewit, muy cerca de la Oficina de Correos, y a llevarle el baúl.

—¿Jonas Chuzzlewit? —preguntó Bailey.

—¡Ah! —replicó Paul—, el mismo, sí, señor. ¿Lo conoces?

—¡Oh, no! —gritó el señor Bailey—, qué va. Y a ella tampoco. Caramba, si casi fui yo el que los presentó.

—¿Ah, sí? —dijo Paul.



—¡Ah! —respondió el señor Bailey con un guiño del ojo—, y ella no es fea, fíjate lo que te digo. Pero la hermana era mejor. Mucho más alegre. ¡Lo pasaba bien con ella en los viejos tiempos!

El señor Bailey hablaba como si ya tuviera una pierna y tres cuartos en la tumba, y lo que contaba hubiese ocurrido veinte o treinta años antes. Paul Sweedlepipe era tan tímido que le confundió el precoz aplomo y la condescendencia de su amigo y, al ver sus botas, su escarapela y su librea, se le nublaron los ojos y vio, no al Bailey de reconocida juventud de la pensión comercial Todgers, a quien había conocido hacía doce meses, cuando iba a comprarle de vez en cuando pajarillos a dos peniques cada uno, sino una personificación concentrada de todos los mozos de cuadra de caballos de carreras de Londres, un epítome de todo el saber ecuestre de la época, un saber sometido a circunstancias premiosas que debía de existir desde hacía muchos años y que estaba cargado de vivencias terribles. Y lo cierto es que, aunque en la nublada atmósfera de la pensión Todgers el genio del señor Bailey nunca había brillado mucho en este aspecto concreto, ahora eclipsaba el tiempo y el espacio, privaba de sus sentidos a quienes lo miraban y minaba su credulidad desafiando todas las leyes naturales. Andaba por los adoquines tangibles y reales de Holborn Hill como un chico de talla inferior a la normal, pero guiñaba el ojo, pensaba, actuaba y hablaba como un viejo. Había un principio antiguo en su interior y una superficie nueva en el exterior. Se había convertido en una criatura inexplicable, una esfinge con botas y calzones. Al barbero no le quedó más remedio que desquiciarse o aceptar a Bailey tal como era, y sabiamente optó por lo segundo.

El señor Bailey tuvo la bondad de seguir acompañándolo y de entretenerlo, mientras andaban, con una charla ligera acerca de diversos asuntos deportivos, sobre todo de los méritos comparados, en general, de los caballos que tenían las patas blancas y los que no. En lo que se refiere al estilo de cola preferible, el señor Bailey tenía ideas propias que explicó, aunque sin ánimo de influenciar a sus amistades, pues sabía que tenía la desdicha de verse obligado a discrepar de algunas autoridades excelentes en la materia. Invitó al señor Sweedlepipe a un trago, preparado según sus instrucciones y que, según le informó, había inventado un miembro del Jockey Club, y como estaban cerca de lugar adonde se dirigía el barbero, observó que, puesto que tenía una hora libre y conocía a las dos partes, le gustaría, si no tenía inconveniente, que le presentara a la señora Gamp.

Paul llamó a la puerta de Jonas Chuzzlewit; y, cuando abrió la puerta esta señora, presentó a las dos distinguidas personas. Una feliz característica de la doble vocación de la señora Gamp era que se interesaba tanto por lo joven como por lo viejo. Recibió al señor Bailey con mucha amabilidad.

—Es un detalle por su parte haber venido —le dijo a su casero—, y traer a un amigo tan simpático. Pero me temo que tendré que molestarles y pedirles que pasen, pues la joven pareja no ha llegado todavía.

—Llegan tarde, ¿no? —preguntó el casero, cuando los llevó a la cocina en el piso de abajo.

—Bueno, señor, si pensamos en las Alas del Amor, sí —respondió la señora Gamp.

El señor Bailey preguntó si las Alas del Amor había ganado algún trofeo, o si se podía apostar por él con la esperanza de que hiciese algo notable; y, cuando le informaron de que no se trataba de un caballo, sino de una figura poética o figurada, manifestó una evidente repugnancia. La señora Gamp se quedó tan perpleja por sus modales afables y su desenvoltura que estaba a punto de preguntarle a su casero con un susurro si era un hombre o un niño, cuando el señor Sweedlepipe, adelantándose, cambió de tema justo a tiempo.

—Conoce al señor Chuzzlewit —anunció Paul en voz alta.

—Me da a mí que no hay nadie a quien no conozca —observó la señora Gamp—. La maldad del mundo no es nueva para él.

El señor Bailey lo aceptó como un cumplido y dijo, mientras se ajustaba la corbata:

—Más bien no.

—Si conoce a la señora Chuzzlewit, sabrá cuál es su nombre de pila, ¿no? —observó la señora Gamp.

—Charity —dijo Bailey.

—¡No! —gritó la señora Gamp.

—Pues Cherry —dijo Bailey—. La familia la llama Cherry. Es lo mismo.

—Ni siquiera empieza por ce —replicó la señora Gamp, moviendo la cabeza—. Empieza por eme.

—¡Caray! —gritó el señor Bailey, dándose una palmada en la pierna izquierda que levantó una nubecilla de albero—. Pues ¡eso es que se ha casado con la alegre!

Como estas palabras eran misteriosas, la señora Gamp le pidió que se las explicase y el señor Bailey procedió a hacerlo, mientras ella escuchaba con avidez todo lo que le decía. Estaba a mitad de su relato cuando un ruido de ruedas y un doble aldabonazo anunciaron la llegada de la pareja de recién casados. La señora Gamp le rogó que reservara

lo que tuviese que contarle para cuando volviesen a casa, cogió una palmatoria y se apresuró a recibir y a dar la bienvenida a la joven señora de la casa.

—Le deseo alegría y felicidad con todo mi corazón —dijo la señora Gamp haciendo una reverencia cuando llegaron al vestíbulo—, y a usted también, señor. Su señora parece un poco cansada del viaje, señor Chuzzlewit, ¡es encantadora!

—Lo suyo se ha quejado —gruñó el señor Jonas—. Vamos, ilumínenos, ¿quiere?

—Por aquí señora, si tiene la bondad —dijo la señora Gamp, subiendo las escaleras—. Todo está preparado para que esté lo más cómoda posible, pero hay muchas cosas que tendrá que cambiar para dejarlas a su gusto cuando tenga tiempo. ¡Ay, qué alegría!

«Aunque muy alegre no parece, la verdad», añadió para sus adentros.

Era cierto; no lo parecía. La muerte acontecida antes de la boda parecía haber dejado su sombra en la casa. El aire estaba cargado, los cuartos eran oscuros, una profunda tristeza impregnaba hasta el último rincón. Sentado delante de la chimenea, como un pájaro de mal agüero, estaba el anciano contable, con los ojos fijos en unas ramas marchitas que había en la estufa.

Se levantó y la miró.

—Ahí estás, Chuff —dijo Jonas con desenvoltura mientras se quitaba el polvo de las botas—, todavía en el país de los vivos, ¿eh?

—Todavía en el país de los vivos, señor —replicó la señora Gamp—. Y el señor Chuffey se lo debe a usted, como le he recordado, muchas, muchas veces.

El señor Jonas no estaba de muy buen humor, pues se limitó a decir mientras miraba a su alrededor:

—Ya no la necesitamos, señora Gamp.

—Enseguida me iré, señor —respondió la enfermera—; a no ser que necesite alguna otra cosa, señora. ¿No hay nada —dijo la señora Gamp, con mucha dulzura y sin parar de hurgarse los bolsillos— que pueda hacer por usted, pajarillo?

—¡No! —dijo Merry, a punto de echarse a llorar—. ¡Vale más que se marche, por favor!

Con una mirada impúdica, mezcla de astucia y dulzura, con un ojo puesto en el futuro y otro en la joven esposa, y una expresión taimada en el rostro, en parte espiritual y en parte espirituosa, muy profesional y

característica de su profesión, la señora Gamp volvió a hurgarse en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita, en la que había una inscripción copiada del cartel de su casa.

—¿Tendría la bondad, palomita recién casada —observó la señora Gamp en voz baja—, de dejarla en algún sitio donde la tenga usted a mano? Muchas mujeres me conocen, esta es mi tarjeta. Me llamo Gamp, y Gamp es mi naturaleza. Ya que vivimos tan cerca, ¡tendré el atrevimiento de pasarme a verla de vez en cuando para ver cómo se encuentra de salud y de ánimos, mi precioso pajarillo!

Y con innumerables miradas impúdicas, guiños, toses, movimientos de cabeza, sonrisas y reverencias, pensadas para establecer un misterioso y confidencial entendimiento con la novia la señora Gamp invocó una

bendición para la casa, miró con impudicia, guiñó el ojo, tosió, movió la cabeza, sonrió y salió con una reverencia.

—Pero diré, y lo diría aunque me llevasen como una *Marta* a la hoguera —murmuró—, que no parece nada alegre en este momento.

—¡Ah, espere a oírla reír! —dijo Bailey.

—¡Ejem! —gritó la señora Gamp, con una especie de quejido—. Lo haré, niño.

No dijeron más dentro de la casa, pues la señora Gamp se puso el gorro, el señor Sweedlepipe cargó con el baúl y el señor Bailey los acompañó hacia Kingsgate Street, mientras le contaba a la señora Gamp de qué conocía a la señora Chuzzlewit y a su hermana. Un agradable ejemplo de la precocidad de este joven fue que imaginó que la señora Gamp sentía por él cierta ternura, y que le divirtiese ese afecto fuera de lugar.

Cuando la puerta se cerró ruidosamente tras ellos, la señora Jonas se sentó en una silla y notó cómo la recorría un extraño escalofrío al contemplar la sala. Estaba casi igual que la primera vez que la vio, pero parecía mucho más sombría. Había imaginado que la iluminarían un poco para recibirla.

—No es lo bastante buena para ti, ¿no? —dijo Jonas, observándola.

—Bueno, es lúgubre —respondió Merry, esforzándose por ser como siempre.

—Aún te lo parecerá más —replicó Jonas—, si sigues dándote tantos aires. ¡Vaya una joya, ponerse mohína la primera vez que viene a casa! Dios, para atormentarme no te faltaban ánimos. La criada está abajo. ¡Toca la campana para que sirva la cena mientras voy a quitarme las botas!

Salió de su ensimismamiento al verlo marcharse y se dispuso a hacer lo que le había pedido, cuando el viejo Chuffey le puso suavemente la mano en el brazo.

—¿No estará casada? —dijo angustiado—. ¿No estará casada?

—Sí. Hace un mes. Dios mío, ¿qué pasa?

No le respondió qué pasaba y se apartó de ella. Pero, asustada y sorprendida, se volvió y lo vio alzar las manos temblorosas por encima de la cabeza y lo oyó decir:

—¡Ay, caiga la desdicha, caiga la desdicha sobre esta casa malvada!

Fue su bienvenida... al HOGAR.

## **Capítulo XXVII. Que demuestra que los viejos amigos no sólo pueden presentarse con un rostro nuevo, sino con falsos ropajes. Que la gente tiende a morder; y que los mordedores a veces pueden ser mordidos**

El señor Bailey, hijo —pues este deportivo personaje ya se había establecido en la vida con ese nombre, sin tomarse la molestia de obtener del legislativo un permiso directo en forma de disposición privada, que de todos los tipos de leyes y disposiciones es sin excepción la más cara y gravosa—, cuando apenas lo bastante alto para que un ojo inquisitivo lo viese contemplando indolente a la multitud desde detrás de la portezuela del coche de su amo, conducía despacio arriba y abajo por Pall Mall a eso de mediodía, mientras esperaba a su patrón. El caballo, de distinguida familia, era tío de Capricornio y hermano de Coliflor, se mostraba digno de sus nobles parientes tascando el freno hasta acabar con el pecho cubierto de espuma y encabritándose como un corcel de la heráldica; los arreos chapados y el charol relucían al sol; los transeúntes lo admiraban y el señor Bailey iba muy pagado de sí mismo, pero impasible. Era como si dijese: «¡Una carretilla, buena gente, una simple carretilla, nada comparado con lo que podríamos hacer, si quisiéramos!». Y así seguía, con los brazos revestidos de verde encima de la protección, como si la llevara enganchada a los sobacos.

El señor Bailey tenía una gran opinión del hermano de Coliflor y apreciaba mucho sus cualidades. Pero nunca se lo decía. Por el contrario, su costumbre al conducir a ese animal era dedicarle expresiones poco respetuosas cuando no injuriosas como: «¡Ah, más quisieras tú!», «¿Eso crees?», «¿Adónde vas ahora?», «¡No, de eso nada, chico!» y otras observaciones fragmentarias por el estilo. Como, por lo general, iban acompañadas de un tirón de riendas, o de un restallido de látigo, conducían a muchas pruebas de fuerza entre los dos, y a muchas disputas por ver quién se salía con la suya que acababan, de cuando en cuando, en tiendas de porcelana y otros destinos poco habituales, como el señor Bailey le había insinuado ya a su amigo Poll Sweedlepipe.

En la presente ocasión el señor Bailey, que estaba nervioso, fue más duro que de costumbre con la caballería, a raíz de lo cual el orgulloso animal se limitó a andar casi exclusivamente con las patas traseras y se colocó en lugares respecto al coche de caballos que sorprendieron mucho a los viandantes. Pero el señor Bailey, sin inmutarse, tenía pese a todo una lluvia de cumplidos que dedicar a todos los que se cruzaban en su camino; como decirle a un carbonero adulto que le cortó el paso un momento con la carreta: «Eh, jovencito, ¿quién te ha confiado una carreta?»; preguntar a unas señoras entradas en años que intentaban cruzar y luego retrocedían por qué no iban al hospicio y pedían una

orden para que las enterraran; tentar a los muchachos con palabras amables, para que subiesen detrás para luego hacerles bajar; y otros destellos de humor alegre, al que a veces daba rienda suelta dando la vuelta a Saint James Square a un hábil galope y entrando en Pall Mall por otro acceso, como si hubiese ido a paso de tortuga.

Sólo después de repetir muchas veces esas distracciones y de que el puesto de manzanas de la esquina se librase de milagro tantas veces que llegó a parecer inexpugnable, llamaron al señor Bailey para que fuese a la puerta de cierta casa en Pall Mall y, desviándose, acudió y se apeó de un salto. Sólo después de aguantar la brida unos minutos más, y de que los tirones de la cabeza del hermano de Coliflor y las sacudidas del hocico del hermano de Coliflor estuviesen a punto de tirarlo por el suelo, dos personas subieron al vehículo y una de ellas cogió las riendas y salió disparado. Y, sólo después de que el señor Bailey corriese varios cientos de metros en vano, logró levantar la corta pierna hasta el escalón de hierro y asentar las botas en la pequeña plataforma que había detrás. Entonces sí que fue digno de ver, apoyado primero en un pie y luego en el otro, intentando asomarse por un lado del coche y luego por el otro, esforzándose en mirar por encima, mientras pasaba a toda prisa entre los carros y diligencias embozado en su abrigo Newmarket.

La apariencia del patrón del señor Bailey mientras conducía justificaba plenamente la descripción que el entusiasta joven había hecho de él al atónito Poll. Tenía una mata de pelo negro y brillante como el azabache en la cabeza, en las mejillas, en la barbilla y sobre el labio superior. Su ropa, carísima, era simétrica y estaba confeccionada a la última moda. En su chaleco había flores de oro azules, verdes y rojas; cadenas preciosas y joyas brillaban en su pechera; sus dedos cubiertos de anillos estaban tan rígidos como moscas recién rescatadas de un tarro de miel. La luz del sol envolvía su reluciente sombrero y sus botas como en cristal pulido. Y aun así, aunque hubiese cambiado de nombre, y modificado su aspecto exterior, era Tigg. Aunque vuelto del revés y puesto patas arriba, como se sabe que han hecho a veces los grandes hombres; aunque no fuese ya Montague Tigg, sino Tigg Montague; seguía siendo Tigg, el mismo satánico, galante y marcial Tigg. El latón estaba bruñido, lacado y recién acuñado, pero era el mismo metal Tigg.

A su lado había un caballero muy sonriente, de apariencia no tan pretenciosa y más comercial, a quien llamaba David. ¿No sería el mismo David del —¿cómo formularlo?— triunvirato de las bolas doradas? ¿El mismo David que servía la cerveza en la taberna Lombard<sup>[100]</sup>? Pues sí, el mismo.

—La paga del secretario, David —dijo el señor Montague—, ahora que se ha establecido su cargo, es de ochocientas libras anuales, aparte del alquiler, el carbón y las velas gratis. Por supuesto, conserva sus veinticinco acciones. ¿Es suficiente? —David sonrió, asintió con la cabeza y tosió detrás de una cartera cerrada, que llevaba con un aire que proclamaba que él era el secretario en cuestión—. Si lo es —dijo



Montague—, se lo propondré hoy mismo a la junta, en calidad de presidente.

El secretario volvió a sonreír; esta vez de hecho se rió; y dijo frotándose la nariz con astucia con el borde de la cartera:

—Ha sido una idea genial, ¿verdad?

—¿Qué ha sido una idea genial, David? —quiso saber el señor Montague.

—La Anglobengalí<sup>[101]</sup> —dijo con una risita el secretario.

—La Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y Préstamos Desinteresados es una empresa estupenda, espero, David —dijo Montague.

—¡Estupenda, sin duda! —gritó el secretario, con otra risita—, en cierto sentido.

—En el único importante —observó el secretario—, que es el número uno, David.

—¿Cuál —preguntó el secretario, estallando otra vez en carcajadas— será el capital desembolsado según el próximo folleto?

—Una cifra de dos dígitos y cuantos ceros pueda meter el impresor en la misma línea —replicó su amigo—. ¡Ja, ja, ja!

Al oírlo ambos se rieron, el secretario con tanta vehemencia que al levantar los pies abrió la protección de una patada y poco faltó para que el hermano de Coliflor se metiera en una tienda de ostras, por no decir que el señor Bailey sufrió tal sacudida que por un momento pareció una joven representación de la Fama, sujeta por una cinta y con las piernas por el aire.

—¡Menudo tipo estás hecho! —exclamó admirado David cuando se pasó aquel pequeño susto.

—Di mejor genio, David, genio.

—Bueno, por mi alma, que eres un genio —dijo David—. Siempre he sabido que tenías labia, claro; pero nunca pensé que tanta. ¿Cómo iba a imaginarlo?

—Me crezco con las circunstancias, David. En eso radica el genio —dijo Tigg—. Si fueses a perder una apuesta de cien libras conmigo en este mismo instante, David, y fueses a pagármelas (lo cual es condenadamente improbable) me crecería en el acto desde el punto de vista mental.

Es de justicia reconocer que el señor Tigg se había crecido con las circunstancias; y que, especulando a gran escala, se había convertido en un gran hombre.

—¡Ja, ja, ja! —gritó el secretario, poniendo la mano, cada vez con más familiaridad sobre el brazo del presidente—. Cada vez que te miro y pienso que tus tierras en Bengala son... ¡ja, ja, ja! —la idea expresada a medias no le pareció menos ridícula al señor Tigg que a su amigo, pues él también se rió a carcajadas—... son —continuó David— la garantía... que tus tierras en Bengala son la garantía para todas las reclamaciones que se hagan a la compañía; cada vez que te miro y pienso en eso, podría darme un ataque de risa sólo con que movieras una pluma delante de mis narices. ¡Por mi alma que sí!

—Son unas tierras endiabladamente buenas —dijo Tigg Montague— para servir de garantía a cualquier reclamación. Sólo el coto de tigres vale ya un dineral, David.

David sólo podía repetir, cuando dejaba de reírse: «¡Menudo tipo!», y continuó carcajeándose, sujetándose los costados y secándose los ojos sin hacer ninguna otra observación.

—¿Una idea genial? —dijo Tigg, volviendo al cabo de un rato a la primera observación de su amigo—, pues claro que fue genial. Como que fue idea mía.

—No, no. La idea fue mía —objetó David—. Qué diablos, reconóceme el mérito. ¿No te dije que te ahorraría unas cuantas libras?

—¡Que tú me lo dijiste! ¿No fui yo quien te comentó que había ganado unas pocas libras?

—Desde luego —replicó acaloradamente David—, pero esa no es la cuestión. ¿Quién dijo que si juntábamos nuestro dinero podríamos tener una oficina y montar un negocio?

—Y ¿quién dijo —replicó Tigg— que, si lo hacíamos a lo grande, podríamos tener una oficina y montar un negocio, sin invertir ningún dinero? Sé racional, justo y comedido y dime de quién fue esa idea.

—Bueno —se vio obligado a confesar David—, en eso me ganaste, lo admito. Pero no quiero ponerme a tu nivel. Sólo que se me reconozca el mérito que merezco.

—Y tienes el mérito que mereces —dijo Tigg—. El trabajo básico de la compañía, David: los números, los libros, las circulares, los anuncios, la tinta y el papel, la cera de sellar y las obleas... lo haces admirablemente bien. Eres un chupatintas de primera. No lo niego. Pero el departamento ornamental, David, el departamento inventivo y poético...

—Ese es enteramente tuyo —dijo su amigo—. No hay duda. Pero, con lo bien que va todo, las cosas tan bonitas que tienes y la vida que llevas, tengo que decir que es un departamento muy cómodo.

—¿Cumple con su propósito? ¿Es Anglobengalí? —preguntó Tigg.

—Sí —admitió David.

—¿Podrías llevarlo tú solo? —quiso saber Tigg.

—No —reconoció David.

—¡Ja, ja, ja! —se rió Tigg—. Entonces conténtate con tu puesto y tus beneficios, David, amigo mío, y bendice el día que nos conocimos a ambos lados del mostrador de nuestro tío, porque para ti fue un día dorado.

Ya se habrá podido deducir, por la conversación de estos dos ilustres personajes, que estaban embarcados en una empresa de cierta magnitud, en la que se dirigían al público en general desde la sólida posición de quien tiene todo que ganar y nada que perder, y que, basada en ese principio general, estaba prosperando bastante.

La Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y Préstamos Desinteresados inició su existencia una mañana, no como una institución en pañales, sino como una compañía ya crecida, que avanzaba a buen paso y hacía negocios a diestra y siniestra, con una «sucursal» en un primer piso encima de una sastrería del West End y las oficinas principales en una calle nueva de la City, en la parte superior de una casa espaciosa, refulgente de estuco y cristales, con persianas metálicas en las ventanas y la palabra «Anglobengalí» grabada en todas ellas. En el dintel de la puerta estaba pintado con letras grandes «Oficinas de la Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y Préstamos Desinteresados», y en la puerta había una placa de bronce con la misma inscripción, siempre muy bruñida, para despertar la curiosidad y que desconcertaba a la City después de las largas horas de oficina los días laborables y todo el día los domingos, pues llamaba más la atención que la del Banco de Inglaterra. Dentro, las oficinas estaban recién enyesadas, recién pintadas, recién escayoladas, recién entarimadas, recién amuebladas, recién preparadas en todos los sentidos, con materiales sólidos, caros y pensados (como la compañía) para durar. ¡Negocios! Miren los libros mayores de color verde y lomo rojo, como duras pelotas de *cricket* aplastadas; las guías de los tribunales, los directorios, los diarios, los almanaques, los buzones, las balanzas para pesar las cartas, las filas de cubos para apagar un incendio nada más saltar la primera chispa y salvar un inmenso capital en billetes y bonos pertenecientes a la compañía, miren las cajas de caudales, el reloj, el sello de la oficina: en su inmenso ser, seguridad para cualquier cosa. ¡Solidez! ¡Miren los enormes bloques de mármol en las chimeneas, y el impresionante parapeto en lo alto de la casa! ¡Publicidad! Pero ¡si las palabras «Oficinas de la Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y

Préstamos Desinteresados» están pintadas hasta en los cubos del carbón! Se repiten por todas partes hasta que los ojos se ciegan con ellas y la cabeza da vueltas. Están impresas en el membrete del papel de carta y forman un círculo en torno al sello, y brillan en los botones del portero, y se repiten veinte veces en todas las circulares y en todos los carteles en los que un tal David Crimple, secretario y director interino, se toma la libertad de llamar la atención sobre la declaración adjunta de las ventajas que ofrece la Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y Préstamos Desinteresados, un documento que demuestra que de cualquier relación con dicho establecimiento se derivará una cesta de Navidad todos los años y un aumento constante del valor de los bonos, y que nadie correrá ningún riesgo en la transacción excepto la oficina, que, en su gran generosidad, es posible que acabe perdiendo. Y lo que afirma el caballero David Crimple (resulta difícil no creerlo) es la mejor garantía que puede ofrecer la Junta Directiva de su permanencia y estabilidad.

El nombre de dicho caballero, dicho sea de paso, originalmente era Crimp<sup>[102]</sup> pero, como la palabra podía malinterpretarse, lo cambió por Crimple.

Para que, con todas estas pruebas y confirmaciones, nadie sospechara de la Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y Préstamos Desinteresados, ni dudase de tigre<sup>[103]</sup>, coche de caballos o persona alguna, del caballero Tigg Montague (de Pall Mall y Bengala), o de cualquier otro nombre de la imaginativa lista de directores, había un portero en la entrada —una criatura maravillosa, con un enorme chaleco rojo y una chaqueta blanca y negra de faldón corto— que inspiraba más seguridad a los escépticos que todo el establecimiento. No había confianza entre él y la Junta Directiva; nadie sabía dónde había trabajado antes y nadie le había pedido señas ni referencias. Ninguna de las partes había hecho preguntas. Aquel ser misterioso, fiado sólo en su buena planta, había solicitado el puesto y lo habían contratado en el acto con sus propias condiciones. Eran caras, pero sin duda sabía que ningún otro podría llevar un chaleco tan grande como él e intuía su valor para semejante institución. Al verlo sentado en una silla erigida para él en un rincón de la oficina, con el sombrero reluciente colgado de una percha sobre su cabeza, era imposible dudar de la respetabilidad de la empresa. Se duplicaba con cada centímetro cuadrado de su chaleco rojo hasta que, como el problema de los clavos en la herradura del caballo, el total se volvía enorme. Se sabía de gente que había ido a contratar un seguro de vida por mil libras y, al verlo, había suplicado, antes de cumplimentar el formulario, que se lo hiciesen de dos mil. Y, no obstante, no era ningún gigante. Su chaqueta era más bien pequeña. Todo su encanto residía en el chaleco. La respetabilidad, la competencia, las tierras en Bengala o en cualquier otro sitio, la garantía de cualquier cantidad por parte de la compañía que lo empleaba se expresaban en esa única prenda.

Las oficinas rivales habían intentado tentarlo; la propia Lombard Street le había hecho propuestas; compañías muy ricas le habían susurrado:

«¡Hazte bedel!», pero él seguía siendo fiel a la Anglobengalí. Era imposible saber si era un sinvergüenza o un simple de apariencia imponente, pero parecía creer en la Anglobengalí. Se enfrentaba con seriedad a las preocupaciones imaginarias de su puesto, y, como no tenía nada que hacer, y menos aún algo por lo que preocuparse, era como si la urgencia de sus numerosas obligaciones y la conciencia del tesoro guardado en las bóvedas lo volvieran un hombre solemne y pensativo.

En cuanto el coche se detuvo delante de la puerta, este empleado se plantó con la cabeza descubierta en la acera, y gritó: «¡Hagan sitio para el presidente, hagan sitio para el presidente, por favor!», con gran admiración por parte de los transeúntes, que huelga decir que se fijaron más en la compañía a partir de entonces. El señor Tigg se apeó con elegancia de un salto, seguido por el director general (que se había vuelto muy distante y respetuoso), y subieron por las escaleras, todavía precedidos por el portero, que gritaba: «¡Con permiso! ¡Con permiso! ¡El presidente de la Junta, caballeros!». Con voz aún más estentórea, acompañó al presidente a través de las oficinas destinadas al público — donde algunos humildes clientes estaban haciendo gestiones— hasta una sala imponente que tenía el rótulo «Salón de Juntas», santuario cuya puerta se cerró de inmediato y ocultó al gran capitalista de las miradas vulgares.

El salón tenía una alfombra turca, un aparador, un retrato del caballero Tigg Montague en funciones de presidente, un enorme sillón con un martillo de marfil y una campanilla, y una larga mesa de reuniones provista de papel secante, folios, plumas limpias y tinteros. En cuanto el presidente ocupó su puesto con gran solemnidad, el secretario se sentó a su derecha y el portero se quedó detrás con el chaleco formando un cálido trasfondo. Esta era la Junta, y lo demás una pequeña y frívola ficción.

—¡Bullamy! —gritó el señor Tigg.

—¡Señor! —replicó el portero.

—Dígale al médico, con mis saludos, que deseo verlo.

Bullamy carraspeó y entró en las oficinas gritando: «El presidente de la Junta quiere ver al médico. ¡Con permiso, con permiso!». Pronto regresó con el caballero en cuestión, y las dos veces que se abrió la puerta del Salón de Juntas —al salir y entrar— los clientes alargaron el cuello y se pusieron de puntillas ávidos por vislumbrar el interior de esa sala misteriosa.

—¡Jobling, mi querido amigo! —dijo el señor Tigg—. ¿Cómo está? Bullamy, espere fuera. Crimple, no se vaya. Jobling, amigo, me alegro de verlo.

—¿Cómo está, señor Montague? —dijo el médico, instalándose cómodamente en una butaca (todos los asientos del Salón de Juntas eran butacas) y sacando una bonita cajita de rapé de oro del bolsillo del chaleco de satén negro—. ¿Qué tal está? Un poco cansado del trabajo, ¿eh? Si es así, descanse. ¿Un poco febril por el vino? En ese caso, agua. ¿No le pasa nada y se encuentra usted bien? Pues almuerce un poco. A esta hora del día es muy saludable reforzar los jugos gástricos con un almuerzo ligero, señor Montague. —El médico (era el mismo que había acompañado el cortejo fúnebre del pobre y viejo Anthony Chuzzlewit, y que había atendido al paciente de la señora Gamp en la taberna El Toro) sonrió al decir estas palabras y añadió, como de pasada, mientras se quitaba unos granos de rapé de los frunces de la camisa—: Yo siempre almuerzo a estas horas, ¿sabe?

—¡Bullamy! —dijo el presidente haciendo sonar la campanilla.

—¡Señor!

—El almuerzo.

—No será por mí, ¿verdad? —dijo el médico—. Es usted muy amable. Gracias. Me da un poco de vergüenza. ¡Ja, ja, ja! Si fuese un médico listo, señor Montague, no se lo habría dicho sin cobrarle, porque no le quepa duda, señor mío, que, si no almuerza usted, muy pronto tendrá que ponerse en mis manos. Permita que le dé un ejemplo. En la pierna del señor Crimple...

El director interino dio un respingo involuntario, pues el médico, con el acaloramiento de la demostración, le había sujetado la pierna y se la había puesto encima de la suya como si fuese a amputársela allí mismo.

—En la pierna del señor Crimple, observará usted —prosiguió, arremangándose y palpando la pierna con ambas manos—, allí donde la rodilla del señor Crimple se inserta en la articulación, aquí, entre el hueso y la articulación, cierta cantidad de grasa animal.

—¿Por qué me ha cogido la pierna? —dijo el señor Crimple, mirándola con aprensión—. Es igual que cualquier otra, ¿no?

—No se preocupe, amigo mío —replicó el médico, moviendo la cabeza—, de si es igual o no es igual.

—Pero me preocupa —dijo David.

—Me sirvo de un ejemplo concreto, señor Montague —repuso el médico—, para ilustrar mi observación, como verá. En esta parte de la pierna del señor Crimple, señor, hay cierta cantidad de grasa animal. En todas las articulaciones del señor Crimple, señor, hay más o menos la misma cantidad. Muy bien. Si el señor Crimple descuida sus comidas, o no descansa lo suficiente, la cantidad de grasa disminuye y llega a agotarse. ¿Y con qué resultado? Pues que ¡los huesos se clavan en la articulación, señor, y el señor Crimple se vuelve un hombre marchito, enclenque, tullido y desdichado! —El médico soltó de pronto la pierna del señor Crimple, como si estuviese ya en ese agradable estado, volvió a bajarse las mangas y miró con aire triunfal al presidente—. En nuestra profesión conocemos unos cuantos secretos de la naturaleza, señor —dijo—. Por supuesto que sí. Para eso estudiamos; pasamos por la universidad y el Colegio, y gracias a eso ocupamos nuestro puesto en la sociedad. Es extraordinario lo poco que se sabe en general de estos asuntos. ¿Dónde cree usted —el médico cerró un ojo mientras se reclinaba sonriente en su silla y formaba un triángulo con las manos con base en los pulgares— que está el estómago del señor Crimple? —El señor Crimple, más inquieto que antes, se puso la mano justo debajo del chaleco—. ¡Ni muchísimo menos! —gritó el médico—. ¡Es un error muy corriente! ¡Señor mío, está usted muy equivocado!

—Lo único que sé es que cuando lo tengo revuelto lo siento aquí —dijo Crimple.

—Eso es lo que cree usted —replicó el médico—, pero la ciencia lo sabe con certeza. Una vez tuve un paciente —dijo, tocándose uno de los muchos anillos de luto que llevaba en los dedos e inclinando un poco la cabeza—, un caballero que me hizo el honor de nombrarme generosamente en su testamento, «como prueba del celo constante, el talento y la atención de mi amigo y médico John Jobling M. R. C. S.», tal como dijo él, a quien impresionó tanto la idea de haberse pasado la vida confundido respecto a la ubicación de este importante órgano que, cuando le aseguré, por mi reputación profesional, que se equivocaba, rompió a llorar, extendió la mano y dijo: «Jobling, ¡Dios le bendiga!»; justo después se quedó sin habla y al poco tiempo lo enterramos en Brixton.

—¡Con permiso! —gritó Bullamy fuera—. ¡Con permiso! ¡Un refrigerio para el Salón de Juntas!

—¡Ajá! —dijo en tono jocoso el médico, mientras se frotaba las manos y acercaba la silla a la mesa—. El verdadero seguro de vida, señor Montague. La mejor póliza del mundo, mi buen amigo, es ser precavidos y beber y comer siempre que podamos. ¿Eh, señor Crimple?



El director interino asintió un poco mohíno, como si la gratificación de llenarse el estómago se hubiera visto turbada por su opinión preconcebida sobre la ubicación de este órgano. Pero la aparición del portero y un ayudante con una bandeja cubierta con un trapo blanco como la nieve, que, una vez retirado, mostró un par de aves asadas, flanqueadas por varias carnes enlatadas y una ensalada fría, enseguida le devolvieron el buen humor. Que aún mejoró más con la llegada de una botella de excelente madeira y otra de champán, y pronto atacó la colación con un apetito apenas inferior al del médico.

El almuerzo se sirvió con mucha elegancia, con una profusión de cristalerías, vajillas y porcelanas que parecían indicar que comer y beber con ostentación formaban una parte nada baladí de las ocupaciones del directorio de la Anglobengalí. A medida que avanzó, el médico se fue poniendo más jovial y colorado, con lo que cada bocado y cada trago de vino parecían dar nuevo lustre a sus ojos y encender nuevas chispas en su nariz y su frente.

En ciertos barrios de la ciudad y sus alrededores, el señor Jobling era, como hemos visto ya en cierta medida, un personaje muy popular. Tenía una barbilla portentosamente sagaz, y una voz pomposa con una profunda ronquera en algunos tonos que iba directamente al corazón, como un rayo de luz que brillara a través del rojizo medio de una botella escogida de Borgoña. El pañuelo que llevaba al cuello y los frunces de la camisa eran siempre blanquísimos, su ropa siempre negrísima y pulquérrima, la cadena del reloj siempre muy gruesa y los sellos siempre enormes. Sus botas, siempre brillantísimas, crujían al andar. Es posible que pudiera mover la cabeza, frotarse las manos o calentarse delante de un fuego mejor que ningún otro hombre vivo; y tenía un modo peculiar de chasquear los labios y de decir «¡Ah!» de vez en cuando, mientras los pacientes detallaban sus síntomas, que inspiraba una gran confianza. Era como si dijera: «Sé mejor que usted lo que va a decir, pero continúe, continúe». Siempre que hablaba, tanto si tenía algo que decir como si no, todo el mundo observaba que «tenía incontables anécdotas»; y su experiencia y el provecho que sacaba de ella, se consideraban, por esa misma razón, demasiado amplios para describirlos. Sus pacientes femeninos no se cansaban de alabarlo; y hasta el más frío de sus admiradores masculinos acababa siempre reconociendo ante sus amigos que, fuese cual fuese la habilidad profesional de Jobling (y era innegable que gozaba de una gran reputación), era uno de los tipos más cordiales que había conocido en su vida.

Jobling era por muchas razones, entre otras que sus pacientes eran sobre todo comerciantes y sus familias, justo el tipo de persona que necesitaba la Compañía Anglobengalí. Pero Jobling tenía suficiente astucia para no vincularse a ella más que como empleado a sueldo (y con buen sueldo) y para impedir, siempre que estuviera en su mano, que esos vínculos se malinterpretaran. Por eso siempre planteaba el caso de este modo a los pacientes inquisitivos: «Querido amigo, en lo tocante a la Anglobengalí, mi información, verá usted, es limitada, muy limitada.

Soy el médico, a cambio de una paga mensual. El obrero es digno de su salario, *Bis dat qui cito dat*<sup>[104]</sup> (“Jobling es todo un erudito —pensaban sus pacientes— un hombre leído”), y lo recibo con regularidad. Así que, a juzgar por lo que sé, estoy obligado a hablar bien de la empresa». («Qué ecuanimidad la de Jobling», pensaban los pacientes, que acababan de pagar la factura). «Si por lo que me pregunta, mi querido amigo —decía el médico—, es por la responsabilidad o el capital de la compañía, no puedo ayudarle; lo mío no son los números, y como no soy accionista prefiero no pecar de indiscreto. La delicadeza, y seguro que su amable señora piensa como yo, debe ser una de las principales características de un médico». («No puede haber sentimientos más refinados ni caballerosos que los de Jobling», pensaban los pacientes). «En fin, querido amigo, así son las cosas. ¿No conoce al señor Montague? Lo lamento. Un hombre muy apuesto, y un auténtico caballero en todos los sentidos. Me han dicho que tiene tierras en la India. Una casa preciosa, igual que todo el mobiliario. Muebles caros, de lo más lujoso y elegante. Y cuadros que, incluso desde el punto de vista anatómico, son la pura perfección. Si alguna vez quiere contratar un seguro en la compañía le hablaré bien de usted. Puedo afirmar que es usted un individuo sano. Si conozco la constitución de alguien es la suya, y esta ligera indisposición, señora, le ha sentado mejor —decía el médico, volviéndose hacia la mujer del paciente— que todos los absurdos frascos de mi consulta. Pues, para serle sincero, ¡la mitad son absurdos, comparados con una constitución como la suya!» («Jobling es la persona más amable que he conocido jamás —pensaba el paciente—, ¡palabra que lo pensaré!»)

—Su comisión, doctor, por las cuatro pólizas nuevas y el préstamo de esta mañana, ¿eh? —dijo Crimple mirando, cuando terminaron de comer, unos papeles que le llevó el portero—. ¡Bien hecho!

—Jobling, mi querido amigo —añadió Tigg—, le deseo una vida muy larga.

—No, no. Tonterías. Palabra que no tengo derecho a cobrar comisión alguna —objetó el médico—. De verdad que no. Me siento como si les estuviera robando a ustedes. No recomiendo su compañía a nadie. Me limito a decir lo que sé. Mis pacientes me lo preguntan y yo se lo digo. Nada más. La prudencia es mi punto flaco, esa es la verdad, y lo ha sido siempre desde que era un muchacho. Es decir —continuó, llenándose la copa—, la prudencia por los demás. Si confiaría yo mismo en esta compañía de no haber contratado mis seguros en otra parte desde hace años es otra cuestión muy distinta. —Intentó aparentar que no había duda, pero intuyó que estaba dando impresión de indiferencia y alabó el vino para cambiar de asunto—. Y, hablando del vino —dijo—, me recuerda una de las mejores copas de oporto que he bebido en mi vida; fue en un funeral. No habrá visto usted a la parte en cuestión, señor Montague, ¿verdad? —dijo dándole una tarjeta de visita.

—No estará enterrado, espero —dijo Tigg al aceptarla—. Si lo está, la presencia de esta compañía es innecesaria.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el médico—. No, no qué va. Pero estuvo honorablemente relacionado con esa ocasión.

—¡Ah! —dijo Tigg, atusándose el bigote, mientras posaba la mirada en el nombre—. Lo recuerdo. No. No ha venido.

Las palabras estaban aún en sus labios, cuando entró Bullamy y le entregó una tarjeta de visita al médico.

—Hablando del rey de Roma —observó el médico, poniéndose en pie.

—Y está decidido, ¿eh? —dijo Tigg.

—Pues no, señor Montague, no —replicó el médico—. No me atrevo a decirlo en este caso, pues este señor dista mucho de eso.

—Tanto mejor —dijo Tigg—. Tanto más adaptable a la Anglobengalí. Bullamy, despeje la mesa y llévese las cosas por la otra puerta. Señor Crimple, negocios.

—¿Quiere que se lo presente? —preguntó Jobling.

—Le quedaré eternamente agradecido —respondió Tigg, besándole la mano y sonriendo con dulzura.

El médico desapareció en el despacho de fuera y volvió enseguida acompañado de Jonas Chuzzlewit.

—Señor Montague —dijo Jobling—. Permítame. Mi amigo, el señor Chuzzlewit. Mi querido amigo... nuestro presidente. Y ¿sabe? —añadió conteniéndose con infinita cautela y mirando a un lado y otro con una sonrisa—, he aquí un singular ejemplo de la fuerza del ejemplo. Realmente es un caso muy notable de la fuerza del ejemplo. Digo «nuestro» presidente. Y ¿por qué lo digo? Porque no es mi presidente. No tengo otra relación con la compañía que la de ofrecerles, a cambio de cierta tarifa, mi humilde opinión como médico, igual que podría ofrecérsela cualquier día a Fulano o a Mengano. Entonces ¿por qué digo nuestro presidente? Sencillamente porque oigo la frase constantemente. Tal es la operación involuntaria de la facultad mental del hombre bípedo e imitativo. Señor Crimple, tengo entendido que no toma nunca rapé. Qué imprudencia. Debería hacerlo.

Mientras el médico formulaba estas observaciones y las remataba con un largo y sonoro pellizco de rapé, Jonas tomó asiento en el Salón de Juntas con tan poco garbo como jamás haya visto el lector. A todos nos ocurre, pero la naturaleza de las personas mezquinas es dejarse impresionar por la ropa fina y los muebles caros. Ambas cosas ejercieron su influencia en Jonas.

—Bueno, caballeros, sé que tienen asuntos que hablar —dijo el médico— y su tiempo es precioso. Igual que el mío: me esperan varias vidas en la sala de al lado, y después tengo que hacer mi ronda de visitas. Ahora que he tenido el placer de presentarles, puedo volver a mis ocupaciones. Adiós. Pero permita que le diga, señor Montague, antes de irme, lo siguiente a propósito de mi amigo que está ahora a su lado: este caballero ha hecho más, señor —dijo dando solemne unos golpecitos en la caja de rapé—, para reconciliarme con la naturaleza humana que ninguna otra persona viva o muerta. ¡Adiós!

Con estas palabras Jobling salió bruscamente del salón y se dirigió a su consulta, para inspirar en las vidas que le esperaban la sensación de su minuciosidad en el cumplimiento del deber e indicarles la dificultad de ser admitido por la Anglobengalí, tomándoles el pulso, mirándoles la lengua, pegando el oído a sus costillas, dándoles golpes en el pecho y demás; aunque, si no sabía de antemano que, independientemente de cómo fuesen sus vidas, la Anglobengalí las aceptaría gustosa, no era el Jobling que conocían sus amigos, ni el Jobling original, sino una imitación espuria.

El señor Crimple también se marchó para atender sus obligaciones matutinas, y Jonas Chuzzlewit y Tigg se quedaron solos.

—He sabido por nuestro amigo —dijo Tigg, acercándole la silla a Jonas con un gesto desenvuelto y seductor— que ha estado usted pensando en...

—¡Oh! ¡Dios! No tenía ningún derecho a decir tal cosa —gritó Jonas interrumpiéndole—. Nunca le he dicho lo que pensaba. Si ha interpretado que he venido con algún propósito, eso es cosa suya. No me siento obligado. —Jonas lo dijo en un tono bastante ofensivo, pues, aparte de su carácter desconfiado, su naturaleza lo empujaba a vengarse de la ropa fina y los muebles caros exactamente en la misma proporción en que había sido incapaz de resistirse a su influencia—. Que haya venido a hacer un par de preguntas y a pedir un par de documentos para estudiarlos, no significa que me sienta obligado a nada. Que quede claro, ¿de acuerdo? —dijo Jonas.

—¡Mi querido amigo! —exclamó Tigg, dándole una palmada en el hombro—. Aplaudo su sinceridad. Si los hombres como usted y yo hablan con franqueza desde el principio, son imposibles los malos entendidos. ¿Por qué iba a ocultarle lo que sabe usted tan bien y que la gente ni siquiera se ha parado a pensar? Las compañías de seguros somos aves de presa, simples aves de presa. La única cuestión es, si al servir a nuestros propios fines, podemos servir también a los suyos; si, al forrar nuestro nido, podemos forrar también el suyo. ¡Oh, usted conoce nuestro secreto! Se mueve usted entre bambalinas. Haremos como si tratar claramente con usted fuese un mérito, en vista de que no nos queda otro remedio.

Cuando presentamos en estas páginas al señor Jonas ya dijimos que hay una simplicidad de la astucia igual que hay una simplicidad de la inocencia y que, en cualquier asunto que requiriese una intensa fe en la bellaquería, era el más crédulo de los hombres. Si el señor Tigg hubiese apelado a un trato noble y honorable, Jonas habría sospechado de él aunque hubiese sido un modelo de probidad, pero, cuando expresó lo que opinaba Jonas de todo y de todos, empezó a pensar que era un tipo agradable y con quien podía se hablar sin tapujos.

Cambió de postura en la silla, con mayor incomodidad si cabe, pero con una actitud un poco más jactanciosa, y, sonriendo con engreimiento, replicó:

—No es usted un mal negociante, señor Montague. Sabe cómo tratar la cuestión. Lo admito.

—¡Bah, bah! —dijo Tigg, asintiendo con la cabeza con aire confidencial, y mostrando su blanca dentadura—. No somos niños, señor Chuzzlewit; somos adultos, o eso espero.

Jonas asintió y, después de un breve silencio y de estirar las piernas y poner un brazo en jarras para demostrar lo cómodo que estaba, dijo:

—La verdad es que...

—No hable de la verdad —le interrumpió Tigg, con otra sonrisa—. Es lo que diría un charlatán.

Encantado, Jonas volvió a empezar.

—La clave está en que...

—Mejor —murmuró Tigg—. ¡Mucho mejor!

—... no he tenido la impresión de que una o dos de las compañías de seguros con las que he negociado, o he tenido que negociar en el pasado, me tratasen demasiado bien. Pusieron objeciones que no tenían derecho a poner e hicieron preguntas que no tenían derecho a plantear, y se daban demasiados humos para mi gusto.

Mientras hacía estas observaciones, bajó la vista y miró con curiosidad la alfombra. El señor Tigg lo miró con curiosidad a él.

Jonas hizo una pausa tan larga que Tigg acudió al rescate y preguntó con mucha amabilidad:

—¿Le apetece una copa de vino?

—No, no —replicó Jonas, con un astuto movimiento de cabeza—, nada de eso, gracias. Nunca mezclo el vino con los negocios. Beba usted si quiere, pero yo no.

—¡Es usted perro viejo, señor Chuzzlewit! —dijo Tigg, reclinándose en el asiento y mirándolo con los ojos entornados.

Jonas volvió a mover la cabeza, como diciendo: «No le falta razón» y luego prosiguió jocoso:

—No tanto, aunque lo he sido, pero el caso es que me he casado. Dirá usted que eso es de principiantes. Y tal vez lo sea, porque ella es joven. Pero nunca se sabe lo que les puede pasar a las mujeres, así que estoy pensando en hacerle un seguro de vida. Es justo que un hombre se garantice cierto consuelo en caso de que tenga que enfrentarse a una pérdida semejante.

—Si es que algo puede consolarlo en circunstancias tan terribles —murmuró Tigg, con los ojos entornados como antes.

—Exacto —replicó Jonas—, si es que hay algo. Bueno, suponiendo que me decidiese por contratarlo aquí. Lo querría barato y sin complicaciones, sin necesidad de molestarla a ella; de hecho preferiría que no se enterase, pues a las mujeres estas cosas se les meten en la cabeza y se piensan que se van a morir enseguida.

—Cierto —gritó Tigg, besándose la mano en honor al bello sexo—. Tiene usted toda la razón. ¡Son unas inocentonas atolondradas que se pasan el día revoloteando!

—Bueno —dijo Jonas—, por esa razón y porque en otros sitios me he sentido ofendido, no me importaría que fuese en esta compañía. Pero quiero saber qué clase de garantías hay de su continuidad. Esa es la...

—¿No irá a decir «la verdad»? —exclamó Tigg, alzando la mano enjoyada—. ¡No emplee esas expresiones de escuela dominical, por favor!

—La clave —dijo Jonas—. La clave de todo es saber cuáles son sus garantías.

—El capital desembolsado, señor mío —dijo Tigg, consultando unos papeles que había sobre la mesa—, en este momento es de...

—¡Oh! Yo entiendo mucho de capitales desembolsados, ¿sabe? —dijo Jonas.

—¿Ah, sí? —gritó Tigg, parándose en seco.

—Eso creo.

Tigg, volvió a dar la vuelta a los documentos y, acercándose a él, le dijo al oído:

—Me consta. Me consta. ¡Míreme! —Jonas no estaba acostumbrado a mirar a nadie a la cara, pero cuando Tigg se lo pidió hizo un esfuerzo por observar sus rasgos. El presidente se apartó un poco para ponérselo más fácil—. ¿Me reconoce? —preguntó enarcando las cejas—. ¿Se acuerda? ¿Me ha visto usted antes?

—El caso es que al entrar he pensado que su cara me resultaba conocida —dijo Jonas, escrutando su rostro—, pero no recordaba dónde la había visto. No. Tampoco me acuerdo ahora. ¿Ha sido por la calle?

—¿En el salón de Pecksniff?

—¡En el salón de Pecksniff! —repitió Jonas, conteniendo el aliento—. ¿No querrá usted decir cuando...?

—Sí —gritó Tigg—, cuando se celebró una deliciosa y encantadora reunión familiar a la que asistió usted con su respetado padre.

—Bueno, olvídense de él —dijo Jonas—. Está muerto, y no hay más que hablar.

—¡Ha muerto! —exclamó Tigg—. ¡Un venerable y anciano caballero! ¡Y ha muerto! Se parece usted mucho a él.

Jonas recibió el cumplido con todo menos con elegancia, tal vez por su opinión sobre la apariencia personal de su difunto padre, tal vez porque no le gustó descubrir que Montague y Tigg eran la misma persona. Este caballero lo notó y, dándole un golpecito en la manga, señaló a la ventana. Desde este momento, la cordialidad y el buen humor del señor Montague fueron notables.

—¿Me encuentra usted cambiado desde entonces? —preguntó—. Sea franco.

Jonas miró fijamente su chaleco y sus joyas y dijo:

—¡Mucho, por Dios!

—¿Iba muy desastrado en esa época? —preguntó Montague.

—Mucho —respondió Jonas.

El señor Montague señaló a la calle, donde esperaban Bailey y el coche.

—Distinguido, tal vez elegante. ¿Sabe de quién es?

—No.

—Mío. ¿Le gusta esta sala?

—Debe de haber costado mucho dinero —dijo Jonas.

—Tiene razón. También es mía. ¿Por qué —le susurró, al tiempo que le daba un codazo— no compra usted acciones en lugar de contratar una simple póliza? Eso es lo que tendría que hacer un hombre como usted. ¡Asóciense con nosotros! —Jonas lo miró perplejo—. ¿Le parece una calle concurrida? —preguntó Montague, señalando a la multitud que había fuera.

—Mucho —dijo Jonas, observándola de reojo y volviendo a mirarle enseguida.

—Hay cálculos impresos —prosiguió su compañero— que indican cuánta gente pasará a diario por esa vía. Puedo decirle cuántos entrarán, sólo porque nuestras oficinas están aquí, sin saber más de ellas que de las pirámides. ¡Ja, ja, ja! Le saldrá barato asociarse.

Jonas lo miraba cada vez más concentrado.

—Puedo decirle —le dijo Tigg al oído— cuántos comprarán rentas vitalicias, suscribirán seguros y nos traerán su dinero de cien formas y maneras, nos forzarán a aceptarlo y nos lo confiarán como si fuésemos la Casa de la Moneda; pese a conocernos tan poco como usted al barrendero de la esquina. Menos aún. ¡Ja, ja, ja!

Jonas fue esbozando poco a poco una sonrisa.

—¡Sí! —dijo Montague, dándole un animoso golpe en el pecho—, es usted demasiado listo para nosotros, es perro viejo, de lo contrario no se lo habría dicho. ¡Cene conmigo mañana en Pall Mall!

—De acuerdo —dijo Jonas.

—¡Hecho! —gritó Montague—. Espere un poco. Llévese estos papeles y échelos un vistazo. Vea usted —dijo, cogiendo unos documentos impresos que había sobre la mesa—. B. es un pequeño comerciante, un oficinista, un párroco, un artista, un escritor, cualquier persona corriente que usted quiera.

—Sí —dijo Jonas, mirando con ansiedad por encima del hombro—. ¡En fin!

—B. necesita un préstamo. Digamos de cincuenta o cien libras, eso da igual. B. lo solicita y trae a dos avalistas. Lo aceptamos. Los avalistas depositan una fianza. B. asegura su propia vida por el doble de esa cantidad y para congraciarse con la compañía nos trae a dos amigos



que también contratan seguros de vida. ¡Ja, ja, ja! ¿No le parece una buena idea?

—¡Dios, es una idea genial! —gritó Jonas—. Pero ¿de verdad es así?

—¡Que si lo es! —repitió el presidente—. B. necesita el dinero, amigo mío, y hará cualquier cosa. ¿No lo ve? Es mi idea.

—Le honra. Que me aspen si no es así —dijo Jonas.

—Eso creo yo —replicó el presidente—, y estoy orgulloso de oírsele decir. B. paga el mayor interés permitido por la ley...

—Eso no es mucho —le interrumpió Jonas.

—¡Cierto, muy cierto! —replicó Tigg—. Es una ley dura que nos golpea, víctimas desdichadas, y cobra un interés altísimo a todos sus clientes. No obstante la caridad empieza en casa y la justicia en la del vecino. ¡En fin! Aunque la ley sea dura con nosotros, no somos exactamente blandos con B., pues, además de cobrarle el interés establecido, cobramos la anualidad de su póliza y la de sus amigos, le cobramos una comisión por la fianza y, tanto si le concedemos el préstamo como si no, le cobramos una tasa por las «averiguaciones» (tenemos a una persona encargada de hacerlas por una libra a la semana), le cobramos una minucia por el secretario y, en suma, mi buen amigo, exprimimos a B. por todas partes y sacamos una buena tajada. ¡Ja, ja, ja! De hecho, ese coche y ese caballo pura sangre los paga B., ¡ja, ja, ja! —A Jonas la broma le pareció graciosísima. Era el humor que a él le gustaba—. Además, ofrecemos renta vitalicia al precio y en las condiciones más ventajosas del mercado, y la compran todas las ancianas y caballeros del país. ¡Ja, ja, ja! Y lo bueno es que la pagamos... tal vez. ¡Ja, ja, ja!

—Pero eso implica una responsabilidad —dijo Jonas con aire dubitativo.

—Yo me hago cargo de toda —dijo Tigg Montague—. Heme aquí, responsable de todo. ¡La única persona responsable en la empresa! ¡Ja, ja, ja! Y luego están los seguros de vida sin préstamo, las pólizas normales. Muy provechosas, muy cómodas. Dinero contante y sonante, ya sabe; un año tras otro. ¡Muy divertido!

—Pero cuando empiecen a vencer... —observó Jonas—; todo esto está muy bien, ahora que la compañía está empezando, pero cuando los que han contratado las pólizas empiecen a morir... eso es lo que me preocupa.

—Al principio, mi querido amigo —dijo Montague—, para mostrarle lo acertado de su razonamiento, tuvimos un par de desafortunados fallecimientos que nos dejaron sólo con un piano de cola.

—¿Que les dejaron sólo con qué? —gritó Jonas.

—Le doy mi palabra de honor más sagrada —dijo Tigg Montague— de que tuve que empeñar todos mis bienes y me quedé solo en el mundo con un piano de cola. Y además era un piano de cola vertical, así que ni siquiera podía sentarme en él. Pero, mi querido amigo, nos recuperamos. Esa misma semana contratamos tantas pólizas nuevas (con una generosa comisión para los abogados, por cierto) que nos recuperamos enseguida. Cuando quiera que nos hundamos de verdad, como acaba de señalar que podría ocurrir algún día, entonces —terminó la frase con un susurro tan bajo que sólo se oyó una expresión de forma imperfecta, que sonó como «en polvorosa».

—¡Caramba, y lo dice con todo el descaro! —dijo Jonas, rendido de admiración.

—¡Un hombre puede permitirse ser descarado, amigo mío, si a cambio consigue oro! —gritó el presidente, con una risotada que lo estremeció de pies a cabeza—. ¿Cenará conmigo mañana?

—¿A qué hora? —preguntó Jonas.

—A las siete. Aquí tiene mi tarjeta. Llévase los documentos. ¡Preveo que se asociará usted con nosotros!

—No se lo puedo asegurar —dijo Jonas—. Antes tengo que comprobar muchas cosas.

—Compruebe usted —dijo Montague, dándole un palmadita en la espalda— todo lo que quiera y lo que le parezca bien. Pero se asociará con nosotros, estoy convencido. Ha nacido para esto. ¡Bullamy!

El chaleco apareció, obediente a la llamada y a la campanilla. Al recibir el encargo de acompañar al señor Jonas a la puerta, se puso delante de él y gritó como de costumbre:

—¡Con permiso, con permiso! ¡Caballeros del Salón de Juntas, con permiso!

Cuando el señor Montague se quedó solo, estuvo pensando unos momentos y luego dijo alzando la voz.

—¿Está Nadgett en la oficina?

—Aquí está, señor.

Y entró enseguida, cerrando la puerta del Salón de Juntas a su espalda, con tanto cuidado como si fuese a planear un asesinato.

Era la persona encargada de hacer las averiguaciones. No era ningún mérito ni virtud de Nadgett que llevase a cabo todas sus gestiones para la Anglobengalí en secreto y con la más total discreción, pues había

nacido para ser un secreto. Era un anciano bajo, reseco y marchito, que parecía haber secretado su propia sangre, pues nadie habría dicho que tuviese más de un cuarto de litro en el cuerpo. Cómo se las arreglaba para vivir era un secreto, dónde vivía era un secreto, e incluso qué era era un secreto. En su mohosa cartera llevaba tarjetas de visita contradictorias: en unas decía ser vendedor de carbón, en otras vinatero, en otras comisionista, en otras recaudador y en otras contable, como si en realidad no conociera el secreto ni él mismo. Siempre tenía que verse con alguien en la City y la otra parte nunca acudía a la cita. Se pasaba horas sentado en la Bolsa, mirando a todos los que entraban y salían, y hacía lo mismo en Garraway's<sup>[105]</sup> y en otros cafés parecidos, donde se le veía a veces secar un pañuelo muy mojado delante del fuego y mirar por encima del hombro en busca del hombre que nunca aparecía. Estaba mohoso, raído y desgastado; siempre tenía pelusa en las piernas y en la espalda y guardaba la ropa interior tan en secreto, tapándose y abotonándose, que habría podido no tenerla... y tal vez no la tuviese. Llevaba un guante de piel de castor sucio, que balanceaba en el dedo índice mientras andaba o cuando se sentaba, pero incluso su compañero era un secreto. Había quien decía que se había declarado en quiebra, otros que desde niño estaba enredado en un pleito sobre el que aún no se había dictado sentencia, pero todo era un secreto. Llevaba en el bolsillo trocitos de cera de sellar y un sello jeroglífico de cobre, y a menudo escribía cartas en los reservados de esos lugares de encuentro de los que hemos hablado, pero no parecía que se las enviara a nadie, pues se las guardaba en un bolsillo secreto del abrigo y se las entregaba a sí mismo semanas después, muy amarillentas para su sorpresa. Era de esos hombres que, tanto si hubiese muerto dejando un millón como dos peniques y medio, a nadie le habría extrañado y todos habrían dicho que era justo lo que imaginaban. Y, no obstante, pertenecía a una clase, una raza peculiar de la City, que son un secreto para ellos mismos igual que para el resto de la humanidad.

—Señor Nadgett —dijo Montague, copiando la dirección de Jonas Chuzzlewit en un trozo de papel de la tarjeta que aún seguía sobre la mesa—, me gustaría saber todo lo posible sobre este señor. Sea lo que sea. Tráigame todo lo que pueda averiguar. Pero tráigamelo a mí, señor Nadgett.

Nadgett se puso las gafas y leyó el nombre con atención; luego miró al presidente por encima de las gafas e inclinó la cabeza; después se las quitó, las guardó en el estuche y se metió el estuche en el bolsillo. Hecho lo cual miró sin las gafas el papel que tenía delante y al mismo tiempo sacó la cartera de algún sitio cercano a la columna vertebral. Aunque era muy grande, estaba repleta de documentos, pero encontró un sitio para este, y después de cerrarla con cuidado la dejó con una especie de solemne juego de manos en la misma región donde estaba antes.

Se marchó con otra inclinación de cabeza y sin decir palabra, abriendo la puerta no más de lo necesario para salir y cerrándola con tanto cuidado como al entrar. El presidente de la Junta dedicó lo que quedaba

de mañana a estampar su firma en generosa aceptación de diversas propuestas de compra de renta vitalicia y contratación de seguros. La compañía prosperaba porque no paraban de llegar.

## Capítulo XXVIII. El señor Montague en casa. Y el señor Jonas Chuzzlewit en casa

Había muchas y muy poderosas razones para que Jonas Chuzzlewit se sintiese predispuesto a favor del plan que con tanto desparpajo le había expuesto quien lo había ideado, pero tres destacaban por encima de las demás. En primer lugar, se podía ganar dinero. En segundo, el dinero tenía un encanto peculiar porque se obtenía con gran sagacidad a costa de otras personas. En tercero, requería mucha distinción y ostentación, pues una junta es una institución imponente en sí misma, y un director un hombre poderoso. «Sacar buenos beneficios, tener a mucha gente a quien dar órdenes y relacionarse con la verdadera buena sociedad por un único y mismo medio, y tenerlo todo al alcance de la mano, no es mala perspectiva», pensó Jonas. Estas últimas consideraciones sólo se veían superadas por su avaricia, pues, como era consciente de que no había nada en su físico, comportamiento, carácter o actos que inspirase respeto, estaba sediento de poder y era, en el fondo, tan tirano como cualquier conquistador laureado de la historia.

No obstante, decidió proceder con astucia y cautela, y poner mucho cuidado en observar el refinamiento del establecimiento privado del señor Montague. Pues a este superficial bellaco no se le ocurrió pensar que eso era precisamente lo que quería o no lo habría invitado cuando aún no había tomado una decisión, del mismo modo en que la posibilidad de que ese genio lo superara en todos los sentidos no pudo penetrar en su vanidad ni por el hueco de la punta de una aguja. Había dicho, desde el principio, que Jonas era demasiado listo para él; y Jonas, que habría sido lo bastante inteligente para no creer ninguna otra cosa, aunque se lo hubiese jurado solemnemente, lo creyó a partir de ese instante.

Con mano temblorosa, y un estúpido intento de jactancia, llamó a la puerta de su nuevo amigo de Pall Mall cuando llegó la hora convenida. El señor Bailey respondió al instante. No estuvo nada altanero y se mostró dispuesto a reconocer a Jonas, pero Jonas lo había olvidado.

—¿Está en casa el señor Montague?

—Yo diría que sí y esperando la cena —dijo Bailey, con la desenvoltura de un antiguo conocido—. ¿Va a subir con el sombrero puesto, o prefiere dejarlo aquí? —El señor Jonas prefirió dejar el sombrero—. El mismo viejo nombre de siempre, ¿no? —dijo muy sonriente Bailey. El señor Jonas lo miró, con muda indignación—. ¿Qué pasa, no recuerda a la vieja mamá Todgers? —dijo el señor Bailey, haciendo sus movimientos favoritos con las rodillas y las botas—. ¿No recuerda que lo anuncié a las señoritas cuando fue usted a cortejarlas? Vaya un sitio mugriento,

¿verdad? Los tiempos cambian, ¿eh? ¡Caramba, cómo ha prosperado usted!

Sin darle tiempo a que agradeciese su cumplido, acompañó arriba al visitante y, después de anunciarlo, se retiró guiñándole el ojo con complicidad.

El piso inferior de la casa lo ocupaba un próspero comerciante, pero el señor Montague tenía toda la parte superior, y era verdaderamente espléndida. La sala en que recibió a Jonas era espaciosa y elegante, amueblada con extremada magnificencia, decorada con cuadros, copias de los antiguos en mármol y alabastro, jarrones de porcelana, airoso espejos, rojos cortinajes de seda de la mejor calidad, molduras doradas, lujosos sofás, relucientes vitrinas incrustadas con maderas preciosas y toda clase de costosos juguetes en negligente abundancia. Los únicos comensales, aparte de Jonas, eran el médico, el director interino y otros dos caballeros a quienes Montague presentó como es debido.

—Mi querido amigo, me encanta volver a verlo. Creo que ya conoce usted a Jobling, ¿no?

—Eso creo —dijo el médico encantado, adelantándose para estrecharle la mano—. Creo haber tenido el honor. Señor mío, tiene usted muy buen aspecto. ¿Se encuentra bien? ¡Así me gusta!

—Señor Wolf —dijo Montague, en cuanto el médico le permitió presentar a los otros dos—, el señor Chuzzlewit. Señor Pip, el señor Chuzzlewit.

Ambos caballeros se alegraron mucho de tener el honor de conocer al señor Chuzzlewit. El médico se llevó a Jonas aparte y le susurró, tapándose la boca con la mano:

—Hombres de mundo, mi querido señor, hombres de mundo. ¡Ejem! El señor Wolf... personalidad literaria, no vaya usted diciéndolo por ahí... un periódico semanal muy inteligente... ¡oh, mucho! El señor Pip... hombre de teatro... vale la pena conocerlo, ¡oh, mucho!

—Bien —dijo Wolf, cruzándose de brazos y continuando una conversación que había interrumpido la llegada de Jonas—. Y ¿qué dijo lord Nobley?

—¡Caramba! —replicó Pip, con una palabrota—, no supo qué decir. Que me parta un rayo, señor, si no se quedó tan mudo como una esfinge. Pero ¡ya sabemos lo buen tipo que es Nobley!

—¡El mejor tipo del mundo! —exclamó Wolf—. No hace ni una semana que Nobley me dijo: «¡Por Dios, Wolf, tengo rentas y, si hubiese ido usted a la universidad, que me aspen si no lo habría metido a cura!».

—Típico de él —dijo Pip, con otra palabrota—. ¡Y lo habría hecho!

—No me cabe la menor duda —dijo Wolf—. Pero ibas a contarnos...

—¡Ah, sí! —exclamó Pip—. Claro. Al principio se quedó mudo, callado, sin palabras, señor... pero al cabo de un minuto le dijo al duque: «Ahí está Pip. Pregunte usted a Pip. Pip es amigo de los dos. Pregúntele a Pip. Él lo sabe». «¡Diablos! —dijo el duque—. Pues se lo preguntaré a Pip. Vamos, Pip. ¿Es patizamba o no es patizamba? ¡Hable!» «Lo es, excelencia, ¡por lord Harry!», respondí. «¡Ja, ja, ja! —se rió el duque—, pues claro que sí. Bravo, Pip. Bien dicho, Pip. Que me parta un rayo si no es usted como un as en la manga. Apúnteme entre sus visitas elegantes, siempre que venga a la ciudad, Pip». Y así lo he hecho, hasta hoy.

La conclusión de esta historia causó un gran placer que no disminuyó un ápice con el anuncio de la cena. Jonas pasó al comedor, con su distinguido anfitrión, y se sentó a la mesa entre este individuo y su amigo el médico. Los demás ocuparon sus asientos como si conocieran las costumbres de la casa y todos hicieron honores a la cena.

Fue de lo mejor que el dinero (o el crédito, da igual cuál de los dos) puede pagar. Los platos, los vinos y la fruta eran de lo más selecto. Todo se sirvió con elegancia. La bandeja era impresionante. El señor Jonas estaba inmerso en el cálculo del valor de este objeto cuando su anfitrión lo interrumpió:

—¿Una copa de vino?

—¡Oh! —dijo Jonas, que había tomado ya varias—. ¡Cuántas usted quiera! Es demasiado bueno para rechazarlo.

—¡Bien dicho, señor Chuzzlewit! —gritó Wolf.

—¡Por mi alma, el ocurrente Tom! —dijo Pip.

—Desde luego, eso... ¡ja, ja, ja! —observó el médico, soltando por un instante el cuchillo y el tenedor y regresando otra vez atropelladamente a su labor—, ¡eso es epigramático, mucho!

—Espero que se encuentre usted más o menos cómodo —le dijo Tigg en un aparte a Jonas.

—¡Oh, no tiene de qué preocuparse! —replicó él—. ¡Estoy de maravilla!

—Pensé que era mejor no dar un banquete —dijo Tigg—. ¿No opina igual?

—Vaya, y ¿cómo llama usted a esto? —replicó Jonas—. No irá a decirme que cena así todos los días, ¿verdad?

—Mi querido amigo —dijo Montague, encogiéndose de hombros—, todos los días de mi vida, siempre que ceno en casa. Este es mi estilo corriente. No valía la pena salirse de lo habitual por usted. Se habría dado cuenta enseguida. «¿Darás una fiesta?», dijo Crimple. «No, no la daré —respondí—. ¡Que vea cómo somos al natural!»

—¡Dios!, al natural —dijo Jonas, contemplando la mesa—. Esto no lo regalan.

—Pues para serle sincero, la verdad es que no —replicó Tigg—. Pero me gusta. Es como gasto yo el dinero.

Jonas respondió con gesto incrédulo:

—¿Ah, sí?

—Cuando se asocie con nosotros, ¿no se deshará de su parte de los beneficios del mismo modo? —dijo Tigg.

—De un modo muy diferente —replicó Jonas.

—Bueno, no le falta razón —dijo Tigg, con candor infantil—. No tiene por qué. No es obligatorio. En cada compañía tiene que haber alguien que lo haga para conservar los contactos, pero como a mí me gusta yo me encargaré. Espero que no le importe disfrutar de una cena costosa a expensas de otro, ¿no?

—Ni lo más mínimo —dijo Jonas.

—Entonces ¿no le molestará cenar a menudo conmigo?

—¡Ah! —dijo Jonas—. No me molestará. Al contrario.

—Y yo me comprometo a no hablarle de negocios cuando estemos bebiendo vino —dijo Tigg—. ¡Oh, qué astuto ha sido usted esta mañana! Tengo que contárselo. Ellos lo entenderán. Pip, amigo, tengo que contarte una historia espléndida de mi amigo Chuzzlewit, que es el perro más viejo que conozco: ¡palabra de honor que es el perro más viejo que conozco, Pip!

Pip soltó un espantosa palabrota y dijo que estaba seguro, y, cuando Tigg contó la anécdota, todos la recibieron con ruidosos aplausos, como si fuese una prueba irrefutable de la grandeza del señor Jonas. Pip, llevado por el natural espíritu de emulación, contó también varias anécdotas propias; y Wolf para no quedarse atrás, recitó los puntos principales de un par de artículos divertidísimos que estaba escribiendo. Estas lucubraciones, que como él mismo dijo, eran de tono subido, recibieron el beneplácito general, y todos coincidieron en que eran muy agudas.



—Hombres de mundo, mi querido amigo —le susurró Jobling a Jonas—, ¡auténticos hombres de mundo! Para un profesional como yo, es muy estimulante relacionarse con gente así. No sólo es agradable, y nada puede serlo más, sino provechoso desde el punto de vista filosófico. ¡Es carácter, mi querido señor, carácter!

Resulta tan placentero ver cómo se valora el verdadero mérito, con independencia de la clase social, que la armonía general del grupo se vio sin duda favorecida al saber que los dos hombres de mundo eran muy apreciados en la alta sociedad y entre los valientes defensores del país, en el ejército y la marina, pero sobre todo en el primero. La más trivial de sus anécdotas tenía a un coronel como protagonista; los lores abundaban tanto como las blasfemias, e incluso la sangre real corría por el fangoso canal de sus recuerdos personales.

—Me temo que el señor Chuzzlewit no lo conoce —dijo Wolf, en referencia a cierto personaje de ilustre linaje, que había aparecido previamente en una de esas reminiscencias.

—No —dijo Tigg—. Pero debemos presentarle a gente así.

—Le gustaba mucho la literatura —observó Wolf.

—¿Ah, sí? —dijo Tigg.

—Sí; leyó mi periódico con regularidad muchos años. ¿Sabía que, de vez en cuando decía alguna cosa buena de él? Le preguntaba a cierto vizconde, que es amigo mío, Pip lo conoce: «¿Cómo se llama el director, cómo se llama el director? Wolf, ¿eh? Pues ese Wolf tiene buenos dientes. Habrá que alejarlo de nuestra puerta, como dice el proverbio<sup>[106]</sup> ». Estuvo muy bien, Y, como me pareció elogioso, lo imprimí.

—¡Vaya un tipo el vizconde! —exclamó Pip, que se inventaba una nueva palabrota introductoria a todo lo que decía—. ¡Vaya un tipo! Se presentó una noche en mi casa para acompañarla a ella, un poco alegre, pero no demasiado, y dijo: «¿Dónde está Pip? Quiero ver a Pip. Tráiganme a Pip». «¿A qué viene tanto alboroto, señor?» «¡Shakespeare es un auténtico farsante, Pip! ¿Para qué sirve Shakespeare, Pip? Yo nunca lo leo. ¿De qué diablos se trata, Pip? Hay muchos pies en los versos de Shakespeare, pero ninguna pierna que valga la pena en sus obras de teatro, ¿no, Pip? Julieta, Desdémona, *lady Macbeth* y las demás, como quiera que se llamen, lo mismo podrían no tener piernas por lo que al público se refiere, Pip. Para los espectadores son como la señorita Biffins<sup>[107]</sup>, Pip. Te diré lo que pasa. Lo que la gente llama poesía dramática no es más que una colección de sermones. Y ¿acaso voy al teatro para que me sermoneen? No, Pip. Si quisiera eso, iría a la iglesia. ¿Cuál es el verdadero objeto del teatro, Pip? La naturaleza humana. Y ¿qué son las piernas? Naturaleza humana. Pues ¡que enseñen más las

piernas, Pip, y yo te apoyaré, amigo!» Y me enorgullece decir —añadió Pip— que me apoyó, y con la mayor generosidad.

Ahora que estaban conversando en general, le preguntaron al señor Jonas qué opinaba él de este asunto y, como se mostró totalmente de acuerdo con el señor Pip, ese caballero se quedó muy complacido. De hecho, Wolf y él tenían tanto en común con Jonas, que estuvieron muy amables, y entre su creciente amistad y los vapores del vino, Jonas se puso locuaz.

En el caso de una persona así no hay que deducir que cuanto más locuaz más agradable; al contrario, sus méritos tal vez destacan en mayor medida cuando guarda silencio. Convencido de que la única manera que tenía de estar a la altura de los demás era haciendo gala de esa agudeza e inteligencia por la que le habían alabado, Jonas hizo gala de esa facultad cuanto pudo, y fue tan agudo y profundo que se extravió en su propia profundidad y se cortó los dedos con sus propias herramientas.

Una peculiaridad de su carácter consistía en exhibir sus cualidades a expensas de su anfitrión. Y, mientras bebía los vinos espumosos, y los tomaba con monstruosa profusión, procedió a ridiculizar la misma extravagancia que había puesto tan costosa comida en su plato. Incluso en una mesa tan informal, y en tan dudosa compañía, esto podría haber sido un experimento desafortunado, pero Tigg y Crimple, que estudiaban a su hombre para entenderlo a fondo, dejaron que se tomase cuantas libertades quisiera, sabedores de que cuantas más tomase más convendría a su propósito. Y, cuando el torpe estafador —simple como era a pesar de toda su fullería— creía estar enroscado igual que un erizo, y amenazándoles con sus púas más afiladas, en realidad estaba revelando sus partes más vulnerables a la atenta mirada de los dos socios.

Fuese porque los dos caballeros que tanto habían contribuido a los conocimientos filosóficos del médico (a propósito, después de beber la cantidad de vino habitual, el médico se marchó discretamente) habían recibido instrucciones claras del anfitrión, o porque las dedujeron de lo que vieron y oyeron, ambos interpretaron muy bien su papel. Solicitaron el honor de conocer mejor a Jonas, confiaron en que tendrían el placer de presentárselo a la alta sociedad en la que estaba destinado a brillar con luz propia, y le informaron, de forma muy amistosa, de que las ventajas de sus respectivas empresas estaban a su entera disposición. En una palabra, le dijeron: «¡Sé uno de nosotros!». Y Jonas respondió que les estaba infinitamente agradecido y que lo sería, y añadió para sus adentros que mientras «ellos pagasen la cuenta» era lo mejor que podía hacer.

Después del café, que se sirvió en el salón, hubo un breve interludio de conversación (cuyo peso recayó sobre todo en Pip y en Wolf) bastante picante y especiada. Cuando decayó, Jonas intervino y demostró su buen humor alabando el mobiliario, preguntando si lo habían comprado y

cuánto costaba cada objeto, y otras cosas por el estilo. Al hacerlo creyó ser implacable con Montague y estar dejándole muy claro su propia brillantez.

Un poco de ponche de champán procuró un nuevo aunque pasajero estímulo a la diversión de la velada. Pues, después de conducir a ciertas ruidosas observaciones, que apenas resultaron inteligibles, concluyó con la tambaleante partida de los dos caballeros mundanos y el adormecimiento de Jonas en uno de los sofás.

Como no pudieron hacerle entender dónde se hallaba, el señor Bailey recibió órdenes de llamar un coche de alquiler y llevarlo a casa, para lo cual el joven caballero se despezó de un incómodo sueño en el vestíbulo, pues eran casi las tres en punto de la madrugada.

—¿Crees que ha mordido el anzuelo? —susurró Crimple, mientras él y su socio lo observaban desde el otro extremo de la sala.

—¡Sí! —dijo Tigg en el mismo tono—. Puede que lo hayamos enganchado con un arpón muy sólido. ¿Ha venido Nadgett?

—Sí. Salí a recibirlo. Al oír que tenías compañía se marchó.

—¿Por qué?

—Dijo que volvería por la mañana antes de que te levantas.

—Dile que no lo olvide y envíalo a mi habitación. ¡Chis! ¡Aquí viene el chico! Bueno, señor Bailey, lleve a casa a este caballero, y asegúrese de que llega sano y salvo. ¡Eh! ¡Oiga, Chuzzlewit, hola!

Lo incorporaron con cierta dificultad y lo ayudaron a bajar las escaleras, le pusieron el sombrero y lo metieron a trompicones en el coche. Después de cerrar la portezuela, el señor Bailey subió al pescante con el cochero y se fumó un cigarro con especial deleite, pues la misión que le habían encomendado tenía un carácter jovial y deportivo muy de su gusto.

Al llegar a su debido tiempo a la casa de la City, el señor Bailey se apeó de un salto y expresó la alegre naturaleza de sus sentimientos con un aldabonazo como no se había oído en ese barrio probablemente desde el gran incendio de Londres. Al retroceder para observar el efecto de semejante proeza, vio que una luz tenue que había visto en una ventana de arriba desaparecía y bajaba por las escaleras. Para saber de antemano quién portaba la palmatoria, el señor Bailey volvió a acercarse a la puerta y se asomó al ojo de la cerradura.

Era la joven alegre en persona. Pero ¡triste y extrañamente cambiada! Tan cariacontecida, desanimada, vacilante y temerosa, tan sojuzgada,

humillada y quebrantada que se habría sorprendido menos si la hubiese visto inmóvil en su ataúd.

Dejó la luz en un gancho del vestíbulo, se puso la mano en el corazón, en los ojos y en la cabeza febril. Luego fue hacia la puerta con pasos tan rápidos que el señor Bailey perdió el dominio de sí mismo y cuando abrió aún seguía con el ojo donde antes estaba la cerradura.

—¡Ajá! —dijo el señor Bailey con un esfuerzo—. ¿Conque aquí está, eh? ¿Qué le ocurre? ¿No se encuentra bien?

A pesar de su perplejidad, al reconocerlo con su nueva ropa, su antigua sonrisa retornó hasta tal punto al rostro de la joven que Bailey se alegró. Pero un momento después volvió a entristecerse y Bailey vio lágrimas en sus pobres ojos apagados.

—¡No se asuste! —dijo Bailey—. No pasa nada. He traído a casa al señor Chuzzlewit. No está enfermo. Sólo un poco achispado, ya me entiende.

El señor Bailey giró sobre sus botas, para expresar embriaguez.

—¿Viene de casa de la señora Todgers? —preguntó Merry, temblorosa.

—¡Todgers, bendita sea! ¡No! —gritó el señor Bailey—. Ya no tengo nada que ver con Todgers. Hace mucho que rompí ese vínculo. Ha cenado con mi patrón en el West End. ¿No sabía que iba a venir a vernos?

—No —dijo ella con voz desmayada.

—¡Ah, sí! Somos gente muy encopetada, créame. No salga o pescará un resfriado. ¡Yo lo despertaré! —Y el señor Bailey, expresando con su actitud una total confianza en que, si hacía falta, podría cargar con él auestas, abrió la portezuela del coche, colocó los escalones y, dándole una sacudida a Jonas, gritó—: ¡Hemos llegado, perla! ¡A levantarse tocan!

Jonas se había recuperado lo bastante para responder a esa petición y bajar trastabillando del coche con gran peligro para el señor Bailey. Una vez en la acera, el señor Bailey lo apuntaló primero por delante y luego lo sujetó con destreza por detrás, y una vez estabilizado lo ayudó a entrar en la casa.

—Vaya usted delante con la luz —le pidió a la señora Jonas— y nosotros la seguiremos. No tiemble usted así. No le hará daño. Cuando bebo más de la cuenta, tengo muy buen natural.

Ella pasó delante, y su marido y Bailey, apoyados el uno en el otro y golpeándose en las paredes, llegaron por fin al salón del primer piso, donde Jonas se desplomó en una silla.

—¡Ahí lo tiene! —dijo el señor Bailey—. ¡No tiene por qué llorar, bendita sea! Ya está mejor. ¡Más derecho que una vela!

La malcarada bestia, con la ropa desastrada, el rostro abotargado y el cabello despeinado, se sentó parpadeando y moviendo los ojos estúpidos hasta que, poco a poco, empezó a ser consciente de donde se encontraba, reconoció a su mujer y la amenazó con el puño.

—¡Ah! —gritó el señor Bailey, alargando los brazos con súbita emoción—. ¡Como! ¿Así que es cruel? ¡Cómo osa! ¡No se atreva!

—¡Por favor, váyase! —dijo Merry—. Bailey, mi buen muchacho, váyase a casa. ¡Jonas! —añadió, poniéndole la mano en el hombro e inclinando la cabeza—: ¡Jonas!

—¡Mírala! —gritó Jonas, apartándola con el brazo—. ¡Mírala! ¡Mírala a ella! ¡Una ganga para cualquier hombre!

—¡Querido Jonas!

—¡Querido demonio! —replicó él con un gesto feroz—. ¡Bonito lastre para estar atado a él toda la vida, gata chillona de cara pálida! ¡Quítate de mi vista!

—Sé que no hablas en serio, Jonas. No lo dirías si estuvieses sobrio.

Con fingida alegría le dio a Bailey una moneda y volvió a implorarle que se fuese. Sus ruegos fueron tan sentidos que el muchacho no tuvo valor de quedarse. Aunque se detuvo al pie de las escaleras y escuchó.

—¡Que no lo diría si estuviese sobrio! —replicó Jonas—. Sabes que no es verdad. ¿Acaso no te lo digo cuando lo estoy?

—¡Muy a menudo, sí! —respondió ella entre lágrimas.

—¡Escucha! —gritó Jonas, dando una patada en el suelo—. Una vez me obligaste a soportar tu malhumor y, Dios, ahora haré que soportes tú el mío. Siempre me prometí que lo haría. Para eso me casé contigo. ¡Yo te enseñaré quién es el amo y quién la esclava!

—¡El cielo sabe lo obediente que soy! —dijo la joven sollozando—. ¡Más de lo que imaginé serlo nunca!

Jonas se rió con ebria exultación.

—¡Vaya!, empiezas a darte cuenta, ¿eh? ¡Ten paciencia y pronto lo comprobarás! Los grifos tienen garras, niña. Pienso devolverte, multiplicados por cien, hasta el último desaire que me hiciste, todas las bromitas que me gastaste y todas las insolencias que me dijiste. O ¿para qué crees que me casé? ¡Casarme yo contigo! —dijo con tosco

desprecio. Pudo haberlo ablandado oírle cantar de todo corazón para volver a ganárselo un fragmento de una canción que él decía que le gustaba—. ¡Ajá! —dijo—, estás sorda, ¿eh? No me oyes, ¿eh? Pues tanto mejor para ti. Te odio. Me odio a mí mismo por haber sido tan estúpido de echarme semejante fardo encima sólo por tener el placer de pisotearlo cuando me apetezca. Mi situación ha mejorado y podría casarme casi con quien quisiera. Pero no lo haría; me quedaría soltero. Mejor estar soltero con los amigos que tengo. Y aquí estoy, en cambio, atado a ti como un crío. ¡Bah! ¿Por qué asomas esa cara pálida cada vez que llego a casa? ¿Es que nunca voy a poder olvidarte?

—¡Qué tarde se ha hecho! —dijo ella alegremente, y abrió los postigos después de un momento de silencio—. ¡Es de día, Jonas!

—¡Qué más me da que sea de día o de noche! —fue su amable respuesta.

—Pero la noche ha pasado muy deprisa. No me importa esperarte despierta.

—¡Vuelve a esperarme, si te atreves! —gruñó Jonas.

—He estado leyendo —prosiguió ella— toda la noche. Empecé cuando te fuiste y he estado leyendo hasta que has vuelto. ¡Qué historia tan rara, Jonas! Y el libro dice que es verdadera. Mañana te la contaré.

—Verdadera, ¿eh? —dijo obcecado Jonas.

—Eso dice el libro.

—¿Dice algo de un hombre decidido a conquistar a su mujer, a quebrantar su espíritu, doblegar su genio, aplastar sus sentimientos como cáscaras de nuez... e incluso matarla? —preguntó Jonas.

—No. Ni una palabra —respondió ella atropelladamente.

—¡Ah! —replicó él—. Pues esa sí que será muy pronto una historia verdadera, aunque el libro no lo diga. Ya veo que es falso. Un libro apropiado para una lectora mentirosa. Pero estás sorda. Lo olvidaba.

Hubo otro momento de silencio; y el joven estaba a punto de marcharse sin hacer ruido cuando oyó los pasos de ella y se detuvo. Le pareció que la muchacha se había acercado a su marido y que le hablaba con cariño, diciéndole que se sometería a él en todo y que le consultaría sus deseos y los obedecería, y que podrían ser muy felices si él era amable con ella. Jonas respondió con una imprecación y...

¿No con un golpe? Sí. La cruda verdad contra un villano rastrero: con un golpe.

No se oyeron gritos de enfado, ni ruidosos reproches. Hasta sus llantos y sus sollozos quedaron ahogados por el modo en que ella se aferró a él

y se limitó a repetir, con el corazón destrozado: «¿Cómo podía, cómo podía, cómo podía...?», hasta que las lágrimas impidieron entender lo que decía.

¡Oh, mujer, amada de Dios en el antiguo Jerusalén! Si queremos ser los mejores tenemos que perdonar tus defectos, aunque sólo sea porque el castigo que sufra tu naturaleza se alzaría como irrefutable testimonio contra nosotros el Día del Juicio.

## Capítulo XXIX. En el que unos son precoces, otros profesionales y otros misteriosos; cada cual a su manera

Puede que fuese el inquietante recuerdo de lo que había visto y oído esa noche, o tal vez una operación mental tan sencilla como descubrir que no tenía nada que hacer, lo que hizo que el señor Bailey se sintiese particularmente inclinado, a la tarde siguiente, a disfrutar de compañía agradable y a hacerle una visita a su amigo Poll Sweedlepipe.

Cuando la campanilla anunció clamorosamente la proximidad de un visitante (pues el señor Bailey empujó la puerta con mucho ímpetu para que sonase lo más posible) Poll Sweedlepipe dejó de contemplar a su lechuga favorita y dio a su joven amigo una cordial bienvenida.

—Caramba, estás más elegante de día —dijo Poll— que a la luz de las velas. Nunca había visto a un joven tan apuesto.

—Pues sí, Polly. ¿Qué tal nuestra hermosa amiga Sarah?

—¡Oh, muy bien! —dijo Poll—. Está en casa.

—La que tuvo retuvo, Poll —observó el señor Bailey con amable indiferencia.

«¡Oh! —pensó Poll—; es como un viejo. ¡Parece que sea muy viejo!»

—Aunque tenga demasiada miga de pan, tú ya me entiendes —dijo el señor Bailey—, es demasiado gorda, Poll. Pero las hay que están mucho peor a su edad.

«¡Hasta la lechuga está abriendo los ojos! —pensó Poll—, y no me extraña teniendo en cuenta lo que dice». Lo había sorprendido afilando las navajas, que estaban abiertas y alineadas, y una enorme badana colgaba de la pared. Al ver esos preparativos, el señor Bailey se frotó la barbilla, y pareció ocurrírsele una idea.

—Poll —dijo—, no tengo muy pulcras las agallas. Ya que estoy aquí, aprovecharé para afeitarme.

El barbero se quedó espantado pero el señor Bailey se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y se sentó en el sillón del barbero con mucha confianza y dignidad. Era imposible resistírsele. El tacto y la vista no servían de nada. Tenía la barbilla tan lisa como un huevo recién puesto o como un queso holandés, pero Poll Sweedlepipe no se habría atrevido a negar, en una declaración judicial, que tenía la barba de un rabino judío.



—No vayas a contrapelo, por favor —dijo el señor Bailey arrugando la cara para recibir la espuma. Haz lo que quieras con las patillas. Me da igual.

El tímido barbero se quedó mirándolo con la brocha y el plato de enjabonar en la mano, dando vueltas y vueltas en una absurda incertidumbre, como si desde el principio lo hubiese incapacitado una especie de fascinación. Al fin se abalanzó contra la mejilla del señor

Bailey. Luego volvió a detenerse, como si la sombra de barba hubiese retrocedido de pronto al tocarlo. Pero al recibir ciertos ánimos por parte del señor Bailey que le espetó: «Adelante y a vencer», lo enjabonó generosamente. El señor Bailey sonrió complacido entre la espuma.

—Cuidado con los baches, Poll. Pasa de puntillas por las espinillas.

Poll Sweedlepipe obedeció y le quitó la espuma con sumo cuidado. El señor Bailey entornaba los ojos con cada pasada, mientras él la depositaba en una tela que llevaba sobre el hombro izquierdo, y parecía detectar en ella, con mirada microscópica, algunos pelos, pues murmuró más de una vez: «Más rojos de lo que quisiera, Poll». Concluida la operación, Poll dio un paso atrás y volvió a mirarlo, mientras el señor Bailey, limpiándose la cara en la toalla de rodillo, observaba que «después de trasnochar, nada renovaba tanto a un hombre como un buen afeitado».

Estaba sin chaqueta anudándose la corbata delante del espejo mientras Poll limpiaba la navaja y la preparaba para el siguiente cliente, cuando la señora Gamp bajó por las escaleras y se asomó a la puerta de la barbería para desearle al barbero buenos días. Compadeciéndose de la desdichada situación en que se encontraba al haber concebido por él un afecto que, por la misma naturaleza de las cosas, no estaba en su mano corresponder, el señor Bailey se apresuró a consolarla con unas palabras amables.

—¡Anda —dijo—, Sarah! No hace falta que le pregunte cómo le ha ido, porque está usted esplendorosa. Lozana y floreciente<sup>[108]</sup>, ¿verdad Polly?

—¡Vaya un descarado el de este muchacho! —gritó complacida la señora Gamp—. ¡Menudo gorrioncillo impertinente está hecho! ¡No querría ser su madre ni así me pagaran cincuenta libras!

El señor Bailey consideró esto una delicada confesión de su afecto, y un indicio de que ninguna ganancia pecuniaria podría consolarla de su desengaño. Se sintió halagado. El afecto desinteresado siempre es halagador.

—¡Ay! —se quejó la señora Gamp, desplomándose en el sillón del barbero—. Ese bendito de la taberna El Toro, señor Sweedlepipe, me ha hecho la vida imposible. De todos los enfermos de este *baile* de lágrimas, este supera con mucho a todos los demás. —La señora Gamp y sus colegas de profesión tenían la costumbre de decir eso de todos sus pacientes, pues al mismo tiempo servía para desanimar a posibles competidoras y justificaba la necesidad de tratarlas bien—. ¡Que no me vengan a mí con *instituciones*! —observó—. Haría falta tener una *institución* de hierro para soportarlo. La señora Harris me dijo con mucha razón el otro día: «¡Oh, Sarah Gamp! ¿Cómo lo hace?». Y yo le respondí: «No confiamos en nosotras, sino que depositamos toda nuestra confianza en otra parte: en nuestra fe religiosa, y siempre

encontramos respuesta». «Sarah, así es la vida. ¡Que al mismo tiempo es el final de todo!», me dijo la señora Harris.

El barbero murmuró algo en voz baja, como para apuntar que la observación de la señora Harris, aunque tal vez no fuese tan inteligible como sería deseable viniendo de semejante autoridad, hacia idéntico honor a su cabeza y a su corazón.

—«Y heme aquí, teniendo que recorrer cuarenta kilómetros de distancia para una eventualidad tan incierta como cualquiera que haya podido acontecer en el transcurrir de los meses». Y la señora Harris, con un corazón de mujer y madre latiéndole en el pecho, me dijo: «¿No irás a marcharte, Sarah? ¡Dios te perdone!» «Y ¿por qué no iba a marcharme, señora Harris? —repliqué yo—. La señora Gill nunca se equivocó con los otros seis, ¿cree usted probable que vaya a confundirse ahora?, se lo pregunto como madre. Muchas veces le he oído decir al señor Gill que estaría dispuesto a apostar nueve peniques a que su mujer era más exacta que el Almanaque Moore al predecir el día y la hora. ¿Le parece a usted probable que vaya a equivocarse ahora?» Y la señora Harris respondió con lágrimas en los ojos: «No, señora, si la naturaleza sigue su curso, no. Pero usted sabe mejor que yo, con toda su experiencia, lo poco que basta para alterarnos. Un espectáculo de marionetas, la limpieza de una chimenea, un perro de Terranova, o un borracho que doble de pronto la esquina, podrían producir ese efecto». Y así es, señor Sweedlepipe —dijo la señora Gamp—, no se puede negar, y, aunque no tengo compromisos en toda la semana, le aseguro que me voy con el corazón angustiado, señor.

—¡Hay que ver cuánto celo! —dijo Poll—. Se preocupa usted demasiado.

—¡Que me preocupo! —exclamó la señora Gamp, alzando los brazos y poniendo los ojos en blanco—. Lo que ha dicho es cierto, aunque no vuelva a hablar hasta dentro de dos domingos. Siento más los sufrimientos ajenos que los míos, aunque nadie pueda imaginarlo. He traído tantos niños al mundo —dijo la señora Gamp— que, si todo se supiera y se diese crédito a quien lo merece, haría falta una semana entera para bautizarlos en la fuente de la catedral de San Pablo.

—¿Adónde va el paciente? —preguntó el señor Sweedlepipe.

—A Hertfordshire, su tierra natal. Aunque ni el aire ni todas las bondades de su tierra lo sanarán —observó la señora Gamp.

—¿Tan mal está? —preguntó entristecido el barbero—. ¿De verdad?

La señora Gamp movió la cabeza con gesto misterioso y frunció los labios.

—Hay fiebres del espíritu —dijo—, igual que del cuerpo. Puede tomar todas las sales que quiera, hasta salir volando por el aire con la *efebrescencia*, pero eso no lo curará.

—¡Ah! —dijo el barbero, abriendo los ojos y adoptando su expresión de cuervo—. ¡Señor!

—Puede usted acabar siendo tan ligero como un globo —dijo la señora Gamp—. Pero, si habla de ciertas cosas cuando duerme y cuando está mal de la cabeza, tendrá un peso en su espíritu.

—¿De qué cosas? —preguntó Poll, muy interesado y mordisqueándose las uñas nervioso—. ¿De fantasmas?

La señora Gamp, que tal vez se había dejado tentar ya más de lo que pretendía por la estimulante curiosidad del barbero, resopló elocuentemente por la nariz y dijo que no tenía importancia.

—Voy a ir con mi paciente en la diligencia esta tarde —prosiguió—. Me quedaré con él un día o dos, hasta que encuentre una enfermera en el campo (dichosas enfermeras de campo, por mucho que esas torpes descaradas conozcan su oficio); y luego volveré; y eso es lo que me preocupa, señor Sweedlepipe. Pero confío en que todo vaya bien y sin contratiempos mientras esté fuera. Después, como dice la señora Harris, la señora Gill puede elegir el momento que quiera: cualquier hora del día o de la noche me parecerá bien.

Mientras progresaban las anteriores observaciones, que la señora Gamp había dedicado exclusivamente al barbero, el señor Bailey se había anudado la corbata, se había puesto la chaqueta y había hecho unas muecas espantosas delante del espejo. Cuando la señora Gamp se dirigió a él en persona, se dio la vuelta y participó en la conversación.

—No habrá estado en la City desde que fuimos allí los tres, ¿verdad, señor? —preguntó la señora Gamp—. ¿En casa del señor Chuzzlewit?

—Pues sí, Sarah. Estuve anoche.

—¡Anoche! —exclamó el barbero.

—Sí, Poll, así es. O puedes decir que fue esta mañana, si quieres ser más preciso. Cenó con nosotros.

—¿Qué quiere decir este petimetre con eso de «nosotros»? —dijo la señora Gamp, con cierta impaciencia.

—Conmigo y con mi patrón, Sarah. Cenó en nuestra casa. Lo pasamos muy bien, Sarah. Tanto que tuve que llevarlo a casa en un coche de alquiler a las tres de la mañana. —El muchacho tuvo en la punta de la lengua el relato de lo que había sucedido después pero, al recordar la facilidad con que podría llegar a oídos de su amo, y las repetidas ocasiones en que el señor Crimple le había advertido de que «no cotillease», se contuvo y añadió tan solo—: Ella estaba esperándolo despierta.

—Pues, bien mirado —dijo con sequedad la señora Gamp—, no tendría que haberse fatigado de ese modo. ¿Parecían contentos, señor?

—¡Oh, sí! —respondió Bailey—. Bastante.

—Me alegro —dijo la señora Gamp, con otro elocuente resoplido.

—No llevan casados tanto tiempo —observó Poll, frotándose las manos—, como para no estarlo.

—No —dijo la señora Gamp con otro gesto elocuente.

—Sobre todo —prosiguió el barbero— cuando el caballero es tan amable como usted dice.

—Digo lo que veo, señor Sweedlepipe —dijo la señora Gamp—. ¡Dios no quiera lo contrario! Pero nunca se sabe lo que se oculta en el pecho de los demás; y, si tuviésemos ventanas de vidrio en él, ¡le aseguro que algunos tendríamos que tener cerradas las contraventanas!

—No querrá usted decir que... —empezó Poll Sweedlepipe.

—No —dijo cortándolo en seco la señora Gamp—. No. No vaya a pensarlo. Ni las torturas de la Santa *Incisión* bastarían para obligarme a admitirlo. Lo único que digo —añadió la buena mujer, poniéndose en pie y echándose el chal por encima— es que me esperan en la taberna El Toro y que el tiempo vuela.

El barbero tenía tanta curiosidad por ver al paciente de la señora Gamp que propuso al señor Bailey que la acompañaran hasta la taberna y fuesen a despedirla a la diligencia. El joven caballero aceptó y se fueron los tres juntos.

A llegar a la taberna, la señora Gamp (que se había puesto su último vestido de luto para el viaje) dejó a sus amigos esperando en el patio mientras ella subía al cuarto del enfermo, donde su colega la señora Prig lo estaba ayudando a vestirse.

Estaba tan consumido que parecía que los huesos fuesen a chocar unos con otros al moverlo. Tenía hundidas las mejillas y los ojos desmesuradamente grandes. Estaba sentado en la butaca más muerto que vivo y, cuando llegó la señora Gamp, movió los ojos lánguidos hacia la puerta con tanto esfuerzo como si su peso fuese una enorme carga.

—¿Qué tal estamos hoy? —preguntó la señora Gamp—. Tenemos muy buen aspecto.

—Pues eso es que tenemos mejor aspecto de como estamos en realidad —replicó la señora Prig, un tanto malhumorada—. Creo que nos hemos levantado con el pie izquierdo, pues estamos muy enfadados. Nunca he

visto un hombre igual. Si le hubiese dejado salirse con la suya, no se habría lavado.

—Me ha metido el jabón en la boca —dijo el desdichado paciente con voz débil.

—Y ¿no podía dejarla cerrada? —replicó la señora Prig—. ¿Quién cree que le va a lavar una parte de la cara y no otra y a gastarse la vista con otras cosas parecidas por media corona al día? Si quiere que lo mimen, tiene que pagarlo.

—¡Ay de mí! —gritó el paciente—. ¡Ay, ay, ay!

—¡Ahí lo tienes! —dijo la señora Prig—. Aunque no te lo creas, lleva portándose así desde que lo he levantado de la cama.

—En vez de estar agradecido —observó la señora Gamp— por todos nuestros desvelos. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

En ese momento la señora Prig sujetó al paciente por la barbilla, y empezó a rasparle la desdichada cabeza con un cepillo para el pelo.

—Supongo que tampoco le gustará esto —observó, parándose a mirarlo.

Era muy posible que así fuese, pues el cepillo era de los más duros que produce la industria moderna y el paciente tenía rojos hasta los párpados por la fricción. A la señora Prig le alegró comprobar lo acertado de su suposición y dijo en tono triunfal que «ya se lo imaginaba».

Después de peinarle el pelo cómodamente sobre los ojos, la señora Prig y la señora Gamp le anudaron el pañuelo y le ajustaron el cuello de la camisa con mucha delicadeza a fin de que las puntas almidonadas invadieran también esos órganos y los afligiesen con una oftalmia provocada. Luego le pusieron el chaleco y la chaqueta y, como metieron todos los botones en el ojal que no tocaba y llevaba las botas en el pie cambiado, en conjunto su aspecto era más bien melancólico.

—No creo que esté bien —dijo el pobre y débil enfermo—. Tengo la sensación de llevar la ropa de otro hombre. Está de lado y es como si tuviese una pierna más corta que otra. Además tengo una botella en el bolsillo. ¿Por qué me han sentado encima de una botella?

—¡El diablo se lo lleve! —gritó la señora Gamp, sacándola—, si no es mi botella de agua caliente. Usé su chaqueta como armario cuando estaba colgada detrás de la puerta y luego se me olvidó, Betsey. Encontrarás una cebolla o dos, y un poco de té y azúcar en el otro bolsillo, querida, si tienes la bondad de sacarlas.

Betsey sacó los objetos en cuestión, además de otros utensilios de uso general, y la señora Gamp los guardó en su propio bolsillo, que era una

especie de cesto de Nanking. Justo entonces les sirvieron un refrigerio: chuletas y cerveza fuerte para las damas, y un tazón de caldo de carne para el paciente, la colación que aún no había concluido cuando apareció John Westlock.

—¡Vestido y levantado! —gritó John, sentándose a su lado—. Muy valiente. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. Pero muy débil.

—No me extraña. Ha sufrido un ataque muy grave. Pero ¡el aire del campo y el cambio de paisaje —dijo John— lo dejarán como nuevo! ¡Caramba, señora Gamp —añadió, riéndose mientras le colocaba mejor la ropa—, tiene usted ideas muy raras sobre la vestimenta de un caballero!

—El señor Lewsome no se deja vestir, señor —replicó muy digna la señora Gamp—, ¡Betsey Prig y una servidora podemos dar fe ante el lord Mayor y todos sus concejales, si hace falta!

John Westlock en ese momento estaba al lado del enfermo, liberándolo de la tortura del cuello de la camisa del que hemos hablado antes, y este le dijo con un susurro:

—¡Señor Westlock! No quiero que me oigan. Tengo algo muy personal y muy extraño que decirle, algo que ha sido un peso terrible sobre mi espíritu toda esta larga enfermedad. —Tan rápido como siempre, John se había vuelto para pedirles a las señoras que saliesen cuando el enfermo le sujetó de la manga—. Ahora no. No tengo fuerzas. Ni tampoco valor. ¿Puedo contárselo cuando los tenga? ¿Puedo escribirle, si me parece más fácil y conveniente?

—¡Que si puede! —gritó John—. ¡Caramba, Lewsome! ¿De qué se trata?

—No me lo pregunte. Es antinatural y cruel. Es espantoso pensarlo. Espantoso contarlo. Espantoso saberlo. Espantoso haber participado. Permita que le bese la mano por lo bondadoso que ha sido conmigo. ¡Séalo aún más y no me pregunte de qué se trata!

Al principio, John lo miró muy sorprendido, pero al recordar lo débil que estaba y que hasta hacía muy poco su cerebro se había visto incendiado por la fiebre, pensó que debía estar bajo el influjo de algún terror imaginario o de una engañosa fantasía. Para saber más del asunto, aprovechó una ocasión para llevar aparte a la señora Gamp, mientras Betsey Prig lo envolvía en capas y chales, y le preguntó si estaba bien de la cabeza.

—¡Oh, no, bendito sea, no! —dijo la señora Gamp—. Detesta a sus enfermeras. Ocurre siempre, señor. Es un indicio seguro. Si hubiese oído

al pobrecillo buscándonos defectos a Betsey Prig y a mí, no hace ni media hora, se extrañaría de que aún sigamos con vida.

Esto casi confirmó a John en su sospecha; así que, sin tomarse en serio lo sucedido, volvió a mostrarse tan alegre como antes y ayudó a la señora Gamp y a Betsey Prig a bajar a Lewsome por las escaleras y a acompañarlo a la diligencia, que estaba a punto de partir.

Poll Sweedlepipe estaba en la puerta con los brazos cruzados y los ojos muy abiertos y contempló la escena muy interesado, mientras ayudaban a subir al enfermo al vehículo. Sus manos huesudas y su rostro demacrado impresionaron mucho a Poll, que le dijo en confianza al señor Bailey que no se lo habría perdido ni por una libra. El señor Bailey, que era de carácter distinto, observó que él se habría contentado con cinco chelines.

Colocar el equipaje de la señora Gamp a su entera satisfacción no fue tarea fácil, pues todos los bultos pertenecientes a esta señora tenían la molesta propiedad de requerir un portaequipajes aparte y sin ninguna maleta cerca, so pena de demandas judiciales por daños y perjuicios contra los propietarios de la diligencia. El paraguas con el parche circular fue especialmente complicado de acomodar, y la abollada contera de bronce asomó en varias ocasiones por diversas grietas y hendiduras para espanto de los demás pasajeros. De hecho, en sus ansias por encontrar un asilo o refugio a este objeto, la señora Gamp lo cambió tantas veces de sitio en cinco minutos que más que un paraguas parecía que había cincuenta. Por fin se perdió, o eso se dijo, y los siguientes cinco minutos los dedicó a enfrentarse al cochero, dondequiera que fuese, y a advertirle de que tendrían que «compensarla», aunque tuviese que acudir a la Cámara de los Comunes.

Por fin, una vez colocados sus bultos, sus zuecos, su cesta y todo lo demás, se despidió amistosamente de Poll y del señor Bailey, le hizo una reverencia a John Westlock y se separó de Betsey Prig como de un apreciado miembro de su hermandad.

—Te deseo muchas enfermedades, mi querida amiga —observó la señora Gamp—, y buenas casas. No pasará mucho tiempo, espero, antes de que volvamos a trabajar juntas, Betsey; ojalá que la próxima ocasión sea en casa de una familia numerosa, donde se contagien unos a otros, una y otra vez.

—Que sea pronto —dijo la señora Prig—. Y que dure muchas semanas.

La señora Gamp respondió muy simpática y retrocedió hacia la diligencia cuando chocó con una señora y un caballero que pasaban por la acera.

—¡Con cuidado, con cuidado! —gritó el caballero—. ¡Vaya! ¡Qué casualidad! Pero ¡si es la señora Gamp!



—¡Caramba, el señor Mould! —exclamó la enfermera—. ¡Y la señora Mould! Quién iba a decir que nos encontraríamos aquí, ¿verdad?

—¿Se marcha usted de la ciudad, señora Gamp? —gritó Mould—. Es raro, ¿no?

—Lo es, señor —dijo la señora Gamp—. Pero sólo estaré fuera uno o dos días. Se trata —añadió con un susurro— del caballero del que le hablé.

—¡Qué, en la diligencia! —gritó Mould—. ¿El caballero a quien iba a recomendarnos? Qué raro. Cariño, esto te interesará. El caballero que la señora Gamp juzgó probable que necesitara nuestros servicios está en la diligencia. —La señora Mould se interesó mucho—. Ven, cariño. Súbete al escalón de la puerta —dijo Mould— y échale un vistazo. ¡Ajá! Ahí está. ¿Dónde he puesto el monóculo? ¡Ah, muy bien! Ya lo tengo. ¿Lo ves, cariño?

—Muy bien —dijo la señora Mould.

—Por mi vida que son unas circunstancias muy peculiares —dijo encantado Mould—. Es una de esas cosas, cariño, que no me habría perdido por nada en el mundo. ¡Qué gracia! ¡Qué interesante! Casi como una obrita de teatro. ¡Ah! ¡Ahí está! Sí. Tiene mal aspecto, señora M., ¿no te parece?

La señora Mould asintió.

—Tal vez acabe recurriendo a nosotros, después de todo —dijo Mould—. ¡Quién sabe! Siento que debería prestarle un poco de atención. No me parece un desconocido. Me siento inclinado a saludarlo con el sombrero, querida.

—Está mirando fijamente hacia aquí —dijo la señora Mould.

—Entonces lo haré —gritó Mould—. ¿Cómo está, señor? Que tenga un buen día. ¡Ajá! Me ha respondido. Muy educado. La señora Gamp tiene las tarjetas en el bolsillo, no me cabe duda. Esto es muy singular, cariño... y muy agradable. No soy supersticioso, pero me siento como si estuviese destinado a prestarle los humildes y tristes servicios propios de mi oficio. No veo ninguna objeción a que le lances un beso, cariño.

La señora Mould le obedeció.

—¡Ajá! —dijo Mould—. Está claro que se siente agradecido. ¡Pobre hombre! Me alegro de que lo hayas hecho, amor mío. ¡Adiós, adiós, señora Gamp! —añadió saludándola con la mano—. ¡Ya se va, ya se va!

Y así era, pues la diligencia empezó a rodar nada más pronunciar estas palabras. El señor y la señora Mould, de muy buen humor, siguieron alegres su camino. El señor Bailey se retiró con Poll Sweedlepipe lo

antes posible, aunque tardó un poco en poder tirar de su amigo, debido a la impresión que había causado la señora Prig en el temperamento del barbero, que afirmó, admirado por su barba, que era una mujer de encantos trascendentales.

Cuando se disipó la tenue nube de polvo que levantó la diligencia, se vio a Nadgett en el reservado más oscuro de la taberna El Toro, mirando melancólico el reloj, como si el hombre que nunca acudía a la cita llevara un poco de retraso.

### **Capítulo XXX. Que demuestra que en las familias mejor avenidas pueden acontecer cambios, y que el repertorio del señor Pecksniff era muy amplio**

Igual que la prioridad del cirujano después de una amputación es taponar las arterias que ha seccionado el cruel cuchillo, la obligación de esta historia, que en su avance inexorable ha cercenado del árbol pecksniffiano a su brazo derecho, Mercy, es mirar el tronco paterno, y ver cómo se las arreglaba sin ella en todas sus diversas ramificaciones.

Y lo primero que puede decirse del señor Pecksniff es que, después de dar a su hija pequeña la mejor de las bendiciones, un marido tierno e indulgente, y de satisfacer los deseos más íntimos de su paternal corazón al establecerla tan felizmente en la vida, rejuveneció, extendió el plumaje de su propia conciencia y se sintió capaz de emprender cualquier vuelo. Es costumbre que en las obras de teatro los padres, después de entregar a sus hijas al hombre escogido por su corazón, se alegren de no tener más obligación que morir enseguida, aunque rara vez suceda que se den mucha prisa. Como el señor Pecksniff era un padre más sabio y más práctico pareció pensar que su obligación era vivir y, habiéndose privado de un consuelo, rodearse de otros.

Pero, por muy inclinado que se sintiese el buen hombre a ser jocoso y juguetón y a comportarse en el jardín de su fantasía (si se puede decir así) como un gatito arquitectónico, encontró un impedimento que se lo impedía constantemente. La dulce Cherry, picada por la sensación de despecho y ofensa, que, lejos de ablandarse o aplacarse, escocía y se enconaba en su corazón, estaba en franca rebeldía. Libraba una guerra despiadada contra su querido padre y lo sometía a eso que suele llamarse, a falta de una figura literaria más apropiada, una vida de perros. Pero jamás hubo perro, en perrera, establo o casa con una vida tan aperreada como la que llevaba el señor Pecksniff con su dulce retoño.

El padre y la hija estaban sentados a la mesa del desayuno. Tom se había retirado y estaban solos. El señor Pecksniff al principio frunció el ceño pero, después de despejar su frente, miró de hurtadillas a su hija. Sin duda tenía la nariz muy colorada y erguida como anunciando las hostilidades.

—Cherry —imploró el señor Pecksniff—, ¿qué va mal entre nosotros? Hija mía, ¿por qué estamos desunidos?

La réplica de la señorita Pecksniff apenas fue una respuesta a esta efusión de afecto, pues se limitó a decir:

—¡Porras, papá!

—¡Porras! —repitió el señor Pecksniff con la voz angustiada.

—Es demasiado tarde, papá —dijo con calma su hija—, para hablarme así. Sé lo que significa y lo que vale.

—¡Qué duro es esto! —exclamó el señor Pecksniff, dirigiéndose a la taza del desayuno—. ¡Qué duro! Mi propia hija. ¡La llevé en brazos cuando calzaba esos zapatos de estambre sin forma, podría decirse que eran unas pantuflas... hace tantos años!

—No hace falta que me insultes con eso, papá —replicó Cherry, con una mirada rencorosa—. ¡No soy mucho mayor que mi hermana, aunque ella esté casada con tu amigo!

—¡Ay, la naturaleza humana, la naturaleza humana! ¡La desdichada naturaleza humana! —dijo el señor Pecksniff, moviendo la cabeza como si él no formara parte de la humanidad—. ¡Pensar que estas desavenencias surjan de semejante causa! ¡Ay, ay!

—¡Por semejante causa! —gritó Cherry—. Di la verdadera causa, papá, o la diré yo. ¡Te lo advierto!

Puede que la energía con que lo dijo fuese contagiosa. Fuese lo que fuese, el señor Pecksniff cambió el tono y la expresión por otras de rabia, por no decir de pura violencia, y dijo:

—¡Qué la dirás! ¡Ya la has dicho! La dijiste ayer. La dices constantemente. No tienes decoro; no ocultas tu mal genio; te has puesto en evidencia delante del señor Chuzzlewit más de cien veces.

—¡Yo! —gritó Cherry con una amarga sonrisa—. ¿Ah, sí? Pues me trae sin cuidado.

—A mí también —dijo el señor Pecksniff.

Su hija respondió con una sonrisa de desprecio.

—Y ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa, Charity —dijo el señor Pecksniff, moviendo portentosamente la cabeza—, deja que te diga que no lo permitiré. ¡Basta de tonterías, niña! No lo permitiré.

—Haré —dijo Charity, balanceándose en la silla, y alzando la voz hasta convertirla en un chillido—, haré, papá, lo que me venga en gana y lo que he hecho. No pienso dejar que sigas dominándome, eso te lo aseguro. Me han utilizado de la forma más vergonzosa que jamás se vio en este mundo —empezó a llorar y a sollozar—, y sé que puedo esperar lo peor de ti. Lo mismo me da. ¡Lo mismo!

El señor Pecksniff se desesperó tanto por el tono tan alto en que habló que, después de buscar con frenética incertidumbre algún modo de aplacarlo, se levantó y la zarandó hasta que el lazo ornamental de su cabello empezó a moverse como una pluma. Ella se quedó tan perpleja por aquel ataque que de verdad surtió el efecto deseado.

—¡Volveré a hacerlo! —gritó el señor Pecksniff, mientras tomaba asiento y recobraba el aliento—, si vuelves a levantarme así la voz. ¿A qué viene eso de que te han utilizado de manera vergonzosa? Si el señor Jonas prefirió a tu hermana, ¿quién podía evitarlo, me gustaría saber? ¿Qué culpa tengo yo?

—¿No me manipularon a su conveniencia? ¿No jugaron con mis sentimientos? ¿No empezó dirigiéndome a mí sus atenciones? —sollozó Cherry, entrelazando las manos—. ¡Ay, Dios mío, y que ahora tenga que ver cómo me zarandean de este modo!

—Te volveré a zarandear —replicó su progenitor— si me obligas a recurrir a esa forma de guardar el decoro bajo este humilde techo. Me sorprendes. Me extraña que no tengas más orgullo. Si el señor Jonas no te quería, ¿cómo puedes tú quererlo a él?

—¡Yo quererlo a él! —exclamó Cherry—. ¡Yo quererlo a él, papá!

—Entonces ¿a qué viene todo este alboroto, si no lo quieres?

—Porque me habéis engañado —dijo Cherry—, y porque mi propia hermana y mi propio padre conspiraron contra mí. No estoy enfadada con ella —continuó Cherry, que parecía más enfadada que nunca—. La compadezco. Me da lástima. Sé el destino que la espera con ese sinvergüenza.

—Tengo para mí que al señor Jonas le da igual que lo llames sinvergüenza —dijo el señor Pecksniff con renovada resignación—, pero llámalo como quieras y acaba con esto de una vez.

—De acabar nada, papá —dijo Charity—. No, no, de acabar nada. No es en eso en lo único que no estamos de acuerdo. No pienso aceptarlo. Más vale que lo sepas cuanto antes. No, no lo aceptaré, papá. No soy idiota, y no soy ciega. Lo único que tengo que decir es que no lo aceptaré.

Significase eso lo que significase, conmovió al señor Pecksniff, pues su torpe intento por dominarse no pudo ser más melancólico. Su rabia se transformó en humildad, y sus palabras fueron suaves y zalameras.

—Cariño —dijo—, si en el breve arrebató de un momento de ira he empleado un medio injustificable para contener un pequeño estallido tan dañino para ti como para mí, y es posible que lo haya hecho, te pido perdón. Un padre que pide perdón a su hija —dijo el señor Pecksniff—

es, a mi entender, un espectáculo capaz de ablandar las naturalezas más ásperas.

Pero no ablandó lo más mínimo a la señorita Pecksniff, tal vez porque su naturaleza no era lo bastante áspera. Al contrario, insistió en decir, una y otra vez, que no era idiota, que no era ciega y que no pensaba aceptarlo.

—¡Estás confundida, hija mía! —dijo el señor Pecksniff—. Pero no te preguntaré qué es lo que te confunde, no quiero saberlo. ¡No, te lo ruego —añadió, levantando la mano y volviendo a ruborizarse—, evitemos la cuestión, sea cual sea!

—Me parece muy bien que evitemos la cuestión —dijo Cherry—. Pero quisiera poder evitarla del todo, y por tanto debo pedirte que me proporciones una casa.

El señor Pecksniff miró la sala en la que estaban y dijo:

—¡Una casa, hija mía!

—Otra casa, papá —dijo Cherry, cada vez más distante—. Alójame en casa de la señora Todgers o en cualquier otro sitio por mi cuenta; pero no seguiré viviendo aquí en estas condiciones.

Es posible que la señorita Pecksniff viera en la pensión de la señora Todgers una imagen de hombres entusiastas deseando caer rendidos a sus pies. Es posible que el señor Pecksniff, en su renovada juventud, viera en ese establecimiento un medio fácil de librarse de una pesada carga en forma de vigilancia y mal genio. Pero es innegable que la propuesta no sonó, en los atentos oídos del señor Pecksniff, como un desalentador tañido para todas sus esperanzas.

Pero era un hombre muy emotivo y de gran sensibilidad, y se apretó el pañuelo contra los ojos con ambas manos, como hacen los hombres como él, sobre todo cuando se sienten observados.

—¡Uno de mis pajarillos —dijo el señor Pecksniff— me ha dejado por el pecho de un desconocido! ¡El otro quiere volar a Todgers! Bueno, bueno, ¿qué soy? No lo sé con exactitud. ¡Da igual!

Ni siquiera ese comentario, que resultó si cabe más conmovedor al quedar inconcluso, causó el menor efecto en Charity. Continuó seria, rígida e inflexible.

—Pero siempre —dijo el señor Pecksniff— he sacrificado la felicidad de mis hijas a la mía... es decir, mi felicidad a la de mis hijas, y no voy a regir ahora mi vida por otras normas. Si vas a ser más feliz en casa de la señora Todgers que en la de tu padre, niña, ¡ve a casa de la señora

Todgers! ¡No pienses en mí, hija mía! —dijo emocionado—. Seguro que sabré apañármelas.

La señorita Charity, sabiendo que a su padre le complacía secretamente el cambio que le había sugerido, contuvo su propia satisfacción y pasó a negociar las condiciones. Las ideas de su progenitor al principio eran tan limitadas que a punto estuvo de producirse otra discrepancia que tal vez hubiese conducido a un nuevo zarandeo, pero poco a poco llegaron a una especie de entendimiento y la tormenta pasó. De hecho, la idea de la señorita Charity les parecía tan apetecible a ambos que habría sido raro que no hubiesen llegado a un acuerdo amistoso. Enseguida acordaron que la salud, la necesidad de un cambio de aires y las ganas de estar más cerca de su hermana serían la excusa para justificar su marcha que les darían al señor Chuzzlewit y a Mary, a quienes Cherry ya había dado a entender varias veces que no se encontraba del todo bien. Acordadas estas premisas, el señor Pecksniff le dio su bendición, con toda la dignidad de un hombre abnegado que está haciendo un gran sacrificio, pero se consuela pensando que la virtud es su recompensa. Así se reconciliaron por primera vez desde esa noche tan difícil de olvidar en que el señor Jonas repudió a la mayor, confesó su pasión a la hermana pequeña y el señor Pecksniff le dio su apoyo, basándose en argumentos morales.

Pero ¿cómo podía ser que —en el nombre de un inesperado añadido a esa pequeña familia, las Siete Maravillas del Mundo, cualesquiera que sean y dondequiera que se encuentren— el señor Pecksniff y su hija estuviesen a punto de despedirse? ¿Qué había alterado tanto sus relaciones? ¿Por qué insistía tanto la señorita Pecksniff en que lo había entendido todo, en que no era ni ciega ni tonta y en que no estaba dispuesta a aceptarlo? ¡No será que el señor Pecksniff estaba pensando en volver a casarse! O ¡que su hija, con la agudeza de una mujer soltera, había sabido interpretar su propósito!

Investiguemos un poco más.

El señor Pecksniff, como hombre irreprochable sobre el que el soplo de la calumnia resbalaba como cualquier otro aliento sobre una superficie pulida, podía permitirse hacer lo que otros hombres no podían. Conocía la pureza de sus propias motivaciones y, cuando tenía un motivo, se regía por él como sólo puede hacerlo un hombre muy bueno (o muy malo). ¿Se había planteado algún motivo poderoso y palpable para tomar una segunda esposa? Sí: y no uno ni dos, sino una combinación de muchos de ellos.

El viejo Martin Chuzzlewit había sufrido gradualmente un cambio notable. Incluso la noche en que se presentó de forma tan inopinada en casa del señor Pecksniff fue relativamente sumiso y fácil de tratar. El señor Pecksniff lo atribuyó entonces al efecto causado por la muerte de su hermano. Pero a partir de ese momento su personalidad parecía haberse ido modificando poco a poco y haber adquirido una anodina indiferencia por casi todo el mundo menos por el señor Pecksniff. Su

apariencia era la misma de siempre, pero su espíritu se había alterado de forma singular. No era que una u otra pasión destacaran con colores más o menos vivos, sino que el hombre entero se había descolorido. Cuando desaparecía uno de sus rasgos no lo reemplazaba ningún otro. Sus sentidos también habían menguado. Su vista ya no era tan aguda, a veces parecía sordo, apenas reparaba en lo que ocurría delante de él, y en ocasiones se mostraba profundamente taciturno muchos días seguidos. El transcurso de tal alteración fue tan rápido que cuando quisieron darse cuenta ya se había completado. Pero el señor Pecksniff fue el primero en notarlo y, con Anthony Chuzzlewit fresco en la memoria, vio en su hermano Martin el mismo proceso de decadencia.

Para un caballero de la ternura del señor Pecksniff era un espectáculo muy penoso. No podía sino prever la posibilidad de que su respetado pariente acabara siendo víctima de los intrigantes y de que su riqueza acabara en manos indignas. Tanto le dolía que decidió asegurarse él mismo sus bienes, para mantener los falsos pretendientes testamentarios a distancia y recluir, por así decirlo, al anciano caballero, para su uso personal. Así que, poco a poco, empezó a tantear si el señor Chuzzlewit daba algún indicio de convertirse en un instrumento en sus manos; y al descubrir que sí, y que de hecho era muy maleable entre sus hábiles dedos, consagró todo su tiempo, ¡oh, alma caritativa!, a incrementar su dominio sobre él: y, al comprobar que todos sus intentos se veían coronados con un éxito que sobrepasaba sus esperanzas, empezó a pensar que el dinero del anciano Martin sonaba ya en sus nada mundanos bolsillos.

Pero, cuando el señor Pecksniff meditaba sobre este asunto (como hacía a menudo con entusiasmo) y pensaba con el corazón aliviado en la cadena de circunstancias que habían puesto al anciano caballero en sus manos para confusión de los malvados y triunfo de la naturaleza honrada, siempre tenía la sensación de tropezar con Mary Graham. Por mucho que dijera el anciano, el señor Pecksniff sabía que sentía un gran afecto por ella. Sabía que se lo demostraba de mil pequeñas maneras; que le gustaba tenerla cerca y que nunca estaba tranquilo si se ausentaba mucho tiempo. El señor Pecksniff tenía muchas dudas de que de verdad hubiese jurado no dejarle nada en su testamento. Y el señor Pecksniff sabía que, incluso si lo había hecho, había muchas formas de incumplir su promesa y seguir teniendo la conciencia tranquila. También sabía, pues se lo había dicho el propio señor Chuzzlewit, que el desamparo de la joven preocupaba mucho al anciano. «Así que —se dijo el señor Pecksniff— y ¿si me casara con ella? Y ¿si —repitió el señor Pecksniff, pasándose la mano por el pelo y mirando el busto que le había hecho Stoker—, después de pedir su consentimiento, el pobre caballero está casi senil, me casara con ella?»

El señor Pecksniff tenía muy agudizado el sentido de lo bello, sobre todo en las mujeres. Sus modales con ellas eran notables por su tono insinuante. Se ha dicho de él en estas páginas que abrazaba a la señora Todgers a la menor ocasión, y así era, podría decirse que formaba parte de la amable placidez de su carácter. Antes de que se le pasara por la



cabeza la idea del matrimonio ya había dado a Mary muchas pequeñas muestras de su admiración espiritual. Habían sido recibidas con indignación, pero eso daba igual. Es cierto que, a medida que la idea iba cobrando forma, se habían vuelto demasiado ardientes para escapar a la penetrante mirada de Cherry, que enseguida comprendió cuál era su propósito, pero él siempre había apreciado los encantos de Mary. Así que el interés y la inclinación se confabularon para tirar del carrocín en que viajaban los planes del señor Pecksniff.

Por lo que se refiere a la idea de vengarse del joven Martin por sus palabras insolentes cuando se despidieron, y de cerrar por completo la puerta a cualquier esperanza de reconciliación con su abuelo, el señor Pecksniff era demasiado humilde y compasivo para que pensemos que pudiera abrigoarla. En cuanto a la posibilidad de que Mary lo rechazara, el señor Pecksniff estaba seguro de que en su posición no podría resistirse si el señor Chuzzlewit y él se coaligaban contra ella. Y, en cuanto a preguntarle si sus sentimientos eran correspondidos, no entraba dentro del código moral del señor Pecksniff, pues sabía que era un buen hombre y una alegría para cualquiera. Ahora que su hija había roto el hielo, y ya no estaban enfrentados a muerte, el señor Pecksniff sólo tenía que llevar a cabo sus planes con la mayor habilidad posible, y con los medios más astutos.

—Vaya, señor mío —dijo el señor Pecksniff al encontrarse en el jardín con el viejo Martin, que tenía la costumbre de entrar y salir de la casa por ese acceso cuando le venía en gana—. ¿Cómo se encuentra mi pariente esta deliciosa mañana?

—¿Se refiere usted a mí? —preguntó el anciano.

—¡Ah! —dijo el señor Pecksniff—, uno de sus días de sordera, ya veo. ¿A quién iba a referirme si no, señor mío?

—Podía referirse a Mary —dijo el anciano.

—Cierto. Tiene mucha razón. No le importará que hable de ella con afecto, ¿verdad? —observó el señor Pecksniff.

—Pues no —replicó el viejo Martin—. Creo que se lo merece.

—¡Que lo cree! —gritó Pecksniff—. ¡Que lo cree, señor Chuzzlewit!

—Me está diciendo algo, lo sé —respondió Martin—, pero no le entiendo. ¡Hable más alto!

—Se está quedando más sordo que una tapia —dijo Pecksniff—. Decía, señor, que mucho me temo que tendré que hacerme a la idea de despedirme de Cherry.

—¿Qué es lo que ha hecho? —preguntó el anciano.

—Hace las preguntas más ridículas que he oído jamás —murmuró el señor Pecksniff—. Hoy es como un niño. —Después de lo cual, añadió a gritos—: Nada, señor mío.

—¿Por qué tiene que despedirse de ella? —quiso saber Martin.

—No está muy bien de salud —dijo el señor Pecksniff—. Echa de menos a su hermana, mi querido amigo; siempre se han querido mucho. Y estoy pensando en enviarla a Londres una temporada. Una larga temporada, señor, si veo que le gusta.

—Hace usted muy bien —gritó Martin—. Me parece muy juicioso.

—Me alegra que lo diga. Espero que me haga usted compañía en este pueblo tan aburrido cuando ella está fuera. —dijo el señor Pecksniff.

—No tengo intención de marcharme —fue la respuesta de Martin.

—Entonces ¿por qué —dijo el señor Pecksniff, tomando el brazo del anciano en el suyo y andando despacio—, por qué, señor mío, no viene a alojarse conmigo? Estoy seguro de que puedo ofrecerle más comodidades, por muy humilde que sea mi morada, de las que encontrará en un establecimiento público en el pueblo. Y perdone que le diga, señor Chuzzlewit, perdone que le diga que un sitio como El Dragón, por muy bien dirigido que esté (y me consta que la señora Lupin es una de las personas más valiosas del condado), no es un hogar para la señorita Graham.

Martin se quedó pensativo un momento, y luego dijo mientras le apretaba la mano:

—No. Tiene usted razón, no lo es.

—La vista misma de los bolos —prosiguió con elocuencia el señor Pecksniff— no es apropiada para un intelecto delicado.

—Es una diversión vulgar —dijo el viejo Martin—, desde luego.

—Vulgar y pedestre —respondió el señor Pecksniff—. Entonces ¿por qué no trae a la señorita Graham aquí, señor? ¡Aquí tiene su casa! Estoy solo, pues Thomas Pinch no cuenta. Nuestra encantadora amiga ocupará la habitación de mi hija y usted escogerá la suya, no nos pelearemos, espero.

—Es muy improbable —dijo Martin.

El señor Pecksniff le apretó la mano.

—¡Ya veo que nos entendemos, señor mío! —y pensó con exultación: «¡Puedo manejarlo a mi antojo!».

—¿Permitirá que corra yo con los gastos? —dijo el anciano, después de un minuto de silencio.

—¡Oh! ¡No hablemos ahora de gastos! —exclamó el señor Pecksniff.

—Digo —repitió Martin, con un resto de su antigua obstinación— que me deje correr con los gastos. ¿Lo hará?

—Como usted quiera, señor mío.

—Es lo que quiero —dijo el anciano—. Sabe que es lo que quiero siempre. Me gusta pagar al contado, hasta cuando le compro algo a usted. Lo que no significa que algún día no deje un saldo sin liquidar, Pecksniff.

El arquitecto estaba demasiado abrumado para decir nada. Intentó verter una lágrima sobre la mano de su benefactor, pero no encontró ninguna en su seca destilería.

—¡Ojalá ese día esté muy lejano! —fue su piadosa exclamación—. ¡Ay, señor! ¡Si pudiera decirle el interés tan profundo que tengo por usted y por los suyos! Me refiero a nuestra bella y joven amiga.

—Cierto —respondió él—. Cierto. Necesita que alguien se interese por ella. Hice mal en educarla como la he educado. Huérfana como era, tendría que haber encontrado a alguien que la protegiera y a quien pudiera haber amado. Cuando era niña, me congratulaba pensando que al satisfacer mi deseo de interponerla entre esos granujas de falso corazón y yo le había hecho un bien. Ahora que es una mujer ya no tengo ese consuelo. No tiene más protector que ella misma. La he dejado en tal desventaja en este mundo que cualquier perro puede ladrarle o adularla según su conveniencia. Sin duda necesita una consideración delicada. ¡Sí, desde luego!

—Y ¿si su posición pudiera alterarse y definirse, señor? —insinuó el señor Pecksniff.

—Y ¿cómo piensa hacerlo? ¿Quiere que la meta a costurera o institutriz?

—¡Dios no lo quiera! —dijo el señor Pecksniff—. Señor mío, hay otros modos. Claro que sí. Pero ahora estoy demasiado emocionado y avergonzado y preferiría cambiar de asunto. No sé muy bien lo que me digo. Permita que lo hablemos en otro momento.

—¿No se encuentra usted bien? —preguntó preocupado Martin.

—¡No, no! —gritó Pecksniff—. No. Permita que lo hablemos en otro momento. Iré a dar un paseo. ¡Que Dios le bendiga!

El viejo Martin lo bendijo a su vez y le apretó la mano. Cuando se volvió y empezó a andar despacio hacia la casa, el señor Pecksniff lo miró, totalmente recuperado de su reciente turbación, que, en cualquier otro hombre, podría haberse interpretado como un truco para tantear a Martin. El cambio sufrido por el anciano se expresaba tan poco en su apariencia que el señor Pecksniff, al verlo, no pudo evitar decirse: «¡Y pensar que puedo manejarlo a mi antojo! ¡Quién iba a decirlo!».

El viejo Martin volvió la cabeza y lo saludó afectuoso. El señor Pecksniff le devolvió el saludo.

«¡Caramba, pero si hubo un tiempo —se dijo el señor Pecksniff—, y no hace tanto, en que ni siquiera me miraba a la cara! Qué alivio este cambio. ¡Así es la delicada textura del corazón humano, qué complicado es el proceso por el que se ablanda! Externamente parece el mismo y sin embargo puedo manejarlo a mi antojo. ¡Quién iba a decirlo!»

La sobria verdad era que no parecía haber nada en lo que el señor no se aventurase a tantear a Martin Chuzzlewit, pues todo lo que hacía o decía el señor Pecksniff estaba bien, y todo lo que aconsejaba se hacía. Martin había escapado a tantas trampas de cazadores de fortuna necesitados, y se había marchitado tantos años en el caparazón de su sospecha y desconfianza, sólo para convertirse en una herramienta y un juguete en manos de aquel buen hombre. Con la felicidad de esa convicción pintada en el rostro, el arquitecto continuó con su paseo matutino.

El tiempo veraniego que iluminaba su espíritu se reflejaba en el seno de la naturaleza. A través de verdes paisajes en los que las ramas arqueadas dejaban pasar la luz del sol en bellas perspectivas, a través de los helechos cubiertos de rocío de los que salían corriendo, sobresaltadas, las liebres huyendo de su presencia; al lado de las charcas ocultas y los árboles caídos y por las hondonadas, donde crujían las hojas del año pasado con su olor a Memoria, paseó plácidamente Pecksniff. Al lado de las cercas de los prados y los setos fragrantés con rosas silvestres, y al lado de las cabañas con techo de paja cuyos ocupantes le hacían humildes reverencias porque sabían que era un hombre sabio y bueno, el distinguido Pecksniff anduvo sumido en tranquilas meditaciones. Una abeja lo adelantó, zumbando por el trabajo que la esperaba, los mosquitos daban vueltas y vueltas en un anillo que se expandía y contraía, pero siempre a la misma velocidad que él, y danzaban alegres a su paso; el color de la larga hierba iba y venía, como si las finas nubes lo intimidaran mientras flotaban en el aire distante. Los pájaros, como tantas otras conciencias de Pecksniff, cantaban alegremente en cada rama; y el señor Pecksniff rendía su particular homenaje al día, rumiando sus proyectos mientras paseaba.

Tan abstraído iba que tropezó por casualidad con la raíz de un viejo árbol y alzó la piadosa mirada para ver el lugar donde se hallaba. Le

sorprendió ver no muy lejos la imagen misma de sus pensamientos. La mismísima Mary. Y sola.

Al principio, el señor Pecksniff se detuvo, como con la intención de esquivarla, pero su siguiente impulso fue avanzar y lo hizo a buen paso, canturreando villancicos con tanto candor y dulzura que sólo le faltaban alas y plumas para convertirse en un pajarillo.

Al oír unas notas a su espalda que no procedían de los cantores del bosque, ella se dio la vuelta. El señor Pecksniff se llevó la mano a los labios y se plantó enseguida a su lado.

—¿Comulgando con la naturaleza? —dijo el señor Pecksniff—. Yo también.

Ella respondió que la mañana era tan hermosa que se había alejado más de lo que pretendía y que se disponía a regresar. El señor Pecksniff contestó que a él le había ocurrido exactamente lo mismo y se ofreció a acompañarla.

—Cójame del brazo, mi dulce niña —dijo el señor Pecksniff.

Mary declinó el ofrecimiento y anduvo tan deprisa que él se quejó:

—Estaba usted tan tranquila cuando la encontré. ¿A qué viene esta crueldad de salir corriendo ahora? No pretenderá usted evitarme, ¿verdad?

—Pues sí —respondió ella, volviéndose hacia él con las mejillas encendidas de indignación—. Y lo sabe usted muy bien. Suélteme, señor Pecksniff. Su contacto me desagrade. —¡Su contacto! ¡El mismo contacto casto y patriarcal que la señora Todgers, mujer discreta donde las haya, había soportado no sólo sin queja, sino con aparente placer! Eso estaba muy mal. El señor Pecksniff lamentó mucho oírlo—. Y si no se ha dado cuenta —dijo Mary— le ruego que confíe en lo que dicen mis labios y, si es usted un caballero, deje de molestarme.

—Vaya, vaya —dijo amablemente el señor Pecksniff—, esto parece propio de una de mis hijas, así que ¿por qué iba molestarme en alguien tan bello? Es usted cruel. Me hiere en el alma —dijo el señor Pecksniff—, pero no puedo discutir con usted, Mary.

Ella intentó decir que lo lamentaba, pero prorrumpió en lágrimas. El señor Pecksniff repitió ahora la actuación que hizo en Todgers, aunque con más recato, como si pretendiera que durase más tiempo; y tomó en su mano la de ella y se dedicó a separarle los dedos con los suyos, besándolos en ocasiones, mientras proseguía así la conversación:

—Me alegra que nos hayamos encontrado. Me alegra mucho. Ahora puedo aliviar mi pecho de una carga muy pesada y hablarle en

confianza. Mary —dijo en tono muy tierno, tanto de hecho que casi chilló—: ¡Mi alma, la amo!

¡Qué cosa tan increíble, la afectación virginal! La joven hasta fingió estremecerse.

—La amo —continuó el señor Pecksniff—, vida mía, con una devoción que me sorprende incluso a mí. Estaba convencido de que esa sensación estaba enterrada en la tumba silenciosa de una dama, a quien sólo usted aventaja en las cualidades de la forma y el espíritu, pero descubro que me equivocaba.

Ella intentó soltarse la mano, pero fue como intentar soltarse del abrazo de una cariñosa boa constrictor, si es que puede compararse a Pecksniff con un ser tan taimado.

—Aunque soy viudo —dijo, observando los anillos de los dedos de la joven, y trazando con su grueso pulgar el recorrido de una delicada vena azul—, viudo y con dos hijas, no tengo cargas, amor mío. Una de ellas, como sabes, está casada. La otra, por deseo propio, aunque he de confesar, y ¿por qué no iba a confesarlo?, que también porque prevé un cambio en mi situación, está a punto de abandonar la casa paterna. Tengo carácter, espero. A la gente le gusta hablar bien de mí, creo. Mi persona y mis modales están lejos de ser los de un monstruo, o en eso confío. ¡Ah, mano traviesa! —dijo, reconviniendo a su reacia presa—, ¿por qué me has hecho tu prisionero? ¡Vete, vete! —Le dio una palmadita a la mano para castigarla, pero apiadándose, se la metió debajo del chaleco para volver a consolarla—. Mutuamente bendecidos, y en compañía de nuestro venerable amigo, querida mía —dijo el señor Pecksniff—, seremos felices. Y, cuando se aleje flotando a su descanso final, nos consolaremos el uno al otro. Mi hermosa florecilla, ¿qué tienes que decir?

—Es posible —respondió atropelladamente Mary— que deba sentirme agradecida por esta muestra de confianza. No puedo decir que así sea, pero estoy dispuesta a suponer que es usted merecedor de mi agradecimiento. Tómelo y, se lo ruego, déjeme, Pecksniff.

El buen hombre esbozó una sonrisa untuosa y se acercó aún más.

—Se lo ruego, se lo ruego, suélteme, señor Pecksniff, no puedo atender a su petición. No puedo ni siquiera oírla. ¡Hay muchas a quienes podría parecerles aceptable, pero no es mi caso! ¡Haga un acto de bondad y de piedad y déjeme!

El señor Pecksniff siguió andando con el brazo alrededor de su cintura y su mano en la suya, tan tranquilo como si estuviesen totalmente de acuerdo y se hubiesen unido en un vínculo de amor sincero.

—Si me obliga por la fuerza —dijo Mary, que al ver que las buenas palabras no habían causado ningún efecto en él, renunció a cualquier

esfuerzo por contener su indignación—, si me obliga por la fuerza a acompañarlo, y a sufrir su insolencia, no contendré la expresión de mis sentimientos. Me inspira usted la aversión más profunda. Conozco su verdadera naturaleza y la desprecio.

—No, no —objetó el señor Pecksniff con dulzura—. ¡No, no, no!

—Ignoro con qué mañas o desdichadas casualidades ha adquirido usted su influencia sobre el señor Chuzzlewit —dijo Mary—, tal vez sea lo bastante grande para justificar incluso esto, pero le prometo que me aseguraré de que lo sepa.

El señor Pecksniff alzó los gruesos párpados con languidez y volvió a bajarlos. Fue como si dijera con total frialdad: «¡Sí, sí, claro!».

—¿Es que no le basta —dijo Mary— con torcer y cambiar su naturaleza, adaptar todos sus prejuicios a sus malvados fines, y endurecer un corazón naturalmente amable apartándolo de la verdad e impidiendo que lleguen a él opiniones que no sean falsas y distorsionadas? ¿No le basta con tener el poder de hacer eso y ejercerlo, sino que también ha de ser tan grosero, tan vulgar y tan cobarde conmigo?

El señor Pecksniff siguió tirando de ella, y adoptó una expresión como si fuese el corderillo más inocente que jamás pastó en un prado.

—¡Es que nada lo conmueve, señor! —exclamó Mary.

—Querida mía —observó el señor Pecksniff con una plácida y rijosa sonrisa— el hábito de estudiarme a mí mismo, y el ejercicio de... ¿habré de decir, la virtud?

—De la hipocresía —dijo Mary.

—No, no —prosiguió el señor Pecksniff, frotando con reproche la mano cautiva—, de la virtud... me han permitido establecer tantas barreras que resulta muy difícil perturbarme. Es curioso, pero es difícil, ya me entiendes, perturbarme.

«¿Acaso pensaba —se dijo el señor Pecksniff con otro juguetón apretón de mano— que lo conseguiría? ¡Qué poco conoce este corazón!»  
¡Poquísimo! El espíritu de la joven estaba constituido de un modo tan extraño que habría preferido la caricia de un sapo, una víbora o una serpiente, no, el abrazo de un oso, a las atenciones del señor Pecksniff.

—Vamos, vamos —dijo ese buen caballero—, un par de palabras bastarán para poner fin a esta desavenencia y establecer un agradable entendimiento entre uno y otro. No estoy enfadado, amor mío.

—¡Enfadado usted!

—No —dijo el señor Pecksniff—, no lo estoy. Te lo aseguro. Ni tú tampoco lo estás. —No obstante la mano de la joven latía de un modo que decía algo muy distinto—. Estoy seguro de que no —dijo el señor Pecksniff— y te diré por qué. Hay dos Martin Chuzzlewit, amiga mía, y si trasladas tu rabia a uno de ellos eso, ¿quién sabe?, podría acarrearle graves trastornos al otro. No querrás hacerle daño, ¿verdad?

La joven tembló con violencia y lo miró con un desprecio tan orgulloso que él apartó la mirada. Sin duda para no enfadarse con ella a pesar de sus buenísimas intenciones.

—Una riña pasiva, amor mío —continuó el señor Pecksniff—, puede convertirse en una activa, tenlo presente. Sería una lástima frustrar los ya de por sí frustrantes proyectos de un joven desheredado, pero qué fácil resultaría. ¡Ay, qué fácil! ¿Tengo influencia sobre nuestro venerable amigo? En fin, puede que sí. Tal vez la tenga. —Alzó la vista para mirarla, y asintió con un gesto seductor como si estuviera bromeando—. No —continuó pensativo—. En resumidas cuentas, cariño, yo en tu lugar guardaría el secreto. No estoy muy seguro, más bien al contrario, de que fuese a sorprender a nuestro amigo lo más mínimo, pues él y yo hemos tenido una conversación esta misma mañana y está muy, muy preocupado por dejarte bien situada. Pero le sorprenda o no, la consecuencia podría ser la misma. El joven Martin podría sufrir mucho. Yo podría llegar a compadecerme de él, ¿sabes? —dijo el señor Pecksniff, con una sonrisa persuasiva—. Sí... No se lo merece, pero así es.

Ella rompió a llorar amargamente, y él se conmovió tanto que juzgó prudente soltarle la cintura y sujetarla sólo de la mano.

—En cuanto a nuestra participación en el precioso misterio —prosiguió el señor Pecksniff—, nos la callaremos y lo hablaremos nosotros, y tú piénsatelo. Consentirás, amor mío; consentirás, lo sé. Pienses lo que pienses lo harás. Creo recordar haber oído, aunque no sé dónde ni cómo —añadió con una franqueza cautivadora—, que de niños el joven Martin y tú os profesabais una especie de cariño infantil. Cuando estemos casados, tendrás la satisfacción de pensar que no duró lo bastante para conducirlo a la ruina, sino que pasó y le hizo bien; pues entonces veremos qué podemos hacer para echarle una manita al joven Martin. ¿Tengo influencia sobre nuestro venerable amigo? Bueno, puede que sí. Puede que sí.

El camino del bosque donde sucedieron estos tiernos acontecimientos estaba próximo a la casa del señor Pecksniff. Ahora se hallaban tan cerca que se detuvo y tomándola por el meñique dijo en tono frívolo, como si fuese un capricho de despedida:

—¿Te lo muerdo?

Al no recibir respuesta lo besó; y luego, agachándose, inclinó su fofo rostro hacia el de ella —tenía el rostro fofo, aunque fuese buena



persona— y con una bendición, que viniendo de alguien así fue suficiente para animarla, dejó que se marchara.

Se supone que la galantería en su sentido verdadero ennoblece y dignifica al hombre y que el amor ha dotado de refinamiento a innumerables Simones<sup>[109]</sup>. Pero el señor Pecksniff, tal vez porque para un hombre de naturaleza tan exaltada eso fuesen simples groserías, no pareció experimentar ningún cambio para bien cuando se quedó a solas. Al contrario, fue como si se encogiera y redujera, como si intentara ocultarse a sí mismo dentro de sí mismo y se sintiese desdichado por no poder hacerlo. Sus zapatos parecían demasiado grandes, sus mangas demasiado largas, su pelo demasiado lacio, su sombrero demasiado pequeño, sus rasgos demasiado mezquinos, su cuello desnudo como si le hiciese falta una soga. Por uno o dos minutos, de hecho, se sintió acalorado, y pálido, y ruin, y tímido, y desfalleciente, y por tanto nada pecksniffiano. Pero después se recuperó y se fue a casa con un aire tan benéfico como si fuese el sumo sacerdote del tiempo veraniego.

—He dispuesto mi partida, papá —dijo Charity—, para mañana.

—¡Tan pronto, hija mía!

—Dadas las circunstancias —replicó Charity—, nada me parece demasiado pronto. He escrito a la señora Todgers para proponerle un acuerdo, y le he pedido que, en cualquier caso, vaya a recibirme a la diligencia. Ahora estará usted a sus anchas, señor Pinch.

El señor Pecksniff acababa de salir de la sala y Tom acababa de entrar.

—¡A mis anchas! —repitió Tom.

—Sí, no tendrá a nadie que lo moleste —dijo Charity—. Al menos eso espero. ¡Ejem! Este es un mundo cambiante.

—¡Qué! ¿Acaso... va usted a casarse, señorita Pecksniff? —preguntó Tom muy sorprendido.

—No exactamente —respondió titubeando Cherry—. Aún no me he decidido. Creo que podría, si quisiera, señor Pinch.

—¡Por supuesto que sí! —dijo Tom. Y lo dijo con total buena fe. Lo creía en el fondo de su corazón.

—No —dijo Cherry—. No voy a casarme. Que yo sepa no va a casarse nadie. ¡Ejem! Pero no voy a vivir con mi padre. Tengo mis razones, pero es un secreto. Siempre le tendré aprecio, se lo aseguro, por la valentía que demostró esa noche. Usted y yo, señor Pinch, nos despedimos del mejor modo posible.

Tom le agradeció su confianza y su amistad, aunque había un misterio en la primera que lo desconcertaba por completo. En su extravagante

devoción por la familia, había sentido la pérdida de Merry más de lo que habría podido entender nadie que no supiera que, por muchos desaires que sufriera, él los atribuiría siempre a sus propios defectos. Apenas se había hecho a la idea cuando hete aquí que Charity estaba a punto de marcharse. Se había criado, por así decirlo, ante los ojos de Tom. Las dos hermanas eran una parte de Pecksniff, y una parte de Tom; una porción de la bondad de Pecksniff y de la devoción de Tom. No pudo soportarlo: esa noche apenas durmió dos horas dándole vueltas en la cama a esos espantosos cambios.

Cuando despuntó la mañana, creyó haber soñado esas ambigüedades; pero no: al bajar las escaleras encontró a todo el mundo llenando baúles, atando cajas y haciendo otros preparativos para la partida de la señorita Charity que duraron un día entero. Con tiempo suficiente para subir a la diligencia nocturna, la señorita Charity dejó las llaves de la casa con mucha ceremonia sobre la mesita del salón, se despidió amablemente de todos y abandonó el techo paterno, una bendición del Cielo por la que ciertas personas profanas vieron al criado pecksniffiano dando gracias de forma particularmente activa el domingo siguiente en la iglesia.

## **Capítulo XXXI. Se libera al señor Pinch de un deber que nunca debió a nadie; y el señor Pecksniff cumple con un deber que debe a la sociedad**

Las palabras finales del último capítulo llevan de forma natural al inicio de este, su sucesor, pues tiene que ver con una iglesia. Con la iglesia a la que tantas veces se ha aludido hasta ahora, en la que Tom Pinch tocaba el órgano sin recibir nada a cambio.

Una tarde bochornosa, casi una semana después de la partida de Charity a Londres, el señor Pecksniff estaba dando un paseo solitario cuando se le ocurrió desviarse hasta el cementerio. Mientras este caballero vagaba entre las tumbas esforzándose en extraer una o dos ideas de los epitafios —pues nunca desaprovechaba la ocasión de fabricar unos petardos morales para hacerlos estallar en el momento oportuno—, Tom Pinch empezó a ensayar. Tom podía correr a la iglesia y tocar un rato cuando tenía tiempo, pues era un órgano pequeño y sencillo, accionado por los pies del músico y ni siquiera requería que nadie moviera los fuelles. Aunque, si Tom lo hubiese necesitado, no había hombre ni niño en el pueblo hasta la barrera del portazgo (entre ellos el encargado de cobrarlo) que no hubiese estado dispuesto a moverlos hasta desfallecer.

El señor Pecksniff no tenía ninguna objeción contra la música, ni la más mínima. Era tolerante con todo... y lo decía a menudo. En general la consideraba una ocupación sin importancia apropiada para la capacidad de Tom. Pero, en lo que respecta a que tocara ese órgano concreto, era muy indulgente y singularmente amable, pues los domingos, en su ilimitada compasión, se sentía como si estuviera tocando él mismo y fuese un benefactor de la congregación. Así que, siempre que le resultaba imposible idear otro medio de descontarle dinero del sueldo, le daba permiso para cultivar ese instrumento. Una muestra de consideración por la que Tom se sentía muy agradecido.

La tarde era muy calurosa, y el señor Pecksniff llevaba un buen rato paseando. No tenía lo que puede llamarse buen oído para la música, pero sabía cuándo ejercía una influencia relajante sobre su alma; y ese fue el caso entonces, pues le pareció un melodioso ronquido. Se acercó a la iglesia y, asomándose por la celosía de rombos de una ventana que había cerca del porche, vio a Tom, con las cortinas de la galería descorridas y tocando con mucha expresión y ternura.

La iglesia exhalaba un frescor muy apetecible. La vieja techumbre de roble sostenida por vigas cruzadas, las paredes antiguas, las lápidas de mármol y el empavesado de piedras rotas eran muy refrescantes. Unas hojas de hiedra rozaban suavemente las ventanas; y el sol se derramaba sólo por una de ellas, dejando la iglesia en una cautivadora penumbra.

Pero el lugar más tentador de todos era un banco con blandos almohadones y una cortina roja donde se entronizaban los domingos los dignatarios oficiales del lugar (de los que el señor Pecksniff era el jefe y patrón). El asiento del señor Pecksniff estaba en el rincón: un rincón muy cómodo, donde su enorme devocionario en cuarto descansaba sobre el reclinatorio. Decidió entrar a descansar.

Entró muy silencioso, en parte porque era una iglesia, en parte porque sus andares siempre eran silenciosos, en parte porque Tom estaba tocando una pieza muy solemne y en parte porque pensó darle una sorpresa cuando terminara. Abrió la puerta del alto banco ceremonial, entró y volvió a cerrarla; luego se sentó en su sitio de siempre, estiró las piernas sobre los cojines y se acomodó para escuchar la música.

Es una circunstancia inexplicable que se quedase adormilado justo en el lugar donde la asociación de ideas debería haber bastado para tenerlo despierto, pero así fue. Apenas llevaba cinco minutos en aquel cómodo rincón cuando empezó a dar cabezadas. Se recuperaba y al minuto empezaba otra vez. El acto mismo de abrir los ojos con indolencia le hacía cabecear. El acto mismo de cerrarlos le hacía cabecear. Así siguió dando cabezadas una y otra vez hasta que por fin se quedó tan inmóvil como la propia iglesia.

Siguió oyendo el órgano mucho después de quedarse dormido, aunque no habría sabido decir si era un órgano o un toro. Al cabo de un rato empezó a tener de vez en cuando la misma sensación soñolienta de estar oyendo voces y, despertando con indolente curiosidad, abrió los ojos.

Tanta era su indolencia que, después de contemplar los cojines y el reclinatorio, estuvo a punto de volver a quedarse dormido, pero entonces reparó en que ciertamente se oían voces en la iglesia, voces que hablaban serias y en voz baja muy cerca de allí, mientras los ecos parecían murmurar respuestas. Se incorporó y escuchó.

No llevaba escuchando ni media docena de segundos y ya estaba más despierto que nunca en toda su vida. Con los ojos, los oídos y la boca muy abiertos, se movió con mucho cuidado, apartó la cortina con la mano y se asomó.

Tom Pinch y Mary. Claro. Había reconocido las voces, y ya sabía de qué estaban hablando. Como si fuese la parte más corta de un hombre guillotinado, con la barbilla apoyada en el banco, para poder ocultarse si uno de los dos volvía la cabeza, escuchó. Escuchó con un ansia tan reconcentrada que hasta el pelo y el cuello de la camisa se erizaron para ayudarle.

—No —decía Tom—. No he recibido ninguna carta, aparte de la de Nueva York, pero no se preocupe por eso, pues es muy probable que hayan ido algún lugar muy lejano donde las postas no sean regulares ni frecuentes. En esa misma carta me advertía de que podía suceder, incluso en esa ciudad a la que tenían pensado viajar... Edén, ya sabe.

—Es un gran peso que llevo en el alma —dijo Mary.

—Oh, no debe usted permitirlo —dijo Tom—. Se dice con razón que nada viaja tan rápido como las malas noticias; y, si a Martin le hubiese pasado cualquier cosa, puede estar segura de que hace mucho tiempo que se habría enterado usted. He querido decírselo muchas veces — continuó Tom con un azoramiento que le sentaba muy bien—, pero nunca me ha dado ocasión.

—A veces casi he llegado a temer —dijo Mary— que creyera que dudaba de si fiarme de usted, señor Pinch.

—No —balbució Tom—, no tengo conciencia de haberlo pensado nunca. Estoy seguro de que si lo hubiese hecho me lo habría reprochado a mí mismo por injusto. Comprendo lo delicado de su situación al tener que confiar en mí —dijo Tom—, pero arriesgaría mi vida por ahorrarle a usted un día de inquietud, desde luego que sí. —¡Pobre Tom!—. En ocasiones —continuó—, me ha espantado la idea de haberla ofendido por haber tenido el descaro de intentar anticiparme alguna vez a sus deseos. Otras veces imaginaba que su bondad la empujaba a apartarse de mí.

—¡De verdad!

—He sido muy tonto y muy presuntuoso al pensarlo —prosiguió él—, pero temía que pudiese creer que yo la admiraba demasiado, y que por eso declinara una ayuda que de otro modo habría aceptado. Si alguna vez se le ha pasado semejante idea por la cabeza —tartamudeó Tom— le ruego que la descarte. Soy fácil de contentar, y viviré feliz mucho después de que Martin y usted me hayan olvidado. ¡Soy una criatura pobre, torpe y tímida, no un hombre de mundo, y no debe preocuparse más por mí que si fuese un viejo fraile!

Si los frailes tienen un corazón como el tuyo, Tom, que se multipliquen, por más que lo prohíban las normas de su severa aritmética.

—¡Querido señor Pinch! —dijo Mary, dándole la mano—, no sé cómo decirle cuánto me conmueve su bondad. Nunca le he ofendido dudando de usted y ni por un instante he dejado de creer que fuese usted todo, más aún, lo que me había dicho Martin que era. Sin las calladas atenciones y la amistad que me ha profesado, mi vida aquí habría sido desdichada. Ha sido usted un ángel y me ha llenado de gratitud, esperanza y valor.

—Me temo que tengo tan poco de ángel —replicó Tom moviendo la cabeza— como cualquiera de esos querubines de piedra de las lápidas; y no crea que hay muchos ángeles así. Pero me gustaría saber (si tiene a bien decírmelo) por qué ha sido usted tan discreta respecto a Martin.

—Porque temía perjudicarle a usted —dijo Mary.

—¡Perjudicarme! —exclamó Tom.

—Perjudicarle con su patrón.

El caballero en cuestión se zambulló detrás de la cortina.

—¡Con Pecksniff! —replicó Tom, con alegre confianza—. ¡Ay, él nunca pensaría nada malo de nosotros! No hay hombre mejor que él. Cuanto más a gusto se encuentre usted, más feliz se sentirá él. ¡No tiene nada que temer de Pecksniff! No es ningún espía.

Muchos hombres en el lugar de Pecksniff, si hubiesen podido sumergirse a través del banco ceremonial y salir en Calcuta o en alguna región deshabitada al otro lado del mundo, lo habrían hecho sin dudarlo. El señor Pecksniff se sentó en su cojín y, escuchando con más atención que nunca, sonrió. Entretanto, Mary parecía haber expresado su desacuerdo, pues Tom siguió diciendo con sincera energía:

—Caramba, no sé por qué, pero cada vez que expreso esta opinión resulta que casi todo el mundo se niega a hacerle justicia a Pecksniff. Es una de las circunstancias más extraordinarias que he visto, pero así es. Mire si no a John Westlock, que fue su pupilo, uno de los jóvenes con mejor corazón del mundo en todo lo demás, y que, si pudiera, estoy convencido de que ataría a Pecksniff a la parte de atrás de un carro y lo haría azotar. Y John no es un caso aislado, todos los alumnos que ha tenido desde que yo estoy aquí se han ido alimentando por él el mismo odio inveterado. Y lo mismo Mark Tapley, un hombre de rango social muy distinto —dijo Tom—, la forma en que se burlaba de Pecksniff cuando estaba en el Dragón era escandalosa. Y Martin, Martin fue el peor de todos. Pero ahora caigo. Está claro que la predispuso a usted en contra de Pecksniff. Ha venido cargada de prejuicios, señorita Graham, y no es una persona imparcial.

Tom se congratuló mucho de su descubrimiento y se frotó muy contento las manos.

—Señor Pinch —dijo Mary—, se equivoca usted con él.

—¡No, no! —gritó Tom—. Quien se equivoca es usted. Pero —añadió, con un rápido cambio de tono—, ¿qué ocurre? ¡Señorita Graham! ¿Qué le ocurre? —El señor Pecksniff asomó poco a poco el pelo, la frente, las cejas y los ojos por encima del banco. Ella estaba sentada al lado de la puerta, tapándose la cara con las manos—. ¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿He dicho algo que la haya ofendido? ¿Ha dicho alguien algo que la haya ofendido? No llore. Se lo ruego, dígame de qué se trata. No soporto verla tan disgustada. ¡Dios se apiade de nosotros, no había estado tan sorprendido y afligido en toda mi vida!

El señor Pecksniff siguió con los ojos en el mismo sitio. Sólo se habría movido para apartarse de una barrena o de un hierro candente.

—No se lo diría, señor Pinch —dijo Mary—, si pudiera evitarlo, pero se engaña usted de tal modo, y es tan necesario que estemos en guardia, y que no salga usted perjudicado, que debe saber quién me acosa: no me queda alternativa. He venido a propósito para contárselo, pero creo que me habría faltado valor si no me hubiese llevado usted la conversación de forma tan directa al objeto de mi visita.

Tom la miró fijamente como si dijera «¿Y bien?». Pero no dijo ni palabra.

—La persona a quien juzga usted el mejor de los hombres —dijo Mary, alzando la vista y hablando con los ojos brillantes y los labios temblorosos.

—¡Dios mío! —murmuró Tom, retrocediendo—. Espere un momento. ¡La persona a quien juzgo el mejor de los hombres! Se refiere usted a Pecksniff, claro. Sí, ya veo que se refiere a Pecksniff. Dios mío, no hable sin conocimiento. ¿Qué ha hecho? Si no es el mejor de los hombres, ¿qué es?

—El peor. El más falso, astuto, vil, cruel, sórdido y desvergonzado —dijo la joven temblando de indignación. Tom se sentó y entrelazó las manos—. ¿Cómo llamaría si no —dijo Mary— a alguien que me recibe en su casa como huésped, como huésped involuntario, conociendo mi historia y lo sola e indefensa que estoy, y se jacta delante de sus hijas de las afrentas que me hace de tal modo que si tuviese un hermano, aunque no fuese más que un niño, y las presenciara acudiría en mi auxilio?

—¡Un canalla! —exclamó Tom—. Quienquiera que sea es un canalla.

El señor Pecksniff volvió a zambullirse.

—¿Cómo llamaría a alguien —dijo Mary— que, cuando mi único amigo, un amigo querido y bondadoso, se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales, se humillaba ante él, aunque él lo echara de su lado como a un perro (porque sabía lo que se traía entre manos)? ¿Quién, que tenga un espíritu misericordioso, ahora que ese amigo se halla en un estado senil, podría volver a arrastrarse hasta él y utilizar la influencia adquirida de un modo tan rastrero para toda suerte de fines viles y malvados y no para uno, ni siquiera uno, justo o bueno?

—Un canalla —respondió Tom.

—Pero ¿cómo llamarlo, oh, señor Pinch, cómo llamar a alguien que, pensando que podría conseguir mejor esos designios si yo fuese su mujer, me asalta con el cobarde argumento de que, si me caso con él, Martin, a quien he causado tantos infortunios, podrá volver a tener alguna esperanza, mientras que de lo contrario se sumirá en una ruina aún peor? ¿Cómo llamar a alguien que transforma mi fidelidad a quien quiero con todo mi corazón en una tortura para mí y un daño para él, que me obliga a ser, haga lo que haga, el instrumento para causar daño

a alguien a quien cubriría de bendiciones? ¿Cómo llamar a alguien que, después de tender esas trampas tan crueles, me explica su propósito con palabras suaves y el rostro sonriente a plena luz del día, que tira de mí mientras me abraza y que se lleva a los labios una mano —prosiguió agitada la joven— que me habría arrancado si con eso hubiera podido librarme de la vergüenza y la degradación de su roce?

—Lo llamo —gritó Tom muy alterado— canalla y malvado. ¡Me da igual quién sea, es un malvado insufrible y un traidor!

Ella volvió a taparse el rostro con las manos, como si la pasión que le había dado fuerzas para hacer esa confesión hubiese sucumbido a la abrumadora sensación de vergüenza y pesar, y se dejó llevar otra vez por las lágrimas.

Cualquier muestra de aflicción habría conmovido la ternura de Tom, pero esta especialmente. Las lágrimas y los sollozos fueron como flechas en su corazón. Intentó consolarla, se sentó a su lado, gastó todas sus reservas de prosaica elocuencia, y habló de Martin con palabras de elogio y esperanza. Sí, aunque la amaba con toda su alma, con un amor desprendido del que disfrutaban muy pocas mujeres, habló desde el principio hasta el final de Martin. Ni todas las riquezas de las Indias habrían tentado a Tom a no pronunciar el nombre de su enamorado.

Cuando la joven se dominó un poco, informó a Tom de que el hombre al que había descrito era el verdadero Pecksniff, y, palabra por palabra y frase por frase, tal como ella lo recordaba, le contó lo que había ocurrido en el bosque, lo cual supuso sin duda un enorme placer para dicho caballero, que, entre su temor por ser visto y su deseo de ver, no hacía más que zambullirse detrás del banco ceremonial y volver a asomar como el inteligente casero del espectáculo de marionetas que evita que lo golpeen en la cabeza con una cachiporra. Una vez concluida la narración, y de rogarle a Tom que se mostrara distante e indiferente con ella y de darle las gracias, se despidieron al oír pasos en el cementerio y Tom volvió a quedarse solo en la iglesia.

Entonces se abatieron sobre Tom el sobresalto y la tristeza de aquella revelación. La luminaria que había dirigido su vida desde la infancia se había convertido, en un instante, en un vapor pútrido. No era que Pecksniff, el Pecksniff de Tom, hubiese dejado de existir, sino que nunca había existido. Si hubiese muerto, Tom habría tenido el consuelo de recordarlo como era antes, pero este descubrimiento lo llenó de angustia al comprobar lo que nunca había sido. Pues, si la ceguera de Tom en este asunto había sido total y no parcial, lo mismo le ocurrió cuando recobró la vista. Su Pecksniff jamás habría podido cometer la canallada que acababa de oír, pero cualquier otro Pecksniff sí. Y el Pecksniff que podía cometer era capaz de todo, y sin duda llevaba haciendo todo tipo de cosas, menos el bien, toda su vida. El ídolo había caído desde las encumbradas alturas en las que lo había puesto el pobre Tom y



Ni todos los caballos ni todos los hombres del rey

habrían podido reconstruir al señor Pecksniff<sup>[110]</sup> .

Ni una legión de titanes habría podido levantarlo del barro, y se lo tenía bien merecido. Pero no era él quien sufría: era Tom. Se había roto su brújula, se habían destruido sus mapas, su cronómetro se había parado, sus mástiles se habían ido por la borda, su ancla estaba a la deriva a diez mil leguas de distancia.

El señor Pecksniff lo observó con mucho interés. Pues adivinaba el propósito de las cavilaciones de Tom y tenía curiosidad por ver cuál sería su comportamiento. Tom estuvo un rato yendo y viniendo por el pasillo como un demente, parándose de vez en cuando para apoyarse y pensar; luego se puso a mirar un viejo e inexpresivo monumento decorado con calaveras y tibias cruzadas, como si fuese la obra de arte más exquisita que hubiese visto, aunque hasta entonces siempre lo había contemplado con indecible desprecio; luego se sentó y después volvió a ir de aquí para allá, y anduvo hasta la galería del órgano y pulsó las teclas, pero su canto había cambiado, su música había desaparecido y, después de tocar un acorde largo y melancólico, apoyó la cabeza en las manos y lo dejó por imposible.

—No me habría importado —dijo Tom Pinch, levantándose de la banqueta y contemplando la iglesia como si fuese el cura—. No me habría importado que me hubiese hecho a mí cualquier cosa, pues muchas veces he puesto a prueba su paciencia, le he causado sufrimientos y nunca he sido para él el sostén que podrían haber sido otros. No me habría importado, Pecksniff —continuó Tom, sin imaginar que le estaba escuchando—, que me hubiera ofendido a mí; habría encontrado un sinfín de excusas para justificarlo, y aunque me hubiese dolido habría seguido respetándolo. Pero ¿por qué ha tenido que caer tan bajo en mi aprecio? ¡Ay, Pecksniff, Pecksniff, no hay nada que no hubiese dado para que siguiese usted siendo merecedor de mi antigua opinión! ¡Nada!

El señor Pecksniff se sentó en el cojín, tirándose del cuello de la camisa, mientras Tom, herido en lo más vivo, soltaba tal diatriba. Al cabo de una pausa, oyó a Tom bajar las escaleras y el ruido metálico de las llaves de la iglesia y, asomando de nuevo los ojos por encima del banco, lo vio salir muy despacio y cerrar la puerta con llave.

El señor Pecksniff no se atrevió a salir de su escondrijo, pues a través de las ventanas de la iglesia vio a Tom vagar entre las tumbas y apoyarse de cuando en cuando en una lápida, como si hubiera perdido a un amigo. Incluso cuando se marchó del cementerio, el señor Pecksniff siguió allí encerrado, pues no estaba seguro de que su tribulación no pudiera hacerlo volver. Por fin, salió y se encaminó con expresión complacida a la sacristía, donde sabía que había una ventana a ras del suelo, por la que podría salir de un pequeño salto.

El estado de ánimo del señor Pecksniff era muy curioso, no tenía prisa por marcharse, y más bien se sentía inclinado a demorarse allí, lo que lo llevó a abrir el armario de la sacristía y mirarse en el espejo del cura que colgaba detrás de la puerta. Al ver que estaba despeinado, se tomó la libertad de tomar prestado el cepillo canónico para peinarse. También se tomó la libertad de abrir otro armarito, pero lo cerró enseguida, pues le sorprendió mucho ver una sotana y una sobrepelliz blanca colgadas, que parecían dos curas ahorcados. Al recordar que había visto en el primer armarito una botella de oporto y unas galletitas, volvió a hurgar en él y se sirvió con mucha parsimonia, aunque sin dejar de pensar, de manera muy profunda y sopesada, como si fuese otro el objeto de sus pensamientos.

Pronto se decidió, si es que había dudado algún momento, y volviendo a guardar la botella y las galletas abrió la ventana. Salió al cementerio sin dificultad, cerró la ventana a sus espaldas y volvió directo a casa.

—¿Está el señor Pinch? —preguntó el señor Pecksniff a la criada.

—Acaba de llegar, señor.

—Acaba de llegar, ¿eh? —repitió alegremente el señor Pecksniff—. Y supongo que habrá ido arriba.

—Sí, señor. Está arriba. ¿Quiere que lo llame, señor?

—No —dijo el señor Pecksniff—, no. No hace falta que le llames, Jane. Gracias, Jane. ¿Qué tal tus parientes?

—Muy bien, gracias, señor.

—Me alegra oírlo. Hazles saber que he preguntado por ellos. ¿Está por aquí el señor Chuzzlewit, Jane?

—Sí, señor. Está en el salón, leyendo.

—En el salón, leyendo, ¿eh, Jane? —dijo el señor Pecksniff—. Muy bien. En ese caso creo que iré a verle.

¡Nadie había visto jamás al señor Pecksniff de tan buen humor!

Pero, cuando entró en el salón, donde el anciano estaba ocupado, como había dicho Jane, con pluma, papel y tintero en una mesa que había cerca (pues el señor Pecksniff insistía siempre en tenerlo bien surtido de material de escritorio), dejó de estar tan alegre. No estaba enfadado, ni rabioso, ni airado, ni taciturno, sino apenado: amargamente apenado. Cuando se sentó al lado del anciano, dos lágrimas, no como las que emborronan los apuntes de los ángeles escribientes, sino como esas tan preciosas que utilizan como tinta, corrieron por sus meritorias mejillas.

—¿Qué sucede? —preguntó el viejo Martin—. Pecksniff, ¿qué le aflige?

—Siento interrumpirle, mi querido señor, y aún lamento más el motivo. Mi querido y valioso amigo, me han engañado.

—¡Engañado!

—¡Ah! —exclamó dolido el señor Pecksniff—. Me han engañado con lo que más me duele. Me ha engañado cruelmente aquel en quien deposité mi más ilimitada confianza. Quien me ha decepcionado es Thomas Pinch.

—¡Oh, eso es malo, malo, malo! —dijo Martin, apartando el libro—. Muy malo. Espero que no esté usted en lo cierto. ¿Está seguro?

—¡Seguro, señor! Mis ojos y mis oídos son testigos. De otro modo no lo habría creído, señor Chuzzlewit, ni aunque una serpiente flamígera lo hubiese proclamado desde lo más alto de la catedral de Salisbury. Habría dicho —lloriqueó el señor Pecksniff— que la serpiente mentía. Tanta era mi fe en Thomas Pinch que no habría dejado salir la falsedad de los dientes de la serpiente y me habría fiado de él de todo corazón. Pero no soy una serpiente, lamento decirlo, y no me queda excusa ni esperanza.

Martin se turbó mucho al verlo tan agitado y al oír noticias tan inesperadas. Le rogó que se dominase, y le preguntó de qué modo le había traicionado Pinch.

—Eso es casi lo peor —respondió el señor Pecksniff—. Pues el asunto casi le concierne a usted. ¡Oh! ¿Es que no es suficiente —añadió alzando la vista— con que sufra yo estos golpes para que tengan que afligir también a mis amigos?

—Me asusta usted —gritó el anciano, mudando de color—. Ya no soy tan fuerte como era. ¡Me aterra usted, Pecksniff!

—Anímese, noble señor —dijo Pecksniff, con valor renovado—, y haremos lo necesario. Usted lo sabrá todo y yo tendré justicia. Pero antes discúlpeme, señor, dis... cúlpeme. Tengo que cumplir un deber con la sociedad.

Tocó la campanilla y apareció Jane.

—¡Haga venir al señor Pinch si tiene la bondad, Jane!

Tom apareció. Encogido y con actitud turbada, abatido y sin ánimo, visiblemente confundido, esforzándose por no mirar a Pecksniff a la cara.

El honrado caballero miró al señor Chuzzlewit, como diciendo: «¡Lo ve!», y se dirigió a Tom en estos términos:

—Señor Pinch, he dejado abierta la ventana de la sacristía. ¿Me haría usted el favor de ir a cerrarla? ¡Luego tráigame las llaves del edificio sagrado!

—¡La ventana de la sacristía, señor! —gritó Tom.

—Creo que me ha entendido usted, señor Pinch —replicó su maestro—. Sí, señor Pinch, la ventana de la sacristía. Siento decir que mientras descansaba en la iglesia después de un fatigoso paseo he oído algunos fragmentos —subrayó la palabra— de la conversación entre dos personas, y como una de ellas cerró con llave la iglesia al marcharse, me he visto obligado a salir por la ventana de la sacristía. Hágame el favor de cerrar esa ventana, señor Pinch, y después vuelva aquí.

Ningún fisionomista del mundo habría sabido reproducir el rostro de Tom cuando oyó estas palabras. En él había sorpresa y un poco de reproche, pero sin duda nada de culpa o temor, aunque una hueste de emociones pugnaba por salir a la luz. Hizo una reverencia y sin decir una palabra, ni buena ni mala, se marchó.

—Pecksniff —gritó tembloroso Martin—, ¿qué significa esto? ¡No tome decisiones apresuradas de las que luego pueda arrepentirse!

—No, señor mío —dijo el señor Pecksniff con firmeza—. ¡No, pero tengo que cumplir un deber con la sociedad, y lo cumpliré, amigo mío, cueste lo que cueste!

¡Oh, deber tardíamente recordado y muchas veces olvidado, charlatán, jactancioso, nunca saldado y pocas veces pagado con otra moneda que no sean la ira y el castigo, cuándo empezará la humanidad a conocerte! ¡Cuándo te reconocerán los hombres en tu cuna olvidada y en tu limitada juventud y no en la madurez pecaminosa y en la desolada vejez! ¡Oh, juez cubierto de armiño cuyo deber con la sociedad es condenar al criminal harapiento a la muerte y al destierro!, ¿nunca has tenido el deber de cerrarle las cien puertas abiertas que lo conducían al puerto del delincuente y de abrirle de par en par los portales que llevaban a una vida decente? ¡Oh, prelado, prelado, cuyo deber con la sociedad es lamentar con frases melancólicas la triste degeneración de estos tiempos en los que tantos honores has recibido!, ¿es que nada se antepone a tu elevación al encumbrado sillón desde el que sueltas tus homilías a otros que esperan para subirse también a él, y cuyo deber con la sociedad aún no ha comenzado? ¡Oh, magistrado, caballero poco común y valeroso señor!, ¿no tenías ningún deber con la sociedad antes de que ardieran los almiarés y la turba enloqueciese, o es que surgió de la tierra con armas y las botas puestas como un cuerpo de soldados voluntarios?

El deber del señor Pecksniff con la sociedad no podía saldarse hasta que volviera Tom. El tiempo que precedió al regreso del joven lo ocupó conferenciando con su amigo, de modo que, cuando llegó Tom, los encontró dispuestos a recibirle. Mary estaba arriba en su cuarto, donde el señor Pecksniff, siempre considerado, le había rogado al viejo Martin que le pidiera que se quedase media hora más para no herir sus sentimientos.

Cuando llegó Tom se encontró al viejo Martin sentado al lado de la ventana y al señor Pecksniff a la mesa en actitud imponente. A un lado tenía el pañuelo y en el otro un montoncito (muy pequeño) de monedas de oro y plata y algún que otro penique. Tom vio, de un vistazo, que era su salario de ese trimestre.

—¿Ha cerrado la ventana, señor Pinch? —preguntó Pecksniff.

—Sí, señor.

—Gracias. Deje ahí las llaves, por favor, señor Pinch. —Tom las dejó sobre la mesa. Sostuvo el manajo por la llave de la galería del órgano (aunque era una de las más pequeñas) y la miró mientras la dejaba en la mesa. Había sido una vieja, vieja amiga de Tom, una amable compañera muchos, muchos días—. Señor Pinch —dijo Pecksniff moviendo la cabeza—. ¡Oh, señor Pinch, quisiera saber si es capaz de mirarme a la cara!

Pero Tom lo miró y, a pesar de que se ha dicho de él que estaba cargado de hombros, se plantó tan erguido como el que más.

—Señor Pinch —dijo Pecksniff, cogiendo el pañuelo, como si presintiera que le iba a hacer falta—, no me entretendré en el pasado. Le ahorraré a usted, y a mí, al menos ese dolor.

Los ojos de Tom no estaban muy brillantes, pero sí fueron muy expresivos cuando miró a Pecksniff y dijo:

—Gracias señor. Me alegra mucho que no se refiera usted al pasado.

—Con el presente es suficiente —dijo el señor Pecksniff, soltando un penique— y, cuanto antes se pase, mejor. Señor Pinch, no le despediré sin darle una explicación. Aunque, dadas las circunstancias, esa forma de actuar estaría justificada; no obstante, podría dar cierta impresión de apresuramiento, y no lo haré —dijo Pecksniff— porque soy perfectamente dueño de mis actos. Así que le diré lo que le he dicho ya al señor Chuzzlewit.

Tom miró al anciano caballero, que de vez en cuando asentía con la cabeza como dando su visto bueno a las frases y los sentimientos del señor Pecksniff, pero no intervino de ningún otro modo.

—Por fragmentos de una conversación que acabo de oír en la iglesia, señor Pinch —dijo Pecksniff—, entre usted y la señorita Graham, y digo fragmentos porque estaba adormilado, y bastante alejado, cuando me despertaron sus voces, y por lo que he visto, he podido comprobar (habría dado mucho por no haberlo comprobado, señor Pinch) que usted, olvidando todos los lazos del deber y del honor, señor, despreciando las sagradas leyes de la hospitalidad, que estaba usted obligado a cumplir como residente en esta casa, se ha atrevido a hacer a la señorita Graham declaraciones de afecto y propuestas de amor no correspondidas.

Tom lo miró con fijeza.

—¿Lo niega? —preguntó el señor Pecksniff, soltando una libra, dos chelines y cuatro peniques y volviéndolos a recoger.

—No, señor —replicó Tom—. No lo niego.

—No lo niega —dijo el señor Pecksniff, mirando al anciano caballero—. Hágame el favor de contar este dinero, señor Pinch, y de firmar el recibo, ¿así que no lo niega?

No, no lo negaba. Tom no se dignó negarlo. Comprendió que al señor Pecksniff, después de haber oído por casualidad su propia deshonra, le traía sin cuidado que lo despreciara aún más. Comprendió que había urdido esa ficción para librarse de él cuanto antes, pero que de todas maneras el final sería el mismo. Comprendió que el señor Pecksniff contaba con que no lo negaría, pues si explicase lo ocurrido pondría al anciano más que nunca en contra de Martin y Mary, mientras que Pecksniff alegraría que se había equivocado al interpretar los «fragmentos». ¡Negarlo! No.

—¿Es correcta la cantidad, señor Pinch? —preguntó Pecksniff.

—Sí, señor —respondió Tom.

—En la cocina hay una persona —dijo el señor Pecksniff— esperando para trasladar su equipaje adonde le plazca. Aquí nos despedimos, señor Pinch; en adelante, somos desconocidos.

Algo innominado —compasión, tristeza, antigua ternura, gratitud equivocada, la costumbre, ninguna de esas cosas y todas a la vez— afligió el generoso corazón de Tom a la hora de la partida. El alma de Pecksniff no estaba en esa carcasa; y sin embargo, aunque al decir la verdad no hubiese puesto en peligro a su amigo, tampoco habría podido acusar a la forma y figura de ese hombre. No, ni siquiera entonces.

—No diré —exclamó el señor Pecksniff vertiendo unas lágrimas— lo que ha sido este golpe para mí, no diré lo mucho que me afecta, lo mucho que desgasta mi naturaleza, ni cómo erosiona mis sentimientos. Eso da

igual. Puedo soportarlo como el que más. Pero lo que espero, y lo que debe esperar usted, señor Pinch (de lo contrario, habrá caído sobre usted una gran responsabilidad) es que esta decepción no cambie mi opinión sobre la humanidad, que no afecte a mi lozanía, o, si se me permite usar la expresión, que no me corte las alas. Espero que no, no lo creo. Tal vez sea un consuelo para usted, si no ahora tal vez en el futuro, saber que me esforzaré por no pensar lo peor de mis congéneres por culpa de lo sucedido entre nosotros. ¡Adiós!

Tom había pensado ahorrarle un pinchacito de bisturí, que estaba en condiciones de administrarle, pero al oír esto cambió de idea y dijo:

—Creo que olvidó usted algo en la iglesia, señor.

—Gracias, señor Pinch —dijo Pecksniff—, pero no lo creo.

—¿No son estos sus quevedos? —preguntó Tom.

—¡Ah! —exclamó Pecksniff un tanto confundido—. Se lo agradezco, déjelos ahí, por favor.

—Los he encontrado —dijo Tom muy despacio— en el banco ceremonial, al ir a cerrar la ventana de la sacristía.

Era cierto. El señor Pecksniff se los había quitado cuando se asomaba y se ocultaba, para que no chocaran contra el borde y los había olvidado. Cuando volvió a la iglesia convencido de que los habían espiado y preguntándose desde dónde, Tom reparó en que la puerta del banco ceremonial estaba abierta. Al asomarse encontró los quevedos. Así supo, y al devolvérselos informó al señor Pecksniff de que sabía dónde se había ocultado, y que en lugar de oír fragmentos de la conversación debía de haber oído hasta la última palabra.

—Me alegro de que se haya ido —dijo Martin soltando un largo suspiro cuando Tom salió de la sala.

—Es un alivio —coincidió el señor Pecksniff—. Un gran alivio. Pero, una vez cumplido, espero que con tolerable firmeza, mi deber con la sociedad, me retiraré ahora, señor mío, si me lo permite, a llorar en el jardín de atrás, como un humilde individuo.

Tom fue al piso de arriba, vació su estante de libros, los metió con las partituras y un viejo violín en el baúl; sacó la ropa (no era tanta como para ser una complicación), la puso encima de los libros, y fue a la sala de trabajo a buscar su maletín y su instrumental. Había un taburete desgarrado, con el relleno de pelo de caballo asomando como una peluca: un taburete incomodísimo en el que se había sentado a diario, año tras año, todos sus días de servicio. Habían envejecido juntos y los dos estaban raídos. Los alumnos habían terminado sus cursos, las estaciones habían llegado y pasado, mientras Tom y el gastado taburete lo habían resistido todo. Esa parte de la sala se llamaba

tradicionalmente «el rincón de Tom». Se lo habían asignado al principio porque había muchas corrientes de aire y estaba muy lejos de la chimenea, y desde entonces lo había ocupado siempre. Había retratos suyos en las paredes, con todos sus defectos monstruosamente exagerados. Sentimientos diabólicos, ajenos a su carácter, salían de su boca en gruesos globos. Cada alumno había añadido alguna cosa, incluso a los imaginativos retratos de su padre tuerto y de su madre, con una nariz desproporcionada, y en especial al de su hermana, a quien siempre retrataban tan guapa que eso consolaba a Tom de las demás bromas. En circunstancias menos excepcionales a Tom le habría partido el alma tener que dejar esas cosas y pensar que iba a verlas por última vez, pero ahora no. Pecksniff no existía, Pecksniff no había existido nunca y eso superaba todos sus pesares.

Así que volvió al dormitorio, después de cerrar el baúl y el maletín, se puso los zapatos, el abrigo y el sombrero, cogió el bastón y contempló su habitación por última vez. Las mañanas de verano a primera hora y las noches de invierno a la luz del cabo de una vela, había leído hasta quedarse casi ciego en ese mismo cuarto. Había intentado aprender a tocar el violín debajo de las sábanas en ese mismo cuarto, pero cedió a las objeciones de los otros alumnos y abandonó a regañadientes su propósito. En cualquier otro momento se habría marchado con pesar, pensando en todo lo que había aprendido allí, en las muchas horas que había pasado allí por amor a sus sueños. Pero Pecksniff no existía, nunca había existido ningún Pecksniff; y la irrealidad de Pecksniff se extendía también a la habitación, en la que, sentado en una cama concreta, el ente que se suponía que era esa Gran Abstracción había predicado a menudo sobre moralidad de forma tan eficaz que Tom había notado lágrimas en los ojos mientras se aferraba sin aliento a sus palabras.

El hombre contratado para llevar su baúl —Tom lo conocía bien, era un empleado del Dragón— subió las escaleras con ruidosas pisadas y le hizo una ruda reverencia a Tom (en circunstancias normales le habría saludado con una sonrisa), como si supiera lo ocurrido y quisiera hacerle notar que a él no le importaba. Fue un poco torpe, el hombre no era más que un mozo de establo, pero Tom se lo agradeció y lo lamentó más que partir.

Tom le habría ayudado con el baúl pero, a pesar de lo mucho que pesaba, él hizo como un elefante con un castillo: se lo echó a la espalda y bajó las escaleras como si, al ser fornido por naturaleza, le resultase más fácil ir con el baúl auestas que sin él. Tom cogió el maletín y bajó las escaleras detrás de él. En la puerta estaba Jane, llorando a lágrima viva; y en los escalones de fuera esperaba la señora Lupin, sollozando amargamente, y tendiéndole la mano a Tom.

—¿Vendrá al Dragón, señor Pinch?



—No —dijo Tom—, no. Iré andando a Salisbury esta noche. No podría quedarme aquí. Por el amor de Dios, no haga que me sienta tan desdichado, señora Lupin.

—Pero vendrá usted al Dragón, señor Pinch. Aunque sea sólo esta noche. Para verme, ya me entiende, no como viajero.

—¡Que Dios bendiga mi alma! —dijo Tom secándose los ojos—. ¡La bondad de la gente basta para partirle a uno el alma! Mi intención es ir a Salisbury esta noche, mi buena señora. Si me guarda usted el baúl, hasta que le escriba, lo consideraré el mayor de los favores.

—Ojalá —lloró la señora Lupin— tuviese usted veinte baúles y pudiera guardárselos todos.

—Gracias —dijo Tom—. Usted es así. Adiós. Adiós.

Había varias personas, jóvenes y viejas, delante de la puerta: algunas lloraban con la señora Lupin, mientras otras intentaban ser fuertes, como Tom; algunas pensaban en su admiración por el señor Pecksniff, un hombre capaz de construir una iglesia, por así decirlo, con sólo mirar una hoja de papel, y otras estaba divididas entre ese sentimiento y el cariño que sentían por Tom. El señor Pecksniff había aparecido en lo alto de los escalones, a la vez que su antiguo alumno, y, mientras Tom hablaba con la señora Lupin, había extendido el brazo, como diciendo: «¡Fuera!». Cuando Tom se marchó y dobló la esquina, el señor Pecksniff movió la cabeza, cerró los ojos y, soltando un profundo suspiro, cerró también la puerta. Al verlo, los partidarios más decididos de Tom dijeron que debía de haber hecho algo terrible, o un hombre como el señor Pecksniff jamás se habría sentido así. De haberse tratado de una discusión normal y corriente (observaron) habría dicho algo, y, si no lo había hecho, era porque el señor Pinch lo había dejado en un estado de espantosa conmoción.

Tom no pudo oír sus astutas opiniones y siguió andando con toda la firmeza que pudo, hasta que llegó a la barrera del portazgo donde la familia del encargado de cobrarlo había gritado: «¡Señor Pinch!» aquella gélida mañana en que fue a recoger al joven Martin. Había dejado atrás el pueblo y esa barrera era la última prueba pero, cuando

los niños salieron chillando a recibirlo, poco faltó para que echara a correr campo a través.

—¡Caramba, señor Pinch! ¡Oh, señor! —exclamó la mujer del empleado—. ¡Vaya hora tan rara para pasar por aquí con un maletín!

—Voy a Salisbury —dijo Tom.

—Vaya, por el amor de Dios, y ¿dónde está la calesa? —gritó la mujer del empleado, mirando hacia el camino, como si pensara que Tom podría haberse enfadado de no habérselo preguntado.

—No la tengo —dijo Tom—, he... —no pudo contenerse, intuyó que ella lo pillaría a la siguiente pregunta si escapaba a esta— he dejado la casa del señor Pecksniff.

El empleado del portazgo —un individuo arisco, que estaba siempre dentro de la casa fumando solitario su pipa en una silla Windsor, hábilmente colocada entre dos ventanas que daban a ambos lados del camino, de modo que cuando veía llegar a alguien podía felicitarle por ir a cobrar un peaje, y cuando veía marcharse a alguien podía felicitarle por haberlo cobrado ya— salió al instante.

—¡Que ha dejado al señor Pecksniff! —exclamó.

—Sí —dijo Tom—, lo he dejado.

El hombre miró a su mujer, sin saber si preguntarle si tenía algo que decir o si mandarla a cuidar de los niños. Como la sorpresa lo volvió hosco, optó por lo segundo, y la envió a la caseta del portazgo con una reprimenda.

—¡Así que ha dejado al señor Pecksniff! —dijo cruzándose de brazos y estirando las piernas—. Me habría extrañado menos si se hubiese dejado la cabeza.

—¡Sí! —respondió Tom—. ¡Y a mí también, hasta ayer! ¡Buenas noches!

Si en ese momento no hubiese llegado un enorme hato de bueyes, el hombre habría ido corriendo al pueblo a preguntar lo sucedido. Pero, tal como fueron las cosas, se fumó otra pipa y lo habló con su mujer, pero, ni sumando sus respectivas sagacidades, pudieron sacar nada en claro y se fueron a la cama metafóricamente en la oscuridad. No obstante, en varias ocasiones esa noche, en que pasó una carreta y el conductor le preguntó al encargado del portazgo «¿Qué noticias hay?», él lo miró a la luz de la linterna para asegurarse de que le interesaba el asunto y luego dijo tapándose las piernas con el abrigo:

—¿Conoce al señor Pecksniff?

—Sí, claro.

—¿Y también a ese joven, el señor Pinch?

—¡Sí!

—Pues han roto.

Después de cada una de esas revelaciones volvía a meterse en la casa y no se dejaba ver más, mientras el otro seguía su camino muy sorprendido.

Pero eso fue mucho después de que Tom estuviese en cama, y ahora Tom iba camino de Salisbury esforzándose en llegar a su destino. Al principio la tarde estaba despejada, pero el cielo se encapotó y se nubló después de la puesta del sol y empezó a llover con fuerza. Tom continuó andando quince kilómetros calado hasta los huesos, hasta que por fin distinguió las luces y llegó al bienhallado recinto de la ciudad.

Fue a la taberna donde había esperado a Martin y, después de responder brevemente las preguntas que le hicieron sobre el señor Pecksniff, pidió que le dieran una cama. No estaba de humor para tomar un té ni para cenar carne o bebida de ningún tipo, así que se sentó sólo a una mesa vacía en el salón mientras le preparaban la cama, dándole vueltas a todo lo ocurrido ese día tan aciago y preguntándose qué podía o debía hacer en el futuro. Fue un gran alivio cuando llegó la doncella y anunció que la cama estaba lista.

Era una cama baja con dosel, hundida en el centro como un abrevadero, y la habitación estaba abarrotada de mesas muy poco prácticas y de cajoneras llenas de sábanas húmedas. Una gráfica representación al óleo de un buey muy gordo colgaba sobre la chimenea y el retrato de algún antiguo propietario (que se parecía tanto al buey que lo mismo podría haber sido su hermano) lo miraba fijamente al pie de la cama. Una variedad de extraños olores se disimulaba en parte por un aroma a lavanda muy vieja, y la ventana llevaba tanto tiempo cerrada que, alegando un uso inmemorial, se negó a abrirse.

Eran naderías en sí mismas, pero se añadían a la extrañeza del lugar, y no ayudaron a Tom a olvidar su nueva situación. Pecksniff había desaparecido del mundo —nunca había estado en él— y lo único que podía hacer Tom fue pronunciar sus oraciones sin él. Después se sintió mejor y se fue a dormir y soñó con él como nunca había sido.

## Capítulo XXXII. Trata otra vez de Todgers; y de otra planta marchita además de las plantas principales

A primera hora del día siguiente en que dijo adiós a los salones de su juventud y a los escenarios de su infancia, la señorita Pecksniff llegó sana y salva a la estación de diligencias en Londres, donde la señora Todgers la recibió y acompañó a su pacífico hogar a la sombra del Monumento. La buena mujer parecía un poco fatigada por las exigencias de la salsa de carne y por las demás preocupaciones de su establecimiento, pero hizo gala de la misma seriedad de siempre y de sus modales afectuosos.

—Y ¿qué tal, mi querida señorita Pecksniff —dijo—, está su noble padre?

La señorita le dio a entender (en confianza) que consideraba la posibilidad de presentarle a una noble madre; e insistió en que no estaba ciega, en que no era idiota y en que no lo aceptaría.

A la señora Todgers le afectó más esa información de lo que nadie habría podido esperar. Respondió con amargura. Afirmó que los hombres nunca eran sinceros y que, por lo general, cuanto más cariñosos se mostraban, más falsos y traicioneros eran. Adivinó con sorprendente claridad que el objeto del afecto del señor Pecksniff era una mujer intrigante, despreciable y malvada, y cuando Charity le confirmó plenamente su idea, declaró con lágrimas en los ojos que quería a la señorita Pecksniff como a una hermana y sentía como propias las ofensas que había sufrido.

—A su verdadera y querida hermana no la he visto más que una vez después de la boda —dijo la señora Todgers— y me pareció que tenía muy mal aspecto. Mi dulce señorita Pecksniff, siempre pensé que sería usted la que se casaría.

—¡Dios mío, no! —gritó Cherry, moviendo la cabeza—. Oh, no, señora Todgers. Gracias. ¡No! Por nada del mundo.

—Creo que no le falta razón —dijo la señora Todgers, con un suspiro—. Me lo temí desde el primer momento. Pero el sufrimiento que nos ha causado esa boda, aquí, en esta casa, mi querida señorita Pecksniff, nadie lo creería.

—¡Por Dios, señora Todgers!

—¡Ha sido terrible, terrible! —repitió la señora Todgers con mucho énfasis—. ¿Recuerda a nuestro joven caballero, querida?

—Pues claro —dijo Cherry.

—¿No repararía usted —dijo la señora Todgers— en el modo en que miraba a su hermana, y en el mutismo que le embargaba cuando estaba en su presencia?

—Por descontado que no reparé en nada semejante —replicó malhumorada Cherry—. ¡Qué absurdo, señora Todgers!

—Querida mía —repuso esa señora con voz hueca—. Lo he visto, una y otra vez, sentado delante de su empanada a la hora de la cena, con la cuchara en la boca y mirando a su hermana. Lo he visto en un rincón del salón, mirándola con un aire tan melancólico que más que un hombre parecía un pozo de lágrimas.

—¡Nunca vi tal cosa! —gritó Cherry—. Y no tengo más que decir.

—Pero, cuando se celebró la boda —dijo la señora Todgers, siguiendo con el asunto—, cuando se publicó en el periódico y lo leyeron aquí en voz alta a la hora de comer, pensé que había perdido el juicio, de verdad. La violencia de ese joven, mi querida señorita Pecksniff, las espantosas palabras que expresó a propósito de la aniquilación por propia mano, las cosas tan extraordinarias que hizo con el té, su manera de morder el pan con mantequilla, la forma en que provocó al señor Jinkins, todo se combinó para crear una imagen que no olvidaré jamás.

—Es una pena que no se aniquilara por propia mano —observó la señorita Pecksniff.

—¡Aniquilarse! —dijo la señora Todgers—. Por la noche cambió. Entonces le dio por aniquilar a los demás. Hicieron ciertos chascarrillos, espero que no le parezca una palabra vulgar, está siempre en la boca de nuestros caballeros, todos de buena fe, cuando de pronto se levantó furioso y, si no lo hubiesen sujetado entre tres, le habría quitado la vida al señor Jinkins con un descalzador.

El rostro de la señorita Pecksniff expresó una suprema indiferencia.

—Y ahora —dijo la señora Todgers—, ahora es el más manso de los hombres. Basta con mirarlo para arrancarle unas lágrimas. Se pasa los domingos sentado a mi lado, hablando con tanta desesperación que me resulta casi imposible conservar el ánimo suficiente para tratar a los demás huéspedes. Sólo encuentra alivio en compañía femenina. Me lleva al teatro a la última parte de la función<sup>[111]</sup>, tan a menudo que a veces temo que sea más de lo que puede permitirse; y veo que está al borde las lágrimas todo el espectáculo, sobre todo si es una comedia. El susto que me llevé ayer mismo —dijo, llevándose la mano al costado—, cuando la criada tiró por la ventana la alfombrilla de su cuarto, nadie puede imaginarlo. ¡Pensé que era él y que lo había hecho por fin!

El desdén con que la señorita Charity escuchó el conmovedor relato del estado al que se había visto reducido el caballero más joven del grupo no dijo mucho sobre su capacidad de compadecer a tan desdichado personaje. Respondió con frivolidad y luego siguió informándose de si había acontecido algún otro cambio en la pensión comercial.

El señor Bailey se había marchado, y lo había sustituido (¡tal es la decadencia de la grandeza humana!) una anciana de quien decían que se llamaba Tamaroo, lo cual parecía imposible. De hecho, con el tiempo llegó a saberse que los chistosos huéspedes habían tomado el nombre de cierto cochero<sup>[112]</sup> y que habían bautizado con ella a la sucesora del señor Bailey porque lo único que tenía de ardiente era algún ataque ocasional de ese fuego que llaman de san Antonio<sup>[113]</sup>. A la anciana mujer la habían contratado en cumplimiento de la promesa hecha por la señora Todgers de que ningún otro chico oscurecería las puertas comerciales de su establecimiento, y se caracterizaba sobre todo por una ausencia total de comprensión. Era una tumba perfecta para los recados y paquetes pequeños y, cuando la enviaban con las cartas a la Oficina de Correos, más de una vez la habían visto intentando colarlas por las rendijas de las puertas de los domicilios particulares, con el convencimiento de que cualquier puerta con un agujero servía para ese propósito. Era una anciana muy menuda y siempre llevaba un áspero delantal con un babero delante y un lazo detrás, además de unas vendas en las muñecas que parecían afectadas por una eterna torcedura. En todo momento procuraba no abrir la puerta de la calle y siempre tenía ganas de cerrarla; para servir las mesas se ponía la cofia.

Este era el único cambio considerable aparte del que había sufrido el caballero más joven. En cuanto a él, corroboró con creces lo que había contado la señora Todgers, pues tenía una sensibilidad mayor de lo que ella había imaginado. Entre otras cosas, tenía una visión terrible del Destino y hablaba mucho de las «misiones» de la gente, de las que parecía tener información que no estaba al alcance de cualquiera, igual que sabía que la misión de la pobre Merry había sido aplastarlo a él. Era muy frágil y lacrimoso, pues era consciente de que la misión del pastor es tocar la flauta para sus ovejas, y la del contraamaestre tocar el silbato para los marineros, y que la misión de algunos es tocar la flauta por dinero, y la de otras personas pagar al flautista, y se le había metido en la cabeza que su propia misión era tañer la flauta del llanto. Y así lo hacía constantemente.

A menudo informaba a la señora Todgers de que para él se había puesto el sol; de que las olas le habían pasado por encima, de que lo había aplastado el carro de Juggernaut<sup>[114]</sup> y también de que el mortífero árbol upas de Java<sup>[115]</sup> lo había marchitado. Se llamaba Moddle.

Al principio la señorita Pecksniff observó una distancia altiva con aquel desdichado Moddle, pues no estaba de humor para que la entretuvieran

con endechas en honor de su hermana casada. El pobre joven caballero se sintió aún más hundido y se quejó a la señora Todgers.

—Hasta ella se aparta de mi lado, señora Todgers —dijo Moddle.

—Y ¿por qué no intenta estar un poco más alegre, señor? —replicó la señora Todgers.

—¡Alegre, señora Todgers! ¡Alegre! —exclamó el caballero más joven—. ¡Cuando me recuerda a unos días que nunca volverán, señora Todgers!

—En ese caso vale más que la evite usted por un tiempo —dijo la señora Todgers—, y que vuelva a verla poco a poco. Es lo que le aconsejo.

—Pero no puedo evitarla —replicó Moddle—. No tengo suficiente presencia de ánimo. ¡Ay, señora Todgers, si supiera usted el consuelo que es para mí su nariz!

—¡Su nariz, señor! —exclamó la señora Todgers.

—Su perfil en general —dijo el caballero más joven—, pero en particular su nariz. ¡Se parece tanto... —se dejó llevar por un arrebató de pesar— a la de una mujer que ahora pertenece a otro, señora Todgers!

La observadora matrona no dejó de informar de esa conversación a Charity, que al principio se rió, aunque esa noche trató a Moddle con más consideración, y se puso de perfil siempre que pudo. El señor Moddle no estuvo menos sentimental que de costumbre, en todo caso lo contrario; pero se sentó y la miró con los ojos brillantes, y pareció agradecido.

—¡Caramba, señor! —dijo la señora de la pensión al día siguiente—. Anoche tuvo usted la cabeza bien alta. Creo que se está recuperando.

—Sólo porque se parece mucho a una mujer que pertenece a otro —replicó el joven—. Cuando habla, y cuando sonrío, me da la sensación de estar mirándola de nuevo, señora Todgers.

También eso se lo comunicó a Charity, que habló y sonrió a la noche siguiente de la manera más seductora e intentó sacar al señor Moddle de su desánimo retándolo a una partida de cartas. El señor Moddle recogió el guante y jugaron varias partidas por seis peniques y Charity las ganó todas. Esto podría haberse atribuido en parte a la galantería del caballero más joven, pero sin duda tuvo que ver también con el estado de sus sentimientos, pues, como con frecuencia sus ojos se enturbiaban por las lágrimas, confundía los ases con los dieces y las sotas con las reinas, lo que a veces causaba cierta confusión en su juego.

La séptima noche de jugar a las cartas, cuando la señora Todgers, que estaba sentada a un lado, les propuso que, en vez de apostar, jugaran



por «amor» al arte, el señor Moddle mudó de color. La decimocuarta noche, besó por error el maticandela de la señorita Pecksniff, en el pasillo, cuando ella se iba a la cama, al ir a besarle la mano.

En suma, el señor Moddle empezó a tener la idea de que la misión de la señorita Pecksniff era consolarlo, y la señorita Pecksniff empezó a especular con la posibilidad de que su misión fuese acabar convirtiéndose en la señora Moddle. Era un joven caballero (la señorita Pecksniff no era una señorita muy joven) con un gran futuro por delante y tenía «casi» lo suficiente para vivir. La verdad era que parecía una perspectiva muy prometedora.

Además —además— todo el mundo sabía que había estado loco por Merry. Merry se había burlado de él después de haberlo conquistado. Era más guapo, más apuesto, más cultivado, mejor hablado y tenía mejor carácter y mejores modales que Jonas. Era fácil de manejar, tendría en cuenta los caprichos de su prometida, que podría exhibirlo como un corderito, mientras que Jonas era un oso. ¡Ahí estaba la gracia!

Entretanto siguieron las partidas y la señora Todgers se apartó pues el caballero más joven, abandonando su compañía, empezó a llevar a la señorita Pecksniff al teatro. También empezó, según dijo la señora Todgers, a ausentarse de casa «a la hora de la cena» y a marcharse «de la oficina» a horas intempestivas; y en dos ocasiones, tal como le contó él mismo a la señora Todgers, recibió cartas anónimas, con tarjetas de almacenes de muebles —obra claramente de ese nada caballeroso rufián de Jenkins, aunque no tenía pruebas suficientes para denunciarlo—. Todo lo cual, y así se lo dijo la señora Todgers a la señorita Pecksniff, hablaba con tanta claridad como el sol.

—Mi querida señorita Pecksniff, puede usted estar segura —dijo la señora Todgers— de que arde en deseos de pedir su mano.

—Dios mío, y entonces ¿por qué no lo hace? —exclamó Cherry.

—Los hombres son mucho más tímidos de lo que pensamos, querida —replicó la señora Todgers—. Siempre se acobardan. Yo vi las palabras en los labios del señor Todgers, meses y meses y meses antes de que se decidiera a pronunciarlas.

La señorita Pecksniff insinuó que Todgers tal vez no fuese un buen ejemplo.

—¡Oh, sí, lo era. Bendita sea, sí que lo era! En esos tiempos yo era muy exigente, se lo aseguro —dijo picada la señora Todgers—. No, no. Dele usted esperanzas al señor Moddle, señorita Pecksniff, si quiere que hable; y hablará, puede estar usted segura.

—No sé cómo quiere que le dé más esperanzas, señora Todgers —replicó Charity—. Paseamos, jugamos a las cartas y se pasa el día sentado a mi lado.

—Cierto —dijo la señora Todgers—. Eso es indispensable, amiga mía.

—Y se sienta muy cerca.

—Pues claro —dijo la señora Todgers.

—Y pasa el brazo por encima del respaldo del asiento o del sofá, o lo que sea, por detrás de mí, ya me entiende.

—Eso me parecía —dijo la señora Todgers.

—Y ¡luego se echa a llorar!

La señora Todgers admitió que podía hacerlo mejor, y sin duda aprovechar el recuerdo de la señal del gran lord Nelson en la batalla de Trafalgar<sup>[116]</sup>. Aun así, añadió, acabaría entrando en razón, o por decirlo con más claridad, la señorita Pecksniff acabaría haciendo que entrara en razón si se mostraba decidida y le dejaba bien claro lo que debía hacer.

Decidida a regir su conducta por ese consejo, la joven señorita recibió al señor Moddle a la siguiente ocasión con aire reservado; y, cuando lo indujo a preguntarle, con desaliento, por qué estaba tan cambiada, le confesó que creía necesario para la felicidad y paz de espíritu de ambos que diesen un paso decidido. Habían pasado mucho tiempo juntos, observó, mucho, y había saboreado la dulzura de una auténtica comunión de sentimientos. Nunca podría olvidarlo, ni dejar de pensar en él con un sentimiento de profunda amistad, pero la gente había empezado a hablar, se había dado cuenta, y era necesario que no fuesen nada más el uno para el otro que lo que suelen ser cualquier señora y caballero en la sociedad. Se alegraba de haber tenido la resolución de decírselo antes de poner aún más a prueba sus sentimientos, debía admitir que los había puesto a prueba, pero, aunque era débil y tonta, esperaba salir airosa muy pronto de la situación.

Moddle, que a estas alturas se había puesto de lo más sensiblero y lloraba sin parar, dedujo de tal confesión que su misión era comunicar a los demás la desdicha que se había abatido sobre él, y que, como era una especie de vampiro, las Parcas le habían asignado como víctima número uno a la señorita Pecksniff. La señorita Pecksniff contradujo esta opinión y la tildó de pecaminosa y Moddle se vio obligado a preguntar si se contentaría con un corazón destrozado y, cuando un examen posterior dio la impresión de que sí se contentaría, comprometió su triste palabra de matrimonio, que fue aceptada y correspondida.

Sobrellevó su buena suerte con la mayor moderación. En vez de mostrarse triunfante vertió más lágrimas que nunca y sollozando dijo:

—¡Ay, vaya día! No puedo volver esta tarde a la oficina. ¡Ay, qué día tan duro, Dios mío!

### **Capítulo XXXIII. Nuevos acontecimientos en Edén, y un acontecimiento para salir de él. Martin hace un descubrimiento de cierta importancia**

Del señor Moddle a Edén hay una transición fácil y natural. El señor Moddle, en el ambiente creado por el amor de la señorita Pecksniff, vivía (ojalá lo hubiese sabido) en un paraíso terrenal. La floreciente ciudad de Edén también era un paraíso terrenal, según anunciaban sus propietarios. De la bella señorita Pecksniff podría haberse dicho de manera poética que era demasiado buena para un hombre en ese estado de degradación y postración. Esa exactamente era la situación de la floreciente ciudad de Eden, tal como la ensalzaban de manera poética Zephaniah Scadder, el general Choke y otras perlas como ellos, parte de las garras de la gran águila norteamericana, que siempre flota en el aire más puro, y nunca, no, nunca, nunca, arrastra las alas por el fango.

Cuando Mark Tapley dejó a Martin en las oficinas arquitectónicas y agrimensoras, después de fortalecer su propio espíritu mediante la contemplación de su infortunio, procedió con renovada alegría a buscar ayuda, alegrándose, al andar, de la posición envidiable que había adquirido por fin.

«En ocasiones he pensado —se dijo— que lo que me convenía era una isla desierta, pero en ella sólo habría tenido que cuidar de mí, y, como soy fácil de contentar, no habría tenido mucho mérito. Ahora tengo que cuidar de mi socio, y no puede haber nadie más indicado. Necesito un hombre a quien se le aflojen las piernas cuando tendría que estar de pie, alguien tan retrasado en la escuela de la vida que siempre esté haciendo cuentas de un solo dígito en su cuaderno y no sepa ir más allá. Necesito a alguien que sea su propia capa y abrigo y que se envuelva a sí mismo. Y ¡lo tengo! —se dijo, después de un momento de silencio—. ¡Qué felicidad! —Hizo una pausa para mirar a su alrededor, sin saber a qué cabaña de madera dirigirse—. La verdad es que no sé a cuál ir —observó—. Todas son igual de bonitas por fuera y, sin duda, igual de acogedoras por dentro, pues están dotadas de todas las comodidades que podría requerir un caimán en su estado natural. ¡Veamos! El ciudadano que apareció anoche vive debajo del agua, en la perrera de la derecha al doblar la esquina. No quiero molestarle si puedo evitarlo, pobre hombre, pues es un individuo un poco melancólico, un verdadero colono en todos los sentidos. Hay una casa con una ventana, pero me temo que puedan ser orgullosos. No sé si esta puerta no será demasiado aristocrática, pero ¡allá voy!»

Se dirigió a la cabaña más cercana y llamó con la mano. Le dijeron que pasara y obedeció.

—Vecino —dijo Mark—, pues somos vecinos, aunque no me conozca. He venido a mendigar. ¡Vaya, esta sí que es buena! ¿Es que estoy acostado y soñando? —Soltó esta exclamación al oír pronunciar su propio nombre y ver que se le aferraban a los faldones de la chaqueta dos chiquillos, cuyo rostro había lavado a menudo y a quienes muchas veces había preparado la cena, a bordo de ese noble y veloz paquebote de línea, el Tornillo—. ¡Mis ojos me engañan! —dijo Mark—. No doy crédito. Esa no es mi compañera de travesía con su niñita que, siento verlo, parece muy delicada de salud; y ese no es su marido que fue a Nueva York a recibirla. Ni estos —añadió mirando a los críos— son los dos mocosos que conozco tan bien, aunque tengo que confesar que se les parecen mucho.

La mujer vertió lágrimas de pura alegría al verlo; el hombre le estrechó la mano, y no quería soltarlo, los dos niños le abrazaban las piernas, la niña enferma en brazos de su madre alargó los dedos febriles y murmuró, con la garganta áspera y seca, el nombre que tan bien recordaba.

Eran la misma familia, desde luego. Cambiados por el salubre aire de Edén. Pero la misma.

—Es un nuevo tipo de visita matinal —dijo Mark, tomando aliento—. Menuda sorpresa. ¡Esperen un poco! Ya me voy recuperando. ¡Así! Estos caballeros no son amigos míos. ¿Están en la lista de invitados? —La pregunta se refería a unos cerdos muy flacos que habían entrado detrás de él y parecían muy interesados en los talones de la familia. Como no pertenecían a la mansión, los dos niños los echaron a la calle—. No soy supersticioso en materia de sapos —dijo Mark, recorriendo la habitación con la mirada—, pero, si pudieran convencer a los dos o tres que veo ahí agrupados, mis jóvenes amigos, creo que el aire de fuera les parecerá muy refrescante. No es que tenga nada que objetar. El sapo es un animal muy hermoso —dijo, sentándose en un taburete—, muy moteado, muy parecido a ciertos ancianos caballeros de voz gutural, tiene los ojos muy brillantes, es muy frío y muy resbaladizo. Pero tal vez puedan admirarse mejor fuera de casa.

Mientras fingía, con esa conversación, sentirse muy cómodo y ser el más indiferente y despreocupado de los hombres, Mark Tapley se fijó en todo. El aire lánguido y exangüe de toda la familia, el cambio sufrido por la pobre madre, la niña febril que tenía en su regazo y la sensación de desaliento y de falta de esperanzas dejaron una profunda huella en su espíritu. Lo vio todo con tanta claridad y tan de prisa como sus ojos repararon en los ásperos estantes sujetos con estacas entre los maderos con los que habían construido la casa, en el barril de harina del rincón, que servía también de mesa, en las mantas, las palas y otros objetos apoyados contra las paredes; en las manchas de humedad del suelo o en la cosecha de podredumbre vegetal que crecía en todas las grietas de la cabaña.

—¿Cómo ha llegado a parar aquí? —preguntó el hombre después de las primeras expresiones de sorpresa.

—Pues anoche, en el vapor —replicó Mark—. Nuestra intención es hacer fortuna con puntualidad y eficiencia, y dedicarnos a vivir de las rentas en cuanto lo hayamos conseguido. Pero ¿cómo están? ¡Tienen muy buen aspecto!

—Estamos enfermos —dijo la pobre mujer, inclinándose hacia la niña—. Pero estaremos mejor cuando nos acostumbremos a este sitio.

«Aquí hay algunos —pensó Mark— que se han acostumbrado de por vida».

Pero dijo alegremente:

—¡Mejor! Pues claro. A todos nos irá mejor. Lo que hace falta es no perder el ánimo y mantener el espíritu de buena vecindad. Al final a todos nos irá bien, no teman. Y, a propósito, eso me recuerda que mi socio no se encuentra bien, para eso venía, para rogar por él; le agradecería que viniese y me diera su opinión, amigo.

Muy poco razonable tendría que haber sido la petición de Mark Tapley para que, con lo agradecidos que le estaban por sus buenos oficios a bordo del paquebote, no hubieran accedido en el acto. El hombre se levantó sin dilación. Antes de marcharse, Mark cogió a la niña enferma en brazos e intentó consolar a la madre, aunque comprendió que la muerte ya había puesto la mano en ella.

Encontraron a Martin en la casa, acostado en el suelo y envuelto en su manta. Todo indicaba que estaba muy, muy enfermo y temblaba y se estremecía de un modo espantoso, no como hace la gente como cuando tiene frío, sino con una especie de horrible espasmo o convulsión que recorría todo su cuerpo. El amigo de Mark diagnosticó que su dolencia eran unas fiebres acompañadas de malaria, que era muy común en esos pagos, y que según predijo empeoraría al día siguiente y los días venideros. Él mismo la había padecido de forma intermitente, según dijo, un par de años, pero daba gracias de que, aunque muchos de sus conocidos habían muerto, él había escapado con vida.

«Y no con mucha —pensó Mark, observando su cuerpo consumido—. ¡Que viva por siempre Edén!»

Llevaban unas medicinas en su baúl; y este hombre de triste experiencia le explicó a Mark cómo y cuándo administrarlas, y cómo podía aliviar mejor los sufrimientos de Martin. Sus atenciones no pararon allí, pues iba y venía constantemente a verles y sus esfuerzos por hacer más tolerable su situación le fueron de gran ayuda a Mark. Consuelo o esperanzas para el futuro no pudo darles. La estación era insana y el poblado una tumba. Su hija murió esa noche; y Mark, sin decir nada a Martin, ayudó a enterrarla, debajo de un árbol, al día siguiente.

Pese a todas sus diversas obligaciones con Martin (que cuanto más empeoraba más exigente se iba volviendo), Mark trabajó dentro y fuera, a primera y a última hora; y, con la ayuda de su amigo y de otros, trabajó para hacer algo con sus tierras. No porque tuviese ningún ánimo o esperanza, o un propósito firme, más allá de la habitual alegría de su carácter, y de su sorprendente resistencia; pues, en su interior, consideraba que su situación estaba más allá de toda esperanza, lo que, según sus propias palabras, le «fortalecía».

—Respecto a lo de fortalecerme tanto como me gustaría, señor —le confió a Martin en un momento de ocio; es decir, una tarde, mientras

lavaba la ropa sucia, después de un duro día de trabajo—, me rindo. ¡Ya veo que nunca tendré esa suerte!

—¿Acaso querías que las circunstancias fuesen peores? —replicó Martin con un gemido desde debajo de la manta.

—Bueno, piense en lo fácil que sería que fuesen peores —dijo Mark—, si no fuese por la envidia de mi inusitada buena suerte, que siempre me persigue y me tiende la zancadilla. La noche que llegamos pensé que nuestras perspectivas eran buenas, no lo niego. Pensé que eran muy buenas.

—¿Y ahora? —gimió Martin.

—¡Ah! —dijo Mark—. ¡Ah, claro! Esa es la cuestión. ¿Y ahora? La primera mañana que salgo, ¿qué hago? ¡Encontrarme con una familia a la que conozco, y que, desde ese momento hasta ahora nos ayuda en todo! Así es imposible, no es lo que tenía derecho a esperar. Si hubiese pisado una serpiente y me hubiese picado, o hubiera tropezado con un patriota exaltado que me hubiese apuñalado, o con un montón de simpatizantes con el cuello de la camisa del revés que me hubiesen asaltado, podría haberme distinguido y haber ganado algún crédito. De este modo, el principal objetivo de mi viaje se ha visto frustrado. Y lo mismo me ocurre allí donde voy. ¿Cómo se encuentra hoy, señor?

—Peor que nunca —dijo el pobre Martin.

—Eso es algo —replicó Mark—, pero no suficiente. Nada que no sea estar muy mal y alegre hasta el final me hará justicia.

—En nombre del cielo, no hables así —dijo Martin, con un estremecimiento de terror—. ¿Qué haría yo, Mark, si enfermases?

El ánimo del señor Tapley pareció estimularse con esta observación, aunque no fuese muy halagadora. Continuó lavando la ropa de muy buen humor, y observó que «el vaso se estaba llenando».

—Una cosa buena tiene este sitio, señor —dijo el señor Tapley, mientras frotaba la ropa—, y que me alegra bastante, y es que es como Estados Unidos. Quedan dos o tres colonos norteamericanos y le hablan a uno, incluso aquí, como si este fuese el sitio más sano y encantador del mundo. Pero son como el gallo que se escondió para salvar la vida y lo descubrieron por el ruido que hacía. No pueden dejar de cacarear. Han nacido para eso y tienen que hacerlo, ocurra lo que ocurra.

Al mirar hacia la puerta, mientras decía estas palabras, los ojos de Mark repararon en un individuo muy flaco con una levita azul y un sombrero de paja, con una pipa negra en la mano, y un bastón de nogal muy nudoso en la otra, que fumaba y mascaba tabaco mientras andaba

y escupía a menudo e iba dejando un rastro de tabaco descompuesto en el suelo.

—Ahí tiene uno —gritó Mark—, Hannibal Chollop.

—No le dejes pasar —dijo Martin débilmente.

—No querrá que le dejen pasar —replicó Mark—, entrará sin más, señor.

Y así resultó ser, pues fue exactamente lo que hizo. Su rostro era casi tan duro y nudoso como el bastón, igual que sus manos. Su cabeza parecía un viejo y ennegrecido escobón de chimenea. Se sentó en el baúl sin quitarse el sombrero, cruzó las piernas, miró a Mark y dijo sin quitarse la pipa de la boca:

—¡Bueno, señor Cía! ¿Qué tal le va, señor?

Tal vez convenga observar que el señor Tapley se había presentado muy serio a todos los desconocidos con ese nombre.

—Muy bien, señor, muy bien —dijo Mark.

—Pero ¡si es el señor Chuzzlewit! —exclamó el visitante—. ¿Cómo se encuentra, señor?

Martin movió la cabeza y se cubrió involuntariamente con la manta, pues pensó que Hannibal se disponía a escupir y, como dice la canción, le tenía echado el ojo.

—No se preocupe por mí, señor —observó complacido el señor Chollop—. Estoy hecho a prueba de fiebres y de temblores.

—Mis motivos eran más egoístas —dijo Martin, volviendo a asomar—. Temía que fuese usted a...

—Sé calcular la distancia, señor —replicó el señor Chollop— al centímetro. —Enseguida le obsequió con una demostración de tan afortunada habilidad—. Necesito, señor —añadió—, un círculo a mi alrededor de sesenta centímetros y puedo comprometerme a no salirme de ahí. Una vez llegué a tres metros, pero fue por una apuesta.

—Espero que la ganase, señor —dijo Mark.

—Bueno, señor, sabía lo que estaba en juego —dijo Chollop—. Sí, señor.

Guardó silencio un rato, en el que se dedicó a trazar un círculo mágico en torno al baúl en el que estaba sentado. Cuando terminó, empezó a hablar de nuevo.



—¿Le gusta nuestro país, señor? —preguntó, mirando a Martin.

—No —fue la respuesta del enfermo.

Chollop continuó fumando sin manifestar la menor emoción, hasta que volvió a sentirse inclinado a hablar. Cuando por fin llegó ese momento, se quitó la pipa de la boca y dijo:

—No me sorprende. Hacen falta una elevación y una preparación del intelecto. El espíritu del hombre debe estar preparado para la Libertad, señor Cía.

Se dirigió a Mark porque vio que Martin, medio enloquecido por la fiebre que la voz zumbona de aquel nuevo horror hacía casi insoportable, había cerrado los ojos y se había dado la vuelta en su incómodo lecho.

—Cierta preparación física tampoco estaría de más —dijo Mark— en el caso de un viejo pantano como este, ¿no cree, señor?

—¿Considera esto un pantano, señor? —preguntó muy serio Chollop.

—Pues sí, señor —replicó Mark—. Personalmente no me cabe la menor duda.

—Una opinión típicamente europea —dijo el comandante—, y no me sorprende. ¿Qué dirían esos millones de ingleses de un pantano como este en Inglaterra?

—Dirían que es un pantano muy desagradable, supongo —dijo Mark—, y que preferirían que les inoculasen la fiebre de cualquier otra manera.

—¡Europeo! —observó Chollop con una compasión sardónica—. ¡Muy europeo!

Y se quedó allí. Silencioso y tranquilo, como si la casa fuese suya, y echando más humo que la chimenea de una fábrica.

El señor Chollop era, por supuesto, uno de los hombres más notables del país; pero lo cierto es que era una persona notoria. Sus amigos del sur y del oeste lo definían a menudo como «un espléndido ejemplo de nuestra materia prima autóctona» y se le apreciaba mucho por su devoción a la Libertad racional, para cuya mejor propagación llevaba en el bolsillo del abrigo varios revólveres de siete cañones. También llevaba, entre otras baratijas, un bastón estoque al que llamaba «Cosquillas» y un enorme cuchillo de monte al que (era un hombre con mucho sentido del humor) llamaba «Destripador», por su utilidad para airear el estómago de cualquier adversario en una disputa cuerpo a cuerpo. Había utilizado estas armas con un efecto muy claro en varios casos, de los que los periódicos informaron como es debido, y se le apreciaba mucho por el

modo tan valiente en que le había vaciado un ojo a un caballero que había llamado a su puerta.

El señor Chollop era un hombre de naturaleza errante; y, en una comunidad menos avanzada, podrían haberlo confundido con un vagabundo violento. Pero, como en las regiones adonde lo había enviado el destino sus cualidades se entendían y apreciaban a la perfección, y además tenía muchos espíritus afines con los que relacionarse, puede decirse que había nacido con buena estrella, lo cual no siempre es el caso en un hombre tan adelantado a su época. A fin de poder satisfacer su afición a las cosquillas y a los destripamientos prefería vivir al margen de la sociedad, en ciudades y pueblos remotos, y tenía la costumbre de emigrar de sitio en sitio, y de fundar un negocio —por lo general un periódico— que luego acababa vendiendo, la mayor parte de las veces después de cerrar el trato desafiando, apuñalando, tiroteando o sacándole los ojos al nuevo director, antes de que tomara posesión.

Había llegado a Edén llevado por una idea parecida, pero la había descartado y estaba a punto de partir. Siempre se presentaba a los desconocidos como un adorador de la Libertad, era un defensor acérrimo de la ley de Lynch y de la esclavitud e invariablemente recomendaba, tanto de palabra como mediante la letra impresa, «embrear y emplumar» a cualquier persona que discrepara en algo de él. A eso lo llamaba «sembrar la semilla de la civilización en los agrestes jardines de mi Patria».

Hay pocas dudas de que Chollop hubiese sembrado esa planta en Edén a expensas de Mark, en respuesta a su franca manera de hablar (pues la verdadera Libertad es sorda excepto cuando se jacta de sí misma), de no haber sido por la total desolación y decadencia del poblado, y por su inminente partida. Así que se contentó con enseñarle a Mark uno de los revólveres, y preguntarle qué opinión le merecía.

—No hace mucho maté a un hombre con ella, en el estado de Illinois —observó Chollop.

—¿De verdad? —dijo Mark, sin inmutarse lo más mínimo—. Muy libre por su parte. ¡Y muy independiente!

—Lo maté, señor —prosiguió Chollop—. Por afirmar en el *Pórtico Espartano*, un periódico trimensual, que los antiguos atenienses aventajaban al actual partido Locofoco.

—Y eso ¿qué es? —preguntó Mark.

—Muy europeo no saberlo —dijo Chollop, fumando plácidamente—. ¡Muy europeo!

Después de una breve devoción a los intereses del círculo mágico, siguió con la conversación afirmando:

—En Edén no se siente usted muy a gusto, ¿no?

—No —dijo Mark—. La verdad es que no.

—¿Echa de menos los impuestos de su país, los tributos por la casa?

—Más bien echo de menos la casa.

—Aquí no hay tasas por las ventanas, señor —observó Chollop.

—Ni ventanas que gravar —dijo Mark.

—Ni hogueras, ni mazmorras, ni cepos, ni potros de tortura, ni patíbulos, ni empulgueras, ni picas, ni picotas —dijo Chollop.

—Sólo revólveres y cuchillos de monte —replicó Mark—. Y ¿qué son? ¡Nada de lo que valga la pena hablar!

El hombre que los había recibido la noche de su llegada, llegó arrastrándose justo en ese momento, y se asomó a la puerta.

—¡Vaya, señor! —dijo Chollop—. ¿Qué tal se apaña?

Tenía muchas dificultades para apañarse, y así se lo hizo saber.

—El señor Cía y yo, señor —observó Chollop—, estamos discutiendo un asunto. Hay que ser muy hábil para discutir entre el Viejo Mundo y el Nuevo, ¿no cree?

—¡Caramba! —replicó la mísera sombra—. Pues la verdad es que sí.

—Me había limitado a observar —dijo Mark, dirigiéndose al nuevo visitante— que la ciudad en la que tenemos el honor de vivir me parece pantanosa. ¿Qué opina usted?

—Opino que tal vez sea húmeda en ciertas épocas —replicó el hombre.

—Pero no tanto como Inglaterra, ¿no, señor? —gritó Chollop con una feroz expresión pintada en el semblante.

—¡Oh! No tan húmeda como Inglaterra, por no hablar de sus instituciones —dijo el hombre.

—No creo que haya en toda Norteamérica un pantano que no deje esa islita a la altura del betún —observó con decisión Chollop—. Le compró usted directamente a Scadder, ¿no, señor? —dijo dirigiéndose a Mark. Él respondió que sí. El señor Chollop le guiñó el ojo al otro ciudadano—. ¿Diría usted que Scadder es un hombre inteligente? ¿Un hombre

pujante? ¿De esos que siempre caen de pie? —El señor Chollop volvió a guiñarle el ojo al otro ciudadano.

—Si de mí dependiera —dijo Mark—, caería desde muy alto. Tal vez desde lo alto del patíbulo.

Al señor Chollop le alegró tanto que la inteligencia de su excelente compatriota hubiese superado con creces la del británico, y que el británico estuviese resentido, que no pudo contenerse más y soltó un grito de alegría. Pero la demostración más extraña de esta pasión dominante la dio el otro: a esa sombra mísera, quebrantada y azotada por la pestilencia le divirtió tanto la circunstancia que fue como si olvidase su propia desdicha al pensarlo y se rió a carcajadas mientras afirmaba que el tal Scadder era un tipo listo y le había sacado un buen capital a los británicos de ese modo, tan seguro como que luce el sol.

Después de disfrutar como es debido de esta broma, el señor Hannibal Chollop se sentó a fumar y a perfeccionar el círculo, sin hacer el menor intento de conversar y sin despedirse, movido al parecer por la errónea, pero nada infrecuente, creencia de que si un ciudadano libre e ilustrado de Estados Unidos convierte la casa de otro dos o tres horas en una escupidera, se trata de una atención delicada, rebotante de interés y educación, de la que nadie podría cansarse nunca. Por fin se puso en pie.

—Me voy a ir yendo muy despacito —observó. Mark le rogó que se cuidara mucho—. Pero antes de irme —añadió muy serio—, le voy a decir unas palabritas. Es usted condenadamente listo, vaya que sí. —Mark le agradeció el cumplido—. Pero demasiado para llegar a viejo. No creo que ningún puma del bosque acabe tan cosido a balazos como acabará usted, le apuesto lo que quiera.

—Y ¿por qué? —preguntó Mark.

—Hay que alabarnos, señor —replicó Chollop en tono de amenaza—. Ahora no está usted en una tierra despótica. Somos un modelo para la tierra y es preciso alabarnos. Se lo digo.

—¿Es que he hablado con demasiada libertad? —gritó Mark.

—He desenfundado el revólver y disparado a hombres por mucho menos —dijo Chollop con el ceño fruncido—. He conocido a hombretones que han tenido que salir por piernas por menos. He conocido a hombres a los que han linchado por menos, y a los que un pueblo ilustrado ha golpeado hasta dejarlos hechos papilla por menos. Somos el intelecto y la virtud de la tierra, la crema de la naturaleza humana y la flor de la moralidad. Nos ofendemos con facilidad. Es preciso alabarnos o nos levantamos y gruñimos. Mostramos los dientes con ferocidad, sí, señor. ¡Es mejor alabarnos!

Una vez hecha esta advertencia, el señor Chollop partió con Destripador, Cosquillas y los revólveres dispuestos a entrar en acción a la menor provocación.

—Salga de debajo de la manta, señor —dijo Mark—, ya se ha ido. ¡Qué es esto! —añadió en voz baja, mientras se arrodillaba para contemplar el rostro de su socio y tomar su mano febril—. ¿Qué ha sido de su cháchara y su jactancia? ¡Delira y no me conoce!

La verdad era que Martin estaba muy grave, casi al borde de la muerte. Siguió en ese estado muchos días, y los pobres amigos de Mark lo cuidaron sin pensar en sí mismos. Mark, fatigado de cuerpo y espíritu, trabajando de día y velándolo por las noches, exhausto por esa vida tan dura y por el esfuerzo desacostumbrado de su nueva vida en circunstancias tan sombrías y desalentadoras, nunca se quejó ni cedió lo más mínimo. Si alguna vez había pensado que Martin era egoísta o desconsiderado, o lo había juzgado enérgico sólo cuando se dejaba llevar por un arrebató, pero demasiado pasivo para su desafortunada suerte, ahora lo olvidó todo. No recordó más que las mejores cualidades de su compañero de viaje y se consagró a él en cuerpo y alma.

Pasaron muchas semanas antes de que Martin estuviese lo bastante fuerte para moverse con la ayuda de un bastón y del brazo de Mark; e incluso entonces su recuperación, por la falta de aire saludable y de buena comida, fue muy lenta. Seguía muy débil y frágil, cuando la desgracia que tanto había temido se abatió sobre ellos: Mark enfermó.

Mark se resistió, pero la enfermedad luchó con más ahínco, y sus esfuerzos fueron en vano.

—De momento me ha tumbado, señor —dijo una mañana, desplomándose en la cama—, pero ¡estoy contento!

Tumbado, sin duda, y ¡por un fuerte golpe! Tanto como el más fuerte que hubiera podido imaginar Martin.

Si los amigos de Mark habían sido amables con Martin (y lo habían sido mucho), con él lo fueron veinte veces más. Y ahora fue el turno de Martin de trabajar y sentarse a velarlo por las noches, de oír en las largas, larguísimas, noches los ruidos en el bosque oscuro y de escuchar al pobre señor Tapley, que, en su delirio, jugaba a los bolos en El Dragón, requebraba a la señora Lupin, recibía su bautismo de mar en el Tornillo, viajaba con el bueno de Tom Pinch por los caminos ingleses y quemaba tocones de árbol en Edén, todo al mismo tiempo.

Pero, cada vez que Martin le daba un poco de beber o su medicina, o lo cuidaba de algún modo, o entraba en la casa después de hacer algún arduo trabajo fuera, el paciente señor Tapley se iluminaba y gritaba: «¡Estoy contento, señor; estoy contento!».

El caso es que, cuando Martin empezó a pensar en esto y a contemplar a Mark mientras yacía allí, sin reprocharle nada ni lamentarse ni murmurar palabra, esforzándose siempre por ser fuerte y viril, empezó a pensar: «¿Por qué este hombre que ha tenido tan pocas ventajas es mucho mejor que yo que he disfrutado de tantas?». Y, como cuidar a un enfermo, pero sobre todo a un enfermo al que estamos acostumbrados a ver activo y vigoroso, da siempre mucho que pensar, empezó a preguntarse en qué eran diferentes.

Y la frecuente presencia de la amiga de Mark, la que había cruzado con ellos el océano, le ayudó a llegar a una conclusión: le hizo pensar que, en lo que se refiere a ayudarla, por ejemplo, ambos habían sido muy distintos. Por alguna razón asoció a Tom Pinch con esas ideas, y al reparar en que Tom muy probablemente habría hecho lo mismo en circunstancias parecidas, empezó a pensar en qué se parecían dos personas tan diferentes, y en qué eran distintos a él. A primera vista estas meditaciones no eran nada desasosegantes, pero aun así lo desasosegaron.

La naturaleza de Martin era franca y generosa, pero se había criado en casa de su abuelo; y a menudo sucede que los vicios domésticos más viles se contagian para ser sus propios antagonistas. Ocurre sobre todo con el egoísmo, también con la sospecha, el disimulo, el sigilo y la propensión a la codicia. De niño, Martin había razonado de manera inconsciente: «Mi tutor piensa tanto en sí mismo que, si yo no hago igual, me olvidarán». Y se había vuelto egoísta.

Pero nunca lo había sabido. Si alguien le hubiera reprochado ese vicio, habría rechazado indignado la acusación, y se habría sentido calumniado sin motivo. Nunca lo habría sabido, de no haber sido porque, recién recuperado de una peligrosa enfermedad y mientras velaba un lecho parecido al que había ocupado él, comprendió lo poco que había faltado para que el yo acabara en la tumba, y que era algo sin valor, subordinado y mísero.

Fue natural que reflexionara —pues dispuso de meses para hacerlo— sobre su propia escapatoria, y sobre la situación tan apurada en que se encontraba Mark. Eso le llevó a considerar cuál de los dos sería mejor que se salvara y por qué. Luego el telón se alzó un poquito; y detrás apareció el yo, el yo, el yo.

Además se preguntó, cuando temía que Mark muriese (como hace y debe hacer cualquiera, en una ocasión semejante), si había cumplido con su deber con él, y si había merecido y había sabido corresponder a su fidelidad y sus cuidados. No. Por breve que hubiese sido su compañía, sintió que en muchos, muchos casos, tenía cosas que reprocharse; y, mientras seguía preguntándose por qué, el telón se alzó un poquito más, y el yo, el yo, el yo, siguió demorándose en la escena.

Pasó mucho tiempo antes de que llegara a conocerse a sí mismo lo bastante para distinguir la verdad; pero en la espantosa soledad de

aquel espantoso lugar, lejos de cualquier esperanza, con la ambición ahogada y la muerte tan cerca y llamando a su puerta, llegó la reflexión, como a una ciudad sitiada por la plaga, y así conoció y comprendió el fracaso de su vida, y vio con claridad lo fea que era aquella mancha.

Edén era una dura escuela para aprender una lección tan dura; pero había maestros en el pantano, en la maleza y en el aire pestilente que tenían su propio método de enseñanza.

Tomó la solemne resolución de, cuando volvieran sus fuerzas, no discutir la cuestión ni negar su condena, sino dar por sentado que el egoísmo anidaba en su pecho y debía ser arrancado de él. Dudaba tanto (y con razón) de su propio carácter que decidió no decir una palabra de vano arrepentimiento ni anunciar sus buenos propósitos a Mark, sino guardarlos para sí; y no lo hizo por orgullo, sino por humildad y tenacidad: la mejor armadura que podía ponerse. Tan bajo lo había hecho caer Edén. Tan alto lo había elevado Edén.

Después de una larga e insidiosa enfermedad (en cuyos momentos más desesperados, cuando no tenía fuerzas para hablar, había escrito débilmente «¡Estoy contento!» en una pizarra), Mark manifestó algunos signos de estar recobrando la salud. Llegaron y se fueron, y por un tiempo fueron sólo vacilantes; pero por fin empezó a recuperarse y a partir de entonces mejoró cada día.

En cuanto estuvo lo bastante bien para hablar sin fatigarse, Martin le comentó un proyecto que tenía pensado, y que unos meses antes habría puesto en práctica sin preguntarle a nadie.

—Nuestra situación es desesperada —dijo Martin—. Es evidente. Este sitio está abandonado; su fama debe de haberse extendido; y venderle a alguien nuestra parcela sería imposible, aunque fuese honrado. Salimos de casa con una empresa descabellada y hemos fracasado. La única esperanza que nos queda, lo único que debemos intentar, es irnos para siempre de este sitio, y regresar a Inglaterra. ¡Como sea! ¡Por cualquier medio! Tenemos que volver, Mark.

—Eso es —replicó el señor Tapley, subrayando sus palabras—. ¡Ni más ni menos!

—El caso es que a este lado del océano —dijo Martin— sólo tenemos un amigo que pueda ayudarnos: el señor Bevan.

—Pensé en él cuando enfermó usted —dijo Mark.

—De no ser porque tardaría demasiado tiempo, incluso escribiría a mi abuelo —siguió diciendo Martin—, y le imploraría dinero para liberarnos de esta trampa a la que nos han atraído con crueles engaños. ¿Pruebo primero con el señor Bevan?

—Es un caballero muy amable —dijo Mark—. Eso me pareció.

—Si vendiéramos las pocas cosas que hemos traído, y en las que hemos gastado nuestro dinero, podríamos sacar algo —prosiguió Martin—, y todo se lo daríamos a él. Pero aquí no podemos venderlas.

—Los únicos compradores son los cadáveres —dijo el señor Tapley, moviendo la cabeza con aire melancólico— y los cerdos.

—¿Se lo explico y le pido sólo el dinero suficiente para permitirnos volver del modo más barato posible a Nueva York, o a cualquier puerto donde podamos pagar un pasaje a casa trabajando de lo que sea? Podría explicarle quiénes son mis parientes y que me las arreglaré para devolvérselo, aunque sea a través de mi abuelo, en cuanto llegemos a Inglaterra.

—Pues claro —dijo Mark—, lo más que puede decir es que no, y tal vez diga que sí. Si a usted no le importa probar suerte, señor...

—¡Importarme! —exclamó Martin—. Yo soy el culpable de que hayamos venido y haría cualquier cosa con tal de salir de aquí. Me duele pensar en el pasado. Si te hubiese pedido antes tu opinión, Mark, estoy seguro de que ahora no estaríamos aquí.

El señor Tapley se sorprendió mucho de esta confesión, pero afirmó con gran vehemencia que estarían allí en cualquier caso, y que había decidido viajar a Edén desde el primer momento en que oyó hablar de él.

Martin le leyó entonces una carta al señor Bevan, que había preparado. La había escrito con franqueza y candor, y describía su situación sin tapujos; narraba las penurias que habían sufrido y exponía su petición con palabras modestas pero claras. Mark la alabó mucho, y decidieron enviarla en el primer vapor que pasara y que parase a cargar madera en Edén, donde había madera de sobra. Como desconocía las señas del domicilio particular del señor Bevan, Martin dirigió la carta al memorable señor Norris de Nueva York, y le rogó que se la hiciese llegar sin demora.

Pasó una semana antes de que apareciese un barco, pero por fin les despertó una mañana muy temprano el ruidoso bufido del Esau Slodge, llamado así en honor a uno de los hombres más notables del país, que había sido muy eminente en alguna parte. Corrieron al embarcadero y llevaron la carta a bordo, y esperaron angustiados a verlo partir desde la escalerilla, lo que impulsó al capitán del Esau Slodge a desear que lo molieran tan fino como la harina y lo cortaran en pedacitos y a afirmar que si no bajaban a toda prisa de ese accesorio los echaría en su bebida, con lo que metafóricamente quería decir que los arrojaría al río.

No era probable que recibieran respuesta hasta como pronto ocho o diez semanas. Entretanto, dedicaron las fuerzas que les quedaban a



intentar mejorar sus tierras, despejarlas y prepararlas para algo útil. Por muy deficientes que fuesen sus métodos agrícolas, seguían siendo mejor que los de sus vecinos, pues Mark tenía cierta experiencia en esos asuntos, y Martin aprendió de él; mientras que los colonos que se habían quedado en el pútrido pantano (tan sólo eran un puñado y estaban consumidos por la enfermedad) parecían haber llegado allí con la impresión de que la agricultura era un don natural de la humanidad. Se ayudaban unos a otros a su manera en esas tareas y en todas las demás, pero trabajaban con tan pocas esperanzas como una cuerda de presos en un penal.

A menudo, por la noche, cuando Mark y Martin estaban solos y se iban a dormir, hablaban de su hogar, de los sitios que les eran familiares, las casas, los caminos y la gente a quien conocían, a veces con la animosa esperanza de volver a verlos, y a veces con una melancólica tranquilidad, como si esa esperanza estuviese muerta. Para Mark Tapley era muy sorprendente notar en sus conversaciones el cambio que había sufrido Martin.

«No sé qué pensar —se dijo una noche—, no es lo que creía. No piensa tanto en sí mismo. Volveré a ponerlo a prueba».

—¿Está dormido, señor?

—No, Mark.

—¿Pensando en casa, señor?

—Sí, Mark.

—Yo también, señor. Me gustaría saber qué tal se llevan ahora el señor Pinch y el señor Pecksniff.

—¡Pobre Tom! —dijo pensativo Martin.

—Es un hombre de carácter débil, señor —observó el señor Tapley—. Toca el órgano a cambio de nada. No se cuida.

—Yo preferiría que se cuidara un poco más —dijo Martin—, aunque no sé por qué. Tal vez no deberíamos tenerle tanto aprecio.

—Abusan de su bondad, señor —insinuó Mark.

—Sí —dijo Martin, después de un breve silencio—. Lo sé, Mark.

Habló con tanto arrepentimiento que su compañero dejó el asunto y guardó silencio hasta que se le ocurrió otra cosa.

—¡Ay, señor! —dijo Mark, con un suspiro—. ¡Dios mío! ¡Ha arriesgado usted mucho por el amor de una joven!

—¿Sabes, Mark? No estoy tan seguro —fue la respuesta, dicha con tanta precipitación y energía que Martin se sentó en la cama para darla—. Empiezo a no tenerlo tan claro. Te aseguro que es muy desdichada. Ha sacrificado su paz de espíritu, ha arriesgado sus intereses; al contrario que yo, no puede huir de quienes se enfrentan a ella por celos. ¡Tiene que aguantar, Mark, aguantar sin hacer nada, la pobrecilla! Empiezo a pensar que ella tiene que soportar cosas peores que las que he tenido que soportar yo. ¡Por mi alma que sí! —El señor Tapley abrió mucho los ojos en la oscuridad, pero no le interrumpió—. Y te contaré un secreto, Mark —dijo Martin—, ya que estamos hablando de esto. Ese anillo...

—¿Qué anillo, señor? —preguntó Mark, abriendo aún más los ojos.

—El anillo que me regaló cuando nos despedimos, Mark. Lo compró; lo compró, porque sabía que yo era pobre y orgulloso (¡que el Cielo me ayude! ¡Orgulloso!) y que necesitaba dinero.

—Y eso ¿quién lo dice, señor? —preguntó Mark.

—Lo digo yo. Lo sé. Lo he pensado, amigo mío, cientos de veces, mientras estabas enfermo. Y, animal de mí, lo cogí de su mano, me lo puse en el dedo y ni siquiera se me pasó por la cabeza, ni siquiera cuando lo vendí, cuando tendría que haber intuido al menos la verdad. Pero es tarde —dijo Martin, conteniéndose—, y estás débil y cansado, lo sé. Sólo me das conversación para animarme. ¡Buenas noches! ¡Que Dios te bendiga, Mark!

—¡Que Dios lo bendiga, señor!

«Menuda decepción —pensó el señor Tapley, dándose la vuelta con la felicidad pintada en el rostro—. Vaya un timo. Yo no acepté el empleo para esto. Estar alegre con él no tendrá ningún mérito».

Pasó el tiempo, y otros barcos de vapor llegaron del lugar donde tenían puestas sus esperanzas para cargar madera, pero siguieron sin recibir respuesta a la carta. La lluvia, el calor, el cieno, y los horribles vapores, con todas las enfermedades que engendraban, siguieron predominando. La tierra, el aire, la vegetación y el agua que bebían bullían con propiedades mortíferas. Su compañera de travesía había enterrado ya a dos hijos y entonces enterró al último. Estas cosas ocurren con demasiada frecuencia para que se sepan o para que preocupen a la gente. Los ciudadanos avispados se enriquecen, y las víctimas sin amigos padecen y mueren, para sumirse en el olvido. Nada más.

Por fin llegó un barco jadeando por el odioso río y se detuvo en Edén. Mark estaba esperando en el cobertizo de madera cuando llegó y los de a bordo le entregaron una carta. Se la llevó a Martin. Los dos se miraron temblorosos.

—Pesa mucho —balbució Martin. Y, al abrirla, cayó al suelo un rollo de billetes.

Ninguno de los dos supo al principio lo que dijeron, hicieron o sintieron. Lo único que pudo decir Mark fue que volvió a la orilla del río casi sin aliento, antes de que partiera el barco y preguntó cuándo volvería y si se detendría allí.

La respuesta fue que en diez o doce días, a pesar de lo cual empezaron a empaquetar sus cosas esa misma noche. Cuando pasó la primera emoción, los dos pensaron (lo supieron al hablarlo más tarde) que sin duda morirían antes de que regresara el barco.

No obstante vivieron y el vapor llegó al cabo de tres lentas semanas. Al amanecer de un día de otoño, estaban en cubierta.

—¡Valor! ¡Volveremos a vernos! —gritó Martin, saludando con la mano a las dos delgadas figuras de la orilla—. En el Viejo Mundo.

—O en el otro —añadió Mark en voz baja—. ¡Verlos ahí, el uno al lado del otro, tan callados, es casi lo peor que me ha pasado!

Los dos se miraron mientras el barco se alejaba, y luego contemplaron el lugar que estaban abandonando. La cabaña de troncos, con la puerta abierta y los árboles caídos; la niebla matutina y el sol rojizo, apenas visible por detrás; el vapor que se alzaba de la tierra y el río, la rápida corriente que erosionaba las detestables orillas, ¡cuántas veces habrían de volver allí en sueños! ¡Cuántas veces se alegrarían al despertar y ver que las sombras se habían disipado!

## **Capítulo XXXIV. En el que los viajeros vuelven a casa, y encuentran a algunos distinguidos personajes por el camino**

Entre los pasajeros a bordo del vapor, un lánguido caballero que ocupaba un taburete de campaña y apoyaba las piernas en un gran barril, como si contemplara el paisaje con los tobillos, llamó enseguida su atención.

El pelo negro y lacio, peinado con raya al medio, le caía sobre el abrigo; llevaba una tira de pelo en la barbilla; nada de pañuelo; un sombrero blanco; un traje negro, largo de mangas y corto de piernas; sucios calcetines marrones y zapatos de cordones. Su tez, turbia por naturaleza, aún lo estaba más debido a un uso demasiado ahorrativo del agua y el jabón; y lo mismo puede decirse de las partes lavables de su atuendo, que podría haberse cambiado con gran consuelo para él y para alegría de sus amigos. Rondaba los treinta y cinco años, estaba aplastado y hecho un ovillo a la sombra de una enorme sombrilla verde de algodón y rumiaba su tabaco de mascar como una vaca.

Sin duda, no destacaba por eso; pues todos los caballeros a bordo parecían haber discutido con su lavandera, y no haberse dado un baño desde la primera juventud. Además todos los caballeros llevaban la boca llena de tabaco de mascar, y parecían tener las articulaciones dislocadas. No obstante, este caballero en particular parecía tener un aire de sagacidad y sabiduría que convenció a Martin de que no era una persona normal, y así resultó ser.

—¿Cómo está usted, señor? —dijo una voz muy cerca del oído de Martin.

—¿Cómo está usted, señor? —respondió Martin.

Quien le había hablado era un caballero alto y delgado, con un gorro a cuadros, y un largo abrigo de bayeta verde, adornado en los bolsillos con terciopelo negro.

—¿Es usted europeo, señor?

—Sí —dijo Martin.

—Tiene usted suerte, señor. —Martin estuvo de acuerdo, pero pronto descubrió que cada uno daba un significado distinto a esa observación—. Tiene usted suerte, señor, al tener la oportunidad de contemplar a nuestro Elijah Pogram, señor.

—¡Su Elijahpogram! —dijo Martin, creyendo que era una palabra y una especie de edificio.

—Sí, señor.

Martin intentó aparentar que lo entendía, pero no consiguió averiguar a qué se refería.

—Sí, señor —repitió el caballero—. Nuestro Elijah Pogram, señor, está, en este mismo instante, sentado al lado de la caldera.

El caballero de debajo de la sombrilla se llevó el dedo índice a la ceja, como si estuviese meditando un asunto de Estado.

—¿Ese es Elijah Pogram? —dijo Martin.

—Sí, señor —replicó el individuo—. Ese es Elijah Pogram.

—¡Vaya! —dijo Martin—. Estoy impresionado. —Aunque no tenía ni la menor idea de quién podía ser el tal Elijah Pogram, pues no había oído el nombre en su vida.

—Si la caldera del barco estallase, señor —dijo su nuevo conocido—, y estallara ahora mismo, hoy sería un día de fiesta en el calendario del despotismo, señor, por sus efectos sobre la raza humana, nuestro 4 de julio glorioso. El congresista Elijah Pogram es una de las inteligencias más privilegiadas de nuestro país, señor. ¡Ahí tiene usted un intelecto de primera, señor!

—Muy notable —dijo Martin.

—Sí, señor. Se dice que nuestro propio e inmortal Chiggle, señor, observó, después de esculpir la famosa estatua en mármol de Pogram, que tanto rechazo y prejuicios despertó en Europa, que su intelecto era inmortal. Fue antes del Desafío Pogram, y por tanto una predicción.

—¿Qué es el Desafío Pogram? —preguntó Martin, pensando que tal vez fuese el cartel de una taberna.

—Una oración, señor —replicó su amigo.

—¡Ah! Claro —gritó Martin—. ¿En qué estaría pensando? Y desafiaba a...

—Al mundo, señor —dijo muy solemne el otro—. Desafiaba al mundo en general a competir en algo con nuestro país; y desarrolló nuestros recursos internos para luchar por la tierra universal. ¿Querría usted conocer a Elijah Pogram, señor?

—Si tiene la bondad —dijo Martin.

—Señor Pogram —dijo el desconocido, aunque el señor Pogram había oído hasta la última palabra de su conversación—, este es un caballero

europeo, señor; de Inglaterra, señor. Pero creo que los enemigos magnánimos pueden verse en el terreno neutral de la vida privada.

El lánguido señor Pogram le estrechó la mano a Martin, como un autómeta que estuviese quedándose sin cuerda. Aunque lo compensó mascando como si acabaran de dársela.

—El señor Pogram —dijo el que los había presentado— es funcionario, señor. Cuando el Congreso interrumpe sus sesiones, se dedica a conocer los Estados Unidos libres, de los que es un hijo predilecto.

Martin pensó que, si el honorable Elijah Program se hubiese quedado en casa y hubiese enviado de viaje a sus zapatos, el resultado habría sido el mismo, pues era la única parte de él que podía ver algo.

Con el tiempo, no obstante, el señor Pogram se puso en pie; y, después de expulsar ciertos residuos que le habrían impedido hablar de manera articulada, adoptó una postura en la que podía apoyarse en alguna parte, y empezó a hablarle a Martin siempre a la sombra de la sombrilla verde.

Como empezó con las palabras: «¿Qué le parece...?», Martin lo interrumpió y dijo:

—Su país, ¿no?

—Sí, señor —dijo Elijah Pogram.

Un grupo de pasajeros se arremolinó para oír lo que decían, y Martin oyó a su amigo susurrarle a otro conocido mientras se frotaba las manos: «Pogram lo va hacer pedazos, ¡lo sé!».

—Pues —dijo Martin, después de un momento de duda— he aprendido por experiencia que no juegan ustedes limpio con los desconocidos cuando plantean esa pregunta. No quieren que les respondan más que de una manera. Y me niego a responder de ese modo porque, honradamente, no puedo hacerlo. Así que prefiero no responder.

Pero en la siguiente sesión el señor Pogram iba a pronunciar un gran discurso sobre las relaciones internacionales e iba a escribir unos artículos muy sonados sobre el asunto; y, como tenía la libre e independiente costumbre (muy inofensiva y agradable) de procurarse información, fiable o no, y tergiversarla en público de la forma más conveniente para él, estaba decidido a averiguar la opinión de Martin de uno u otro modo. Pues, si no conseguía sacarle nada, tendría que inventárselo y eso le costaría un gran esfuerzo. Hizo una nota mental de su respuesta y volvió a la carga.

—¿Es usted de Edén, señor? ¿Qué le ha parecido?

Martin le dijo muy claramente lo que pensaba de esa parte del país.

—¡Es extraño —dijo Pogram mirando a quienes les rodeaban— este odio tan acendrado a nuestro país y sus instituciones! ¡Esta antipatía nacional está profundamente arraigada en la imaginación británica!

—¡Por el amor de Dios! —gritó Martin—. ¿Es la Corporación de Venta de Terrenos de Edén, con el señor Scadder a la cabeza, y todas las penurias que ha causado, una institución estadounidense? ¿Es parte de alguna forma de gobierno de la que se tenga noticia?

—Creo que la causa son —dijo Pogram, mirando otra vez a un lado y otro y continuando donde lo había interrumpido Martin— en parte los celos y los prejuicios, y en parte la incapacidad del pueblo británico para apreciar las exaltadas instituciones de nuestra patria. Supongo, señor —dijo volviéndose otra vez hacia Martin—, que conocería usted a un caballero llamado Chollop durante su estancia en el poblado de Edén.

—Sí —respondió Martin—, pero mi amigo podrá responderle mejor, pues en aquel entonces yo estaba muy enfermo. ¡Mark!, el caballero habla del señor Chollop.

—¡Ah! Sí, señor. Sí. Lo he visto —observó Mark.

—¿Un espléndido ejemplo de nuestra materia prima autóctona, señor? —preguntó Pogram en tono inquisitivo.

—¡Sin duda, señor! —exclamó Mark.

El honorable Elijah Pogram miró a sus amigos como diciendo: «¡Miren! ¡Vean lo que viene ahora!», y ellos rindieron tributo al genio de Pogram con un amable murmullo.

—¡Nuestro paisano es un modelo de hombre, recién salido del barro de la Naturaleza! —dijo con entusiasmo Pogram—. ¡Es el hijo verdadero de este hemisferio libre! Lozano como las montañas de nuestro país, brillante y pródigo como las rocas de sal que lamen nuestras vacas, tan libre de marchitos convencionalismos como nuestras inmensas e ilimitadas praderas. Puede que sea rudo. También lo son nuestros osos. Puede que sea indómito. También lo son nuestros búfalos. Pero es un hijo de la Naturaleza, y un hijo de la Libertad; y su jactanciosa respuesta al déspota y al tirano es que su hogar está en el sol poniente.

Se refería en parte a Chollop y en parte a un administrador de correos del Oeste al que, después de haber cometido un desfalco (un personaje nada raro en Norteamérica), habían cesado hacía poco de su cargo; y en cuyo nombre Pogram (era votante de Pogram) había vociferado esa última frase desde su escaño en el Congreso, contra un presidente impopular. Funcionó a la perfección, pues los espectadores se quedaron

encantados y uno le dijo a Martin que imaginaba que ahora había visto los aspectos más elocuentes del país, y que lo habían hecho trizas. El señor Pogram esperó a que sus oyentes volvieran a calmarse, antes de decirle a Mark:

—¿No está de acuerdo, señor?

—Pues la verdad es que no me cayó muy simpático —dijo Mark—. Me pareció un matón; y no me gustó que llevase sus mortíferas herramientas de persuasión encima, ni que estuviese tan dispuesto a utilizarlas.

—¡Es singular! —exclamó Pogram, levantando la sombrilla lo suficiente para mirar a todos los presentes—. ¡Es extraño! ¡Ya ven la firme oposición a nuestras instituciones que impregna la mentalidad británica!

—¡Qué pueblo tan extraordinario son ustedes! —exclamó Martin—. ¿Es que el señor Chollop y la clase a quien representa son una institución aquí? ¿Son los revólveres, los bastones estoque, los cuchillos de monte y demás, instituciones de las que se enorgullecen? ¿Son los duelos sanguinarios, los enfrentamientos brutales, los asaltos violentos, los tiroteos y los navajazos callejeros, sus instituciones? ¡Caramba, sólo les falta decir que el deshonor y el fraude se cuentan entre las instituciones de la gran República!

En cuanto esas palabras salieron de sus labios, el honorable Elijah Pogram volvió a mirar a la concurrencia.

—El odio morboso que le merecen nuestras instituciones —observó— es digno de que lo estudie un observador psicólogo. ¡Ahora nos sale con el impago<sup>[117]</sup> !

—¡Oh! Pueden ustedes convertir en institución lo que quieran —dijo Martin, riéndose—, y confieso que ahí me han pillado, pues sin duda han conseguido que eso lo sea. Pero ¡nosotros incluimos la mayoría de estos asuntos en una sola institución, a la que llamamos por el nombre genérico de Old Bailey<sup>[118]</sup> !

En ese momento sonó la campana de la cena, y todos corrieron al interior del barco, aunque el honorable Elijah Pogram se dio tanta prisa que olvidó cerrar la sombrilla y la encajó de tal manera en la puerta que no pudieron arrancarla ni desengancharla. Durante poco más de un minuto, este accidente causó una clara rebelión a bordo entre los hambrientos pasajeros que se quedaron atascados y que, al ver los platos y oír el ruido de los cuchillos y los tenedores, supieron lo que ocurriría si no entraban cuanto antes y poco faltó para que enloquecieran: mientras otros virtuosos ciudadanos sentados a la mesa corrían un grave peligro de morir atragantados en sus sobrenaturales esfuerzos por hacer desaparecer la carne antes de que llegasen los demás.



Tomaron la sombrilla al asalto e irrumpieron en la sala. El honorable Elijah Pogram y Martin se encontraron, después de un violento forcejeo, sentados el uno al lado del otro, igual que podrían haber acabado en el foso de un teatro londinense, y los cuatro minutos siguientes Pogram se dedicó a engullir enormes trozos de todo lo que pudo alcanzar, como un cuervo. Una vez terminada aquella cena tan extrañamente prolongada, empezó a hablarle a Martin y le rogó que no tuviese el menor reparo en dirigirse a él con total libertad, pues él era un filósofo tranquilo. Martín se alegró mucho al oírlo, porque había empezado a especular con la posibilidad de que Elijah fuese discípulo de esa otra escuela de filosofía republicana cuyos nobles sentimientos se tallan a cuchillo en el cuerpo de los pupilos y se escriben, no con pluma y tinta, sino con alquitrán y plumas.

—¿Qué opinión le merecen mis compatriotas aquí presentes? —quiso saber Elijah Pogram.

—¡Oh! Son muy simpáticos —dijo Martin.

Eran un grupo muy simpático. Nadie había dicho una sola palabra; todos se habían concentrado, como de costumbre, en hincharse de comida, y la mayoría eran muy sucios al comer.

El honorable Elijah Pogram miró a Martin como si pensara: «No lo dice en serio, ¡lo sé!». Y pronto vio confirmada su opinión.

Enfrente tenían a un caballero exaltado por el tabaco, con una barbita hecha de los desbordamientos de esa hierba que se habían secado en torno a la boca y la barbilla: un adorno tan común que apenas llamó la atención de Martin; pero ese buen ciudadano, ardiendo en deseos de afirmar su igualdad con los recién llegados, chupó el cuchillo y cortó con él la mantequilla, justo en el momento en que Martin iba a servirse un poco. Lo hizo con tal jugosidad que le habría revuelto las tripas a un carroñero.

Cuando Elijah Pogram (para quien ese tipo de cosas eran un incidente cotidiano) vio que Martin apartaba el plato y no se servía mantequilla, se alegró mucho y exclamó:

—¡Caramba! ¡El odio morboso que sienten ustedes los británicos por las instituciones de nuestro país es SORPRENDENTE!

—¡Por mi alma! —gritó Martin a su vez—. Esta es la comunidad más increíble que haya existido jamás. ¡Un hombre se comporta deliberadamente como un cerdo, y eso es una institución!

—¡No tenemos tiempo de adquirir buenos modales, señor! —dijo Elijah Pogram.

—¡Adquirir! —exclamó Martin—. Pero no es cuestión de adquirir nada. Es cuestión de perder la educación natural del salvaje y la buena educación instintiva que lo lleva a uno a no ofender y asquear a otro. ¿No cree que ese hombre de ahí enfrente, por ejemplo, sabe comportarse mejor, pero considera que actuar como un animal en estas pequeñas cosas es muy fino e independiente?

—Es nativo de nuestro país, y es brillante y activo por naturaleza —dijo el señor Pogram.

—Pues observe a qué conduce eso, señor Pogram —prosiguió Martin—. La mayoría de sus compatriotas empieza despreciando obstinadamente los pequeños usos sociales, que no tienen nada que ver con el refinamiento, la costumbre, la usanza, el gobierno o el país, sino que son actos de educación común, decente, natural y humana. Usted los anima al ofenderse ante cualquier ataque a sus transgresiones sociales como si fuesen un bello rasgo nacional. Al descuidar las pequeñas obligaciones llegan a descuidar también las grandes, y se niegan a pagar sus deudas. No sé qué podrán hacer o negarse a hacer después, pero cualquiera puede ver que será algo que seguirá en sucesión natural y formará parte de un crecimiento podrido de raíz.

El espíritu del señor Pogram era demasiado filosófico para entender eso, así que volvieron a cubierta, donde volvió a ocupar su antiguo sitio y se dedicó a mascar hasta caer en un estado letárgico equivalente a la insensibilidad.

Después de un fatigoso viaje de varios días, llegaron al mismo muelle donde habían estado a punto de dejar a Mark la noche que partieron hacia Edén. El capitán Kedgick, el terrateniente, estaba esperando allí y se sorprendió mucho al verlos bajar del barco.

—¡Caramba, por todos los...! —gritó el capitán—. ¡Vaya! ¡Esto sí que es admirable!

—Podemos alojarnos en su hotel hasta mañana, ¿no, capitán? —dijo Martin.

—Por mí pueden quedarse un año, si quieren —replicó con frialdad Kedgick—. Pero a la gente de por aquí no le va a gustar que hayan vuelto.

—¡No le va a gustar, capitán Kedgick! —dijo Martin.

—Ellos pensaban que iban a establecerse ustedes —respondió Kedgick, mientras movía la cabeza—. Les han engañado ustedes. ¡No puede negarlo!

—¿Qué quiere decir? —gritó Martin.

—No tendría usted que haberlos recibido —dijo el capitán—. ¡No, no, de ninguna manera!

—Mi querido amigo —replicó Martin—, ¿acaso cree que quería recibirlos? ¿Fue un acto de voluntad mía? ¿No me dijo usted que se enfadarían, y que me despellejarían como un gato salvaje y me amenazarían con todo tipo de venganzas si no los recibía?

—No sé de qué me habla —respondió el capitán—. Pero, cuando nuestra gente se enfada, puede ser muy irascible, ¡se lo advierto!

Con estas palabras se quedó atrás con Mark, mientras Martin y Elijah Pogram se dirigían al Nacional.

—¡Ya lo ve, hemos regresado con vida! —dijo Mark.

—No es lo que esperaba —gruñó el capitán—. Nadie tiene derecho a ser un hombre público si no satisface las expectativas del público. De haberlo sabido, nuestra gente no habría asistido a su recepción.

Nada ablandó al capitán, que insistió en tomarse a mal que no hubiesen muerto en Edén. Los huéspedes del Nacional también se ofendieron mucho, pero por suerte no tuvieron mucho tiempo de pensarlo, pues enseguida decidieron honrar cuanto antes al honorable Elijah Pogram con una recepción.

Como la cena había concluido antes de la llegada del barco, Martin, Mark y Pogram estaban sirviéndose té y algo de comer cuando entró la delegación, formada por seis huéspedes y un muchacho de voz chillona, para anunciarle este honor.

—¡Señor! —dijo el portavoz.

—¡Señor Pogram! —gritó el muchacho de la voz chillona.

El portavoz recordó así su presencia y se lo presentó.

—El doctor Ginery Dunkle, señor. Un caballero con grandes dotes poéticas. Hace poco que ha llegado, señor, y es toda una adquisición, se lo aseguro. Sí, señor. El señor Jodd, señor. El señor Izzard, señor. El señor Julius Bib, señor.

—Julius Washington Merryweather Bib —dijo el propio caballero para sus adentros.

—Le ruego que me perdone, señor. Mis disculpas. El señor Julius Washington Merryweather Bib, señor; un caballero dedicado al negocio de la madera, y muy apreciado. El coronel Groper, señor. El profesor Piper, señor. Yo, señor, soy Oscar Buffum.

Todos se adelantaron al oír su nombre, saludaron al honorable Elijah Pogram con una cabezada, le estrecharon la mano y volvieron a retroceder. Terminadas las presentaciones, el portavoz continuó.

—¡Señor!

—¡Señor Pogram! —gritó el muchacho de la voz chillona.

—Tal vez —dijo el portavoz con una mirada desesperanzada— tenga usted la bondad, doctor Ginery Dunkle, de encargarse de exponer los motivos de nuestra visita, ¿no, señor?

Como no había nada que el muchacho de la voz chillona deseara más, inmediatamente dio un paso adelante.

—¡Señor Pogram, señor! Un puñado de sus conciudadanos, señor, al enterarse de su llegada al Hotel Nacional y, en vista del carácter patriótico de sus servicios públicos, querríamos, señor, tener el placer de verle, de alternar con usted y de participar con usted de esos momentos que...

—Constituyen —sugirió Buffum.

—Que constituyen el peculiar destino, señor, de nuestro gran y dichoso país.

—¡Óiganlo! —gritó el coronel Groper—. ¡Muy bien! ¡Óiganlo! ¡Muy bien!

—Y por tanto, señor —prosiguió el doctor—, solicitan, como muestra de su respeto, el honor de disfrutar de su compañía en una pequeña recepción, señor, en el salón de las damas a las ocho en punto.

El señor Pogram hizo una reverencia y dijo:

—¡Compatriotas!

—¡Muy bien! —gritó el coronel—. ¡Óiganlo! ¡Muy bien!

El señor Pogram hizo una reverencia al coronel y luego prosiguió:

—Su interés por mis esfuerzos por la causa común me llega al corazón. En cualquier sitio y lugar: en el salón de las damas, amigos míos, y en el campo de batalla.

—¡Bien, muy bien! ¡Óiganlo! ¡Óiganlo! —dijo el coronel.

—Pogram se sentirá orgulloso de estar con ustedes. Y ojalá, amigos míos, se escriba en mi tumba: «Fue miembro del Congreso de nuestra patria común, y fue activo en su confianza».

—El comité, señor —dijo el muchacho de la voz chillona—, le estará esperando a las ocho menos cinco. ¡Me despido, señor!

El señor Pogram le estrechó otra vez la mano a él y a todos los demás, y, cuando volvieron a las ocho menos cinco, todos dijeron, uno por uno, con voz melancólica: «¿Cómo está usted, señor?» y volvieron a estrecharle la mano, como si el agasajado hubiese pasado doce meses en el extranjero y se lo hubieran encontrado en un funeral.

Pero para entonces el señor Pogram había descansado y había modelado sus rasgos y su cabello a imitación de la estatua de Pogram, a fin de que cualquiera con un poco de vista pudiera gritar: «¡Helo ahí, tal como pronunció el desafío!». El comité también se había acicalado, y cuando entraron todos a una en el salón de las damas, se oyeron muchos aplausos de hombres y mujeres acompañados de gritos de «¡Pogram, Pogram!» y algunos se subieron a las sillas para verlo.

El objeto del afecto popular contempló la sala al entrar y sonrió, al mismo tiempo que le comentaba al muchacho de la voz chillona que conocía la belleza de las hijas de su patria común, pero nunca la había visto con tanto lustre y perfección como en ese instante. Y el muchacho de la voz chillona lo publicó en el periódico al día siguiente, para sorpresa de Elijah Pogram.

—Le pediremos, señor, si tiene la bondad —dijo Buffum, poniéndole las manos sobre los hombros como si fuese a tomarle medidas para un abrigo—, que se ponga de espaldas a la pared en aquel rincón, para que haya más sitio para nuestros conciudadanos. Si pudiera apoyarse en ese gancho de cortina y meter la pierna izquierda detrás de la estufa nos las arreglaremos estupendamente.

El señor Pogram hizo lo que le pidieron, y se incrustó en un rincón tan pequeño que la estatua de Pogram no lo habría reconocido.

Entonces empezó la velada: los caballeros acercaron a las damas y las presentaron y se presentaron ellos mismos y presentaron a todo el mundo; y preguntaron a Elijah Pogram su opinión sobre esta y aquella cuestión política; y lo miraron, y se miraron unos a otros y parecieron muy desdichados. Las damas de los asientos miraron a Elijah Pogram con sus anteojos y dijeron con voz audible: «¡Ojalá dijera algo! ¿Por qué no dice nada? ¡Pídanle que diga algo!». Y Elijah Pogram, prodigando opiniones senatoriales, a medida que le iban preguntando, miró a veces a las señoras y a veces hacia otra parte. Pero el objeto y la finalidad de aquella recepción parecía ser no dejar que Elijah Pogram saliera del rincón por ningún concepto, y allí se quedó, bien custodiado.

Un gran revuelo en la puerta, en el curso de la velada, anunció la llegada de alguna persona notable; e, inmediatamente después, se vio a un caballero anciano muy nervioso que se precipitaba hacia la multitud y se abría paso a la fuerza hasta el honorable Elijah Pogram. Martín, que había encontrado un observatorio muy cómodo en un rincón

alejado, donde estaba con Mark a su lado (pues ahora ya no se olvidaba de él tan a menudo como antes, aunque todavía le ocurría algunas veces), creyó reconocer a este caballero, pero no le cupo la menor duda cuando el hombre gritó lo más alto que pudo con los ojos a punto de salirse de las órbitas:

—¡Señor, la señora Hominy!

—Que Dios bendiga a esa mujer, Mark. ¡Ha vuelto a aparecer!

—Por ahí viene, señor —respondió el señor Tapley—. Pogram la conoce. ¡Es un personaje público! ¡Siempre volcada en su país, señor! ¡Si su marido es de mi misma opinión, debe de ser un anciano muy alegre!

Se abrió un camino, y la señora Hominy, con sus andares aristocráticos, el pañuelito de bolsillo, las manos entrelazadas y su clásica cofia, avanzó despacio en una procesión de una sola persona. El señor Pogram manifestó su satisfacción al verla, y se hizo un silencio general. Pues era evidente que, si una mujer como la señora Hominy se encontraba con un hombre como Pogram, dirían algo de interés.

Sus primeros saludos se intercambiaron en voz demasiado baja para que llegasen a los impacientes oídos de la multitud, pero pronto se volvieron audibles, pues la señora Hominy era muy consciente de su posición y sabía lo que se esperaba de ella.

Al principio la señora H. fue dura con él y lo sometió a una severa reprimenda a propósito de cierto voto que había emitido y que, como madre de los Gracos modernos, había creído necesario desautorizar con una frase redactada a propósito en alemán. Pero, como el señor Pogram la esquivó con una oportuna alusión a la bandera de las barras y estrellas, que al parecer tenía la notable peculiaridad de flotar en la brisa siempre que se izara donde soplaste el viento, ella lo perdonó. Luego se extendieron de manera muy útil sobre diversas cuestiones relativas a los aranceles, los tratados comerciales, las fronteras, la importación y la exportación. Y la señora Hominy no sólo habló, como suele decirse, como un libro abierto, sino que hizo hablar a sus libros, palabra por palabra.

—¡Cómo! ¿Qué es esto? —gritó la señora Hominy, abriendo una notita que le entregó su nervioso caballero-acomodador—. ¡Caramba! ¡Vaya! ¿Quién lo iba a pensar? —Y luego leyó en voz alta, como sigue—: «Dos damas literatas presentan sus cumplidos a la madre de los Gracos modernos, y le ruegan que tenga la amabilidad de presentarles, como compatriota de talento que es, al honorable (y distinguido) Elijah Pogram, a quien las dos D. L. han contemplado a menudo en el elocuente mármol obra del sobrecogedor Chiggle. Después de una comunicación verbal por parte de la madre de los G. M. en la que indique su disposición a cumplir con la petición de las D. L., tendrán el placer de unirse de inmediato a la galaxia reunida para honrar la actuación patriótica de un Pogram. Otro vínculo de unión entre las dos

D. L. y la madre de los G. M. que conviene tener en cuenta es que las dos D. L. son trascendentalistas<sup>[119]</sup> ».

La señora Hominy se puso en pie enseguida y fue hacia la puerta, de donde volvió al cabo de un minuto con las dos D. L., a quienes llevó por el camino que se había abierto entre la multitud, con esa majestuosidad tan característica suya, hasta donde estaba el gran Elijah Pogram. Fue (como observó extasiado el muchacho de la voz chillona) como la última escena de *Coriolano*.

Una de las D. L. llevaba una peluca castaña de tamaño descomunal. Sujeto, por medios invisibles, a la frente de la otra había gigantesco camafeo, de idéntica forma y tamaño que las tartaletas de frambuesa de un penique, y que representaba al capitolio de Washington.

—La señorita Toppit y la señorita Codger —dijo la señora Hominy.

—Supongo que Codger debe de ser esa señora de la que tanto hablan los periódicos ingleses, señor —susurró Mark—. La habitante más anciana, que nunca recuerda nada.

—Ser presentada a un Pogram —dijo la señorita Codger— por una Hominy es sin duda emocionante por la huella que deja en eso que llamamos nuestros sentimientos. Aunque por qué los llamamos así, o por qué deja huella en ellos, si es que la deja, si es que existimos, o si hay en realidad, ¡oh, cuestión desconcertante!, un Pogram o una Hominy, o algún principio activo al que otorguemos esos títulos, es un asunto oscuro e inquisitivo demasiado inconmensurable para entrar en él, en esta inesperada crisis.

—El espíritu y la materia —dijo la dama de la peluca— se deslizan deprisa hacia el vórtice de la inmensidad, allá lo sublime y el plácido ideal duerme tranquilo, en las susurrantes cámaras de la imaginación. Oírlo es dulce. Pero entonces se rió el adusto filósofo y le dijo a lo grotesco: «¡Eh, detened a ese ser y traedlo a mi presencia!». Y la visión se desvaneció.

Dicho lo cual, le cogieron la mano al señor Pogram y se la llevaron a los labios como una palma patriótica. Rendido ese homenaje, la madre de los Gracos modernos pidió que les llevaran unas sillas y las tres damas literatas se esforzaron en sacar a la luz al pobre Pogram y mostrarlo con todo su luminoso colorido.

No vale la pena reseñar cómo se las arregló Pogram para emerger al instante de aguas tan profundas, ni cómo se las arreglaron las tres D. L. para no hundirse ellas mismas. Baste con decir que, al hallarse todos con el agua al cuello, y no saber nadar, se dedicaron a salpicar palabras por todas partes y a divagar de forma memorable. En conjunto se consideró que había sido el ejercicio intelectual más extenuante jamás oído en el Hotel Nacional. Las lágrimas inundaron varias veces los ojos

del muchacho de la voz chillona; y todos coincidieron en que les dolía la cabeza por el esfuerzo, y la verdad es que no es de extrañar.

Cuando por fin se hizo necesario liberar a Elijah Pogram de su rincón, y el comité lo llevó sano y salvo al salón de al lado, le expresaron su más ferviente admiración.

—A la que hay que dar —dijo el señor Buffum— un desahogo o estallará. Le estoy agradecido, señor Pogram. Siento por usted una elevada inspiración y una profunda emoción. El sentimiento al que quiero dar expresión es el siguiente: «¡Ojalá sea usted tan firme como su marmórea estatua! ¡Ojalá infunda el mismo terror que usted a sus enemigos!».

Hay algunas razones para suponer que era bastante espantosa para sus amigos, pues se trataba de una estatua de la escuela elevada o monstruosa, en la que el honorable Elijah Pogram aparecía representado bajo un viento muy fuerte, con el cabello de punta y las ventanas de la nariz dilatadas. Pero el señor Pogram agradeció a su amigo y compatriota el deseo que había expresado, y el comité, después de volver a estrecharle solemnemente la mano, se retiró a dormir, con la única excepción del doctor, que corrió a las oficinas del periódico y compuso un breve poema inspirado por los acontecimientos de esa noche, que empezaba con catorce estrellas y el encabezamiento: «Fragmento inspirado al presenciar al honorable Elijah Pogram en una discusión filosófica con tres de las más hermosas hijas de Columbia. Por el doctor Ginery Dunkle, de Troya».

Si Pogram se alegró tanto de irse a la cama como Martin, debió de ver recompensados sus esfuerzos. Al día siguiente volvieron a ponerse en camino (después de que Martin y Mark se deshiciesen de sus bienes en los mismos almacenes donde los habían comprado, por lo que pudieron sacar) y fueron una vez más compañeros de viaje hasta un lugar cercano a Nueva York. Cuando Pogram estaba a punto de despedirse, se puso pensativo y, después de meditar un rato, llevó aparte a Martin.

—Vamos a despedirnos, señor —dijo Pogram.

—Por favor, no se angustie —dijo Martin—, hay que ser fuertes.

—No es eso, señor —replicó Pogram—, ni mucho menos. Pero querría que aceptase un ejemplar de mi Oración.

—Gracias —dijo Martin—, es muy amable. Me alegrará mucho.

—Tampoco es eso —prosiguió Pogram—. ¿Se atrevería usted a llevar un ejemplar a su país?

—Claro —dijo Martin—. ¿Por qué no?

—Sus sentimientos son muy afilados —insinuó sombrío Pogram.



—Da igual —dijo Martin—. Llevaré una docena si quiere.

—No, señor —replicó Pogram—. Una docena no. Eso sería pedir demasiado. Si se atreve usted a correr el riesgo, aquí tiene un ejemplar para el lord Chancellor y otro para el secretario de Estado. Querría que lo considerasen una expresión de mis opiniones. Para que no aleguen después ignorancia en el futuro. Pero ¡no se ponga en peligro por mi causa!

—No correré ningún peligro, se lo aseguro —dijo Martin. Se guardó los panfletos en el bolsillo y se marchó.

El señor Bevan había escrito en su carta que en determinado momento, que coincidió felizmente con el de su llegada, estaría en cierto hotel de la ciudad esperando verles. Se dirigieron allí sin perder ni un momento. Tuvieron la alegría de encontrarlo y de ser recibidos por su buen amigo con todo su afecto y cordialidad.

—Lamento mucho y me avergüenza —dijo Martin— haber tenido que implorarlo. Pero mírenos. Vea cómo estamos, y juzgue a qué nos hemos visto reducidos.

—Lejos de jactarme de haberles hecho un favor —replicó él—, me reprocho haber sido sin saberlo la causa de sus desdichas. Con las explicaciones que les dieron, no pensé que fuesen ustedes a Edén más de lo que se me habría ocurrido ir a mí, y estaba convencido de que enseguida se convencerían de que aquí no es tan fácil hacer fortuna.

—Lo cierto es que cerré el trato de manera alocada e impulsiva —dijo Martin— y, cuanto menos se hable del asunto, tanto mejor para mí. Mark, aquí presente, no participó de mi decisión.

—¡Bueno! Tampoco participó de ninguna otra, ¿no? —replicó el señor Bevan, riéndose de un modo que dio a entender que comprendía a Mark y también a Martin.

—No mucho, me temo —dijo Martin, ruborizándose—. Pero ¡para aprender hay que vivir, señor Bevan! Y, si uno está a punto de morir, aprende más deprisa.

—Bueno —respondió su amigo—, y, respecto a sus planes, ¿piensa volver a casa cuanto antes?

—Eso creo —replicó un poco atropellado Martin, pues cualquier otra idea le hacía palidecer—. Opinará usted igual, ¿no?

—Sin duda. No sé ni por qué se les ocurrió venir; aunque lamento decir que ocurre tan a menudo que no vale la pena insistir más. No sabrá que el barco en el que vinieron, con nuestro amigo el general Fladdock, está amarrado en el puerto, ¿no?

—¿De verdad? —dijo Martin.

—Sí. Y ha anunciado su partida para mañana.

Era una noticia tentadora, pero también frustrante, pues Martin sabía que conseguir trabajo a bordo de un barco así era imposible. El dinero que tenía el bolsillo no bastaría ni para pagar un cuarto de la suma que había pedido prestada, y, si hubiese bastado para pagarse el pasaje, no habría tenido valor de gastárselo. Se lo explicó al señor Bevan y le dijo cuál era su proyecto.

—Caramba, es tan descabellado como lo de Edén —replicó su amigo—. Debe comprar su pasaje como un cristiano; al menos como un cristiano en un camarote de proa; y deberme unos cuantos dólares más de los que tiene pensado. Si Mark va al barco y averigua cuántos pasajeros hay y si queda sitio para ustedes sin ahogarse, mi consejo es que se marchen. Entretanto nosotros procuraremos entretenernos (no iremos a ver a los Norris, a no ser que usted quiera), y después cenaremos los tres juntos.

Martin sólo pudo expresar su gratitud, y decidieron disponerlo de ese modo. No obstante, salió del salón detrás de Mark y le instó a conseguir pasaje en el Tornillo aunque tuviesen que viajar en cubierta, y el señor Tapley, que no necesitaba que le suplicaran, se lo prometió de muy buena gana.

Cuando Martin y él volvieron a verse y se quedaron a solas, estaba muy animado y era evidente que tenía algo que contarle de lo que se sentía muy orgulloso.

—Le he gastado una buena al señor Bevan, señor —dijo Mark.

—¡Al señor Bevan! —repitió Martin.

—El cocinero del Tornillo se casó ayer, señor —dijo el señor Tapley. Martin lo miró como esperando más explicaciones—. Y, cuando subí a bordo se corrió la voz de que era yo —dijo Mark— y el primer oficial vino a verme y me preguntó si estaría dispuesto a ocupar el puesto del cocinero en la travesía a casa. «Está usted acostumbrado —me dijo—. Cuando vinimos se pasó el día cocinando para todo el mundo». Y es cierto —dijo Mark—, aunque no he cocinado en mi vida, se lo prometo.

—Y ¿qué dijiste? —preguntó Martin.

—¡Decir! —gritó Mark—. Que aceptaría cualquier cosa. «En ese caso —dijo el primer oficial—, tráiganle un vaso de ron». Y así lo hicieron. Y mi salario, señor —dijo Mark muy contento— pagará su pasaje; y he dejado el rodillo de amasar en su litera para reservarla (es la más cómoda, la de rincón), y ya está, ¡Larga vida a Britannia, los británicos vuelven a casa!

—¡Nunca ha habido nadie tan buen tipo como tú! —gritó Martin, cogiéndolo de la mano—. Pero ¿qué quieres decir con lo «gastarle una buena» al señor Bevan, Mark?

—¿No se da cuenta? —dijo Mark—. No le diremos nada. Aceptaremos su dinero, pero no lo gastaremos y no nos lo quedaremos. Lo que haremos es escribirle una breve nota explicándole lo sucedido, enrollarlo y dejárselo en el bar para que se lo hagan llegar cuando nos vayamos. ¿Entiende?

A Martin le alegró la idea no menos que a Mark. Lo hicieron tal y como había pensado. Disfrutaron de una alegre velada, durmieron en el hotel, dejaron la carta como tenían planeado y se fueron al barco a primera hora de la mañana siguiente con el corazón liviano después del peso de sus pasadas desdichas.

—¡Adiós, cien mil veces adiós! —dijo Martin a su amigo—. ¡Cuánto recordaré su bondad! ¡Qué agradecido le estaré siempre!

—Si alguna vez llega a ser usted rico o poderoso —replicó el señor Bevan—, procure que su gobierno cuide mejor a sus súbditos cuando van a vivir al extranjero. ¡Hágales saber lo que sabe de la emigración, en su caso, e infórmeles de lo poco que costaría evitar mucho sufrimiento!

¡Alegría, muchachos, alegría! Levad anclas. Navegad a todo trapo. Con la robusta proa apuntando a Inglaterra. ¡A popa, Norteamérica es una nube en el mar!

—¡Caramba, cocinero! ¿En qué piensas tan abstraído? —dijo Martin.

—Pues estaba pensando, señor —replicó Mark—, en cómo lo haría si fuese pintor y me pidieran que pintase el águila norteamericana.

—Supongo que lo más parecido posible a un águila.

—No —dijo Mark—. Eso no me convencería, señor. La pintaría como un murciélago, por su cortedad de miras; como una gallina, por su jactancia; como una urraca, por su honradez; como un pavo, por su vanidad; como un avestruz, por su costumbre de enterrar la cabeza en el barro y pensar que nadie la ve...

—Y como el ave Fénix, ¡por su capacidad de resurgir de las cenizas de sus vicios y sus defectos y alzarse de nuevo en el cielo! —dijo Martin—. En fin, Mark. Esperémoslo.

## **Capítulo XXXV. Al llegar a Inglaterra, Martin presencia una ceremonia de la que extrae la alentadora conclusión de que no lo han olvidado en su ausencia**

Era mediodía, y la marea había subido en el puerto de destino del Tornillo, cuando, aprovechando valerosamente el impulso de la pleamar, soltó anclas en el río.

Por luminosa que fuese la escena, fresca y animada, espaciosa, libre y chispeante, no era nada comparada con la vida y la exultación en el pecho de los dos viajeros al ver las viejas iglesias, los tejados, y las ennegrecidas chimeneas de su hogar. El lejano rugido, que se alzaba ronco de las calles ajetreadas, fue música para sus oídos; la multitud que miraba desde los muelles fue como amigos queridos; el dosel de humo que cubría la ciudad les pareció más brillante y hermoso que si las sedas más lujosas de Persia hubiesen ondeado al aire. Y, aunque el agua, siguiendo su brillante camino, se apartaba una y mil veces para bailar y centellear en torno a los grandes barcos, y para alzarlos en sus olas, y despedía una lluvia de diamantes desde el filo de los remos y retozaba con los barcos ociosos y pasaba en veloz persecución por las viejas y obstinadas argollas de hierro, clavadas a la mampostería del muelle... ni siquiera ella estuvo la mitad de boyante e inquieta que su estremecido corazón, que anhelaba pisar, una vez más, la tierra natal.

Había pasado un año desde que esas agujas y tejados se esfumaran de su vista. A ellos les pareció que había sido una docena. Aquí y allá notaron pequeños cambios, y se sorprendieron de que fuesen tan pocos y tan leves. Regresaban más pobres de lo que se fueron en cuestión de salud, fortuna, perspectivas y recursos. Pero habían vuelto a su hogar. Y, aunque «hogar» sea un nombre, una palabra, es muy fuerte; más que la que haya pronunciado jamás en su mejor conjuro ningún mago o espíritu.

Al llegar a tierra, con muy poco dinero en el bolsillo, y sin ningún plan en la cabeza, buscaron una taberna barata, donde disfrutaron de un filete humeante, y algunas jarras desbordantes de cerveza, como sólo una persona recién desembarcada puede disfrutar de las delicadezas de la tierra. Después de darse un festín igual que dos gigantes agradecidos, avivaron el fuego, descorrieron la cortina de la ventana y, fabricándose un sofá cada uno con dos sillas desvencijadas, contemplaron la calle extasiados.

Incluso la calle parecía una calle de hadas, pues estaba oculta en parte por los vapores del filete y la cerveza negra y fuerte. Y esa neblina empañaba de tal modo el cristal de la ventana que el señor Tapley tuvo que levantarse y limpiarlo con el pañuelo para que los viandantes volvieresen a parecer comunes mortales. E incluso entonces, una pequeña

nube en espiral se alzó de sus vasos de grog caliente y casi los ocultó a uno del otro.

Era uno de esos indescriptibles reservados que no se ven más que en una taberna, y que se supone que llegaron a formar parte de ella porque era el lugar donde el arquitecto se emborrachaba mientras la construían. Tenía más rincones que el cerebro de un hombre obstinado; estaba abarrotada de absurdos armaritos en los que no podía meterse nada que no se hubiese inventado a propósito para ellos; tenía misteriosos estantes y mamparos e indicios de escaleras en el techo; y estaba cuidadosamente provisto de una campanilla que sonaba en el propio reservado a unos sesenta centímetros del cordón de la campanilla y no guardaba relación con ninguna otra parte del establecimiento. Estaba un poco por debajo de la acera colindante, de modo que los transeúntes rozaban los cristales de las ventanas con sus botones y los rozaban con sus cestas y muchachos temibles pasaban de pronto entre la luz y un huésped pensativo y se burlaban de él o le enseñaban la lengua como si fuese un médico; o convertían la punta de la nariz en un bulto blanco al apoyarla contra el cristal, y luego desaparecían horriblemente, como espectros.

Martin y Mark se sentaron a ver pasar a la gente, y de vez en cuando debatían cuál sería su primer paso.

—Habría que ir a ver a Mary, claro —apuntó Mark.

—Desde luego —dijo Martin—. Pero no sé dónde está. No tuve ánimos para escribirle en nuestros momentos de infortunio, tú mismo juzgaste que el silencio era más recomendable, y por tanto, y puesto que no he tenido noticias tuyas desde que nos fuimos de Nueva York, no sé dónde se encuentra, mi querido amigo.

—Mi opinión, señor, es que lo que tenemos que hacer es ir directos al Dragón —replicó Mark—. No hace falta que vaya usted, ya que le conocen, si no le apetece. Puede detenerse quince kilómetros antes. Yo seguiré. La señora Lupin me pondrá al tanto de las novedades. El señor Pinch me dará la información que necesitamos, nada le alegrará más. Mi propuesta es: pongámonos en camino a pie esta misma tarde. Detengámonos cuando nos cansemos. Viajemos en coche gratis cuando podamos. Andemos cuando no podamos. Vayamos allí cuanto antes, y sin gastar mucho.

—Si no viajamos sin gastar mucho, no sé cómo lo haremos —dijo Martin, sacando el dinero y contándolo en la mano.

—Razón de más para no perder tiempo, señor —replicó Mark—. Cuando haya visto a la señorita y sepa de qué humor está el anciano caballero, sabrá a qué atenerse.

—Sin duda —dijo Martin—. Tienes mucha razón.

Se habían llevado el vaso a los labios cuando sus manos se detuvieron a mitad de camino, y su mirada se detuvo en una figura que muy, muy despacio y muy reflexiva, pasó por delante de la ventana en ese momento.

El señor Pecksniff. Plácido, tranquilo, pero orgulloso. Honradamente orgulloso. Vestido con peculiar cuidado, sonriendo aún con más blandura de lo habitual, apreciando la belleza de su arte con una leve abstracción de todo pensamiento sórdido y atravesando el círculo tan tranquilo, como una figura en una linterna mágica.

Cuando el señor Pecksniff pasó, una persona que venía en dirección contraria se detuvo para mirarlo con mucho interés y respeto, casi con veneración; el tabernero salió de la casa como si también lo hubiese visto, se acercó a esa persona y le habló, movió la cabeza con respeto y contempló al señor Pecksniff del mismo modo.

Martin y Mark se quedaron mirándose, como si no lo creyeran; pero el casero y el otro hombre siguieron allí. A pesar de la indignación que le había inspirado esa visión fugaz del señor Pecksniff, Martin no pudo evitar la risa. Y Mark tampoco.

—¡Tenemos que averiguar qué está pasando aquí! —dijo Martin—. ¡Haz pasar al tabernero, Mark!

El señor Tapley se marchó con ese encargo, y al instante volvió seguido de su cabezudo anfitrión.

—Por favor, tabernero —preguntó Martin—, ¿quién era ese caballero que acaba de pasar y a quien estaba usted mirando?

El tabernero hurgó en el fuego como si, en su deseo de responder del mejor modo posible, se hubiese vuelto indiferente al precio del carbón; y, metiéndose las manos en los bolsillos, dijo después de hincharse como un pavo para subrayar aún más sus palabras:

—Ese, caballeros, ¡es el gran señor Pecksniff! ¡El famoso arquitecto, caballeros! —Miró a uno y a otro mientras lo decía, como dispuesto a ayudar al primero a quien no bastara esa información—. El gran señor Pecksniff, el famoso arquitecto, caballeros —dijo el tabernero— ha venido para ayudar a poner la primera piedra de un nuevo y espléndido edificio público.

—¿Va a construirse según sus planos? —preguntó Martin.

—El gran señor Pecksniff, el famoso arquitecto, caballeros —respondió el tabernero, que parecía extraer un inefable placer de la repetición de estas palabras—. Ha ganado el primer premio y va a construir el edificio.

—¿Quién va a poner la primera piedra? —preguntó Martin.

—Nuestro diputado ha venido expresamente —replicó el tabernero—. Nadie de menor categoría habría servido para ese propósito. Nuestros directores no se habrían contentado con nadie por debajo del diputado de nuestra circunscripción que representa, en la Cámara de los Comunes, los intereses de los caballeros.

—¿Qué intereses son esos? —preguntó Martin.

—¿Cómo? ¿No lo sabe? —respondió el tabernero.

Estaba claro que quien no lo sabía era el tabernero. En época de elecciones le decían cuál era el bando caballeroso, y él se ponía las botas altas y votaba por él.

—¿Cuándo se celebrará la ceremonia? —quiso saber Martin.

—Hoy —replicó el tabernero. Luego sacó el reloj y añadió en tono impresionante—: casi ahora mismo.

Martin preguntó a toda prisa si había alguna posibilidad de entrar a verlo; y, al descubrir que podía entrar cualquier persona honrada siempre que no lo impidiera el aforo, salió corriendo con Mark lo más deprisa que pudieron.

Tuvieron la suerte de poder apretarse en un rincón, desde donde podrían ver todo lo que pasara, sin temer demasiado que el señor Pecksniff pudiera verles a su vez. Llegaron justo a tiempo, pues, cuando estaban felicitándose de su suerte, se oyó un gran estrépito allí cerca, y todo el mundo miró hacia la puerta. Varias señoras sacaron sus pañuelos para agitarlos, y un profesor extraviado de la escuela de la beneficencia a quien vitorearon, recibió un inmenso abucheo cuando se percataron del error.

—A lo mejor se ha traído a Tom Pinch —le susurró Martin al señor Tapley.

—Sería un honor demasiado grande para él, ¿no cree, señor? —le susurró a su vez el señor Tapley.

No hubo tiempo para discutir las probabilidades en uno u otro sentido, pues los alumnos de la escuela de beneficencia llegaron en dos filas, con tanta admiración por parte de los presentes que no contribuían económicamente a ella que muchos no pudieron contener las lágrimas. Siguió una banda de música, dirigida por un meticuloso tamborilero que no dejaba de tocar. Luego llegaron muchos caballeros con bastones de mando en la mano y lazos en la pechera, cuya participación en la ceremonia no parecía estar claramente definida y que se pisotearon unos a otros y bloquearon la entrada un buen rato. Luego llegaron el

alcalde y la corporación municipal arremolinados en torno al diputado de los intereses de los caballeros, que tenía al gran señor Pecksniff, el famoso arquitecto, a su derecha, y conversaba con familiaridad con él mientras andaban. Luego las señoras agitaron los pañuelos y los caballeros los sombreros, y los niños de la escuela de la beneficencia gritaron, y el diputado de los intereses de los caballeros hizo una reverencia.

Una vez volvió a hacerse el silencio, el diputado de los intereses de los caballeros se frotó las manos, movió la cabeza y miró complacido a la concurrencia; y no había nada que hiciera este caballero sin que alguna dama empezase a agitar extasiada el pañuelo. Cuando miró la piedra, dijeron: «¡Qué elegante!»; cuando se asomó al agujero, dijeron: «¡Qué condescendiente!»; cuando charló con el alcalde, dijeron: «¡Qué desenvoltura!» y, cuando se cruzó de brazos, gritaron todas a una: «¡Qué modos de gran estadista!».

Al señor Pecksniff también lo observaron de cerca. Cuando habló con el alcalde, dijeron: «¡De verdad, qué hombre tan cortés!». Cuando le puso la mano en el hombro al albañil, para darle instrucciones: «Qué trato tan amable con las clases trabajadoras: justo el hombre para hacer su carga más llevadera, ¡pobres desdichados!».

Pero entonces llevaron una paleta de plata y, cuando el diputado de los intereses de los caballeros se remangó el abrigo e hizo unos pases de manos con el cemento, el aire se desgarró con los aplausos. Cómo lo hizo, igual que si fuese un obrero, fue sorprendente. Nadie podía imaginar dónde podía haber aprendido algo así una criatura tan caballerosa.

Cuando fabricó una especie de sucia empanada según las instrucciones del albañil, llevaron una jarrita llena de monedas que el diputado de los intereses de los caballeros agitó, como si fuese a hacer un conjuro. Y todos dijeron: «¡Qué raro, qué alegre, qué espíritu tan resuelto!».

Una vez colocada la jarra en su sitio, un anciano erudito leyó la inscripción, que estaba en latín, no en inglés, eso habría sido inconcebible. A todo el mundo le gustó, sobre todo cada vez que había un largo sustantivo de la tercera declinación, caso ablativo, con un adjetivo que rimara, momentos en los que el grupo se enterneció mucho y se mostró muy afectado. Y luego pusieron la piedra en su sitio entre los gritos de la concurrencia. Una vez firmemente fijada, el diputado de los intereses de los caballeros la golpeó tres veces con el mango de la paleta, como si preguntase, con un toque de humor, si había alguien en casa. El señor Pecksniff desenrolló entonces sus planos (unos planos prodigiosos) y la gente se arremolinó para verlos y admirarlos.



Martin que había estado un poco agitado (sin motivo, en opinión de Mark) toda la ceremonia, no pudo contener más su impaciencia; se adelantó con los demás y miró, sin que él se diese cuenta, por encima del hombro del señor Pecksniff los planos y diseños que había desenrollado. Volvió con Mark hirviendo de rabia.

—Vaya, ¿qué sucede, señor? —gritó Mark.

—¡Que qué sucede! Este es mi edificio.

—¡Su edificio! —dijo Mark.

—Mi escuela. Yo la diseñé. Yo hice todo. El muy sinvergüenza sólo le ha añadido cuatro ventanas y ¡la ha estropeado!

Mark al principio apenas podía creerlo pero, cuando Martin le aseguró que así era, lo sujetó para que no actuara de forma impulsiva hasta que se le pasara el enfado. Entretanto, el diputado se dirigió a los asistentes a propósito de la agradable tarea que acababa de llevar a cabo.

Dijo que desde el día en que ocupó su escaño en el Parlamento para representar los intereses de los caballeros de esa ciudad, con la esperanza de representar también los de las damas (pañuelos), había sido su placentero deber entrar en contacto con ellos, y alzar la voz en su nombre a menudo en otro lugar (risas y pañuelos). Pero nunca había estado tan a gusto, ni había alzado la voz con una alegría tan pura, profunda y sencilla como ahora.

—La presente ocasión —dijo—, siempre será memorable para mí: no sólo por las razones que acabo de dar, sino porque me ha dado la ocasión de conocer personalmente a un caballero... —señaló con la paleta al señor Pecksniff, que se puso la mano en el pecho cuando lo vitorearon— que, estoy convencido, obtendrá distinción y beneficios de su trabajo, cuya fama ya conocía, como cualquiera que tenga oídos, pero cuyo semblante intelectual no había tenido el honor de contemplar hasta este día, y de cuya conversación intelectual no había podido disfrutar aún.

Todos parecieron alegrarse mucho y aplaudieron más que nunca.

—Pero espero que mi honorable amigo —dijo el caballeroso diputado—, si me permite llamarle así —añadió, y el señor Pecksniff hizo una reverencia—, me conceda muchas más oportunidades de conocerlo, y ¡ojalá tenga la gratificación de recordar en el futuro el momento en que puse estas dos primeras piedras, pertenecientes a estructuras que duraran toda mi vida!

Otra vez ruidosos vítores. Todo ese tiempo, Martin se lo pasó maldiciendo al señor Pecksniff por activa y por pasiva.

—Amigos míos —dijo el señor Pecksniff, a modo de respuesta—. Mi obligación es construir, no dar discursos; actuar, no hablar; lo mío son el mármol, la piedra y los ladrillos, no las palabras. Estoy muy conmovido. ¡Qué Dios los bendiga!

Este discurso, en apariencia surgido del mismísimo corazón del señor Pecksniff, llevó el entusiasmo al paroxismo. Volvieron a agitarse los pañuelos; animaron a los niños de la beneficencia a crecer para

convertirse en Pecksniffs; la corporación municipal, los caballeros de la vara de mando, el diputado de los intereses de los caballeros, todos vitorearon al señor Pecksniff. ¡Tres hurras por el señor Pecksniff! ¡Tres más por el señor Pecksniff! ¡Tres más por el señor Pecksniff, caballeros, por favor! ¡Uno más, caballeros, por el señor Pecksniff, y que sea muy alto!

En suma, se suponía que el señor Pecksniff había hecho una gran labor, y se le recompensó con amabilidad, elegancia y generosidad. Cuando el cortejo se marchó y Martin y Mark se quedaron casi solos, sus méritos y el deseo de recompensarlos eran el principal tema de conversación. Sólo lo superó el diputado caballeroso.

—Compara la situación de ese sujeto hoy con la nuestra —dijo con amargura Martin.

—¡Que Dios le bendiga, señor! —gritó Mark—. ¿De qué sirve eso ahora? A unos arquitectos se les da bien echar cimientos y a otros construir encima cuando ya están echados. Pero al final todo acabará bien, señor; ¡todo acabará bien!

—Y entretanto... —empezó Martin.

—Entretanto, como usted dice, señor, tenemos cosas que hacer y un largo camino por delante. Así que la consigna es ¡vivos y alegres!

—Eres el mejor maestro del mundo, Mark —dijo Martin—, y yo no seré mal discípulo si puedo evitarlo. ¡Estoy decidido! Así que ¡vamos! ¡En marcha, viejo amigo!

## Capítulo XXXVI. Tom Pinch parte en busca de fortuna. Lo que encuentra al partir

¡Ay, qué diferente era la ciudad de Salisbury para Tom Pinch ahora que el Pecksniff de su corazón se había esfumado en un sueño ocioso! Profesaba la misma fe en las tiendas maravillosas, la misma intensa apreciación del misterio y la maldad del lugar; hacía los mismos cálculos exaltados de su riqueza, de su población y de sus recursos; y aun así no era la misma ciudad ni nada parecido. Fue andando hasta el mercado mientras le preparaban el desayuno en la taberna y, aunque era el mismo mercado de siempre, abarrotado por los mismos compradores y vendedores, animado por los mismos negocios, bullicioso por la misma confusión de lenguas y el estrépito de las aves en sus jaulas, embellecido por la misma exhibición de bloques de mantequilla recién hecha y colocada sobre paños de lino de cegadora blancura, verde por la misma fresca exposición de verduras cubiertas de rocío; primoroso por la misma colocación de las cestas de los vendedores, de los espejitos para afeitarse, de los cordones, los tirantes, los cinturones y los cacharros de cocina, apetitosa por la misma muestra de delicados pasteles y manitas de cerdo embellecidas por el cerdo que una vez había andado con ellas: pese a todo, estaba extrañamente cambiado para Tom, pues en el centro del mercado echó en falta una estatua que él mismo había erigido en él, igual que en todos los demás sitios adónde iba; y le pareció frío y desnudo sin ese adorno.

El cambio no iba más allá, pues Tom estaba lejos de ser lo bastante sabio para pensar que, al haber sido decepcionado por un hombre, lo estrictamente racional y eminentemente sensato habría sido vengarse de la humanidad en general y desconfiar de todo el mundo. De hecho, esta forma de justicia, aunque respaldada por la autoridad de muchos sesudos poetas y hombres honorables, guarda más parecido con la del buen visir de las *Mil y una noches* que ordenó la ejecución de todos los mozos de cuerda de Bagdad porque se suponía que un miembro de esa desafortunada fraternidad se había comportado mal, que con cualquier forma de conducta lógica, por no decir cristiana, conocida por el mundo en épocas posteriores.

Hacía tanto tiempo que Tom estaba acostumbrado a mojar el Pecksniff de su imaginación en el té y a untarlo en su tostada, y a tomarlo como aperitivo con su cerveza, que la primera mañana después de su expulsión el desayuno le supo a poco. Tampoco mejoró mucho su apetito en la comida, cuando consideró con mucha seriedad sus propios asuntos, y pidió consejo a su amigo el ayudante del organista.

El ayudante del organista fue de la clara opinión de que, hiciese lo que hiciese Tom, debía trasladarse a Londres, pues ningún sitio podía

comparársele. Lo cual puede que sea cierto en general, aunque tal vez no fuera razón suficiente para que fuese Tom.

Pero Tom ya había considerado antes lo de ir a Londres, y lo había asociado en su pensamiento a su hermana y a su viejo amigo John Westlock, cuyo consejo pensó pedir, como es natural en una crisis tan importante de su suerte. A Londres, por tanto, decidió ir; y se encaminó a la estación de diligencias para reservar una plaza. La diligencia estaba llena y se vio obligado a retrasar su partida hasta la noche siguiente, pero incluso esa circunstancia tuvo su lado bueno además del malo, pues, aunque amenazaba con aligerar su cartera con los gastos, le brindó la oportunidad de escribir a la señora Lupin y pedirle que mandase su baúl al poste indicador a la hora de siempre, lo que le permitiría llevar consigo ese tesoro a la metrópolis y ahorrarse los gastos de envío. «Bueno —se dijo Tom, a modo de consuelo—, lo comido por lo servido».

Y es innegable que, una vez tomada la decisión, tuvo una inusitada sensación de libertad, una impresión vaga e imprecisa de estar de vacaciones, lo cual era todo un lujo. Tuvo sus momentos de abatimiento e inquietud, y fueron, con razón, muy abundantes, pero aun así fue sorprendentemente agradable pensar que era dueño de sus actos y que podía hacer sus propios planes y proyectos. Era sorprendente, emocionante, enorme, difícil de entender; era una verdad extraordinaria, cargada de responsabilidad y falta de confianza en sí mismo; pero, a pesar de todas sus preocupaciones, dio un curioso sabor a la comida de la taberna, e interpuso una neblina soñolienta entre sus perspectivas y él, en la que a veces estas perspectivas parecían tener mágicas ventajas.

En este incierto estado de ánimo, Tom volvió a la cama con dosel, con la misma impertérrita sorpresa de las efigies del anterior tabernero y del buey; y así pasó todo el día siguiente. Cuando llegó por fin la diligencia con «Londres» impreso en letras doradas en el portaequipajes, notó tal sensación en el estómago que a punto estuvo de salir corriendo. Pero no lo hizo, sino que se sentó en el pescante y, al contemplar los cuatro caballos grises, se sintió como si él también fuese un caballo gris, o, en todo caso, una parte del tiro, y se quedó muy confundido por la novedad y el esplendor de su situación.

Y lo cierto es que verse sentado al lado del cochero podría haber confundido a un hombre menos modesto que Tom, pues de todos los buenos mozos que jamás empuñaron un látigo, por motivos profesionales, este podría haber sido elegido emperador. No llevaba los guantes como cualquier otra persona, sino que se los ponía —incluso cuando estaba en la acera, lejos de la diligencia— como si, de un modo u otro, tuviera a los cuatro caballos grises en la punta de los dedos. Y lo mismo con el sombrero. Hacía cosas con el sombrero, que nada, salvo un conocimiento ilimitado de los caballos y la absoluta libertad de los caminos, le habría permitido perfeccionar. Le llevaban paquetitos valiosos con instrucciones concretas, y él se los metía en el sombrero y

volvía a ponérselo, como si las leyes de la gravedad no permitieran que pudiera caerse o salir volando, ni tampoco pudiese acontecerle ningún otro accidente. Y ¡lo mismo el guardia! Tenía cien kilómetros diarios escritos en los mismísimos bigotes. Sus modales eran un medio galope, su conversación un trote corto. Era un coche rápido pendiente abajo en una carretera de peaje, todo velocidad. Ni una carreta habría podido ir despacio con ese guardia y su clarín a bordo.

Todo eso eran presagios de Londres, pensó Tom sentado en el pescante, y miró a su alrededor. Semejante cochero, y semejante guardia, no podrían haber existido entre Salisbury y ningún otro sitio. La diligencia no era una de esas lentas diligencias de palurdos, sino una juerguista, disoluta y jactanciosa diligencia londinense, despierta de noche y dormida de día, que llevaba una vida diabólica. Le impresionaba menos Salisbury que si hubiese sido un villorrio. Traqueteaba ruidosa por las calles principales, desafiaba a la catedral, doblaba apurando las esquinas, irrumpía en todas partes y obligaba a apartarse a todo el mundo, y rodaba por las despejadas carreteras campestres, emitiendo un animado desafío con el clarín, como último y alegre regalo de partida.

Hacía una noche deliciosa. Fresca y brillante. E incluso con el peso de la inmensidad e incertidumbre de Londres en su imaginación, Tom no pudo resistir la cautivadora sensación de velocidad en el aire placentero. Los cuatro caballos grises trotaban como si les gustase tanto como a Tom; el clarín estaba tan animado como los caballos; el cochero les acompañaba a veces con sus voces, las ruedas zumbaban alegremente al unísono; las piezas de bronce de los arreos eran una orquesta de campanillas; y así, mientras avanzaban tintineando, resonando y traqueteando, todo el conjunto, desde las hebillas de las riendas de los caballos de delante hasta el tirador del portaequipajes, era un enorme instrumento musical.

¡Arre! Pasaron setos, puertas y árboles; cabañas y graneros, y gente que volvía a casa después de trabajar en el campo. ¡Arre! Adelantaron carretas tiradas por burros que se apartaban a la cuneta y carros vacíos con caballos encabritados a los que habían fustigado para cruzar un riachuelo y ahora refrenaban esforzados carreteros cerca de la puerta de la cerca hasta que la diligencia pasaba la curva de la carretera. ¡Arre! Al lado de iglesias solitarias en rincones tranquilos, rodeadas de rústicos cementerios, donde las tumbas son verdes y las margaritas duermen —pues es de noche— en el regazo de los difuntos. ¡Arre! Pasaron arroyos en los que el ganado se refresca los pies y donde crecen los juncos, cercas de corrales, granjas y almiarés; pasaron las pilas del año anterior, cortadas, tajada a tajada, y semejantes bajo la luz que declina a tejados en ruinas, viejos y pardos. ¡Arre! Atravesaron el vado pedregoso entre alegres salpicaduras, y volvieron a subir a medio galope hasta el camino. ¡Arre! ¡Arre!

¿Estaba el baúl esperándole cuando llegaron al poste indicador? ¿El baúl! ¿Estaba la señora Lupin? ¿Había salido majestuosa, como

corresponde a una hospedera en su propio coche, y estaba esperándole en una silla de caoba, a las riendas de su caballo Dragón (que debería haberse llamado Buñuelo) y más guapa que nunca? ¿Se detuvo a su lado la diligencia, rozándole la rueda, e hizo sonar el guardia su clarín, mientras ayudaba a su criado a subir el baúl, para que sus alegres ecos se colaran por las chimeneas del lejano Pecksniff, como si la diligencia expresara su exultación por estar rescatando a Tom Pinch?

—¡Es usted muy amable! —dijo Tom, inclinándose para estrecharle la mano—. No quería darle tanto trabajo.

—¡Trabajo, señor Pinch! —gritó la dueña del Dragón.

—¡Bueno! Ya sé que para usted es un placer —dijo Tom apretándole cordialmente la mano—. ¿Hay alguna novedad? —La hospedera negó con la cabeza—. Dígale a ella que me ha visto —dijo Tom—, y que estaba muy alegre y animado, y nada alicaído, y que le suplico que haga igual, pues seguro que al final todo saldrá bien. ¡Adiós!

—¿Escribirá cuando esté usted instalado, señor Pinch? —preguntó la señora Lupin.

—¡Cuando esté instalado! —gritó Tom, abriendo mucho los ojos sin querer—. ¡Oh, sí, escribiré cuando esté instalado! Tal vez sea mejor que escriba antes, porque a lo mejor tardo un poco en estar instalado, porque no tengo mucho dinero y sólo tengo un amigo. Y, a propósito, le daré recuerdos suyos. Siempre fue usted muy amable con el señor Westlock. ¡Adiós!

—¡Adiós! —dijo la señora Lupin, sacando rápidamente una cesta de la que asomaba una larga botella—. ¡Llévese esto. Adiós!

—¿Quiere que lo entregue en alguna parte? —gritó Tom. Ella estaba ya dando la vuelta.

—No, no —dijo la señora Lupin—. Es sólo un pequeño refrigerio para el camino. Sujétate bien, Jack. ¡Adelante, señor! ¡Muy bien! ¡Adiós!

Se había alejado medio kilómetro cuando Tom consiguió dominarse y le dijo adiós agitando con fuerza la mano, y lo mismo hizo ella.

«¡Es la última vez que veo este poste indicador —pensó Tom, forzando la vista—, donde he pasado tantos ratos viendo pasar las diligencias, y donde me he despedido de tantos compañeros! Recuerdo que comparaba la diligencia con un enorme monstruo que aparecía de vez en cuando para llevarse a mis amigos al mundo. Y ¡ahora me lleva a mí a buscar fortuna, Dios sabe dónde y cómo!»

Tom se puso triste al imaginarse por el camino, de vuelta a casa de Pecksniff, como de costumbre; y la tristeza le hizo bajar la mirada a la cesta que llevaba en las rodillas y que había olvidado por un instante.

«Es la persona más amable y considerada del mundo —pensó Tom—. Ahora sé que le pidió a su empleado que no me mirase a la cara para que no pudiera darle un chelín de propina. Lo tuve preparado todo el tiempo, y no me miró ni una sola vez, cuando lo más natural (pues lo conozco muy bien) habría sido que me mirase y sonriera. Palabra que la amabilidad de la gente me conmueve mucho».

En ese momento miró al cochero, que le guiñó un ojo.

—Una mujer muy guapa, para la edad que tiene —dijo el cochero.

—No puedo estar más de acuerdo —replicó Tom—. Desde luego que sí.

—Bueno, es más guapa que muchas jóvenes —observó el cochero—. ¿No cree?

—Que muchas jóvenes —coincidió Tom.

—A mí no me gustan demasiado jóvenes —comentó el cochero. Era una cuestión de gusto, sobre la que Tom no se creyó llamado a opinar—. Las jóvenes rara vez saben lo que es un refrigerio —dijo el cochero—; para poder preparar una cesta como esa, una mujer tiene que haber llegado a la madurez.

—¿Quiere saber lo que hay dentro? —preguntó Tom, con una sonrisa.

Como el cochero se limitó a reírse, y como Tom también tenía curiosidad, la abrió y fue colocándolo todo, una cosa al lado de otra, en el reposapiés. Un pollo asado frío, un paquete de lonchas de jamón, un pan crujiente, un trozo de queso, unas galletas, media docena de manzanas, un cuchillo, un poco de mantequilla, una pizca de sal y una botella de jerez. Además había una carta, que Tom se guardó en el bolsillo.

El cochero expresó con tanta seriedad su conformidad con las generosas costumbres de la señora Lupin, y felicitó a Tom de forma tan calurosa por su buena suerte, que este creyó necesario, por el bien de ella, explicarle que la cesta era estrictamente platónica y que se la había regalado sólo por amistad. Una vez dicho esto con mucha solemnidad, pues creyó su deber desengañar a aquel vagabundo de cualquier impresión errónea, observó que le encantaría compartir con él las viandas, y le propuso dar cuenta de ellas con un espíritu de buena camaradería en el momento que, con su experiencia como cochero y su conocimiento de los caminos, considerara oportuno. Desde ese instante, hablaron de manera tan cordial que, aunque Tom sabía infinitamente más de unicornios que de caballos, el cochero informó a su amigo el



guardia, al llegar a la siguiente parada, de que «el pescante era un sitio excelente, y que no lo cambiaba por nada con tal de tener una buena conversación».

¡Arre! Entre las sombras cada vez más oscuras, sin hacer caso de los profundos reflejos de los árboles, y a toda velocidad tanto a través de la luz como de la oscuridad, como si el resplandor de Londres a setenta kilómetros de distancia, bastara más que de sobra para guiarse. ¡Arre! Al lado de prado comunal, donde se demoran aún los jugadores de *cricket*, y las marcas hechas en la hierba fresca por los bates y los palos, la pelota y el pie del jugador exhalan su perfume en la noche. En marcha con cuatro caballos de refresco de la taberna del Venado del Hocico Blanco, donde los borrachines se congregan admirados y el tiro anterior, con los arreos colgando, se aleja hacia la charca, hasta que los ven y les gritan una docena de gargantas, mientras unos rapaces los persiguen. Ahora, con estrépito de cascos y arrancando orgullosas chispas, cruzan el viejo puente de piedra, y vuelven a bajar al umbrío camino, pasan la puerta de la cerca y continúan lejos, lejos, hacia el mundo. ¡Arre!

¡Arre, el de atrás, deje el clarín un momento! ¡Arrástrese por el techo de la diligencia, guardia, y venga a compartir la cesta! No aminoraremos la marcha, qué va, aceleraremos para mayor gloria del refrigerio. ¡Ah! Hace mucho que esta botella de vino añejo entró en contacto con el suave aliento de la noche, y no es mala cosa para humedecer la boquilla del clarín. Pruébelo. ¡No tema empinar el codo, Bill, eche otro trago! Ahora pruebe a tocar el clarín, Bill. ¡Eso sí que es música! ¡Muy bien afinado! Por las montañas y más allá, claro que sí. ¡Arre! La yegua asustadiza está muy nerviosa esta noche. ¡Arre! ¡Arre!

¡Ved la luna brillante! Ha salido sin que nos diéramos cuenta y ahora la tierra refleja los objetos en su seno como si fuese agua. Setos, árboles, cabañas, campanarios, tocones de árbol y jóvenes plantones florecientes se han vuelto vanidosos de pronto y quieren contemplar su bella imagen hasta la mañana. Los álamos de allá lejos se agitan para ver sus hojas temblorosas en el suelo. No así el roble: eso de temblar no es lo suyo y se mira a sí mismo con su robusta y vieja rigidez, sin mover ni una rama. La puerta cubierta de musgo, vencida sobre las chirriantes bisagras, oxidada y tullida, se balancea delante de su espejo, como una viuda fabulosa de alta cuna, mientras nuestro fantasmal semejante sigue su camino, ¡arre! ¡arre!, por zanjas y helechos, por la tierra arada y sin arar, a lo largo de la empinada ladera de la montaña y de la pared aún más empinada, como un cazador fantasma.

¡Nubes también! ¡Y una neblina en la hondonada! No una espesa niebla que la oculte, sino una neblina ligera y etérea como una gasa, que ante nuestros ojos modestos y admirados dota de un nuevo encanto a las bellezas sobre las que se extiende: igual que ha hecho antes y volverá a hacer la verdadera gasa, si se nos permite, como si fuésemos el papa. ¡Arre! ¡Caramba, ahora viajamos como la propia luna! Ocultándonos un instante en un bosquecillo, luego en un círculo de vapor y apareciendo

ahora en mitad del camino, escondiéndonos ahora, pero siempre avanzando, nuestro viaje es un contrapunto del suyo. ¡Arre! Una carrera contra la luna. ¡Arre! ¡Arre!

La belleza de la noche apenas se nota cuando asoma el día. ¡Arre! Dos paradas y los caminos campestres se convierten casi en una calle. ¡Arre! ¡Pasan huertos, casas, villas, plazas y plazuelas, carretas, coches, carros, trasnochadores, borrachos y obreros madrugadores y sobrios estibadores! ¡Pasan ladrillos y cemento en todas sus formas, y pavimentos traqueteantes, donde no es fácil seguir sentado en el alegre pescante de una diligencia! Arre, por incontables revueltas e incontables y laberínticos callejones hasta que llegan al viejo patio de una taberna, y Tom Pinch se apea aturdido y mareado, ¡está en Londres!

—Y además ¡cinco minutos antes de la hora prevista! —dijo el cochero, al cobrarle la tarifa a Tom.

—Palabra —dijo Tom— que no me habría importado demasiado haber llegado cinco horas tarde; pues a estas horas de la mañana no sé qué hacer ni adónde ir.

—¿No le están esperando? —preguntó el cochero.

—¿Quiénes? —dijo Tom.

—Pues ellos —replicó el cochero.

Estaba tan claramente convencido de que Tom había ido a la ciudad a ver a un amplio círculo de angustiados parientes y amigos que habría sido muy difícil sacarlo de su error. Tom no lo intentó. Esquivó alegremente la cuestión, y al entrar en la taberna se quedó profundamente dormido delante del fuego de una de las salas que daban al patio. Cuando despertó, los huéspedes estaban levantados, así que se lavó y vistió, con gran alivio después del viaje; y, como eran ya las ocho en punto, fue directo a ver a su viejo amigo John.

John Westlock vivía en Furnival's Inn, en High Holborn, que estaba a un cuarto de hora de camino de donde se encontraba Tom, pero le pareció muy lejos, porque se desvió tres o cuatro kilómetros de la carretera para tomar un atajo. Cuando por fin llegó a la puerta de John, en el segundo piso, se plantó vacilante con el aldabón en la mano y tembló de pies a cabeza, pues la idea de tener que contar lo sucedido con Pecksniff le ponía muy nervioso; y se temía que John pudiera regocijarse de forma temible con semejante revelación.

«Pero hay que hacerlo —pensó Tom— antes o después; y más vale quitármelo de encima cuanto antes».

Toc, toc.

«Me temo que no es un modo de llamar muy londinense —pensó Tom—. No ha sonado suficientemente agresivo. Tal vez por eso nadie abre la puerta».

Es cierto que nadie abrió, y que Tom se quedó mirando el aldabón, preguntándose en qué parte del vecindario residiría cierto caballero, que estaba gritando «¡Adelante!» con todas sus fuerzas.

«¡Bendita sea mi alma! —pensó Tom por fin—. Tal vez viva aquí, y me esté llamando. No se me había ocurrido pensarlo. Vete a saber si se podrá abrir la puerta desde fuera. Sí, claro que sí».

Pues claro, girando el pomo: y por supuesto que, cuando lo giró, volvió a oírse la misma voz que gritaba:

—¿Por qué no entra? ¡Adelante! ¿Es que no me oye? ¿Qué hace ahí plantado? —gritó con mucha violencia.

Tom avanzó por el pasillo hasta la sala de donde procedían esos sonidos, y apenas había entrevisto a un caballero con un batín y unas pantuflas (con las botas preparadas a un lado), sentado para desayunar con un periódico en la mano, cuando el citado caballero, con un inminente peligro de volcar la mesita del té, se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—¡Caramba, Tom, amigo mío! —gritó el caballero—. ¡Tom!

—¡Cuánto me alegro de verle, señor Westlock! —dijo Tom Pinch, estrechándole ambas manos y temblando más que nunca—. ¡Qué amable es usted!

—¡Señor Westlock! —repitió John—. ¿A qué viene eso, Pinch? ¿No habrás olvidado mi nombre de pila, no?

—No, John, no. No lo he olvidado —dijo Thomas Pinch—. ¡Dios mío, qué amable es usted!

—¡En mi vida he visto a nadie igual! —gritó John—. ¿Por qué repites eso una y otra vez? ¿Cómo quieres que sea? Vamos, siéntate Tom, y sé razonable. ¿Qué tal estás, amigo? ¡Me alegro de verte!

—Y yo de verte a ti —dijo Tom.

—El sentimiento es mutuo, por supuesto —repuso John—. Siempre lo ha sido, espero. Si hubiese sabido que venías, Tom, habría tenido algo para desayunar. Aunque yo prefiero una sorpresa como esta que el mejor desayuno del mundo; pero en tu caso es distinto, y no me cabe duda de que tienes un hambre de lobo. Tendrás que apañarte con esto y ya nos desquitaremos a la hora de comer. Te gusta con azúcar, lo sé; me acuerdo del azúcar en casa de Pecksniff. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo está

Pecksniff? ¿Cuándo has llegado? Empieza por una cosa o por otra, Tom. Aquí sólo quedan restos, pero no están tan mal. Cabeza de jabalí en conserva. ¡Pruébala, Tom! Empieza por algo. ¡Menudo elemento estás hecho! Cuánto me alegro de verte.

Mientras pronunciaba estas palabras en un estado de gran conmoción, John se dedicó a ir y a venir a un armario y a sacar todo tipo de conservas, a servir enormes cantidades de té de la lata, a tirar panecillos dentro de las botas, a verter agua caliente sobre la mantequilla y a cometer todo tipo de errores parecidos sin desconcertarse lo más mínimo.

—¡Aquí! —dijo John, tomando asiento por quincuagésima vez, y levantándose al instante para añadir algo más al desayuno—. Ya tenemos suficiente hasta la comida. Y ahora oigamos las noticias, Tom. En primer lugar, ¿cómo está Pecksniff?

—No lo sé —fue la solemne respuesta de Tom. John Westlock dejó la tetera y lo miró perplejo—. No lo sé —repitió—, y, aunque no le deseo ningún mal, me trae sin cuidado. Lo he dejado, John. Lo he dejado para siempre.

—¿Voluntariamente?

—Pues no, porque me ha despedido. Pero antes descubrí que me había equivocado con él; y no podría haberme quedado en ninguna circunstancia. Siento decir que acertaste al valorar su carácter. Te parecerá una debilidad ridícula, John, pero ha sido muy amargo y doloroso para mí descubrirlo, te lo aseguro. —Tom no habría tenido necesidad de dirigir esa mirada implorante a su amigo para pedirle de manera dulce y amable que no le respondiera con una carcajada: a John Westlock antes se le habría ocurrido tumbarlo de un golpe que echarse a reír—. Fue todo un sueño que tuve —añadió—, y se ha terminado. En otra ocasión te contaré lo que pasó. Perdona mi estupidez, John. Ahora mismo no me apetece hablar ni pensar en eso.

—Te juro, Tom —replicó su amigo muy serio, después de guardar silencio un momento—, que cuando veo, como lo estoy viendo, lo mucho que te ha afectado, no sé si alegrarme o lamentar que por fin lo hayas descubierto. Me reprocho a mí mismo haber bromeado alguna vez con este asunto; no tendría que haberlo hecho.

—Mi querido amigo —dijo Tom, extendiendo la mano—, es muy generoso y amable por tu parte recibirnos a mí y a mi descubrimiento de este modo; me avergüenzo al pensar que me sentía incómodo al venir. No sabes qué peso me he quitado de encima —dijo Tom, volviendo a coger el cuchillo y el tenedor como si estuviera muy alegre—. Daré buena cuenta de la cabeza de jabalí.

El anfitrión, recordando entonces sus obligaciones, se dedicó al instante a apilar todo tipo de viandas contradictorias e irreconciliables en el

plato de Tom, que se zampó un estupendo desayuno y después se sintió mucho mejor.

—Muy bien —dijo John, después de contemplar el proceder de su visitante con infinito placer—. Y ahora pensemos en nuestros planes. Te quedarás en mi casa, por supuesto. ¿Dónde está tu baúl?

—En la taberna —dijo Tom—. No pretendía...

—Da igual lo que no pretendieses —le interrumpió John Westlock—. Me interesa mucho más lo que pretendías. Al venir, pretendías pedir mi consejo, ¿no es así, Tom?

—Desde luego.

—Y ¿aceptarlo cuando te lo diera?

—Sí —replicó Tom con una sonrisa—, si es un buen consejo, y, viniendo de ti, no me cabe duda de que lo será.

—Muy bien, pues no seas tozudo desde el principio, Tom, o daré el negocio por concluido y no te proporcionaré tan valiosa mercancía. Has venido a visitarme. Ojalá tuviese un órgano para que lo tocaras, Tom.

—Lo mismo deben de pensar los vecinos de arriba y de abajo —fue la respuesta de Tom.

—Veamos. En primer lugar, querrás ver a tu hermana esta mañana —prosiguió su amigo—, y, por supuesto, querrás ir solo. Te acompañaré dando un paseo parte del camino, resolveré un par de asuntos que tengo pendientes y volveré a verte aquí por la tarde. Guárdate esto en el bolsillo, Tom. No es más que la llave de la puerta. Si llegas antes que yo, la necesitarás.

—La verdad —dijo Tom—, instalarse así en casa de un amigo...

—Mira, tengo dos llaves —le interrumpió John Westlock—. No puedo abrir la puerta con las dos a la vez, ¿no? ¡Qué ridículo eres, Tom! ¿Quieres alguna cosa en particular para comer?

—¡Dios mío, no! —dijo Tom.

—Muy bien, pues déjalo de mi cuenta. ¿Te apetece una copita de licor de cerezas, Tom?

—¡Ni una gota! ¡Qué alojamiento tan notable! —dijo Pinch—. ¡Tienes de todo!

—¡Bendito seas, Tom, no son más que unas cuantas cosillas de soltero! Los apaños improvisados que podrían habersele ocurrido a Philip

Quarll<sup>[120]</sup> o a Robinson Crusoe, nada más. ¿Qué me dices? ¿Damos un paseo?

—Por supuesto —gritó Tom—. Cuando quieras.

Así que John Westlock sacó los panecillos de las botas y se las puso, luego le dio un periódico a Tom para que se entretuviese mientras iba vestirse. Cuando volvió equipado para andar, encontró a Tom muy ensimismado, con el periódico en la mano.

—¿Soñando, Tom?

—No —dijo el señor Pinch—. No, he estado hojeando la página de anuncios, pensando que encontraría alguna cosa que encajara conmigo. Pero, como he pensado a menudo, lo raro es que nadie parece encajar con nadie. Hay toda suerte de personas buscando criados, y toda suerte de criados buscando amo, y unos y otros nunca parecen ponerse de acuerdo. Hay un caballero que ostenta un cargo público, que tiene dificultades y necesita que le presten quinientas libras; y en el mismo anuncio hay otro caballero que tiene precisamente esa suma para prestar. Pero ya verás cómo no se la presta, John. Hay una señora de ingresos moderados que busca alojamiento y comida en casa de una familia alegre y discreta, y aquí una familia que se define justo con esas palabras: «Familia alegre y discreta» que busca a una señora como ella para que vaya a vivir a su casa. Pero no irá, John. Como ninguno de estos caballeros solteros que buscan una habitación aireada y el derecho a utilizar el salón de vez en cuando llegará a entenderse con esas otras personas que viven «en el campo, en un ambiente saludable, a cinco minutos andando de la Bolsa». Ni siquiera esas letras del alfabeto, que escapan siempre de sus amigos y a quienes les suplican que vuelvan, regresan jamás, si hemos de juzgar por el número de veces que les piden sin éxito que lo hagan —dijo Tom, soltando el periódico con un pensativo suspiro—: es como si la gente encontrara el mismo consuelo al imprimir sus quejas que al contárselas a alguien, como si les consolara y reconfortase proclamar: «¡Quiero tal y tal cosa y ni la consigo ni creo que vaya a conseguirla nunca!».

John Westlock se rió de esta idea, y los dos salieron juntos. Habían pasado tantos años desde la última vez que Tom había estado en Londres, y había tenido ocasión de conocerlo tan poco entonces que su interés por todo lo que veía era enorme. Estaba deseando que le indicaran, entre otros lugares notorios, los sitios donde se cometían más asesinatos de gente llegada del campo; y le decepcionó mucho que después de media hora andando nadie le hubiera robado la cartera. Pero, cuando John Westlock se inventó a un carterista para complacerlo, e identificó a un desconocido muy respetable como miembro de esa hermandad, se alegró muchísimo.

Su amigo lo acompañó hasta muy cerca de Camberwell, y, después de asegurarse de que era imposible que no viese la mansión de los opulentos fundidores de bronce y cobre, le dejó que hiciera su visita. Al

llegar delante de la enorme campanilla, Tom tiró de ella con suavidad. El portero apareció.

—¿Tendría la bondad de decirme si la señorita Pinch vive aquí? —dijo Tom.

—La señorita Pinch es institutriz en esta casa —replicó el portero.

Al mismo tiempo miró a Tom de pies a cabeza, como diciendo: «Es usted un buen hombre, ¿de dónde ha salido?».

—Esa es —dijo Tom—. Exacto. ¿Está en casa?

—No estoy muy seguro —replicó el portero.

—¿Podría tener la amabilidad de comprobarlo? —dijo Tom. Hizo esta sugerencia con mucha delicadeza, pues la posibilidad de dar tal paso no parecía haber cruzado ni por un momento la imaginación del portero.

Lo cierto era que, al ir a abrir la puerta, el portero había tocado a la campanilla de la casa (porque en estos casos, ya puestos, más vale hacer las cosas a lo grande), y ahí habían terminado sus obligaciones. Como lo habían contratado para abrir y cerrar la puerta, y no para dar explicaciones a los desconocidos, dejó que se encargara de resolver ese pequeño incidente el lacayo de los entorchados, que en ese momento gritó desde los escalones de la entrada:

—¡Eh, aquí! ¿Qué hace? ¡Por aquí, joven!

—¡Ah! —dijo Tom apresurándose a ir a su encuentro—. No me había fijado en que hubiese nadie más. Por favor, ¿está la señorita Pinch en casa?

—Está en la casa —replicó el lacayo. Como si le dijera a Tom: «Pero, si cree que es la propietaria de este sitio, más vale que descarte la idea».

—Me gustaría verla, si es posible —dijo Tom.

El lacayo era un joven muy vivaracho y en ese momento captó su atención el vuelo de una paloma que le interesó tanto que siguió al pájaro con la mirada hasta que lo perdió de vista. Luego invitó a entrar a Tom y lo hizo pasar a un saloncito.

—¿Algún nombre? —dijo el joven, deteniéndose lánguidamente al llegar a la puerta.

Era una buena idea, porque sin dar al desconocido, en caso de que fuese de genio vivo, una excusa suficiente para golpearle, revelaba lo que opinaba el joven de él y lo aliviaba de la pesada carga de calificarlo en secreto de individuo anónimo y oscuro.

—Dígale que ha venido su hermano, por favor —dijo Tom.

—¿Su madre? —repitió el lacayo, arrastrando las palabras.

—Su hermano —repitió Tom alzando un poco la voz—. Y, si al principio tiene la bondad de decirle que la espera un caballero y luego añade que es su hermano, se lo agradeceré, pues no me espera ni sabe que estoy en Londres, y no quisiera asustarla.

El interés del joven por las observaciones de Tom había concluido mucho antes, pero esperó amablemente, cerró la puerta y se fue.

—¡Dios mío! —exclamó Tom—. Qué comportamiento tan grosero e irrespetuoso. Espero que sean criados nuevos y que a Ruth la traten de manera muy distinta.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por unas voces en la sala de al lado. Parecían estar discutiendo o riñendo indignadas a algún infractor, y de vez en cuando ganaban fuerza y estallaban en un auténtico remolino. Fue en uno de esos estallidos, o eso le pareció a Tom, cuando lo anunció el lacayo, pues se produjo una calma brusca y artificial, y luego un silencio sepulcral. Estaba delante de la ventana, sin saber qué disputa doméstica podría haber causado tanto escándalo, y con la esperanza de que Ruth no tuviese nada que ver con ella, cuando se abrió la puerta y su hermana corrió a sus brazos.

—¡Vaya, bendita sea mi alma! —dijo Tom, mirándola muy orgulloso, después de abrazarla con ternura—. ¡Qué cambiada estás, Ruth! ¡De verdad que, si te hubiese visto en cualquier otro sitio, no te habría reconocido! ¡Estás muy cambiada! —repitió, con indecible alegría—, te veo tan femenina; tan... de verdad, ¡tan guapa!

—Si tú lo dices, Tom...

—¡Ah, pero todo el mundo pensará lo mismo! —dijo Tom, acariciándole con cuidado el pelo—. Es un hecho, no una opinión. Pero ¿qué ocurre? —dijo, mirándola con más intensidad—. ¡Qué ruborizada estás! Y has estado llorando.

—No, no, Tom.

—Bobadas —dijo categórico su hermano—. Eso son cuentos. ¡No me vengas con historias! Sé lo que me digo. ¿Qué ocurre, cariño? Ya no estoy con el señor Pecksniff; voy a intentar instalarme en Londres; y, si no eres feliz aquí (y mucho me temo que así es, pues empiezo a pensar que me has estado engañando con la mejor y más cariñosa de las intenciones), no tienes por qué quedarte.

¡Ay! A Tom se le estaba calentando la sangre. Tal vez tuviese algo que ver la cabeza de jabalí, pero desde luego también era culpa del lacayo. Y



también ver a su guapa hermana. Tom tenía mucho aguante, pero estaba orgulloso de ella, y el orgullo es algo muy sensible. Empezó a pensar: «Tal vez haya más de un Pecksniff», y con todas esas agujas y alfileres corriéndole por las venas, sintió una inquietud muy poco común en él.

—Ya lo hablaremos, Tom —dijo Ruth, dándole otro beso para calmarlo—. Me temo que no puedo quedarme.

—¡Que no puedes! —replicó Tom—. ¡Caramba, pues no te quedarás! ¡Sólo faltaría! ¡No estás aquí por caridad! ¡Palabra que no!

Las exclamaciones de Tom se vieron interrumpidas por el lacayo, que se presentó con el recado de su señor de que deseaba hablar con él antes de que partiera, y también con la señorita Pinch.

—Lléveme con él —dijo Tom—. Lo veré ahora mismo.

Así que entraron en la sala contigua de donde procedía el ruido de la disputa, y encontraron a un caballero de mediana edad, de voz y ademanes pomposos, y a una mujer de mediana edad, con lo que podría denominarse un rostro prescindible, o en el que se había utilizado en exceso el almidón y el vinagre. También estaba presente la alumna mayor de la señorita Pinch, a quien la señora Todgers en otra ocasión había denominado un sirope, y que ahora estaba llorando y sollozando con rencor.

—Mi hermano, señor —dijo Ruth Pinch, presentando con timidez a Tom.

—¡Ah! —gritó el caballero, mirando con atención a Tom—. ¿De verdad es usted el hermano de la señorita Pinch? Perdome que lo pregunte. No veo ningún parecido.

—Sé que la señorita Pinch tiene un hermano —observó la señora.

—La señorita Pinch se pasa el tiempo hablando de su hermano, cuando debería estar dedicada a mi educación —sollozó la alumna.

—¡Sofía! ¡Calla! —observó el caballero—. Siéntese, haga el favor —le dijo a Tom. Tom se sentó, mirando a la cara a todos con muda sorpresa—. Quédese, por favor, señorita Pinch —prosiguió el caballero, mirándola levemente por encima del hombro. Tom lo interrumpió al levantarse para ir a buscar una silla para su hermana. Hecho lo cual, volvió a sentarse—. Me alegro de que haya dado la casualidad de que haya venido hoy a ver a su hermana —prosiguió el fundidor de bronce y cobre—. Pues, aunque, en principio, no tolero que ninguna joven empleada en mi familia como institutriz reciba visitas, en este caso ha sido muy oportuno. Lamento informarle de que no estamos nada contentos con su hermana.

—Estamos muy descontentos —observó la señora.

—¡No volveré a decirle la lección a la señorita Pinch, ni aunque me den una paliza de muerte! —sollozó la alumna.

—¡Sofía! —gritó su padre—. ¡Calla!

—¿Me permite preguntarle los motivos de su descontento? —quiso saber Tom.

—Sí —dijo el caballero—, se lo permito. No creo que esté en su derecho, pero se lo permito. Su hermana no tiene el menor poder innato para imponer respeto. Ha sido una fuente constante de diferencias entre nosotros. Aunque lleva tiempo con esta familia, y aunque la señorita aquí presente casi ha crecido bajo su tutela, no siente por ella ningún respeto. La señorita Pinch ha sido totalmente incapaz de imponerle respeto o de ganarse la confianza de mi hija. En fin —dijo el caballero, poniendo muy solemne la palma de la mano sobre la mesa—, ¡opino que eso está radicalmente mal! Usted, al ser su hermano, se sentirá inclinado a negarlo...

—Le ruego que me disculpe, señor —dijo Tom—. Ni mucho menos me siento inclinado a negarlo. ¡Estoy convencido de que está radicalmente mal y de que es monstruoso!

—¡Cielos! —exclamó el caballero recorriendo muy digno la sala con la mirada—. ¡Qué problemas encuentro! ¡Qué resultados se interponen en mi camino a raíz de esta debilidad de carácter de la señorita Pinch! ¿Cuáles son mis sentimientos como padre cuando, después de expresar mis deseos (repetidos muchas veces a la señorita Pinch, como creo que no se atreverá a negar) de que mi hija sea escogida en su forma de hablar, fina en su porte, como corresponde a su posición social, y educadamente distante con sus inferiores, la encuentro, esta misma mañana, llamando pobretona a la propia señorita Pinch?

—Pordiosera —le corrigió la señora.

—Lo cual es aún peor —dijo el caballero en tono triunfal—, lo cual es peor. ¡Pordiosera! ¡Una palabra baja, grosera y despreciable!

—Muy despreciable —gritó Tom—. Me alegra ver que está usted de acuerdo.

—Tanto, señor —dijo el caballero, bajando el tono de voz para que sonara aún más impresionante—, tanto que, de no haber sido porque me consta que la señorita Pinch es una joven desprotegida, una huérfana sin amigos, habría cortado la relación entre nosotros en ese mismo instante, tal como acabo de asegurarle a la señorita Pinch por mi persona y veracidad hace sólo unos minutos.

—¡Por mi alma, señor! —gritó Tom, levantándose del asiento, pues fue incapaz de contenerse por más tiempo—. No se deje influir por esas consideraciones, se lo ruego. No son ciertas, señor. No está desprotegida. Puede partir en este mismo instante. Ruth, cariño, ¡ve a buscar tu gorro!

—¡Menuda familia! —gritó la señora—. ¡Es su hermano! ¡De eso no hay duda!

—Hay tan pocas dudas, señora —dijo Tom—, como de que esa señorita de ahí es el fruto de sus enseñanzas y no de las de mi hermana. ¡Ruth, cariño, ve a buscar tu gorro!

—Cuando afirma, joven —terció altanero el fundidor de bronce y cobre—, con esa impertinencia connatural a usted, y a la que me niego a responder ahora, que esa señorita, mi hija mayor, ha sido educada por alguien distinto a la señorita Pinch, usted... no hace falta seguir. Me entiende usted muy bien. No me cabe duda. Está usted acostumbrado.

—Señor —gritó Tom, después de mirarlo en silencio un rato—, si no ha entendido lo que quiero decir, se lo diré. Y, si lo ha entendido, le pido que no vuelva utilizar ese tono como respuesta. Lo que quiero decir es que nadie puede esperar que sus hijos respeten a alguien si él lo humilla.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el caballero—. ¡La eterna cantinela! ¡La misma cantinela de siempre!

—¡La historia de siempre, señor —dijo Tom—, la historia de la gente normal! Su institutriz no puede ganarse la confianza y el respeto de sus hijos, ¡vaya por Dios! Empiece por dejar que se gane el suyo, y verá lo que pasa.

—La señorita Pinch ha ido a buscar su gorro, ¿verdad, cariño? —dijo el caballero.

—Espero que sí —dijo Tom, adelantándose a la respuesta—. No me cabe duda. Entretanto, le diré una cosa, señor. Ha hablado usted, señor, me mandó llamar para eso, y tengo derecho a responderle. No soy ruidoso ni turbulento —dijo, lo cual era muy cierto—, aunque no puedo decir lo mismo de usted, por el modo en que me ha hablado. Y quiero, en nombre de mi hermana, decir la pura verdad.

—Puede decir lo que quiera, joven —replicó el caballero, fingiendo contener un bostezo—. ¡Cariño! El dinero de la señorita Pinch.

—Cuando afirma —prosiguió Tom, que estaba indignado por mucho que guardara las formas— que mi hermana no tiene poder innato para imponer respeto a sus hijos, debo decirle que no es cierto y que lo tiene. Es una institutriz tan bien criada, tan bien educada y cualificada por naturaleza para imponer respeto como cualquiera a la que pueda usted

contratar. Pero, si la pone usted en desventaja con cualquier criado de la casa, ¿cómo es posible que no se dé cuenta, si es que tiene el don del sentido común, de que estará en una posición diez veces peor respecto a sus hijas?

—¡Muy bonito! ¡Palabra! —exclamó el caballero—. ¡Muy bonito!

—Está muy mal, señor —dijo Tom—. Es malo, mezquino, erróneo y cruel. ¡Respeto! A los jóvenes se les da muy bien observar e imitar; y ¿cómo y por qué iban a respetar a alguien a quien no respeta nadie y a quien todo el mundo desprecia? ¡No es raro que se rebelen contra sus estudios cuando ven a qué situación ha reducido a su institutriz el desempeño esmerado de su tarea! ¡Respeto! ¡Muestre a sus hijas cualquier cosa merecedora de respeto bajo la misma luz en que la ha puesto a mi hermana, y la rebajará tanto como a ella, sea lo que sea!

—Habla usted con mucha impertinencia, joven —observó el caballero.

—Hablo sin pasión, pero con mucha indignación y desprecio por semejante tratamiento y por quienes lo practican —dijo Tom—. ¿Cómo puede usted, que se considera un caballero honrado, expresar disgusto o sorpresa por que su hija le diga a mi hermana que es una pobretona y una pordiosera, cuando usted le dice lo mismo de cincuenta maneras igual de elocuentes, aunque sea sin palabras, y cuando su portero y su lacayo anuncian lo mismo a todos los recién llegados? En cuanto a sus sospechas y su desconfianza, hasta de su palabra, si ella no está por encima de toda duda, no tiene usted derecho a contratarla.

—¡Que no tengo derecho! —gritó el fundidor de bronce y cobre.

—Por supuesto que no —respondió Tom—. Si cree usted tenerlo merced al pago de una suma anual, exagera inmensamente su poder y su valor. En un caso así, su dinero es la parte menos importante del trato. Puede usted ser puntual como un reloj en el pago y aun así estar en deuda. No tengo más que decir —concluyó Tom, muy acalorado y agitado, ahora que había concluido—, sólo le pido permiso para esperar en el jardín hasta que esté lista mi hermana.

Sin esperar a que se lo concediera, Tom salió.

Antes de que hubiese tenido tiempo de calmarse, llegó su hermana. Estaba llorando y Tom no quiso que los de la casa la vieran así.

—Creerán que lamentas marcharte —dijo Tom—. ¿Lo lamentas?

—No, Tom, no. Hace mucho que me muero de ganas de irme.

—¡Muy bien! ¡Pues no llores! —dijo Tom.

—Lo siento tanto por ti —sollozó la hermana de Tom.

—Pero ¡si deberías alegrarte! —dijo Tom—. Seré mucho más feliz si me haces compañía. Levanta la cabeza. ¡Eso es! Ahora saldremos como es debido. Sin jactancia, ya me entiendes, pero firmes y con confianza en nosotros mismos.

La idea de que Tom y su hermana pudiesen ser jactanciosos en alguna circunstancia era completamente absurda. Pero en su agitación Tom no pensaba lo mismo, y salió por la puerta con una determinación tan severa pintada en el semblante que el portero apenas lo reconoció.

Hasta que no anduvieron un rato, y Tom pudo dominarse y calmarse un poco, no volvió a su antiguo ser, cuando su hermana le preguntó con voz dulce y suave:

—¿Adónde vamos, Tom?

—¡Dios mío! —dijo Tom, deteniéndose—. No lo sé.

—¿No... no estás viviendo en alguna parte? —preguntó la hermana de Tom, mirándolo melancólica a la cara.

—No —respondió Tom—. Ahora mismo no. No exactamente. He llegado esta mañana. Tenemos que buscar alojamiento. —No le dijo que iba a instalarse con su amigo John y que de ningún modo podía imponerle dos huéspedes, uno de los cuales era una señorita; pues sabía que se sentiría incómoda y pensaría que era una carga para él. Tampoco quería dejarla en ninguna parte mientras iba a ver a John a contarle su cambio de planes, pues le daba reparo dar la impresión de que abusaba de la naturaleza generosa y hospitalaria de su amigo. Así que volvió a decir—: Tenemos que buscar alojamiento, claro —y lo dijo con tanta seriedad como si fuese un perfecto directorio y una guía de todas las residencias londinenses—. ¿Dónde podemos buscarlo? —añadió—. ¿Qué opinas tú?

La hermana de Tom no sabía más del asunto que él. Así que apretó su monedero en el bolsillo del abrigo, entrelazó esa mano con la que le había pasado a su hermano por el brazo y no dijo nada.

—Tendrá que ser en un barrio barato —prosiguió Tom—, y no muy lejos de Londres. Déjame pensar. ¿Te parece buen sitio Islington?

—Yo diría que es excelente, Tom.

—Antes lo llamaban el alegre Islington —dijo Tom—. A lo mejor sigue siéndolo; y si es así tanto mejor, ¿no?

—Siempre que no sea demasiado caro —dijo la hermana de Tom.

—Claro, siempre que no sea demasiado caro —coincidió Tom—. Bueno, ¿dónde está Islington? Creo que lo mejor será ir ahora mismo. ¡En marcha!

La hermana de Tom habría ido con él a cualquier parte, así que anduvieron del brazo lo más cómodamente posible. Tras averiguar que Islington no estaba cerca de donde se hallaban, Tom hizo averiguaciones para dar con un medio de transporte público que los llevara allí, y enseguida lo encontró. De camino tuvieron muchas cosas de las que hablar: Tom le contó lo que le había sucedido, y la hermana de Tom le contó lo que le había ocurrido a ella, y los dos descubrieron que tenían más cosas que contar que tiempo para contarlas, pues apenas habían empezado a hablar, en comparación con lo que tenían que decirse, cuando llegaron a su destino.

—Y ahora —dijo Tom— lo primero que tenemos que hacer es encontrar una calle lo menos pretenciosa posible y buscar carteles en las ventanas.

Así que echaron a andar otra vez, tan contentos como si acabasen de salir de una cómoda casita de su propiedad y estuviesen buscando alojamiento para otra persona. La sencillez de Tom era inagotable, Dios es testigo, pero, ahora que tenía alguien que dependía de él, se sintió más estimulado a depender más de sí mismo y se tuvo por un individuo bastante peligroso.

Después de deambular varias horas y de visitar decenas de alojamientos, empezaron a encontrarlo fatigoso, sobre todo porque no vieron ninguno que se ajustara a sus necesidades. Por fin, no obstante, en una pequeña y anticuada casita, en un callejón sin salida, descubrieron dos minúsculas habitaciones y un salón triangular, que prometían convenir a su propósito. Su deseo de instalarse cuanto antes fue una circunstancia sospechosa, pero la superaron con el pago de la primera semana del alquiler y una referencia al caballero John Westlock, de Furnival's Inn, en High Holborn.

¡Ah, qué gusto ver a Tom y a su hermana, una vez resuelta esta importante cuestión, yendo a la panadería, y al carnicero, y a la verdulería, con una especie de espantoso placer por las desacostumbradas tareas domésticas, consultándose en secreto al hacer los pedidos y dejándose convencer a la menor sugerencia del tendero! Cuando volvieron al salón triangular, y la hermana de Tom se dedicó a ir de aquí para allá, ocupada en un millar de agradables naderías, y deteniéndose de vez en cuando para darle un beso al bueno de su hermano o para sonreírle, Tom se frotó las manos como si todo Islington fuese suyo.

No obstante, era ya tarde y ya iba siendo hora de que acudiera a su cita. Así que, después de acordar con su hermana que, ya que no habían comido, cometerían la extravagancia de cenar unas chuletas a las nueve, salió para ir a contarle estos maravillosos acontecimientos a John.

«De pronto soy un hombre de familia —pensó Tom—. ¡Si encuentro algo que hacer, qué cómodos estaremos Ruth y yo! ¡Ojalá! Porque de nada

sirve desesperar. Sólo podré hacerlo después de haberlo intentado todo y fracasado; y ni siquiera entonces me servirá de mucho. Palabra —se dijo, acelerando el paso— que no sé qué pensará John que habrá sido de mí. Empezará a temerse que me he perdido en uno de esos callejones donde asesinan a la gente del campo y que me han convertido en empanada de carne o alguna otra atrocidad».

## **Capítulo XXXVII. Tom Pinch se extravía y descubre que no es el único en semejante aprieto. Se venga de un enemigo caído**

El genio maléfico de Tom no lo guió hasta la guarida de ninguno de esos fabricantes de repostería caníbal que muchas leyendas rurales representan obteniendo pingües beneficios con sus negocios de venta al por menor en la metrópolis; tampoco lo convirtió en presa de timadores, trileros, vendedores de objetos robados, fulleros o cualquiera de esos estafadores sin escrúpulos que tal vez conozca un poco mejor la policía. No entabló conversación con ningún caballero que lo llevase a una taberna donde casualmente hubiese otro caballero que jurase tener más dinero que ningún otro caballero, y que muy pronto demostrara tener más dinero que un caballero al quitarle el suyo, ni cayó en ninguna de las otras trampas tendidas, sin que nadie se dé cuenta, en los terrenos públicos de esta ciudad. Pero se perdió. Se perdió casi enseguida, y al intentar encontrar el camino aún se perdió más.

En su candorosa desconfianza de Londres, Tom creyó muy sabio por su parte tomar la determinación de no preguntar a nadie por dónde se iba a Furnival's Inn si podía evitarlo, a no ser, claro, que se encontrase cerca de la Casa de la Moneda, o del Banco de Inglaterra; en cuyo caso entraría y haría una o dos preguntas educadas, confiado en la respetabilidad del establecimiento. Así que siguió adelante, comprobando el nombre de todas las calles por las que pasaba; y así, a fuerza de no hacer caso de Goswell Street, de apartarse de Aldermanbury, de desconcertarse en Barbican y de no seguir el punto indicado de la brújula en London Wall y desembocar transversalmente en Thames Street, por un instinto que habría sido maravilloso si hubiese tenido el menor deseo o razón de ir allí, se encontró, por fin, muy cerca del Monumento.

El hombre del Monumento era un ser tan misterioso para Tom como el hombre de la luna. Enseguida se le ocurrió que la solitaria criatura que vivía apartada en aquella columna, como un antiguo ermitaño, era la mejor persona a quien preguntarle el camino. Tal vez fuese frío, quizá sintiera pocas simpatías por las pasiones humanas: la columna parecía demasiado alta para eso, pero si la verdad no habitaba en la base del Monumento, a pesar de los versos de Pope sobre su exterior<sup>[121]</sup>. ¡Dónde (pensó Tom) podría encontrarla en Londres!

Cuando llegó cerca de la columna, Tom se animó mucho al descubrir que el hombre del Monumento tenía gustos sencillos; que, por pétreo y artificial que fuese su residencia, seguía conservando algunos recuerdos rústicos; que le gustaban las plantas, tenía jaulas de pájaro, no había renunciado a la hierba cana, y cultivaba unos arbolillos en barriles. El hombre del Monumento estaba sentado a la puerta: la puerta del Monumento, ¡qué gran idea!, y estaba bostezando, como si ningún



Monumento pudiera cerrarle la boca e interesarle por su propia existencia.

Tom estaba avanzando hacia esta peculiar criatura, para preguntar el camino a Furnival's Inn, cuando llegaron dos personas a visitar el Monumento. Era un caballero y una señora, y el caballero preguntó:

—¿Cuánto cuesta por cabeza?

—Seis peniques —respondió el hombre del Monumento.

No era mucho en comparación con el Monumento en sí mismo.

El caballero le dio un chelín, y el hombre del Monumento abrió una oscura portezuela. Cuando el caballero y la señora desaparecieron, él la cerró y volvió a su silla.

Se sentó y se rió.

—¡No saben cuántos escalones hay! —dijo—. Pagaría el doble por no subir. ¡Vaya que sí!

¡El hombre del Monumento era un cínico, un hombre de mundo! Tom no pudo preguntarle el camino a él. No podía confiar en nada que le dijera.

—¡Dios mío! —gritó una voz bien conocida detrás del señor Pinch—. ¡Caramba, pues sí!

Al mismo tiempo le pincharon en la espalda con una sombrilla. Al volverse para averiguar quién le saludaba de ese modo, vio a la hija mayor de su antiguo patrón.

—¡Señorita Pecksniff! —dijo Tom.

—¡Caramba, señor Pinch! —gritó Cherry—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Me he perdido —dijo Tom—. Yo...

—Espero que haya huido usted —dijo Charity—. Sería muy valiente y acertado por su parte, ahora que mi padre ha olvidado así sus principios.

—Lo he dejado —replicó Tom—. Pero quedó perfectamente claro para ambas partes. No fue una huida clandestina.

—¿Se ha casado? —preguntó Cherry con un movimiento espasmódico de la barbilla.

—No, aún no —respondió Tom, ruborizándose—. Para serle sincero, no creo que se case, si... si el objeto de su pasión es la señorita Graham.

—¡Bah, señor Pinch! —gritó Charity, con brusca impaciencia—. Es usted muy fácil de engañar. No sabe las mañas de las que es capaz esa criatura. ¡Ay, este es un mundo perverso!

—¿No se ha casado usted? —preguntó Tom, para cambiar de conversación.

—¡No! —dijo Cherry rodeando un adoquín del patio del Monumento con la contera de la sombrilla—. Yo... pero es casi imposible de explicar. ¿No quiere entrar?

—¿Ahora vive aquí? —dijo Tom.

—Sí —replicó la señorita Pecksniff, señalando a la pensión Todgers—: vivo con esta señora... por ahora.

Su forma de subrayar las dos últimas palabras le dio a entender a Tom que esperaba que dijese algo sobre el particular.

—¡Sólo por ahora! ¿Es que piensa volver a casa pronto?

—No, señor Pinch —replicó Charity—. No, gracias. ¡No! Una suegra más joven, quiero decir casi de mi misma edad, no encaja con mi forma de ser. ¡Ni mucho menos! —dijo Cherry con un estremecimiento rencoroso.

—Pensé que al decir por ahora... —observó Tom.

—¡Palabra que no pensé que fuese a apremiarme usted tanto, señor Pinch! —dijo Charity, ruborizándose—. De lo contrario no habría sido tan tonta de insinuar... ¡de verdad! ¿No quiere usted pasar?

Tom se disculpó diciendo que tenía una cita en Furnival's Inn y que al salir de Islington se había desviado varias veces y había llegado al Monumento. La señorita Pecksniff esbozó una sonrisa cuando él le preguntó si sabía el camino a Furnival's Inn y por fin encontró el valor para responder:

—Un caballero amigo mío, o si no amigo al menos un conocido... ¡palabra, señor Pinch, que no sé qué decir!, no quiero que piense que hay ningún compromiso entre nosotros, o, si lo hay, que es una cosa segura, tiene que ir ahora mismo a Furnival's Inn, según tengo entendido a resolver un asuntillo, y estoy segura de que le encantaría acompañarlo para que no vuelva usted a perderse. Será mejor que entre. Es muy probable que encuentre a mi hermana Merry —dijo, con un extraño movimiento de cabeza y una sonrisa nada agradable.

—En ese caso, creo que intentaré encontrar el camino yo solo —dijo Tom—, pues me temo que no la alegrará mucho verme. El desdichado suceso, sobre el que usted y yo tuvimos unas palabras amistosas en

privado, no es probable que le haya inspirado sentimientos muy amistosos. Aunque en realidad no fue culpa mía.

—Le aseguro que no sabe nada —dijo Cherry, frunciendo la comisura de los labios y señalando con la cabeza a Tom—, y no tengo muy claro que si lo supiera eso fuese a predisponerla en su contra.

—¿No? —gritó Tom, sinceramente preocupado por esta insinuación.

—No digo nada —dijo Charity—. Si no hubiese descubierto ya lo espantoso que son en sí mismos el engaño y la traición, señor Pinch, tal vez podría haberlo aprendido por lo mucho que consiguen... por lo mucho que consiguen. —Volvió a sonreír igual que antes—. Pero no digo nada. Al contrario, lo desprecio. ¡Será mejor que entre!

Ahí había algún misterio, que picó el interés de Tom y perturbó su tierno corazón. Cuando, en un momento de indecisión, miró a Charity, no pudo sino reparar en que su rostro se debatía entre el triunfo y la vergüenza; también notó que al mirarla a los ojos, a pesar de en lo poco que lo tenía, apartaba la vista, por muy malhumorada y desafiante que pareciese su actitud.

A Tom se le pasó por la cabeza una idea desasosegante, una vaga sospecha de que el cambio de relación entre Pecksniff y él iba a suponer un cambio en su conocimiento de otras personas, y le permitiría ver cosas que nunca había imaginado. Aun así no se atrevió a interpretar la actitud de Charity. Desde luego no tenía ni idea de que, como había sido testigo y espectador de su humillación, Charity se estaba aferrando con enorme placer a la oportunidad de imponerle a su hermana la presencia del joven en su aún más profunda desdicha; pues él no sabía nada, e imaginaba que Merry seguía siendo la misma criatura alocada, despreocupada y frívola que había sido siempre, y que continuaría sintiendo por él un desdén que nunca se había molestado en disimular. En suma, sólo tenía la vaga impresión de que la señorita Pecksniff no era amable ni fraternal y, llevado por la curiosidad de saber si podría enmendar eso, la acompañó como ella deseaba.

Cuando abrieron la puerta, ella entró antes que Tom, le pidió que la siguiera y lo llevó hasta la puerta del salón.

—¡Ah, Merry! —dijo asomándose—. Me alegro de que no te hayas ido. ¿A quién dirías que me he encontrado por la calle, y he traído a verte? ¡Al señor Pinch! Ahí lo tienes. ¡Seguro que te has llevado una sorpresa! —Su sorpresa no fue mayor que la de Tom al verla a ella. Ni mucho menos. Ni siquiera la mitad—. El señor Pinch ha dejado a papá —dijo Cherry— y sus perspectivas son excelentes. Le he prometido que Augustus, que va en la misma dirección, le acompañara adonde quiere ir. Augustus, niño, ¿dónde te has metido?

Con esas palabras la señorita Pecksniff salió apresuradamente del salón, llamando a Augustus Moddle y dejó a Tom Pinch a solas con Merry.

Si hubiese sido siempre su amiga más amable, si lo hubiese tratado durante su servidumbre con una consideración inaudita y nunca se hubiese burlado de él ni lo hubiese ofendido, el honrado corazón de Tom no podría haber sentido una compasión más profunda, ni se habría sentido más libre de recuerdos viles que en ese momento.

—¡Dios mío! Desde luego es la última persona a quien habría imaginado ver.

Tom creyó oírla hablar como antaño. No se lo esperaba. Sin embargo, no pensó que fuese una contradicción encontrarla tan cambiada y lamentar oírla hablar como antes. Las dos cosas le parecieron muy naturales.

—Dudo que se alegre de verme. No sé cómo se le habrá ocurrido. A mí nunca me alegró verlo a usted. La verdad, señor Pinch, es que creo que nunca nos hemos tenido mucho afecto.

Tenía el gorro a su lado en el sofá, y estaba muy ocupada con las cintas. Demasiado para fijarse en lo que hacían sus dedos.

—Nunca discutimos —dijo Tom. Y en eso tenía razón, igual que nadie puede pelear sin un adversario, ni jugar sólo al ajedrez o batirse en duelo—. Espero que le alegre darle la mano a un viejo amigo. No removamos las cosas pasadas —dijo Tom—. Si alguna vez la ofendí, discúlpeme.

Ella lo miró un momento, soltó el gorro de las manos, las extendió delante de su rostro y prorrumpió en lágrimas.

—¡Ay, señor Pinch! —dijo—. Aunque nunca lo traté a usted bien, sí creía que su naturaleza era compasiva. No pensé que pudiera ser cruel. — Ahora había hablado de forma tan distinta como habría podido desear Tom. Pero parecía estar haciéndole algún reproche que él no acertaba a comprender—. Rara vez lo demostré, nunca, lo sé. Pero, si me hubiesen preguntado el nombre de la persona de quien juzgaba menos probable en el mundo que quisiera vengarse de mí, habría dicho el suyo con total confianza.

—¡El mío! —repitió Tom.

—Sí —dijo ella con energía—, y lo he pensado a menudo.

Después de reflexionar un instante. Tom se sentó en una silla a su lado.

—¿Cree usted —dijo Tom—, o es capaz de pensar, que lo que acabo de decir, lo he dicho de otro modo que con la intención sincera y sencilla que profesaban mis palabras? Lo que he dicho lo he dicho de verdad, en el espíritu y en la letra. Si alguna vez la ofendí, perdóneme; es posible que lo hiciese muchas veces. Usted jamás me hirió ni ofendió. ¿Cómo, entonces, podría vengarme, ni aunque fuese lo bastante malo e insensible para querer hacerlo?

Al cabo de un rato ella le dio las gracias, entre lágrimas y sollozos, y le dijo que nunca se había sentido al mismo tiempo tan triste y tan aliviada como cuando se fue de casa. Aun así lloró amargamente, y a Tom le dolió aún más verla llorando en esa situación en que tan necesitada estaba de compasión y ternura.

—¡Vamos, vamos! —dijo Tom—. Si era usted tan alegre como largo era el día...

—¡Ah! ¡Era! —exclamó Merry en un tono que a Tom le partió el alma.

—Y volverá a serlo —dijo Tom.

—No, nunca. No, nunca, nunca más. Si alguna vez habla usted con el anciano señor Chuzzlewit —añadió mirándolo rápidamente a la cara—, a veces me pareció que le era usted simpático, pero lo disimulaba, ¿promete contarle que me ha visto, y que le he dicho que recordaba la ocasión en que charlamos en el cementerio?

Tom se lo prometió.

—Desde entonces muchas veces, cuando he deseado que me hubiesen enterrado allí antes de ese día, he recordado sus palabras. Ojalá supiera lo ciertas que fueron, aunque nunca haya salido, ni vaya a salir jamás, el menor reconocimiento de esto de mis labios.

Tom también se lo prometió incondicionalmente, aunque no le dijo lo improbable que era que el anciano y él volvieran a verse, porque pensó que eso no haría sino alterarla aún más.

—Si alguna vez llega a saberlo por sus labios, querido señor Pinch —dijo Mercy—, dígame que le envió el recado, no por mí, sino para que sea más tolerante, y más paciente y confiado con los demás, en otro momento de necesidad. Dígame que si pudiera saber cómo tembló mi corazón en el fiel de la balanza ese día, y que habría bastado muy poco para inclinarla, su propio corazón sangraría de lástima por mí.

—Sí, sí —dijo Tom—. Se lo diré.

—Cuando parecía menos merecedora de su ayuda, fue... lo sé porque lo he pensado muchas veces, cuando más inclinada habría estado a ceder ante lo que me dijo. ¡Oh, si hubiese sido un poco más comprensivo, si se

hubiese quedado conmigo sólo un cuarto de hora más, si hubiese tenido compasión por una chica vanidosa, inconsciente y desdichada, creo que podría haberla salvado! Dígale que no le culpo, sino que le agradezco el esfuerzo que hizo; pero ¡pídale que, por el amor de Dios, y de la juventud, y en piadosa consideración a los esfuerzos que una naturaleza mal aconsejada e imprudente hace por ocultar la fuerza que cree que es debilidad, pídale que no lo olvide jamás cuando vuelva a enfrentarse a una muchacha así!

Aunque Tom no tuviese la clave para entender todo lo que decía, pudo adivinarlo bastante bien. Conmovido en lo vivo, le cogió la mano y dijo, o quiso decir, unas palabras de consuelo. Ella lo intuyó y lo entendió, tanto si las dijo como si no. De lo único que él estuvo seguro después fue de que ella intentó arrodillarse a sus pies y bendecirle.

Cuando Mercy se marchó, Tom descubrió que no estaba solo. La señora Todgers estaba allí moviendo la cabeza. Tom no la había visto nunca, no hace falta decirlo, pero comprendió que tenía que ser la señora de la casa; y vio cierta compasión genuina en su mirada que lo llevó a formarse una buena opinión de ella.

—¡Ay, señor! Veo que es usted un antiguo amigo —dijo la señora Todgers.

—Sí —dijo Tom.

—Y, no obstante —continuó la señora Todgers, cerrando despacio la puerta—, estoy segura de que no le ha contado lo que la aflige.

A Tom le impresionaron estas palabras, pues eran ciertas.

—Es verdad —dijo—. No me lo ha dicho.

—No lo haría —dijo la señora Todgers— ni aunque lo viese a usted a diario. Nunca la he oído quejarse ni decir ni una sola palabra de explicación o de reproche. Pero yo lo sé —dijo la señora Todgers tomando aliento—, ¡lo sé!

Tom asintió con aire triste.

—Y yo también.

—Estoy totalmente convencida —dijo la señora Todgers, sacando del ridículo un pañuelito— de que nadie sabe ni la mitad de lo que esa pobre criatura tiene que pasar. Pero, aunque viene aquí constantemente para aliviar su pobre corazón sin que él lo sepa y me dice: «Señora Todgers, hoy estoy muy desanimada, creo que no viviré mucho», y se sienta a llorar en mi cuarto hasta que se le pasa el disgusto, no sé nada porque ella me lo haya contado. Y creo —dijo la señora Todgers, volviendo a guardarse el pañuelo— que me tiene por una buena amiga.

La señora Todgers podría haber dicho que la tenía por su mejor amiga. Los caballeros comerciales y la salsa de carne habían puesto a prueba su temperamento; los beneficios —tan exiguos en su caso que se le podía disculpar que los tuviera siempre presentes por temor a perderlos de vista— habían centrado su atención. Pero en algún rincón peculiar de su interior, después de subir muchas escaleras y en un hueco que era fácil pasar por alto, había una puerta secreta con la palabra «Mujer» escrita en el pestillo y, en cuanto la mano de Mercy la tocó, se abrió de par en par para dejarla pasar y cobijarla.

¡Cuando se haga el balance de las cuentas de las casas de pensión y los demás libros mayores, y el ángel escriba sus libros para siempre, tal vez haya una entrada a su favor, flaca señora Todgers, que sirva para embellecerla!

Tom comprendió que era pobre, y que su bondad había brotado entre las sórdidas penurias de su vida, y para él embelleció tan deprisa que en menos de un minuto podría haberse convertido en una Venus, si en ese momento no hubiese llegado la señorita Pecksniff con su amigo.

—El señor Pinch —dijo Charity, haciendo las presentaciones con evidente orgullo—, el señor Moddle. ¿Dónde está mi hermana?

—Se ha ido, señorita Pecksniff —respondió la señora Todgers—. Tenía que volver a casa.

—¡Ah! —suspiró Charity, mirando a Tom—. ¡Ay, Dios mío!

—¡Está muy cambiada desde que pertenece a otr... desde que se casó, señora Todgers! —observó Moddle.

—¡Mi querido Augustus! —dijo la señorita Pecksniff en voz baja—. De verdad que creo que lo has dicho ya cincuenta mil veces en mi presencia. ¡Qué prosaico eres!

A eso siguieron varios triviales pasajes amorosos que parecieron originarse, por no decir desarrollarse por completo, en la señorita Pecksniff. En cualquier caso, el señor Moddle fue mucho más lento en sus respuestas de lo que acostumbran los jóvenes enamorados, e hizo gala de un espíritu servil que era bastante agobiante.

No mejoró lo más mínimo cuando salió a la calle en compañía de Tom, sino que suspiró de un modo tan triste que era espantoso oírlo. Para alegrarle, Tom le dijo que le deseaba felicidad.

—¡Felicidad! —gritó Moddle—. ¡Ja, ja, ja!

«Qué joven tan extraordinario», pensó Tom.

—La Burlona aún no ha impreso su sello en usted. ¿Le preocupa lo que pueda ser de usted? —dijo Moddle.

Tom admitió que era una cuestión por la que sin duda tenía cierto interés.

—A mí no —dijo el señor Moddle—. Los Elementos pueden disponer de mí cuando quieran. Estoy preparado.

Tom dedujo de estas y otras expresiones de similar naturaleza que estaba celoso. Así que lo dejó continuar con su discurso; que era tan sombrío que cuando se despidieron a la puerta de Furnival's Inn se sintió muy aliviado.

Pasaban ya dos horas de la hora convenida para comer y John Westlock estaba yendo y viniendo por la sala, muy preocupado por la integridad de Tom. La mesa estaba puesta, habían decantado el vino con cuidado y la comida olía de forma deliciosa.

—Caramba, Tom, amigo, ¿dónde diablos te habías metido? Tu baúl está aquí. ¡Quítate las botas cuanto antes y siéntate!

—Lamento decir que no puedo quedarme, John —replicó Tom Pinch, sin aliento por la precipitación con que había subido las escaleras.

—¡Que no puedes quedarte!

—Si continúas comiendo —dijo Tom—, te explicaré los motivos. Yo no comeré, o no tendré apetito para las chuletas.

—No tenemos chuletas, amigo mío.

—No. Pero en Islington sí —dijo Tom.

John Westlock se quedó perplejo por esta respuesta, y afirmó que no probaría bocado hasta que Tom hubiese terminado de explicarse. Así que Tom se sentó, y se lo contó todo; y él le escuchó con enorme interés.

Conocía demasiado bien a Tom, y respetaba demasiado su delicadeza, para preguntarle por qué había tomado esas medidas sin consultarle. Estuvo de acuerdo en que debía volver cuanto antes con su hermana, pues apenas sabía nada del sitio donde la había dejado; y de buen grado se ofreció a acompañarle en un coche en el que pudieran trasladar el baúl. Rechazó de plano la propuesta de Tom de que cenara con ellos esa noche, pero quedó con él al día siguiente por la mañana.

—Y ahora, Tom —dijo, ya de camino—, tengo que hacerte una pregunta, y espero una respuesta viril y sincera. ¿Necesitas dinero? Estoy casi seguro de que la respuesta es sí.



—No —dijo Tom.

—Creo que me engañas.

—No. Te lo agradezco mucho, pero soy sincero —replicó Tom—. Mi hermana tiene un poco de dinero, y yo también. Incluso si no lo tuviese, John, tengo un billete de cinco libras que esa buena persona, la señora Lupin, del Dragón, me dio en la diligencia, en un sobre, y me rogó que aceptara antes de marcharse a toda prisa.

—¡Benditos sean los hoyuelos de su hermoso rostro! —gritó John—. Aunque no entiendo por qué le das preferencia a ella y no a mí. Da igual. Esperaré mi momento, Tom.

—Y yo espero que lo esperes mucho tiempo —replicó alegremente Tom—. Pues te debo ya más, de cien maneras distintas, de lo que podría pagarte nunca.

Se despidieron en la puerta de la nueva residencia de Tom. John Westlock se quedó en el coche, y, al vislumbrar a la radiante y atareada criatura que salió a besar a Tom y a ayudarlo con el baúl, no habría puesto ninguna objeción a cambiarse por él.

¡Caramba! Era muy alegre y tenía una calma extraña y deslumbrante que era muy agradable. Sin duda era la mejor salsa para chuletas inventada jamás. Las patatas parecían alegrarse de exhalar su agradecido vapor delante de ella; la espuma de la pinta de cerveza fuerte hacía mohines para atraer su atención. Pero todo era en vano. Ella sólo tenía ojos para Tom. Tom era lo primero y lo último de este mundo.

Cuando se sentó enfrente de él en la cena, sonriéndole y llevando con los dedos sobre la mesa el compás de una de las melodías favoritas de su hermano, Tom se sintió más feliz que nunca.

## Capítulo XXXVIII. Servicio secreto

Al volver a pie de la City en compañía de su sentimental amigo, Tom Pinch había visto el rostro y había rozado la manga deshilachada del señor Nadgett, el misterioso individuo de la Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y Préstamos Desinteresados. Como es natural el señor Nadgett se borró del recuerdo de Tom en cuanto lo perdió de vista, pues no lo conocía y nunca había oído su nombre.

Igual que hay un enorme número de personas en la gigantesca metrópoli inglesa que se levantan cada mañana sin saber dónde descansarán esa noche, también hay una multitud que se dedica a diario a lanzar flechas por encima de las casas, sin saber sobre quién caerán. El señor Nadgett podría haberse cruzado diez mil veces con Tom Pinch; incluso podría haber estado familiarizado con su rostro, su nombre, sus proyectos y su personalidad; pero no haber imaginado jamás que Tom tuviese el menor interés por su misterioso comportamiento. Lo mismo podría decirse de Tom, claro. Sin embargo, de todos los hombres vivos el mismo personaje ocupaba la imaginación de ambos en ese mismo momento, estaba claramente relacionado, aunque de forma distinta, con las aventuras que les depararía a ambos ese día y constituía, cuando se cruzaron por la calle, el asunto más absorbente de sus pensamientos.

Por qué Tom tenía a Jonas Chuzzlewit en su imaginación no hace falta explicarlo. Por qué el señor Nadgett tenía a Jonas Chuzzlewit en la suya es una cuestión muy distinta.

Pero de un modo u otro este amable y valioso huérfano se había convertido en una parte del misterio de la existencia del señor Nadgett. El señor Nadgett se interesaba por sus más ínfimos movimientos; y nunca flaqueaba ni dudaba. Lo observaba entrar y salir de las oficinas de la compañía, donde se había instalado formalmente como director; le seguía los pasos por la calle; lo escuchaba cuando hablaba; se sentaba en reservados de los cafés y apuntaba su nombre en su cuaderno una y otra vez; se escribía cartas a sí mismo sobre él y, cuando las encontraba en su bolsillo, las echaba al fuego, con tanta desconfianza y precaución que se inclinaba para observar la retorcida pavesa cuando se daba la vuelta y salía volando, como si su imaginación pensara que el misterio que guardaba podía salir volando por la chimenea.

Y, no obstante, todo era un secreto. Y el señor Nadgett se lo tenía muy callado. A Jonas le habría sorprendido tanto saber que estaba bajo la vigilancia del señor Nadgett como descubrir que estaba viviendo bajo la inspección e informes diarios de una orden de jesuitas. De hecho la mirada del señor Nadgett rara vez se posaba en otra parte que no fuera el suelo, el reloj o el fuego; aunque veía tanto que todos los botones de su abrigo podrían haber tenido ojos.

Los modales discretos de este hombre desarmaban toda sospecha y daban a entender, no que estuviera vigilando a nadie, sino que pensaba que alguien lo estaba vigilando a él. Se movía con tanto sigilo y se encerraba hasta tal punto en sí mismo que el único objeto de su vida parecía ser no llamar la atención, y conservar su propio misterio. Jonas a veces lo veía en la calle, delante de algún despacho esperando al hombre que no llegaba nunca, o escurriéndose con el rostro imperturbable y la cabeza baja, y el guante de castor por delante; pero antes habría pensado que la cruz de la catedral de San Pablo estaba tomando notas de lo que hacía, o tendiendo una red a su paso, que imaginado que Nadgett pudiera estar dedicado a semejante ocupación.

En aquel entonces el señor Nadgett sufrió un cambio misterioso en su misteriosa vida: pues, aunque hasta ese momento todas las mañanas se le había visto llegar de Cornhill tan exactamente igual al Nadgett del día anterior que la gente pensaba que no se acostaba ni se quitaba la ropa, ahora se le veía en Holborn, llegando de Kingsgate Street, y pronto se supo que todas las mañanas iba a afeitarse a una barbería en esa calle, y que el barbero se llamaba Sweedlepipe. Era como si hubiese quedado en esa barbería con el hombre que nunca acudía a la cita, pues a menudo pasaba mucho tiempo esperando, pedía tinta y papel, sacaba su cartera y se dedicaba una hora a apuntar cosas en ella. La señora Gamp y el señor Sweedlepipe habían tenido profundas conversaciones a propósito de este cliente tan misterioso; pero siempre coincidían en que había especulado más de la cuenta y prefería estar apartado.

También debía de haberse citado con el hombre que nunca cumplía su palabra en otro sitio, pues un día el camarero de El Coche Mortuorio, la taberna de los empresarios de pompas fúnebres, en la City, lo encontró trazando cifras con la boquilla de una pipa en el serrín de una escupidera limpia, y no quiso pedir nada porque dijo que estaba esperando a un caballero. Como el caballero no fue lo bastante respetable para acudir a la cita, al día siguiente volvió con la cartera tan repleta que el camarero pensó que era un hombre acaudalado. Después, repitió sus visitas a diario, y tuvo tanto que escribir que en dos sentadas vació dos grandes tinteros. Aunque nunca hablaba mucho, a fuerza de estar con los parroquianos habituales llegó a conocerlos y con el tiempo llegó a ser íntimo del señor Tacker, el ayudante del señor Mould, e incluso del señor Mould, que decía abiertamente de él que era perspicaz, perro viejo, zorro, taimado y escurridizo y lo hacía objeto de muchos otros encomios halagadores.

Al mismo tiempo, les dijo a los empleados de la Oficina de Seguros, a su manera misteriosa, que debía de pasarle algo (algo secreto, claro) a su hígado, y que temía que tendría que ponerse en manos del médico. Lo enviaron con Jobling; y, aunque Jobling no vio que a su hígado le pasara nada, el señor Nadgett insistió en que no estaba bien, y añadió que era su propio hígado y que nadie lo sabía mejor que él. Así que se convirtió en paciente del señor Jobling, detalló los síntomas a su manera lenta y

secreta y se dedicó a entrar y salir del despacho de este caballero una docena de veces al día.

Como desempeñaba todas estas ocupaciones al mismo tiempo; de manera incesante y secreta y sin interrumpir la vigilancia de todo lo que hacía y decía el señor Jonas, y de lo que dejaba de hacer y de decir, no es improbable que todas ellas fuesen parte esencial de algún plan secreto que hubiese urdido.

La mañana del día en que tantas cosas le sucedieron a Tom Pinch, Nadgett se presentó de pronto —siempre hacía aparición como si acabara de salir de una trampa— en casa del señor Montague en Pall Mall a las nueve en punto. Tiró de la campanilla de modo huidizo y subrepticio, como si fuese un acto de traición; y entró en cuanto la puerta se abrió lo suficiente para dejarlo pasar. Hecho lo cual, la cerró enseguida con sus propias manos.

El señor Bailey le preguntó su nombre sin la menor dilación y volvió con el ruego de que lo acompañara al despacho de su jefe. El presidente de la Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y Préstamos Desinteresados se estaba vistiendo, y lo recibió como a un hombre de negocios que iba siempre de aquí para allá y a quien se recibía a cualquier hora por el bien del negocio.

—¡Vaya, señor Nadgett!

El señor Nadgett dejó el sombrero en el suelo y tosió. Cuando el muchacho se marchó y cerró la puerta, se acercó sin ruido, observó el pomo y volvió a uno o dos pasos de la silla donde estaba sentado el señor Montague.

—¿Alguna novedad, señor Nadgett?

—Creo que por fin tenemos novedades, señor.

—Me alegro de oírlo. Empezaba a temer que hubiese perdido usted el rastro, señor Nadgett.

—No, señor. A veces se enfría. Ocurre en ocasiones. Es inevitable.

—Es usted la verdad personificada, señor Nadgett. ¿Viene a informarme de un gran éxito?

—Eso depende de cómo lo juzgue usted y de cómo lo plantee —fue su respuesta al ponerse las gafas.

—¿Qué opina usted? ¿Está usted contento?

El señor Nadgett se frotó despacio las manos, se rascó la barbilla, miró a su alrededor y dijo:

—Sí, sí, creo que es buen caso. Me siento inclinado a pensar que es un buen caso. ¿Quiere que se lo cuente ahora?

—Por supuesto.

El señor Nadgett eligió una silla determinada entre todas las que había y, después de colocarla en un lugar concreto, con tanto cuidado como si fuese a saltar por encima, colocó otra silla enfrente dejando sitio entre las dos para las piernas. Luego se sentó en la segunda silla y dejó la cartera en la primera. A continuación desató la cartera y dejó el cordel sobre la silla número uno. Después acercó un poco las dos sillas al señor Montague, abrió la cartera y vació su contenido. Por fin, escogió cierto memorando y se lo dio a su patrón, que mientras duraron estas ceremonias preliminares, hizo violentos esfuerzos por ocultar su impaciencia.

—Ojalá no fuese usted tan aficionado a tomar notas, mi excelente amigo —dijo Tigg Montague con una espantosa sonrisa—. Preferiría que consintiera en comunicarme de palabra lo que dicen.

—De palabra no me gusta —dijo muy serio del señor Nadgett—. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

El señor Montague se disponía a responder, cuando Nadgett le dio un papel y dijo con una tranquila exultación en su tono:

—Empezaremos por el principio; si tiene la bondad tome primero esta, señor.

El presidente posó la mirada en ella con frialdad, y con una sonrisa que no era un gran homenaje a las costumbres lentas y metódicas de su espía. Pero apenas había leído media docena de líneas cuando su expresión empezó a cambiar, y antes de que hubiese terminado de leer el papel puso de manifiesto una atención seria y solemne.

—La número dos —dijo el señor Nadgett, dándole otra al tiempo que recuperaba la primera—. Léala si quiere, señor. Cada vez se pone más interesante.

Tigg Montague se inclinó hacia delante en su silla, y dedicó a su emisario una mirada tan perpleja y sorprendida (no desprovista de alarma) que el señor Nadgett consideró necesario repetir la sugerencia que había hecho dos veces para llamar su atención sobre el asunto que estaban tratando. El señor Montague siguió sus indicaciones y prosiguió con la número dos, y después con la número tres, cuatro, cinco y demás.

Estos documentos eran de puño y letra del propio señor Nadgett, y al parecer eran una serie de memorandos, escritos en sobres viejos, o en cualquier papel que tuviese a mano. Eran garabatos muy poco

atractivos a primera vista, pero muy interesantes si es que el rostro del presidente puede considerarse un indicio del carácter de su contenido.

El progreso del placer secreto que el señor Nadgett obtenía del efecto que producían iba a la par que las emociones del lector. Al principio el señor Nadgett se sentó con las gafas en la punta de la nariz, mirando a su patrón y frotándose nervioso las manos. Al cabo de un rato cambió de postura en la silla para ponerse más cómodo, y observó el siguiente documento que había preparado como si le bastara ya con mirar de reojo el rostro de su patrón y ya no tuviese motivos de duda ni de preocupación. Por fin se puso en pie y se asomó a la ventana, donde se quedó, con aire triunfal, hasta que Tigg Montague terminó.

—¡Y esta es la última, señor Nadgett! —dijo este caballero tomando aliento.

—¡Esa, señor, es la última!

—¡Es usted un hombre extraordinario, señor Nadgett!

—Creo que es un caso interesante —respondió él, mientras recogía los papeles—. Me ha costado muchos esfuerzos, señor.

—Sus esfuerzos serán bien recompensados, señor Nadgett —Nadgett hizo una reverencia—. Aquí se ve más marcada de lo que esperaba la huella de las pezuñas de alguien, señor Nadgett. Es una suerte que tenga usted tan buena mano con los secretos.

—¡Oh! Nada que no sea secreto me interesa —replicó Nadgett, mientras volvía a atar la cartera con el cordel y se la guardaba—. Contárselo a usted casi me priva del placer que me han procurado mis investigaciones.

—¡Un valioso rasgo de personalidad! —replicó Tigg—. Un don muy valioso en un caballero con un empleo como el suyo, señor Nadgett. Mucho mejor que la discreción: aunque también posee esa cualidad en grado sumo. Me ha parecido oír que llamaban a la puerta. ¿Le importaría asomar la cabeza por la ventana, y decirme si hay alguien esperando?

El señor Nadgett levantó despacio la ventana, y atisbó desde un rincón, como haría un hombre temeroso de que, en cualquier momento, pudiera producirse una súbita descarga de mosquetería desde la calle. Asomó la cabeza con igual precaución y observó sin modificar su actitud ni su tono de voz.

—¡El señor Jonas Chuzzlewit!

—Eso pensaba —replicó Tigg.

—¿Quiere que me vaya?

—Creo que será mejor. ¡Aunque quédese! ¡No! Quédese, señor Nadgett, si tiene la bondad. —Era notable lo pálido y agitado que se había quedado en un instante. No había ninguna razón. Su vista se había posado en las navajas de afeitar, pero ¿qué tenía eso que ver? Anunciaron al señor Chuzzlewit—. ¡Hágale pasar directamente! ¡Nadgett! No nos deje a solas. ¡No se vaya usted, por Dios! —añadió en un susurro—. No sabemos lo que puede pasar.

Con estas palabras, cogió un par de cepillos y empezó a peinarse como si lo hubieran interrumpido aseándose. El señor Nadgett se apartó al lado de la estufa que estaba encendida para calentar unas pinzas de rizar el pelo; y aprovechando una oportunidad tan favorable para secar su pañuelo lo sacó sin más dilación. Se quedó allí todo el tiempo que duró la visita, sujetándolo delante de la estufa y mirando a veces, aunque no a menudo, por encima del hombro.

—¡Mi querido Chuzzlewit! —exclamó Montague al ver entrar a Jonas—. Sí que se levanta usted temprano. Se acuesta tarde, pero es madrugador. ¡Tiene usted energías sobrehumanas, señor Chuzzlewit!

—¡Dios! —dijo Jonas, en tono lánguido y malhumorado al tomar asiento—. Me alegraría mucho no madrugar tanto, si pudiera. Pero tengo el sueño ligero, y es mejor levantarse que seguir despierto en la cama, contando las campanadas de las iglesias.

—¡El sueño ligero! —exclamó su amigo—. Y ¿qué es eso de tener el sueño ligero? He oído a menudo esa expresión y por mi vida que no tengo ni idea de lo que significa.

—¡Vaya! —dijo Jonas—. ¿Quién está ahí? Ah, el bueno de como-se-llame con el acostumbrado aire de querer esconderse en la chimenea.

—¡Ja, ja! Seguro que es lo que quiere.

—¡Bueno! Aquí no nos hace ninguna falta. Puede marcharse, ¿no?

—¡Oh! ¡Deje que se quede, deje que se quede! —dijo Tigg—. Forma parte del mobiliario. Acaba de darme su informe, y espera nuevas órdenes. Se le ha encargado —dijo Tigg, alzando la voz— que no pierda de vista a ciertos amigos nuestros, y que de ningún modo piense que ha terminado con ellos. Conoce su negocio.

—Más le vale —replicó Jonas—. De todos los viejos con pinta de espantajo que he visto en mi vida, este es el peor. Creo que me tiene miedo.

—Estoy convencido —dijo Tigg— de que piensa que es usted veneno. ¡Nadgett, deme esa toalla!

Le hacía tanta falta una toalla como a Jonas un susto. Pero Nadgett se la llevó a toda prisa; y después de quedarse a su lado un instante, volvió a ocupar su sitio al lado del fuego.

—Ya lo ve, querido amigo —prosiguió Tigg—, es usted demasiado... ¿qué le pasa a sus labios? ¡Están lívidos!

—¡Acabo de tomar un poco de vinagre! —dijo Jonas—. He comido ostras para desayunar. ¿Dónde están lívidos? —añadió, murmurando un juramento y frotándoselos con el pañuelo—. No creo que estén tan lívidos.

—Ahora que lo miro, no lo están —replicó su amigo—. Ya vuelven a estar bien.

—¡Diga lo que fuese a decir —gritó enfadado Jonas—, y deje mi cara en paz! Mientras pueda enseñar los dientes cuando quiera (y eso se me da muy bien), el color de mis labios no tiene importancia.

—Muy cierto —dijo Tigg—. Sólo iba a decir que es usted demasiado rápido y activo para nuestro amigo. Él es demasiado apocado para un hombre como usted, pero sabe hacer su trabajo. Y ¡muy bien! Bueno, ¿qué es eso de tener el sueño ligero?

—¡Al diablo con el sueño ligero! —exclamó irritado Jonas.

—No, no —le interrumpió Tigg—. No. Respóndame.

—Quien tiene el sueño ligero no lo tiene pesado —dijo Jonas malhumorado—, no duerme mucho, no duerme bien y no duerme profundamente.

—Y sueña —dijo Tigg— y grita de manera espantosa, y sufre una agonía cuando se consume la vela de noche, y otras cosas por el estilo. ¡Ya entiendo!

Guardaron silencio un rato. Luego Jonas dijo:

—Ahora que hemos terminado con las niñerías, quiero hablar con usted antes de que nos veamos en las oficinas. No estoy contento con la situación.

—¡Que no está contento! —exclamó Tigg—. El dinero no deja de entrar.

—El dinero no deja de entrar —replicó Jonas—, pero no sale. Yo apenas lo veo. No tengo poder suficiente; está todo en sus manos. ¡Dios!, entre este y aquel reglamento, y su voto en calidad de no sé qué y su voto en calidad de no sé cuántos, y sus derechos oficiales, y sus derechos individuales, y los derechos de otras personas que en realidad no son más que usted, no quedan derechos para mí. Los derechos de los demás



son mis izquierdos. ¿De qué me sirve tener voz, si no tengo voto? Para eso lo mismo podría ser mudo, y sería mucho menos molesto. No pienso tolerarlo.

—¿No? —dijo Tigg en tono insinuante.

—¡No! —replicó Jonas—. Si intenta utilizar sus trucos conmigo me convertiré en un estorbo y haré que se alegre de comprar mi parte por una cifra muy alta.

—Empeño mi honor... —empezó Montague.

—¡Bah, al diablo con su honor! —lo interrumpió Jonas, que se iba volviendo más grosero e irascible con las respuestas del señor Montague, y de hecho tal vez fuese esa la intención de este caballero—. Quiero tener un poco más de control sobre el dinero. Puede usted quedarse con todo el honor, si quiere; no seré yo quien se lo impida. Pero no pienso tolerar esta situación. Si se le metiera en la honorable cabeza largarse al extranjero con todo el dinero, no creo que encontrara muchos impedimentos. Pues ¡bien! No lo toleraré. He cenado muy bien varias veces en esta casa, pero en estas condiciones me sale muy caro y no estoy dispuesto a permitirlo.

—Siento que opine usted así —dijo Tigg, con una especie de sonrisa muy notable—, pues iba a proponerle, por su propio interés, sólo por su propio interés, que invirtiera un poco más en nuestra empresa.

—¿Ah sí, por D.? —dijo Jonas con una risa seca.

—Sí. Y a sugerirle —prosiguió Montague— que sin duda debe de tener usted amigos, me consta que los tiene, que encajarían a la perfección en nuestros proyectos y a quienes nos encantaría tener como clientes.

—¡Qué amable por su parte! Le encantaría, ¿eh? —dijo Jonas, burlándose.

—Le doy mi palabra de honor más sagrada de que nada me gustaría más. ¡Igual que a sus amigos!

—Exacto —dijo Jonas—, igual que a mis amigos. Estaría usted encantado de tenerlos como clientes. No me cabe duda. Y todo por mi propio interés, ¿eh?

—En gran parte sería por su propio interés —respondió Montague, sopesando un cepillo en cada mano y mirándole con fijeza—. En gran parte sería por su propio interés, se lo aseguro.

—Y ¿puede decirme cómo? —dijo Jonas.

—¿Quiere que se lo diga ahora? —replicó.

—Creo que será lo mejor —dijo Jonas—. No es la primera vez que personas poco fiables hacen manejos turbios con los seguros, y prefiero saber el terreno que estoy pisando.

—¡Chuzzlewit! —replicó Montague, inclinándose hacia delante, con los brazos sobre las rodillas y mirándole a la cara—. Manejos turbios los hay, y los habido siempre, no sólo en nuestro negocio, sino en muchos otros, sin que nadie lo sospeche. Pero, como usted dice, mi querido amigo, el nuestro es un negocio extraño; y a veces llegamos a enterarnos de cosas muy raras.

Con un gesto le indicó a Jonas que acercara la silla y, mirando fugazmente a su alrededor, como para recordarle la presencia de Nadgett, le susurró al oído.

De rojo a blanco; de blanco otra vez a rojo; de rojo a amarillo; luego a un azul frío, espantoso, sin brillo y empapado de sudor. Todos estos cambios sufrió el rostro de Jonas Chuzzlewit en el tiempo que duró ese breve susurro y, cuando por fin puso la mano en la boca de quien hablaba, horrorizado de que una sola palabra de lo que decía pudiese llegar a oídos de la tercera persona presente, fue una mano tan exangüe y tan pesada como la mano de la Muerte.

Apartó la silla convertido en el vivo retrato del terror, la desdicha y la rabia. Tenía miedo de hablar, de mirar, de moverse o de seguir inmóvil. Abyecto, encogido y desdichado, su silueta revelaba una degradación mayor que si hubiese sido una llaga repugnante de la cabeza a los pies.

Su acompañante continuó aseándose como si tal cosa y terminó, mirando de vez en cuando con una sonrisa la transformación que había causado, pero sin decir palabra.

—Entonces no se opondrá a invertir un poco más en nuestra empresa — dijo ya vestido del todo—, ¿verdad, Chuzzlewit, amigo mío?

Los labios lívidos de Jonas balbucieron un «No» casi inaudible.

—¡Bien dicho! Eso es más propio de usted. ¿Sabe? Ayer estuve pensando que su suegro, confiado en el consejo de un hombre sagaz en asuntos de dinero, como sin duda es usted, estaría dispuesto a venirse con nosotros si se le explicaran bien las cosas. ¿Tiene dinero?

—Sí, lo tiene.

—¿Le dejo a usted al señor Pecksniff? ¿Se encargará usted de él?

—Lo intentaré. Haré cuanto esté en mi mano.

—Mil gracias —replicó Montague dándole una palmada en el hombro—. ¿Vamos abajo? ¡Señor Nadgett! Acompañenos, por favor.

Bajaron por ese orden. Al margen de lo que sintiera Jonas a propósito de Montague, al margen de su sensación de estar atrapado, encerrado y rodeado de barrotes, y de haber caído en el pozo de la ruina más profunda, al margen de los pensamientos que se agolpaban ya entonces en su imaginación sobre una terrible escapatoria, un resplandor rojizo en un cielo de negrura, no creyó que la figura huidiza que iba media docena de escalones detrás de él fuese el destino que le perseguía, más de lo que pudo pensar que la otra figura que iba a su lado era su ángel de la guarda.

## **Capítulo XXXIX. Con algunos datos adicionales sobre la economía doméstica de los Pinch y extrañas novedades de la City que atañen de cerca a Tom**

¡Amable y pequeña Ruth! ¡Alegre, pulcra, vivaracha, silenciosa y pequeña Ruth! Ninguna casa de muñecas causó mayor placer a su joven dueña que el que deparaba a la pequeña Ruth su glorioso dominio del salón triangular y los dos pequeños dormitorios.

Ser el ama de casa de Tom. ¡Qué dignidad! Ser ama de casa, en su acepción más común, se asocia con toda suerte de responsabilidades elevadas; pero ser el ama de casa de Tom, acarreaba una complicación extrema de solemnes obligaciones y graves cargas. ¡Ya podía sacar las llaves del armarito donde guardaban el té, y de las dos húmedas alacenas que había al lado de la chimenea, donde hasta los escarabajos criaban moho y perdían el brillo por culpa de los hongos envidiosos, y hacerlas sonar delante de los ojos de Tom cuando bajaba a desayunar! ¡Ya podía guardárselas, riendo musicalmente, en ese bolsillito suyo con alegre orgullo! Pues era una novedad tan grande para ella ser el ama de algo que, si hubiese sido la más despótica e implacable de las amas de casa, podría haberlo alegado como atenuante y la habrían absuelto honrosamente.

No obstante, lejos de ser despótica, había un recato, hasta en su manera de servir el té, que a Tom le encantaba. Y cuando le preguntó qué le gustaría comer y sugirió con voz entrecortada «chuletas», en vista del éxito de la cena de la noche anterior, Tom se puso ingenioso y le tomó el pelo de un modo desesperante.

—No sé, Tom —dijo su hermana, ruborizándose—. No estoy muy segura, pero creo que podría cocinar un pudin de ternera si me lo propusiese, Tom.

—¡De todo el catálogo de recetas de cocina, no hay nada que me apetezca más que un pudin de ternera! —gritó Tom, dándose una palmada en la pierna para imprimir más fuerza a su respuesta.

—¡Sí, es una idea excelente! Pero, si la primera vez no me sale del todo bien —balbució su hermana—, si resulta no ser exactamente un pudin, y me saliera un guisado, o una sopa o algo parecido, no te enfadarás, ¿verdad, Tom?

El modo tan serio en que miró a Tom, el modo en que Tom la miró a ella, y la forma en que ella acabó soltando una alegre risa a sus expensas habrían encantado al lector.

—Caramba —dijo Tom—, es estupendo. Otorga un interés nuevo e inusitado a la comida. Apostamos por el pudin de ternera, y es imposible saber lo que será. Tal vez hagamos un maravilloso descubrimiento, y salga un plato nunca visto antes.

—No me sorprendería, Tom —replicó su hermana, todavía riéndose alegremente—, ni tampoco que salga un plato que no queramos volver a hacer; pero de un modo u otro la carne tendrá que salir de la sartén, ya me entiendes. No podemos hacer que desaparezca cocinándola; eso es un consuelo. Así que si tú te atreves, yo también.

—No me cabe la menor duda —replicó Tom—, de que saldrá un pudin excelente en cualquier caso, estoy seguro de que a mí me lo parecerá. Eres tan dispuesta y diligente, Ruth, que si me dijeras que sabes preparar a la perfección un plato de sopa de tortuga, te creería.

Y Tom tenía razón. Era justo ese tipo de persona. Nadie habría podido resistirse a su amabilidad, y nadie lo habría intentado. Pero ella nunca parecía darse cuenta. Eso era lo mejor.

¡En fin! Lavó las tazas del desayuno sin dejar de charlar y de contarle a Tom un montón de anécdotas sobre el fundidor de cobre y bronce, colocó todo en su sitio, dejó la habitación tan pulcra como ella misma (aunque no vaya a suponer el lector que su forma era ni la mitad de pulcra que la de ella); cepilló el viejo sombrero de Tom una y otra vez hasta que quedó tan lustroso como el señor Pecksniff. Luego descubrió, casi al mismo tiempo, que el cuello de camisa de Tom estaba deshilachado; subió corriendo las escaleras para buscar aguja e hilo, volvió volando con el dedal puesto y se lo remendó con mano experta; sin clavarle ni una vez la aguja en la cara, aunque estuvo tarareando la melodía favorita de su hermano desde el principio hasta el final y marcando el ritmo con los dedos de la mano izquierda en su pañuelo. Nada más terminar, volvió a salir disparada y enseguida regresó tan diligente como una abeja, atándose un gorro pequeñito por debajo de la barbilla también pequeña para ir al carnicero sin perder un minuto, e invitó a Tom a acompañarle para ver con sus propios ojos cómo cortaban la carne. Tom estaba dispuesto a ir a cualquier parte, así que se fueron cogidos del brazo muy animados, comentando lo silenciosa que era la calle y lo barato y aireado que era su alojamiento.

Ver al carnicero dando palmadas en la carne, antes de ponerla sobre la tabla y afilar el cuchillo, les hizo olvidar que acababan de desayunar. También fue agradable —es cierto que lo fue— ver cómo la cortaba, tan fina y jugosa. No pareció un acto de salvajismo, aunque el cuchillo era grande y afilado, sino una obra de arte, arte excelso: tenía un toque delicado, un tono homogéneo, una habilidosa manipulación del objeto, finos matices. El triunfo de la inteligencia sobre la materia.

Envolvió el filete en la hoja de col más verde jamás cultivada en huerto alguno antes de dárselo a Tom. Pero el carnicero apreciaba su negocio y conocía todos los refinamientos. Cuando vio a Tom guardarse la hoja de

col torpemente en el bolsillo, le rogó que le permitiera hacerlo a él; «pues a la carne —añadió, con cierta emoción— hay que mimarla, no forzarla».

Volvieron a sus habitaciones, después de comprar unos huevos, harina y alguna cosilla más; y Tom se sentó muy serio a escribir, a un extremo de la mesa del salón, mientras Ruth se preparaba para hacer el pudín al otro extremo, pues no había en la casa más que una anciana (el casero era un hombre más bien misterioso, que salía a primera hora de la mañana y apenas se dejaba ver) y para ahorrarse gastos domésticos se servían ellos mismos.

—¿Qué escribes, Tom? —preguntó su hermana, poniéndole una mano en el hombro.

—Pues verás —dijo Tom, recostándose en el asiento y mirándola a la cara—. Como es lógico, tengo ganas de encontrar una ocupación y, antes de que el señor Westlock venga esta tarde, creo que vale la pena preparar una pequeña descripción de mí mismo y de mis habilidades, para que pueda enseñársela a sus amigos.

—Más vale que hagas lo mismo conmigo, Tom —dijo su hermana, bajando la mirada—. Me encantaría cuidar de la casa y de ti, Tom; pero no somos lo bastante ricos.

—No somos ricos —replicó Tom—, desde luego; y quizá lleguemos a ser mucho más pobres. Pero, si puedo evitarlo, no nos separaremos. No, no: tenemos que tomar la decisión de que, a no ser que tengamos la mala fortuna de llegar a la conclusión de que te iría mejor sin mí que conmigo, lucharemos juntos. Estoy seguro de que seremos más felices si luchamos juntos. ¿No crees?

—¡Creer, Tom!

—¡Bah, bobadas! —la interrumpió con ternura su hermano—. No llores.

—No, no lo haré, Tom. Pero no puedes permitírtelo. De verdad que no.

—Eso no lo sabemos —dijo Tom—. ¿Cómo vamos a saberlo sin hacer la prueba? ¡Que Dios bendiga mi alma! —Tom habló con mucha energía—. No sabemos lo que ocurrirá, si nos esforzamos. Y estoy seguro de que podemos vivir felices con muy poco... si conseguimos ese poco.

—Sí, de eso yo también estoy segura, Tom.

—Bueno —dijo Tom—, pues entonces debemos intentarlo. Mi amigo John Westlock es un tipo estupendo, muy astuto e inteligente. Seguiré su consejo. Lo hablaremos con él... los dos. Te gustará mucho John, cuando lo conozcas, estoy convencido. No llores, no llores. ¡Haz el pudín de

carne! —dijo Tom, dándole un empujoncito—. No tienes ánimos ni para hacer un buñuelo.

—Pues tendrás que decir que es un pudin, Tom. ¡Te lo advierto! Ya te avisé.

—Puedo llamarlo así hasta que resulte ser otra cosa —dijo Tom—. ¡Ah, te vas a esforzar de verdad! ¿no?

¡Sí, sí! Claro que sí. Y se esforzó tan en serio que distraía a Tom constantemente y no le dejaba escribir. Primero bajó a la cocina a por la harina, después a por el molde, luego a por los huevos, a continuación a por la mantequilla, acto seguido a por una jarra de agua, después a por el rodillo de amasar, y a por la pimienta y la sal, haciendo un viaje cada vez y riéndose cada vez que tenía que bajar. Una vez preparados todos los ingredientes, se horrorizó al comprobar que no se había puesto el delantal y, para variar, subió corriendo las escaleras arriba para buscarlo. No se lo puso arriba, sino que bajó bailando con él de la mano y, como era de esas mujeres para las que el delantal es una vanidad muy favorecedora, tardó mucho tiempo en ponérselo, porque antes tuvo que alisarlo con cuidado por debajo —¡oh, cielos qué cinta tan traviesa!—, y recogerlo en pequeños pliegues, antes de atarlo, y darle golpecitos, regañarle y engatusarlo en los bolsillos para ponérselo y cuando lo hizo... pero da igual, esta es una crónica muy breve, da igual. Y luego tuvo que remangárselo para no mancharse de harina; y que quitarse el anillo del dedo, que no quería salir (¡qué anillo tan tonto!); y miró con recato de vez en cuando a Tom, por debajo de las negras pestañas, mientras llevaba a cabo todos esos preparativos, como si fuesen parte del pudin e indispensables para su elaboración.

Por su vida y su alma que Tom no pudo escribir más que: «Joven respetable de treinta y cinco años» y eso a pesar de que ella se esforzó en guardar un silencio sobrenatural e ir a todas partes de puntillas para no molestarle, lo cual sirvió únicamente para distraerle aún más y llamar más su atención.

—Tom —dijo por fin, muy animada—. ¡Tom!

—¿Qué pasa ahora? —dijo Tom, repitiendo para sus adentros: «¡Treinta y cinco años!».

—¿Puedes mirar aquí un momento, por favor? —¡Como si no llevase todo el rato mirando!—. Voy a empezar, Tom. ¿No quieres saber por qué unto el molde de mantequilla? —preguntó su atareada hermanita—. ¿Eh, Tom?

—Tengo para mí que no más que tú —replicó Tom, riéndose—. Porque me da la impresión de que no tienes ni idea.



—¡Menudo descreído estás hecho, Tom! ¿Cómo voy a desmoldarlo sino cuando esté hecho? ¿Será posible que un ingeniero civil y topógrafo no lo sepa? ¡Por Dios, Tom!

Era imposible intentar escribir. Tom subrayó: «Joven respetable de treinta y cinco años», y se sentó a mirar pluma en mano, con la sonrisa más encantadora imaginable.

¡Qué mujercita tan diligente! ¡Estaba tan concentrada y se esforzaba tanto por no sonreír o parecer insegura! Era un auténtico placer para Tom verla con el ceño fruncido y un mohín en los labios sonrosados, amasando, extendiendo y cortando la masa, forrando con ella el molde, cortando lo que asomaba por encima del borde, cortando la carne en trocitos, echando sal y pimienta por encima, metiéndola en el molde, vertiendo agua fría para la salsa; y sin atreverse a echar un vistazo hacia donde él estaba por miedo a no parecer tan solemne; hasta que por fin, una vez relleno el pudín, y cuando apenas faltaba ponerle la tapa, dio una palmada con las manos llenas de masa y harina y soltó una risita triunfal tan encantadora que el pudín no habría necesitado ningún otro aderezo para que lo apreciara cualquier hombre razonable de la tierra.

—¿Dónde está el pudín? —preguntó Tom, que estaba muy chistoso.

—¡Dónde! —respondió ella, sosteniéndolo entre ambas manos—. ¡Míralo!

—¿Llamas a eso pudín? —dijo Tom.

—Lo será, tontorrón, cuando lo tape —replicó su hermana. Tom siguió fingiendo incredulidad.

Ella le dio un golpecito en la cabeza con el rodillo de amasar y siguió riéndose alegremente mientras preparaba la parte de arriba y de pronto se ruborizó mucho. Tom se sobresaltó también, pues al seguir su mirada vio a John Westlock en el salón.

—¡Caramba, John! ¿Cómo has entrado?

—Espero que me perdonéis —dijo John—, sobre todo tu hermana; pero me he encontrado con una anciana en la puerta que me ha dejado pasar; y, como no me habéis oído llamar y la puerta estaba abierta, me he atrevido a entrar. No sé —dijo John con una sonrisa— por qué habría de desconcertarnos que haya interrumpido una ocupación doméstica tan agradable y decorosa, pero debo confesar que me ha desconcertado. Tom, ¿no tendrás la bondad de ayudarme?

—El señor John Westlock —dijo Tom—. Mi hermana.

—Espero que, como hermana de un amigo tan antiguo —dijo riéndose John—, tenga la amabilidad de olvidar la primera impresión causada por una entrada tan desafortunada.

—Mi hermana tal vez se sienta inclinada a pedirte lo mismo a ti —replicó Tom.

John, por supuesto, dijo que eso era innecesario, pues se había quedado pasmado de admiración; y alargó la mano hacia la señorita Pinch; que no obstante no pudo estrechársela por culpa de la masa y la harina que cubrían la suya. Eso, que podría haber incrementado la confusión general y empeorar las cosas, causó en realidad el mejor efecto posible, pues ninguno pudo contener la risa; y los dos se sintieron cómodos enseguida.

—Me alegra mucho verte —dijo Tom—. Siéntate.

—Sólo me sentaré con una condición —replicó su amigo—: que tu hermana siga con el pudin, como si aún estuvieras solo.

—Estoy seguro de que así lo hará —dijo Tom—. Aunque a condición de que te quedes a compartirlo con nosotros.

La pobre Ruth tuvo palpitaciones cuando Tom cometió esta espantosa indiscreción, pues temió que, si el plato salía mal, nunca podría volver a tener la cabeza alta en presencia de John Westlock. Sin reparar en su preocupación, John aceptó la invitación con toda la cordialidad imaginable; y, después de unas bromas más a propósito del pudin, y de las enormes expectativas que fingió tener, ella siguió ruborizada con sus ocupaciones y él se sentó.

—He llegado mucho antes de lo que pensaba, Tom; pero te diré lo que me trae por aquí, y creo estar seguro de que te alegrará oírlo. ¿Hay algo que quieras enseñarme?

—¡Dios mío, no! —gritó Tom, que había olvidado el papel que tenía en la mano hasta que esa pregunta se lo recordó—. «Joven respetable de treinta y cinco años...» Es el principio de una descripción mía. Nada más.

—No creo que tengas ocasión de terminarla, Tom. Pero ¿cómo es que nunca me habías dicho que tenías amigos en Londres?

Tom miró con intensidad a su hermana; y ella lo miró a él con no menos intensidad.

—¡Amigos en Londres! —repitió Tom.

—¡Ah! —dijo Westlock—. Desde luego.

—¿Tienes tú amigos en Londres, Ruth? —preguntó Tom.

—No, Tom.

—Me alegra mucho oír que yo sí —dijo Tom—, aunque para mí es nuevo. No lo sabía. Deben de ser gente estupenda para guardar tan bien el secreto, John.

—Lo juzgarás tú mismo —replicó el otro—. En serio, Tom, te explicaré el caso. Esta mañana estaba desayunando cuando oí llamar a la puerta.

—Y gritaste a pleno pulmón: «¡Adelante!» —sugirió Tom.

—Exacto. Y la persona que llamaba, como no era un joven respetable de treinta y cinco años, recién llegado del campo, entró cuando se lo pedí, Tom, en lugar de quedarse boquiabierto en el rellano sin saber qué hacer. ¡Bueno!, cuando entró, descubrí que era un desconocido; un desconocido muy profesional y tranquilo. «¿El señor Westlock?», preguntó. «El mismo», respondí. «¿Podría hablar un momento con usted?», dijo. «Tome asiento, por favor», respondí. —John hizo una pausa para mirar hacia la mesa, donde la hermana de Tom, que estaba escuchando muy atenta, seguía ocupada con el molde, que para entonces hizo su noble aparición. Luego prosiguió—. Cuando el pudín se sentó, Tom...

—¡Qué! —gritó Tom.

—Que se sentó.

—Has dicho que el pudín se sentó.

—No, no —replicó John, ruborizándose—, el desconocido. ¡Cómo se te puede ocurrir que un desconocido entrase en mis habitaciones a las ocho en punto de la mañana con un pudín! Después de sentarse, Tom, me sorprendió empezando así la conversación: «Tengo entendido que conoce usted al señor Thomas Pinch, ¿no es así?».

—¡No! —exclamó Tom.

—Te aseguro que esas fueron sus palabras. Le dije que sí. ¿Sabía dónde residías ahora? Sí. ¿En Londres? Sí. Se había enterado por casualidad, de manera indirecta, de que habías abandonado tu puesto en casa del señor Pecksniff. ¿Era eso cierto? Sí. ¿Querías otro empleo? Sí.

—Desde luego —dijo Tom, asintiendo con la cabeza.

—Eso fue lo que le dije. Puedes estar tranquilo, pues me aseguré de que no fuese una confusión y le di a entender claramente que podía contar contigo. Muy bien. «En ese caso —dijo—, creo que puedo darle trabajo».

La hermana de Tom se quedó estupefacta.

—¡Que Dios me bendiga! —gritó Tom—. Ruth, cree que puede darme trabajo.

—Por supuesto, le rogué —continuó John Westlock, mirando a la hermana de Tom, que estaba tan interesada como el propio Tom— que continuase, y le dije que iría a verte enseguida. Replicó que tenía muy poco que decir, pues era hombre de pocas palabras, pero en este caso era lo más conveniente; y así resultó ser, pues enseguida continuó diciéndome que un amigo suyo necesitaba una especie de secretario y bibliotecario; y que, aunque el sueldo era escaso, apenas unas cien libras al año, sin comida ni alojamiento, las obligaciones no eran muchas y el puesto estaba libre y esperando que lo aceptaras.

—¡Dios mío! —gritó Tom—. ¡Cien libras al año! ¡Querido John! ¡Ruth! ¡Cien libras al año!

—Pero lo raro —continuó John Westlock, cogiendo a Tom de la muñeca para llamar su atención y contener por el momento su alegría—, lo raro, señorita Pinch, es que no conozco a ese hombre de nada; y él tampoco conoce a Tom.

—Nada más lógico —dijo Tom muy perplejo—, si es londinense. No conozco a nadie en Londres.

—Y cuando le dije —siguió John, sin soltarle la muñeca a Tom— que no me cabía la menor duda de que excusaría que me tomase la libertad de preguntar quién lo enviaba, cómo se había enterado del cambio de situación de mi amigo y de su aptitud para un empleo como el que había descrito, respondió con sequedad que no podía darme explicaciones.

—¡Que no podía darte explicaciones! —repitió Tom, tomando aliento profundamente.

—Añadió que yo debía saber —dijo John— que para cualquiera que hubiese vivido cerca del señor Pecksniff, el señor Thomas Pinch y sus habilidades eran tan conocidas como el campanario de la iglesia o El Dragón Azul.

—¡El Dragón Azul! —repitió Tom, mirando a su amigo y a su hermana.

—¡Sí, imagínate! Palabra que habló con tanta familiaridad del Dragón Azul como si hubiese sido Mark Tapley. Te aseguro que cuando lo dijo abrí mucho los ojos; pero no recuerdo haber visto antes a ese hombre, sin embargo, él añadió con una sonrisa: «Usted conoce El Dragón Azul, señor Westlock; se alojó en él una o dos veces». ¡Que me alojé en él! Es cierto. ¿Lo recuerdas?

Tom asintió elocuentemente con la cabeza y, sumido en una perplejidad aún mayor que al principio, observó que era la circunstancia más inexplicable y extraordinaria que había oído en su vida

—¡Inexplicable! —repitió su amigo—. El hombre me asustó. Aunque era pleno día y lucía el sol, me asusté. Confieso que sospeché que pudiera ser un visitante sobrenatural, y no mortal, hasta que sacó una cartera muy corriente y me dio su tarjeta.

—Señor Fips —dijo Tom, leyéndola en voz alta—. Austin Friars. Austin Friars suena un tanto fantasmal, John.

—Fips no tanto, creo yo —replicó John—. Pero ahí es donde vive, Tom, y donde espera que vayamos a verlo esta mañana. Y ahora ya sabes tanto de este extraño incidente como yo, palabra que sí.

El rostro de Tom, dividido entre el entusiasmo por las cien libras al año y su sorpresa por aquella historia, sólo podía compararse con el de su hermana, donde se reflejaba la sorpresa más radiante que habría podido desear cualquier pintor. Ni siquiera la astrología habría podido determinar qué habría sido del pudín si no hubiese estado terminado a estas alturas.

—Tom —dijo Ruth después de un momento de duda—, a lo mejor el señor Westlock no te lo ha contado todo, por la amistad que te profesa.

—¡No, de verdad! —exclamó John—. No es eso, se lo aseguro. Ojalá lo fuese. No puedo atribuirme ese mérito, señorita Pinch. Lo único que sé, y, por lo que veo, lo único que llegaré a saber, es lo que les he contado.

—¿No podría saber más si se parara a pensarlo mejor? —preguntó Ruth rascando industriosa el fondo del molde.

—No —contestó John—. Seguro que no. Es muy poco generosa al ser tan suspicaz conmigo cuando yo he depositado implícitamente mi fe en usted. Tengo la mayor confianza en el pudín, señorita Pinch.

Ella se rió, pero enseguida volvieron a ponerse serios y hablaron del asunto con mucha solemnidad. Por muy misterioso que fuese, lo que estaba claro era que a Tom le habían ofrecido un salario de cien libras anuales y, como eso era lo más importante, el misterio sólo servía para resaltarlo.

Tom estaba muy agitado y quiso ir cuanto antes a Austin Friars, pero, siguiendo el consejo de John, esperaron una hora. Tom se atildó cuanto pudo antes de salir y, cuando John Westlock vislumbró, a través de la puerta entreabierta del salón a esa valiente hermanita cepillándole el cuello del abrigo en el pasillo, cogiéndole un punto suelto de los guantes, y revoloteando a su alrededor dando retoques con su anticuada pulcritud, recordó las caricaturas de ella que había visto en el taller

pecksniffiano y decidió con airada indignación que eran burdos libelos, y que no le hacían justicia; aunque como hemos dicho ya, los artistas siempre la habían pintado muy guapa y él mismo había dibujado al menos veinte.

—Tom —dijo, mientras andaban—, empiezo a pensar que debes de ser hijo de alguien.

—Supongo que sí —respondió Tom con su apocamiento característico.

—Digo de alguien importante.

—Bendito seas —replicó Tom—. Mi pobre padre no era importante, y mi madre tampoco.

—Entonces, ¿los recuerdas bien?

—¿Que si los recuerdo? Pues claro. Mi pobre madre fue la última en morir. Falleció cuando Ruth era apenas un bebé, y los dos nos convertimos en una carga para los ahorros de esa vieja abuela de la que tanto te he hablado. ¿Lo recuerdas? ¡Ay! Nuestra historia no es nada novelesca, John.

—Vaya —dijo John, con calmada desesperación—. Entonces no hay forma de explicar lo de mi visitante de esta mañana. Así que más vale no seguir intentándolo.

De todos modos siguieron intentándolo, y no dejaron de intentarlo hasta que llegaron a Austin Friars, donde en un pasillo muy oscuro del primer piso, extrañamente situado al fondo de la casa, encontraron en un rincón una puerta pequeña de cristal con los ojos empañados, en la que habían pintado SEÑOR FIPS con letras que querían ser transparentes. También había cerca de allí un viejo y malvado aparador oculto en la penumbra rumiando siniestros planes contra las costillas de los visitantes; y una vieja estera tan gastada que parecía una celosía, y que como era inútil como estera (incluso si alguien hubiese podido verla, lo cual era imposible) había dedicado sus industrias a otros propósitos, y se dedicaba a hacer tropezar a todos los clientes del señor Fips.

El señor Fips, al oír un choque violento entre un sombrero humano y la puerta de su despacho, supo, por los medios habituales, que alguien había ido a visitarlo y, después de pedirle que pasara, observó que estaba «un poco oscuro».

—Mucho —le susurró John al oído a Tom Pinch—. No es un mal sitio para librarse de una persona recién llegada del campo, diría yo, Tom.

A Tom ya se le había ocurrido la idea de que pudiesen haberlos tentado a ir hasta allí para rellenar una empanada de carne pero, al ver al señor Fips, un hombre sobrio y bajo, de apariencia apacible que llevaba unos

pantalones bombachos anticuados y el cabello empolvado, desechó sus reparos.

—Adelante —dijo el señor Fips.

Entraron. Resultó ser un despacho minúsculo, tan amarillento como si tuviese ictericia, con una enorme mancha negra en el suelo en un rincón, igual que si un viejo oficinista se hubiese rebanado el pescuezo en él hacía años y en vez de salir sangre hubiese brotado tinta.

—He traído a mi amigo el señor Pinch, señor —dijo John Westlock.

—Tengan la amabilidad de tomar asiento —les pidió el señor Fips.

Ocuparon las dos sillas, y el señor Fips se sentó en un taburete de cuyo relleno sacó unas hebras muy largas de crin de caballo que se metió en la boca como si tuviese mucho apetito.

Miró a Tom Pinch con curiosidad, pero sin la menor expresión que pudiera confundirse razonablemente con un interés mayor de lo normal. Después de un breve silencio, en el que el señor Fips exhibió tanta desenvoltura como si quisiera dejar claro que podría haberlo interrumpido antes sin dudarle, si le hubiera apetecido, preguntó si el señor Westlock le había explicado su oferta al señor Pinch.

John respondió afirmativamente.

—Y ¿la considera conveniente, señor? —le preguntó el señor Fips a Tom.

—Me considero muy afortunado, señor —dijo Tom—. Y le agradezco mucho su oferta.

—No me lo agradezca a mí —dijo el señor Fips—. Yo me limito a seguir instrucciones.

—Pues a su amigo, señor —repuso Tom—. Al caballero para el que voy a trabajar y de cuya confianza intentaré ser merecedor. Cuando me conozca mejor, señor, espero que siga teniendo una buena opinión de mí. Verá que soy puntual y diligente, y que procuro hacer siempre las cosas bien. Eso puedo asegurárselo y también —añadió mirándolo a él— el señor Westlock.

—Desde luego —dijo John.

El señor Fips pareció tener cierta dificultad para reanudar la conversación. Para entretenerse cogió el sello y empezó a estamparse efes mayúsculas en las piernas.

—Lo cierto es —dijo el señor Fips— que en este momento mi amigo no se encuentra en la ciudad.



Tom pareció desanimarse, pues creyó que le estaba diciendo que no reunía las condiciones para el puesto y que Fips tendría que buscar a algún otro.

—¿Cuándo cree usted que volverá, señor? —preguntó.

—No sabría decirle; es imposible saberlo. En realidad no tengo ni idea. Pero —dijo Fips, borrando una huella muy profunda del sello en la pantorrilla izquierda y sin apartar la mirada de Tom— no creo que eso tenga mayor consecuencia.

El pobre Tom inclinó la cabeza con deferencia, pero no pareció muy convencido.

—Ya le digo que no creo que tenga mayor consecuencia. El negocio es entre usted y yo, señor Pinch. En lo que respecta a sus obligaciones, puede usted empezar ya; y, en lo que se refiere a su salario, puedo pagárselo. Semanalmente —dijo el señor Fips, dejando el sello en la mesa, y mirando a John Westlock y a Tom Pinch alternativamente—. En estas oficinas, en cualquier momento entre las cuatro y las cinco de la tarde.

Después de decir estas palabras, dio la impresión de ir a ponerse a silbar. Pero no lo hizo.

—Es usted muy bueno —dijo Tom, cuyo rostro estaba rebotante de felicidad—. Y nada podría ser más grato y claro. Mi presencia se requiere...

—Más o menos desde las nueve y media hasta las cuatro en punto o así diría yo —lo interrumpió el señor Fips—. Algo así.

—No me refería al horario —repuso Tom—, que parece fácil y cómodo, desde luego, sino al lugar.

—¡Ah, el lugar! Es en el Temple<sup>[122]</sup>. —Tom estaba encantado—. Tal vez —dijo el señor Fips— quiera usted verlo...

—¡Dios mío, no! —gritó Tom—. Me encantará aceptar el empleo, si a usted no le importa, sin necesidad de ir allí.

—Pues considérese usted empleado —dijo el señor Fips—. ¿No podrá usted ir a Temple Gate, en Fleet Street dentro de una hora, verdad?

Tom sí que podía.

—Muy bien —dijo levantándose el señor Fips—. Entonces se lo enseñaré; y así podrá empezar mañana por la mañana. Hasta dentro de una hora.

¿Vendrá también usted, señor Westlock? Muy bien. Tengan cuidado al salir. Está un poco oscuro.

Con esta observación, que parecía superflua, los dejó en la escalera y ellos volvieron a salir a tientas a la calle.

La entrevista había servido tan poco para despejar el misterio que envolvía el nuevo empleo de Tom y había hecho tanto por aumentarlo que ninguno de los dos pudo reprimir una sonrisa al ver el gesto de perplejidad del otro. Coincidieron, no obstante, en que la visita a la nueva oficina y a sus compañeros ofrecería por fuerza alguna luz; y por tanto pospusieron cualquier consideración hasta después de la cita con el señor Fips.

Después de pasar por casa de John y de dedicar unos minutos libres a la cabeza de jabalí, salieron para ir al punto de encuentro. Aún no era la hora convenida, pero el señor Fips estaba ya en Temple Gate y expresó su alegría por su puntualidad.

Los llevó por varios callejones y patios, hasta uno más oscuro y tranquilo que los demás, y, después de escoger una casa en particular, subió por unas escaleras muy corrientes y sacó del bolsillo un manojito de llaves oxidadas. Se detuvo delante de una puerta en el piso de arriba, que tenía sólo una mancha de pintura amarilla allí donde debería figurar el nombre del inquilino, y limpió muy meticulosamente el polvo de una de las llaves sobre la barandilla de la escalera.

—Será mejor que le haga un agujerito —dijo, mirando a Tom, después de soplar con un silbido en el tubo—, es la única forma de evitar que se atasquen. Verá que la cerradura funciona mejor si le pone un poquito de aceite.

Tom le dio las gracias, pero estaba demasiado ocupado con sus propias especulaciones, y con las miradas que le echaba John, para ser muy hablador. Entretanto el señor Fips empujó la puerta, que cedió a regañadientes y se abrió con un horrible ruido discordante. Luego sacó la llave y se la dio a Tom.

—Sí, sí —dijo el señor Fips—. Aquí hay mucho polvo.

Y era cierto. El señor Fips podría haber dicho que había muchísimo. Se había acumulado en todas partes, lo cubría todo y en un sitio, donde un rayo de sol se colaba por una rendija de la contraventana hasta la pared de enfrente, daba vueltas y vueltas como una gigantesca jaula de ardillas.

El polvo era lo único que se movía en aquel lugar. Cuando su guía dejó pasar la luz y, después de levantar la pesada hoja de la ventana, permitió que entrara el aire veraniego, vieron el mobiliario mohoso, los paneles y el techo descoloridos, la estufa oxidada y la chimenea llena de ceniza en inerte descuido. Cerca de la puerta había una palmatoria con

un apagavelas, como si el último hombre en estar allí hubiese hecho una pausa, después de asegurarse de que tenía una vía de escape, para echar una última mirada a la desolación que dejaba atrás, y luego hubiese cerrado el sitio como una tumba privada de vida y de luz para siempre.

Había dos habitaciones en ese piso y en la primera una escalera estrecha conducía a otros dos cuartos. Estos últimos estaban acondicionados como dormitorios. Ni en ellos ni en los de abajo faltaban los muebles necesarios, aunque eran muy anticuados; pero la soledad y la falta de uso parecían haberlos hecho inservibles para cualquier comodidad y haberlos dotado de un aire embrujado y espantoso.

Había muebles de toda clase desperdigados por todas partes sin el menor orden ni concierto, mezclados con cajas, cestas y trastos diversos. En el suelo había pilas de libros que debían sumar varios miles de volúmenes: unos atados en paquetes; otros envueltos en papel, tal como los habían comprado; otros tirados por ahí o amontonados, pero ni uno sólo en los estantes que forraban las paredes. El señor Fips se los señaló a Tom.

—Antes de nada, habrá que ordenarlos, catalogarlos y ponerlos en las estanterías, señor Pinch. Con eso bastará para empezar, señor.

Tom se frotó las manos ante unas expectativas tan acordes con sus gustos y dijo:

—Es una ocupación interesantísima, se lo aseguro. Me tendrá ocupado tal vez hasta que el señor...

—Hasta que el señor... —repitió Fips, como para preguntarle a Tom por qué se había interrumpido.

—Olvidaba que no me ha dicho usted el nombre del caballero —dijo Tom.

—¡Ah! —gritó el señor Fips, poniéndose el guante—. ¿No? No, claro. No lo he dicho. ¡Ah! Supongo que vendrá pronto. Se llevarán ustedes bien, no me cabe duda. Le deseo que todo vaya bien, claro. ¿Se acordará de cerrar la puerta? Basta con dar un portazo. A las nueve y media. Digamos de nueve y media a cuatro o cuatro y media; unos días tal vez un poco antes y otros un poco más tarde, según lo que le apetezca y cómo le vaya el trabajo. Señor Fips, Austin Friars, no lo olvidará, ¿verdad? Y recuerde cerrar la puerta, haga el favor.

Lo dijo en un tono tan amable y desenfadado que Tom sólo pudo frotarse las manos, asentir con la cabeza y sonreír en aquiescencia, y aún seguía haciéndolo cuando el señor Fips se marchó como si tal cosa.

—Caramba, se ha ido —exclamó Tom.

—Y, lo que es más, Tom —dijo John Westlock, sentándose en una pila de libros y mirando a su perplejo amigo—, es evidente que no va a volver, conque hete aquí instalado. ¡En circunstancias muy peculiares, Tom!

Era una situación muy rara, y Tom, plantado entre los libros con el sombrero en una mano y la llave en la otra, parecía tan confundido que su amigo no pudo contener una cordial carcajada. Al propio Tom le hizo gracia, no sólo la hilaridad de su amigo, sino el recuerdo de la brusquedad en que había concluido su educada conversación con el señor Fips; así que poco a poco también se echó a reír; la risa era contagiosa y los dos acabaron desternillándose.

Cuando se cansaron de reír, al cabo de un buen rato, pues John era un tipo alegre y jovial y si le dabas unos centímetros siempre se tomaba varias leguas, echaron un vistazo y anduvieron a tientas entre los libros, en busca de alguna pista que pudiera iluminarlos. Pero no encontraron nada. Los libros estaban firmados por diversos propietarios y sin duda los habían comprado y guardado allí en momentos distintos; pero era imposible determinar si alguno de esos nombres era el de quien había empleado a Tom y, en tal caso, cuál. A John se le ocurrió la brillante idea de preguntar en la portería de quién eran esas habitaciones, o quién las había alquilado, pero volvió con la misma información que ya tenía, pues la respuesta fue: «Al señor Fips, de Austin Friars».

—Después de todo, Tom, empiezo a pensar que todo se reduce a esto: Fips es un excéntrico que conoce de algo a Pecksniff, lo desprecia, claro; ha oído hablar de ti, sabe que eres la persona ideal para este trabajo y te contrata de manera un tanto rara.

—Pero ¿por qué de un modo tan raro? —preguntó Tom.

—¡Ah! ¿Por qué actúa cada cual según sus gustos? ¿Por qué el señor Fips lleva bombachos y el cabello empolvado y su vecino botas y peluca?

En tales circunstancias a Tom cualquier explicación le habría parecido un consuelo y aceptó de buen grado esta (que, sin duda, era tan posible

como cualquier otra), y dijo que no le cabía ninguna duda de que así era. Su fe no se conmovió lo más mínimo por haber dicho exactamente lo mismo a todas las sugerencias de su amigo ni por estar dispuesto a decirlo otra vez si le hubiese propuesto otra explicación.

Como no lo hizo, Tom cerró la contraventana, bajó la hoja de la ventana y salieron del piso. Cerró de un portazo, tal como le había indicado el señor Fips, comprobó que la puerta estuviera bien cerrada y se guardó la llave en el bolsillo.

Tenían tiempo de sobra, y Tom no se cansaba nunca de mirarlo todo, así que volvieron a Islington dando un amplio rodeo. Por suerte su acompañante era John Westlock, pues cualquier otro se habría cansado de que se parase constantemente delante de los escaparates y de que irrumpiera en la calzada poniendo en peligro su vida para contemplar mejor los campanarios y otros edificios públicos. Pero John estaba feliz de verlo tan interesado y, cada vez que Tom volvía con el rostro radiante de entre las ruedas de los carros y los coches de alquiler, totalmente inconsciente de los piropos que le dedicaban los cocheros, a él le parecía más simpático.

Cuando Ruth los recibió en el salón triangular no tenía harina en las manos, pero sí amables sonrisas en el semblante y una multitud de bienvenidas brillando en todas ellas y en su mirada luminosa. Y, dicho sea de paso, ¡qué luminosa era! Al darle la mano y mirarla a los ojos, uno creía ver una preciosa miniatura de sí mismo en forma de individuo menudo, deslumbrante e incansable.

¡Ah, ojalá hubiese sido posible conservarlos como tu propia miniatura! Pero eran unos ojos traviosos, vagabundos, inquietos, demasiado imparciales, y bastaba con plantarse delante de ellos para que enseguida ella bailara y brillara con tanta alegría como tú.

La mesa ya estaba puesta para cenar; y, aunque no hubiese manteles ni selecta cristalería, los cuchillos tuvieran el mango verde y los tenedores sólo dos dientes y parecieran saltimbanquis esforzándose en estirar lo más posible las piernas sin convertirse en un par de mondadientes, no hacían falta ni damascos, ni plata, ni oro ni porcelana; no, ni tampoco ningún otro adorno. Ahí estaba y nada habría podido servir mejor.

El éxito de ese plato, de su primera incursión en la cocina, fue tan completo, tan puro y perfecto, que John Westlock y Tom coincidieron en que debía de haber estado practicando mucho tiempo el arte en secreto, y la instaron a confesarlo. Esta broma les alegró mucho y dijeron muchas ingeniosidades al respecto; pero John no fue tan recto en su comportamiento como habría sido de esperar, pues, después de engañar a Tom Pinch un buen rato, se pasó de pronto al enemigo y apoyó todo lo que dijo su hermana. No obstante, como observó Tom la misma noche antes de irse a la cama, todo era en broma y John siempre había sido famoso por ser muy cortés con las damas, incluso cuando era un muchacho. Ruth dijo: «¿Ah, sí?». Nada más.

Es sorprendente cuántos temas de conversación pueden encontrar tres personas. No dejaron de hablar ni un momento. Y no todos fueron asuntos animados, pues cuando Tom contó que había visto a las hijas de Pecksniff, y el cambio que había sufrido la pequeña se pusieron muy serios.

John Westlock se interesó mucho por su suerte e hizo muchas preguntas a Tom Pinch sobre la boda, preguntó si el marido era el caballero a quien Tom había llevado a cenar con él a Salisbury; qué relación tenían entre sí y se interesó, en suma, mucho por el asunto. Tom se lo explicó con todo detalle; le contó que Martin había partido al extranjero y que no habían tenido noticias suyas desde hacía mucho tiempo; que Mark el del Dragón le había acompañado; que el señor Pecksniff había dominado al abuelo senil, y que había intentado conseguir vilmente la mano de Mary Graham. Pero Tom no dijo ni una palabra de lo que ocultaba en su corazón, en su corazón profundo, sincero y honrado, y en el que siempre había sitio para cualquier pensamiento amable y generoso; ni una palabra.

¡Tom, Tom! El hombre más confiado de este mundo en su sagacidad y astucia; el hombre más orgulloso de este mundo de su desconfianza en los demás, y que más tiene que mostrar en oro y plata las ganancias de su credo; el más humilde favorecedor de esa sabia doctrina, cada cual para sí y Dios para todos (¡hay mucha sabiduría en la idea de que la Majestad Eterna del Cielo alguna vez estuvo, o puede estar, de parte de la lujuria y el amor egoístas!), no encontrará jamás, oh, jamás, de eso podemos estar seguros, el momento de volver con él, cuando su sabiduría sea la locura de un idiota comparada con un corazón sencillo.

Bien, bien, Tom, era sencillo, también, aunque en un sentido diferente, por ponerse tan nervioso con el teatro en el que, cuando acabaron de tomar el té, John aseguró tener tanta influencia que podía llevar invitados sin tener que pagar seis peniques; y ¡tal vez aún más sencillo por no sospechar que cuando su amigo se adelantó fue para pagar las entradas! Muy sencillo por tu parte, querido Tom, reírte y gritar tan alegremente en un espectáculo tan malo y tan mal interpretado; sencillo por estar tan feliz y locuaz al volver a casa con Ruth; sencillo por sorprenderte al encontrar el alegre regalo de un libro de cocina esperándote en el salón a la mañana siguiente, con la página del pudín de ternera doblada y tachada. ¡Que quede constancia! ¡Tu alma era sencilla, sencilla, casi insignificante, Tom Pinch!

## Capítulo XL. Los Pinch conocen a otra persona, y tienen una nueva ocasión de sorprenderse y maravillarse

En estas salas deshabitadas del Temple reinaba un aire fantasmagórico, que rodeaba también todas las circunstancias del nuevo empleo de Tom con un extraño hechizo. Todas las mañanas cuando cerraba la puerta de su casa en Islington se internaba en un ambiente de inefable fascinación igual que se internaba en el humo londinense; y, a partir de ese momento, se iba espesando a su alrededor a lo largo del día, hasta que llegaba el momento de volver a casa y lo dejaba a su espalda como una nube inmóvil.

Cada mañana, Tom tenía la sensación de estar aproximándose a esa neblina fantasmal y de ser envuelto por ella del modo más gradual y sencillo que pudiera imaginarse. Cambiar el estruendo y el bullicio de las calles por los silenciosos patios del Temple era el primer paso. Cada eco de los escalones resonaba como una voz de los antiguos muros y aceras, carente de lenguaje para narrarle las historias de las salas oscuras y tristes; para decirle qué documentos perdidos estaban pudriéndose en los rincones olvidados de los sótanos cerrados de cuyas celosías salían suspiros de moho cada vez que él pasaba por delante; para hablarle entre susurros de las oscuras botas de vino añejo emparedadas en bóvedas bajo los viejos cimientos de los salones del Temple; y para murmurar en voz aún más baja las siniestras leyendas de los caballeros con las piernas cruzadas, cuyas efigies de mármol había visto en la iglesia. Cuando plantaba por primera vez el pie en la escalera de su polvoriento despacho, todos esos misterios se intensificaban hasta que, paso a paso, según subía, alcanzaban su cenit en los trabajos solitarios del día.

Cada día traía una especulación constante y recurrente. Este patrón suyo ¿llegaría hoy, y cómo sería? Pues Tom no podía pararse en el señor Fips; creía que el señor Fips había dicho la verdad, cuando decía que actuaba en nombre de otro; y qué clase de hombre sería su jefe se convirtió en una flor crecida y sorprendente en el jardín de la imaginación de Tom que nunca se marchitaba ni nadie pisoteaba.

En un momento pensó que el señor Pecksniff, arrepentido de su falsedad, podría, ejerciendo su influencia sobre una tercera persona, haber ideado ese modo de proporcionarle empleo. La idea le resultaba tan insoportable después de lo que había sucedido entre ese buen hombre y él que ese mismo día le confesó a John Westlock que preferiría buscar empleo como mozo de cuerda antes que rebajarse a aceptar el menor favor de manos del señor Pecksniff. Pero John le aseguró que no le estaba haciendo justicia al señor Pecksniff si lo creía capaz de obrar con generosidad, y que podía estar tranquilo de que tal cosa no ocurriría hasta que el sol se volviese de color verde, la luna negra y



podiese distinguir a simple vista doce cometas dando la vuelta a dichos astros. En una situación tan inusitada tal vez no fuese del todo descabellado sospechar algo tan absurdo del señor Pecksniff. En suma se burló de semejante idea y Tom, abandonándola, siguió rompiéndose la cabeza en busca de otra solución.

Entretanto, Tom atendió diariamente a su deber e hizo considerables avances con los libros, que estaban ya reducidos a cierto orden y muy impresionantes en su catálogo. En las horas de trabajo, se permitía a veces leer un rato, pues a menudo formaba parte de sus obligaciones; y, como con frecuencia se tomaba la libertad de llevarse uno de esos volúmenes fantasmagóricos a casa por la noche (siempre lo devolvía a la mañana siguiente, por si se presentaba su misterioso patrón y le preguntaba dónde estaba), llevaba una vida discreta, feliz y estudiosa acorde con sus inclinaciones.

Pero, aunque los libros nunca fueron tan interesantes ni estuvieron tan repletos de novedades para Tom, no pudieron absorberlo de tal modo en esos salones que no reparase en el más mínimo ruido. Cualquier paso en las losas de fuera bastaba para que prestase la mayor atención, y, cuando alguien entraba en la casa y subía arriba, arriba, arriba, por las escaleras, siempre pensaba con el corazón acelerado: «¡Por fin voy a verlo cara a cara!». Pero ningún paso que no fuese el suyo pasó jamás del piso de abajo.

Este misterio y esta soledad engendraron fantasías en su imaginación, en cuyo absurdo reparaba enseguida su sentido común, aunque no lograra mantenerlas a raya; pues, en casos así, dicha cualidad es, en la mayoría de las personas, como la antigua policía francesa: rápida en la detección, pero muy débil como poder preventivo. Recelos indefinidos, absurdos e inexplicables de que hubiese alguien oculto en un cuarto interior, andando sin ruido, asomándose por la rendija de la puerta, haciendo alguna cosa furtiva dondequiera que él no estuviera, lo embargaban cien veces al día, y hacía que le resultase placentero abrir la ventana para comunicarse con los gorriones que habían construido su nido en el tejado y en los canalones y se pasaban el día gorjeando en las ventanas.

Trabajaba siempre con la puerta abierta para oír los pasos si entraba alguien en las habitaciones de abajo. Hacía extrañas conjeturas a propósito de los desconocidos que veía en la calle; y se decía de este o aquel hombre que le parecía tener alguna peculiaridad en su forma de vestir o en su aspecto: «¡No me extrañaría nada que fuese él!». Pero nunca lo era. Y, aunque muchas veces dio media vuelta y siguió a más de uno de estos individuos sospechosos con el convencimiento de que iba al sitio de donde él acababa de salir, nunca consiguió otra alegría que la de comprobar que estaba equivocado.

El señor Fips, de Austin Friars, aumentó, en lugar de iluminar, la oscuridad de su situación, pues la primera vez que Tom fue a visitarlo para cobrar su paga semanal dijo:

—¡Ah!, a propósito, señor Pinch, ¡no diga nada, por favor!

Tom pensó que se disponía a confiarle un secreto, así que respondió que no lo haría bajo ningún concepto y que el señor Fips podía confiar plenamente en él. Pero, como el señor Fips respondió: «Muy bien», a modo de única respuesta, Tom le animó:

—Bajo ningún concepto —repitió Tom.

—Muy bien —repitió el señor Fips.

—Iba usted a decir... —insinuó Tom.

—¡Dios mío, no! —exclamó Fips—. Ni mucho menos. —No obstante, al ver que Tom estaba confundido, añadió—: Me refería a que no comente con nadie los detalles de su trabajo. Es mucho mejor.

—Aún no he tenido el placer de conocer a mi patrón, señor —observó Tom, metiéndose el salario semanal en el bolsillo.

—¿Ah, no? —dijo Fips—. No, claro, supongo que no.

—Quisiera darle las gracias y saber que lo que llevo hecho se ha hecho a su entera satisfacción —balbució Tom.

—Muy bien —dijo el señor Fips, con un bostezo—. Muy loable y correcto.

Tom decidió apresuradamente probar otra estrategia.

—Pronto habré terminado con los libros —dijo—. Espero que eso no ponga fin a mi contrato, ni suponga quedarme sin nada que hacer.

—¡Oh, Dios mío, no! —replicó Fips—. Hay mucho que hacer, ¡muchísimo! Tenga cuidado al salir. Está un poco oscuro.

Esta fue toda la información que pudo sacarle Tom. Era cierto que estaba oscuro; y, si el señor Fips se expresaba con doble sentido, motivos no le faltaban.

Pero entonces se produjo una circunstancia que contribuyó a apartar los pensamientos de Tom de este misterio y a separarlos de él con un nuevo canal que era un Nilo en sí mismo.

El modo en que aconteció fue este. Siempre se había levantado temprano y, como ahora no tenía un órgano con el que conversar dulcemente por las mañanas, adoptó la costumbre de dar un largo paseo antes de ir al Temple; y, como sentía la inclinación natural del forastero de deambular por los barrios de la ciudad más conocidos por su vida y su animación, empezó a frecuentar los mercados, los puentes, los muelles y sobre todo los embarcaderos de los barcos de vapor, pues

era muy divertido y entretenido ver a la gente ir y venir con sus diversos ocios y negocios; y a Tom le alegraba pensar que había tanto cambio y libertad en la monótona rutina de la vida ciudadana.

Ruth lo acompañaba en la mayoría de estas excursiones matutinas. Como su casero siempre se levantaba muy temprano para irse a su trabajo (que nadie parecía saber en qué consistía), las costumbres de los habitantes de la casa donde se alojaban se correspondían bastante con las suyas. Así, a menudo terminaban de desayunar y salían a la calle bajo el aire veraniego a eso de las siete en punto. Después de un paseo de dos horas, se despedían en algún sitio y Tom se marchaba al Temple y su hermana volvía a casa del modo más metódico imaginable.

Dieron muchos agradables paseos por el mercado de Covent Garden: inhalando el perfume de las frutas y las flores; maravillándose de la magnificencia de las piñas y los melones; vislumbrando las callejuelas laterales donde ancianas sentadas en fila en cestas puestas del revés vendían guisantes; viendo cosas indescriptibles en los gruesos manojos de espárragos con los que las coquetas tiendas se fortificaban como un parapeto; y aspirando agradecidos en la puerta de los herbolarios aromas de relleno de ternera sin guisar, mezclados como en sueños con pimentón, papel de estraza, semillas, e incluso toques de voluptuosos caracoles y hermosas y retorcidas sanguijuelas. Dieron muchos agradables paseos por los mercados de aves, donde los patos y las aves de corral de cuello extraordinariamente largo yacían extendidos por parejas listos para ser cocinados; donde había huevos moteados en cestas cubiertas de musgo; blancas salchichas de campo de las que no habría podido sospechar ningún gato, perro, caballo o burro vivo; quesos frescos en cantidades inusitadas; jaulas y pajareras con pájaros vivos que parecían más grandes de lo normal porque sus receptáculos eran demasiado pequeños; innumerables conejos vivos y muertos. Dieron muchos paseos muy agradables entre los refrescantes y plateados puestos de pescado, con esa especie de claro de luna que rodeaba todas las mercancías, con la única excepción de las rojas langostas. Dieron muchos paseos muy agradables entre las carretas de heno, debajo de las cuales dormitaban los perros y los fatigados carreteros, sin hacer caso de los vendedores de empanadas ni de las tabernas. Pero ningún paseo fue ni la mitad de agradable que los que dieron entre los barcos de vapor las mañanas luminosas.

Las embarcaciones estaban atracadas, unas detrás de otras, amarradas para siempre, según parecía, pero planeando escapar de algún modo y seguras de que lo conseguirían; y, confiados en ello, multitudes de pasajeros y montones de maletas subían a bordo a toda prisa. Barquitos de vapor iban río arriba y abajo sin cesar. Filas y filas de embarcaciones, decenas de mástiles, laberintos de aparejos, velas ociosas, remos chapoteantes, botes relucientes, enormes barcazas; pilotes hundidos que daban feo cobijo a las ratas de agua en sus recovecos descoloridos por el barro; campanarios de iglesia, almacenes, tejados de casas, arcos, puentes, hombres y mujeres, toneles, grúas, cajas, caballos, diligencias, personas ociosas y trabajadoras, todos

mezclados, cualquier mañana de verano, superaban con creces la capacidad de discernimiento de Tom.

En mitad de semejante confusión, se oía el incesante rugido de la chimenea de los paquebotes, que era lo que mejor expresaba y subrayaba la emoción de la escena. Todos parecían sudorosos y molestos exactamente igual que sus pasajeros; siempre apresurados e impacientes a su ronca manera, siempre jadeantes y sin detenerse. «¡Vamos apresúrense estoy muy nervioso ay Dios no llegaremos nunca llegan muy tarde vamos me marcho ahora mismo dense prisa!» Incluso después de partir y de estar a salvo en mitad de la corriente, volvían a empezar a la menor provocación, pues el paquebote más valiente de todos, al tener que detenerse por un atasco en el río, empezaba a jadear y resoplar de nuevo. «¡Oh un parón qué es lo que pasa vamos que tengo prisa parece hecho adrede por Dios vamos de una vez!» Y así, en un estado mental que rozaba la locura, se lo veía alejarse despacio entre la niebla que volvía rojiza la luz estival.

No obstante, el barco de Tom o al menos el paquebote que más interesó a Tom y a su hermana en una ocasión concreta, no había partido aún, ni mucho menos, sino que estaba sumido en el desorden. La presión de los pasajeros era muy grande, había otros dos barcos de vapor a cada lado, los pasillos estaban atascados, mujeres obcecadas que querían ir a Gravesend pero hacían oídos sordos a las indicaciones de que este barco concreto estaba a punto de zarpar rumbo a Amberes, insistían en ocultar cestas de comida detrás de los mamparos y los toneles de agua, y debajo de los asientos; y prevalecía una gran confusión.

Era tan entretenido que Tom, con Ruth cogida del brazo, se quedó contemplándolo desde el muelle sin reparar, como solemos hacer las personas de carne y hueso, en que tenía detrás a una anciana que cargaba con un enorme paraguas y no sabía qué hacer con él. El enorme artilugio tenía el mango curvo y su proximidad se le hizo patente a Tom gracias a una dolorosa presión en el cuello cuando se le enganchó en el pescuezo. Justo después de liberarse de muy buen humor, notó la contera en la espalda, luego el mango se le enredó en los tobillos, a continuación el paraguas le golpeó en el sombrero y aleteó como un enorme pájaro, por fin se le hundió o clavó entre las costillas con tanta fuerza que no pudo sino darse la vuelta para plantear una educada queja.

Al volverse vio a la dueña del paraguas esforzándose de puntillas, con una expresión de violenta animosidad pintada en el semblante, por contemplar los barcos de vapor, de lo que dedujo que lo había atacado a propósito porque estaba en primera fila y lo había considerado su enemigo natural.

—¡Qué persona tan poco amable debe de ser usted! —dijo Tom.

La señora gritó con ferocidad: «¿Dónde está la *póliza* ?» (refiriéndose a la policía) y continuó diciendo mientras amenazaba a Tom con el mango

del paraguas que, si no fuese porque esos tipos nunca están cerca cuando se les necesita, lo habría denunciado, vaya que sí.

—¡Si en vez de atusarse tanto el bigote atendieran un poco más a las obligaciones por las que les pagan —observó— una no se volvería loca con tantos empujones!

Sin duda la habían empujado con fuerza porque su gorro estaba doblado como si fuese un tricornio. Como además era una mujer baja y gruesa, estaba muy cansada y acalorada. Así que, en lugar de proseguir con la discusión, Tom le preguntó con educación a qué barco quería subir.

—¡Supongo —replicó la señora— que cree usted que es el único que puede querer ver un *paquete* de vapor sin tener que embarcar en él! ¡Hace falta ser bobo!

—Y ¿cuál quiere usted ver? —dijo Tom—. Le haremos sitio si podemos. No sea tan malhumorada.

—Ningún bendito con quien haya estado en momentos difíciles —replicó la señora un tanto aplacada—, y conste que han sido muchos, me ha acusado jamás de otra cosa que no sea de tener un carácter dulce y justo. «No tema llevarme la contraria, si cree que eso le va a sentar bien, señora —digo a menudo— puede estar segura de que Sarah no le responderá». Aunque no niego que hoy estoy molesta y fuera de mis casillas, y con razón. ¡Dios es testigo!

A esas alturas, la señora Gamp (pues no era otra que esta experimentada enfermera) se había hecho un hueco, con la ayuda de Tom, en un rincón entre Ruth y la barandilla; donde, después de respirar ruidosamente un momento, y ejecutar una breve serie de peligrosos movimientos con el paraguas, se las arregló para instalarse con cierta comodidad.

—Y ¿cuál de esos monstruos resoplantes es el barco de *Anderes*, querría yo saber? —gritó la señora Gamp.

—¿Qué barco busca? —le preguntó Ruth.

—El *paquete* de *Anderes* —respondió la señora Gamp—. No la engañaré, niña, ¿por qué iba a hacerlo?

—El de en medio es el paquebote de Amberes —dijo Ruth.

—Ojalá estuviese en la barriga de Jonás —exclamó la señora Gamp, que por lo visto confundía al profeta con la ballena al expresar ese deseo.

Ruth no respondió; pero como la señora Gamp, con la barbilla apoyada en la fría barandilla, siguió mirando con intensidad el barco de Amberes, y de vez en cuando soltaba algún gemido, le preguntó si algún

hijo suyo iba a partir esa mañana. O tal vez su marido, apuntó con mucha amabilidad.

—Lo que demuestra —dijo la señora Gamp, alzando la vista— lo poco que lleva usted en este *baile* de lágrimas, mi querida y joven señorita. Como dice a menudo una buena amiga mía, que se llama Harris, la señora Harris, que vive al otro lado de la plaza, subiendo las escaleras, nada más doblar la esquina, al lado del estanco: «¡Ay, Sarah, Sarah, qué poco sabemos lo que nos espera!». «Señora Harris, es verdad que no sabemos mucho —le digo yo—, pero sí más de lo que usted supone. El cálculo que hace cada cual, señora, sobre el número de miembros de su familia es exacto más a menudo de lo que cree». «Sarah, dígame cuál es mi número individual», dice ella en un tono de voz espantoso. «No, señora Harris —respondo yo— discúlpeme, si tiene la bondad. El mío se quedó corto en tres pares y la humedad de la escalera le afectó a los *plumones* y acabó tumbado sonriendo en la cama, sin saberlo. Conque, señora, me niego a participar y me lo tomo según viene». El mío —dijo la señora Gamp— se ha ido, mi querida amiga. Y, en cuestión de maridos, hay una pata de palo que se fue también por su cuenta, y que por su afición a entrar en las bodegas y no salir hasta que la sacaban por la fuerza, era tan débil como la carne, si no más. —Terminada esta oración, la señora Gamp apoyó la barbilla sobre el frío hierro, observó fijamente el paquebote de Amberes, movió la cabeza y gimió—. Si yo fuera hombre no podría tener eso en mi conciencia, ni yo ni nadie que merezca ese nombre.

Tom y su hermana se miraron; y Ruth, después de un momento de duda, le preguntó a la señora Gamp qué era lo que tanto le preocupaba.

—Querida —replicó esa señora, bajando la voz—, es usted soltera, ¿no? —Ruth se rió, se ruborizó y dijo que sí—. ¡Tanto peor para todos! Pero ¡otras están casadas y en estado matrimonial! Y ¡hay una joven criatura que va a subir esta misma mañana a ese *paquete*, y que si para algo no está preparada es para hacerse a la mar! —Hizo una pausa, para observar la cubierta del paquebote en cuestión y la escalerilla que subía hasta él y los pasillos. Después de convencerse de que el objeto de su conmiseración no había llegado aún, alzó la mirada poco a poco hasta lo alto de la chimenea e increpó a la embarcación muy indignada—: ¡Maldito seas —dijo—, valiente monstruo ruidoso estás hecho con tanto *chispirrotear* para que una joven criatura sea tu pasajera! Parece que nunca hayas roto un plato, ¿eh? Venga a martillar, venga estruendo y silbidos, ¡animal! Esas máquinas de vapor que Dios confunda han hecho más por distraernos de nuestras tareas normales y por que las cosas ocurran cuando nadie se lo espera (sobre todo los ferrocarriles) que cualquier otro espanto. Me han contado el caso de un muchacho, un guardabarrera de un ferrocarril, inaugurado no hace ni tres años, y a quien conoce muy bien la señora Harris, pues está emparentada con él por el matrimonio de su hermana con un maestro aserrador, que ya es padrino de veintiséis pequeños desconocidos, igual de inesperados, y a todos les pusieron el nombre de la locomotora responsable. ¡Uf —dijo la señora Gamp, continuando su diatriba—, es fácil darse cuenta de que

eres un invento del hombre por el modo en que desprecias la debilidad de nuestra naturaleza, so animal! —No habría sido raro pensar, al oír la primera parte de las lamentaciones de la señora Gamp, que tenía intereses en las diligencias o en las sillas de posta. No obstante, no tuvo forma de comprobar el efecto de sus conclusiones en su joven compañera, pues llegada a ese punto se interrumpió y exclamó—: ¡Ya la ven! ¡Pobre dulce y joven criatura, ahí va, como un cordero al sacrificio! Si hay una *catrástofe* en ese barco cuando se haga a la mar —dijo la señora Gamp en tono profético—, será un asesinato y yo seré testigo de *encargo* .

Hablaba con tanta seriedad que la hermana de Tom (que era tan bondadosa como el propio Tom) no pudo sino responder:

—Dígame, por favor, ¿cuál es la señora que tanto le preocupa? —preguntó.

—Allí —gimió la señora Gamp—. ¡Allí! Está cruzando la pasarela de madera en este mismo instante. ¡Acaba de resbalar con una monda de naranja! —añadió, apretando el mango del paraguas—. ¡Menudo susto me ha dado!

—¿Dice usted la señora que va con el hombre embozado en una capa y a quien apenas se le distingue la cara?

—¡Ya puede tapársela! —replicó la señora Gamp—. Razones tiene para avergonzarse de sí mismo. ¿Ha visto cómo le ha tirado de la muñeca?

—Parece un poco brusco con ella, desde luego.

—¡Ahora se la lleva al camarote! —dijo la señora Gamp con impaciencia—. ¿Qué pretende ese hombre? Para mí que lleva al demonio dentro. ¿Por qué no la deja quedarse al aire libre?

No lo hizo, fuese cual fuese el motivo, sino que la llevó abajo y desapareció él también, sin desabrocharse la capa, ni detenerse en la cubierta abarrotada ni un minuto más de lo necesario para llegar a esa parte del barco.

Tom no había oído esta conversación, porque otra cosa atrajo su atención de manera inesperada. Una mano en la manga le impulsó a volverse justo cuando la señora Gamp terminaba su diatriba contra la máquina de vapor; y en su brazo derecho (Ruth estaba a su izquierda) encontró, para su sorpresa, a su casero.

No le sorprendió tanto que estuviese allí como que se le hubiese acercado de una manera tan rápida y silenciosa, pues un instante antes había otra persona a su lado, y no había notado ningún cambio ni empujones entre el gentío que lo rodeaba. Ruth y él habían comentado muchas veces el sigilo con que su casero entraba y salía de su propia

casa; pero no por eso dejó de sorprenderse Tom al verlo ahora a su lado.

—Le ruego que me perdone, señor Pinch —le dijo al oído—. Estoy bastante enfermo y casi sin aliento, y mi vista no es muy buena. Ya no soy tan joven, señor. ¿No verá a un caballero con una capa que lleva a una dama del brazo; una señora con velo y un chal negro, verdad?

Si él no los había visto fue raro que mientras hablaba identificase entre la muchedumbre a las personas a quienes había descrito, y que apartara la vista para mirar a Tom, como si ardiese en deseos de controlar sus ojos.

—¡Un caballero con una capa —dijo Tom—, y una señora con un chal negro! ¡Déjeme ver!

—¡Sí, sí! —replicó él con aguda impaciencia—. Un caballero embozado de pies a cabeza llama la atención en una mañana como esta, como si estuviese enfermo, ahora mismo se está tapando la cara. ¡No, no, no! Ahí no —añadió siguiendo la mirada de Tom—, al otro lado, por ahí, más allá. —Una vez más volvió a señalar, pero en esta ocasión con el dedo extendido, al lugar donde se había interrumpido de momento el avance de esas personas.

—Hay tanta gente, y tanto movimiento, y tantas cosas —dijo Tom—, que me cuesta... No, no veo a ningún caballero con una capa ni a una señora con un chal negro. ¡Allí hay una con un chal rojo!

—¡No, no, no! —gritó su casero señalando con impaciencia—. Ahí no. Al otro lado, al otro lado. Busque la escalerilla de los camarotes. A la izquierda. Tienen que estar cerca de la escalerilla. ¿La ve? ¡Ya ha sonado la campana! ¿Ve la escalerilla?

—¡Espere! —dijo Tom—. Tiene razón. ¡Mire! Ahí están. ¿Es ese el caballero al que se refiere? ¿El que está bajando ahora mismo, arrastrando los pliegues de la capa?

—¡El mismo! —replicó el casero, sin mirar adónde apuntaba Tom—. ¿Me hará usted un favor, señor, un gran favor? ¿Puede entregarle esta carta? ¿Sólo dársela? La está esperando. Me lo han encargado mis jefes, pero he tardado mucho en dar con él, y como ya no soy tan joven como antes no me daría tiempo a subir a bordo y bajar a tiempo. ¿Disculpará mi osadía y me hará ese gran favor?

Las manos le temblaban, y su rostro revelaba un gran interés y agitación cuando le dio la carta a Tom y señaló a su destinatario como el Tentador en algún siniestro relieve antiguo.

Dudar ante una petición compasiva y amable no formaba parte de la naturaleza de Tom. Cogió la carta, le susurró a Ruth que esperase porque volvería enseguida, y bajó los escalones lo más deprisa que



pudo. Había tanta gente bajando, tantos que subían, tantas mercancías voluminosas que iban y venían, tantas campanas que sonaban, tantos silbidos del vapor y tantos gritos, que le costó mucho trabajo abrirse paso, o recordar a qué barco se dirigía. Pero lo encontró a tiempo y subió enseguida por la escalerilla y enseguida vio al hombre a quien buscaba de pie al fondo del salón, de espaldas a él, leyendo un cartel que había en la pared. Cuando se adelantó para entregarle la carta, él se sobresaltó al oír pasos y se volvió.

Cuál no sería la sorpresa de Tom al descubrir que era el hombre con quien se había peleado en el campo, ¡Jonas, el marido de la pobre Mercy!

Tom oyó que le decía lo que el diablo le ordenaba; pero habló de manera tan confusa que le costó entenderlo.

—No quiero tener nada que ver con usted —dijo Tom—; hace un momento me han pedido que le entregara esta carta. No lo he reconocido con esta vestimenta tan extraña. ¡Tómela!

Así lo hizo, la abrió y la leyó. Su contenido era evidentemente muy breve; poco más que una línea, tal vez; pero le golpeó como una piedra lanzada con una honda. Trastabilló mientras la leía.

Su emoción fue tan distinta de cualquier otra que conociera Tom, que se detuvo involuntariamente. Por momentáneo que fuese su estado de indecisión, la campana dejó de sonar mientras estaba allí; y una voz áspera preguntó si había alguien que tuviese que desembarcar.

—¡Sí! —gritó Jonas—. Ya... ya voy. Espere. ¿Dónde se ha metido esa mujer? Ven, ven aquí.

Abrió otra puerta mientras hablaba y más que acompañarla la empujó. Ella estaba pálida, asustada y perpleja de ver a su antiguo conocido, pero no tuvo tiempo de hablar, pues arriba reinaba una gran confusión y Jonas la empujó hacia cubierta.

—¿Adónde vamos? ¿Qué es lo que ocurre?

—Nos volvemos —dijo furioso, Jonas—. He cambiado de opinión. No puedo irme. No me preguntes, si no quieres que te mate a ti o a algún otro. ¡Alto ahí! ¡Alto! Vamos a desembarcar. ¿Me oye? ¡Vamos a desembarcar!

Se volvió, incluso en el frenesí de su precipitación, y frunciendo siniestramente el ceño miró a Tom y lo amenazó con el puño cerrado. No hay muchos rostros humanos capaces de expresar lo que acompañó a ese gesto.

Tiró de ella, y Tom los siguió. Cruzaron la cubierta, hasta el otro lado, pasaron por la inestable pasarela y subieron los escalones, mientras él

tiraba de su mujer con fuerza, sin mirarla, con la vista fija en los rostros del muelle. De pronto se volvió, y le dijo a Tom con un espantoso juramento:

—¿Dónde está?

Antes de que Tom, en su sorpresa e indignación, pudiera responder a una pregunta tan incomprensible para él, se les acercó por detrás un caballero y saludó a Jonas Chuzzlewit por su nombre. Era un caballero que parecía extranjero, con bigotes y patillas negras, y le habló con una educada compostura que contrastaba de manera muy extraña con la actitud enloquecida y desesperada de Jonas.

—¡Chuzzlewit, mi buen amigo! —dijo el caballero, levantándose el sombrero para saludar a la señora Chuzzlewit—. Le pido perdón mil veces. Nada más lejos de mi intención que impedir un viaje doméstico de esta naturaleza (siempre tan agradable y descansada, lo sé, aunque yo no tengo la dicha de ser un hombre muy doméstico, lo que constituye la gran infelicidad de mi existencia), pero la colmena, mi querido amigo, la colmena... ¿No me va a presentar usted?

—Este es el señor Montague —dijo Jonas, a quien parecían atragantársele las palabras.

—El más triste y penitente de los hombres, señora Chuzzlewit —prosiguió ese caballero—, por haber estropeado su excursión; pero, como acabo de decirle a mi amigo, la colmena, la colmena. Tenía pensado hacer un breve viaje por el continente, querido amigo, ¿no es así?

Jonas guardó un terco silencio.

—¡Así me muera! —exclamó Montague—, pero me sorprende. Por mi alma que me sorprende. Pero esta condenada colmena nuestra de la City está por encima de cualquier otra consideración a la hora de hacer miel, y esa es mi mejor excusa. A mi derecha hay una anciana muy peculiar que no para de hacer reverencias —dijo Montague interrumpiendo su parlamento, y mirando a la señora Gamp— y que no es amiga mía. ¿Alguno de ustedes la conoce?

—¡Ah! ¡Claro que me conocen, benditos sean! —dijo la señora Gamp—. Y bendito usted también, señor, ¡y por muchos años! ¡Ojalá todo el mundo —añadió a modo de brindis sentimental— fuese tan feliz, como me ha contado un pajarito que es cierto caballero cuyo nombre no diré, por miedo a ofender a alguien! Mi querida señora —interrumpió un momento sus efusiones, pues hasta ese momento había dado la impresión de estar muy entretenida—, ¡está usted muy pálida!

—¡También ha venido usted! —murmuró Jonas—. ¡Dios, casi están todos!

—Espero, señor —replicó la señora Gamp, haciendo una indignada reverencia—, que a nadie le importe que la señora Harris y yo demos un paseo por un muelle público. Que fue justo lo que me dijo (la última vez que hablé con ella): «Sarah, ¿es un muelle público?». «Señora Harris, ¿cómo puede dudarlo? —respondí—. Hace ya treinta y ocho años que me conoce, y si alguna vez me ha visto ir o querer ir donde no fuese bien recibida, dígalos». «No, Sarah, al contrario», dice la señora Harris. Y ella lo sabe mejor que nadie. No soy más que una pobre mujer, pero la gente requiere mis servicios, aunque no lo crea. Me van a buscar a cualquier hora de la noche, y muchos caseros me han llamado la atención, porque creyeron que había fuego. Salgo a ganarme el pan, es cierto, pero gracias a eso conservo mi independencia, con su permiso, y lo haré hasta la muerte. Tengo mis sentimientos como mujer, y he sido madre, pero si alguien toca una olla de mi propiedad, o hace el menor comentario sobre lo que como o bebo, aunque sea la criada favorita más joven y descarada que haya servido en una casa, o se va ella o me voy yo. No gano mucho, pero no dejo que me den órdenes. Bendecir al bebé y salvar a la madre ha sido siempre mi *indivisa*, señor, pero me atrevo a añadir: ¡no intente darle órdenes a la enfermera, porque no lo tolerará!

La señora Gamp concluyó sujetándose con fuerza el chal con ambas manos, y, como de costumbre, aludiendo a la señora Harris para que corroborara plenamente estos detalles. Tenía ese peculiar temblor de la cabeza que, en las señoras de carácter nervioso, puede tomarse como una clara indicación de que están a punto de volver a estallar cuando Jonas introdujo un oportuno inciso.

—Ya que está usted aquí —dijo—, más vale que cuide de ella, y la acompañe a casa. Yo tengo otras obligaciones.

No dijo nada más, pero miró a Montague, como para darle a entender que estaba listo para atenderlo.

—Lamento tener que llevármelo —dijo Montague. La mirada siniestra que le echó Jonas se grabó en la memoria de Tom, que la recordaría a menudo después—. Por mi vida, que es cierto —dijo Montague—. ¿Por qué lo ha hecho necesario?

—No soy yo quien lo ha hecho necesario. El responsable es usted.

No dijo más. Pero dio la impresión de que lo decía impulsado por un demonio hosco que llevaba en su interior y al que no podía resistirse a pesar de hallarse atado y en manos del otro. Sus mismos andares, cuando se alejaron, eran como los de un hombre encadenado; pero el mismo demonio se las arregló para asomar en sus puños cerrados, su ceño fruncido y sus labios apretados.

Subieron a un elegante cabriolé que les estaba esperando y se marcharon.

Toda esta extraordinaria escena sucedió tan deprisa, y el bullicio que la rodeaba pareció tan inconsciente de ella que, aunque Tom había sido uno de sus principales protagonistas, fue como un sueño. Nadie había reparado en él desde que desembarcaron del paquebote. Se había quedado detrás de Jonas y tan cerca que no pudo evitar oírlo todo. Esperó, con su hermana del brazo, la oportunidad de explicar su extraña participación en aquel aún más extraño asunto. Pero Jonas no apartó en ningún momento los ojos del suelo; nadie lo miró siquiera, y antes de que pudiese tomar alguna decisión, todos se marcharon.

Miró en busca de su casero. Pero ya lo había buscado varias veces y el hombre había desaparecido. Seguía buscándolo cuando vio una mano que le hacía una señal desde un coche de alquiler; y cuando acudió a toda prisa descubrió que era la de Merry. Le habló con precipitación, asomada a la ventana, para que su acompañante, la señora Gamp, no pudiera oírla.

—¿Qué ocurre? —dijo—. Dios mío, ¿qué ocurre? ¿Por qué mi marido me pidió anoche que me preparase para un largo viaje y por qué nos ha hecho usted volver como si fuésemos criminales? ¡Querido señor Pinch —le cogió las manos como si estuviera loca—, apiádese de nosotros! ¡Cualquiera que sea este horrible secreto, sea compasivo, y Dios lo bendecirá!

—Si estuviese en mi mano ser compasivo —exclamó Tom—, créame que no lo pediría usted en vano. Pero soy tan débil e ignoro lo que ocurre tanto como usted.

Ella volvió a meterse en el coche, y Tom vio la mano que lo saludaba un instante, aunque con las prisas no supo interpretar si con reproche e incredulidad o a modo de desdichada, pesarosa y triste despedida.

¿Había acordado el señor Nadgett verse con el hombre que nunca acudía a la cita en London Bridge esa mañana? Desde luego estaba asomado al parapeto y contemplando el muelle de los barcos de vapor en ese momento. No es posible que fuese por placer, porque nunca hacía nada por placer. No. Seguro que tenía alguna obligación.

## **Capítulo XLI. El señor Jonas y su amigo llegan a un acuerdo amistoso y acometen una empresa**

Las oficinas de la Compañía Anglobengalí de Seguros de Vida y Préstamos Desinteresados quedaban cerca y el señor Montague llevó a Jonas directamente allí; el viaje fue muy corto, pero podría haber durado horas sin que ninguno dijera nada, pues estaba claro que Jonas no quería romper el silencio y que, de momento, su querido amigo tampoco estaba interesado en entablar conversación.

Se había quitado la capa, como si no tuviese ya motivos para esconderse, y, con esa prenda arrugada entre las rodillas, se sentó lo más lejos de su acompañante que permitía el reducido espacio del vehículo. Su actitud era muy diferente comparada con la de hacía unos minutos, cuando Tom se lo encontró de manera tan inesperada a bordo del paquebote, o cuando sufrió aquel cambio tan desagradable en el despacho del señor Montague. Parecía alguien a quien hubiesen desenmascarado y a quien mantuviesen a distancia, daba la impresión de estar desconcertado, acosado y perseguido; aunque en su rostro asomaba cada vez más una determinación que lo alteraba mucho. Era una determinación sombría, desconfiada, ceñuda, pálida de rabia por la derrota; aún parecía humillado, vil, cobarde y mezquino, pero, aunque el conflicto siguiera su curso, esa fuerte determinación pugnaba con las demás emociones y las iba derribando a medida que surgían.

Como no era atractivo ni en sus mejores momentos, es fácil suponer que tampoco lo era ahora. Sus dientes habían dejado profundas marcas en el labio inferior, y estas pruebas de la agitación que acababa de sufrir mejoraban tan poco su apariencia como las profundas arrugas de su frente. Pero ahora estaba sereno, anormalmente sereno, como se dice que les sucede a los hombres no muy valientes en los momentos de desesperación extrema; y, cuando el vehículo se detuvo, no esperó a que lo invitaran: se apeó de un salto y subió las escaleras.

El presidente lo siguió, cerró la puerta del Salón de Juntas nada más entrar, y se desplomó en un sofá. Jonas se quedó delante de la ventana, mirando a la calle, y se recostó en el cristal, con la cabeza apoyada en los brazos.

—¡Esto no ha estado nada bien, Chuzzlewit! —dijo por fin Montague—. ¡Palabra que no ha estado nada bien!

—¿Qué quería que hiciese? —respondió, mirándolo de pronto—. ¿Qué esperaba?

—Confianza, mi buen amigo. ¡Un poco de confianza! —dijo ofendido Montague.

—¡Dios! Como la que ha demostrado usted tener en mí —replicó Jonas—, ¿no?

—¿No? —dijo su interlocutor, alzando la cabeza y mirándolo, aunque él había vuelto a apartar la mirada—. ¿No? ¿Acaso no le he confiado los planes que he tramado para nuestro beneficio: nuestro beneficio, fíjese bien, no el mío? Y ¿qué recibo a cambio? ¡Un intento de fuga!

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién dice que pensaba huir?

—¡Que quién lo dice! Vamos, vamos. Un barco extranjero, amigo mío, a primera hora de la mañana, una figura embozada para no ser reconocida. ¡Que quién lo dice! Si su intención no era dejarme plantado, ¿qué hacía usted ahí? Si su intención no era dejarme plantado, ¿por qué ha vuelto?

—He vuelto —dijo Jonas— para evitar una escena.

—Sabia decisión —replicó su amigo.

Jonas se quedó muy callado; siguió mirando la calle con la cabeza apoyada en los brazos.

—Bueno, Chuzzlewit —dijo Montague—, a pesar de lo sucedido, seré claro con usted. ¿Me está escuchando? No le veo más que la espalda.

—Le oigo. ¡Continúe!

—Digo que, a pesar de lo sucedido, seré claro con usted.

—Ya lo ha dicho antes. Y ya le he oído. Continúe.

—Está usted un poco molesto, pero lo entiendo; por suerte yo estoy de muy buen humor. En fin, veamos cómo están mis circunstancias. Hace uno o dos días, le comenté, mi querido amigo, que creía haber descubierto...

—¿Quiere callarse? —dijo Jonas, volviéndose con ferocidad y mirando hacia la puerta.

—¡Vaya, vaya! —respondió Montague—. ¡Juicioso! ¡Muy correcto! Si mis descubrimientos se hiciesen públicos, serían como muchos descubrimientos de otros hombres en este mundo: dejarían de serme útiles. ¡Ya ve, Chuzzlewit, lo ingenuo y franco que soy al mostrarle la debilidad de mi posición! Por volver a lo que estábamos hablando: hago, o creo haber hecho, cierto descubrimiento que le comento a usted con discreción en cuanto puedo, con ese espíritu de confianza que esperaba

que prevaleciese entre nosotros y que a usted le embargara también. Tal vez haya algo de cierto, tal vez no. Tengo mis ideas y mi propia opinión. Pero, mi buen amigo, ha sido usted débil; lo que quiero hacerle ver es que ha sido usted débil. Podría querer sacarle provecho a este pequeño incidente (claro que sí, no lo negaré), pero eso no significa hurgar más en el asunto ni utilizarlo contra usted.

—¿A qué llama usted utilizarlo contra mí? —preguntó Jonas, que seguía sin cambiar de postura.

—¡Ah! —dijo Montague, con una carcajada—. No entraremos en eso.

—Utilizarlo para convertirme en un mendigo. ¿A eso se refiere?

—No.

—¡Dios! —murmuró con amargura Jonas—. En eso se basa su provecho. Al menos dice la verdad.

—Quería que invirtiera (es una inversión muy segura) un poco más en la empresa, claro, y que guarde silencio —dijo Montague—. Me prometió que lo haría; y debe cumplir su promesa. Se lo digo con claridad, Chuzzlewit, DEBE hacerlo. Piénselo. Si no lo hace, su secreto es inútil para mí; y al serlo tanto me dará que se haga público como que no: incluso me convendría más lo primero porque me daría buena fama sacarlo a la luz. Además quiero que actúe como señuelo en un caso del que ya le he hablado. A usted le da igual, lo sé. Ese hombre le trae sin cuidado (le trae sin cuidado todo el mundo, es demasiado listo, igual que yo, espero) y soportaría con piadosa entereza cualquier pérdida que pudiera sufrir. ¡Ja, ja, ja! Ha intentado huir de la primera consecuencia. No tiene escapatoria, se lo aseguro. Se lo he demostrado a usted hoy. En fin, ya sabe que no soy ningún moralista. Me importa un bledo lo que haya podido hacer usted, cualquier pequeña indiscreción que pueda haber cometido; pero quiero sacar provecho de ella, si puedo; y no me importa confesárselo a un hombre de su inteligencia. No soy el único que tiene esa debilidad. Todo el mundo se aprovecha de las indiscreciones del vecino, y los que más lo hacen son las personas de buena reputación. ¿Por qué me causa usted estos problemas? Tenemos que llegar a un acuerdo amistoso o a un enfrentamiento. No hay otra posibilidad. En el primer caso, apenas sufrirá ningún perjuicio. En el segundo... ¡en fin, usted sabe mejor que nadie lo que es probable que suceda!

Jonas se apartó de la ventana y se le acercó. No lo miró a la cara, no tenía costumbre, pero dirigió la mirada hacia él, más o menos hacia su pecho, e hizo un gran esfuerzo por responderle despacio y con claridad. Igual que un hombre que sabe que está borracho.

—De nada sirve mentir —dijo—. Es cierto que había pensado en huir y entenderme mejor con usted desde el extranjero.

—¡Claro, claro! —dijo el señor Montague—. Nada más natural. Lo imaginé y tomé medidas para impedirlo. Pero me temo que le estoy interrumpiendo.

—No le preguntaré —prosiguió Jonas, haciendo un esfuerzo aún mayor — cómo diablos escogió usted al hombre que me dio el recado, ni dónde lo encontró. Antes ya tenía una cuenta pendiente con él. Si de verdad le importan tan poco los demás, como acaba de decir, le dará igual lo que sea de un perro rabón como ese, y dejará que le ajuste las cuentas a mi manera.

Si hubiese alzado la vista hasta el rostro de su compañero, habría visto que era evidente que Montague era incapaz de entender lo que le decía. Pero, como siguió con la mirada furtiva fija en el mismo sitio que antes, e interrumpiéndose sólo para humedecerse con la lengua los labios resecaos, no se percató. A un observador atento le habría llamado la atención que la intensa mirada de Jonas fuese parte del cambio que se había producido en su apariencia. Miraba un lugar con el que sus pensamientos claramente no tenían nada que ver, igual que el acróbata en la cuerda floja mira algún objeto para mantener el equilibrio y no desvía la vista por miedo a tropezar. Montague fue rápido en responder, aunque lo hiciera al azar: no había ninguna diferencia de opinión entre él y su amigo a propósito de eso. Ni la más mínima.

—Su gran descubrimiento —prosiguió Jonas, con un salvaje desprecio que no pudo contener— puede ser cierto o falso. Sea como sea, no creo ser peor que otros.

—Ni mucho menos —dijo Tigg—. Ni mucho menos. Todos somos iguales... o casi.

—Una cosa quiero saber —siguió diciendo Jonas—, ¿es asunto suyo? No le extrañará que se lo pregunte.

—¡Asunto! —repitió Montague.

—¡Sí! —replicó con aspereza—. ¿Lo sabe alguien más? ¡Vamos! No dude.

—¡No! —dijo Montague, sin la menor vacilación—. ¿De qué cree que serviría, si no hubiese guardado el secreto?

Por primera vez, Jonas lo miró. Después de una pausa, extendió la mano y dijo con una risa:

—¡Vamos! Póngamelo fácil y haré lo que quiera. Hasta es posible que las cosas me vayan mejor que si me hubiese ido esta mañana. Aquí estoy y aquí me quedará. ¡Júremelo! —Carraspeó, porque tenía la voz ronca y dijo en tono más frívolo—: ¿Quiere que vaya a ver a Pecksniff? ¿Cuándo? ¡Dígame cuándo!



—¡Cuanto antes! —gritó Montague—. Nunca será demasiado pronto para camelarlo.

—¡Dios! —exclamó Jonas con una violenta carcajada—. Será divertido engañar a ese viejo hipócrita. Lo odio. ¿Voy esta noche?

—¡Sí! ¡Esta —dijo extasiado Montague— sí que es manera de hacer negocios! Ahora nos entendemos. Esta noche, amigo mío, desde luego que sí.

—¡Venga conmigo! —exclamó Jonas—. Debemos causarle buena impresión; iremos con mucha pompa y llevaremos documentos: es un individuo muy astuto y, si no actuamos con suma destreza, no se dejará engañar. Lo conozco. No puedo llevar allí sus alojamientos ni sus cenas, así que tendré que llevarle a usted. ¿Vendrá?

Su amigo pareció dudar, como si no hubiese previsto tal propuesta y no le hiciese mucha gracia.

—Podemos terminar de planearlo por el camino —dijo Jonas—. Es mejor no ir directamente a verlo, sino viajar a algún otro sitio y desviarnos para ir a verlo. Puede que no necesite presentarle, pero quiero que esté usted allí. Conozco a ese hombre, se lo aseguro.

—Pero ¿y si me reconoce? —dijo Montague, encogiéndose de hombros.

—¡Reconocerle! —gritó Jonas—. ¿No corre el mismo riesgo con otras cincuenta personas al día? ¿Lo reconocería su padre? ¿Lo reconocí yo? Dios, tenía usted una pinta muy distinta la primera vez que lo vi. ¡Ja, ja, ja! Me acuerdo de los parches y los remiendos, ¡ni pelo teñido ni dientes postizos! ¡Entonces era usted un bromista muy distinto! ¡Hasta su forma de hablar era diferente! Luego se ha tomado tan en serio lo de ser un caballero que ha acabado creyéndoselo. ¿Qué más le da a usted si le reconoce? Un cambio así es una prueba de su éxito. Usted lo sabe, o no me habría dicho quién era. ¿Vendrá?

—Mi buen amigo —dijo Montague, dudando aún—, me fío de que puede lograrlo solo.

—¡Que se fía! Dios, puede fiarse de mí más que nunca. Ya no intentaré huir... ¡nunca! —se interrumpió, y añadió en tono más comedido—. No lo lograré sin usted. ¿Vendrá?

—Iré —dijo Montague—, si lo cree necesario.

Y sellaron el trato con un apretón de manos.

La agitación de la que había hecho gala Jonas la última parte de la conversación, y que había ido en aumento casi con cada palabra desde que miró a su honorable amigo a la cara hasta ahora, no disminuyó,

sino que continuó en su máxima expresión. Habría sido rara en cualquier momento, nada típica de su temperamento y su constitución, y especialmente antinatural dadas sus siniestras circunstancias, pero continuó. No fue como el efecto de vino, o cualquier bebida ardiente, pues siguió siendo totalmente coherente. Incluso le ayudó a protegerse de la influencia de esos excitantes, pues, aunque bebió profusamente varias veces ese día, sin prudencia ni precaución, siguió exactamente en sus cabales, y su estado de ánimo ni empeoró ni mejoró en modo alguno.

Después de una breve discusión, decidieron viajar de noche, para no interrumpir los negocios del día y debatieron el medio de transporte. Como el señor Montague fue de la opinión de que lo aconsejable era llevar cuatro caballos, al menos al principio, pues arrojaban mucho polvo en los ojos de la gente, en más de un sentido, dio órdenes para que aprestaran un coche con cuatro caballos para las nueve en punto. Jonas no volvió a casa y observó que la obligación de partir en viaje de negocios con tanta precipitación sería una buena excusa por haber tenido que regresar de forma tan inesperada esa mañana. Así que escribió una nota pidiendo que le enviaran el baúl y la envió con un mensajero que volvió con el equipaje y un breve recado de esa otra parte de su equipaje, su mujer, que expresaba su deseo de que le permitiera ir a verlo un momento. A modo de respuesta le escribió: «Más vale», y esa amenazadora afirmación fue suficiente, a pesar de la gramática, para expresar una negativa y ella no acudió.

El señor Montague estuvo muy ocupado ese día y Jonas pasó el tiempo con el médico, en cuyo despacho almorzó. De camino se topó con el señor Nadgett por el pasillo y se burló del huidizo caballero por dar siempre la impresión de querer evitarlo. El señor Nadgett respondió tímidamente que no, pero que creía que era mejor así, como si ya le hubiesen acusado de lo mismo antes.

El señor Montague estaba escuchando o, por decirlo con más elegancia, no pudo evitar oír este diálogo. En cuanto Jonas se marchó, llamó a Nadgett con un gesto con la pluma y le susurró al oído:

—¿Quién le entregó mi carta esta mañana?

—Mi inquilino, señor —dijo Nadgett, tapándose la boca con la palma de la mano.

—Y ¿cómo ocurrió?

—Me lo encontré en el muelle, señor. Había que actuar deprisa, y usted no llegaba, fue necesario hacer algo. Por suerte se me ocurrió que, si se la entregaba yo, habría dejado de serle útil. Me habría delatado en el acto.

—Señor Nadgett, es usted una joya —dijo Montague, dándole una palmadita en la espalda—. ¿Cómo se llama su inquilino?

—Pinch, señor. Thomas Pinch.

Montague reflexionó un momento y luego preguntó:

—¿Sabe si ha venido del campo?

—De Wilshire, señor; eso me ha dicho.

Se despidieron sin decir ni una palabra más. Cualquiera que hubiese visto al señor Nadgett hacer una reverencia cuando volvió a encontrarse con Montague, y al señor Montague responderle, habría jurado que jamás habían hablado con confianza en toda su vida.

Entretanto, el señor Jonas y el médico se instalaron cómodamente en la planta de arriba y compartieron una botella de madeira añejo y unos bocadillos, pues al médico lo habían invitado a cenar en la planta de abajo a las seis en punto y prefirió comer algo ligero. Era recomendable, dijo, desde dos puntos de vista: en primer lugar, por ser saludable en sí mismo. En segundo, porque era el mejor preparativo para una cena.

—Y por el bien de todos conviene que tenga usted especial cuidado con su digestión, mi querido señor Chuzzlewit —dijo el médico, chasqueando los labios después de beber una copa de vino—. Tiene que estar en un estado admirable, señor; como un cronómetro. De lo contrario su estado de ánimo tal vez se resienta. El señor de su pecho se sienta sereno en su trono<sup>[123]</sup>, señor Chuzzlewit, como dijo como se llame en la obra de teatro. Ojalá lo hubiese dicho en una obra que hiciese justicia a nuestra profesión, dicho sea de paso. Hay un boticario en esa tragedia, señor, que es un individuo vil, vulgar, señor, muy desnaturalizado.

El señor Jobling sacó los frunces de lino de su camisa, como para añadir: «A esto es a lo que yo llamo la verdadera naturaleza de un médico, señor», y miró a Jonas como esperando que dijese alguna cosa.

Jonas no estaba de humor para seguir con la conversación y cogió un estuche de escalpelos que había sobre la mesa y lo abrió.

—¡Ah! —dijo el médico, repantigándose en la silla—. Siempre me lo saco del bolsillo antes de comer. Mis bolsillos son muy pequeños. ¡Ja, ja, ja!

Jonas había sacado uno de los brillantes instrumentos y lo observaba con una mirada tan afilada y penetrante como su propio y brillante filo.

—¡Buen acero, doctor, buen acero! ¿Eh?

—Sí, sí —replicó el médico con la balbuciente modestia del propietario—. Cualquiera podría abrir una vena fácilmente con él, señor Chuzzlewit.

—Supongo que habrá abierto ya muchas —dijo Jonas mirándolo con creciente interés.

—No pocas, mi querido señor, no pocas. Creo que podría decir que se ha usado en... muchas prácticas —replicó, tosiendo como si no pudiera dejar de ser tan prosaico y literal—. En muchas —repitió el médico, llevándose otra copa de vino a los labios.

—Y ¿podría cortársele a alguien la garganta con esto? —quiso saber Jonas.

—Desde luego, desde luego, si se clava en el sitio indicado —replicó el médico—. Todo depende de eso.

—Donde tiene ahora la mano, ¿no? —gritó Jonas, inclinándose.

—Sí —dijo el doctor—, esta es la yugular.

Jonas, llevado por su vivacidad, hizo un movimiento de sierra en el aire, tan cerca de la yugular del médico que este se puso colorado. Luego (con el mismo extraño espíritu vivaz) estalló en una estridente risotada.

—No, no —dijo el médico, negando con la cabeza—: instrumentos afilados, instrumentos afilados, nunca juegue con ellos<sup>[124]</sup>. Me viene ahora a la memoria un ejemplo muy notable del uso habilidoso de instrumentos afilados. Fue un caso de asesinato. Me temo que fue un caso de asesinato cometido por un miembro de nuestra profesión, de manera sumamente artística.

—¿Ah, sí? —dijo Jonas—. ¿Cómo es eso?

—Pues, señor —replicó Jobling—, no puede ser más sencillo. Una mañana encontraron a cierto caballero de pie al lado de un portal en un callejón oscuro... más bien debería decir al lado de un portal y apoyado en el portal. En su chaleco había sólo una gota de sangre. Estaba frío y muerto; lo habían asesinado.

—¡Sólo una gota de sangre! —dijo Jonas.

—Señor, al hombre en cuestión —replicó el médico— lo habían apuñalado en el corazón. Lo habían apuñalado con tanta destreza que había muerto en el acto y se había desangrado por dentro. Se supuso que un médico amigo suyo (sobre quien recayeron las sospechas) le dio conversación con alguna excusa, lo cogió de la pechera mientras hablaban, examinó el terreno a conciencia con la otra mano; señaló el lugar exacto; sacó el instrumento, cualquiera que fuera, cuando estuvo dispuesto y...

—Lo hizo.

—Exacto —replicó el médico—. A su manera fue una especie de operación, y muy pulcra. El amigo médico nunca apareció y, como le cuento, se llevó el mérito. No sé si lo hizo o no. Pero, como tuve el honor de que me invitaran, junto a dos o tres de mis compañeros de profesión, y ayudé a efectuar un cuidadoso examen de la herida, no me cabe duda de que habría honrado a cualquier médico; y de que en alguien que no perteneciera a la profesión no podía ser ni una extraordinaria obra de arte ni el resultado de una aún más extraordinaria, feliz y favorable conjunción de circunstancias.

Su interlocutor se interesó tanto por el caso que el médico siguió explicándoselo con ayuda de sus propios dedos índice y pulgar y de su chaleco; y, a petición de Jonas, se tomó la modestia de representar en un rincón alternativamente al asesinado y al asesino con mucha teatralidad. Terminados la botella y el relato, Jonas continuaba en el mismo peculiar estado de agitación que cuando se sentaron a la mesa. Si, como teorizaba Jobling, la causa era su buena digestión, debía de ser un avestruz.

A la hora de la cena, aún seguía igual y después de la cena también, y eso que bebieron vino en abundancia y degustaron sabrosas viandas. A las nueve en punto nada había cambiado. Como había un farol en el coche, juró que se llevarían un mazo de cartas y una botella de vino, y con ambas cosas debajo del abrigo salió por la puerta.

—¡Quita de en medio, Pulgarcito, y vete a la cama!

Así saludó al señor Bailey, que le esperaba a la puerta del coche, abrigado y con las botas puestas para ayudarlo a subir.

—¡A la cama, señor! Yo también voy —dijo Bailey.

Jonas se apeó con presteza y volvió al vestíbulo, donde Montague estaba enciendo un puro, llevando con él al señor Bailey cogido del cuello.

—No estará pensando en llevar a este petimetre, ¿verdad?

—Sí —dijo Montague.

Jonas zarandeo al muchacho y lo empujó a un lado. Eso era más típico de él que lo que había hecho hasta entonces aquel día, pero luego rompió a reír y, haciéndole un gesto al galeno imitando al amigo médico, volvió a subir al coche. Su compañero le siguió enseguida. El señor Bailey ocupó el asiento trasero.

—¡Va a ser una noche tormentosa! —exclamó el doctor Jobling, en cuanto ellos se pusieron en camino.

## Capítulo XLII. Continuación de la empresa del señor Jonas y su amigo

El pronóstico del médico con respecto al tiempo no tardó en cumplirse. Aunque el tiempo no fuera su paciente, y nadie le hubiese pedido su opinión sobre el caso, el rápido cumplimiento de su profecía puede tomarse como ejemplo de su tacto profesional; pues, si el aspecto amenazador de la noche no hubiese sido totalmente claro e inconfundible, el señor Jobling jamás habría comprometido su reputación expresando el menor sentimiento al respecto. Este principio le había procurado demasiados éxitos en la práctica de la medicina, para no tenerlo presente en sus transacciones cotidianas.

Era una de esas noches cálidas y silenciosas en las que la gente se sienta al lado de la ventana y espera a oír los truenos que sabe que no tardarán en llegar, en las que recuerda espantosos relatos de huracanes y terremotos, de viajeros solitarios por llanos desnudos y de barcos alcanzados por el rayo. Los rayos centelleaban y temblaban en el horizonte incluso ahora; y el viento llevaba sordos murmullos como si hubiese soplado donde resonaba el trueno y todavía estuviese cargado con sus ecos apagados. No obstante, la tormenta, aunque se estaba preparando muy deprisa, no había llegado todavía; y el silencio que prevalecía parecía tanto más solemne por el obtuso anuncio que flotaba en el aire de ruidos y conflictos lejanos.

Estaba muy oscuro, pero en el cielo turbio se agolpaban nubes que brillaban con una luz chillona, como monstruosos montones de cobre calentados en un horno y dejados a enfriar. Llevaban un rato avanzando lenta e inexorablemente, pero ahora estaban inmóviles, o casi; y, cuando el coche traqueteaba al doblar las esquinas, pasaba, en todas ellas, al lado de un grupo de personas que se había congregado allí —muchos desde sus casas cercanas, sin sombrero— para contemplar esa parte del cielo. Empezaron a caer no pocos goterones de lluvia mientras los truenos retumbaban en la distancia.

Jonas se sentó en un rincón del coche con la botella apoyada en la rodilla y la sujetó con tanta fuerza como si quisiera reducir a polvo el gollete. Instintivamente atraído por la noche, había dejado a un lado el mazo de cartas encima de un cojín; su compañero había apagado el farol llevado por el mismo impulso involuntario, tan inteligible para ambos que ninguno de los dos hizo observación alguna. Los cristales delanteros estaban bajados y se quedaron mirando en silencio la sombría escena que tenían delante.

Habían salido de Londres, o habían salido todo lo que es posible para un viajero cuyo camino discurra por la carretera del oeste a una parada de posta de esa enorme ciudad. De vez en cuando encontraban a algún

peatón que se apresuraba por llegar a algún sitio donde cobijarse, o algún voluminoso carro que avanzaba despacio con el mismo propósito. Había varios de esos vehículos en todos los establos de las tabernas junto a las que pasaron, y los carreteros observaban el tiempo desde la puerta y las ventanas abiertas o se divertían dentro. En todas partes la gente prefería estar acompañada que sentarse sola, así que había muchos rostros vigilantes que parecían contemplar la noche y a ellos en casi todas las casas que pasaban.

Puede parecer extraño que eso incomodara a Jonas o lo desasosegara, pero así fue. Después de murmurar para sus adentros y de cambiar a menudo de postura, bajó la cortina de su lado del coche y le dio la espalda a la ventanilla. No obstante no miró a su compañero, ni rompió el silencio que prevalecía y que los había embargado tan de repente.

Los truenos retumbaban, centelleaban los rayos: la lluvia caía como la cólera del cielo. Rodeados por una luz cegadora y un momento después por una oscuridad impenetrable, siguieron avanzando hacia su destino. Incluso cuando llegaron a la primera posta, donde podrían haberse detenido, siguieron adelante, y mandaron enganchar caballos de refresco cuanto antes. Ni siquiera se plantearon detenerse cinco minutos, que en ese momento era lo que parecía que duraría la tormenta. Continuaron su camino como obligados e impelidos por su propia furia. Aunque no habían intercambiado ni una docena de palabras, y muy bien podrían haberse detenido, parecían intuir, de común acuerdo, que debían continuar el viaje.

Los sordos truenos retumbaban cada vez más y más fuerte, como a través de mil salones de un gigantesco templo en el cielo; los rayos eran cada vez más brillantes y cegadores; la lluvia era cada vez más copiosa. Los caballos (ahora viajaban sólo con dos) se encabritaban y corcoveaban al ver los ríos de tembloroso fuego que parecían serpentear a lo largo del camino, pero los dos hombres siguieron adelante como si los empujara una atracción invisible.

El ojo participaba de la rapidez de los relámpagos y veía en cada resplandor una multitud de objetos que no habría podido ver a pleno día en un tiempo cincuenta veces mayor. Las campanas en los campanarios con la sogá y la rueda que las movía; los deshilachados nidos de pájaro en rincones y cornisas; los rostros consternados en las carretas ladeadas con las que se cruzaban y cuyos tiros asustados mugían una advertencia que ahogaban los truenos; los surcos y las zanjas abandonadas en los campos; kilómetros y kilómetros de campos separados por setos en los que la lejana línea de los árboles se veía tan nítida como el espantapájaros del campo de judías que tenían al lado: por un instante fugaz, vívido y trémulo, todo estaba claro y definido, luego la luz amarillenta se tornaba rojiza, cambiaba a azul y el resplandor se hacía tan intenso que no había más que luz y después sobrevénía la oscuridad más profunda e insondable.

Los rayos eran tan tortuosos y deslumbrantes que es posible que produjesen la curiosa ilusión óptica que se alzó de pronto ante los ojos sorprendidos de Montague en el coche y que desapareció con idéntica rapidez. Creyó ver a Jonas con la mano en alto, asiendo la botella como un martillo y en ademán de ir a golpearle la cabeza. Al mismo tiempo observó (o eso le pareció) cierta expresión en su rostro: una combinación de la extraña excitación que había mostrado todo el día con un odio y un temor tan violentos que habrían hecho de un lobo un acompañante menos temible.

Soltó una exclamación involuntaria, y llamó al cochero, que detuvo los caballos en el acto.

No podía ser lo que había supuesto, pues, aunque no había apartado los ojos de su compañero, y no lo había visto moverse, seguía reclinado en su rincón igual que antes.

—¿Qué sucede? —dijo Jonas—. ¿Siempre hace esto al despertarse?

—¡Juraría —replicó Montague— que no he cerrado los ojos!

—Cuando lo haya jurado —dijo Jonas con compostura—, será mejor que volvamos a ponernos en camino, si es que sólo nos hemos detenido para eso.

Descorchó la botella con los dientes, se la llevó a los labios y echó un largo trago.

—Ojalá no hubiésemos partido de Londres. Esta —dijo Montague apartándose de él por instinto y hablando con una voz que dejaba traslucir su agitación— no es una noche para viajar.

—¡Dios! No le falta razón —replicó Jonas— y de no ser por usted no estaríamos aquí. Si no me hubiese hecho esperar todo el día, a estas alturas ya estaríamos en Salisbury, profundamente dormidos y en una cómoda cama. ¿Por qué nos hemos detenido?

Su compañero asomó la cabeza un momento por la ventanilla y, al volver a meterla, observó (como si esa fuese la causa de su preocupación) que el muchacho estaba calado hasta los huesos.

—Se lo tiene bien merecido —dijo Jonas—. Me alegro. ¿Por qué diablos nos hemos detenido? ¿Es que va a tenderlo a secar?

—Estaba pensando en decirle que entre —observó Montague con aire dubitativo.

—¡No, gracias! No quiero a un petimetre mojado aquí dentro: y menos a un diablillo como él. Que se quede donde está. Seguro que no le asustan



unos cuantos rayos y truenos. ¡Vamos, cochero! A lo mejor deberíamos decirle que entre a él —murmuró con una risa—, ¡con los caballos!

—No vaya demasiado deprisa —le gritó Montague al postillón— y mire por dónde va. Cuando le he avisado estaba a punto de irse a la cuneta.

No era cierto y así se lo dijo con brusquedad Jonas cuando volvieron a ponerse en marcha. Montague prestó poca o ninguna atención a sus palabras, pero repitió que no era una noche para viajar y tanto entonces como después pareció extrañamente inquieto.

A partir de ese momento, Jonas recobró su anterior animación, si puede aplicarse este término para definir el estado en que había salido de la ciudad. Se llevaba a menudo la botella a los labios, cantaba fragmentos de canciones sin atender al ritmo, la melodía, la voz, ni nada que no fuese una ruidosa disonancia; e instó a su silencioso amigo a participar de su diversión.

—Es usted la mejor compañía del mundo, mi buen amigo —dijo Montague, con un esfuerzo—, y por lo general irresistible; pero esta noche... ¿lo ha oído?

—Lo he oído y lo he visto —gritó Jonas tapándose los ojos un instante para protegerse del rayo que lo había iluminado todo—. ¿Y qué? No va a cambiarlo a usted, ni a mí, ni nuestros asuntos. ¡Coro, coro!

Así caigan rayos y centellas,

que a la lombriz expulsen

de la hierba donde se alza la horca;

a los muertos no podrán dañarlos

ni salvarán tampoco la cabeza

del condenado a que lo roben y hieran.

»Debe de ser una bonita canción antigua —añadió con un juramento, interrumpiéndose de pronto sorprendido—. No la había oído desde que era niño, y no sé por qué habrá acudido ahora a mi memoria, como no sea que la hayan puesto ahí los relámpagos. “¡A los muertos no podrán dañarlos!” No, no. “¡Ni salvarán tampoco la cabeza!” No, no. ¡No! ¡Ja, ja, ja!

Su alegría tenía un carácter tan violento y extraordinario, encajaba, en cierto inexplicable sentido, tan a la perfección con aquella noche y era al mismo tiempo una intrusión tan burda en sus terrores que su compañero de viaje, que siempre había sido un cobarde, se amilanó con auténtico pavor. En lugar de ser Jonas su herramienta e instrumento parecían haber trocado los papeles. Aunque el motivo podía ser, pensó

Montague, que su propia degradación inspirase en aquel hombre el deseo de afirmar una ruidosa independencia y olvidar así su verdadera situación. Como era bastante rápido en lo que a semejantes cavilaciones se refiere, no tardó en considerar y sopesar tal argumento, pero aun así experimentó una vaga sensación de alarma y se sintió abatido e inquieto.

Estaba seguro de no haberse dormido; pero sus ojos podían haberle engañado, pues al mirar ahora a Jonas, en cualquier intervalo de oscuridad, podía imaginarse su figura en cualquier actitud que le sugiriese su estado de ánimo. Por otro lado, sabía de sobra que Jonas no tenía motivos para quererle; e incluso suponiendo que la pantomima que tanto le había impresionado hubiese sido real y no obra de su imaginación, lo más que podía decirse era que estaba en sintonía con su diabólica alegría y que tenía la misma impotente expresión de verdad. «Si pudiera matarme sólo con pensarlo —se dijo el estafador—, yo no seguiría mucho tiempo vivo».

Decidió que, en cuanto hubiese utilizado a Jonas, lo sujetaría con un freno de hierro; hasta entonces sólo podía dejarlo a su aire y que siguiera disfrutando, a su extraña manera, de su propio y peculiar concepto del buen humor. No era un gran sacrificio, «pues, cuando haya sacado cuanto se puede sacar —pensó Montague—, me largaré al otro lado del océano y seré yo quien me ría... y quien se quede con todas las ganancias».

Tales fueron sus reflexiones esa hora y la siguiente, pues se hallaba en ese estado de ánimo en el que las mismas ideas se presentan una y otra vez en fatigosa repetición; mientras Jonas, que parecía haber renunciado a cualquier reflexión, seguía entreteniéndose igual que antes. Acordaron viajar hasta Salisbury y acercarse a casa del señor Pecksniff por la mañana; y ante la perspectiva de engañar a tan digno caballero los ánimos de su amable yerno se alborotaron más que nunca.

A medida que avanzaba la noche, los truenos se fueron acallando, aunque siguieron retumbando triste y lastimosamente en la distancia. Los rayos, aunque ahora en comparación pareciesen inofensivos, continuaron siendo frecuentes y cegadores. La lluvia también continuó cayendo con la misma violencia que antes.

Tuvieron la mala fortuna de que, casi al amanecer y en la última posta del viaje, les diesen un par de caballos muy nerviosos. Los pobres animales se habían aterrorizado en el establo con la tempestad y cuando los sacaron en el desagradable intervalo entre la noche y la mañana, en el momento en que el resplandor de los rayos todavía no estaba mitigado por la luz del día, y los diversos objetos que veían parecían tener formas confusas y exageradas que no habrían tenido en plena noche, se fueron volviendo poco a poco más difíciles de controlar, hasta que, sobresaltados de pronto por algo que vieron al margen del camino, se desbocaron por una empinada pendiente, descabalaron al conductor

de su silla, llevaron el coche hasta el borde de una zanja, tropezaron y cayeron en ella.

Los viajeros habían abierto la portezuela y o bien habían saltado o se habían caído. Jonas fue el primero en ponerse vacilante en pie. Estaba débil, mareado y muy confuso, fue dando tumbos hasta la puerta de una cerca y se apoyó en ella aturdido mientras el paisaje daba vueltas ante sus ojos. Aunque, poco a poco, fue recobrando la conciencia y reparó en que Montague yacía sin sentido en el camino, a pocos metros de los caballos.

Al instante, como si un demonio animara de pronto su cuerpo desfallecido, corrió hacia los caballos y, tirando de las bridas con todas sus fuerzas, hizo que se encabritaran y se debatieran con tan ciega violencia que cada esfuerzo acercaba más sus cascos al cráneo del hombre caído, de modo que medio minuto más habría bastado para esparcir sus sesos por la carretera.

Mientras lo hacía, luchaba y forcejeaba con ellos como un poseso y los excitaba aún más con sus gritos.

—¡Vamos! —gritaba Jonas—. ¡Vamos! ¡Otra vez! ¡Otra! ¡Un poco más, un poco más! ¡Vamos, demonios! ¡Eh! —Cuando oyó al conductor que se había puesto en pie y corría gritándole que desistiera, su violencia aumentó—. ¡Vamos, vamos! —gritaba Jonas.

—¡Por el amor de Dios! —gritó el cochero—. ¡El caballero... ahí en el camino... lo van a matar!

Los mismos gritos y los mismos esfuerzos fueron su única respuesta. Pero el hombre se abalanzó poniendo en peligro su vida y salvó la de Montague arrastrándolo por el fango y el agua hasta ponerlo fuera de peligro. Luego corrió adonde estaba Jonas; y con la ayuda de su cuchillo soltaron enseguida a los caballos del coche roto, que, sangrando y cubiertos de cortes, volvieron a incorporarse. El postillón y Jonas tuvieron entonces tiempo de mirarse a la cara, pues hasta ese momento no habían tenido ocasión.

—¡Presencia de ánimo, presencia de ánimo! —gritó Jonas echando los brazos por alto con violencia—. ¿Qué habría hecho usted sin mí?

—Al otro caballero le habría ido muy mal sin mí —replicó el hombre, moviendo la cabeza—. Tendría que haberlo apartado usted antes. Pensé que lo mataban.

—¡Presencia de ánimo, y menos refunfuñar, presencia de ánimo! —gritó Jonas con una áspera risotada—. ¿Cree que han llegado a cocerlo?

Los dos se volvieron para comprobarlo. Jonas murmuró algo para sus adentros cuando lo vio sentado debajo de un seto mirando aturdido a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Montague—. ¿Hay algún herido?

—¡Dios! —dijo Jonas—. Parece que no. Al final parece que nadie se ha roto ningún hueso.

Lo levantaron e intentó andar. Estaba conmocionado y temblaba mucho. Pero, aparte de unos cuantos cortes y magulladuras, no había sufrido mayores daños.

—Cortes y magulladuras, ¿eh? —dijo Jonas—. Todos los tenemos. Sólo cortes y magulladuras, ¿eh?

—Media docena de segundos más y no habría dado ni seis peniques por la cabeza del caballero, por mucho que ahora sólo esté magullado —observó el postillón—. Si vuelve a sufrir un accidente parecido, señor, aunque no se lo deseo, nunca tire de la brida de un caballo caído cuando tenga delante la cabeza de un hombre. No se puede hacer dos veces sin muertos; es lo que habría pasado esta vez, tan seguro como que ha nacido, si no hubiese llegado yo a tiempo.

Jonas replicó aconsejándole con una maldición que sujetara la lengua y que se fuese a cierto sitio donde no era muy probable que quisiera ir por voluntad propia. Pero Montague, que había escuchado con atención todas sus palabras, cambió de tema y exclamó:

—¿Dónde está el muchacho?

—¡Dios! Me había olvidado de ese pisaverde —dijo Jonas—. ¿Dónde se ha metido? —Una breve búsqueda resolvió la cuestión. El desdichado señor Bailey había salido despedido por encima de la puerta de la cerca y, a juzgar por las apariencias, yacía muerto en el campo de al lado.

—Cuando dije esta noche que ojalá no nos hubiésemos puesto en camino —gritó su amo—, sabía que era un viaje maldito. ¡Miren a ese muchacho!

—¿Eso? —gruñó Jonas—. Si llama a eso...

—Caramba, ¿cómo quiere que lo llame? —preguntó atropelladamente Montague—. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —dijo Jonas, inclinándose sobre el cuerpo del muchacho— que no sabía que fuese usted su padre, ni que tuviese ninguna razón particular para preocuparse tanto por él. ¡Vamos, arriba!

Pero el chico no estaba para levantarse, ni para que lo levantaran y no ofrecía más signos de vida que el latido débil e irregular del corazón. Después de algunas discusiones, el conductor montó en un caballo que no estaba tan maltrecho y tomó en brazos al muchacho como mejor pudo. Mientras tanto Montague y Jonas, tirando del otro caballo y cargados con el baúl, andaban a su lado hacia Salisbury.

—Postillón, si se adelanta, llegará en unos pocos minutos y podrá enviar a alguien en nuestra ayuda —dijo Jonas—. ¡Siga usted!

—No, no —gritó atropelladamente Montague—, es mejor que sigamos juntos.

—¡Menudo cobarde está usted hecho! No tendrá miedo de que le roben, ¿verdad? —dijo Jonas.

—No tengo miedo de nada —replicó Montague, cuyo aspecto y actitud estaba en clara contradicción con sus palabras—. Pero vale más seguir juntos.

—Hace un momento estaba usted muy preocupado por el muchacho —dijo Jonas—. Supongo que sabe que cualquier retraso podría matarle.

—Sí, sí. Lo sé. Pero aun así seguiremos juntos.

Como estaba claro que no le iban a hacer cambiar de opinión, Jonas replicó sólo con el gesto que había pintado en su rostro y siguieron en compañía. Les quedaban cinco o seis kilómetros de camino y la marcha no era fácil por el estado de la carretera, la carga que llevaban a cuestas y su propio estado dolorido y contusionado. Después de una caminata larga y penosa, llegaron a la taberna y, tras despertar a los de dentro llamando a la puerta (todavía era muy temprano), enviaron a

alguien a buscar el coche y lo que en él había y sacaron a un médico de la cama para que atendiera al que había salido peor parado. Todo lo que pudo hacer lo hizo y con suma destreza. Pero su opinión fue que el muchacho había sufrido una grave conmoción cerebral y que no le quedaba mucha vida.

Si el gran interés mostrado por Montague ante aquella noticia hubiese podido considerarse en cierto modo desinteresado, podría haber sido un detalle redentor en un carácter en el que no abundaban tales rasgos. Pero no era difícil darse cuenta de que, por alguna razón inexpresable y que nadie entendía mejor que él, atribuía un extraño valor a la compañía y la presencia de aquel sencillito muchacho. Cuando, después de ser atendido a su vez por el médico, se retiró, ya a pleno día, a la habitación que le habían preparado, su imaginación seguía dándole vueltas a lo mismo.

«Habría preferido perder —se dijo— mil libras que al muchacho en estas circunstancias. Pero volveré solo a casa; eso está decidido. Chuzzlewit partirá antes y yo le seguiré cuando mejor me parezca. Se acabó —añadió secándose la frente húmeda—, ¡veinticuatro horas más así y el pelo se me volverá gris!»

Después de registrar la habitación, de mirar debajo de la cama y en los armarios, e incluso detrás de las cortinas con una extraña precaución, aunque, como hemos dicho, era pleno día; cerró con llave la puerta por la que había entrado y se retiró a descansar. Había una segunda puerta, pero estaba cerrada por fuera y no sabía adónde llevaba.

Sus temores o su mala conciencia reprodujeron esta puerta en todos sus sueños. Soñó que ocultaba un terrible secreto: un secreto que él conocía sin saberlo, pues, aun siendo en gran medida responsable y parte de él, le acosaba, incluso en la imaginación, una incómoda incertidumbre sobre su importancia. Incoherentemente mezclado con este sueño había otro, que la representaba como el escondrijo de un enemigo, una sombra, un fantasma, y convertía en el principal objetivo de su vida tener encerrada a esa horrible criatura e impedir que se abriese paso hasta él. Con este propósito, en compañía de Nadgett y de un desconocido con una mancha de sangre en la cabeza (que le aseguró que habían sido compañeros de juegos, y le dijo el nombre verdadero de un antiguo compañero de colegio a quien había olvidado), intentaba asegurar la puerta con clavos y planchas de hierro; pero, por mucho que se esforzaban, todo era en vano, porque los clavos se rompían o se convertían en blandas ramas, o, peor aún, en gusanos entre sus dedos; la madera de la puerta se astillaba y deshacía, de modo que ni siquiera los clavos resistían y las planchas de hierro se curvaban como papel caliente. Todo ese rato la criatura del otro lado —fuese hombre o bestia, ni lo sabía ni quería saberlo— fue ganándose terreno. Pero su mayor terror fue cuando el hombre de la mancha de sangre en la cabeza le preguntó si conocía el nombre de la criatura y dijo que se lo susurraría. En ese momento el que soñaba se hincó de rodillas, con la sangre hirviendo de un terror inexplicable y se tapó los oídos. Pero al mirar los

labios del que hablaba vio que pronunciaban la letra jota; y, gritando que el secreto se había desvelado y que estaban todos perdidos, se despertó.

Se despertó y encontró a Jonas al lado de la cama mirándolo. Y la puerta en cuestión abierta de par en par.

Cuando sus ojos se encontraron, Jonas retrocedió unos pasos y Montague se levantó de la cama de un salto.

—¡Vaya! —dijo Jonas—. Esta mañana rebosa usted vida.

—¡Vida...! —balbució Montague, mientras tiraba con violencia de la campanilla—. ¿Qué hace aquí?

—Es su habitación, desde luego —dijo Jonas—, pero casi me inclino a preguntarle qué hace aquí usted. Mi cuarto está al otro lado de esa puerta. Nadie me dijo anoche que no la abriera. Pensé que llevaba al pasillo y he salido a pedir el desayuno. En mi habitación no... no hay campanilla.

Entretanto, Montague había dejado entrar al criado con el agua caliente y las botas y el hombre, al oírlo, dijo que sí la había, y pasó a la habitación contigua para mostrársela en la cabecera de la cama.

—Pues no la había visto —dijo Jonas—; da igual. ¿Pido el desayuno?

Montague respondió que sí. En cuanto Jonas se marchó silbando, abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones para coger la llave y cerrarla por dentro. Pero ya se la habían llevado.

Empujó una mesa contra la puerta y se sentó para serenarse, como si los sueños siguieran influyendo en su imaginación.

—Un viaje maldito —repitió varias veces—. Un viaje maldito. Pero volveré a casa solo. ¡No pienso seguir así!

Su presentimiento o superstición de que era un viaje maldito no le disuadió de llevar a cabo la maldad por la que lo habían emprendido. Teniéndola presente se vistió con más cuidado de lo normal para causar una impresión favorable al señor Pecksniff; y, reconfortado por su propia apariencia, por la belleza de la mañana y por el centelleo de las ramas húmedas que veía por la ventana bajo la alegre luz del sol, pronto se sintió con ánimos de pronunciar un par de juramentos y tararear el final de una canción.

Pero aun así siguió murmurando para sus adentros de vez en cuando: «¡Volveré a casa solo!».



**Capítulo XLIII. Tiene influencia en la fortuna de varias personas. Exhibe en la plenitud de su poder al señor Pecksniff, quien lo ejerce con valor y magnanimidad**

La noche de la tormenta, la señora Lupin, la patrona del Dragón Azul, la pasó sentada a solas en su pequeño bar. La soledad, o el mal tiempo, o ambas cosas juntas, hicieron que se pusiera pensativa por no decir taciturna; y mientras estaba sentada con la barbilla apoyada en la mano, asomada a una celosía baja, que oscurecían, ya en pleno día, las hojas de una enredadera, movió a menudo la cabeza y dijo:

—¡Dios mío, ay, Dios mío, Dios mío!

Fue un momento melancólico, incluso en la comodidad del bar del Dragón. Las fértiles extensiones de los trigales, los prados, las verdes colinas y las suaves ondulaciones, con sus arroyos chispeantes, su sinfín de setos y sus agrupaciones de árboles, estaban negras y desoladas, a través de los huecos romboidales de la celosía hasta el lejano horizonte, donde el trueno parecía retumbar entre las montañas. La copiosa lluvia caía sobre las tiernas ramas de la enredadera y el jazmín y las pisoteaba con furia; y, cuando brillaban los rayos, se veía a las hojas lacrimosas y encogidas detrás de la ventana golpeándola con apremio, como implorando que las protegieran de la espantosa luz.

Como muestra de su respeto por los rayos, la señora Lupin había llevado la vela a la chimenea. La cesta con su labor estaba intacta a su lado; la cena, servida en una mesa redonda que había cerca, seguía sin probar; y había retirado los cuchillos por miedo a que atrajeran los rayos. Llevaba mucho rato sentada con la barbilla apoyada en la mano y repitiendo para sus adentros: «¡Dios mío, ay, Dios mío, Dios mío!».

Estaba a punto de decirlo una vez más cuando el pestillo de la puerta de entrada (cerrada para que no entrase la lluvia) se movió con ruido, y entró un viajero que, después de cerrarla e ir directo al bar, dijo en tono más bien brusco:

—Una pinta de su mejor cerveza añeja.

No le faltaban motivos para ser brusco, porque, si se hubiese pasado el día metido en una cascada, no podría haber ido más mojado. Iba embozado hasta los ojos en un viejo chaquetón marinero de color azul, y llevaba un sombrero de tela embreada de cuya ala ancha le caía goteando la lluvia sobre el pecho, la espalda y los hombros. A juzgar por la vivacidad de su barbilla —para protegerse de las inclemencias del tiempo se había calado el sombrero y se había subido el cuello de tal modo que sólo se le veía la barbilla, y eso que se pasó por ella la manga

húmeda del chaquetón cuando lo miró— la señora Lupin decidió que era una buena persona.

—¡Hace muy mala noche! —observó alegremente la patrona.

El viajero se sacudió el agua como un perro de Terranova y dijo que así era.

—Hay un fuego en la cocina —dijo la señora Lupin—, y muy buena compañía. ¿No sería mejor que fuese usted a secarse?

—No, gracias —dijo el hombre, mirando hacia la cocina como si conociese el camino.

—Como para morir de un resfriado —observó la patrona.

—No debo de ser fácil de matar —replicó el viajero—, o habría muerto ahí fuera. ¡A su salud, señora! —La señora Lupin le dio las gracias, pero justo cuando iba a llevarse la jarra a la boca cambió de opinión y volvió a dejarla. Se echó hacia atrás y, mirando a su alrededor con cierta rigidez, como haría cualquiera que fuese embozado y llevase calado el sombrero, dijo—: ¿Cómo se llama este sitio? No será El Dragón Azul, ¿verdad?

—Sí, El Dragón Azul —respondió muy complacida la señora Lupin.

—Vaya, pues entonces tengo aquí una especie de pariente, señora —dijo el viajero—, un joven llamado Tapley. ¡Caramba, Mark, muchacho —añadió dirigiéndose al local—, por fin he dado contigo, viejo sinvergüenza!

Esto conmovió mucho a la señora Lupin. Se volvió para despabilar la vela de la chimenea, y dijo de espaldas al viajero:

—Nadie puede ser más bienvenido aquí, señor, que quien me traiga noticias de Mark. Pero han pasado muchos días y muchos meses desde que se fue de aquí y de Inglaterra. ¡Y sólo Dios sabe, pobre hombre, si está vivo o muerto!

Movió la cabeza y le tembló la voz; también debían de temblarle las manos porque tardó mucho en despabilar la vela.

—¿Adónde se fue, señora? —preguntó el viajero con voz más amable.

—Partió —dijo la señora Lupin, con mayor desasosiego— a Estados Unidos. Siempre fue amable y de buen corazón, y tal vez ahora esté en la cárcel sentenciado a muerte, por apiadarse de algún negro desdichado y ayudar a escapar a algún pobre fugitivo. ¡Cómo pudo marcharse a Estados Unidos! ¡Por qué no se iría a uno de esos países

que no son tan bárbaros, donde los salvajes se devoran sin más los unos a los otros, y dan a todos las mismas oportunidades!

Más calmada, la señora Lupin sollozó y estaba a punto de sentarse en una silla para dar rienda suelta a su desconsuelo cuando el viajero la abrazó y ella soltó un grito de alegría al reconocerle.

—¡Sí! —gritó Mark—. Un beso... y otro más... ¡veinte más! ¿No me ha reconocido con este sombrero y este abrigo? ¡Pensaba que me reconocería usted en cualquier sitio! ¡Diez más!

—Claro que te habría reconocido si te hubiese visto; pero no pude, y me hablaste con tanta brusquedad... No pensé que pudieses hablarme con tanta brusquedad, Mark, nada más volver.

—¡Quince más! —dijo el señor Tapley—. ¡Qué guapa y qué joven está! ¡Seis más! ¡La última media docena no han sido como es debido y hay que repetirlos! ¡Bendita sea su alma, qué alegría volver a verla! ¡Uno más! Caramba, nunca me había alegrado tanto. ¡Unos pocos más ya que eso no tiene nada de mérito! —Cuando el señor Tapley dejó de calcular esas sencillas sumas, no fue porque estuviese cansado del ejercicio, sino porque estaba sin aliento. La pausa le recordó otras obligaciones—. El señor Chuzzlewit está afuera —dijo—. Lo he dejado en la cochera, mientras entraba a ver si había alguien. Esta noche queríamos ser discretos y enterarnos de las novedades por usted antes de decidir lo que más nos conviene.

—No hay un alma en la casa aparte de los de la cocina —replicó la patrona—. Si supiesen que has vuelto, Mark, encenderían una hoguera en la calle, a pesar de lo tarde que es.

—Pero no deben saberlo esta noche, alma de Dios —dijo Mark—, así que cierre la casa, apague el fuego de la cocina y, cuando todo esté en calma, deje una luz en la ventana y entraremos. ¡Uno más! Tengo ganas de saber de los viejos amigos. Me pondrá usted al día de todo, ¿verdad?: de cómo les va al señor Pinch, al perro del carnicero, al final de la calle, y al terrier del otro lado y al carretero y a todos. Nada más ver la iglesia esta noche, pensé que se me había atragantado el campanario. ¡Uno más! ¿No? ¿Ni siquiera uno pequeño para acabar?

—Ya te he dado muchos —dijo la patrona—. ¡Vaya con tus modales extranjeros!

—¡No son extranjeros, bendita sea! —gritó Mark—. Más autóctonos que las ostras, ¡vaya que sí! ¡Uno más por ser autóctono! ¡Como muestra de respeto por el país en que vivimos! Este no cuenta como entre usted y yo... ya me entiende —dijo el señor Tapley—. No la estoy besando, dese usted cuenta. Estoy entre patriotas: estoy besando a mi país.

Habría sido muy poco razonable quejarse de que la exhibición de patriotismo que siguió a esta explicación fuera tibia o indiferente.

Después de dar expresión plena a su fervor por su nación, Mark se apresuró a volver con Martin; mientras la señora Lupin, en un estado de gran agitación y nerviosismo, se preparaba para recibirlos.

El grupo no tardó en marcharse, insistiendo en que el reloj del Dragón adelantaba media hora y en que debían de haberle afectado los truenos. A pesar de lo impacientes, empapados y cansados que estaban, Martin y Mark se alegraron muchísimo al ver esas caras conocidas y las observaron con interés cuando salieron del local y pasaron a su lado.

—¡Ahí va el viejo sastre, Mark! —susurró Martin.

—¡Ahí va, señor! Tiene las piernas un poco más torcidas que antes, ¿no le parece? Está tan cambiado que me da la impresión de que se podría hacer pasar cómodamente entre ellas una carretilla bastante más grande que cuando nos fuimos. Ahora sale Sam, señor.

—¡Claro! —gritó Martin—. Sam, el mozo de cuadra. Vete a saber si aún seguirá vivo el viejo caballo de Pecksniff.

—No le quepa duda, señor —replicó Mark—. Es el típico animal, señor, que resistirá mucho tiempo a su huesuda manera, y aparecerá en los periódicos bajo el titular «Singular tenacidad de la vida en un cuadrúpedo». ¡Como si hubiese estado vivo alguna vez en su vida! Ahí está el escribano, señor... muy borracho como de costumbre.

—Ya lo veo —dijo Martin, riéndose—. Pero ¡por mi vida, estás empapado, Mark!

—¡Sí! ¿Y usted, señor?

—Ni la mitad que tú —dijo su compañero de viaje, como si estuviese muy ofendido—. Te dije que no te pusieras en el lado donde daba el viento, Mark, y que nos fuésemos cambiando. La lluvia te lleva golpeando desde que nos pusimos en camino.

—No sabe cuánto me gusta, señor —dijo Mark, después de un breve silencio—, si me permite tomarme la libertad, oírle hablar con tanta consideración, a la que no pienso hacer caso, pero que ha demostrado usted desde que caí enfermo en Edén.

—¡Ay, Mark! —suspiró Martin—. Cuanto menos hablemos de eso mejor. ¿Ve una luz?

—¡Ahí está la luz! —gritó Mark—. ¡Qué Dios la bendiga, qué diligencia la suya! Vamos, señor. Vino, una buena cama y la mejor comida para un hombre o animal.

El fuego de la cocina ardía claro y vivo, la mesa estaba puesta, el agua hervía en el hervidor, ahí estaban las zapatillas y la descalzadora, lonchas de jamón se asaban en la parrilla, media docena de huevos se

freían en la sartén, un pletórico *brandy* de cerezas le guiñaba el ojo a una jarra de espumosa cerveza sobre la mesa; viandas escogidas colgaban de las vigas como si uno no tuviese más que abrir la boca para que algo exquisito y en sazón estuviese encantado de tener una excusa para caer en ella. La señora Lupin, que por ellos había echado a la misma cocinera, la alta sacerdotisa del templo, estaba preparando la cena con sus propias manos.

Era imposible contenerse... Hasta un espíritu la habría abrazado. En ese sentido, el océano Atlántico y el mar Rojo eran sólo uno, Martin la abrazó al instante. El señor Tapley (como si la idea fuese muy novedosa y no se le hubiese ocurrido hasta entonces) lo imitó, con mucha gravedad.

—¡Nunca pensé —dijo la señora Lupin, ajustándose la cofia y riendo de buen grado, sí, y también ruborizándose—, por mucho que dijese que los jóvenes caballeros del señor Pecksniff eran el alma y la vida del Dragón, y que sin ellos sería muy aburrido, que ninguno de ellos se tomaría tantas libertades, señor Martin! Y menos aún que no me enfadaría con él, sino que me alegraría de todo corazón de ser la primera en recibirlo cuando regresara de Estados Unidos, con Mark Tapley como...

—Como amigo, señora Lupin —la interrumpió atropelladamente Martin.

—Como amigo —dijo la patrona, muy complacida con esta puntualización, pero advirtiendo al mismo tiempo al señor Tapley con un tenedor de que observara el respeto debido—. ¡Nunca lo pensé! Pero menos aún ¡que tendría que contarles los cambios que tendré que contarles cuando hayan terminado de cenar!

—¡Dios mío! —gritó Martin, mudando de color—. ¿A qué cambios se refiere?

—Ella —dijo la patrona— está bien, y ahora vive en casa del señor Pecksniff. No tema por ella. No podría usted desear más. No vale la pena andarse con subterfugios ni guardar secretos, ¿verdad? —añadió—. ¡Ya ve que lo sé todo!

—Mi buena señora —replicó Martin—, es usted exactamente la persona que querría que lo supiera todo. Me encanta creer que lo sabe. Pero ¿qué cambios son esos? ¿Es que ha muerto alguien?

—¡No, no! —respondió la patrona—. No es nada tan malo. Pero le aseguro que no conseguirá que diga una palabra más hasta que se haya terminado la cena. Aunque me haga cincuenta preguntas no le responderé nada hasta entonces.

Lo dijo con tanta convicción que no pudieron hacer otra cosa que dar cuenta de la cena lo más rápido posible; y, como habían recorrido a pie muchos kilómetros y llevaban sin comer desde mediodía, no tuvieron que violentar mucho sus inclinaciones para atacarla con uñas y dientes.

Les llevó más tiempo del que habría sido de esperar, pues media docena de veces, cuando creyeron haber terminado, la señora Lupin les demostró triunfante lo falaz de su impresión. Pero por fin, con el transcurrir del tiempo y la naturaleza, lo consiguieron. Luego se sentaron con los pies enfundados en las zapatillas y con las piernas cerca del fuego (que era maravillosamente reconfortante, pues la noche se había puesto gélida y desagradable); y, mirando con involuntaria admiración a la floreciente patrona con su pecho generoso y sus hoyuelos, mientras la luz del hogar se reflejaba en sus ojos y centelleaba en su pelo negro, se dispusieron a escuchar las noticias.

Muchas fueron las exclamaciones de sorpresa con que la interrumpieron cuando les contó lo de la separación del señor Pecksniff de sus hijas, y de este mismo caballero y el señor Pinch. Pero eso no fue nada comparado con las muestras de indignación de Martin cuando les dijo que la comidilla del pueblo era el modo en que había dominado en cuerpo y alma al anciano señor Chuzzlewit, y el alto honor para el que tenía reservada a Mary. Nada más recibir esta información, las zapatillas de Martin salieron volando y él empezó a ponerse las botas con esa imprecisa intención de ir enseguida a algún sitio y hacerle algo a alguien que es la primera válvula de seguridad de un genio vivo.

—¡Él! —dijo Martin—. ¡Menudo sinvergüenza hipócrita está hecho! ¡Pásame la otra bota, Mark!

—¿Adónde piensa ir, señor? —preguntó el señor Tapley, secándose las suelas en el fuego y mirándolas fríamente mientras hablaba, como si fuesen rebanadas de pan.

—¡Adónde! —repitió Martin—. No pensarás que voy a quedarme aquí, ¿no?

El imperturbable Mark confesó que sí.

—¡Sí! —replicó enfadado Martin—. No sabes cuánto te lo agradezco. ¿Por quién me tomas?

—Le tomo por quien es, señor —dijo Mark— y por eso estoy seguro de que, haga lo que haga, será justo y sensato. Aquí está la bota, señor.

Martin le echó una mirada de impaciencia, sin cogerla, y empezó a ir y venir por la cocina, con una bota en un pie y una media en el otro. Pero, gracias a la resolución que tomara en Edén, ya había ganado muchas victorias sobre sí mismo cuando se trataba de Mark, y decidió vencer de nuevo. Así que cogió el descalzador, se apoyó en el hombro de Mark, se quitó la bota, se puso otra vez las zapatillas y volvió a sentarse. No pudo evitar meterse las manos hasta el fondo de los bolsillos y murmurar de cuando en cuando: «¡Pecksniff tenía que ser! ¡Menudo tipejo! ¡Por mi alma! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Es lo que faltaba!» y otras cosas por el estilo, tampoco pudo evitar blandir el puño hacia la chimenea, con un

ademán muy amenazador, pero no le duró mucho y escuchó a la señora Lupin, si no con compostura, al menos en silencio.

—En cuanto al señor Pecksniff —observó la patrona, a modo de conclusión alisándose las faldas con las dos manos y asintiendo varias veces con la cabeza—, no sé qué decir. Alguien debe de haberle envenenado el cerebro, o de haberle sometido a un influjo extraordinario. ¡No puedo creer que un hombre que habla tan bien esté dispuesto a hacer el mal por voluntad propia! —Cuánta gente hay en el mundo que, sin una razón mejor, defienden a sus Pecksniff hasta el final, y abandonan a hombres virtuosos en cuanto los Pecksniff abren la boca—. En cuanto al señor Pinch —prosiguió la patrona—, si alguna vez hubo un alma buena, querida, amable y digna en este mundo, Pinch es su nombre. Pero ¿quién nos dice que el anciano señor Chuzzlewit no fue la causa de las diferencias surgidas entre él y el señor Pecksniff? Sólo ellos lo saben, pues el señor Pinch tiene su orgullo, aunque sea un hombre tan calmado, y cuando se marchó, tan apesadumbrado, se negó a contarle a nadie su versión de la historia, ni siquiera a mí.

—¡Pobre Tom! —dijo Martin, en un tono que sonó a remordimiento.

—Es un consuelo saber —prosiguió la patrona— que tiene a su hermana viviendo con él, y que le van bien las cosas. Ayer mismo me envió, por correo un... —al llegar a este punto se le colorearon las mejillas— una cantidad ridícula que tuve la osadía de prestarle cuando se marchó; me decía, dándome las gracias, que tiene un buen empleo y que no la necesitaba. Era el mismo billete, no lo había tocado. Nunca pensé que me alegraría tan poco al ver regresar un billete de banco a mis manos.

—¡Amables y cordiales palabras! —dijo Martin—. ¿Verdad, Mark?

—Es incapaz de decir algo que no cuente con ambas cualidades —replicó el señor Tapley—, tan propias del Dragón como su licencia. Y, ahora que hemos descansado, volvamos a considerar la cuestión, señor: ¿qué va a hacer usted? Si no es orgulloso y es capaz de hacer lo que habló conmigo por el camino, creo que es lo que debería hacer. Si empezó con mal pie con su abuelo (tal como, si me permite tomarme la libertad, parece que sucedió), vaya y dígaselo, señor. Apele usted a su afecto. No sea obcecado. Es mucho mayor que usted y, si él se precipitó, usted también. Ceda, señor, ceda.

La elocuencia del señor Tapley no dejó de causar efecto en Martin, que aun así dudó y expresó del siguiente modo sus razones:

—Es muy cierto y exacto, Mark, y si fuese sólo cuestión de humillarme delante de él, no me lo pensaría dos veces. Pero ¿no ves que al estar totalmente bajo el dominio de este hipócrita y no tener (si lo que nos han dicho es cierto) voluntad propia, me estaré arrojando de hecho no a sus pies, sino a los del señor Pecksniff? ¿Y que, cuando me rechace y desprecie —dijo, poniéndose muy colorado sólo de pensarlo— no lo hará él, que es sangre de mi sangre, sino Pecksniff...? ¡Pecksniff, Mark!

—Bueno, pero ahora sabemos de antemano —replicó el diplomático señor Tapley— que Pecksniff es un granuja, un canalla y un malvado.

—Un malvado de la peor especie —dijo Martin.

—De la peor especie. Eso lo sabemos de antemano, señor; y, por tanto, no es ninguna deshonra que nos derrote Pecksniff. ¡Al cuerno con Pecksniff! —exclamó el señor Tapley, llevado por el fervor de su elocuencia—. ¿Quién es Pecksniff? No está en su naturaleza avergonzarnos, a no ser que estuviésemos de acuerdo con él o nos hiciese algún favor, y, en el caso de que osara cometer semejante audacia, podríamos expresar nuestros sentimientos de manera bien clara, ¿no? ¡Pecksniff! —repitió el señor Tapley, con indescriptible desprecio—. ¿Qué es Pecksniff, quién es Pecksniff y dónde está Pecksniff para que tengamos que tenerle tanta consideración? No estamos pensando en nosotros mismos —subrayó mucho esta última palabra y miró a Martin a la cara—, estamos haciendo un esfuerzo por ayudar a una joven que también ha sufrido lo suyo; y, por pequeña que sea nuestra esperanza, ese Pecksniff no va a interponerse en nuestro camino, o eso espero. Nunca he oído de ninguna ley del Parlamento dictada por Pecksniff. ¡Pecksniff! Caramba, yo no vería a ese tipo, no querría oír hablar de él y no querría ni darme por enterado de su presencia. Me limpiaría la suela de los zapatos delante de su puerta, y llamaría a eso Pecksniff, pero no me rebajaría a más.

La sorpresa de la señora Lupin, y de hecho del propio señor Tapley ante una elocuencia tan vehemente fue inmensa. Pero Martin, después de contemplar pensativo el fuego un rato, dijo:

—Tienes razón, Mark. Para bien o para mal, lo haremos. Yo lo haré.

—Una cosa más, señor —replicó Mark—. Piense sólo en él, para no darle un arma contra usted. No haga nada en secreto antes de ir a verle que él pueda reprocharle después. Ni siquiera vaya a ver a la señorita Mary por la mañana, deje que nuestra querida amiga —el señor Tapley dedicó una sonrisa a la patrona— la prepare para lo que va a suceder, y le lleve un recado agradable. Ella sabe cómo. ¿No? —La señora Lupin se rió y movió la cabeza—. Así podrá presentarse usted con la cabeza bien alta como corresponde a un caballero. «No he hecho nada bajo mano», le dirá. «No me he escondido, aquí estoy, perdóneme, le pido perdón. ¡Que Dios le bendiga!»

Martin sonrió, pero intuyó que a pesar de todo era un buen consejo, y decidió actuar en consecuencia. Después de asegurarse preguntando a la señora Lupin de que Pecksniff había vuelto ya de la gran ceremonia en la que le habían visto en toda su gloria y de decidir el modo en que actuarían, se fueron a la cama pensando en lo que harían al día siguiente.

Según lo acordado en esta conversación, el señor Tapley salió a la mañana siguiente con una carta de Martin para su abuelo, pidiéndole



permiso para verle unos minutos. Y, posponiendo los saludos de sus numerosos amigos hasta un momento más conveniente, no tardó en llegar a casa del señor Pecksniff. Y, con un rostro tan inescrutable que ni el más agudo fisionomista habría podido determinar en qué estaba pensando o si estaba pensando en algo, llamó sin más a la puerta de ese caballero.

A una persona tan observadora como el señor Tapley no se le pasó por alto que el señor Pecksniff estaba aplastando la nariz contra el cristal de la ventana del salón, en un intento angular por descubrir quién llamaba a su puerta. El señor Tapley se apresuró a frustrar ese movimiento por parte del enemigo subiendo al último escalón y mostrándole sólo la copa del sombrero. Pero es posible que el señor Pecksniff ya lo hubiese visto, porque enseguida Mark oyó el crujido de sus zapatos cuando salió a abrir la puerta con sus propias manos.

El señor Pecksniff parecía tan alegre como siempre, y entonó una cancioncilla por el pasillo.

—¿Cómo está, señor? —dijo Mark.

—¡Ah! —exclamó el señor Pecksniff—. Es usted Tapley, ¿no? ¡El hijo pródigo! No necesitamos cerveza, amigo mío.

—Gracias, señor —dijo Mark—. No podría proporcionársela ni aunque la necesitase. Una carta, señor. Espero respuesta.

—¿Para mí? —exclamó el señor Pecksniff—. Y espera respuesta, ¿eh?

—Creo que no es para usted, señor —dijo Mark, indicándole las señas—. Me parece que es para un tal señor Chuzzlewit.

—¡Ah! —replicó el señor Pecksniff—. Gracias. Sí. ¿De quién es, mi querido joven?

—Del caballero que la envía, escribió su nombre dentro, señor —contestó el señor Tapley con mucha educación—. Lo vi firmarla al final, mientras esperaba.

—Y dijo que quería una respuesta, ¿no? —preguntó el señor Pecksniff con la voz más meliflua imaginable.

Mark respondió que sí.

—Pues la tendrá. Cómo no —dijo el señor Pecksniff, rompiendo la carta en pedacitos con tanta dulzura como si fuese la atención más halagadora que pudiera recibir un corresponsal—. Tenga la bondad de darle esto, con un atento saludo, si hace el favor. ¡Buenos días!

Dicho lo cual, le entregó a Mark los pedacitos, retrocedió y cerró la puerta.

Mark juzgó prudente contener sus emociones personales y volver con Martin al Dragón. Semejante recibimiento no les había cogido desprevenidos, y dejaron pasar un poco más de una hora antes de hacer otra intentona. Transcurrido ese tiempo, volvieron juntos a casa del señor Pecksniff. Esta vez llamó Martin, mientras el señor Tapley se preparaba para impedir con el pie y con el hombro que cerrasen la puerta, cuando fuesen a abrir, y garantizar de ese modo que tuviesen que hablar con ellos. Pero esta precaución fue innecesaria, pues la criada apareció casi enseguida. Martin (seguido de cerca de su fiel aliado) entró a toda prisa, tal como habían decidido hacer, abrió la puerta del salón donde sabía que era más probable que estuviese un invitado, entró en la habitación sin más y se encontró, sin que nadie lo anunciara, en presencia de su abuelo.

El señor Pecksniff también se hallaba en la sala, y Mary. En el breve instante de su mutuo reconocimiento, Martin vio que el anciano inclinaba la cabeza gris y se tapaba la cara con las manos.

Se le encogió el corazón. En sus días más egoístas y despreocupados, ese resto del antiguo amor del anciano, ese contrafuerte de una torre en ruinas que había construido en el pasado con orgullo y esperanza, le habría causado una punzada en el pecho. Pero, ahora que sus peores rasgos habían cambiado a mejor, al ver a través de otro cristal a su antiguo amigo, al tutor de su infancia, tan quebrantado y encorvado, el resentimiento, la hosquedad, la confianza en sí mismo y el orgullo desaparecieron al ver las lágrimas que cayeron por las mejillas marchitas. No soportó verlas. No soportó pensar que caían al verlo a él.

No soportó ver reflejado en ellas un pasado irrevocable y cargado de reproches.

Se adelantó a toda prisa para tomar la mano del anciano en la suya, cuando el señor Pecksniff se interpuso.

—¡No, joven! —dijo el señor Pecksniff, dándose una palmada en el pecho, y alargando el otro brazo hacia su invitado como si fuese un ala con la que protegerlo—. No, señor. Nada de eso. ¡Golpee aquí, señor, aquí! ¡Lánceme a mí su dardos, señor, si tiene la bondad, no a él!

—¡Abuelo! —gritó Martin—. ¡Escúcheme! Se lo imploro, ¡déjeme hablar!

—¡Eso querría usted! ¡Eso querría! —dijo el señor Pecksniff, adelantándose, como para interponerse entre ellos—. ¿Acaso no le basta con irrumpir en esta casa como un ladrón en la noche, o tal vez debería decir, nunca se es lo bastante puntilloso tratándose de la verdad, como un ladrón a pleno día, acompañado de su disoluto compañero, para plantarse con la espalda contra la puerta del salón e impedir la entrada o salida de mis criados —Mark había ocupado esa posición y la mantenía impasible—, sino que además pretende golpear la venerable Virtud? ¿Eso querría? Sepa que no está indefenso. Yo seré su escudo, joven. Atáqueme. Vamos, señor. ¡Dispare!

—Pecksniff —dijo el anciano, con voz débil—. Cálmese. Calle.

—No puedo calmarme —gritó el señor Pecksniff—, y no me callaré. ¡Mi amigo y mi benefactor! ¿Es que ni siquiera mi casa habrá de ser un refugio para su vieja almohada?

—¡Quítese de en medio! —dijo el anciano, alargando la mano—, y deje que vea de qué se trata. Lo quise mucho.

—Está bien que lo vea, amigo mío —dijo el señor Pecksniff—, está bien que lo vea, mi noble señor. Es deseable que lo contemple usted en su verdadera proporción. ¡Contéplelo! ¡Ahí lo tiene, señor, ahí lo tiene!

Martin no habría podido ser mortal sin expresar en su gesto parte de la ira y el desdén que le inspiraba el señor Pecksniff. Pero aparte de eso no pareció reconocer lo más mínimo la presencia ni la existencia de ese caballero. Es cierto que una vez, al llegar, lo había mirado involuntariamente con el mayor desprecio, pero por lo demás podía haber habido sólo aire en aquel lugar.

Cuando el señor Pecksniff se apartó, según el deseo expresado (mientras hacía estas últimas observaciones) por el anciano Martin, este cogió la mano de Mary entre las suyas, le susurró amablemente, como diciéndole que no se asustara, la empujó con dulzura para que se pusiera detrás de él y miró a la cara a su nieto.

—Helo aquí —dijo—. ¡Sí! Helo aquí. Di lo que tengas que decir. Pero no te acerques.

—Su sentido de la justicia es tan delicado —dijo Pecksniff— que le escuchará incluso a él, aunque sepa de antemano que no conducirá a ninguna parte. ¡Alma cándida!

El señor Pecksniff no se dirigió a nadie en particular al decir estas palabras, sino que adoptó el papel del coro en una tragedia griega y le dio su opinión a modo de comentario de lo que ocurría.

—¡Abuelo! —dijo muy serio Martin—. Después de un viaje penoso, de una vida dura, de haber caído enfermo, de muchas privaciones y pesares, de un gran desconsuelo y muchas decepciones, después de casi dejarme llevar por la desesperanza y el desánimo, vuelvo con usted.

—Los vagabundos como él —observó el señor Pecksniff en su papel de coro— regresan a menudo cuando descubren que no han conseguido el éxito que esperaban con sus viles andanzas.

—De no haber sido por este hombre leal —dijo Martin, volviéndose hacia Mark—, a quien conocí en esta casa y que se vino conmigo por su propia voluntad como criado, pero ha sido siempre mi fiel y devoto amigo, de no haber sido por él, digo, habría muerto en el extranjero. ¡Lejos de casa, lejos de todo auxilio o consuelo, lejos incluso de la posibilidad de que mi triste destino llegase a oídos de quien pudiera desear conocerlo, lejos, permítame decirlo, de que llegase a conocerlo usted!

El anciano miró al señor Pecksniff. El señor Pecksniff lo miró a él.

—¿Ha dicho usted algo, mi digno señor? —preguntó el señor Pecksniff con una sonrisa.

El anciano respondió que no.

—Sé lo que está pensando —dijo el señor Pecksniff con otra sonrisa—. Déjelo seguir, amigo mío. Los extremos a los que puede llegar el egoísmo humano siempre son un interesante objeto de estudio. Déjelo seguir, señor.

—¡Continúa! —observó el anciano, obedeciendo de forma mecánica, según pareció, la sugerencia del señor Pecksniff.

—He sido tan pobre y tan desdichado —dijo Martin— que debo a la ayuda caritativa de un desconocido en un país de desconocidos los medios para volver. Sé que eso le predispondrá a usted en mi contra. Le he dado motivos para pensar que he venido empujado sólo por la necesidad, y no por el afecto y el arrepentimiento. Cuando me despedí de usted, abuelo, merecí esa sospecha, pero ahora no, ahora no.

El coro se metió la mano en el chaleco, y sonrió.

—Déjelo seguir, señor mío —dijo—. Sé lo que está usted pensando, pero no lo exprese antes de tiempo.

El viejo Martin alzó la vista hasta el rostro del señor Pecksniff, y, como si siguiera nuevas instrucciones de su apariencia y sus palabras, repitió:

—¡Continúa!

—Tengo poco más que decir —respondió Martin—, y mientras lo digo, con poca o ninguna esperanza, abuelo, fuese cual fuese el rayo de esperanza con que entré en este salón, créame que es cierto. Al menos créame que es cierto.

—¡Hermosa verdad! —exclamó el coro, alzando la vista—. ¡Cómo profanan tu nombre los malvados! No vives en un pozo<sup>[125]</sup>, mi sagrado principio, sino en los labios de los falsos. Es difícil soportar a los falsos, mi querido señor —añadió, dirigiéndose al anciano señor Chuzzlewit—; pero hagámoslo con humildad. Es nuestro deber. Estemos entre los pocos que cumplimos con nuestro deber. Sí —prosiguió el coro, elevándose en airoso vuelo—, como nos cuenta el poeta, Inglaterra espera que todo el mundo cumpla con su deber, Inglaterra es el país más optimista sobre la faz de la tierra, y habrá de llevarse por fuerza muchas desilusiones.

—A propósito del asunto —dijo Martin, mirando con calma al anciano, y echándole un único vistazo a Mary, que se había tapado la cara con las manos, detrás de su sillón— que causó nuestras primeras diferencias, mi espíritu y mi corazón no pueden cambiar. Sea cual sea la influencia que hayan sufrido desde aquel desdichado momento, no ha servido para debilitarme sino para fortalecerme. No puedo confesar lástima, ni falta de resolución, ni vergüenza. Y usted tampoco lo querría, lo sé. Pero que podría haber confiado en su cariño si me hubiese arrojado virilmente a sus pies; que podría habérmelo ganado con facilidad de haber sido más flexible y más considerado; y que habría hecho mejor olvidándome de mí y recordándolo a usted, eso me lo han enseñado la reflexión, la soledad y la desdicha. He venido decidido a decírselo y a pedirle perdón; no tanto como esperanza para el futuro, como por arrepentimiento del pasado, pues lo único que le pido es que me ayude a vivir. Que me ayude a encontrar un trabajo honrado. Mi situación me coloca en la desventaja de que mis motivos parezcan simplemente egoístas, pero póngame a prueba y vea si es así o no. Compruebe usted mismo si soy tan egoísta, obstinado y altivo como era, o si he aprendido en una dura escuela. ¡Deje que la voz de la naturaleza y el parentesco intercedan entre nosotros, abuelo, y no me rechace por un error, por desagradecido que fuese!

Cuando terminó, el anciano volvió a bajar la cabeza y ocultó su rostro detrás de los dedos extendidos.

—Mi querido señor —exclamó el señor Pecksniff, inclinándose hacia él —, no debe permitir esto. Es muy natural y muy amable, pero no debe usted permitir que la conducta desvergonzada de alguien a quien echó usted de su lado hace tiempo lo conmueva tanto. Despierte. Piense —dijo el señor Pecksniff—, piense en mí, amigo mío.

—Lo haré —replicó el viejo Martin, mirándolo a la cara—. Me pide que me domine. Lo haré.

—Vaya —dijo el señor Pecksniff, sentándose a su lado en una silla que acercó con ese propósito, y dándole unos golpecitos en el brazo—, ¿qué le pasa a mi resuelto compatriota, si es que me permite la libertad de utilizar esa expresión cariñosa? ¿Tendré que regañar a mi coadjutor o razonar con un intelecto como el suyo?

—No, no. No hay por qué —dijo el anciano—. Ha sido un sentimiento momentáneo. Sólo eso.

—La indignación —observó el señor Pecksniff— lleva la ardiente lágrima al ojo honrado, lo sé —se secó el suyo con cuidado—. Pero tenemos otras obligaciones más elevadas. Despierte, señor Chuzzlewit. ¿Quiere que dé expresión a sus pensamientos, amigo mío?

—Sí —dijo el viejo Martin, recostándose en el asiento y mirándolo con la mirada entre vacía y admirada, como si el hombre lo fascinara—. Hable por mí, Pecksniff. Gracias. Es usted sincero conmigo. ¡Gracias!

—No me acobarde, señor —dijo el señor Pecksniff, estrechándole vigorosamente la mano—, o no estaré a la altura de mi misión. No me resulta agradable, amigo mío, tener que dirigirme a la persona que tenemos delante, pues cuando lo eché de esta casa, después de conocer por sus labios lo antinatural de su conducta, me negué a volver a hablar con él nunca más. Pero usted lo desea, y con eso basta. ¡Joven! La puerta está justo detrás de su compañero de infamias. Sonrojese, si puede; márchese sin sonrojarse, si es que no puede.

Martin miró con tanta intensidad a su abuelo, como si todo ese tiempo hubiese reinado un silencio total. El anciano miró con idéntica intensidad al señor Pecksniff.

—Cuando le ordené que se marchara de esta casa, la anterior ocasión en que le eché de aquí con deshonra —continuó el señor Pecksniff—, cuando, aguijoneado y movido hasta extremos insoportables por su desvergonzado comportamiento con este hombre tan extraordinariamente noble, exclamé: «¡Márchese!», y le dije que lloraría por su depravación. No crea que la lágrima que ve ahora en mis ojos la vierto por usted. La vierto por él, señor. La vierto por él. —En ese momento, la lágrima en cuestión cayó sobre la calva del señor Chuzzlewit y el señor Pecksniff la secó con el pañuelo y le suplicó que lo perdonara—. La vierto por él, señor, a quien intenta usted convertir en la víctima de sus artimañas —dijo—, a quien intenta usted robar,

engañar y confundir. La vierto por la simpatía y la admiración que siento por él, no por lástima, pues por suerte sabe lo que es usted. No volverá usted a perjudicarlo en modo alguno, señor —añadió Pecksniff extasiado por el entusiasmo—, mientras yo viva. Podrá usted pasar por encima de mi cadáver, señor. Es muy probable. Puedo imaginar un espíritu como el suyo celebrando una medida semejante. Pero mientras yo siga existiendo, señor, tendrá que vérselas conmigo antes de golpearle a él. ¡Sí! —dijo el señor Pecksniff, moviendo la cabeza con indignada jocosidad—, y ¡comprobará, joven, que soy duro de pelar!

Martin seguía, con dulzura, sin apartar la vista de su abuelo.

—¿No va a darme ninguna respuesta? —dijo por fin—. ¿Ni una palabra?

—Ya has oído lo que se ha dicho —replicó el anciano, sin apartar la vista del rostro del señor Pecksniff, que asintió animándolo.

—No he oído su voz. No he oído su alma —replicó Martin.

—Dígaselo otra vez —ordenó el anciano, mirando aún el rostro del señor Pecksniff.

—Sólo oigo —replicó Martin, firme en su propósito desde el primer momento, y más firme al notar cómo Pecksniff torcía el gesto y se encogía bajo el peso de su desprecio—. Sólo oigo lo que usted me dice, abuelo.

Tal vez fuese una suerte para el señor Pecksniff que su venerable amigo encontrara en sus rasgos (los del señor Pecksniff) un objeto exclusivo y absorbente de contemplación, pues, si hubiese apartado la mirada y hubiese comparado el porte del joven Martin con el de su celoso defensor, este desinteresado caballero no habría quedado en mucho mejor lugar que la tarde memorable en que liquidó sus cuentas con Tom Pinch. Cualquiera habría dicho que había alguna cualidad en el señor Pecksniff —una emanación de la brillantez y pureza de su interior, tal vez— que enaltecía y adornaba a sus enemigos, que a su lado parecían más apuestos y viriles.

—¿Ni una palabra? —dijo Martin por segunda vez.

—Ahora recuerdo que tengo una cosa que decir, Pecksniff —observó el anciano—. Pero sólo una. Has dicho que debes a la caridad de un desconocido los medios para volver a Inglaterra. ¿Quién es? Y ¿qué cantidad de dinero te prestó?

Aunque le hizo la pregunta a Martin, no lo miró, sino que siguió con la vista fija en el señor Pecksniff, igual que antes. Parecía haber adquirido el hábito, tanto en el sentido literal como figurado, de mirar únicamente a Pecksniff.



Martin sacó un lápiz y una hoja de la cartera y anotó a toda prisa los detalles de su deuda con el señor Bevan. El anciano alargó el brazo y cogió el papel, pero siguió sin apartar la mirada del rostro del señor Pecksniff.

—Tendría que tener muy poco orgullo y mucha falsa modestia —observó Martin— para decir que no quiero que se salde esa deuda o que tengo alguna esperanza presente de saldarla. Pero nunca he lamentado mi pobreza tan profundamente como ahora.

—Léamelo, Pecksniff —dijo el anciano.

El señor Pecksniff, después de mirar por encima el papel, como si fuese la confesión manuscrita de un asesinato, hizo lo que le pedía.

—Creo, Pecksniff —dijo el viejo Martin—, que prefiero pagarla, no querría que el que la prestó, un extranjero, que no tenía forma de hacer averiguaciones y que hizo (o eso creyó) una buena acción, saliera perjudicado.

—Es un sentimiento muy honrado, mi querido señor. Típico de usted. Pero sienta también un peligroso precedente —dijo el señor Pecksniff—, permítame que se lo diga.

—No será un precedente —replicó el anciano—. Es lo único que pagaré. Pero ya lo hablaremos. Usted me aconsejará. ¿No hay nada más?

—Nada —dijo radiante el señor Pecksniff—, sólo que se recupere usted cuanto antes de esta intromisión, este insulto cobarde e indefendible a sus sentimientos, y vuelva usted a sonreír.

—¿No tiene nada más que decir? —preguntó el anciano, poniendo la mano con inusitada seriedad en la manga del señor Pecksniff. El señor Pecksniff no quiso decir lo que tenía en la punta de la lengua. Pues los reproches, observó, eran inútiles—. ¿No tiene absolutamente nada que decir? ¿Está usted seguro? Si lo tiene, sea lo que sea, hable con libertad. No me opondré a nada de lo que me pida —dijo el anciano.

Las lágrimas acudieron en tal cantidad a los ojos del señor Pecksniff ante esta prueba de ilimitada confianza por parte de su amigo que tuvo que apretarse el puente de la nariz convulsivamente antes de dominarse. Cuando recobró el habla, dijo muy emocionado que esperaba vivir lo suficiente para merecer esto; y añadió que no tenía nada más que añadir.

Por un momento el anciano se quedó mirándolo con esa expresión vacua e inmóvil tan frecuente en el rostro de las personas cuyas facultades declinan con la edad. Pero se levantó con firmeza y anduvo hacia la puerta, de la que Mark se apartó para dejarle pasar.

El obsequioso señor Pecksniff le ofreció su brazo. El anciano lo tomó. Volviéndose al llegar a la puerta, le dijo a Martin, despidiéndolo con la mano.

—Ya lo ha oído. Váyase. Todo ha terminado. ¡Váyase!

El señor Pecksniff murmuró ciertas animosas expresiones de simpatía y ánimo mientras se retiraban; y Martin, despertando del estupor en que lo había sumido la parte final de esta escena y reparando en la oportunidad que le proporcionaba su marcha, tomó a la causa inocente de todo entre sus brazos y la apretó contra su corazón.

—¡Mi querida niña! —dijo Martin—. No te ha cambiado. ¡Qué individuo tan inofensivo e impotente!

—¡Te has dominado de una manera tan noble! ¡Has soportado tanto!

—¡Dominado! —gritó alegremente Martin—. Tú estabas delante y enseguida he visto que no habías cambiado. ¿Qué más podía pedir? Verme ha sido un motivo de tanta amargura para ese sujeto que mi victoria ha sido obligarle a soportarme. Pero dime, cariño, pues las pocas palabras que podemos cruzar ahora son preciosas, ¿qué es ese rumor que he oído? ¿Es cierto que ese villano te persigue con sus atenciones?

—Lo fue, querido Martin, y hasta cierto punto lo es todavía; pero la causa principal de mi desdicha era la preocupación que sentía por ti. ¿Por qué nos dejaste sumidos en esa terrible angustia?

—La enfermedad, la distancia, el miedo a desvelar nuestra verdadera situación, la imposibilidad de ocultarla como no fuese con un silencio absoluto, la seguridad de que la verdad te habría dolido infinitamente más que la duda o la incertidumbre —dijo Martin a toda prisa, como todo lo que hicieron y dijeron en esos breves momentos—, fueron la razón de que sólo te escribiese una vez. Pero ¿Pecksniff? No temas contármelo; ya has visto que me he enfrentado a él, le he escuchado y no le he saltado al cuello, ¿qué historia es esa de que te pretende? ¿Lo sabe mi abuelo?

—Sí.

—Y ¿le ayuda?

—No —respondió ella enseguida.

—¡Gracias a Dios —exclamó Martin— que al menos en eso no se ha nublado su entendimiento!

—No creo —dijo Mary— que lo supiera al principio. Se lo hizo saber poco a poco, después de preparar el terreno. Eso creo, aunque sólo lo sé

por mis propias impresiones, no por nada que me hayan dicho. Luego me habló a solas.

—¿Mi abuelo? —dijo Martin.

—Sí, me habló a solas y me dijo...

—Lo que le había contado ese perro —gritó Martin—. No me lo repitas.

—Y me dijo que yo conocía bien sus cualidades, que era bastante rico, tenía buena reputación y gozaba de su favor y de su confianza. Pero, al verme tan angustiada, añadió que no dirigiría ni forzaría mis inclinaciones y que se contentaría con decírmelo. No me haría sufrir demorándose más en el asunto o volviendo a hablar de él, y no lo ha vuelto a hacer desde entonces y ha sido fiel a su palabra.

—¿Y ese tipejo? —preguntó Martin.

—Ha tenido muy pocas ocasiones de proseguir con su cortejo. No he vuelto a salir sola ni a quedarme a solas ni un instante en su presencia. Querido Martin, debo decirte —continuó— que la bondad de tu abuelo conmigo no ha cambiado. Sigo siendo su acompañante. Una ternura y una compasión indescriptibles parecen haberse mezclado con su antiguo afecto; y, si yo fuese su única hija, no podría tener un padre más dulce. Qué antiguo capricho o vieja costumbre perviven en esto, cuando su corazón se ha vuelto tan frío contigo, es un misterio que no puedo descifrar, pero ha sido, y es, un motivo de felicidad para mí, haberle sido siempre sincera, y por eso, si despierta de su error, aunque sea en el momento de la muerte, ahí estaré, amor mío, para llevarte a sus pensamientos. —Martin miró admirado su rostro radiante y apretó sus labios contra los de ella—. A veces he oído hablar y he leído —continuó— de personas cuyas facultades hace mucho tiempo que se habían debilitado y cuya vida se había convertido, por así decirlo, en un sueño, que se recuperaron antes de morir, y preguntaron por rostros familiares, a quienes antes habían querido y que habían olvidado, e incluso odiado, después. ¡Piensa si, con sus antiguas impresiones de este hombre, recobrará su antiguo ser y se encontrase con que él es su único amigo!

—No te animaría a abandonarlo, amor mío —dijo Martin—, aunque pudiera contar los años que sufriríamos separados. Pero me temo que la influencia que ese tipo ejerce sobre él ha ido en aumento.

Ella no tuvo más remedio que admitirlo. Había aumentado de forma constante, imperceptible y segura hasta llegar a ser total y absoluta. Ella misma no tenía ninguna influencia, y no obstante él la trataba con más afecto que nunca. Martin pensó que esa contradicción era parte del proceso de debilidad y decadencia.

—¿Llega su influencia al extremo de causarle temor? —preguntó—. ¿Le asusta expresar su propia opinión en presencia de ese individuo? Me ha parecido notar lo.

—Lo he pensado a menudo. Muchas veces, cuando estamos a solas, casi como hacíamos antes, y le leo su libro favorito o me habla alegremente, he observado que la entrada del señor Pecksniff basta para hacerle cambiar por completo de actitud. Se interrumpe en el acto y se convierte en lo que has visto hoy. Cuando llegamos aquí tenía ataques de ira y el señor Pecksniff debía emplearse a fondo para calmarlo. Pero han ido disminuyendo. Delega en él para todo, y no tiene otra opinión que la que le impone este hombre taimado.

Ese fue el relato —rápidamente ofrecido entre susurros y muchas veces interrumpido, a pesar de su brevedad, por falsas alarmas del retorno del señor Pecksniff— que obtuvo Martin de la decadencia de su abuelo y de la influencia ejercida por aquel noble caballero. Supo también de Tom Pinch, y de Jonas, y no poco de sí mismo; porque aunque los enamorados son notables por dejarse siempre muchas cosas sin decir, y estar deseando volver para decirlas, también son notables por su sorprendente capacidad de síntesis; y saben, de un modo u otro, expresar más —con gran elocuencia— en un breve espacio de tiempo que los seiscientos cincuenta y ocho miembros de la Cámara de los Comunes del Parlamento del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, que sin duda también están muy enamorados, pero sólo de su país, lo cual supone una gran diferencia, pues en ese tipo de pasiones (que no siempre son correspondidas) es costumbre utilizar cuantas más palabras posibles, y no decir nada.

Una advertencia del señor Tapley, un rápido intercambio de adioses, y de algo más de lo que el proverbio aconseja no hablar después; una mano blanca extendida hacia el propio señor Tapley, que la besó con la devoción de un caballero errante; más despedidas, más algo más, una palabra de despedida de Martin que prometió escribir desde Londres y hacer grandes cosas allí (Dios sabe qué, aunque él lo creía), y los dos amigos abandonaron los salones pecksniffianos.

—¡Una entrevista muy breve después de semejante ausencia! —dijo tristemente Martin—. Pero hemos hecho bien en marcharnos. Podríamos habernos puesto en una posición muy incómoda quedándonos más tiempo, Mark.

—No sé nosotros, señor —replicó—, pero otro que yo me sé habría estado en una posición muy incómoda si hubiese vuelto mientras estábamos allí. Tenía la puerta preparada, señor. Si Pecksniff hubiese asomado la cabeza, lo habría atrapado como una nuez. Me consta que es de esos hombres fáciles de aplastar.

Una persona que evidentemente iba a casa del señor Pecksniff los adelantó en ese preciso momento. Alzó la vista al oír el nombre del arquitecto, y después de andar unos metros se volvió y los miró. El

señor Tapley también se volvió para mirarlo, y lo mismo hizo Martin, pues el desconocido, al pasar, los había observado con suma atención.

—¡Vete a saber quién será! —dijo Martin—. La cara me resulta familiar, pero no lo conozco.

—Parece tener el amable deseo de que su rostro nos sea algo familiar —dijo el señor Tapley—, pues no nos quita la vista de encima. Más le vale no desperdiciar su belleza, pues no tiene mucha.

Al llegar al Dragón, vieron un coche en la puerta.

—¡Y un coche de Salisbury! —dijo el señor Tapley—. Puede estar seguro de que ha venido en él. ¿Qué está pasando aquí? No me extrañaría que fuese un nuevo alumno. Tal vez le encargue otra escuela como la anterior.

Antes de que pudieran entrar, llegó corriendo la señora Lupin, señaló hacia el coche y les mostró un baúl con el nombre CHUZZLEWIT escrito en él.

—Es el marido de la señorita Pecksniff —le dijo la buena mujer a Martin—. No sabía qué relación tenía con ustedes y he estado muy preocupada hasta que han regresado.

—No hemos hablado nunca —observó Martin— y, como no tengo ganas de conocerlo ni mejor ni peor, procuraré no encontrármelo. No cabe duda de que hemos debido adelantarlo por el camino. Me alegro de que haya planeado ahora su visita. ¡Palabra que el marido de la señorita Pecksniff viaja a lo grande!

—Y lo acompaña un caballero muy elegante... ahora está en la mejor habitación —susurró la señora Lupin, alzando la vista hacia la ventana cuando llegaron a la casa—. Ha pedido todo lo que se puede pedir para cenar. Y tiene los bigotes y las patillas más relucientes que he visto.

—¿Ah, sí? —gritó Martin—. Entonces procuraremos evitarlo a él también, con la esperanza de que nuestra abnegación baste para el sacrificio. Serán sólo unas horas —dijo Martin, desplomándose cansado en una silla detrás del biombo del bar—. Nuestra visita no ha salido bien, mi querida señora Lupin, y tengo que volver a Londres.

—¡Dios mío, Dios mío! —gritó la patrona.

—Sí. Un viento frío no hace invierno, igual que una golondrina no hace verano... Lo volveré a intentar. Tom Pinch ha triunfado. Guiado por su consejo, tal vez yo también lo haga. Una vez tomé a Tom bajo mi protección, ¡ay! —dijo Martin con una sonrisa melancólica—, y le prometí que lo haría rico. Tal vez ahora Tom me tome a mí bajo su protección y me enseñe a ganarme el pan.

## Capítulo XLIV. Continúa la empresa del señor Jonas y su amigo

Una notable cualidad, entre las muchas cualidades admirables del señor Pecksniff, era que, cuanto más lo desenmascaraban, más ejercía su hipocresía. Si lo vencían en un sitio, él se recuperaba y consolaba trasladando el combate a otro sitio distinto. Si A descubría sus manejos y amaños, razón de más para aplicarlos sin pérdida de tiempo en B, aunque sólo fuese para no perder la práctica. Nunca ofreció un espectáculo tan santurrón y edificante como después de que Thomas Pinch lo desenmascarase. Jamás había sido a la vez tan tierno en su humanidad y tan digno y exaltado en su virtud como en el tiempo en que el desprecio del joven Martin estuvo fresco en su memoria.

Provisto de ese enorme surtido de moralidad y sentimientos superfluos del que debía deshacerse a costa de cualquier sacrificio, en cuanto el señor Pecksniff oyó anunciar a su yerno, lo consideró una especie de pedido al por mayor que debía servirse de inmediato. Así que bajó enseguida al salón y, después de estrechar al joven entre sus brazos, exclamó entre gestos y miradas que revelaban la turbación de su espíritu:

—¡Jonas! ¿Está bien mi hija? ¿Pasa algo?

—¡Cómo! ¿Otra vez con eso? —replicó su yerno—. ¿Incluso conmigo? ¡Déjese de pamplinas!

—Pues dime que está bien —dijo el señor Pecksniff—. ¡Dime que está bien, muchacho!

—Está bien —replicó Jonas, soltándose—. No le pasa nada.

—¡No le pasa nada! —gritó el señor Pecksniff, sentándose en la silla más cercana y peinándose hacia arriba el pelo—. ¡Dichosa sea esta debilidad mía! No puedo evitarlo, Jonas. Gracias. Ya estoy mejor. ¿Qué tal está mi otra hija, la mayor, mi Cherrirequetepequeña? —dijo el señor Pecksniff, inventando aliviado un gracioso mote para ella.

—Sigue más o menos igual —replicó el señor Jonas—. Tan avinagrada como siempre. Supongo que sabe que tiene un pretendiente.

—Esas noticias me han llegado —respondió el señor Pecksniff— del cuartel general, de mi propia hija. No negaré que me conmueve considerar la pérdida de la hija que me quedaba, Jonas, me temo que los padres somos egoístas, sí, me temo que sí, pero el principal objetivo de mi vida ha sido siempre prepararlas para el hogar; y esa es una esfera en la que Cherry será un hermoso adorno.

—Alguna esfera tendrá que adornar —observó su yerno, con encantadora franqueza—. Porque en general no es muy ornamental.

—Mis hijas ahora tienen la vida garantizada —dijo el señor Pecksniff—. ¡Tienen la vida felizmente garantizada y mi labor no habrá sido en vano!

Eso es exactamente lo que habría dicho el señor Pecksniff si a una de sus hijas le hubiesen tocado treinta mil libras en la lotería, o si la otra hubiese encontrado en la calle un valioso monedero que nadie reclamase. En cualquiera de estos casos, habría pronunciado una bendición patriarcal sobre la afortunada cabeza, con gran solemnidad, y se habría atribuido el mérito como si lo hubiese planeado desde la cuna.

—Y ¿si hablamos ahora de otra cosa? —observó secamente Jonas—. Sólo por variar. ¿Le parece bien?

—Claro —dijo el señor Pecksniff—. ¡Ay, un bromista, eres un pícaro y un bromista! Te burlas de un padre anciano y cariñoso. ¡En fin! Merecido se lo tiene. Y además no le importa, pues sus sentimientos son su propia recompensa. ¿Vas a quedarte en casa, Jonas?

—No. He venido con un amigo —dijo Jonas.

—¡Tráete a tu amigo! —gritó el señor Pecksniff en un ataque de hospitalidad—. ¡Tráete a todos los amigos que quieras!

—No es de los que trae uno a casa —dijo Jonas con desprecio—. Bonita estampa haría trayéndolo a su casa de visita. Gracias de todos modos, pero es un hombre demasiado encumbrado para eso, Pecksniff.

El buen hombre prestó más atención, pues se había despertado su interés. Para el señor Pecksniff, una posición encumbrada equivalía a grandeza, virtud, bondad, juicio, genio; o, deberíamos decir más bien, una dispensa de todo eso, inconmensurablemente mejor en sí misma. Un hombre capaz de mirar desde arriba al señor Pecksniff no podía ser visto desde abajo por ese caballero con demasiada deferencia o desde una posición demasiado humilde. Lo mismo ocurre siempre con los grandes espíritus.

—Le diré lo que podemos hacer, si quiere —dijo Jonas—, venga a cenar con nosotros al Dragón. Anoche tuvimos que ir a Salisbury a resolver unos asuntos, y le he pedido que me trajese en su coche, bueno, no en el suyo, porque tuvimos un accidente en plena noche, en uno que alquilamos, qué más da. Pero tenga cuidado con lo que dice. ¡No está acostumbrado a tratar con cualquiera, sólo se relaciona con lo mejor de cada casa!

—Algún joven noble a quien le has prestado dinero a buen interés, ¿eh?  
—dijo el señor Pecksniff, moviendo el dedo índice con picardía—. Me encantará conocer a ese alegre retoño.

—¡Prestado! —repitió Jonas—. ¡Prestado! ¡Cuando sea usted la vigésima parte de rico que él, ya podrá retirarse! Muy adinerados tendríamos que ser para poder comprar entre los dos sus muebles, sus vajillas y sus cuadros. ¡Pedir prestado el señor Montague! Caramba, pero si, desde que tuve la fortuna (¡bueno!, y también la astucia) de adquirir participaciones en la compañía de seguros que preside, he ganado... bueno, da igual lo que haya ganado —dijo Jonas como si recobrase de pronto su habitual cautela—. Ya me conoce y sabe que no me gusta chismorrear de estas cosas. Pero, Dios, he sacado una buena tajada.

—La verdad, mi querido Jonas —exclamó el señor Pecksniff con mucha cordialidad—, un caballero así merece cierta atención. ¿No querría ver la iglesia? O, si le gustan las bellas artes, de lo cual no me cabe duda, por lo que me has dicho, puedo enviarle unas cuantas carpetas. La catedral de Salisbury, mi querido Jonas —dijo el señor Pecksniff, en quien la alusión a las carpetas y sus ansias por aparecer de forma ventajosa inspiraron la acostumbrada fraseología al respecto—, es un edificio repleto de asociaciones venerables, y que suscita poderosamente las más elevadas emociones. Es aquí donde contemplamos la obra de eras pasadas. Es aquí donde oímos henchirse el órgano, mientras paseamos por las naves resonantes. Tenemos dibujos de esta famosa estructura desde el norte, el sur, el este, el oeste, el sureste, el noroeste...

Mientras duró esta digresión, y de hecho toda la conversación, Jonas se estuvo balanceando en la silla con las manos en los bolsillos y la cabeza astutamente ladeada. Luego miró al señor Pecksniff con un brillo tan astuto en la mirada que este se interrumpió y le preguntó qué iba a decir.

—¡Dios! —respondió él—. Pecksniff, si supiera cómo piensa invertir su dinero, podría ayudarle a duplicarlo en un santiamén. No estaría mal que una oportunidad así se quedara en la familia. Pero ¡es usted tan inescrutable!

—¡Jonas! —exclamó ofendido el señor Pecksniff—. No soy una persona diplomática, siempre hablo con el corazón en la mano. La mayor parte de los escasos ahorros que he ido acumulando en el transcurso de una carrera que quiero pensar que no ha sido del todo deshonrosa ni inútil, ya está entregada, repartida y legada (corrígeme, mi querido Jonas, si estoy técnicamente equivocado) con expresiones de confianza, que no repetiré, y obligaciones a las que no vale la pena aludir, a una persona a quien ni puedo, ni necesito, ni voy a nombrar.

Y le estrechó con fuerza la mano a su yerno, como si fuese a añadir: «Que Dios te bendiga, haz buen uso de ella cuando la heredes».



El señor Jonas se limitó a mover la cabeza, se rió y, como si se lo hubiese pensado mejor, dijo que sería mejor que se guardase sus consejos. No obstante, cuando observó que iba a dar un paseo, el señor Pecksniff insistió en acompañarlo y añadió que de paso podía aprovechar para dejarle su tarjeta al señor Montague, a modo de caballeresca presentación antes de la cena. Y así lo hizo.

El rato que duró el paseo, el señor Jonas afectó la misma discreción que parecía haberlo contenido a tiempo en la conversación anterior. Y, como no hizo ningún intento por mostrarse conciliador con el señor Pecksniff, sino que lo trató con mayor brusquedad y cortesía de lo normal, este caballero, lejos de sospechar su verdadero propósito, bajó aún más la guardia. Pues en la naturaleza del bribón está pensar que las herramientas que utiliza son indispensables para cualquier bribonada y, sabedor de lo que haría él en semejante caso, el señor Pecksniff argumentó: «Si este joven quisiera algo de mí en provecho propio, se mostraría educado y deferente».

Así pues, cuanto más rechazaba Jonas sus preguntas e insinuaciones, más ganas le entraban a Pecksniff de ser iniciado en los dorados misterios que apenas había vislumbrado. ¿Por qué tiene que haber misterios fríos y mundanos —observó— entre parientes? ¿Qué era la vida sin confianza? Si el marido escogido por su hija, el hombre a quien se la había entregado con tanto orgullo y esperanza, y con una alegría tan inmensa e ilimitada, no era un lugar verde en el árido desierto de la vida, ¿dónde podría encontrar ese oasis?

¡Poco sospechaba el señor Pecksniff lo verde que estaba el lugar donde se estaba internando en ese momento! ¡Poco preveía al decir «¡Todo es polvo!» lo pronto que iba a darse de bruces en él!

Centímetro a centímetro, a su manera hosca y desagradable, animado por la esperanza de hacer sufrir al señor Pecksniff en ese sitio tan delicado, el bolsillo, que era lo que más le dolía a él. Jonas añadió un perverso interés a las mañas que se había propuesto poner en práctica; centímetro a centímetro, y poco a poco, dejó que, más que exponerlos, se le fuesen escapando los deslumbrantes planes de la Compañía Anglobengalí en presencia de su codicioso acompañante. Y con la misma racanería dejó que el señor Pecksniff dedujese, si quería (y por supuesto que quiso), que, consciente de no tener grandes dotes de palabra y educación, quería anotarse el mérito de presentarle al señor Montague a un hombre bien dotado en esos aspectos, y expiar así sus propias deficiencias. De lo contrario, murmuró con desagrado, habría preferido tener a su suegro «lo más lejos posible» antes que hacerle partícipe de su confianza.

Acicateado de este modo tan astuto, el señor Pecksniff se presentó a la cena en un estado de amabilidad, benevolencia, alegría, educación y cordialidad tal vez inédito en él hasta entonces. La franqueza del terrateniente rural, el refinamiento del artista, la exhibición de buen humor del hombre de mundo, la filantropía, la paciencia, la compasión y

la tolerancia, mezcladas con una flexible adaptabilidad ante cualquier cosa, se expresaron en el señor Pecksniff cuando estrechó la mano del gran capitalista y especulador.

—¡Bienvenido, respetado señor —dijo—, a nuestro humilde pueblo! Somos gente sencilla, unos palurdos primitivos, señor Montague, pero sabemos apreciar el honor de su visita, como corroborará mi querido yerno. Es muy extraño —dijo el señor Pecksniff, apretándole la mano casi con reverencia—, pero tengo la sensación de conocerlo. Esa frente imponente, mi querido Jonas —dijo en un aparte—, y esa espesa mata de pelo. Debo de haberle visto destacar en mitad de la muchedumbre. — Todos coincidieron en que era más que probable—. Me habría gustado —añadió— haber tenido el honor de presentarle a un anciano inquilino de mi casa, el tío de nuestro amigo. El señor Chuzzlewit, señor, se habría enorgullecido de estrechar su mano.

—¿Está aquí ahora ese caballero? —preguntó Montague ruborizándose profundamente.

—Sí —dijo el señor Pecksniff.

—No me lo había dicho, Chuzzlewit.

—No pensé que le interesase —replicó Jonas—. No le gustaría conocerlo, se lo aseguro.

—¡Jonas, mi querido Jonas! —le reprochó el señor Pecksniff—. ¡Por favor!

—¡Oh! Es normal que lo defienda —dijo Jonas—. Lo ha engatusado usted. Le va a sacar una fortuna.

—¡Vaya! ¡Con que esas tenemos! —gritó Montague—. ¡Ja, ja, ja! —y los tres rompieron a reír... sobre todo el señor Pecksniff.

—No, no —dijo este caballero, dándole una palmada a su yerno en el hombro—. No debe usted creer todo lo que diga mi joven pariente, señor Montague. Puede creerle y fiarse de él en cuestiones de negocios, pero no dé importancia a los vuelos de su fantasía.

—Por mi vida, señor Pecksniff —gritó Montague—, le doy la mayor importancia. Confío y espero que sea cierto. El dinero nunca cambia de manos lo bastante deprisa, señor Pecksniff. No hay nada como construir la propia fortuna sobre las debilidades de los demás.

—¡Ay, ay! ¡Debería darle vergüenza! —gritó el señor Pecksniff. Pero otra vez se echaron a reír... sobre todo el señor Pecksniff.

—Le doy mi palabra de que es lo que hacemos.

—¡Ay, ay! —gritó el señor Pecksniff—. Qué chistoso. Estoy seguro de que usted no haría algo así. ¡Seguro! ¿Cómo podría?

Una vez más se rieron al mismo tiempo, y una vez más sobre todo se rió el señor Pecksniff.

Era ciertamente muy agradable. Confidencial, fácil, sin rodeos y además dejaba al señor Pecksniff en situación de ser el mentor del grupo. Les sirvieron las mayores proezas culinarias jamás cocinadas en el Dragón; los vinos mejores y más añejos de la bodega del Dragón vieron la luz en esa ocasión; un millar de burbujas, indicadoras de la riqueza y la posición del señor Montague en las profundidades de sus ocupaciones salieron constantemente a la superficie de la conversación, y fueron tan francos y alegres como puedan serlo tres hombres honrados. El señor Pecksniff juzgó lamentable, y así lo dijo, que el señor Montague tuviera una opinión tan frívola de la humanidad y sus debilidades. Parecía angustiado por eso, de un modo u otro no dejaba de darle vueltas, afirmó que tenía que convertirlo. Y, cada vez que el señor Montague insistió en su idea de construir la propia fortuna sobre las debilidades ajenas y añadió con franqueza: «¡Es lo que hacemos nosotros!», el señor Pecksniff repitió: «¡Ay, ay, debería darle vergüenza! Estoy seguro de que no haría usted algo así, ¿cómo podría?», subrayando cada vez más las últimas palabras.

La frecuente repetición de esta chistosa pregunta por parte del señor Pecksniff llevó por fin a chistosas respuestas por parte del señor Montague; pero, después de unas cuantas agudezas de ambos bandos, el señor Pecksniff se puso solemne, casi al borde de las lágrimas, y observó que, si el señor Montague le daba permiso, bebería a la salud de su joven pariente, el señor Jonas, para felicitarle por la valiosa y distinguida amistad que había entablado y envidiándole, tenía que confesarlo, su utilidad para sus semejantes. Pues, si había entendido bien los propósitos de la institución con la que hacía poco que había tenido el privilegio de relacionarse de manera tan provechosa —y a pesar de conocerlos sólo de forma imperfecta—, no eran otros que hacer el bien y, si por su parte (la del señor Pecksniff) pudiera hacer algo por promoverlos, estaba convencido de que podría apoyar la cabeza en la almohada por la noche con la completa certeza de conciliar el sueño enseguida.

El paso de esta observación casual (pues fue casual y fruto tan sólo de la franqueza del alma del señor Pecksniff) a hablar del asunto como una cuestión de negocios fue fácil. Pronto tuvieron desplegados delante papeles, declaraciones, tablas y cálculos diversos, y como todos versaban sobre lo mismo no es raro que condujeran al mismo fin. Aun así, cada vez que Montague se explayaba sobre los beneficios de la compañía y aseguraba que el éxito estaba garantizado mientras hubiese incautos en el mundo, el señor Pecksniff decía «¡Ay, ay!» y podría habérselo reprochado de no haber sabido que hablaba en broma. El señor Pecksniff lo sabía, porque así lo dijo.

Nunca había habido, ni volvería a haberla, una ocasión así para invertir una suma considerable (los beneficios aumentaban con la cuantía de la inversión) como en ese momento. La única vez que se dio una oportunidad parecida fue cuando Jonas entró en la empresa, y eso le incomodaba y lo inclinaba a presentir algún fallo, y a aconsejarle cautela y que se lo pensara mejor. La suma que completaría el capital de esta próspera empresa equivalía casi a todo el dinero del señor Pecksniff, sin contar lo del señor Chuzzlewit, que él consideraba dinero en el banco, y cuya posesión lo predisponía más a arriesgar el suyo para capturar una ballena como la que le había descrito el señor Montague. Los beneficios empezaban casi enseguida y eran inmensos. El resultado fue que el señor Pecksniff aceptó convertirse en el último socio y propietario de la Anglobengalí y acordó cenar con el señor Montague dos días después para completar la negociación.

Costó tanto llevar el asunto a esta conclusión que cuando se despidieron era casi medianoche. Al bajar las escaleras el señor Pecksniff se encontró a la señora Lupin en la puerta, mirando hacia fuera.

—¡Amiga mía —dijo—, todavía no se ha acostado! ¿Está usted contemplando las estrellas, señora Lupin?

—Es una bonita noche estrellada, señor.

—Una bonita noche estrellada —coincidió el señor Pecksniff alzando la vista—. ¡Contemple los planetas, cómo brillan! Contemple las... Esas dos personas que estuvieron aquí esta mañana han dejado su establecimiento, ¿no, señora Lupin?

—Sí, señor. Se han ido.

—Me alegro de oírlo —dijo el señor Pecksniff—. ¡Contemple las maravillas del firmamento, señora Lupin! ¡Qué escena tan gloriosa! Cuando miro estos orbes brillantes pienso que cada uno de ellos le guiña un ojo a los demás para que reparen en la vanidad de los fines humanos. ¡Mis semejantes —exclamó, moviendo apenado la cabeza—, mis agusanados parientes, qué equivocados estáis! Las estrellas están encantadas (supongo) en sus diversas esferas. ¿Por qué no vosotros? ¡Ay! ¡No os esforcéis tanto por enriqueceros o superar a los demás, mis engañados amigos, y contemplad el cielo conmigo!

La señora Lupin movió la cabeza y soltó un suspiro. Era muy conmovedor.

—¡Contemplad al cielo conmigo —repitió el señor Pecksniff extendiendo la mano—, conmigo, un humilde individuo que es un insecto como vosotros! ¿Pueden la plata, el oro o las piedras preciosas brillar como esas constelaciones? No lo creo. ¡No codiciéis pues la plata, el oro o las piedras preciosas, y contemplad el cielo conmigo!

Con estas palabras, el buen hombre le dio unas palmaditas en la mano a la señora Lupin como diciendo: «¡Piénselo, buena mujer!» y se alejó en una especie de éxtasis o rapto, con el sombrero debajo del brazo.

Jonas siguió en la misma postura en que lo había dejado el señor Pecksniff, mirando malhumorado a su amigo, que, rodeado de un montón de documentos, estaba escribiendo algo en una tira oblonga de papel.

—¿Piensa quedarse en Salisbury hasta pasado mañana? —preguntó Jonas.

—Ya ha oído que tengo una cita —replicó Montague, sin alzar la vista—. En cualquier caso, me habría quedado para cuidar del muchacho.

Parecían haber vuelto a intercambiar sus papeles, Montague estaba muy animado y Jonas abatido y huraño.

—Supongo que ya no me necesita —dijo Jonas.

—Necesito que firme aquí —respondió con una sonrisa— en cuanto haya cumplimentado el documento. También quiero el pagaré por el capital adicional. No necesito más. Si quiere volver, puedo manejar yo sólo al señor Pecksniff. Nos entendemos a la perfección.

Jonas lo miró ceñudo mientras él escribía en silencio. Cuando terminó, secó el papel con el secante de su escritorio portátil, alzó la vista y le dio la pluma.

—Ni un día de gracia ni un día de confianza, ¿eh? —dijo con amargura Jonas—. ¿Ni siquiera después de las molestias que me he tomado esta noche?

—Las molestias de esta noche eran parte de nuestro acuerdo —replicó Montague—, igual que esto.

—Es un negociante implacable —dijo Jonas, acercándose a la mesa—. Usted sabrá. ¡Démelo!

Montague le entregó el papel. Después de hacer una pausa como si no pudiera decidirse a estampar su firma en él, Jonas mojó la pluma en el tintero más cercano y empezó a escribir. Pero, apenas lo hizo, se apartó con un sobresalto de pánico.

—¿Qué diablos es esto? —dijo—. ¡Es sangre!

Luego reparó en que había mojado la pluma en tinta roja. Pero concedió una gran importancia al error. Preguntó quién la había puesto ahí y por qué, y miró a Montague como si creyera que le había gastado una jugarreta. Incluso cuando se hizo con otra pluma distinta y tinta negra,

escribió antes en otro papel como si creyera que también iba a volverse roja.

—Esta vez es negra —dijo, dándole el pagaré a Montague—. ¡Adiós!

—¡Se marcha ya! ¿Cómo piensa irse de aquí?

—Iré campo a través por la mañana hasta la carretera, antes de que se levante usted, y cogeré la diligencia. ¡Adiós!

—¡Sí que tiene usted prisa!

—Tengo cosas que hacer —dijo Jonas—. ¡Adiós!

Su amigo lo vio marcharse con una sorpresa que poco a poco dio paso al alivio y la alegría.

—Así es mejor. Es lo que yo quería, sin complicaciones. Volveré a casa solo.

## **Capítulo XLV. En el que Tom Pinch y su hermana se divierten un poco, pero al modo doméstico y sin ceremonias**

Tom Pinch y su hermana tuvieron que despedirse para atender sus asuntos matutinos, justo después de que se marchasen los demás actores de la escena del muelle que acabamos de relatar al lector, y no tuvieron ocasión de hablar del asunto. Pero Tom, en su oficina solitaria, y Ruth, en el salón triangular, no pensaron en otra cosa en todo el día; y por la tarde, cuando se acercó la hora de verse, no cabe duda de que tenían muchas ganas de comentarlo.

Habían acordado que Tom saldría siempre del Temple por el mismo sitio, pasada la fuente. Al cruzar Fountain Court, miraría hacia las escaleras que conducían a Garden Court y, si Ruth había ido a buscarlo, la encontraría allí, no paseando (por mor de los oficinistas), sino corriendo a su encuentro, con la mejor sonrisa pintada en el semblante que jamás compitiera con la fuente, cuya derrota no podía ser más completa. Y es que había una probabilidad de cincuenta contra uno de que Tom la buscara en otro sitio y se diera por vencido, mientras ella iba hacia él, sacudiendo el pequeño ridículo donde guardaba las llaves para atraer su mirada.

Si quedaba vida suficiente en la demorada vegetación de Fountain Court para que los ahumados arbustos reparasen en la presencia de la joven más luminosa y de corazón más puro del mundo, es algo que tendrán que dilucidar los jardineros y los entendidos en los amores de las plantas. Pero de lo que no cabe duda es de que el patio empavesado mejoraba mucho cuando lo cruzaba esa figura menuda y delicada, que pasaba como una sonrisa por las casas viejas y mugrientas, y las losas desgastadas, y las dejaba más sombrías, serias y adustas que antes. El agua de la fuente del Temple podría haber saltado tres metros más alta para saludar el manantial de esperanzada feminidad que pasaba, deslumbrante, por los secos y polvorientos canales de la Ley<sup>[126]</sup>; los gorjeantes gorriones que criaban en las grietas y rincones del Temple podrían haber callado para escuchar las alondras imaginarias mientras pasaba esa criatura tan lozana; las ramas sucias, poco acostumbradas a inclinarse como no fuese en su enclenque crecimiento, podrían haberse doblado con igual elegancia para dar su bendición a la hermosa cabeza; las viejas cartas de amor, guardadas en los arcones de las oficinas cercanas, olvidadas entre las pilas de papeles donde se habían extraviado, y de las que ahora formaban parte, podrían haberse movido y palpitado al recordar por un instante su antigua ternura, cuando ella pasaba a su lado. Cualquier cosa que no haya sucedido ni vaya a suceder podría haber sucedido por amor a Ruth.

Algo ocurrió también la tarde de la que trata esta historia. No por amor a ella. ¡Oh, no!, más bien por accidente y sin que tuviese nada que ver.

Fuese porque Ruth llegó un poco pronto, o porque Tom llegó un poco tarde —por lo general, la joven era tan puntual que lo calculaba al minuto— no encontró a Tom. ¡Bueno! El caso es que había otra persona y la muchacha se sonrojó, después de mirar a su alrededor, y bajó las escaleras con más rapidez de lo habitual.

En fin, la verdad es que el señor Westlock pasaba por allí en ese momento. El Temple es un lugar público, aunque diga en la puerta que no es así: mientras esté abierta lo es y lo será; y el señor Westlock tenía tanto derecho a estar allí como cualquiera. Pero entonces ¿por qué huyó Ruth? No iba mal vestida, pues era demasiado pulcra para eso. ¿Por qué huyó? El cabello castaño que se le había salido del gorro, y al que se había enganchado una impertinente florecilla caprichosa que se jactaba de su hazaña delante de todos, no pudo ser la causa porque el efecto era encantador. ¡Oh, alocado, jadeante y asustado corazón! ¿Por qué huyó?

La minúscula fuente canturreaba alegre, y alegres centelleaban los hoyuelos en su rostro luminoso. John Westlock corrió tras ella. El agua susurraba y resbalaba en voz baja y los hoyuelos brillaron picarones, cuando John siguió sus pasos.

¡Oh, alocado, jadeante y asustadizo corazón! ¿Por qué fingió no reparar en su presencia? ¿Por qué deseó estar lejos y al mismo tiempo sintió tanta felicidad por estar donde estaba?

—Sabía que era usted —dijo John cuando la alcanzó, en el santuario de Garden Court—. Sabía que no me había equivocado. —Ella se sorprendió tanto—. Está esperando usted a su hermano. Permita que la acompañe.

Tan leve fue el roce de su mano que él miró para cerciorarse de que la había puesto sobre su brazo. Pero su mirada se detuvo un instante en los ojos brillantes, olvidó su primer propósito y no siguió más allá.

Anduvieron arriba y abajo tres o cuatro veces, hablando de Tom y de su misterioso empleo. Era un asunto muy natural e inocente, pero entonces ¿por qué, cada vez que Ruth alzaba la mirada, volvía a bajarla enseguida en busca del frío pavimento? No eran de esos ojos que rehúyen la luz, ni de los que se reservan para aumentar su valor. Eran demasiado preciosos y demasiado genuinos para necesitar mañas así. ¡Alguien debió de mirarlos!

No obstante, no tardaron en encontrar a Tom. Este par de ojos lo divisó en la distancia en cuanto apareció. Estaba mirando, como de costumbre, a todas partes menos a donde debía, casi como si evitara verlos a propósito. Cuando quedó claro que, si lo dejaban, volvería solo a casa, John Westlock corrió a detenerlo.



Eso hizo que la llegada de la pobre y pequeña Ruth fuese muy embarazosa: Tom, sorprendidísimo (Tom no tenía presencia de ánimo en las ocasiones triviales); John, quitándole toda la importancia que pudo, pero explicándose con detalles innecesarios; y ella, acercándose mientras los dos la miraban, consciente de haberse ruborizado hasta la raíz del cabello e intentando alzar las cejas con despreocupación y fruncir los labios sonrosados como haría la joven más tranquila y despreocupada del mundo.

La fuente salpicaba alegremente, hasta que los hoyuelos, juntándose, se hincharon en una sonrisa que cubrió toda la superficie de la fuente.

—¡Qué encuentro tan extraordinario! —dijo Tom—. Jamás habría soñado veros a los dos juntos aquí.

—Pura casualidad —se oyó murmurar a John.

—Exacto —gritó Tom—, eso decía. Si no fuese casualidad, no tendría nada de extraordinario.

—Claro —dijo John.

—Vaya sitio tan apartado para encontrarse —prosiguió encantado Tom—. ¡De lo más improbable!

John lo contradijo. Por el contrario, lo consideró un sitio muy probable. Él pasaba mucho por allí, afirmó. No le sorprendería que volviera a ocurrir. Lo que le extrañaba era que no hubiese sucedido antes.

Ruth había dado la vuelta para ponerse al lado de su hermano y lo había cogido del brazo. Ahora se lo apretaba como para decir: «¿Vas a quedarte aquí todo el día, mi querido y torpe Tom?».

Tom respondió al apretón como si fuese un discurso.

—John —dijo—, si le ofreces el brazo a mi hermana, podemos acompañarla los dos y dar un paseo. Tengo una circunstancia curiosa que contarte. Nuestro encuentro no podría haber ocurrido en mejor momento.

La fuente brincaba y bailaba alegremente y alegremente chispearon y se extendieron más y más los sonrientes hoyuelos hasta deshacerse en una risa contra el borde de la fuente y desaparecer.

—Tom —dijo su amigo, cuando llegaron a la calle ruidosa—. Tengo una propuesta que hacerte. Que tu hermana y tú, si a ella no le importa honrar una pobre residencia de soltero, me concedáis el enorme placer de venir a cenar conmigo.

—¿Cuándo, hoy? —exclamó Tom.

—Sí, hoy. Ya sabes que vivo aquí cerca. Por favor, señorita Pinch. Insisto. Será muy desinteresado, porque no tengo nada que ofrecerle a usted.

—¡Oh, no le hagas caso, Ruth! —dijo Tom—. Para ser soltero, es el hombre más obsequioso en cuestiones hogareñas que he conocido, deberían nombrarlo lord Mayor. ¡Bueno! ¿Qué dices? ¿Vamos?

—Como tú quieras, Tom —replicó su obediente hermanita.

—Tal vez —dijo Tom, mirándola con sonriente admiración— necesitas coger alguna cosa. Qué sé yo, John; a lo mejor luego va y no puede quitarse el gorro.

Se rieron mucho con esta salida, y John Westlock le hizo varios cumplidos, aunque él dijo que no eran cumplidos (y en realidad tenía razón), sino sencillas verdades, que nadie podía negar. Ruth se rió, pero no puso objeciones. Así que estuvieron de acuerdo.

—De haberlo sabido un poco antes —dijo John—, habría encargado otro pudin. No para competir con el otro, sino para exaltarlo. Y de ningún modo habría mandado que lo hicieran con manteca.

—¿Por qué no? —preguntó Tom.

—Porque el libro de cocina recomienda prepararlo con manteca —respondió John Westlock—, y el nuestro se hizo con huevos y harina.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Tom—. Así que el nuestro se hizo con huevos y harina, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! ¡Un pudin de ternera hecho con huevos y harina! Pues claro, todo el mundo lo sabe. Hasta yo lo sé. ¡Ja, ja, ja!

No hace falta decir que Tom había estado presente cuando prepararon el pudin, y había creído devotamente en él desde el primer momento. Pero le divirtió tanto burlarse de su hermanita, y le hizo tanta gracia haberla descubierto, que se detuvo a reírse en Temple Bar, y tanto le dio que los hoscos transeúntes lo anatemizaran y empujaran, pues siguió exclamando con inagotable buen humor: «¡Harina y huevos! ¡Un pudin de ternera hecho con harina y huevos!», hasta que John Westlock y su hermana se apartaron de él y dejaron que se riera solo; y, cuando terminó cruzó la calle ajetreada y fue a su encuentro con el rostro tan iluminado de ternura y afecto (había sido sólo una broma) que, Dios lo bendiga, podría haber purificado el aire, aunque Temple Bar hubiese estado, como en los gloriosos días del pasado, embellecida con una hilera de cabezas humanas medio podridas.

Hay salones muy cómodos en las residencias donde viven los solteros, y, por mucho que digan tan desolados caballeros, es sorprendente lo bien que se las arreglan. John fue muy conmovedor al hablar de su triste vida y de los apaños e improvisaciones que requería; pero parecía estar muy

bien instalado. Sus habitaciones no podían ser más pulcras ni más cómodas, y si no eran lo bastante acogedoras no era por culpa suya.

En cuanto acompañó a Tom y a su hermana a su mejor salón (donde había un precioso jarrón con flores frescas sobre la mesa, preparado para Ruth. Exactamente igual que si la hubiese estado esperando, apuntó Tom), se puso el sombrero y se marchó a toda prisa, enseguida lo vieron volver por la puerta entreabierta, acompañado de una matrona de rostro encendido con una cofia arrugada y unas cintas muy largas que le colgaban por la espalda; ayudado por ella, empezó a poner el mantel para la cena, a limpiar las copas de vino con sus propias manos, a sacarle brillo a la tapa de plata del bote de la pimienta con la manga de la chaqueta y a descorchar botellas y llenar decantadores con una habilidad y una diligencia pasmosas. E, igual que si con tanto frotar y limpiar hubiese frotado una lámpara maravillosa o un anillo mágico y hubieran acudido obedientes al menos veinte mil esclavos sobrenaturales, apareció un ser con un chaleco blanco y una servilleta debajo del brazo, acompañado por otro ser con un recipiente ovalado sobre la cabeza del que sacó un banquete caliente y lo colocó sobre la mesa.

Salmón, cordero, guisantes, patatas nuevas e inocentes, una ensalada, pepinillos en rodajas, un pato tierno y una tarta. Todo a su debido tiempo. Era imposible saber de dónde venían, pero el recipiente ovalado iba y venía y advertía de su llegada al hombre del chaleco blanco llamando con discreción a la puerta; pues, después de su primera aparición, ya no volvió a entrar en la sala. Aquel hombre no se sorprendía de nada, nunca se inmutó al ver las cosas extraordinarias que custodiaba aquel recipiente, y se limitó a sacarlas, con expresión decidida y gesto inescrutable, y a dejarlas sobre la mesa. Era un hombre amable, de modales atentos, y estaba muy interesado en lo que comían y bebían. Era un hombre erudito y conocía el sabor de las salsas de John Westlock, que describió con mucho sentimiento mientras les iba pasando los frascos. Era un hombre serio y silencioso, pues, en cuanto terminaron la cena y después de colocar el vino y la fruta sobre la mesa, desapareció, con el recipiente y todo, como si nunca hubiese estado allí.

—¿No te había dicho que se le daban bien las cosas hogareñas? — exclamó Tom—. Por mi alma. ¡Es extraordinario!

—¡Ah, señorita Pinch! —dijo John—. Es el lado bueno de la vida que llevamos en estos sitios. Sería una vida espantosa si no se iluminara hoy.

—No creas ni una palabra —exclamó Tom—. Vive como un rey, y no cambiaría por nada su forma de vida. Sólo finge quejarse.

No, en realidad John no quería fingir, pues su deseo de dejar claro que por lo general llevaba una existencia aburrida, solitaria e incómoda no podía ser más sincero. Era una vida desdichada, afirmó, una vida desgraciada. Su plan era dejar esas habitaciones lo antes posible; y de hecho tenía intención de saldar su cuenta también lo antes posible.

—¡Caramba! —dijo Tom Pinch—. Qué quieres que te diga. No sé dónde podrías estar más cómodo, John. ¿Qué opinas tú, Ruth?

Ruth removió las cerezas en el plato y observó que, en su opinión, el señor Westlock tenía que ser muy feliz, y que no le cabía duda de que lo era.

¡Ah, alocado, suspirante y asustado corazón, con qué timidez lo dijo!

—Pero has olvidado lo que tenías que contar, Tom: lo de esta mañana —añadió.

—Cierto —dijo Tom—. Hemos hablado tanto de otras cosas que se me había ido de la cabeza. Te lo diré enseguida, John, no vaya a ser que se me vuelva a olvidar.

Cuando le contó lo sucedido en el muelle, su amigo se sorprendió mucho, se puso muy serio y se interesó tanto por lo que le decía que Tom se sorprendió. Creyó conocer a la anciana con quien se habían encontrado y, a juzgar por su descripción, se atrevió a aventurar que se llamaba Gamp. Sin embargo, pareció muy perplejo respecto a la naturaleza del recado que Tom había llevado de forma tan inesperada, al porqué de que se lo hubiesen confiado a él, a la relación que pudiese haber entre las distintas partes interesadas, o al secreto que pudiera esconderse en el fondo del asunto. Tom estaba seguro de que el asunto iba a interesarle, pero no tanto. John Westlock siguió haciéndole preguntas incluso cuando Ruth salió del salón; y era evidente que no se lo tomaba como un simple tema de conversación.

—Me quejaré a mi casero, claro —dijo Tom—, aunque es un hombre muy huidizo y no es probable que me dé muchas explicaciones, ni aunque supiese lo que decía la carta.

—Y puedes jurar que lo sabía —le interrumpió John.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—¡Bueno! —dijo Tom—. Cuando lo vea me quejaré (siempre entra y sale de la casa a horas intempestivas, pero intentaré pillarlo mañana por la mañana) por haberme hecho un encargo tan desagradable. Y he estado pensando, John, que si fuese a casa de cómo se llame ese sitio de la City donde estuve la otra vez, ya sabes, la pensión de la señora Todgers, mañana por la tarde, tal vez encuentre a la pobre Mercy Pecksniff y pueda explicarle cómo me vi implicado en el asunto.

—Tienes mucha razón, Tom —replicó su amigo, después de pensarlo un momento—. Es lo mejor que puedes hacer. Me parece evidente que, se trate de lo que se trate, es un asunto más bien turbio; y considero tan

deseable que te desvincules de cualquier posible relación con él que mi consejo es que vayas a ver al marido, si puedes, y te laves las manos explicándole los hechos con claridad. Tengo la sospecha de que aquí está en juego algo siniestro, Tom. Ya te diré por qué en otra ocasión, cuando haya hecho un par de averiguaciones por mi cuenta.

A Tom Pinch le pareció muy misterioso. Pero, como sabía que podía fiarse de su amigo, decidió seguir su consejo.

¡Ah!, pero habría estado bien tener una capa de invisibilidad con la que observar a Ruth cuando se quedó a solas en la residencia de John Westlock, mientras John y su hermano hablaban y apuraban el vino. La amabilidad con que trató de entablar conversación con la matrona de rostro encendido y la cofia arrugada que los había atendido, después de un intento desesperado a propósito de su vestido y de su chal amarillo descolorido que parecía hecho con pellas de mantequilla. Habría sido agradable. La sombría inflexibilidad de grifo con que la matrona de rostro encendido repelió sus encantadores avances, como si procediesen de una potencia hostil y peligrosa a quien no se le había perdido nada allí, como no fuese hacerle perder un cliente o preguntar qué había pasado con el té y el azúcar que faltaban y otros detalles sin importancia. Habría sido agradable. La curiosidad vergonzosa, invencible y gloriosa con que Ruth, cuando se fue la matrona del rostro encendido, contempló los libros y cachivaches que había por todas partes, y el interés con que observó unas delicadas cerillas que había en la repisa de la chimenea mientras dudaba de quién las habría hecho. Habría sido digno de ver. La mano vacilante con que colocó esas flores, con que, casi ruborizándose al ver su propia imagen reflejada en el espejo, se las puso en el pecho y, después de mirarlas con la cabeza ladeada, decidió quitárselas y luego volver a dejarlas donde estaban. ¡Habría sido delicioso!

John pareció opinar lo mismo, pues cuando entró con Tom a tomar el té se sentó al lado de ella como un hombre hechizado. Y cuando retiraron el servicio de té, y Tom se sentó al piano y se sumergió en varias de sus viejas tonadas para órgano, siguió sin levantarse, al lado de la ventana abierta y contemplando el crepúsculo.

En Furnival's Inn no hay mucho que ver. Es un lugar sombrío y silencioso en el que resuenan los pasos de quienes van a atender algún negocio, y resulta bastante monótono y aburrido las noches de verano. ¿Qué hizo que les pareciese tan encantador para quedarse al lado de la ventana tan inconscientes del paso del tiempo como el propio Tom, el soñador, mientras las melodías que tantas veces habían aliviado su espíritu flotaban otra vez a su alrededor? ¿Qué poder infundió en la luz desfalleciente, en la oscuridad cada vez mayor, en las estrellas que fueron apareciendo aquí y allá, en el aire de la noche, en el movimiento y la agitación de la City, y hasta en las campanadas de los relojes de la vieja iglesia, un raptó tan exquisito que las más divinas regiones de la tierra expuestas ante sus ojos no los habrían cautivado con cadenas más fuertes?

Las sombras aumentaron más y más, y el salón se quedó a oscuras. Los dedos de Tom siguieron recorriendo el teclado y la ventana siguió dando cobijo a su pareja de inquilinos.

Por fin, la mano de ella sobre su hombro y su aliento en su frente despertaron a Tom de su ensoñación.

—¡Dios mío! —gritó, dejando de tocar con un sobresalto—. Me temo que he sido muy desconsiderado y maleducado.

¡Poco imaginaba lo considerado y educado que había sido!

—Cántanos algo, Ruth —dijo Tom—. Deja que oigamos tu voz. ¡Vamos!

John Westlock añadió sus súplicas con tanta seriedad que sólo un corazón de piedra podría haberse resistido. Ella no tenía el corazón de piedra. ¡Oh, no! Más bien todo lo contrario.

Así que tomó asiento, y con una voz muy dulce empezó a cantar las baladas que tanto le gustaban a Tom. Viejas historias en verso con una pausa de vez en cuando para insertar unos acordes sencillos, como los que podría haber tañido un arpista en los viejos tiempos, cuando, al alzar la vista para recordar una leyenda casi olvidada, las palabras de los viejos poetas desposaban hasta tal punto la métrica que el compás de la música podría haber sido el aliento del poeta dando voz y expresión a sus pensamientos; y ahora una melodía tan alegre y animosa que la cantante parecía incapaz de sentir tristeza, hasta que en su inconstancia (¡oh, cruel cantora!) volvía a las andadas y le partía una vez más el corazón a los oyentes: he aquí los medios tan sencillos a los que recurrió para agradecerles. Y esos medios tan sencillos prevalecieron y les agradaron. ¡Que la sala todavía oscura y lo mucho que tardaron en dar la luz sirvan de testigos!

Al fin llegaron las velas, y se hizo la hora de volver a casa. Cortar el papel con cuidado y enrollarlo en torno a los tallos de las flores originó un pequeño retraso, pero incluso esto se hizo a tiempo y Ruth estuvo lista enseguida.

—¡Buenas noches! —dijo Tom—. ¡Ha sido una visita memorable y deliciosa, John! ¡Buenas noches!

John se ofreció a acompañarlos.

—No, no. ¡Quédate! —dijo Tom—. ¡Qué absurdo! Podemos llegar a casa solos. Ni se me ocurriría molestarte más haciéndote salir.

Pero John insistió en que lo prefería.

—¿Estás seguro? —dijo Tom—. Me temo que lo dices sólo por educación.

John estaba seguro, le ofreció el brazo a Ruth y la acompañó fuera. La matrona del rostro encendido, que acudió otra vez a atenderlos, agradeció su partida con una reverencia tan fría que apenas fue visible y dejó a Tom muy cortado.

Su anfitrión insistió en recorrer todo el camino, y no prestó atención a los intentos que hizo Tom por disuadirlo. ¡Momentos felices, caminata feliz, despedida feliz, sueños felices! Aunque hay ensoñaciones, de eso no hay duda, que avergüenzan a las visiones de la noche.

La fuente del Temple murmuró atareada en el claro de la luna, mientras Ruth dormía con las flores a su lado y John Westlock esbozaba un retrato —¿de quién?— de memoria.

## Capítulo XLVI. En el que la señorita Pecksniff se hace querer, el señor Jonas hace exhibición de su rabia, la señora Gamp el té y el señor Chuffey negocios

Al día siguiente, en cuanto concluyeron sus obligaciones oficiales, Tom Pinch volvió a casa sin entretenerse por el camino; y, después de cenar y descansar un poco, volvió a salir, en compañía de Ruth, para llevar a cabo la proyectada visita a la pensión Todgers. Tom llevó a Ruth consigo, no sólo porque le gustara que lo acompañara siempre que podía, sino porque quería que consolase y confortara a la pobre Merry; y Ruth por su parte (después de que Tom le contase su desdichada historia) tenía muchas ganas.

—Se alegró tanto de verme —dijo Tom— que estoy convencido de que también se alegrará de verte a ti. No me cabe duda de que tu simpatía será más delicada y aceptable que la mía.

—No estoy yo tan segura, Tom —replicó ella—, eres injusto contigo mismo. Desde luego que sí. Pero espero gustarle, Tom.

—¡Oh, claro que sí! —exclamó convencido Tom.

—¡Cuántos amigos tendría si todo el mundo pensara como tú! ¿No crees, Tom? —dijo su hermanita, pellizcándole en la mejilla.

Tom se rió, y dijo que, en este caso concreto, no tenía la menor duda de que encontraría una discípula en Merry.

—Las mujeres —añadió— sois buenas, y vuestra bondad hace que seáis sensibles; sabes muy bien cómo ser afectuosa y solícita sin parecerlo; la amabilidad de tus sentimientos es tan leve y tan natural que cura las heridas del espíritu con la misma ternura con que tu roce cura las del cuerpo. Eres tan...

—¡Dios mío, Tom! —lo interrumpió su hermana—. Tienes que enamorarte cuanto antes.

Tom se tomó esta observación con buen humor, aunque también con cierta gravedad; y poco después conversaban animadamente sobre otras cuestiones.



Al pasar por una calle de la City, no muy lejos de la residencia de la señora Todgers, Ruth detuvo a Tom delante del escaparate de un gran almacén de muebles y tapicería, para llamar su atención sobre algo muy impresionante e ingenioso que exhibían en él para disfrute y tentación del público. Tom aventuró una suposición muy equivocada sobre el precio de este objeto, y estaba riéndose cordialmente con su hermana de su error cuando le apretó el brazo y señaló a dos personas que había cerca y que contemplaban el mismo escaparate muy interesados por las cómodas y las mesas.

—¡Chis! —susurró Tom—. Son la señorita Pecksniff y el joven caballero con el que se va a casar.

—¿Por qué parece que va a un funeral? —preguntó su hermanita.

—Bueno, creo es taciturno por naturaleza —dijo Tom—, pero es muy educado e inofensivo.

—Supongo que deben de estar buscando muebles para su casa —susurró Ruth.

—Sí, supongo que sí —replicó Tom—. Es mejor no hablar de ellos.

No obstante, no pudieron evitar mirarlos, sobre todo porque un obstáculo en la acera, cerca de donde se encontraban, los retuvo unos instantes. La señorita Pecksniff parecía haber hecho prisionero al desdichado Moddle y haberlo llevado a contemplar los muebles como un cordero al altar. Él no ofrecía resistencia y se mostraba resignado y silencioso. La melancolía que dejaban traslucir su cabeza lánguidamente ladeada y el desánimo de su actitud eran extremas; y, aunque en el escaparate había una enorme cama con dosel, la lágrima que temblaba en su ojo parecía borrarla.

—Augustus, amor mío —dijo la señorita Pecksniff—, pregunta el precio de las ocho sillas de palo de rosa y la mesita para jugar a los naipes.

—A lo mejor están reservadas —objetó Augustus—. Puede que sean ya propiedad de otro.

—En ese caso podrán fabricar otras iguales —replicó la señorita Pecksniff.

—No, no, no puede ser —dijo Moddle—. ¡Es imposible!

Por un momento, pareció abrumado y agobiado por la perspectiva de su inminente felicidad, pero se recobró y entró en la tienda. Volvió enseguida, diciendo en tono desesperado:

—¡Veinticuatro libras y diez chelines!

La señorita Pecksniff se volvió para recibir esta información y reparó en que Tom Pinch y su hermana estaban observándolos.

—¡Esta sí que es buena! —gritó la señorita Pecksniff, mirando por encima del hombro, como si quisiera que se la tragase la tierra—. ¡Palabra, yo... nunca he visto una casualidad tan... y pensar que es... el señor Augustus Moddle, la señorita Pinch!

La señorita Pecksniff fue muy cortés con la señorita Pinch en esa triunfal presentación, sumamente cortés. Más aún: fue amable y cordial.

Fuese porque el recuerdo del antiguo servicio que le había prestado Tom al golpear al señor Jonas en la cabeza le había hecho cambiar de opinión con respecto a él; porque el distanciamiento con su padre la había reconciliado con toda la humanidad, o al menos con esa parte cada vez más numerosa de la humanidad que no sentía amistad por él; o porque la alegría de tener una conocida femenina a quien comunicar sus interesantes proyectos tuviese mayor importancia que cualquier otra consideración, el caso es que la señorita Pecksniff fue amable y cordial. Y por dos veces la señorita Pecksniff besó a la señorita Pinch en la mejilla.

—Augustus... ya conoces al señor Pinch. ¡Mi querida niña! —dijo la señorita en un aparte—. No había estado tan avergonzada en toda mi vida.

Ruth le rogó que no le diera importancia.

—Su hermano me preocupa menos que nadie —dijo con una sonrisa afectada la señorita Pecksniff—. Pero ¡resulta tan embarazoso encontrarse con cualquier caballero en tales circunstancias! Augustus, niño, ¿no...?

La señorita Pecksniff le susurró algo al oído. El sufrido Moddle repitió:

—¡Veinticuatro libras y diez chelines!

—¡Ay, qué hombre tan tonto! No me refiero a eso —dijo la señorita Pecksniff—. Te hablo de...

Una vez más volvió a susurrar.

—Si es la misma cretona estampada que la del escaparate, treinta y dos libras, doce chelines y seis peniques —dijo Moddle con un suspiro—. Y muy cara.

La señorita Pecksniff impidió que diese cualquier otra explicación poniéndole la mano en los labios y delatando una leve vergüenza. Luego le preguntó a Tom Pinch hacia dónde se dirigía.

—Iba a ver si encontraba a su hermana —respondió Tom—, a quien quisiera decirle una cosa. Nos dirigíamos a la pensión de la señora Todgers, donde tuve el placer de verla una vez.

—Pues no vale la pena que vaya —dijo Cherry—, acabamos de salir de allí y me consta que no está. Pero le llevaré a casa de mi hermana, si quiere. Augustus, quiero decir, el señor Moddle y yo vamos a ir a tomar el té. No se preocupe por él —añadió, moviendo la cabeza al notar cierta vacilación por parte de Tom—. No está en casa.

—¿Está segura? —preguntó Tom.

—¡Oh, estoy más que segura! No necesito vengarme más —dijo expresivamente la señorita Pecksniff—. Pero, vamos, adelántense los caballeros y dejen que la señorita Pinch y yo les sigamos. ¡Querida, nunca me había llevado una sorpresa mayor!

En cumplimiento de esas instrucciones un tanto vergonzantes, Moddle le dio el brazo a Tom y la señorita Pecksniff enganchó el suyo al de Ruth.

—Por supuesto, querida —dijo la señorita Pecksniff—, que sería inútil disimular lo que ha visto, y que estoy a punto de unirme en matrimonio al caballero que va ahí en compañía de su hermano. Ocultarlo sería en vano. ¿Qué piensa usted de él? Por favor, deme su opinión sincera.

Ruth le dijo que, hasta donde ella podía juzgar, era un pretendiente muy digno.

—Tengo curiosidad por saber —dijo la señorita Pecksniff, con locuaz franqueza— si ha observado o le ha parecido, en este breve rato, que es de carácter más bien melancólico.

—Ha sido un rato muy breve —se excusó Ruth.

—No, no; no deje que eso influya en su respuesta —replicó la señorita Pecksniff—. Tengo curiosidad por oírla.

Ruth reconoció que a primera vista le había parecido «un poco apagado».

—¡No! ¿De verdad? —dijo la señorita Pecksniff—. ¡Vaya! ¡Qué cosa tan notable! Todo el mundo dice lo mismo, la señora Todgers opina igual; y Augustus me ha contado que todos los caballeros de la pensión se burlan de él por lo mismo. De hecho, si no fuese por las instrucciones tan claras que le he dado, creo que más de una vez habría corrido la sangre. ¿Cuál cree que puede ser la causa de que esté tan desanimado?

A Ruth se le ocurrieron varias posibilidades, como su digestión, su sastre, su madre y otras cosas parecidas. Pero no se atrevió a formularlas y no expresó ninguna opinión.

—Amiga mía —dijo la señorita Pecksniff—, no querría que se supiese, pero conozco a su hermano desde hace tanto tiempo que a usted no me importa contárselo: rechacé tres veces a Augustus. Es muy amable y sensible; y, cuando lo miras siempre está al borde de las lágrimas, lo cual resulta de lo más encantador, pero no se ha recuperado de esa crueldad. Fui cruel —dijo, culpándose a sí misma con una ingenuidad que podría haber adornado la diadema de su propio padre—. De eso no hay duda. Ahora recuerdo mi comportamiento y me sonrojo. Siempre me gustó. Siento que no fue para mí como mis otros muchos pretendientes, sino muy diferente. ¿Qué derecho tenía a rechazarlo tres veces?

—Fue una dura prueba a su fidelidad, desde luego —dijo Ruth.

—Querida amiga —replicó la señorita Pecksniff—, me equivoqué. Pero ¡así de caprichoso e irreflexivo es nuestro sexo! Deje que la prevenga. No ponga a prueba los sentimientos de nadie que le haga una proposición, como yo he puesto a prueba los sentimientos de Augustus; si alguna vez siente por una persona lo que yo sentía por él cuando me dediqué a hacerlo enloquecer, deje que esos sentimientos se expresen, si esa persona se arroja a sus pies, como hizo conmigo Augustus Moddle. ¡Piense en cómo me habría sentido si lo hubiese empujado al suicidio y lo hubieran publicado los periódicos!

Ruth observó que sin duda se habría arrepentido.

—¡Arrepentido! —gritó la señorita la señorita Pecksniff, con una especie de cómoda y agradable penitencia—. ¡No sabría decirle lo arrepentida que estoy en este momento, incluso después de haberlo aceptado! Cuando pienso en lo alocada que fui entonces, ahora que, calmada y reflexiva, me hallo al borde del matrimonio, y cuando considero cómo era cuando era como usted ahora, me estremezco. Me estremezco. ¿Cuál es la consecuencia de mi mis actos? Que, hasta que Augustus me lleve al altar, no estará seguro de mí. He arruinado y marchitado el afecto de su corazón hasta el punto de que ya no confía en mí. Veo que esto le reconcome el alma y le roe las entrañas. ¡Cuáles no serán los reproches de mi conciencia al ver una cosa así en el hombre al que amo!

Ruth se esforzó por expresar de algún modo una confianza halagadora e ilimitada y aventuró que pronto se casarían.

—Muy pronto sí —replicó la señorita Pecksniff—. En cuanto esté lista la casa. La estamos amueblando lo más deprisa posible.

En el mismo tono confidencial, la señorita Pecksniff hizo un inventario general de las cosas que habían comprado ya, y de las que les faltaban por comprar, el vestido con el que pensaba casarse, y el lugar donde se celebraría la ceremonia; y proporcionó, en suma (como ella misma dijo), información exclusiva y anticipada sobre todos los detalles interesantes del acontecimiento.

Mientras eso sucedía en la retaguardia, Tom y el señor Moddle iban delante cogidos del brazo y sumidos en un profundo silencio, que Tom interrumpió por fin, después de mucho pensar en algún asunto inocuo del que pudiera estar más o menos seguro que no perturbaría el ánimo del señor Moddle.

—Me sorprende —dijo Tom— que no haya más atropellos en estas calles tan abarrotadas.

—Los cocheros no pueden —replicó el señor Moodle con una mirada torva.

—¿Dice usted que...? —empezó Tom.

—Que hay hombres —lo interrumpió Moddle, con una risa hueca— que no pueden ser atropellados. Viven una vida encantada. Los carros de carbón retroceden al verlos, e incluso los coches de alquiler se niegan a arrollarlos. ¡Sí! —dijo Augustus, al reparar en la perplejidad de Tom—. Hay hombres así. Uno de ellos es amigo mío.

«Palabra —pensó Tom— que el estado mental de este joven caballero es de lo más preocupante». Abandonando toda idea de conversación, no se aventuró a decir una palabra más, aunque se aseguró de sujetar con fuerza el brazo de Augustus, no fuese a lanzarse a la calzada y a brindarle su propio Juggernaut<sup>[127]</sup> a su prometida. Tanto temía Tom que pudiese hacer una locura que jamás experimentó tanto alivio como cuando llegaron sanos y salvos a casa de la señora de Jonas Chuzzlewit.

—Adelante, se lo ruego, señor Pinch —dijo la señorita Pecksniff, al ver que Tom se detenía indeciso al llegar a la puerta.

—Tengo mis dudas de si seré bienvenido —replicó Tom—, o más bien debería decir que no las tengo. Creo que le enviaré un recado.

—Pero ¡qué absurdo! —replicó la señorita Pecksniff, hablándole en un aparte a Tom—. Estoy segura de que no está en casa; lo sé; y Merry no tiene ni idea de que usted le...

—No —la interrumpió Tom—. Y bajo ningún concepto querría yo que lo supiera. No me enorgullezco de aquel altercado, se lo aseguro.

—¡Ah, es usted muy modesto! —replicó la señorita Pecksniff con una sonrisa—. Pero suba, por favor. Si no quiere que ella se entere y desea hablar con ella, suba. Suba por favor, señorita Pinch. No se quede ahí parada.

Tom siguió dudando, pues se notaba en una situación incómoda. Pero Cherry se adelantó y acompañó a su hermana arriba y, como además la puerta se cerró a su espalda, él la siguió sin saber si hacía mal o bien.

—¡Merry, cariño! —dijo la hermosa señorita Pecksniff, abriendo la puerta del salón—. ¡Están aquí el señor Pinch y su hermana, que han venido a verte! ¡Sabía que la encontraría aquí, señora Todgers! ¿Cómo está, señora Gamp? Y ¿cómo se encuentra, señor Chuffey, aunque me conste que de nada sirve preguntárselo?

Honrando a cada una de las partes, al dirigirse a ellas por separado, la señorita Pecksniff presentó al señor Moddle con una ácida sonrisa.

—Creo que ya lo conocían —observó con amabilidad—. Augustus, niño, tráeme una silla.

El niño hizo lo que le pedían; y estaba a punto de retirarse a un rincón para lamentarse en secreto cuando la señorita Charity, llamándolo «cachorrito» con un susurro audible, le dio permiso para sentarse a su lado. Esperemos, por la alegría general de la humanidad, que no haya habido nunca un cachorrito tan triste como el señor Moddle cuando la obedeció. Tan desalentado estaba que no manifestó el menor arrobo cuando la señorita Pecksniff puso su mano de lirio en la suya, y ocultó de las miradas vulgares esta prueba de favor tapándola con la punta del chal. De hecho pareció infinitamente más triste entonces que antes; y, erguido incómodo en su silla, contempló al grupo con ojos llorosos que parecían decir, sin la ayuda de las palabras: «¡Ay, Dios mío! ¡Mírenme! ¿Es que no hay ningún buen cristiano que me ayude?».

En cambio, los transportes de la señora Gamp habrían bastado para abastecer a una veintena de jóvenes enamorados, y la llegada de Tom Pinch y su hermana bastó para despertarlos. La señora Gamp era una señora con uno de esos temperamentos alegres capaces de extasiarse sin otra causa que el vago deseo de establecer una relación amplia y lucrativa. Añadía a diario tantas cuerdas a su arco que la había convertido en un arpa extraordinaria, y con este instrumento empezó a improvisar un concierto.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Señora Chuzzlewit! Quién iba a pensar que la vería bajo este bendito techo que me consta, señorita Pecksniff, mi querida señorita, que cobija una casa como hay pocas, y ojalá no fuese así, pues entonces este *baile* de lágrimas se convertiría en un jardín floreciente, señor Chuffey. ¿Quién iba a pensar que vería bajo este techo concreto llegar idénticamente al señor Pinch (me tomo la libertad, aunque apenas lo conozco) y, se lo aseguro a usted, señor, el rostro más dulce y sonriente que jamás se vio, señora Chuzzlewit, con excepción del suyo, mi querida señora, y del de su señora, señor Moddle, si puedo tomarme la osadía de hablar con tanta claridad de lo que está tan claro que no hace falta ser muy agudo, señora Todgers, para ver las *suscripciones* en el muro<sup>[128]</sup> ? No quiero ofender a nadie, señoras y caballeros, y espero que nadie se haya ofendido. Quién iba a decir que vería el rostro más dulce y sonriente que una amiga y yo hemos visto entre los *paquetes* en London Bridge, en este preciso lugar ¡es una auténtica sorpresa! —Después de ofrecer, de tan feliz manera, a cada miembro del público una participación y un interés personal en su discurso, la señora Gamp hizo varias reverencias a Ruth, movió sonriente la cabeza muchas veces y retomó el hilo de sus palabras—: Esta tarde estamos sobrados de belleza, conozco a una señora, que se llama, no la engañaré, señora Chuzzlewit, Harris, cuyo cuñado mide más de dos metros y tiene tatuado un toro furioso con botas de agua en el brazo izquierdo, porque su preciosa madre, asustada por uno de esos animales, se refugió en una zapatería cuando estaba en ese estado en el que bendito es el hombre que tiene llena la aljaba<sup>[129]</sup> , como tantas veces le dije a Gamp cuando cruzábamos palabras gruesas por el gasto de... y a menudo le he dicho a la señora Harris: «¡Ay, señora Harris, tiene usted el rostro de un ángel, y lo sería si no fuese por los granos!».

«No, Sarah Gamp —dice ella— la criatura más laboriosa trabajadora y peor pagada, pues la han pagado siempre muy mal. El señor Harris lo mandó pintar por diez libras y seis chelines —dice— y lo llevó cerca del corazón hasta que se destiñó el color, y no quisieron devolverle el dinero y no hubo manera de llegar a un acuerdo. Pero nunca dijo que fuese el de un ángel, Sarah, pensara lo que pensase». Si el marido de la señora Harris estuviese aquí ahora —dijo la señora Gamp, mirando a su alrededor y riéndose mientras hacía una reverencia—, hablaría con claridad y su querida esposa sería la última en reprochárselo. Pues ¡si alguna vez ha habido una mujer incapaz de desearle ningún mal a un hombre bien parecido y a quien el mejor de los maridos jamás le dio razones para hacerlo, esa es la señora Harris! —Con estas palabras la valiosa señora, que parecía haber ido a tomar el té por pura delicadeza, y no porque tuviese ningún compromiso oficial en la casa, fue hacia el señor Chuffey, que estaba sentado en su rincón de costumbre y lo sacudió por el hombro—. ¡Espabile y mire! ¡Vamos! —dijo—. Han venido visitas, señor Chuffey.

—Lo lamento —gritó el anciano, mirando humildemente la habitación—. Ya sé que siempre estoy en medio. Les pido perdón, pero no tengo ningún otro sitio donde ir. ¿Dónde está ella?

Merry fue con él enseguida.

—¡Ah! —dijo el anciano, dándole una palmadita en la mejilla—. Aquí está. ¡Aquí está! Ella nunca trata mal al pobre y viejo Chuffey. ¡El pobre y viejo Chuff!

Mientras se sentaba en una silla al lado del anciano, al alcance de su mano, Merry volvió a mirar a Tom. Fue una mirada triste, aunque una vaga sonrisa temblaba en su rostro. Una mirada elocuente, y Tom supo lo que decía: «Ya ve cómo me ha cambiado la desdicha. Ahora puedo compadecerme de un criado, y valorar su afecto».

—¡Sí, sí! —gritó Chuffey, en tono tranquilizador—. ¡Sí, sí, sí! No se preocupen por él. Es difícil de aguantar, pero no se preocupen por él. Ya se morirá un día de estos. Un año tiene trescientos sesenta y cinco días, trescientos sesenta y seis los años bisiestos, y el día menos pensado se morirá.

—La santa verdad es que es usted un viejo muy fatigoso —dijo la señora Gamp, contemplándolo desde lejos con todo menos compasión, mientras murmuraba para sus adentros—: Es una lástima que no sepas lo que dices, porque si lo supieras agotarías tu propia paciencia, y te consumirías para alivio de todos cuantos te conocen.

—Su hijo —murmuró el anciano levantando una mano—. ¡Su hijo!

—¡Caramba! —exclamó la señora Gamp—. Si es usted un experto, señor Chuffey. Espero que esté usted contento, señor. Aunque yo no me fiaría por muy bien informado que esté. Vaya con el viejo, *partiendo* doctrina



con total confianza. ¡Qué sabrá de hijos, ni de hijas! ¿Por qué no nos ilustra con unas observaciones sobre los gemelos, si tiene usted la bondad?

El sarcasmo amargo e indignado con que la señora Gamp lanzaba esas pullas pasó desapercibido al inconsciente Chuffey, que pareció reparar tan poco en ellas como en haber ofendido a la señora Gamp. Pero esa mujer tan elevada era muy sensible a cualquier forma de intrusismo profesional y, como creyó que el señor Chuffey había formulado una predicción sobre los hijos que debería haber emanado en primer lugar de la única autoridad legítima en la materia, que era ella misma, o al menos no haberse proclamado sin su permiso y aceptación, no fue fácil calmarla. Siguió lanzándole al señor Chuffey miradas hostiles, y desafiándolo con otras observaciones irónicas, pronunciadas en ese tono grave que a menudo delata una indignación contenida, hasta que la llegada del servicio del té y la petición de la señora Jonas de que lo preparase en una mesita auxiliar para las visitas que habían llegado de manera tan inesperada, la devolvieron a su ser. Volvió a sonreír y se dispuso a cumplir su misión con la particular cortesía que la caracterizaba.

—¡Menuda familia para prepararle el té —dijo la señora Gamp— y qué felicidad hacerlo! Jovencita —añadió dirigiéndose a la criada—, a lo mejor a alguien le apetece un huevo fresco o dos, no demasiado hervido. Y unas tostadas con mantequilla a las que les hayan quitado la corteza, no vayamos a hacernos daño en los dientes, que ya no nos quedan tantos; el propio Gamp, señora Chuzzlewit, una vez que iba borracho perdió cuatro de un golpe, dos sencillos y dos dobles, la señora Harris los guardó de recuerdo, y los lleva en el bolsillo hasta hoy, con dos rótulas de cordero para los calambres, un poquito de jengibre y un rallador de hojalata como el zapato de un niño bendito, con un bordecito para poner la nuez *tostada*, como he dicho y visto tantas veces y que he utilizado para preparar vino *espaciado* a los enfermos siempre que ha hecho falta.

Como los privilegios de la mesita auxiliar, aparte de sentarse cerca de las tostadas, y de beber dos tazas de té cuando los demás tomaban una, y de beberlas siempre en el momento crítico, es decir, antes de rellenar de agua la tetera, y después de dejarla reposar un tiempo, también incluían contemplar al grupo entero y tener la oportunidad de dirigirse a él como desde una tribuna, la señora Gamp cumplió de muy buen grado y con suma afabilidad las funciones que le habían confiado. Algunas vez, dejó el platillo sobre la palma de la mano extendida y, apoyando el codo sobre la mesa, se detuvo entre sorbos de té para obsequiar al círculo con una sonrisa, un guiño, un movimiento de cabeza o alguna otra señal de que los estaba escuchando; y en esos momentos el rostro se le iluminaba con tal grado de inteligencia y vivacidad que resultaba casi imposible separar estas cualidades de la benigna influencia de los líquidos destilados.

De no haber sido por la señora Gamp, habría sido una reunión extrañamente silenciosa. La señorita Pecksniff sólo le hablaba a su Augustus, y con susurros. Augustus no hablaba con nadie, aunque suspiraba a todos, y de vez en cuando se daba una sonora palmada en la frente que hacía que la señora Todgers, que era más bien nerviosa, diera un respingo en la silla con una exclamación involuntaria. La señora Todgers estaba concentrada en su labor y apenas hablaba. La pobre Merry sostenía la mano de la alegre Ruth entre las suyas, y escuchaba con evidente placer todo lo que le contaba, pero ella apenas decía nada, unas veces sonreía, otras la besaba en la mejilla y a veces se daba la vuelta para ocultarle las lágrimas que temblaban en sus ojos. Tom notó hasta tal punto el cambio que había sufrido, y se alegró tanto de ver lo cariñosa que era Ruth con ella, y lo bien que la entendía, que no tuvo valor para proponer que se marcharan, aunque ya hacía mucho que había dicho lo que le había ido a decir.

El anciano contable volvió a su estado habitual y se quedó muy callado, mientras los demás se entretenían de ese modo, concentrado en unos sueños, fuesen cuales fuesen, que apenas parecían remover la superficie de sus indolentes pensamientos. La inclinación de esas obtusas fantasías, probablemente combinada con el silencio reinante, y con algún porfiado recuerdo de la última francachela que había presenciado, le llevaron a plantear una extraña pregunta. Miró de pronto a su alrededor y preguntó:

—¿Quién yace muerto en el piso de arriba?

—Nadie —dijo Merry, volviéndose hacia él—. ¿Qué le ocurre? Estamos aquí todos.

—¡Aquí todos! —exclamó el anciano—. ¡Aquí todos! ¿Dónde está entonces mi antiguo amo, el señor Chuzzlewit, que tuvo tan sólo un hijo? ¿Dónde está?

—¡Chis, chis! —le dijo Merry con dulzura—. Eso fue hace mucho tiempo. ¿No se acuerda?

—¡Acordarme! —replicó el anciano—. ¡Como si pudiera olvidarlo! ¡Como si fuese posible olvidarlo! —Se tapó la cara con la mano un momento, y luego repitió, volviéndose exactamente igual que antes—: ¿Quién yace muerto en el piso de arriba?

—¡Nadie! —dijo Merry.

Al principio, el señor Chuffey la miró enfadado, como quien mira a un desconocido que ha logrado engañarle; pero, después de examinar su rostro y de comprobar que era ella, movió la cabeza con compasiva tristeza.

—Usted cree que no. Porque no se lo dicen. ¡No, no, pobrecilla! No se lo dicen. ¿Quiénes son y por qué están de juerga, si no hay ningún muerto? ¡Juego sucio! ¡Vaya a ver de quién se trata!

Ella indicó a los demás con un gesto que no dijeran nada, aunque nadie parecía muy inclinado a hacerlo, y ella misma guardó silencio. Lo mismo hizo él por un tiempo; pero luego repitió la misma pregunta con una angustia que tenía una extraña nota de terror.

—Hay un muerto —dijo—, o un moribundo; y quiero saber quién es. ¡Vaya a verlo, vaya a verlo! ¿Dónde está Jonas?

—En el campo —respondió ella.

El anciano la miró como si dudara de sus palabras o no la hubiese oído; y, levantándose de la silla, cruzó la habitación y subió las escaleras susurrando: «¡Juego sucio!». Oyeron arriba los pasos dirigirse adonde había estado la cama (era allí donde había muerto el viejo Anthony); y enseguida lo oyeron bajar. Su imaginación no debía de ser tan poderosa o descabellada para hacerle ver algo en el dormitorio que no estaba allí, pues regresó mucho más sosegado y como si se hubiese convencido.

—No se lo dicen —le dijo a Merry con la voz temblorosa, mientras volvía a sentarse y le daba unas palmaditas en la cabeza—. A mí tampoco me lo dicen; pero me fijaré, me fijaré. A usted no le harán daño; no tema. Cuando usted velaba, yo velaba también. Sí, sí, ¡así es! —canturreó, cerrando el puño débil y marchito—. ¡He pasado muchas noches dispuesto!

Lo dijo con tales jadeos temblorosos y tales pausas por la falta de aliento, y hablándole al oído con tanto celoso secretismo, que poco o nada entendieron las visitas. No obstante, habían oído y visto lo suficiente para sentir desasosiego, levantarse del asiento y acercarse al anciano; dando así la oportunidad a la señora Gamp, cuya frialdad profesional no era tan fácil de conmover, de concentrar todos los recursos de su aguda inteligencia y su apetito en las tostadas con mantequilla, el té y los huevos. Se consagró a esas viandas con tanto vigor que su rostro estaba encendidísimo cuando por fin (al ver que no quedaba nada de comer ni de beber) consideró llegado el momento de terciar en la conversación.

—¡Menos humos, señor! —gritó la señora Gamp—. ¿Dónde están sus modales? Creo que necesita que le echen encima una jarra de agua fría; y, si estuviese cuidándole Betsey Prig, es lo que tendría, se lo aseguro, señor Chuffey. La mosca española<sup>[130]</sup> es lo único que puede curarle estos desvaríos; y, si alguien quisiera hacerle un favor, le pondría una ampolla de ese remedio en la cabeza, y un *empastre* de mostaza en la espalda. ¡Que quién está muerto! ¡Si se muriese quien yo me sé no se perdería mucho!

—Ahora está tranquilo, señora Gamp —dijo Merry—. No lo altere usted.

—Estoy harta de verle hacerse la víctima, señora Chuzzlewit —replicó la ardiente señora—. Me agota la paciencia. Le da usted demasiadas alas. ¡Es un individuo molesto y angustioso! —Y, sin duda con la intención de poner en práctica tales preceptos y de expresar en la práctica y no sólo en la teoría su hartazgo de verle hacerse la víctima, la señora Gamp lo sujetó por el cuello del abrigo y lo zarandeó una o dos docenas de veces; un ejercicio que los discípulos de la escuela de enfermería de Prig (que abundan mucho en la profesión) consideran que conduce al descanso y es muy beneficioso para las funciones nerviosas. Su efecto en este caso fue dejar al paciente tan mareado y confuso que no pudo decir más, hecho que la señora Gamp consideró un triunfo de su arte—. ¡Ya está! —dijo aflojándole la corbata al anciano, pues después de este tratamiento científico se le había puesto la cara morada—. Espero que ahora esté más tranquilo. Si se desmaya lo reanimaremos enseguida, señor, se lo prometo. Basta con morderles el pulgar o retorcerles el dedo —añadió, sonriendo y consciente de estar deleitando e instruyendo a quienes la oían— para que se recuperen enseguida. ¡Benditos sean!

Como a esta excelente mujer ya le habían confiado formalmente el cuidado del señor Chuffey en otra ocasión, ni la señora Jonas ni nadie tuvo ánimos para poner objeciones a su tratamiento, aunque todos los presentes (en particular Tom Pinch y su hermana) parecían dispuestos a discrepar de su opinión. El atrevimiento de los legos es tan grande que a menudo recurren a algún monstruoso principio abstracto, como la humanidad o la ternura, o a otros absurdos por el estilo, para contradecir cualquier uso y precedente, e incluso se aventuran a sostener lo mismo contra personas que han establecido esos mismos usos y precedentes y que, en consecuencia, deben ser los jueces mejores y más imparciales.

—¡Ay, señor Pinch! —dijo la señorita Pecksniff—. Todo viene de este desafortunado matrimonio. Si mi hermana no se hubiese precipitado tanto, y no se hubiese casado con un sinvergüenza, no habría ningún señor Chuffey en la casa.

—¡Chis! —gritó Tom—. La va a oír.

—Lamentaría mucho que me oyese, señor Pinch —dijo Cherry, alzando un poco la voz—, porque no está en mi naturaleza contribuir a la desdicha de nadie, y mucho menos a la de mi propia hermana. Sé cuáles son mis deberes fraternales, señor Pinch, y confío en haber cumplido siempre con ellos en la práctica. Augustus, niño, busca mi pañuelo y dámelo.

Augustus obedeció, y se llevó a la señora Todgers a un lado para verter su pesar en su amistoso regazo.

—Estoy segura, señor Pinch —dijo Charity, mirando a su prometido y echándole un vistazo a su hermana—, de que tendría que estar muy

agradecida por las bendiciones de las que disfruto, y por las que todavía están por venir. Cuando comparo a Augustus —aquí se mostró humilde y avergonzada—, que, no me importa decírselo, es todo amabilidad, calma y devoción, con ese hombre detestable con el que está casada mi hermana; y cuando pienso, señor Pinch, en que nuestros destinos pueden ser opuestos en los dones de este mundo, tengo muchas razones para ser humilde y sentirme agradecida y feliz.

Es posible que se sintiera feliz, pero desde luego humilde no era. Su rostro y su actitud expresaban algo tan distinto de la humildad que Tom no pudo sino entender y despreciar los viles motivos que obraban en su interior. Se dio la vuelta y le dijo a Ruth que era hora de marcharse.

—Escribiré a su marido —le dijo Tom a Merry—, y le explicaré, como me habría gustado hacer entonces, que, si le causé algún inconveniente, no fue culpa mía: el cartero es tan inocente de las noticias que trae como yo cuando le entregué esa carta.

—¡Se lo agradezco! —dijo Merry—. Tal vez sea útil. ¡Que el cielo le bendiga!

Estaba despidiéndose tiernamente de Ruth, que se disponía a marcharse con su hermano, cuando oyeron una llave en la cerradura de la puerta de abajo y justo después unos pasos en el recibidor. Tom se detuvo y miró a Merry.

—Jonas —dijo ella asustada.

—Será mejor no encontrármelo en las escaleras —dijo Tom, cogiendo a su hermana del brazo y retrocediendo uno o dos pasos—. Esperaré aquí un momento.

Apenas había dicho estas palabras cuando la puerta se abrió y entró Jonas. Su mujer se adelantó para recibirlo, pero él la apartó con la mano y dijo en tono hosco:

—No sabía que dieses una fiesta.

Al mismo tiempo miró, por accidente o designio, a la señorita Pecksniff, que parecía encantada de enfrentarse a él y no desaprovechó la oportunidad.

—¡Ah! —dijo, levantándose—. ¡Por favor, no queremos interrumpir su felicidad doméstica! Sería una lástima. Hemos tomado el té, señor, en su ausencia; pero, si tiene la bondad de enviarnos una nota con los gastos, y un recibo, estaremos encantados de abonárselos. Augustus, amor mío, nos vamos. Señora Todgers, a no ser que quiera quedarse, será un placer acompañarla. Sería una auténtica lástima perturbar la dicha que este caballero lleva siempre consigo, sobre todo cuando está en su casa.

—¡Charity, Charity! —le reprochó su hermana en un tono muy sentido, como si le implorase que demostrara la virtud cardinal cuyo nombre llevaba.

—Merry, cariño, te agradezco mucho tus consejos —replicó la señorita Pecksniff con un imponente desprecio: dicho sea de paso, no le había dado ninguno—, pero yo no soy su esclava...

—No, ni tampoco quisiste serlo —la interrumpió Jonas—. Todos lo sabemos.

—¿Qué es lo que ha dicho, señor? —gritó cortante la señorita Pecksniff.

—¿No lo has oído? —replicó Jonas, desplomándose en una butaca—. No voy a repetirlo. Si quieres quedarte, quédate. Si quieres marcharte, vete. Pero, si te quedas, ten más educación.

—¡Animal! —gritó la señorita Pecksniff, pasando de largo—. ¡Augustus! ¡No te rebajes a mirarlo! —Augustus se había dedicado a alzar débilmente el puño sin demasiado entusiasmo—. Vámonos, niño —chilló la señorita Pecksniff—, ¡te lo ordeno!

El chillido lo soltó porque Augustus manifestó su intención de volver y ajustarle las cuentas. Pero la señorita Pecksniff tiró del orgulloso joven, y la señorita Todgers lo empujó, y los tres salieron a trompicones de la sala, al son de las agudas protestas de la señorita Pecksniff.

Hasta ese momento Jonas no había reparado en la presencia de Tom y su hermana, pues quedaron casi detrás de la puerta cuando la abrió, y luego se sentó de espaldas a ellos y miró al otro lado mientras duró la discusión con la señorita Pecksniff, para que su aparente indiferencia exasperase aún más a esa damisela ofendida. Su mujer balbució entonces que Tom lo había esperado para verle y Tom se adelantó.

En el instante en que se presentó, Jonas se levantó del asiento y pronunciando un espantoso juramento lo agarró como dispuesto a tirarlo al suelo, como sin duda habría hecho de no haber sido porque su sorpresa y su ardor le hicieron vacilar y dieron ocasión a Tom de hacerse oír con mucha calma.

—No tiene motivos para ponerse violento, señor —dijo—. Aunque lo que quiero decirle tiene que ver con sus asuntos, los desconozco y no deseo verme implicado en ellos.

Jonas estaba demasiado enfadado para hablar. Abrió la puerta y, dando una patada en el suelo, le indicó a Tom que se marchara.

—Ya supondrá —dijo Tom— que no me ha traído aquí la intención de congraciarme con usted, me es indiferente que me reciba o me eche. Oiga lo que tengo que decirle, si no está loco. El otro día le entregué una carta cuando se disponía usted a partir al extranjero.

—¡Es cierto, bandido! —replicó Jonas—. Un día te devolveré el favor y de paso saldaré una vieja cuenta. Ya lo verás.

—¡Tonterías! —dijo Tom—. No malgaste el aliento con vanas amenazas. Quiero que lo entienda con claridad porque no quiero tener nada que ver con usted, y no porque le tenga ningún temor, no tuve nada que ver con lo que dijera esa carta. No sé nada. Ni siquiera sabía que iba a entregársela a usted y, si lo hubiese sabido...

—¡Por Dios! —gritó Jonas, sujetando con violencia la silla—. Que si dice otra palabra le parto la cabeza.

No obstante, Tom insistió en su intención y, al abrir la boca para volver a hablar, Jonas le saltó encima como un salvaje; y, a juzgar por la rapidez y ferocidad de su embestida, sin duda le habría hecho mucho daño, pues estaba indefenso y entorpecido por su hermana, que se aferraba asustada a su brazo, si Merry no se hubiese interpuesto y le hubiese gritado a Tom que se marchara por lo que más quisiera. El sufrimiento de la pobre criatura, el horror de su hermana, la imposibilidad de hacerse oír, y la idéntica imposibilidad de oponerse al empuje de la señora Gamp que cayó sobre él como un lecho de plumas y lo obligó a retroceder hasta la escalera sólo con su peso, prevalecieron: Tom se sacudió el polvo de esa casa de los zapatos sin pronunciar el nombre del señor Nadgett.

Si el nombre hubiese salido de sus labios; si Jonas no lo hubiese empujado a aquel antiguo acto de virilidad, por el que (y no por su última ofensa) lo odiaba con tanto encono; si Jonas hubiese sabido, como podría haberlo hecho por medio de Tom, quién le estaba espiando sin que lo sospechara... se habría librado de cometer un acto criminal que de este modo siguió avanzando hacia su negro desenlace. Pero él se



labró su propia fatalidad, él mismo cavó su tumba, la oscuridad que lo rodeó fue la sombra de su propia vida.

Su mujer cerró la puerta y se derrumbó en el suelo de rodillas. Alzó las manos hacia él y le imploró que no fuese duro con ella, pues se había interpuesto por miedo a que se produjese un derramamiento de sangre.

—¡Vaya, vaya! —dijo Jonas mirándola, mientras recobraba el aliento—. Así que estos son tus amigos cuando no estoy. Te dedicas a intrigar y enredar con gente así, ¿eh?

—¡No! Ignoro estos secretos y no tengo ni idea de lo que significan. Desde que me fui de mi casa no había vuelto a verlo más que una o dos veces hasta hoy.

—¡Ah! —se burló Jonas, al ver cómo se corregía—. Conque una, o dos, veces, ¿eh? ¿Qué quieres decir? Una y dos, tal vez. ¡Tres veces! ¿Cuántas más, mujerzuela mentirosa? —Hizo un violento ademán y ella se apartó. ¡Un acto muy elocuente! ¡Rebosante de cruda realidad!—. ¿Cuántas veces más? —repitió.

—Ninguna. La otra mañana, y hoy, y otra vez.

Jonas estaba a punto de responder cuando el reloj dio la hora. Se sobresaltó, se interrumpió y escuchó como pensando en una cita o en otro compromiso, un secreto guardado en su pecho que hubiese acudido a su memoria gracias a este recordatorio del paso de las horas.

—No te quedes ahí tirada. ¡Levanta! —Después de ayudarla a levantarse, o más bien de tirar de ella de un brazo, siguió diciendo—: Óyeme bien, jovencita, y no gimotees sin motivo, o tendré que darte alguno. Si vuelvo a encontrarlo en mi casa, o descubro que lo has visto en casa ajena, te arrepentirás. Si no actúas como si fueses sorda y muda en todo lo que me concierne, a menos que yo te autorice a hablar y a oír, te arrepentirás. Si no obedeces exactamente mis órdenes, te arrepentirás. Y ahora atiende. ¿Qué hora es?

—Hace un minuto que han dado las ocho.

La miró fijamente y dijo, con elaborada claridad, como si se hubiese aprendido las palabras de memoria:

—Llevo viajando todo el día y toda la noche y estoy cansado. He perdido dinero, y eso no ha mejorado mi humor. Manda que me sirvan la cena en el cuartito de abajo y que me preparen la cama pequeña. Esta noche dormiré ahí, y tal vez mañana también; y, si puedo dormir todo el día, mejor, me vendrá bien dormir para olvidar mis problemas, si es posible. Que la casa esté en silencio, y no me llames. ¿Has oído? No me llames. No dejes que nadie me despierte. Déjame descansar.

Ella respondió que lo haría. Y le preguntó si quería alguna cosa más.

—¡Qué! ¿A qué viene este interrogatorio? —respondió enfadado—. ¿Qué más quieres saber?

—Nada, Jonas, sólo lo que tú quieras decirme. Hace mucho que he dejado de tener esperanza en que reine la confianza entre nosotros.

—¡Dios! No me extraña —murmuró.

—Pero, si quieres decirme algo, seré obediente e intentaré complacerte. No lo considero ningún mérito, pues no me llevo bien con mi padre, ni con mi hermana y estoy sola. Soy muy humilde y sumisa. Dijiste que quebrantarías mi espíritu y lo has hecho. ¡No me partas también el corazón!

Al decir estas palabras se aventuró a ponerle la mano en el hombro. Exultante, él permitió que la dejara allí; y por un momento toda su alma mezquina, abyecta, sórdida y despreciable asomó a sus ojos malvados.

Fue sólo un momento, pues volvió a recordar precipitadamente alguna cosa y le pidió en tono desabrido que demostrase su obediencia cumpliendo sus órdenes sin demora. Cuando ella se retiró, Jonas anduvo arriba y abajo por la sala, siempre con el puño derecho cerrado, como si guardara alguna cosa, aunque estaba vacío. Cuando se cansó, se desplomó en una silla, y se remangó pensativo el brazo derecho, igual que si en vez de examinarlo estuviese meditando sobre sus fuerzas; pero continuó sin abrir el puño.

Estaba sumido en sus pensamientos, con la mirada clavada en el suelo, cuando entró la señora Gamp para decirle que el cuartito estaba listo. Como no estaba segura de si sería bien recibida después de entrometerse en la discusión, la señora Gamp, para congraciarse con su patrón, fingió una profunda preocupación por el señor Chuffey.

—¿Cómo se encuentra él ahora, señor? —dijo.

—¿Quién? —gritó Jonas, alzando la cabeza y mirándola fijamente.

—¡Claro! —replicó la matrona con una sonrisa y una reverencia—. ¡En qué estaría pensando! Usted no estaba aquí cuando se puso tan raro. En mi vida había visto a un pobre enfermo ponerse tan raro, sólo a un paciente, más o menos de la misma edad, a quien cuidé una vez, un comerciante, que era precisamente el padre de la señora Harris, un cantante tan bueno, señor Chuzzlewit, como cualquiera al que haya oído usted, con una voz como un arpa judía en los graves, y en esos momentos hacían falta seis hombres para sujetarlo mientras echaba horribles espumarajos por la boca.

—Chuffey, ¿eh? —dijo Jonas sin inmutarse, al ver que se refería al viejo contable, y lo miró—. ¡Ja!

—El pobre tiene la cabeza tan recalentada —dijo la señora Gamp—, que se le podría poner la plancha encima. Y ¡no me extraña, en vista de las cosas que dijo!

—¡Las cosas que dijo! —exclamó Jonas—. ¿Qué dijo?

La señora Gamp se llevó la mano al corazón, para controlar un poco sus palpitaciones, puso los ojos en blanco y replicó con voz desmayada:

—¡Las cosas más espantosas, señor Chuzzlewit, que he oído jamás! El padre de la señora Harris nunca decía nada cuando se ponía así, a unos les da por hablar y a otros no, lo único que preguntaba era «¿Dónde está Sarah Gamp?» Pero, la verdad, señor, cuando el señor Chuffey empieza a preguntar quién yace muerto en el piso de arriba y...

—¡Quién yace muerto en el piso de arriba! —repitió Jonas poniéndose en pie espantado.

La señora Gamp asintió con la cabeza, fingió tragar saliva y prosiguió:

—Quién yace muerto en el piso de arriba, como en lenguaje bíblico; y dónde está el señor Chuzzlewit que tuvo tan sólo un hijo; luego subió y miró en las camas y deambuló por los cuartos, y volvió a bajar murmurando para sus adentros que eso era juego sucio; me impresionó tanto, no lo niego, señor Chuzzlewit, que no habría podido resistirlo de no haber sido gracias a un poco de licor, que apenas pruebo, pero que sé dónde encontrarlo, si lo necesito, pues el mundo es tan incierto que nunca se sabe lo que va a suceder.

—¡Caramba, ese viejo imbécil se ha vuelto loco! —gritó Jonas, muy alterado.

—Eso mismo opino yo, señor —dijo la señora Gamp—, y no le engañaré: creo que el señor Chuffey requiere cuidados (si me permite que le hable con franqueza) y no debería tener libertad para seguir molestando y preocupando a su amable esposa.

—Y ¿a quién le importa lo que diga? —replicó Jonas.

—Aun así es fastidioso, señor —dijo la señora Gamp—. A nadie le importa, pero es molesto.

La señora Gamp se frotó las manos, sonrió, movió la cabeza y se sorbió la nariz, como husmeando un trabajo.

—¿No podría usted ocuparse de ese idiota en alguno de los cuartos vacíos de arriba? —preguntó Jonas.

—Tengo una amiga con la que, primero una luego la otra, podría turnarme, señor Chuzzlewit —replicó la enfermera—; nuestros honorarios no son caros, pero, en vista de que no es usted un desconocido, nos ocuparíamos del señor Chuffey por una cantidad más módica —dijo, mirándolo con la cabeza ladeada, como si fuese un objeto por el que estuviese regateando— y todo a su entera satisfacción. Betsey Prig ha cuidado a muchos locos, y sabe tratarlos muy bien y que ponerlos cerca del fuego cuando están de mal humor; es lo mejor y lo que más los calma.

Mientras la señora Gamp hablaba, Jonas iba y venía por la sala, mirando de soslayo al anciano contable. De pronto se detuvo y dijo:

—Supongo que tengo que cuidar de él o podría hacerse daño. ¿Qué dice usted?

—¡No hay nada más probable! —replicó la señora Gamp—. Se lo aseguro por mi larga experiencia.

—¡Bueno! Pues cuide de él de momento y... déjeme pensar: dentro de tres días llame a la otra mujer y veremos si llegamos a un acuerdo. Digamos a eso de las nueve o las diez de la noche. Mientras tanto no le quite la vista de encima y no hable con nadie del asunto. ¡Está como una cabra!

—¡Peor! —gritó la señora Gamp—. ¡Mucho peor!

—Pues cuide usted de él; asegúrese de que no hace nada malo; y recuerde lo que le he dicho.

Dejó a la señora Gamp repitiendo todo lo que le había dicho y alegando, como prueba de su memoria y fiabilidad, un sinfín de recomendaciones espigadas entre las más notables opiniones de la famosa señora Harris, bajó al cuartito que le habían preparado y se quitó las botas y el abrigo y los dejó fuera antes de cerrar la puerta con llave. Al hacerlo, se aseguró de dejar la llave de tal manera que frustrase a cualquier persona curiosa que intentara asomarse por el ojo de la cerradura; y, después de tomar tales precauciones, se sentó a cenar.

—Señor Chuff —murmuró—, será muy fácil saldar las cuentas contigo. No vale la pena hacer las cosas a medias y, mientras esté por aquí, cuidaré de ti. Cuando me haya ido, puedes decir lo que quieras. Pero es rematadamente raro —añadió, apartando el plato sin tocarlo, y deambulando pensativo por la habitación— que sus desvaríos hayan tomado ahora este rumbo. —Después de recorrer el cuarto de un lado al otro varias veces, se sentó en otra silla—. Digo ahora, pero por lo que sé es posible que lleve así mucho tiempo. ¡Condenado viejo! ¡Te haré amordazar!

Volvió a ir y venir inquieto e inseguro y luego se sentó en la cama, apoyó la barbilla en la mano y miró la mesa. Después de contemplarla un buen

rato, recordó la cena; volvió a ocupar la silla donde se había sentado al principio y empezó a comer con voracidad, no como si estuviese hambriento, sino como si hubiese tomado la determinación de hacerlo. Bebió también copiosamente, aunque a veces se detuvo a mitad de trago para andar, cambiar de asiento y volver a andar, para luego volver corriendo a la mesa y seguir comiendo con voraz precipitación como antes.

Estaba atardeciendo. A medida que la penumbra del crepúsculo se convertía en la oscuridad de la noche, otra sombra surgida de su interior pareció extenderse sobre su rostro y cambiarlo lentamente. Despacio, despacio, más y más oscuro, más y más demacrado, lo fue cubriendo poco a poco hasta que la negra noche reinó tanto dentro como fuera.

El cuarto en el que se había encerrado se hallaba en el piso de abajo, en la parte de atrás de la casa. Estaba iluminado por un sucio tragaluz y tenía una puerta en la pared que daba a un estrecho callejón que conducía a la calle de al lado y por donde apenas pasaba nadie y menos después de las cinco o las seis de la tarde.

El lugar donde estaba este cuarto había sido en otro tiempo, que él no recordaba, un patio; y lo habían reformado para utilizarlo como oficina. Pero la ocasión de darle ese uso murió con el hombre que mandó construirlo, y aunque a veces había servido como triste cuarto de invitados, y el anciano contable lo había ocupado un tiempo (hacía años), no había sido demasiado útil a Anthony Chuzzlewit e Hijo. Era un cuarto mohoso, sucio y mugriento como un sótano, con unas tuberías que a horas inesperadas de la noche, cuando todo estaba en silencio, crujían y gorgoteaban de pronto como si se ahogaran.

La puerta que daba al callejón no se había abierto desde hacía mucho, pero la llave siempre había estado colgada en el mismo sitio y allí seguía. Jonas había previsto que estaría oxidada porque llevaba una botellita de aceite en el bolsillo y una pluma para lubricar con cuidado la llave y la cerradura. Todo ese tiempo había estado descalzo y sin su abrigo. Ahora se metió en la cama y dio unas cuantas vueltas para desarreglarla. Estaba tan inquieto que no le fue difícil.

Cuando se levantó sacó del baúl que había mandado llevar al cuarto un par de toscos zapatos y se los puso; sacó también unas polainas de cuero como las que llevan los campesinos y se ató las cintas a la cintura. Por fin sacó una vulgar levita de mezclilla oscura y áspera y se la echó por encima, y se puso un sombrero de fieltro —el suyo lo había dejado arriba a propósito—. Luego se sentó al lado de la puerta llave en mano, esperando.

No tenía luz; la espera se hizo aburrida, larga y espantosa. Los campaneros estaban practicando en una iglesia cercana, y el tañido de las campanas era casi enloquecedor. ¡Malditas campanas, parecían saber que estaba escuchando detrás de la puerta y era como si lo

proclamaran a voz en grito por toda la ciudad! ¿Es que no iban a callarse nunca?

Por fin callaron; y entonces el silencio fue tan nuevo y terrible que pareció el preludio de algún ruido espantoso. ¡Pasos en el callejón! Dos hombres. Se apartó de puntillas de la puerta, como si pudieran verle a través de los paneles de madera.

Hablaban (por lo que pudo discernir) de un esqueleto que habían desenterrado el día anterior en unas obras allí cerca, y que se suponía que era el de un hombre que había muerto asesinado. «Ya ves que los asesinatos no siempre se descubren», le dijo uno al otro al doblar la esquina.

¡Chis!

Metió la llave en la cerradura y la giró. La puerta se resistió un momento, pero pronto se abrió con rigidez y se mezcló con la sensación febril que tenía en la boca, un sabor a óxido, a polvo, a tierra y a madera podrida. Se asomó, salió y cerró la puerta con llave.

Todo estaba tranquilo y despejado cuando huyó.

## Capítulo XLVII. Conclusión de la empresa del señor Jonas y su amigo

¿No se estremeció, sin saber por qué, nadie que pasara por los callejones oscuros, cuando se les acercó furtivamente por la espalda? ¿No tuvo ningún niño dormido la confusa visión de una sombra oscura que se cernía sobre su cama y perturbaba su descanso inocente, mientras se deslizaba con sigilo? ¿No aulló ningún perro ni intentó romper la cadena para morderle? ¿No hubo ninguna rata que, al husmear lo que tenía entre manos, intentara roer tras él un pasadizo para disfrutar del banquete que iba a proporcionarle? Cuando miró atrás, por encima del hombro, ¿fue para comprobar si sus pisadas en la acera seguían secas, o estaban ya húmedas y pegajosas con el rojo légamo que manchó los pies desnudos de Caín!

Encaminó sus pasos hacia la carretera del oeste, y no tardó en llegar. Cabalgó parte del camino, luego se apeó y siguió andando. Recorrió una parte considerable del trayecto en el techo de una diligencia que lo adelantó cuando iba a pie, y, cuando la diligencia se desvió por otro camino, pagó al cochero de una silla de posta que iba de regreso a Londres para que lo llevara, después anduvo un rato campo a través y atajó tres o cuatro kilómetros antes de llegar otra vez a la carretera. Por fin, tal y como había planeado, se topó con la lenta diligencia nocturna que paraba en todos los sitios posibles, y se había detenido en una taberna, para que el guardia y el cochero comieran y bebieran.

Compró un billete para uno de los asientos de fuera y se subió. Y ya no se apeó hasta llegar a unos pocos kilómetros de su destino, sino que ocupó el mismo sitio toda la noche.

¡Toda la noche! Es una idea muy extendida que la naturaleza parece dormir de noche. Una idea falsa, ¿quién podía saberlo mejor que él?

Es posible que los peces dormitaran en los fríos, luminosos y cabrilleantes ríos y arroyos; y que los pájaros se posaran en las ramas de los árboles; y que el ganado guardase silencio en los pastos y establos; y que las personas durmieran. Pero ¡qué más da eso cuando la noche solemne estaba atenta, cuando no parpadeaba ni una sola vez, cuando su oscuridad vigilaba no menos que la luz! Los árboles majestuosos, la luna y las brillantes estrellas, el viento suave, el sendero cubierto de sombras, el campo amplio y brillante, todos montaban guardia. No había ni una brizna de hierba, ni una espiga que no estuviese alerta, y, cuanto más en silencio, con mayor atención parecían vigilarlo.

Y aun así se durmió. Viajando entre esos centinelas divinos se durmió y no cambió el propósito de su viaje. Si lo olvidó en sueños, lo recordó

nada más despertarse. Pero no sintió remordimientos ni decidió cambiar sus planes.

En determinado momento soñó que yacía tranquilo en su cama, pensando en una noche de luna y en el ruido de las ruedas, y que el viejo contable asomaba la cabeza por la puerta y lo llamaba con un gesto. Al ver esta señal se levantó enseguida vestido con la ropa que llevaba en ese momento, y lo acompañó a una ciudad desconocida, donde los nombres de las calles estaban escritos en las paredes en caracteres nuevos para él, lo cual no le extrañó ni intranquilizó, pues en el sueño recordó que ya había estado allí. Las calles eran muy vertiginosas, ya que para pasar de una a otra había que descender enormes alturas por cortas escaleras y sogas que movían sonoras campanas y se balanceaban y temblaban al agarrarlas, pero, después del primer escalofrío de terror, el peligro no le impresionó demasiado; su preocupación estaba centrada en su indumentaria, que no era muy apropiada para la fiesta que iba a celebrarse muy pronto, y en la que iba a participar. Grandes multitudes habían empezado ya a llenar las calles, y de un lado bajaban miles de personas en interminable perspectiva lanzando flores y dejando paso a los demás en caballos blancos, cuando una figura temible asomó entre la multitud y anunció que era el último día para todo el universo. La noticia se extendió, todo el mundo se apresuró a acudir al juicio y tanto se agolparon que él y su acompañante (que no paraba de cambiar, y no era el mismo ni dos minutos seguidos, aunque él nunca presenciara la transformación de un hombre en otro) se refugiaron en un portal y observaron asustados la multitud en la que había muchos rostros conocidos y muchos que no conocía, pero que soñaba reconocer; cuando de pronto una cabeza se alzó entre las demás —lívida y mortífera, pero tal como la había conocido— y le acusó de ser la causa de ese día horrendo. Se acercaron. Cuando intentó liberar la mano donde llevaba una cachiporra y asestar el golpe en el que tantas veces había pensado, se sobresaltó al reparar en su propósito de despertar y en la salida del sol.

Agradeció la llegada del sol. Había vida, movimiento y un mundo que se agitaba para repartirse las atenciones del día. Lo que temía era el ojo de la noche, de la noche en vela, vigilante, atenta y silenciosa, con tanto tiempo para observar sus malvados pensamientos. Si hasta la gloria parece deslucida de noche en un campo de batalla abarrotado, ¿qué no parecerá su pariente de sangre, el bastardo asesinato!

¡Sí! Ya no se andaba con disimulos ni secretos consigo mismo. ¡Un asesinato! Era lo que había ido a cometer.

—¡Deje que me apee aquí! —dijo.

—No le alcanza para llegar al pueblo, ¿eh? —observó el cochero.

—Puedo apear me donde quiera, ¿no?



—Subió usted porque quiso, y puede apearse donde le venga en gana. No se nos partirá el alma si se marcha, y no se nos habría partido si no lo hubiésemos conocido. Pero dese prisa.

El guardia había bajado y esperaba en el camino a cobrar su dinero. El recelo y la desconfianza ante lo que había planeado llevaron a Jonas a creer que el hombre lo miraba con más curiosidad de la cuenta.

—¿Se puede saber qué mira? —preguntó.

—A un hombre apuesto no —replicó el guardia—. Si quiere que le lea la fortuna, le diré una cosa. No morirá usted ahogado. El que no se consuela es porque no quiere.

Antes de que pudiera contestar, o darse la vuelta, el cochero puso fin a la conversación haciendo restallar el látigo y pidiéndole que no se entretuviera con un tipo tan hosco. El guardia saltó a su asiento al instante, se alejaron riéndose y lo dejaron en el camino amenazándoles con el puño. No obstante, al pensarlo mejor, no le desagradó que lo hubiesen tomado por un campesino vulgar y malhumorado, y más bien se felicitó pues le pareció una prueba de que iba bien disfrazado.

Anduvo hasta un bosquecillo al lado de la carretera —pero no allí, sino a unos cinco kilómetros de distancia—, arrancó una estaca gruesa, dura y nudosa de una cerca y, sentado cerca de un almiar, pasó un rato dándole forma, pelando la corteza y afilando la punta astillada con el cuchillo.

El día transcurrió. Mediodía, tarde, atardecer. Ocaso.

A esa hora pacífica y serena dos hombres salieron de la ciudad en una calesa por una carretera poco frecuentada. Era el día en que el señor Pecksniff había acordado cenar con Montague. Había acudido a la cita y ahora volvía a su casa. Su anfitrión lo acompañó un rato, con la intención de regresar dando un agradable paseo, a través de unos campos, por un sendero que el señor Pecksniff se había comprometido a enseñarle. Jonas conocía sus planes. Había merodeado por la taberna mientras cenaban y había oído lo que decían.

Su conversación ahora era alegre y ruidosa y podía oírseles desde lejos por encima del ruido de las ruedas o los cascos de los caballos. Llegaron a una cerca donde una escalera y un sendero indicaban el punto donde iban a separarse. Se detuvieron.

—Es pronto. Muy pronto —dijo el señor Pecksniff—. Pero este es el sitio, mi querido señor. Siga el sendero y atraviese el bosquecillo. Una vez allí, el sendero se estrecha, pero no tiene pérdida. ¿Cuándo volveré a verlo? Espero que pronto.

—Yo también.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! Y ¡buen viaje!

Mientras el señor Pecksniff estuvo a la vista y se volvió para saludarlo, Montague esperó en el camino sonriendo y despidiéndose con la mano. Pero, en cuanto su nuevo socio desapareció y semejantes demostraciones dejaron de ser necesarias, se sentó en la escalera tan cambiado como si le hubiesen caído diez años encima.

Estaba acalorado por el vino, pero no alegre. Su plan había triunfado; sin embargo, él no parecía triunfante. Tal vez lo hubiese fatigado el esfuerzo de interpretar tan difícil papel con su acompañante, o puede que la noche susurrara a su conciencia, o quizá fuese (como en efecto era) que a su alrededor estaba cayendo un umbroso velo que excluía todos los pensamientos menos el presagio y la vaga premonición de una fatalidad inminente.

Si hay fluidos, y sabemos que los hay, que, conscientes de que se acercan el viento, la lluvia o la escarcha, se encogen e intentan ocultarse en las cristalinas arterias, ¿no podría el sutil licor de la sangre percibir, por alguna propiedad intrínseca, que hay manos que se alzan para verterla y derramarla, y helarse embotada en las venas de los hombres en ese instante?

Helado, a pesar de que el aire era tibio, embotado, a pesar de que el cielo estaba despejado, se levantó temblando de su asiento y echó a andar con premura. Se detuvo con idéntica premura dudando si seguir por el sendero que era solitario o apartado, o volver por la carretera.

Tomó por el sendero.

La gloria del sol poniente brillaba en su rostro. La música de los pájaros sonaba en sus oídos. Dulces flores silvestres se abrían a su alrededor. A lo lejos se veían los tejados de paja de los hogares de los pobres; y un viejo campanario gris rematado por una cruz se alzaba entre él y la noche que se acercaba.

Nunca había interpretado la lección que expresaban esas cosas, siempre se había burlado y apartado de ellas; pero antes de bajar a una hondonada, volvió a contemplar con pesar el paisaje vespertino. Luego bajo, bajó y bajó al vallecillo.

Llegó al bosque; un bosque espeso, enmarañado y sombrío por el que discurría sinuoso el sendero, estrechándose hasta convertirse en un camino de cabras. Se detuvo antes de entrar, pues el silencio de aquel lugar casi lo intimidó.

Los últimos rayos de sol se colaban oblicuos, trazando un sendero de luz dorada entre los tallos y las ramas que había a su alcance y que

empezaron a desdibujarse mientras los miraba, rindiéndose sin oponer resistencia al crepúsculo que iba instalándose poco a poco. Reinaba tanto silencio que el musgo suave y furtivo del tronco de algunos árboles viejos parecía haber nacido del silencio, y ser su verdadera descendencia. Los árboles que estaban expuestos al viento en invierno no se habían caído, pero los otros les habían dado alcance y ahora yacían desnudos y pelados entre sus ramas cubiertas de hojas, como si no quisieran perturbar el silencio con el ruido de su caída. Por todas partes había silenciosas vistas que se abrían al corazón del bosque y a sus más recónditos escondrijos; parecían una nave lateral, un claustro o una ruina bajo el cielo que luego se enmarañaban en un misterio verde, profundo y susurrante en el que se distinguían vagamente troncos retorcidos, ramas dobladas, tallos cubiertos de hiedra, hojas temblorosas y viejos árboles desprovistos de corteza en una hermosa confusión.

Cuando declinó la luz del sol y la noche cayó sobre el bosque, se adentró en él. Apartando aquí y allá una zarza o una rama caída que se interponía en su camino, desapareció poco a poco. De vez en cuando se le vio pasar por un claro estrecho, o el seco crujido de una rama reveló por dónde iba, después no se le volvió a ver ni se supo nada de él.

Nunca volvió a verlo ni a oírlo ojo ni oído humano, con la excepción de un solo hombre. Ese hombre apareció poco después, apartando las hojas y las ramas, cerca de donde el sendero salía al otro lado del bosque.

¡Qué habría dejado allí que le impulsó a salir como del infierno!

El cadáver de un hombre asesinado. En un lugar espeso y solitario, yacía, tal como había caído, entre las hojas de roble y haya del año anterior. Humedeciendo y empapando las hojas que formaban su almohada; disolviéndose en el suelo cenagoso, como para ocultarse de la vista, abriéndose paso entre las hojas curvas, como si esas cosas sin sentido la rechazaran y abjurasen de ella y se curvaran horrorizadas, avanzaba una mancha oscura, muy oscura, que tiñó y aromó la noche veraniega desde la tierra hasta el cielo.

El que había cometido aquel acto salió de un salto del bosque con tanta fiereza que lanzó al aire una nube de ramas tiernas, arrancadas a su paso, y cayó con violencia sobre la hierba. Pero enseguida volvió a ponerse en pie y ocultándose detrás de un seto con el cuerpo encorvado, corrió hacia la carretera. Una vez allí empezó a andar a buen paso en dirección a Londres.

Y no lamentó lo que había hecho. Se asustó al pensarlo —y ¡cuándo dejó de pensarlo!—, pero no lo lamentó. Había sentido espanto y terror mientras estuvo en el bosque, pero cuando salió, una vez cometido el crimen, sus temores se desviaron al cuarto oscuro que había dejado cerrado en casa. Ese cuarto le inspiraba un horror infinitamente mayor que el bosque. Ahora que estaba volviendo a él, le pareció sin

comparación mucho más terrible y espantoso. Su espantoso secreto estaba encerrado en aquel cuarto, y todos sus terrores se concentraban allí, no en el bosque.

Anduvo quince kilómetros, y luego se detuvo en una taberna a esperar la diligencia, que sabía que no tardaría en pasar camino de Londres, y que también sabía que no era la misma que lo había llevado hasta allí, pues llegaba de otro sitio. Se sentó fuera, en un banco, al lado de un hombre que había salido a fumar una pipa. Después de pedir una cerveza y de beber un poco, se la ofreció a su compañero, que le dio las gracias y probó un trago. No pudo sino pensar que, si el hombre supiera lo mismo que él, no habría querido compartir su vaso.

—Hace muy buena noche, amigo —dijo esta persona—. Y ha habido una extraña puesta de sol.

—No la he visto —fue su apresurada respuesta.

—¿No la ha visto? —replicó el hombre.

—Y ¿cómo diablos iba a verla si estaba dormido?

—¡Dormido! Claro, claro —el hombre pareció sorprenderse por esa irritabilidad inesperada, y siguió fumando su pipa sin decir más. No tardaron en oír unos golpes dentro.

—¿Qué es eso? —preguntó Jonas.

—Que me aspen si lo sé —replicó el hombre.

No hizo más averiguaciones, pues la pregunta se le había escapado a su pesar. Pero en ese momento estaba pensando en el cuarto cerrado, en la posibilidad de que llamasen a la puerta por algún motivo particular, de que se alarmaran al no recibir respuesta, de que forzaran la puerta y encontraran la habitación vacía; de que cerrasen la puerta del callejón y no pudiese entrar en la casa sin dejarse ver con aquel atuendo, lo cual despertaría rumores, rumores que harían que acabasen descubriéndolo y lo conducirían al patíbulo. En ese momento, como por designio y orden de las circunstancias, fue cuando se oyeron los golpes.

Continuaron, como una sonora advertencia de la espantosa realidad que había conjurado. Como no podía quedarse allí sentado oyéndolos, pagó su cerveza y siguió el camino a pie. Y, como se había pasado el día merodeando por sitios desconocidos y se hallaba de noche en una carretera solitaria, con una vestimenta desacostumbrada y en un estado de ánimo inquieto y disperso, se detuvo más de una vez para mirar a su alrededor con la esperanza de estar soñando.

Aun así no lo lamentaba. No. Había odiado demasiado a ese hombre, y había anhelado librarse de él demasiado tiempo y con demasiada desesperación. Si la ocasión hubiese vuelto a repetirse, habría vuelto a

hacerlo. Sus pasiones malvadas y vengativas no se calmaban tan fácilmente. No había más penitencia ni remordimiento en su interior que mientras estaba planeando el acto.

Lo embargaban el espanto y el temor. Hasta un extremo con el que nunca había contado y que no podía controlar. Estaba horriblemente asustado de ese cuarto infernal en casa. Eso hizo que, de un modo siniestro, criminal y enloquecido, temiera no sólo por sí mismo, sino a sí mismo; pues ser, por así decirlo, parte de la habitación, algo que se suponía que debía estar en ella, pero que no estaba, le contagiaba ese terror misterioso, y cuando imaginó el feo cuartito, falso y silencioso, falso y silencioso, durante las negras horas de dos noches, y la cama revuelta y vacía, aunque todos creyeran que estaba en ella, se convirtió en cierto modo en su propio fantasma y espectro, y fue a la vez un espíritu y el hombre a quien este atormentaba.

Cuando poco después le dio alcance la diligencia, compró un billete para ir fuera, y viajó a toda prisa a casa. Al ocupar su asiento entre los campesinos que viajaban atrás, temió que se hubiesen enterado del asesinato y le dijese que habían hallado el cadáver; aunque teniendo en cuenta el momento y el lugar en que había cometido el crimen era casi imposible, como él bien sabía. Pero, a pesar de saberlo, y de no tener razones para considerar su ignorancia más que como la consecuencia natural de los hechos, esa ignorancia lo animó. Lo animó tanto que empezó a creer que nunca encontrarían el cadáver y a especular con esa posibilidad. Partiendo de este punto y midiendo el tiempo por la rápida precipitación de sus pensamientos culpables, por lo que había antecedido al derramamiento de sangre, y por la multitud de imágenes incoherentes y desordenadas de las que era presa constantemente, cuando se hizo de día llegó a considerar que el crimen era un crimen antiguo y a pensar que estaba relativamente a salvo porque todavía no lo habían descubierto. ¡Todavía! ¡Y eso que el sol que contemplaba el bosque y doraba con su luz creciente el rostro de un muerto había visto a ese hombre con vida y había intentado inspirarle un pensamiento celestial poco antes de ponerse la noche anterior! Pero aquí estaban ya las calles de Londres. ¡Chitón!

Eran sólo las cinco. Tenía tiempo para llegar a casa sin que lo vieran y antes de que hubiese mucha gente por la calle, si es que no había ocurrido nada que hiciera que lo descubriesen. Se apeó de la diligencia sin pedirle al conductor que detuviera los caballos y, apresurándose a cruzar la carretera, y a entrar y salir de todos los callejones que no lo apartaban demasiado de su destino, se acercó por fin a su casa. Al llegar a su barrio extremó aún más las precauciones, se asomaba a cada esquina y se escabullía a toda prisa por la calle hasta la esquina siguiente.

El callejón estaba vacío cuando su rostro asesino se asomó a él. Se acercó a la puerta de puntillas, como si temiera perturbar su propio sueño imaginario.

Escuchó. Ni un ruido. Cuando giró la llave con mano temblorosa y empujó la puerta despacio con la rodilla, lo embargó un temor monstruoso.

Y ¡si estuviese allí el muerto!

Echó una mirada acobardada a la habitación, pero no había nada.

Entró, cerró la puerta con llave, pasó la llave por el polvo y la humedad de la chimenea para volver a ensuciarla y la colgó en su sitio de siempre. Se quitó el disfraz e hizo un hato con él para tirarlo al río antes de que anocheciera y lo guardó en el armario. Una vez tomadas esas precauciones, se desvistió y se acostó.

La sed ardiente, el fuego que le quemaba las entrañas mientras yacía debajo de las sábanas; el horror aumentado de la habitación cuando no la veía, la agonía con que escuchaba con suma atención cada ruido y pensaba que el más improbable de todos sería el preludio de esa llamada a la puerta que le llevaría las noticias; los sobresaltos con que se levantaba de la cama, se miraba en el espejo e imaginaba que llevaba el crimen escrito en el rostro; y con los que volvía a tumbarse y a enterrarse en las mantas, con los que oía su propio corazón latiendo: «Asesinato, Asesinato, Asesinato». ¡Qué palabras pueden describir verdades tan tremendas!

La mañana avanzó. Se oyeron pasos en la casa. Oyó que subían las persianas y abrían los postigos; y de vez en cuando unas pisadas furtivas al lado de la puerta. Intentó gritar más de una vez, pero tenía la boca tan seca como si se la hubiesen llenado de arena ardiente. Por fin se sentó en la cama y gritó.

—¡Quién anda ahí!

Era su mujer.

Le preguntó qué hora era. Las nueve.

—¿Llamó ayer alguien a mi puerta? —balbució—. Me pareció oír algo, pero para despertarme habría hecho falta tirar la puerta abajo.

—Nadie —replicó ella. Menos mal. Había esperado casi sin aliento esa respuesta. Fue un alivio, si es que algo podía aliviarlo—. El señor Nadgett preguntó por ti —añadió—, pero le dije que estabas muy cansado y que habías dado órdenes de que no te molestaran. Respondió que no tenía importancia y se marchó. Esta mañana muy temprano, al abrir la ventana para que entrase un poco de aire, lo he visto cruzando la calle; pero no ha vuelto a venir.

Cruzando la calle esa mañana. ¡Muy temprano! Jonas tembló al pensar en la leve posibilidad de que lo hubiera visto él: incluso a ese individuo

cuyo único objetivo era evitar a la gente, escabullirse sin que lo vieran, no ver nada y guardar sus propios secretos.

Pidió que le preparasen el desayuno y se dispuso a subir, se vistió con la ropa que se había quitado al entrar en la habitación, y que llevaba todo ese tiempo colgada fuera. Su secreto temor de encontrarse por primera vez con los criados, después de lo que había hecho, hizo que se demorase en la puerta con el pretexto de que así podían verlo sin mirarle a la cara; y la dejó abierta mientras se vestía, gritó que abriesen las ventanas y fregasen el suelo, para que se acostumbraran a su voz. Incluso después un buen rato, y de haber visto y hablado con todos, tardó en reunir el valor necesario para subir con ellos, y se quedó en la puerta escuchando el murmullo lejano de su conversación.

No podía quedarse allí eternamente, así que fue con ellos. La última vez que se miró en el espejo vio que su rostro le delataba, pero tal vez fuese por la angustia con que se miró. No se atrevió a levantar la vista para comprobar si lo estaban mirando, pero le pareció que estaban muy callados.

Y por más que se esforzó en disimularlo, no pudo evitar escuchar y que ellos lo notasen. Tanto si escuchaba su conversación como si intentaba pensar en otras cosas, o si hablaba él mismo, o si callaba, o si atendía decidido al aburrido tictac del toscó reloj que tenía detrás, siempre acababa escuchando como hechizado: pues sabía lo que le esperaba, y de momento su castigo, su tortura y su locura eran escuchar hasta que llegara.

¡Chitón!

**Capítulo XLVIII. Incluye noticias de Martin y de Mark, y también de una tercera persona no del todo desconocida para el lector. Muestra la devoción filial bajo un feo aspecto y arroja un dudoso rayo de luz sobre un lugar muy oscuro**

Tom Pinch y Ruth se habían sentado a desayunar a primera hora, con la ventana abierta y una hilera de plantitas frescas que Ruth había colocado por la parte de dentro con sus propias manos; Ruth le había puesto un geranio en el ojal a Tom, para que estuviese elegante y veraniego ese día (hubo que prendérsela o el bueno de Tom la habría perdido); había gente que vendía flores en la calle y un abejorro que se había quedado atrapado entre las dos hojas de la ventana golpeaba la cabeza contra el cristal, intentaba escapar a la luminosa mañana y se creía hechizado porque no lo lograba; nunca se había visto una mañana tan agradable, y el aire fragante besaba a Ruth y susurraba en torno a Tom, como diciendo: «¿Cómo estáis, amigos? He venido a propósito para saludaros», era uno de esos alegres momentos en los que albergamos, o deberíamos albergar, el deseo de que todo el mundo pueda ser feliz, de que vislumbre el verano del corazón y perciba la belleza del verano del calendario.

Fue un desayuno aún más placentero de lo normal, y eso que siempre lo era. Pues la pequeña Ruth tenía ahora dos alumnas, dos horas tres veces por semana; y, además, había pintado unos abanicos y unas cajitas para guardar la baraja, y, sin que Tom lo supiera (¿se puede ser más encantadora?), había ido a cierta tienda que vendía estos objetos y, después de mucho contemplar el escaparate, se había atrevido a preguntarle a la dueña si querría comprarlos. Y la señora no sólo los había comprado, sino que le había encargado más; y esa misma mañana Ruth se lo había confesado a Tom y le había dado el dinero en un monederito que había confeccionado a propósito. Los dos se conmovieron mucho y, por lo que sabemos de esta historia, hasta es posible que vertieran una o dos lágrimas de felicidad, pero ya había pasado, y el sol luminoso no había contemplado un rostro tan luminoso como el de Tom o como el de Ruth desde que se fue a acostar la noche anterior.

—¡Ay, niña —dijo Tom, abordando el asunto con tanta brusquedad que se interrumpió al ir a cortar una rebanada de pan y dejó el cuchillo clavado en la barra—, no imaginas qué hombre tan raro es nuestro casero! No creo que haya vuelto a pisar la casa desde que me metió en ese lío tan desagradable. Empiezo a pensar que no vendrá nunca. ¡No hay duda de que lleva una vida muy misteriosa!

—Muy extraña. Es cierto, Tom.



—La verdad —dijo Tom—, espero que sólo sea extraña. Ojalá no esconda nada turbio. A veces tengo mis dudas. Habrá que tener unas palabras con él —dijo Tom, moviendo la cabeza como si acabase de proferir la peor de las amenazas—, ¡si es que consigo verlo, claro!

Dos golpes breves en la puerta pusieron en fuga el gesto ceñudo de Tom, y despertaron una expresión de sorpresa.

—¡Caramba! —dijo Tom—. ¡Vaya horas para venir de visita! Supongo que debe de ser John.

—No... no creo que sea su forma de llamar —observó su hermanita.

—¿No? —dijo Tom—. A ver si va a ser que mi patrón ha venido de pronto a la ciudad y el señor Fips lo ha enviado aquí a por la llave de la oficina. Es alguien que pregunta por mí. ¡Sin duda! ¡Adelante, por favor!

Pero cuando la persona entró, Tom Pinch, en lugar de decir «¿Quería hablar conmigo, señor?», o «Me llamo Pinch, ¿puedo preguntarle qué se le ofrece?», o de dirigirse a él en términos igual de distantes, exclamó: «¡Dios mío!» y lo sujetó por las manos con vivas muestras de sorpresa y alegría.

El visitante no se conmovió menos que Tom, y se estrecharon la mano varias veces, sin que ninguno de los dos dijera otra palabra. Tom fue el primero en recuperar el habla.

—Y ¡Mark Tapley también! —dijo corriendo a la puerta y estrechándole la mano a otra persona—. Mi querido Mark, adelante. ¿Cómo estás? No pareces ni un día más viejo que cuando trabajabas en El Dragón Azul. ¿Cómo estás?

—Muy contento, señor, gracias —respondió el señor Tapley, todo sonrisas y reverencias—. Espero que se encuentre usted bien.

—¡Dios mío! —exclamó Tom, dándole unas palmaditas cariñosas en la espalda—. ¡Cuánto me alegra volver a oír tu voz! Mi querido Martin, siéntate. Te presento a mi hermana, Martin. Es el señor Chuzzlewit, cariño. Y Mark Tapley, del Dragón. ¡Dios mío, menuda sorpresa! ¡Bendito sea Dios! —Tom estaba tan emocionado que no podía estarse quieto un momento, sino que iba y venía constantemente entre Mark y Martin, estrechándole la mano al uno y luego al otro y presentándoselos una y otra vez a su hermana—. Recuerdo como si fuese ayer el día en que nos despedimos, Martin —dijo Tom—. ¡Menudo día! Y ¡qué enfadado estabas! ¿Recuerdas, Mark, que te adelanté en la carretera el día en que iba a Salisbury a recogerlo y que tú ibas a buscar empleo? Y ¿no te acuerdas de cuando cenamos en Salisbury con John Westlock? ¡Dios mío! Ruth, es el señor Chuzzlewit. Y Mark Tapley, niña, del Dragón. Más tazas y platillos, por favor. Bendita sea mi alma, ¡cuánto me alegro de veros!

Y entonces Tom (igual que había hecho John Westlock a su llegada) se apresuró a cortar un poco de pan y mantequilla para ellos; y, antes de untar la primera rebanada, recordó otra cosa y fue corriendo a buscarla; y luego les estrechó otra vez la mano y se los presentó a su hermana; y luego volvió a hacer lo que ya había hecho; y nada de lo que hacía o decía bastaba para expresar su alegría al verlos de vuelta sanos y salvos.

El señor Tapley fue el primero en recobrar la compostura. Casi enseguida descubrieron que se había atribuido las funciones de camarero o sirviente; pues se ausentó un momento para ir a la cocina y volvió a toda prisa con un hervidor lleno de agua caliente con el que rellenó la tetera con su característico dominio de sí mismo.

—Siéntate y desayuna, Mark —dijo Tom—. Dile que se siente y desayune, Martin.

—¡Oh! Hace mucho que lo he dado por imposible —replicó Martin—. Él desayuna a su manera, Tom. Si lo conociera usted, señorita Pinch, lo disculparía.

—¡Ya lo sabe, bendito seas! —dijo Tom—. Le he hablado mucho de vosotros y lo sabe todo de Mark Tapley. ¿Verdad, Ruth?

—Sí, Tom.

—Todo no —replicó Martin, en voz baja—. Lo mejor de Mark Tapley sólo lo sabe un hombre, Tom; y de no ser por Mark no estaría vivo para contarlo.

—¡Mark! —dijo Tom con energía—. Si no te sientas ahora mismo, ¡voy a soltar una palabrota!

—Bueno, señor —replicó Mark Tapley—, antes de que lo haga le obedeceré. Una bienvenida tan peculiar es una notable intromisión en la alegría de un hombre, pero un verbo es una palabra que significa ser, hacer o sufrir (no me enseñaron más gramática y con esa me basta); y, si hay un verbo vivo, ese soy yo. Pues siempre estoy siendo y haciendo y sufro continuamente.

—¿Todavía no estás alegre? —le preguntó Tom con una sonrisa.

—Pues lo estuve al otro lado del océano, señor —replicó el señor Tapley—, y no del todo sin motivos. Pero la naturaleza humana conspira contra mí, y no puedo seguir estándolo. Tendré que dejarlo en mi testamento, señor, para que lo escriban sobre mi tumba: «Fue un hombre que podría haber sido fuerte de haber dispuesto de una ocasión que siempre se le negó».

El señor Tapley aprovechó la oportunidad para mirar a su alrededor con una sonrisa, y para atacar a continuación el desayuno con un apetito que no expresaba, ni mucho menos, una esperanza frustrada ni una desesperación insuperable.

Entretanto, Martin acercó la silla un poco más a Tom y a su hermana, y les contó lo sucedido en casa del señor Pecksniff, amén de un resumen en breves palabras de las desdichas y decepciones que había sufrido desde que partiera de Inglaterra.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente la fidelidad con que has cumplido la misión que te encomendé, Tom —dijo—, ni toda tu bondad y desinterés. Al sumar el agradecimiento de Mary al mío...

¡Ay, Tom! La sangre se retiró de sus mejillas y volvió de pronto con tanta violencia que era doloroso verlo; fue un alivio, no obstante, un alivio para su corazón herido.

—Al sumar el agradecimiento de Mary al mío —continuó Martin—, sólo reconozco lo poco que podemos ofrecerte, pero si supieras lo que sentimos, Tom, estoy seguro de que sabrías apreciarlo.

Y, si ellos hubiesen sabido lo que sentía Tom —aunque eso no lo sabía nadie—, también lo habrían apreciado. No cabe la menor duda.

Tom cambió de tema de conversación. Lamentó no poder seguir hablando de eso, pues a Martin le alegraba, pero en ese momento no pudo. En su alma no había ni gota de envidia o amargura, pero era incapaz de pronunciar el nombre de ella con firmeza.

Preguntó qué proyectos tenía Martin.

—Ya no me propongo hacer tu fortuna, Tom —dijo Martin—, sino intentar ganarme la vida. Ya lo intenté una vez en Londres, Tom; y fracasé. Si pudiese contar ahora con el beneficio de tus consejos y tu amistoso asesoramiento, tal vez me fueran mejor las cosas; haré lo que sea, Tom, lo que sea para ganarme el pan con mi esfuerzo. Mi esperanzas no van más allá, por ahora.

¡Qué corazón tan grande el tuyo, noble Tom! Afligido al ver tan humillado el orgullo de su antiguo compañero, y al oírle hablar de forma tan distinta, sacó de su pecho en el acto, en el acto, la incapacidad de luchar con sus profundas emociones y habló con valentía.

—¡Que tus esperanzas no van más allá! —exclamó—. Pues claro que sí. ¡Cómo puedes hablar así! Van hasta el momento en que seas feliz con ella, Martin. Van hasta el momento en que puedas reclamarla, Martin. Hasta el momento en que no puedas recordar que estuviste abatido y sin dinero, Martin. ¡Mi consejo y asesoramiento! Pues claro. Pero tendrás

un consejo y un asesoramiento mejores (aunque no sean más amistosos que los míos). Tienes que hablar con John Westlock. Iremos ahora mismo. Es tan pronto que tengo tiempo de acompañarte a su casa antes de ir al trabajo, me pilla de paso; y puedo dejarte allí, para que hables con él de negocios. Así que vamos. Vamos. Ahora soy un hombre ocupado —dijo, con su mejor sonrisa— y no tengo tiempo que perder. ¡Que tus esperanzas no van más allá! Seguro. Te conozco muy bien. Muy pronto irán más allá, Martin, y dejarán las nuestras a kilómetros de distancia.

—¡Sí! Pero es posible que haya cambiado un poco y ya no sea el mismo que conocías tan bien, Tom —dijo Martin.

—¡Qué absurdo! —exclamó Tom—. ¿Por qué ibas a haber cambiado? Hablas como un viejo. ¡Nunca había oído nada igual! Vamos a ver a John Westlock, vamos. Acompáñanos, Mark Tapley. Esto es cosa de Mark, no me cabe duda; y lo tienes bien merecido por elegir un compañero tan refunfuñón.

—Con usted no tiene mérito estar alegre, señor Pinch —dijo Mark, con la cara deformada por una sonrisa—. Con usted se alegraría hasta el médico de la parroquia. ¡Después de verle tendría que volver a Estados Unidos para estar alegre!

Tom se rió y, después de despedirse de su hermana, acompañó a Mark y a Martin a la calle y los llevó por el camino más corto a casa de John Westlock, pues la hora de ir al trabajo estaba próxima y tenía a gala llegar siempre puntual.

John Westlock estaba en casa, pero curiosamente pareció turbarse al verlos, y, cuando Tom se disponía a entrar en la sala donde estaba desayunando, le advirtió de que dentro había un desconocido. Resultó ser un desconocido misterioso, pues John cerró la puerta al mismo tiempo y los llevó a la sala de al lado.

No obstante, se alegró mucho de ver a Mark Tapley y recibió a Martin con franca cortesía. Pero Martin tuvo la sensación de no despertar ningún interés especial en John Westlock y dos o tres veces reparó en que miraba dubitativo, por no decir compasivo, a Tom Pinch. Pensó, y al pensarlo se ruborizó, que conocía sus motivos.

—Me temo que está usted ocupado —dijo Martin, cuando Tom le anunció el motivo de su visita—. Si quiere que vuelva cuando le venga mejor, lo haré con mucho gusto.

—Es cierto que estoy ocupado —replicó John, con ciertas reticencias—, pero, a decir verdad, el asunto que me ocupa le atañe más a usted que a mí.

—¿Ah, sí? —exclamó Martin.

—Se refiere a cierto miembro de su familia, y es grave. Si tiene la bondad de esperar aquí, me alegrará comunicárselo en privado, para que juzgue su importancia usted mismo.

—Y entretanto —dijo Tom—, yo tengo que marcharme sin más ceremonias.

—¿Tan quisquillosos son en tu trabajo —preguntó Martin— que no puedes quedarte ni media hora con nosotros? Preferiría que te quedaras. ¿En qué consiste ese trabajo, Tom?

Ahora fue Tom quien se turbó, pero, después de una breve duda, dijo sin más:

—No puedo decírtelo, Martin; aunque espero estar en condiciones de poder hacerlo pronto, y, que yo sepa, sólo la petición de mi patrón me impide contártelo ahora. Es una situación un tanto incómoda —añadió, con la desagradable sensación de estar dando a entender que desconfiaba de su amigo—, me lo repito a diario, pero no puedo hacer nada, ¿no crees, John?

John Westlock respondió que así era; y Martin dijo contentarse con eso y les rogó que no hablasen más del asunto, aunque no pudo evitar sorprenderse por la extraña naturaleza del empleo de Tom y por lo misterioso, avergonzado y cambiado que parecía su amigo. Tampoco pudo evitar darle vueltas en la imaginación varias veces cuando, nada más concluir la conversación, Tom se marchó, llevándose consigo al señor Tapley, que afirmó riéndose que podía acompañarle hasta Fleet Street sin perjuicio.

—Y ¿qué piensas hacer tú, Mark? —le preguntó Tom mientras andaban.

—¿Hacer, señor? —replicó Mark Tapley.

—Sí, ¿qué piensas hacer con tu vida?

—Pues bien, señor —dijo el señor Tapley—. La verdad es que he estado pensando en el matrimonio, señor.

—¡No me digas, Tom! —exclamó Tom.

—Sí, señor. Le he estado dando vueltas.

—Y ¿quién es la afortunada, Mark?

—¿La qué, señor?

—¡La afortunada, vamos! ¡Sabes lo que he dicho tan bien como yo! —replicó riéndose Tom.

El señor Tapley contuvo su propia inclinación a la risa; y preguntó con gesto enigmático:

—¿No se lo imagina, señor Pinch?

—¿Cómo podría? —dijo Tom—. No conozco a tus antiguos amores, Mark. Salvo, tal vez, a la señora Lupin.

—¡Bueno, señor! —replicó el señor Tapley—. Y ¿si se tratara de ella?

Tom se detuvo en la calle para mirarlo; por un momento el rostro del señor Tapley pareció totalmente estólido e inexpresivo, como un muro. Pero empezó a abrir ventanas en él muy deprisa, y a encender luces como si quisiera iluminarlo todo, y repitió:

—Imagine por un momento que fuese ella, señor.

—Caramba, yo diría que no te conviene, Mark, en muchos sentidos —exclamó Tom.

—Bueno, señor, eso mismo pensé yo una vez —dijo Mark—. Pero ya no estoy tan seguro. ¡Es una mujer muy dulce y cariñosa, señor!

—¿Dulce y cariñosa? Pues claro que sí —gritó Tom—. Pero siempre lo ha sido, ¿no?

—¡Por supuesto! —admitió el señor Tapley.

—Entonces ¿por qué demonios no te casaste con ella al principio, Mark, en lugar de marcharte al extranjero y perder todo este tiempo, y dejarla sola a merced de otros pretendientes?

—Pues verá, señor —replicó el señor Tapley con una confianza ilimitada—, le diré cómo ocurrió. Usted me conoce, señor Pinch, no hay ningún caballero que me conozca mejor. Está familiarizado con mi naturaleza y con mi debilidad. Mi naturaleza es estar alegre y mi debilidad querer que haya algún mérito en estarlo. Pues bien, señor, estando en ese estado de ánimo, se me metió en la cabeza la idea de que ella me miraba con lo que podríamos llamar buenos ojos —prosiguió el señor Tapley con dubitativa modestia.

—Sin duda —replicó Tom—. Lo sabíamos muy bien cuando hablamos de esto hace mucho tiempo, antes de que te fueses del Dragón.

El señor Tapley asintió con la cabeza.

—¡Bueno, señor! Pero, como en esa época me embargaban muchas visiones esperanzadas, llegué a la conclusión de que no podía haber ningún mérito en una vida como esa, en la que tendría un sinfín de cosas agradables al alcance de la mano. En la que podría, en suma, disfrutar

de la vida; una de mis visiones esperanzadas era que me aguardaban muchas desdichas que me ayudarían a ser aceptablemente fuerte y a alegrarme en unas circunstancias que tuviesen algún mérito. Decidí vagar por el mundo y probar suerte. Primero subí a bordo de un barco y muy pronto descubrí (por lo fácil que me resultó estar alegre) que no tenía ningún mérito. Eso tendría que haberme servido de advertencia, pero no. Llegué a Estados Unidos y entonces, no lo negaré, empecé a pensar que seguir con la moral alta tenía cierto mérito. Y ¿qué ocurrió después? Que justo cuando estaba acercándome al borde del abismo, mi patrón me engañó.

—¡Te engañó! —gritó Tom.

—Me estafó —replicó el señor Tapley, con el rostro radiante—. Dejó de lado todo lo que había hecho que estar a su servicio fuese meritorio y me dejó sin asideros. Y en ese estado he vuelto a casa. Bien está. Y, ahora que he visto frustradas todas mis visiones esperanzadas y que he descubierto que no hay mérito suficiente para mí en ninguna parte, me dejo llevar por la desesperación y me digo: «Haré algo que no tenga el menor mérito, me casaré con una criatura dulce y cariñosa que me tiene mucho afecto, y a quien yo tengo afecto a mi vez, llevaré una vida feliz y no volveré a enfrentarme a esa maldición que frustra siempre mis planes».

—Mark, aunque tu filosofía sea la más rara que he oído jamás —dijo Tom, que se rió cordialmente al oír su discurso—, no por eso es menos sabia. Supongo que la señora Lupin habrá aceptado, ¿no?

—Pues no, señor —replicó el señor Tapley—, no ha llegado tan lejos todavía. Y sobre todo lo atribuyo a que no se lo he pedido. Pero la noche de nuestro regreso estuvimos muy a gusto, muy cómodos, diría yo. Es cierto, señor.

—¡Bueno! —dijo Tom, deteniéndose al llegar a la puerta del Temple—. Te deseo felicidad, Mark, de todo corazón. Creo que nos veremos después. ¡De momento, adiós!

—¡Adiós, señor! ¡Adiós, señor Pinch! —añadió a modo de soliloquio, mientras lo observaba—. Aunque sea usted un aguafiestas para cualquier ambición honorable. No lo imagina, pero usted fue el primero en aplastar mis esperanzas. Pecksniff me habría elevado en la vida, pero la dulzura de su temperamento me rebajó. ¡Adiós, señor Pinch!

Mientras Mark y Tom Pinch intercambiaban estas confidencias, Martin y John Westlock estaban ocupados de un modo muy distinto. En cuanto se quedaron solos, Martin dijo con un esfuerzo que no pudo disimular:

—Señor Westlock, nos hemos visto sólo una vez, pero hace mucho que conoce a Tom y eso hace que me resulte familiar. No puedo hablar libremente con usted a menos que alivie mi imaginación de lo que la está oprimiendo ahora mismo. Veo con pesar que desconfía hasta tal punto

de mí que me cree capaz de aprovecharme de la candidez de Tom, de su buen natural o de alguna otra de sus excelentes cualidades.

—No era mi intención —replicó John— darle a entender eso, y lo lamento muchísimo si lo he hecho.

—Pero ¿desconfía? —preguntó Martin.

—Me lo pregunta con tanta franqueza y con tan pocos rodeos —replicó John— que no puedo negar que he llegado a considerarlo a usted un hombre que, no por maldad, sino por pura irresponsabilidad, no aprecia lo bastante su naturaleza ni la trata como se merece. Es más fácil despreciar que apreciar a Tom Pinch —lo dijo sin acaloramiento, pero con firmeza, pues no había nada en este mundo (bueno, sí, una cosa) que le tocara más en lo vivo—. Conocí a Tom —prosiguió— cuando me acercaba a la edad viril; y he aprendido a quererlo infinitamente más que a mí mismo. No me pareció que lo entendiese usted la primera vez que nos vimos. No creo que se molestara mucho en comprenderlo. Los indicios que observé fueron, como mi oportunidad de observarlos, triviales e inofensivos. Pero no me resultaron agradables, y créame que reparé en ellos sin querer porque no puse especial atención. Dirá usted —añadió, con una sonrisa, mientras adoptaba una actitud más parecida a la suya habitual— que no soy muy amable. Sólo puedo responder que, bajo ningún concepto, habría sacado el asunto a relucir.

—El culpable fui yo —dijo Martin— y, lejos de quejarme de usted, aprecio mucho la amistad que le profesa a Tom, y las muchas pruebas que le ha dado de ella. ¿Por qué intentar ocultarle —no obstante, se sonrojó profundamente— que ni lo entendí, ni me molesté en entenderlo cuando fuimos compañeros? ¡No sabe lo mucho que lo lamento!

Lo dijo con tanta sinceridad, al mismo tiempo modesta y viril, que John le tendió la mano como si no lo hubiese hecho antes; Martin se la estrechó con la misma franqueza y las tensiones entre los dos jóvenes desaparecieron.

—Y ahora le ruego que recuerde que, aunque abuse de su paciencia al decirle lo que le tengo que decir, lo hago con una finalidad y que esa finalidad es la clave de todo.

Con este prefacio, John le relató todas las circunstancias que le llevaron a supervisar la enfermedad y la lenta recuperación del paciente de El Toro; y relacionó con ese relato lo que le había contado Tom de lo sucedido en el muelle. Martin se quedó muy perplejo cuando llegó al final, pues ambas historias parecían no tener relación entre sí, y lo dejaron, como suele decirse, *in albis*.

—Si me disculpa un momento —dijo John, incorporándose—. Dentro de un instante, le rogaré que pase al otro salón.



Dejó a Martin a solas muy confundido, y muy pronto volvió para cumplir su promesa. Martin lo acompañó al salón contiguo y encontró a una tercera persona, sin duda el desconocido de quién había hablado su anfitrión cuando llegó a la casa con Tom Pinch.

Era un hombre joven, con el pelo y los ojos muy negros. Estaba pálido y demacrado, y era evidente que acababa de recuperarse de una grave enfermedad. Se levantó al entrar Martin, pero John le pidió que se sentara. No despegaba la vista del suelo, apenas los miró una vez con un gesto de súplica y humillación, y ni se movió ni dijo nada.

—Este señor se llama Lewsome —dijo John Westlock—, de quien ya le he dicho que cayó enfermo en una taberna que hay cerca de aquí y sufrió mucho. Ha tardado mucho en empezar a recuperarse, pero como ve ahora está mejor.

Como no se movió ni dijo nada, y John Westlock hizo una pausa, Martin, sin saber qué hacer, comentó que se alegraba.

—La breve declaración que quiero que oiga de sus propios labios, señor Chuzzlewit —prosiguió John mirando con atención a Lewsome y no a Martin—, me la hizo a mí por primera vez ayer y me la ha repetido esta mañana sin cambiar ni un solo detalle de importancia. Ya le he dicho que antes de dejar la taberna me informó de que tenía un secreto que contarme que le pesaba mucho en la conciencia. Pero se debatía entre la salud y la enfermedad, y, entre su deseo de confesarlo y el temor a comprometerse, evitó revelármelo hasta ayer. Nunca le he apremiado (pues no tenía ni idea de su importancia, ni creía estar en mi derecho), hasta que hace unos días, cuando supe por él, que me lo dijo voluntariamente, en una carta enviada desde el campo, que se refería a una persona llamada Jonas Chuzzlewit, y pensé que podría arrojar alguna luz sobre el pequeño misterio que tanto preocupaba entonces a Tom, le insistí y oí lo que tenía que contar como va a hacer usted ahora, de sus propios labios. En su favor hay que decir que, temiendo su propia muerte, hace tiempo que lo puso todo por escrito y lo metió en un sobre sellado que, no obstante, no se atrevió a poner personalmente en mis manos. Según creo lo lleva encima en este mismo momento. —El joven se llevó rápidamente la mano al bolsillo para corroborarlo—. Tal vez lo mejor sea dejarlo en nuestras manos —dijo John—, pero no se preocupe por eso ahora.

Y, diciendo estas palabras alzó la mano para llamar la atención de Martin, que estaba ya concentrado en el hombre que tenía delante. Tras un breve silencio, preguntó en voz baja, débil y hueca:

—¿Qué parentesco tenía el señor Anthony Chuzzlewit, que...?

—¿Que falleció... conmigo? —preguntó Martin—. Era el hermano de mi abuelo.

—Creo que lo quitaron de en medio. ¡Lo asesinaron!

—¡Dios mío! —dijo Martin—. ¿Quién?

El joven Lewsome lo miró a la cara y volviendo a bajar la mirada replicó:

—Me temo que yo.

—¿Usted? —gritó Martin.

—No con mis actos, pero sí poniendo los medios.

—¡Hable! —dijo Martin—, y diga la verdad.

—Me temo que esta es la verdad.

Martin estuvo a punto de volver a interrumpirlo, pero John Westlock le dijo en voz baja: «Deje que lo cuente a su manera», y Lewsome prosiguió:

—Estudié medicina, y los últimos años he trabajado como ayudante de un médico en la City. Trabajando para él, conocí a Jonas Chuzzlewit. Él es el principal responsable de este crimen.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Martin muy serio—. ¿Sabe que es el hijo del anciano de quien habla?

—Sí —respondió él. Guardó silencio un instante, luego continuó el relato donde lo había dejado—. Tengo motivos para saberlo, pues muchas veces le oí desear la muerte de su padre y quejarse de que era una carga para él. Tenía la costumbre de hacerlo en un sitio que frecuentábamos tres o cuatro personas por la noche. Ya supondrá que no hacíamos nada bueno cuando sepa que era él quien llevaba la voz cantante. ¡Ojalá hubiese muerto y no lo hubiese presenciado! —Volvió a interrumpirse; y luego siguió—: Quedábamos para beber y jugar, sumas pequeñas, pero grandes para nosotros. Casi siempre ganaba él. Y, tanto si ganaba como si no, prestaba dinero con interés a quienes perdían; y de ese modo, aunque creo que todos lo odiábamos en secreto, llegó a dominarnos. Para ganárnoslo, hacíamos bromas sobre su padre, sobre todo los que le debíamos dinero, yo era uno de ellos, y brindábamos porque el viejo muriese cuanto antes y se lo dejase todo en herencia al joven —hizo otra pausa—. Una noche llegó de muy mal humor. Ese día el anciano había puesto a prueba su paciencia. Nos quedamos a solas y me contó enfadado que había vuelto a la primera infancia, que estaba débil, senil y babeante, que se había vuelto insoportable para él y para los demás y que quitarlo de en medio sería un acto de caridad. Juró que a menudo había pensado echarle en la medicina que tomaba para la tos alguna cosa que lo ayudara a morir tranquilamente. A veces se asfixiaba a la gente a quien había mordido un perro rabioso, afirmó,

¿por qué no ayudar también a morir a estos viejos seniles? Me miró a la cara y yo lo miré a él, pero esa noche no pasamos de ahí.

Volvió a interrumpirse y guardó silencio tanto rato que John Westlock dijo: «Continúe». Martin no había apartado la vista de su rostro, pero estaba tan sorprendido y horrorizado que no podía hablar.

—Debió de ser una semana después, o tal vez menos, o quizá más, no recuerdo exactamente cuándo, aunque no se me ha quitado de la cabeza, cuando volvió a hablarme. En esa ocasión también estábamos solos, pues nos presentamos antes de la hora acostumbrada. No habíamos quedado, pero creo que fui a verlo a él y me consta que él acudió para verme a mí. Llegó primero. Cuando entré, estaba leyendo el periódico y me saludó con un gesto sin alzar la mirada ni interrumpir la lectura. Yo me senté enfrente. Enseguida dijo que quería que le consiguiera dos medicinas. Una de efectos instantáneos, de la que necesitaba una cantidad muy pequeña. La otra lenta, y que no despertara sospechas, de la que necesitaba un poco más. Siguió leyendo el periódico mientras hablaba. Habló de «medicinas» y nunca usó otra palabra. Y yo tampoco.

—Todo coincide con lo que me contó a mí —observó John Westlock.

—Le pregunté para qué las quería. Respondió que para nada malo, para curar a unos gatos, ¿qué más me daba eso? Yo iba a partir a una colonia lejana (hacía poco que había recibido el nombramiento que, como el señor Westlock sabe, he perdido por culpa de mi enfermedad, y era mi única esperanza para salvarme de la ruina), así que ¿qué más me daba? Podría conseguirlas sin mi ayuda en cincuenta sitios distintos, aunque no con tanta facilidad. Esto era cierto. Tal vez no las necesitara, afirmé, y no tenía intención de utilizarlas de momento, pero aun así quería tenerlas. Todo este tiempo siguió leyendo el periódico. Hablamos del precio. Me perdonaría una pequeña deuda —yo estaba en su poder— y me pagaría cinco libras; después llegaron los demás y cambiamos de tema. Pero la noche siguiente, en idénticas circunstancias, le di las medicinas, pues me aseguró que era una locura pensar que pudiera darles un mal uso, y me pagó. No hemos vuelto a vernos. Sólo sé que su pobre y anciano padre murió poco después, exactamente como habría muerto por esa causa, y que he sufrido y sufro todavía un pesar insoportable. ¡Nada —añadió, extendiendo las manos— puede describir mi pesar! Me lo tengo bien merecido, pero es imposible describirlo.

Después de decir estas palabras, humilló la cabeza y guardó silencio. Desdichado y consumido, no era alguien a quien se pudieran hacer reproches inútiles.

—Que no se vaya muy lejos —dijo Martin, apartándose de él—, pero que no se deje ver, por Dios.

—Se quedará aquí —susurró John—. ¡Ven conmigo! —Cerró sin ruido la puerta con llave al salir, y llevó a Martin a la sala contigua donde habían estado antes.

Martin estaba tan atónito, tan impresionado y tan confundido por lo que acababa de oír que tardó un rato en ordenarlo en su cabeza y en entender la relación que guardaba una cosa con la otra para comprender en conjunto todos los detalles. Cuando por fin tuvo delante la narración completa, John Westlock apuntó la gran probabilidad de que otras personas estuviesen enteradas de la culpa de Jonas y lo estuviesen utilizando en su beneficio, y que de ese modo podían ejercer sobre él ese poder del que había sido accidentalmente testigo Tom Pinch y en el que había participado sin saberlo. Parecía tan evidente que los dos estuvieron de acuerdo, aunque en lugar de extraer alguna utilidad de ello, descubrieron que aún los confundía más.

No sabían nada de quienes tenían este poder. La única persona que se les ocurrió fue el casero de Tom. Y no tenían ningún derecho a preguntarle, ni aun si conseguían dar con él, y, según Tom, no sería tarea fácil. Suponiendo que le preguntaran, y que él accediera a responder (lo cual era mucho suponer), no tenía más que decir, a propósito de lo ocurrido en el muelle, que lo habían enviado de tal o cual sitio para advertir a Jonas de que tenía algo urgente que hacer, y se acabó.

Además estaban la enorme dificultad y la responsabilidad de actuar. La historia de Lewsome podía ser falsa: en su estado podía ser fruto de un cerebro enfermo; o, suponiendo que fuese cierta, el anciano podía haber muerto de muerte natural. El señor Pecksniff había estado allí, como recordó enseguida Tom, cuando volvió por la tarde y le contaron lo que sabían, y no había habido ningún misterio. El abuelo de Martin era la mejor persona para decidir lo que convenía hacer, pero sería imposible conocer su opinión, pues seguro que coincidiría con la del señor Pecksniff. Y la naturaleza de la opinión del señor Pecksniff en lo que a su yerno se refería era fácil de imaginar.

Aparte de estas consideraciones, Martin no soportaba la idea de dar la impresión de que se aferraba a una denuncia espuria contra su pariente para ganarse el favor de su abuelo. Y eso es lo que parecería si se presentaba otra vez a ver a su abuelo en casa del señor Pecksniff para contárselo; y sabía muy bien que el señor Pecksniff se aseguraría de que su gesto se viese bajo esa luz despreciable. Por otro lado, estar en posesión de semejante información y no tomar medidas para investigarla equivalía a ser cómplices.

En una palabra, fueron incapaces de encontrar una salida de ese laberinto de dificultades que no condujese a un seto confuso y enmarañado. Y, aunque enseguida hicieron partícipe de sus confidencias al señor Tapley, y la fértil imaginación de este caballero sugirió varias medidas expeditivas, que, por hacerle justicia, se mostró dispuesto a poner en práctica cuanto antes bajo su propia responsabilidad, aun

rebajando la vehemente naturaleza del señor Tapley, sus ofrecimientos no sirvieron de nada.

En ese momento el relato que hizo Tom del extraño comportamiento del decrepito contable la tarde que fueron a tomar el té cobró gran importancia, y terminó de convencerles de que tener un conocimiento más preciso del funcionamiento de la inteligencia y la memoria de ese anciano sería dar un paso crucial en su búsqueda de la verdad. Por lo que, después de asegurarse de que Lewsome y el señor Chuffey no habían hablado nunca (lo que podría haber explicado las sospechas del último), decidieron por unanimidad que el viejo contable era la persona que necesitaban.

Pero, igual que en la resolución unánime en una reunión pública, que a menudo declara que este o aquel agravio no puede tolerarse ni un minuto más, y no obstante se tolera uno o dos siglos sin modificación alguna, en este caso sólo llegaron a la conclusión de que todos pensaban lo mismo. Y es que una cosa era necesitar al señor Chuffey y otra muy distinta llegar hasta él, y hacerlo sin alarmarlo, o sin alarmar a Jonas, o sin desanimarse por el hecho de que la dificultad de tañer, en un instrumento tan desafinado y poco utilizado, la nota que buscaban fuese un objetivo tan lejos de su alcance como todo lo demás.

De este modo la cuestión pasó a ser quién de quienes lo rodeaban había tenido mayor influencia sobre el anciano aquella noche. Tom afirmó que sin duda la joven señora. Pero Tom y los demás descartaron la idea de convertirla en el medio inocente de castigar a su cruel marido. ¿No había nadie más? Pues sí. En un sentido muy distinto. Tom dijo que también tenía influencia sobre él la señora Gamp, la enfermera, que, según tenía entendido, lo había cuidado por un tiempo.

Se agarraron a eso en el acto. Ahí tenían una salida en un sitio que habían pasado por alto. John Westlock conocía a la señora Gamp, la había contratado, sabía dónde vivía, pues la buena señora le había dado muy ufana, al despedirse, un mazo de tarjetas de visita para que las repartiera. Decidieron aproximarse con cautela, pero sin dilación, a la señora Gamp, y sondear minuciosamente lo que sabía esa discreta matrona del señor Chuffey y del modo de conseguir que al menos uno de ellos pudiera hablar con él.

Martin y John Westlock decidieron actuar esa misma noche e ir a casa de la señora Gamp, sin saber si la encontrarían en el descanso de su vida privada o si tendrían que ir a buscarla a alguna parte, en el ejercicio de sus obligaciones profesionales. Tom volvió a casa, para no desaprovechar la ocasión de hablar con el señor Nadgett en caso de que reapareciese. Y el señor Tapley se quedó (por voluntad propia) de momento en Furnival's Inn, para vigilar a Lewsome, a quien no obstante podrían haber dejado solo, pues no parecía tener la menor intención de darles esquinazo.

Pero antes de partir a sus diversas ocupaciones, le pidieron que leyese en voz alta, y en presencia de todos, el documento que llevaba consigo, y la declaración que había añadido, donde afirmaba que lo había escrito voluntariamente empujado por el miedo a morir y por su conciencia torturada. Y, después de que todos lo firmaran, se lo entregó y lo pusieron a buen recaudo.

Martin también escribió, por consejo de John, una carta a los administradores de la famosa escuela reclamando como propio el diseño ganador, y acusando al señor Pecksniff del fraude que había cometido. John también estaba muy interesado en este asunto, y observó, con su irreverencia habitual, que el señor Pecksniff había triunfado toda su vida siendo un sinvergüenza y que ayudar a que se hiciese justicia hasta en el más mínimo detalle supondría para él una duradera fuente de alegría.

¡Un día muy ajetreado! Pero Martin aún no tenía alojamiento, así que, después de despachar estos asuntos, declinó la invitación a cenar de John Westlock y salió a buscarlo. Después de grandes esfuerzos, consiguió alquilar dos buhardillas para Mark y para él, en un edificio del Strand, no muy lejos de Temple Bar. Llevó el equipaje, que les estaba esperando en la oficina de las diligencias, a su nuevo refugio, y con un brillo de alegría que, como hombre egoísta, no habría podido conocer ni había conocido pensó en las fatigas y complicaciones que le había ahorrado a Mark, y en lo complacido y sorprendido que estaría, y luego se dedicó a deambular por el Temple, mientras comía una empanada de carne para cenar.

## **Capítulo XLIX. En el que la señora Harris, ayudada por una tetera, es la causa de una discusión entre amigas**

El alojamiento de la señora Gamp en Kingsgate Street, High Holborn, estaba, metafóricamente hablando, vestido de gala. Lo habían barrido y adornado para recibir a una visita. Esa visita era Betsey Prig: la señora Prig de Bartlemy, o, como decían algunas, Barklemy, o, como decían otras, Bardlemy, pues por todos esos apelativos cariñosos y familiares se conocía el hospital de Saint Bartholomew entre la cofradía que Betsey Prig adornaba con su presencia.

El alojamiento de la señora Gamp no era espacioso, pero para un alma resignada un armario es un palacio; y la habitación con vistas a la calle en el primer piso de la casa del señor Sweedlepipe tal vez fuese, en la imaginación de la señora Gamp, un caserón majestuoso. Si no lo era exactamente para un intelecto inquieto, al menos disponía de todas las comodidades que alguien que no fuese un optimista al borde de la locura podía desear en un cuarto de semejantes dimensiones. Bastaba con tener siempre presente el bastidor de la cama para estar a salvo. Ese era el gran secreto. Si tenías presente el bastidor hasta podías agacharte a buscar algo que se te hubiese caído debajo de la mesita sin golpearte demasiado con la cómoda o ingresar como paciente en Saint Bartholomew después de caerte en la chimenea.

El tamaño de la cama, que era enorme, ayudaba mucho a los visitantes en sus cautos esfuerzos por conservar de ella un recuerdo imborrable. No era una cama plegable, ni una cama francesa, ni una cama con dosel, sino lo que se podría llamar poéticamente una tienda de campaña de tela tan larga y voluminosa que el baúl de la señora Gamp no cabía debajo, sino que se quedaba atascado de un modo que atentaba contra la lógica y ponía al mismo tiempo en peligro las piernas de los desconocidos. Además, la estructura que habría sostenido el dosel y las colgaduras de haberlas habido estaba ornamentada con varias manzanas reinetas talladas en madera, que a la menor provocación, y a menudo sin que mediara ninguna, caían rodando y acosaban al pacífico visitante con terrores inexplicables.

El lecho estaba decorado con una colcha de retazos multicolores muy antigua; y en el extremo superior, el más cercano a la puerta, colgaba una fina cortina de cuadros azules que impedía que los Céfiros que azotaban Kingsgate Street rozasen la cabeza de la señora Gamp con demasiada violencia<sup>[131]</sup>. Varios vestidos raídos y otras piezas del guardarropa de esa señora colgaban de los postes de la cama; con el uso, los primeros habían adoptado hasta tal punto la forma de su figura que más de un marido impaciente, al irrumpir precipitadamente en la habitación a la hora del crepúsculo, se había quedado mudo ante el supuesto de que la señora Gamp se hubiera ahorcado. Un caballero que

había entrado con el apresurado recado de costumbre dijo, de hecho, que parecían ángeles guardianes que «cuidaban de ella mientras dormía». Aunque, como observó la señora Gamp, «era padre primerizo» y no volvió a repetir tal opinión, a pesar de que repitió muchas veces su visita.

Las sillas del cuarto de la señora Gamp eran muy grandes y de respaldo ancho, razón suficiente para que hubiese sólo dos. Las dos tenían reposabrazos de caoba antigua, y eran apreciadas por la naturaleza resbaladiza de los asientos, que originalmente habían sido de crin de caballo, pero ahora estaban cubiertos de una sustancia brillante de matices azulados, sobre la que el visitante empezaba a deslizarse con gesto consternado nada más sentarse. La señora Gamp compensaba la falta de sillas con sombrereras, de las que tenía un gran surtido, dedicadas a guardar diversos objetos, que, no obstante, no estaban tan bien protegidos como la buena mujer, movida por una agradable ficción, parecía pensar; pues, aunque todas las sombrereras tenían una tapa muy bien cerrada, ninguna tenía fondo, debido a lo cual, lo que había dentro, por así decirlo, se desvanecía. La cómoda, originalmente concebida para estar encima de otro bloque de cajones, era lo único que parecía enano; aunque en lo relativo a su seguridad tenía una gran ventaja sobre las sombrereras, pues, como hacía mucho que habían arrancado los tiradores, era muy difícil sacar lo que se guardaba dentro. De hecho, sólo podía hacerse mediante dos procedimientos: o bien inclinando el mueble hacia delante hasta que se abrían todos los cajones, o abriéndolos uno por uno con un cuchillo, como si fuesen ostras.

La señora Gamp guardaba todos los objetos domésticos en un armarito al lado de la chimenea, empezando por debajo de la superficie con el carbón (igual que en la naturaleza) y subiendo de forma gradual hasta los espirituosos, que, por delicadeza, guardaba en una tetera. La chimenea estaba adornada con un enorme almanaque, en el que la inquilina había apuntado aquí y allá de su puño y letra la fecha en que salía de cuentas alguna señora. También estaba embellecido con tres perfiles: uno, en color, de la propia señora Gamp en su juventud; otro, en bronce, de una señora con una boa de plumas, que se suponía que era la señora Harris vestida para asistir a un baile; y uno, en negro, del difunto señor Gamp. El último era un retrato de cuerpo entero, para que el parecido fuese más evidente mediante la introducción de la pata de palo.

Un par de fuelles, un par de zuecos, un atizador, un hervidor, un plato para papilla, una cucharilla para administrar medicinas a los enfermos más obstinados, y, por último, el paraguas de la señora Gamp, expuesto con particular ostentación, como si fuese algo de gran valor y rareza, completaban la decoración de la chimenea y la pared adyacente. La señora Gamp alzó complacida la vista hacia estos objetos, después de disponer la mesita del té y de concluir los preparativos para recibir a Betsey Prig, entre ellos la colocación en ella de medio kilo de salmón de Newcastle en escabeche.



—¡Listo! Y ahora, condenada Betsey, ¡a ver si no llegas tarde! —dijo la señora Gamp, regañando a su amiga ausente—. Pues te aseguro que no soporto esperar. Allí donde voy, me rijo siempre por la misma *indivisa* : «Soy fácil de contentar, pido poco, pero que sea de lo mejor y con puntualidad; de lo contrario no nos despediremos como yo quisiera, sino con tirrias e *inquilinas* ». —Sus preparativos eran de lo mejor, pues consistían en una barra de pan tierno, un plato de mantequilla fresca, un plato de azúcar blanca y otras cosas parecidas. Incluso el rapé con el que se solazó ahora, era de tan buena calidad que tomó un segundo pellizco—. Ya suena esa campanita —dijo y corrió a asomarse a la escalera—. Betsey Prig, caramba... me parece que es ese decepcionante señor Sweedlepipe.

—Sí, soy yo —dijo el barbero con voz desmayada—. Acabo de llegar.

—Siempre acaba de llegar —murmuró la señora Gamp para sus adentros—, excepto cuando acaba de marcharse. ¡No tengo paciencia con este hombre!

—¡Señora Gamp! —gritó el barbero—. ¡Hola! ¡Señora Gamp!

—¡Vaya! —gritó la señora Gamp, con impaciencia, mientras bajaba las escaleras—. ¿Qué ocurre? ¿Se ha incendiado el Támesis y se están asando los peces, señor Sweedlepipe? Pero ¿dónde ha estado este hombre y qué ha hecho? ¡Está blanco como la pared!

Añadió esta última pregunta cuando bajó las escaleras y lo encontró sentado en el sillón de barbero, pálido y desconsolado.

—¿Se acuerda de...? —dijo Poll—. ¿Se acuerda usted del joven...?

—¡No será el joven Wilkins! —exclamó la señora Gamp—. No me diga que es el joven Wilkins. Si la joven esposa de Wilkins ha...

—No se trata de la mujer de nadie —exclamó el barbero—. ¡Es Bailey, el joven Bailey!

—¡Vaya! ¿En qué anda metido ahora ese chiquillo? —replicó con brusquedad la señora Gamp—. ¡Bobadas y tontunas, señor Sweedlepipe!

—¡No anda metido en nada! —exclamó desesperado el pobre Poll—. ¿Por qué me interrumpe usted cada poco, cuando ve que estoy tan sin aliento que apenas puedo hablar? Ya no volverá a meterse en nada. Se acabó. ¡Está muerto! La primera vez que vi a ese chico —dijo Poll— le cobré demasiado por un jilguero, le pedí un penique y medio cuando sólo valía un penique, pensando que querría regatear. Pero no lo hizo. Y ahora está muerto; y, aunque trajese usted todas las máquinas de vapor y todos los fluidos eléctricos a esta tienda, y los pusiese a trabajar noche y día, ¡no lograrían saldar la cuenta, por más que se trate sólo de medio penique! —El señor Sweedlepipe se volvió hacia la toalla, y se secó los

ojos con ella—. ¡Un muchacho tan listo! —dijo—. ¡Era sorprendente cómo hablaba y lo mucho que sabía! Se afeitó en este mismo sillón, sólo por divertirse. Siempre estaba pensando en divertirse. ¡Ay, y pensar que ya nunca se afeitará de verdad! ¡Habría preferido que se me muriesen todos los pájaros —dijo el barbero, mirando las jaulas y volviendo a secarse con la toalla— antes que enterarme de esta noticia!

—¿Cómo se ha enterado? —quiso saber la señora Gamp—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Fui a la City —respondió el barbero— a ver a un caballero cerca de la Bolsa, que quería unos cuantos palomos no muy rápidos para practicar su puntería; y cuando nos despedimos fui a beber una cerveza, y todo el mundo estaba hablando de eso. Sale en los periódicos.

—Lo veo a usted muy agitado, señor Sweedlepipe, vaya que sí —dijo la señora Gamp, moviendo la cabeza—; en mi opinión, no le vendrían mal media docena de sanguijuelas frescas en las sienes para aclararse las ideas, sí, señor. ¿De qué estaban hablando? Y ¿qué decían los periódicos?

—¡Todo! —gritó el barbero—. ¿De qué iban a hablar si no? Su patrón y él tuvieron un accidente en un viaje, a él lo llevaron a Salisbury y, cuando se publicó la noticia, estaba a punto de exhalar su último aliento. No volvió a decir palabra. Eso es lo peor. Y eso no es todo. Nadie sabe dónde está su patrón. El otro director de su oficina en la City, Crimple, David Crimple, se ha fugado con el dinero, y han puesto carteles en las paredes ofreciendo una recompensa por él. El señor Montague, el patrón del pobre joven Bailey (¡qué muchacho!), también aparece en los carteles. Unos dicen que se ha largado con su amigo al extranjero; otros que no ha tenido tiempo de marcharse y lo buscan por todas partes. La oficina era una estafa, un timo. Pero ¡qué es una compañía de seguros de vida comparada con una vida! Y ¡qué vida la del joven Bailey!

—Nació en un *baile* de lágrimas —dijo la señora Gamp, con filosófica frialdad—, vivió en un *baile* de lágrimas y sufrió las consecuencias. Pero ¿no han dicho nada del señor Chuzzlewit?

—No —dijo Poll—, nada. Su nombre no figuraba en la junta, aunque hay quien dice que iba a entrar en ella. Unos dicen que lo engañaron y otros que fue él quien engañó; pero, sea como sea, no pueden probar nada contra él. Esta mañana se presentó por propia voluntad ante el lord Mayor o algún pez gordo de la City y aseguró que lo habían estafado, y que las dos personas huidas lo timaron, y que acababa de averiguar que Montague ni siquiera se llama Montague. Y dicen que ha perdido tanto que estaba lívido como la muerte. Pero, que Dios me perdone —gritó el barbero, volviendo al asunto que lo afligía—, ¡qué se me da a mí que estuviese lívido o no! ¡Podría haber muerto cincuenta veces y no sería nada comparado con la pérdida de Bailey!

En ese momento sonó la campanita y la profunda voz de la señora Prig se coló en la conversación.

—¡Ah!, están hablando de eso, ¿eh? —observó esta señora—. Bueno, espero que hayan terminado ya, porque no me interesa.

—¡Mi querida Betsey —dijo la señora Gamp— sí que has tardado!

La inestimable señora Prig replicó con cierta aspereza que «si había gente perversa a quien le daba por morirse cuando menos se esperaba no era culpa suya». Y añadió que «¡ya era bastante fastidioso tener que llegar tarde cuando habías quedado a tomar el té para que encima te lo reprochasen!».

La señora Gamp obtuvo de tal sucesión de réplicas malhumoradas alguna indicación sobre el estado de ánimo de la señora Prig y la llevó enseguida arriba con la esperanza de que el salmón en escabeche la aplacara un poco.

Pero Bestsey Prig ya contaba con que hubiese salmón en escabeche. Fue evidente, porque lo primero que dijo al mirar la mesa fue:

—¡Sabía que no habría pepinillos!

La señora Gamp cambió de color, y se sentó en la cama.

—¡Bendita seas, Betsey Prig, tienes toda la razón! ¡Se me han olvidado!

La señora Prig miró con intensidad a su amiga, echó mano al bolsillo y con aire de hosco triunfo sacó una lechuga muy vieja o una col muy joven, en todo caso una verdura muy verde, de naturaleza expansiva y de tan enormes proporciones que tuvo que cerrarla como un paraguas para sacarla del bolsillo. También sacó un puñado de mostaza y de berros, una pizca de diente de león, tres manojos de rábanos, una cebolla bastante más grande que un nabo, tres considerables rodajas de remolacha, y unas ramitas de apio; todas estas verduras hacía poco que habían estado expuestas como ensalada a dos peniques, y la señora Prig las había adquirido con la condición de que el vendedor se las metiera todas en el bolsillo. Lo cual había conseguido felizmente, ante la atónita mirada de la gente de una parada de coches de alquiler en High Holborn. La señora Prig prestó tan poca importancia a su previsión que ni siquiera sonrió sino que devolvió el bolsillo a su forma normal y se limitó a recomendar que tales frutos de la naturaleza se cortaran y metieran en vinagre para su consumo inmediato.

—Y que no se te caiga rapé encima —dijo la señora Prig—. En las gachas, el agua de cebada, las infusiones de manzana y el caldo de cordero no me importa. Estimula al paciente. Pero a mí no me gusta.

—¡Caramba, Betsey Prig —exclamó la señora Gamp—, no hay por qué hablar así!

—¡Como si tus pacientes, sea cual sea su enfermedad, no se pasaran el día estornudando por culpa de tu rapé! —dijo la señora Prig.

—Y ¿qué más da? —dijo la señora Gamp.

—Nada —respondió la señora Prig—. Pero no dirás que no, Sarah.

—Y ¿quién lo *deniega*? —preguntó la señora Gamp. La señora Prig no respondió—. ¿Y quién lo *deniega*? —volvió a preguntar la señora Gamp. Luego, la señora Gamp impartió un carácter más temible y solemne a la pregunta modificándola un poco—. Betsey, ¿quién lo *deniega*?

Fue lo más parecido a una decidida diferencia de opinión entre ambas damas; pero, como la impaciencia de la señora Prig por comer era mayor que su impaciencia por contradecir, de momento se limitó a responder:

—Nadie, si no lo niegas tú, Sarah.

Y se dispuso a tomar el té. Pues de discutir siempre se está a tiempo, pero de comer una cantidad limitada de salmón en escabeche no.

Su atuendo era sencillo. Sólo tuvo que dejar el gorro y el chal encima de la cama, darse dos tirones del pelo, uno por el lado derecho y otro por el izquierdo, como si estuviese repicando un par de campanas, y listo. El té ya estaba hecho, la señora Gamp aliñó enseguida la ensalada y pronto se hallaron en plena colación.

El humor de ambas partes mejoró, de momento, gracias a los placeres de la mesa. Cuando concluyó el refrigerio (que fue bastante largo) y la señora Gamp, después de retirar los platos, bajó la tetera del estante de arriba a la vez que un par de vasos, las dos estuvieron muy amables.

—Betsey —dijo la señora Gamp, llenando su vaso y pasando la tetera—, ahora quisiera hacer un brindis. ¡Por mi socia habitual, Betsey Prig!

—Y yo bebo a la de Sarah Gamp —dijo la señora Prig— con cariño y ternura.

A partir de ese momento, empezaron a advertirse síntomas de inflamación en las narices de ambas señoras, y, tal vez a pesar de las apariencias, también en su temperamento.

—Y ahora, Sarah —dijo la señora Prig—, mezclemos los negocios con el placer, ¿qué caso es ese para el que me necesitas? —El rostro de la señora Gamp traicionó su intención de responder con una evasiva y Betsy añadió—: ¿Se trata de la señora Harris?

—No, Betsey Prig, no es ella —fue la respuesta de la señora Gamp.

—¡Vaya! —dijo la señora Prig, con una risita—. Pues me alegro.

—Y ¿por qué te alegras, Betsey? —replicó con acaloramiento la señora Gamp—. No la conoces más que de oídas, ¿por qué te alegras? Si tienes algo que decir en contra del carácter de la señora Harris, de quien me consta que no se puede decir nada malo ni a la cara ni a sus espaldas, suéltalo ya, Betsey. Es la mejor y la más dulce de las mujeres —dijo, moviendo la cabeza y vertiendo unas pocas lágrimas— y la conozco desde antes de que tuviese al primero, cuando el señor Harris, que era tímido, se tapó los oídos con las manos y se metió en una perrera vacía y no quiso salir hasta que le enseñaron al bebé, entonces le dio un ataque y el médico le puso un collar y lo tumbó de espaldas en los adoquines, y le dijo a ella que no se preocupase, que los aullidos que oía eran un organillo de la calle. Y la he conocido, Betsey Prig, cuando él hirió en lo vivo sus sentimientos al nacer el noveno, cuando le dijo que con ese ya eran uno o dos más de la cuenta, mientras la inocente criatura lo estaba mirando a la cara, y lo cierto es que creció fuerte, aunque patizambo, pero no sé por qué ibas a alegrarte, Betsey, de que la señora Harris no requiera de tus servicios. Puedes estar segura de que no los requerirá nunca, pues siempre que cae enferma sus palabras son, y serán: «Id a buscar a Sarah».

Mientras duró ese conmovedor discurso la señora Prig fingió hábilmente ser víctima de esas ausencias que se producen al prestar demasiada atención a alguna cosa y se sirvió de la tetera como sin darse cuenta. La señora Gamp sí se dio cuenta y en consecuencia puso fin antes de tiempo a su alocución.

—Bueno, pues si, por lo que parece, no es ella —dijo con frialdad la señora Prig— ¿quién es?

—¿Me has oído hablar, Betsey —replicó la señora Gamp después de echar una larga y expresiva mirada a la tetera—, de una persona a la que cuidé mientras tú y yo nos turnábamos para atender aquellas fiebres en la taberna El Toro?

—El viejo Snuffey —observó la señora Prig.

Sarah Gamp la miró con los ojos encendidos, pues vio en la equivocación de la señora Prig otra pulla intencionada e insidiosa a propósito de esa debilidad o costumbre suya, a la que Betsey había aludido de forma tan poco generosa y que había perturbado por primera vez la armonía entre ambas damas esa tarde<sup>[132]</sup>. Y lo vio aún con mayor claridad cuando, al corregir con educación pero con firmeza a esa señora la pronunciación de la palabra «Chuffey», la señora Prig recibió la corrección con una risa diabólica.

Hasta los mejores tienen sus defectos, y debemos decir de la señora Prig que, si había alguna mácula en la perfección de su carácter, era su costumbre de no dedicar todas sus inclinaciones ácidas y cortantes a sus pacientes (como habría hecho una mujer amable de verdad), sino reservar una parte considerable para sus amigos. El salmón en escabeche y la lechuga con vinagre tal vez contribuyesen, al tratarse de alimentos con cierta acidez, a destacar ese defecto de la señora Prig; y desde luego destacó cada vez que hizo uso de la tetera, pues hasta sus amigos decían a menudo de ella que era más contradictoria cuanto más se elevaba. Es cierto que su rostro se volvió más desdeñoso y desafiante, y que se sentó con los brazos cruzados y un ojo cerrado en una actitud algo ofensiva, en tanto que discreta e inteligente.

La señora Gamp se dio cuenta y juzgó necesario dejar claro a la señora Prig cuál era su sitio y que comprendiera su exacta posición social y sus obligaciones consigo misma. Así que se dispuso a darle los detalles a la señora Prig dándose más importancia y con más condescendencia si cabe.

—El señor Chuffey, Betsey —dijo la señora Gamp—, no está muy bien de la cabeza. Disculpa que te haga la observación de que podría no estar tan mal como la gente cree, y de que es imposible que la gente crea que está tan mal como pretende, y lo que sé lo sé; y lo que tú no sabes no lo sabes; conque no me preguntes, Betsey. Pero los amigos del señor Chuffey se han propuesto cuidar de él y me han dicho: «Señora Gamp, ¿está dispuesta a hacerse cargo? No podríamos confiárselo a otra persona que no fuese usted, pues, Sarah, es usted como oro probado en el horno<sup>[133]</sup>. ¿Está dispuesta a hacerse cargo de él, al precio que usted diga, día y noche?». «No —les he respondido—. No cuenten con ello. Hay sólo una persona en el mundo a quien cuidaría en esas condiciones, y se llama Harris. Pero, tengo una amiga, llamada Betsey Prig, a quien puedo recomendar y que estará dispuesta a ayudarme. Betsey es de confianza, siempre que yo la supervise, y seguirá todas mis indicaciones».

La señora Prig, sin rebajar lo más mínimo sus modales ofensivos, volvió a fingir que estaba distraída y alargó el brazo hacia la tetera. Era más de lo que la señora Gamp podía soportar. Detuvo la mano de la señora Prig con la suya y le dijo con mucha vehemencia:

—¡No, Betsey! Hagas lo que hagas, bebe con moderación.

La señora Prig, frustrada en sus intenciones, volvió a desplomarse en la silla y, cerrando el mismo ojo de manera más enfática y cruzando los brazos con más fuerza, movió la cabeza de un lado al otro mientras contemplaba a su amiga con una sonrisa desdeñosa. La señora Gamp prosiguió:

—La señora Harris, Betsey...

—Y ¡dale con la señora Harris! —dijo Betsey Prig. La señora Gamp la miró con sorpresa, incredulidad e indignación; cuando la señora Prig, cerrando todavía más el ojo y cruzándose de brazos aún con más fuerza, soltó estas palabras tremendas y memorables—: ¡No creo que exista esa persona!

Después de expresar semejante opinión, se inclinó hacia delante y chasqueó los dedos, una, dos y tres ocasiones, cada vez más cerca del rostro de la señora Gamp, y luego se puso en pie para ponerse el gorro, como dando a entender que se había abierto un abismo entre las dos que no podría salvar ningún puente.

La conmoción causada por este golpe fue tan violenta y repentina que la señora Gamp se quedó con la mirada perdida y la boca abierta como si le faltara el aliento, hasta que Betsey Prig terminó de ponerse el gorro y el chal, y se tapó con él el cuello. Entonces la señora Gamp se puso en pie —moral y físicamente— y le espetó:

—¡Cómo, criatura indigna! ¿Acaso he tratado treinta y cinco años a la señora Harris para que me digas ahora que no existe? ¿He sido su amiga pese a tantas *visicitudes*, grandes y pequeñas, para llegar a esto, cuando has tenido delante todo el tiempo su dulce retrato, para poner en evidencia tus palabras y tu fanfarronería? Pero no me extraña que pongas en duda su existencia, pues ella no se dignaría ni mirarte, y siempre que le he hablado de ti, como, y no sabes lo que me arrepiento, he hecho muchas veces, me ha dicho: «¿Cómo se te ocurre ponerte a su nivel, Sarah Gamp?». ¡Vete de aquí!

—Me estoy yendo, ¿no? —dijo la señora Prig, deteniéndose al decirlo.

—Más te vale —dijo la señora Gamp.

—¿Sabes con quién estás hablando? —preguntó su visitante.

—*Aparentemente* —dijo la señora Gamp, mirándola con desprecio de pies a cabeza—, con Betsey Prig. *Aparentemente* es la que yo conozco. Nadie te conoce mejor. ¡Fuera, fuera!

—¡La que iba a supervisarme a mí! —gritó la señora Prig mirando a su vez de pies a cabeza a la señora Gamp—. ¡Tú! ¡Qué amable! ¡El diablo se lleve tus impertinencias! —dijo la señora Prig, con un rápido cambio de la burla a la ferocidad—. Hasta ahí podíamos llegar.

—Vete de una vez. ¡Vergüenza debería darte!

—¡Más te valdría avergonzarse de ti misma! —dijo la señora Prig—. ¡Tú y tus Chuffey! ¡Como si el pobre viejo no estuviera ya lo bastante loco! ¡Ja!

—Sin duda lo estaría si te viera a ti —dijo la señora Gamp.



—Y por eso me necesitabas, ¿verdad? —exclamó en tono triunfal la señora Prig—. Sí. Te ha salido mal la jugada. No pienso acercarme a él. Veremos cómo te las apañas sin mí. No pienso acercarme a él.

—¡Tanto mejor! —dijo la señora Gamp—. ¡Vete de una vez!

No pudo asistir a la marcha de la señora Prig de la habitación, a pesar de haber expresado su deseo de presenciarla, pues dicha señora, en su sulfurada despedida, entró en contacto con la cama y derribó las manzanas reinetas de las que hemos hablado antes, y tres o cuatro cayeron sobre la cabeza de la señora Gamp con tanta fuerza que, cuando se recobró de esta ducha de madera, su amiga ya se había ido.

No obstante, tuvo la alegría de oír la voz profunda de Betsey proclamando sus agravios y su determinación de no acercarse siquiera al señor Chuffey mientras bajaba por las escaleras y por el pasillo, e incluso en Kingsgate Street. Y también de ver en su habitación, en lugar de a la señora Prig, al señor Sweedlepipe y a dos caballeros.

—¡Bendita sea! —exclamó el barbero—. ¿Qué ha pasado? ¡Menuda escandalera han organizado, señora Gamp! ¡Estos dos caballeros llevan un buen rato en las escaleras, al otro lado de la puerta, intentando hacerse oír, mientras ustedes se decían de todo! Van ustedes a matar al pobre camachuelo<sup>[134]</sup> de la entrada que saca su propia agua. Está tan asustado que ha sacado más agua de la que podría beber en un año. ¡Ha debido de pensar que había un incendio!

Entretanto, la señora Gamp se había desplomado en la silla, desde donde, volviendo los ojos llorosos y entrelazando las manos, pronunció la siguiente lamentación:

—¡Ay, señor Sweedlepipe, y también el señor Westlock, si mis ojos no me engañan, y un amigo a quien no tengo el placer de conocer!, ¡nadie sabe lo que he tenido que aguantar de Betsey Prig esta bendita noche! Si me hubiese insultado por culpa del alcohol, que me pareció oler en su aliento cuando llegó, aunque no quise creerlo porque no estoy acostumbrada —la señora Gamp, dicho sea de paso, estaba bastante ebria, y la fragancia de la tetera impregnaba la habitación—, lo habría aguantado. Pero ni el cordero más inocente podría perdonar lo que dijo de la señora Harris. ¡No, Betsey —añadió, en un violento arrebató—, ni siquiera los gusanos lo olvidarán!

El barbero se rascó la cabeza, la movió de un lado al otro, miró la tetera, y salió poco a poco de la habitación. John Westlock cogió una silla y se sentó a un lado de la señora Gamp. Martin se puso a los pies de la cama y se apoyó en la otra.

—Imagino que querrá usted conocer el motivo de nuestra visita —observó John—. Se lo diré enseguida, en cuanto se haya recuperado

usted. No es tan apremiante que no podamos esperar unos minutos.  
¿Cómo se encuentra? ¿Mejor?

La señora Gamp vertió unas cuantas lágrimas más, movió la cabeza, y pronunció débilmente el nombre de la señora Harris.

—Tome un poco de... —John no supo cómo llamarlo.

—Té —sugirió Martin.

—No es té —dijo la señora Gamp.

—Es una medicina, supongo —exclamó John—. Beba un poco.

Consiguieron que bebiera un vaso lleno.

—A condición —observó con energía— de que Betsey no vuelva a trabajar conmigo.

—Desde luego —dijo John—. Jamás dejaré que me atienda a mí.

—Y pensar —añadió la señora Gamp— que me ayudó a cuidar a ese amigo suyo y estuvo a punto de oír cosas que... ¡ay!

John miró a Martin.

—Sí —dijo—, tuvimos mucha suerte, señora Gamp.

—¡Mucha! —replicó ella—. Si no me hubiese ocupado yo de las noches y ella del turno del día, habría oído sus desvaríos. ¡Vete a saber lo que habría dicho y hecho, de haber sabido lo que yo sé, esa pérfida miserable! ¡Ay, Dios mío! —añadió, dando patadas en el suelo, ya que no tenía a mano a la señora Prig—, y ¡que haya tenido que oír de labios de esa mujer lo que ha dicho de la señora Harris!

—No se preocupe —dijo John—. Usted sabe que no es cierto.

—¡Que no es cierto! —gritó la señora Gamp—. ¡Cierto! Como si no supiera yo que esa dulce mujer me está esperando en este mismo *estante*, señor Westlock, asomada a la ventana de la calle, con el pequeño Tommy Harris en brazos, que me llama *agüelita*, y no le falta razón, ¡benditas sean las piernecitas de ese niño!, pues (como dice su propio padre, Canterbury Brown) lo soy desde que lo encontré, señor Westlock, con el zapatito rojo de estambre *atagantado* en el gznate, mientras jugaba, y lo buscaban por toda la casa ¡y él *atagantado* en el salón! ¡Ah, Betsey Prig, cuánta maldad has demostrado esta noche, pero nunca volverás a oscurecer el umbral de Sarah, bicha traicionera!

—¡Con lo buena que ha sido usted siempre con ella! —dijo John para consolarla.

—Eso es lo peor, lo que más me duele, señor Westlock —replicó la señora Gamp, alzando inconscientemente el vaso, mientras Martin se lo llenaba.

—¡La eligió para cuidar de Lewsome! —dijo John—. Y ¡de Chuffey!

—La elegí una vez, pero ¡nunca más! —gritó la señora Gamp—. ¡Jamás volveré a trabajar con Betsey Prig, señor!

—No, no —coincidió John—. Hará usted muy bien.

—No sé cómo he podido hacerlo, señor —replicó ella, con la solemnidad característica de cierto grado de ebriedad—. Ahora que esa criatura se ha quitado la *marca* —la señora Gamp quería decir la máscara— de la cara, la verdad es que no lo sé. Las familias tienen razones para guardar en secreto ciertas cosas, y para confiárselas sólo a personas de confianza. ¿Quién podría confiar en Betsey Prig, después de lo que ha dicho de la señora Harris? Ahí, sentada en esa misma silla, delante de mis narices.

—Muy cierto —dijo John—, mucho. Espero que le dé tiempo a encontrar otra ayudante, señora Gamp.

Entre la indignación y la tetera, el entendimiento de la señora Gamp empezaba a disminuir. Miró a John con ojos llorosos, murmuró como si fuese un talismán contra todos los pesares terrenales el nombre que había denigrado la señora Prig y pareció quedarse en blanco.

—Espero —repitió John— que le dé tiempo a encontrar otra ayudante.

—Apenas si lo hay —dijo la señora Gamp, alzando la lánguida mirada y apretándole la muñeca del señor Westlock con el afecto de una matrona—. Mañana por la tarde, señor, tengo que atender a su amigo. El señor Chuzzlewit me dijo entre las nueve y las diez.

—Entre las nueve y las diez —repitió John, echándole una elocuente mirada a Martin—. Así el señor Chuffey estará bien cuidado, ¿eh?

—Necesita cuidados, se lo digo yo —replicó la señora Gamp, con aire misterioso—. No soy la única que ha tenido la suerte de librarse de Betsey Prig. ¡O poco conozco a esa mujer o seguro que se le habría escapado!

—¿El señor Chuffey? —dijo John.

—¿Él? —replicó la señora Gamp—. ¡Oh! —acentuó la marcada ironía de su respuesta con un lento movimiento de cabeza, y un movimiento aún más lento de las comisuras de los labios. Luego añadió con mucha educación, después de quedarse traspuesta un momento—: Pero les estoy entreteniendo, caballeros, y el tiempo apremia.

Mezclando la fantasía de la tetera, que le inspiraba la idea de que sus dos visitantes querían que los acompañase a alguna parte cuanto antes, con la astuta intuición de que no debía hacer más alusiones al asunto sobre el que había estado divagando, la señora Gamp se puso en pie, guardó la tetera en su sitio de costumbre, cerró muy solemne con llave el armarito y procedió a vestirse para una visita profesional.

Estos preparativos se completaron con suma facilidad, pues únicamente requerían ponerse el gorro cubierto de rapé, el chal cubierto de rapé, los zuecos y el indispensable paraguas, sin el que no parecía haber posibilidad alguna de atender ni la llegada de nadie a este mundo ni su partida. Cuando la señora Gamp terminó de revestirse con esos apéndices volvió a sentarse en la silla y declaró que estaba lista.

—Es una felicidad saber que una puede ayudar a esa pobre y dulce criatura —observó—. Seguro que sí. No es poco. Las torturas a las que le habría sometido Betsey Prig son espantosas.

Después de esta observación, cerró los ojos, movida por la conmiseración que le inspiraban los pacientes de Betsey, y olvidó volver a abrirlos hasta que se le cayó un zueco. Su sueño también se interrumpió, como el sueño fabuloso de fray Bacon<sup>[135]</sup>, por la caída del otro zueco y del paraguas, pero, una vez libre de estos estorbos, durmió pacíficamente.

Los dos jóvenes se miraron el uno al otro con expresión ridícula; y Martin, conteniendo la risa, le susurró a John Westlock al oído:

—¿Qué hacemos ahora?

—Quedarnos aquí —respondió.

Se oyó a la señora Gamp murmurar en sueños: «¡Señora Harris!».

—Ten por seguro —le susurró John, mirándola con cautela— que tú mismo interrogarás a ese viejo contable, aunque tengas que hacerte pasar por la mismísima señora Harris. En cualquier caso, gracias a esta disputa sabemos lo bastante para ponerla de nuestra parte; lo que demuestra el dicho de que, cuando los granujas discuten, la gente honrada sale ganando. Deja que Jonas Chuzzlewit cuide de sí mismo, y que ella duerma cuanto quiera. Conseguiremos nuestro propósito a su debido tiempo.

## **Capítulo L. Sorprende mucho a Tom Pinch, y muestra cómo intercambió ciertas confidencias con su hermana**

La noche siguiente Tom y su hermana estaban tomando el té, charlando con su calma de costumbre de muchas cosas, pero no de lo de Lewsome ni de nada que tuviese que ver con ese asunto, pues John Westlock — John, para ser tan joven, era una de las personas más consideradas del mundo— había recomendado con insistencia a Tom que no se lo contase aún a su hermana, para no preocuparla. «Y, Tom —había dicho con una leve duda—, ¡no querría ver una sombra en su rostro feliz, ni un pensamiento intranquilo en su dulce corazón, ni a cambio de todas las riquezas y honores del universo!» La verdad es que John era muy amable, extraordinariamente amable. Si hubiese sido su padre, decía Tom, no habría podido preocuparse más por ella.

Pero, aunque a Tom y a su hermana les gustaba mucho conversar, estaban menos animados y alegres de lo normal. Tom no reparó en que la causa era Ruth y dedujo que él estaba un poco apagado. Y la verdad es que lo estaba, pues la menor nube en el cielo de la imaginación de su hermana arrojaba su sombra sobre él.

Y esa noche una nube se cernía sobre la pequeña Ruth. Sí, así es. Cuando Tom miraba hacia otro sitio, los brillantes ojos de su hermana contemplaban su rostro, centelleaban aún más que de costumbre y luego volvían a apagarse. Cuando Tom callaba y contemplaba el tiempo veraniego que hacía fuera, ella hacía un rápido movimiento, como si fuese a saltarle al cuello, luego contenía el impulso y, cuando él se daba la vuelta, le sonreía y hablaba alegremente con él. Cuando tenía algo que darle o se le ocurría alguna excusa para acercársele, revoloteaba en torno a él, le ponía la tímida manita en el hombro, y se resistía a quitarla; y de ese modo demostraba que había algo en su corazón que estaba deseando decirle, por el gran amor que le profesaba, pero que no tenía el valor de expresarlo con palabras.

Así pues, cuando Martin llamó a la puerta, ella tenía delante su labor pero no estaba ocupada en ella, y Tom tenía un libro al lado pero no lo estaba leyendo. Imaginando quién sería, Tom fue a abrir, y en compañía de Martin volvió al salón. Tom pareció sorprendido, pues Martin no había dicho ni una palabra en respuesta a su cordial bienvenida.

Ruth también notó que había algo raro en los modales de su visitante, y alzó curiosa la mirada hacia el rostro de Tom, como en busca de una explicación. Tom movió la cabeza e hizo lo mismo con Martin.

Martin no se sentó, sino que asomó a la ventana. Al cabo de un momento se volvió para decir algo, pero enseguida volvió a apartar la vista sin decir nada.

—¿Qué ha sucedido, Martin? —preguntó preocupado Tom—. ¿Qué malas noticias traes, amigo mío?

—¡Ay, Tom! —replicó Martin, en un tono de profundo reproche—. Oírte fingir ese interés por todo lo que me ocurre me duele incluso más que tu comportamiento egoísta.

—¡Mi comportamiento egoísta! ¡Martin! Mi... —Tom no pudo decir más.

—¿Cómo has podido, Tom, dejar que te agradeciese tu amistad con tanto fervor y sinceridad, y no decirme, como un hombre, que me habías abandonado? ¿Te parece sincero? ¿Te parece honrado? ¿Te parece digno de lo que eras antes, de lo que me consta que fuiste, tentarme así, cuando te habías revuelto contra mí, para que te abriera mi corazón? ¡Ay, Tom!

Su tono parecía tan ofendido y apenado por la pérdida de un amigo en el que había confiado, expresaba tanto el cariño que había sentido por él, y la tristeza y la compasión por su supuesta falta de lealtad, que Tom, por un momento, se tapó la cara con la mano, y fue tan incapaz de justificarse como si fuera un monstruo del engaño y la falsedad.

—Así me muera —continuó Martin—, si no lamento la pérdida de lo que creí que eras; y te aseguro que no me enfado al recordar lo que me has hecho. Sólo en un momento así, y después de semejante descubrimiento, conocemos el verdadero alcance de nuestro interés. Y te juro que, por poco que lo demostrara, por poco que sé que lo demostré, que, incluso cuando en menos te tenía, te apreciaba como a un hermano.

Para entonces Tom ya había recobrado la compostura, y parecía la Verdad encarnada, aunque con ropa de andar por casa —la Verdad, ¡gracias a Dios!, muchas veces lleva ropa de andar por casa—, cuando respondió a Martin:

—Martin —dijo—, no sé qué te ronda por la cabeza, ni quién te ha engañado, ni qué medios tan extraordinarios habrá utilizado. Pero esos medios son falsos. No hay nada de cierto en tu impresión. Es un engaño de principio a fin, y te advierto de que lamentarás muchísimo el daño que me haces. Puedo decir honradamente que he sido sincero contigo, y conmigo. Lamentarás mucho esto. De verdad que sí, Martin.

—Lo lamento —replicó Martin, moviendo la cabeza—. Hasta ahora, no había sabido lo que era lamentar algo de corazón.

—Si hubiese sido siempre eso de lo que me acusas ahora —dijo Tom— y nunca hubiese tenido tu aprecio, sino que siempre me hubieses despreciado, y me lo tuviera bien merecido, me dirías qué es lo que has descubierto y en qué te basas para acusarme de haberte traicionado. No te pido, por tanto, que me lo digas para hacerme un favor, Martin, sino que te lo exijo porque estoy en mi derecho.

—Mis propios ojos son testigos —replicó Martin—. ¿He de creerles?

—No —dijo con calma Tom—. No, si me acusan.

—Tus propias palabras. Tu forma de actuar —prosiguió Martin—. ¿He de creerlas?

—No —replicó Tom con mucha calma—. No, si me acusan. Pero nunca me han acusado. Quien las haya manipulado para que lo parezca me ha agraviado casi con tanta crueldad —y aquí estuvo a punto de perder la calma— como tú.

—He venido —dijo Martin— y le pido a tu hermana que me escuche...

—A ella no —le interrumpió Tom—. Por favor, no se lo pidas a ella. Nunca te creerá.

La cogió del brazo al decirlo.

—¿Creerlo yo, Tom?

—No, no —gritó Tom—, claro que no. Es lo que he dicho. Vamos, vamos. ¡No seas tonta!

—Nunca he pretendido —dijo apresuradamente Martin— pedirle que se ponga usted en contra de su hermano. No piense que soy tan malo ni que tengo tan poca hombría. Sólo quiero que oiga lo que tengo que decir, no he venido para reprocharle nada, no quiero desahogarme, sólo lamentarme. No podría usted conocer la amargura de mi pesar, sin saber lo mucho que he pensado en Tom, lo a menudo que en circunstancias casi desesperadas he deseado apreciar su amistad y hasta qué punto he creído y confiado en él.

—Tonterías —dijo John, interrumpiéndola cuando estaba a punto de hablar—. Se equivoca. Se engaña. ¿Qué más te da a ti? Seguro que al final entra en razón.

—¡Que el cielo bendiga el día en que eso ocurra —gritó Martin—, si es que es posible!

—¡Amén! —dijo Tom—. Así será.

Martin hizo una pausa, y luego dijo con voz aún más dulce:

—Has hecho tu elección, Tom, y nuestra marcha será un alivio para ti. No me voy con enfado. No hay resentimiento por mi parte...

—Ni por la mía —dijo Tom.

—... sólo lo que has hecho, y lo que te has esforzado por hacer. Lo repito: ha sido tu elección. Has optado por lo mismo que casi cualquier otro en tu lugar, pero no lo esperaba de ti. Tal vez debería culpar más a mi juicio que a ti. De un lado hay riqueza y favores y del otro la amistad inútil de un hombre arruinado y abandonado. Eras libre de hacer tu elección, y la hiciste; y escoger no era difícil. Pero quienes no tienen la valentía de resistir esas tentaciones deberían tenerla para confesar que no han podido resistirse, y de eso sí te culpo, Tom; me ofreciste un recibimiento caluroso, me animaste a ser franco y hablar con claridad, me tentaste a confiar en ti y dijiste que estabas de mi parte cuando en realidad te habías vendido a otros. No creo —dijo Martin muy emocionado—, y te lo digo de corazón, no puedo creer, Tom, ahora que estoy cara a cara contigo, que quisieras hacerme daño, ni aun si no hubiese descubierto por casualidad para quién trabajas. Pero habría sido un estorbo; te habría obligado a seguir mintiendo; habría puesto en peligro el favor por el que has pagado tan alto precio al malvender tu antiguo ser; y es mejor para ambos que haya descubierto lo que tanto deseabas guardar en secreto.

—Sé justo —dijo Tom, que no había apartado su amable mirada del rostro de Martin desde el inicio de su alocución—, se justo incluso en la injusticia, Martin. Olvidas una cosa. ¡Todavía no me has dicho de qué me acusas!

—Y ¿para qué? —replicó Martin, haciendo un gesto con la mano y yéndose hacia la puerta—. No podrías saberlo mejor si te lo dijera y, aunque en realidad no empeoraría nada, a mí me lo parecería. No, Tom, lo hecho, hecho está. Me despido de ti, en este momento y lugar, en el que te muestras tan bueno y amable, con la misma cordialidad, aunque no con tanta alegría, que te he demostrado siempre desde que nos conocimos. ¡Ojalá te vaya bien, Tom! Yo...

—¿Vas a despedirte sin más? No puedes hacer eso...

—Yo... tú... ¡tú has hecho tu elección, Tom! Espero que fuese una decisión precipitada —dijo con la voz entrecortada Martin—. ¡Estoy seguro de que lo fue! ¡Adiós!



Y se marchó.

Tom acompañó a su hermanita a la silla, y se sentó en la suya. Sacó su libro y leyó, o hizo como si leyese. Por fin, dijo en voz alta mientras pasaba una página:

—Lamentará mucho esto. —Y una lágrima corrió por su mejilla y cayó sobre la página.

Ruth se arrodilló a su lado, y le pasó los brazos por el cuello.

—¡No, Tom! ¡No, no! ¡Consuélate! ¡Querido Tom!

—Estoy bien —dijo Tom—. Esto se aclarará.

—¡Con qué crueldad te lo pagan! —exclamó Ruth.

—No, no —dijo Tom—. Él lo cree de verdad. No sé por qué. Pero se aclarará.

Ella se acercó aún más a él, y lloró como si fuese a partírsele el corazón.

—No. No —dijo Tom—. ¿Por qué ocultas el rostro, cariño?

Luego con un estallido de lágrimas, todo salió por fin a la luz.

—¡Ay, Tom, Tom! Sé lo que ocultas en tu corazón. Lo he descubierto. No puedes ocultarme la verdad. ¿Por qué no me lo contaste? ¡Estoy segura de que podría haberte consolado! ¡La quieres tanto, Tom! —Tom movió la mano como para apartar a su hermana de su lado, pero luego la entrelazó con la de ella y toda su pequeña historia quedó escrita en ese gesto. Toda su patética elocuencia quedó resumida en ese contacto silencioso—. Y a pesar de eso —dijo Ruth—, has sido tan fiel y tan bueno; a pesar de eso has sido tan sincero y abnegado, y has luchado tanto contigo mismo; a pesar de eso has sido bueno y amable, y tan moderado que nunca te he visto una mirada de impaciencia ni te he oído una palabra irritada. Y a pesar de eso se han equivocado cruelmente contigo. ¡Ay, Tom, Tom, se han equivocado cruelmente! ¡Ay, Tom, Tom, a quien quiero como no podría querer a ningún otro hermano! ¿También eso se aclarará? ¿Eso crees, Tom? ¿Siempre llevarás esa tristeza en tu pecho, tú, que tanto mereces ser feliz, o hay alguna esperanza?

Y siguió sin mirar a Tom y se abrazó a su cuello y lloró por él, y vertió su alma y su corazón de mujer en el alivio y el dolor de esta revelación.

Poco después estaban los dos sentados el uno al lado del otro, y ella miraba con callada seriedad el rostro de Tom. Luego este le habló alegre, pero con seriedad:

—Me alegro mucho de que haya ocurrido esto. No porque me dé pruebas de tu cariño (del que ya estaba seguro antes), sino porque me quita un gran peso de encima. —Sus ojos brillaron cuando habló de su cariño, y la besó en la mejilla—. Mi niña —dijo—, sea lo que sea lo que siento por ella —los dos parecían evitar su nombre como de común acuerdo— hace mucho tiempo, casi podría decir que desde el principio,

que lo considero como un sueño. Algo que podría haber ocurrido en circunstancias muy diferentes, pero que no sucederá. Y ahora dime. ¿Crees que tú podrías haberlo arreglado? —Ella le echó una mirada tan elocuente que se vio obligado a aceptarla por respuesta, tanto si quería como si no, y a proseguir—: Está comprometida con Martin por su propia elección y libre consentimiento; y lo estaba mucho antes de que ninguno de los dos supiera de mi existencia. ¿Querías que se hubiese comprometido conmigo?

—Sí —respondió ella sin dudar.

—Sí —replicó Tom—, pero eso habría sido estropearlo, no arreglarlo. ¿Crees —dijo Tom con una sonrisa solemne— que incluso si ella no lo hubiese conocido, habría podido enamorarse de mí?

—Y ¿por qué no, Tom?

Tom movió la cabeza y volvió a sonreír.

—Piensas en mí, Ruth —dijo Tom—, y es natural que lo hagas, como en un personaje de un libro, y crees que sería una especie de justicia poética que, por uno u otro medio absurdo, llegase a casarme con la persona a quien amo. Pero hay una justicia mucho más elevada que la justicia poética, hermanita, que no organiza los acontecimientos por ese mismo principio. Por eso los que leen historias de héroes en los libros, y deciden ser un héroe de libro, se creen en su derecho de estar descontentos, y de ser malhumorados y misantrópicos, y tal vez un poco blasfemos: porque no pueden hacer que todo suceda a su gusto. ¿Acaso quieres que me convierta en una de esas personas?

—No, Tom. Pero aun así sé —añadió con timidez— que para ti es un motivo de pesar, por más que te esfuerces en disimularlo.

Tom pensó en discutirse. Pero habría sido una locura, y cambió de idea.

—Cariño —dijo Tom—, corresponderé a tu afecto con la verdad y nada más que la verdad. Lo es. He podido comprobarlo varias veces, aunque siempre he intentado evitarlo. Pero alguien a quien adoras puede morir y tú soñar que estás en el cielo con el espíritu del que se fue, y descubrir al despertar a la vida que es una tristeza tan difícil de soportar como cuando te duermes. Me entristece contemplar mi sueño, aunque supe que era un sueño desde el primer momento, pero no puedo culpar a las realidades que me rodean. Son las mismas que fueron siempre. Mi hermana, mi dulce compañera, que hace que este sitio sea un lugar tan agradable, ¿está menos dedicada a mí que si nunca me hubiese inquietado esta visión? Mi viejo amigo John, que podría haberme recibido con desprecio y frialdad, ¿es menos cordial conmigo? El mundo que me rodea ¿es menos bueno por eso? ¿Tengo que decir palabras ásperas y parecer amargado y debe enfriarse mi corazón porque se haya cruzado en mi camino una criatura buena y bella, que, de no ser

por el pesar egoísta de no poder llamarla mía, podría hacerme, como todo lo bueno y bello, mejor y más feliz? No, mi querida hermana. No — dijo resuelto Tom—. Al recordar todo lo que me procura felicidad, me cuesta llamarlo pesar, pero, sea lo que sea, doy gracias a Dios de que me vuelva más sensible a los afectos y los apegos y contribuya a calmarme de muchas maneras. No menos feliz. ¡No menos feliz, Ruth! — Su hermana no pudo hablar, pero lo quería tanto como merecía. Tanto como merecía—. Ella le abrirá los ojos a Martin —dijo Tom, con un brillo de orgullo— y esto (que sin duda está mal) se arreglará. Sé que nadie podrá convencerla de que le he traicionado. Ella lo arreglará, y él lo lamentará. Nuestro secreto, Ruth, no puede salir de aquí y debe vivir y morir con nosotros. Me cuesta creer que te lo haya confesado —dijo Tom con una sonrisa—, pero ¡cuánto me alegra que lo hayas descubierto!

Nunca habían dado un paseo tan agradable como el que dieron esa noche. Tom le contó todo con tanta libertad y sencillez, y tenía tantas ganas de corresponder a su ternura con total confianza que lo prolongaron mucho más de la hora acostumbrada, y siguieron hablando hasta tarde al volver a casa. Y, cuando se despidieron por la noche, había una expresión tan bella y tranquila en el rostro de Tom que ella no se resignó a dejar de verlo y volvió de puntillas a la puerta de su cuarto, se asomó y se quedó allí hasta que él la vio y, después de abrazarle una vez más, se marchó. Y en sus oraciones, y en su sueño —¡buenos momentos para recordar con tanto fervor, Tom!—, apareció sobre todo su nombre.

Cuando se quedó a solas, Tom meditó mucho en lo que había revelado su hermana, y se preguntó cómo habría llegado a saberlo. «Porque — pensó— he sido muy discreto. Ahora que veo lo mucho que me ha aliviado que lo sepa, comprendo con claridad que era estúpido e innecesario por mi parte; pero he tomado muchas precauciones para ocultárselo. Por supuesto, sabía que es inteligente y perspicaz y por eso he tenido aún más cuidado; pero no me lo esperaba. Estoy seguro de que para ella también ha sido una sorpresa. ¡Dios mío! ¡Qué ejemplo tan peculiar de perspicacia!» No podía quitárselo de la cabeza. Y ahí siguió cuando la apoyó en la almohada. «Cómo temblaba cuando empezó a decirme que lo sabía —pensó Tom, rememorando todos los detalles y circunstancias— y ¡cómo se ruborizó! Pero es natural. Muy natural. No es de extrañar».

Tom no reparó en hasta qué punto era natural. No imaginaba que había algo desde hacía poco en el corazón de Ruth que la había llevado a descubrir su secreto. ¡Ay, Tom! No entendía los susurros de la fuente del Temple, y eso que pasaba a diario por allí.

¿Cuándo se vio persona tan alegre y vivaracha como Ruth a la mañana siguiente? El golpecito que dio en la puerta de Tom y sus pasitos habrían sido música para él si no hubiese dicho nada. Pero anunció que era la mañana más luminosa que había visto nunca; y lo era; y aunque no lo hubiera sido a Tom se lo habría parecido gracias a ella.

Cuando bajó las escaleras, Ruth ya le había preparado el desayuno, y tenía preparado el gorro para dar su paseo matutino; y tantas novedades que Tom se quedó perplejo. Era como si se hubiese pasado la noche despierta recopilándolas para él. El señor Nadgett aún no había vuelto a casa, el pan había bajado un penique la barra, y su té estaba dos veces más cargado que la última vez, el marido de la lechera había salido del hospital, y el niño de rizados de la calle de enfrente se había perdido el día anterior, pero ya lo habían encontrado, ella iba a preparar varias conservas a toda prisa, y resulta que había encontrado una sartén que era la más indicada, y lo sabía todo del último libro que había llevado Tom a casa, aunque era un poco arduo de entender; y tenía tantas cosas que contarle que valía más que se terminase antes el desayuno. Luego se puso el gorro, guardó el té y el azúcar y metió las llaves en el ridículo, le enganchó, como de costumbre, una flor en la chaqueta a Tom y se dispuso a acompañarle, antes de que él pudiera darse cuenta siquiera de todos esos preparativos. Y, en suma, como dijo Tom con una confianza en sí mismo que equivalía a desafiar al mundo entero, nunca se vio mujer como ella.

Consiguió que Tom se pusiera locuaz. Era imposible resistírsele. Le hizo preguntas muy interesantes sobre libros, sobre la fecha de construcción de las iglesias, y sobre los órganos, y sobre el Temple y sobre cosas de todo tipo. De hecho iluminó tanto el paseo (y el corazón de Tom) que el Temple le pareció aburrido y solitario cuando se despidieron en la puerta.

«Supongo que hoy tampoco vendrá el amigo del señor Fips», pensó Tom mientras subía las escaleras.

Al menos no había llegado aún, porque la puerta estaba cerrada como de costumbre, y Tom la abrió con su llave. Había ordenado ya todos los libros, había cosido las páginas arrancadas, encolado los lomos rotos y sustituido los tejuelos viejos por otros nuevos. Todo estaba tan pulcro y ordenado que parecía un sitio distinto. Tom sintió cierto orgullo al ver el cambio, aunque no hubiese nadie para dar o no su aprobación.

Su ocupación ahora era pasar a limpio el borrador del catálogo, al que, como no había prisa, estaba dedicando más ingenio y pulcritud de los que había dedicado jamás a un mapa o plano en el taller del señor Pecksniff. Era una maravilla de catálogo, pues Tom a veces tenía la impresión de estar ganándose el dinero con demasiada facilidad y había decidido dedicar parte de su tiempo libre a este documento.

Así pues, pasó la mañana trabajando con plumas, reglas, compases, goma arábiga, lápiz y tinta negra y roja. Pensó mucho en Martin y en la conversación del día anterior, y se habría quedado más tranquilo de haber podido contársela a su amigo John y haberle pedido consejo. Pero, sabía lo mucho que se indignaría John, y pensó que privar a Martin de su ayuda en un momento así le perjudicaría mucho.

—Me lo callaré —dijo con un suspiro—. Me lo callaré.

Y volvió a poner manos a la obra, con más atención que nunca, con las plumas, la regla, la goma arábica, el lápiz y la tinta negra y roja, para olvidar el asunto.

Al cabo de una hora o más, oyó unos pasos en la entrada de la calle.

«¡Ah! —se dijo, mirando hacia la puerta—, no hace mucho tiempo esos pasos me habrían puesto a la expectativa. Pero ya no».

Los pasos subieron por las escaleras.

«Treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho —dijo Tom contando—. Y ahora te pararás. Nadie pasa del trigésimo octavo escalón».

La persona se detuvo, desde luego, pero sólo para tomar aliento; pues los pasos siguieron subiendo. Cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos y demás.

La puerta estaba abierta. Cuando avanzaron los pasos, Tom se volvió con inquietud e impaciencia hacia ella. Cuando una figura apareció en el rellano, se detuvo en el umbral y lo miró, él se levantó de la silla y casi creyó estar viendo a un aparecido.

El viejo Martin Chuzzlewit, el mismo a quien había dejado débil y senil en casa del señor Pecksniff.

¡El mismo! No, el mismo no, porque este anciano, aunque viejo, era fuerte y se apoyaba en su bastón con gesto vigoroso, mientras le indicaba a Tom con la otra mano que no hiciese ruido. Una mirada a su rostro decidido, a los ojos atentos, a la mano vigorosa sobre la empuñadura, al porte triunfal de la figura, y se hizo una luz tan deslumbrante que cegó a Tom.

—Lleva esperándome —dijo Martin— desde hace mucho.

—Me dijeron que la persona que me había contratado no tardaría en llegar —dijo Tom—, pero...

—Lo sé. Desconocía usted de quién se trataba. Fue mi deseo. Y me alegra ver que se ha respetado. Mi intención era venir mucho antes. Pensé que había llegado el momento. Creí que ya no podía averiguar nada más, ni peor, de él después de su partida. Pero me equivocaba. — Mientras hablaba se acercó a Tom, y lo cogió de la mano—. He vivido en su casa, Pinch, y lo he tenido adulándome días, semanas y meses. Usted lo sabe. He dejado que me utilizara como una herramienta. Usted lo sabe; me vio. He soportado diez mil veces más de lo que podría haber soportado de haber sido el viejo senil y desdichado que él creía. Usted lo sabe. Le ha visto declararse a Mary. Usted lo sabe; ¿quién mejor... quién

mejor, corazón sincero? He tenido su alma envilecida ante mis ojos día tras día y no me he delatado ni una sola vez. Jamás habría podido soportar esa tortura si no hubiera pensado en este día. —Interrumpió la vehemencia de su discurso, si es que puede llamarse así, pues hablaba con mucha firmeza y resolución, para apretarle la mano a Tom. Luego dijo emocionado—: Cierre la puerta, cierre la puerta. No tardará en llegar, pero tal vez se adelante. El tiempo apremia —dijo el anciano a toda prisa, con los ojos y el rostro iluminados mientras hablaba—. Es hora de ajustar cuentas. ¡No dejaré que muera ni que se ahorque, ni a cambio de millones de monedas de oro! ¡Cierre la puerta!

Tom así lo hizo, sin saber todavía muy bien si estaba despierto o soñaba.

## **Capítulo LI. Arroja una luz nueva y más brillante sobre el lugar muy oscuro; e incluye las secuelas del fin de la empresa del señor Jonas y su amigo**

Ya había caído la noche cuando llegó la hora de dejar al anciano contable con sus guardianas. Sumido en sus culpables distracciones, Jonas no lo había olvidado.

Que lo recordase formaba parte de su estado de ánimo culpable, pues de su persistencia en el plan dependía una de las precauciones por su propia seguridad. Un indicio, una palabra del anciano pronunciada en un momento así ante oídos atentos podía poner en marcha una cadena de sospechas que acabara destruyéndole. Su atención a cualquier medio que pudiera conducir al descubrimiento de su culpabilidad se agudizaba por la sensación de peligro que lo rodeaba. Con el asesinato en su alma, y las innumerables señales de alarma y terror que lo acosaban de día y de noche, habría vuelto a cometer el crimen si hubiese visto un camino seguro a lo lejos. Era parte de su castigo; parte de su culpa. El mismo crimen que sus miedos volvían insoportable, sus miedos le habrían impulsado a volver a cometerlo.

Pero tener cerca al anciano, según sus planes, serviría a su propósito. El plan era huir en cuanto se acallaran la primera señal de alarma y la primera sorpresa, y cuando pudiera intentarlo sin levantar inmediatas sospechas. Entretanto, estas mujeres lo harían callar; y, si se ponía locuaz, no se sorprenderían con facilidad. Conocían su oficio.

No había hablado por hablar cuando dijo que haría amordazar al anciano. Estaba decidido a asegurarse su silencio, y pensaba en el fin, no en los medios. Había sido brusco y cruel con él toda su vida, y la violencia, en su caso, le parecía natural.

—Haré que lo amordacen si habla, y que lo aten si intenta escribir —dijo Jonas mirándolo, pues se hallaban los dos solos—. Está loco de remate. ¡Haré lo que sea necesario!

Silencio.

¡Aún seguía escuchando! Hasta el más mínimo ruido. Llevaba escuchando desde entonces, y todavía no había llegado. El descubrimiento de lo de la compañía de seguros, la huida de Crimple y Bullamy con el botín, y mucho se temía que con su propio cheque, que no había encontrado en los bolsillos del asesinado, y que, junto con el dinero del señor Pecksniff, era probable que Montague hubiese enviado a alguno de esos fiables amigos para que la depositasen a buen recaudo en el banco; sus inmensas pérdidas, y el riesgo de tener que dar explicaciones como socio de la empresa quebrada... todo lo tenía



presente, pero no podía pararse a considerarlo. Era consciente de ello, y de la rabia, la desazón y la desesperación que acarreaba consigo; pero pensaba —él creía que de manera voluntaria— sólo en lo que más temía. En cuándo encontrarían el cadáver en el bosque.

Intentó —no había dejado de intentarlo— no ya olvidar que estaba allí, pues eso era imposible, pero sí dejar de fatigarse trazando vívidas imágenes en su imaginación, dejar de pasar sin hacer ruido por aquellos parajes, entre las hojas, acercándose más y más a través de un hueco de las ramas, y espantando a las mismísimas moscas que se habían posado en el cadáver como montones de arándanos maduros. Su cabeza no dejaba de pensar en el descubrimiento, y escuchaba con atención cualquier grito o chillido para ver si se había producido; escuchaba cuando alguien entraba o salía; observaba desde la ventana a la gente que pasaba por la calle, y desconfiaba de sus propias palabras. Y, cuanto más se concentraba en el descubrimiento, mayor era la fascinación de los demás por lo que yacía sólo en el bosque. No hacía más que enseñárselo, por así decirlo, a todas las criaturas que encontraba a su paso. «¡Mirad! ¿Lo sabíais? ¿Lo han encontrado? ¿Sospecháis de mí?» Si lo hubieran condenado a cargar con el cadáver en brazos, y a dejarlo a los pies de todo el mundo para que lo reconociesen, no habría estado más constantemente a su lado, ni habría sido la causa de una ocupación más monótona y deprimente, que la de su presente estado de ánimo.

Aun así no lo lamentaba. Lo que lo impulsaba no eran la contrición ni los remordimientos por lo que había hecho sino la preocupación por su propia seguridad. La vaga sensación de haber echado a perder su fortuna en la empresa asesina intensificaba su odio y sus ansias de venganza, y le hacía valorar más lo que había ganado. El hombre estaba muerto; nada podía deshacer eso. Al pensarlo experimentaba cierta sensación de triunfo.

Desde que cometió el crimen, había vigilado de cerca a Chuffey; únicamente lo había dejado solo cuando no había tenido otro remedio, y siempre el menor tiempo posible. Ahora estaban otra vez a solas. Había caído el crepúsculo, y la hora señalada estaba cada vez más cerca. Jonas iba y venía por la sala. El anciano estaba en su rincón de costumbre.

La menor circunstancia era un motivo de inquietud para el asesino y en esta ocasión lo intranquilizó la ausencia de su mujer, que había salido de casa a primera hora de la tarde y aún no había vuelto. El motivo no era la ternura, sino que temía que pudieran haberla engañado y tentado a decir algo que lo incriminase cuando se revelara la noticia. Que él supiese, su mujer podía haber llamado a la puerta de su cuarto, mientras se hallaba fuera, y haber descubierto su plan. ¡Maldita fuese! ¡Era típico de ella pasarse el día deambulando por la casa como un fantasma! ¿Dónde se habría metido ahora?

—Fue a ver a su buena amiga, la señora Todgers —dijo el anciano, cuando lo preguntó con una airada palabrota.

¡Sí! ¡Claro! Siempre se estaba escabullendo para ir con esa mujer a quien él no le era simpático. ¡Vete a saber qué diabólicos enredos se traerían entre manos! Mandaría a buscarla y que la trajesen a casa enseguida.

El anciano murmuró unas palabras y se levantó como si quisiera ir en persona, pero Jonas lo empujó a la silla con una expresión de impaciencia y envió a una criada a buscarla. Después de darle instrucciones empezó otra vez a ir de aquí para allá, y poco después volvió la criada, ya que la pensión estaba cerca y se había dado mucha prisa.

¡Bueno! ¿Dónde estaba? ¿La había traído?

No. Se había ido, hacía más de tres horas.

—¿Que se ha ido? ¿Sola?

La criada no lo había preguntado y había dado por supuesto que sí.

—¡Maldita sea tu estupidez! ¡Trae velas!

En cuanto salió del salón, el anciano, que lo había estado observando con atención desde que preguntó por su mujer, se le acercó de pronto.

—¡Suéltala! —gritó—. ¡Vamos! ¡Entrégamela! ¡Dime qué has hecho con ella! ¡Deprisa! No he prometido nada. Dime qué le has hecho.

Él lo sujetó por el cuello de la camisa, y tiró con fuerza.

—¡No te librarás de mí! —chilló el anciano—. Soy lo bastante fuerte para llamar a los vecinos, y lo haré si no la sueltas. ¡Entrégamela!

Jonas estaba tan consternado y abrumado por su conciencia que ni siquiera tuvo fuerzas para soltarle las manos al viejo y se quedó mirándolo en la oscuridad sin mover un dedo. Lo más que pudo hacer fue preguntarle qué quería decir.

—¡Averiguaré qué has hecho con ella! —dijo Chuffey—. Si le tocas un pelo de la cabeza responderás por ello. ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla! ¿Dónde está?

—¡Caramba, viejo loco! —dijo Jonas en voz baja y con los labios temblorosos—. ¿Qué ataque de demencia es este?

—¡Cómo no he de enloquecer viendo lo que he visto en esta casa! —gritó Chuffey—. ¿Dónde está mi antiguo patrón? ¿Dónde su único hijo a quien

acuné de niño en mis rodillas? ¿Dónde está ella, que fue la última, a quien he visto languidecer día a día y he oído llorar en el silencio de la noche? ¡Fue la última, la última de mis amigos! ¡Que Dios me ayude, ella fue la última!

Al ver que las lágrimas le corrían por las mejillas, Jonas reunió el valor suficiente para soltarle las manos y empujarlo antes de responder:

—¿No me has oído preguntar por ella? ¿No me has visto enviar a buscarla? ¿Cómo quieres que te dé lo que no tengo, idiota? Dios, te la daría encantado, si pudiera. ¡Bonita pareja haríais!

—Si le has hecho el menor daño —gritó Chuffey—, ¡te lo advierto! Soy viejo y senil, pero a veces conservo la memoria; y si le has hecho el menor daño...

—Que el diablo te lleve —le interrumpió Jonas, aún en tono contenido—, ¿qué daño iba a hacerle? Ignoro dónde está tanto como tú. Ojalá lo supiera. Espera a que vuelva a casa, y lo comprobarás; no puede tardar mucho. ¿Te bastará con eso?

—¡Te lo advierto! —exclamó el anciano—. ¡Ni un pelo, no le toques ni un solo pelo! No lo toleraré. Lo he... lo he... soportado demasiado tiempo, Jonas. Callo, pero... pero... puedo hablar. Puedo... puedo... puedo hablar —balbució mientras se arrastraba hasta su silla y le echaba una mirada amenazante pero débil.

«Así que puedes hablar, ¿eh? —pensó Jonas—. Bueno, bueno, pues habrá que ponerle remedio a eso. Menos mal que me he enterado a tiempo. Vale más prevenir que curar».

Había hecho un intento patético de intimidarlo y calmarlo al mismo tiempo, pero el anciano le inspiraba tanto temor que la frente se le había cubierto de sudor. Su extraño tono de voz y su nerviosismo habían expresado de sobra su temor, pero su rostro podría haberlo hecho sin ayuda cuando una vez más empezó a ir y venir mirándolo a la luz de las velas.

Se detuvo al lado de la ventana para pensar. Una de las tiendas de enfrente estaba iluminada; y el vendedor y un cliente leían un folleto en el mostrador. Al verlos volvió al instante a la ocupación que había olvidado. «¡Mirad! ¿Lo sabíais? ¿Lo han encontrado? ¿Sospecháis de mí?»

Una mano en la puerta.

—¿Quién está ahí?

—Buenas tardes —dijo la voz de la señora Gamp—, aunque hace *mucha* calor, lo cual, bendito sea, señor Chuzzlewit, es de esperar cuando los

pepinillos van a tres por dos peniques. ¿Cómo se encuentra esta noche el señor Chuffey?

La señora Gamp se quedó muy cerca de la puerta e hizo más reverencias de lo normal. No parecía ni la mitad de cómoda que de costumbre.

—Llévelo a su cuarto —dijo Jonas, acercándosele y hablándole al oído—. Esta noche delira... está como un cencerro. No se quede a hablar con él, vuelva a bajar.

—¡Pobrecillo! —gritó la señora Gamp, con extraña ternura—. Tiembla como un *azorado*.

—No me extraña —dijo Jonas—, después del ataque que ha sufrido. Lléveselo arriba.

Ella le estaba ayudando a levantarse.

—¡Aquí está mi anciano pajarillo! —decía, en un tono al mismo tiempo tranquilizador y animoso—. ¡Mi querido señor Chuffey! Vamos a su habitación, señor, y tumbese un rato en la cama; está usted temblando como si colgara de un hilo de alambre. ¡Así me gusta, venga con Sarah!

—¿Ha vuelto ya?

—No tardará ni un minuto —repuso la señora Gamp—. Venga con Sarah, señor Chuffey. ¡Venga con su Sarah!

La buena mujer no sabía a quién se refería al prometer ese rápido advenimiento de la persona por quien preguntaba el señor Chuffey, pero lo dijo para tranquilizarlo. Y causó efecto, pues el anciano permitió que se lo llevara y los dos salieron juntos del salón.

Jonas volvió a asomarse a la ventana. En la tienda de enfrente seguían leyendo el papel, y un tercer hombre se había acercado a leerlo también. ¿Qué podría interesarles tanto?

Pareció producirse una disputa o discusión entre ellos, porque los tres levantaron la vista del papel y uno de ellos, que había estado leyendo por encima del hombro de otro, retrocedió para explicar o ilustrar una acción con un gesto.

¡Horror! ¡Qué parecido al golpe que había asestado en el bosque!

Se apartó de la ventana como si le hubiesen golpeado a él. Se sentó vacilante en una silla y pensó en el cambio que había sufrido la señora Gamp y en su nueva ternura con el hombre que tenía a su cuidado. ¿Sería porque lo habían descubierto? ¿Porque lo sabía? ¿Porque sospechaba de él?

—El señor Chuffey ya está acostado —dijo la señora Gamp cuando volvió— y seguro que le sienta bien, señor Chuzzlewit, o a lo menos no le hará daño, ¡alégrese!

—Siéntese —respondió con aspereza Jonas— y hagamos cuentas. ¿Dónde está la otra mujer?

—La otra persona está con él ahora —respondió ella.

—Muy bien —dijo Jonas—. No se le puede dejar solo. Esta misma noche me ha agarrado de las solapas de la chaqueta como un perro rabioso. Por viejo y débil que sea, me ha costado apartarlo. Usted... ¡chis! No... no es nada. Usted me dijo el nombre de la otra mujer. Lo he olvidado.

—Le hablé de Betsey Prig —dijo la señora Gamp.

—Es de fiar, ¿no?

—¡Nada de eso! —dijo la señora Gamp—. Y no la he traído, señor Chuzzlewit. He traído a otra de la que seguro que quedará usted contento.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jonas.

La señora Gamp lo miró con un gesto extraño, sin responder a su pregunta, aunque parecía haberla entendido muy bien.

—¿Cómo se llama? —repitió Jonas.

—Harris —dijo la señora Gamp.

El esfuerzo con que la señora Gamp pronunció el nombre que, por lo general, siempre tenía en los labios fue extraordinario. Abrió la boca tres o cuatro veces antes de responder, y después se puso la mano en el costado y alzó la mirada como si fuese a desmayarse, pero sabiendo que padecía una dolencia interna que hacía que de vez en cuando necesitase unas gotitas de licor y que las molestias eran muy fuertes cuando no tenía a mano esa medicina, Jonas supuso que era víctima de uno de esos ataques.

—¡Bueno! —dijo con apresuramiento, consciente de que no podía seguir concentrando su atención en ese asunto—. Usted y ella se han organizado para cuidarle, ¿no?

La señora Gamp respondió que sí, y soltó en voz baja una de sus frases acostumbradas:

—Nos turnaremos, primero una y luego la otra —pero lo dijo con una voz tan trémula que se sintió obligada a añadir—: Esta noche tengo los nervios como cuerdas de violín.

Jonas dejó de escucharla. Luego añadió atropelladamente:

—No discutiremos las condiciones. Que sean las mismas de la vez pasada. No lo pierdan de vista, y que esté calladito. Hay que controlarlo. Esta noche se le ha metido en la cabeza que mi mujer ha muerto, y se me ha echado encima como si la hubiese matado yo. Es... es normal que los locos se regodeen en sus peores fantasías, ¿no?

La señora Gamp asintió con un breve gemido.

—Pues no lo pierda de vista, no vaya a hacer algún desastre en uno de sus ataques. No se fíe de él, porque cuando parece más racional es cuando dice las cosas más absurdas. Pero usted ya lo sabe. Traiga a la otra.

—¿A la otra persona, señor? —preguntó la señora Gamp.

—¡Sí! Vaya usted con él y envíeme a la otra. ¡Deprisa! Tengo cosas que hacer.

—Desea usted, señor Chuzzlewit —dijo ella con una especie de tembloroso graznido— ver a la otra persona, ¿no?

Pero el espantoso cambio que sufrió Jonas le dijo que ya había visto a la otra persona: antes de que la señora Gamp pudiera volverse hacia la puerta, la mano del viejo Martin la obligó a apartarse y detrás de él entraron Chuffey y John Westlock.

—Que nadie salga de la casa —dijo Martin—. Este hombre es el hijo de mi hermano. Mal conocido, mal educado y mal engendrado. ¡Si se mueve de donde está, o dice una palabra más alta que otra a cualquiera de los presentes, abra la ventana y pida ayuda!

—¿Qué derecho tiene usted de dar semejantes instrucciones en esta casa? —preguntó con voz desmayada Jonas.

—El que me dan tus malas obras. ¡Pase usted!

Una exclamación incontenible escapó de los labios de Jonas cuando Lewsome entró por la puerta. No fue un gemido, ni un grito, ni una palabra, sino algo totalmente distinto de nada que hubiesen oído quienes lo escucharon, y al mismo tiempo la más aguda y terrible expresión que podría haber inventado la naturaleza de lo que ocurría en su pecho culpable.

¡Para esto había cometido un asesinato! ¡Se había rodeado de peligros, de angustias y de temores innúmeros para esto! ¡Había ocultado su secreto en el bosque, lo había pisoteado contra la tierra ensangrentada y surgía cuando menos lo esperaba, a kilómetros y kilómetros de

distancia, conocido por muchos, en labios de un anciano que había recuperado la fuerza y el vigor como por milagro para proclamarlo!

Apoyó la mano en el respaldo de una silla y los miró. Era inútil intentar expresar desprecio o su habitual insolencia. Necesitaba la silla para sostenerse. Pero aun así lo intentó.

—Conozco a este individuo —dijo, tomando aliento con cada palabra y apuntando el dedo tembloroso hacia Lewsome—. Es el mayor mentiroso que conozco. ¿Qué es lo último que se ha inventado? ¡Ja, ja, ja! Y ¡vaya una pandilla! Caramba, mi tío chochea, está aún más senil que su hermano, mi padre, de viejo, o que el propio Chuffey. ¿Qué demonios pretenden —añadió, mirando con rabia a John Westlock y a Mark Tapley (este último había entrado a la vez que Lewsome)— al irrumpir así en mi casa con dos idiotas y un sinvergüenza? ¡Eh! ¡Abrid la puerta! ¡Echad de aquí a estos desconocidos!

—Le diré una cosa —exclamó adelantándose el señor Tapley—, si no fuese por su apellido, lo arrastraría yo mismo por las calles, y ¡con una sola mano! No se las dé de gallito conmigo. ¡No puede! Siga usted, señor —le dijo al viejo Martin—. ¡Ponga a este vagabundo asesino de rodillas! Si intenta organizar un escándalo, lo tendrá; pues tan seguro como que está temblando de pies a cabeza que haré tanto ruido por esa ventana que atraeré a medio Londres. ¡Siga, señor! Deje que me ponga a prueba y vea si soy o no hombre de palabra.

Con estas palabras, Mark se cruzó de brazos y se sentó al lado del alféizar de la ventana, con aire de estar dispuesto a cualquier cosa, tanto a saltar como a lanzar por ella a Jonas a la menor insinuación de que eso era lo que querían los demás.

El viejo Martin se volvió hacia Lewsome.

—Este es el hombre —dijo extendiendo el brazo hacia Jonas—, ¿no?

—Basta con mirarlo para saberlo o para comprobar que lo que he dicho es cierto —replicó—. Él es mi mejor testigo.

—¡Ay, hermano mío! —gritó el viejo Martin, entrelazando las manos y alzando la vista—. ¡Ay, hermano, hermano! ¡Fuimos tanto tiempo desconocidos el uno para el otro para que pudieras engendrar a un canalla como este, y yo pudiera convertir mi vida en un desierto marchitando todas las flores que brotaban a mi alrededor! Es el resultado lógico de tus preceptos y de los míos, que esta sea la criatura que criaste, educaste e instruiste, por la que acumulaste dinero y por la que luchaste, y yo el medio de castigarla, cuando nada puede reparar un pasado echado a perder. —Se sentó en una silla mientras hablaba, apartó la cara y guardó silencio un momento. Luego continuó, con energía renovada—: Pero la cosecha maldita de nuestras vidas desperdiciadas será pisoteada. Para eso no es demasiado tarde. Tienes delante a este hombre, monstruo; no para que te perdone, sino para que

se haga justicia. ¡Oye lo que tiene que decir! Responde, calla, contradice, repite, desafía, haz lo que te plazca. Mi respuesta será la misma. ¡Vamos! Y usted —le dijo a Chuffey—, por el amor de su antiguo amigo, ¡hable, buen hombre!

—¡He callado por el cariño que le tenía! —gritó el anciano—. ¡Él me lo pidió! Me obligó a prometérselo en su lecho de muerte. Jamás habría hablado, si ustedes no lo hubiesen descubierto. Lo he pensado mucho, no podía evitarlo, y a veces lo he visto todo como en un sueño, pero de día, no durmiendo. ¿Puede haber sueños así? —dijo, mirando angustiado a la cara al viejo Martin. Como este lo animó a seguir, escuchó con atención su voz y sonrió—. ¡Ah, sí! —gritó—. Muchas veces me habló así. Fuimos juntos a la escuela. No podía ponerme en contra de su hijo, entiéndame... su único hijo, señor Chuzzlewit.

—¡Ojalá Dios hubiese querido que su hijo fuera usted! —dijo Martin.

—Habla usted de un modo tan parecido a mi querido y antiguo patrón —gritó el anciano con una alegría infantil— que casi me parece estar oyéndole. Le oigo a usted igual que lo oía a él. Me devuelve a mi juventud. Jamás me habló mal, y yo siempre le entendí. También lo vi, aunque mi vista era ya débil. ¡Bueno, bueno! Está muerto, muerto. Fue muy bueno conmigo, mi querido y anciano patrón...

Movió la cabeza con pesar sobre la mano del hermano. En ese momento, Mark, que había estado asomado a la ventana, salió del salón.

—No podía volverme contra su único hijo, ya me entienden —dijo Chuffey—. Alguna vez casi me ha empujado a hacerlo, esta noche estuvo a punto. ¡Ah! —gritó el anciano, al recordar de pronto el motivo—. ¿Dónde está ella? ¡No ha vuelto a casa!

—¿Quiere decir su mujer? —preguntó el señor Chuzzlewit.

—Sí.

—La he sacado de aquí. Está bajo mi protección, y le ahorraré saber lo que está ocurriendo aquí. Ya ha sufrido suficiente, sin necesidad de añadir más.

Jonas oyó esto con desánimo. Sabía que le pisaban los talones, e intuyó que estaban decididos a empujarlo a su destrucción. Centímetro a centímetro el terreno que pisaba se iba volviendo resbaladizo; el círculo de ruina que lo rodeaba se cerraba cada vez más deprisa en torno al malvado centro que él ocupaba y acabaría aplastándolo.

Y ahora oía la voz de su cómplice, diciéndole a la cara todas las circunstancias de tiempo, lugar e incidente, y proclamando, sin tapujos, sin emoción y sin ocultar nada, toda la verdad. La verdad, que nada podría acallar, que la sangre no podría ahogar, ni la tierra esconder; la



verdad, cuya terrible inspiración parecía cambiar a los ancianos seniles en hombres fuertes; y sobre cuyas alas vengadoras, alguien de quien había supuesto que se hallaba en el más remoto rincón de la tierra había volado hasta él.

Intentó negarlo, pero no pudo mover la lengua. Concibió la idea desesperada de salir corriendo y huir por las calles, pero sus piernas respondieron tan poco a su voluntad como su rostro severo, rígido y lleno de espanto. Todo ese tiempo la voz siguió hablando despacio, acusándole. Era como si hasta la última gota de sangre derramada en el bosque hubiese encontrado una voz para mofarse de él.

Cuando calló, otra voz continuó el relato, pero de un modo extraño, pues el anciano contable, que había escuchado y observado todo el tiempo, y de vez en cuando se había retorcido las manos, como si supiera la verdad y pudiera confirmarla, les espetó estas palabras:

—¡No, no, no! Se equivocan, se equivocan... ¡Todos están equivocados! ¡Tengan paciencia, porque sólo yo conozco la verdad!

—¿Cómo es eso posible —dijo el hermano de su antiguo patrón— después de todo lo que ha oído? Usted mismo nos ha dicho hace un momento, en el piso de arriba, cuando le informé de la acusación que pendía sobre él, que sabía que era el asesino de su padre.

—¡Sí, sí! ¡Y lo fue! —gritó exaltado Chuffey—. Pero no como ustedes creen... no como ustedes creen. ¡Esperen! Denme un momento. Lo tengo todo aquí... ¡Está todo aquí! Fue una vileza, cruel y malvada; pero no como ustedes creen. ¡Esperen, esperen! —Se llevó las manos a la cabeza, como si le doliera. Después de mirar un momento a su alrededor con gesto vacío y extraviado, sus ojos se posaron en Jonas y se encendieron con una inteligencia y un recuerdo inesperados—. ¡Sí! —gritó el anciano Chuffey—, ¡sí! Así fue. Ahora lo veo. Él... él se levantó de la cama antes de morir, eso es, para decirle que le perdonaba, y bajó conmigo a esta sala; y cuando lo vio, a su único hijo, al hijo al que tanto quería, le fallaron las palabras y no pudo decir lo que sabía y sólo yo lo entendí. Pero lo hice, ¡lo hice!

El viejo Martin lo miró perplejo, y lo mismo hicieron sus acompañantes. La señora Gamp, que no había dicho nada aún, pero había dejado dos tercios de su persona detrás de la puerta dispuestos a escapar y un tercio dentro de la sala, preparado para ponerse de parte del más fuerte, se asomó un poco más y observó, con un sollozo, que el señor Chuffey era «el anciano más dulce que había visto».

—Compró el veneno —dijo Chuffey, alargando el brazo hacia Jonas, con el rostro iluminado por el fuego desacomunado que brillaba en su mirada—, compró el veneno, sin duda, como han oído, y lo trajo a casa. Lo mezcló, ¡mírenlo!, con unos caramelos que había en un frasco, igual que preparaba las pastillas para la tos de su padre, y los dejó en un cajón; en ese cajón de ahí, en el escritorio, ¡él sabe muy bien en cuál!

Los dejó allí bajo llave. Pero le faltó valor, o se conmovió... ¡Dios mío! ¡Espero que fuese lo segundo! ¡Era su único hijo!, y no los dejó donde siempre, donde mi patrón se los habría tomado veinte veces al día.

La figura estremecida del anciano tembló con las fuertes emociones que lo dominaban. Pero, con la misma luz en la mirada, y con el brazo extendido, con el pelo gris erizado, pareció aumentar de tamaño, como un hombre inspirado. Jonas se encogió al mirarlo, y se sentó acurrucado en la silla en la que se había apoyado. Era como si la espantosa verdad pudiese hacer hablar a los mudos.

—¡Lo sé todo! —gritó Chuffey—. ¡Todo! Los dejó en el cajón, como he dicho. Tantas veces lo abría y con tantas precauciones que su padre se percató y, aprovechando que había salido, me mandó abrirlo. Estábamos los dos, y descubrimos el veneno. Lo guardó y le quitó importancia; pero de noche vino a mi cuarto llorando y me dijo que su propio hijo planeaba envenenarlo. «¡Ay, Chuff! —me dijo— ¡Ay, mi querido y viejo Chuff! Esta noche he oído una voz que me decía que el culpable de su crimen soy yo. ¡Todo empezó cuando le enseñé a codiciar lo que tengo que dejar y a esperar el momento de hacerlo suyo!» Estas fueron sus palabras, sí, ¡sus palabras exactas! Si fue un hombre duro, lo fue por su único hijo. Quería a su único hijo. Y ¡siempre fue bueno conmigo! —Jonas lo escuchó con más atención. Empezaba a tener esperanza—. «No tendrá que esperar a mi muerte, Chuff», dijo después —prosiguió el anciano, secándose los ojos—, eso dijo, mientras lloraba como un niño. «No tendrá que esperar a mi muerte, Chuff. Se lo dejaré todo ahora; que se case con quien quiera, aunque a mí no me guste; y usted y yo nos iremos y viviremos con muy poco. Siempre le he querido; tal vez así él también me quiera. Es espantoso que mi propio hijo desee mi muerte. Pero tendría que haberlo sabido. He sembrado y ahora debo cosechar. Pensará que me he tomado esto, y cuando vea que lo lamenta, y tiene todo lo que quiere, le diré que lo he descubierto y que le perdono. Hará que su hijo sea alguien mejor, y ¡tal vez él también lo sea, Chuff!»

El pobre Chuffey hizo una pausa para volver a secarse los ojos. El viejo Martin se ocultó el rostro con las manos. Jonas escuchaba aún con más atención, y su pecho se hinchaba como un mar encrespado, pero con esperanza. Con creciente esperanza.

—Al día siguiente, mi querido patrón le hizo creer —dijo Chuffey— que había abierto el cajón por error con una llave del mazo que por casualidad encajaba (hicimos fabricar una y la añadimos) y que le había sorprendido encontrar un frasco de pastillas para la tos en él, pero que había supuesto que lo habían dejado allí porque lo habían encontrado abierto. Las quemamos, pero su hijo pensó que se las había tomado... Lo sabe. Una vez el señor Chuzzlewit para ponerle a prueba tuvo el valor de decir que tenían un sabor raro, y él se levantó y se marchó.

Jonas soltó una risa seca, cambió de postura para estar más cómodo y se cruzó de brazos sin mirarlos, aunque ahora se le veía la cara.

—El señor Chuzzlewit escribió a su padre, quiero decir, al padre de esa pobre desdichada que se casó con él —dijo Chuffey— y le pidió que viniera para preparar la boda. Pero su cabeza, como la mía, se extravió de tanto pesar y se le partió el corazón. Después del día que vino a verme por la noche ya no volvió a ser el mismo. Fueron sólo unos días, pero no había cambiado tanto en el doble de años. «¡Sálvele, Chuff!», dijo antes de morir. Fue lo único que pudo decir. «¡Sálvele, Chuff!», yo le prometí que lo haría. Lo he intentado. Es su único hijo.

Al recordar la última escena de la vida de su viejo amigo, la voz del pobre Chuffey, que había ido volviéndose cada vez más y más débil, le abandonó. Hizo un gesto con la mano, como dando a entender que Anthony la había tomado entre las suyas al morir, se apartó al rincón donde siempre rumiaba sus penas y guardó silencio.

Entonces Jonas pudo mirar a los demás, y con jactancia.

—¡Bueno! —dijo, después de una pausa—. ¿Están contentos? ¿O tienen algún otro complot del que acusarme? Ese tipo, Lewsome, puede inventarlos por docenas. ¿Ya está? ¿Nada más?

El viejo Martín le miró admirado.

—No sé, ni me importa, si es usted lo que parecía ser en casa de Pecksniff o alguna otra cosa y un saltimbanqui —dijo Jonas, bajando la vista con una sonrisa—, pero no lo quiero a usted en mi casa. Estuvo tantas veces cuando su hermano estaba vivo, y tanto le apreció (seguro que al ver esto habrían acabado a golpes) que no me extraña que le tenga cariño y que prefiera irse más tarde que pronto. En cuanto a mi mujer, viejo, devuélvame la cuanto antes o será peor para ella. ¡Ja, ja! Y ¡viene aquí dando órdenes...! Pero todavía no ahorcan a nadie por comprar un poco de veneno para sus asuntos y por que dos viejos seniles se lo roben y organicen un numerito. ¡Ja, ja! ¿Ve dónde está la puerta?

Su vil triunfo, que se debatía con su cobardía, su vergüenza y su culpa, era tan detestable que apartaron la mirada como si fuese un animal sucio y obscuro que repugnara a la vista. Y también en ese momento su último y siniestro crimen estaba empujándolo a la perdición. De no haber sido por eso, el relato del viejo contable habría podido conmoverlo, aunque fuera un poco; de no haber sido por eso, quitarse de pronto ese peso de encima habría obrado en él algún cambio saludable; incluso en su alivio y su triunfo había desesperación, una desesperación violenta, incontrolable e iracunda, por la inutilidad del peligro que había corrido, una desesperación que lo endurecía y enloquecía, y que le hacía rechinar los dientes incluso en un momento de exultación.

—¡Mi buen amigo! —dijo Martín, tirándole de la manga a Chuffey—. Este ya no es sitio para usted. Venga conmigo.

—¡Es usted igual que él! —gritó Chuffey, mirándolo a la cara—. Es casi como si el señor Chuzzlewit hubiese resucitado. ¡Sí! ¡Lléveme con usted! Pero espere, espere.

—¿A qué? —preguntó Martin.

—¡No puedo dejarla, pobrecilla! —dijo Chuffey—. Ha sido muy buena conmigo. No puedo dejarla, señor Chuzzlewit. Se lo agradezco de verdad. Me quedaré. Ya no duraré mucho, da igual.

Mientras movía con humildad la desdichada cabeza gris y le daba las gracias a Martin con estas palabras, la señora Gamp, que había entrado del todo en la sala, prorrumpió en lágrimas.

—¡Menos mal —dijo— que esta criatura tan buena y respetable no ha caído en las garras de Betsey Prig, como sin duda habría pasado de no haber sido por mí! ¡Los hechos son cabezotas y difíciles de cambiar!

—Ya me ha oído, viejo —le dijo Jonas a su tío—. No pienso dejar que siga manipulando a mis allegados, ni hombres ni mujeres. ¿Ve dónde está la puerta?

—¿La ve usted? —respondió la voz de Mark, que llegaba de esa dirección—. ¡Mírela!

Miró y sus ojos se quedaron fijos en ella. En el umbral fatídico y de mal agüero, maldito por los pasos de su padre en la hora de su muerte, maldito por los tristes pasos de su joven esposa, maldito por la sombra diaria de la figura del anciano contable, maldito por sus pisadas de asesino, ¡quiénes estaban en la puerta!

En primer lugar, Nadgett.

¡Escuchen! ¡Llegó rugiendo como las olas del océano! Los vendedores ambulantes lo anunciaron a voz en grito por toda la calle; las ventanas se abrieron para que pudieran oírlo los habitantes de las casas; la gente se detuvo a escuchar en la calzada y en la acera; las campanas —las mismísimas campanas— empezaron a tañer, doblando una y otra vez en una danza de ruidosa alegría al desenmascararlo (al menos eso creyeron oír sus pensamientos culpables) e hicieron que todo vibrara.

—Ese es —dijo Nadgett—. ¡El que está al lado de la ventana! —Entraron otros tres hombres, lo sujetaron y lo inmovilizaron. Todo ocurrió tan deprisa que no apartó la vista del informante ni por un momento, ni siquiera cuando le esposaron las muñecas—. Asesinato —dijo Nadgett mirando al atónito grupo—. Que nadie se entrometa.

El bullicio de la calle repitió: «Asesinato». Bárbaro y espantoso asesinato; asesinato, asesinato, asesinato, asesinato. Resonó de casa en

casa y el eco rebotó de un lado al otro, hasta que las voces se acallaron en el lejano murmullo, que pareció repetir la misma palabra.

Todos guardaron silencio: escucharon y se miraron unos a otros, hasta que se acalló el estrépito.

Martin fue el primero en hablar.

—¿Qué espantoso asunto es este? —preguntó.

—Pregúntele a él —dijo Nadgett—. Usted es su amigo, señor. Él se lo dirá, si quiere. Lo sabe mejor que yo, aunque yo sepa mucho.

—Y ¿cómo es que sabe usted tanto?

—Tanto tiempo vigilándolo no ha sido en balde —replicó Nadgett—. Nunca he vigilado a nadie tan de cerca como a él.

¡Otra de las formas fantasmagóricas de esta tremenda verdad! Otra de las muchas formas en que surgía de la nada a su alrededor. ¡Este hombre, de todos los hombres del mundo, lo había espiado, este hombre cambiaba de identidad, se despojaba de su personalidad tímida, miope y despistada y se transformaba en un enemigo vigilante! El muerto podría haberse levantado de la tumba y no le habría confundido y espantado tanto.

El juego había concluido. La carrera había llegado a su fin; la soga estaba anudada en torno a su cuello. Si por milagro lograba salir de este aprieto, bastaría con que volviera la vista y se metería en otro, vete a saber dónde, y allí hallaría a alguien dispuesto a vengarse, un niño convertido de pronto en adulto, un anciano rejuvenecido de repente, un ciego que habría recobrado la vista o un sordo capaz de oír. No había escapatoria. Se encogió contra la pared y, desde ese momento, renunció a toda esperanza.

—No soy su amigo, aunque tengo la deshonra de ser pariente suyo —dijo el señor Chuzzlewit—. Puede hablar conmigo. ¿Dónde lo ha vigilado y qué es lo que ha visto?

—Lo he vigilado en muchos sitios —replicó Nadgett—, de noche y de día. En los últimos tiempos, lo he vigilado casi sin descanso —su rostro tenso y sus ojos enrojecidos lo confirmaban—. Poco imaginaba adónde me conduciría esa vigilancia. ¡Tan poco como él, cuando se escabulló en plena noche con esa ropa que luego hundió en un hato tirándola desde el puente de Londres!

Jonas se movió como un hombre sometido a una tortura física. Con un gemido débil, igual que si lo hubiesen herido con un arma cruel, intentó soltarse las muñecas, como si, de haber tenido las manos libres, se hubiese despedazado.

—¡Quieto, pariente! —dijo el oficial que estaba al mando del grupo—. No se ponga violento.

—¿A quién llama usted pariente? —preguntó con severidad el viejo Martin.

—A usted —respondió—, y a otros.

Martin lo miró con detenimiento. El hombre se había sentado con desgana en una silla con los brazos apoyados en el respaldo y estaba comiendo nueces y tirando las cáscaras por la ventana después de cascarlas, y siguió haciéndolo mientras hablaba.

—¡Sí! —añadió con gesto sombrío—. Usted podrá renegar de sus sobrinos hasta el día que muera; pero Chevy Slyme seguirá siendo Chevy Slyme, aquí y donde sea. Tal vez le parezca una deshonra que alguien de su sangre ejerza este trabajo. Estoy en venta.

—¿Para lo que sea? —exclamó Martin—. Yo, yo, yo. ¡Aquí todo el mundo piensa únicamente en sí mismo!

—Pues más valdría que les ahorrara usted el esfuerzo a un par de personas y pensara en ellas —replicó su sobrino—. ¡Míreme! ¿Es capaz de ver a un miembro de su familia que tiene más talento en su dedo meñique que todos los demás juntos sin avergonzarse? Acepté este empleo a propósito para avergonzarle. Aunque no pensé que tendría que detener a alguien de la familia.

—Si sus malas costumbres, y las de los amigos que ha escogido, lo han rebajado a este nivel —le replicó el anciano—, siga así. Ahora lleva una vida honrada, o eso parece; y eso ya es algo.

—No sea tan duro con los amigos que he escogido —replicó Slyme—, porque a veces también fueron los suyos. No diga que no empleó usted a Tigg, porque me consta que sí. Discutimos por eso.

—Contraté a ese sujeto —replicó el señor Chuzzlewit—. Y le pagué.

—Hizo bien en pagarle —dijo su sobrino—, porque ahora es demasiado tarde. Ya ha cobrado el recibo completo; o más bien le han obligado a cobrarlo.

El anciano lo miró como si tuviese curiosidad por saber qué quería decir, pero se negara a proseguir la conversación.

—Siempre he imaginado que él y yo volveríamos a encontrarnos por algún negocio —dijo Slyme, sacando otro puñado de nueces del bolsillo—, pero pensé que lo reclamarían por estafa, nunca imaginé que me darían la orden de detener a su asesino.

—¡A su asesino! —exclamó el señor Chuzzlewit, mirando a uno y luego al otro.

—El suyo o el del señor Montague —intervino Nadgett—. Me han dicho que son la misma persona. Le acuso del asesinato del señor Montague, a quien encontraron muerto anoche en un bosque. Me preguntarán que por qué le acuso, igual que me han preguntado cómo es que sé tanto. Se lo diré. No puedo guardar el secreto mucho más tiempo. —La pasión que dominaba a ese hombre era ostensible incluso entonces por el tono quejoso con que lamentó la inminente publicidad de lo que sabía—. Ya le he dicho que le he vigilado —prosiguió—. Lo hice siguiendo las instrucciones del señor Montague, a cuyo servicio he estado una temporada. Teníamos nuestras sospechas y usted ya sabe adónde apuntaban, pues de eso estaban hablando mientras esperábamos fuera. Si quiere saber, ahora que todo ha terminado, qué fue lo que las despertó, se lo diré sin tapujos: una disputa (que llegó a nuestros oídos por una insinuación suya) entre Jonas y otra compañía en la que su padre había contratado un seguro de vida, y que manifestó tantas dudas y desconfianza a su muerte que su pariente llegó a un acuerdo y se contentó con la mitad del dinero. Poco a poco, fui descubriendo más circunstancias contra él, y no fueron pocas. Hizo falta un poco de paciencia, pero es mi especialidad. Encontré a la enfermera, ahí la tiene para confirmarlo; encontré al médico, encontré al empresario de pompas fúnebres y a su empleado. Conocí cuál había sido el comportamiento del anciano caballero aquí presente, el señor Chuffey, en el funeral; y averigüé lo que este hombre —añadió tocándole el brazo a Lewsome— había dicho cuando estaba enfermo. Investigué su comportamiento antes de la muerte de su padre y lo que había hecho después y lo anoté todo y llegué a reunir suficientes datos para que Montague lo acusara del crimen que (según creía él mismo hasta esta noche) había cometido. Fue entonces cuando ocurrió esto. Ya lo ven. Ahora aún es peor que antes.

¡Ay, desdichado, desdichado loco! ¡Ay, tortura insoportable y desgarrada! ¡Encontrar vivos y activos —una parte del todo— al cerebro y la mano derecha del secreto que había creído aplastar! ¡En quienes, aunque había emparedado al asesinado por arte de magia en una roca, la historia viviría y circularía por ahí! Jonas intentó taparse los oídos con las manos esposadas para no oír lo demás. Se encogió en el suelo y todos se apartaron de él como si su aliento fuese pestilente. Uno por uno se alejaron de esa parte de la sala, y lo dejaron sólo en el suelo. Incluso los que lo sujetaban se apartaron de él, y (todos menos Slyme, que seguía ocupado con sus nueces) guardaron las distancias.

—Desde la ventana de esa buhardilla de ahí enfrente —dijo Nadgett señalando la callejuela—, he vigilado la casa, y a él, día y noche. Desde la ventana de esa buhardilla lo vi volver a casa, solo, del viaje en el que partió con el señor Montague. Deduje que el señor Montague había conseguido su propósito y que podía relajar la vigilancia, aunque decidí no interrumpirla hasta que él me lo dijera. No obstante, esa misma noche, cuando oscureció, vi, desde el umbral de enfrente, a un

campesino que se escabullía de la casa por una puerta trasera y a quien nunca había visto entrar. Reconocí sus andares y supe que era él disfrazado. Me dispuse a seguirle enseguida. Lo perdí en la carretera del oeste, mientras viajaba en esa dirección.

Jonas lo miró un instante y murmuró una palabrota.

—Ignoraba lo que pretendía —dijo Nadgett—, pero había visto lo suficiente y decidí averiguarlo. Y lo hice. Pregunté en la casa y, cuando su mujer me contó que estaba durmiendo en la habitación de donde lo había visto salir y que había dado órdenes estrictas de que no le molestasen, supe que volvería, y aguardé su regreso. Monté guardia en la calle, en los umbrales de las puertas y otros sitios parecidos toda la noche, en la ventana todo el día y, cuando volvió a hacerse de noche, otra vez en la calle. Sabía que volvería igual que había salido: cuando esta parte de la ciudad estuviera vacía. Así fue. A primera hora de la mañana, el mismo campesino llegó a hurtadillas, a hurtadillas, a hurtadillas hasta la casa.

—¡Vaya al grano! —le interrumpió Slyme, que ya se había terminado las nueces—. Esto es muy irregular, señor Nadgett.

—Pasé todo el día en la ventana —dijo Nadgett, sin hacerle caso—. Creo que no llegué a cerrar los ojos. Por la noche, lo vi salir con un hato de ropa. Volví a seguirle. Bajó las escaleras en el puente de Londres y lo hundió en el río. Entonces me temí lo peor y avisé a la policía que hizo...

—... pescar el hato —le interrumpió Slyme—. Abrevie, señor Nadgett.

—Dentro estaba la ropa con la que le había visto —dijo Nadgett—, con manchas de barro y salpicaduras de sangre. Anoche llegaron a la ciudad las noticias del asesinato. Se sabe que vieron a alguien con esa misma ropa cerca del lugar del crimen, que estuvo merodeando por la zona y que se apeó de una diligencia que llegaba de allí justo a la misma hora en que yo lo vi volver a casa. Se dio la orden de detención y estos oficiales han estado conmigo varias horas. Elegimos el momento, y al verles entrar a ustedes y a este señor asomado a la ventana...

—Le hicieron un gesto —dijo Mark tomando el hilo de la narración, al ver que se referían a él— para que abriese la puerta, lo cual hizo encantado.

—Eso es todo de momento —dijo Nadgett, guardando el cuaderno de notas que había sacado, por pura costumbre, al empezar sus explicaciones y que había tenido en la mano todo el tiempo—, pero aún habrá más cosas. Me han preguntado por los hechos hasta el momento; ya se los he contado y no hay por qué retrasar más a estos caballeros. ¿Está usted listo, señor Slyme?



—Más aún —replicó levantándose aquella perla—. Si va usted andando a la comisaría, llegaremos a la vez que usted. ¡Tom! ¡Ve a buscar un coche!

El oficial a quien había hablado partió con esa misión. El viejo Martin se demoró un instante, como si quisiera decirle unas palabras a Jonas, pero, al darse la vuelta y verlo todavía sentado en el suelo, balanceándose desquiciado adelante y atrás, cogió a Chuffey del brazo y acompañó fuera a Nadgett. John Westlock y Mark Tapley les siguieron. La señora Gamp, para expresar mejor sus sentimientos, salió vacilante como si fuese a desmayarse mientras andaba, pues sabía desmayarse, previo aviso, de modos muy diversos, igual que el señor Mould sabía organizar distintos tipos de funerales.

—¡Ja! —murmuró Slyme, al verlos salir—. ¡Por mi alma! Tan indiferente le ha sido tener un sobrino como yo en esta situación como cuando yo era un honor y un mérito para la familia. ¡Así me agradecen que haya humillado un espíritu como el mío para ganarme la vida! —Se levantó de la silla y la apartó indignado de una patada—. Y ¡menuda vida! Hay cientos de hombres que no merecen ni aguantarme una vela, que viajan en coche y viven de rentas. ¡Bonito mundo!

Sus ojos se cruzaron con los de Jonas, que lo miró muy serio y movió los labios como si susurrara alguna cosa.

—¿Eh? —dijo Slyme.

Jonas miró al ayudante que estaba de espaldas e hizo un torpe movimiento en dirección a la puerta con las manos esposadas.

—¡Bah! —dijo pensativo Slyme—. No podía esperar que se sintiera muy avergonzado cuando tú te me has superado con creces. Lo olvidaba.

Jonas repitió el gesto y la mirada.

—¡Jack! —dijo Slyme.

—¿Qué? —replicó el hombre.

—Ve a la puerta a esperar el coche. Avisa cuando llegue. Prefiero que estés ahí. Bueno —añadió cuando el hombre se fue—, ¿qué pasa?

Jonas intentó incorporarse.

—Espera un momento —dijo Slyme—. No es tan fácil con las manos esposadas. ¡Vamos! ¡Arriba! ¿Qué pasa?

—Mete la mano en mi bolsillo. ¡Aquí! ¡En la pechera izquierda! —dijo Jonas.

Así lo hizo Slyme y sacó una cartera.

—Dentro hay cien libras —dijo Jonas, cuyas palabras fueron casi ininteligibles; igual que la expresión de su rostro tan pálido y agónico apenas parecía humano.

Slyme lo miró; se lo puso en la mano y negó con la cabeza.

—No puedo. No me atrevo. No podría ni aunque me atreviese. Esos tipos de ahí abajo...

—La huida es imposible —dijo Jonas—. Lo sé. ¡Cien libras por cinco minutos en la salita de al lado!

—¿Para qué? —preguntó.

El rostro de su prisionero cuando se acercó para susurrarle al oído le hizo apartarse involuntariamente. Pero se detuvo y le escuchó. Fue parco en palabras, pero su propio rostro cambió al oírlas.

—Lo llevo conmigo —dijo Jonas, llevándose las manos al cuello, como si lo que quiera que fuese estuviera oculto en el pañuelo que llevaba al cuello—. ¿Cómo ibas a saberlo? ¿Cómo podrías saberlo? ¡Cien libras por sólo cinco minutos en la salita de al lado! El tiempo se agota. ¡Habla!

—Sería más... más honroso para la familia —observó Slyme, con un temblor en los labios—. Ojalá no me hubieses dicho tanto. Con menos habría bastado. ¡Podrías habértelo callado!

—¡Cien libras por sólo cinco minutos en la salita de al lado! ¡Habla! —gritó desesperado Jonas.

Slyme cogió la cartera. Jonas, con el paso vacilante y desquiciado anduvo hacia la puerta de cristal.

—¡Espera! —gritó Slyme, tirándole de los faldones de la camisa—. No sé qué hacer. Pero tenía que acabar así. ¿Eres culpable?

—¡Sí! —dijo Jonas.

—¿Las pruebas son tal como las ha expuesto ese hombre?

—¡Sí! —dijo Jonas.

—¿Dirás... vas a rezar una oración... o algo parecido? —balbució Slyme.

Jonas se apartó de él sin responder y cerró la puerta que había entre los dos.

Slyme escuchó por el ojo de la cerradura. Después se alejó de puntillas y contempló abatido la sala. Despertó de su ensimismamiento cuando llegó el coche y desplegaron los escalones.

—Ha ido a buscar unas cosas —dijo desde la ventana a los dos hombres de abajo, que esperaban a la luz de una farola—. Que uno de los dos vigile la puerta de atrás, aunque sea por cubrir las apariencias.

Uno de los hombres fue al callejón. El otro se sentó en los escalones del coche y siguió conversando con Slyme, que tal vez había ascendido hasta ser su superior en virtud de su antigua propensión (tan alabada una vez por el muerto) de estar siempre a la vuelta de la esquina. Una costumbre muy útil en su presente profesión.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre.

Slyme miró hacia el interior de la sala un instante y movió la cabeza, como diciendo: «Ahí al lado, lo estoy viendo».

—Está listo —observó el hombre.

—Sin duda —coincidió Slyme.

Se miraron y luego contemplaron la calle. El que estaba sentado en los escalones se quitó el sombrero, volvió a ponérselo y silbó un poco.

—Pues ¡sí que tarda! —rezongó.

—Le he dado cinco minutos —dijo Slyme—. Pero ya se ha pasado el tiempo. Ahora bajamos.

Se apartó de la ventana y fue de puntillas hasta la puerta. Escuchó. No se oía nada. Acercó las velas para que iluminaran a través del cristal.

Descubrió que no era fácil decidirse a abrir la puerta. Pero la abrió con estrépito y dio un paso atrás. Después de asomarse y escuchar, entró.

Retrocedió cuando sus ojos se encontraron con los de Jonas, que desde un rincón, lo miraba alucinado. Se había quitado el pañuelo del cuello, su rostro estaba pálido como la pared.

—Es demasiado pronto —dijo Jonas con un gemido abyecto—. No he tenido tiempo. No he podido hacerlo. Dame cinco minutos más... dos... ¡sólo uno!

Slyme no respondió, volvió a meterle la cartera en el bolsillo y llamó a sus hombres.

Él gimoteó, lloró, les maldijo y les suplicó, se resistió y cedió al mismo tiempo, y no tuvo fuerzas para seguir de pie. Pero lo sujetaron, lo

metieron en el coche y, aunque, lo dejaron en el asiento, pronto cayó llorando entre la paja del suelo.

Los dos hombres se quedaron con él y Slyme subió al pescante con el cochero. Al pasar delante de una frutería que tenía la puerta abierta, aunque la tienda había cerrado ya, uno de ellos observó lo bien que olían los melocotones.

El otro asintió, pero enseguida se agachó alarmado y miró al prisionero.

—¡Detenga el coche! ¡Se ha envenenado! ¡El olor viene del frasco que lleva en la mano!

La mano se aferraba a él con fuerza. Con esa rigidez con la que ningún hombre, con toda la fuerza y la energía de la vida, puede aferrarse al premio que ha ganado.

Lo arrastraron fuera, a la calle oscura, pero ningún jurado, juez o verdugo habría podido hacer más, ni pudo hacer nada ya. Muerto, muerto, muerto.

## Capítulo LII. En el que cambian totalmente las tornas

Los planes acariciados por el viejo Martin, tanto tiempo ocultos en su pecho, y que tantas veces habían corrido el peligro de irse al traste por la furia y la indignación que había ido acumulando mientras duró su estancia en casa del señor Pecksniff, se retrasaron, pero sólo unas pocas horas, por los sucesos que acabamos de relatar. Anonadado, como se quedó al principio por lo que le contaron Tom Pinch y John Westlock sobre la forma en que supuestamente había encontrado la muerte su hermano; sobrecogido por lo que dijeron a continuación Chuffey y Nadgett, y por la forja de esa cadena de circunstancias que condujeron a la muerte de Jonas, desastre del que le informaron enseguida. Por más dispersos que quedaran al principio sus propósitos y esperanzas por la interposición de todos estos incidentes entre él y su objetivo, su misma intensidad y el tumulto de su encadenamiento lo animaron a la rápida e implacable ejecución de su plan. En cada circunstancia, ya fuese cruel, cobarde o falsa, vio el florecimiento de la misma grávida semilla. El yo; el yo codicioso, apremiante, estrecho de miras, que creía alcanzar más de lo que abarcaba; con su largo historial de sospechas, avaricias, engaños y todas sus consecuencias, era la raíz del árbol del mal. El señor Pecksniff había mostrado de tal forma su carácter ante la mirada del anciano que el hombre otrora bondadoso, tolerante y paciente se había convertido en la encarnación del egoísmo y la traición; y, cuanto más odiosas eran las formas en que esos vicios se alineaban ahora ante sus ojos, mayor consuelo encontraba en su plan de ajustar cuentas con Pecksniff y también con sus víctimas.

Se dedicó a ese propósito no sólo con la energía y la determinación característicos de su personalidad (que, como habrá observado el lector ahora que empieza a conocer a este caballero, era notable por el fuerte desarrollo de ambas cualidades), sino toda la energía forzada y artificialmente alimentada fruto de tan larga contención. Y esas dos oleadas de resolución se mezclaron y se convirtieron en una sola tan fuerte y vigorosa que lo más que lograron John Westlock y Mark Tapley juntos (a pesar de que ambos eran bastante enérgicos) fue impedir que los arrastrase a ellos también, Dios sabe adónde.

En cuanto llegó a Londres mandó llamar a John Westlock; y John, conducido por Tom, se puso a su disposición. Como recordaba muy bien al señor Tapley, se aseguró, por mediación de John, la presencia de ese caballero; y así, como hemos visto, fueron todos juntos a la City. Pero se negó a ver a su nieto hasta el día siguiente, y dio instrucciones al señor Tapley de que lo llevara al Temple a las diez en punto de la mañana. No quiso encargar ninguna misión a Tom, para que nadie sospechara erróneamente de él, pero estuvo presente en todas sus deliberaciones y se quedó con ellos hasta última hora de la noche, cuando se enteraron de la muerte de Jonas, y volvió a casa para contárselo todo a la pequeña

Ruth, y advertirla de que, a la mañana siguiente, tendría que acompañarle al Temple por expreso deseo del señor Chuzzlewit.

Fue típico del viejo Martin, y de su forma de hacer las cosas, que no les hiciera partícipes de sus intenciones más allá de los indicios de represalia contra el señor Pecksniff que pudieron deducir del papel que había interpretado en casa de ese caballero, y del brillo que asomaba a sus ojos cada vez que alguien pronunciaba su nombre. Ni siquiera a John Westlock, en quien estaba claramente dispuesto a depositar una gran confianza (cosa que en realidad podía decirse de todos ellos), le dio más detalles. Se limitó a pedirle que volviese por la mañana; y, con esto como única aclaración, lo dejaron sólo en plena noche.

Los acontecimientos de un día semejante habrían podido fatigar el cuerpo y el espíritu de un hombre mucho más joven, pero él se sumió en profundas y dolorosas meditaciones hasta que empezó a alborear. Ni siquiera entonces intentó descansar un rato sino que se limitó a dormitar en su silla hasta las siete en punto, cuando el señor Tapley, a quien había citado a esa hora, se presentó tan fresco, limpio y alegre como la misma mañana.

—Es usted puntual —dijo el señor Chuzzlewit, abriendo la puerta en respuesta a su leve llamada, que lo había despertado en el acto.

—Mis deseos, señor —respondió el señor Tapley, cuya imaginación, a juzgar por el contexto, debía de estar absorta en la ceremonia nupcial—, son amar, honrar y obedecer. El reloj acaba de dar la hora, señor.

—¡Adelante!

—Gracias, señor —replicó Tapley—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—¿Le ha dado mi recado a Martin? —preguntó el anciano clavando los ojos en él.

—Sí, señor —replicó Mark—, y en toda la vida no había visto un caballero más sorprendido que él.

—¿Qué más le ha dicho? —preguntó el señor Chuzzlewit.

—Caramba, señor —dijo sonriendo el señor Tapley—. Me habría gustado contarle mucho más, pero, como no lo sabía, no se lo he contado.

—¿Le ha dicho todo lo que sabía?

—Pero es muy poco, señor —repuso el señor Tapley—. Apenas sé nada de usted, señor. Sólo le he dicho que en mi opinión el señor Pecksniff iba a descubrir que estaba equivocado, y que usted descubriría que estaba equivocado y que él descubriría que estaba equivocado, señor.

—¿Sobre qué? —preguntó el señor Chuzzlewit.

—¿Se refiere usted a él, señor?

—Me refiero a los dos, a él y a mí.

—Bueno, señor —dijo el señor Tapley—. En su antigua forma de ver las cosas. En cuanto a él, señor, y a su forma de ver las cosas, me consta que es un hombre distinto. Lo sé. Lo sabía mucho antes de que fuese a verle el otro día, y tengo que decirlo. Nadie lo conoce la mitad de bien que yo. Nadie puede. Siempre hubo mucho de bueno en él, pero en una parte se le acumuló encima una costra. No sabría decir quién amasó esa costra pero...

—Continúe —dijo Martin—. ¿Por qué se detiene?

—Pero... ¡caramba! Le ruego que me perdone, pero creo que pudo ser usted. Sin querer. No creo que ninguno de los dos le haya dado nunca al otro una oportunidad. Bueno, ¡ya está! Ya lo he soltado —dijo el señor Tapley en un ataque de desesperación—: No podía ir por ahí con ese peso encima; ayer fue un día muy largo. Ya lo he soltado. No he podido evitarlo. Lo siento. No se lo reproche a él, señor.

Estaba claro que Mark esperaba que lo echara a la calle, y estaba preparado para irse.

—Así que cree —dijo Martin— que sus antiguos defectos eran, en parte, obra mía, ¿no?

—Bueno, señor —respondió el señor Tapley—, lo siento mucho, pero no puedo desdecirme. No es muy justo por su parte hacer que un hombre ignorante como yo se condene de este modo, pero sí lo creo. Le tengo a usted tanto respeto como al que más, pero es lo que creo.

La luz de una leve sonrisa pareció asomar en la adusta seriedad del rostro de Martin mientras lo miraba atentamente sin responder.

—Sin embargo, según dice, es usted un ignorante —observó después de una larga pausa.

—Mucho —replicó el señor Tapley.

—Y ¿cree que yo soy un hombre cultivado e instruido?

—También mucho —respondió el señor Tapley.

El anciano, con la barbilla apoyada en la mano, estuvo yendo y viniendo por la sala antes de responder.

—¿Ha estado con él esta mañana?

—Vengo directamente de allí, señor.

—¿Qué... se imagina él?

—No sabe qué imaginarse, señor, no más que yo mismo. Le he contado lo sucedido ayer y que usted me había dicho: «¿Puede estar aquí a las siete de la mañana?», y que le había mandado decir a él, por mediación mía: «¿Puede estar allí a las diez de la mañana?», y que yo había respondido que sí a ambas cosas. Nada más, señor.

Su franqueza fue tan genuina que quedó claro que así era.

—¿Cree que puede haber pensado que se dispone usted a abandonarle y a trabajar para mí? —preguntó Martin.

—Le he servido de tal manera —replicó Mark, sin perder un átomo de su compostura— y hemos compartido tales infortunios que mi parecer es que no lo creería ni por un momento. No más que usted, señor.

—¿Le molesta ayudarme a vestirme y pedir que me traigan el desayuno? —preguntó Martin.

—Será un placer, señor —dijo Mark.

—Y, a propósito —prosiguió Martin—, le agradeceré que se quede en la sala y abra usted la puerta a las visitas, cuando llamen a la puerta.

—Claro, señor —dijo el señor Tapley.

—Procure no expresar sorpresa cuando lleguen —le sugirió Martin.

—¡Por supuesto, señor! —dijo el señor Tapley—, ni la más mínima.

Aunque se lo prometió sin dudar, su asombro incluso en ese momento no tenía límites. Martin pareció darse cuenta y reparar en el absurdo comportamiento del señor Tapley en estas desconcertantes circunstancias; pues, a pesar de la compostura de su voz y la seriedad de su semblante, la misma luz confusa asomó varias veces a su rostro. No obstante, Mark se obligó a cumplir con la misión que le habían confiado; y no tardó en renunciar a expresar exteriormente su sorpresa, centrándose en ser diligente y eficaz.

Pero, después de preparar la ropa del señor Chuzzlewit, y cuando este caballero se vistió y se sentó a desayunar, la sensación de sorpresa del señor Tapley regresó con gran fuerza; y, al lado del anciano, con una servilleta debajo del brazo (para Mark era tan natural y tan divertido ser mayordomo en el Temple como había sido ofrecerse para trabajar de cocinero a bordo del Tornillo), le costó resistir la tentación de mirarlo de reojo a menudo. Es más, le resultó imposible; y, de hecho, se dejó llevar tantas veces por este impulso que Martin le sorprendió unas



cincuenta veces mirándolo. ¡Las cosas tan extraordinarias que hizo el señor Tapley cada vez que se produjo una de estas detecciones! Las veces que tuvo que frotarse los ojos, la nariz o la barbilla; el aire de sabiduría con que se sumió en los pensamientos más profundos o se interesó intensamente por los hábitos y costumbres de las moscas del techo, o los gorriones de la calle; o la abrumadora educación con que intentó ocultar su confusión pasándole una madalena al anciano, podría decirse, justificadamente, que obligaron a Martin Chuzzlewit el viejo a ejercer en sus rasgos el control más férreo que había ejercido nunca.

No obstante, siguió muy callado y disfrutó de su desayuno, al menos en apariencia, pues apenas comió ni bebió, y a menudo cayó en largos períodos de ensimismamiento. Cuando terminó, Mark se sentó a desayunar en la misma mesa; y el señor Chuzzlewit, todavía sin decir nada, empezó a ir y venir por la sala.

Después, Mark quitó la mesa y colocó una silla para él, en la que, mientras esperaba a que el reloj se acercara a las diez, el anciano se sentó con las manos aferradas al mango del bastón y la barbilla apoyada en ellas. Toda su impaciencia y abstracción habían desaparecido; y, mientras estuvo allí sentado, mirando la puerta con ojos penetrantes, Mark no pudo sino pensar en lo firme, serio e imponente que era su semblante; o regodearse en la idea de que el señor Pecksniff, después de jugar una larga partida de bolos con su propietario, estaba a punto de recibir su merecido.

La incertidumbre de Mark sobre lo que se iba a hacer o decir, y por quién y a quién, ya lo habría intranquilizado de por sí. Pero saber, además, con certeza que el joven Martin estaba de camino, y que llegaría al cabo de unos minutos, contribuyó a que no le resultara nada fácil estarse quieto y en silencio. No obstante, excepto porque de vez en cuando tosió de forma artificial y hueca, se comportó con gran decoro mientras duraron los diez minutos más largos de su vida.

Un golpe en la puerta. El señor Westlock. El señor Tapley, al dejarle pasar, enarcó lo más posible las cejas, dando a entender con eso que se consideraba en una posición incómoda. El señor Chuzzlewit recibió al visitante con mucha amabilidad.

Mark esperó al lado de la puerta a que llegaran Tom Pinch y su hermana, que estaban subiendo por las escaleras. El anciano salió a recibirles, cogió las manos de ella entre las suyas y la besó en la mejilla. Como eso parecía prometedor, el señor Tapley esbozó una sonrisa beatífica.

El señor Chuzzlewit había vuelto a sentarse en su silla cuando el joven Martin, que iba cerca detrás de ellos, entró. El anciano, sin apenas mirarlo, señaló un asiento lejano. Eso fue menos prometedor; y el señor Tapley volvió a desmoralizarse.

Otro golpe lo obligó a acudir a la puerta. No se sobresaltó, ni gritó, ni se cayó de espaldas al ver a la señorita Graham y a la señora Lupin, sino que contuvo un largo suspiro y se apartó muy resignado, mirándolas a ellas y a los demás con una expresión que parecía decir que nada podía sorprenderle más; y que se alegraba de haberse librado de esa sensación.

El anciano recibió a Mary con la misma ternura con que había recibido a la hermana de Tom Pinch. La señora Lupin y él cruzaron una mirada amistosa, que hacía pensar en un claro entendimiento entre los dos. Al señor Tapley no le sorprendió, pues, como él mismo observó después, se había retirado del negocio y vendido las existencias.

Lo más curioso fue que todos los presentes se sorprendieron y azoraron tanto al ver a los demás que ninguno se atrevió a hablar. Sólo el señor Chuzzlewit interrumpió el silencio.

—¡Abre la puerta, Mark! —dijo—. Y ven aquí.

Mark obedeció.

Ahora se oyeron los últimos pasos en las escaleras. Todos lo supieron. Eran los del señor Pecksniff; y además tenía prisa, pues subió dando unas zancadas tan expeditivas que tropezó dos o tres veces.

—¡Dónde está mi venerable amigo! —gritó al llegar al rellano; y luego corrió hacia él con los brazos abiertos. El viejo Martin tan sólo le miró; pero el señor Pecksniff retrocedió como si hubiese recibido la descarga de una batería eléctrica—. ¿Mi venerable amigo se encuentra bien? —exclamó el señor Pecksniff.

—Muy bien.

Luego pareció tranquilizar a quien preguntaba. Le cogió las manos y, mirando hacia arriba con piadosa alegría, expresó en silencio su gratitud. Luego miró a los demás, y movió la cabeza con un gesto de reproche. Con mucha severidad, tratándose de él.

—¡Oh, alimañas! —dijo el señor Pecksniff—. ¡Oh, sanguijuelas! ¡No os basta con haber amargado la existencia de un individuo sin parangón en los anales de la bondad humana, sino que ahora, incluso ahora, que ha hecho su elección y ha depositado su confianza en un pariente entrañable, sincero y desinteresado, tenéis que aprovecharos como alimañas y sanguijuelas (lamento tener que emplear estas expresiones tan gruesas, mi querido señor, pero hay ocasiones en las que es imposible controlar una indignación sincera) de su desprotección y rodearlo como lobos, buitres y otras aves de carroña en torno a, no diré una carroña o un cadáver, pues el señor Chuzzlewit es todo lo contrario, pero sí en torno a su presa para desvalijarla y despojarla, hundiendo sus voraces fauces y ensuciando sus hirientes picos con toda suerte de disfrutes carnívoros! —Se detuvo para tomar aliento y los apartó con un

ademán solemne—. ¡Horda de ladrones y saqueadores! —continuó—. ¡Dejadle! ¡Dejadle os digo! ¡Marchaos! ¡Idos! ¡Es mejor que os vayáis! Vagad por la faz de la tierra como los vagabundos que sois, y no queráis seguir en un lugar santificado por los grises cabellos del caballero patriarcal de cuyos miembros vacilantes tengo el honor de ser un indigno, pero espero que modesto, apoyo y bastón. Y usted, mi amable amigo —añadió, dirigiéndose en tono de amable reproche al anciano—, ¿cómo ha podido abandonarme, aunque haya sido por tan poco tiempo? Se ha ausentado usted, no me cabe duda, para hacerme algún favor, bendito sea, pero no era necesario, es mejor que no sea tan aventurero. ¡Si pudiese, me enfadaría con usted, amigo mío!

Avanzó con los brazos extendidos para coger de la mano al anciano. Pero no había reparado en que la mano se había cerrado en torno al bastón que tenía al lado. Y, cuando lo tuvo a su alcance, el viejo Martín, con un estallido de ardiente indignación, y un destello en todas y cada una de las arrugas de su rostro, se puso en pie y lo derribó de un golpe.

El golpe fue tan fuerte y estuvo tan bien dirigido que Pecksniff se desplomó como si lo hubiese derribado de la silla la embestida de un guardia real. Y fuese porque el golpe lo dejó aturdido, o porque lo confundieron la sorpresa y novedad de tan cálido recibimiento, no intentó volver a levantarse, sino que se quedó ahí, mirando a su alrededor, con una mansedumbre y un desconcierto tan ridículos que ni Mark Tapley ni John Westlock pudieron reprimir una sonrisa, aunque los dos se interpusieron para impedir la repetición de un golpe que la mirada brillante y la actitud vigorosa del anciano parecían anunciar como uno de los acontecimientos más probables del mundo.

—¡Sáquenlo a rastras de aquí! ¡Quítenlo de mi vista! —dijo Martin—. O no podré evitarlo. Sólo el freno que he impuesto a mis manos ha logrado

contenerlas. Mientras lo tenga cerca no seré dueño de mis actos.  
¡Sáquenlo de aquí!

Al ver que no se levantaba, el señor Tapley no se anduvo con miramientos, lo arrastró y lo dejó con la espalda apoyada en la pared de enfrente.

—¡Escucha, sinvergüenza! —dijo el señor Chuzzlewit—. Te he hecho venir para que presencies tu propia obra. ¡Te he hecho venir para que la presencies porque sé que será como hiel y vinagre para ti! ¡Te he hecho venir porque sé que ver aquí a todo el mundo será como una daga en tu mezuquino y falso corazón! ¡Vaya, por fin me ves tal como soy!

El señor Pecksniff tenía motivos para mirarle porque la expresión triunfal de su rostro, de su manera de hablar y de su figura eran dignos de ver.

—¡Miren! —dijo el anciano, señalándole y dirigiéndose a los demás—. ¡Mírenle! —Luego añadió—: Ven, querido Martin, ¡mira, mira, mira! —Y con cada repetición de la palabra apretó a su nieto con más fuerza contra su pecho—. La emoción que sentía, Martin, cuando no podía hacer esto —dijo—, se ha traducido en el golpe que acabo de propinarle. ¡Por qué nos separamos! ¿Cómo pudimos separarnos? ¿Cómo pudiste dejarme para irte con él? —Cuando Martin se disponía a responderle, él le interrumpió y continuó—: La culpa fue tanto mía como tuya. Mark me lo ha dicho hoy, y hace mucho que lo sé; aunque no tanto como debería. Mary, hija mía, ven aquí.

Como estaba muy pálida y temblorosa, la ayudó a sentarse en su propia silla, y se quedó a su lado cogiéndola de la mano, con Martin a su lado.

—La maldición de nuestra familia —dijo el anciano, mirándola con amabilidad— ha sido el yo, siempre el yo. ¡Cuántas veces lo he dicho sin saber que yo mismo se lo había impuesto a los demás!

Pasó una mano por el brazo de Martin y, de pie entre los dos, continuó de este modo:

—Todos ustedes saben que he criado a esta huérfana para que me cuidara. Ninguno puede saber lo mucho que he tardado en verla como a un hija, y cómo me ha conquistado con su desinterés, su ternura, su paciencia y la bondad de su naturaleza, pese a que Dios es testigo de que he hecho muy poco por merecerlas. Florecieron sin cultivarlas y maduraron sin calor. No me atrevo a decir que lo siento, por si ese sujeto de ahí se atreve a levantar cabeza.

El señor Pecksniff se metió la mano en el chaleco y movió la parte de su anatomía a la que había hecho alusión, como para dar a entender que todavía seguía encima de sus hombros.

—Hay un egoísmo —continuó Martin—, lo sé por experiencia propia, que se fija siempre en el egoísmo ajeno; y aparta a los demás con sospechas y desconfianza, se pregunta por qué no se le acercan y no confían, y llama a eso egoísmo. Así es como dudé de los que me rodeaban —al principio, no sin motivo— y como dudé una vez de ti, Martin.

—Y no sin motivo —respondió a su vez Martin.

—¡Escucha, hipócrita! ¡Escucha canalla servil, rastrero y untuoso! —dijo Martin—. Escucha, perro despreciable. ¡Cómo! Cuando mandé a buscarle tú ya habías tendido tus redes, ¿verdad? Cuando yacía enfermo en casa de esta buena mujer e intercediste mansamente por mi nieto, ya lo habías engatusado, ¿verdad? Contabas con que se renovarían mi afecto por él y decidiste casarlo con una de tus hijas, ¿eh? ¡O, si eso no funcionaba, utilizarlo para deslumbrarme con tu caridad y tener algo con lo que impresionarme! Ya te tenía calado entonces. ¿No te dije entonces que te conocía?

—No estoy enfadado, señor —dijo en voz baja el señor Pecksniff—. Puedo soportar mucho de usted. Nunca le llevaré la contraria, señor Chuzzlewit.

—¡Observen! —dijo Martin, mirando a su alrededor—. Me puse en manos de este hombre a cambio de imponerle las condiciones más mezquinas, viles y humillantes que acerté a expresar con palabras. Se las planteé con detalle, delante de sus propias hijas, palabra por palabra, del modo más grosero y ofensivo y dejándole tan claro mi desprecio como me lo permitieron mi gesto y mi conducta. Si se hubiese enfadado y ruborizado, habría vacilado en mi propósito. Si hubiese logrado que se portase como un hombre, aunque fuese un minuto, habría abandonado mis planes. Si hubiese intercedido, aunque sólo hubiese sido una palabra, por mi nieto, a quién él pensaba que quería desheredar, si me hubiera pedido que reconsiderase mi petición de que lo echara de su casa y lo dejase en la miseria, creo que lo habría soportado. Pero no dijo ni una palabra, ni una palabra. Condescender a lo peor de la naturaleza humana es su forma de ser y ¡cumplió fielmente su tarea!

—No estoy enfadado —observó el señor Pecksniff—. Estoy dolido, señor Chuzzlewit; herido en mis sentimientos, pero no enfadado, amigo mío.

El señor Chuzzlewit continuó.

—En cuanto me decidí a ponerlo a prueba, me propuse seguir hasta el final, pero, mientras sondeaba la profundidad de su doblez, me propuse dar crédito a cualquier chispa latente de bondad, honor, paciencia, cualquier virtud, que pudiera brillar en él. Desde el principio hasta el final no he visto ninguna. Ni una sola vez. No podrá decir que no le he dado ocasión. No podrá decir que le haya engañado. No podrá decir que no le he dejado actuar libremente en todo; o que no he sido un

instrumento pasivo en sus manos, que él podría haber utilizado para el bien con la misma facilidad que para el mal. Y ¡si puede es que miente! Pues también eso forma parte de su manera de ser.

—Señor Chuzzlewit —le interrumpió Pecksniff, vertiendo lágrimas—. No estoy enfadado, señor. No puedo enfadarme con usted. Pero ¿acaso no expresó usted nunca el deseo de que echara de mi casa al joven desnaturalizado que, con sus malas artes, le ha indisputado a usted conmigo, por el momento, sólo por el momento? Haga usted memoria, mi cristiano amigo.

—Acabo de decirlo, ¿no? —replicó con severidad el anciano—. No sabía hasta qué punto se había dejado engañar por tu engañosa hipocresía, canalla; y no se me ocurrió ningún modo mejor de abrirle los ojos que mostrarle lo servil que eras en realidad. Sí. Expresé ese deseo. Y tú te apresuraste a cumplirlo; y soltaste al instante la mano que habías lamido y babeado como sólo puede hacerlo un perro, y de ese modo confirmaste, reforzaste y justificaste mis planes.

El señor Pecksniff hizo una reverencia, una reverencia sumisa, por no decir rastrera y abyecta. Si lo hubiesen felicitado por practicar las virtudes más elevadas, no habría podido inclinarse como se inclinó entonces.

—El desdichado al que han asesinado —continuó diciendo el señor Chuzzlewit— entonces se hacía llamar...

—Tigg —apuntó Mark.

—Tigg vino con peticiones de parte de un amigo suyo que es también un indigno pariente mío; y, al ver que el hombre se ajustaba a mis propósitos, lo contraté para que me tuviese informado, Martin. Por él supe que te habías alojado con ese hombre de ahí. Fue él quien se encontró contigo una noche en la ciudad, ¿recuerdas dónde?

—En la casa de empeño —dijo Martin.

—Sí; te siguió a la taberna y así pude enviarte dinero.

—No pensé —dijo Martin, muy conmovido— que fuese usted. No creí que le importase lo más mínimo mi destino. De haberlo sabido...

—De haberlo sabido —replicó pesaroso el anciano— habrías demostrado conocerme no tanto como parecía ser que como era en realidad. Quería que volviesses, Martin, humillado y arrepentido. Mi plan era afligirte tanto que tuvieses que volver conmigo. A pesar de lo mucho que te quería tenía que reconocer algo que entonces no me animaba a confesar sin antes haberte sometido. Así fue como te perdí. Si he tenido, indirectamente, arte o parte en el destino de ese desdichado, al poner los medios, por pequeños que fuesen, a su alcance, ¡que Dios me perdone! Tal vez tendría que haber sabido que usaría mal el dinero, que

dárselo no era una buena idea, y que, sembrado por sus manos, sólo engendraría daño. Pero en ese momento no creí que tuviese la inclinación o la habilidad para convertirse en un verdadero impostor, sino tan sólo un derrochador irreflexivo, ocioso y disipado que pecaría más contra sí mismo que contra los demás, y que frecuentaría sórdidos tugurios y se entregaría a gustos viciosos que no causarían más que su propia ruina.

—Le ruego que me perdone, señor —dijo el señor Tapley, que a estas alturas tenía a la señora Lupin cogida del brazo—, si me permite la osadía de decirlo, mi opinión es que tuvo usted razón y que tenía un talento natural para eso. Hay un sorprendente número de personas, señor, que, mientras dependan sólo de sus propios zapatos y calcetines, siempre irán cuesta abajo siguiendo el arroyo, solos y calladitos, sin hacer demasiado daño a nadie. Pero, si le das casa a uno de ellos y un coche de caballos, ¡la de conocimientos de conducción que mostrará! ¡Llenará el vehículo de pasajeros y saldrá a toda prisa, o todo o nada hasta irse al Diablo! ¡Bendita sea su alma, señor, hay tantos Tiggs pasando por la puerta del Temple, a cualquier hora del día, que sólo buscan una oportunidad para convertirse en Montagues de cuerpo entero!

—Su ignorancia, como usted la llama, Mark —dijo el señor Chuzzlewit— es más sabia que la ilustración de muchos, la mía entre ellas. Tiene razón, y no por primera vez hoy. Y ahora escúchenme, amigos. Y ¡escúchame tú, que, según me han dicho con toda seguridad, has arruinado tanto tus finanzas como tu buen nombre! Y, cuando me hayas oído, ¡márchate y no sigas envenenando mi vista!

El señor Pecksniff se puso la mano en el pecho e hizo otra reverencia.

—La penitencia que he hecho en esta casa —dijo el señor Chuzzlewit— ha ido siempre acompañada de una reflexión, por encima de todas las demás. Que, si Dios hubiese querido afligirme en la vejez con una enfermedad que me redujera al estado en que he fingido hallarme, yo mismo habría sido el culpable de mis desdichas. ¡Ay, vosotros, para quienes la riqueza ha sido, como para mí, una fuente de sufrimiento constante y os ha llevado a desconfiar de vuestros allegados más cercanos, y a cavar vuestra propia tumba de recelos y sospechas, tened cuidado después de apartar a todos los que habríais podido tener con ternura a vuestro lado, de no convertirlos en vuestra decadencia en el instrumento de un hombre como este y despertar en otro mundo conocedores de una injusticia tal que envenenaría el mismísimo cielo si la injusticia o vosotros pudierais llegar alguna vez a él!

Y luego les contó cómo, al principio, había pensado a veces que quizá podría surgir el amor entre Mary y Martin; y lo mucho que le había gustado imaginar que llegaría a ser de él testigo, y que los llamaría fingiendo tener dudas, y luego les confesaría que siempre lo había deseado de corazón; y, con su simpatía y su generosidad al proveer sus jóvenes fortunas, establecería con ellos un vínculo de afecto y



consideración que nada podría marchitar y que rodearía su vejez de felicidad. Cómo, al inicio mismo de su plan, cuando la alegría de sus proyectos para hacer el bien a los demás era aún nueva y confusa para él, Martin fue a verle para informarle de que había tomado ya su propia decisión, pues sabía que el anciano tenía algún vago proyecto para él, pero desconocía con quién. Lo poco que le consoló saber que Martin la había elegido a ella, porque, de ese modo, se echaba a perder la gracia de su plan, y porque, cuando se enteró de que Mary le correspondía, lo torturó la idea de que ellos, tan jóvenes, y para quienes él había sido un benefactor tan bondadoso, se habían vuelto como el resto del mundo y estaban decididos a alcanzar furtivamente sus propios fines egoístas. Cómo, movido por la amargura de esta impresión, y de sus vivencias pasadas, le había hecho a Martin reproches tan severos (olvidando que nunca le había hecho partícipe de sus confidencias, y confundiendo lo que había pensado hacer con lo que había hecho) que acabaron diciéndose palabras muy duras y separándose enfadados. Cómo él siguió queriéndole y continuó abrigando la esperanza de que volvería. Cómo la noche en que cayó enfermo en El Dragón Azul, le había escrito con ternura, lo había hecho su heredero y había dado su aprobación a la boda con Mary; y cómo, después de su conversación con Pecksniff, había vuelto a desconfiar, había quemado el documento y se había quedado en la cama, acosado por las sospechas, las dudas y el arrepentimiento.

Y luego les contó cómo, decidido a sondear a este Pecksniff, y a poner a prueba la constancia y la sinceridad de Mary (que para él era igual que Martin), había concebido y puesto en práctica su plan; y cómo, con su amabilidad y paciencia, se había ido suavizando más y más, y aún más bajo la bondad, la sencillez, el honor y la viril fe de Tom. Y, cuando habló de él, pidió a Dios con lágrimas en los ojos que lo bendijese, pues afirmó que, aunque al principio le había desagradado y había despertado su desconfianza, fue como una lluvia de verano en su corazón y lo predispuso a creer en cosas mejores. Y Martin cogió a Tom de la mano, y también lo hizo Mary, y John, su viejo amigo; y Mark, y la señora Lupin, y su hermana, la pequeña Ruth. Y el corazón de Tom se llenó de una paz de espíritu profunda y tranquila.

El anciano contó entonces con qué nobleza el señor Pecksniff había cumplido con el deber que tenía con la sociedad al despedir a Tom; y, cómo había oído muchas veces de labios pecksniffianos denigrar al señor Westlock y, sabiendo que era amigo de Tom, recurrió, a través de su abogado y agente confidencial, a ese pequeño artificio que lo dejó esperando a un amigo desconocido en Londres. Y pidió al señor Pecksniff (a quién llamó canalla) que tuviera presente que tampoco entonces le había inducido a hacer el mal, sino que había obrado de acuerdo con su propia voluntad, es más, le había aconsejado lo contrario. Y, una vez más, pidió al señor Pecksniff (a quién tildó de carne de horca) que recordase que, cuando Martin volvió por fin a casa tan cambiado y le pidió un merecido perdón, lo había rechazado y, sin el menor remordimiento, se había interpuesto entre él y la más mínima brizna de ternura.

—¡Por eso —dijo el anciano— no movería ni el dedo meñique por quitarte el dogal del cuello! Martin —añadió—, tu rival no era peligroso, pero la señora Lupin, aquí presente, ha hecho de dama de compañía todas estas semanas, no tanto para vigilar a tu amada como a su pretendiente. Porque, de lo contrario, este demonio necrófago —la fecundidad con que encontraba nuevos apelativos para el señor Pecksniff era asombrosa— se habría arrastrado para abordarla en sus paseos diarios y habría emponzoñado el aire fresco. ¿Qué veo? Le tiembla la mano. Mira a ver si puedes sujetársela.

¡Sujetársela! Si se la sujetara con la mitad de fuerza con que sujetaba la cintura de Mary... En fin, sería peligroso.

Pero estuvo bien por su parte que, incluso entonces, cuando le sonreían la fortuna y la felicidad, y los labios de ella acababa de estamparse en los suyos, mientras abrazaba su joven y orgullosa belleza, tuviese una mano libre para tendérsela a Tom Pinch.

—¡Ay, Tom, querido Tom! Te vi entrar aquí, por casualidad. ¡Perdóname!

—¡Perdonarte! —exclamó Tom—. No te perdonaré mientras viva, Martin, si dices una palabra más. ¡Os deseo felicidad a los dos! Felicidad, mi querido amigo, cincuenta mil veces.

¡Felicidad! No hay una bendición en la tierra que Tom no les deseara. No hay una bendición en la tierra que no les hubiera concedido si hubiese estado en su mano.

—Le ruego que me perdone, señor —dijo el señor Tapley, dando un paso adelante—, pero acaba usted de pronunciar el nombre de una señora llamada Lupin, señor.

—Cierto —dijo el viejo Martin.

—Sí, señor. ¿Le parece un nombre bonito, señor?

—Es un buen nombre —respondió Martin.

—Casi parece una pena cambiarlo por Tapley. ¿No cree, señor? —dijo Mark.

—Eso dependerá de la señora. ¿Qué opina ella?

—Caramba, señor —dijo el señor Tapley, apartándose, con una reverencia, hacia la rolliza patrona—, ella opina que el nombre no cambiará para mejor, pero el individuo tal vez sí; por lo que, si nadie conoce ninguna causa justa o impedimento, etcétera, El Dragón Azul se convertirá en El Alegre Tapley. Un cartel de mi propia invención. ¡Muy nuevo, jovial y expresivo!

Todos estos acontecimientos fueron tan agradables para el señor Pecksniff que siguió inmóvil, con la vista en el suelo entrelazándose las manos como si estuviesen dictando una sarta de sentencias penales contra él. No sólo su figura parecía haber encogido, sino que su turbación daba la impresión de haberse extendido incluso a su atuendo. La ropa parecía más raída; las prendas de hilo, amarillentas; tenía el pelo lacio y desaliñado, y hasta las botas parecían sucias y deslustradas, como si su brillo hubiese desaparecido al mismo tiempo que el de su cuerpo.

Intuyendo, más que viendo, que el anciano estaba señalando la puerta, alzó la vista, recogió el sombrero y dijo:

—¡Señor Chuzzlewit, aceptó usted mi hospitalidad!

—Y la he pagado —observó Martin.

—Gracias. Eso me recuerda —dijo el señor Pecksniff, sacando el pañuelo— su antigua franqueza. La ha pagado. Estaba a punto de decirlo yo. Me ha engañado, señor. Gracias. Me alegro. Verlo en posesión de salud y de sus facultades es ya suficiente recompensa. Si te engañan es que eres confiado por naturaleza. Soy confiado por naturaleza. Y me alegro. ¡Prefiero ser confiado que desconfiado! —Con una triste sonrisa, hizo una reverencia y se secó las lágrimas de los ojos—. Casi todos los presentes, señor Chuzzlewit —continuó—, me han engañado. Les he perdonado en el acto. Era mi deber, y, por supuesto, lo he cumplido. Si ha sido digno de usted aceptar mi hospitalidad y fingir como ha fingido en mi casa, dejo que lo decida su conciencia. Y no le absolverá. ¡No, señor, no! —Aunque pronunció estas palabras en voz alta y solemne, el señor Pecksniff no se dejó llevar por su fervor hasta tal punto de olvidar la conveniencia de ir hacia la puerta—. Hoy me ha golpeado —dijo— con un bastón, que tengo toda clase de motivos para creer que es muy nudoso, en esa delicada y exquisita parte de la anatomía humana, el cerebro. Ha infligido, señor, golpes peores sin necesidad de bastón en otra parte aún más tierna de mi constitución: el corazón. Ha dicho, señor, que estoy arruinado. Sí, señor, lo estoy. Por culpa de una especulación desafortunada, combinada con un engaño, me veo reducido a la pobreza; justo, señor, cuando mi hija acaba de quedarse viuda y el pesar y la deshonra afligen a mi familia. —Volvió a secarse las lágrimas, y se dio dos o tres golpecitos en el pecho, como si estuviese respondiendo a otros dos o tres golpecitos dados por el tintineante martillo de su conciencia desde el interior, para expresar: «¡Animo, muchacho!»—. Conozco el alma humana, aunque confío en ella. Es mi debilidad. ¿Cree que no sé, señor —se puso aún más quejoso y miró de soslayo a Tom Pinch—, que mis desdichas son la razón por las que me trata así? ¿Cree que ignoro que, de no haber sido por ellas, nunca habría oído lo que he tenido que oír hoy? ¿Que no sé, señor Chuzzlewit, que, en el silencio y la soledad de la noche, una vocecilla le susurrará al oído: «Eso no ha estado bien. ¡No ha estado bien, señor!»? Piénselo, señor (si tiene la bondad), lejos de los impulsos de la pasión y de la parcialidad de los prejuicios, si se me permite recurrir a una

expresión tan fuerte. Y, si alguna vez contempla la tumba silenciosa, señor, aunque espero que disculpe que lo ponga en duda, después de su comportamiento de hoy conmigo; si alguna vez contempla la tumba silenciosa, señor, piense en mí. Si se acerca usted a la tumba silenciosa, señor, piense en mí. Si desea que inscriban algo en su tumba silenciosa, señor, que sea que yo... ¡ay, mi desdichado amigo!, que yo, el humilde individuo que tiene ahora el honor de reprochárselo, le ha perdonado. Que le perdoné cuando las ofensas estaban recientes y cuando acababan de herir mi pecho. Ahora le parecerá amargo, señor, pero para usted será un consuelo. ¡Ojalá lo encuentre cuando lo necesite, señor! ¡Buenos días!

Con este sublime discurso, el señor Pecksniff se despidió. Pero el efecto de su partida se echó a perder en gran parte porque, justo después, estuvo a punto de caerse al suelo al chocar con un hombrecillo muy nervioso con calzas de terciopelo y un sombrero de copa muy alta, que subió a toda prisa por las escaleras y entró en casa del señor Chuzzlewit como un loco.

—¿Alguno de ustedes lo conoce? —gritó el hombrecillo—. ¿Alguno de ustedes lo conoce? ¡Dios mío! ¿Alguno de ustedes lo conoce?

Se miraron unos a otros en busca de una explicación; pero lo único que sabían es que tenían delante a un hombrecillo muy nervioso, con un sombrero muy alto, que no paraba de entrar y salir de la sala tan deprisa, que en vez de un par de calzas azules parecía que llevase al menos una docena, y que no paraba de repetir con voz chillona: «¿Alguno de los presentes lo conoce?».

—¿Es que no está usted en sus *canales*, señor Sweedlepipe? —exclamó otra voz—. Cállese, se lo ruego, señor.

En ese momento vieron a la señora Gamp en el umbral, casi sin aliento después de subir tantas escaleras, jadeando de un modo espantoso, pero sin dejar de hacer reverencias.

—Disculpen la flojera de este hombre —dijo la señora Gamp, mirando indignada al señor Sweedlepipe—, tenía que habérmelo imaginado y haber dejado que se ahogase en el Támesis antes que traerlo aquí, no hace ni una hora casi le rebana la nariz a un padre de familia, señor Chuzzlewit, que tuvo tres veces mellizos, y que menos mal que lo vio venir por el espejo o no habría esquivado la navaja. Nunca hasta ahora, señor Sweedlepipe, me había dado cuenta de la desgracia que es conocerlo a usted. Y ¡lo digo de verdad!

—Les pido perdón, damas y caballeros —exclamó el barbero, quitándose el sombrero—, y a usted también, señora Gamp. Pero... pero... —añadió, medio riendo medio llorando—. ¿Alguno de los ustedes lo conoce?

Cuando el barbero dijo estas palabras, una figura con botas de caña alta y la cabeza vendada entró vacilante en la sala, y empezó a dar

vueltas y más vueltas, convencido, al parecer, de que estaba yendo en línea recta.

—¡Mírenlo! —gritó nervioso el barbero—. ¡Aquí está! Pronto sanará y volverá a encontrarse bien. No está más muerto que yo. Está vivo y coleando. ¿Verdad, Bailey?

—¡Más o menos, Poll! —replicó este caballero.

—¡Miren! —exclamó el barbero, riendo y llorando al mismo tiempo—. Con ayuda, sabe andar perfectamente. ¡Ya está! ¡Arreglado! Ya no le pasa nada, sólo está un poco agitado y mareado, ¿verdad, Bailey?

—¡Bastante agitado, Poll! ¡Bastante! —dijo el señor Bailey—. ¡Caramba, mi querida, Sarah! ¡Está usted ahí!

—¡Vaya un muchacho! —exclamó emocionado Poll, sollozando a su lado—. ¡No conozco a nadie como él! Siempre bromeando. Voy a asociarme con él, lo tengo decidido. Nos llamaremos Sweedlepipe y Bailey. Él se encargará de la parte deportiva (¡menudo será para las competiciones de tiro!) y yo de los afeitados. Le dejaré toda la parte de los pájaros, en cuanto esté mejor. Se quedará con el camachuelo y todo lo demás. ¡Vaya un muchacho! Les pido perdón, damas y caballeros, pero ¡pensé que alguno de ustedes le conocía!

La señora Gamp había observado, no sin envidia y desprecio, que todo el mundo parecía apreciar al señor Sweedlepipe y a su joven amigo; y que a ella la habían dejado de lado. Ahora se abrió paso adelante.

—Lo cual, señor Chuzzlewit —dijo— es bien sabido por la señora Harris, que tiene un dulce niño (aunque ella no quiere que se sepa) en su propia familia, por parte de madre, conservado en alcohol en un frasco; y que vio a ese dulce bebé en la Feria de Greenwich, viajando en compañía de la dama de ojos rosas, el enano *pursiano* y el esqueleto viviente, así que ¡jujue usted sus sentimientos cuando sonó el organillo y le mostraron al hijo de su hermana, y ella no podía haberlo imaginado por el cartel de fuera, porque lo habían retratado vivo y más grande de lo normal, tocando el arpa, aunque el niño no sabía tocarla, pues nunca llegó a respirar en este *baile* de lágrimas! Y la señora Harris, señor Chuzzlewit, hace mucho que me conoce, y puedo informarle a usted de que la dama que ha enviudado no puede mejorar y sí empeorar a no ser que los dulces rostros que tengo delante me permitan cuidarla.

—¡Ah! —dijo el señor Chuzzlewit—. ¿A eso se dedica? ¿Se le han pagado a esta señora las molestias causadas?

—Yo le he pagado, señor —respondió Mark Tapley—, y con generosidad.

—Lo que dice este joven es cierto —dijo la señora Gamp—, y se lo agradezco mucho.

—Pues aquí concluyen nuestros tratos, señora Gamp —replicó el señor Chuzzlewit—. Y, señor Sweedlepipe... ¿se llama así?

—Así me llamo, señor —replicó Poll, aceptando con mucha gratitud las sonoras monedas que el anciano le puso en la mano.

—Señor Sweedlepipe, cuide mucho de su inquilina, y dele algún que otro consejo de vez en cuando. Como por ejemplo —añadió el viejo Martin, mirando muy serio a la perpleja señora Gamp— que conviene beber un poco menos y tener un poco más de humanidad, y pensar un poco menos en uno mismo y un poco más en los pacientes, y tal vez ser un poquito más honrada. Y, cuando la señora Gamp se meta en algún lío, señor Sweedlepipe, dígales que es mejor que no sea cuando yo esté cerca de Old Bailey para ir a declarar voluntariamente como testigo de su carácter. Esfuércese cuanto pueda para que lo comprenda, por favor.

La señora Gamp entrelazó las manos, elevó los ojos hasta ponerlos casi en blanco, se echó hacia atrás la cofia para que el aire fresco llegase a su frente acalorada, y, mientras decía en voz baja: «¡Beber menos...! ¡Sarah Gamp...! ¡La botella en la chimenea para llevármela a los labios cuando me apetezca!», cayó en uno de esos desmayos andantes suyos, y en ese lamentable estado la acompañó a la salida el señor Sweedlepipe, que, con sus dos pacientes, la desfallecida señora Gamp y el giratorio Bailey, estaba muy entretenido, pobre hombre.

El anciano miró a su alrededor con una sonrisa, hasta que sus ojos se posaron en la hermana de Tom Pinch y sonrió aún más.

—Cenaremos todos aquí —dijo—, y, como Mary y tú tenéis mucho que hablar, Martin, os dejaremos al cuidado de la casa hasta la tarde, con el señor y la señora Tapley. Tengo que ir a casa de Tom.

Tom estuvo encantado. Y Ruth también. Se ofreció a acompañarlos.

—Gracias, hija mía —dijo el señor Chuzzlewit—. Pero me temo que tengo que llevarme a Tom un poco lejos, por una cuestión de negocios. ¿Por qué no te adelantas tú?

La preciosa Ruth se mostró igual de encantada.

—Pero sola no —dijo Martin—. Tengo para mí que el señor Westlock querrá acompañarte.

Pues claro que sí, ¿qué otra cosa iba a querer el señor Westlock? ¡Qué obtusos son a veces los ancianos!

—¿Seguro que no tiene otro compromiso?

¡Compromiso! ¡Como si pudiera tener otro compromiso!

Y así salieron, cogidos del brazo. Y, cuando Tom y el señor Chuzzlewit salieron a su vez cogidos del brazo unos minutos después, este último aún seguía sonriendo, y, la verdad, para tratarse de un caballero de sus costumbres, sonreía de un modo muy sagaz.

### **Capítulo LIII. Lo que John Westlock le dijo a la hermana de Tom Pinch, lo que la hermana de Tom Pinch le dijo a John Westlock, lo que Tom Pinch les dijo a ambos y cómo pasaron juntos lo que quedaba del día**

La fuente del Temple centelleaba brillante al sol, la música líquida sonaba risueña, las ociosas gotas de agua bailaban y bailaban, asomaban entre los árboles y caían livianas para ocultarse mientras la pequeña Ruth y su acompañante iban hacia ella.

Por qué fueron a la fuente es un misterio, pues no tenían nada que hacer allí. No les pillaba de paso. Tuvieron que desviarse. Tuvieron que desviarse mucho. La fuente, bendita sea, les interesaba tanto como... qué sé yo, el amor o cualquier otra cosa por el estilo.

Era lógico que Tom y su hermana quedasen en la fuente, pero eso era distinto. Porque, por descontado, si ella tenía que esperarle uno o dos minutos, habría sido muy incómodo esperar en un sitio que no fuese mínimamente tranquilo; y, si se piensa bien, ese lo era. Pero, una vez John Westlock se ofreció a acompañarla y ella lo cogió del brazo para volver a casa (que estaba en dirección contraria), fue muy raro que pasasen cerca de la fuente.

El caso es que allí fueron. Y lo más extraordinario es que fue una especie de acuerdo tácito. Sin embargo, una vez allí, se sintieron un poco turbados, lo cual es muy extraño, pues las fuentes no tienen nada de turbador. Todo el mundo lo sabe.

Era un sitio muy antiguo y muy bonito, dijo John, con un afecto sincero por el lugar.

—¡Muy agradable! —coincidió la pequeña Ruth—. ¡Tan umbrío!

¡Ay, pícara y pequeña Ruth!

Se detuvieron cuando John empezó a alabarlo. Hacía un día exquisito y, al detenerse, nada pareció más natural que se asomaran al patio del jardín, pues el patio del jardín termina en un jardín, y el jardín da al río, y la vista es luminosa y refrescante los días de verano. Luego, ¡oh, pequeña Ruth! ¿por qué no afrontarlo? ¿Por qué meter ese bendito piececito en la esquina rota de una insensible y vieja baldosa de la acera; y preocuparse tanto por volver a dejarla en su sitio?



Si la matrona de rostro encendido y la cofia arrugada los hubiera visto alejarse, ¿cuántos años habría calculado Rostro Encendido que duraría su empleo como lavandera del señor Westlock en Furnival's Inn?

Se alejaron, pero ¡no por las calles de Londres! Fueron por una ciudad encantada, donde las aceras eran de aire, donde todos los ásperos sonidos de una ciudad bulliciosa se convirtieron en una música suave, donde todo era felicidad, donde no había distancia, ni tiempo. Dos fornidos y bonachones carreteros estaban metiendo grandes barriles de cerveza en una bodega; y, cuando John la ayudó —levantándola como en volandas, con la mayor liviandad y delicadeza que se vio jamás— a pasar por encima de la cuerda, los dos dijeron que les debía un favor por haberle dado esa oportunidad. ¡Celestiales carreteros!

Verdes pastos en estío, patios cubiertos de paja en invierno, trigo y trébol en abundancia para ese noble caballo que caracoleó en la calle enganchado a una calesa y la asustó tanto que se agarró a su brazo con las dos manos (las manos se entrelazaron de un modo tan encantador) y le pidió que se refugiasen en la pastelería, desde donde se asomó asustada a la puerta y luego le preguntó si estaba seguro —verdaderamente seguro— de que podían continuar. ¡Ay, que no habría dado por un tiro de caballos desbocados, por un león, por un oso, por un toro furioso, por cualquier cosa que hubiese vuelto a hacer que las manitas se entrelazasen alrededor de su brazo!

Hablaron, claro. Hablaron de Tom y de todos estos cambios, del afecto que le profesaba el señor Chuzzlewit, de las brillantes perspectivas que tenía por delante con un amigo como él, y de muchas otras cosas parecidas. Cuanto más hablaron, más asustada estaba la pequeña Ruth de cualquier pausa y, antes que detenerse, prefería repetir lo mismo una y otra vez; y, cuando no tenía valor o presencia de ánimo suficientes para eso (para ser sinceros, rara vez los tenía), estaba diez mil veces más encantadora e irresistible que antes.

—Supongo que Martin se casará muy pronto —dijo John.

Ella coincidió en que era probable. Nunca una jovencita embrujadora coincidió en nada con una voz tan débil como la de Ruth.

Pero, al intuir que se acercaba otra de esas alarmantes pausas, observó que tendría una mujer muy hermosa. ¿No opinaba igual el señor Westlock?

—Sí... sí —dijo John—. ¡Oh, sí!

Lo dijo con tanta frialdad que ella temió que fuese difícil de contentar.

—Di mejor que ya estoy contento —dijo John—. Apenas me he fijado en ella. No me interesaba. Esta mañana no tenía ojos para *ella*.

¡Ay, Dios mío!

Fue una suerte que llegaran a su destino. Ella no habría podido ir más allá. Habría sido imposible andar con esos temblores.

Tom no había vuelto aún. Entraron juntos en el salón triangular, y solos. ¡Rostro Encendido, Rostro Encendido, cuántos años de empleo te quedarán ahora!

Ella se sentó en el pequeño sofá y se desató las cintas de la cofia. Él se sentó a su lado muy cerca, muy, muy cerca. ¡Oh, acelerado y agitado corazoncito, sabías que acabarías pasando esto y lo estabas deseando! ¿Por qué lates ahora tan deprisa?

—¡Querida Ruth! ¡Dulce Ruth! Si te hubiese querido menos. Hace mucho que podría haberte dicho que te amaba. Te he querido desde el primer momento. ¡Nunca hubo en el mundo una criatura a quien hayan querido más sinceramente que como te quiero yo, Ruth!

Ella se tapó la cara con las manos delicadas. No pudo contener las lágrimas de alegría, orgullo, esperanza y afecto inocente. Brotaron de su joven corazón a modo de respuesta.

—¡Mi amor! Si esto lo es, y casi me atrevo a esperar que lo sea y que no se trate de turbación o dolor, me haces más feliz de lo que puedo decirte o puedes imaginar. ¡Querida, Ruth! ¡Mi buena, amable y seductora Ruth! Creo saber lo que vale tu corazón, creo saber el valor de tu naturaleza angelical. Deja que intente demostrártelo, y me harás aún más feliz, Ruth...

—No más feliz —sollozó— de lo que me harás tú a mí. Nadie puede ser más feliz, John, de lo que me haces tú a mí.

¡Rostro Encendido, prepárate! El salario de siempre, o el aviso de despido. Se acabó, Rostro Encendido. Ya no vamos a necesitarla más.

Ahora las manos pudieron entrelazarse sin necesidad de que las apremiara un caballo encabritado. No hicieron falta leones, osos, ni toros furiosos. Pudieron entrelazarse, infinitamente mejor, sin su ayuda. No hicieron falta carreteros, ni grandes barriles de cerveza como excusa. No hacían falta. El roce leve y suave se posó con timidez, pero con naturalidad, sobre el hombro de su amada, sobre la cintura delicada, la cabeza inclinada, las mejillas ruborizadas, los preciosos ojos, la boca exquisita, todo de la forma más natural posible. Si todos los caballos de Arabia hubiesen salido desbocados al mismo tiempo no podrían haberlo hecho mejor.

Enseguida empezaron otra vez a hablar de Tom.

—¡Espero que le alegre la noticia! —dijo John con los ojos chispeantes. Ruth apretó un poco más las manos al decirlo y le miró muy seria a la cara.

—No tendré que dejarle, ¿verdad, cariño?, no podría dejar a Tom. Estoy segura de que lo sabes.

—¿Crees que te lo pediría? —replicó él, con un... ¡bueno! Da igual.

—Estaba segura —respondió ella, con las lágrimas asomando a sus ojos.

—Y, si quieres, te lo juraré, Ruth, cariño. ¡Dejar a Tom! ¡Vaya un comienzo! ¡Dejar a Tom, cariño! Si Tom y nosotros no fuésemos inseparables, si Tom (que Dios lo bendiga) no disfruta del honor y el amor en nuestro hogar, amor mío, ¡que no tengamos nunca uno! ¡Es un juramento muy importante, Ruth!

¿Debemos registrar cómo se lo agradeció? Sí, lo haremos. Con toda la sencillez, inocencia y pureza de su corazón, aunque con una duda tímida, elegante e indecisa, estampó sobre su promesa un sello sonrosado, cuyo color se reflejó en el rostro de ella, y resaltó el trenzado de su pelo oscuro.

—Tom estará tan feliz, tan orgulloso y tan contento —dijo ella, entrelazando las manos—. Pero ¡tan sorprendido! Estoy segura de que nunca ha pensado en algo así.

Por supuesto, John le preguntó enseguida —porque ya se sabe que estaban en ese estado alocado en el que hay que hacer muchas concesiones— cuándo había empezado ella a sentir así, y eso fue un pequeño cambio en la conversación; y un cambio encantador para ellos, pero no tan interesante para nosotros; al final del cual volvieron a hablar de Tom.

—¡Ah, querido Tom! —dijo Ruth—. Supongo que ahora tendré que contártelo todo, no debería tener secretos para ti. ¿Verdad, John, cariño?

De nada sirve contar ahora cómo le contestó ese atolondrado de John, porque le respondió de un modo intraducible en papel, pero muy placentero en sí mismo. Aunque lo que significó fue «No, no, no, dulce Ruth», o algo parecido.

Luego ella le contó el gran secreto de Tom, sin decirle con exactitud cómo lo había descubierto, sino dejando que él lo dedujera si quería; y a John le entristeció y sintió mucha lástima y compasión. Pero intentarían, afirmó, una vez más, hacerle feliz, y entretenerlo con sus ocupaciones favoritas. Y luego, en mitad de tantas confidencias, le contó a Ruth que tenía una oportunidad excelente de establecerse para ejercer su profesión en el campo, y que había estado pensando, si es que se daban

las felices circunstancias que acababan de cumplirse, en que eso le daría ocupación a Tom, y les permitiría vivir juntos con comodidad, sin que Tom tuviese la sensación de depender de ellos, y ser felices; y Ruth se llevó una gran alegría y empezaron a pensar lo que necesitaría hasta el punto de que ya le habían comprado una biblioteca selecta y le habían fabricado un órgano en el que estaba tocando muy contento, cuando oyeron llamar a la puerta.

Aunque se moría de ganas de contarle lo ocurrido, la pobrecilla Ruth se puso muy nerviosa por su llegada, tanto más porque sabía que estaría acompañado del señor Chuzzlewit. Y así se lo hizo saber temblorosa a John.

—¿Qué puedo hacer, querido John? No soportaría que lo supiese por otra persona y no puedo decírselo si no estamos los dos solos.

—Amor mío —dijo John—, haz lo que te parezca más natural, déjate llevar por el impulso del momento y estoy seguro de que te irá bien.

Apenas había tenido tiempo de decir eso, y Ruth apenas tiempo de apartarse un poco en el sofá, cuando entraron Tom y el señor Chuzzlewit. El señor Chuzzlewit entró primero y a los pocos segundos le siguió Tom.

Entonces Ruth decidió que al cabo de un rato le haría una seña a Tom para que fuese al piso de arriba y se lo contaría en el dormitorio. Pero, cuando vio aparecer su querido rostro, se le conmovió tanto el corazón que se echó en sus brazos, apoyó la cabeza en su pecho y sollozó:

—¡Dame tu bendición, Tom! ¡Mi queridísimo hermano!

Tom alzó la vista sorprendido, y vio que John Westlock estaba a su lado tendiéndole la mano.

—¡John! —exclamó Tom—. ¡John!

—Querido Tom —dijo su amigo—, dame la mano. Somos hermanos, Tom.

Tom se la estrechó con todas sus fuerzas, abrazó a su hermana con fervor y la dejó en brazos de John Westlock.

—No digas más, Tom. Dios ha sido generoso con nosotros. Yo... —Tom no pudo hablar más y se fue del salón, y Ruth corrió tras él.

Y, cuando volvieron al poco rato, ella parecía más guapa, y Tom más bueno y sincero (si es que eso fuese posible) que nunca. Y, aunque Tom seguía sin poder hablar de pura alegría, cogió las manos de John con mayor franqueza que la que ningún discurso expresó jamás.

—Me alegro de que haya elegido este día —le dijo a John el señor Chuzzlewit, con la misma sonrisa sagaz que cuando se marchó—.

Imaginé que lo haría. Espero que Tom y yo hayamos sido lo bastante discretos y nos hayamos entretenido el tiempo suficiente. He perdido tanto la práctica con estas cosas que estaba preocupado, se lo aseguro.

—Su

intención sigue siendo muy aguda, señor —respondió riéndose John—, si le permitió prever lo que iba a pasar hoy.

—Bueno, no estoy seguro, señor Westlock —dijo el anciano—, de que hiciese falta el don de la profecía después de verles juntos a Ruth y a usted. Ven aquí, guapa. Mira lo que hemos comprado Tom y yo esta mañana, mientras tú negociabas con este joven comerciante.

El modo en que el anciano se sentó a su lado y el tono en que le habló como si fuese una niña pequeña fue un poco raro, pero muy tierno y en consonancia con la encantadora Ruth.

—¡Mira —dijo, sacando un estuche del bolsillo— qué estuche tan bonito! ¡Ah! ¡Cómo brilla! Y también unos pendientes, y pulsera y un cinturón. El juego completo es tuyo, y Mary tiene otro igual. Tom no entendía por qué quería dos. ¡Qué miope es Tom! ¡Pendientes, pulseras y un cinto! ¡Ah, precioso! Veamos qué bien te quedan. Pídele al señor Westlock que te los ponga.

Qué gusto verla extender el brazo blanco y terso, y a John (¡oh, astuto, astuto John!) fingiendo que el cierre de la pulsera estaba demasiado duro; qué gusto verla ceñirse el precioso cinturón y pedir ayuda porque sus dedos no acertaban a cerrarlo; qué gusto verla tan confundida y vergonzosa, con esas sonrisas y esos rubores jugando en su rostro, igual que la luz brillante jugaba en las joyas; fue la experiencia más encantadora del año.

—Las joyas y quien las lleva hacen tan buena pareja —dijo el anciano— que no sé cuál favorece a cuál. El señor Westlock podría decírnoslo, pero no le preguntaré porque está comprado. ¡Salud para disfrutarlas, querida, y felicidad para olvidarlas, aunque sean el regalo de un amigo querido!

Le dio una palmadita en la mejilla y le dijo a Tom:

—También tengo que hacer de padre, Tom. No muchos padres casan dos hijas así el mismo día; pero pasaremos por alto que sea tan improbable, con tal de complacer el capricho de un viejo. Puedo pedir esa indulgencia —añadió—, pues Dios sabe que muy pocos caprichos de mi vida han ido encaminados a procurar la felicidad ajena.

Todo esto ocupó tanto tiempo y llevó a una conversación tan animada que, cuando quisieron darse cuenta, faltaban quince minutos para comer. No obstante, un coche de alquiler los llevó al Temple y allí encontraron todo listo para recibirlos.

Como le habían dado al señor Tapley carta blanca para pedir la cena, se había esmerado mucho y les sirvieron un banquete prodigioso, bajo la dirección conjunta de él y de su prometida. El señor Chuzzlewit quiso que ellos también participaran, y Martin enseguida secundó su deseo, pero no hubo manera de convencer a Mark de que se sentara a la mesa, pues afirmó que, al tener el honor de servirles, se sentía ya el dueño del Alegre Tapley, y casi podía imaginar que el banquete se estaba celebrando bajo su techo.

Para convencerse aún más de esta fantasía, el señor Tapley se dedicó a impartir diversas instrucciones a los camareros a propósito de la colocación de los platos y demás; y, como muchas estaban en franca contradicción con cualquier precedente conocido y siempre las daba con su simpática manera de hablar y pensar, causaron gran diversión a estos asistentes, y en ella participó con muy buen humor el propio señor Tapley. También los entretuvo con breves anécdotas de sus viajes, que le sugería la ocasión; y, de vez en cuando, con algún interludio cómico entre él y la señora Lupin, por lo que constantemente se oían risas explosivas detrás de la cómoda y de los respaldos de las sillas y el camarero jefe (que llevaba la peluca empolvada y calzas y era por lo general un hombre serio) se puso muy colorado y se le rompieron las cintas del chaleco.

El joven Martin ocupó la cabecera de la mesa y Tom Pinch se sentó al otro extremo; y, si hubo una cara alegre en la mesa, esa fue la de Tom. Todos lo imitaron. Todos bebieron a su salud, todos querían hablar con él, todos se acordaban de él y todos lo querían. En cuanto soltaba el cuchillo o el tenedor, alguien le tendía la mano para estrechársela. Martin y Mary se lo habían llevado aparte antes de cenar, habían hablado alegremente del futuro y habían insistido tanto en lo mucho que confiaban en que completase su felicidad con su compañía y amistad, que Tom se conmovió hasta las lágrimas. No pudo soportarlo. Su corazón, dijo, rebotaba felicidad. Y así era. Tom decía la pura verdad. Así era. ¡Por muy grande que fuese tu corazón, querido Tom Pinch, ese día no había sitio en él para nada que no fuese felicidad y simpatía!

Y también asistió Fips, el viejo Fips de Austin Friars, que resultó ser el tipo más alegre, teniendo en cuenta que era de los que violentaban sus sentimientos cordiales encerrándose en una oscura oficina.

—¿Dónde está? —exclamó al llegar.

Y luego se abalanzó sobre Tom y le dijo que quería olvidar su antigua discreción, y primero le estrechó una mano y luego la otra, y después le tiró del chaleco y le preguntó cómo estaba e hizo muchas cosas más para expresar su amistad y su alegría. Y entonó canciones, pronunció discursos y apuró la copa de vino con elegancia y, en suma, Fips fue efusivo en todos los sentidos.

Pero ¡ay!, qué felicidad volver paseando a casa —la obstinada y pequeña Ruth no quiso volver en coche—, ¡igual que aquella noche desde

Furnival's Inn! ¡Qué felicidad poder hablar y confiar el uno en el otro!  
¡Qué felicidad contarle sus planes a Tom y ver cómo se le iluminaba la cara mientras hablaban!

Cuando llegaron a casa, Tom dejó a John y a su hermana en el salón, y subió a su cuarto, con la excusa de buscar un libro. Y Tom se guiñó un ojo a sí mismo convencido de haber sido muy perspicaz.

«Querrán estar solos, claro —dijo Tom—, y me he ido con tanta naturalidad que seguro que pensarán que voy a volver enseguida. ¡Es estupendo!»

Pero, cuando llevaba muy poco tiempo leyendo, oyó llamar a la puerta.

—¿Puedo entrar? —dijo John.

—¡Oh, claro! —replicó Tom.

—No nos dejes, Tom. No te quedes aquí solo. Queremos que estés contento, no triste.

—Mi querido amigo —dijo Tom, con una alegre sonrisa.

—Hermano, Tom. Hermano.

—Mi querido hermano —dijo Tom—. No hay peligro de que me ponga triste. ¿Cómo voy a estar triste cuando sé que Ruth y tú tenéis la suerte de teneros el uno al otro? Esta noche me cuesta encontrar las palabras, John —añadió tras una pequeña pausa—. Pero nunca podría decirte la inexpresable alegría que me ha dado este día. Sería injusto que dijese que has elegido a una joven sin dote, pues sé que conoces su valía, estoy seguro. Tampoco disminuirá tu afecto, como podría hacer el dinero.

—Sin duda lo haría, Tom —replicó—. ¡Su valía! ¿Cómo verla y no quererla? ¿Cómo es posible conocerla y no honrarla? ¿Quién podría disponer de un corazón como el suyo y contemplar con indiferencia ese tesoro? ¿Quién podría sentir el raptó que siento hoy, y quererla como la quiero, Tom, sin conocer su valía? ¿Dices que tú alegría es inexpresable? No, no, Tom. ¡La mía, la mía lo es!

—No, no, John —dijo Tom—. La mía, la mía.

La propia Ruth puso fin a su amistosa competición al asomarse a la puerta. Y, ¡ay, qué mirada, en parte orgullosa, en parte tímida, le echó a Tom, cuando su enamorado la acercó a su lado! Casi como si dijese. Sí, claro, Tom, lo hará. Pero está en su derecho porque le quiero, Tom.

Tom estaba encantado. Podría haber pasado horas mirándolos.

—Acabo de decirle a Tom, amor mío, lo que acordamos: que no vamos a permitir que se escape y que no podemos tolerarlo. La pérdida de una

persona como Tom sería insoportable para nuestra familia. No sé si es considerado o egoísta. Pero no hace falta que sea considerado porque para nosotros no es ningún estorbo. ¿Verdad, Ruth?

Bueno, a juzgar por lo que pasó, no era ningún estorbo.

¿Fue frívolo por parte de Tom alegrarse tanto de que se acordaran de él en esa ocasión? ¿Fue frívolo el cariño de ellos, fueron frívolas sus atenciones y su demora al despedirse? ¿Fue frívolo que John contemplase su ventana desde la calle y valorase sus brillantes reflejos por encima del de cualquier diamante? ¿Fue frívolo que ella pronunciara su nombre de rodillas y abriera su corazón ante ese Ser del que proceden esos corazones y esos afectos?

Si lo fueron, ¡larga vida y prosperidad a Rostro Encendido! Si no lo fueron, ¡Rostro Encendido, atrás! ¡Ve con tu cofia arrugada a atender a otro caballero soltero, porque has perdido uno para siempre!



## Capítulo LIV. Preocupa mucho al autor, pues es el último del libro

La pensión Todgers estaba muy ajetreada y en sus salones comerciales se ultimaban los preparativos para el desayuno. Había llegado la feliz mañana en que la señorita Pecksniff iba a unirse a Augustus en santo matrimonio.

La señorita Pecksniff se hallaba en un estado de ánimo que la favorecía tanto a ella como a la ocasión. Rebosaba clemencia y conciliación. Había amontonado varias fanegas de ascuas encendidas y estaba dispuesta a echárselas en la cabeza de sus enemigos. No albergaba ni una chispa de rencor ni encono en su corazón. Ni la más mínima.

Las disputas, afirmaba la señorita Pecksniff, eran espantosas en las familias; y, aunque nunca podría perdonar a su querido padre, estaba dispuesta a recibir a sus demás parientes. Llevaban separados, observó, demasiado tiempo. No era raro que su familia hubiese estado sometida a semejantes castigos. Estaba convencida de que la muerte de Jonas era un castigo por sus disensiones internas. Y aún se convencía más al verlo leve que había sido el castigo para ella.

A fin de sacrificarse —no para jactarse de su triunfo, claro, no para jactarse de su triunfo, sino movida por un espíritu de contrición— esta amable y joven persona escribió a su pariente, la mujer de carácter fuerte, y la informó de que los esponsales iban celebrarse ese día; de que le había hecho mucho daño su conducta antinatural y la de sus hijas; y de que esperaba que no les hubiese pesado mucho en la conciencia; de que quería perdonar a sus enemigos y hacer las paces con todos antes de pronunciar el más solemne de los votos con el más devoto de los hombres; y de que le tendía una mano amistosa; de que, si la mujer de carácter fuerte estaba dispuesta a estrechar su mano con el mismo espíritu con que ella la tendía, la señorita Pecksniff la invitaba a asistir a la ceremonia de su boda, y además invitaba a sus hijas, las tres solteronas de nariz colorada (aunque la señorita Pecksniff no aludió a su nariz), a ser sus damas de honor.

La mujer de carácter fuerte respondió que su conciencia y la de sus hijas gozaba de muy buena salud y que sabía que la señorita Pecksniff se alegraría de saberlo, que había recibido la nota de la señorita Pecksniff con una alegría ilimitada, pues nunca había dado ninguna importancia a las miserables e insignificantes envidias que habían sufrido ella y sus allegados y tan sólo le habían parecido un motivo inocente de diversión. Que asistiría encantada a la boda de la señorita Pecksniff y que a sus tres queridas hijas les alegraría también asistir a una ocasión tan interesante e inesperada (la mujer de carácter fuerte subrayó la palabra «inesperada»).

Al recibir tan elegante respuesta, la señorita Pecksniff hizo extensivos su perdón y sus invitaciones al señor y la señora Spottletoe; al señor George Chuzzlewit, el primo soltero; a la mujer solitaria que casi siempre tenía dolor de muelas; y al caballero velludo de rostro esbozado; los supervivientes del grupo que una vez se había congregado en el salón del señor Pecksniff. Hecho lo cual, la señorita Pecksniff observó que la dulzura de cumplir con el deber compensaba los tragos más amargos.

Los invitados no habían llegado aún, y de hecho era tan pronto que la señorita Pecksniff aún se estaba vistiendo cuando un coche se detuvo cerca del Monumento; y Mark se apeó del asiento trasero exterior y ayudó a bajar al señor Chuzzlewit. El coche se quedó esperando, y lo mismo hizo el señor Tapley. El señor Chuzzlewit se encaminó a la pensión Todgers.

El triste sucesor del señor Bailey lo llevó al comedor donde —puesto que esperaba su visita— acudió enseguida la señora Todgers.

—Veo que se ha vestido usted para la boda —dijo.

La señora Todgers, muy agitada con los preparativos, respondió que así era.

—Le aseguro, señor, que va contra mis deseos celebrarla ahora —dijo la señora Todgers—, pero la señorita estaba decidida, y la verdad es que ya era hora de que se casase. Eso no se puede negar, señor.

—No —dijo el señor Chuzzlewit—, desde luego. ¿Su hermana no participa en los preparativos?

—Dios mío, no, señor. ¡Pobrecilla! —dijo la señora Todgers, moviendo la cabeza y bajando la voz—. Desde que supo lo peor, no ha vuelto a salir de mi habitación, la de al lado.

—¿Está dispuesta a verme? —preguntó.

—Sí, señor.

—Pues no perdamos más tiempo.

La señora Todgers lo llevó a la salita de atrás, que daba al depósito del agua; y allí, tristemente distinta de la primera vez que se alojó en ella, estaba la pobre Merry vestida de luto. La habitación parecía oscura y triste; y ella también, aunque tenía a su lado un amigo fiel hasta el final: el viejo Chuffey.

Cuando el señor Chuzzlewit se sentó, ella le cogió la mano y se la llevó a los labios. Estaba muy afligida. Él también parecía afectado, pues no había vuelto a verla desde que se despidieron en el cementerio.

—La juzgué a usted con precipitación —dijo en voz baja—. Me temo que la juzgué con crueldad. Dígame que me ha perdonado.

Ella volvió a besarle la mano y, sin soltársela, le dio las gracias con voz entrecortada por la amabilidad que le había manifestado después.

—Tom Pinch —dijo Martin— me ha contado fielmente todo lo que le pidió que me dijera; y en una ocasión en que él creyó muy improbable que pudiera tener oportunidad de darme su recado. Créame que, si alguna vez vuelvo a encontrarme ante una naturaleza aturdida, mal aconsejada y que oculte su fuerza confundiéndola con debilidad, la trataré con una consideración mucho más piadosa.

—La tuvo usted conmigo, incluso conmigo —respondió ella—. Lo sé. Dije esas palabras que acaba de repetir cuando la angustia se me había hecho casi insoportable; las digo ahora para los demás, pero no para mí. Me habló usted después de verme y de observarme muchos días. Fue muy considerado. Tal vez podría haber sido más amable; tal vez podría haber intentado ganarse mi confianza con más dulzura, pero el resultado habría sido el mismo.

Él negó con la cabeza para expresar sus dudas, y reprochándoselo para sus adentros.

—¡Cómo voy a creer —dijo Merry— que su intervención podría haberme ayudado cuando sé lo obstinada que era yo entonces! No me paraba a pensar, querido señor Chuzzlewit. En aquel entonces no me paraba a pensar, ni pensaba, ni tenía corazón ni me preocupaba encontrar uno. Lo he encontrado en mi desgracia. Lo he sentido en mi desgracia. No querría recordar mi desdicha —y eso que no es nada en comparación con lo que padecen cientos de buenas personas a diario—, lo sé... no querría recordarla, si pudiera. Ha sido mi amiga, pues sin ella nada me habría cambiado. No desconfíe de mí por estas lágrimas, no puedo evitar verterlas. En el fondo lo agradezco. ¡De verdad que sí!

—¡Cierto! —dijo la señora Todgers—. ¡Yo lo creo, señor!

—Y ¡yo también! —dijo el señor Chuzzlewit—. Ahora escúcheme, amiga mía. Los bienes de su difunto marido, si no se han perdido por el reconocimiento de la enorme deuda contraída con la oficina quebrada (documento que, al no tener utilidad para los fugitivos, estos han enviado de nuevo a Inglaterra, no tanto por el bien de los acreedores como por la animadversión que les inspira el hombre a quien aún creen con vida), serán incautados por la autoridades; pues, según me han informado, no están exentos de las reclamaciones de quienes sufrieron el fraude en que estaba involucrado. Las propiedades de su padre estaban todas, o casi todas invertidas, en la misma transacción. Si ha quedado alguna, la incautarán igualmente. Allí no encontrará ningún hogar.

—No podría volver con él —dijo ella, aludiendo de forma instintiva a que le había obligado a casarse—. ¡No podría!

—Lo sé —replicó el señor Chuzzlewit—, y estoy aquí porque lo sé. ¡Venga conmigo! Puede usted contar con la generosa bienvenida de cuantos me rodean (me he asegurado antes). Pero, hasta que se restablezca su salud y se encuentre con fuerzas de afrontarla, vivirá en cualquier sitio tranquilo de su elección, cerca de Londres; no muy lejos para que esta amable señora pueda ir a visitarla cuando quiera. Ha sufrido mucho, pero es usted joven y tiene un futuro mejor y más brillante por delante. Venga conmigo. Me consta que a su hermana le trae sin cuidado. Ha anunciado su boda (por decirlo suavemente) de un modo muy poco decoroso, es mala y nada fraternal. Deje esta casa antes de que lleguen los invitados. Quiere hacerla sufrir. ¡No permita que la ofenda y venga conmigo!

La señora Todgers, aunque no quería separarse de ella, se esforzó en convencerla. Hasta el pobre y anciano Chuffey (con quien, por supuesto, también habían contado) lo intentó también. Ella se apresuró a vestirse y estaba lista para marcharse cuando la señorita Pecksniff entró apresuradamente en la habitación.

Tan apresuradamente entró que la situación fue un tanto embarazosa. Pues, aunque se había puesto el tocado nupcial, que era un gorro con flores naranjas, no se había puesto aún las faldas y sólo llevaba un camisón de bombasí. De hecho había entrado tan deprisa para consolar a su hermana en su aflicción mostrándole el citado gorro; y, como ignoraba que hubiese venido una visita, se encontró cara a cara con el señor Chuzzlewit y se llevó una incómoda sorpresa.

—¡Una dama tan joven! —dijo el anciano, mirándola con evidente desagrado—. ¡Se casa usted hoy!

—Sí, señor —replicó con modestia la señorita Pecksniff—. Así es. Yo... mi atuendo es más bien... ¡Caramba, señora Todgers!

—Veo que he turbado su delicadeza. No me extraña. Ha elegido usted un mal momento para casarse.

—Disculpe, señor Chuzzlewit —replicó Cherry muy colorada y enfadada—, pero, si tiene algo que decir, le ruego que hable con Augustus. No creo que sea muy viril obligarme a discutir con usted cuando tiene a Augustus a su disposición en cualquier momento. ¡No tengo nada que ver con los manejos en los que haya podido incurrir mi padre! —dijo, picada—. Y, como quiero llevarme bien con todo el mundo en una ocasión como esta, me habría gustado que nos honrara con su presencia en el almuerzo. Pero, en vista de que la otra parte lo ha predispuesto en mi contra, no se lo pediré. Creo sentir afecto y lástima por la otra parte, pero no puedo someterme siempre a ella, señor

Chuzzlewit. Eso sería demasiado. Confío en tener un poco más de respeto por mí misma y por el hombre que ha pedido mi mano.

—Su hermana se va a venir a vivir conmigo, pues, aunque ella nada me ha dicho, tengo la impresión de que no ha recibido mucha consideración por parte de usted —dijo el señor Chuzzlewit.

—Me alegra mucho descubrir que por fin tiene un poco de buena suerte —replicó la señorita Pecksniff, moviendo la cabeza—. La felicito. No me sorprende que este acontecimiento le resulte doloroso, pero no hay nada que pueda hacer por evitarlo, señor Chuzzlewit. No es culpa mía.

—Vamos, señorita Pecksniff —dijo con calma el anciano—. Preferiría que su despedida fuese más cariñosa. Quisiera ver más cariño por su parte, dadas las circunstancias. Así tendría usted un amigo. Tal vez le haga falta algún día.

—Me disculpará usted, señor Chuzzlewit, pero mis amigos y relaciones —replicó muy digna la señorita Pecksniff— son las que haya anudado y cimentado Augustus. Mientras Augustus sea mío, no necesito amigos. Si habla usted de amigos, señor, me veo obligada a rogarle, por última vez, que hable con Augustus. Esa es mi impresión de la ceremonia religiosa en que pronto voy a participar en el altar al que me conducirá Augustus. No le guardo rencor a nadie, y menos en un momento de triunfo; y menos aún a mi hermana. Por el contrario, la felicito. Si no me ha oído decirlo, no es culpa mía. Y, como mi deber con Augustus es ser puntual en una ocasión en la que es natural que esté impaciente... ¡de verdad, señora Todgers!, tengo que rogarle, señor, que me disculpe si me marchó.

Con estas palabras el gorro nupcial desapareció con tanta dignidad como le permitió el camisón de bombasí.

El viejo Martin le dio el brazo a la hermana menor sin decir nada y se marchó. La señora Todgers, con su atuendo de fiesta aleteando al viento, los acompañó al coche, le echó los brazos al cuello a Merry a modo de despedida y volvió a su cochambrosa pensión llorando todo el camino. La señora Todgers era de cuerpo flaco y enjuto, pero dentro tenía un alma noble. Tal vez el buen samaritano fuese flaco y enjuto y se le hiciera difícil vivir. ¡Quién sabe!

El señor Chuzzlewit la miró con tanta intensidad que hasta que cerró la puerta no reparó en la expresión de Mark Tapley.

—¡Caramba, Mark! —dijo en cuanto lo vio—. ¿Qué sucede?

—¡Un acontecimiento maravilloso, señor! —replicó Mark, hablando con suma dificultad y casi incapaz de articular palabra por más que se esforzaba—. ¡Una coincidencia sin igual! ¡Que me aspen si no hay aquí dos antiguos vecinos nuestros, señor!

—¡Qué vecinos! —exclamó el anciano Martin, asomándose a la ventana—. ¿Dónde?

—Yo estaba yendo y viniendo a pocos metros de aquí —dijo sin aliento el señor Tapley—, y se acercaron a verme como fantasmas y ¡eso me parecieron! Es el acontecimiento más maravilloso jamás sucedido. ¡Que alguien traiga una pluma y me derribe con ella!

—¿Qué quieres decir? —exclamó el viejo Martin, tan nervioso al ver el nerviosismo de Mark como ese peculiar caballero—. ¿Vecinos, dónde?

—¡Aquí, señor! —replicó el señor Tapley—. ¡Aquí en la City londinense! ¡En estas mismas piedras! ¡Están aquí, señor! ¡Como si no los conociera! ¡Bendito sea su rostro, como si no los conociera!

Y con semejantes expresiones de contento el señor Tapley no sólo señaló a un hombre de aspecto digno y a una mujer que estaba a su lado, sino que empezó a abrazarlos una y otra vez, en el patio del Monumento.

—¿Vecinos, dónde? —gritó el anciano, a punto de volverse loco por sus inútiles esfuerzos por abrir la portezuela del coche.

—¡Vecinos en Estados Unidos! ¡Vecinos en Edén! —exclamó Mark—. Vecinos en el pantano, vecinos en el bosque, vecinos en las fiebres. ¡Cómo nos cuidó ella! ¡Cómo nos ayudó él! ¡Los dos habríamos muerto sin su ayuda! ¡Han logrado regresar sin un solo niño que les consuele! Y ¡me pregunta qué vecinos son!

Volvió a marcharse totalmente desquiciado, abrazándolos y dando saltitos a su alrededor como si estuviese interpretando una danza exótica y frenética.

El señor Chuzzlewit, nada más comprender quiénes eran esas personas, se las arregló para abrir la portezuela, salió a trompicones, y, como si la locura del señor Tapley fuese contagiosa, se puso a darles la mano y hacer gala de una gran alegría.

—¡Suban detrás! —dijo—. ¡Suban al asiento exterior! ¡Vengan conmigo! ¡Tú sube al pescante, Mark! ¡A casa, a casa!

—¡A casa! —gritó el señor Tapley, cogiéndole de la mano en un estallido de entusiasmo—. Eso mismo opino yo, señor. ¡A casa! Disculpe la libertad, señor, no puedo evitarlo. ¡Larga vida al Alegre Tapley! No habrá nada que no puedan pedir excepto la cuenta. ¡A casa! ¡Hurra!

Así que fueron a casa, lo más deprisa posible, en cuanto volvió a subir el anciano. El fervor de Mark no disminuyó un ápice por el camino, sino que le dio rienda suelta como si se encontrara en la llanura de Salisbury.

Y ahora empezaron a llegar los invitados a la pensión Todgers. El señor Jinkins, el único inquilino de la pensión al que habían invitado, fue el primero en llegar. Llevaba una cinta blanca en el ojal, y una levita nueva con doble forro de color azul Sajonia (eso decía la factura) con varios tortuosos adornos en los bolsillos, ideados por el artista para honrar ese día. El desdichado Augustus ya no sentía animadversión ni siquiera por Jinkins. No le quedaban fuerzas.

—¡Que venga! —había dicho en respuesta a la señorita Pecksniff, cuando ella insistió en invitarlo—. ¡Que venga! Siempre ha sido un obstáculo en mi vida. Es lógico que esté presente. ¡Ja, ja, ja! ¡Oh, sí, que venga Jinkins!

Jinkins había aceptado encantado y ahí estaba. Los primeros minutos no tuvo más acompañante que el desayuno que habían servido en el salón con inusitados gusto y ceremonia. Pero la señora Todgers enseguida fue a acompañarlo; el primo soltero, el joven caballero velludo y el señor y la señora Spottletoe llegaron rápidamente uno tras otro.

El señor Spottletoe saludó a Jinkins con una animosa reverencia.

—Encantado de conocerle, señor. ¡Le deseo mucha felicidad! —dijo convencido de que Jinkins era el afortunado.

El señor Jinkins se explicó. Sólo estaba haciendo los honores en nombre de su amigo Moddle, que había dejado de residir en la casa, y no había llegado todavía.

—¡Que no ha llegado, señor! —exclamó Spottletoe muy acalorado.

—Aún no —dijo el señor Jinkins.

—¡Por mi alma! —exclamó Spottletoe—. Pues ¡sí que empieza bien! Por mi vida y mi honor, ¡sí que empieza bien este joven! No acabo de entender por qué todos los que entran en contacto con esta familia tienen que insultarla. ¡Demonios! Aún no ha llegado. ¡Ni siquiera está aquí para recibirnos!

El sobrino del rostro esbozado insinuó que tal vez hubiese encargado un par de botas nuevas y no hubiesen llegado a casa.

—¡No me venga con botas, señor! —replicó Spottletoe, con inmensa indignación—. En tal caso tendría que venir en zapatillas y si no descalzo. No intente excusar a su amigo con una disculpa tan ridícula y evasiva como unas botas, señor.

—No es mi amigo —dijo el sobrino—. No lo he visto en mi vida.

—Muy bien, señor —replicó el iracundo Spottletoe—. En ese caso, no me diga nada más.

En ese momento se abrió la puerta y la señorita Pecksniff entró tambaleándose, apoyada en las tres damas de honor. La mujer de carácter fuerte cerraba la retaguardia, pues había estado esperando fuera hasta ese momento, con intención de echar a perder la escena.

—¡Cómo está usted, señora! —le dijo Spottletoe en tono desafiante a la mujer de carácter fuerte—. Creo que ya ha visto a la señora Spottletoe, señora.

La mujer de carácter fuerte, muy interesada por la salud de la señora Spottletoe, lamentó que no fuese más fácil verla, pues la naturaleza, en el caso de esta señora, había pecado de delgadez.

—Al menos es más fácil verla que al novio, señora —replicó el marido—. Es decir, a no ser que haya limitado sus atenciones a una parte o rama de esta familia, lo cual estaría muy en consonancia con su habitual comportamiento.

—Si lo dice usted por mí, señor... —empezó la señora de carácter fuerte.

—Por favor —terció la señorita Pecksniff—, no dejen que Augustus, en este espantoso momento de su vida y de la mía, sea el medio que perturbe la armonía que tanto él como yo queremos que prevalezca. Augustus no conoce a ninguno de mis parientes. Lo ha preferido así.

—En ese caso me atrevo a afirmar —exclamó el señor Spottletoe— que el hombre que aspira a formar parte de esta familia y «prefiere» no conocer a sus miembros es un lechuguino impertinente. ¡Esa es mi opinión!

La mujer de carácter fuerte observó, con mucha delicadeza, que se temía que tenía razón. Sus tres hijas dijeron en voz alta que era vergonzoso.

—No conocen ustedes a Augustus —dijo la señorita Pecksniff al borde de las lágrimas—, está claro que no lo conocen. Augustus es todo dulzura y humildad. Esperen a verlo y estoy segura de que sabrá ganarse su afecto.

—La cuestión es —dijo Spottletoe, cruzándose de brazos—: ¿cuánto tendremos que esperar? Les aseguro que no estoy acostumbrado. Y quiero saber cuánto se supone que debemos hacerlo.

—¡Señora Todgers! —dijo Charity—. ¡Señor Jinkins! Me temo que ha debido de producirse alguna confusión. ¡Augustus ha debido de ir directo a la iglesia!

Como era una posibilidad y la iglesia estaba cerca, el señor Jinkins corrió a comprobarlo, acompañado por el señor George Chuzzlewit, el primo soltero, que prefería cualquier cosa al suplicio de tener delante el



desayuno sin poder comer. Pero volvieron sin más noticias que un amable recado del sacristán que les advertía de que, si querían casarse esa mañana, más valía que se dieran prisa porque el cura no iba a esperar todo el día.

Entonces la novia se asustó: se asustó mucho. ¡Dios, qué podía haber ocurrido! ¡Augustus! ¡Querido Augustus!

El señor Jinkins se ofreció a ir en coche de alquiler a buscarlo a la casa recién amueblada. La mujer de carácter fuerte consoló a la señorita Pecksniff. Era una muestra de lo que debía esperar. Le haría bien. Le quitaría romanticismo al noviazgo. Las hijas con la nariz colorada también la consolaron amablemente. «Aún puede que llegue a tiempo», dijeron. El sobrino del rostro esbozado apuntó que podía haberse caído de un puente. La cólera del señor Spottletoe resistió todas las súplicas de su mujer. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y la señorita Pecksniff, con las manos entrelazadas, buscaba consuelo en todas partes y no lo encontraba en ningún sitio, cuando Jinkins, que se había encontrado con el cartero en la puerta, volvió con una carta y la dejó entre sus manos.

La señorita Pecksniff la abrió, la miró por encima y soltó un grito desgarrador; luego la tiró al suelo y se desmayó.

Recogieron la carta, se agolparon en torno a ella y, mirando por encima del hombro de los demás, leyeron, con las palabras y guiones siguientes, esta misiva:

Alta mar, lejos de Gravesend

Goleta clíper Cupid

Miércoles de madrugada

Eternamente ofendida señorita Pecksniff:

Antes de que reciba usted la presente, el abajo firmante estará —si no muerto— camino de la tierra de Van Diemen<sup>[136]</sup>. No envíen a nadie en mi persecución. ¡Nunca me atraparán con vida!

La carga —300 toneladas, según el registro, disculpe si, en mi distracción, aludo al barco— sobre mi espíritu ha sido ciertamente espantosa. A menudo, cuando ha intentado usted consolar mi frente con besos, se me ha pasado por la cabeza la autodestrucción. Con frecuencia —por increíble que parezca— he descartado la idea.

Amo a otra. Es de otro. Todo parece ser de otro. Nada en el mundo es mío: ni siquiera mi situación, que he desperdiciado, con mi conducta impulsiva, al huir.

¡Si alguna vez me amó, escuche mi última petición! La última petición de un exiliado triste y desdichado. Haga llegar lo que le adjunto —es la llave de mi escritorio— a la oficina, por mano propia. Por favor, diríjala a Bobbs y Cholberry... perdón: a Chobbs y Bolberry, mi imaginación está totalmente desquiciada. He dejado una navaja con mango de cuerno de gamo en su neceser. Con ella se pagará al mensajero. ¡Ojalá lo haga a él más feliz que a mí!

¡Ay, señorita Pecksniff! ¿Por qué no me dejó usted en paz? ¿Acaso no fue cruel, cruel? ¡Oh, cielos! ¿Acaso no ha sido usted testigo de mis sentimientos —no los ha visto manar de mis ojos—, no me reprochó usted misma que llorase más de lo normal la última y espantosa noche en que nos vimos —en esa casa, donde una vez encontré la paz, a pesar de estar destrozado— en compañía de la señora Todgers?

Pero estaba escrito —en el Talmud— que usted se inmiscuyera en el destino inescrutable y tétrico que debo cumplir y que ciñe —incluso ahora— mis sienes. No se lo reprocho, pues soy yo quien la ha ofendido. ¡Espero que los muebles puedan compensarla en algo!

¡Adiós! ¡Sea la orgullosa novia de una corona ducal y olvídeme! ¡Ojalá tarde usted mucho en conocer la angustia que ahora me aflige entre los tempestuosos gritos de los marineros!

Inalterablemente nunca suyo,

Augustus

Pensaron tan poco en la señorita Pecksniff, mientras leían ansiosos la carta, como si fuese la última persona en la tierra a quien pudiera afectar. Pero se había desmayado de verdad. La amargura de su humillación; la amargura de haber invitado a testigos, y ¡a qué testigos!, para presenciarse; la amargura de saber que la mujer de carácter fuerte y las hijas de la nariz colorada se alzaban triunfantes en la hora de su prevista derrota, le resultó insoportable. La señorita Pecksniff se había desmayado de verdad.

¿Qué música tan hermosa es esta? ¿Qué es este salón en penumbra?

Y, esa figura sentada al órgano, ¿quién es? ¡Ah, Tom, querido Tom, viejo amigo!

Tu cabeza ha encanecido prematuramente, aunque ha pasado tiempo desde la última vez que nos vimos, Tom. Pero en esa melodía con la que

tienes por costumbre sobrellevar la compañía del crepúsculo, habla la música de tu corazón, se relata la historia de tu vida.

Tu vida es tranquila, sosegada y feliz, Tom. En los suaves acordes que una y otra vez se deslizan hasta el oído, tal vez encuentre una voz el recuerdo de tu antiguo amor, pero es un recuerdo amable, dulce y susurrante, como el que tenemos a veces de los muertos y no te duele ni te hiere, ¡gracias a Dios!

Pulsa despacio las notas, Tom, con toda la dulzura que quieras, tu mano jamás caerá con tanta levedad sobre ellas como sobre la cabeza de tu tirano derrocado y que tan, tan bajo ha caído; y nunca obtendrá una respuesta tan hueca como la que da siempre él.

Porque un borracho mendigo dedicado a escribir cartas patéticas, llamado Pecksniff, con una hija gruñona, te ronda como un fantasma; y, cuando te pide dinero, te recuerda que hizo tu fortuna antes que la suya; y, cuando lo gasta, obsequia a los parroquianos de la taberna con la historia de tu ingratitud y de la munificencia que mostró siempre contigo; y luego les muestra los agujeros de los codos y los zapatos sin suela y ruega a quienes les escuchan que los miren, mientras tú estás confortablemente vestido y alojado. ¡Lo sabes y aun así lo sobrellevas, Tom!

Por eso, con una sonrisa, pasas con dulzura a otro compás; a uno más vivo y alegre; y a tu alrededor danzan unos piececillos y unos ojitos se alzan para mirar los tuyos. Y hay otra criaturita, Tom: la hija de ella, no la de Ruth, a quien tus ojos contemplan mientras bailan y que, al verte a veces tan pensativo, corre a trepar a tu rodilla y apoya la mejilla contra la tuya, y que te quiere, Tom, más que a nadie, si eso es posible; y que, una vez que cayó enferma, te escogió a ti como enfermero y nunca mostró impaciencia, Tom, mientras estuviste a su lado.

Ahora interpretas un aria más seria: una melodía dedicada a los viejos amigos y al tiempo pasado; y mientras te demoras en las teclas y en las elaboradas armonías, se alzan ante tus ojos. El espíritu del anciano muerto, a quien tanto gustaba anticiparse a tus necesidades y que nunca dejó de honrarte, está ahí entre los demás: ¡repetiendo, con expresión sosegada y tranquila, las palabras que te dijo en su lecho de muerte, y bendiciéndote!

Y del jardín, cubierto de flores esparcidas por los niños, llega tu hermana, la pequeña Ruth, con los pies y el corazón tan ligeros como en los viejos tiempos y se sienta a tu lado. Desde el presente y el pasado, con los que ella está tiernamente entrelazada en todos tus pensamientos, la melodía se alza hacia el futuro. Mientras resuena fuera y en tu interior, tu rostro luminoso la mira con un amor y una confianza que sabe que no pueden morir. ¡La noble música la envuelve en una nube melodiosa, descarta el grosero panorama de una despedida terrena y la eleva, Tom, al cielo!

**Apéndice**

## Prólogo a la edición económica de 1850<sup>[137]</sup>

Mi principal objetivo con esta historia era mostrar desde diversos ángulos el más común de los vicios: exponer cómo se contagia el egoísmo y en qué tétrico gigante puede convertirse a partir de unos pequeños inicios.

Estoy convencido de que todos los Pecksniff de la tierra coinciden en que jamás existió un personaje como el señor Pecksniff. No llevaré la contraria a unas personas tan amables y poderosas, pero quisiera hacer una observación sobre la personalidad de Jonas Chuzzlewit.

Creo que la sórdida vulgaridad y la brutalidad de Jonas no serían naturales si su educación, y los preceptos y ejemplos que tuvo siempre delante, no hubiesen engendrado y desarrollado los vicios que lo hacen tan odioso. Pero, nacido y educado así, admirado por lo que lo hacía más odioso y disculpado desde la cuna por su astucia, avaricia y carácter traicionero, afirmo que es el resultado legítimo del padre contra quien se volvieron estos vicios. Y creo que el hecho de que se vuelvan contra ese anciano en su edad propecta no es un ejemplo de justicia poética, sino la extrema exposición de la pura verdad.

Hago este comentario sobre el personaje y pido que el lector repare en él al leer esta historia, porque no hay nada más común en la vida real que la falta de reflexión provechosa sobre las causas de muchos vicios y crímenes que causan el espanto general. Y lo que es cierto de las familias también lo es de la sociedad. Recogemos lo que sembramos. Que el lector vaya a la sección infantil de cualquier prisión inglesa, o, lamento añadir, a muchos hospicios, y juzgue si quienes deshonoran nuestras calles, pueblan nuestras cárceles y prisiones y abarrotan las colonias penitenciarias son monstruos o criaturas a quienes hemos dejado deliberadamente educarse para la ruina y la miseria.

La parte norteamericana del libro no es tanto una caricatura como, en su mayor parte, una exposición del lado más ridículo del carácter norteamericano, de ese lado que, por naturaleza, es el más llamativo y el que es más fácil que vean viajeros como el joven Martin y Mark Tapley. Como, al escribir ficción, jamás he disimulado lo que es ridículo o malo en mi país, espero (y creo) que los estadounidenses no me reprocharán que haga lo mismo fuera de él. Pero algunas autoridades me han dado a entender que hay escenas norteamericanas en estas páginas que son claras exageraciones y que la Asociación del Agua con Tostadas y su elocuencia, por ejemplo, superan los límites de lo creíble. Me gustaría subrayar que esa parte de las vivencias norteamericanas de Martin Chuzzlewit es una paráfrasis literal de algunos informes sobre actos públicos en Estados Unidos (en particular de la Asociación del Vino y el Brandy) que publicó el periódico *The Times* entre junio y julio

de 1843, más o menos en la misma época en que escribí esa parte del libro. En esa época hubo, por parte del agitado partido de Jóvenes Norteamericanos, manifestaciones de simpatía por Irlanda y hostilidad a Inglaterra en las que se dijeron cosas tan absurdas que, al verlas, no perdí la ocasión de ridiculizarlas. Y no lo hice por animosidad contra Estados Unidos, sino igual que habría hecho si se me hubiese presentado la misma oportunidad, con respecto a Londres, Dublín, París o Devonshire.

En todos los relatos de esta colección económica, y en todos mis escritos, espero haber aprovechado todas las oportunidades que estaban en mi mano para mostrar la necesidad de mejorar las condiciones sanitarias de los pobres. La señora Sarah Gamp es un retrato de la enfermera contratada que atiende a los pobres cuando enferman. Los hospitales londinenses son, en muchos aspectos, instituciones muy nobles; y, en otros, muy defectuosas. No creo que el menor de los ejemplos de su mala gestión sea el hecho de que la señora Betsey Prig ofrezca un justo retrato de la enfermera de hospital; ni que en 1849 los hospitales, con sus medios y fondos, hayan dejado que sean la empresa y la humanidad privadas quienes intenten mejorar a esa clase de personas.

Londres, noviembre de 1849

## Posfacio añadido en 1868

En una cena pública ofrecida en mi honor el sábado 18 de abril de 1868 en la ciudad de Nueva York por doscientos representantes de la prensa de Estados Unidos, hice, entre otras, las siguientes observaciones:

«Tanto se ha oído mi voz últimamente en este país que podría contentarme con no molestarles más desde este estrado, si no me creyera obligado, no sólo aquí sino en cualquier ocasión, dondequiera y comoquiera que se presente, a expresar mi gratitud por el modo en que me han recibido en mi segunda visita a Norteamérica, y a prestar sincero testimonio de la generosidad y magnanimidad de esta nación. También me siento obligado a declarar lo mucho que me han sorprendido los cambios tan increíbles que veo en todas partes: morales, físicos, en la cantidad de tierra poblada y roturada, en el surgimiento de nuevas ciudades, en el crecimiento de las antiguas hasta volverlas casi irreconocibles, cambios en las distracciones y los placeres de la vida, cambios en la prensa, sin cuyo progreso no puede producirse ningún otro. No soy, créanme, tan arrogante para creer que en veinticinco años no se habrá producido también algún cambio en mí, y que no tenía nada que aprender ni impresiones que corregir cuando vine aquí por primera vez. Y esto me lleva a una cuestión sobre la que, desde que desembarqué en Estados Unidos el pasado noviembre, he observado un estricto silencio, aunque varias veces me he sentido tentado a romperlo, y de la cual, con su permiso, me dispongo a hacerles ahora partícipes. Incluso la prensa, por ser humana, puede equivocarse o estar mal informada en ocasiones, y creo haber observado en una o dos raras ocasiones que lo que publicaban sobre mí no era demasiado exacto. De hecho, a veces me ha sorprendido más lo que he leído sobre mí que ninguna otra cosa que haya leído jamás. Por eso me ha sorprendido tanto el vigor y la perseverancia con que en los últimos meses he trabajado y recopilado información para un nuevo libro sobre Norteamérica, al ver que todo ese tiempo mis editores a ambos lados del Atlántico sabían perfectamente que nada en el mundo podría inducirme a escribirlo. Pero mi intención, lo que he decidido (y esta es la confidencia que voy a contarles), es que, cuando regrese a Inglaterra prestaré testimonio, con mi persona, en mi periódico, y para interés de mis compatriotas, de los gigantescos cambios producidos en este país a los que acabo de hacer alusión. También dejaré constancia de que allí donde he ido, tanto en los sitios más pequeños como en los más grandes, se me ha recibido con una educación, delicadeza, buen humor, hospitalidad y consideración incomparables, así como con un total respeto por la intimidad impuesta por mi trabajo y mi estado de salud. Y, mientras yo viva, y mientras mis herederos tengan los derechos de mis libros, haré que se publique este testimonio, a modo de apéndice, en todos los ejemplares de los dos libros que he dedicado a



Norteamérica<sup>[138]</sup> . Y lo haré, no sólo por afecto y agradecimiento, sino porque me parece un acto de honor y de justicia».

He dicho estas palabras con la mayor seriedad que he podido, y las repito impresas aquí con idéntica seriedad. Mientras dure este libro, espero que formen parte de él, y que se lean como algo inseparable de mis vivencias e impresiones norteamericanas.

CHARLES DICKENS